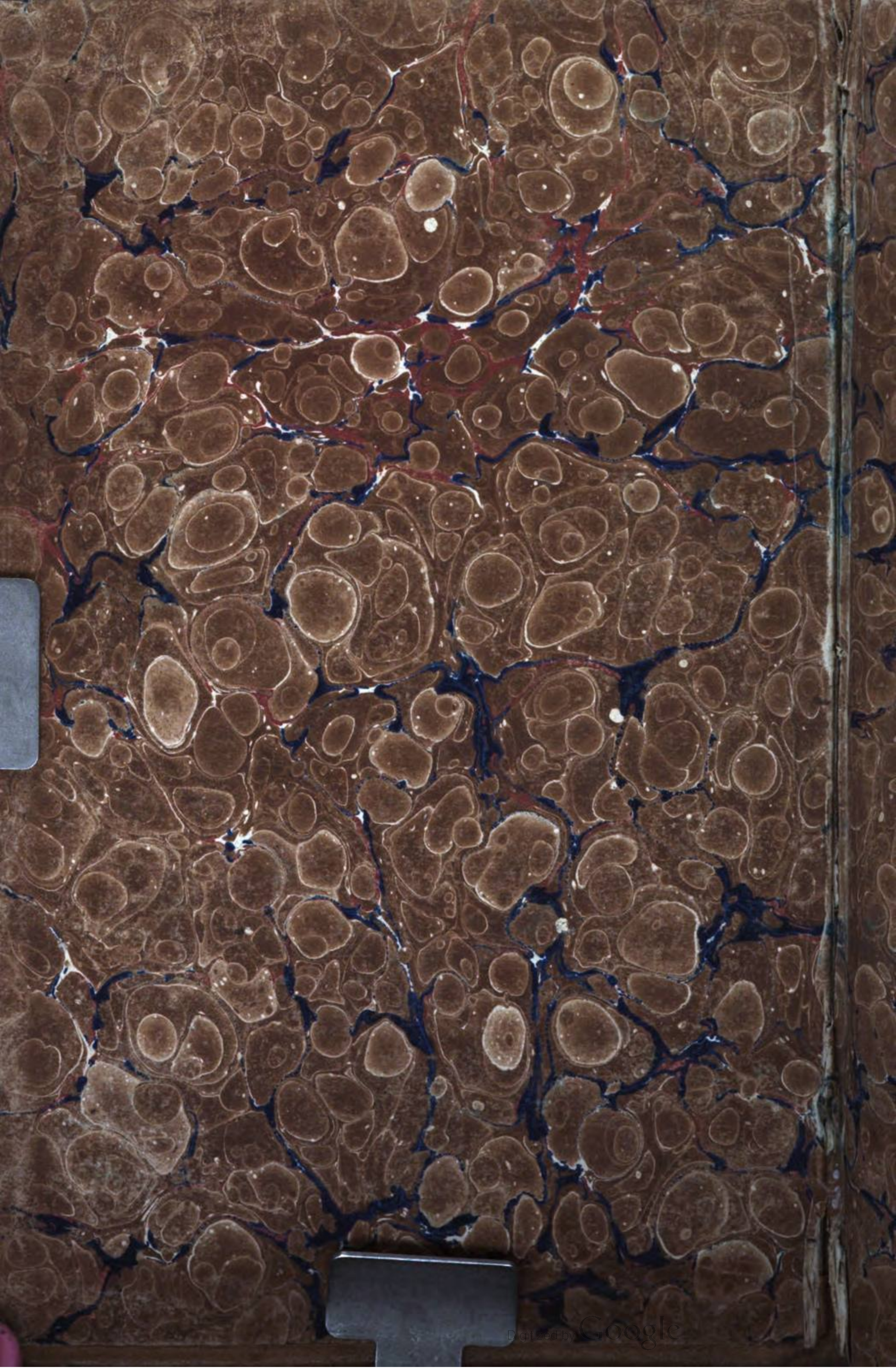
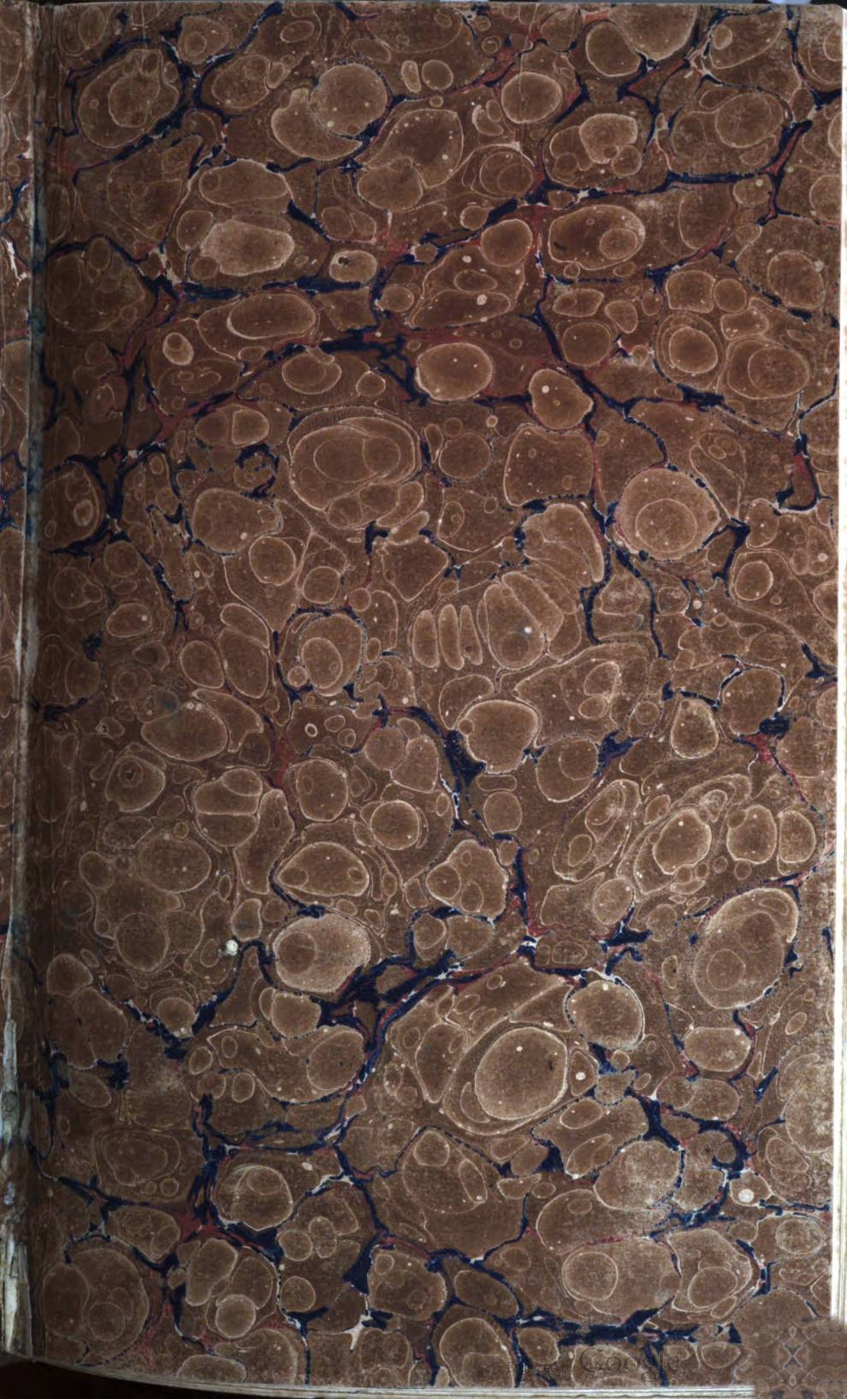
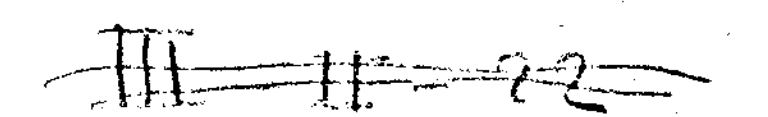





III — II — 22

250

EL CONDE

DE MONTE-CRISTO.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO,

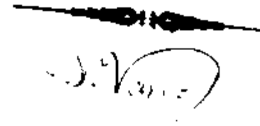
POR

ALEJANDRO DUMAS.

EDICION ADORNADA CON MAS DE 400 GRABADOS.

novísima version castellana

POR D. VICENTE BARRANTES.



MADRID:
IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.
1854.



El Faraon, bergantin de los señores Morrel é hijo.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO,

NOVELA DE A. DUMAS.

NOVISIMA VERSION CASTELLANA POR D. VICENTE BARRANTES.

CAPITULO PRIMERO.

MARSELLA.—LA LLEGADA.

El 24 de febrero de 1815 hizo el vigía de Nuestra Señora de la Guarda señal de que arribaba el bergantin *Faraon*, procedente de Smirna, Trieste y Nápoles. Un práctico salió al punto del puerto, segun se acostumbra, atravesó por delante del castillo de If, y abordó al buque entre el cabo de Mongion y la isla de Rion. Al momento, segun es costumbre tambien, la plataforma del fuerte de San Juan se llenó de curiosos, porque en Marsella se da mucha importancia á la llegada de un buque, y mucha mas á un buque como *El Faraon*, construido en los astilleros de la antigua Phocia, y perteneciente á un armador de la ciudad.

El buque entre tanto avanzaba: ya habia pasado felizmente el estrecho, que alguna erupcion volcánica produjo sin duda, entre las islas de Calasareigne y de Jaros; ya habia doblado á Pomeque, y hendia las olas

bajo sus tres gavias, su enorme foque y su mesana, aunque con tanta lentitud y tan lúgubre movimiento, que los curiosos, con ese instinto que adivina siempre la desgracia, se preguntaban unos á otros qué accidente podia haber ocurrido á bordo. Sin embargo, los peritos en el arte de navegar reconocian que, á haber sucedido alguna desgracia, no era precisamente al buque, pues aunque lentamente, marchaba con todas las condiciones de bien gobernado. Su áncora estaba preparada, desenganchados los cabos del bauprés, y junto al piloto, que se disponia á dirigir al *Faraon* por la estrecha entrada del puerto de Marsella, veiase un jóven que con fisonomía animada y ojo avizor vigilaba cada uno de los movimientos del buque, repitiendo todas las órdenes del piloto.

La vaga inquietud que se pintaba en los espectadores, trasluciase mas claramente en uno de la esplanada de San Juan, que no resignándose á esperar la entrada del buque en el puerto, saltó á una barquilla encaminándose hácia *El Faraon*, que vino á alcanzar frente á la ensenada de la Reserva.

Al ver acercarse á este hombre, el jóven marino dejó su puesto al lado del piloto, y fué á apoyarse, con su sombrero en la mano, en el costado del buque. Tendria diez y ocho ó veinte años; era alto, bien proporcionado, de hermosos ojos y cabellos negros, descubriéndose en toda su persona ese aire de calma y de resolucion peculiar á los hombres acostumbrados desde su infancia á luchar con los peligros.

—¡Ah! ¿sois vos, Dantés? esclamó el hombre de la barca: ¿qué ha sucedido? ¿qué significa el aire de tristeza que se advierte en toda la tripulacion?

—Una gran desgracia, señor Morrel, respondió el jóven; una gran desgracia, para mí particularmente. A la altura de Civita-Vechia hemos perdido al valiente capitan Leclerc...

—¿Y el cargamento? preguntó con viveza el armador.

—Viene sin novedad, y creo que quedareis contento. Pero el pobre capitan Leclerc...

—¿Qué le ha sucedido? preguntó el armador visiblemente tranquilizado; ¿qué le ha sucedido al valiente capitan?

—Ha muerto.

—¿Se cayó al mar?

—No señor, ha muerto de una calentura cerebral seguida de los padecimientos mas horribles.

Luego, volviéndose hácia la tripulacion:

—¡Hola! ¡eh! dijo: cada uno á su puesto, que vamos á fondear.

Y la tripulacion obedeció, lanzándose inmediatamente los ocho ó diez marineros que la componian unos á las escotas, otros á los brazos, y otros á cargar velas.

El jóven marino observó con una mirada el principio de esta maniobra, y viendo á punto de ejecutarse sus órdenes, se volvió hácia su interlocutor.

—¿Pero cómo sucedió esa desgracia? continuó el armador, anudando de nuevo la conversacion.

—¡Oh Dios mio! de repente. Después de una larga plática con el comandante del puerto, el capitan Leclerc dejó á Nápoles bastante agitado, y no habian pasado veinticuatro horas cuando le acometió la fiebre... tres dias después ya habia muerto. Le hicimos los funerales de ordenanza, y reposa decorosamente envuelto en una hamaca, con una bala de á treinta y seis á los piés y otra á la cabeza, á la altura de la isla de Giglio. La cruz de honor y la espada las conservamos y las traemos á su viuda...

Es muy triste en verdad, continuó el jóven con melancólica sonrisa, haber hecho la guerra á los ingleses por espacio de diez años, y venir á morir después en su cama como otro cualquiera.

—¿Y qué hemos de hacerle, señor Edmundo? replicó el armador cada vez mas consolado: somos mortales, y es preciso que los viejos cedan su puesto á los jóvenes: á no ser así no habria ascensos; y pues me aseguráis que el alijo...

—Se halla en el mejor estado, señor Morrel. Os aconsejo pues que no lo cedais ni aun con 25,000 francos de ganancia.

En seguida y viendo que habian pasado ya la torre Redonda, gritó el jóven marino:

—Largad las velas de las escotas, el foque y las de mesana.

La órden se ejecutó casi con la misma exactitud que en un buque de guerra.

—Amaina y carga por todas partes.

A este último grito se plegaron todas las velas, y el barco avanzaba de una manera casi imperceptible, sin otro impulso que el que traia de enantes.

—Si quereis subir ahora, señor Morrel, dijo Dantés conociendo la impaciencia del armador, aquí viene vuestro encargado Mr. Danglars, que sale de su camarote, y que os instruirá de todos los pormenores que deseeis. En cuanto á mí, necesito vigilar las maniobras hasta que quede *El Faraon* fondeado y de luto.

No dejó el armador que le repitieran la invitacion, y asiendo de un cable que le arrojó Dantés, subió por la escala del costado del buque con una ligereza que honrara á cualquier marino, mientras que Dantés, volviendo á su puesto, cedió el que ocupaba últimamente á aquel que habia anunciado con el nombre de Danglars, y que saliendo de su camarote se dirigia con efecto hácia el armador.

Era el recien llegado un hombre de veinticinco á veintiseis años, de semblante algo sombrío, obsequioso con sus superiores, insolente con sus subordinados; de modo que con esto y con su calidad de sobrestante, siempre tan mal vista, le aborrecia toda la tripulacion, tanto como queria á Edmundo.

—¡Y bien! señor Morrel, dijo Danglars, sabeis ya la desgracia, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ¡pobre capitan Leclerc! era honrado y valiente.

—Y buen marino sobre todo, encanecido entre el cielo y el agua, como debe de ser el hombre encargado de los intereses de una casa tan respetable como la de Morrel é hijos, respondió Danglars.

—Sin embargo, repuso el armador dirigiendo su vista hácia Dantés que fondeaba en este instante; me parece que no se necesita ser marino viejo, como decís, para estar amaestrado en el oficio. Y si no, ahí teneis á nuestro amigo Edmundo, que sabe el suyo de una manera que no ha menester lecciones de nadie.

—¡Oh! sí, dijo Danglars echando á Dantés una mirada aviesa en que se descubria cierto odio reconcentrado; parece que ese jóven todo lo sabe. Apenas murió el capitan se apoderó del mando del buque sin consultar á nadie, y aun nos hizo luego perder dia y medio en la isla de Elba en vez de dirigirse á Marsella.

—En cuanto á tomar el mando del buque, repuso el armador, cumplió con su deber; en cuanto á perder dia y medio en la isla de Elba, ha hecho mal, á no que fuese para reparar alguna avería.

—Señor Morrel, el bergantin se hallaba en el mejor estado, y aquella detencion fué puro capricho, gana de bajar á tierra, no lo dudeis.

—Dantés, dijo el armador volviéndose hácia el jóven, venid acá.

—Disimuladme, señor Morrel, repuso Dantés, seré con vos dentro de un instante.

En seguida dirigiéndose á la tripulacion:—«Fondo» dijo; é inmediatamente cayó el ancla haciendo rodar la cadena con gran ruido. Dantés permaneció en su puesto á pesar de la presencia del piloto, hasta que esta última maniobra se hubo terminado.

—Bajad el gallardete hasta la mitad del mastelero, gritó en seguida. ¡Iza el pabellon, cruza las vergas!

—¿Lo veis? dijo Danglars, se cree ya capitan.



Edmundo Dantés.

—Y lo es de hecho, contestó el armador.

—Sí, aunque sin vuestro consentimiento ni el de vuestro asociado, señor Morrel.

—¡Diantre! ¿Y por qué no le hemos de dejar con ese cargo? dijo el armador. Es jóven, ya lo sé, pero me parece que le sobra esperiencia para ejercerlo...

Una nube sombría oscureció la frente de Danglars.

—Disimuladme, señor Morrel, dijo Dantés aproximándose, y pues ya hemos fondeado, aquí me teneis á vuestras órdenes. Me llamasteis ¿no es verdad?

Danglars dió un paso hácia atrás.

—Queria preguntaros por qué os habeis detenido en la isla de Elba.

—Lo ignoro, señor Morrel: fué para cumplir las últimas órdenes del capitan Leclerc, que me entregó al morir un paquete para el mariscal Bertrand.

—¿Le habeis visto, Edmundo?

—¿A quien?

—Al mariscal.

—Sí.

Morrel miró á su alrededor, y llevando á Dantés aparte:

—¿Cómo está el emperador? le preguntó con interés.

—Muy bien, segun he podido juzgar por mis propios ojos.

—¡Cómo! ¡tambien habeis visto al emperador?...

—Sí señor, entró en casa del mariscal cuando yo estaba en ella...

—¿Y le hablasteis?

—Al contrario, él me habló á mí, repuso Dantés sonriéndose.

—¿Y qué os dijo?

—Me hizo mil preguntas acerca del buque, de la época de su salida de Marsella, del rumbo que habia seguido y del cargamento que traia. Creo que á haber venido en lastre, y á ser yo su dueño, su intencion fuera el comprármelo; pero le dije que no era mas que un simple segundo, y que el buque pertenecia á la casa de Morrel é hijos.—«¡Ah! repuso entonces, la »conozco. Los Morrel han sido siempre armadores, y »uno de ellos servia en el mismo regimiento que yo, »cuando estábamos de guarnicion en Valence.»

—¡Es verdad! esclamó el armador loco de alegría: ese era Policarpo Morrel mi tio, que es ahora capitan. Dantés, si decís á mi tio que el emperador se ha acordado de él, le vereis llorar como un chiquillo. ¡Pobre viejo!—Vamos, vamos, continuó el armador dando amistosamente con su mano en el hombro del jóven; habeis hecho bien en seguir las instrucciones del capitan Leclerc deteniendoos en la isla de Elba, á pesar de que podria comprometeros el que se supiese que habeis entregado un pliego al mariscal y hablado con el emperador.

—¿Y por qué habia de comprometerme? dijo Dantés. Yo puedo asegurar que no supe lo que traia; y en cuanto al emperador, no me hizo otras preguntas que las que hubiera hecho á otro cualquiera. Pero con vuestra licencia, continuó Dantés: vienen los aduaneros, permitidme...

—Sí, sí, querido Dantés, cumplid vuestro deber.

Separose el jóven, y á medida que se alejaba fué aproximándose Danglars.

—Vamos, preguntó este, ¿os ha esplicado su detencion en Porto-Ferrajo?

—Palmariamente, señor Danglars.

—Vaya, tanto mejor, respondió este, porque no me agrada tener un compañero que no cumple con su deber.

—Dantés ha cumplido con el suyo, respondió el armador, y no hay por qué reprenderle. Era una órden del capitan Leclerc.

—A propósito del capitan Leclerc: ¿os ha entregado una carta de su parte?

—¿Quién?

—Dantés.

—¿A mí? no: ¿le dió alguna carta para mí?

—Presumia que además del pliego le hubiese confiado tambien el capitan una carta.

—¿Pero de que pliego hablais, Danglars?

—Del que Dantés ha dejado en Porto-Ferrajo al pasar.

—¿Cómo sabeis que Dantés traia un pliego para dejarlo en Porto-Ferrajo?...

Danglars se sonrojó.

—Pasaba por delante de la puerta del capitan, estaba entreabierta, y vi que entregaba á Dantés un paquete y una carta.

—Nada me ha dicho todavía, contestó el armador; pero si trae esa carta, él me la dará.

Danglars reflexionó un instante.

—En ese caso, señor Morrel, os suplico que nada digais de esto á Dantés; me habré equivocado.

En esto volvió el jóven y se alejó Danglars.

—Ea, querido Dantés, ¿estais ya libre? le preguntó el armador.

—Sí señor.

—Vamos, la operacion no ha sido larga.

—No, he dado á los aduaneros la factura de nuestras mercancías, y los papeles de mar á un oficial del puerto que vino con el práctico.

—¿Con que nada teneis que hacer aquí?

Dantés echó una ojeada rápida á su alrededor.

—No, que todo está en órden.

—¿Podreis veniros á comer con nosotros, eh?

—Dispensadme, señor Morrel, dispensadme, os lo suplico, porque quiero ver antes á mi padre. No quedo sin embargo menos agradecido al honor que me haceis.

—Es muy justo, Dantés, es muy justo; ya sé que sois un buen hijo.

—¿Sabeis cómo está mi padre? preguntó el jóven con interés.

—Creo que bien, querido Edmundo, á pesar de que no le he visto.

—Continuará encerrado en su mísera habitacion.

—Eso prueba á lo menos que nada le ha hecho falta durante vuestra ausencia.

Dantés se sonrió.

—Mi padre tiene demasiado orgullo, señor Morrel, y aunque hubiese carecido de lo mas necesario, dudo que pidiera nada á nadie, escepto á Dios.

—Pues bien, después de esa primera visita cuento con vos.

—Os repito mis escusas, señor Morrel; pero después de esa primera visita, quiero hacer otra no menos interesante á mi corazon.

—Ah! es verdad, Dantés, me olvidaba de que en el barrio de los Catalanes hay una persona que debe esperaros con tanta impaciencia como vuestro padre, la bella Mercedes.

Dantés se sonrojó.

—Ya, ya, repuso el armador, por eso no me asombra que haya ido tres veces á saber noticias de la vuelta de *El Faraon*. ¡Caspita! Edmundo, en verdad que sois hombre que lo entiende. Teneis una brava querida.

—No es mi querida, señor Morrel, dijo con gravedad el marino, es mi novia.

—Tanto vale, contestó el armador riéndose.

—Para nosotros no, señor Morrel.

—Vamos, vamos, mi querido Edmundo, replicó el armador, no quiero deteneros mas. Habeis desempeñado harto bien mis negocios para que yo os impida que os ocupeis de los vuestros. ¿Necesitais dinero?

—No señor, conservo todos mis sueldos de viaje.

—Sois un muchacho muy económico, Edmundo.

—Y añadid que tengo un padre pobre, señor Morrel.

—Sí, ya sé que sois buen hijo. Id á ver á vuestro padre.

—Con vuestra licencia, dijo el jóven saludando.

—¿Pero no teneis nada que decirme?

—No señor.

—El capitan Leclerc ¿no os ha dado al morir una carta para mí?

—¡Oh! no, le hubiera sido imposible escribirla; pero esto me recuerda que tendré que pediros licencia por algunos dias.

—¿Para casaros?

—Para eso primeramente, y luego para ir á París.

—Bueno, bueno, por el tiempo que querais, Dantés. El alijo del buque nos ocupará seis semanas lo menos, de manera que no podrá darse á la vela otra vez hasta dentro de tres meses. Para esa época sí necesito que esteis de vuelta, porque *El Faraon*, continuó el armador tocando en el hombro al jóven marino, no podria volver á partir sin su capitan.

—¡Sin su capitan! esclamó Dantés con los ojos radiantes de alegría; reparad lo que decís, señor Morrel, porque reviven á esas palabras las ilusiones mas queridas de mi corazon. ¿Pensais nombrarme capitan de *El Faraon?*

—Si yo fuese solo, os daria la mano, mi querido Dantés, diciendoos... es cosa hecha; pero tengo un socio, y ya sabeis el proverbio italiano: *Che á compagni á padrone*. Sin embargo, mucho es que de dos votos tengais ya uno; en cuanto al otro descuidad en mí, que yo haré lo posible porque le obtengais tambien.

—¡Oh señor Morrel! esclamó el jóven con los ojos inundados en lágrimas y estrechando las manos del armador: señor Morrel, os doy gracias en nombre de mi padre y de Mercedes.



Siempre hay Dios en el cielo para la gente honrada.

—Basta, basta, dijo Morrel. Siempre hay Dios en el cielo para la gente honrada; id á verlos y volved después á buscarme.

—¿No quereis que os lleve á tierra?

—No, gracias: tengo aun que arreglar mis cuentas con Danglars. ¿Os llevasteis bien con él durante el viaje?

—Segun el sentido que deis á esa pregunta. Como camarada, no, porque creo que no me quiere bien,



Y vació sobre la mesa sus bolsillos, que contenian una docena de monedas de oro.

desde el dia en que á consecuencia de cierta disputa le propuse que nos detuviésemos los dos solos diez minutos en la isla de Monte-Cristo, proposicion que él tuvo á bien rehusar. Como agente de vuestros negocios, nada tengo que decir, y quedareis satisfecho.

—Si llegais á ser capitan de *El Faraon*, ¿os llevareis bien con Danglars?

—Capitan ó segundo, señor Morrel, respondió Dantés, tendré siempre las mayores consideraciones á aquellos que posean la confianza de mis armadores.

—Vamos, vamos, Dantés, veo que sois de todo en todo un escelente muchacho. No quiero deteneros mas, porque conozco que estais en brasas.

—¿Con que me permitis?...

—Idos ya.

—¿Podré usar de la lancha que os trajo?

—¡Pues no!

—Hasta la vista, señor Morrel, y gracias por todo.

—Dios os guie.

—Hasta la vista, señor Morrel.

—Hasta la vista, mi querido Edmundo.

El jóven saltó á la lancha, y sentándose en la popa dió órden de abordar á la Cannebière. Dos marineros iban al remo, y la lancha se deslizó con toda la rapidez que es posible en medio de los mil buques que obstruyen la especie de calle estrecha que guia entre dos filas de barcos desde la entrada del puerto al muelle de Orleans.

El armador le siguió con la vista, sonriéndose, hasta que le vió saltar á los escalones del muelle y confundirse al punto entre la multitud, que desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche inunda la famosa calle de la Cannebière, calle de que tan envanecidos están los modernos phocios, que dicen con la mayor formalidad: «si Paris tuviese la Cannebière, seria una pequeña Marsella.»

Al volverse el armador vió detrás de sí á Danglars, que aparentemente esperaba sus órdenes; pero que en realidad seguia como él con la vista al jóven marino.

Eran muy diferentes, sin embargo, estas dos miradas dirigidas al mismo hombre.

CAPITULO II.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dejemos á Danglars dando rienda suelta á su odio inventar alguna calumnia contra su camarada, y sigamos á Dantés, que después de haber recorrido la Cannebière en toda su longitud, se dirigió á la calle de Noailles, entró en una casita situada al lado izquierdo de las alamedas de Meillan, subió apresuradamente los cuatro tramos de una escalera oscurísima, y comprimiendo con una mano los latidos de su corazon se detuvo delante de una puerta entreabierta que dejaba ver hasta el fondo de aquella estancia.

Allí era donde vivia el padre de Dantés.

La noticia del arribo de *El Faraon* no habia llegado aun hasta el anciano, que encaramado en una silla, se ocupaba en clavar estacas con mano temblorosa para unas capuchinas y enredaderas que subian enroscadas hasta la ventana.

De repente sintió que le abrazaban por detrás, y oyó una voz que esclamaba:

—¡Padre mio!... ¡padre mio!

El anciano dando un grito volvió la cabeza; pero al ver á su hijo se dejó caer en sus brazos pálido y tembloroso.

—¿Qué tienes, padre? esclamó el jóven lleno de inquietud: ¿estas malo?

—No, no, querido Edmundo, hijo mio, hijo de mi alma, no; pero no te esperaba, y la alegría... el placer de verte así... tan de repente... ¡Ay Dios mio! me parece que voy á morir...

—Nada, tranquilízate, padre: yo soy, yo soy, no lo dudes: entré sin prepararte, porque dicen que la alegría no mata. Ea, sonríete, y no me mires con esos ojos tan espantados. Ya me tienes de vuelta, y vamos á ser muy felices.

—¡Ah! ¿con que es verdad? replicó el anciano: ¿con que vamos á ser muy felices? ¿con que no me dejarás otra vez? Vaya, cuéntamelo todo.

—Dios me perdone, dijo el jóven, si aplaudo una desgracia que ha llenado de luto á una familia, pues el mismo Dios sabe que nunca anhelé por esta clase de felicidad; pero ha sucedido, sin embargo, y confieso que no soy fuerte á lamentarla. El capitan Leclerc ha muerto, y es probable que con la proteccion del señor Morrel ocupe yo su plaza... ¡Capitan á los veinte años, con cien luises de sueldo y una parte en las ganancias! ¿no es mucho mas de lo que podia esperar un pobre marinero como yo?

—Sí, hijo mio, sí, que con efecto, dijo el anciano, ¡esa es una gran felicidad!

—Así pues quiero, padre, que del primer dinero que tome alquiles una casa con jardin, para que puedas plantar tus enredaderas y tus capuchinas... ¿pero qué tienes, padre? parece que estás malo.

—No, no, hijo mio, esto no será nada.

Y las fuerzas faltaron al anciano, que cayó hácia atrás.

—Vamos, vamos, dijo el jóven, un vaso de vino, padre mio, te reanimará. ¿Dónde tienes el vino?

—No, gracias, no tengo necesidad de nada, dijo el anciano procurando detener á su hijo.

—Sí tal, padre, sí tal, es preciso: dime dónde está.

Y abrió dos ó tres armarios.

—No te causes, dijo el anciano, no hay vino en casa.

—¡Cómo! ¿no tienes vino? esclamó Dantés palideciendo á su vez y mirando alternativamente las mejillas flacas y descarnadas del viejo. ¿Y porqué no tienes vino? ¿te ha hecho falta dinero por ventura, padre mio?

—Nada me ha hecho falta, pues ya te veo, dijo el anciano.

—Sin embargo, replicó Dantés limpiando el sudor que corria por su frente, sin embargo, yo te dejé doscientos francos... hace tres meses, al partir.

—Sí, sí, Edmundo, es verdad. Pero olvidaste cierta deudilla que tenias con nuestro vecino Caderousse; me la recordó, diciéndome que si no se la pagaba iria á casa de Mr. Morrel... y yo temiendo que esto te causase algun perjuicio, ¿qué habia de hacer? le he pagado.

—Pero, eran ciento cuarenta francos los que yo debia á Caderousse... esclamó Dantés. ¿Se los pagastes de los doscientos que yo te dejé?

El anciano hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—De manera que has vivido tres meses con sesenta francos... murmuró el jóven.

—Ya sabes que yo necesito poco, dijo su padre.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡perdonadme! esclamó Edmundo arrodillado ante aquel buen hombre.

—¿Qué haces?

—¡Oh! me habeis desgarrado el corazon.

—¡Bah! puesto que ya estás aquí, dijo el anciano sonriendo, todo lo olvido.

—Sí, ya estoy aquí, dijo el jóven, ya estoy rico de porvenir y rico un tanto de dinero. Toma, toma, padre, y envia al momento por cualquier cosa.

Y vació sobre la mesa sus bolsillos, que contenian una docena de monedas de oro, cinco ó seis escudos de cinco francos cada uno y várias monedillas.

El viejo Dantés se quedó asombrado.

—¿Para quién es esto? le preguntó.

—Para mí, para tí, para nosotros. Toma, compra provisiones, sé feliz; mañana Dios dará.

—Despacio, despacito, dijo el anciano sonriendo; con tu permiso gastaré, pero con moderacion, pues creerian al verme comprar muchas cosas que me he visto obligado á esperar tu vuelta para tener dinero.

—Haz lo que quieras. Pero ante todo, toma una criada, padre mio. No quiero que te quedes solo. Traigo café de contrabando y buen tabaco en un cofrecito; mañana estará aquí. Pero silencio, que viene gente.

—Será Caderousse que sabedor de tu llegada vendrá á felicitarte.

—Bueno, siempre labios que dicen lo que el corazon no siente, murmuró Edmundo; pero no importa, al fin es vecino y nos ha hecho un favor.

Con efecto, cuando Edmundo acababa esta frase en voz baja, se vió asomar en la puerta de la escalera la cabeza negra y barbuda de Caderousse. Era un hombre de veinticinco á veintiseis años, y traia en la mano un pedazo de paño, que en su calidad de sastre se disponia á convertir en forro de un vestido.

—¡Hola, bien venido seas, Edmundo! dijo con un acento marsellés de los mas pronunciados, y con una sonrisa que descubria una fila de dientes blancos como el marfil.

—Tan bueno como de costumbre, vecino Caderousse, y siempre dispuesto á serviros en lo que os plazca, respondió Dantés disimulando su frialdad con aquella oferta servicial.

—Gracias, gracias; felizmente yo no necesito de nada, sino que por el contrario, los demás son los que algunas veces necesitan de mí. (Dantés hizo un movimiento.) No digo esto por tí, muchacho: te he prestado dinero, me lo has devuelto, eso es cosa corriente entre buenos vecinos, y estamos pagados.

—Nunca se está pagado con los que nos hacen un favor, dijo Dantés, porque aunque se pague el dinero, se debe la gratitud.

—¿A qué hablar de eso? lo pasado pasado; hablemos de tu feliz llegada, muchacho. Iba hácia el puerto á comprar paño, cuando me topo con el amigo Danglars.—¿Tú en Marsella? le dije.—¿No lo ves? me respondió.—¡Pues yo te creia en Smirna?—Toma! si ahora vuelvo de allá.—¿Y sabes dónde está Edmundo? —En casa de su padre sin duda, respondió Danglars. Entonces vine corriendo, continuó Caderousse, por tener el gusto de estrechar la mano á un amigo.

—¡Qué buen Caderousse! dijo el anciano: ¡cuánto nos ama!

—Ciertamente que os amo y os estimo, porque sois muy honrados, y esa casta de hombres no abunda... Pero á lo que veo vienes rico, muchacho, continuó el sastre reparando en el monton de oro y plata que Dantés habia hecho sobre la mesa.

El jóven notó el rayo de codicia que iluminaba los ojos de su vecino.

—Bah, dijo sencillamente, ese dinero no es mio. Manifesté á mi padre temor de que le hubiera hecho falta alguna cosa durante mi ausencia, y para tranquilizarme vació su bolsa ahí. Vamos, padre, continuó Dantés, guarda ese dinero en tu bolsa, si es que á su vez no lo necesita el vecino Caderousse, en cuyo caso lo tiene á su disposicion.

—No, muchacho, dijo Caderousse, nada necesito, que á Dios gracias, el oficio alimenta al hombre. Guarda tu dinero, guárdalo, y Dios te dé mucho mas: eso no es parte á que yo deje de agradecértelo como si me hubiera aprovechado de él.

—Yo lo ofrecia de buena voluntad, dijo Dantés.

—No lo dudo. A otra cosa. ¿Con qué eres ya el favorito de Morrel? ¡picaruelo!

—Mr. Morrel ha sido siempre muy bondadoso conmigo, respondió Dantés.

—En ese caso, has hecho mal en rehusar su convite.

—¡Cómo! ¿rehusar su convite? esclamó el viejo Dantés; ¿te ha convidado á comer?

—Sí, padre mio, replicó Edmundo sonriéndose al ver lo que asombraba á su padre aquel honor.

—¿Y por qué has rehusado, hijo? preguntó el anciano.

—Por volar mas pronto á vuestros brazos, padre mio, respondió el jóven; ¡tenia tantos deseos de veros!

—Pero no debiste contrariar á ese bueno de Mr. Morrel, replicó Caderousse; que el que desea ser capitan, no debe desairar á su armador.

—Ya le espliqué la causa de mi negativa, replicó Dantés, y espero que la haya comprendido.

—Para calzarse la capitanía hay que lisonjear un tanto á los patrones.

—Espero ser capitan sin eso, respondió Dantés.

—Tanto mejor para tí y tus antiguos conocidos, sobre todo para uno que vive allá abajo, detrás de la Ciudadela de San Nicolás.

—¿Mercedes? dijo el anciano.

—Sí, padre mio, replicó Dantes; y con vuestro permiso, pues ya os he visto, y sé que estais bueno y que tendreis todo lo que necesitareis, si no os da enojos, iré á hacer una visita á los Catalanes.

—Anda ve, hijo mio, ve, dijo el viejo Dantés, y ¡Dios te bendiga en tu muger, como me ha bendecido en mi hijo!

—¡Su muger! dijo Caderousse; aun no lo es, padre Dantés; aun no lo es, segun creo.

—No; pero segun todas las probabilidades, respondió Edmundo, no tardará mucho en serlo.

—No importa, no importa, dijo Caderousse; has hecho bien en darte prisa á venir, muchacho.

—¿Por qué?

—Porque Mercedes es una buena moza, y á las buenas mozas nunca faltan amantes, á esa sobre todo. La persiguen á docenas.

—¿De veras? dijo Edmundo con una sonrisa que revelaba inquietud, aunque leve.

—¡Oh! ¡sí! replicó Caderousse, y se la presentan tambien buenos partidos; pero como vas á ser capitan, no hay miedo de que te dé calabazas.

—Eso quiere decir, replicó Dantés con una sonrisa que disfrazaba mal su inquietud, que si no fuera capitan...

—Hem... balbuceó Caderousse.

—Vamos, vamos, dijo el jóven, yo tengo mejor opinion que vos de la mugeres en general, y de Mercedes en particular, y estoy convencido de que capitan ó no, siempre me será fiel.

—Tanto mejor, tanto mejor, respondió Caderousse, siempre es bueno cuando uno va á casarse tener fé; ¡pero no importa! creeme, muchacho, no pierdas tiempo en irle á anunciar tu llegada y en participarle tus esperanzas.

—Allá voy, dijo Edmundo, y abrazó á su padre, saludó á Caderousse y salió.

A poco rato Caderousse se despidió del viejo Dantés, bajó á su vez la escalera, y fué á reunirse con Danglars que le esperaba al estremo de la calle de Senac.

—Con que, dijo Danglars, ¿le has visto?

—Acabo de separarme de él, respondió Caderousse.

—¿Y te ha hablado de su esperanza de ser capitan?

—Ya lo da por hecho.

—¡Paciencia! ¡paciencia! dijo Danglars; muy de prisa va, segun creo.

—¡Diantre! no parece sino que le haya dado formal palabra Mr. Morrel.

—¿Estará muy contento?

—Mas que contento, está insolente. Ya me ha ofrecido sus servicios, como si fuese un gran señor, y dinero como si fuese un capitalista.

—¿Habrás rehusado?

—Por supuesto, aunque bastantes motivos tenia para aceptar, puesto que yo fuí el que le prestó el primer dinero que tuvo en su vida; pero ahora Monsieur Dantés no necesitará de nadie, pues va á ser capitan.

—Aun no lo es, dijo Danglars.

—A fé que sería bueno que no lo fuese, dijo Caderousse; que entonces ¿quién le toleraba?



Fernando.

—En nosotros está, dijo Danglars, que no llegue á serlo, y hasta que sea menos de lo que es.

—¿Qué dices?

—Yo me entiendo. ¿Y sigue amándole la catalana?

—Con frenesí; ahora estará en su casa. Pero ó mucho me engaño, ó algun disgusto le va á dar ella.

—Esplícate.

—¿Para qué?

—Eso es mucho mas importante de lo que te imaginas. ¿Tú no le quieres bien, es verdad?

—No me gustan los orgullosos.

—Pues entonces dime todo lo que sepas de la catalana.

—Nada sé de positivo; pero he visto cosas que me hacen creer, como te dije, que espera al futuro capitan algun disgusto por los alrededores de las Vieilles-Infirmeries.

—¿Qué has visto? vamos, dí.

—He visto que siempre que Mercedes viene á la ciudad, la acompaña un mancebo catalan, de ojos negros, de piel tostada, muy moreno, muy ardiente, y á quien llama primo mio.

—¡Ah! ¿de veras? Y ¿crees que ese primo la haga la corte?

—A lo menos lo supongo. ¿Qué otra cosa puede haber entre un muchacho de veintiun años y una jóven de diez y siete?

—¿Y Dantés ha ido á los Catalanes?

—Ha salido de su casa antes que yo.

—Si fuésemos por el mismo lado, nos detendríamos en la Reserva, en casa del compadre Pánfilo, y bebiendo un vaso de vino de *Lamalgue*, esperaríamos algunas noticias...

—¿Y quién nos las dará?

—Estaremos en acecho, y cuando pase Dantés adivinaremos en la espresion de su rostro lo que haya pasado.

—Vamos allá, dijo Caderousse, ¿pero pagas tú?

—Pues es claro, respondió Danglars.

Los dos se encaminaron apresuradamente hácia el lugar indicado, donde pidieron una botella y dos vasos. El compadre Pánfilo acababa, segun dijo, de ver pasar á Dantés diez minutos antes. Seguros de que estaba en los Catalanes, se sentaron bajo el follaje naciente de los plátanos y sicomoros, en cuyas ramas una alegre bandada de pajarillos saludaba con sus gorgeos los primeros dias primaverales.

CAPITULO III.

LOS CATALANES.

A cien pasos del lugar en que los dos amigos, con los ojos clavados en el horizonte y el oido atento, paladeaban el vino de Lamalgue, se elevaba por detrás de un promontorio desnudo y agostado por el sol y por el nordeste, el modesto barrio de los Catalanes.

Una colonia misteriosa abandonó en cierto tiempo la España, viniendo á arribar á la lengua de tierra en que permanece aun. Nadie supo de dónde venia, y hasta hablaba un dialecto desconocido. Uno de sus jefes, el único que se daba algo á entender en el provenzal, pidió á la municipalidad de Marsella que le concediese aquel árido promontorio, en el cual, á fuer de marineros antiguos, acababan de dejar sus barcos. Su peticion fué otorgada, y tres meses después aquellos gitanos de la mar habian edificado un pueblecito en torno á sus quince ó veinte barcas.

Construido en la actualidad de una manera estraña y pintoresca, medio árabe, medio española, es el mismo que se ve hoy habitado por los descendientes de aquellos hombres: hasta conservan el idioma de sus padres. Tres ó cuatro siglos han pasado, y aun permanecen fieles estos míseros al promontorio en que se dejaron caer como una bandada de pájaros marinos. No solamente no se mezclan con la poblacion de Marsella, sino que se casan entre sí, conservando los hábitos y costumbres de la madre patria, del mismo modo que conservan su idioma.

Preciso es que nuestros lectores nos sigan á través de la única calle de este pueblecillo, y entren con nosotros en una de aquellas casas, á cuyo esterior ha dado el sol el bello colorido de las hojas secas, comun á todos los edificios del país, y cuyo interior pule una capa de cal, esa tinta blanca, único adorno de las posadas españolas.

Una hermosa muchacha de cabellos negros como el ébano y ojos dulcísimos como los de la gacela, estaba de pié, apoyada en una silla, oprimiendo entre sus dedos afilados una inocente rosa cuyas hojas arrancaba, y cuyos pedazos se veian ya esparcidos por el suelo. Sus brazos desnudos hasta el codo, brazos árabes, pero que parecian modelados por los de la Venus de Arles, temblaban con una como impaciencia febril, y golpeaba de tal modo la tierra con su pié breve, que se entrevian las formas puras de su pierna, aprisionada en una media de algodon encarnado á cuadros azules.

A tres pasos de ella, sentado en una silla, balanceándose á compás y apoyando su codo en un antiguo mueble, un moceton de veinte á veintidos años la miraba con un aire en que se traslucia inquietud y despecho: sus ojos parecia como si preguntasen algo; pero la mirada firme y fija de la jóven los dominaba enteramente.

—Vamos, Mercedes, decia el mancebo, las pascuas se acercan, tiempo de perlas para casarse. ¿No eres de mi opinion?

—Ya te respondí cien veces, Fernando, y en poco te estimas, pues aun sigues preguntándome.

—Repítemelo, te lo suplico, repítemelo por la centésima vez para que yo pueda creerlo. Dime que desprecias mi amor que aprobaba tu madre. Hazme comprender que te burlas de mi felicidad; que mi vida ó mi muerte no son nada para tí... ¡Ah Dios mio, Dios mio! haber soñado diez años con la dicha de ser tu esposo, Mercedes, y perder esta esperanza, la única de mi vida.

—No soy yo por cierto quien ha alimentado en tí esa esperanza con mis coqueterías, Fernando, respondió Mercedes. Siempre te he dicho:—«te amo como á un hermano; pero no exijas de mí otra cosa, porque mi corazon pertenece á otro.»—¿No te he dicho siempre esto?

—Sí, ya lo sé, Mercedes, respondió el mancebo; hasta el horrible atractivo de la franqueza tienes para mí. ¿Pero olvidas que es ley sagrada entre los nuestros el casarse catalanas con catalanes?

—Te engañas, Fernando, no es una ley, sino una costumbre; y creeme, no debes de invocar esta costumbre en tu favor. Has caido quinto, Fernando; la libertad de que gozas la debes únicamente á la tolerancia. De un momento á otro pueden reclamarte tus banderas, y una vez soldado, ¿qué harias de mí, pobre huérfana, sin otra fortuna que una miserable cabaña casi arruinada y unas malas redes, herencia única de mis padres? Un año há que murió mi madre, y desde entonces, bien lo sabes, Fernando, vivo casi á espensas de la caridad pública. Tal vez me dices que te soy útil, para partir conmigo tu pesca, y yo la acepto, Fernando, porque eres hijo del hermano de mi padre, porque nos hemos criado juntos, y porque conozco además que te disgustarias si la rehusase. Pero sé muy bien que ese pescado que yo vendo, y ese dinero que me dan por él, y con el cual compro el estambre que luego hilo, no es sino una limosna, Fernando, y la recibo como tal.

—¿Y qué importa eso, Mercedes? pobre y sola como vives, me convienes mas que la hija del armador mas rico de Marsella. Yo quiero una muger honrada y ha-

cendosa, y ninguna como tú posee esas dos cualidades.

—Fernando, respondió Mercedes con un movimiento de cabeza, no puede responder de ser siempre honrada y hacendosa, la que ama á otro que no su marido. Conténtate con mi amistad, porque te repito que esto es todo lo que puedo ofrecerte. Yo no ofrezco sino lo que estoy segura de poder dar.

—Sí, sí, ya te comprendo, dijo Fernando; soportas con resignacion tu miseria, pero te asusta la mia.

—Pues bien, tienes razon, Mercedes, me haré marinero, dejaré el traje de nuestros padres que tú tanto desprecias, y me pondré un sombrero de suela, una camisa rayada y una chaqueta azul con anclas en los botones. ¿No es así como hay que vestirse para agradarte?

—¿Qué quieres decir con eso? no se me alcanza...

—Quiero decir, Mercedes, que no serias tan cruel conmigo, si no esperaras á uno que usa el traje con-



Mercedes, si me amas, probaré fortuna y llegaré á ser rico.

Pero, oye, Mercedes, si me amas probaré fortuna y llegaré á ser rico. Puedo dejar el oficio de pescador; puedo entrar de dependiente en alguna casa de comercio, y llegar á ser mercader...

—Tú no puedes nada de eso, Fernando. Eres soldado, y si permaneces en los Catalanes todavía es por que no hay guerra: sigue con tu oficio de pescador, no fabriques castillos en el aire, y conténtate con mi amistad, pues no puedo darte otra cosa.

sabido. Pero acaso él no te es fiel, y á sértelo, el mar no lo habrá sido con él.

—Fernando, esclamó Mercedes, te creia bueno, ¡pero me engañaba! Eso prueba mal corazon. Sí, no te lo oculto, espero y amo á ese que dices, y sino volviese, en lugar de acusarle de inconstancia, creeria que ha muerto adorándome.

El catalan hizo un gesto como de rabioso.

—Te comprendo, Fernando, querrás vengar en él

los desdenes mios... querrás desafiarle... ¿Pero qué alcanzarás con esto? perder mi amistad si eres vencido, ganar mi odio si vencedor. Creeme, Fernando: no es batirse con un hombre medio de agradar á la muger que le ama. Convencido de que te es imposible tenerme por esposa, no, Fernando, no lo harás, te contentarás con que sea tu amiga y tu hermana. Además, añadió con los ojos preñados de lágrimas, tú lo has dicho hace poco, el mar es pérfido: espera, Fernando, espera. Han pasado cuatro meses desde que partió... ¡cuatro meses, y durante ellos he contado tantas tempestades!...

Permaneció Fernando impasible sin cuidarse de enjugar las lágrimas que rodaban por las mejillas de Mercedes, aunque á decir verdad por cada una de aquellas lágrimas hubiera dado mil gotas de su sangre... pero aquellas lágrimas las derramaba por otro. Levantose, dió una vuelta por la cabaña, volvió, se paró delante de Mercedes, y con una mirada sombría, y los puños crispados, esclamó:

—Mercedes, te lo repito, responde ¿estás resuelta?

—¡Amo á Edmundo Dantés, dijo friamente la jóven, y ningun otro que Edmundo será mi esposo!

—¿Y le amarás siempre?

—Mientras viva.

Fernando bajó la cabeza desalentado; exhaló un suspiro que mas bien parecia un gemido, y levantando de repente la cabeza y rechinando los dientes de cólera, esclamó:



Caderousse.

—Pero, ¿y si hubiese muerto?

—Si hubiese muerto... ¡yo moriré tambien!

—¿Y si te olvidase?

—¡Mercedes! gritó una voz jovial y sonora desde afuera; ¡Mercedes!

—¡Ah! esclamó la jóven sonrojándose de alegría y de amor, bien ves que no me ha olvidado, pues ya llega.

Y lanzándose á la puerta la abrió esclamando:

—¡Aquí, Edmundo, aquí estoy!

Fernando, pálido y furioso, retrocedió como un viajero á la vista de una serpiente, yendo á caer desfallecido y aniquilado sobre una silla.

Edmundo y Mercedes se abrazaban entre tanto.

El ardiente sol de Marsella, penetrando á través de la puerta, los inundaba de sus dorados reflejos. Nada veian en torno suyo: una inmensa felicidad los separaba del mundo, y solamente pronunciaban palabras entrecortadas que eran los intérpretes de la viva alegría de su corazon.

De repente Edmundo vislumbró la cara sombría de Fernando, que se dibujaba en la sombra, pálida y amenazadora: quizás sin que él mismo comprendiese la razon, el jóven catalan tenia apoyada la mano sobre el cuchillo que llevaba á la cintura.

—¡Ah! dijo Edmundo frunciendo las cejas á su vez; no habia reparado en que somos tres.

Volviéndose en seguida á Mercedes:

—¿Quién es ese hombre? la preguntó.

—Un hombre que será de aquí en adelante tu mejor amigo, Dantés, porque lo es mio, es mi primo, mi hermano Fernando, es decir, el hombre á quien despúes de tí amo mas en la tierra.

—Corriente, respondió Edmundo.

Y sin abandonar á Mercedes, cuyas manos estrechaba con la izquierda, presentó con un movimiento cordialísimo la derecha al catalan. Pero lejos de responder Fernando á este ademan amistoso, permaneció mudo é inmóvil como si fuese una estatua.

Entonces dirigió Edmundo sus ojos investigadores á Mercedes, que estaba temblando, y al sombrío y amenazador catalan alternativamente. Esta mirada le reveló todo el arcano, y la cólera se apoderó de su corazon.

—Al darme tanta prisa en venir á vuestra casa, no creia encontrar en ella un enemigo.

—¡Un enemigo! esclamó Mercedes con una mirada de odio dirigida á su primo; ¿un enemigo en mi casa? A ser cierto, yo te cogeria del brazo y me iria de Marsella, abandonando esta casa para no volver á pisar sus umbrales.

Los ojos de Fernando brillaron como un relámpago.

—Y si te aconteciese alguna desgracia, Edmundo mio, continuó con aquella calma implacable que daba á conocer á Fernando cuán bien leia en su siniestro pensamiento; si te aconteciese alguna desgracia, treparia al cabo del Morgion para arrojarme de cabeza sobre las rocas.

Fernando se puso con estremo pálido.

—Pero te engañas, Edmundo, prosiguió Mercedes. Aquí no hay enemigo alguno, sino Fernando mi primo, que va á estrecharte la mano como á su amigo mas íntimo.

Y la jóven fijó, al decir estas palabras, su imperiosa mirada en el catalan, quien, como fascinado por ella, se acercó lentamente á Edmundo y le presentó la mano.

Su odio desaparecia ante el ascendiente de Mercedes. Pero apenas hubo tocado la mano de Edmundo, conoció que habia ya hecho todo lo que podia hacer, y se lanzó fuera de la casa.

—¡Oh! esclamaba corriendo como un insensato, y mesándose los cabellos. ¡Oh! ¿quién me libertará de ese hombre? ¡Desgraciado de mí!

—¡Eh! catalan, ¡eh! Fernando! ¿adónde vas? dijo una voz.

El jóven se detuvo para mirar en torno, con que apercibió á Caderousse sentado con Danglars bajo el emparrado.

—¡Eh! le dijo Caderousse, ¿por qué no te acercas? ¿tanta prisa tienes que no te queda tiempo para dar los buenos dias á tus amigos?

—Sobre todo cuando tienen delante una botella casi llena, añadió Danglars.

Fernando miró á los dos hombres con aire imbécil sin responderles.

—Afligido parece, dijo Danglars, tocando á Caderousse con la rodilla. ¿Si nos habremos engañado, y se saldrá Dantés con su tema contra todas nuestras previsiones?

—¡Diantre! es preciso averiguar esto, contestó Caderousse; y volviéndose hácia el jóven le gritó:—catalan, ¿te decides?

Enjugose Fernando el sudor que corria por su frente, y entró á paso lento bajo el emparrado, cuya sombra puso un tanto de calma en sus sentidos, y la frescura vigor en sus cansados miembros.

—Buenos dias: me habeis llamado ¿no es verdad? dijo cayendo sobre uno de los bancos que rodeaban la mesa.

—Corrias como un loco, y temí que te arrojases al mar, respondió Caderousse riendo. ¡Qué demonio! A los amigos no solamente se les debe ofrecer un vaso de vino, sino impedirles que se beban tres ó cuatro pipas de agua.

Fernando exhaló un suspiro que semejaba un sollozo, y dejó caer su cabeza sobre las manos.

—¡Hum! ¿quieres que te hable francamente, Fernando? dijo Caderousse entablando la conversacion con esa brutalidad grosera de la gente del pueblo, que con la curiosidad olvidan toda clase de diplomacia; pues tienes todo el aire de un amante desdeñado.

Y acompañó esta broma con una estrepitosa carcajada.

—¡Bah! replicó Danglars, un muchacho como este no ha nacido para ser desgraciado en amores: tú te burlas, Caderousse.

—No, replicó este, repara ¡qué suspiros!... Vamos, vamos, Fernando, levanta la cabeza y respóndenos. No está bien que calles á las preguntas de quien se interesa por tu salud.

—Estoy bueno, murmuró Fernando apretando los puños, aunque sin levantar la cabeza.

—¡Ah! ya lo ves, Danglars, repuso Caderousse guiñando los ojos á su amigo. Lo que pasa es esto: que Fernando, catalan valiente, como todos los catalanes, y uno de los mejores pescadores de Marsella, está enamorado de una linda muchacha que se llama Mercedes; pero desgraciadamente, á lo que creo, la muchacha ama por su parte al segundo de *El Faraon*; y como *El Faraon* ha entrado hoy mismo en el puerto.... ¿qué tal, me entiendes?

—Maldito si te entiendo, respondió Danglars.

—El pobre Fernando habrá recibido su pasaporte.

—¡Y bien! ¿qué mas? dijo Fernando levantando la cabeza y mirando á Caderousse como aquel que busca en quien descargar su cólera. Mercedes no depende de nadie, ¿no es así? ¿no puede amar á quien se le antoje?

—¡Ah! ¡si lo comprendes de ese modo, dijo Caderousse, eso es otra cosa! yo te tenia por catalan. Hanme dicho que los catalanes no son hombres para dejarse vencer por un rival, y tambien me han asegurado que Fernando sobre todos es temible en la venganza.

Fernando se sonrió y dijo:

—Un enamorado nunca es temible.

—¡Pobre muchacho! replicó Danglars fingiendo compadecer al jóven; ¿qué quieres? no esperaba sin duda que volviese Dantés tan pronto. Quizás le creeria muerto, quizás infiel, ¡quién sabe! Esas cosas son tanto mas sensibles cuanto que nos estan sucediendo á cada paso.

—A fé mia que no dices mas que la verdad, respondió Caderousse, que bebia al compás que hablaba, y á quien el espumoso vino de Lamalgue comenzaba á surtir su efecto: Fernando no es el único que siente la llegada de Dantés, ¿no es así, Danglars?

—Sí, y casi puedo asegurarte que eso le ha de traer alguna desgracia.



Nada veian en torno suyo.

—Pero no importa, añadió Caderousse llenando para el jóven un vaso de vino, y haciendo lo mismo por la duodécima vez con el suyo; no importa, mientras tanto se casa con Mercedes, con la bella Mercedes... se sale con la suya.

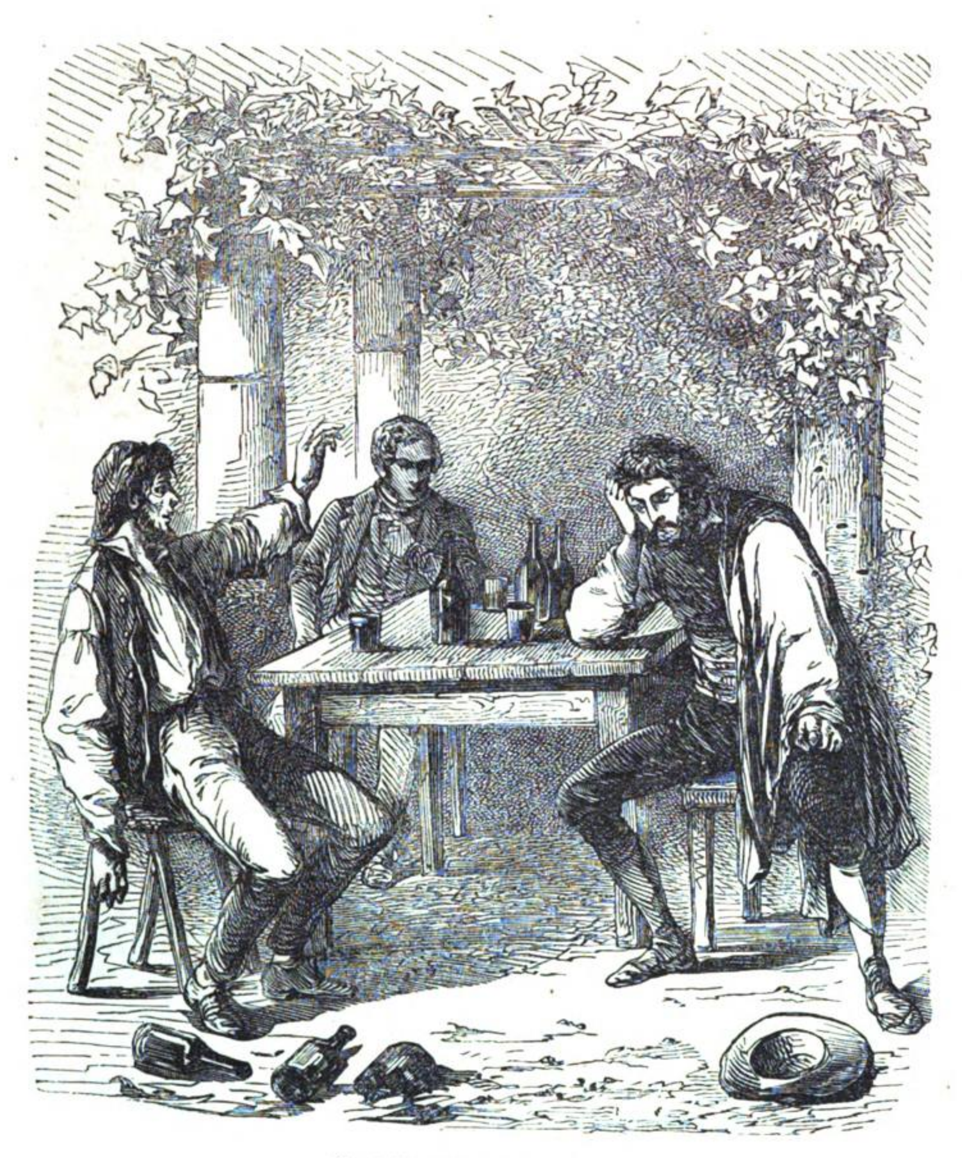
Durante este coloquio Danglars observaba con mirada escudriñadora al jóven. Las palabras de Caderousse caian como plomo derretido sobre su corazon.

—¿Y cuándo es la boda? preguntó.

del capitan Edmundo Dantés, marido de la bella catalana!

Caderousse llevó el vaso á sus labios con mano trémula, y se lo bebió de un sorbo. Fernando tomó el suyo y lo arrojó con furia al suelo.

—¡Hola! esclamó Caderousse, ¿qué es lo que veo allá abajo en direccion á los Catalanes? Mira, Fernando, tú tienes mejores ojos que yo: me parece que empiezo á ver demasiado, y bien sabes que el vino



¿Y cuándo es la boda? preguntó.

¡Oh! todavía no está hecha, murmuró Fernando.

—No, pero lo estará, dijo Caderousse, lo estará tan cierto como que Dantés será capitan de *El Faraon*: ¿no opinas tú lo mismo, Danglars?

Danglars se estremeció al oir esta salida inesperada, volviéndose á Caderousse, en cuya fisonomía estudió á su vez si el golpe estaba premeditado; pero solo leyó la envidia en aquel rostro casi trastornado por la borrachera.

—¡Ea! dijo llenando los vasos, ¡bebamos á la salud

engaña mucho... Cualquiera diria que son dos amantes que van agarrados de la mano... ¡Dios me perdone! ¡no presumen que los estamos viendo, y mira cómo se abrazan!

Danglars no dejaba de observar á Fernando, cuyo rostro se contraia horriblemente.

—¡Calle! ¿Los conoceis, señor Fernando? dijo.

—Sí, respondió este con voz sorda: ¡son Edmundo y Mercedes!

—¡Digo! esclamó Caderousse, ¡y yo no los conocia!

¡Dantés! ¡muchacha! Venid aquí, y decidnos cuándo es la boda, porque el testarudo de Fernando no nos lo quiere decir.

—¡Quieres callarte! dijo Danglars fingiendo detener á Caderousse, que tenaz como todos los que han bebido mucho se disponia á irlos á interrumpir. Haz por tenerte en pié, y deja tranquilos á los enamorados. Mira, mira á Fernando, y toma su ejemplo.

Acaso este, incitado por Danglars, como el toro por los diestros, iba al fin á arrojarse sobre su rival, pues ya de pié tomaba una actitud siniestra, cuando Mercedes, risueña y alegre, levantó su linda cabeza y clavó en Fernando su brillante mirada. Entonces el catalan se acordó de que le habia prometido morir si Edmundo moria, y volvió á caer desesperado sobre su asiento.

Danglars miró sucesivamente á los dos hombres, el uno embrutecido por la embriaguez y dominado el otro del amor.

—¡Oh! ningun partido sacaré de estos dos hombres, murmuró, y casi tengo miedo de estar en su compañía. Este bellaco se embriaga de vino, cuando solo debia embriagarse de odio; el otro es un imbécil que le acaban de quitar la novia en sus mismas barbas, y se contenta solamente con llorar y quejarse como un chiquillo. Sin embargo, tiene la vista torva como los españoles, los sicilianos y los calabreses, que saben vengarse muy bien; tiene unos puños capaces de estrujar la cabeza de un buey tan pronto como la cuchilla del carnicero... Decididamente el destino le favorece; se casará con Mercedes, será capitan y se burlará de nosotros como no... (una sonrisa lívida apareció en los labios de Danglars), como no tercie yo en el asunto.

—¡Hola! seguia esclamando Caderousse á medio levantar de su asiento; ¡hola! Edmundo, ¿no ves á los amigos, ó te has vuelto ya tan orgulloso que no quieres hablarles?

—No, mi querido Caderousse, respondió Dantés; no soy orgulloso, sino feliz, y la felicidad ciega algunas veces mas que el orgullo.

—En hora buena, ya eso es decir algo, replicó Caderousse. ¡Buenos dias, señora Dantés!

Mercedes saludó gravemente.

—Aun no es ese mi nombre, dijo, y en mi pais es de mal agüero algunas veces el llamar á las muchachas con el nombre de su prometido antes que se casen. Llamadme Mercedes.

—Es necesario perdonar á este buen vecino, añadió Dantés. Falta tan poco tiempo...

—¿Con que es decir que la boda se verificará pronto, señor Dantés? dijo Danglars saludando á los dos jóvenes.

—Lo mas pronto que se pueda, señor Danglars: nos toman hoy los dichos en casa de mi padre, y mañana ó pasado mañana á mas tardar será la comida de bodas, aquí, en *La Reserva;* los amigos asistirán á ella; lo que quiere decir que estais convidados desde ahora, señor Danglars, y tú tambien, Caderousse.

—¿Y Fernando? dijo Caderousse sonriendo con malicia; ¿Fernando lo está tambien?

—El hermano de mi muger es mi hermano, respondió Edmundo, y con muchísimo disgusto le veriamos lejos de nosotros en semejante momento.

Fernando abrió la boca para responder; pero la voz espiró en sus labios y no pudo articular una sola palabra.

—¡Hoy los dichos, mañana ó pasado la boda!.. ¡Diablo! mucha prisa os dais, capitan.

—Danglars, replicó Edmundo sonriendo, digoos lo que Mercedes decia hace poco á Caderousse: no me deis título que aun no tengo, que podria ser de mal agüero para mí.

—Dispensadme, respondió Danglars. Decia pues que os dais demasiada prisa. ¡Que diablo! tiempo sobra: *El Faraon* no se volverá á dar á la vela hasta dentro de tres meses.

—Siempre tiene uno prisa por ser feliz, señor Danglars; porque quien ha sufrido mucho, apenas puede creer en la dicha. Pero no es solo el egoismo el que me hace obrar de esta manera; tengo que ir á Paris.

—¡Ah! ¿á Paris? ¿y es la primera vez que vais, Dantés?

—Sí.

—¿Algun negocio, eh?

—No mio, es una comision de nuestro pobre capitan Leclerc. Ya comprendereis que esto es sagrado. Sin embargo, estad tranquilo, no gastaré mas tiempo que el de ida y vuelta.

—Sí, sí, ya comprendo, dijo Danglars.

Y después añadió en voz sumamente baja:—A Paris... sin duda para llevar alguna carta que el capitan le ha dado. ¡Ah! ¡diantre! esa carta me acaba de sugerir una idea... una escelente idea. ¡Ah! ¡Dantés! amigo mio, aun no tienes el número 1.° en el registro de *El Faraon.*

Volviéndose en seguida hácia Edmundo, que se alejaba:—¡buen viaje! le gritó.

—Gracias, respondió Edmundo volviendo la cabeza, y acompañando este movimiento con cierto ademan amistoso.

Y los dos amantes continuaron su camino, tranquilos y alborozados como dos ángeles que se elevan al cielo.

CAPITULO IV.

COMPLOT.

Siguió con la vista Danglars á Edmundo y á Mercedes hasta que desaparecieron por uno de los ángulos del puerto de San Nicolás; y volviéndose en seguida, vislumbró á Fernando que se arrojaba de nuevo sobre su silla, pálido y desesperado, mientras que Caderousse entonaba una cancion.

—¡Ay, señor mio, dijo Danglars á Fernando, me parece que el tal casamiento no sienta bien á todo el mundo!

—A mí me tiene desesperado, respondió Fernando.

—¿Luego amais á Mercedes?

—La adoro.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde que nos conocimos.

—¿Y estais ahí arrancandoos los cabellos en vez de buscar remedio á vuestras cuitas? ¡qué diablo! no creí que obrase de esa manera la gente de vuestro pais.

—¿Y qué quereis que haga? preguntó Fernando.

—¿Qué sé yo? ¿acaso tengo yo algo que ver con?... paréceme que no soy yo, sino vos, el que está enamorado de Mercedes. Buscad, dice el Evangelio, y encontrareis.

—Ya habia yo encontrado.

—¿Cómo?

—Queria asesinar *al hombre*, pero la muger me ha dicho que si llegara á suceder tal cosa á su futuro, se mataria después.

—¡Bah! ¡bah! esas cosas se dicen, pero no se hacen.

—Vos no conoceis á Mercedes, amigo mio, es muger que dice y hace.

—¡Imbécil! murmuró para sí Danglars, ¿qué me importa de que ella muera ó no muera, como Dantés no sea capitan?

—Y antes que muera Mercedes yo moriria, replicó Fernando con un acento de invariable resolucion.

—¡Eso sí que es amor! gritó Caderousse con una voz de cada vez mas vinosa; eso sí que es amor, ó yo no lo entiendo.

—Veamos, dijo Danglars; me pareceis un buen muchacho, y lléveme el diablo si no me dan ganas de sacaros de penas; pero...





Mercedes.

—Sí, sí, dijo Caderousse, veamos.

—Mira, replicó Danglars, ya te falta poco para borracho, con que acábate de beber la botella y lo estarás completamente. Bebe, y no te metas en lo que nosotros hacemos. Porque para alternar en esta conversacion es indispensable estar en su sano juicio.

—¡Yo borracho, esclamó Caderousse, yo! si aun me atreveria á beber cuatro de tus botellas, que por cierto son como frascos de agua de colonia...—Y añadiendo al dicho el hecho, y gritando:—¡tio Pánfilo, mas vino!—Caderousse dió fuertes golpes en la mesa con su vaso.

—¿Deciais?... replicó Fernando, esperando anheloso la continuacion de la frase interrumpida.

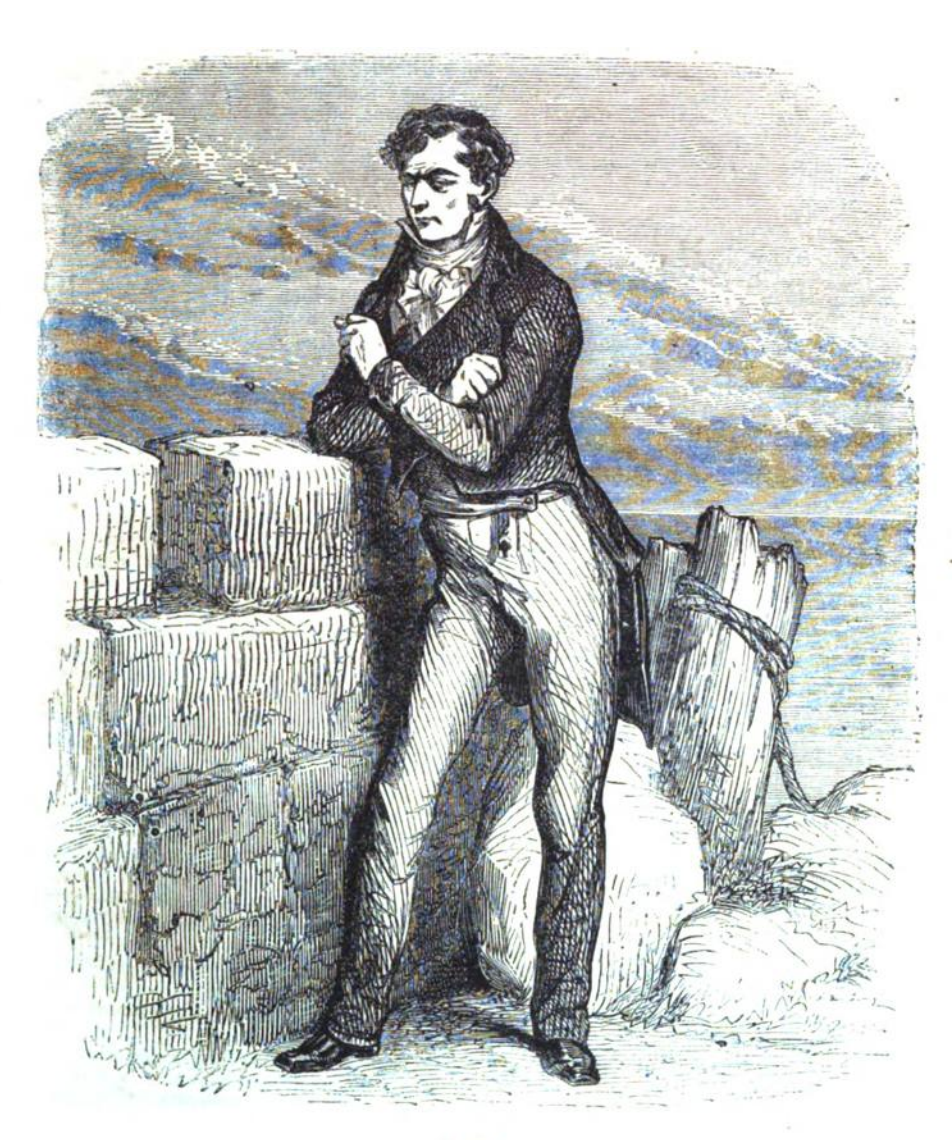
—¿Qué decia? ya no me acuerdo. Ese borrachon me ha hecho perder el hilo de mis ideas.

—¡Borrachon! me place, ¡ay de los que no gustan del vino! tienen algun mal pensamiento, y temen que el vino se lo haga revelar.

Y Caderousse se puso á cantar los últimos versos de una cancion, muy en boga en aquella época.

Los que beben agua sola
son hombres de mala ley,
y la prueba es... el diluvio
de los tiempos de Noé.

—Con que deciais, replicó Fernando, que quisiérais sacarme de penas; pero añadiais...



Danglars.

—Sí, añadia, que para sacaros de penas, basta con que Dantés no se case, y el casamiento me parece que se puede impedir sin que Dantés muera.

—¡Oh! solo la muerte puede separarlos, dijo Fernando.

—Raciocinais como un pobre hombre, amigo mio, esclamó Caderousse; aquí teneis á Danglars, truhan de á folio, que os probará en un santiamen que no sabeis una palabra. Pruébalo, Danglars, yo he respondido de tí, dile que no es necesario que Dantés muera-

Por otra parte muy triste seria el que muriese Dantés; es un buen muchacho; le quiero mucho, mucho: ¡á tu salud, Dantés! ¡á tu salud!

Fernando se levantó impaciente.

—Dejadle, dijo Danglars deteniendo al jóven. ¿Quién le hace caso? además, no va tan descaminado: la ausencia separa á las personas casi mejor que la muerte. Suponed ahora que entre Edmundo y Mercedes se levantan de pronto los muros de una cárcel; estarán tan separados como si los dividiese la losa de una tumba.

—Sí, pero saldrá de la cárcel, dijo Caderousse, que con la sombra de juicio que le quedaba se ingeria en la conversacion; y cuando uno sale de la cárcel y se llama Edmundo Dantés, se venga.

—¿Qué importa? murmuró Fernando.

—Además, replicó Caderousse, ¿por qué han de prender á Dantés si él no ha robado ni matado á nadie?...

—Cállate, dijo Danglars.

—No me da la gana, contestó Caderousse, quiero que me digan por qué habian de prender á Dantés; yo quiero mucho á Dantés; ¡á tu salud, *Dantés, á tu salud!*

Y apuró otro vaso de vino.

Danglars estudió en los estraviados ojos del sastre el progreso de su borrachera, y volviéndose hácia Fernando le dijo:

—¿Comprendeis ya que no habria necesidad de matarle?

—Ciertamente que no, si pudiéramos lograr que le prendiesen. ¿Pero qué medio?...

—Como le buscáramos bien, dijo Danglars, ya se encontraria. Pero ¿en qué lio voy á meterme? ¿acaso tengo yo algo que ver?...

—Yo no sé si esto os interesa, dijo Fernando agarrándole por el brazo; pero lo que sí sé es que teneis algun motivo de odio particular contra Dantés, porque el que odia no se engaña en los sentimientos de los demás.

—¡Yo motivos de odio contra Dantés! ninguno, ¡bajo palabra de honor! Os vi desgraciado, y vuestra desgracia me conmovió; esto es todo. Pero desde el punto en que creeis que obro con miras de interés, adios, mi querido amigo, salid como podais de ese atolladero.

Y Danglars hizo como que se marchaba.

—No, dijo Fernando deteniéndole, quedaos. Poco me importa que odieis ó que no odieis á Dantés; pero yo si le odio; yo lo confieso francamente. Decidme un medio, y lo ejecuto al instante... como no sea matarle, porque Mercedes ha dicho que se mataria si matasen á Dantés.

Caderousse levantó la frente que habia dejado caer sobre la mesa, y mirando á Fernando y á Danglars con ojos de estúpido á medio abrir:

—¡Matar á Dantés!... dijo. ¿Quién habla de matar á Dantés? ¡No quiero que le maten... es mi amigo... esta mañana me ofreció su dinero... asi como yo partí en otro tiempo el mio con él... ¡No quiero que maten á Dantés!... no... no...

—Y ¿quién habla de matarle, imbécil? replicó Danglars. Solo se trata de una simple broma. Bebe á su salud, añadió llenándole un vaso, y déjanos en paz.

—Sí, sí, á la salud de Dantés, dijo Caderousse apurando su vaso; á su salud... á su salud... á su...

—¿Pero el medio?... ¿el medio? murmuró Fernando.

—¿No le habeis hallado aun?

—No, vos os encargasteis de eso.

—Es verdad, repuso Danglars, los franceses llevan á los españoles la ventaja de que los españoles piensan y los franceses improvisan.

—Improvisad pues, dijo Fernando impaciente.

—Muchacho, dijo Danglars, trae recado de escribir.

—¡Recado de escribir! murmuró Fernando.

—Pues soy editor responsable, ¿de qué instrumentos me he de servir sino de pluma, tinta y papel?

—¿Traes eso? esclamó Fernando á su vez.

—En esa mesa hay recado de escribir, respondió el mozo señalando una inmediata.

—Traenoslo.

El mozo lo cogió y lo puso sobre la mesa de los bebedores.

—¡Cuando reflexiono, dijo Caderousse dejando caer su mano sobre el papel, que con esos medios se puede asesinar á un hombre mas sobre seguro que en un camino á puñaladas! siempre tuve mas miedo á una pluma y á un tintero, que á una espada ó á una pistola.

—Ese tunante no está tan borracho como parece, dijo Danglars. Echadle mas vino, Fernando.

Llenó Fernando el vaso de Caderousse, observándole atentamente, hasta que le vió, casi vencido por este nuevo esceso, colocar ó mas bien dejar caer su vaso sobre la mesa.

—¿Con que?... murmuró el catalan, conociendo que no podia ya estorbarle Caderousse, pues la poca razon que conservaba iba á desaparecer con aquel último vaso de vino.

—Pues señor, decia, prosiguió Danglars, que si después de un viaje como el que acaba de hacer Dantés tocando en Nápoles y en la isla de Elba, le denunciase alguno al procurador del rey como agente bonapartista....

—Yo le denunciaré, dijo vivamente el jóven.

—Sí, pero os harán firmar vuestra declaracion, os carearán con el reo, y aunque yo os dé pruebas para sostener la acusacion, eso es poco; Dantés no puede permanecer preso eternamente; un dia ú otro saldrá, y el dia en que salga, ¡desdichado de vos!

—¡Oh! solo deseo una cosa, dijo Fernando, y es que me venga á buscar.

—Sí, pero Mercedes os aborrecerá si tocais al pelo de la ropa á su adorado Edmundo.

—Decis bien, contestó Fernando.

—Nada, replicó Danglars, si nos decidimos, lo mejor es coger esta pluma simplemente y escribir una denuncia con la mano izquierda para que no sea conocida la letra.

Y esto diciendo escribió Danglars con la mano izquierda y con una letra que ninguna semejanza tenia con la suya acostumbrada, los siguientes renglones, que Fernando leyó á media voz.

«Un amigo del trono y de la religion previene al señor procurador del rey que un tal Edmundo Dantés, segundo de *El Faraon*, que arribó esta mañana de Smirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de Paris.

»Fácilmente se tendrá la prueba de su crímen prendiéndole, porque la carta se hallará sobre su persona, ó en casa de su padre, ó en su camarote, á bordo de *El Faraon*.»

—Corriente, prosiguió Danglars. De este modo vuestra venganza tendria sentido comun, y de otro podria recaer sobre vos mismo, ¿entendeis? Ya no queda sino cerrar la carta, escribir el sobre,—y Danglars lo hizo como lo decia:—*Al señor procurador del rey*—y negocio concluido.

—Sí, negocio concluido, esclamó Caderousse, quien con los últimos resplandores de su inteligencia habia escuchado la lectura, y comprendido por instinto todas las desgracias que podria causar semejante denuncia; sí, negocio concluido; pero seria una infamia.

Y alargó el brazo para coger la carta.

—Por supuesto, dijo Danglars apartándole la mano, lo que estoy diciendo no es mas que una broma; y soy el primero que sentiria mucho que le sucediese algo á Dantés, á ese bueno de Dantés. Vaya, ¡no faltaba mas!...

Y cogió la carta, la arrugó entre sus dedos, y la tiró á un rincon.

—¡Bien hecho! esclamó Caderousse. Dantés es mi amigo, y no quiero que le hagan ningun daño.

—¿Quién diablos piensa en hacerle daño? á lo menos no seremos ni Fernando ni yo, dijo Danglars levantándose y mirando al jóven, cuyos ojos estaban clavados en el papel denunciador que yacia en el suelo.

—En ese caso, replicó Caderousse, que nos den mas vino, quiero beber á la salud de Edmundo y de la bella Mercedes.

—Bastante has bebido, ¡borrachon! dijo Danglars; y como sigas bebiendo te verás obligado á dormir aquí, porque probablemente no podrás tenerte en pié.

—¡Yo! balbuceó Caderousse levantándose con la arrogancia del hombre borracho: ¡yo no poder tenerme! ¿Apuestas algo á que me atrevo á subir al campanario de las Accoules derechito sin dar el menor traspiés?

—Bien, dijo Danglars, hago la apuesta; pero la dejaremos para mañana. Ya es tiempo de que nos vayamos, dame el brazo.

—Vamos allá, dijo Caderousse; mas para andar no necesito de tu brazo. ¿Vienes, Fernando? ¿vuelves á Marsella con nosotros?

—No, respondió Fernando, me vuelvo á los Catalanes.

—Mal hecho, ven con nosotros á Marsella.

—Nada tengo que hacer en Marsella, y no quiero ir.

—Bueno, bueno, ¿no quieres, eh? Pues haz lo que te plazca: libertad para todos en todo. Ven, Danglars, y dejémosle que vuelva á los Catalanes, pues así lo quiere.

Danglars aprovechó este momento de docilidad de Caderousse para llevarle hácia Marsella; pero por dejar mas á sus anchas á Fernando, en vez de irse por el muelle de la Rive-Neuve echó por la puerta de Saint-Victor.

Caderousse le seguia tambaleándose asido de su brazo.

Apenas anduvieron unos veinte pasos, Danglars volvió la cabeza, en tan buena sazon, que pudo ver al jóven avalanzarse al papel, que guardó en su bolsillo, dirigiéndose en seguida hácia el *Pillon*.

—¡Calla! ¿qué es lo que hace? dijo Caderousse. Nos ha dicho que iba á los Catalanes, y se dirige á la ciudad. ¡Oye, Fernando, vas descaminado, oye!

—Tú eres el que no ves bien, dijo Danglars. ¡Si sigue derecho el camino de las Vieilles Infirmeries!...

—Es verdad, respondió Caderousse, pero hubiera jurado que iba por la derecha. Decididamente el vino es un traidor, que hace ver visiones.

—Vamos, vamos, murmuró Danglars, que esto marcha, y no hay sino dejarlo marchar.

CAPITULO V.

LA COMIDA DE BODA.

La mañana siguiente fué magnífica: el tiempo estaba hermosísimo; el sol puro y brillante, y sus primeros rayos, de un rojo purpúreo, doraban las espumas de las olas.

La comida habia sido preparada en el primer piso de *La Reserva*, cuyo emparrado conocemos ya. Se componia aquel de un gran salon iluminado por cinco ó seis ventanas; encima de cada una se veia escrito el nombre de una de las mejores ciudades de Francia. Todas estas ventanas caian á un balcon de madera: de madera era tambien todo el edificio.

Aunque la comida se anunció para las doce, desde las once de la mañana llenaban el balcon multitud de curiosos impacientes. Eran estos los marineros privilegiados de *El Faraon* y algunos soldados amigos de Dantés. Todos se habian puesto de gala para honrar á los novios. Entre los convidados circulaba cierto murmullo ocasionado porque los armadores de *El Faraon* debian de honrar con su presencia la comida de boda de su segundo. Era tan grande este honor, que nadie se atrevia á creerlo, hasta que Danglars, que llegaba con Caderousse, confirmó la noticia, porque aquella mañana habia visto á Mr. Morrel, y le dijo que asistiria á la comida de *La Reserva*.

Con efecto, un instante despues Mr. Morrel entró en la sala y fué saludado por los marineros con un unánime *hurrá* de aplausos. La presencia del armador les confirmaba las voces que corrian de que Dantés iba á ser su capitan; y como le querian tanto todos aquellos valientes marineros, daban gracias al armador, porque pocas veces la eleccion de un jefe está en armonía con los deseos de los subordinados. Apenas entró Morrel eligieron á Danglars y á Caderousse para que saliesen al encuentro de los novios, y les previniesen de la llegada del personaje que habia producido tan viva sensacion, con que se apresuraran á venir pronto. Danglars y Caderousse partieron inmediatamente, pero á los cien pasos apercibieron la comitiva que se acercaba.

Componíase esta de cuatro jóvenes amigas de Mercedes, catalanas tambien, que acompañaban á la novia, á quien daba el brazo Edmundo. Junto á la futura caminaba el padre de Dantés, y detrás de ellos venia Fernando con su maligna sonrisa. Ni Mercedes ni Edmundo podian ver esta sonrisa: los pobres muchachos eran tan felices que solo pensaban en sí mismos, y solo miraban aquel hermoso cielo que los bendecia.

Cumplieron Danglars y Caderousse con su mision de embajadores, y dando despues un fuerte apreton de manos á Edmundo, Danglars se fué á colocar al lado de Fernando, y Caderousse al del padre de Dantés, objeto de la atencion general. Vestia el anciano una casaca de tafetan, con grandes botones de acero tallados. Cubrian sus delgadas, aunque vigorosas piernas, unas medias de algodon que olian á la legua á contrabando inglés. De su sombrero apuntado pendian con pintoresca profusion cintas blancas y azules; se apoyaba, en fin, en un nudoso baston de madera, encorvado por el puño como el *pedum* antiguo. Parecia uno de esos figurones que adornaban en 1796 los jardines del Luxemburgo y de las Tullerías.

Habíase colocado junto á él, como ya hemos dicho, Caderousse, á quien la esperanza de una buena comida acabó de reconciliar con los Dantés; Caderousse, á quién quedaba un vago recuerdo de lo que el dia anterior pasó, como cuando al despertar por la mañana nos representa la imaginacion el sueño que hemos tenido por la noche. Al acercarse Danglars á Fernando, penetró con una mirada profunda al corazon del desdeñado amante. Este, que caminaba detrás de los novios completamente olvidado de Mercedes, que con ese egoismo sublime del amor, solo pensaba en su Edmundo; Fernando, repetimos, pálido y sombrío, de vez en cuando dirigia una mirada á Marsella, con lo que un temblor convulsivo se apoderaba de sus miembros. Parecia como si esperase, ó mas bien previese algun acontecimiento.

Dantés estaba vestido con grave sencillez, como perteneciente á la marina mercante; su traje participaba del uniforme militar y del traje civil; y con él y con la alegría y gentileza de la novia, parecia mas alegre y mas gentil.

Estaba Mercedes tan hermosa como una griega de Chipre ó de Céos, de ojos de ébano y de labios de coral. Su andar libre y desenvuelto parecia de andaluza ó de arlesiana. Una jóven cortesana quizás hubiera procurado disimular su alegría; pero Mercedes miraba á todos sonriéndose, como si con aquella sonrisa y aquellas miradas les dijese: —«Pues sois mis amigos, alegraos como yo, porque soy muy feliz.»



Apenas fuéron divisados los novios desde *La Reserva*, Mr. Morrel se adelantó á su encuentro, seguido de los marineros y de los soldados, á los cuales renovó la promesa de que Dantés sucederia al capitan Leclerc. Al verlo Edmundo dejó el brazo de su novia y tomó el de Mr. Morrel. El armador y la jóven dieron la señal subiendo los primeros la escalera de madera que conducia á la sala de la comida.

—Padre mio, dijo Mercedes deteniéndose junto á la mesa, vos á mi derecha, os lo ruego. A mi izquierda pondré al que me ha servido de hermano, añadió con una dulzura que penetró como la punta de un puñal á lo mas profundo del corazon de Fernando. Sus labios palidecieron, y bajo la arrebatada tinta de su rostro, fácil fué distinguir cómo se retiraba poco á poco la sangre para afluir al corazon.

Mientras tanto habia hecho Dantés lo mismo con Mr. Morrel, colocándole á su derecha, y con Danglars, que colocó á su izquierda, haciendo en seguida señas con la mano á todos para que se colocaran á su gusto.

Ya corrian de mano en mano por toda la mesa los salchichones de Arlés, las brillantes langostas, las sabrosas ostras del Norte, los esquisitos mariscos envueltos en su áspera concha, como la castaña en su erizo, y las almejas preferidas á las anchoas por las gentes meridionales; en fin, toda esa multitud de entremeses delicados que arrojan las olas á la arenosa playa, y los pescadores designan con el nombre genérico de frutos de mar.



Danglars volvió la cabeza, en tan buena ocasion, que pudo ver al jóven arrojarse sobre el papel.

—¡Qué silencio! dijo el anciano saboreando un vaso de vino amarillo como el topacio, que acababa de traer á Mercedes el tio Pánfilo. ¿Quién diria que hay aquí treinta personas que solo desean hablar?

—¡Bah! un marido no siempre está alegre, dijo Caderousse.

—El caso es, dijo Dantés, que soy en este momento demasiado feliz para estar alegre.

—Si vos lo entendeis de ese modo, vecino, teneis razon; la alegría causa á veces una sensacion estraña, que oprime el corazon casi tanto como el dolor.

Danglars observaba á Edmundo, cuyo espíritu impresionable absorbia y devolvia toda emocion.

—Qué, le dijo, ¿temeis algo? me parece que todo marcha segun vuestros deseos.

—Eso justamente es lo que me espanta, respondió Dantés, paréceme que el hombre no ha nacido para ser feliz con tanta facilidad. La dicha es como esos palacios de las islas encantadas, cuyas puertas guardan formidables dragones; preciso es combatir para con-

—A fé mia, vecino Caderousse, dijo Dantés, que no vale la pena que me desmintais por tan poca cosa. Mercedes no es aun mi muger, teneis razon,—y sacó su reloj;—pero dentro de hora y media lo será.

Todos lanzaron un grito de sorpresa, excepto el padre de Dantés, cuya sonrisa dejaba ver una fila de dientes muy bien conservados. Mercedes sonrióse sin ruborizarse, y Fernando empuñó convulsivamente el mango de su cuchillo.



La comida de boda.

quistar, y yo á la verdad no sé por qué haya merecido la dicha de ser marido de Mercedes.

—¡Marido! ¡marido! dijo Caderousse riendo; todavía no, mi capitan. Haz del marido un poco, y ya verás la que se arma.

Mercedes se sonrojó.

Fernando yacia agitadísimo en su silla, estremeciéndose al menor ruido, y tal vez limpiándose las gruesas gotas de sudor que corrian por su frente como las primeras gotas de una lluvia de tormenta.

—¡Dentro de una hora! dijo Danglars palideciendo tambien: ¿pues cómo así?

—Sí, amigos mios, respondió Dantés: gracias á Mr. Morrel, el hombre á quien debo mas en el mundo despues de mi padre, todos los obstáculos se han allanado; hemos obtenido dispensa de las amonestaciones, y á las dos y media el alcalde de Marsella nos espera en el ayuntamiento. Ahora pues, como acaba de dar la una y cuarto, creo no haberme engañado mucho al decir que dentro de una hora y trein-

ta minutos, Mercedes se llamará Mad. Dantés.

Fernando cerró los ojos; una nube de fuego le abrasaba los párpados; apoyose sobre la mesa, y á pesar de todos sus esfuerzos no pudo contener un sordo gemido, que se perdió en el rumor causado por las risas y por las felicitaciones de la asamblea.

—Esto sí que se llama ser activo, dijo el padre de Dantés. Ayer llegó y hoy se casa... no hay como los marinos en esto de actividad.

—Pero, ¿y las formalidades? preguntó tímidamente Danglars; ¿el contrato?...

—El contrato, le interrumpió Dantés riendo, el contrato está ya hecho. Mercedes no tiene nada, yo tampoco; nos casamos bajo el sistema comunista; con que ya se os alcanzará que ni se habrá tardado en escribir el contrato ni nos costará mucho.

Esta broma escitó una nueva esplosion de alegría y de plácemes.

—¿Con que es decir que esta es ya la comida de bodas? dijo Danglars.

—No, repuso Dantés, no la perdereis por eso, podeis estar tranquilos. Mañana parto para París: cuatro dias de ida, cuatro de vuelta, y uno para desempeñar puntualmente la comision de que estoy encargado; el 1.° de marzo estoy ya aquí; con que la verdadera comida de bodas se aplaza para el 2 de marzo.

Esta promesa de un nuevo festin aumentó la alegría hasta tal punto, que el padre de Dantés, que al principio de la comida se quejaba del silencio, hacia ahora vanos esfuerzos para espresar sus deseos de que Dios hiciera felices á los esposos.

Dantés adivinó el pensamiento de su padre, pagándoselo con una sonrisa llena de amor. Mercedes entre tanto miraba la hora en el reloj de la sala, haciendo picarescamente cierta señal á Edmundo. Reinaba en la mesa esa alegría ruidosa y esa libertad individual que siempre se toman las personas de clase inferior al fin de la comida. Los que no estaban contentos en sus sitios se habian levantado para ocupar otros nuevos.

Todo el mundo empezaba ya á hablar en confusion, y nadie respondia á su interlocutor, sino á sus propios pensamientos.

La palidez de Fernando se comunicaba por minutos á Danglars. Aquel sobre todo parecia presa de mil tormentos horribles. Habiase levantado de los primeros y se paseaba por la sala, procurando apartar su oido de la algazara, de las canciones y del choque de los vasos.

Caderousse se acercó á él en el momento en que Danglars, de quien parecia huir, acababa de reunírsele en un ángulo de la sala.

—En verdad, dijo Caderousse, á quien la amabilidad de Dantés, y sobre todo el vino del tio Pánfilo, habian hecho olvidar enteramente el odio que le inspiró la repentina felicidad de Edmundo; en verdad que Dantés es un guapo muchacho, y cuando le veo sentado junto á su novia, digo para mí, que hubiera sido una lástima jugarle la mala pasada que intentabais ayer.

—Pero ya has visto, respondió Danglars, que aquello fué conversacion solamente. Ese pobre Fernando estaba ayer tan fuera de sí que me causó lástima al principio; pero desde que se determinó á asistir á la boda de su rival, no hay ya temor alguno.

En esto Caderousse miró á Fernando, que estaba lívido.

—El sacrificio es tanto mayor, continuó Danglars, cuanto que la muchacha es de perlas. ¡Diantre! miren si es dichoso mi futuro capitan. Quisiera llamarme Dantés no mas que por doce horas.

—¿Vámonos? dijo en este punto con dulce voz Mercedes; acaban de dar las dos, y á las dos y cuarto nos esperan.

—Sí, sí, contestó Dantés levantándose al punto.

—Vamos, repitieron á coro todos los convidados.

Fernando estaba sentado en el poyo de una ventana, y Danglars, que no le perdia de vista un momento, le vió observar á Dantés con inquieta mirada, levantarse como por un movimiento convulsivo, y volver á caer á plomo en el sitio donde se hallaba antes.

Al propio tiempo resonó en la escalera un ruido sordo, como de pasos pesados, voces confusas y armas, ahogando las esclamaciones de los convidados é imponiendo á toda la asamblea el silencio del estupor. El ruido se oyó mas cerca: en la puerta resonaron tres golpes... cada cual miraba á su alrededor con asombro.

—¡En nombre de la ley! gritó una voz sonora.

Y la puerta se abrió al punto, dando paso á un comisario con su faja y á cuatro soldados y un cabo. Con esto á la inquietud sucedió el terror.

—¿Qué se os ofrece? preguntó Mr. Morrel adelantándose hácia el comisario á quien conocia; sin duda venís equivocado.

—Si ha sido así, señor Morrel, respondió el comisario, creed que pronto se deshará la equivocacion. Mientras tanto, y por muy sensible que me sea, debo cumplir con la órden que tengo.

¿Quién de vosotros, señores, se llama Edmundo Dantés?

Todas las miradas se volvieron hácia el jóven, que muy conmovido, aunque conservando toda su dignidad, dió un paso hácia adelante y respondió:

—Yo soy, caballero, ¿qué me quereis?

—Edmundo Dantés, repuso el comisario, en nombre de la ley, daos á prision.

—¡Preso yo! dijo Edmundo, cuyo rostro se cubrió de ligera palidez; ¡preso yo! pero ¿por qué?

—Lo ignoro, caballero. Ya lo sabreis en el primer interrogatorio que os hagan.

Mr. Morrel comprendió que nada se podia intentar contra lo inflexible de la situacion: un comisario con su faja no es ya un hombre, es la estatua de la ley, fria, sorda, muda. El viejo, por el contrario, se precipitó hácia el comisario: hay ciertas cosas que nunca podrá comprender el corazon de un padre ó el de una madre. Rogó, suplicó; pero ruegos y lágrimas fuéron inútiles. Sin embargo, su desesperacion era tan grande, que el comisario al fin se conmovió.

—Caballero, le dijo, tranquilizaos; quizás se habrá olvidado vuestro hijo de alguno de los requisitos que exigen la aduana ó la sanidad. Yo así lo creo. Cuando se hayan tomado los informes que se desean, lo pondrán en libertad.

—¡Calle! ¿qué significa esto? preguntó Caderousse frunciendo el entrecejo á Danglars, que aparentaba sorpresa.

—¿Qué se yo? respondió Danglars; como tú, veo y me confundo sin comprender jota.

Caderousse buscó con los ojos á Fernando, pero habia desaparecido.

La escena entera de la víspera se representó á Caderousse entonces con todos sus pormenores. Aquella catástrofe acababa de arrancar el velo que la embriaguez habia echado entre su entendimiento y su memoria.

—¡Oh! dijo con voz ronca, ¿quién sabe si esto será el resultado de la broma de que hablabais ayer, Danglars? En ese caso, desgraciado de vos, porque es muy triste broma por cierto.

—Bien viste que rompí aquel papel, balbuceó Danglars.

—No lo rompiste; lo arrugaste y lo tiraste á un rincon.

—¡Calla! tú estabas borracho.

—¿Que es de Fernando?

—¡Qué se yo! habrá tenido que hacer. Pero en vez de ocuparnos de él, consolemos á esos pobres afligidos.

Con efecto, durante la conversacion, Dantés habia dado la mano sonriendo á sus amigos, y con un abrazo á Mercedes, se habia entregado al polizonte, diciendo:



—¡En nombre de la ley! gritó una voz sonora.

«Tranquilizaos, pronto se reparará el error, y probablemente no llegaré á entrar en la cárcel.»

—¡Oh! de seguro, dijo Danglars, que, como ya hemos dicho, se acercaba en este momento al grupo principal.

Dantés bajó la escalera precedido del comisario de policía y rodeado de soldados. Un coche los esperaba á la puerta, y subió á él, seguido de los soldados y del comisario. La portezuela se cerró, tomando el carruaje el camino de Marsella.

—¡Adios, Dantés! ¡adios, Edmundo! esclamó Mercedes desde el balcon, adonde salia desatentada.

Escuchó el preso este último grito, escapado al corazon doliente de su novia como un sollozo, y asomando la cabeza por la ventanilla del coche, le contestó:

—¡Hasta la vista, Mercedes!

Con esto desapareció por uno de los ángulos del fuerte de San Nicolás.

—Esperadme aquí, dijo el armador; voy á tomar el primer carruaje que encuentre: corro á Marsella, y os traeré noticias suyas.

—Sí, sí, id, esclamaron todos á un tiempo; id, y volved presto.

A esta segunda marcha siguió un momento de estupor terrible en todos los que se quedaban. El anciano y Mercedes permanecieron algun tiempo sumergidos en el mas profundo abatimiento; pero al fin se encontraron sus ojos, y reconociéndose por dos víctimas heridas del mismo golpe, se arrojaron en brazos uno de otro.

Durante todo este tiempo, Fernando, vuelto á la sala, bebió un vaso de agua y fué á sentarse en una silla. La casualidad hizo que Mercedes, al desasirse del anciano, cayese sobre una silla próxima á aquella donde él se hallaba; con lo que Fernando, por un movimiento instintivo, retiró hácia atrás la suya.

—El ha sido, dijo á Danglars Caderousse, que no perdia de vista al catalan.

—Creo que no, respondió Danglars, es demasiado tonto. En todo caso la responsabilidad es suya.

—Y del que se lo aconsejó, repuso Caderousse.

—¡Ah! si fuese uno responsable de todo lo que inadvertidamente dice...

—Sí, cuando lo que se dice inadvertidamente trae desgracias como esta.

Entre tanto los grupos comentaban el arresto de Dantés de mil maneras.

—Y vos, Danglars, dijo una voz, ¿qué pensais de este acontecimiento?

—Yo, respondió Danglars, creo que traeria alguna cosa de contrabando en *El Faraon*...

—Pero si así fuera, vos lo sabriais, Danglars; ¿no sois vos el responsable?

—Sí, pero no lo soy sino de lo que viene en factura. Lo que sé es que traemos algunas piezas de algodon, tomadas en Alejandría en casa de Mr. Pastret, y en Smirna en casa de Mr. Pascal: no me pregunteis mas.

—¡Oh! ahora recuerdo, murmuró al oir esto el pobre anciano, ahora recuerdo... ayer me dijo que traia una caja de café y otra de tabaco.

—Ya lo veis, dijo Danglars, eso será sin duda; durante nuestra ausencia, los aduaneros habrán registrado *El Faraon* y lo habrán descubierto.

Mercedes, casi insensible hasta este momento, dió rienda suelta al fin á su dolor.

—¡Vamos, vamos, esperanza! dijo el padre de Dantés, sin saber siquiera lo que decia.

—¡Esperanza! repitió Danglars.

—¡Esperanza! murmuró Fernando; pero esta palabra le ahogaba; sus labios se agitaron sin articular ningun sonido.

—¡Señores! gritó uno de los convidados que se habia quedado en una de las ventanas; señores, un carruaje... ¡Ah! ¡es Mr. Morrel! ¡Animo! ¡ánimo! sin duda traerá buenas noticias.

Mercedes y el anciano corrieron al encuentro del armador, con quien se unieron á la puerta: Mr. Morrel estaba sumamente pálido.

—¿Qué hay? esclamaron todos á la par.

—¡Ay! amigos mios, respondió el armador meneando la cabeza, la cosa es mas grave de lo que nosotros presumiamos...

—Señor, esclamó Mercedes, ¡es inocente!

—Lo creo, respondió Mr. Morrel; pero le acusan...

—¿De qué? preguntó el viejo Dantés.

—De agente bonapartista.

Aquellos de nuestros lectores que hayan vivido en la época de esta historia, recordarán lo terrible que era en aquel tiempo semejante acusacion. Mercedes exhaló un grito, y el anciano se dejó caer en una silla.

—¡Oh! murmuró Caderousse, me habeis engañado, Danglars, y al fin hicisteis lo de ayer. Pero no quiero dejar morir de dolor á ese anciano y á esa jóven, y voy á contárselo todo.

—Calla, ¡desgraciado! esclamó Danglars agarrando la mano de Caderousse, ¡calla! ó no respondo de tí. ¿Quién te dice que Dantés no es culpable? El buque tocó en la isla de Elba; él desembarcó, permaneciendo todo un dia en Porto-Ferrajo. Si le han hallado alguna carta que le comprometa, los que le defiendan pasarán por cómplices suyos.

Caderousse con el rápido instinto del egoismo comprendió toda la solidez de este discurso, miró á Danglars con admiracion, y retrocedió dos pasos.

—Esperemos pues, murmuró.

—Sí, esperemos, dijo Danglars; si es inocente, le pondrán en libertad; si es culpable, inútil es comprometerse por un conspirador.

—Vámonos, no puedo permanecer aquí por mas tiempo.

—Sí, ven, dijo Danglars, complacido de alejarse acompañado; ven, y dejemos que salgan como puedan de ese atolladero.

Así que partieron, Fernando, que habia vuelto á ser el apoyo de la jóven, cogió á Mercedes de la mano, y la condujo á los Catalanes. Los amigos de Dantés condujeron á su vez á la alámeda de Meillan al anciano casi desmayado.

Pronto se esparció por la ciudad el rumor de que Dantés acababa de ser preso por agente bonapartista.

—¿Quién lo hubiera creido, mi querido Danglars? dijo Mr. Morrel reuniéndose á este y á Caderousse, en el camino de Marsella, adonde se dirigia apresuradamente para adquirir algunas noticias directas de Edmundo por el sustituto del procurador del rey, Mr. de Villefort, con quien tenia algunas relaciones. ¿Lo hubierais vos creido?

—¡Diantre! esclamó Danglars, ya os habia yo dicho que Dantés hizo escala en la isla de Elba sin ninguna razon, lo que me pareció sospechoso.

—Pero ¿habeis participado vuestras sospechas á álguien mas que á mí?

—Líbreme Dios muy bien de ello, señor Morrel, dijo en voz baja Danglars; bien sabeis que por culpas de vuestro tio, Mr. Policarpo Morrel, que ha servido en sus ejércitos, y que no oculta sus opiniones, sospechan que sentís la caida de Napoleon, y mucho me disgustaria el causar algun perjuicio á Edmundo ó á vos. Hay ciertas cosas que un subordinado debe decir á su armador, y ocultar cuidadosamente á los demás.

—¡Bien! Danglars, ¡bien! contestó el armador, sois un hombre honrado. Bien hice en pensar en vos para cuando ese pobre de Dantés hubiese llegado á ser capitan del *Faraon*.

—¿Pues cómo?...

—Sí, ya habia yo preguntado á Dantés qué pensaba de vos y si tenia alguna repugnancia en que os quedarais en vuesto puesto, pues yo no sé por qué me pareció notar que os tratabais con alguna frialdad.

—¿Y qué os respondió?

—Que creia con efecto le guardabais, por una causa que me ha callado, algun rencorcillo; pero que todo el que poseia la confianza del armador, poseia la suya tambien.

—¡Hipócrita! murmuró Danglars.

—Pobrecillo! dijo Caderousse, era un escelente muchacho.

—Sí, pero entre tanto, prosiguió Mr. Morrel, tenemos al *Faraon* sin capitan.



El padre de Dantés.

—¡Oh! dijo Danglars, es razon esperar, puesto que no partimos hasta dentro de tres meses, que para entonces ya estará libre Dantés.

—Sí, pero entre tanto...

—¡Entre tanto... aquí me teneis, señor Morrel! dijo Danglars. Bien sabeis que conozco el manejo de un buque tan bien como el mejor capitan. Esto no os obligará á nada, pues cuando Dantés salga de la prision volverá á su puesto, yo al mio, y *pax christi*.

—Gracias, Danglars, así se concilia todo con efecto. Tomad pues el mando, os autorizo á ello, y presencia el desembarque. Los asuntos no deben de entorpecerse porque suceda una desgracia á alguno de la tripulacion.

—Señor, confiad en mí. ¿Y podré ver al pobre Edmundo?

—Pronto os lo diré, Danglars. Voy á hablar á Mr. de Villefort, y á influir con él en favor del preso. Bien sé que es un realista furioso; pero qué diablo, aunque realista y procurador del rey, tambien es hombre, y no le creo de muy mal corazon.

—No, repuso Danglars; pero he oido decir que es ambicioso, y entonces...

—En fin, dijo Mr. Morrel suspirando, allá veremos: id á bordo, que ya os sigo.

Y se separó de los dos amigos para tomar el camino del Palacio de Justicia.

—Ya ves el giro que toma el negocio, dijo Danglars á Caderousse; ¿piensas todavía defender á Dantés?



Un viejo condecorado con la cruz de San Luis se levantó brindando por la salud del Rey.

—No á fé; pero sin embargo, terrible cosa es que tenga tales consecuencias una broma.

—¿Y quién ha tenido la culpa? no seremos ni tú ni yo á lo menos; si alguno por acaso, Fernando será. Bien vistes que yo por mi parte tiré el papel á un rincon; y hasta creo haberle roto.

—No, no, dijo Caderousse: ¡oh! en cuanto á eso estoy seguro, le vi en un rincon, doblado y arrugado; ojalá estuviese aun allí.

—¿Qué quieres? Si Fernando lo ha cogido, le habrá copiado ó le habrá hecho copiar, y aun sabe Dios si se tomaria esa molestia. Ahora que pienso en ello, ¡Dios mio! quizás habrá entregado mi propia carta. Felizmente yo disfracé mucho la letra.

—¿Pero sabias tú que Dantés conspiraba?

—¡Qué habia de saber? aquello fué broma, como ya te dije. Pero me parece que, á imitacion de los arlequines, he dicho la verdad burlando.

—Tanto vale, replicó Caderousse. Yo sin embargo daria cualquier cosa porque no hubiera pasado lo que ha pasado, ó á lo menos por no haberme metido en nada: ya verás cómo por esto nos sucede tambien á nosotros alguna desgracia, Danglars.

—En todo caso la desgracia caerá sobre el verdadero culpable, y el verdadero culpable es Fernando y no nosotros. ¿Qué desgracia quieres que nos suceda? Vivamos tranquilos, que ya pasará la tempestad.

—¡*Amen!* dijo Caderousse haciendo una señal de despedida á Danglars y dirigiéndose á la alameda de Meillan, meneando la cabeza y hablando consigo mismo, como aquellas personas que están muy preocupadas con sus pensamientos.

—¡Magnífico! murmuró Danglars, las cosas toman el giro que yo esperaba. Ya soy capitan por lo pronto, y si ese imbécil de Caderousse se calla, capitan para siempre... solo me atormenta el pensar que si la justicia diera libertad á Dantés... ¡Oh!... no, añadió sonriendo con satisfaccion, la justicia es la justicia, y en ella confio.

Y diciendo esto saltó á una barca, mandando al barquero que le condujese á bordo del *Faraon*, adonde, como ya recordará el lector, le habia citado Mr. Morrel.

CAPITULO VI.

EL SUSTITUTO DEL PROCURADOR DEL REY.

En la calle de Grand-Cours, afrontando con la fuente de las Medusas, en una de esas antiguas casas de arquitectura aristocrática, edificadas por Puget, se celebraba tambien en el mismo dia y á la misma hora una comida de bodas, con la diferencia de que en lugar de ser los personajes y anfitriones gente del pueblo, marineros y soldados, pertenecian á la alta sociedad de Marsella.

Eran antiguos magistrados que habian dimitido sus empleos en tiempo del usurpador, antiguos oficiales desertores de sus filas para pasarse á las del ejército de Condé, y jóvenes de ilustre alcurnia, poco elevados aun á pesar de lo que habian sufrido ya por el odio hácia aquel á quien cinco años de destierro debian de convertir en un mártir, y quince de restauracion en un dios.

Estaban sentados á la mesa, y la conversacion chispeaba á impulsos de todas las pasiones de la época, pasiones tanto mas terribles y encarnizadas en el medio dia de la Francia, cuanto que al cabo de quinientos años, los odios religiosos se juntaban á los odios políticos.

El emperador rey de la isla de Elba, que despues de haber sido soberano en una parte del mundo, reinaba sobre una poblacion de cinco á seis mil almas, y despues de haber oido gritar *¡Viva Napoleon!* por ciento veinte millones de vasallos, en diez lenguas diferentes, era tratado allí como un hombre perdido sin remedio para la Francia y para el trono. Los magistrados anatematizaban sus errores políticos; los militares murmuraban de Moscow y de Leipsick; las mugeres, de su divorcio de Josefina; y no parecia sino que aquel mundo alegre, y triunfante, no por la caida del hombre, sino por la derrota del principio, creyese que la vida comenzaba de nuevo para él, y que despertaba de un sueño penoso.

Un anciano condecorado con la cruz de San Luis se levantó brindando por la salud del rey Luis XVIII. Era el marqués de Saint-Meran. A este brindis, que recordaba á la vez al desterrado de Hartwell y al rey pacificador de la Francia, se aumentó la bulla, los vasos chocaron unos con otros, las mugeres se quitaron las flores de la cabeza y las esparcieron sobre el mantel; momento fué este en verdad de entusiasmo casi poético.

—Ya confesarian paladinamente si estuviesen aquí, dijo la marquesa de Saint-Meran, muger de mirada dura, labios delgados y continente aristocrático, muger aun á la moda á pesar de sus cincuenta años; ya confesarian paladinamente todos esos revolucionarios que nos han secuestrado, y á quienes dejamos á nuestra vez conspirar tranquilamente en nuestros antiguos castillos comprados por un pedazo de pan en tiempo del terror; ya confesarian que el verdadero desinterés estaba de nuestra parte, puesto que nosotros nos uniamos á la monarquía agonizante, mientras ellos, por el contrario, saludaban al sol que nacia, y labraban sus fortunas, mientras que nosotros perdiamos la nuestra; confesarian que nuestro rey era verdaderamente Luis, el muy amado, mientras que su usurpador no fué nunca mas que Napoleon el maldito. ¿No es verdad, Villefort?

—¿Qué decís... señora marquesa?... respondió aquel á quien se dirigia esta pregunta. Perdonadme, no atendia á la conversacion.

—Dejad á esos muchachos, marquesa, replicó el viejo que habia brindado. Van á casarse, y naturalmente tendrán que hablar de otra cosa que no de política.

—Perdonadme, mamá, dijo una preciosa jóven de cabellos rubios y ojos azules. Os devuelvo á Mr. de Villefort á quien entretuve un momento. Mr. de Villefort, mamá os preguntaba...

—Estoy pronto á responder á la señora marquesa, si se digna renovar su pregunta que antes no oí.

—Estais perdonada, Renée, dijo la marquesa con una sonrisa de ternura que rara vez brillaba en su rostro áspero y seco; pero el corazon de la muger es de tal naturaleza que aunque árido y endurecido por las exigencias sociales, siempre guarda un rincon fértil y amable; el que Dios ha consagrado al amor maternal.

—Estais perdonada... Ahora oid, Villefort: dije que los bonapartistas no tenian ni nuestra conviccion, ni nuestro entusiasmo, ni nuestro desinterés.

—¡Oh señora! á lo menos tienen algo que reemplace á eso: el fanatismo. Napoleon es el Mahoma de Occidente; es para todos esos hombres vulgares, aunque ambiciosos si nunca los hubo, no solamente un legislador, sino un tipo, el tipo de la igualdad.

—¡De la igualdad! esclamó la marquesa. ¡Napoleon tipo de la igualdad! Y entonces ¿qué es Mr. de Robespierre? Paréceme que le quitais de su lugar para colocar en él al corzo; bastábale con su usurpacion.

—No señora, repuso Villefort, dejo á cada cual en su puesto: á Robespierre en la plaza de Luis XV sobre el cadalso; á Napoleon en la plaza de Vendôme sobre su columna; con la diferencia de que el uno ha creado la igualdad que abate; el otro la igualdad que eleva; el uno ha puesto á los reyes al nivel de la guillotina; el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Mas eso no impide, añadió Villefort riendo, que los dos sean unos infames revolucionarios, y que el 9 termidor y el 4 de abril de 1814 sean dos dias felices para la Fran-



cia, y dignos de ser igualmente festejados por los amigos del órden y de la monarquía; pero esto esplica tambien cómo, aunque caido para no levantarse jamás, Napoleon ha conservado sus adeptos. ¿Qué quereis, marquesa? Cromwel, que no fué ni la mitad de lo que Napoleon, tuvo tambien los suyos.

—¿Sabeis, Villefort, que lo que estais diciendo tiene un colorido algo revolucionario? Pero os perdono: es imposible á un hijo de un girondino no conservar cierto apego al terror.

Villefort abochornándose repuso:

—Mi padre era girondino, señora, es verdad; pero mi padre no votó la muerte del rey; estuvo proscripto por ese mismo *terror* que os proscribia, y poco le faltó para perder la cabeza en el mismo cadalso en que la perdió vuestro padre.

—Sí, dijo la marquesa sin alterarse por este horroroso recuerdo; con la diferencia de que hubieran alcanzado un mismo fin por diferentes medios, como lo prueba que toda mi familia haya permanecido siempre unida á los príncipes desterrados, mientras que vuestro padre ha tenido á bien unirse al nuevo gobierno, y después de haber sido girondino el ciudadano Noirtier, el conde Noirtier se haya hecho senador.

—¡Mamá! ¡mamá! balbuceó Renée, bien sabeis que hemos convenido en no renovar tristes recuerdos.

—Señora, respondió Villefort, junto mis ruegos con los de la señorita de Saint-Meran para que olvideis lo pasado. ¿A qué echarnos unos á otros en cara cosas que el mismo Dios no puede impedir? porque Dios puede cambiar lo porvenir, mas no lo pasado. Lo que nosotros los hombres podemos solamente es cubrirlo con un velo. ¡Pues bien! yo me he separado no solamente de la opinion, sino del nombre de mi padre. Mi padre ha sido ó es aun bonapartista, y se llama Noirtier; yo soy realista y me llamo de Villefort. Dejad que se seque en el caduco tronco un resto de sávia revolucionaria, y no mireis, señora, sino al retoño que se separa de este mismo tronco, sin poder, y acaso diga... sin querer separarse enteramente.

—¡Bravo, Villefort! dijo el marqués; ¡bravo! ¡buena respuesta! Yo estoy suplicando continuamente á la marquesa que olvide lo pasado, sin poder conseguirlo: veremos si vos sois mas dichoso.

—Sí, está bien, respondió la marquesa: olvidemos lo pasado; no deseo otra cosa; pero á lo menos que Villefort sea inflexible en adelante. No os olvideis de que hemos respondido de vos á S. M.; que S. M. ha tenido á bien olvidarlo todo, de la misma manera que yo lo hago accediendo á vuestra súplica. Pero si cayese en vuestras manos un conspirador, cuenta con lo que haceis, porque es fuerza tengais entendido que se os vigila muy particularmente, por pertenecer á una familia que puede estar relacionada con los conspiradores.

—¡Ay señora! dijo Villefort; mi profesion, y sobre todo los tiempos en que vivimos me obligan á ser muy severo. Pues bien, lo seré. He tenido que sostener algunas acusaciones políticas, y estoy ya como quien dice probado. Desgraciadamente aun no hemos concluido.

—¿Pues cómo? dijo la marquesa.

—Tengo temores casi ciertos... Napoleon en la isla de Elba no está muy lejos de la Francia; su presencia casi á vista de nuestras costas sostiene la esperanza de sus partidarios. Marsella está llena de oficiales sin colocacion, que se traban todos los dias de disputas con los realistas, de las que resultan duelos entre las personas de clase elevada, asesinatos entre el vulgo.

—A propósito, dijo el conde Salvieux, antiguo amigo de Mr. de Saint-Meran y chambelan del conde de Artois; ¿no sabeis que la Santa Alianza desaloja á Napoleon de donde está?

—Sí, cuando salimos de Paris no se hablaba en otra cosa, respondió Mr. de Saint-Meran. ¿Y adónde le envian?

—A Santa Elena.

—¿A Santa Elena? ¿Qué es eso? preguntó la marquesa.

—Una isla situada á dos mil leguas de aquí, mas allá del ecuador, respondió el conde.

—¡Vítor! gran locura era en verdad, como dice Villefort, dejar á semejante hombre entre la Córcega, donde ha nacido, entre Nápoles, donde aun reina su cuñado, y enfrente de esa Italia, de que iba á formar un reino para su hijo.

—Desgraciadamente, dijo Villefort, los tratados de 1814 impiden que se toque ni aun al pelo de la ropa de Napoleon.

—Pues se faltará á esos tratados, repuso Mr. de Servieux. ¿Tuvo él tantos escrúpulos en fusilar al desgraciado duque de Enghien?

—Sí, añadió la marquesa, es cosa convenida. La Santa Alianza libra á la Europa de Napoleon, y Villefort libra á Marsella de sus partidarios. O el rey reina ó no reina. Si reina, su gobierno debe de ser fuerte y sus agentes inflexibles; único medio de impedir el mal.

—Por desgracia, señora, dijo Villefort sonriendo, un sustituto del procurador del rey acude siempre cuando el mal está hecho.

—Entonces su deber es repararlo.

—Tambien pudiera yo deciros, señora, que á él no le toca repararlo, aunque sí vengarlo.

—¡Oh señor de Villefort! dijo una hermosa jóven, hija del conde de Salvieux y amiga de la señorita de Saint-Meran; procurad que se vea alguna causa de esas mientras residimos en Marsella. Nunca he asistido á un tribunal, y me han dicho que es cosa curiosa.

—Oh! sí, muy curiosa con efecto, señorita, respondió el sustituto, porque en lugar de una tragedia fingida, lo que allí se representa es un drama verdadero; en lugar de dolores aparentes, son dolores reales. El hombre que se presenta allí, en lugar de volver, cuando se corre el telon, á entrar tranquilamente en su casa, á cenar con su familia, á acostarse y conciliar pronto el sueño para volver á sus tareas al dia siguiente, entra en una prision donde le espera tal vez el verdugo. Bien veis que para las personas nerviosas que desean emociones fuertes no hay otro espectáculo mejor que ese. Tranquilizaos, señorita, si se presentase la ocasion, ya os avisaré.

—¡Nos hace temblar... y se rie! dijo Renée palideciendo.

—¿Qué quereis? replicó Villefort, esto es un como si dijéramos... un desafío... Por mi parte he pedido ya cinco ó seis veces la pena de muerte contra acusados por delitos políticos... ¿quién sabe cuántos puñales se afilan á esta hora ó estan ya afilados contra mí?

—¡Oh Dios mio! dijo Renée cada vez mas espantada, ¿hablais formalmente, señor de Villefort?

—Lo mas formalmente posible, replicó el jóven magistrado sonriéndose. Y con los procesos que desea esta señorita para satisfacer su curiosidad, y yo tambien deseo para satisfacer mi ambicion, la situacion no hará sino agravarse. ¿Creeis que esos veteranos de Napoleon que no vacilaban en acometer ciegamente al enemigo, en quemar cartuchos ó en cargar á la bayoneta, vacilarán en matar á un hombre que tienen por enemigo personal, cuando no vacilaron en matar á un ruso, á un austriaco ó á un húngaro á quien nunca habian visto? Por otra parte, todo es necesario, porque á no ser así no cumpliríamos con nuestro deber. Yo mismo, cuando veo brillar de rabia los ojos de un acusado, me animo, me exalto; entonces ya no es un proceso, es un combate; lucho con él, y el combate acaba, como todos los combates, en una victoria ó una derrota. Esto es lo que se llama acusar; esos son los resultados de la elocuencia. Un acusado que se sonriera después de mi réplica, me haria creer que



habló mal, que lo que dije era pálido, flojo, insuficiente. Pensad en cambio qué sensacion de orgullo esperimentará un procurador del rey cuando convencido de la culpabilidad del acusado, le ve inclinarse bajo el peso de las pruebas y bajo los rayos de su elocuencia... La cabeza que se inclina caerá inevitablemente.

Renée lanzó un grito ligero.

—Eso es saber hablar, dijo uno de los convidados.

—Ese es el hombre que necesitamos en estos tiempos, añadió otro.

—Cuando estuvisteis inspiradísimo, querido Villefort, repuso un tercero, fué cuando... esa última causa... ¿no recordais? la de aquel hombre que asesinó á su padre. A decir verdad, primero lo matasteis vos que el verdugo.

—¡Oh!... para los parricidas no debe de haber perdon, dijo Renée; para esos crímenes no hay suplicio bastante grande; mas para los desgraciados reos políticos!...

—¡Para los reos políticos, esclamó la marquesa, mucho menos aun, Renée, porque el rey es el padre de la nacion, y querer destronar ó matar al rey, es querer matar al padre de treinta y dos millones de almas!

—Tambien lo concedo, señor de Villefort, repuso Renée, si me prometeis ser indulgente con aquellos que os recomiende yo.

—Tranquilizaos, dijo Villefort con una sonrisa muy tierna, sentenciaremos juntos.

—Hija mia, dijo la marquesa; atended vos á vuestras fruslerías caseras y dejad á vuestro futuro esposo cumplir con su deber. Hoy las armas han cedido su puesto á la toga, como dice cierta frase latina...

—*Cedant arma togæ*, añadió Villefort inclinándose.

—No me atrevia á hablar en latin, prosigió la marquesa.

—Creo que estaria mas contenta si fueseis médico, replicó Renée. El ángel esterminador, aunque ángel, me asusta mucho.

—¡Qué buena sois! murmuró Villefort con una mirada amorosa.

—Hija mia, Mr. de Villefort será médico moral y político de este departamento, añadió el marqués. El cargo no puede ser mas honroso.

—Y así hará olvidar el que ejerció su padre, añadió la incorregible marquesa.

—Señora, repuso Villefort con triste sonrisa, ya tuve el honor de deciros que mi padre abjuró los errores de su vida pasada; que se ha hecho partidario acérrimo de la religion y del órden, y realista, y acaso mejor realista que yo, pues lo es por arrepentimiento, y yo por pasion lo soy.

Pronunciada esta frase, para juzgar Villefort del efecto que producia, miró á todos lados alternativamente, como hubiera mirado en la audiencia á su auditorio tras una frase por el estilo.

—Justamente, querido Villefort, repuso el conde de Salvieux, eso mismo decia yo anteayer en las Tullerías al ministro que se admiraba de este enlace singular entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé: mis razones le convencieron. Luis XVIII profesa tambien el sistema de fusion, y como nos estuviese escuchando sin nosotros saberlo, salió de repente y dijo:

—«Villefort,—reparad que no pronunció el nombre de Noirtier, sino que recalcó el de Villefort,—Villefort hará fortuna. Sobre pertenecer en cuerpo y alma á mi partido, tiene esperiencia y talento. Pláceme que el marqués y la marquesa de Saint-Meran le den la mano de su hija, y aconsejáraselo yo mismo á no habérmelo ellos consultado y pedido venia.»

—¿Eso dijo el rey? esclamó Villefort lleno de gozo.

—Testualmente; y si el marqués es franco os lo confirmará. Una escena semejante le pasó con S. M. cuando le habló de esta boda hace seis meses.

—Es verdad, añadió el marqués.

—¡Todo en el mundo le deberé á ese gran monarca! ¿qué no haria yo por su servicio?

—Así os quiero, añadió la marquesa. Vengan ahora conspiradores y ya verán...

—Yo, madre mia, dijo al punto Renée, ruego á Dios que no os escuche, y que solamente depare á Mr. de Villefort rateros y deudores. Así dormiré tranquila.

—Tanto vale como si para un médico desearais calenturas, jaquecas, sarampiones, enfermedades en fin de nonada, repuso Villefort sonriendo. Si deseais que ascienda pronto á procurador del rey, pedid por el contrario esos males agudos cuya curacion honra.

En esta sazon, como si hubiese la casualidad esperado el deseo de Villefort para satisfacérselo, un criado entró á decirle algunas palabras al oido. Incontinenti se levantó de la mesa el sustituto escusándose, para volver poco despues lleno de alegría.

Mirábale Renée amorosa, porque en aquel momento Villefort con sus ojos azules, su pálida tez y sus patillas negras, estaba en verdad apuesto y elegante. La jóven parecia pendiente de sus labios, como en espera de que esplicase aquella momentánea desaparicion.

—A próposito, señorita, dijo al fin Villefort, ¿no deseabais tener por marido un médico? Pues sabed que tengo siquiera con los discípulos de Esculapio (frase á la usanza de 1815) una semejanza, y es que nunca puedo disponer de mi persona, y que hasta de vuestro lado me arrancan en la misma comida de boda.

—¿Y para qué? le preguntó la jóven un tanto inquieta.

—¡Ay! para un enfermo que si no me engaño está *in estremis*. La enfermedad es tan grave que quizás termine en el cadalso.

—¡Dios mio! esclamó Renée palideciendo.

—¿De veras? dijo á coro toda la asamblea.

—Segun parece, se acaba de descubrir un complot bonapartista.

—¿Será posible? esclamó la marquesa.

—Oigan VV. la denuncia.

Y leyó Villefort en voz alta.

«Un amigo del trono y de la religion previene al señor procurador del rey que un tal Edmundo Dantés, segundo de *El Faraon*, que arribó esta mañana de Smirna, despues de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de París.

»Fácilmente se tendrá la prueba de su crímen prendiéndole, porque la carta se hallará sobre su persona, ó en casa de su padre, ó en su camarote, á bordo de *El Faraon*.»

—Pero esa carta, dijo Renée, sobre ser un anónimo, no se dirige á vos, sino al procurador del rey.

—Sí, pero con la ausencia del procurador, el secretario que abre sus cartas abrió esta, mandóme buscar, y como no me encontrasen, dispuso inmediatamente el arresto del culpable.

—¿Con que está preso el culpable? preguntó la marquesa.

—Decid mejor el acusado, repuso Renée.

—Sí señora, y conforme á lo que tuve há poco el honor de deciros, si damos con la carta consabida, el enfermo no tiene cura.

—¿Y dónde está ese desdichado? le preguntó Renée.

—En mi casa.

—Pues corred, amigo mio, dijo el marqués. No descuideis por nuestra causa el servicio de S. M.

—¡Oh Villefort! balbuceó Renée juntando las manos. ¡Indulgencia! Hoy es el dia de nuestra boda.

Dió Villefort una vuelta á la mesa, y apoyándose en el respaldo de la silla de la jóven, le dijo:

—Por no disgustaros, haré cuanto me sea dable, querida Renée; pero si no mienten las señas, si es cierta la acusacion, me veré obligado á cortar esa mala yerba bonapartista.

Estremecióse Renée al oir la palabra *cortar*, porque la yerba en cuestion tenia una cabeza sobre los hombros.

—Ba, ba, dijo la marquesa, no os cuideis de esa chica, Villefort; ya se irá acostumbrando.

Esto diciendo presentó al sustituto una mano descarnada, que él besó, aunque con los ojos clavados en Renée, como si la dijese:

«—Vuestra mano es la que beso... ó la que quisiera besar ahora.»

—¡Mal agüero! murmuró Renée.

—¿Qué niñadas son esas? le contestó su madre. ¿Qué tiene que ver la salud del Estado con vuestro sentimentalismo ni con vuestras manías?

—¡Oh madre mia! murmuró Renée.

—Perdonad á esta mala realista, señora marquesa, dijo Villefort. Yo en cambio os prometo cumplir mis obligaciones de sustituto de procurador del rey, á conciencia, es decir, con atroz severidad.

Pero al paso que esto decia, sus miradas á hurtadillas decian á su novia:

«—Tranquilizaos, Renée; por vuestro amor seré indulgente.»

Pagole Renée estas miradas con una tan dulce sonrisa, que Villefort salió de la estancia alborozado.



Mercedes y el anciano corrieron al encuentro del armador.

CAPITULO VII.

EL INTERROGATORIO.

Salido apenas del comedor despojose el sustituto de su risueña máscara, tomando el aspecto grave de quien va á decidir de la vida ó la muerte de un hombre. Sin embargo, aunque ocasionada á mudarse su

fisonomía, cosa que alcanzó el sustituto á fuerza de trabajo y tal vez ensayándose al espejo como los cómicos, en esta ocasion le fué doblemente difícil fruncir las cejas y poner en sus facciones la gravedad oportuna.

Porque, dejando á un lado el recuerdo de las opiniones políticas de su padre, que podian en lo futuro impedirle su fortuna, Gerardo de Villefort era en aquel momento de todo en todo feliz. Rico de suyo, sobre con las esperanzas—palabra horrible inventada por los que hacen del matrimonio un juego de cubiletes—podia aumentarse un dia hasta medio millon con una herencia. Todos estos elementos reunidos componian pues para Villefort una suma increible de felicidad, de tal manera que le faltaba poco para escupir al sol.

El comisario de policía le esperaba á la puerta. La vista de este hombre hízole caer de su cielo á nuestro mundo material. Reformó su semblante en la manera



Mr. de Villefort.

gozar á los veintinueve años de una posicion brillante en la magistratura, iba á casarse con una jóven hermosa, á quien amaba, sino ciega, razonablemente, como puede amar un sustituto del procurador del rey. Y cuenta que además de su belleza, notable sin duda alguna, la señorita de Saint Meran, su futura esposa, pertenecia á una de las familias mas en valimiento por aquel entonces, y con las influencias de su padre, que por ser hija única Renée consagrarian al yerno enteramente, llevaba en dote cincuenta mil escudos, que que hemos dicho, y acercándose al oficial de justicia:

—Ya me teneis aquí, le dijo. He leido vuestra carta: hicisteis bien prendiendo á ese hombre. Contadme ahora cuanto sepais de él y de su conspiracion.

—De la conspiracion, señor, nada sabemos todavía. En un legajo sellado teneis sobre vuestro bufete cuantos papeles le hemos cogido. Del preso solamente os podré decir que segun reza la carta que habeis visto, es un tal Edmundo Dantés, segundo de *El Faraon*, bergantin propio de la casa de Morrel, que ha

ce el comercio de algodon con Alejandría y Smirna.

—Antes de pertenecer á la marina mercante, ¿habia servido quizás en la de guerra?

—No señor. ¡Si es muy jóven!

—¿Que edad tiene?

—Diez y nueve ó veinte años, todo lo mas.

En este momento llegaba Villefort con el comisario á la parte de la calle Grande en que desemboca la de los Consejos. Un hombre que estaba como esperándole, salió á su encuentro. Era Mr. Morrel.

—¡Ah! Mr. de Villefort, esclamó el buen hombre al ver al sustituto. ¡Gracias á Dios que os encuentro! Sabed que acaba de cometerse la mas escandalosa, la mas increible arbitrariedad. Acaban de prender al segundo de mi *Faraon*, al jóven Edmundo Dantés.

—Ya lo sé, caballero, respondió Villefort; y ahora justamente voy á interrogarle.

—¡Oh caballero! prosiguió el armador exaltado por la amistad, vos no conoceis al acusado, yo sí, yo le conozco. Es el hombre mas provo, mas dulce, y aun diré mas entendido en su oficio que haya en toda la marina mercante. ¡Oh señor de Villefort! ¡os le recomiendo eficacísimamente!

Como ya habrán los lectores comprendido, pertenecia Villefort al partido noble de la ciudad, y Morrel al plebeyo; con que el primero era ultra-realista, y al segundo se le tachaba de imperial.

Miró Villefort desdeñosamente á Morrel, y le dijo con frialdad:

—Bien se os debe alcanzar, caballero, que puede un hombre ser amable en su vida privada, provo en sus relaciones comerciales, y ser sin embargo muy criminal en política. Esto se os alcanza, ¿no es verdad?

Y recalcó el magistrado estas palabras últimas, como queriéndolas aplicar al mismo Morrel, mientras con su mirada escrutadora penetraba al fondo del corazon de aquel hombre, que se atrevia á interceder por otro, necesitando él mismo de indulgencia.

Púsose el armador como la grana, porque en punto á cosas políticas no tenia muy limpia la conciencia, y porque no se le apartaba enteramente de la memoria lo que Edmundo le habia dicho de su entrevista con el gran mariscal, y de las palabras del emperador. Mas no por eso dejó de añadir con el interés mas vivo:

—Suplícoos, señor de Villefort, que justo como debeis de serlo, y bondadoso como sois, *nos devolvais* pronto al pobre Dantés.

Este *nos devolvais* hizo un son revolucionario al oido del sustituto.

—¡Hola! ¡hola! murmuró para su capote: *nos devolvais*... ¿Si estará afiliado ese Dantés en alguna sociedad secreta? Cuando su protector usa sencillamente de la fórmula colectiva... Si no me engaño, el comisario dice que le prendió en una taberna en medio de mucha gente... hum, hum.

Luego añadió en voz alta:

—Podeis, caballero, estar tranquilo, que no en vano apelais á mi justicia si el preso es inocente; pero si es culpable, me veré obligado á cumplir con mi obligacion, pues en la época que alcanzamos, seria la impunidad muy mal ejemplo.

Y llegando con esto á la puerta de su casa, inmediata al Palacio de Justicia, entró en ella majestuosamente, después de saludar con mucha ceremonia al desdichado armador, que se quedó como petrificado.

Llena estaba la antecámara de gendarmes y polizontes, y entre ellos el prisionero de pié, inmóbil y tranquilo, aunque todos los ojos se le asestaban llenos de rencor.

Atravesó Villefort la antecámara mirando á Dantés de reojo, y después de recibir un legajo de manos de un agente, desapareció diciendo:

—Que traigan al preso.

Aunque rápida, aquella mirada bastó á Villefort para formarse una idea del hombre á quien iba á interrogar. En aquella frente despejada y ancha, habia adivinado la inteligencia, el valor en aquellos ojos fijos y aquel fruncido entrecejo, y la franqueza en aquellos labios gruesos y entreabiertos, que dejaban ver sus dientes, blancos como el marfil.

Esta primera impresion fué favorable á Dantés; pero como Villefort habia oido asentar muchas veces como máxima de profunda política, que es bueno desconfiar de nuestro primer impulso, aplicó á la ocasion la máxima, sin tener en cuenta la diferencia que va del impulso á la impresion.

Ahogó pues los sanos instintos que se despertaban en su corazon, compuso al espejo su fisonomía como para caso tan grave, y sombrío y amenazador sentose á su bufete.

Un instante después entró Edmundo.

El jóven proseguia pálido, aunque tranquilo y sonriendo. Saludó á su juez con desembarazo político, y se puso á buscar con los ojos una silla, como si estuviese en casa del armador Morrel.

Hasta este momento no se topó su mirada con la impasible de Villefort, con aquella impasible mirada propia de los hombres de mundo, que por empeño de ocultar el pensamiento, hacen de sus ojos un cristal sin trasparencia. Con esto vino el pobre jóven á reconocer su verdadera situacion.

—¿Quién sois? ¿cómo os llamais? le preguntó Villefort, hojeando las notas que recibiera del agente al entrar, notas que en una hora habian alcanzado mas que mediano volúmen: tanto obra la corrupcion de los espías en esto de prisiones.

—Me llamo Edmundo Dantés, respondió el jóven con voz vibrante y segura: soy segundo de *El Faraon*, buque perteneciente á los señores Morrel é hijos.

—¿Vuestra edad?

—Diez y nueve años.

—¿Qué haciais cuando os prendieron?

—Hallábame en la comida de mi boda, señor, repuso el jóven con voz un tanto conmovida, por el contraste que hacia aquel recuerdo con su situacion, y el imponente rostro del sustituto, con el divino rostro de Mercedes.

—¡Comida de boda! repitió Villefort, estremeciéndose mal su grado.

—Sí señor: voy á casarme pronto con una muger en quien adoro hace tres años.

A pesar de su ordinario estoicismo, conmovió á Villefort esta coincidencia, que junta á la voz melancólica de Dantés, despertaba en el fondo de su alma una dulce simpatía. El tambien, como aquel jóven, se casaba; él tambien era dichoso, y fuéron á turbar su dicha para que él turbara á su vez la de aquel jóven.

—Esta homogeneidad filsófica, pensó para sus adentros, sorprenderá mucho á los convidados, cuando yo vuelva á casa de Saint Meran.

Y de antemano, mientras Dantés esperaba que siguiese el interrogatorio, se puso á componer en su caletre el discurso que debia de pronunciar, lleno de antítesis sorprendentes, y de esas frases pretensiosas que tal vez son tenidas por verdadera elocuencia.

Terminado el *speech*, sonrió Villefort seguro de su éxito, y encarándose con Dantés:

—Proseguid, le dijo.

—¿En que quereis que prosiga?

—En ilustrar á la justicia

—Dígame la justicia en qué quiere que la ilustre, y obedeceré de todo en todo: aunque le prevengo, añadió con una sonrisa, que cuanto puedo decir es de poca monta.

—¿Habeis servido bajo del mando de Napoleon?

—Su caida estorbó que me viese incorporado á la marina de guerra.

—Diz que vuestras opiniones políticas son exageradas, prosiguió Villefort, que aunque nada sabia de esto,

quiso darlo por seguro porque le sirviese como de añagaza.

—¡Yo opiniones políticas, señor! ¡Ah! casi me da vergüenza el decirlo, pero nunca he tenido opinion. Con mis diez y nueve años escasos, como ya os dije, ni sé nada, ni estoy destinado á otra cosa que á los medros que plazca otorgarme á mis armadores Morrel é hijo. Con que ved, señor, que todas mis opiniones, no digo políticas, sino privadas, se resúmen en estos tres sentimientos:—amo á mi padre, respeto á Mr. Morrel y adoro en Mercedes.—Es cuanto puedo decir á la justicia. Supongo que no la debe de importar mucho.

A medida que Dantés hablaba, con estudiar Villefort su fisonomía tan dulce y tan sincera, íbansele acordando las palabras de Renée, que sin conocerle intercedió por aquel preso. Ayudado del conocimiento que ya tenia de los crímenes y de los criminales, hallaba en cada frase de Dantés una prueba de su inocencia. Aquel jóven, ó por mejor decir, aquel muchacho sencillo, natural, elocuente, de esa elocuencia del corazon que jamás encuentra el que la busca, henchido de afectos para todos, porque era feliz, cosa que trueca en buenos á los hombres malos, contagiaba en su dulce afabilidad hasta su mismo juez. A pesar de lo severo que se le mostraba Villefort, ni en sus miradas, ni en su voz, ni en sus acciones tenia Edmundo para él otra cosa que bondad y dulzura.

—¡Par diez! esclamó para sí Villefort. ¡Qué jóven tan interesante! No me costará mucho trabajo cumplir el primer deseo de Renée... lo que me valdrá además un buen apreton de manos.

De tal modo restauró esta esperanza el ceño de Villefort, que cuando volvió á ocuparse de Dantés, el jóven, que habia observado atentamente las mudanzas de su rostro, le sonreia tambien como su pensamiento.

—¿Teneis enemigos? le preguntó Villefort.

—¡Enemigos yo! dijo Dantés. Por dicha soy bien poco para tenerlos. Aunque mi carácter es tal vez demasiado vivo, procuro siempre refrenarlo con mis súbditos. Diez ó doce marineros tengo á mis órdenes. Digan ellos si no me aman y me respetan, no como á un padre, que soy muy jóven para eso, sino como á un hermano mayor.

—Si no enemigos, podeis tener émulos. Vais á ser capitan á los diez y nueve años, lo que para los vuestros es una posicion elevada: ibais á casaros con una muger que os quiere, felicidad rarísima en la tierra. Estos favores del destino os pueden acaso grangear émulos.

—Sí, teneis razon. Es muy posible, cuando vos lo decís: vos, que debeis conocer el mundo mejor que yo; pero si esos émulos fuesen amigos mios, os declaro que no deseo conocerlos por no verme obligado á odiarlos.

—Estais en un error, jóven. Importa mucho conocer el terreno que pisamos, y de mí sé decir que me pareceis tan bueno, que por vos me separaré de las ordinarias fórmulas de la justicia, ayudándoos á descubrir quién sea el que os denuncia. Aquí teneis la carta que me han dirigido. ¿Conoceis la letra?

Y sacando la denuncia de su bolsillo la presentó Villefort á Dantés. Al leerla este pasó como una sombra por sus ojos, y respondió:

—No conozco la letra, porque está de propósito disfrazada, aunque correcta y firme. De seguro la trazó mano habilísima. ¡Cuán feliz soy, añadió mirando á Villefort con gratitud, cuán feliz soy en haber dado con un hombre como vos, pues reconozco con efecto que mi émulo es un verdadero enemigo!

Y en la fulminante mirada con que acompañó el jóven estas frases, pudo comprender Villefort cuánta energía se ocultaba bajo aquella dulzura aparente.

—Vamos francos, dijo el sustituto, habladme no como preso al juez, sino como hombre en una posicion falsa á otro que se interesa por él. ¿Qué hay de verdad en esto de la acusacion anónima?

Y Villefort arrojó con disgusto sobre su bufete la carta maldecida.

—Todo y nada, señor: voy á deciros la verdad, la verdad pura, por mi honor de marino, por el amor de Mercedes y por la vida de mi padre.

—Hablad, dijo en voz alta Villefort.

Luego añadió en voz baja:

—Si Renée me viese, tendria de seguro gran contentamiento, y no me llamaria corta-cabezas.

—Oid, señor. Al salir de Nápoles cayó malo de calentura cerebral el capitan Leclerc. Como no habia médico á bordo, y el capitan se negaba á que desembarcásemos en cualquier punto de la costa, porque tenia prisa en llegar á la isla de Elba, su enfermedad subió de punto hasta el de que sintiéndose acabar á los tres dias, me llamó y me dijo:

«—Querido Dantés, juradme por vuestro honor que hareis, lo que os tengo de encargar ahora. Van en ello muy altos intereses.

»—Lo juro, capitan, le respondí.

»—Pues oid. Como después que yo muera os pertenece el mando de *El Faraon*, pues sois mi segundo, lo tomareis, y haciendo rumbo á la isla de Elba desembarcareis en Porto-Ferrajo, preguntareis por el gran mariscal y le entregareis esta carta. Acaso entonces os darán otra con una comision, que me estaba reservada á mí. La cumplireis, y todo el honor será vuestro.

»—Así lo haré, capitan; pero supongo que no será »tan fácil como vos os presumís llegar hasta el gran »mariscal.

»—Esta sortija os abrirá todas las puertas, y alla»nará todas las dificultades, repuso Leclerc.»

Con esto me entregó la sortija.

Y fué en buena sazon, porque dos horas después deliraba, y á la mañana siguiente habia ya muerto.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Lo que debia, señor, lo que otro cualquiera en mi lugar hubiera hecho. Siempre son sagrados los deseos de un moribundo, y entre los marinos órdenes. Hice pues rumbo á la isla de Elba, adonde llegué á la mañana siguiente, desembarcando yo solo, después de mandar que nadie se moviese. Como lo habia previsto se me presentaron algunas dificultades para ver al gran mariscal, pero todas las allanó la sortija. Después de rogarme que le contara los detalles de la muerte de Leclerc, como el pobre capitan habia sospechado, me entregó una carta encargándome que la llevara á Paris en persona. Prometíselo resueltamente porque así cumplia tambien la última voluntad de mi capitan. Lo demás ya lo sabeis. Desembarqué en Marsella, arreglé todos mis negocios de *El Faraon* y corrí por último á ver á mi novia, que he encontrado mas bella y mas amante que nunca. Gracias á Mr. Morrel todas las diligencias eclesiásticas se apresuraron, de modo que cuando me prendieron asistia como dije á la comida de boda. Una hora después pensaba casarme y partir mañana á Paris, cuando esta maldita denuncia que vos teneis en tan poco como yo..

—Sí, sí, murmuró Villefort, todo lo creo, y á ser culpable lo sois de imprudencia, aunque imprudencia legítima, pues vuestro capitan os la impuso. Dadme esa carta de la isla de Elba, y con palabra de presentaros así que os llame, podeis volver al seno de vuestros amigos.

—¿Con que estoy libre, señor? esclamó Dantés lleno de júbilo.

—Sí, pero dadme esa carta.

—Debe de estar ahí, en ese legajo, pues vislumbro en él algunos papeles de los que me cogieron.

—Esperad, dijo el sustituto á Dantés, que ya cogia su sombrero y sus guantes; esperad ¿á quién iba dirigida?



—*A Monsieur Noirtier, calle de Coq-heron, París.*

Un rayo que hiriera á Villefort nó le trastornara mas que este imprevisto golpe. Cayó sobre su asiento, de que se habia separado un si es no es para asir del legajo, y hojéandolo precipitadamente, entresacó la carta fatal, contemplándola con indecible terror.

—¡Mr. Noirtier, calle de Coq-heron, núm. 13! murmuró palideciendo mas y mas.

—Si señor, respondió Dantés admirado. ¿Le conoceis?

—No, respondió el sustituto vivamente. Un fiel servidor del rey no conoce á los conspiradores.

—¿Es una conspiracion? le preguntó Edmundo que después de haberse creido libre empezaba de nuevo á amedrentarse. De todos modos, os lo repito, señor, ignoraba completamente el contenido de esa carta.

—Sí, repuso Villefort en voz sorda, pero no ignorabais el nombre de la persona á quien va dirigida.

—Era preciso que lo supiese para poder entregársela á él mismo.

—¿Y no se la habeis enseñado á nadie? dijo Villefort leyendo y demudándose á par que leia.

—A nadie; os lo juro por mi honor.

—¿Ignora todo el mundo que sois portador de una carta de la isla de Elba para Mr. Noirtier?

—Todo el mundo, señor... escepto la persona que me la ha dado.

—Eso ya es mucho... muchísimo, murmuró Villefort.

Su frente se arrugaba cada vez mas, á medida que proseguia la lectura de la carta: sus labios blancos, sus manos temblorosas, sus ojos sanguinolentos, hacian cruzar por el cerebro de Dantés las mas dolorosas fantasías.

Terminada la lectura dejó Villefort caer la cabeza entre las manos permaneciendo un instante como fuera de sí.

—¡Dios mio! ¿qué pasa de nuevo? preguntó Dantés timidamente.

Villefort no respondió; y al cabo de un rato volvió á levantar su cabeza en desórden para releer el billete.

—¿Decis que no sabeis el contenido de esta carta? tornó á preguntar á Edmundo.

—Bajo palabra de honor os lo aseguro, respondió Dantés; pero ¡Dios mio! ¿qué teneis? ¿estais malo? ¿quereis que llame?

—No señor, dijo el sustituto levantándose vivamente; no abrais la boca, no digais una palabra. Yo soy quien manda aquí, no vos.

—Era, señor, no mas que por ayudaros, dijo Dantés algo resentido.

—De nada necesito; fué un mareo pasajero. Ocupaos de vos: dejadme á mí. Responded.

Esperó Edmundo el interrogatorio que auguraba este mandato; pero vanamente. Volvió el sustituto á caer en el sillon, y pasándose por la frente su mano fria se puso á leer la carta por tercera vez.

—¡Oh! ¡si sabe qué contiene esta carta, si sabe que Noirtier es padre de Villefort, estoy perdido, perdido para siempre!

Y de vez en cuando miraba de reojo á Dantés, como si quisiese penetrar ese velo impenetrable que cubre en el corazon los secretos que no suben á los labios.

—¡Oh! basta de dudar, esclamó de repente.

—Pero en nombre del cielo, esclamó el desdichado jóven, si dudais de mí, si sospechais de mi honradez, interrogadme, que estoy pronto á contestaros.

Hizo Villefort un violento esfuerzo sobre sí mismo, y con un acento que en vano procuraba fuese firme:

—Jóven, le dijo, resultan contra vos los mas graves cargos. No está en mi poder ya como creia en antes, el poneros en libertad ahora mismo. Antes de paso tan grave, debo de consultar al juez de instruccion. Mientras tanto, ya habeis visto de qué manera os traté...

—¡Oh! si señor, esclamó Dantés, y os lo agradezco en el alma, que habeis sido para mí mas un amigo que un juez.

—Pues, amigo, voy á teneros preso algun tiempo todavía, el menos que pueda. El principal cargo que existe contra vos es esta carta, y mirad...

Esto diciendo acercose Villefort á la chimenea, y arrojó la carta al fuego, sin separarse de allí hasta verla convertida en pavesas.

—Mirad... ya no existe.

—¡Oh señor! esclamó Dantés; no sois la justicia; sois la Providencia.

—Escuchadme, prosiguió Villefort; con lo que acabo de hacer me parece que confiareis en mí, ¿no es verdad?

—¡Oh señor! mandad y sereis obedecido.

—No, dijo Villefort aproximándose al jóven, no son órdenes lo que quiero daros, sino consejos.

—Hablad, que tanto como órdenes valen vuestros consejos para mí.

—Hasta la noche os tendré aquí en el Palacio de Justicia: si por acaso otra persona viniese á interrogaros, decidle todo lo que me habeis dicho, escepto lo de la carta.

—Os lo prometo, señor.

Parecia que el juez rogase y el preso concediese.

—Ya comprendeis, añadió mirando las cenizas que aun conservaban la forma del papel, y revoloteaban en torno á la llama; ya comprendeis que destruida esta carta y guardado el secreto por vos y por mí, nadie os la volverá á presentar. Negad pues, si os hablan de ella, negadlo todo, y estais á salvo.

—Negaré, señor, dijo Dantés.

—¡Bien! ¡bien! añadió Villefort llevando la mano al cordon de la campanilla; pero se detuvo al ir á cogerlo.

—¿No teniais mas carta que esa? le preguntó.

—Nada mas.

—Juradlo.

Dantés estendió la mano.

—Lo juro.

Villefort llamó, y apareció un comisario de policía.

Acercose Villefort al comisario para decirle al oido ciertas palabras, á que respondió aquel con un movimiento de cabeza.

—Seguidle, dijo Villefort á Dantés.

Hízole el jóven una genuflexion, y con una postrera mirada de gratitud salió de la estancia.

Apenas se cerró tras él la puerta, faltaron las fuerzas al sustituto, y cayendo en un sillon casi desvanecido, murmuró:

—¡Oh Dios mio! ¡qué cosas tan deleznables son la vida y la fortuna! Si hubiese estado en Marsella el procurador del rey, si hubieran llamado al juez de instruccion en lugar mio, segura era mi ruina. Y todo por ese papel, ¡por ese papel maldito! ¡Ay padre! ¡padre! ¿qué siempre habeis de ser un obstáculo á mi fortuna? ¿qué he de luchar yo siempre con vuestra vida pasada?

Luego de repente brilló en toda su fisonomía un fulgor estraordinario: dibujose en sus labios contraidos aun una sonrisa; sus ojos vagos parecia como si se fijasen con un solo pensamiento.

—Esto es hecho, sí... dijo. Esa carta que debia de perderme, será acaso la rueda de mi fortuna. Ea, Villefort, manos á la obra.

Y asegurándose de que el reo no estaba ya en la antecámara, salió á su vez el sustituto del procurador del rey, encaminándose á casa de su futura.

CAPITULO VIII.

EL CASTILLO DE IF.

Al atravesar la antecámara hizo una seña el comisario de policía á dos gendarmes, que incontinenti se

colocaron á la derecha y á la izquierda de Dantés. Abriose una puerta que comunicaba con la habitacion del procurador del rey en el Palacio de Justicia, y echaron por uno de esos pasadizos sombríos que hacen temblar á los que por ellos pasan, aunque no tengan por qué temblar.

Así como el despacho de Villefort comunicaba con el Palacio de Justicia, el Palacio de Justicia comunicaba con las prisiones, monumento sombrío pegado al Palacio. Por todas sus ventanas y balcones se ve el famoso campanario de los Acoules, que se eleva enfrente.

Tras mil vueltas y revueltas por el pasadizo, vió Dantés abrirse una puerta con candado de hierro, como en respuesta á tres golpes que dió el comisario con un martillo de hierro, y que resonaron lúgubremente en el corazon del preso. Recelaba este de pasar el dintel; pero los dos gendarmes le empujaron, y la puerta se volvió á cerrar. Ya respiraba otro aire, pesado y mefítico; ya estaba en los calabozos.

Condújosele á uno, aunque decente, bien guardado de barrotes y cerrojos; pero su aspecto no era para infundir serios temores. Además, las palabras del sustituto del procurador del rey, que habian parecido tan sinceras á Dantés, resonaban en su oido todavía como una promesa de esperanza.

Eran las cuatro cuando Dantés entró en su prision, de manera que la noche llegó muy pronto.

Corria, como hemos dicho, el 1.° de marzo.

Falto de empleo el sentido de la vista, se le aumentó grandemente el del oido. Creyendo que venian á ponerle en libertad al rumor mas leve, se levantaba al punto encaminándose á la puerta; pero bien pronto el rumor se perdia en otra direccion, y el preso volvia á caer sobre su asiento.

A las diez de la noche, en fin, cuando iba ya perdiendo toda esperanza, le pareció que un nuevo ruido se dirigia con efecto á su prision. Y así fué. Oyéronse en el corredor unos pasos, que junto á su puerta cesaron: giró una llave, rechinaron los cerrojos, y la



Renée.

pesada puerta de encina se abrió, inundando de luz deslumbradora la estancia.

Al resplandor veia Edmundo brillar los sables y los mosquetes de cuatro gendarmes.

Habia dado ya un paso hácia la puerta; pero se detuvo al ver aquel aparato militar.

—¿Venís á buscarme? preguntó.

—Sí, respondió uno de los gendarmes.

—¿De parte del sustituto del procurador del rey?

—Así lo creo.

—Estoy pronto á seguiros, dijo Dantés.

Convencido de que le buscaban de parte de Villefort, ningun recelo le acudia. Adelantose pues con rostro tranquilo y paso firme, colocándose él mismo en medio de su escolta.

En la puerta de la calle esperaba un coche. Junto al cochero estaba sentado un polizonte.

—¿Es para mí ese coche? preguntó Dantés.

—Para vos, respondió un gendarme.

Quiso Dantés hacer algunas observaciones; pero la portezuela se abrió, sintiéndose empujado á subir; y como no tenia ni posibilidad ni intencion de resistirse, hallose al punto en el fondo del carruaje, sentado entre dos gendarmes. Ocuparon los otros dos el asiento de la delantera, y el pesado vehículo se puso en marcha con un rechinar siniestro.

Dirigió sus ojos el preso á las ventanillas, pero todas tenian rejas: no habia hecho sino mudar de prision; solamente que esta se movia, trasportándole á un sitio de él ignorado. A través de los barrotes, tan espesos que apenas cabia la mano entre uno y uno, reconoció Dantés que pasaban por la calle de Caisserie, y que bajaban al muelle por la calle de San Lorenzo y la de Taramis.

Luego á través de la reja del coche y de la del monumento á que se acercaba, vió brillar las luces de la Consigna.

Detúvose el carruaje, y se apeó el polizonte acercándose al cuerpo de guardia, de donde salió al punto una docena de soldados que se pusieron en fila, viendo Dantés relucir sus fusiles al resplandor de los reverberos del muelle.

—¿Se desplegará por mí ese aparato de fuerza? murmuró para sus adentros.

Abriendo el polizonte la portezuela, que estaba cerrada con llave, respondió á la pregunta de Dantés sin pronunciar una sola palabra, porque pudo ver entonces entre las dos filas de soldados un como camino preparado para él desde el carruaje al puerto.

Los dos gendarmes que ocupaban el asiento de delante, bajaron los primeros, haciéndole á su vez apearse, en lo que le imitaron luego los dos que al lado llevaba. Dirigiéronse hácia una lancha que un aduanero de la marina sujetaba á la orilla con una cadena, mientras los soldados contemplaban al preso con aire de estúpida curiosidad. En un abrir y cerrar de ojos hallose instalado en la popa, siempre entre los cuatro gendarmes, y el polizonte á la proa. Una violenta sacudida separó al barco de la orilla, y cuatro remeros vigorosos le enderezaron hácia el Pillon. A un grito de los remeros bajó la cadena que cierra el puente, y se encontró Edmundo en lo que se llama el *freon*, es decir, fuera del puerto.

Al salir al aire libre el primer impulso del preso fué de alborozo, porque el aire significa libertad. Abriose, por decirlo así, su pecho á respirar esa brisa ligera que lleva en sus alas los dulcísimos é incomprensibles misterios de la noche y de la mar. Pronto, sin embargo, exhaló un suspiro, porque pasaba delante de aquella Reserva donde tan feliz habia sido aquella misma mañana, antes de su prision. A través de las luminosas rendijas de dos ventanas, los alegres rumores de un baile llegaban á sus oidos para mayor dolor.

Dantés, con las manos puestas en actitud de orar, levantó los ojos al cielo.

El barco proseguia su camino, y pasada ya la Tete-de-More, hallábase enfrente de la columna del Faro, donde dobló la maniobra incomprensible para Dantés.

—Pero ¿adónde me llevais? preguntó á uno de los gendarmes.

—Ahora lo sabreis.

—Pero...

—Nos está vedado el decíroslo.

Tenia Dantés mucho de soldado, y calló por parecerle cosa absurda el preguntar á súbditos á quien estaba prohibido responder.

Entonces las mas bizarras fantasías asaltaron á su imaginacion. Como en tal barco era humanamente imposible hacer una larga travesía, y como no se miraba ningun otro anclado por aquellos alrededores, se imaginó que le iban á desembarcar en algun punto lejano de la costa, diciéndole que estaba libre. Todo contribuia á afirmarle con buenos agüeros esta imaginacion. Ni estaba atado, ni intentaron tan siquiera ponerle grillos. Luego, el sustituto, que tan bien le tratara, ¿no le habia dicho que con tal que nunca pronunciase aquel nombre fatal de Noirtier nada le sucederia? ¿Ante sus mismos ojos no habia quemado Villefort aquella carta peligrosa, única prueba en su contra?

Decidiose pues á esperar mudo y pensativo. Sus ojos, acostumbrados á las tinieblas como los de todo marino, devoraban la oscuridad y el espacio.

A la derecha quedaba ya atrás la isla de Ratoneau con su faro, y bordeando la costa llegaban á la sazon á la altura de los Catalanes. Aquí fuéron dobles y devoradoras las miradas del preso; porque estaba cerca de Mercedes, y á cada instante creia ver dibujarse entre las nieblas de la orilla la forma indecisa y vaga de una muger.

¿Cómo el corazon no decia á Mercedes que pasaba su amante á trescientos pasos de ella?

Una luz solamente brillaba en los Catalanes. Estudiando la situacion de esta luz, llegó á comprender Edmundo que alumbraba á su novia: Mercedes era á no dudar la única que velaba en la colonia. Con un solo grito que él diera podia oirle y reconocerle.

Un falso amor propio le detuvo sin embargo. ¿Qué dirian los gendarmes oyéndole gritar como un loco?

Mudo y con los ojos clavados en la luz quedó, mientras el barco proseguia su camino, sin pensar ni en el barco ni en el camino, sino solo en Mercedes.

Un accidente topográfico hizo que la luz se perdiese de vista. Volviose Dantés al punto, y conoció que la embarcacion entraba en alta mar.

A pesar de cuanto le repugnaba hacer nuevos preguntas al gendarme, acercose á él, y tomándole una mano:

—Camarada, le dijo, suplícoos por vuestra conciencia y vuestra cualidad de soldado que tengais piedad de mí y me respondais. Yo soy el capitan Edmundo Dantés, francés bueno y leal, aunque acusado de no sé qué traicion. ¿Adónde me llevais? Decídmelo, que os doy mi palabra de marino de resignarme á mi suerte.

Rascose el gendarme la oreja mirando á su camarada, que hizo un ademan como si dijese: —A la altura en que nos hallamos creo que ya no hay peligro.— Y volviéndose el primero á Edmundo:

—¡Siendo marino y marsellés preguntais adónde vamos! le dijo.

—Sí, que lo ignoro bajo palabra de honor.

—¿Ni lo sospechais tan siquiera?

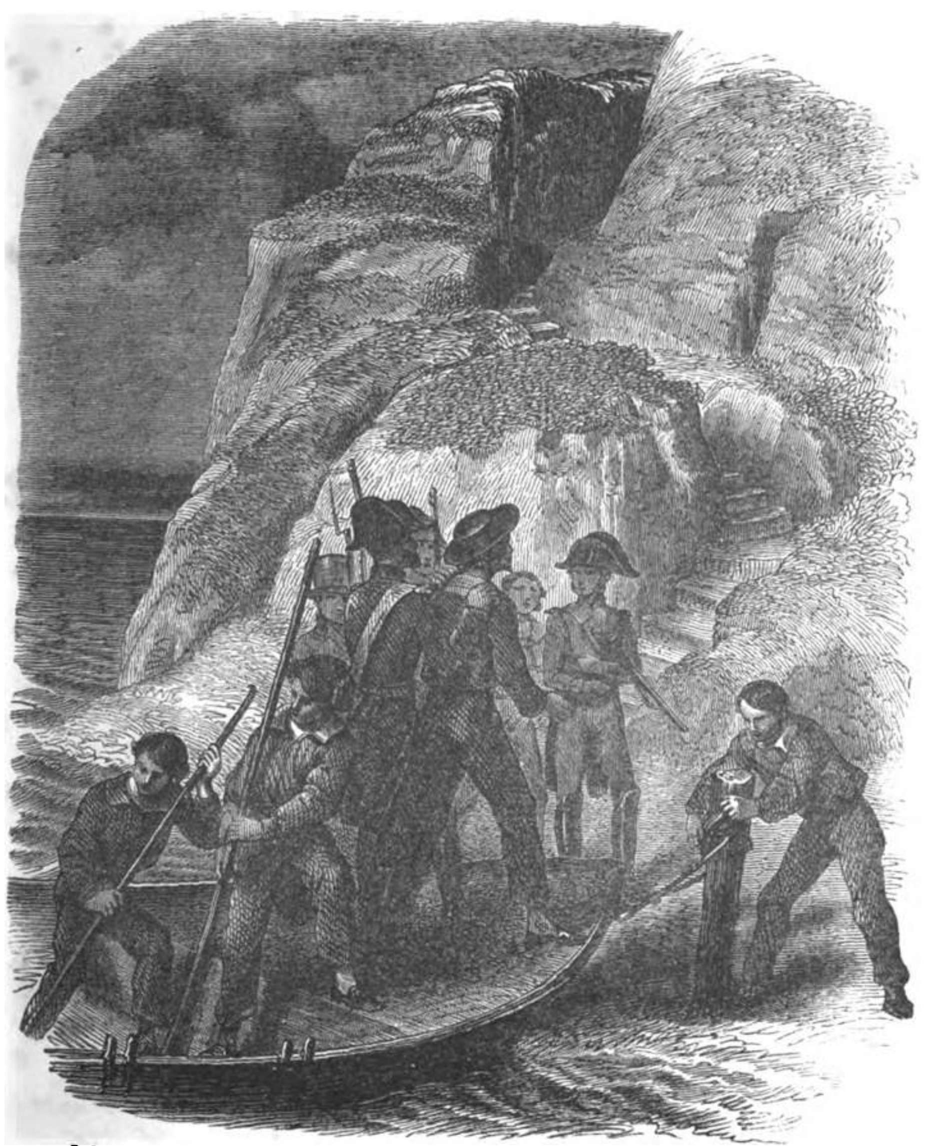
—Ni lo sospecho.

—Es imposible.

—Os lo juro por lo mas sagrado. Respondedme en nombre del cielo.

—Pero la consigna...

—La consigna no os veda decirme lo que yo sabré



...Pudo comprender Edmundo que era llegado el término del viaje, y amarraban el esquife.

dentro de diez minutos ó de media hora, ó acaso antes. Con decirlo me ahorrais siglos de incertidumbre. Os lo pregunto como si fueseis mi amigo. Mirad: ni puedo ni quiero moverme, ni huir. ¿Adónde vamos?

—Si no estais ciego, como hayais salido alguna vez por mar de Marsella, podreis adivinarlo.

—No.

—Mirad en torno.

Púsose Dantés de pié, y mirando hácia donde parecia el barco dirigirse, apercibió en la oscuridad á cien toesas la negra y descarnada roca en que campea como una esfinge el sombrío castillo de If.

Esta mole informe, esta prision terrorífica, que provee á Marsella de consejas y tradiciones lúgubres hace trescientos años, como Dantés no pensaba en ella, le hizo el distinguirla aquel efecto que el cadalso hace al que va á morir.

—¡Dios mio! esclamó, ¡el castillo de If! ¿qué vamos á hacer en él?

El gendarme se sonrió.

—¿No será encerrarme, prosiguió Dantés, porque el castillo de If es una prision de Estado donde entran solamente los grandes criminales políticos? ¿hay allí quizás jueces ó magistrados?...

—Por mi cuenta, dijo el gendarme, no hay sino murallas de piedra, gobernador, carceleros y guarnicion. Ea, ea, amiguito, no hagais del admirado, que no parece sino que me agradeceis con burlas mi complacencia.

Dantés le apretó la mano, hasta hacer crujir sus huesos.

—¿Sospechais que me lleven á encerrar al castillo de If?

—Es probable, camarada; pero no sé á qué viene el apretar tanto...

—¿Sin mas formalidades? ¿sin mas averiguaciones?

—Las formalidades están cumplidas, y las averiguaciones hechas.

—¿Con que á pesar de la promesa de Mr. de Villefort?...

—Ignoro si Mr. de Villefort os ha prometido algo, dijo el gendarme; pero sé que vamos al castillo de If.—¡Hola! ¿qué haceis?—Camaradas, á mí.

Rápido como el rayo Dantés habia querido arrojarse al mar; pero los ojos infatigables y peritos del gendarme lo habian adivinado, y cuatro brazos vigorosos le sujetaron cuando ya sus piés se desprendian del barco, donde al fin cayó rugiendo de rabia.

—¡Bravo! esclamó el gendarme poniéndole sobre el pecho una rodilla. ¡Bravo! ¡así cumplís vuestra palabra de marino! ¡quién se fia de moscas muertas! Ahora, amiguito, si os moveis tan siquiera, os soplo una bala en el cráneo. Faltó á la primera parte de mi consigna; pero os juro que no faltaré á esta segunda.

Y sintió con efecto Dantés apoyado en su sien el cañon de la carabina.

Al pronto estuvo tentado de hacer el movimiento que se le prohibia para acabar de una vez con aquella serie de inesperadas desgracias; pero por lo mismo que eran inesperadas, no pudo creerlas duraderas, y con esto, y con recordar las promesas de Villefort, y con parecerle indigna, preciso es decirlo, aquella muerte á manos de un gendarme en el fondo de una lancha, volvió á su sitio primero, sollozando de ira y retorciéndose los brazos.

Casi al propio tiempo hizo temblar al barco un choque violentísimo. Saltó uno de los remeros á la roca en que acababa de tocar la proa; crujió una maroma enroscándose en una polea, y pudo comprender Edmundo que era llegado el término del viaje y amarraban el esquife.

Con efecto sus guardias, que le sujetaban á par por los brazos y por el cuello, obligáronle á levantarse y á saltar á tierra, impeliéndole hácia los escalones que conducian á la ciudadela, mientras el polizonte los seguia detrás calada la bayoneta en su mosquete.

Ya no hizo Dantés vanas resistencias. Su lentitud en el andar mas era ocasionada de inercia que de resistencia, y daba traspieses como un borracho. Veia escalonarse soldados por el camino; conoció que subia una escalera que le obligaba á levantar los piés, y que entraba por una puerta, y que esta puerta se cerraba detrás de él; pero todo maquinalmente, como á través de una nube, y sin poder juzgarlo sobre seguro. Ya ni siquiera veia el mar, esa fuente de dolores para los presos, que contemplan el espacio afligidos por no poderlo salvar.

En un momento en que hicieron alto, procuró Edmundo recogerse en sí mismo y darse cuenta de su situacion. Miró en torno suyo, y se hallaba en un patio cuadrado de altísimas paredes; oíase á lo lejos el paso acompasado de los centinelas, y tal vez cuando pasaban al resplandor proyectado en los muros por dos ó tres luces que habia dentro del castillo, veia brillar el cañon de sus fusiles.

Aquella detencion duró nueve ó diez minutos. Seguros de que ya no podria escapárseles, habian los gendarmes abandonado á Dantés. Parecia que esperasen órdenes, órdenes que al fin llegaron.

—¿Dónde está el preso? preguntó una voz.

—Aquí, respondieron los gendarmes.

—Que venga conmigo á su habitacion.

—Id, dijeron los gendarmes á Dantés.

Siguió el preso á su guia, que con efecto le condujo á una sala casi subterránea, cuyas paredes negras y húmedas parecia que sudasen lágrimas. Una como lamparilla, de fétida grasa en vez de aceite, ardia sobre un banco iluminando esta mansion horrible. Con su luz pudo reconocer Dantés á su conductor, carcelero subalterno, mal vestido y de mala facha.

—Por esta noche esta es vuestra habitacion, le dijo. Es ya tarde y el señor gobernador está acostado. Cuando mañana se levante, segun las órdenes que tenga, acaso os mudará de domicilio. Mientras tanto, aquí teneis pan, agua en ese cántaro, y paja allí en un rincon. Es cuanto puede un preso desear. Buenas noches.

Y antes que pensara Dantés en abrir la boca á responderle, antes que reparase dónde ponia el pan el carcelero, antes que comprendiese dónde estaba el cántaro ni en qué rincon la paja, habia el carcelero cogido la lamparilla, y cerrando la puerta, robádole aquella mezquina luz, que como la de un relámpago hizo distinguir al preso las grasientas paredes de su calabozo.

Encontróse pues solo, en silencio y oscuridad, mudo y triste como aquellas paredes cuyo frio glacial helaba el sudor de su frente.

Cuando el primer albor de la aurora trajo á aquel antro un si es no es de claridad, volvió el carcelero con órden de dejarle en el mismo calabozo. Dantés ni siquiera habia mudado de sitio, como si una mano de hierro le hubiese clavado en él la víspera. Inmóbil y con la cabeza baja, notábasele una alteracion solamente: casi cubiertos los ojos por una hinchazon hija de la humedad.

Así habia pasado toda la noche: de pié, sin dormir un minuto.

Acercósele el carcelero, y aun dió en torno suyo algunas vueltas; mas parecia que Dantés no le viese. Al fin le dió un golpecito en la espalda, que le hizo temblar y sacudir la cabeza.

—¿Habeis dormido? le preguntó el carcelero.

—No lo sé, respondió Dantés.

El carcelero le miraba asombrado.

—¿Teneis hambre? prosiguió.

—No lo sé, respondió de nuevo Dantés.

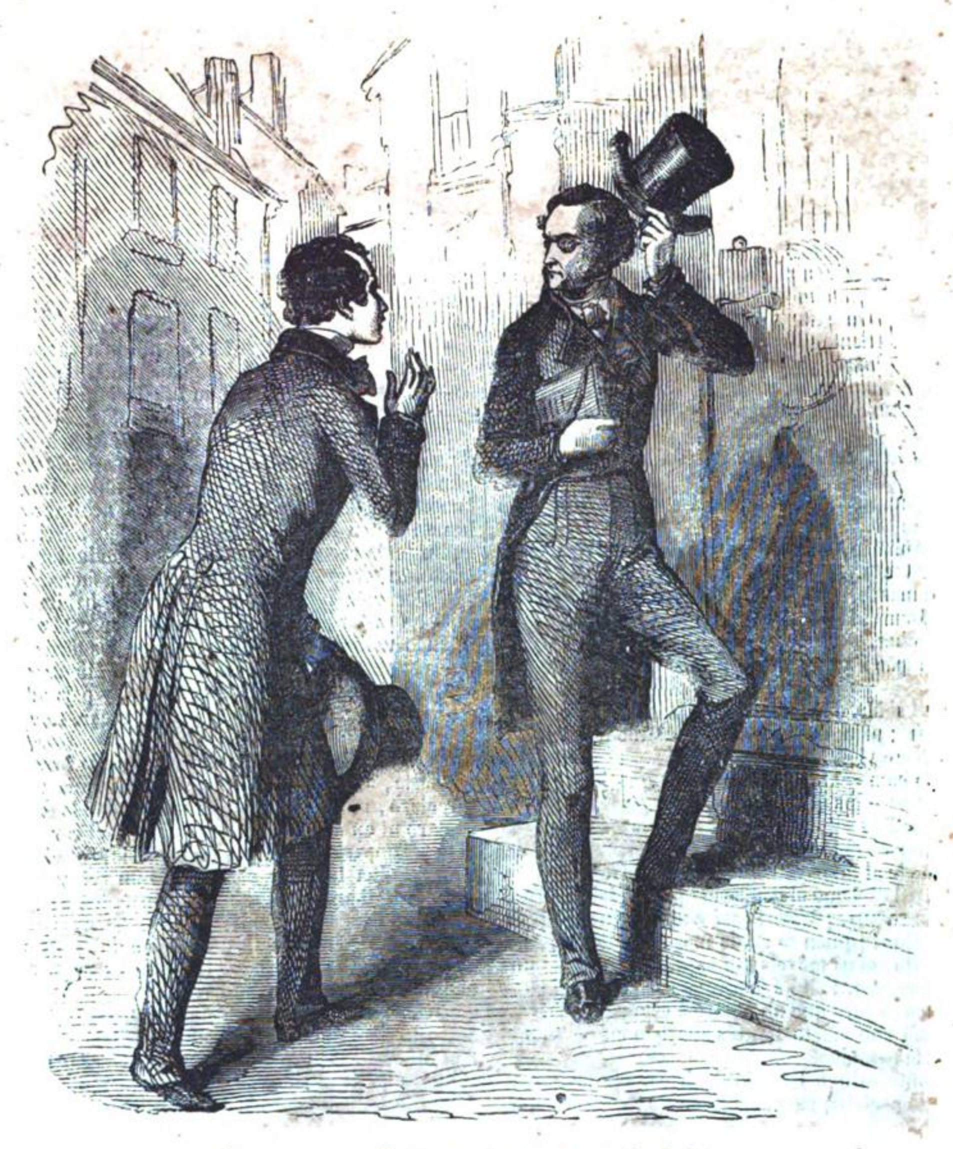
—¿Quereis algo?

—Ver al gobernador.

El carcelero se encogió de hombros y se fué.

Siguiole Dantés con la vista, estendiendo los brazos á la puerta entreabierta, que se cerró al punto.

Entonces su pecho se desgarró, por decirlo así, en un interminable sollozo. Corrieron á torrentes las lágrimas que hinchaban sus pupilas; púsose de hinojos con la frente pegada al suelo, y á rezar por largo rato, repasando en su imaginacion toda su vida pasada, y preguntándose qué crimen habia cometido á sus pocos años para merecer castigo tan duro.



¡Hola! ¡hola! murmuró para su capote: ¡*nos devolvais*!...

Así pasó el dia entero.

Algunos bocados de pan y algunas gotas de agua fuéron su alimento único. Ora se sentaba absorto en sus meditaciones, ora giraba en torno de su cuarto como un animal en una casa de fieras.

Sobre todas una idea le atormentaba. Durante la travesia, ignorando su destino, permaneció tranquilo é inmóbil, cuando pudo muchas veces arrojarse al mar, donde gracias á que era grande nadador y buzo de los mas célebres de Marsella, hubiera por debajo del agua escapado á la persecucion de los gendarmes, y ganada la costa, huido á una isla desierta, en espectativa de algun navío genovés ó catalán que le llevase á Italia ó á España. Desde allí escribiria á Mercedes que viniera á reunirse con él. Ni por asomos le inquietaba la miseria en ninguna parte del mundo á que fuese, pues los buenos marinos en todas son raros, sin contar que hablaba el italiano como un toscano, y el español como un castellano viejo. Hubiera pues de este modo vivido libre y feliz con Mercedes y con su padre, que tambien se les juntaria, mientras *en la* presente situacion, encerrado en el castillo de If, sin esperanzas, ni aun el consuelo tendria de saber de su padre y de Mercedes. ¡Y todo por haber fiado de las palabras de Villefort! Motivo era para perder el juicio; y Dantés se revolcaba furioso en la paja que le servia de lecho.

A la misma hora de la mañana siguiente volvió el carcelero.

—¿Qué tal, estais ya mas razonable? le preguntó.

Dantés no le respondia.

—Vamos, valor, prosiguió aquel. ¿Deseais algo que yo pueda proporcionaros? Decidlo.

—Deseo hablar al gobernador.

—¡Quiá! ya os dije que es imposible, repuso el carcelero impaciente.

El acento de estas palabras dió á entender al carcelero que no seria el morir desagradable á Edmundo; y como por cada preso tenia diez cuartos diarios sobre poco mas ó menos, calculando el déficit que su falta le ocasionaria, repuso en tono mas dulce:

—Escuchad: ese deseo es imposible; desechadlo, porque no hay ejemplo de que haya venido una sola vez el gobernador al calabozo de un preso; pero si os portais cuerdamente se os concederá pasear, con lo



Atravesó Villefort la antecámara mirando á Dantés de reojo.

—¿Por qué?

—Porque el reglamento no lo permite á los presos.

—¿Qué les permite pues?

—Que coman mejor, si lo pagan, que salgan al paseo y tal vez que lean.

—Ni quiero leer, ni pasear, ni comer mejor. Solo quiero ver al gobernador.

—Si me fastidiais con dar en ese tema, prosiguió el carcelero, no os traeré de hoy mas comida alguna.

—Pues me moriré de hambre y *pax christi*, dijo Dantés.

que acaso algun dia veais al gobernador: entonces podreis hablarle.

—¿Pero cuánto tiempo, dijo Edmundo, tendré que esperar á que se presente esa ocasion?

—¡Cáspita! respondió el carcelero; un mes, tres meses, medio año ó quizás uno.

—Eso es mucho, esclamó Dantés. Quiero verle incontinenti.

—No seais terco; no os empeñeis en ese imposible, ó antes de quince dias estareis loco.

—¿Lo crees así? dijo Dantés.

—Loco seguramente, que la locura por lo comun principia de ese modo. Aquí tenemos un ejemplar. Con el tema de ofrecer un millon al gobernador si le ponia en libertad, ha perdido el seso un abate que antes que vinierais ocupaba este calabozo.

—¿Y cuánto tiempo hace que salió de aquí?

—Dos años.

—¿En libertad?

—¡Quiá! se le ha trasladado al subterráneo.

—Escucha, dijo Dantés, yo no soy abate ni loco, que por desdicha tengo aun completo mi juicio... voy á hacerte una proposicion.

—¿Cuál?

—No te ofreceré un millon, porque no podria dártelo, pero sí cien escudos, como quieras el primer dia que vayas á Marsella llegar hasta los Catalanes con una carta mia, para una jóven que se llama Mercedes... ¿Qué digo carta? cuatro letras.

—Si se descubriese que habia llevado esas cuatro letras, perderia mi destino, que me vale mil libras anuales, sin los gajes y la bucólica. ¿No será imbecilidad que yo aventure mil libras por trescientas?

—Pues oye, y tenlo presente, dijo Edmundo. Si te niegas á avisar al gobernador de que deseo hablarle; si te niegas á llevar mi carta á Mercedes, ó siquiera á noticiarle que estoy preso aquí, te esperaré el dia menos pensado detrás de la puerta, y cuando entres te romperé el alma con ese banco.

El principal cargo que existe contra vos, es esta carta; y mirad...

—¡Amenazas á mí! esclamó el carcelero retrocediendo y poniéndose en guardia. Decididamente se os trastorna el juicio. Como vos principió el abate: dentro de tres dias estareis, como él, loco de atar. Por fortuna hay subterráneos en el castillo de If.

Dantés cogió el banco, é hizo el molinete con él sobre la cabeza del carcelero.

—¡Está bien! ¡está bien! dijo este: vos lo habeis querido. Voy á prevenir al gobernador.

—En hora buena sea, respondió Dantés colocando



el banco en su sitio, y sentándose con la cabeza baja y los ojos vagarosos como de demente.

Salió el carcelero, y un momento después volvió con cuatro soldados y un cabo.

—De órden del gobernador, les dijó, llevad á este hombre al piso de abajo.

—¿Al subterráneo? preguntó el cabo.

—Al subterráneo: los locos deben de estar con los locos.

Apoderáronse cuatro soldados de Dantés, que los seguia sin resistencia, sumido en una especie de marasmo.

Bajaron quince escalones, y se abrió la puerta de un subterráneo, en que entró murmurando:

—Tiene razon: los locos con los locos.

Cerrose la puerta, y caminó Dantés hácia adelante hasta tropezar con la pared: entonces se acurrucó inmóbil en un ángulo, mientras sus ojos, acostumbrados á la oscuridad, principiaban á distinguir los objetos.

El carcelero tenia razon. Poco le faltaba para perder la cabeza.

CAPITULO IX.

LA NOCHE DE BODA.

Como dejamos dicho, Villefort tomó el camino de la plaza del Gran-Cours, y de la casa de Mad. de Saint-Meran, donde encontró á los convidados tomando café en el salon después de los postres.

Esperábale Renée con una impaciencia de que participaban todos, con que la acogida que tuvo fué una esclamacion general.

—¡Hola, señor corta cabezas, columna del Estado, Bruto realista! esclamó uno; ¿qué hay de nuevo?

—¿Nos amaga otro *Terror?* preguntó un segundo.

—¿Ha salido de su caverna el ogro de Córcega? añadió un tercero.

—Señora marquesa, dijo Villefort acercándose á su futura suegra, vengo á rogaros que me perdoneis. La necesidad me obliga á dejaros...—¿Tendré el honor, señor marqués, de hablaros un instante en secreto?

—¿Tan grave es el asunto?... murmuró la marquesa, observando la alteracion del rostro de Villefort.

—Tan grave que me obliga á despedirme de vos, para una corta ausencia.—¡Mirad si será grave! añadió volviéndose á Renée.

—¿Vais á partir? esclamó Renée sin poder ocultar la emocion que le causaba esta noticia inesperada.

—¡Ay señorita! es preciso, respondió Villefort.

—¿Adónde vais? preguntó la marquesa.

—Ese es el secreto de la justicia, señora; sin embargo, si alguno de estos señores tiene algo que mandar para París, sepa que un amigo mio que está á sus órdenes, partirá esta noche misma.

Todos se miraron unos á otros.

—¿No me habeis pedido una entrevista? dijo el marqués,

—Sí, pasemos, si os place, á vuestro gabinete.

Trabó el marqués del brazo á Villefort, y salieron juntos.

—Vamos, hablad, ¿qué pasa? esclamó el marqués cuando llegaron al gabinete.

—Cosas que creo de alta importancia, y que exigen que marche á París inmediatamente. Ante todo, marqués,—y perdonadme lo indiscreto de la pregunta,—¿teneis créditos contra el Estado?

—Tengo en papel toda mi fortuna. Unos seiscientos ó setecientos mil francos.

—Pues vendedlo, vendedlo en seguida, ú os arruinais.

—¿Cómo queréis que desde aquí lo venda?

—Teneis un corresponsal banquero, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dadme una carta para él, encargándole que venda esos créditos sin perder un minuto. Quizás llegaré tarde.

—¡Diablo! esclamó el marqués; no perdamos tiempo.

Y sentándose á la mesa se puso á escribir á su banquero una carta encargándole que vendiera á cualquier precio.

—Ahora que tengo esta carta, dijo Villefort guardándola con mucho cuidado en su cartera, necesito otra.

—¿Para quién?

—Para el rey.

—¿Para el rey?

—Sí.

—Pero yo no me aventuro á escribir directamente á S. M.

—Tampoco os la pido á vos, sino que os encargo que se la pidais á Mr. de Salvieux. Es preciso que me dé una carta que me ayude á llegar hasta el rey, sin las formalidades y etiquetas que me harian perder un tiempo precioso.

—¿Pero no podria serviros el guarda-sellos de intermediario? él tiene entrada en las Tullerías.

—Sí, mas no quiero partir con otro el mérito de la nueva de que soy portador. ¿Comprendeis? El guarda-sellos se lo apropiaria todo, hasta mi parte en los beneficios. Basteos, marqués, con esto que digo. Mi fortuna está asegurada si llego antes que nadie á las Tullerías, porque voy á hacer al rey un servicio que nunca podrá olvidar.

—En ese caso, querido mio, id á arreglar el viaje, mientras hago yo que Salvieux escriba esa carta.

—No perdais tiempo. Dentro de un cuarto de hora tengo que estar andando.

—Venid aquí en la silla de posta.

—Me disculpareis ¿no es verdad? con la señora marquesa y con Renée, á quien dejo en ocasion tan grata con sentimiento vivísimo.

—En mi gabinete las encontrareis á la hora de vuestra partida.

—Gracias mil veces. Pensad en mi carta.

El marqués llamó y vino un lacayo.

—Decid al conde de Salvieux que le espero aquí.—Ya podeis iros, continuó el marqués dirigiéndose á Villefort.

—Bueno: ir y volver será un solo punto.

Y Villefort salió de la estancia apresuradamente; pero ocurriósele al llegar á la calle que un sustituto del procurador del rey podria ocasionar la alarma de un pueblo con que se le viese andar muy de prisa. Volvió pues á su paso ordinario, que era en verdad digno de un juez.

Junto á la puerta de su casa pareciole distinguir en la oscuridad una cosa como un fantasma blanco que le esperaba inmóbil.

Era la linda catalana, que no teniendo noticias de Edmundo, venia á saber por sí misma la ocasion del arresto de su amante.

Al acercarse Villefort saliole al paso, destacándose de la pared en que se apoyaba. Como Dantés le habia hablado ya de su novia, nada tuvo que hacer Mercedes para que la reconociera. Villefort, sorprendido de la belleza y dignidad de esta muger, cuando le preguntó el paradero de su amante, no parecia sino que él fuese el acusado y el juez ella.

—Ese hombre, la dijo bruscamente, es gran criminal, y en nada puedo favorecerle, jóven.

Mercedes lanzó un gemido, y detuvo á Villefort, que intentaba proseguir su marcha.

—Pero decidme al menos dónde está; pueda yo tan siquiera saber si es muerto ó vivo.

—Ni lo sé, ni eso me atañe á mí, respondió Villefort.

Y molestado por aquellos ojos penetrantes y aquel ademan de súplica, rechazó Villefort á Mercedes, y entró en su casa cerrando la puerta, como para dejar aquel dolor de la parte de afuera.

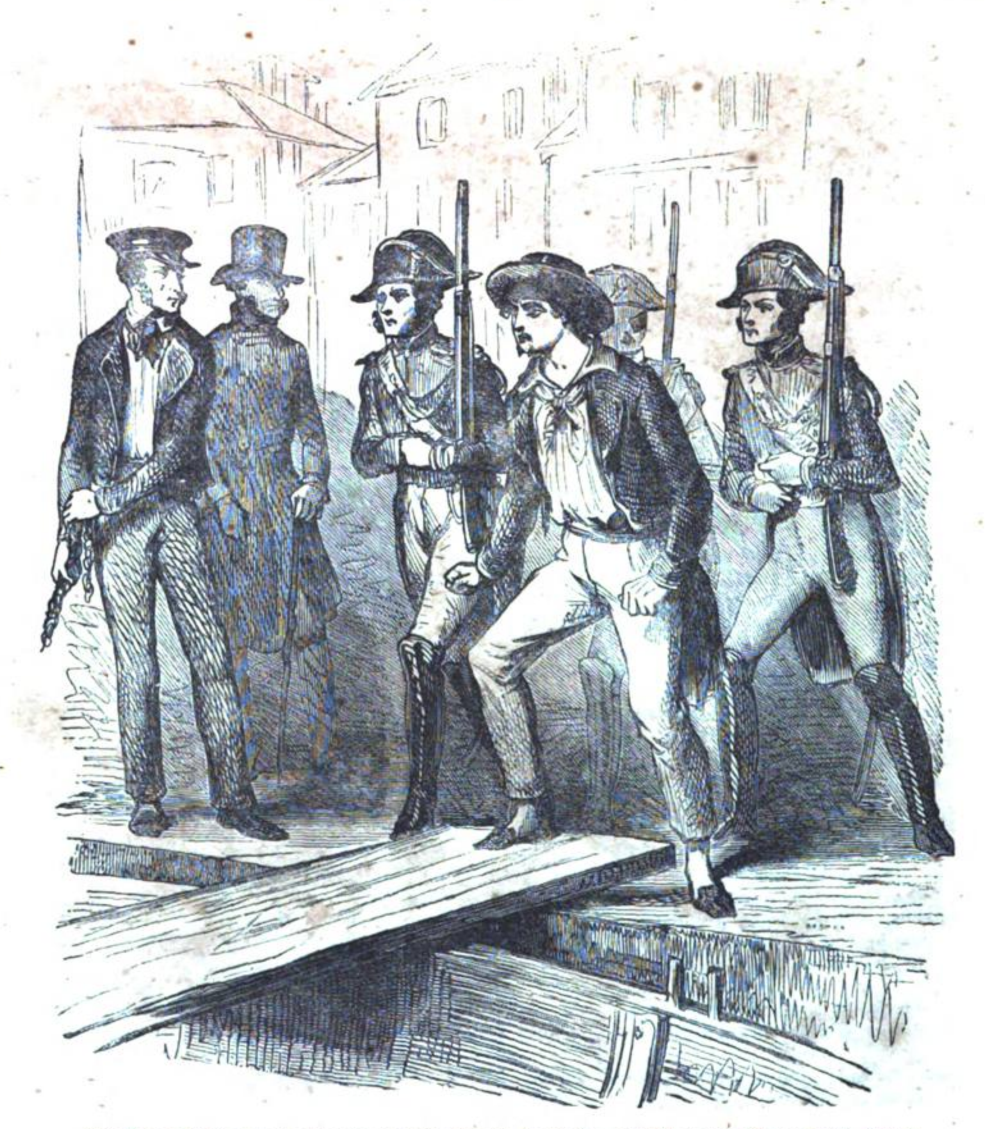
Pero el dolor no se deja rechazar así. Semejante á la



flecha mortal de que habla Virgilio, el hombre herido de él le lleva siempre consigo.

Aunque habia cerrado la puerta, al llegar Villefort á su gabinete sintió que sus piernas flaqueaban, y lanzando mas que un suspiro un sollozo, dejose caer en un sillon.

Entonces brotó en el fondo de aquel pecho enfermo el primer gérmen de un cáncer mortal. Aquel hombre sacrificado á su ambicion, aquel inocente que pagaba pronunciado muchas sentencias de muerte, sin otra emocion que la de la lucha moral del juez con los reos; y aquellos reos ajusticiados gracias á su terrible elocuencia que convenció al jurado y á los jueces, no puso en su frente una sola arruga, porque aquellos hombres eran criminales, á lo menos en la opinion del sustituto. Pero de esta vez no sucedia así: acababa de aplicar la reclusion perpetua á un inocente, á un inocente que iba á ser feliz, arrebatándole la dicha



Dirigiéronse hácia una lancha que un aduanero de la marina sujetaba á la orilla con una cadena.

culpas de su propio padre, apareciósele pálido y amenazador, acompañado de su novia, pálida como él, y seguido del remordimiento, no del remordimiento que vuelve loco al que lo sufre como en los antiguos sistemas fatalistas, sino de ese sordo y doloroso golpeo sobre el corazon, que en ciertos instantes nos hiere con el recuerdo de un crímen casi olvidado, herida cuyos dolores ahondan la llaga que nos conduce á la muerte.

Todavía vaciló un instante el alma de Villefort. Habia sobre la libertad. Ahora ya no era juez, que era verdugo.

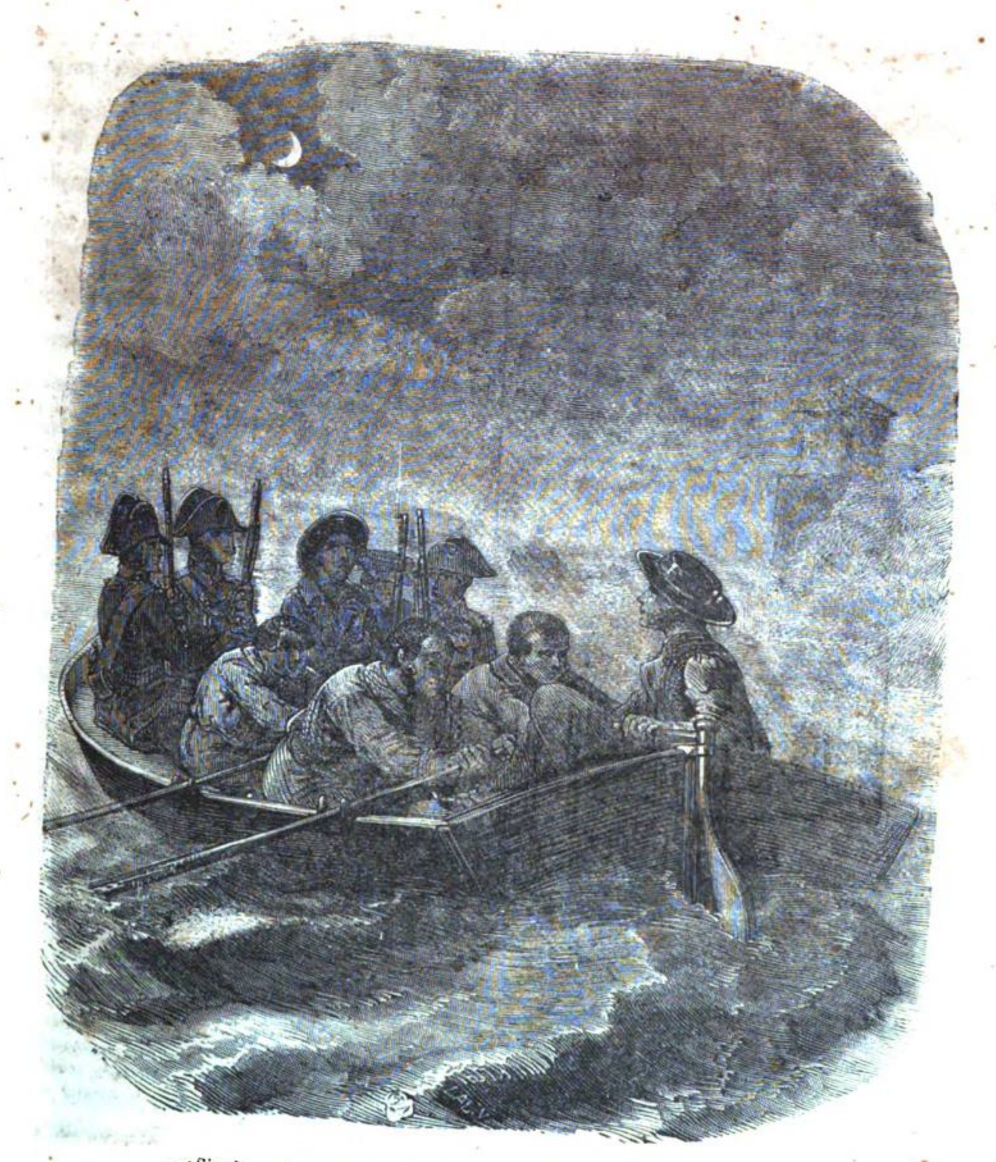
Y pensando en esto comenzaba á sentir ese golpeo sordo que hemos descrito, desconocido de él hasta entonces; oíalo en el fondo de su corazon, llenando su mente de quimeras. Así un dolor instintivo y violento notifica á los que sufren que no deben sin temblar poner el dedo en sus llagas antes que se cicatricen.

Pero la de Villefort era de esas que no se cicatrizan nunca, ó que se cierran aparentemente para volver á abrirse mas enconadas y dolorosas.

Si en esta situacion la dulce voz de Renée le hubiera recomendado clemencia; si entrara la linda Mercedes á decirle:—«En nombre de Dios que nos ve y nos juzga devolvedme á mi amante,»—¡oh! sí, aquella voluntad doblegada al cálculo hubiese cedido, y sin duda con sus manos frias, á riesgo de perderlo todo, lando palabras sin sentido, hasta que los pasos del ayuda de cámara que venia á ponerle la capa, le sacaron de su éstasis, y lanzándose al carruaje, ordenó lacónicamente que parara en la calle del Grand-Cours, en casa de M. de Saint-Meran.

¡Pobre Dantés!

Como le ofreció Mr. de Saint-Meran, Renée y la marquesa estaban en su gabinete. A la vista de la jóven el sustituto tembló; porque pensaba que le pediria de



—¡Siendo marino y marsellés, preguntais adonde vamos!—le dijo.

hubiera firmado inmediatamente la órden de poner á Dantés en libertad; pero ninguna voz le habló al oido, ni se abrió la puerta sino para el criado que vino á anunciarle que los caballos estaban ya enganchados á la silla de posta.

Levantóse el sustituto, ó dicho mejor, saltó de la silla como aquel que triunfa de una lucha secreta, y corriendo á su bufete vació en su bolsillo todo el oro que encerraban sus cajones. Después dió por la pieza dos ó tres vueltas con las manos en la frente, articunuevo la libertad del preso; pero ¡ay! que es forzoso decirlo para afrenta de nuestro egoismo, la linda jóven solo pensaba en una cosa: en la marcha de Villefort.

Le amaba, y Villefort iba á partir en el mismo punto en que debian de enlazarse para siempre, y sin anunciar cuándo volveria. En vez de compadecer á Edmundo, Renée maldijo del hombre que con su crímen la separaba de su amante.

¿Qué era entre tanto de Mercedes?

La pobre habia encontrado á Fernando en la esquina

de la calle de la Logia, á Fernando que habia seguido sus huellas, y volviendo á los Catalanes se arrojó en su lecho moribunda y desesperada. De rodillas y acariciando una de sus manos heladas, que Mercedes no pensaba en retirarle, Fernando la cubria de ardientes besos, ni siquiera sentidos de ella.

Así pasó la noche. Cuando no tuvo aceite se apagó la lámpara; pero Mercedes no advirtió la oscuridad, como no habia advertido la luz. Hasta la aurora vino sin que ella la advirtiese.

Habia puesto el dolor en sus ojos una venda que solamente á Edmundo la dejaba ver.

—¡Ah! ¿estais aquí? esclamó al fin volviéndose á Fernando.

—Desde ayer no os he abandonado un punto, respondió con un suspiro este.

Mr. Morrel por su parte no se habia desanimado: supo que Dantés á consecuencia de su interrogatorio fué preso, y corrió en el acto á interesarse con todos sus amigos, y con todas aquellas personas de Marsella que gozaban de algun influjo; pero ya corria el rumor de que Dantés habia sido preso por agente bonapartista, y como en esta época hasta los visionarios tenian por insensatez cualquiera tentativa de Napoleon para recobrar su trono, el buen Mr. Morrel, acogido con frialdad de todos, volvió desesperado á su casa, aunque confesando que el lance era crítico, y que nadie podria disminuir su gravedad.

Caderousse tambien se habia inquietado mucho por su parte. En vez de revolver el mundo como Mr. Morrel, en vez de hacer algo por Edmundo, encerrose con dos botellas en su cuarto, é intentó ahogar su inquietud en una borrachera.

Pero en la situacion moral que alcanzaba eran poco dos botellas para hacerle perder el juicio. Lo perdió sin embargo lo bastante á impedirle que fuese á buscar mas vino, y demasiado poco para borrar sus recuerdos; con que puesta la cabeza entre las manos sobre la mesa coja, y al lado sus dos botellas, se quedó como si dijéramos entre dos luces, viendo danzar á la de su candil aquellos espectros de que ha henchido Hofmann sus libros empapados en rom.

Danglars solo no gozaba ni pena ni gloria. Casi alegre se le veia tal vez por haberse vengado de un enemigo, asegurando su empleo en *El Faraon*, que temia perder. Danglars era uno de esos hombres calculistas que nacen con una pluma detrás de la oreja y un tintero por corazon. Todas las cosas del mundo eran para él sumas ó restas, y un número de mas importancia que un hombre, cuando el número podia aumentar la suma que el hombre podia disminuir.

Danglars se habia acostado á la hora de costumbre y dormia tranquilamente.

Después de recibir Villefort la carta de Mr. de Salvieux, y besado á Renée en las dos mejillas y en la mano á Mad. de Saint-Meran, con un apreton al marqués, corria la posta camino de Aix.

El padre de Dantés se moria de dolor y de inquietud.

A Edmundo ya sabemos todo lo que le pasaba.

CAPITULO X.

LA CÁMARA CHICA DE LAS TULLERÍAS.

Dejemos á Villefort camino de París, por donde no corre, que vuela, gracias á que va derramando dinero, y, atravesando los dos ó tres salones que le preceden, penetremos en aquel gabinetito ovalado de las Tullerías, tan célebre por haber sido la estancia favorita de Napoleon, de Luis XVIII y de Luis Felipe.

Sentado á una mesa que habia traido de Hartwel, y que por una de esas manías comunes á los altos personajes, tenia en particular estimacion, el rey Luis XVIII escuchaba distraido á un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años, cabellos canos y continente aristocrático y pulcro. Al paso que le oia S. M. iba haciendo anotaciones á la márgen en un volúmen de Horacio, de la edicion de Griphius, que aunque incorrecta es la mas estimada, y á las sagaces observaciones filosóficas del rey se prestaba mucho.

—¿Deciais pues, caballero?... murmuró el rey.

—Que estoy, señor, lleno de ansiedad y cuidados.

—¿De veras? ¿Os han aparecido acaso en sueños siete vacas gordas y siete flacas?

—No señor, pues eso anunciaria solamente siete años de abundancia y otros siete de hambre, que con un rey tan previsor como V. M. no se deben de temer.

—¿Pues qué otros cuidados os acuitan, mi querido Blacas?

—Creo, señor, y lo creo fundadamente, que por el Mediodía nos amagan tempestades.

—¡Quiá! mi querido conde, respondió Luis XVIII; estais mal informado, que sé positivamente que hace muy buen tiempo por allá.

Aunque hombre de talento, Luis XVIII gustaba de decir chanzonetas fútiles.

—Señor, dijo Mr. Blacas, aunque no fuese sino por tranquilizar á un fiel servidor, ¿no podria enviar V. M. al Langüedoc, á la Provenza y al Delfinado, hombres fieles que informaran sobre la situacion política de aquellas tres provincias?

—*Canimus surdis*, respondió el rey, prosiguiendo en sus notas á Horacio.

—Señor, repuso el cortesano, sonriéndose para dar á entender que comprendia el hemistiquio del poeta de Venusa; señor, V. M. puede con razon fiar del espíritu público reinante en Francia; pero yo creo tenerla asimismo para temer alguna tentativa desesperada.

—¿De quién?

—De Bonaparte, ó á lo menos de sus partidarios.

—Mi querido Blacas, dijo el rey, vuestros temores me impiden trabajar.

—Y vos, señor, con vivir tan sobre seguro me quitais el sueño.

—Esperad, esperad. Me ocurre una escelente nota á aquello del *Pastor cun traheret*. Ya continuareis luego.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Luis XVIII escribió con una letra todo lo microscópica que pudo, una nota nueva á la márgen de su Horacio, y dijo después, levantándose con la satisfaccion del que se imagina haber concebido una idea, cuando no ha hecho sino comentar las de otro:

—Continuad, querido conde, continuad.

—Señor, dijo Blacas, que por un momento abrigó la esperanza de esplotar á Villefort en su pró; obligado me veo á deciros que no son simples rumores lo que sin fundamento me inquieta. Un hombre merecedor de mi confianza, un hombre de saber, á quien he dado el encargo de vigilar el Mediodía (el conde vaciló al pronunciar estas palabras), llega en posta en este mismo instante á decirme: «El rey está amenazado de un gran peligro.» Por eso vine á decíroslo, señor.

—*Mala ducis avi domum*, continuó anotando Luis XVIII.

—¿Me ordena V. M. que no insista en esto otra vez?

—No, mi querido conde, pero alargad la mano.

—¿Cual?

—La que mas os plazca... ahí á la izquierda...

—¿Aquí, señor?

—Dígoos que á la izquierda y buscais á la derecha... quise decir á mi izquierda. Ahí encontrareis un informe del ministro de la policía con fecha de ayer. Pero ¡calla! aquí parece en persona Mr. Dandré...— ¿No habeis dicho Mr. Dandré? esclamó Luis XVIII dirigiéndose al ugier, que con efecto acababa de anunciar al ministro de policía.

—Sí señor, el señor baron Dandré, repuso el ugier.





...Acariciando una de sus manos heladas, que Mercedes no pensaba en retirarle, Fernando la cubria de ardientes besos.

—Justamente, repuso Luis XVIII con imperceptible sonrisa. Entrad, baron, entrad, y decid al duque lo que sepais mas reciente de Mr. de Bonaparte. No disimuleis la gravedad de la situacion, si la tiene, sea la que sea... Veamos: ¿es con efecto la isla de Elba un volcan pronto á vomitar sobre nosotros las llamas de la guerra: *bella, horrida bella?*

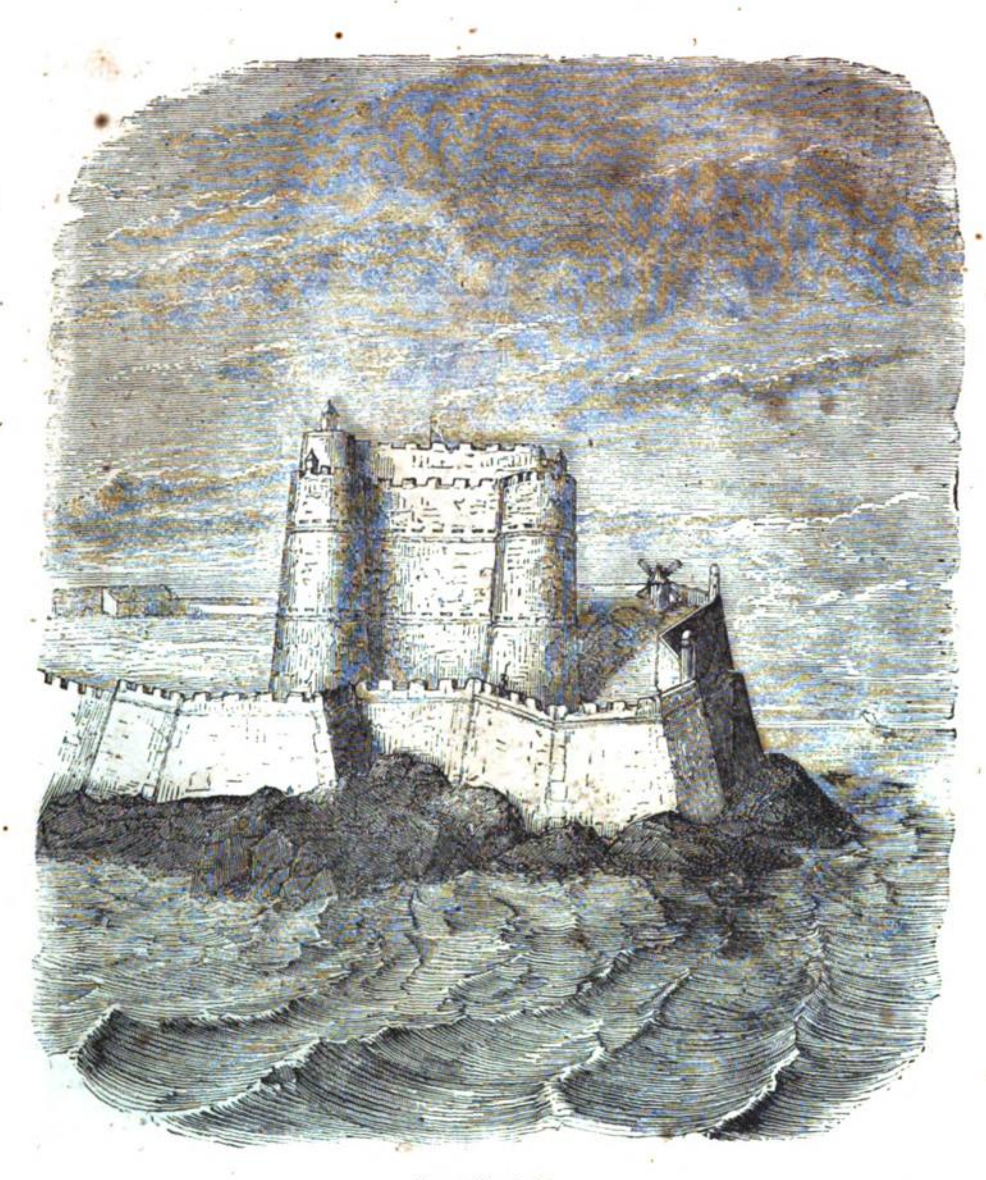
Meciose con gracia Mr. Dandré apoyando las manos en el respaldo de un sillon, y dijo:

—Bonaparte, continuó el baron, se fastidia mucho, y pasa los dias de sol á sol viendo trabajar á sus mineros de Porto-Longonne.

—Y se rasca para distraerse, añadió el rey.

—¿Se rasca? preguntó el conde; ¿qué quiere decir V. M.?

—¿Olvidais, mi querido conde, que ese coloso, ese héroe, ese semi-dios, padece una enfermedad cutánea que le consume?



El castillo de If.

—¿Se ha dignado V. M. pasar los ojos por mi informe de ayer?

—Sí, sí, pero decídselo al conde, decidle lo que reza ese informe, que no puede encontrar. Esplicadle qué hace el usurpador en su isla.

—Señor, dijo el baron al conde, todos los vasallos de S. M. deben de regocijarse con las noticias que tenemos de la isla de Elba. Bonaparte...

Mr. Dandré miró á Luis XVIII, que ocupado en escribir una nota no levantó la cabeza.

—Y hay mas, señor conde, continuó el ministro de policía: estamos casi seguros de que á la vuelta de poco tiempo estará loco.

—¿Loco?

—Loco de atar: su cabeza se debilita. Tan pronto llora á mares como rie á carcajadas. Otras veces pasa las horas muertas arrojando al agua piedrecitas, y al verlas botar en la superficie, se queda tan satisfecho como si hubiera ganado otro Marengo ú otro Austerlitz. Estos confesareis que son síntomas de locura.

V.—O de sobrado juicio, señor baron, dijo Luis XVIII iendo; arrojando piedrecitas á la mar se solazaban los grandes capitanes del tiempo antiguo. Leed sino en Plutarco la vida de Scipion el Africano.

A la vista de estos dos hombres tan tranquilos, Mr de Blacas quedó dudoso; porque Villefort no habia querido decirle todo lo que sabia, sino lo que bastara á alarmarle, por no perder de todo en todo el valor de su secreto.

—A los buenos principios.—Baron, esplicádselo.

—Escuchad pues..... dijo el ministro con mucha gravedad. Há pocos dias ha pasado Napoleon una revista, en que dos ó tres de sus viejos gruñones, como él los llama, demostraron anhelo por volver á Francia, en lo que consintió exhortándoles á servir á su buen rey. Estas fuéron sus propias palabras, señor conde, lo sé por buen conducto.

—Y ahora, Blacas, ¿qué direis? esclamó el triunfante monarca dejando de compulsar el volúmen abierto á sus ojos.

—Escucha, dijo Dantés, yo no soy abate ni loco...

—mos, vamos, Dandré, dijo Luis XVIII, Blacas no está convencido todavía. Contadle la conversion del usurpador.

El ministro de policía se inclinó.

—¿Conversion del usurpador? murmuró el conde mirando al rey y á Dandré. ¿El usurpador se ha convertido?

—Completamente, querido conde.

—Pero ¿á qué?

—Digo, señor, que ó el ministro de policía ó yo estamos engañados; pero como es imposible que el engañado sea él, que tiene el cargo de velar por V. M. es mas probable que yo lo sea. Sin embargo, señor, yo en lugar vuestro interrogaria por mí mismo á la persona que aludo; y por mi parte insistiré en que siga V. M. este consejo.



—En hora buena, conde. Presentádmele y lo recibiré; pero con las armas en la mano. Señor ministro, ¿teneis algun parte de fecha mas moderna que este, que es del 20 de febrero y estamos á 3 de marzo?

—No señor; pero lo estaba esperando de un momento á otro, cuando salí esta mañana, y quizás haya llegado durante mi ausencia.

—Id pues á la prefectura, y si no ha llegado... ejem... ejem... continuó riendo Luis XVIII; inventad uno. ¿Sería la primera vez? ejem, ejem...

—Yo, señor, voy á buscar á mi mensajero, dijo Mr. Blacas.

—Esperad, esperad un momento, respondió Luis XVIII. A decir verdad, conde, debo de cambiaros las armas del escudo: pondreis desde ahora un águila volando con una presa entre sus garras que pugna en vano por escapársele, y esta divisa:—*Tenax*.

—Ya escucho, señor, dijo Mr. Blacas impaciente.

—Quería consultaros sobre este pasaje.—*Molli fugies anhelitu*... ya sabeis... se trata del ciervo que huye del lobo. ¿No sois cazador, y de lobos? Bajo esos mismos dos puntos de vista, ¿qué os parece el *molli anhelitu?*



La Marquesa de Saint Meran.

—¡Oh señor! dijo el ministro, á Dios gracias tocante á eso nada hay que inventar; porque todos los dias nos llueven denuncias y muy detalladas de infelices que creen hacer un servicio y esperan que se le pague. La mayor parte ve visiones; pero espera que la casualidad las realice hoy ó mañana.

—Está bien, id, y cuenta que os espero, dijo Luis XVIII.

—No haré sino ir y volver. Antes de dez minutos estoy de vuelta.

—¡Admirable, señor! pero mi hombre es como el ciervo de que hablais. En tres dias escasos ha andado doscientas veinte leguas en posta.

—Buena tontería, cuando el telégrafo sin cansarse maldita de Dios la cosa gasta tres ó cuatro horas solamente.

—¡Ah señor! que mal pagais á ese pobre jóven, que viene tan apresurado á dar á V. M. un aviso útil. Aunque no sea sino por Mr. Salvieux que me le recomienda, os suplico que le recibais bien.

—¿Mr. de Salvieux, el chambelan de mi hermano?

—El mismo.

—En Marsella está con efecto.

—Desde allí me escribe.

—¿Y él tambien os habla de esa conspiracion?

—No; pero me recomienda á Mr. de Villefort, ende miras elevadas y sobre todo ambicioso. ¡Par diez! si vos conoceis de nombre á su padre!

—¿A su padre?

—Sí, Noirtier.

—¿Noirtier el girondino? ¿Noirtier el senador?

—Justamente.

—¡Y V. M. emplea al hijo de semejante hombre!

—Blacas, amigo mio, vos no sabeis vivir. ¿No os dije que Villefort es ambicioso? Por medrar sacrificará hasta su padre.

—Mi fortuna está asegurada, si llego antes que nadie á las Tullerías.

cargándome que le traiga á la presencia de V. M.

—¡Mr. de Villefort! esclamó el rey: ¿ese mensajero se llama Mr. de Villefort?

—Sí señor.

—¿Y es él quien viene de Marsella?

—En persona.

—Dijéraisme su nombre desde el principio, esclamó el rey tomando de repente cierto aire de inquietud.

—Yo, señor, lo creia desconocido á V. M.

—No tal, no tal, Blacas; es un hombre de talento

—Con que ¿le traigo?

—Al punto, al punto. ¿Dónde está?

—Debe de esperarme abajo en su carruaje.

—Id á traermele.

—Ya voy.

El conde salió de la cámara con la rapidez de un jóven, porque su sincero realismo le prestaba el ardor propio de los veinte años.

Quedóse Luis XVIII á solas, volviendo á hojear el libro entreabierto y murmurando:



Justum et tenacem propositi virum.

Con la misma celeridad volvió Mr. Blacas; pero en la antecámara se vió obligado á invocar la autoridad del rey, porque el traje empolvado y no conforme á la etiqueta de Mr. de Villefort, alarmó á Mr. de Brezé, que no comprendia cómo aquel hombre pudiera osar á presentarse al rey de aquella manera.

Pero el conde allanó todos los obstáculos con esta sola frase:—*De órden de S. M.;* y á pesar de cuantas reflexiones hizo el maestro de ceremonias pasó Villefort á la cámara régia.

El rey estaba sentado donde le dejara Blacas, con que al abrir la puerta Villefort hallósele frente á frente, y fué quedarse parado su primer movimiento.

—Entrad, Mr. de Villefort, le dijo el rey, entrad.

Saludó el sustituto adelantándose algunos pasos, y esperando que le interrogara.

—Mr. de Villefort, continuó Luis XVIII, asegura Mr. de Blacas que teneis que decirnos cosas importantes.

—Señor, el conde tiene razon, y espero que V. M. se la dará tambien por su parte.

—Ante todas cosas, caballero, ¿es en vuestra opinion el mal tan grave como quieren que yo lo crea?

—Señor, yo lo creo gravísimo, pero no irreparable, gracias á mis precauciones. Así lo espero.

—Hablad, hablad todo lo que querais, caballero, dijo el rey, que empezaba á contagiarse en el sobresalto de Mr. de Blacas y en el que descubria tambien la voz de Villefort; hablad, y sobre todo principiad por el principio, que gusto del órden en todas las cosas.

—Señor, dijo Villefort, haré á V. M. una relacion muy fiel; pero suplicándole de pasada que disculpe la oscuridad que acaso ponga en mis palabras mi presente turbacion.

Una mirada al rey despues de este exordio insinuante, aseguró á Villefort de que era escuchado con benevolencia.

—Señor, continuó, he venido á Paris con toda la celeridad posible, á anunciaros que en el ejercicio de mis funciones he descubierto, no una de esas conspiraciones vulgares é insignificantes como las que se urden todos los dias, así por el ejército como por el paisanaje, sino una verdadera conspiracion que amenaza nada menos que al trono de V. M. Señor, el usurpador se ocupa en armar tres navíos: medita un proyecto, insensato quizás, pero terrible, aunque insensato. A estas horas debe de haber salido de la isla de Elba, ignoro en qué direccion, pero de seguro intentará un desembarco en Nápoles, en las costas de Toscana, ó en nuestro mismo suelo quizás. V. M. no ignora que el soberano de la isla de Elba mantiene relaciones todavía con Italia y con Francia.

—Sí lo sé, caballero, dijo el rey muy conmovido, y hace poco nos avisaron de que en la calle de Santiago se verificaban reuniones bonapartistas. Pero continuad, os lo ruego. ¿Cómo adquiristeis esas noticias?

—Son, señor, el resultado de un interrogatorio que hice á un hombre de Marsella á quien de mucho tiempo atrás vigilaba. El mismo dia de mi marcha le hice prender. Aquel hombre, marino revoltoso, y bonapartista acérrimo, ha ido á la isla de Elba secretamente, donde el gran mariscal le encargó una mision verbal para cierto bonapartista de Paris, cuyo nombre no he podido arrancarle: esta mision se reducia á encargar al bonapartista que preparase los ánimos á una restauracion (tened presente, señor, que copio el interrogatorio), restauracion que indudablemente está cercana.

—¿Y qué es de ese hombre? preguntó Luis XVIII.

—Está preso, señor.

—¿Con qué os parece el asunto tan grave?

—Tan grave, señor, que la primera noticia me sorprendió en una fiesta de familia, el dia de mi boda, y lo he abandonado todo en el mismo punto para venir á demostrar á V. M. mis temores y mi adhesion.

—Es verdad, dijo Luis XVIII. ¿No existia un proyecto de matrimonio entre vos y la señorita de Saint-Meran.?

—Hija de uno de los mas fieles servidores de V. M.

—Sí, sí; pero volvamos á ese complot, señor de Villefort.

—Mucho me temo que sea mas que un complot, una conspiracion.

—Una conspiracion en estos tiempos, dijo Luis XVIII sonriendo, es cosa muy fácil de proyecctar, pero difícil de llevar á cabo, porque restablecidos ayer como quien dice en el trono de nuestros abuelos, estamos amaestrados por lo presente, por lo pasado y para lo porvenir. De diez meses á esta parte redoblan mis ministros su vigilancia en el litoral del Mediterráneo. Desembarcara Napoleon en Nápoles, y antes que llegase á Piombino, se levantarian en masa los pueblos coaligados; si desembarca en Toscana, aquel pais es su enemigo; si en Francia, ¿quién le seguiria? un puñado de hombres, y fácilmente le hariamos entrar en vereda, sobre que todo el mundo le aborrece. Tranquilizaos pues, caballero; mas no por eso esteis menos seguro de nuestra real gratitud.

—Aquí está Mr. Dandré, esclamó en esto el conde de Blacas.

Con efecto en este mismo instante asomaba en la puerta el ministro de policía, pálido y tembloroso: sus miradas vacilaban como si estuviese á punto de desmayarse.

Villefort dió un paso para salir; pero un apreton de manos de Mr. Blacas le detuvo.

CAPITULO XI.

EL OGRO DE CÓRCEGA.

Al contemplar aquel rostro demudado, el rey Luis XVIII rechazó violentamente la mesa á que estaba sentado.

—¿Qué teneis, señor baron? esclamó: ¡estais turbado y vacilante! ¿Tiene alguna relacion eso con lo que decia Mr. de Blacas, y ahora Villefort me repite?

Por su parte Mr. de Blacas se acercó tambien al baron; pero el miedo del cortesano impedia el triunfo del orgullo del hombre. Con efecto, en aquella sazon era mas ventajoso para él verse humillado por el ministro de policía, que humillarle en cosa de tanto interés.

—Señor... balbuceó el baron.

—Acabad, dijo Luis XVIII.

Cediendo entonces el ministro de policía á un arranque de desesperacion, corrió á postrarse á los piés del rey, que dió un paso hácia atrás frunciendo las cejas.

—¿No hablareis? dijo.

—¡Oh señor! ¡qué desgracia tan espantosa! ¿no soy digno de lástima? nunca me consolaré.

—Caballero, dijo Luis XVIII, hablad, yo os lo mando.

—Pues bien, señor, el usurpador ha salido de la isla de Elba el 26 de febrero, y ha desembarcado el 1.º de marzo.

—¿Dónde? ¿en Italia? preguntó el rey vivamente.

—No señor, en Francia, en un puertecillo cercano á Autibes, en el golfo Juan.

—¡Cómo! el usurpador ha desembarcado en Francia, cerca de Autibes, en el golfo Juan, á doscientas cincuenta leguas de Paris el dia 1.º de marzo, y hasta hoy 3 no sabeis esta noticia... ¡eso es imposible, caballero! U os han informado mal ó estais loco.

—¡Ay señor! no es sino muy cierto.

Hizo Luis XVIII un inesplicable gesto de cólera y de espanto, levantándose de repente como si este golpe imprevisto le hiriese á par en el corazon y en el rostro.

—¡En Francia! esclamó; ¡el usurpador en Francia! pero ¿no se vigilaba á ese hombre? ¿quién sabe si estarian de acuerdo con él?

—¡Oh señor! esclamó el conde de Blacas, no se debe acusar de traicion á personas como Mr. Dandré. Todos estábamos ciegos, alcanzando tambien nuestra ceguera al ministro de policía. Este es todo su crimen.

—Pero... dijo Villefort, y repuso al momento reportándose:—Perdon, señor, perdon, mi celo me hace audaz. Dígnese V. M. de escusarme.

El silencio del ministro equivalia á una confesion palmaria.

—¿Y creeis, caballero, que podamos sublevar el Delfinado como la Provenza? preguntó el rey á Villefort.

—Duéleme, señor, decir á V. M. una verdad cruel; pero las opiniones del Delfinado son muy diferentes de las de la Provenza y el Langüedoc. Los montañeses, señor, son bonapartistas.

—Vamos, murmuró Luis XVIII: bien sabe lo que se hace. ¿Y cuantos hombres tiene?



Al acercarse Villefort salióle al paso.

—Hablad, caballero, hablad libremente, contestó Luis XVIII. Vos solo nos habeis avisado el mal: ayudadnos á buscarle remedio.

—Todo el mundo, señor, aborrece á Bonaparte en el mediodía; paréceme que si osa á penetrar en su territorio, fácilmente se logrará que la Provenza y el Langüedoc se subleven contra él.

—Sin duda, dijo el ministro; pero viene por Gap y Sisteron.

—¡Viene! esclamó Luis XVIII. ¿Viene á París?

—No lo sé, dijo el ministro de policia.

—¡No lo sabeis! ¿no os habeis informado de esta circunstancia? en verdad que no es importante, añadió el rey con una sonrisa irónica.

—No pude informarme, señor. El despacho anunciaba solamente el desembarco y el camino que trae el usurpador.

—¿Por qué conducto habeis recibido ese despacho? El ministro bajó la cabeza, y el bochorno se pintaba en su semblante.

—Por el telégrafo, señor.

Luis XVIII dió un paso hácia atrás cruzándose de brazos, como Napoleon hubiera hecho, y dijo pálido de cólera:

—¡Con que una coalicion de siete ejércitos ha derrocado á ese hombre, con que un milagro de Dios me ha restituido el trono de mis padres tras veintitres años de destierro, con que he estudiado, sondeado y analizado en ese destierro los hombres y las cosas de esta mí mas cuidadosas que por ellas mismas, porque mi fortuna es su fortuna, porque no eran nada antes que yo subiese al trono, porque nada serán si yo caigo, y caer, y por torpeza, y por incapacidad. ¡Ah! ¡cuánta razon teneis, señor mio, la fatalidad!...

El ministro se inclinaba al peso de tan terrible anátema; Blacas se limpiaba la frente cubierta de sudor, y Villefort sonreia para su capote viendo crecer su importancia.



Mr. Noirtier.

Francia, mi tierra de promision, para que al llegar al goce de mis anhelos, el mismo poder de que dispongo huya de mis manos aniquilándome!

—Señor, la fatalidad.... murmuró el ministro, aplastado por aquellas fulminantes palabras.

—¿Con que es verdad lo que murmuraban nuestros enemigos? ¿nada hemos aprendido? ¿nada hemos olvidado? Si me vendiesen como á él le vendieron, vaya en gracia, me consolaria; pero estar rodeado de personas engrandecidas por mí, que deben de velar por

—¡Caer!.. prosiguió Luis XVIII, que al primer golpe de vista sondeó el abismo que amenazaba tragar su trono; ¡caer! ¡y saber por el telégrafo la noticia! ¡Oh! mejor quisiera subir al cadalso de mi hermano Luis XVI, que bajar así las escaleras de las Tullerías, arrojado por el ridículo... ¿Sabeis, caballero, lo que el ridículo puede en Francia? No lo sabeis, aunque debiais de saberlo.

—Señor, ¡por piedad! murmuró el ministro.

—Acercaos, Mr. de Villefort, continuó el rey diri-

giéndose al *jóven*, que de pié y un tanto retirado observaba la marcha de esta conversacion, en que el destino de un reino se trataba; acercaos y decid á este caballero que pudo saber antes lo que no supo.

—Señor, era materialmente imposible adivinar proyectos que el usurpador recataba de todo el mundo.

—¡Materialmente imposible! ¡gran *palabra!* por desdicha hay palabras tan grandes como grandes hombres: ya conozco á ellos y á ellos. ¡Imposible á un



El baron Dandré.

ministro que cuenta con una administracion, con oficinas, con agentes, con gendarmes, con espías, con un millon y quinientos mil francos de fondos secretos, imposible saber lo que pasa á sesenta leguas de las costas de Francia! Pues oid: este caballero no contaba con ninguno de esos recursos; este caballero, simple magistrado, sabia mas que vos con toda vuestra policía, y hubiese salvado mi corona á tener como vos el derecho de dirigir un telégrafo.

Los ojos del ministro de policía con una profunda espresion de despecho se tornaron á Villefort, que inclinó la cabeza con la modestia del triunfo.

—No lo digo por vos, Blacas, continuó Luis XVIII, pues si bien nada habeis descubierto, tuvisteis al menos la *cordura* de sospechar, y sospechar con perseverancia. Otro que no vos acaso hubiera tenido por insignificante la revelacion de Mr. de Villefort, ó por hija de una ambicion innoble.

Estas palabras aludian á las que el ministro de policía pronunció tan sobre seguro una hora antes.

Villefort comprendió el intento del rey. Otro en su lugar acaso se desvaneciera con el humo de la alabanza; pero temió crearse un enemigo mortal en el ministro de policía, aunque lo tuviese por hombre perdido sin remedio. Con efecto, aquel ministro que en la plenitud de su poder no supo adivinar el secreto de Napoleon, podia en sus últimos instantes de vida polí-

tica descubrir el de Villefort, tan solo con interrogar á Dantés. Por esto en vez de cebarse en el caido le alargó la mano.

—Señor, dijo, lo rápido de esté suceso debe probar á V. M. que Dios solo con una tempestad pudo impedirlo. Lo que V. M. achaca en mi á una perspicacia notable, es hijo del acaso pura y simplemente. Lo he aprovechado como un servidor fiel, y nada mas. No me concedais mérito mayor que el que tengo, para no veros obligado á recobrar la primera opinion que formasteis de mí.

Agradecido al jóven el ministro de policía le dirigió una elocuente mirada, con que conoció Villefort que habia logrado su deseo, es decir, que sin perder la gratitud del rey, acababa de ganar un amigo con quien podia contar en todo y por todo.

—Está bien, dijo Luis XVIII.

Y volviéndose al ministro de policía y á Mr. de Blacas, añadió:

—Podeis retiraros, señores. Lo que hay que hacer ahora atañe al ministro de la guerra.

—Por fortuna, señor, dijo Mr. Blacas, podemos contar con la marina. V. M. sabe cuán adicta es á su gobierno, segun todos los informes.

—No me hableis, conde, de informes, que ya sé cómo debo de mirarlos. Y á propósito de informes, señor baron, ¿qué hay de nuevo en el asunto de la calle de Santiago?

—¡En el asunto de la calle de Santiago! esclamó el sustituto sin poder reprimir una esclamacion.

Mas luego repuso:

—Perdon, señor, si mi adhesion á V. M. hace que me olvide, no del respeto que le debo, que ese está en mi corazon grabado profundamente, sino de la etiqueta de palacio.

—Decid y haced lo que os plazca, caballero, respondió Luis XVIII: en esta ocasion habeis adquirido el derecho de interrogar.

—Señor, respondió el ministro de policía, ahora venia justamente á comunicar á V. M. las últimas noticias que he adquirido sobre el asunto que nos ocupa. La muerte del general Quesnel nos va á dar el hilo de un gran complot.

Este nombre del general Quesnel, hizo temblar á Villefort.

—Con efecto, señor, prosiguió el ministro de policía, todo induce á creer que esta muerte no ha sido suicidio, como al principio creia todo el mundo, sino asesinato. Cuando desapareció, salia segun parece el general Quesnel de un club bonapartista. Un hombre desconocido le fué á buscar aquella misma mañana, citándole para la calle de Santiago: por desdicha el ayuda de cámara del general, que le estaba peinando al entrar el desconocido en el gabinete, aunque recuerda bien que la calle era la de Santiago, el número de la casa no lo recuerda.

A medida que el ministro narraba estos detalles, Villefort, como pendiente de sus labios, mudaba instantáneamente la color.

El rey se volvió hácia él.

—¿No creeis como yo, Mr. de Villefort, que el general á quien se tenia justamente por adicto al usurpador, pero que en el fondo era todo mio, haya muerto víctima de una venganza bonapartista?

—Es probable, señor, respondió Villefort; pero ¿no se sabe nada mas?

—Hemos dado con el hombre de la cita, y se le sigue la pista.

—¡Se le sigue la pista! repitió Villefort.

—Sí, el criado dió sus señas. Es un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años; moreno, ojos negros, cejas espesas y bigote. Trae un redingote azul abotonado, y en un ojal la insignia de oficial de la legion de honor. Ayer siguió la policía á un individuo exactamente igual en todo á ese; pero le perdió de vista en la esquina de la calle de Coq-heron.

Villefort habia tenido que apoyarse en el respaldo de un sillon, porque á medida que el ministro hablaba, negábanse sus piernas á sostenerle; pero cuando supo que el desconocido habia escapado al agente que le seguia, respiró mas á sus anchas.

—Buscad á ese hombre, caballero, dijo el rey al ministro de policía, porque si es verdad, como todo induce á creerlo, que el general Quesnel que tan útil nos hubiera sido en estas circunstancias, ha caido bajo el puñal de un asesino, bonapartistas ó no los criminales, quiero que sean castigados como merecen.

Villefort necesitó de toda su sangre fria para no demostrar los terrores que le inspiraban estas palabras del rey.

—¡Cosa particular! prosiguió el rey, como bromeando: la policía creé haberlo dicho todo cuando dice:—se ha cometido un asesinato;—y haberlo hecho todo cuando añade:—he dado con la pista de los culpables.

—Señor, yo espero que V. M. quede satisfecho esta vez.

—Allá lo veredes. No quiero deteneros mas, baron. Mr. de Villefort, id á descansar, que debe de haberos fatigado mucho el viaje. ¿Parais en casa de vuestro padre?

Una nube pasó por los ojos del magistrado.

—No señor, dijo. Paro en el hôtel de Madrid, calle de Tournon.

—Pero ¿le habreis visto?

—Señor, al instante de mi llegada fuí á buscar al conde de Blacas.

—Pero ¿le vereis?

—No lo intento.

—¡Ah! es justo, dijo Luis XVIII sonriéndose como para probar que todas sus preguntas encerraban intencion; olvidábame de que estais algo reñido con Mr. Noirtier, nuevo sacrificio á la causa real, que yo debo de recompensaros.

—Señor, la bondad con que me trata V. M. es ya recompensa tan sobre todos mis deseos, que nada mas tengo que pedir al rey.

—No importa, caballero, os tendremos presente, descuidad: mientras tanto esta cruz.....

Y quitándose el rey la cruz de la legion de honor que llevaba comunmente en el pecho cerca de la cruz de San Luis, y por cima de las placas de la órden de Nuestra Señora del Monte Carmelo y de San Lázaro, se la dió á Villefort, que repuso:

—Señor, V. M. se equivoca: esta cruz es de oficial.

—Tomadla, por mi fé, sea la que sea, dijo Luis XVIII, que no tengo tiempo para pedir otra. Blacas, cuidad de que estiendan el despacho á Mr. de Villefort.

Los ojos de este se inundaron de lágrimas, y tomando la cruz la besó repetidas veces.

—¿Qué órdenes, dijo, tiene V. M. que darme ahora?

—Descansad el tiempo de que necesiteis, y tened presente que si en Paris no podeis servirme en nada, en Marsella puede suceder al contrario.

—Señor, respondió Villefort inclinándose; dentro de una hora habré salido de Paris.

—Idos, caballero, dijo el rey, y si yo por acaso os olvidase, que los reyes son desmemoriados, no temais el hacer por recordaros...., Señor baron, mandad que busquen al ministro de la guerra.—Blacas, quedaos.

—¡Ah señor! dijo al magistrado el ministro de policía, cuando salieron de palacio: ¡Con buen pié entrais: vuestra fortuna es hecha!

—¿Durará mucho? murmuró Villefort saludando al ministro, cuya fortuna se deshacia, y buscando con los ojos un coche para volver á su casa.

A una seña de Villefort se acercó un fiacre, á cuyo

conductor dió Villefort las señas de su casa, lanzándose al fondo en seguida, donde se entregó á sus sueños ambiciosos.

Diez minutos despues Villefort estaba ya en su casa, y mandó á par que le sirviesen el almuerzo y que preparasen los caballos para dentro de dos horas.

Iba ya á sentarse á la mesa, cuando sonó fuertemente la campanilla, como agitada por una mano

—Sí señor.

—¿Ha dado mis señas? ¿sabe quién soy yo?

—Segurísimamente.

—¿Qué trazas tiene?

—Es hombre como de cincuenta años.

—¿Alto? ¿bajo?

—De la estatura de V. sobre poco mas ó menos.

—¿Blanco ó moreno?

Vuelta de Napoleon de la isla de Elba.

vigorosa. Abrió el ayuda de cámara, y Villefort pudo oir que pronunciaban su nombre.

—¿Quién puede saber ya que estoy en París? murmuró,

En este momento entró el ayuda de cámara.

—¿Qué hay? le dijo Villefort. ¿Quién ha llamado? ¿quién pregunta por mí?

—Una persona que no quiere decir su nombre.

—¡Una persona que no quiere decir su nombre! ¿y qué desea?

—Hablar á V.

—¿A mí?

—Muy moreno; y cabellos, y ojos y cejas negras.

—¿Y su traje, cuál es? preguntó vivamente Villefort.

—Un leviton azul, abotonado hasta arriba, con la insignia de la legion de honor.

—¡El es! murmuró Villefort palideciendo.

—¡Par diez! dijo asomando en la puerta el hombre que hemos descrito ya dos veces. ¡Par diez! ¡qué conducta tan estraña! ¿Hacen así los hijos en Marsella esperar á sus padres en la antecámara?

—¡Padre mio!... esclamó Villefort, no me engañé... sospechaba que fueseis vos.

—Pues si lo sospechabas, contestó el recien venido poniendo su baston en un rincon y su sombrero en una silla, permíteme, querido Gerardo, te haga ver que has procedido mal haciéndome esperar.

—Dejadnos, German, dijo Villefort.

Con esto se fué el criado, y con visibles señales de estrañeza.

Apenas hubo salido el criado, el recien venido cerró él mismo la puerta de la antecámara, y echando el cerrojo á la de la alcoba, acercose, tendiéndole la mano, á Villefort, que aun no habia dominado la sorpresa que le causaban aquellas operaciones.

—¡Cáspita! ¿sabes, querido Gerardo, le dijo mirándole de una manera indefinible, sabes que se me antoja que no te alegras mucho de verme?



—Entrad, baron, entrad, y decid al duque lo que sepais mas reciente de Mr. Bonaparte.

CAPITULO XII.

EL PADRE Y EL HIJO.

Mr. Noirtier, porque él era con efecto quien acababa de llegar, siguió con la vista al criado hasta que la puerta estuvo cerrada, y luego, sin duda receloso de que se quedase á escuchar en la antecámara, la volvió á abrir por su propia mano. No fué inútil esta precaucion, y la ligereza con que salia German de la antecámara dió á entender que no estaba puro del pecado que perdió á nuestro primer padre. Entonces Mr. Noirtier se tomó el trabajo de cerrar por sí mismo la puerta de la antecámara, y echando el cerrojo á

—Si tal, padre mio, respondió Villefort, me alegro con toda el alma; pero no esperaba vuestra visita y me ha sorprendido.

—Paréceme, caro amigo, respondió Mr. Noirtier, que yo os podria decir otro tanto. Me anunciais desde Marsella vuestra boda para el 28 de febrero ¡y estais en París el 3 de marzo!

—No os quejeis, padre mio, de mi estancia en París, dijo Gerardo acercándose á Mr. Noirtier. He venido por vos, y mi viaje puede salvaros.

—¿De veras? dijo Mr. Noirtier tendiéndose á la larga en un sillon; ¿de veras? Contadme el cómo, señor magistrado, que debe de ser cosa buena.

—¿Habeis oido hablar, padre mio, de cierto club bonapartista de la calle de Santiago?

—¿Número 53? ¡Vaya! como que soy vice-presidente.

—Vuestra sangre fria me hace temblar, padre.

—¿Qué quieres? quien ha sido proscrito por la Montaña, quien se ha escapado de París en un carro de heno, quien ha correteado las Landas de Burdeos perseguido por los sabuesos de Robespierre, se acostumbra á todos los golpes. Continúa ¿Qué ha pasado en ese club de la calle de Santiago?

—Ha pasado que hicieron ir allá al general Quesnel, y que el general Quesnel, que salió á las 9 de la noche de su casa, ha amanecido en el Sena.

—¿Y quién os ha contado esa *historia*?

—El mismo rey, señor.

—Pues á cambio de ella voy á daros una noticia, prosiguió Noirtier.

—Presumo que la sé ya, padre mio.

—¡Ah! ¿sabeis el desembarco de S. M. el emperador?

—¡Silencio, padre! os lo suplico por vos y por mí. Ya sabia yo esa noticia, y aun antes que vos, porque hace tres dias que bebo los vientos desde Marsella á París rabioso por no poder apartar de mi imaginacion esa idea que me la trastorna.

—¡Hace tres dias! ¿estais loco? Hace tres dias no habia desembarcado aun el emperador.

—No importa. Yo sabia su intento.

—¿Cómo?

—Por una carta que os dirigian de la isla de Elba.

—¿A mí?

—A vos: yo la he sorprendido como al mensajero. A caer en manos de otro aquella carta, quizás estariais fusilado á estas horas, padre mio.

Mr. Noirtier se echó á reir.

—No parece, dijo, sino que la restauracion haya aprendido del imperio el modo de dar remate pronto á los asuntos. ¡Fusilado! ¿adónde vamos á parar?

—¿Y qué es de esa carta? os conozco asaz bien para imaginarme que haya salido de vuestras manos.

—La quemé temeroso de que hubiese en el mundo un solo fragmento; porque aquella carta era vuestra sentencia.

—Y la pérdida de vuestro porvenir, contestó friamente Noirtier. Ya lo comprendo todo; pero no hay porque *temer*, pues vos me protegeis.

—Mas que eso aun: os salvo.

—¡Hola! ¡hola! el interés dramático sube de punto. Esplicaos.

—Volvamos á hablar del club de la calle de Santiago.

—Parece que el tal club se le ha clavado á la policía en el magin. Buscáranlo mejor y dieran con él.

—Ya han dado con la pista.

—Esa es la frase sacramental. Cuando la policía no ve mas allá de sus narices en un negocio, asegura que ha dado con la pista; y con esto espera el gobierno tranquilamente á que venga á decirle con las orejas gachas:—he perdido la pista.

—Sí, pero ha encontrado un cadáver. El general ha sido muerto: en todas las partes del mundo se llama eso un asesinato.

—¿Un asesinato decís? nada lo prueba. Todos los dias se encuentran en el Sena cadáveres de desesperados ó de personas que no saben nadar.

—Muy bien sabeis, padre mio, que el general no se ha suicidado, así como que en el mes de enero nadie se baña. No, no, no os engañeis á vos mismo. Su muerte está bien calificada de asesinato.

—¿Y quién la califica así?

—El mismo rey.

—¿El rey? le tenia por filósofo: ¿cómo cree que en política haya asesinatos? En política, querido mio, y vos lo sabeis tan bien como yo, no hay hombres, sino ideas; no sentimientos, sino intereses. En política no se mata á un hombre, sino que se allana un obstáculo. ¿Quereis saber cómo ha acaecido lo del general Quesnel? pues voy á decíroslo. Creiamos poder contar con él, y aun nos le habian recomendado de la isla de Elba. Uno de nosotros fué á su casa á invitarle con asistir á una reunion de amigos en la calle de Santiago. Consiente; se le descubre el plan, la fuga de la isla de Elba, el desembarco, todo en fin; y cuando lo sabe, cuando ya nada le queda por saber, nos dice que es realista. Entonces nos miramos unos á otros; hacémosle jurar, pero jura de tan mala gana que parecia como si tentase á Dios... Pues oye, á pesar de esto, se le deja salir en libertad, en libertad absoluta... Si no ha vuelto á su casa... ¿qué sé yo? habrá errado el camino, por que él se separó de nosotros sano y salvo. ¡Asesinato decis! Chócame en verdad, Villefort, que vos, sustituto del procurador del rey, fundeis una acusacion en tan malas pruebas. ¿Me ha ocurrido jamás á mí, cuando cumpliendo vuestro deber de realista cortais la cabeza á uno de los mios, me ha ocurrido jamas el iros á decir:—¿habeis cometido un asesinato?—No, sino que os he dicho: bien, muy bien: mañana tomaremos la revancha.

—Pero tened en cuenta, padre mio, que cuando nosotros la tomemos será terrible.

—No os comprendo.

—¿Teneis por segura la vuelta del usurpador?

—Por segura.

—Os engañais. No avanzará diez leguas al corazon de la Francia, sin verse perseguido y acosado como un animal feroz.

—Mi querido amigo, el emperador está ahora camino de Grenoble; el dia 10 ó 12 llegará á Lyon, y el 20 ó el 25 á París.

—Los pueblos se sublevarán...

—Para salirle al paso.

—Solo trae algunos hombres, mientras se aprestan contra él ejércitos numerosos.

—Que formarán su escolta el dia de su entrada en la capital. En verdad, querido Gerardo, que sois un niño todavía, pues os creeis bien informado porque el telégrafo dice con tres dias de atraso:—«El usurpador ha desembarcado en Cannes con algunos hombres. Ya se le persigue.»—Pero de lo que hace y de la posicion que ocupa, nada sabeis. Ya se le persigue, es el *non plus* de vuestras noticias. Si son ciertas se le perseguirá hasta París sin quemar un cartucho.

—Grenoble y Lyon son dos ciudades fieles que le opondrán una barrera insuperable.

—Grenoble le abrirá sus puertas con entusiasmo, y Lyon le saldrá al encuentro en masa. Creedme: estamos tan bien informados como vosotros, y vale nuestra policía tanto como la vuestra. ¿Quereis que os lo pruebe? Intentabais ocultarme vuestra llegada, y sin embargo la he sabido á la media hora. A nadie sino al cochero habeis dado las señas de vuestra casa, y sin embargo yo las sé, puesto que llego justamente cuando os ibais á sentar á la mesa. A propósito, pedid otro cubierto y almorzaremos juntos.

—Con efecto, respondió Villefort mirando á su padre con asombro; con efecto estais bien informado.

—Es muy natural. Vosotros, que estais en el poder, no disponeis de otros recursos que los que el oro proporciona, mientras nosotros, que esperamos el poder, disponemos de los que proporciona la adhesion.

—¿La adhesion? dijo Villefort riendo.

—Sí, la adhesion, que así en términos decorosos se llama á la ambicion que espera.

Y esto diciendo Noirtier alargó la mano al cordon de la campanilla, para llamar al criado, viendo que su hijo no le llamaba; pero este le detuvo, diciéndole:

—Teneos, padre mio, una palabra *mas*.

—Decidla.

—A pesar de su torpeza, la policía realista sabe una cosa terrible.



—¿Cuál?

—Las señas del hombre que estuvo en casa del general Quesnel la mañana del dia en que desapareció.

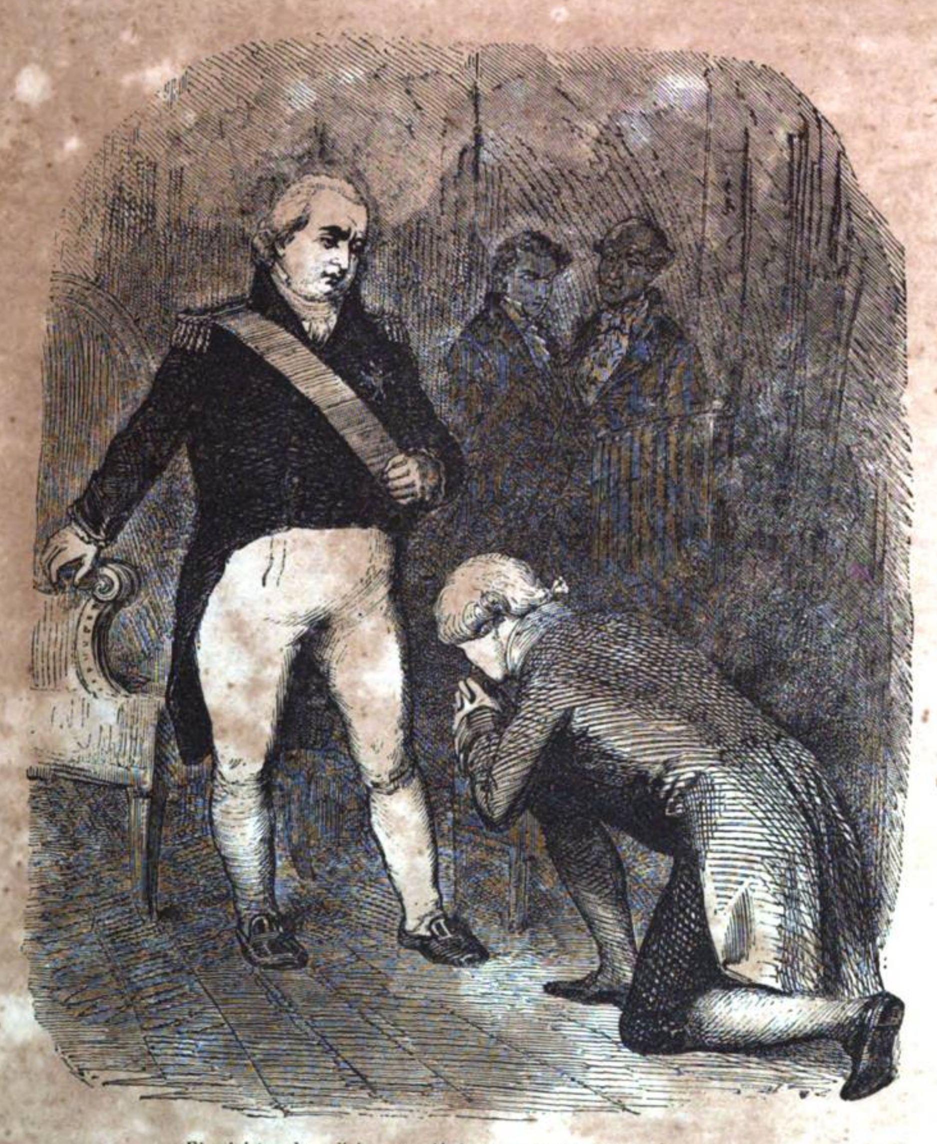
—¡Hola! ¿con que sabe eso? ¡miren la policía! ¿Y cuáles son sus señas?

—Color moreno, cabellos, ojos y patilla negra, redingote azul abotonado hasta la barba, insignia de oficial de la legion de honor, sombrero de alas anchas y baston de junco.

Y levantándose con esto, se quitó el redingote y la corbata, tomó del *necessaire* de su hijo, que estaba sobre una mesa, una navaja de afeitar, se enjabonó la cara, y con mano firme quitose aquellas patillas negras que tan comprometido le tenian.

Su hijo le miraba con un terror que tenia algo de admiracion.

Cortadas las patillas, peinose Noirtier de diferente modo, trocó su corbata negra á otra de color que se



...El ministro de policía... corrió á postrarse á los piés del rey.

—¡Hola! ¿con que sabe eso? dijo Noirtier. ¿Y por qué no le ha echado la mano?

—Porque le perdió ayer de vista en la esquina de la calle de Coq-heron.

—¡Cuando yo os digo que es la policía estúpida!

—Sí, pero de un momento á otro puede dar con él.

—Si no estuviese sobre aviso, dijo Noirtier mirando en torno con la mayor calma; pero como lo está, va á mudar de rostro y de traje.

veia en una maleta entreabierta, su redingote azul cerrado, á otro de su hijo abierto y de color de castaña, reparó al espejo si le caeria bien el sombrero de alas estrechas de Villefort, y dejando el baston de junco en el rincon de la chimenea donde le habia puesto, agitó en su nerviosa mano un ligerísimo junco del cual Villefort se servia para presentarse y andar con desenvoltura, que era una de sus principales cualidades.

—¿Y ahora crees que me reconocerá la policía? dijo al cabo volviéndose hácia su hijo.

—No señor, balbuceó el sustituto. A lo menos yo lo espero.

—Encomiendo á tu prudencia, prosiguió Noirtier, estos trastos que dejo aquí.

—¡Oh! id tranquilo, padre mio, respondió Villefort.

—¿Quiéres pasar á sus ojos por profeta?

—Los profetas de desgracias no son en la corte bien recibidos, padre.

—Sí; pero á la corta ó á la larga se les hace justicia. En el caso de una segunda restauracion pasarás por un grande hombre.

—¿Y qué he de decir al rey?

«Señor, os engañan acerca del espíritu reinante en

Mr. Blacas.

—Ya lo creo. Oye: empiezo á comprender que con efecto puedes haberme salvado la vida; pero anda, que muy pronto te lo pagaré.

Villefort bajó la cabeza.

—¿No estás convencido?

—Espero que os engañeis.

—¿Volverás á ver á Luis XVIII?

—Quizás.

»Francia, y en las ciudades y en el ejército. El que »llamais en París el ogro de Córcega, el que se llama »todavía en Nevers el ususpador, se llama ya en Lyon »Bonaparte, y el emperador en Grenoble. Creeisle fu»gitivo, acosado, y en realidad vuela como el águila »de su pendon. Sus soldados que creeis muertos de »hambre y de fatiga, dispuestos á desertar, se au»mentan como los copos de nieve en torno á la ava-

»lancha que cae. Señor, partid, abandonad la Francia á su verdadero dueño, al que no la ha comprado, »sino conquistado; partid, señor, y no porque esteis »en peligro, que él es bastante poderoso para no to»caros al pelo de la ropa, sino porque seria mengua »de un nieto de San Luis, deber la vida al hombre »de Arcolea, de Marengo y de Austerlitz.»—Dile esto, como aquel que conoce á sus enemigos y es fuerte de suyo. Andad, andad, mi querido Gerardo, que con obedecer á las órdenes paternales, ó dicho mejor, si os place así, con atender á los consejos de un amigo, os sostendremos en vuestro destino. Así podreis, añadió Noirtier sonriendo, salvarme por segunda vez si la rueda de la fortuna política vuelve á levanta-



—¡Él es! murmuró Villefort palideciendo.

Gerardo..... ó mejor será que no le digas nada. Oculta tu viaje á todo el mundo, no te glories de lo que has venido á hacer ni de lo que has hecho en Paris; si has bebido los vientos á la venida, devóralos á la vuelta; entra en tu casa de modo que nadie lo barrunte, y en particular sé desde ahora humilde, inofensivo, atento; porque de esta vez te juro que obraremos ros y á bajarme á mí. Adios, mi querido Gerardo: en el primer viaje que hagais venid á parar á mi casa.

Y con esto fuese tranquilo, como no habia dejado un punto de estar durante esta plática.

Pálido y agitado Villefort, corrió á la ventana, desde donde le pudo ver pasar impasible entre dos ó tres hombres de mala traza, que emboscados detrás de la

esquina, y en los portales, esperaban quizás al de las patillas negras, el redingote azul y el *sombrero* de alas anchas, *para echarle el guante.*

De pié y ansioso permaneció Villefort, hasta que viéndole desaparecer en la encrucijada de Bussy, se precipitó sobre el malhadado traje, hundió en el fondo de su maleta el redingote azul y la corbata negra, aplastó el sombrero escondiéndole debajo de un armario, hizo añicos el bastón arrojándolos al fuego, y poniéndose

CAPITULO XIII.

LOS CIEN DIAS.

Buen profeta era Mr. Noirtier. Como los *auguró*, pasaron los sucesos. Todo el mundo conoce el de la vuelta de la isla de Elba, suceso estraño, milagroso, que no tiene ejemplo en lo pasado ni tendrá imitadores en lo porvenir probablemente.

Villefort... se precipitó sobre el malhadado trage...

su gorro de camino, llamó al ayuda de cámara, prohibiéndole con un gesto las mil preguntas que este se perecia por hacer, pagole su cuenta, y se precipitó al carruaje que ya le esperaba. En Lyon supo que Bonaparte acababa de entrar en Grenoble, y participando de la agitacion que reinaba en los pueblos del tránsito, llegó á Marsella lleno de las angustias con que la ambicion y los primeros medros emponzoñan el alma.

Luis XVIII no acudió á parar golpe tan rudo sino con mucha parsimonia. Su desconfianza de los hombres le hacia desconfiar de los acontecimientos. El realismo, ó dicho mejor, la monarquía restaurada por él, vaciló en sus cimientos mal afirmados aun; un solo gesto del emperador acabó de demoler el caduco edificio, mezcla heterogénea de preocupaciones y de nuevas ideas. Villefort no obtuvo de su rey sino aquella gratitud inútil á la sazon y hasta peligrosa, y aque-



la cruz de la legion de honor, que tuvo la prudencia de no enseñar á nadie, aunque Mr. Blacas le envió el despacho á vuelta de correo, cumpliendo la órden del rey.

Ciertamente que Napoleon hubiera destituido á Villefort, á no protegerle Noirtier, que gozaba de mucha influencia en la corte de los Cien Dias, así por los peligros que habia corrido, como por los servicios que habia hecho. El girondino de 93, el senador de 1806, protegió pues á su protector de la víspera, como se lo habia prometido.

Durante la resurreccion del imperio, resurreccion que hasta á los menos avisados se alcanzaba poco duradera, se limitó Villefort á ahogar el terrible secreto que Dantés habia estado en trance de divulgar.

Solamente el procurador del rey perdió su empleo, porque se le tildaba de tibieza en el bonapartismo.

Sin embargo, restablecido apenas el imperio, es decir, apenas habitó Napoleon en las Tullerías que acababa de abandonar Luis XVIII, apenas lanzó sus numerosas y diferentes órdenes desde aquel gabinete que conocemos, donde halló todavía abierta y casi llena sobre la mesa de nogal la caja de tabaco de Luis XVIII, Marsella, á pesar del vigor de sus magistrados, empezó á dejar traslucir en su seno las chispas de la guerra civil, nunca apagadas enteramente en el Mediodía. Faltó muy poco para que las represalias fuesen algo mas que cencerradas á los realistas metidos en su concha, y silbas y vayas públicas á los que se atrevian á pisar las calles.

Por un cambio natural, el armador, que como dijimos pertenecia al partido del pueblo, llegó á ser con esta ocasion, si no muy poderoso, porque Mr. Morrel era prudente y algo tímido, como aquel que con su laborioso trabajo reune lentamente una fortuna; á lo menos, alentado por los bonapartistas furibundos que criticaban su moderacion, hallóse, repetimos, bastante fuerte para levantar la voz y hacer una reclamacion, que como ya se adivinará, era la de Dantés.

Villefort permanecia sustituto á pesar de la caida del procurador: su boda, aunque resuelta, estaba aplazada para mejores tiempos. Como el emperador se afirmase en el trono, necesitaba Gerardo de otra alianza, que su padre buscaria y ajustaria; pero como una segunda restauracion devolviese la Francia á Luis XVIII, creceria la influencia de Mr. de Saint-Meran, y la suya propia, con lo que llegara á ser la proyectada union mas ventajosa que nunca.

Era interinamente el sustituto del procurador del rey el primer magistrado de Marsella, cuando una mañana se abrió la puerta de su despacho y le anunciaron á Mr. Morrel.

Otro que no Villefort se apresurara á salirle al encuentro, indicándole su posicion falsa con esto; pero el sustituto era un hombre superior, que tenia, si no la práctica, el instinto de todas las cosas. Hizo esperar á Mr. Morrel en la antecámara, lo mismo que hubiera hecho tiempos atrás, y no porque estuviera ocupado con alguien, sino porque es costumbre que se haga antesala al sustituto del procurador del rey. Hasta después de un cuarto de hora, pasado en leer tres ó cuatro periódicos de diferentes colores políticos, no dió órden de que entrase el armador.

Esperaba Mr. Morrel encontrar á Villefort abatido, y le halló como seis semanas antes, firme, grave, y con esa ceremoniosa política que es la mas alta de todas las barreras que separan al hombre vulgar del hombre elevado.

Como entró en el gabinete convencido de que al verle iba á temblar el magistrado, y como sucedió al revés, él fué quien se vió tembloroso y conmovido ante aquel personaje interrogador, que le esperaba con el codo apoyado en la mesa y la barba en la palma de la mano.

Mr. Morrel se detuvo á la puerta. Miróle Villefort como si le costase trabajo reconocerle, y pasado un buen espacio de silencio, durante el cual no hacia el digno armador sino darle vueltas y mas vueltas á su sombrero entre las manos, el sustituto dijo:

—Si no me equivoco... sois... Mr. Morrel.

—Sí señor, el mismo soy, respondió el armador.

—Acercaos, prosiguió el juez haciéndole con la mano un signo protector; acercaos y decidme á qué debo el honor de esta visita.

—¿No lo sospechais, caballero? le preguntó Mr. Morrel.

—Ni remotamente; aunque eso no impide que esté dispuesto á serviros en cuanto de mí dependa.

—Todo depende de vos, repuso Mr. Morrel.

—Esplicaos pues.

—Señor, prosiguió Morrel animándose á medida que hablaba y conociendo así lo fuerte de su posicion, como la justicia de su causa; señor, ya recordareis que pocos dias antes de saberse el desembarco de S. M. el emperador, vine á recomendar á vuestra indulgencia á un desdichado jóven, segundo de mi barco, á quien se acusaba—ya lo recordareis—se acusaba de mantener relaciones en la isla de Elba. Aquellas relaciones, entonces criminales, son hoy títulos de favor. Entonces serviais á Luis XVIII y le castigasteis, caballero... fué vuestro deber. Hoy servís á Napoleon, y debeis protegerle, porque tambien es vuestro deber. Vengoos á pregunta qué ha sido de aquel jóven.

Villefort hizo un violento esfuerzo para decir:

—¿Cómo se llamaba? tened la bondad de decírmelo.

—Edmundo Dantés.

De seguro Villefort hubiera preferido batirse en duelo á veinticinco pasos, que oir pronunciar este nombre así á boca de jarro; pero ni por esas se conmovió.

—Con esto, dijo para su sayo, nadie me podrá acusar de haber hecho una cuestion personal de la prision de ese hombre.

—¿Dantés? repitió; ¿Edmundo Dantés decís?

—Sí señor.

Abrió entonces Villefort un grueso libro que yacia en un cajon de su mesa, y después de hojearlo mil y mil veces, se volvió á decir al armador con el aire mas natural del mundo:

—¿Estais seguro de no equivocaros?

A ser Morrel hombre de otra clase ó mas versado en negocios de esta, le chocara que el sustituto del procurador del rey se dignase responderle en cosas agenas de todo en todo á su jurisdiccion. Entonces se hubiera preguntado por qué no le hacia Villefort recurrir al registro general de cárceles, á los gobernadores de las prisiones, ó al prefecto del departamento.

Pero Morrel, que habia esperado encontrar á Villefort temeroso, creia hallarle condescendiente. El sustituto conoció su flaco.

—No señor, no me equivoco, repuso Morrel. Conozco hace diez años á ese jóven, y hace cuatro que le tengo á mi servicio. Ha seis semanas ¿no os acordais? vine á rogaros que fuérais con él clemente, así como hoy vengo á rogaros que seais justo. ¡Harto mal me recibisteis entonces, y aun me contestasteis peor; que los realistas entonces trataban á la baqueta á los bonapartistas!

—Caballero, respondió Villefort saliéndole al paso con su ordinaria presteza y sangre fria, yo era entonces realista porque creia ver en los Borbones no solamente los herederos legítimos del trono sino los electos del pueblo; pero las jornadas milagrosas de que hemos sido testigos pruébanme que me engañaba. El genio de Bonaparte sale vencedor. El monarca legítimo es el monarca amado.

—En hora buena, esclamó Morrel con su franqueza ruda; me da gusto de oiros hablar así, y ya pronóstico buenas cosas al pobre Edmundo.

—Esperad, esperad, repuso Villefort hojeando otro

registro: ya doy con él... ¿no es un marino que se iba á casar con una catalana? Sí... sí... ya recuerdo. Era negocio muy grave.

—¿Cómo?

—¿No sabeis que desde mi casa se le llevó á las prisiones del Palacio de Justicia?

—Sí; ¿y qué?

—Que vuelva cuando guste, le reservo su puesto. Pero ¿cómo no ha tornado ya? Paréceme que el primer cuidado de la policía debió de ser poner en libertad á los presos de la justicia realista.

—Esa es una acusacion temeraria, mi querido monsieur Morrel, respondió Villefort. Para todo hay su fórmula legal. La órden de prision vino de arriba y de

Mirole Villefort como si le costase trabajo reconocerle.

—Dí cuenta á París, enviando los papeles que le hallé... ¿qué quereis? mi deber lo exigia. Ocho dias despues de su prision me arrebataron al reo.

—¿Os le arrebataron? esclamó Morrel; ¿y qué han hecho de él?

—¡Oh, tranquilizaos! Le habrán trasportado á Fenestrelles, á Pignerol ó á las islas de Santa Margarita... lo que se llama deportacion en lenguaje jurídico, y el dia menos pensado le vereis volver á tomar el mando de su navío.

arriba ha de venir la de ponerle en libertad. Ahora bien, como apenas hace quince dias de la vuelta de Napoleon, todavía no es tarde.

—Pero habrá algun medio de activar el asunto, ahora que nosotros mandamos ¿eh? Tengo amigos y alguna influencia: puedo lograr que se eche tierra á la sentencia.

—No ha habido sentencia.

—Pues que le borren del registro general de cárceles.

—En causas políticas tampoco hay registro. Muchas veces importa á los gobiernos que un hombre desaparezca sin dejar rastro alguno. Las apuntaciones del registro general podian servir de hilo conductor al que le buscára.

—Eso quizás sucedería en tiempo de los Borbones; pero ahora...



Fernando... se sentaba á la punta del cabo Pharo...

—En todos tiempos sucede lo mismo, mi querido Mr. Morrel. Los gobiernos se suceden unos á otros imitándose siempre. La máquina penitenciaria inventada por Luis XIV, sigue hoy en uso, y es muy semejante á la Bastilla. El emperador ha sido mas severo al reglamentar sus prisiones que el gran rey mismo, y es incalculable el número de los presos que no constan en el registro general de cárceles.

Tanta benevolencia hubiese borrado hasta las sospechas mas evidentes que Morrel no tenia por otra parte.

—Pero en fin, Mr. de Villefort le dijo, ¿qué os parece que haga para apresurar la vuelta de Dantés?

—Una sola cosa: dirigid una solicitud al ministro de justicia.

—¡Oh! caballero, ya sabemos el destino de las solicitudes; el ministro recibe doscientas cada dia y no lee cuatro.

—Sí, respondió Villefort, pero leeria una dirigida por mi conducto, recomendada al márgen por mí, y remitida directamente por mí.

—¿Con que os encargaríais de que llegara á sus manos esa solicitud?

—Con mucho gusto. Dantés pudo ser entonces culpable; pero ahora es inocente, y es mi deber ahora procurarle su libertad, como entonces lo fué quitársela.

Villefort evitaba así una requisitoria, aunque poco probable, posible; requisitoria que sin remedio le perderia.

—¿Cómo se escribe al ministro?

—Sentaos ahí, Mr. Morrel, dijo Villefort levantándose y cediéndole su puesto. Voy á dictaros.

—¿Tendriais tanta bondad?

—Sin duda alguna. No perdamos tiempo, que ya hemos perdido demasiado.

—Sí, caballero. Pensemos en que el pobre muchacho sufre, espera y quizás se desespera.

Tembló Villefort al recuerdo de aquel desgraciado que le maldeciría desde el fondo de su prision; pero habia ya avanzado mucho para retroceder. Dantés debia ceder ante su ambicion.

—Ya espero, dijo el armador, sentado en la butaca de Villefort y con la pluma en la mano.

Villefort le dictó una solicitud en escelente sentido, que no dejaba dudar de sus buenas intenciones, exagerando el patriotismo de Dantés, sus servicios á la causa bonapartista, y pintándole en fin como uno de los agentes mas activos de la vuelta de Napoleon. Era evidente que á tal solicitud el ministro haria al punto justicia, si ya no la habia hecho.

Terminada la solicitud, Villefort la volvió á leer en voz alta.

—Así está bien, dijo. Ahora confiad en mí.

—¿La mandareis pronto, caballero?

—Hoy mismo.

—¿Anotada por vos?

—La mejor nota que yo podria ponerle es certificar que es cierto cuanto decís en la solicitud.

Y sentándose á su vez, escribió Villefort á la márgen su certificado.

—¿Y ahora qué hay que hacer, caballero? le preguntó el armador.

—Esperar, repuso Villefort, yo me encargo de todo.

Con esta seguridad cobró Morrel esperanza, de modo que cuando dejó al sustituto le habia ganado enteramente. El armador fué en seguida á anunciar al padre de Edmundo que no tardaría en volver á ver á su hijo.

Por lo que toca á Villefort, guardó cuidadosamente aquella solicitud que para salvar en lo presente á Dantés le comprometia tanto en lo porvenir, caso de que sucediese una cosa que ya los sucesos y el aspecto de la Europa dejaban entrever, otra restauracion.

Edmundo, pues, siguió preso: aletargado en su calabozo no oyó el rumor espantable de la caida del trono de Luis XVIII, ni el mas espantable aun de la del trono de el Emperador.

Pero el sustituto lo habia observado todo con ojo avizor. Durante esta corta aparicion imperial llamada los Cien Dias, Morrel habia vuelto á la carga insistiendo siempre en pedir la libertad de Dantés; pero Villefort le habia tranquilizado con promesas y esperanzas. Al fin llegó el dia de Waterlóo.

El armador habia hecho por su jóven amigo cuanto era posible humanamente. Ensayar nuevos medios durante la segunda restauracion hubiera sido comprometerse en vano.

Luis XVIII volvió á subir al trono. Villefort, para quien Marsella estaba llena dé recuerdos muy semejantes á remordimientos, solicitó y obtuvo la plaza dé procurador del rey en Tolosa. Quince dias después de su instalacion en esta ciudad se verificó su matrimonio con la señorita Renée de Saint-Meran, cuyo padre tenia mas influencia que nunca.

Y con esto Dantés permaneció preso, así durante los Cien Dias como después de Waterlóo, y olvidado, si no de los hombres, de Dios á lo menos.

Danglars al ver la vuelta de Napoleon comprendió todas las consecuencias del golpe que habia asestado á Dantés. Su denuncia acertó por casualidad, y como aquellos hombres que tienen cierta aptitud para el crímen y un mediano arte de saber vivir, llamó á esta rara casualidad *decreto de la Providencia*.

Pero cuando Napoleon volvió á Paris, y á resonar su voz imperiosa y potente, Danglars tuvo miedo, que esperaba á cada instante ver aparecerse á Dantés, á Dantés, enterado de todo, y amenazador y terrible en la venganza. Entonces manifestó á Mr. Morrel su deseo de abandonar la vida marítima, logrando que el armador le recomendase á un comerciante español, á cuyo servicio entró á fin de marzo, es decir, diez ó doce dias después de la vuelta de Napoleon á las Tullerías. Partió pues para Madrid, y nadie volvió á saber su paradero.

Fernando por su parte no comprendió lo que habia pasado. Dantés estaba ausente. Con esto se contentaba. ¿Qué le habia sucedido? No trató de saberlo. Solamente con el respiro que le dejaba su ausencia se ingenió como pudo, ora para engañar á Mercedes sobre las causas de la desaparicion de Edmundo, ora para meditar planes de emigracion y robo. Tal vez, y eran estos momentos los mas tristes de su vida, se sentaba á la punta del cabo Pharo, desde donde se distinguen á la par Marsella y los Catalanes, contemplándolos triste é inmóbil como un ave de rapiña, y soñando á cada instante ver venir á su jóven rival vivaracho, erguido, y para él tambien nuncio de horrendas venganzas. Su partido entonces estaba tomado: mataba á Edmundo de un tiro, y se suicidaba después; pero esto se lo decia á sí mismo para disculpar su asesinato. Fernando se engañaba. Nunca se hubiera él suicidado, porque tenia esperanzas aun.

En estas imaginaciones, cuando se hallaba entregado á estos pensamientos dolorosos, el imperio llamó á sus banderas la última conscripcion, y todos cuantos podian empuñar las armas se lanzaron fuera del territorio francés á la voz del emperador.

Fernando fué de este número; abandonó á Mercedes y á su cabaña con doble dolor, pues temia que en su ausencia volviese su rival y se casase con la que adoraba.

Si alguna vez debió Fernando matarse fué al abandonar á Mercedes.

Sus miramientos con ella, la compasion que á su desdicha mostraba, el cuidado con que adivinaba sus menores deseos, habian producido el efecto que producen siempre las apariencias de adhesion en los corazones generosos. Mercedes habia querido mucho á Fernando como amigo; y su amistad creció con el agradecimiento.

—Hermano mio, le dijo atando á la espalda del catalan la mochila del quinto, hermano mio, mi único amigo, no me dejeis sola en este mundo en que tanto lloro, y en el que estaré enteramente abandonada si vos me faltais.

Estas palabras, dichas por despedida, fuéron para Fernando un rayo de esperanza. Si Dantés no tornaba, quizás Mercedes llegaria á ser suya.

Quedó, pues, sola Mercedes en aquella tierra árida, que nunca se lo habia parecido tanto, con el mar inmenso por único horizonte. Bañada en lágrimas, como aquella loca cuya doliente vida cuenta el pueblo, véiasela de continuo errante en torno á los Catalanes; ora quedándose muda é inmóbil como una estatua bajo el ardiente sol de Mediodía, para contemplar á Marsella; ora sentándose á la orilla del mar, como si escuchara sus gemidos, eternos á par que su dolor, y preguntándose al propio tiempo á sí misma si no le fuera mejor que esperar sin esperanza, inclinarse hácia adelante y dejarse caer por su propio peso en aquel abismo que la tragaria.

No fué valor para realizar su proyecto lo que faltó á Mercedes, sino que vino en su ayuda la religion á salvarla del suicidio.

Caderousse fué como Fernando llamado por la patria; pero tenia ocho años mas y era casado, con que se le destinó á las costas.

El viejo Dantés, á quien solo la esperanza sostenia, la perdió con la caida del imperio.



Cinco meses, dia por dia, después de la ausencia de su hijo, y á la misma hora en que Edmundo fué preso, espiró su padre en brazos de Mercedes.

Mr. Morrel fué quien pagó todos los gastos del entierro y las mezquinas deudas que el pobre viejo habia contraido durante su enfermedad.

Era esto mas que filantropía, era valor, porque el pais estaba en combustion, y socorrer, aunque moribundo, al padre de un bonapartista tan peligroso como Dantés, podia ser tomado por un verdadero crimen político.

CAPITULO XIV.

EL PRESO FURIOSO Y EL PRESO LOCO.

Cerca de un año después de la vuelta de Luis XVIII, el inspector general de cárceles giró una visita á las del reino.

El rumor de los preparativos que se hacian en el castillo lo percibia Dantés desde su calabozo, y no por el alboroto que ocasionaban, aunque no era grande, sino porque los presos oyen en el silencio de la noche hasta la araña que teje su tela, hasta la caida periódica de la gota de agua que tarda una hora en filtrarse por el techo de su calabozo.

Con esto adivinó que pasaba algo nuevo en el mundo de los vivos; hacia tanto tiempo que habitaba en una tumba que podia muy bien tenerse por muerto.

Con efecto, el inspector iba visitando una tras otra prisiones, calabozos y subterráneos. A muchos presos interrogaba, particularmente á aquellos cuya dulzura ó estupidez los hacia recomendables á la benevolencia de la administracion: sus preguntas se redujeron á cómo estaban alimentados y qué reclamaciones tenian que hacer á su autoridad.

Todos le respondieron unánimemente que el alimento era detestable, y que pedian la libertad.

El inspector les preguntó entonces sino tenian otra cosa que decirle.

Su respuesta fué un ademan de cabeza. ¿Qué otra cosa que la libertad pueden pedir los presos?

Volvióse el inspector con una sonrisa á decir al gobernador del castillo:

—No sé para qué nos obligan á estas correrías inútiles. Quien ve á un preso ve á ciento. Quien oye á un preso oye á mil. ¡Siempre lo mismo! todos están mal alimentados é inocentes por añadidura. ¿Hay algunos mas?

—Sí, tenemos los peligrosos y los dementes, que están en el subterráneo.

—Vamos, dijo el inspector como con fastidio. Cumplamos nuestra obligacion en regla. Bajemos al subterráneo.

—Esperad que al menos vayan á buscar dos hombres, respondió el gobernador; que los presos, sea por hastío de la vida, sea para hacerse condenar á muerte, intentan tal vez crímenes desesperados, y podriais ser víctima de alguno.

—Tomad pues precauciones, dijo el inspector.

Con efecto, enviaron á buscar dos soldados, y comenzaron á bajar una escalera, tan empinada, tan infecta y tan húmeda, que el olfato y la respiracion se lastimaban á la par.

—¡Oh! ¿quién diablos puede morar ahí? dijo el inspector á la mitad del camino.

—Un conspirador de los mas temibles: nos lo han recomendado particularmente como hombre capaz de cualquier cosa.

—¿Está solo?

—Sí.

—¿Há mucho tiempo?

—Un año con corta diferencia.

—¿Y desde su entrada en el castillo está en el subterráneo?

—No señor, sino desde que quiso matar al llavero encargado de traerle la comida.

—¿Ha querido matar al llavero?

—Sí señor, á este mismo que nos viene alumbrando.—¿No es cierto, Antonio? le preguntó el gobernador.

—Como V. lo oye, respondió el llavero.

—¿Es loco ese hombre?

—Peor que loco: es el diablo.

—¿Quereis que demos cuenta á la superioridad? preguntó el inspector al gobernador.

—Es inútil. Bastantemente castigado está. Ya raya en la locura, y segun la esperiencia que nuestras observaciones nos dán, dentro de un año estará completamente loco.

—Mejor para él, dijo el inspector. Cuando esté loco padecerá menos.

Como se vé, era este inspector un hombre muy humano, y digno del filantrópico empleo que gozaba.

—Teneis razon, caballero, repuso el gobernador; y vuestra reflexion da á entender que habeis estudiado la materia á fondo. Tenemos en otro subterráneo que está separado de este unos veinte piés y al cual se baja por otra escalera, tenemos un abate viejo, jefe de partido de Italia *in illo tempore*, preso aquí desde 1811. Desde fines de 1813 se le ha trastornado la cabeza, y ya nadie le podria reconocer físicamente. Antes lloraba, ahora rie; antes enflaquecia, ahora engorda. ¿Quereis verle antes que á este? su locura es chistosa, y no os entristecerá.

—A uno y á otro veré, respondió el inspector. Hagamos las cosas como se deben hacer.

Era esta la primera vez que el inspector desempeñaba su destino, con que queria dar á sus jefes buena idea de sí.

—Entremos pues en este, dijo.

—Bien, respondió el gobernador, haciendo una seña al llavero, que abrió la puerta.

Al rechinar de las macizas cerraduras, al rumor de los pesados cerrojos, Dantés que estaba acurrucado en un ángulo del calabozo recreándose deleitosamente en el exiguo rayo de luz que penetraba por un respiradero diminuto con gruesísimos barrotes, Dantés, repetimos, levantó la cabeza.

Al ver á un desconocido alumbrado por dos llaveros que llevaban antorchas encendidas, custodiado por dos soldados, y respetado por el gobernador de tal manera que le hablaba con el sombrero en la mano, Dantés comprendió el objeto de su visita, y viendo en fin que se le presentaba coyuntura de hablar á una autoridad superior, saltó hácia él con las manos en actitud de súplica.

Los soldados calaron bayoneta, temiendo que el preso se dirigiese al inspector con malas intenciones.

El mismo inspector retrocedió un paso.

Dantés comprendió que le habian pintado á sus ojos como un hombre temible.

Entonces procuró poner en su mirada cuantó de humildad y mansedumbre hay en el corazon humano, y con una elocuencia piadosa que admiró á todos los circunstantes trató de conmover al recien venido.

Escuchó hasta el fin el inspector el discurso de Dantés, y volviéndose al gobernador, le dijo en voz baja:

—Ya va haciéndose humano, y los sentimientos dulces empiezan á dominarle. Mirad cómo el temor obra en él su efecto: retrocedió ante las bayonetas, y el loco no retrocede ante peligro alguno. Sobre este síntoma he hecho yo en Charenton observaciones muy curiosas.

Después, volviéndose al preso:

—En resúmen, le dijo, ¿qué pedis?

—Pido que se me diga cuál es mi crímen; que se me nombren jueces; que se me juzgue; que se me fusile

si soy culpable, pero que se me ponga en libertad si inocente.

—¿Comeis bien? le preguntó el inspector.

—Sí, yo lo creo... no lo sé; pero eso importa poco. Lo que debe importar, no solamente á mí, pobre preso, sino á todos los que se ocupan en hacer justicia, y sobre todos al rey que nos manda, es que el inocente no sea víctima de una denuncia infame, y no

—No señor, porque la prision me doma, me anonada. ¡Hace tanto tiempo que estoy aquí!

—¡Mucho tiempo! ¿en qué época fuisteis preso? le preguntó el inspector.

—El 28 de febrero de 1815, á las dos de la tarde.

El inspector se puso á calcular.

—Estamos á 30 de julio de 1816; no hace mas que diez y siete meses que estais preso.



...Vino en su ayuda la religion á salvarla del suicidio.

muera entre cerrojos maldiciendo de sus verdugos.

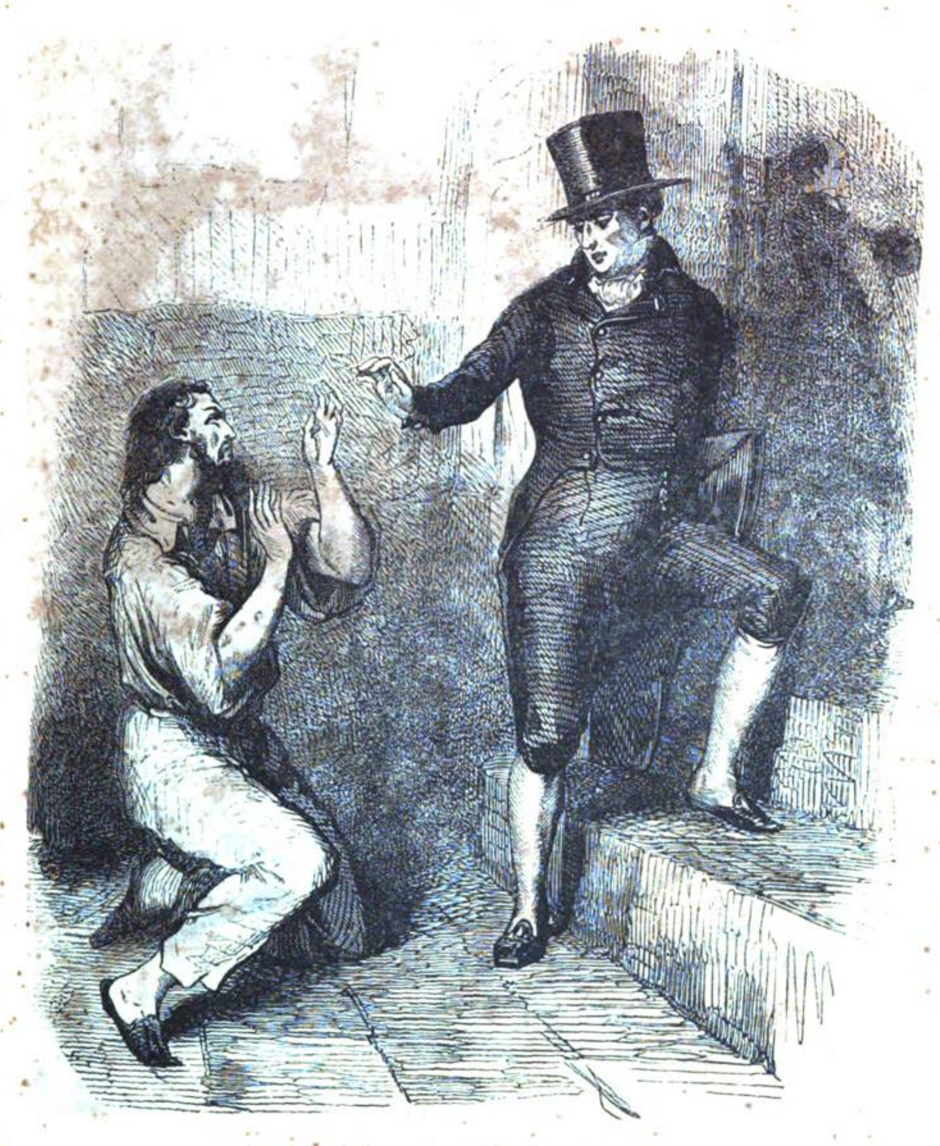
—¡Qué humilde estais hoy! le dijo el gobernador. No siempre sucede lo mismo, que de otra manera hablabais el dia que quisisteis asesinar á vuestro guardian.

—Es verdad, señor, respondió Dantés, y por ello pido humildemente perdon á este hombre, que ha sido siempre bondadoso conmigo. Pero ¿qué quereis? yo estaba loco, yo estaba furioso.

—¿Y ya no lo estais?

—¿No hace mas? repuso Dantés. ¿Os parecen pocos diez y siete meses? ¡Ah! caballero, vos no sabeis lo que son diez y siete meses de cárcel; diez y siete años, diez y siete siglos, sobre todo para un hombre como yo que estaba próximo á ser feliz; para un hombre que veia abierta una carrera honrosa, y que todo lo pierde en aquel mismo instante, que desde el dia mas hermoso y claro pasa á la noche mas profunda, que ve su carrera destruida, que no sabe si le ama aun la

muger que antes le amaba, que ignora en fin si su anciano padre es muerto ó vivo. Diez y siete meses de cárcel para un hombre acostumbrado al aire del mar, á la independencia del marino, al espacio, á la inmensidad, á lo infinito, caballero, diez y siete meses de cárcel es el mayor castigo que pueden merecer los crímenes mas horribles del vocabulario humano. Tened pues piedad de mí, caballero, y pedid para mí no indulgencia, sino rigor, no gracia, sino justicia. Justicia, caballero, yo no pido mas que justicia. ¿Quién se la niega á un preso?



—¡Justicia, caballero, yo no pido mas que justicia!

—Está bien, dijo el inspector; ya veremos.

Y volviéndose hácia su acompañante añadió:

—En verdad que me da lástima de este pobre diablo. Luego me habeis de enseñar en el libro de registros su partida.

—Corriente, respondió el gobernador, pero creo que hallareis contra él notas tremendas.

—Caballero, prosiguió Edmundo, bien se me alcanza que vos no podeis ponerme en libertad de motu propio, pero podreis trasmitir mi súplica á la autoridad, provocar una requisitoria, hacer en fin que se me juzgue. ¡Justicia es todo lo que pido! sepa yo al menos de qué crímen se me acusa, y á qué castigo se me sentencia. La incertidumbre es el peor de todos los suplicios.

—Contadme pues pormenores, dijo el inspector

—Caballero, esclamó Dantés, por vuestra voz comprendo que estais conmovido. ¡Caballero, decidme que tenga esperanza!

—No puedo decíroslo, respondió el inspector, sino solamente prometeros examinar vuestra causa.

—¡Oh! entonces, caballero, estoy libre, ¡me he salvado!

—¿Quién os mandó prender? le preguntó el inspector.

—Mr. de Villefort, respondió Dantés. Vedle y entendeos con él.

—Hace un año que Mr. de Villefort no está en Marsella sino en Tolosa.

—¡Ah! eso no me admira, balbuceó Dantés. ¡He perdido á mi único protector!

—¿Tenia de vos Mr. de Villefort algun motivo de resentimiento?

—Ninguno, señor, que fué harto bondadoso conmigo.

—¿Quereis ver ahora el libro de registro, dijo el gobernador, ó pasar incontinenti á esta otra prision?

—Acabemos la visita, respondió el inspector. Si volviese á salir al aire libre quizás no tendria valor para acabarla.

—Este preso no es por el estilo del otro, que su locura entristece menos que la razon de su vecino.

—¿Cuál es su locura?



El abate Faria.

—¿Podré fiarme de las notas que haya dejado escritas sobre vos, ó que me proporcione él mismo?

—De todo en todo.

—Pues bien: tened esperanza.

Dantés cayó de rodillas levantando las manos al cielo, y recomendándole en una oracion aquel hombre que habia bajado á su calabozo como el Salvador á sacar las almas del infierno.

Aunque la puerta se habia cerrado, la esperanza que acompañaba al inspector se quedó encerrada en el calabozo de Dantés.

—¡Oh! rarísima. Se cree poseedor de un tesoro inmenso. El primer año ofreció al gobierno un millon si le ponia en libertad; el segundo año le ofreció dos millones; el tercero tres, y así progresivamente. Ahora está en el quinto año: es probable que os pida una entrevista, y os ofrezca cinco millones.

—Manía rara es con efecto, dijo el inspector. ¿Y cómo se llama ese millonario?

—El abate Faria.

—Número 27, dijo el inspector.

—Aquí es.—Abrid, Antonio.

El llavero obedeció, con lo que pudo el inspector pasear su mirada curiosa por el calabozo del *abate loco*.

(Así llamaban comunmente á aquel preso).

En medio de la estancia, dentro de un círculo trazado en el suelo con un pedazo de yeso de la pared, veíase agazapado un hombre casi desnudo, tan roto estaba su traje. Ocupábase á la sazon en trazar dentro del círculo líneas geométricas muy bien trazadas, y parecia tan preocupado con su problema como Arquímedes cuando le mató el soldado de Marcelo. Ni pestañeó siquiera al rumor de la puerta que se abria, ni dió muestra alguna de sí cuando el resplandor de las antorchas alumbró con desusado brillo el húmedo suelo en que trabajaba. Volvióse entonces y vió admirado con estremo la numerosa comitiva que acababa de entrar en su calabozo.

Acto contínuo se levantó de repente, y cogió un cobertor que yacía á los piés de su miserable lecho para envolverse y hacer mayor decencia á los recien-venidos.

—¿Qué pedis? le dijo el inspector sin alterar su fórmula.

—¿Yo, caballero?... no pido nada, respondió el abate como admirado.

—Sin duda no me comprendeis, repuso el inspector. Yo soy un delegado del gobierno para visitar las cárceles y atender las reclamaciones de los presos.

—Eso es otra cosa, caballero, esclamó vivamente el abate. Espero que nos entendamos.

—¿No lo veis? dijo el gobernador por lo bajo. El principio, ¿no os indica que va á parar á lo que yo os decia?

—Caballero, prosiguió el preso, yo soy el abate Faria, natural de Roma. A los veinte años era secretario del cardenal Rospigliossi. Sin saber por qué me prendieron á principios de 1811, y desde entonces pido vanamente mi libertad á las autoridades italianas y francesas.

—¿Y por qué á las francesas? le preguntó el gobernador.

—Porque me prendieron en Piombino, y presumo que como Milan y Florencia, Piombino será actualmente capital de un departamento francés.

El inspector y el gobernador se miraron sonriendo.

—¿Sabeis, amigo mio, le dijo el inspector, que no son muy frescas vuestras noticias de Italia?

—Datan del dia de mi prision, caballero, repuso el abate Faria; y como S. M. el Emperador habia creado el reino de Roma para el hijo que el cielo acababa de darle, me presumo que siguiendo el curso de sus conquistas haya realizado el sueño de Maquiavelo y de César Borgia, que era hacer de la Italia entera un solo y único reino.

—Caballero, dijo el inspector, la Providencia por fortuna ha modificado ese gigantesco plan de que pareceis partidario tan ardiente.

—Es el único para hacer de la Italia un Estado vigoroso, independiente y feliz, respondió el abate.

—Puede ser, repuso el inspector; pero yo no he venido á estudiar un curso de política ultramontana, sino á preguntaros, como ya lo hice, si teneis algo que reclamar sobre vuestra habitacion, trato y alimento.

—El alimento es igual al de todas las cárceles, quiero decir, malísimo, respondió el abate; la habitacion ya la veis, húmeda é insalubre, aunque muy buena para calabozo. Pero no tratemos de eso sino de revelaciones de la mas alta importancia que tengo que hacer al gobierno.

—Ya pareció aquello, dijo en voz baja el gobernador al inspector.

—Me felicito, pues, de veros, prosiguió el abate, aunque me habeis interrumpido un cálculo escelente que á no fallarme cambiaría quizás el sistema de Newton. ¿Podeis concederme una entrevista secreta?

—¿Eh? ¿qué decia yo? dijo el gobernador al inspector.

—Bien conoceis á vuestra gente, respondió este último sonriendo.

Y volviéndose á Faria:

—Caballero, le dijo, lo que me pedis es imposible.

—¿Y si se tratase, caballero, repuso el abate, de hacer ganar al gobierno una suma enorme, una suma de cinco millones?

—A fé mia que hasta la cantidad adivinasteis, dijo el inspector volviéndose otra vez hácia el gobernador.

—Vamos, prosiguió el abate, conociendo que el inspector iba á marcharse, no hay necesidad de que estemos absolutamente solos. El señor gobernador puede asistir á nuestra entrevista.

—Señor mio, dijo el gobernador, por desgracia sabemos de antemano lo que quereis decirnos. ¿De vuestros tesoros, no es verdad?

Miró Faria á este hombre burlon con ojos en que un observador desinteresado hubiera leido la razon y la verdad.

—Sin duda, le respondió. ¿De qué quereis que yo hable, sino de mis tesoros?

—Señor inspector, repuso el gobernador, puedo contaros esa historia tan bien como el abate, porque hace cuatro ó cinco años que no me habla de otra cosa.

—Eso prueba, señor gobernador, dijo Faria, que sois como aquellos de que habla la Escritura, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen.

—Amigo mio, añadió el inspector, el gobierno es rico, y á Dios gracias no necesita de vuestro dinero. Guardadle, pues, para cuando salgais del calabozo.

Dilatáronse los ojos del abate, y asiendo de la mano del superior le dijo:

—Pero, ¿y si no salgo nunca? ¿y si contra toda justicia permanezco siempre en este calabozo? ¿y si muero sin haber legado á nadie mi secreto? ¡El tesoro se perderá! ¿No es mejor que el gobierno y yo lo poseamos? Me alargaré hasta seis millones, caballero, sí, le daré hasta seis millones, y me contentaré con el resto si se me pone en libertad.

—Bajo mi palabra, dijo á media voz el inspector, habla con tal acento de conviccion, que se le creeria á no saber que está loco.

—No estoy loco, caballero, digo la verdad, repuso Faria, que con ese oido finísimo de los presos no perdió una sola de sus palabras. El tesoro de que hablo existe ciertamente, y me comprometo á firmar con vos un tratado por el cual me conducireis adonde yo designe, se cavará en la tierra, y si yo miento, si no se encuentra nada, si estoy loco como decís, consentiré en volver al calabozo, y en permanecer toda mi vida, y en esperar la muerte sin volver á pedir nada ni á vos ni á nadie.

El gobernador se echó á reir.

—¿Está muy lejos vuestro tesoro?

—A cien leguas de aquí, sobre poco mas ó menos.

—No está eso mal imaginado, dijo el gobernador. Si todos los presos se divirtiesen en pasear á sus guardias por un espacio de cien leguas, y si los guardias consintiesen en tales paseos, serían un escelente arbitrio para que los presos tomaran las de Villadiego á la primera ocasion, que no dejaria de presentarse ciertamente en tan larga correría.

—Es un arbitrio muy gastado, dijo el inspector. Ni siquiera tiene el mérito de la invencion.

Después volviéndose al abate le dijo:

—Ya os he preguntado si os dan bien de comer...

—Caballero, respondió Faria, juradme por Cristo nuestro Señor, que me pondreis en libertad si no miento, y os diré dónde está el tesoro.

—¿Os dan bien de comer? repitió el inspector.

—Nada aventurais, caballero, y no será un arbitrio

para escaparme, pues consiento en permanecer aquí mientras que vos vayais...

—¿No respondeis á mi pregunta? repuso impaciente el inspector.

—¡Ni vos á mi solicitud! respondió el abate. ¡Maldito seais como los insensatos que no han querido creerme! ¿No quereis mi oro? para mí será. ¿Me negais la libertad? Dios me la dará. Idos. Ya nada tengo que decir.

Y arrojando el cobertor, volvió á coger el abate su yeso, y á sentarse otra vez en su círculo, y á trazar sus figuras geométricas.

—¿Qué hace? decia el inspector al irse.

—Cuenta sus tesoros, le contestó el gobernador.

Faria respondió á este sarcasmo con una mirada sublime de desprecio.

Salieron, y el llavero cerró la puerta.

—¿Si habrá poseido con efecto algun tesoro? decia el inspector subiendo la escalera.

—O habrá soñado que lo poseia, y despertó demente, repuso el gobernador.

—Si él fuera en verdad tan rico no estaria preso, añadió el inspector con la sencillez del hombre corrompido.

—Juradme por Cristo nuestro señor que me pondreis en libertad si no miento.

Así acabó para el abate Faria esta aventura. Siguió preso sin que lograse con la visita otra cosa que afirmar su fama de loco.

Calígula ó Neron, aquellos célebres rebuscadores de tesoros, que se dieron de cabezadas por todo lo imposible, hubiesen atendido á este pobre hombre, le hubiesen concedido el aire que deseaba, el espacio que en tanto tenia, la libertad que queria pagar tan cara; pero los reyes de ahora, encerrados en los límites de lo probable, no tienen la audacia de la voluntad,



temen la oreja que escucha las órdenes que ellos mismos dan, el ojo que repara sus acciones; no sienten en sí lo superior de la esencia divina, son hombres coronados, en una palabra. En otros tiempos se creian ó se llamaban siquiera hijos de Júpiter, y conservaban algo del ser de su padre; que no se plagia fácilmente las cosas de *ultra-nubes*. Ahora los reyes se vulgarizan muy amenudo. Empero como ha repug-

Por lo mismo que el abate Faria se habia vuelto loco en su prision, estaba condenado á no salir nunca de ella.

En cuanto á Dantés, el inspector le cumplió su palabra, examinando el libro de registro á su vuelta á las habitaciones del gobernador. Así decia la nota referente á él:



... El inspector le cumplió su palabra, examinando el libro de registro

nado siempre al gobierno despótico que se vean á la luz pública los efectos de la prision y de la tortura; como hay pocos ejemplos de que una víctima de la inquisicion haya podido pasear por el mundo sus huesos triturados y sus sangrientas llagas, así la locura, esta úlcera causada por el fango de los calabozos, se oculta casi siempre cuidadosamente en el sitio en que ha nacido, ó si sale de él es para enterrarse en un hospital sombrío, donde el médico no puede distinguir ni al hombre ni al pensamiento entre las informes ruinas que el carcelero le entrega.

Edmundo Dantés.	Bonapartista acérrimo. Ha tomado una parte muy activa en la vuelta de Napoleon. Téngasele muy vigilado y con el mayor secreto.

Esta nota era de otra letra y de otra tinta que las demás del registro, lo que prueba que habia sido añadida después de la prision de Edmundo.

Lo positivo de la acusacion no admitia réplica. El inspector escribió, pues, debajo:

«Nada se puede hacer por él.»

Esta visita habia, permítasenos esta frase, hecho revivir á Dantés. Desde su entrada en el calabozo se habia olvidado de contar los dias; pero el inspector le habia dado una fecha nueva, y no la olvidó esta vez, sino que arrancando de la pared un pedazo de yeso escribió en el muro:—«30 de julio de 1816.»—Desde este momento señaló con una raya cada dia que pasaba, para poder calcular el tiempo.

Pasaron dias y semanas y meses, y Dantés seguia esperando. Empezó por fijar para su salida de la cárcel un término de quince dias, pues suponiendo que el inspector no tuviese en su asunto sino la mitad del interés que él mismo tenia, bastárale con ese plazo. Pasado tambien, pensó que era absurdo creer que el inspector se ocupase en tal cosa antes de su vuelta á Paris, y como su vuelta era imposible sin terminar la visita, que debia de durar lo menos un mes ó dos, alargó Edmundo su plazo hasta tres meses. Pasados estos hizo otro cálculo, prolongándolos hasta seis; pero cuando estos pasaron tambien, halló que juntos los primeros dias con los meses habia esperado diez y medio.

En estos diez meses en nada habia mudado su situacion; ninguna nueva de consuelo habia tenido, y seguia como siempre mudo su carcelero. Comenzó Dantés á dudar de sus sentidos, á creer que lo que tomaba por un recuerdo no era sino una vision de su fantasía, y que aquel angel consolador solamente habia bajado á su calabozo en alas de un sueño.

Al cumplirse el año mudó el castillo de gobernador, obteniendo el antiguo el mando de la fortaleza de Ham, adonde se llevó muchos de sus dependientes, entre ellos el carcelero de Edmundo. Llegó el nuevo gobernador, y como le costase mucho trabajo retener en la memoria los nombres de los presos, se los hizo representar por números. Este horrible hôtel tenia unas cincuenta habitaciones, cuyos números respectivos tomaron sus habitantes.

¡El desgraciado marino dejó de llamarse Edmundo Dantés para llamarse el núm. 34!!

CAPITULO XV.

EL NÚM. 34 Y EL NÚM. 27.

Dantés pasó por todas las peripecias que hace sufrir la desgracia á los presos olvidados en el fondo de sus calabozos.

Comenzó en recurrir al orgullo, que es una continuacion de la esperanza y un íntimo convencimiento de la propia inocencia; después dudó de su inocencia, lo que no dejaba de justificar un tanto las suposiciones de locura del gobernador, y por último cayó del pedestal de su orgullo, y no para implorar á Dios, sino á los hombres. Dios es el último recurso. El desgraciado que deberia de comenzar por él, no llega á implorarle sino después de haber agotado todas sus esperanzas.

Entonces pidió Dantés que le trasladasen de aquel calabozo á otro, aunque fuese mas negro y mas oscuro. Un cambio, aunque perdiendo, era siempre un cambio, y le proporcionaría por algun tiempo distraccion. Tambien pidió que le concediesen el pasear, y el tomar el aire, y libros é instrumentos. Nada le fué concedido; pero no por eso dejó de pedir, pues se habia acostumbrado á hablar con su carcelero, que era mas mudo que el anterior si es posible. Hablar con un hombre, aunque no le respondiese, habia llegado á parecerle una gran felicidad. Hablaba para escuchar su propia voz, pues cierta vez que ensayó el hablar á solas, su voz le puso miedo.

En otro tiempo, cuando gozaba de libertad, se habia horrorizado Dantés al recuerdo de esas cárceles comunes de las poblaciones, donde los vagabundos estan mezclados con los bandoleros y con los asesinos, que con innoble placer contraen horribles lazos, haciendo de la vida de la carcel una orgía espantosa. Pues á pesar de todo llegó á desear hallarse en uno de estos antros, por ver otras caras que la de aquel carcelero impasible y mudo; llegó á echar de menos el presidio con su infamatorio traje, su cadena asida al pié, y su hierro en la espalda. Los presidiarios á lo menos viven en sociedad con sus semejantes, respiran el aire libre y ven el cielo: los presidiarios deben de ser muy dichosos.

Cierto dia suplicó á su guardian que pidiese para él un compañero, aunque fuese el abate loco de que habia oido hablar. Bajo la capa de un carcelero, puesto que sea muy ruda, queda siempre algo del hombre, y éste, aunque no lo habia demostrado nunca ostensiblemente, en lo íntimo de su alma compadeció muchas veces á aquel desdichado jóven, sujeto á tan dura cautividad, con que trasmitió al gobernador la solicitud del número 34; pero el gobernador, prudentísimo como si fuera un hombre político, se figuró que Dantés queria insurreccionar á los presos, fraguar una conspiracion, contar con algun amigo para alguna tentativa; y negó la solicitud.

Así recorrió Dantés el círculo de los medios humanos. Luego, como digimos que debia suceder, pensó en Dios.

Entonces vinieron á vivificar su alma todos esos pensamientos piadosos que baten sus alas sobre los desgraciados. Recordó las oraciones que le enseñaba su madre, hallándoles una significacion hasta entonces de él desconocida, porque las oraciones para el hombre feliz son palabras vacías de sentido, hasta que el dolor viene á esplicar al infortunio ese lenguaje sublime con que nos habla Dios.

Rezó pues, mas no con fervor, sino con rabia. Rezando en alta voz no le asustaban sus palabras; caia en una especie de éstasis; á cada palabra que pronunciaba se le aparecia Dios; sacaba lecciones de todos los hechos de su vida humilde y oscura, atribuyéndolos á Dios, imponiéndose deberes para lo porvenir, y al final de cada rezo intercalaba ese deseo egoista que los hombres dirigen á sus semejantes mas amenudo que á Dios:

«...Y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores...»

Con esto se puso sombrío, y un velo cubrió sus ojos. Dantés era un hombre sencillo y sin educacion. Lo pasado permanecia para él envuelto en ese misterio que la ciencia desvanece. En la soledad de su calabozo, en el desierto de su imaginacion, no podia resucitar los tiempos pasados, reanimar los pueblos muertos, restaurar las antiguas ciudades, que el pensamiento poetiza y agiganta, y que pasan delante de los ojos alumbradas por el fuego del cielo, como los cuadros babilónicos de Martinn. Dantés no conocia mas que su pasado, tan corto, su presente, tan sombrío, y su porvenir, tan dudoso. ¡A la luz de los diez y nueve años ver la oscuridad de una noche eterna! Como ninguna distraccion le distraia, su espíritu enérgico, á cuyas aspiraciones bastara solamente el tender su vuelo á través de las edades, se veia obligado á ceñirse á su calabozo como un águila encerrada en una jaula. Entonces se agarraba, por decirlo así, á una idea, á la de su ventura, desvanecida sin causa aparente por una fatalidad inconcebible; agarrábase, pues, á esta idea, la daba mil vueltas, la miraba por todas sus fases, devorándola como el implacable Ugolino devora el cráneo del arzobispo Roger en el *Inferno* del Dante. Edmundo, que solamente tenia una fé pasajera en el poder, la perdió como la pierden otros después del triunfo, con la única diferencia de que él no habia sabido aprovecharla.

Al ascetismo sucedió la rabia.

Tales blasfemias decia Edmundo, que el carcelero retrocedia espantado: se daba golpes contra las pare-



des, y en cuanto tenia á la mano, principalmente en sí mismo, se vengaba de las contrariedades que le hacia sufrir un grano de arena, una paja, ó una ráfaga de viento. Entonces aquella carta acusadora que él habia visto, que él habia tocado, que le enseñó Villefort, volvia á clavársele en el magin; y cada línea brillaba en la pared como el *Mane Thécel Pharès* de Baltasar. Decíase á sí mismo que era el odio de los hombres, no la venganza de Dios, quien le habia hundido quien detienen en la pendiente de la desgracia estas tristes ideas! Son como uno de esos mares muertos que reflejan el purísimo azul del cielo; pero que si el nadador se arroja á ellos, siente hundirse sus piés en un suelo fangoso, que le atrae, le aspira y le traga! En esta situacion, sin auxilio divino, no hay remedio para él, y cada esfuerzo que hace le hunde mas y mas.

Sin embargo, esta agonía moral es menos terrible que el dolor que la precede y el castigo que acaso la



Caia en una especie de éstasis!..

en aquella sima; entregaba aquellos hombres desconocidos á todos los suplicios que inventaba su ardiente imaginacion, y aun le parecian los mas tremendos dulces, y sobre todo livianos para ellos, porque tras el suplicio viene la muerte, y la muerte es, si no el reposo, la insensibilidad, que se le semeja mucho.

A puro decirse á sí propio en esto de sus enemigos que la calma es la muerte, y que el que desea castigar con crueldad necesita de otros recursos que no de la muerte, cayó en el horrible ensimismamiento que ocasiona la idea del suicidio. ¡Pobre de aquel á sigue; es una especie de consuelo vertiginoso, que nos muestra la profundidad del abismo, pero que tambien en su fondo nos muestra la nada. Así Edmundo se consoló un tanto con esta idea. Todos sus dolores, sus sufrimientos todos, con su lúgubre cortejo de fantasmas, huyeron hácia aquel rincon del calabozo, donde parecia que el angel de la muerte pudiese fijar su silenciosa planta. Contempló ya con tranquilidad su vida pasada, con terror su vida futura, y eligió ese término medio que le ofrecia un asilo.

—Tal vez en mis lejanas correrías, cuando yo era

hombre aun, y cuando este hombre libre y potente daba á otros hombres órdenes que eran ejecutadas al punto, tal vez (decia para sí) he visto nublarse el cielo, bramar las ondas y encresparse, nacer la tempestad en un estremo del espacio, y como un águila gigantesca venir llenando con sus alas los dos horizontes. Tal vez conocia yo entonces que mi barco era un refugio despreciable, puesto que parecia temblar y estremecerse, ligero como una pluma en la mano de un gigante. Pronto al terrible mugido de las olas la vista de los escollos me anunciaba la muerte, y la muerte me espantaba, y hacia inauditos esfuerzos por huirla, y reunia en un punto todas las fuerzas del hombre y toda la inteligencia del marino para luchar con Dios. Y esto, porque yo entonces era feliz; porque volver á la vida era para mí volver á la felicidad; porque aquella muerte yo no la habia llamado ni la habia elegido; porque el sueño, en fin, me parecia insufrible en aquel lecho de algas y de légamo... era que me indignaba á mí, criatura, imágen de Dios, el servir de pasto á los milanos ó á los tiburones. Pero hoy la escena ha cambiado: he perdido cuanto me hacia amable la existencia; hoy la muerte me sonrie como una nodriza al niño que va á amamantar; hoy muero como se me antoja; muero cansado y fatigoso, como dormia en aquellas noches de desesperacion y rabia después de haber dado en mi camarote tres mil vueltas; es decir, treinta mil pasos; es decir, diez leguas sobre poco mas ó menos.

Así como esta idea germinó en la imaginacion del jóven, púsose un tanto mas alegre, mas risueño, se conformó mas con su pan negro y con su cama dura, comió menos, dejó de dormir, y comenzó á parecerle soportable aquel resto de existencia, que podria dejar cuando le diese la gana, como se deja un vestido viejo.

Dos maneras tenia de morir: una era sencilla: atar su pañuelo á un hierro de la ventana y ahorcarse: otra era dejarse morir de hambre, sin que su carcelero lo conociese. La primera repugnaba mucho á Dantés, porque aborrecia á los piratas, que mueren ahorcados de las vergas de los navíos que los apresan; tenia pues á la horca por un suplicio infamante, y no queria aplicárselo á sí mismo; con que adoptó el segundo medio, empezando desde aquel dia á ponerlo en práctica.

En estas alternativas habian pasado cerca de cuatro años. A fines del segundo dejó de contar los dias, y habia vuelto á esa ignorancia del tiempo, de que le sacara en otro el inspector.

Habiendo dicho Dantés—quiero morir,—y habiendo elegido hasta la muerte que se daria, lo calculó bien todo, y por temor de arrepentirse hizo juramento consigo mismo de morir de aquella manera.—«Cuando me traigan las provisiones las arrojaré por la ventana, decia para su sayo; y aparentaré que las he comido.»

Y lo cumplió con efecto. Dos veces cada dia tiraba su comida por la ventanilla con reja, que apenas le dejaba ver el cielo, primeramente con alegría, después con reflexion, y por último con pesar. Para fortalecerse en tan horrible lucha, necesitaba recordar á cada instante el juramento que habia hecho. Aquel alimento que otras veces le repugnaba, gracias al aguijon del hambre, le parecia ahora tentador á la vista, esquisito al olfato, y mas de una vez pasó horas enteras con la cazuela en las manos contemplando fijamente aquella carne nauseabunda, aquel pescado podrido, y aquel pan negro y mohoso. Dominaban aún en él los postreros instintos de la vida, haciéndole de cuando en cuando flaquear en su propósito. Entonces su calabozo le parecia menos sombrío, y su situacion menos desesperada. Todavía era jóven, puesto que debia contar veinticinco ó veintiseis años, y le quedaban con corta diferencia cincuenta que vivir, ó sea el doble de lo que habia vivido. En tanto tiempo, ¡qué de sucesos no podian arrasar las murallas del castillo de If, y romper las puertas, y volverle á la libertad! Entonces aproximaba á su boca aquella comida, que Tántalo voluntario, apartaba al punto con mano firme, pues con el recuerdo de su juramento, esta generosa naturaleza temia despreciarse á sí misma si lo quebrantaba. Rigoroso é implacable consigo propio, gastó pues el asomo de existencia que le quedaba, llegando un dia en que no tuvo fuerzas para levantarse á arrojar la comida.

A la mañana siguiente no veia, y oia con mucho trabajo. El carcelero creyó que estaba enfermo de gravedad, y Edmundo confió ya en su muerte próxima.

Así pasó todo el dia. Cierto atolondramiento vago, y un si es no es agradable, empezaba á apoderarse de él. Ya se habian adormecido las convulsiones nerviosas de su estómago; se habian calmado los ardores de su sed. Cuando cerraba los ojos veia una multitud de resplandores brillantes, como esos fuegos fátuos que oscilan por la noche á flor de los terrenos fangosos: era el crepúsculo de ese ignoto país que se llama la muerte.

De repente, á las nueve de aquella misma noche, oyó en la pared en que se apoyaba su cama un ruido sordo y lento.

Hacian tanto en aquella mansion los animales inmundos, que poco á poco se habia acostumbrado Dantés á no despertar siquiera de sus sueños por cosa tan liviana; pero esta vez, ya que la abstinencia tuviese exaltados sus sentidos, ya que fuese el ruido con efecto estraordinario, ó ya porque en los momentos supremos todo tiene importancia, Edmundo levantó la cabeza para oir mejor.

Era una especie de frotamiento acompasado, que parecia provenir, ó de unas uñas enormes, ó de unos dientes fortísimos, ó en fin, de un instrumento que chocara con la piedra.

Aunque debilitada, en la imaginacion del jóven bulló al punto esta idea falaz, fija constantemente en la de todo preso:—¡la libertad!—La ocasion en que escuchaba aquel ruido, justamente cuando todo ruido iba á cesar para él, hízole figurarse que Dios se apiadaba al fin de sus sufrimientos, y con aquel ruido le aconsejaba que se parase al borde de la tumba, que ya tocaba su pié. ¿Quién sabe si alguno de sus amigos, alguno de esos seres amados, en quien tantas veces pensó siempre que pensaba, no se ocuparía de él en aquellos momentos, y no trataria de disminuir la distancia que los separaba?

Pero no, sin duda Edmundo se equivocaba, y era uno de esos sueños que nos toman á las puertas de la muerte.

Sin embargo, el ruido seguia oyéndose, y duró hasta tres horas sobre poco mas ó menos, terminando en una especie de roce, como al arrastrar una cosa.

Algunas horas después se repitió mas fuerte y mas cercano. Empezaba Edmundo á interesarse en aquel trabajo que lo hacia compañía, cuando entró el carcelero.

Ocho dias eran pasados con corta diferencia desde que se determinó á morir, y cuatro desde que empezó á poner en planta su proyecto, y en todo este tiempo no habia Edmundo dirigido la palabra á aquel hombre, ni respondido á las que él le dirigia preguntándole por su enfermedad, sino que por el contrario, siempre se volvia del otro lado cuando el carcelero le contemplaba atentamente. Pero esta vez podia escuchar aquel ruido y alarmarse, y destruir acaso aquel yo no sé qué de esperanza, cuya sola idea deleitaba los últimos momentos de Dantés.

El carcelero le llevaba el almuerzo.

Incorporóse Edmundo en su cama, y ahuecando la voz se puso á hablar de todas las cosas posibles, de la mala calidad de su alimento, del frio que reinaba en



el calabozo, maldiciendo y gruñendo, para tener el derecho de gritar mas fuertemente, y agotando la paciencia del carcelero, que justamente aquel dia habia pedido para el preso enfermo caldo y pan tierno, que ambas cosas le llevaba.

Por fortuna creyó á Dantés en delirio, y salió del calabozo, poniendo el almuerzo en la mesilla coja donde lo solia poner.

á la desgracia, y que no podia sin mucho trabajo volver á concebir la felicidad. Era pues la idea de que quizás aquel rumor lo ocasionarian algunos albañiles que se ocupasen por órden del gobernador en componer el calabozo inmediato.

Fácil era salir de esta incertidumbre; pero ¿cómo se atrevía á preguntarlo? Nada mas fácil, repetimos, que esperar la llegada del carcelero, hacerle apercibir-

Dos veces cada dia tiraba su comida por la ventanilla.

Entonces Edmundo desembarazado volvió á escuchar con deleite.

El ruido era ya tan claro que el jóven lo escuchaba sin trabajo alguno.

—¡No hay duda! esclamó para sí: puesto que á pesar de la luz del dia prosigue este ruido, lo ocasiona algun desdichado preso que trabaja para escaparse. ¡Oh! ¡si yo estuviera con él cómo le ayudaria!

De repente una nube sombría pasó eclipsando esta aurora de esperanza por aquella mente, solo habituada

se del ruido, y reparar la impresion que le causara; pero con esta nimia satisfaccion de su curiosidad, ¿no podria arriesgar intereses muy altos? Por desdicha la cabeza de Edmundo, como una campana vacía, estaba atolondrada, y tan débil, que su cerebro, flotante como un vapor, no podia condensarse para concebir una idea. Solo un medio encontró Edmundo para volver á su anterior estado lúcido; volvió los ojos hácia el caldo, humeante aun, que el carcelero acababa de poner sobre la mesa, y levantándose como pudo, cogió la taza

y la bebió de un sorbo, sintiendo al punto un indecible bienestar.

Y tuvo fuerzas para contenerse, aunque habia ya cogido el pan para comerlo; pero el recuerdo de que muchos náufragos, estenuados de hambre, habian muerto por comer de repente mucho, hízole dejar el pan sobre la mesa y volver á acostarse.

Ya no queria morir.

Pronto conoció Edmundo que su cerebro entraba en caja. Sus ideas vagas é incomprensibles empezaban á reflejarse en ese espejo maravilloso cuya lucidez distingue al hombre del animal. Pudo, pues, pensar, fortificando su pensamiento con el raciocinio.

Entonces dijo para sí:

—Debo de hacer una prueba, pero sin comprometer á nadie. Si el ruido procede de un albañil, en cuanto yo golpee la pared, cesará, porque él intente saber quién llama y por qué llama; pero como será su trabajo no solamente lícito sino obligatorio, al punto lo proseguirá. Si por lo contrario es un preso, el ruido que yo haga debe de sobresaltarle, y temiendo ser descubierto, dejará su trabajo hasta la noche, cuando todos duerman en el castillo.

Acto continuo volvió á levantarse Edmundo, y esta vez, ni sus piernas vacilaban ni sus ojos se desvanecian. Dirigióse á un rincon del calabozo, arrancó una piedra, que con la humedad iba ya desprendiéndose, y con ella dió tres golpes en la pared, donde parecia sentirse mas cercano el ruido.

Dejó caer el cántaro al suelo, con que se hizo mil pedazos.

Al primer golpe el ruido cesó como por encanto.

Púsose á escuchar Edmundo con toda su alma, y pasó una hora, y pasaron dos, sin que el ruido prosiguiese. Del otro lado de la pared respondia á sus golpes un silencio absoluto.

Lleno de esperanza el jóven comió algunos bocados de pan, bebió un trago de agua, y gracias á la pode-



rosa constitucion de que le dotara la naturaleza, hallose sobre poco mas ó menos como antes.

El dia pasó sin que el silencio se alterase.

Llegó la noche y el ruido no se sentia.

—¡Es un preso! esclamó Dantés con júbilo imponderable.

Desde entonces su cabeza fué un volcan, y su vida violenta á puro ser activa.

venir, á imitacion de los gladiadores, que ejercitaban su cuerpo y lo frotaban con aceite antes de entrar en la arena. En los intervalos de esta febril actividad, escuchaba por si el ruido volvia, impacientándose con la prudencia de aquel preso, que no adivinaba que quien le habia interrumpido en sus tareas de libertad era otro preso que deseaba tanto como él lo menos el recobrarla.



El carcelero, gruñendo, fué á traer otra vasija nueva.

Toda la noche pasó sin que el ruido prosiguiese.

Edmundo no pegó los ojos.

Con el alba vino el carcelero á traer las provisiones. Edmundo habia agotado las del dia anterior, y agotó las nuevas tambien, escuchando incesantemente aquel ruido que no continuaba, temblando que no volviese á repetirse, andando al dia diez ó doce leguas en su calabozo, asiéndose á la reja de hierro de la ventanilla para recobrar la elasticidad de sus miembros, y disponiéndose en fin á luchar cuerpo á cuerpo con lo por-

Tres dias pasaron... setenta y dos horas mortales contadas minuto por minuto.

Al fin una noche, cuando el carcelero acababa de hacerle su última visita, tenia Edmundo por vez centésima pegado el oido á la pared, y le pareció que un rumor imperceptible vibraba sordamente en su cabeza, puesta en contacto con la pared.

Apartose un poco para refrescar su cerebro exaltado, dió algunas vueltas por la habitacion, y tornó á colocarse en el mismo sitio.

No era posible dudar: alguna cosa pasaba del otro lado. El preso habia reconocido lo arriesgado de su empresa y la proseguia de otro modo. Sin duda habia sustituido el cincel con la palanca.

Animado por este descubrimiento, Edmundo resolvió ayudar á aquel obrero infatigable. Empezando por separar su cama, pues detrás de ella creia que sonaba el rumor, buscó con los ojos un objeto que le sirviese



Con efecto, al cabo de una hora la piedra habia salido de la pared.

para rascar la pared y arrancar una piedra de sus cimientos húmedos.

Ni cuchillo ni instrumento alguno cortante tenia; sino solamente los barrotes de la reja, y como mas de una vez se habia convencido de que era imposible arrancarlos, ni siquiera lo intentó.

Todos sus muebles consistian en la cama, una silla, una mesa, un jarro y un cántaro.

La cama tenia los piés de hierro; pero los tenia unidos á las tablas con tornillos. Para poder arrancarlos necesitaba de un destornillador.

No quedaba á Dantés mas que un recurso: romper el cántaro, y emprender su tarea con uno de los tiestos.

Dicho y hecho: dejó caer el cántaro al suelo, con que se hizo mil pedazos.

Eligió Edmundo dos ó tres de los mas agudos, y los escondió en su jergon, dejando los otros en el suelo. El romperse el cántaro era un suceso tan natural, que no le daba cuidado alguno.

Edmundo podia trabajar toda la noche; pero con la oscuridad no se daba trazas, pues tenia que trabajar á tientas, y conoció bien pronto que su informe herramienta se embotaba contra un cuerpo mas duro. Volvió pues á acostarse y esperó la llegada del dia: con la esperanza le habia vuelto la paciencia.

En toda la noche no dejó de oir al zapador anónimo qu continuaba su trabajo subterráneo.

Al amanecer entró el carcelero. Díjole el jóven que bebiendo la víspera en el cántaro se le habia escapado de las manos y roto.

El carcelero, gruñendo, fué á traer otra vasija nueva, sin tomarse el trabajo de llevarse los restos de la otra.

Empero la humedad habia reblandecido esta cal.

Con alegres latidos de su pecho reparó Dantés que se caia á pedazos, y que aunque los pedazos eran átomos, á decir verdad, en media hora arrancó un puñado sobre poco mas ó menos. Un matemático hubiera podido calcular que con dos años de este trabajo, si no se topaba con la piedra viva, llegaria á hacerse un agujero de dos piés cuadrados y veinte de profundidad.

Recibió Dantés en sus brazos á aquel nuevo amigo.

Volvió con ella un instante después, y encargando al preso que tuviese mas cuidado, tornó á marcharse.

Con indecible júbilo oyó Dantés el rumor de aquella puerta, que en otro tiempo le partia el corazon cada vez que se cerraba. Oyó alejarse el ruido de los pasos, y cuando se estinguieron enteramente, corrió á separar su cama de su sitio, con que pudo ver, al débil rayo de luz que penetraba en el calabozo, lo inútil de su tarea de la noche anterior, puesto que habia rascado la piedra y no la cal que por sus estremos la rodeaba.

Entonces se reprendió á sí mismo el preso por no haber ocupado en aquella manera las largas horas que habia perdido esperando, rezando y desesperándose.

En cerca de seis años que llevaba de calabozo, ¿qué trabajo no hubiera podido acabar por lento que fuese?

Esta idea le infundió nuevos brios.

Con precauciones inauditas logró en tres dias solamente arrancar todo el cimiento, dejando la piedra al aire. La pared se componia de morrillos interpolados de piedras para mayor solidez. Una de estas piedras,



era la que él había casi desprendido y la que anhelaba ahora por arrancar de su base.

Recurrió Dantés á sus dedos; pero eran insuficientes.

Los pedazos del cántaro, introducidos á manera de palanca en los huecos, se rompian cuando él apretaba.

Después de una hora de inútiles tentativas se incorporó Dantés, bañada en sudor la frente, lleno de angustia el corazon.

¿Tendria que renunciar al principio de su empresa? ¿Tendria que esperar, inerte y pasivo, á que su compañero, que quizás se cansaria, lo hiciese todo por su parte?

Entonces pasó por su imaginacion una idea que le hizo quedarse parado y sonriendo. Su frente, húmeda de sudor, se secó al punto.

El carcelero le llevaba todos los dias la sopa en una cacerola de zinc. Además de su sopa, contenia esta cacerola sin duda la de otro preso, puesto que habia observado Dantés que unas veces estaba enteramente llena y otras hasta la mitad solamente, segun que su conductor empezaba á distribuir en él ó en su compañero.

Tenia esta cacerola un mango de hierro, que era justamente lo que ambicionaba Dantés, y lo que hubiera pagado con diez años de su vida.

El carcelero solia vaciar la cacerola en la cazuela de Dantés, quien después de comerse la sopa con una cuchara de palo, lavaba la cazuela para que le sirviera al siguiente dia.

Puso Dantés aquella noche la cazuela en el suelo entre la puerta y la mesilla, de modo que al entrar el carcelero la pisó y la hizo mil pedazos.

Esta vez nada pudo decir á Dantés: si él habia cometido la torpeza de dejarla en el suelo, el carcelero habia cometido la de no mirar dónde ponia los piés; con que tuvo que contentarse con refunfuñar un si es no es.

Luego miró en torno suyo para hallar donde dejarle la comida; pero Dantés absolutamente tenia otra vasija que la cazuela.

—Dejadme la cacerola, dijo Dantés, mañana podreis recogerla cuando me traigais el desayuno.

Este consejo convenia tanto á la pereza del carcelero, como que así no necesitaba de subir y bajar otra vez la escalera.

Dejó pues la cacerola.

Edmundo tembló de alegría.

Comió esta vez á toda prisa la sopa y el resto de sus provisiones, que segun costumbre de las cárceles se juntaban en una sola vasija, y después de esperar una hora á cerciorarse de que el carcelero no volveria, separó la cama de la pared, cogió su cacerola, é introduciendo el mango por la juntura de la piedra, sirviose de él como de una palanca.

Una leve oscilacion de la piedra probó á Edmundo que su intento le salia bien.

Con efecto, al cabo de una hora la piedra habia salido de la pared, dejando un hueco de pié y medio de diámetro.

Recogió Dantés con cuidado toda la cal, la escondió en los rincones del calabozo, raspó el suelo con uno de los pedazos del cántaro, y mezcló aquella cal con tierra negruzca.

Queriendo después aprovechar esta noche, en que la casualidad, ó mejor dicho, su sábia combinacion le proveyera de tan precioso instrumento, siguió cavando con mucho afan.

Al rayar el alba volvió á colocar la piedra en su agujero, colocó la cama en su sitio, y se acostó.

Su almuerzo era un pedazo de pan, que poco después vino á traerle el carcelero.

—¡Cómo! ¿no me bajais otra cazuela? le preguntó Dantés.

—No, porque todo lo rompeis, respondió el hombre. Habeis roto un cántaro, y habeis tenido la culpa de que rompiese yo la cazuela. Si todos los presos hiciesen tanto gasto como vos, no podria el gobierno soportarlo. Os dejaré la cacerola, y en ella os echaré la sopa de hoy mas: acaso no la rompereis.

Alzó Dantés los ojos al cielo, y juntó las manos debajo de su cobertor.

Aquel pedazo de hierro, de que dispondria ya á todas horas, le inspiraba una gratitud al cielo, mas viva que la que le habian inspirado todas las bienandanzas de su vida anterior. Habia reparado solamente que su compañero no trabajaba desde que él habia comenzado.

Pero ni esto importaba, ni era razon para desmayar: si su compañero no llegaba hasta él, él llegaria hasta su compañero.

Todo el dia estuvo trabajando sin tregua, de manera que por la noche, gracias á su nuevo instrumento, habia arrancado de la pared sobre diez puñados, entre morrillos, cal y piedra del cimiento.

A la hora de la visita enderezó lo mejor que pudo el mango de su cacerola, colocándola en su sitio. Vació en ella el llavero su ordinaria racion de sopa y de provisiones, ó por mejor decir de pescado, porque aquel dia, así como tres veces por semana, hacian á los presos comer de viernes. Este hubiera sido un medio de calcular el tiempo, si Edmundo no hubiera renunciado á él desde hacia mucho.

Después se fué el carcelero.

Esta vez quiso Dantés asegurarse de si su vecino habia con efecto renunciado á su empresa, y se puso á escuchar.

Reinaba el silencio mas profundo, como en aquellos tres dias que contaba de fecha la interrupcion del trabajo.

Dantés suspiró, convencido de que el preso desconfiaba de él.

Sin embargo, no por esto dejó de trabajar toda la noche; pero á las dos ó tres horas tropezó con un obstáculo.

El hierro no se hundia, sino que resbalaba en una superficie plana.

Metió Dantés la mano, y pudo cerciorarse de que habia tropezado con una viga que atravesaba, ó dicho mejor, cubria enteramente el agujero comenzado por él.

Era preciso cavar por debajo de ella ó por encima.

Al desdichado no se le habia ocurrido semejante inconveniente.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó, tanto os habia rezado, que esperaba que me oyeseis. ¡Dios mio! después de haberme quitado la libertad en vida... ¡Dios mio! después de haberme hecho renunciar al reposo de la muerte... ¡Dios mio! que me habeis devuelto al mundo... ¡Dios mio! tened piedad, no me dejeis morir desesperado.

—¿Quién habla de Dios y se desespera? murmuró una voz, que como salida del centro de la tierra, llegaba á Dantés opaca, por decirlo así, y con un acento sepulcral.

Erizáronsele á Edmundo los cabellos, y retrocedió, aunque estaba de rodillas.

—¡Ah! dijo: oigo la voz de un hombre.

Hacia cuatro ó cinco años que Edmundo no hablaba sino con el carcelero, y para los presos el carcelero no es un hombre, que es una puerta de carne aumentada á la puerta de encina de su calabozo, un hierro de carne aumentado á los hierros de su ventana.

—En nombre del cielo, quien quiera que seais el que habló, dijo, seguid hablando, aunque vuestra voz me asuste: ¿quién sois?

—Y ¿quién sois vos? le preguntó la voz.

—Un preso desdichado, respondió Dantés, que no tenia ningun inconveniente en responder.

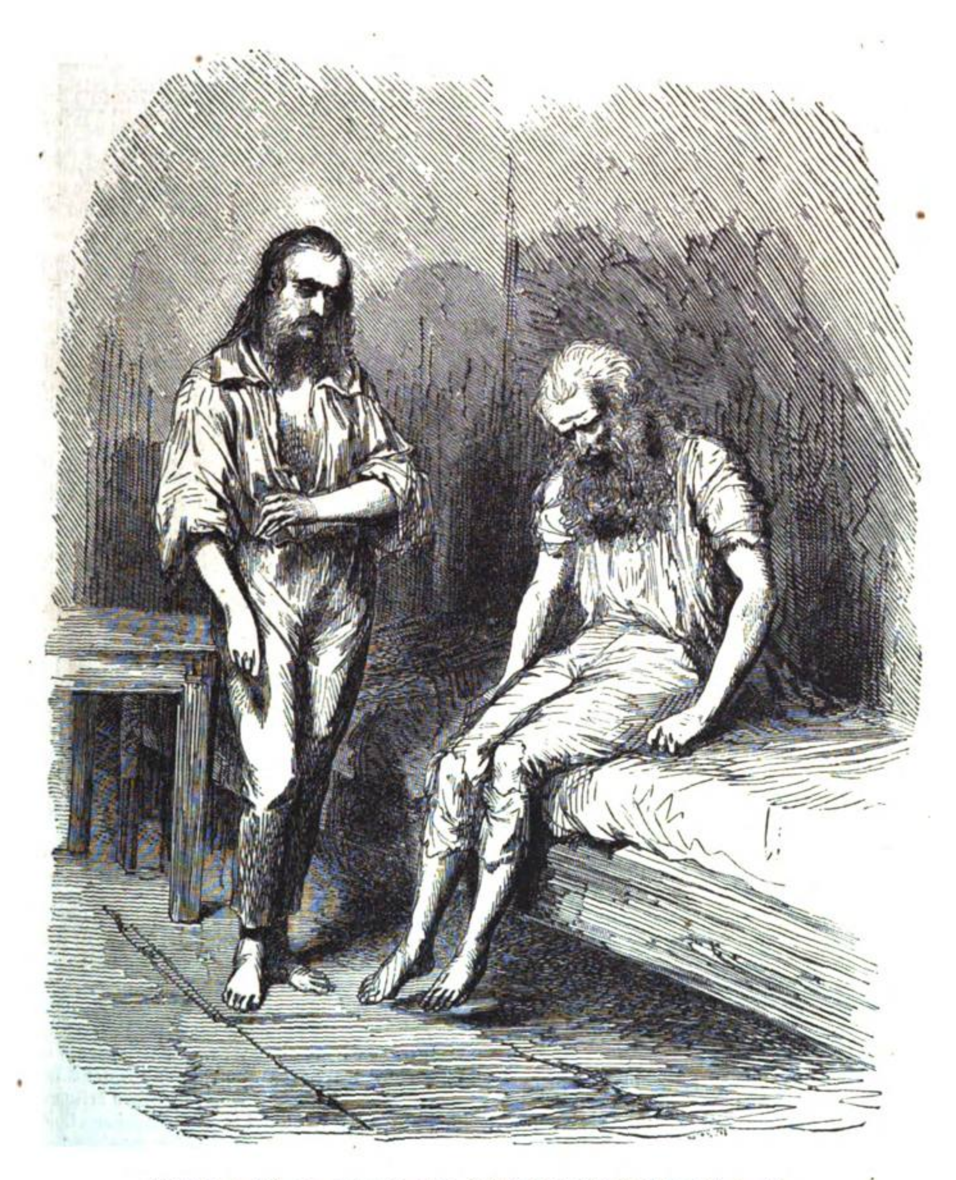


—¿De qué país?
—De Francia.
—¿Vuestro nombre?
—Edmundo Dantés.
—¿Vuestra profesion?
—Marino.
—¿Desde cuándo estais aquí?
—Desde el 28 de febrero de 1815.

Estas palabras hicieron temblar á Edmundo: aquel preso llevaba de cárcel cuatro años mas que él.

—Está bien: no caveis mas, dijo la voz muy á prisa. Decidme solamente, ¿á qué altura está vuestra escavacion?

—Al nivel del suelo.
—¿Y cómo puede ocultarse?
—Con mi cama.



El abate se dejó caer sobre la cama de Edmundo, que permaneció de pié.

—¿Cuál es vuestro crímen?
—Soy inocente.
—Pero ¿de qué os acusan?
—De haber conspirado á la vuelta del emperador.
—¿A la vuelta del emperador? qué, ¿el emperador no está ya en el trono?
—Abdicó en Fontainebleau en 1814, y fué desterrado á la isla de Elba. Pero ¿desde cuándo estais vos aquí que ignorais todo esto?
—Desde 1811.

—¿No os han mudado la cama desde que estais preso?
—No.
—¿Adónde cae vuestro calabozo?
—A un corredor.
—¿Y el corredor?
—Al patio.
—¡Ay! murmuró la voz.
—¡Dios mio! ¿qué sucede? dijo Dantés.
—Que me he equivocado; que lo imperfecto de mi

croquis me engañó; que la falta de compás me ha perdido, pues una línea equivocada en mi croquis equivale en realidad á quince piés. He creido que era la muralla esta pared que nos separa.

—Pero entonces hubierais salido al mar.

—Eso era lo que yo queria.

—¿Y si lo hubierais logrado?...

—Nadara hasta arribar á una de esas islas que rodean al castillo de If, la isla de Daume ó la de Tiboulen, ó á la costa, y me hubiera salvado.

—¿Podriais nadar tanto?

—Dios me hubiera dado fuerzas. Ahora todo se ha perdido.

—¿Todo?

—Sí, tapad muy bien ese agujero, no trabajeis mas, no os ocupeis en nada, y esperad que yo os avise...

—¿Quién sois? decidme al menos quién sois.

—Soy... soy el número 27.

—¿Desconfiais de mí? le preguntó Dantés.

Y creyó oir por toda repuesta una risa amarga.

—¡Oh! soy buen cristiano, esclamó en seguida, adivinando instintivamente que aquel hombre pensaba abandonarle. Os juro por Cristo que antes me matarán que yo deje percibir á nuestros verdugos ni aun la sombra de la verdad; pero en nombre del cielo, no me priveis de vuestra presencia, no me priveis de vuestra voz, porque...—os lo juro, me van abandonando ya las fuerzas...—porque me estrellaría contra la pared y tendriais que echaros mi muerte en cara.

—¿Qué edad teneis? vuestra voz parece de un jóven.

—No sé mi edad á punto fijo, como no sé el tiempo que he pasado aquí. Solamente sé que iba á cumplir diez y nueve años cuando me prendieron en 1815.

—Aun no ha cumplido veintiseis años, murmuró la voz. A esa edad no es traidor el hombre todavía.

—¡Oh! no, no, os lo juro, repitió Dantés. Os lo dije, y os lo repito: antes que venderos me dejaré hacer pedazos.

—Bien hicisteis en hablarme, bien hicisteis en rogarme, porque ya iba yo á trazar otro plan y á separarme de vos. Pero vuestra edad me tranquiliza: esperadme, que me reuniré con vos.

—¿Cuando?

—Antes calcularé nuestros recursos: dejad á mi cargo el avisaros.

—Pero no me abandonareis, no me dejareis solo, ¿es verdad? Os vendreis á juntar conmigo ó consentireis en que vaya á juntarme con vos. Huiremos juntos, y si no podemos huir, hablaremos, vos de las personas á quien ameis, yo de aquellas á quien amo. Vos debeis de amar á alguien.

—Soy solo en el mundo.

—Entonces me amareis á mí. Si sois jóven, seré vuestro amigo; si viejo, seré vuestro hijo. Mi padre debe de tener ahora setenta años, si aun vive; yo solamente amaba á él y á una jóven llamada Mercedes. Estoy seguro de que mi padre no me ha olvidado; pero ella... sabe Dios si piensa en mí todavía. Os amaré como amaba á mi padre.

—Está bien, dijo el preso. Hasta mañana.

Aunque pocas, el acento de estas palabras convenció á Dantés, que sin hacer ninguna pregunta mas se levantó, y tomando para ocultar los escombros las mismas precauciones de otros dias, volvió á apoyar su cama en la pared.

Desde entonces se entregó en cuerpo y alma á su felicidad: ya no iba á estar solo, quizás iba á ser libre; y lo peor que podria sucederle, si seguia preso, era tener un compañero, y como es sabido, la prision en compañía es solo media prision. Las quejas exhaladas en comun son casi oraciones; las oraciones en comun son casi himnos de gratitud.

Todo el dia se le fué á Dantés en dar vueltas por su calabozo, saltándosele el corazon de júbilo, júbilo que en algunos intervalos le ahogaba. Sentábase en la cama, apretándose el pecho con las manos, y al menor ruido que se oia en el corredor lanzábase hácia la puerta; porque una ó dos veces le pasó por la imaginacion la idea horrible de que le separasen de aquel hombre, á quien ya amaba aunque no le conocia. Entonces tomó una resolucion: si el carcelero separaba su cama de la pared, y veia la escavacion, y se inclinaba para examinarla, él le asesinaría al punto con la baldosa en que colocaba el cántaro del agua.

Bien se le alcanzaba que le condenarian á muerte; pero ¿no iba él á morir de fastidio y desesperacion cuando aquel ruido milagroso le volvió á la vida?

A la noche volvió el carcelero. Dantés estaba acostado, porque le parecia que así ocultaba mejor la escavacion. Con ojos muy estraños debió de mirar sin duda al importuno carcelero, porque este le dijo:

—¿A que vais á perder el juicio otra vez?

Dantés no respondió, porque temia que lo conmovido de su acento le delatase.

El carcelero se fué, meneando la cabeza.

Al llegar la noche creyó Dantés que su vecino se aprovecharia del silencio y de la oscuridad para anudar la conversacion; pero nada menos que eso: la noche pasó sin que ningun ruido respondiese á su febril ansiedad; pero por la mañana, después de la visita de costumbre, cuando ya él habia separado su cama de la pared, sonaron tres golpecitos acompasados, con que se puso pricipitadamente de rodillas.

—¿Sois vos? dijo. Ya me teneis aquí.

—¿Se ha marchado el carcelero? preguntó la voz.

—Sí; y no volverá hasta la noche, respondió Dantés: tenemos doce horas á nuestra disposicion.

—¿Puedo pues trabajar? dijo la voz.

—Sí, sí, ¡al instante! ¡al instante! yo os lo suplico.

Al punto la tierra en que apoyaba Dantés ambas manos, pues tenia la mitad del cuerpo metido en el agujero, vaciló como si le faltara la base. Echose hácia atrás Dantés, y una porcion de tierra y piedras se precipitó por otro agujero que acababa de abrirse debajo del abierto por él. Entonces en el fondo de aquel antro sombrío, cuya profundidad no era calculable á primera vista, apareció una cabeza, unas espaldas, y un hombre por último que salia con bastante agilidad.

CAPITULO XVI.

UN SABIO ITALIANO.

Recibió Dantés en sus brazos á aquel nuevo amigo esperado con tanta impaciencia, y lo llevó junto á su ventana para que le alumbrase por entero la exigua luz del calabozo.

Era un hombre pequeño de estatura, encanecido mas por las penas que por los años, de ojos perspicaces ocultos por espesas cejas tambien un tanto canas, y de larguísima barba que aun se mantenia negra. Lo demacrado de su rostro, que surcaban arrugas profundísimas, la línea atrevida de sus facciones típicas, todo en él, en fin, revelaba al hombre mas acostumbrado á ejercer las facultades del alma que las del cuerpo.

Su frente estaba cubierta de sudor.

En cuanto á su traje, era imposible distinguir la forma primitiva, porque se caia á pedazos.

Lo menos representaba sesenta y cinco años, aunque cierto vigor en las acciones demostraba que tenia acaso menos edad que la que le hacia representar su larguísimo encierro.

Acogió el recien venido las entusiastas protestas del jóven con una especie de agrado, y parecia como si su alma helada reviviese por un instante para confundirse con aquella alma ardiente. Agradeciole pues su cordialidad con calor, aunque le habia causado una impresion muy terrible hallar un segundo calabozo donde creia encontrar la libertad.



—Veamos primeramente, le dijo, si hay medio de que los carceleros no den con el *quid* de nuestras entrevistas. Nuestra tranquilidad futura consiste en que ellos ignoren lo que ha pasado.

Y con esto se inclinó hácia la escavacion, y levantando la piedra en vilo, aunque era grande su peso, la volvió á colocar en su sitio.

—Esta piedra ha sido arrancada con poca precaucion, dijo al inclinarse. ¿Teneis herramientas?

—¿Y vos? le preguntó Dantés admirado.

—Yo he construido algunas. A escepcion de lima, tengo todas las que necesito, cincel, tenazas y palanca.

—¡Oh! cuánta curiosidad tengo de ver esos productos de vuestra paciencia y de vuestra industria, dijo Dantés.

—Mirad, aquí traigo el cincel.

Y esto diciendo, le enseñó un hierro fuerte y agudo: el mango era de haya.

—¿Cómo habeis hecho esto? le dijo Dantés.

—Con uno de los goznes de mi cama. Con esta herramienta he abierto todo el camino que me condujo aquí: cerca de cincuenta piés.

—¡Cincuenta piés! esclamó el preso con una especie de terror.

—Hablad mas bajo, jóven, hablad mas bajo. Muchas veces hay detrás de las puertas quien escucha á los presos.

—Saben que estoy solo.

—No importa.

—¿Y decís que habeis cavado cincuenta piés para llegar hasta aquí?

—Tal es con corta diferencia la distancia que separa mi calabozo del vuestro. Empero, como me faltaban instrumentos de geometría para tirar la escala de proporcion, he trazado mal la curva, de modo que en vez de cuarenta piés de elipse he hallado cincuenta. Era mi intento, como ya os lo dije, salir á la muralla esterior, horadarla tambien, y arrojarme al mar. En vez de pasar por debajo de vuestro calabozo, he costeado el corredor á que sale, con que todo mi trabajo es inútil, pues el corredor cae á un patio lleno de centinelas.

—Es verdad, dijo Dantés, pero el corredor no costea mas que una de las paredes de este calabozo, que tiene cuatro.

—Sin duda alguna; pero esta pared primera está edificada en la piedra viva: necesitarian para horadarla diez mineros con buenas herramientas diez años: esta otra debe de empalmar con los cimientos de las habitaciones del gobernador; saldríamos á las cuevas, que están cerradas con llave: allí nos cogerian. La otra pared cae... esperad, esperad... ¿adónde cae la otra pared?

Esta pared era la del respiradero por donde entraba la luz. A imitacion de las troneras, este respiradero iba estrechándose hasta el fin de un modo, que sin contar las tres hileras de hierros, capaces de hacer dormir tranquilo al gobernador mas pusilánime, no hubiera podido escaparse ni un niño por allí.

Al hacer esta pregunta el recien venido, arrastró la mesa hasta colocarla debajo del tragaluz.

—Subid, dijo á Dantés.

Dantés obedeció, y adivinando el intento de su compañero, apoyó la espalda en la pared y le alargó ambas manos desde encima de la mesa.

Entonces el hombre que se habia llamado á sí propio con el número de su calabozo, y cuyo verdadero nombre ignoraba Dantés aun, con mas ligereza que la que su edad hacia presumir, subió del suelo á la mesa, y luego, flexible como un gato ó un reptil, de la mesa á las manos de Dantés, y de las manos á las espaldas. Con esto, doblándose estremadamente, porque no le permitia otra cosa el techo del calabozo, pudo meter la cabeza entre la primera fila de hierros, y mirar arriba y abajo.

Un instante despues retiró la cabeza con mucha prisa.

—¡Oh! ¡oh! dijo; ¡ya lo sospechaba yo!

Y resbalándose hasta la mesa por el cuerpo de Dantés, saltó al suelo.

—¿Qué sospechabais? le preguntó ansioso el jóven, saltando tambien.

El anciano meditaba.

—Sí, dijo... eso es... la cuarta pared del calabozo da á una galería esterior, á una especie de ronda por donde pasan patrullas, y donde hay centinelas.

—¿Estais seguro?

—He visto el chacó de un soldado y la boca de su fusil. Por miedo de que él tambien me viese me retiré tan pronto.

—En resúmen... dijo Dantés.

—Ya veis que es imposible escaparnos por vuestro calabozo.

—¿Con que?... continuó el jóven con su acento interrogativo.

—Con que, ¡hágase la voluntad de Dios! dijo el anciano.

Una sombra de profunda resignacion envolvió todas sus facciones.

Dantés no pudo menos de mirar, con estrañeza cercana á la admiracion, á este hombre que con tanta filosofía renunciaba á una esperanza alimentada tantos años.

—¿Quereis ahora decirme quién sois? le preguntó luego.

—¡Oh! sí, como os interese todavia, no pudiendo ya serviros para nada.

—Podeis servirme de consuelo y de sosten, porque me parece sin igual vuestra fortaleza de espíritu.

El anciano se sonrió tristemente.

—Yo soy, le dijo, el abate Faria, preso, como ya sabeis, desde 1811 en el castillo de If; pero antes de esa fecha llevaba ya tres años en la fortaleza de Fenestrelle. En esa fecha me trasladaron del Piamonte á Francia. Entonces supe que el destino, hasta allí su vasallo, habia dado un hijo al emperador Napoleon, hijo que en la misma cuna se llamaba ya rey de Roma. Yo estaba entonces muy lejos de sospechar lo que vos me habeis dicho, á saber: que cuatro años mas tarde el coloso se haria pedazos. ¿Quién reina ahora en Francia? ¿Es Napoleon II?

—No, sino Luis XVIII.

—¡Luis XVIII! ¡el hermano de Luis XVI! ¡Estraños y misteriosos decretos del Altísimo! ¿Cuál es el objeto de la Providencia en abatir al hombre que habia elevado, y elevar al que habia abatido?

Dantés seguia con los ojos los ademanes de este hombre que se olvidaba un momento de su propio destino para ocuparse de los del mundo.

—Sí, sí, continuó, lo mismo que en Inglaterra. Despues de Carlos I, Cromwel; despues de Cromwel, Carlos II; y quizás despues de Jacobo II, algun pariente, algun príncipe de Orange, algun Statuder que se corone rey, ¡y con él nuevas concesiones al pueblo, y constitucion, y libertad! Vos lo vereis, jóven, dijo volviéndose hácia Dantés, y mirándole con ojos brillantes y profundos, como debian de tenerlos los profetas. Vos lo vereis, que todavía teneis edad para verlo.

—¡Ay! si salgo de aquí.

—Justamente, respondió el abate Faria. Estamos presos, aunque hay momentos en que lo olvido, porque mis ojos atraviesan esas paredes y me creo en libertad.

—Pero ¿por qué estais preso?

—Por haber soñado en 1807 lo que Napoleon quiso realizar en 1811; porque como él quise formar con todos esos principados que hacen de la Italia un nido de reyezuelos tiránicos y débiles, un imperio compacto y fortísimo; porque creí hallar mi César Borgia en un bo-

bo coronado que aparentó comprenderme para engañarme mejor. Mi proyecto era el de Alejandro VI y el de Clemente VII. Siempre fracasará, puesto que ellos lo emprendieron inútilmente, y Napoleon no pudo acabar de realizarlo. No hay duda: ¡la Italia está maldita!

El anciano inclinó la cabeza...

Dantés no comprendia cómo un hombre puede arriesgar su existencia por semejantes cosas; bien que á decir verdad, si conocia á Napoleon por haberle visto y haberle hablado, en cambio ignoraba completamente quiénes fuesen Clemente VII y Alejandro VI.

Con esto fué contagiándose en la creencia de su carcelero, creencia general en el castillo de If, y dijo al anciano:

—¿No sois vos el eclesiástico á quien se cree... enfermo?

—A quien se cree loco quereis decir, ¿no es verdad?

—No me atrevia, repuso Dantés sonriendo.

—Sí, sí, prosiguió el abate con amarga sonrisa; yo soy el que pasa por loco, yo soy el que divierte á los moradores de esta cárcel há tantos años, y el que divertiria á los niños, si hubiera niños en la mansion del duelo sin esperanza.

Dantés permaneció un instante inmóbil y mudo.

—¿Con que renunciais á huir? le dijo al cabo.

—Lo reconozco imposible. Es volverse contra Dios intentar lo que Dios no quiere.

—¿Por qué os desanimais? tambien es pedir mucho á la Providencia querer á la primera tentativa... ¿No podeis volver á la escavacion por otro lado?

—Pero ¿así hablais de volver? ¿No sabeis lo que ya he hecho? ¿No sabeis que he necesitado cuatro años para construir las herramientas que poseo? ¿No sabeis que hace diez años que pico y cavo una tierra tan dura como el granito? ¿Sabeis que he necesitado desencajar piedras que en otro tiempo hubiera yo creido imposible mover; que he pasado dias enteros en esta empresa titánica, creyéndome dichoso por la noche con haber minado una pulgada en cuadro de ese vetusto cimiento, que hoy está ya tan duro como la misma piedra? ¿Y no sabeis que para ocultar los escombros que sacaba, he necesitado horadar la bóveda de una escalera, y que en ella los he ido depositando hasta el punto de que hoy no puede ya contener un puñado de polvo mas? ¿No sabeis por último que ya creia tocar al fin de mi trabajo, que no me quedaban mas fuerzas que las justas para esto, cuando Dios no solamente lo aleja sino que lo alarga indefinidamente? Así, os repito lo que os dije: nada haré desde ahora para alcanzar mi libertad, puesto que Dios quiere que por siempre la haya perdido.

Edmundo bajó la cabeza por no confesar á aquel hombre que el júbilo de tener un compañero le impedia participar de su justísimo dolor.

El abate se dejó caer sobre la cama de Edmundo, que permaneció de pié.

Jamás habia pensado en la fuga el jóven. Tienen algunas cosas tal aire de imposibles, que no nos ocurre la idea de intentarlas, y hasta las evitamos instintivamente.

Hacer una mina de cincuenta piés, empleando tres años, para salir por todo triunfo á un precipicio que cae al mar; arrojarse desde cincuenta, sesenta ó acaso cien piés de elevacion, para hacerse pedazos en una roca, si antes la bala del centinela no ha hecho su oficio; verse obligado, si se escapa de tantos peligros, nada menos que á nadar una legua, era lo bastante para que cualquiera se resignara, y ya hemos visto que á Dantés le faltó poco para llevar esta resignacion hasta el suicidio.

Pero ahora que veia á un viejo agarrarse á la vida tan enérgicamente, dándole ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso á reflexionar y á hacer cuentas con su valor. Otro hombre habia intentado lo que él no se imaginó siquiera; otro, menos jóven, menos fuerte, menos atrevido que él, á poder de astucia y de paciencia, se habia procurado cuantas herramientas necesitaba para esta operacion increible, que solo pudo fracasar por una línea mal tirada; todo esto lo habia hecho otro hombre, con que nada era imposible á Dantés; Faria habia minado cincuenta piés; él minaria ciento; Faria, con cincuenta años de edad, habia consagrado tres á su obra; él, que solo tenia la mitad de los años de Faria, consagraria seis; Faria, hombre de Iglesia, abate y sabio, no habia temido aventurarse á pasar á nado desde el castillo de If á la isla de Daume, de Ratonneau, ó de Lamaire; ¿cómo él, Edmundo el marino, el hábil nadador que tantas veces habia bajado al fondo del mar á coger una rama de coral, cómo él vacilaria en pasar una legua á nado? ¿una hora solamente, cuando él habia estado horas enteras en el mar sin hacer pié ni descanso alguno? No, no, Dantés solo necesitaba de que el ejemplo le animase. Todo lo que pueda hacer otro hombre lo hará Dantés.

El jóven reflexionó un instante.

—Ya encontré lo que buscabais, dijo al anciano.

Faria se conmovió.

—¿Vos? esclamó levantando la cabeza, como si diese á entender á Edmundo que á decir él verdad, su desaliento no seria de larga duracion. Veamos, ¿qué habeis encontrado?

—La mina que habeis hecho para llegar hasta aquí, tiene la misma direccion que la galería esterior, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Debe de estar á una distancia de cincuenta pasos?

—A lo sumo.

—Pues bien, al comedio de la mina abrimos otra que forme como los brazos de una cruz. Esta vez tomais mejor vuestras medidas; salimos á la galería esterior, matamos al centinela y nos escapamos. Solo dos cosas se necesitan para llevar adelante este plan; ánimo, vos le teneis; fuerzas, no me faltan á mí. No hablo de paciencia: vos me habeis probado ya la vuestra, y yo os probaré la mia.

—Esperad, que aun no sabeis, mi querido compañero, de qué especie son mis ánimos, respondió el abate, y qué uso puedo hacer de mis fuerzas. En cuanto á la paciencia, creo que demuestre bastante el volver á empezar por la mañana la tarea de la noche, y por la noche la tarea del dia. Pero cuando lo hice, escuchadme bien, jóven, cuando lo hice me imaginaba servir á Dios dando libertad á una de sus criaturas, que con ser inocente no pudo ser condenada.

—Y ¿no sucede lo mismo ahora que entonces? le preguntó Dantés. ¿Ú os reconoceis culpable desde que me habeis encontrado?

—No; pero no quiero llegar á serlo. Hasta ahora no creí tener que habérmelas sino con las cosas; pero segun vuestro plan, tendré que habérmelas con los hombres. He podido romper una pared, destruir una escalera; pero no romperé un pecho ni destruiré una vida.

Dantés hizo un leve ademan de sorpresa.

—¡Cómo! le dijo; ¡pudiendo escaparos, renunciariais por semejante escrúpulo!

—Y vos, repuso Faria, ¿por qué no habeis asesinado á vuestro carcelero, y habeis huido disfrazado con su traje?

—Porque nunca se me ocurrió tal cosa.

—No, sino porque teneis al crímen horror instintivo; por eso no os ocurrió tal cosa, repuso el anciano. Nuestro mismo instinto nos advierte que en lo natural y en lo sencillo no nos apartamos de la línea del deber. El tigre que se alimenta de sangre, y cuyo destino es bañarse en sangre, solo necesita de que le indique su olfato dónde hay una presa que devorar. Al punto se abalanza á ella, y la destroza. Es su instinto, obedece á su instinto; pero al hombre, por lo



contrario, le repugna la sangre: y no creais que son las leyes sociales las que le prohiben el asesinato, no, que son las leyes de la naturaleza.

Dantés quedó anonadado: aquellas palabras eran con efecto la esplicacion de las ideas que habian pasado por su cerebro, ó dicho mejor por su alma, porque hay ideas que brotan del cerebro é ideas que brotan del corazon.

—Además, continuó Faria, en los doce años que llevo de calabozo, he recordado todas las fugas célebres, y aunque pocas, las que ha coronado el éxito fuéron las meditadas á sangre fria, y preparadas lentamente. Así se escapó de Vincennes el duque de Beaufort, así de Fort l'Eveque el abate de Buquoi, y así Latude de la Bastilla. Ha habido además otras fugas proporcionadas por la casualidad, y esas son las mejores. Creedme: esperemos una ocasion, y aprovechémosla si se presenta.

—A vos os ha sido fácil esperar, dijo Dantés suspirando. Vuestra continua tarea os ocupaba todos los instantes, y cuando no, teniais esperanzas para consolaros.

—Tened presente que yo no me ocupaba solo en eso, dijo el abate.

—Pues, ¿qué haciais?

—Escribir ó estudiar.

—¿Os dan papel, tinta y plumas?

—No; pero yo los hago.

—¡Vos haceis papel, tinta y plumas! esclamó Dantés.

—Sí.

Dantés miró á aquel hombre admirado, aunque dudoso en creer lo que decia. Faria lo conoció.

—Cuando vengais á mi cuarto, le dijo, os enseñaré una obra completa, resultado de los pensamientos, reflexiones é indagaciones de toda mi vida. La habia imaginado á la sombra del Coliseo, en Roma, al pié de la columna de San Marcos, en Venecia, y á las orillas del Arnó, en Florencia. No sospechaba yo siquiera entonces que mis verdugos me obligarian á escribirla en un calabozo del castillo de If. Intitúlase mi libro: *Tratado sobre la posibilidad de una sola monarquía italiana.* Formará un volúmen en cuarto muy abultado.

—¿Y lo habeis escrito?...

—En dos camisas. He inventado una preparacion que pone al lienzo liso y compacto como el pergamino.

—¿Luego sois químico?

—Poca cosa. He conocido á Lavoisier, y tratado amistosamente á Cabanis.

—Mas para tal obra habeis tenido que hacer investigaciones históricas. ¿Teneis libros?

—En Roma tenia una biblioteca de cerca de cinco mil volúmenes; y á puro leerlos y releerlos llegué á comprender, que con ciento cincuenta obras elegidas con inteligencia, se posee, si no el resúmen completo del saber humano, lo mas útil tan siquiera. Consagré tres años de mi vida á leer y releer esas ciento cincuenta obras, de modo que cuando me prendieron las sabia casi de memoria, y con un leve esfuerzo las he ido recordando todas en mi prision. De cabo á rabo podria recitaros á Tucydides, Jenofonte, Plutarco, Tito Livio, Tácito, Strada, Jornandés, Dante, Montaigne, Shakespeare, Espinosa, Maquiavelo y Bosuet. Solamente os cito los mas importantes.

—¿Sabeis muchas lenguas?

—De las vivas hablo cinco: el aleman, el francés, el italiano, el inglés y el español. Con ayuda del griego antiguo comprendo el griego moderno; aunque lo hablo mal, lo estoy al presente estudiando.

—¿Lo estais estudiando? dijo Dantés.

—Sí, ciertamente. He hecho un vocabulario de las palabras que sé, combinándolas de todas las maneras bastantes á que me sirvan á espresar lo que pienso. Sé cerca de mil palabras, y en rigor no necesito de mas, aunque haya cien mil en los diccionarios, si no me equivoco. No seré quizás elocuente, pero me daré á entender, y con esto me basta.

De cada vez mas maravillado, comenzaban á parecer sobrenaturales á Edmundo las facultades de aquel hombre. Puso empeño en cogerle flaco en algun punto, y continuó:

—Pero si no os han dado plumas ¿cómo habeis podido escribir esa obra tan voluminosa?

—He hecho plumas escelentes que, á ser conocidas, las preferiria todo el mundo, con los cartílagos de la cabeza de esas enormes pescadillas que algunas veces nos dan á comer los dias de vigilia. Por esto veo con mucho placer llegar los miércoles, los viernes y los sábados, porque espero aumentar mi provision de plumas, y porque son mi tarea mas dulce los trabajos históricos, yo lo confieso. Engolfándome en lo pasado me olvido de lo presente; volando libre y á mis anchas por la historia, me olvido de que estoy preso.

—Pero ¿y la tinta? ¿con qué la habeis hecho? dijo Dantés.

—En otros tiempos, contestó Faria, habia en mi calabozo una chimenea, que sin duda estuvo tapiada antes de mi venida; pero por espacio de muchos años han encendido en ella lumbre, puesto que todo el cañon está cubierto de hollin. He disuelto este hollin en el vino que me dan todos los domingos, y cátese una tinta magnífica. Para las notas, y para aquellos pasajes que han de atraer poderosamente la atencion de los lectores, me pico los dedos y los escribo con mi sangre.

—Y ¿cuándo podré yo ver todo eso? le preguntó Dantés.

—Cuando querais, respondió Faria.

—¡Oh! ¡al punto! ¡al punto! esclamó el jóven.

—Pues seguidme.

Y penetró el abate en el camino subterráneo, seguido á poco de Dantés.

CAPITULO XVII.

EL CALABOZO DEL ABATE.

Andando casi á gatas, aunque no muy difícilmente, por el camino subterráneo, llegó Dantés á su estremo opuesto, que lindaba con el calabozo del abate. Allí el paso era mas difícil, y tan estrecho, que apenas bastaba á un hombre.

El calabozo del abate estaba embaldosado: en levantar una de estas baldosas del rincon mas oscuro fué en lo que empezó la maravillosa empresa cuyo término habia visto Dantés.

Apenas estuvo en él, y de pié todavía, púsose el jóven á examinar el cuarto con suma atencion. Al primer golpe de vista nada tenia de particular.

—Bueno, dijo el abate: no son mas que las doce y cuarto: podemos disponer aun de algunas horas.

Dantés miró en torno suyo buscando el reloj, en que el abate habia podido ver la hora tan sobreseguro.

—Reparad, le dijo Faria, ese rayo de luz que entra por mi ventana, y reparad en la pared las líneas que yo he trazado. Gracias á esas líneas, combinadas con el doble movimiento de la tierra, y la elipse que ella describe enderredor del sol, sé con mas exactitud la hora que si tuviese un reloj, porque el reloj se descompone, y el sol y la tierra no se descomponen nunca.

Nada habia comprendido Dantés de esta esplicacion. Al ver salir el sol detrás de las montañas y ponerse en el Mediterráneo, siempre habia creido que era el sol quien giraba, no la tierra. Este doble movimiento del globo que habitamos, y que él sin embargo no echaba de ver, le parecia casi imposible; con que en cada una de las palabras de su interlocutor entrevia misterios profundos de ciencia tan admi-

rables, como las minas de oro y de diamantes que visitó años atrás en un viaje que hizo á Guzarate y Golconda.

—Vamos, vamos, dijo al abate. Ardo en deseos de examinar vuestros tesoros.

Dirigiose Faria á la chimenea, y levantó, con ayuda del cincel que tenia siempre en la mano, la piedra que en otro tiempo sirvió de hogar, que ocultaba un nal del abate, y Dantés, como provenzal, conocia perfectamente este idioma.

—Mirad, ya está acabada. Hace ocho dias que he escrito la palabra *fin* en el lienzo sexagésimoctavo. Me he quedado sin dos camisas y sin todos mis pañuelos; pero si algun dia salgo de aquí, y si encuentro en la Italia entera un impresor que se atreva á imprimirla, tengo asegurada mi reputacion.

Y penetró el abate en el camino subterráneo, seguido á poco de Dantés.

hoyo bastante profundo. En este hoyo estaban guardados todos los objetos de que habló á Dantés.

—¿Qué quereis ver primero? le preguntó.

—Enseñadme vuestra obra sobre Italia.

Sacó Faria al oir esto de su precioso armario tres ó cuatro rollos de lienzo, semejantes á hojas de papirus. Eran retazos de tela, de cuatro pulgadas sobre poco mas ó menos de ancho y diez y ocho de largo. Estaban todos numerados y llenos de una escritura que Dantés pudo leer, porque era italiana, lengua mater-

—Sí, respondió Dantés, bien lo veo. Enseñadme ahora, yo os lo suplico, las plumas con que habeis escrito esta obra.

—Vedlas, dijo Faria.

Y enseñó al jóven un palito como de seis pulgadas de largo, y como el mango de un pincel de grueso, á cuyo estremo habia puesto y atado con un hilo uno de los tales cartílagos, aun manchado en la tinta de que habló á Dantés. Era picudo, y tenia puntos como una pluma ordinaria.



Dantés lo examinó, buscando con los ojos por el cuarto el instrumento con que habia sido cortado.

—¡Ah! buscais el cortaplumas, ¿no es verdad? le dijo Faria. Esa es mi obra maestra. Lo he hecho, así como este cuchillo, del hierro de un candelero viejo.

El cortaplumas cortaba como una navaja de afeitar, y en cuanto al cuchillo, reunia la ventaja de poder servir de cuchillo y de puñal.

Dantés examinó estos objetos con la misma atencion con que en las tiendas de bisutería de Marsella habia examinado otras veces las chucherías construidas por los salvajes, y traidas de los mares del Sud por marinos aventureros.

—En cuanto á la tinta, dijo Faria, ya estais enterado; sabed además que la voy haciendo á medida que la necesito.

—Me admira sin embargo una cosa, dijo Dantés, y es que los dias os hayan bastado para trabajos tan grandes.

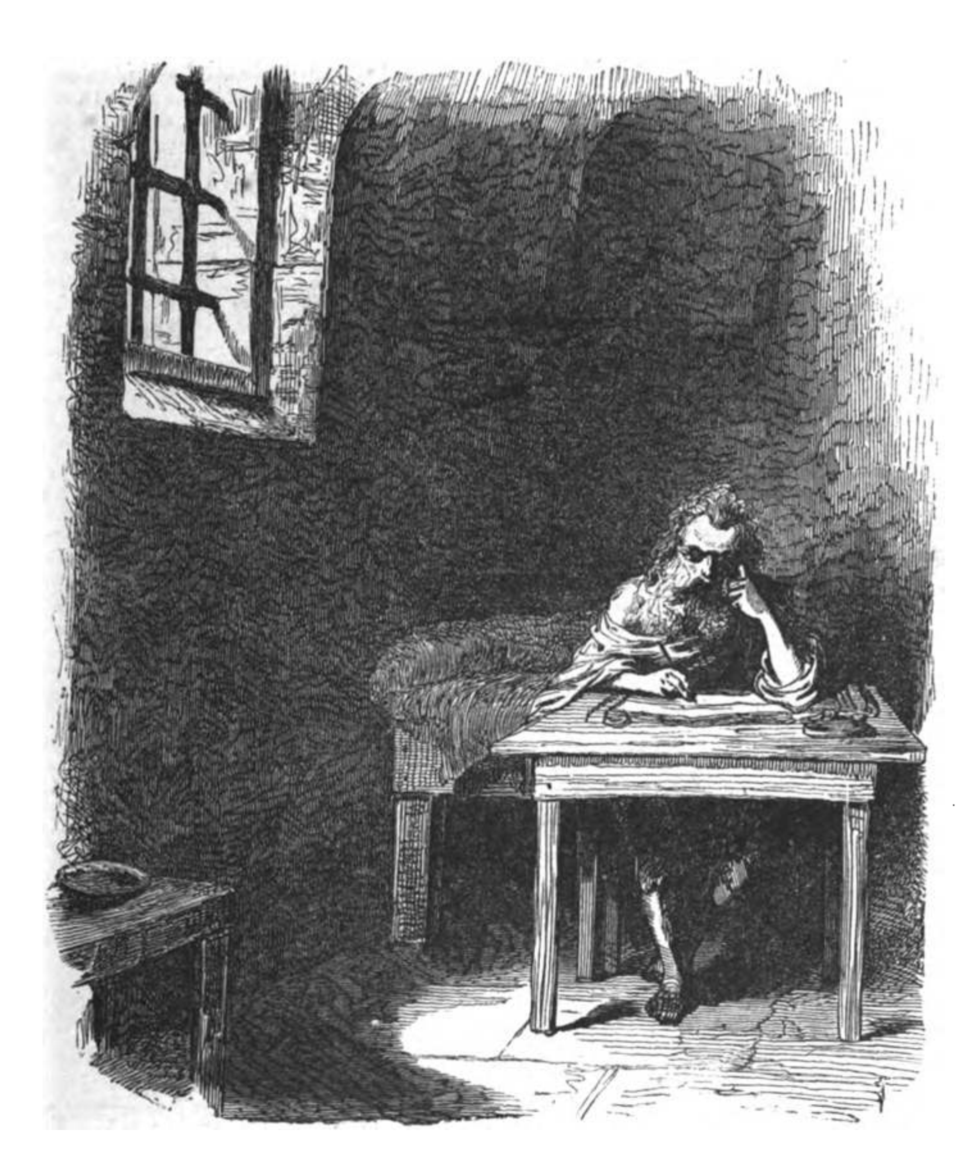
—Tenia tambien las noches, respondió Faria.

—¿Sois como los gatos? ¿veis á oscuras?

—No, pero Dios ha dado al hombre la inteligencia, para remediar la pobreza de sus sentidos; la luz me la he procurado.

—¿Cómo?

—De la comida que me traen, estraigo la grasa, la derrito, y saco una especie de aceite muy espesa; mirad mi bujía.



El calabozo del abate Faria.

Y el abate enseñó á Dantés una especie de lamparilla, semejante á las que se suelen usar en los festejos públicos.

—¿Pero y el fuego?

—¿No veis ahí pedernal y algodon quemado? con pretesto de una enfermedad cutánea pedí un poco de azufre, que me concedieron.

Puso Dantés sobre la mesa los objetos que tenia en la mano, é inclinó la cabeza humillado por aquella perseverancia y aquella fortaleza de espíritu.

—Y esto no es todo, prosiguió Faria, porque nadie debe de tener sus tesoros en un mismo sitio: acabemos en esto.

Y colocaron la baldosa en su sitio. Echó un poco de tierra por encima el abate, la pisoteó para que desapareciese todo rastro de solucion de continuidad, y en seguida separó su cama del sitio en que estaba.

Detrás de la cabecera, oculto con una piedra que lo cerraba casi herméticamente, habia un agujero que

—¿Pero no echaron de ver que las sábanas de vuestra cama se iban quedando sin tejido?

—No, que yo las cosia.

—¿Con qué?

—Con esta aguja.

Y de entre un harapo de su vestido sacó el abate una espina larga y afilada que llevaba consigo.

—Sí, prosiguió Faria, tuve primeramente intenciones de limar los hierros y huir por esa ventana, que

Y de entre un harapo de su vestido sacó el abate una espina larga y afilada que llevaba consigo.

contenia una escala de cuerda de veinticinco á treinta piés de larga.

Dantés la examinó convenciéndose de su perfeccion.

—¿Quién os dió la cuerda que habreis necesitado para esta obra maravillosa?

—Primeramente algunas camisas que yo tenia, y después la ropa de mi cama que he deshilachado en los tres años de mi prision en Fenestrelle. Cuando me trasportaron al castillo de If hallé medio para traerme las hilas, y aquí he continuado mi tarea.

como veis es mas grande que la vuestra, y aun la hubiese agrandado para escaparme; pero descubrí que caia á un patio interior y renuncié á mi proyecto por aventurado. Conservo sin embargo la escala para cualquier caso imprevisto, para una de esas fugas que proporciona la casualidad, como enantes os decia.

Aunque pareciese que Dantés examinaba la escala, en realidad pensaba en otra cosa. Se le habia ocurrido de repente que aquel hombre tan ingenioso, tan sabio, tan profundo, quizás acertaria á ver claro en



las tinieblas de su propia desgracia, que él nunca habia podido penetrar.

—¿En qué pensais? le preguntó el abate con sonrisa, tomando el ensimismamiento de Dantés por una admiracion llevada hasta el éstasis

—Pienso en primer lugar en la inmensa inteligencia que habeis empleado para llegar á esta situacion. ¿Qué hubierais hecho gozando de libertad?

—Acaso nada; acaso mi cerebro exuberante se hubiera evaporado en cosas pequeñas. Así como es necesaria la presion para hacer estallar la pólvora, así el infortunio es necesario tambien para descubrir ciertas minas misteriosas ocultas en la inteligencia humana. La prision ha condensado todas mis facultades intelectuales en un solo punto, que por ser estrecho ha ocasionado que ellas choquen unas con otras. Como ya sabeis, del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad el rayo, y del rayo la luz.

—Yo no sé nada, contestó Dantés humillado por su ignorancia: casi todas las palabras que pronunciais estan para mí vacías de sentido. ¡Cuán feliz sois en saber tanto!

El abate se sonrió.

—¿No deciais ahora poco que pensabais en dos cosas?

—Sí.

—Solo me habeis dicho la primera. ¿Cuál es la segunda?

—La segunda es que vos me habeis contado vuestra historia, y yo no os he contado la mia.

—Vuestra historia, jóven, es harto breve para que pueda contener sucesos de importancia.

—Contiene sin embargo, repuso Dantés, una desgracia inmensa, una desgracia inmerecida; y quisiera para no blasfemar de Dios, como lo he hecho hartas veces, poder quejarme de los hombres.

—¿Os creeis inocente del delito que se os imputa?

—De todo en todo. Lo juro por las únicas personas caras á mi corazon, por mi padre y por Mercedes.

—Vamos, contadme vuestra historia, dijo el abate cerrando su escondrijo y volviendo á poner la cama en su lugar.

Entonces le contó Dantés lo que él llamaba su historia, que se limitaba á un viaje á la India, y dos ó tres á Levante, llegando al fin á su último viaje, á la muerte del capitan Leclerc; al encargo que le dió para el gran mariscal, á su plática con este, á la carta que le confió para un tal Mr. Noirtier, á su llegada á Marsella, á su entrevista con su padre, á sus amores, á su desposorio con Mercedes, á la comida de aquel dia, y por último, á su arresto, á su interrogatorio, á su prision provisional en el palacio de Justicia, y á su traslacion definitiva al castillo de If. Desde este punto Dantés nada mas sabia, ni aun el tiempo que llevaba de prision.

Acabado su relato, el abate se puso á reflexionar profundamente.

Despues de un corto espacio, dijo:

—Hay en legislacion un axioma profundísimo, que prueba lo que hace poco yo os decia, esto es, que á no nacer los malos pensamientos de una organizacion mala tambien, el crímen repugna á la humana naturaleza. Sin embargo, la civilizacion nos ha creado necesidades, vicios y falsos apetitos, cuya influencia llega tal vez á ahogar en nosotros los buenos instintos, arrastrándonos al mal. De aquí nace esta máxima:—Para descubrir al culpable, averiguad quién se aprovecha del crímen. ¿Quién pudo aprovecharse de vuestra desaparicion?

—Nadie. ¡Dios mio! ¡yo era tan poca cosa!

—No respondais así, que falta á vuestra respuesta lógica y filosofía. Todo es relativo, mi caro amigo, desde el rey, que estorba á su futuro sucesor, hasta el empleado, que estorba á su supernumerario. Si el rey muere, el sucesor hereda una corona: si el empleado muere, el supernumerario hereda su sueldo y sus gajes. Este sueldo es su lista civil, su presupuesto; necesita de él para vivir, como el rey necesita de sus millones. En torno de cada individuo, así en lo mas alto como en lo mas bajo de la escala social, se agrupa constantemente un mundo entero de intereses, con sus torbellinos y sus átomos, como los mundos de Descartes. Estos mundos van agrandándose á medida que suben; son una como espiral truncada, que por un juego de equilibrio se sostiene sobre su punta. Volvamos, pues, á vuestro mundo. ¿Con que ibais á ser nombrado capitan del *Faraon?*

—Sí.

—¿E ibais á casaros con una jóven muy linda?

—Sí.

—¿Podia interesar á álguien que no fueseis capitan del *Faraon?* ¿Podia interesar á álguien que no os caseis con Mercedes? Responded á mi primera pregunta ante todo. El órden es la llave de los problemas. ¿Podia interesar á álguien que no fueseis capitan del *Faraon?*

—No, que yo era muy querido á bordo. Si los marineros hubiesen podido elegir su jefe, estoy seguro de que yo seria el electo. Un solo hombre estaba algo picado conmigo, porque cierto dia tuvimos una disputa, le desafié, y no aceptó.

—Vamos, vamos. ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Danglars.

—¿Cuál era su empleo á bordo?

—Inspector responsable.

—Si hubieseis llegado á ser capitan ¿le conservariais en su empleo?

—No, á depender de mí, porque creí encontrar en sus cuentas algun renuncio.

—Bien. Decidme ahora: ¿presenció álguien vuestra última entrevista con el capitan Leclerc?

—No, que estábamos solos.

—¿Pudo oir álguien la conversacion?

—Sí, que la puerta estaba abierta, y aun... esperad... sí .. sí... Danglars pasó justamente en el momento en que el capitan Leclerc me entregó la carta para el gran mariscal.

—Bien, murmuró el abate, ya dimos con la pista. ¿Cuando desembarcasteis en la isla de Elba os acompañó álguien?

—Nadie.

—¿Y os entregaron una carta?

—Sí, el gran mariscal.

—¿Qué hicisteis de ella?

—La guardé en mi cartera.

—¿Llevabais vuestra cartera? ¿Y cómo una cartera capaz de contener una carta oficial podia caber en el bolsillo de un marinero?

—Teneis razon. Mi cartera estaba á bordo.

—¿Y á bordo fué donde colocasteis en ella la carta?

—Sí.

—Desde Porto-Ferrajo á bordo ¿qué hicisteis de la carta?

—La tuve en la mano.

—Cuando abordasteis de nuevo al *Faraon*, ¿pudieron ver todos que llevabais una carta?

—Sí.

—¿Y Danglars tambien?

—Tambien Danglars.

—Poco á poco. Escuchad bien: refrescad vuestra memoria. ¿Os acordais de los términos en que estaba escrita la denuncia?

—¡Oh! sí, sí, la he leido y releido muchas veces, y tengo sus palabras muy presentes.

—Repetídmelas.

Dantés se recogió en su interior un momento, y repuso:

—Así decia testualmente.

«Un amigo del trono y de la religion previene al señor procurador del rey, que un tal Edmundo Dantés,

segundo del *Faraon*, que arribó esta mañana de Smirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de este otra carta para la junta bonapartista de Paris.

»Fácilmente se tendrá la prueba de su crimen prendiéndole, porque la carta se hallará en su poder, ó en casa de su padre, ó en su camarote, á bordo del *Faraon*.»

—Una letra contrahecha, ¿no es verdad?

—Muy correcta era para contrahecha.

—Esperad.

Y esto diciendo, cogió el abate su pluma, ó lo que él llamaba pluma, la mojó en tinta, y escribió con la mano izquierda en un lienzo de los que tenia preparados, los dos ó tres primeros renglones de la denuncia.

Dantés retrocedió, mirando como espantado al abate.



—No, él me hubiera asesinado simplemente.

El abate se encogió de hombros.

—Eso está claro como la luz del dia, dijo, y es necesario tener un alma muy buena, muy inocente, para no haberlo adivinado desde luego.

—¿Lo creeis así? esclamó Dantés. ¡Oh! ¡seria una accion infame!

—¿Cuál era la letra ordinaria de Danglars?

—Cursiva, y muy hermosa.

—¿Y la del anónimo?

—Una letra trasversal.

El abate se sonrió.

—¡Oh! ¡es admirable! esclamó. ¡Cómo se parece esa letra á la otra!

—Es que sin duda se escribió la denuncia con la mano izquierda. Tengo hecha una observacion, prosiguió el abate.

—¿Cuál?

—Todas las letras escritas con la mano derecha son várias, y son todas semejantes las escritas con la mano izquierda.

—¡Cuánto habeis visto! ¡cuánto habeis observado!

—Continuemos.
—¡Oh! sí, sí.
—Pasemos á mi segunda pregunta.
—Ya os escucho.
—¿Podia interesar á alguien que no os casarais con Mercedes?
—Sí, á un jóven que la amaba.
—¿Su nombre?
—Fernando.
—Ese nombre es español.
—El era catalán.
—Y ¿le creeis hombre para escribir esa carta?
—No, él me hubiera asesinado simplemente.
—Eso es muy español. Un asesinato sí, una bajeza, no.
—Además, ignoraba todos los pormenores que contiene la denuncia, prosiguió Dantés.
—¿No se los habiais contado á nadie?
—A nadie.
—¿Ni á vuestra novia?
—Ni á mi novia.
—Luego Danglars fué.
—¡Oh! ahora estoy seguro.
—Esperad un poco... ¿Conocia Danglars á Fernando?
—No... sí... ya recuerdo...
—¿Qué?
—La antevíspera de mi boda los ví sentados juntos á la puerta de la taberna de Pánfilo. Danglars estaba afectuoso y burlon juntamente, y Fernando pálido y como turbado.
—¿Estaban solos?
—No, los acompañaba un tercero, conocido mio, y que fué sin duda el que los relacionó... un sastre llamado Caderousse; pero estaba ya borracho... Esperad, esperad... ¿cómo no he recordado esto antes de ahora? Junto á su mesa habia un tintero... papel y pluma... (Edmundo se llevó la mano á la frente.) ¡Oh! ¡infames! ¡infames!
—¿Quereis saber algo mas? le dijo el abate sonriendo.
—Sí, sí: puesto que veis claro en todo, y todo lo adivinais, quiero saber por qué no he sufrido sino un interrogatorio solamente, por qué no me han juzgado, por qué me han condenado sin oirme.
—¡Oh! eso es mas difícil, dijo el abate. La policía tiene misterios casi imposibles de penetrar. Lo averiguado hasta ahora en eso de vuestros dos enemigos, es una bagatela. En esto de la justicia tendreis que darme pormenores mas minuciosos.
—Interrogadme, pues, porque á decir verdad, mas claras veis vos mis cosas que yo mismo.
—¿Quién os hizo el interrogatorio? ¿El sustituto, el procurador del rey, ó el juez de instruccion?
—El sustituto.
—¿Era jóven ó viejo?
—Jóven, como de veintisiete á veintiocho años.
—Bien, no estaria corrompido aun; pero ya podia ser ambicioso, dijo el abate. ¿Cómo se portó con vos?
—Antes blando que no severo.
—¿Se lo contasteis todo?
—Todo.
—¿Varió su conducta en el curso del interrogatorio?
—Un tanto: cuando leyó la denuncia, parecióme que sentia mi desgracia.
—¿Vuestra desgracia?
—Sí.
—¿Estais seguro de que era vuestra desgracia lo que sentia?
—A lo menos me dió una prueba muy grande.
—¿Cuál?
—Quemó el único documento que podia comprometerme.
—¿Qué documento? ¿la denuncia?
—No, la carta.
—¿Estais seguro?
—Lo ví con mis propios ojos.
—La cuestion varía. Ese hombre puede ser mas malo de lo que os imaginais.
—¡Me haceis temblar! dijo Dantés. ¿Que no estará poblado el mundo sino de tigres y cocodrilos?
—Sí, con la diferencia de que los tigres y cocodrilos de dos piés, son mas terribles que los otros.
—Sigamos, sigamos.
—En buen hora. ¿Con que quemó la carta?
—Sí, diciéndome por añadidura:—«Ya veis, esta es la única prueba que existe contra vos, y la destruyo.»
—Muy sublime es esa conducta para ser natural.
—¿De veras?
—Estoy seguro. ¿A quién iba dirigida la tal carta?
—A Mr. Noirtier, calle de Coq-heron, núm. 13, en París.
—¿Y no sospechais que al sustituto pudiera interesarle que desapareciese esa carta?
—Quizás; porque diciéndome que por mi interés lo hacia, me obligó á jurarle dos ó tres veces que á nadie hablaria de la carta, ni menos de la persona á quien iba dirigida.
—¡Noirtier! ¡Noirtier! murmuró el abate. Yo he conocido un Noirtier en la corte de la antigua reina de Etruria, un Noirtier que habia sido girondino en tiempo de la revolucion. ¿Cómo se llamaba el sustituto de que hablais?
—Villefort.
El abate se echó á reir á carcajadas.
Dantés le miraba estupefacto.
—¿De qué os reis?
—¿Veis ese rayo de luz? le preguntó Faria.
—Sí.
—Pues todo está ya tan claro como ese rayo trasparente. ¡Pobre niño! ¡pobre jóven! ¿Con que era muy bondadoso el magistrado?
—Sí.
—¿Con que el digno sustituto quemó la carta?
—Sí.
—¿Con que el honrado abastecedor del verdugo os hizo jurar que á nadie hablariais de Noirtier?
—Sí.
—Pues ese Noirtier, pobre ciego que sois; ese Noirtier ¿no sabeis quién era? Ese Noirtier era su padre.
Un rayo caido á sus piés, abriendo para tragarle la boca del infierno, hubiera causado á Edmundo menos impresion que aquellas palabras inesperadas. Como un loco recorría la habitacion, sujetándose la cabeza con las manos por temor de que estallara.
—¡Su padre! ¡su padre! esclamaba al mismo tiempo.
—Sí, su padre, que se llama Noirtier de Villefort, repuso el abate.
Entonces un resplandor vivísimo iluminó la inteligencia del preso. Todo lo que hasta entonces le habia parecido oscuro, le fué ya indudable y claro. Las bruscas alteraciones de Villefort durante el interrogatorio, la carta quemada, el juramento que le exigió, el tono casi de súplica del magistrado, que en vez de amenazar parecia que rogase... todo le vino á la memoria. Lanzó un grito, vaciló un instante como si estuviera borracho, y lanzándose al agujero que conducia á su calabozo, esclamó:
—¡Oh! necesito estar solo para pensar en todo esto.
Y al llegar al calabozo se arrojó sobre la cama, donde le halló por la noche el carcelero, sentado, con los ojos fijos, las facciones contraidas, é inmóbil y mudo como una estatua.
Durante aquellas horas de meditacion que habian pasado como instantes, tomó una resolucion terrible é hizo un juramento atroz.
Una voz sacó á Edmundo de estas abstracciones,

era la del abate Faria, que habiendo recibido tambien la visita del carcelero, venia á convidar á Edmundo á comer. Su cualidad de loco, y en particular de loco divertido, le proporcionaba algunos privilegios, como son un pan mas blando y una copa de vino los domingos. Justamente aquel dia era domingo, y el abate brindaba á su jóven compañero con la mitad de su pan y su vino.

Dantés se sonrió, y dijo:

—Hablemos de otra cosa.

Contemplole el abate todavía un momento, y bajó tristemente la cabeza. Luego, como Dantés le habia exigido, se puso á hablar de otra cosa.

El anciano era uno de esos hombres cuya conversacion, como la de todos aquellos que han sufrido mucho, á par que sirve de enseñanza, interesa y con-

Un rayo caido á sus piés, abriendo para tragarle la boca del infierno, hubiera causado á Edmundo menos impresion que aquellas palabras inesperadas.

Dantés le siguió.

Se habia su rostro desarrugado; pero al recobrar su ordinario aspecto le quedaba un no sé qué de sequedad y firmeza, que demostraban una resolucion invariable.

Faria le contempló fijamente.

—Siento por vida mia, le dijo, el haberos ayudado en vuestras averiguaciones de ayer y el haberos dicho lo que os dije.

—¿Por qué? le preguntó Dantés.

—Porque he engendrado en vuestro corazon un sentimiento que antes desconocia: la venganza.

mueve; empero no era egoista, que nunca hablaba de sus desgracias.

Admirado escuchaba Dantés cada una de sus palabras: unas le revelaban ciertas ideas, de que él ya tenia nocion por rozarse con la marina, que profesaba; y otras, referentes á cosas desconocidas, le abrian horizontes nuevos, como esas auroras boreales que alumbran á los navegantes en las regiones del austro. Con esto comprendió Dantés cuánta felicidad seria para una inteligencia bien organizada, seguir á la del abate en su vuelo por las esferas morales, filo-

sóficas y sociales, en que ordinariamente se cernia.

—Debiais de enseñarme algo de lo que sabeis, aunque no fuese sino para no cansaros de mí, le dijo una vez. Paréceme que la soledad os seria preferible á un compañero sin educacion ni modales, como yo. Si accedeis á lo que os pido, me comprometo á no hablaros de hoy mas de la fuga.

El abate se sonrió.

—¡Ay hijo mio! le contestó: el saber humano es tan limitado, que cuando os enseñe las matemáticas, la física, la historia y las tres ó cuatro lenguas que poseo, sabreis tanto como yo. Pues todo eso apenas tardará dos años en pasar de mi cabeza á la vuestra.

—¡Dos años! esclamó Dantés. ¿Creeis que podré aprender tantas cosas en dos años?

—En su aplicacion, no, en sus principios, sí. Aprender no es saber: de aquí nacen los eruditos y los sabios: la memoria hace á los unos, y la filosofía á los otros.

—Pero ¿no se puede aprender la filosofía?

—La filosofía no se aprende. La filosofía es el matrimonio de las ciencias con el genio que las aplica. La filosofía es la nube resplandeciente en que puso Dios el pié para subir á la gloria.

—Veamos, dijo Dantés. ¿Qué me enseñareis primero? Ardo en ánsias de empezar; me abraso en sed de ciencia.

—Todo, contestó el abate.

Con efecto, aquella noche imaginaron los dos presos un sistema de educacion, que desde el dia siguiente se puso en práctica. Tenia Dantés una memoria prodigiosa, y una estremada facilidad en concebir las ideas. La disposicion matemática de su inteligencia le predisponia á comprenderlo todo con ayuda del cálculo, á par que el instinto poético del marino corregia lo que hubiese de aridez sobrada y materialismo en la demostracion reducida á números ó á líneas. El ya sabia, como se ha dicho, el italiano y un poco del romaico, aprendido en sus viajes á Oriente. Estas dos lenguas le hicieron comprender fácilmente el mecanismo de las demás, con que á los seis meses empezaba á hablar el español, el inglés y el aleman.

Segun habia prometido á Faria, bien que la distraccion del estudio le sirviese como de libertad, ó que él fuese rígido cumplidor de su palabra, como lo hemos visto, no hablaba ya de escaparse, y los dias pasaban para él tan rápidos como instructivos.

Al año era ya otro hombre.

Por lo tocante al anciano Dantés reparaba que á pesar de la distraccion que en su cautividad le habia ocasionado su compañía, de cada vez se iba poniendo mas taciturno. De un pensamiento eterno é incesante parecia dominado, caia en profundas abstracciones, suspiraba involuntariamente, se incorporaba de súbito, y cruzando los brazos se ponia á dar vueltas taciturno por su calabozo.

Cierto dia se paró de repente en medio de uno de esos círculos que sin tregua trazaba en derredor de la estancia, y dijo:

—¡Ah! ¡si no hubiera centinela!

—No habrá centinela como vos querais, respondió Dantés, que habia seguido el curso de su pensamiento á través de las arrugas de su frente, como á través de un cristal.

—Ya os dije que el crimen me repugna, repuso el abate.

—Y sin embargo, si cometiéramos ese crimen, seria por instinto de conservacion, por un sentimiento de defensa personal.

—No importa, yo no podria...

—Pero ¿pensais en ello?

—A todas horas, á todas horas, murmuró el abate.

—Y habeis encontrado algun medio, ¿no es verdad? dijo Edmundo con presteza.

—Sí, como pusieran en la galería un centinela ciego y sordo.

—Será ciego y sordo, respondió Dantés con una resolucion que espantó al abate.

—¡No! ¡no! ¡imposible! esclamó este.

Dantés quiso proseguir hablando de aquello; pero Faria meneó la cabeza, y se negó á responder mas.

Tres meses pasaron.

—¿Teneis fuerzas? le preguntó el abate un dia.

Dantés, sin responderle, cogió el cincel, lo dobló como un cayado, y lo volvió luego á su forma primitiva.

—¿Os obligais á no matar al centinela sino en el último estremo?

—Bajo palabra de honor.

—Entonces podemos ejecutar nuestro plan, dijo el abate.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para ejecutarlo?

—Lo menos un año.

—Pero, ¿cuándo pueden empezar nuestros trabajos?

—Al instante.

—Ya lo veis, hemos perdido un año, esclamó Dantés.

—¿Creeis que lo hayamos perdido? le replicó el abate.

—¡Oh! ¡perdonadme! esclamó Edmundo como con vergüenza.

—¡Callad! el hombre siempre es hombre, y vos uno de los mejores que yo haya conocido. Oid mi plan.

Acto continuo el abate enseñó á Dantés un plano que habia trazado, conteniendo su calabozo, el de Dantés, y la escavacion que juntaba uno con otro. En medio de esta escavacion abrian un ramal semejante á los que se abren en las minas: por él llegaban á la galería del centinela, y una vez allí, desprendian del suelo una baldosa, que en un momento dado se hundiria bajo el peso del centinela, que desapareceria en la escavacion. Entonces Edmundo se abalanzaba á él, cuando aturdido con el golpe de la caida no pudiera defenderse, le sujetaba, le ataba, y luego, saliendo por una de las ventanas de aquella galería, se descolgaban ambos de la muralla esterior, para lo cual les serviria la escala del abate.

Este plan era tan sencillo, que no podia menos de salir bien: Dantés lo aprobó palmoteando. Sus ojos brillaban de alegría. Desde aquel punto se pusieron á trabajar los mineros con tanto mas ardor cuanto que habian descansado mucho tiempo, y aquel trabajo, segun todas las probabilidades, no era sino la continuacion del pensamiento íntimo y secreto de cada uno de ellos.

Nada los interrumpia, y solamente á ciertas horas se separaban para recibir cada uno la visita de su carcelero. Se habian además acostumbrado tanto á distinguir el rumor imperceptible de los pasos de este hombre cuando bajaba la escalera, que nunca sorprendió ni á uno ni á otro.

La tierra que sacaban de la nueva mina, que hubiera atestado sin duda la cavidad de la antigua, la arrojaban puñado á puñado con precauciones inauditas por una ó por otra ventana, así del calabozo de Dantés como del abate, pulverizándola con mucho esmero, y el viento de la noche se la llevaba sin dejar rastro alguno.

Mas de un año pasó en esta labor, ejecutada con un cincel, un cuchillo y una palanca de madera. En este tiempo, y al paso que trabajaban, el abate seguia instruyendo á Dantés, hablándole ora en una lengua ora en otra, enseñándole la historia de los pueblos y la de los grandes hombres que dejan en pos de sí de siglo en siglo una de esas estelas brillantes que se llaman gloria. Hombre de mundo Faria, y del gran mundo, tenia además en sus maneras una como grandeza melancólica que Dantés supo convertir, gracias al espíritu de asimilacion con que le habia dotado la natu-

raleza, en la finura elegante que le faltaba, y en esas maneras aristocráticas que no se adquieren sino con las costumbres y el continuo trato de las clases elevadas ó de los hombres superiores.

A los quince meses la escavacion estaba terminada debajo de la galería. Oíanse los pasos del centinela, y los dos obreros, precisados á esperar una noche sin luna para que su evasion tuviese mas probabilidades

—¡Oh Dios mio! esclamó Dantés: ¿que es eso? ¿qué teneis?

—¡Pronto! ¡pronto! respondió Faria: escuchadme.

Contempló Dantés su rostro lívido, sus ojos circundados de una aureola negruzca, sus labios blancos, sus cabellos erizados, y lleno de terror dejó caer al suelo el cincel que en la mano tenia.

—Pero ¿qué sucede? esclamó luego.

Contempló Dantés su rostro lívido, sus ojos circundados de una aureola negruzca, sus lábios blancos, sus cabellos erizados, y lleno de terror dejó caer al suelo el cincel que en la mano tenia.

aun de buen éxito, solo un temor tenian, y era que el suelo, falto de su base, se hundiera por sí mismo bajo los piés del soldado. Este inconveniente se remedió un si es no es, colocándo una especie de puntal que habian hallado en sus escavaciones. Ocupado en asegurarlo estaba Dantés, cuando oyó de repente al abate Faria, que se habia quedado en el calabozo del jóven aguzando una clavija para asegurar la escala, oyó, repetimos, que lo llamaba con acento de suma angustia. Acudió Dantés al punto y encontró al abate de pié en medio de la estancia, pálido, con las manos crispadas, é inundada la frente de sudor.

—¡Soy perdido! dijo el abate: escuchadme. Una enfermedad horrible y acaso mortal va á acometerme; ya la siento llegar, ya la siento. El año anterior á mi prision me acometió tambien. Solo un remedio tiene, y os lo voy á decir: corred á mi calabozo, levantad el pié de mi cama, que está hueco, y allí encontrareis un frasquito de cristal medio lleno de un líquido rojo: traédmele... O si no... antes... es verdad: podrian sorprenderme fuera de mi calabozo... ayudadme á volver, ahora que tengo algunas fuerzas tadavía. ¿Quién sabe lo que va á suceder, ni cuánto tiempo durará el ataque?

Dantés sin aturdirse, aunque aquella desgracia



fuese inmensa, bajó á la escavacion remolcando, por decirlo así, á su cuitado compañero, y con muchísimo trabajo pudo llegar al calabozo del abate, á quien acostó en su cama.

—Gracias, le dijo este, tiritando de piés á cabeza como si acabase de tomar un baño de hielo. Siento que la enfermedad se acerca: voy á quedar cataléptico: acaso no haré ni un movimiento siquiera: acaso ni podré quejarme tampoco; pero acaso tambien echaré espuma por la boca, y gritaré y batallaré con estremo. Procurad que no oigan mis gritos, que es lo mas importante, porque quizás me trasladarian á otro calabozo, separándonos para siempre. Cuando me veais inmóbil, frío y como muerto, solo entonces, tenedlo bien entendido, me separareis los dientes con el cuchillo, me echareis en la boca ocho ó diez gotas de ese licor, y acaso volveré á la vida.

—¿Acaso? esclamó dolorosamente Dantés.

—¡Acudid!... ya... acudid, esclamó el abate; yo..... me... mue...

El ataque fué tan violento y súbito, que ni aun pudo el desgraciado preso terminar la frase: una nube envolvió su frente, rápida y sombría como las tempestades del mar: la crisis dilató sus ojos, torció su boca, y puso color en sus mejillas: rugió, forcejeó, vomitó espuma; pero Dantés ahogó sus gritos con la ropa de la cama, segun se lo habia recomendado.

Esto duró dos horas. Después, inerte como una masa, mas pálido y mas frio que el mármol, y mas destrozado que una caña que se pisotea, se agitó violentamente en una postrera convulsion, y se puso lívido.



Cogió entonces el cuchillo, introdujo la punta entre los dientes, separó con muchísimo trabajo las mandíbulas crispadas, le echó, contándolas con exactitud, diez gotas de aquel licor rojo, y esperó el resultado.

Solo esto esperaba Edmundo: solo que aquella muerte aparente se hubiese apoderado de todo el cuerpo, frio hasta en el corazon. Cogió entonces el cuchillo, introdujo la punta entre los dientes, separó con muchísimo trabajo las mandíbulas crispadas, le echó, contándolas con exactitud, diez gotas de aquel licor rojo, y esperó el resultado.

Dos horas pasaron sin que el viejo hiciera movi-



miento alguno. Temió Dantés haber acudido demasiado tarde, y le contemplaba fijamente con las dos manos enlazadas á sus cabellos. Al fin una tinta casi imperceptible coloreó sus mejillas; sus ojos, constantemente abiertos é inmóbiles, volvieron á mirar; un débil suspiro salió de su boca, é hizo un movimiento.

—¡Se ha salvado! ¡se ha salvado! esclamó Dantés.

El enfermo, que no podia hablar aun, le designó la puerta con una ansiedad visible. Púsose Dantés á escuchar, y oyó con efecto los pasos del carcelero. Iban á dar las siete: Dantés no habia podido ocuparse en calcular el tiempo.

Al punto se precipitó por el agujero, volvió á colocar la baldosa sobre su cabeza, y pasó á su calabozo.

Un instante después se abrió la puerta, y el carcelero, como siempre, encontró al jóven sentado en su cama.

Apenas volvia la espalda, apenas se perdia en el corredor el ruido de sus pasos, cuando Dantés, devorado de inquietud, sin pensar en la comida, tomaba otra vez el camino que habia traido, y levantando la baldosa con su cabeza, entró en el calabozo del abate.

Habia este recobrado ya el conocimiento; pero seguia inerte y sin fuerzas tendido en la cama.

—Ya pensé no volveros á ver, dijo á Edmundo.

—¿Por qué? le preguntó el jóven. ¿Pensabais morir?

—No; pero como todo está dispuesto para la fuga, creí que os escapariais.

Los colores de la indignacion subieron al rostro de Dantés.

—¡Sin vos! ¡me habeis creido capaz de escaparme solo! ¿de veras? esclamó.

—Ya veo que me engañaba, dijo el enfermo.—¡Qué debil y que *molido* estoy!

—¡Valor! pronto recobrareis las fuerzas, le dijo Edmundo, sentándose junto á la cama y cogiendo una de sus manos.

El abate meneó la cabeza.

—La otra vez, le dijo, el ataque me duró una hora, y después tuve hambre y pude andar solo. Hoy no puedo levantar mi pierna ni mi brazo derecho; y mi cabeza está aturdida, lo que prueba un derrame cerebral. A la tercera vez quedaré enteramente paralítico ó moriré del ataque.

—No, no, tranquilizaos, no morireis. Cuando os dé, si os da, ese tercer ataque, ya estaremos libres; entonces os salvaremos como ahora y mejor que ahora, porque tendremos todos los auxilios necesarios.

—Amigo mio, le contestó el viejo, no os engañeis á vos mismo. La crisis que acabo de pasar me ha condenado á prision eterna. Para huir es preciso poder andar.

—Pues bien, esperaremos ocho dias, un mes, dos meses si es necesario; que en ese intervalo recobrareis vuestras fuerzas. Todo está preparado para nuestra fuga, y hasta podemos elegir la hora y la ocasion que mas nos convengan. El dia que os sintais capaz de nadar, aquel mismo dia pondremos nuestro proyecto en ejecucion.

—Yo no nadaré de hoy mas, dijo Faria: este brazo está paralítico, y no para un dia, sino para siempre. Levantadlo vos mismo y vereis cuánto pesa.

El jóven levantó aquel brazo, que volvió á caer insensible por su propio peso.

Edmundo exhaló un suspiro.

—¿Estais convencido ya, no es cierto? le preguntó Faria. Creedme: yo sé bien lo que me digo. Desde que sufrí el primer ataque de este mal no he dejado un punto de pensar en él. Ya me lo esperaba, porque es hereditario en mi familia. Mi padre murió al tercer ataque, y mi abuelo tambien. El médico que compuso ese licor, que no es otro que el famoso Cabanis, me predijo la misma suerte.

—¡El médico se engaña! esclamó Dantés. Y tocante á la parálisis, no me importa. Cargaré con vos y nadaré, llevandoos á la espalda.

—Jóven, repuso el abate, sois marino y nadador, y debeis saber por consiguiente que con tal peso ningun hombre nada cincuenta brazas. Cesad de alucinaros con quimeras, que no puede creer ni vuestro mismo corazon, tan generoso. Yo permaneceré aquí hasta que suene la hora de mi libertad, que será la de la muerte. Vos huid, huid. Sois jóven, diestro y fuerte; no os cuideis de mí; os vuelvo vuestra palabra.

—¡Oh! pues tambien permaneceré yo aquí, dijo Edmundo.

Luego, levantándose y estendiendo su mano sobre Faria, añadió solemnemente:

—Por la sangre de Cristo, juro que no os abandonaré hasta la muerte.

El abate contempló á aquel jóven tan noble, tan sencillo, tan grande, leyendo en sus facciones, animadas con el fuego del entusiasmo mas puro, la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Lo acepto, contestó Gracias.

Y añadió tendiéndole la mano:

—Quizás una adhesion tan desinteresada tendrá recompensa algun dia; empero como yo no puedo escaparme y vos no quereis, lo que importa es cegar el subterráneo que hemos hecho debajo de la galería. El soldado puede advertir que el suelo repite el eco de sus pasos, y avisar al gobernador, con que nos descubririan y nos separarian. Id pues á cegarlo vos, ya que no puedo ayudaros por desgracia. Emplead toda la noche si es preciso, y no volvais á verme hasta mañana después de la visita del carcelero. Entonces acaso tendré que deciros alguna cosa importante.

Apretó Dantés la mano de Faria, que le pagó con una sonrisa, y salió de la prision, obediente y respetuoso, como era en todas ocasiones con su anciano amigo.

CAPITULO XVIII.

EL TESORO.

Cuando volvió Dantés la mañana siguiente al calabozo de su compañero, le encontró sentado y tranquilo. Al rayo de luz que penetraba por su angosta ventana, tenia en su mano derecha, única de que ya podia servirse, un pedazo de papel, que por haber estado enrollado mucho tiempo conservaba la forma cilíndrica, que no seria muy fácil de quitarle.

Sin decir una palabra enseñó el abate á Edmundo el papel.

—¿Qué es esto? le preguntó el jóven.

—Miradlo bien, repuso el abate sonriendo.

—En vano lo miro con toda atencion, dijo Dantés. Solo veo un papel medio quemado, que contiene algunas letras góticas, escritas con una tinta muy singular.

—Este papel, amigo mio,—ya puedo deciroslo todo, puesto que os he probado;—este papel es mi tesoro: la mitad os pertenece desde hoy.

La frente de Edmundo se cubrió de un sudor frio. Hasta entonces, ¡y ya hemos visto cuánto tiempo era pasado! hasta entonces habia evitado cuidadosamente el hablar á Faria de aquel tesoro, ocasion de su pretendida locura. Con su delicadeza instintiva no habia querido Edmundo herir esta fibra dolorosa; y por su parte Faria tambien habia callado, haciéndole tomar aquel silencio por el cobro de la razon; pero ahora sus palabras, justamente después de una enfermedad tan grave, anunciaban que recaia en la locura.

—¿Vuestro tesoro? balbuceó Dantés.

Faria se sonrió.

—Sí, le dijo. En todo es noble vuestro corazon, Edmundo, y de vuestra palidez y vuestro temblor infiero lo que os pasa en este instante. Pero tranquilizaos, que no estoy loco. Este tesoro existe, Dantés, y ya que yo no he podido poseerlo, vos lo poseereis. Nadie quiso

escucharme ni creerme, teniéndome por loco; pero vos que debeis saber que no lo soy, me creereis después de lo que voy á deciros. Escuchadme.

—¡Ay! murmuró Edmundo para sí. Ha vuelto á recaer. Esto solo me faltaba.

Luego añadió en alta voz:

—Amigo mio, vuestra enfermedad os habrá dejado fatigoso. ¿No quereis reposar? Mañana, si os place, me sesperacion de mi estado. Pero ahora que por amor vuestro he perdonado al mundo, ahora que os veo jóven y rico de porvenir, ahora que pienso en la fortuna que puedo proporcionaros con esta revelacion, me asusta la tardanza, y temo no dejar seguras en manos de un propietario tan digno como vos, tantas riquezas olvidadas.

Edmundo volvió la cabeza suspirando.

Sin decir una palabra enseñó el abate á Edmundo el papel.

contareis vuestra historia, que hoy solo pienso en cuidaros. Además, prosiguió sonriéndose, un tesoro ¿que prisa nos corre?

—¡Mucha! ¡mucha, Edmundo! respondió el viejo. ¿Quién sabe si mañana ó pasado me dará el tercer ataque? Pensad que ¡entonces ya no habria remedio! Sí, muchas veces he recordado con amargo placer esas riquezas, que harian la felicidad de diez familias, perdidas para esos hombres que no han querido atenderme. Esta idea me servia de venganza, y la saboreaba deliciosamente en la noche de mi calabozo y en la de-

—Persistis en vuestra incredulidad, Edmundo, prosiguió Faria: mi voz no os ha convencido. Ya veo que necesito pruebas. Pues bien, leed ese papel que nadie ha visto en el mundo.

—Mañana, amigo mio, respondió Dantés, repugnándole coadyuvar á la locura del viejo. Creí que estaba ya convenido que no hablariamos de esto hasta mañana.

—No hablaremos hasta mañana; pero leed hoy ese papel.

—No le exasperemos, dijo Edmundd para sí.



Y tomando aquel papel, que le faltaba la mitad sin duda por algun accidente, leyó:

que puede ascender á dos
manos con corta diferenci
tando la roca vigésima, á c
Este en línea recta. Dos
grutas: el tesoro yace en
segunda. Como á mi úni
clusiva propiedad el refe

25 *de abril de* 14

—Estoy seguro, y vos mismo lo conocereis; pero ahora escuchad la historia de ese papel.

—¡Silencio! esclamó Dantés... oigo pasos... se acercan... me voy... Adios.

Y gozoso con librarse de la historia y de la esplicacion que esperaba le confirmasen la desgracia de su amigo, se deslizó Dantés como una culebra por el estrecho subterráneo, mientras Faria, con una especie de actividad ocasionada por el terror, colocaba en su sitio la baldosa, dándole con el pié, y cubriéndola con un pedazo de estera, porque no se advirtiese



Recibiole Faria sentado, y evitando todo movimiento que pudiera comprometerle, logró ocultar al gobernador la parálisis, que le habia dejado como muerta la mitad del cuerpo.

—¿Eh? ¿qué tal? dijo Faria cuando el jóven acabó su lectura.

—Yo aquí no encuentro, respondió Dantés, sino renglones cortados, palabras sin sentido. El fuego, además, ha puesto ininteligibles las letras.

—Para vos, amigo mio, que las leeis por primera vez; pero no para mí que he pasado leyéndolas hartas noches de claro en claro, reconstruyendo á mi modo cada frase, y completando cada pensamiento.

—¡Y creis haber llegado á comprenderlo todo del todo?

la solucion de continuidad que no habia podido evitar con la prisa.

El gobernador era quien, informado por el carcelero del mal del abate, venia por sí mismo á asegurarse de su gravedad.

Recibiole Faria sentado, y evitando todo movimiento que pudiera comprometerle, logró ocultar al gobernador la parálisis, que le habia dejado como muerta la mitad del cuerpo. Esto fué porque temia que el gobernador, compadecido de él, quisiese trasladarle á una prision mas saludable, separándole de su

jóven compañero; pero no sucedió así por fortuna, y el gobernador se retiró convencido de que su pobre loco, por quien sentia cierta afeccion en el fondo de su pecho, solamente habia sufrido una ligera indisposicion.

En este intervalo, Edmundo, sentado en su cama, con la cabeza entre las manos, pugnaba por coordinar sus ideas. Todo lo que habia visto en Faria des-

Empero por la tarde, después de la visita ordinaria, viendo el anciano que Edmundo no venia, intentó salvar el espacio que los separaba. Edmundo tembló de piés á cabeza al oir los dolorosos esfuerzos que hacia para arrastrarse, porque una de sus piernas estaba paralitica, y del brazo no podia servirse para nada. Viose pues Edmundo precisado á ayudarle, porque de lo contrario nunca hubiera podido salir por la es-



El Cardenal Spada.

de que le conoció era tan razonable, tan lógico y tan sublime, que no lo podia comprender en tantas cosas cuerdo y en una sola demente. ¿Seria que Faria se engañase en esto de su tesoro, ó que todo el mundo se engañase en juzgar á Faria?

Todo el dia lo pasó Dantés en su calabozo sin atreverse á volver al de su amigo. Por este medio esperaba retardar la hora en que adquiriese certidumbre de la locura del abate. Esta creencia debia de serle muy dolorosa.

trecha boca del subterráneo que daba á su calabozo.

—Aquí me teneis persiguiéndoos con tenacidad, díjole con una sonrisa muy benévola. Sin duda habiais creido poder libraros de mi magnificencia, pero no será. Escuchadme.

Edmundo conoció que ya no podia retroceder. Hizo sentar al viejo en su cama, y se colocó á su lado en el banquillo.

—Ya sabeis, dijo el abate, que yo era secretario, familiar y amigo del cardenal Spada, último de los prín-

cipes de este nombre. A aquel prelado dignísimo debo cuanta felicidad haya gozado en mi vida. Aunque las riquezas de su familia eran proverbiales, y muchas veces he oido decir:—«rico como un Spada»—él no era rico; pero vivia á costa de esta reputacion de riquezas. Así viven de sí mismas casi todas las reputaciones populares. Su palacio fué mi paraiso. Yo eduqué á sus sobrinos, que ya han muerto, y apenas se quedó él solo en el mundo, le pagué en adhesion cuanto habia hecho por mí en diez años.

Pronto no tuvo secretos para mí la casa del cardenal. Muchas veces habia yo visto ocupado á monseñor en compulsar los libros antiguos, y hojear ávidamente los manuscritos, olvidados entre el polvo del archivo de la familia. Un dia que yo le hice ver la inutilidad de sus afanes, pues por todo resultado acababan en dejarle muy abatido, me miró, sonriendo con amargura, y por respuesta abrió un libro, que es la historia de la ciudad de Roma. En el capítulo XX de la vida del Papa Alejandro VI leí las siguientes líneas, que desde entonces no puedo olvidar.

«Terminadas las tremendas guerras de la Romanía, César Borgia, su conquistador, necesitaba dinero para comprar el resto de Italia, y el Papa por su parte necesitaba tambien dinero para acabar con Luis XII, rey de Francia, que á pesar de sus últimos reveses era un enemigo poderoso todavía. Resolvieron, pues, de consuno hacer un buen negocio, lo que era muy difícil en aquella pobre Italia, exhausta de recursos.

»Su Santidad concibió una idea muy feliz. Determinó crear dos cardenales.»

Con elegir á dos de los primeros personajes de Roma, es decir, á dos de los mas ricos, hacia á la vez Su Santidad dos buenos negocios: primeramente podia vender los altos cargos y los magníficos empleos que aquellos dos cardenales poseian; y podia aprovecharse, en segundo lugar, del subido precio á que los dos capelos se vendieran.

Otra tercera especulacion resultaba de esto, que podremos conocer muy pronto.

Al momento encontraron el Papa y César Borgia sus futuros cardenales. Uno era Juan Rospigliosi, que poseia las mas altas dignidades de la Santa Sede, y el otro César Spada, uno de los romanos mas nobles y mas ricos. Uno y otro podian apreciar en su verdadero valor el precio de semejante favor papal. Ambos eran ambiciosos.

Al punto en que ellos aceptaron, encontró César Borgia compradores para sus empleos.

La consecuencia de esto fué, que Rospigliosi y Spada pagaron por ser cardenales, y otros ocho pagaron tambien por ser lo que eran los cardenales antes de su creacion. Ochocientos mil escudos ingresaron en las arcas papales.

Pasemos á la última parte de la especulacion, que ya es tiempo. Rospigliosi y Spada se miraron colmados de halagos por el Papa, que habiéndoles conferido por sí mismo las insignias del cardenalato, estaba seguro de que ellos, por demostrar dignamente su gratitud, realizarian toda su fortuna para fijar en Roma su residencia. Así con efecto sucedió, y el Papa y César Borgia los convidaron á comer.

Este convite dió ocasion á una grave disputa entre el padre y el hijo. César opinaba que se debia recurrir á uno de esos medios que él solia emplear con sus amigos íntimos, á saber: la famosa llave con que se rogaba á ciertas personas que abriesen cierto armario. Esta llave, sin duda por un olvido inocente del cerrajero, tenia una especie de pua pequeña de hierro, que al hacer fuerza la persona que abria el armario, que era difícil de abrir, se clavaba en la mano, ocasionando la muerte al otro dia. El otro medio era la sortija con cabeza de 'con: César se la ponia para dar la mano á ciertas personas, el leon las mordia imperceptiblemente, y á las veinticuatro horas... *requiescant in pace*.

César propuso pues á su padre mandar abrir el armario á Rospigliosi y á Spada, ó darles un cordial apreton de manos; pero Alejandro VI le respondió:

—Tratándose de esos escelentes cardenales Spada y Rospigliosi, paréceme que no debemos rehuir los gastos de un gran banquete, porque tengo para mí que habemos de reintegrarnos. Sin duda olvidais, César, además, que una indigestion hace su efecto en el acto, mientras un mordisco ó una picadura tardan uno ó dos dias.

Estas razones convencieron á Borgia, y de aquí el que se convidara á comer á los dos cardenales.

El banquete se debia verificar cerca de San Pedro Advíncula, en una lindísima posesion del Papa, muy conocida de los cardenales por su celebridad.

Rospigliosi, entontecido con su nueva dignidad, preparó su estómago para el banquete; pero Spada, hombre prudentísimo y que amaba con estremo á su sobrino, un capitan jóven de mucho porvenir, tomó papel y pluma é hizo testamento.

En seguida envió un recado á su sobrino encargándole que le esperase por los alrededores de San Pedro; pero segun parece, el mensajero no le encontró.

Spada conocia muy á fondo el secreto de estos convites.

Desde que el Cristianismo, eminentemente civilizador, introdujo el progreso en Roma, no era un centurion el que venia de parte del tirano á deciros:—«César quiere que mueras,»—sino que era un legado *ad latere*, que con la sonrisa en los labios venia á deciros de parte del Papa:—«Su Santidad quiere que comais en su compañía.»

A las dos se encaminó Spada á San Pedro Advíncula: ya le estaba esperando el Papa allí. La primera persona que vieron sus ojos fué á su sobrino el capitan, muy ataviado y muy tranquilo. César Borgia le colmaba de halagos y caricias. Spada palideció, porque César, con una mirada irónica, le daba á entender que todo lo habia previsto y que estaba bien tendido el lazo.

Durante la comida, el cardenal no pudo hacer otra cosa que preguntar á su sobrino:—«¿Recibisteis mi recado?»—El capitan respondió que no; pero habia comprendido la pregunta. Ya era tarde, sin embargo, porque acababa de beber un vaso de escelente vino, escanciado esprofeso para él por el copero del Papa. En el mismo instante ofrecian liberalmente á Spada vino de otra botella. Una hora despues un médico declaró que ambos estaban envenenados con setas. Spada murió allí mismo, y el capitan á la puerta de su casa, haciendo una seña á su muger, que no pudo comprenderla.

Al punto César Borgia y el Papa se apoderaron de la herencia, á pretesto de registrar los papeles de los difuntos; pero todo el caudal de Spada consistia en un pedazo de papel en que habia escrito él mismo:

«Lego á mi muy amado sobrino mis baules y mis li»bros, entre los cuales se halla mi hermoso breviario »con cantos de oro, que deseo conserve en memoria »de su querido tio.»

Admirados los herederos de que Spada, el hombre poderoso, fuese con efecto el mas pobre de los tios, lo registraron todo, revolvieron los muebles, y admiraron el breviario. Ningun tesoro pareció, como no se cuenten los tesoros científicos encerrados en la biblioteca y en los laboratorios.

Nada mas. Las pesquisas de César y de su padre fuéron inútiles.

Nada se encontró, ó á lo menos, poquísimo, es decir, unos mil escudos en alhajas, y otro tanto en dinero.

Su sobrino, sin embargo, habia vivido bastante tiempo para decir á su muger:

—Buscad entre los papeles de mi tio, que hay un testamento.

Con esto se hicieron mas diligencias aun que las que habian hecho los augustos herederos; pero todo en vano. Los dos palacios de Spada y la posesion que tenia detrás del Palatino, como los bienes inmuebles en aquella época valian poco, quedaron á favor de la familia, por indignos de la rapacidad del Papa y de su hijo.

Años y meses pasaron.

Alejandro VI, como sabeis, murió envenenado por una equivocacion: César, envenenado tambien, se salvó, cambiando de piel como las culebras. En su nueva piel el veneno habia dejado unas manchas semejantes á las del tigre. Precisado, por último, á abandonar á Roma, fué á hacerse matar oscuramente en una escaramuza nocturna, casi olvidado de la historia.

Después de la muerte del Papa y del destierro de su hijo, todo el mundo esperaba que la familia volviera al fausto que tenia en los tiempos del cardenal Spada; pero no fué así. Los Spada siguieron viviendo en una dudosa medianía: un misterio eterno envolvió este asunto lúgubre. La opinion general fué que César, mejor político que su padre, le habia robado la fortuna de los dos cardenales; y digo los dos, porque Rospigliosi, que no habia tomado precaucion alguna, fué despojado completamente.

—Hasta aquí, dijo Faria interrumpiéndose y sonriendo, no os parece éste cuento de loco, ¿es verdad?

—¡Oh amigo mio! le contestó Dantés; paréceme al contrario que leo una crónica interesantísima. Suplícoos que continueis.

—Ya continúo:

La familia se acostumbró á esta situacion: pasaron años y años. Entre sus descendientes unos fuéron soldados, otros diplomáticos, otros sacerdotes y otros banqueros. Enriqueciéronse algunos, y otros se acabaron de arruinar. Vengamos ahora al último de esta familia, á aquel de quien fui secretario, al conde de Spada.

Muchas veces le habia yo oido quejarse de la desproporcion que guardaba con su rango su fortuna: aconsejele pues que la colocara á renta vitalicia: siguió mi consejo, y dobló su renta.

El famoso breviario, que no habia salido de la familia, pertenecia á este conde de Spada. De padres á hijos se lo habian ido trasmitiendo, porque aquella rara cláusula que se encontró en el testamento, hizo de él una verdadera reliquia, mirada con supersticiosa veneracion. Era un libro con magníficas iluminaciones góticas, tan cargado de oro, que en los dias solemnes lo llevaba un criado delante del cardenal.

Como todos los administradores y secretarios que me habian precedido, yo me dediqué tambien á registrar los archivos de la familia, llenos de toda clase de títulos, papeles y pergaminos; pero á pesar de mi actividad y esmero fuéron inútiles mis pesquisas. Y cuenta que yo habia leido y hasta habia escrito una historia, ó por mejor decir unas efemérides de la casa de Borgia, con la idea de descubrir si á la muerte del cardenal César Spada habia tenido algun aumento la fortuna de aquellos príncipes, y no encontré otro que el ocasionado por los bienes del cardenal Rospigliosi, su compañero de infortunio.

Con esto llegué á quedar casi convencido de que ni los Borgias ni la familia Spada se habian aprovechado de la herencia, que sin duda habia quedado sin dueño, como esos tesoros de los cuentos árabes que yacen en las entrañas de la tierra guardados por un genio. Mil y mil veces conté y rectifiqué los capitales, las rentas y los gastos de la familia durante trescientos años; todo vanamente. Yo continué en mi ignorancia, y el conde Spada en su miseria.

Por este tiempo murió él. De su renta vitalicia habia esceptuado sus papeles de familia, su biblioteca, compuesta de 5,000 volúmenes, y su famoso breviario. Esto y unos mil escudos romanos, que poseia en dinero, me lo legó, á condicion de componer una historia de su casa y un árbol genealógico, y de mandar decir misas en el aniversario de su muerte. Todo lo he cumplido con la mayor exactitud.

No os impacienteis, mi querido Edmundo, que ya llegamos al fin.

En 1807, un mes antes de mi prision y quince dias después de la muerte del conde Spada, el dia 29 de diciembre (ahora comprendereis por qué se me ha quedado tan fija esta fecha importante) hallábame yo leyendo por centésima vez aquellos papeles, que iba coordinando, porque el palacio iba á pasar á pertenencia de un estranjero. Yo pensaba salir de Roma y establecerme en Florencia con todo el dinero que poseia, que eran unas doce mil libras, mi biblioteca y mi famoso breviario. Hallábame, pues, como digo, fatigado de aquella tarea, y algo indispuesto por un esceso que habia hecho en la comida, y dejé caer la cabeza entre las manos, durmiéndome en seguida.

Eran las tres de la tarde.

Cuando desperté daba el reloj las seis.

Al levantar la cabeza halleme en la mas profunda oscuridad. Llamé para que me trajesen luz; pero nadie acudió. Entonces resolví servirme á mí mismo, que era además un hábito filosófico, que iba á serme muy necesario. Cogí con una mano la bujía ya preparada, y con la otra busqué un papel para encenderlo en la moribunda llama que quedaba en la chimenea; pero temiendo que la oscuridad me hiciese coger un papel interesante en vez de otro inútil, hallábame perplejo, cuando recordé haber visto en el famoso breviario que estaba sobre la mesa, un papel viejísimo, ya casi negro, que al parecer servia de registro ó señal, y sin duda habia durado tantos años en aquel libro por la veneracion con que los herederos lo miraban. Busquele, pues, á tientas, lo encontré, lo retorcí, y acercándolo á la llama lo encendí.

Pero como por magia, entre mis dedos, á medida que el fuego se propagaba, ví aparecer unas letras negruzcas, que por momentos iban convirtiéndose en pavesa. Asusteme, estrujé en mis manos el papel para apagarlo, encendí la bujía en la luz de la chimenea, examiné conmovido el papel quemado, y conocí que una tinta misteriosa y simpática habia trazado aquellas letras, que solo el fuego pudo hacer inteligibles.

Lo quemado era como una tercera parte del papel, y el resto lo que habeis leido esta mañana. Volvedle á leer, Dantés, que luego, para que lo entendais, completaré yo las frases y el sentido.

Y el abate, con aire de triunfo, presentó el papel al jóven, que en esta ocasion leyó ávidamente estas palabras, escritas con una tinta como herrumbrosa:

Hoy 25 de abril de 149
mer S. S. Alejandro VI, co
contento con haberme hec
heredarme, y me reserve l
Caprara y Bentivoglio, qu
dos. Declaro pues á mi sobr
redero universal, que he esc
conoce por haberlo visitado
grutas de la isla de Monte-Cris
ras de oro, dinero acuñado,
joyas. Yo solo conozco la e
que puede ascender á dos
manos con corta diferenci
tando la roca vigésima, á c
Este en línea recta. Dos
grutas: el tesoro yace en
segunda. Como á mí úni
clusiva propiedad el refe

25 de abril de 14

Cés

—Ahora, añadió el abate, leed este otro:

Y presentó á Edmundo otro papel con otros fragmentos de renglones.

Tomolo Edmundo y leyó:

8 me ha convidado á co-
n que me presumo que no
ho pagar el capelo quiera
co heredero, le dejo en es-
rido tesoro.

98.

AR + SPADA.

Faria seguia todos sus ademanes con los ojos como ascuas.



Y conocí que una tinta misteriosa y simpática habia trazado aquellas letras, que solo el fuego pudo hacer inteligibles.

a suerte de los cardenales
e han muerto envenena-
ino Guido Spada, mi he-
ondido en un sitio que él
en mi compañía, en las
to, cuanto poseo en bar-
pedrería, diamantes y
existencia de este tesoro,
millones de escudos ro-
a, y se encontrará levan-
ontar desde el ancon del
aberturas hay en estas
el ángulo mas lejano de la

—Ahora, dijo, viendo que Dantés habia llegado al último renglon; ahora juntad los dos fragmentos, y juzgad por vos mismo.

Dantés obedeció: de los dos fragmentos unidos resultaba lo siguiente:

Hoy 25 de abril de 149...8, me ha convidado á comer S. S. Alejandro VI, co...n que me presumo que no contento con haberme hec...ho pagar el capelo quiera heredarme, y me reserve l...a suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio, qu...e han muerto envenenados. Declaro pues á mi sobr...ino Guido Spada, mi heredero universal, que he esc...ondido en un sitio que él

conoce por haberlo visitado... en mi compañía, en las grutas de la isla de Monte-Cris...to, cuanto poseo en barras de oro, dinero acuñado, .. pedrería, diamantes y joyas. Yo solo conozcola e...xistencia de este tesoro, que puede ascender á dos... millones de escudos romanos con corta diferenci...a, y se encontrará levantando la roca vigésima, á c...ontar desde el ancon del Este en línea recta. Dos... aberturas hay en estas



Faria alargó el brazo que le quedaba sano, y Dantés se arrojó llorando á su cuello.

grutas: el tesoro yace en... el ángulo mas lejano de la segunda. Como á mi úni...co heredero, le dejo en esclusiva propiedad el refe...rido tesoro.

25 de abril de 14...98.

CÉS...AR + SPADA.

—¿Lo entendeis al fin? dijo Faria.

—Esta era la declaracion del cardenal Spada, el testamento tan buscado, y tan inútilmente, contestó Edmundo, incrédulo todavía.

—Sí, mil veces sí.

—Pero ¿quién lo ha completado en esta forma?

—Yo: con ayuda del fragmento existente adiviné el resto, calculando la longitud de las líneas por la del papel, y deduciendo de lo no quemado lo que debia decir lo quemado; como un átomo de luz que viene del cielo, guia á aquel que camina por un subterráneo.

—Y cuando os figurasteis haber hecho este descubrimiento ¿qué hicisteis?

—Determiné marchar, y marché al instante, llevando conmigo el principio de mi grande obra sobre la unidad de Italia; pero hacia mucho tiempo que la policía imperial no me perdia de vista. Entonces Napoleon queria dividir el reino en provincias, al contrario de lo que quiso apenas tuvo un heredero. Mi marcha precipitada despertó, pues, las sospechas de la policía, que estaba muy lejos de poder adivinar su verdadera ocasion, y me prendieron cuando ya iba á embarcarme en Piombino.

—Ahora, amigo mio, prosiguió Faria mirando á Dantés con ternura casi paternal, ahora sabeis tanto como yo. Si nos escapamos juntos, la mitad de mi tesoro es vuestro; si muero aquí y os escapais solo, por entero os pertenece.

—Pero ¿no tiene en el mundo ese tesoro dueño mas legítimo? le preguntó Dantés vacilante.

—No, no, tranquilizaos. La familia se ha estinguido completamente. Además, el último conde Spada me dejó por su heredero. Legándome aquel breviario simbólico, me legó cuanto contenia. No, no, tranquilizaos. Si llegamos á apoderarnos de esta fortuna, podemos gozarla sin remordimientos.

—¿Y decis que este tesoro?...

—Asciende á dos millones de escudos romanos, ó sean sobre poco mas ó menos trece millones de nuestra moneda.

—¡Imposible! esclamó Dantés, espantado de tan enorme suma.

—¡Imposible! ¿y por qué? repuso el viejo. La familia Spada era de las mas antiguas y poderosas del siglo XV. Además, en aquellos tiempos no se conocian ni especulaciones ni industrias: esta acumulacion de dinero y joyas no es inverosímil. Familias romanas hay todavía que se mueren de hambre, teniendo amayorazgado un millon en diamantes y pedrerías de que no pueden disponer.

Edmundo, vacilando entre el placer y la incredulidad, se creia en sueños.

—No os he ocultado este secreto tanto tiempo, prosiguió Faria, sino para probaros y sorprenderos. Si nos hubiéramos escapado antes de mi ataque de catalepsis, os hubiera simplemente llevado á Monte-Cristo; pero ahora, añadió con un suspiro, vos me llevareis á mí. Ea, Dantés, ¿no me dais las gracias?

—Ese tesoro os pertenece, amigo mio, respondió el jóven; os pertenece á vos solo: yo no tengo ningun derecho á él: ni aun pariente vuestro soy.

—¡Vos sois mi hijo, Dantés! esclamó el anciano. Sois el hijo de mi prision. Mi estado me condenaba al celibato, y Dios os envió á mí, para consuelo juntamente del hombre que no podia ser padre, y del preso que no podia ser libre.

Faria alargó el brazo que le quedaba sano, y Dantés se arrojó llorando á su cuello.

CAPITULO XIX.

EL TERCER ATAQUE.

Ahora que aquel tesoro, objeto tanto tiempo de las meditaciones del abate Faria, podia asegurar la dicha futura del que amaba verdaderamente como á un hijo, habia ganado á sus ojos en valor. No hablaba de otra cosa todo el dia que de aquella inmensa cantidad, esplicando á Dantés cuánto puede servir á sus amigos en los tiempos modernos el hombre que posee trece ó catorce millones. Estas palabras contrajeron el rostro de Dantés, porque el juramento que habia hecho de vengarse cruzó por su imaginacion, haciéndole pensar tambien cuánto mal puede hacer á sus enemigos en los tiempos modernos el hombre que posee un caudal de trece ó catorce millones.

El abate no conocia la isla de Monte-Cristo; pero sí Dantés, que habia pasado muchas veces por delante y una hizo escala en ella: está situada á veinticinco millas de la Pianosa, entre Córcega y la isla de Elba. Monte-Cristo, que ha estado siempre y está todavía enteramente desierta, es una peña de forma casi cónica, que parece abortada por un cataclismo volcánico desde el fondo del mar á la superficie.

Trazó Dantés á Faria el plano de la isla, y Faria dió consejos á Dantés sobre los medios que habia de emplear para apoderarse del tesoro.

Empero Dantés ni estaba tan entusiasmado ni tan lleno de confianza como el viejo. Aunque ya se hubiese convencido de que no era loco, y la manera con que adquirió este convencimiento fuese parte á que le siguiera admirando mas y mas, no podia creer humanamente que aquel tesoro, aun suponiendo que con efecto hubiera existido, existiese todavía; y cuando no lo mirase como cosa quimérica, lo miraba á lo menos como dudosa.

No parecia sino que el destino se empeñase en quitar á los presos su última esperanza, y darles á entender que estaban condenados á prision eterna. Una nueva desgracia les sobrevino por entonces. La galería que daba al mar, ruinosa desde mucho tiempo antes, habia sido reparada. Reforzáronse los cimientos, y se rellenó con enormes trozos de granito la escavacion que á medias habia cegado Dantés. Sin esta precaucion, sugerida al jóven por el abate, como se recordará, su desgracia hubiera sido mayor aun, porque descubierta su tentativa de evasion los hubieran separado inevitablemente. Una nueva puerta, mas maciza y mas inexorable que las otras, se habia cerrado para ellos.

—Ya veis, decia el jóven á Faria con dulce tristeza; ya veis que Dios quiere quitarme hasta el mérito de lo que vos llamais adhesion. Os he prometido permanecer aquí eternamente, y ahora ni aun libre soy para cumplir mi promesa. Me quedaré sin el tesoro, como vos, y ni uno ni otro saldremos de este castillo. Empero mi verdadero tesoro, amigo mio, no es el que esperaba encontrar en los antros lúgubres de Monte-Cristo, sino vuestra presencia, nuestra union de cinco ó seis horas cada dia, á pesar de nuestros carceleros; y sobre todo estos torrentes de inteligencia que habeis derramado en la mia, estos idiomas que me habeis dado á conocer con todas sus ramificaciones filológicas, estas ciencias que tan fácilmente me habeis comunicado por la profundidad con que las conoceis y los sencillos principios á que las habeis reducido. Este es mi verdadero tesoro, amigo mio; con esto sí que me habeis dado riqueza y felicidad. Creedme y consolaos: esto vale mas para mí que montes de oro y de diamantes, aunque no fuesen tan problemáticos como esas nubes que en las alboradas se ven flotar sobre el mar, que á primera vista las cree uno tierra firme, y á medida que se va acercando á ellas se evaporan, se volatilizan y se desvanecen. Teneros á mi lado el tiempo mayor posible, oir vuestra elocuente voz, adornar mi inteligencia, fortalecer mi alma, predisponer mi organizacion entera á grandes y terribles cosas para cuando goce de libertad, ejecutarlas de manera que no vuelva á dominarme la desesperacion, de que ya estaba casi poseido cuando os conocí; esta es la fortuna que os debo, y no quimérica, sino tan verdadera, que todos los soberanos del mundo, aunque fuesen como César Borgia, no lograrian robármela.

Con esto, para los dos infelices fuéron los dias, si no venturosos, menos largos y mas tranquilos. Faria, que en tantos años ni una palabra habia dicho de su tesoro, hablaba ahora á cada instante.

Como lo habia pronosticado, se quedó enteramente paralítico del brazo derecho y la pierna izquierda, y casi perdió toda esperanza de poder servirse de ellos; pero soñaba siempre con la libertad ó la fuga de su compañero, y gozaba por él con esta idea. Temeroso de que el papel se perdiese ó se estraviase algun dia, obligó á Dantés á aprenderlo de memoria, y lo aprendió con efecto desde la primera palabra hasta la última. Seguros entonces de que nadie por el primer trozo podria adivinar su contenido completo, hicieron pedazos el segundo.

Muchas veces pasaban horas enteras dando Faria instrucciones á Dantés, instrucciones que debian de servirle al hallarse en libertad. Desde el mismo dia, desde la misma hora, desde el mismo instante que se viera libre, su único y esclusivo pensamiento debia de ser ir á Monte-Cristo de cualquier modo, fraguar una disculpa que no escitase sospechas para quedarse allí solo, y una vez solo, enteramente solo, buscar las maravillosas grutas, y cavar en el sitio indicado. El sitio indicado, como recordará el lec-



tor, era el ángulo mas lejano de la segunda abertura.

Con esta esperanza se les pasaban las horas, si no ligeras, tolerables.

Como ya lo hemos dicho, Faria, aunque sin volver al uso de su pié y de su mano, habia vuelto completamente al de su inteligencia, y enseñado poco á poco á su jóven compañero, además de las nociones morales que quedan espresadas, ese calmoso oficio de cuando Faria se quedaba solo y Edmundo se volvia á su prision.

Una noche se despertó este último sobresaltado creyendo haber oido que le llamaban.

Abrió los ojos y puso empeño en devorar las tinieblas y el espacio.

Su nombre, ó mas bien una voz doliente que se esforzaba á pronunciarlo, llegó hasta sus oidos.

La isla de Monte-Cristo.

preso, que consiste en hacer algo de lo que no es nada en el fondo. Continuamente, pues, estaban ocupados, Faria por temor de envejecer, y Edmundo por temor de recordar su pasado, ya casi en olvido, y que no quedaba en su memoria sino como una luz lejana, perdida en las tinieblas de la noche. Tal era su vida, semejante á la de esos hombres á quien la desgracia no ha herido nunca, y que vegetan tranquila y maquinalmente bajo la mano de la Providencia.

Empero esta calma profunda ocultaba quizás en el corazon del jóven y en el del viejo muchos ímpetus reprimidos, muchos suspiros ahogados, que estallaban

Incorporose en la cama lleno de angustia y sudoroso, y escuchó atentamente. No habia duda. La voz venia del calabozo de su compañero.

—¡Gran Dios! murmuró Edmundo: ¿si será que...

Y separando su cama de la pared, arrancó la piedra, lanzose al subterráneo, y llegó al estremo opuesto.

La baldosa estaba levantada.

A la luz de aquella lamparilla informe y vacilante de que ya hemos hablado, vió Dantés al abate pálido con estremo, y aunque en pié, agarrado á su cama para poder sostenerse. Sus facciones estaban trastornadas por aquellos horribles síntomas que Edmundo



conocia ya, y que tanto le asustaron la otra vez.

—¿Comprendeis... amigo mio? ¿no es verdad? le dijo Faria resignado. Nada tengo que deciros.

Lanzó Dantés un grito de dolor, y perdiendo completamente el juicio, se dirigió á la puerta gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

Faria tuvo suficientes fuerzas aun para detenerle.

—¡Silencio, ó os perdeis! le dijo. No pensemos sino en vos, amigo mio, en haceros soportable la prision ó posible la fuga. Años enteros necesitariais para volver á hacer vos solo, lo que yo hasta aquí he hecho, y lo que seria vano en el mismo punto en que nuestros guardas conociesen que estamos de acuerdo. Por otra parte, tranquilizaos, amigo, que no estará vacío mucho tiempo este calabozo, que yo voy á abandonar. Otro desdichado vendrá á ocupar mi puesto. Acaso él será jóven, y fuerte, y sufrido como vos, y podrá ayudaros en vuestra fuga, que yo estorbaba. Ya no tendreis un semicadáver adherido á vos, paralizando todos vuestros movimientos. Decididamente Dios se acuerda de vos; os da mas que os quita, pues ya es tiempo de que yo muera.

Edmundo solamente pudo juntar las manos y decir:

—¡Oh amigo mio! ¡amigo mio! ¡callad!

Luego, recobrando su fortaleza, que le abandonó un instante por aquel golpe imprevisto, y su valor, vencido por las palabras del viejo, repuso:



El jóven se hincó de rodillas, apoyando su cabeza en la cama del abate.

—¡Oh! ya os he salvado una vez, bien puedo salvaros otra.

Esto diciendo, levantó el mástil de la cama y sacó el frasquito, que aun contenia una tercera parte del licor rojo.

—Mirad, le dijo, aun nos queda esta medicina saldora. Pronto, pronto, decidme lo que necesito hacer. ¿Se toman esta vez otras precauciones? Hablad, amigo mio, que ya os escucho.

—No hay esperanza, respondió el abate sacudiendo la cabeza; pero no importa: la voluntad de Dios es

que el hombre que ha creado, y en cuyo corazon ha puesto con tantas raices el amor á la vida, haga cuanto pueda por conservar esta vida, tan penosa algunas veces como siempre amada.

—¡Sí, sí! esclamó Dantés; os salvaré, yo lo digo.

—Pues ea, procuradlo; el frio me acomete: siento que la sangre refluye á mi cerebro: este horrible temblor que hace chocar mis dientes, y parece que disloca todos mis huesos, este horrible temblor invade mi cuerpo: dentro de cinco minutos me dará el ataque: dentro de un cuarto de hora no os quedará de mí mas que un cadáver.

—¡Oh! esclamó Dantés con el corazon partido de dolor.

—Haced lo que la otra vez, con la diferencia de no esperar tanto tiempo. Todos los resortes de mi vida estan ahora muy gastados, y la muerte,—prosiguió enseñándole su brazo y su pierna paralíticos,—la muerte tiene andado la mitad de su camino. Si después de haberme echado en la boca doce gotas, en lugar de diez, vieseis que no vuelvo en mí, me echais el resto. Ahora, llevadme á la cama, porque no puedo tenerme en pié.

Edmundo cogió en sus brazos al viejo, y lo puso en la cama.

—Ahora acercaos, amigo mio, único consuelo de mi triste vida, le dijo Faria; don del cielo, aunque algo tardío, pero en fin, don del cielo, y don inapreciable, de que le doy gracias infinitas... en este momento en que me separo de vos para siempre, os deseo todas las dichas, toda la prosperidad que mereceis. ¡Hijo mio! ¡yo os bendigo!

El jóven se hincó de rodillas, apoyando su cabeza en la cama del abate.

—Escuchad con atencion lo que os digo en este instante supremo: el tesoro de los Spada existe efectivamente. Dios me otorga en este momento que no haya para mí ni obstáculo ni distancias. Lo estoy viendo en el fondo de la segunda gruta: mis ojos penetran á las entrañas de la tierra, y se deslumbran con riquezas tantas. Si lograis escaparos, recordad que el pobre abate, á quien todo el mundo creia loco, no lo estaba, no lo estaba. ¡Corred á Monte-Cristo, apoderaos de nuestra fortuna, y gozadla, que bastante habeis sufrido!

Una violentísima convulsion interrumpió al anciano.

Edmundo levantó la cabeza y vió encarnados sus ojos: parecia que una ola de sangre le subiera desde el pecho á la frente.

—¡Adios! ¡adios! murmuró Faria, apretando convulsivamente la mano del jóven. ¡Adios!

—¡Oh! ¡todavía no! ¡todavía no! esclamaba este. No nos abandoneis...—¡Oh Dios mio! socorredle!...—¡Socorro! ¡acudid!...

—Silencio! murmuró el moribundo. ¡Silencio! que luego nos separarán si me salvais.

—Teneis razon. ¡Oh! sí, sí, confianza: os salvaré. Además, aunque parece que sufrís mucho, no es tanto como la otra vez.

—Desengañaos... sufro menos, porque tengo menos fuerzas para sufrir. A vuestra edad se tiene fé en la vida; que es el privilegio de la juventud creer y esperar; pero los viejos ven mas claro la muerte... ¡Oh!... ya está aquí... ya se acerca... todo se acaba... pierdo la vista... ¡y la razon!—Dadme la mano, Dantés... ¡Adios! ¡adios!

E incorporándose por un esfuerzo supremo, repuso:

—¡Monte-Cristo!... ¡no os olvideis de Monte-Cristo!

Y cayó en la cama.

El accidente fué terrible.

Unos miembros retorcidos, unas pupilas hinchadas, una espuma sangrienta y un cuerpo inmóbil, fué lo que en aquel lecho de dolor ocupó el puesto del ser tan inteligente que se habia acostado pocos minutos antes.

Cogió Dantés la lamparilla, y colocola la cabecera, en una piedra que sobresalia de la pared, de modo que él, su trémula luz alumbraba con reflejos estraños y fantásticos aquella fisonomía desencajada, aquel cuerpo inerte y destrozado.

Con los ojos clavados en él esperó valerosamente la ocasion de administrarle la medicina salvadora.

Cuando la creyó llegada, cogió el cuchillo, separó los dientes, que ofrecieron menos resistencia que la otra vez, contó las doce gotas, y esperó. El frasco podria tener otro tanto de licor que el gastado.

Esperó diez minutos, un cuarto de hora, media hora, ¡y nada! Tembloroso, con los cabellos lacios y la frente inundada de sudor, contaba los minutos por los latidos de su corazon.

Con esto creyó que era ya tiempo de arriesgar la última prueba: acercó el frasco á los labios sanguinolentos de Faria, y sin necesidad de separarle las mandíbulas, que no habian vuelto á juntarse, vació en la boca el resto del líquido.

El efecto fué galvánico. Una violenta contraccion sacudió todos los miembros de Faria, volviéronse á abrir sus ojos con espantable espresion, exhaló un suspiro que parecia un grito, y volvió luego poco á poco á quedar inmóbil.

Los ojos solamente seguian abiertos.

Media hora, una y hasta hora y media pasaron, para Edmundo de agonía. Inclinado hácia su amigo con la mano sobre su pecho, sintió sucesivamente irse el cuerpo enfriando, y el latido del corazon hacerse sordo y profundo. Todo acabó bien pronto: apagose el último latido: la cara se puso lívida, y aunque los ojos seguian abiertos, ya no miraban.

Eran las seis de la mañana, y rayaba el dia: su luz indecisa, penetrando en el calabozo, amenguaba la de la lamparilla moribunda. Sus ráfagas estrañas y fantásticas daban tal vez al cadáver apariencias de vida. Mientras duró esta lid del dia con la noche, Dantés pudo dudar aun; pero cuando el dia lució enteramente, llegó á comprender que estaba solo con un cadáver.

Entonces se apoderó de él un terror profundo é invencible. No osaba estrechar aquella mano que caia fuera de la cama, ni menos fijar sus ojos en aquellos ojos blancos é inmóbiles, que en balde trató de cerrar mucha veces. Apagó la lamparilla, ocultola con mucho cuidado, y fuese, colocando como pudo la baldosa sobre su cabeza.

Ya era tiempo, el carcelero iba á venir.

Esta vez comenzó en Edmundo su visita, y después de su calabozo iba al del abate, á quien llevaba el almuerzo y ropa blanca.

Nada indicaba en el carcelero que tuviese ya conocimiento de la desgracia.

Cuando salió, sintiose Edmundo impaciente por saber lo que iba á pasar en el calabozo de su desgraciado amigo, con que penetró en el subterráneo, llegando á tiempo de oir las esclamaciones del carcelero, que llamaba gente en su ayuda.

Pronto acudieron los otros carceleros: oyose después ese paso regular y sordo que usan los soldados, aunque no estén de servicio.

Después de los soldados llegó el gobernador.

Oia Edmundo rechinar la cama, como si diesen vueltas al cadáver, y la voz del gobernador, que mandaba echarle agua al rostro, y que viendo que no le causaba efecto alguno, envió á buscar al médico.

Salió el gobernador, y algunas frases compasivas llegaron á oidos de Dantés, juntas con carcajadas burlonas.

—Vamos, vamos, el loco ha ido á unirse con su tesoro, decia uno. ¡Buen viaje!

—Con todos sus millones no tendrá para pagar la mortaja, añadia otro.

—¡Oh! las mortajas del castillo de If no cuestan caras, respondia un tercero.

—Quizás como es sacerdote se hará algun gasto por él, dijo uno de los que hablaron primero.



—Este irá al saco.

Edmundo no perdia una sola palabra, aunque no comprendiese mucho esta gerigonza.

A poco dejaron de oirse las voces, y juzgó que habian salido del calabozo.

Sin embargo, no se atrevió á entrar en él, porque era fácil que alguno se hubiera quedado á velar al muerto.

Conteniendo su respiracion, permaneció mudo é inmóbil.

Pasada una hora, sobre poco mas ó menos, interrumpió el silencio un leve ruido, que iba aumentándose.

Era el gobernador que volvia acompañado del médico y de algunos oficiales.

Hubo un momento de silencio. Era evidente que el médico se acercaba á la cama y reconocia el cadáver.

Pronto comenzó la discusion.

Analizó el médico la enfermedad de que Faria habia sucumbido, y declaró que estaba muerto.

La conversacion tenia un tono de indiferencia que indignaba á Dantés, pues pareciale que todo el mundo debiera de profesar al pobre abate una parte de la afeccion que le profesaba él.

—Mucho lo siento, dijo el gobernador en respuesta á la declaracion del médico; mucho lo siento, porque era un preso dulce, inofensivo, que nos divertia con su locura, y sobre todo fácil de guardar.

—¡Oh! repuso el llavero, aunque no le hubiéramos guardado tan bien, hubiera permanecido aquí cincuenta años, sin intentar una sola vez escaparse, yo lo aseguro.

—Sin embargo, repuso el gobernador, creo que seria oportuno, á pesar de vuestra declaracion, y no porque yo dude de vuestra ciencia, sino por cubrir mi responsabilidad, seria oportuno que nos asegurásemos de que está efectivamente muerto.

Hubo otro intervalo de silencio absoluto, durante el cual Dantés, que seguia en acecho, creyó que el médico examinaba y tocaba el cadáver por segunda vez.

—Podeis estar tranquilo, dijo al gobernador. Está bien muerto, yo os lo aseguro.

—Ya sabeis, caballero, repuso el gobernador con insistencia, que en estos casos no nos contentamos con un simple exámen; con que dejando á un lado las apariencias, servios cumplir las formalidades prescritas por la ley.

—Que calienten los hierros, dijo el doctor, aunque es en verdad una precaucion inútil.

Esto de calentar los hierros hizo á Dantés estremecerse.

Oyéronse pasos precipitados, rechinar la puerta, idas y venidas, y después entró un mozo diciendo:

—Aquí está un brasero con un hierro.

Hubo otro instante de silencio: oyose después un chirrido como de carne quemada, y un olor nauseabundo llegó hasta el horrorizado jóven, atravesando las paredes.

De tal manera le puso este olor de carne carbonizada, que creyó que iba á desmayarse.

—Bien veis, caballero, que está muerto efectivamente, dijo el doctor: esta quemadura en el talon es la última prueba que podiamos hacer. Ya el pobre loco se curó de su locura, y se libró de su cautividad.

—¿No se llamaba Faria? preguntó uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Si señor, y pretendia que su nombre fuese muy aristocrático. Por lo demás, le creia hombre muy entendido y muy razonable en todas las cosas que no fuesen su tesoro; pero en esto debo de confesar que era insufrible.

—Nosotros llamamos á ese mal monomanía, dijo el médico.

—¿No habeis tenido nunca queja de él? preguntó el gobernador al carcelero encargado de llevar la comida al abate.

—Nunca, señor gobernador, nunca, respondió el carcelero. Al contrario: muchas veces me divertia contándome historietas, y hasta una vez que mi mujer estuvo enferma me dió una receta que la puso buena.

—¡Hola! ¡hola! ¡yo ignoraba que me las hubiese con un colega! dijo el médico. Espero, señor gobernador, añadió sonriendo, que le tratareis como á tal.

—Sí, sí, desde luego. Le meteremos decentemente en el saco mas nuevo que haya. ¿Os dais por satisfecho?

—¿Tenemos que cumplir esa formalidad en vuestra presencia? le preguntó un mozo.

—Sin duda alguna; pero daos prisa, que no me he de estar aquí todo el dia.

Con esto se oyeron nuevas idas y venidas, y poco después el roce como de una tela: giró la cama sobre sus goznes, y un pié pesado como de un hombre que levanta una carga, conmovió la baldosa que ocultaba á Dantés. Luego volvió á rechinar la cama como si el cadáver tornase á su sitio.

—Esta noche... dijo el gobernador.

—¿Se le dirá misa? preguntó uno de los oficiales.

—¡Es imposible! respondió el gobernador. Ayer justamente me pidió el capellan del castillo licencia para ir á Hyeres por ocho dias, y yo se la concedí respondiéndole de todos mis presos. Si el pobre abate se hubiera dado menos prisa, no se quedara sin su *requiem*.

—Ba, ba, dijo el médico con la impiedad comun á los de su profesion, es sacerdote, y Dios se lo tomará en cuenta, por no dar al infierno el gusto de enviarle un sacerdote.

Una carcajada general acogió esta broma horrible.

Mientras tanto seguian amortajando al abate.

—Esta noche... dijo el gobernador, viendo la tarea acabada.

—¿A qué hora? le preguntó el mozo.

—A eso de las diez ó las once.

—¿Y velaremos al muerto?

—¿Para qué? Se cierra el calabozo como si estuviese vivo.

Las voces fuéron perdiéndose, y los pasos alejándose: crujió la cerradura de la puerta y sus pesados cerrojos, y un silencio mas lúgubre que el de la soledad, el silencio de la muerte, invadió el calabozo y hasta el alma petrificada del jóven.

Entonces levantó lentamente la baldosa con su cabeza, paseando por la habitacion miradas investigadoras.

La habitacion estaba desierta.

Edmundo salió del subterráneo.

CAPITULO XX.

EL CEMENTERIO DEL CASTILLO DE IF.

Tendido á lo largo sobre la cama, y alumbrado débilmente por la brumosa luz que penetraba por la ventana, veíase un saco de tela grosera, cuyos informes pliegues dibujaban los contornos de un cuerpo humano: aquel era el sudario del abate, aquel era el sudario que, segun decian los carceleros, costaba tan poco. Todo acabó. Una separacion material existia ya entre Dantés y su anciano amigo. Ya no podria ver aquellos ojos que habian quedado abiertos como para mirar mas allá de la muerte, ni podria estrechar aquella mano industriosa que levantó el velo á tantos misterios para que él los penetrase. Faria, su útil, su buen compañero, á cuya presencia tanto se habia acostumbrado, no existia ya sino en su memoria.



Edmundo se sentó á la cabecera de la cama, dominado de una triste y lúgubre melancolía.

¡Solo! ¡Habia vuelto á quedarse solo! ¡habia vuelto al silencio y á la nada!

¡Solo! ¡Sin la compañía y hasta sin la voz del único ser amigo que le quedaba en la tierra! ¿No le fuera mejor ir á resolver con Dios el problema de la vida, como Faria, aun pasando por tantos dolores como él?

La idea de esta muerte infamante, y súbito pasó de esta desesperacion á una sed ardiente de libertad.

—¡Morir! ¡oh! no, esclamó; no valdria la pena de haber vivido tanto y sufrido tanto, para morir ahora. Eso me estaba bien en otro tiempo, há muchos años; pero ahora seria verdaderamente conspirar en favor de mi destino miserable. No, quiero vivir, quiero luchar hasta lo último; quiero recobrar la dicha que me

—Esta quemadura en el talon es la última prueba...

La idea del suicidio, desterrada por la presencia y la amistad del abate, bulló junto á su cadáver en el cerebro de Dantés.

—Si pudiera morir iria adonde él va, dijo, y volveria á encontrarle seguramente. Pero ¿cómo morir? Bien fácil es, añadió sonriendo. Me quedo aquí, me abalanzo al primero que entre, le ahogo, y me guillotinan.

Pero como sucede siempre, así en los grandes dolores como en las grandes tempestades, que damos con el abismo al dar en los estremos, horrorizó á Dantés

han robado. Me olvidaba, con la idea de la muerte, de que tengo verdugos que castigar, y quién sabe si recompensar amigos. Pero ¡ay! ahora van á olvidarme, y no saldré ya de aquí sino como el abate Faria.

Pero al decir estas palabras Edmundo, quedó petrificado, como aquel á quien ocurre una idea aterradora. De pronto se incorporó, llevose la mano á la frente como si le diera un vértigo, dió dos ó tres vueltas por la habitacion, y vino á pararse delante de la cama.

—¡Oh! ¡oh! murmuró ¿Quién me envia este pensamiento? ¿Sois vos, Dios mio? Pues que solo los



muertos salen de aquí, ocupemos el lugar de los muertos.

Y sin tomarse tiempo para madurar esta resolucion, como si temiese que el raciocinio la destruyera, inclinose sobre el nauseabundo saco, lo abrió con el cuchillo que Faria habia hecho, sacó el cadáver, lo llevó á su propio calabozo, lo acostó en su cama, poniéndole en la cabeza el pañuelo de hilo que él acostumbraba la misma situacion que el cadaver tenia, y volvió á coser por dentro la costura.

Si entraran por desdicha en este momento, hubieran podido oir los latidos de su corazon.

Posible le fuera esperar que pasase la visita de la noche; pero temia que el gobernador cambiase de resolucion, mandando sacar el cadáver.

Con esto perderia su última esperanza.

...Metiose en el saco embreado.

ponerse, lo cubrió con su cobertor, besó por última vez aquella frente helada, pugnó por cerrar aquellos ojos rebeldes que seguian abiertos y horribles en su inmobilidad, le puso la cabeza vuelta á la pared, porque el carcelero al traerle la cena creyese que estaba acostado como solia, volvió al subterráneo, colocó desde él la cama en su sitio, entró en el otro calabozo, sacó de su escondite la aguja y el hilo, se quitó sus harapos para que se sintiera por el tacto la carne desnuda, metiose en el saco embreado, se colocó en

Ahora lo que tenia que temer era muy poco.

He aquí su plan.

Si por el camino los enterradores conocian que llevaban un vivo en vez de un muerto, Dantés no les daba tiempo para nada: con una cuchillada vigorosa abria de arriba abajo el saco, y se aprovechaba de su terror para escaparse. Si querian detenerle ¿no llevaba un cuchillo?

Si le conducian al cementerio y le metian en una fosa, dejábase cubrir de tierra, y apenas los enter-



radores hubiesen vuelto la espalda, se abria paso á través de la tierra removida, y como era de noche, escapaba. Creia que el peso no fuese tanto que no lo pudiera resistir.

Si se equivocaba, si por el contrario la tierra le pesaba mucho y le ahogaba, ¡tanto mejor para él! todo concluia.

Desde la víspera no habia comido Edmundo; pero ni aquella mañana habia pensado en el hambre, ni ahora pensaba tampoco. Era demasiado precaria su posicion para que pudiera pensar en otra cosa.

Al llegar la hora de las siete fué cuando empezaron, á decir verdad, las agonías de Dantés. Con una mano apoyada en el pecho, trataba de ahogar los latidos de su corazon, mientras enjugaba con la otra el sudor de su frente, que corria hasta sus mejillas. De vez en cuando corria por todo su cuerpo un temblor convulsivo, oprimiéndole el corazon como si estuviera sometido á la presion de un torno. Pasaban las horas sin que en el castillo se notase ningun movimiento, con que Dantés comprendió que se habia librado del primer peligro. Esto era de buen agüero. Por último,

—Para ser viejo y tan flaco, pesa bastante.

El primer peligro que corria era que el carcelero, al llevarle su comida á las siete, echase de ver la sustitucion verificada. Por fortuna veinte veces habia recibido Dantés al carcelero acostado, ya fuese por misantropía, ya por fatiga, y en este caso por lo comun aquel hombre dejaba sobre la mesa el pan y la sopa y se marchaba sin hablarle.

Pero esta vez podia el carcelero faltar á sus hábitos de mudo, y dirigir la palabra á Dantés, y como Dantés no le responderia, acercarse á la cama y descubrirlo todo.

á la hora señalada por el gobernador se oyeron pasos en la escalera. Edmundo conoció que el momento habia llegado, y llamó en su ayuda todo su valor, conteniendo su aliento. Feliz él si hubiera podido contener del mismo modo las violentas pulsaciones de sus arterias.

Los pasos, que eran dobles, se detuvieron á la puerta, con que adivinó Dantés que eran dos los enterradores que venian á buscarle. Esta sospecha se trocó á certidumbre cuando oyó el ruido que hacian al poner las parihuelas en el suelo.



Abriose la puerta, y una luz semivelada hirió los ojos de Edmundo. A través del lienzo que le envolvia vió acercarse dos sombras á su cama. Otra, con un farol en la mano, se quedó á la puerta. Cada uno de los que se acercaron á la cama cogió el saco por una punta.

—Para ser viejo y tan flaco, pesa bastante, dijo uno de ellos levantando la cabeza de Dantés.

—He oido decir que cada año aumenta media libra el peso de los huesos, contestó el otro cogiéndole por los piés.

—¿Has hecho el nudo? preguntó el primero.

—Buena tontería fuera añadir un peso inútil. Allá lo haré.

—Tienes razon. Vamos.

—¿Para qué ese nudo? dijo en su interior Dantés.

Desde la cama trasladaron á las parihuelas al falso muerto. Edmundo se estiró cuanto pudo para desempeñar mejor su papel de cadáver. Pusiéronle, pues, en las parihuelas, y alumbrados por el del farol, que iba delante, empezaron á subir la escalera.

De repente el aire fresco de la noche, en que Dantés reconocía al mistral, azotó su cuerpo. Esta súbita sensacion fué á la vez angustiosa y dulcísima.

A los veinte pasos pararon los conductores y pusieron en el suelo las parihuelas.

Uno de ellos debió de alejarse un tanto, porque Dantés oia sus pisadas en las baldosas.

—¿Dónde estoy? se preguntó á sí mismo.

—¿Sabes que pesa? dijo el que habia permanecido junto á Dantés, sentándose al borde de las parihuelas.

La primera idea de Dantés fué escaparse entonces; pero por fortuna se contuvo.

—Alúmbrame, animal, dijo el que se habia separado; alúmbrame, ó no podré encontrar lo que busco.

El hombre del farol obedeció esta llamada, aunque, como se ha visto, no era nada cortés.

—¿Qué buscará? dijo para sí Dantés; sin duda una azada.

Una esclamacion dió á entender que el enterrador habia encontrado al fin lo que buscaba.

—No te ha costado poco trabajo, dijo el otro.

—Sí, pero nada se ha perdido por esperar, repuso el primero.

Con esto se acercó á Edmundo, que oyó poner á su lado una cosa pesada y sonora. Al mismo tiempo una cuerda atada á sus piés le causó viva y dolorosa impresion.

—¿Está el nudo ya hecho? preguntó el enterrador que no se habia movido de allí.

—Y bien hecho, respondió el otro.

—Pues en marcha.

Y volviendo á coger las parihuelas siguieron su camino.

A los cincuenta pasos sobre poco mas ó menos hicieron alto para abrir una puerta, y después continuaron.

El ruido de las olas, estrellándose en las peñas que sirven de cimiento al castillo, iba llegando mas distintamente á Dantés á medida que adelantaban.

—¡Mal tiempo hace! dijo uno de los hombres. No está el mar para bromas esta noche.

—Mucho riesgo corre el loco de mojarse.

Y ambos soltaron una carcajada.

Aunque Dantés no los comprendió, sus cabellos se erizaron.

—Bien. Ya hemos llegado, dijo el primero.

—Mas allá, mas allá, repuso el otro. ¿No recuerdas que el último muerto se quedó en el camino, destrozado entre las rocas, y que el gobernador nos reprendió al dia siguiente?

Siempre subiendo, dieron cuatro ó cinco pasos mas: luego sintió Edmundo que le cogian por los piés y por la cabeza, y que le cuneaban.

—¡A la una! dijeron los enterradores.

—¡A las dos!

—¡A las tres!

Al mismo tiempo se sintió Edmundo lanzado á un inmenso vacio, hendiendo los aires como un pájaro herido de muerte, y bajando, bajando con una velocidad que le helaba el corazon. Aunque le atraia hácia abajo una cosa pesadísima que precipitaba su rápido vuelo, pareciole que aquella caida duraba un siglo, hasta que por último, con un ruido espantable, se hundió en un agua helada que le hizo exhalar un grito, ahogado incontinenti.

Edmundo habia sido arrojado al mar con una bala de treinta y seis á los piés.

El cementerio del castillo de If es el mar.

CAPITULO XXI.

LA ISLA DE TIBOULEN.

Aunque aturdido y sofocado, tuvo Dantés fuerza de espíritu bastante á reprimir su respiracion, y como llevaba de antemano preparada á todo evento su mano derecha, segun lo hemos dicho, y empuñado el cuchillo, rasgó de un solo corte el saco, con que pudo sacar el brazo y la cabeza; pero á pesar de todos sus esfuerzos para levantar la bala, se sintió mas y mas agarrotado. Entonces se agachó hasta la cuerda que ligaba sus piernas, y por un esfuerzo supremo pudo cortarla cuando ya le iba faltando la respiracion. Hizo en seguida un hincapié vigoroso, y subió desembarazado á la superficie del mar, mientras la bala hundia en sus profundos abismos aquella tela grosera, que á poco mas le sirve de mortaja.

Unicamente para respirar salió Dantés al aire libre, pues volvió á zambullirse acto continuo, porque la primera precaucion que debia de tomar era que no le viesen.

Cuando salió por segunda vez, hallábase lo menos á cincuenta pasos del sitio en que habia caido. Sobre su cabeza miraba un cielo tempestuoso y negro, en que el aire hacia rodar nubes ligeras, descubriendo tal vez un pedazo azul en que brillaba una estrella. Delante de él se estendia el mar sombrío y mugiente, cuyas olas comenzaban á hervir como al principio de una borrasca: y á su espalda, mas negro que el cielo y que el mar, descollaba como un fantasma amenazador el gigante granítico cuya lúgubre cúpula parecia un brazo estendido para recobrar su presa.

En la roca mas alta brillaba un farol alumbrando á dos sombras.

Pareciole á Edmundo que estas dos sombras se inclinaban hácia el mar como con inquietud. Con efecto, aquellos enterradores de nueva especie debieron de oir el grito que exhaló hendiendo el espacio. Zambullose Dantés de nuevo, y nadando entre dos aguas, anduvo bastante trecho. Esta maniobra le habia sido muy familiar en otro tiempo, y atraia á verle de ordinario en la ensenada del Faro á muchos admiradores, que le proclamaban el mas hábil nadador de Marsella.

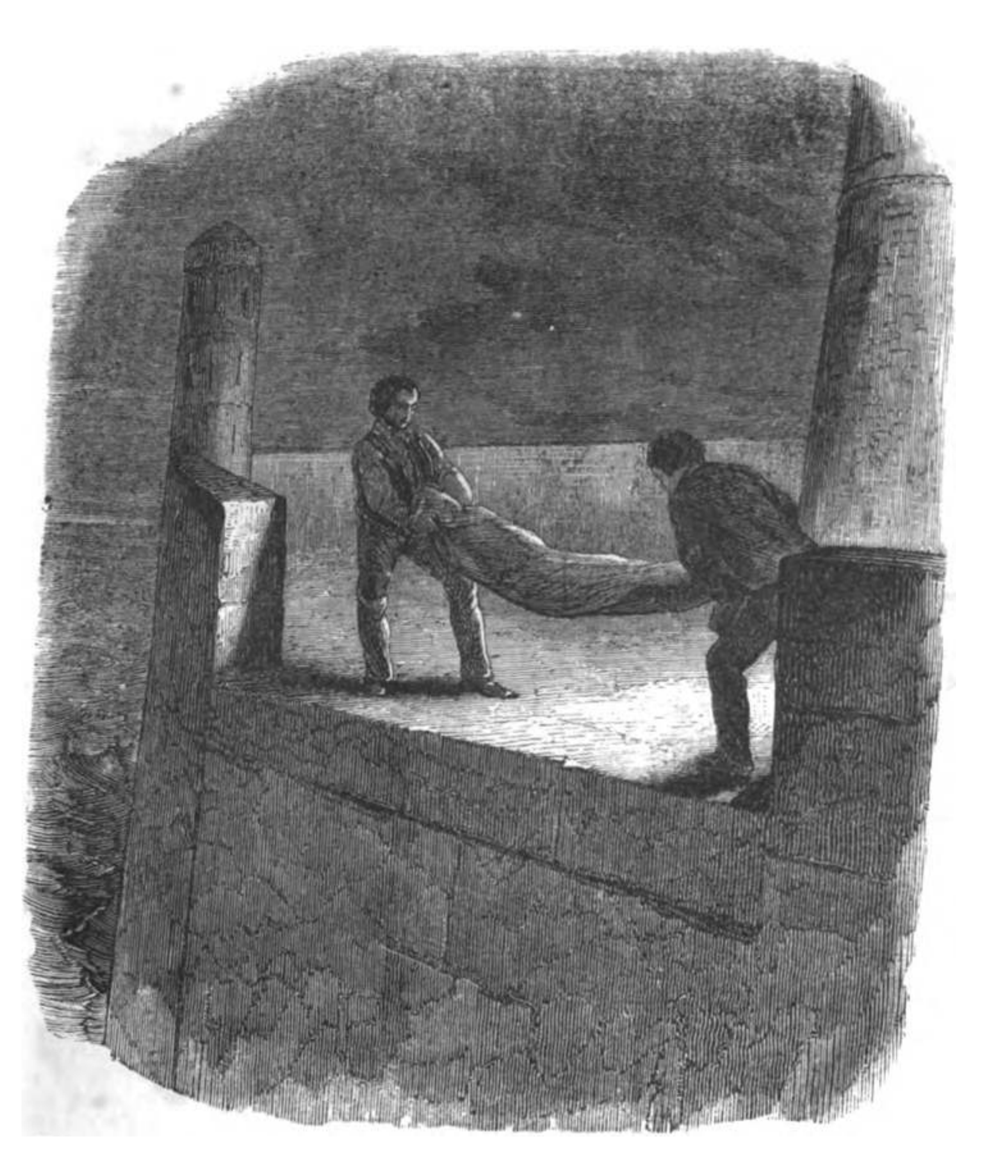
Cuando volvió á salir á flor de agua, el farol habia desaparecido.

Lo que importaba entonces era orientarse del terreno. De todas las islas que rodean al castillo de If, Pomegue y Ratonneau son las mas cercanas; pero Pomegue y Ratonneau estan habitadas, así como la islilla de Daume; las que ofrecian mas seguridades á Edmundo eran la isla de Tiboulen, ó la de Lemaire. Ambas estan á una legua del Castillo de If.

[illegible] esto dejó de resolverse á arribar á una de [illegible] islas; pero ¿cómo encontrarlas en medio de [illegible], que cada vez se iba poniendo mas y mas oscura?

En este momento vió brillar como una estrella el faro de Planier.

Dirigiéndose en derechura al faro, dejaba un tanto á



—¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres! gritaron los enterradores.

la izquierda la isla de Tiboulen; y torciendo aun mas de aquel lado, debia de hallar á Tiboulen en su camino.

Pero ya hemos advertido que desde el castillo de If á esta isla hay una legua lo menos.

Muchas veces en la prision habia dicho Faria al jóven viéndole perezoso y abatido:

—Dantés, no os dejeis debilitar. Si no ejercitais las fuerzas, os ahogareis el dia que querais escaparos.

Estas palabras zumbaron en los oidos de Dantés, cuando cortaba por el fondo las saladas olas, y se dió prisa á salir á flor, para convencerse de que no habia perdido sus fuerzas. Con efecto, lleno de júbilo vió que su forzosa inaccion nada le habia quitado de vigor ni de agilidad, y que era todavia señor del elemento con que habia jugado siendo niño.

El miedo por otra parte, este ligerísimo perseguidor, doblaba sus brios: agazapado en la cúspide de las olas, poniase á escuchar por si llegaba á sus oidos algun rumor. Cada vez que en brazos de una ola se levantaba á los cielos, sus ojos rápidos abarcaban todo el horizonte visible, pugnando por penetrar en las espesas tinieblas: cada ola que fuese un poco mas elevada que las demás parecíale un barco que le perseguia, y redoblaba sus esfuerzos, que aunque le alejasen sin duda del castillo debian de agotar muy pronto sus fuerzas.

Seguia pues nadando, y ya el terrible castillo se miraba confundido entre los vapores nocturnos: no lo distinguia, pero lo sentia.

Pasó una hora con esto, hora en que Dantés, exaltado por el sentimiento de la libertad que tan completa y vertiginosamente le dominaba, siguió hendiendo las olas en la direccion que se habia trazado.

—Vamos, se decia á sí mismo, pronto hará una hora que nado; pero como el viento me es contrario, he debido adelantar una cuarta parte menos. Sin embargo, como no me equivoque en mis cálculos, no debo de estar ahora muy lejos de Tiboulen.

Pero ¡si me equivocase!...

Un estremecimiento horrible conmovió todo el cuerpo del nadador. Intentó para reposo hacer un instante el muerto; pero el mar de cada vez se iba poniendo mas alborotado, y comprendió que le era imposible.

—Sea pues, dijo. Nadaré hasta lo último, hasta que mis brazos se cansen, y los calambres me acometan, que entonces... me iré á fondo.

Y siguió nadando con la fuerza y el brio de la desesperacion.

De repente pareciole que el firmamento, ya oscuro, se oscurecia mas y mas, y que una nube espesa y compacta bajaba hasta él. Al mismo tiempo sintió en la rodilla un dolor vivísimo. Hizole creer la imaginacion, con su rapidez incomparable, que aquello era la herida de una bala, y que en seguida oiria la esplosion del tiro, pero la esplosion no sonó. Alargó Dantés la mano, y halló un cuerpo resistente; encogió su otra pierna y tocó el suelo; con que reconoció entonces qué cosa era lo que se le habia figurado una nube.

A veinte pasos se elevaba una mole de peñascos, de forma estraña, que parecia un cráter inmenso petrificado en el momento de su mayor combustion. Era la isla de Tiboulen.

Levantose Dantés, dió algunos pasos adelante, y alabando á Dios, se tendió sobre aquellos guijarros, que entonces le parecieron mas blandos que la cama mas blanda.

Luego, á pesar del viento, y de la borrasca, y de la lluvia que empezaba á caer, rendido como estaba de fatiga se quedó dormido, con ese delicioso sueño del hombre cuya materia se aletarga, pero cuya alma permanece despierta con la idea de una felicidad inesperada.

Al cabo de una hora despertó á Edmundo un espantoso trueno. La tempestad, desencadenada en el espacio, hacia chocar los vendavales con estrépito horroroso. De vez en cuando caia, como una serpiente de lumbre, un rayo del cielo, alumbrando las olas y las nubes, que se confundian chocándose aquí y allí como en un inmenso caos.

El ojo de marino habia sido fiel á Dantés: aquella era con efecto la primera de las dos islas, la de Tiboulen. El sabia que en ella ni abrigo, ni asilo, ni cosa alguna se encontraba; pero cuando la tempestad cesase volveria á echarse al mar en direccion á la isla de Lemaire, que aunque no menos árida, era mas grande, y por consiguiente mas hospitalaria.

Una peña cóncava prestó á Dantés abrigo momentáneo: casi al mismo tiempo estalló la tempestad.

Edmundo sentia temblar la peña que le cobijaba: las olas, azotando la base de aquella pirámide gigantesca, saltaban hasta él. Aunque estuviese en paraje seguro, con aquel ruido atronador, y aquellas ráfagas sulfúreas, le acometió una especie de vértigo. Pareciole que la isla temblaba debajo de sus piés, y que de un momento á otro iba, como un navío anclado, á perder sus cables y á sepultarle en aquel inmenso torbellino.

Entonces recordó que hacia veinticuatro horas que no probaba bocado: tuvo hambre: tuvo sed.

Alargó las manos y la cabeza, y bebió el agua de la tempestad en el hoyo de una roca.

Cuando se incorporaba, un relámpago que parecia que rasgase el cielo hasta los piés del trono del Altísimo, iluminó el espacio, mostrandole con su resplandor, entre la isla de Lemaire y el cabo de Croisille, á un cuarto de legua de distancia, como un espectro que se resbala al abismo desde encima de una ola, un barquichuelo pescador arrebatado á la vez por el viento y por el mar. Un minuto después volvió á aparecerse el fantasma encima de otra ola, acercándose con horrible rapidez. Quiso el jóven gritarles, y aun buscó algun trapo que tremolar para hacerles ver que estaban perdidos; pero bien lo conocian ellos. A la luz de otro relámpago pudo vislumbrar Edmundo á cuatro hombres agarrados á los palos y á los estais, mientras otro sujetaba el mástil del tronchado timon. Sin duda hubieron de verle tambien aquellos hombres, como él los veia, porque llegaron á su oido gritos lastimeros en alas del vendaval silbador. En la punta del palo mayor hecho trizas azotaban el aire los girones de una vela, que de pronto acabose de romper, y desapareció en los abismos tenebrosos del espacio, semejante á uno de esos enormes pájaros blancos que buscan para cernirse las nubes negras.

Al mismo tiempo sonó un ruido espantoso, mezclado con gritos de agonía que llegaron hasta Dantés. Asido como una esfinge de las rocas, abarcaba con sus ojos todo el abismo, y á la luz de otro relámpago pudo ver al barco irse á pique, y flotar entre sus restos cabezas de espresion desesperada y brazos estendidos hácia el cielo.

Luego quedó todo envuelto por las tinieblas. Aquel terrible drama habia durado lo que un relámpago.

A riesgo de caer al mar, lanzose Dantés á la pendiente resbaladiza de las rocas á mirar y á escuchar; pero nada vió y nada oyó. Ni gritos ni cosas humanas: solamente la tempestad, esa gran cosa de Dios, seguia rugiendo con el huracan, y espumando con las olas.

Poco á poco fué calmándose el viento, y rodaron al occidente las preñadas nubes rojas, que parecian detenidas por la mano de la tempestad. Volvieron á brillar las estrellas en el cielo con su luz vivísima. Luego por el Este una ráfaga azulada, un tanto negruzca, coloreó el horizonte, y saltaron las ondas tranquilamente, trocando su espumosa superficie en crines de oro.

Era el alba.

Inmóbil y mudo contempló el jóven este espectáculo, como si lo viese por primera vez. Lo habia olvidado con efecto desde su entrada en el calabozo.

Volviose hácia el castillo, escudriñando con una mirada penetrante la tierra y el mar.

El sombrio edificio se destacaba entre las olas con esa imponente majestad de las cosas inmóbiles, que parece que tengan ojos para vigilar y acento para mandar.

Serian las cinco de la mañana, y el mar seguia calmándose poco á poco.

—Dentro de dos ó tres horas, dijo Edmundo, el carcelero irá á mi cuarto, hallará el cadáver de mi infeliz amigo, le reconocerá, me buscará vanamente, y dará el grito de alarma. Descubrirán el subterráneo y la galería, preguntarán á los que me arrojaron al mar, que han debido oir mi grito, saldrán en seguida mil barcas llenas de soldados en persecucion del fugitivo, que saben que no puede estar muy lejos: anunciará el cañon á toda la costa que nadie dé asilo á un hombre desnudo y hambriento que andará errante, y saldrán de Marsella los alguaciles y los espias á perseguirme por tierra, mientras el gobernador me persigue por mar. ¿Qué será entonces de mí? Tengo hambre, tengo frio, y hasta he perdido el cuchillo salvador, que me estorbaba para nadar. Estoy á merced del primer paisano que quiera ganar veinte francos entregándome. Ya no me quedan ni fuerzas, ni resolucion, ni ideas. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! Mirad si he sufrido bastante, y si podeis hacer algo por mí, que yo ya no puedo.

Dantés se determinó al instante á volver á echarse al mar.

En el momento en que Edmundo pronunciaba en una especie de delirio, ocasionado por su abatimiento y el vacio de su inteligencia, esta ardiente oracion, vuelto con ansiedad á Marsella, vió aparecer á la punta de la isla de Pomegue, dibujando en el horizonte su vela latina, semejante á una paviota que vuela raspando la superficie de las aguas, un barquichuelo en quien solamente el ojo de un marino podia reconocer una tartana genovesa, estando como estaba el mar



todavía un tanto nebuloso. Venia del puerto de Marsella, y entraba en alta mar cortando las espumas con su aguda proa, que abria á sus costados redondos un camino mas fácil.

—¡Oh! esclamó Edmundo, ¡pensar que dentro de media hora podria yo alcanzar aquel navío, si no temiese que me reconocieran por fugitivo y me volviesen á Marsella! ¿Qué he de hacer? ¿qué he de decir? ¿qué fábula inventaré para engañarlos? Esas gentes son contrabandistas y casi piratas, que con pretesto del comercio de cabotaje merodean por las costas; preferirán el venderme á hacer una buena accion que nada les valga.

Esperemos.

Pero es imposible esperar: me estoy muriendo de hambre: dentro de pocas horas perderé las pocas fuerzas que me quedan: se acerca además la hora de la visita del carcelero: aun no han dado la señal de alarma: acaso no sospecharán nada todavía: puedo pasar por uno de los marineros de esa barca pescadora que ha naufragado esta noche. Esto no es inverosímil: ninguno de ellos vendrá á contradecirme, porque todos han muerto.

Vamos.

Y esto diciendo volviose Dantés hácia el sitio en que la barca se habia hecho pedazos, y tembló de alegría. En la punta de una roca se habia quedado agarrado el gorro frigio de uno de los marineros, y flotantes cerca de allí los restos de la carena, tablas insignificantes que el mar achocaba contra el cimiento granítico de la isla.

Dantés se determinó al instante á volver á echarse al mar; nadó hácia el gorro, se lo puso, y cogiendo una de las tablas, dirigiose á salir al paso á la tartana.

—¡Ya me he salvado! murmuró.

Y diole esta creencia nuevos bríos.

Pronto el barco se dejó ver, que iba contra viento, entre el castillo de If y la torre de Planier. Dantés llegó á sospechar y temer que en vez de seguir costeando entrase de lleno en alta mar, como de seguro lo hubiese hecho si se encaminara á Córcega ó á Cerdeña; pero luego dedujo el nadador de sus maniobras que iba á pasar por entre las islas de Jaros y Calaseraigne, como suelen todos los barcos que van á Italia.

Mientras tanto el nadador y el navío se aproximaban uno á otro insensiblemente. En una de sus bordadas, el barco llegó á estar un cuarto de legua de Dantés, que sacó entonces el cuerpo fuera del agua, agitando su gorro en señal de apuro; pero ningun marinero hubo de verle, puesto que el navío viró de bordo. Pensó Dantés dar gritos; pero calculando la distancia, conoció que su voz no llegaria hasta allá, perdida y ahogada por las brisas marinas y el rumor de las olas.

Entonces se felicitó á sí mismo por su precaucion de estenderse sobre una tabla. Débil como estaba ya, acaso no hubiera podido sostenerse á flor de agua hasta que la tartana pasase, y de seguro si la tartana pasaba sin verle, que era muy posible, no podría volver á la isla.

Aunque estuviese casi cierto del camino que se guia, los ojos de Edmundo acompañaban á la tartana con cierta ansiedad, hasta que la vió amainar y volverse hácia él.

Entonces siguió avanzando á encontrarla; pero antes que se juntasen empezó el barco á virar de bordo.

Al punto Dantés, por un esfuerzo supremo, se puso casi de pié sobre el agua, tremolando su gorro, y lanzando uno de esos gritos lamentables que solamente lanzan los marineros cuando estan en peligro, gritos que parecen el lamento de algun genio del mar.

Esta vez le vieron y le oyeron. Interrumpió la tartana su maniobra, torciendo el rumbo hácia él, y hasta distinguió Edmundo al propio tiempo que se preparaban á echar al agua una chalupa.

Un instante después la chalupa, con dos hombres, se dirigió á su encuentro, cortando con sus dos remos el agua. Abandonó entonces Dantés la tabla, de que ya no creia necesitar, y nadó con toda su fuerza por ahorrar al barco la mitad del camino.

Empero el nadador contaba con fuerzas ya casi nulas, y conoció entonces cuán útil le era aquella tabla que flotaba ahora á cien pasos de allí. Empezaron á agarrotarse sus brazos, perdieron la flexibilidad sus piernas, sus movimientos eran forzados y vanos, y dificultosa su respiracion.

A un segundo alarido que lanzó, redoblaron los remeros sus esfuerzos, y uno de ellos le gritó:—¡ánimo!

Esta palabra llegó á su oido en el momento en que una oleada pasaba por encima de su cabeza, cubriéndole de espuma.

Cuando volvió á salir á flor, azotaba el agua con esos ademanes desesperados del hombre que se ahoga. Después exhaló otro grito, y se sintió atraido al fondo del mar como si aun llevara á los piés la bala de treinta y seis.

A través del agua, que pasaba por encima de su cabeza, veia un cielo lívido con manchas negruzcas.

Otro esfuerzo violento volvió á sacarle á la superficie.

Pareciole esta vez que le agarraban por los cabellos, y luego perdió la vista y el oido.

Se habia desmayado.

Cuando volvió á abrir los ojos, hallose Dantés en el puente de la tartana, que proseguia su camino: su primera mirada fué para ver cuál seguia: iba alejándose del castillo de If.

Tan debilitado estaba Dantés, que la esclamacion de júbilo que hizo pareció un suspiro doloroso.

Como dejamos dicho, estaba acostado en el puente: un marinero le daba friegas con un cobertor de lana: otro, en quien reconoció al que le habia gritado:—¡Animo!— le acercaba á los labios la boquilla de una calabaza; y otro, en fin, marinero viejo, que era á par piloto y patron, le miraba con ese sentimiento de piedad egoista que inspira generalmente á los hombres una desgracia, de que se han librado la víspera, y que puede sucederles al dia siguiente.

Algunas gotas del rom que contenia la calabaza reanimaron el desfallecido corazon del jóven, al paso que con las friegas que seguia dándole el marinero de rodillas, tornaba á sus miembros la elasticidad.

—¿Quién sois? le preguntó en mal francés el patron.

—Soy, respondió Edmundo en mal italiano, un marinero maltés. Veniamos de Siracusa con cargo de vino, cuando la tormenta de esta noche nos sorprendió en el cabo Morgion, estrellándonos en esas rocas que veis allí abajo.

—¿Y de dónde venís vos?

—De las rocas: tuve la fortuna de agarrarme á ellas, mientras nuestro pobre capitan se hacia pedazos: los otros tres compañeros se ahogaron, y tengo para mí que soy el único que me salvé. Vislumbré vuestro barco, y temeroso de tener que esperar mucho tiempo en esa isla desierta, me aventuré á saliros al encuentro en una tabla, resto del naufragio. Gracias, gracias, prosiguió Dantés, me habeis salvado la vida. Era ya hombre muerto, si uno de estos camaradas no me coge por los cabellos.

—Yo fuí, dijo un marinero de rostro franco y abierto, sombreado por grandes patillas negras. Yo fuí el que os saqué, y á buen tiempo, que ya os ibais á fondo.

—Sí, amigo mio, sí: os doy las gracias por segunda vez, dijo Edmundo tendiéndole la mano.

—Por mi fé que anduve perplejo y dudoso, dijo el marino, porque con vuestra barba de seis pulgadas de largo, y vuestros cabellos de un pié, antes pareciais un bandido que no un hombre de bien.

Dantés recordó con esto que efectivamente desde

su entrada en el castillo de If, ni se habia cortado el pelo, ni afeitado tampoco.

—Esto, dijo, es un voto que hice en un grave peligro á nuestra Señora del Pié de la Grotta, de estar diez años sin afeitarme ni cortarme el pelo. Hoy justamente cumple el voto, y por cierto que á poco mas me ahogo en el aniversario.

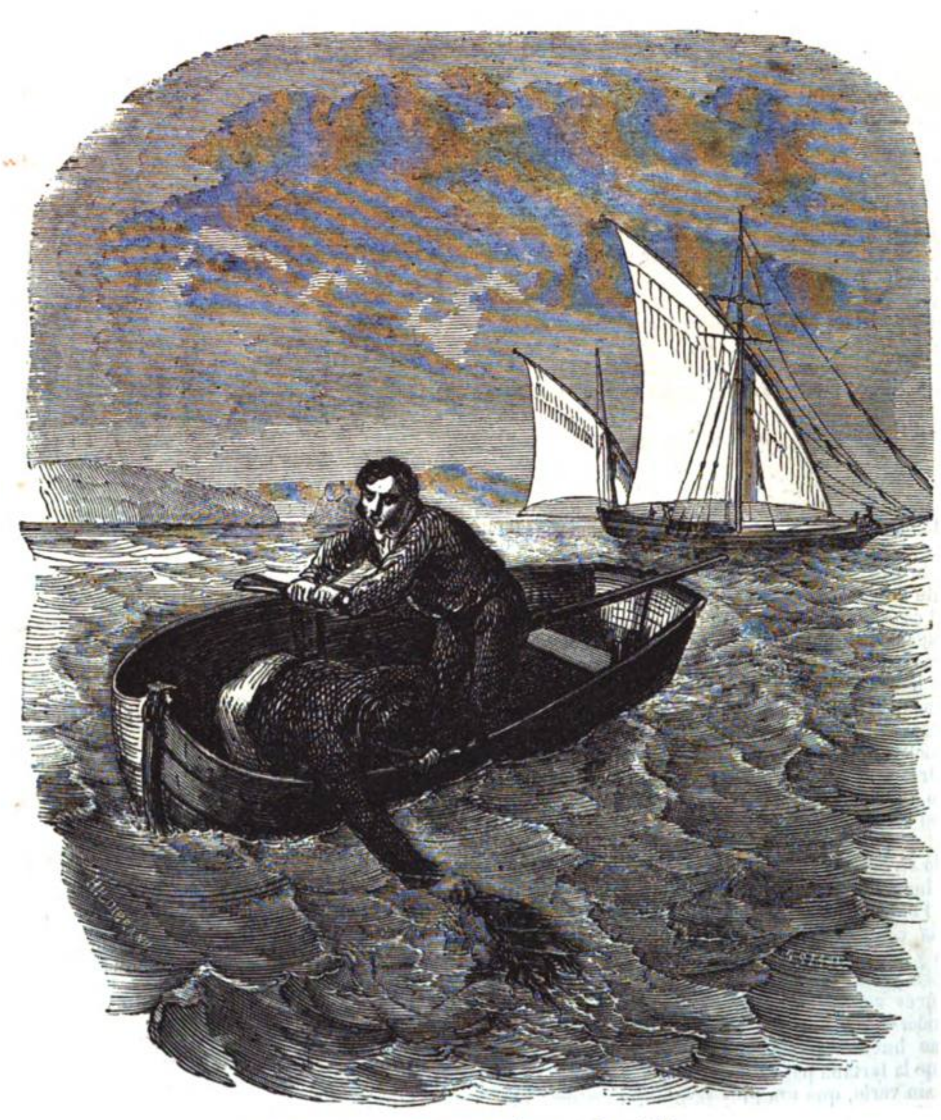
—¿Y qué hacemos de vos ahora? le preguntó el patron.

—Pues bien, patron, dijo el marinero que habia gritado —¡ánimo!—á Dantés; si el camarada dice verdad, ¿por qué no ha de quedarse con nosotros?

—Si dice verdad, si, contestó el patron como dudoso; pero en el estado en que se encuentra el pobre diablo, se promete mucho, y luego...

—Cumpliré mas que he prometido, repuso Dantés.

—¡Oh! ¡oh! murmuró el patron riéndose. Allá lo veremos.



Pareciole esta vez que le agarraban por los cabellos...

—¡Ay! respondió Dantés, haced lo que querais. La falua que yo tripulaba se ha perdido, el capitan ha muerto, y como veis, me he librado de la misma desgracia absolutamente en cueros. Por fortuna soy un marino bastante bueno: dejadme en el primer puerto á que abordeis, que no dejaré de encontrar acomodo en algun barco mercante.

—¿Conoceis el Mediterráneo?

—Navego por él desde mi infancia.

—¿Y conoceis tambien los buenos fondeaderos?

—Pocos puertos hay, aun entre los peores, en que yo no pueda entrar y salir con los ojos cerrados.

—Cuando querais lo vereis, repuso Dantés levantándose. ¿Cuál es vuestro rumbo?

—A Liorna.

—Pues entonces, en vez de contraventear, perdiendo un tiempo precioso, ¿por qué no cargais velas simplemente?

—Porque iriamos derechos á la isla de Rion.

—Pasareis á veinte brazas de ella.

—Tomad, pues, el timon, dijo el patron, y os juzgaremos.

Sentose Edmundo en el timon, y asegurándose con una ligera maniobra de que el barco obedecia

bien, aunque no fuese de primera calidad, gritó:

—¡A las vergas y á las bolinas!

Los cuatro marineros que componían la tripulacion corrieron á sus puestos. El patron los observaba á todos.

—¡Halad! prosiguió gritando Dantés.

Los marineros obedecieron con bastante exactitud.

—¡Amarrad ahora! ¡bien está!

Ejecutada esta órden como las dos primeras, el barco, en vez de seguir contraventeando, comenzó á dirigirse á la isla de Rion, cerca de la cual pasó, como Dantés habia dicho, dejándola á unas veinte brazas á estribor.

—¡Bravo! gritó el patron.

—¡Bravo! repitieron los marineros.

Y todos contemplaban maravillados á aquel hombre, cuyas miradas habian recobrado una inteligencia, y cuyo cuerpo habia recobrado un vigor que estaban muy lejos de sospechar en él.

—Ya veis, dijo Dantés separándose del timon, que podré serviros de algo, á lo menos durante la travesía. Si no os convengo, me dejais en Liorna, que con el primer dinero que gane os pagaré la comida que me deis hasta allá, y el vestido que vais á prestarme.

—Está bien, está bien: si os poneis en la razon nos arreglaremos.

—Un hombre vale lo que otro hombre, contestó Dantés. Dadme el sueldo que deis á mis camaradas, y negocio concluido.

—Eso no es justo, porque vos sabeis mas que nosotros, dijo el marinero que le habia salvado.

—¿Quién te mete á tí en esto, Jacobo? esclamó el patron. Cada uno puede ajustarse por lo que le convenga.

—Justamente, repuso Jacobo; pero esto no es mas que una observacion...

—Mejor harias en emprestar á este bravo camarada, que está desnudo, un pantalon y una chaqueta, si los tienes de repuesto.

—No los tengo, contestó Jacobo; pero sí una camisa y un pantalon.

—Es cuanto me hace falta, contestó Dantés. Gracias, amigo mio.

Deslizose Jacobo por la escotilla, y á poco rato volvió á subir con las prendas ofrecidas, que se puso Dantés con alegría estraordinaria.

—¿Necesitais ahora algo mas? le preguntó el patron.

—Un pedazo de pan, y otro trago de ese rom tan escelente que ya probé, porque hace mucho tiempo que no he tomado nada.

Trajeron á Dantés el pedazo de pan, y Jacobo le presentó la calabaza.

—¡El mástil á babor! gritó el capitan volviéndose al timonero.

Al llevarse la calabaza á la boca, los ojos de Dantés se volvieron hácia aquel lado; pero la calabaza se quedó á la mitad del camino.

—¡Calle! preguntó el patron, ¿qué es lo que pasa en el castillo de If?

Con efecto, hácia el baluarte sud del castillo, coronando las almenas, acababa de aparecer una nubecilla blanca, nube que ya habia escitado la atencion de Edmundo. Un momento despues, el eco de una esplosion lejana retumbó en el puente del navío.

Los marineros levantaron la cabeza mirándose unos á otros

—¿Qué quiere decir aquello? preguntó el patron.

—Se habrá escapado esta noche algun preso, y tiran el cañonazo de alarma, repuso Dantés.

Miró el patron de reojo al jóven, que cuando dijo esto se llevó la calabaza á la boca; pero viole saborear el rom con tanta calma, que si alguna sospecha tuvo se desvaneció al momento.

—¡Qué fuertísimo es este rom! dijo Dantés enjugándose con la manga de la camisa la frente bañada en sudor.

—Al postre... si él es, tanto mejor, murmuró el patron mirándole. He adquirido un hombre resuelto.

Con pretesto de que estaba fatigado, pidió Dantés sentarse en el timon. El timonel, gozoso de verse relevado en su tarea, consultó con una mirada al patron, que le hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Así sentado Dantés pudo observar atentamente las cercanías de Marsella.

—¿A cuántos estamos? le preguntó á Jacobo, que vino á sentarse junto á él cuando ya se perdia de vista el castillo de If.

—A 28 de febrero, respondió este.

—¿De qué año? siguiole preguntando el jóven.

—¡Cómo de qué año! ¡Me preguntais de qué año!

—Sí, repuso el jóven, os lo pregunto.

—Pero ¿habeis olvidado el año en que vivimos?

—¿Qué quereis? dijo Dantés sonriendo; he tenido esta noche tanto miedo, que á poco pierdo la razon, y lo que os la memoria se me ha quedado turbadísima. Pregunto, pues, que de qué año es hoy el 28 de febrero.

—Del año de 1829, contestó Jacobo.

Hacia catorce años, dia por dia, de la prision de Dantés.

Entró en el castillo de If de diez y nueve años, y salia de treinta y tres.

Una dolorosa sonrisa plegó sus labios.—¡Mercedes! se preguntó á sí mismo, ¿qué ha sido de Mercedes en tantos años teniéndome por muerto?

Luego una ráfaga de odio empañó su mirada, al pensar en aquellos tres hombres que le ocasionaron tan dura y larga cautividad.

Y renovó contra Danglars, Fernando y Villefort aquel juramento de venganza implacable que habia ya hecho en su calabozo.

Ahora este juramento no era una amenaza vana, porque el barco mas velero del Mediterráneo no hubiera podido alcanzar en este momento á la tartana, que á toda vela se dirigia á Liorna.

CAPITULO XXII.

LOS CONTRABANDISTAS.

No habia aun pasado Dantés un dia á bordo, y ya se le alcanzaba qué clase de pájaros era aquella gente. Aunque no hubiese aprendido en la escuela del abate Faria, el digno patron de *La Jóven Amelia* (tal era el nombre de la tartana) sabia casi todas las lenguas que se hablan en torno á ese gran lago llamado el Mediterráneo, desde el árabe hasta el provenzal. Con esto se ahorraba de intérpretes, gentes fastidiosas de suyo y tal vez indiscretas, y le era mas fácil y directo entenderse, ya con los navíos que encontraba á su paso, ya con las barquillas que se topaba en las costas, ya en fin con esos seres sin nombre, sin patria y sin oficio aparente, que nunca faltan en los barrios bajos de los puertos de mar, y que se alimentan de ese maná misterioso y oculto atribuido á la Providencia, de quien efectivamente debe venir, pues el observador mas perspicaz no les descubriria medio alguno visible de ganarse la vida.

Con esto ya se comprende que Dantés se hallaba á bordo de un barco contrabandista.

Por esto le recibió el patron al principio con cierta desconfianza. Como estaba en tan malas relaciones con los aduaneros de la costa, y como entre él y ellos porfiaran á quién engaña á quién, pensó al principio que Dantés era simplemente un espía de la Hacienda que empleaba tan ingenioso medio para penetrar los secretos del oficio; pero la manera brillante con que Dantés se defendió cuando trató luego de sonsacarle, le dejó casi enteramente convencido. Cuando vió despues aque-

lla columna de humo flotar sobre el baluarte del castillo de If, y cuando oyó el estampido remoto del cañonazo, se le figuró por un instante que acababa de recibir á bordo á uno de esos por quien se tiran cañonazos á la entrada y á la salida, como por los reyes. En honor de la verdad, justo es decir que esto le importaba menos que si fuese un aduanero el recienvenido; pero tambien esta segunda suposicion desvaneciose como la muy alto su dulzura, su pericia náutica, y en particular su refinado disimulo.

¿Quién sabe además si el genovés no era uno de esos hombres que tienen bastante talento para no saber nunca mas que lo que deben saber, ni creer nunca mas que lo que les importa creer?

En este recíproco estado los sorprendió la llegada á Liorna.

—Ya veis, dijo Dantés separándose del timon, que podré serviros de algo.

primera, gracias á la impasible serenidad de Edmundo.

Alcanzó, pues, este la ventaja de saber quién era su patron, sin que su patron supiera quién era él. No le atacaba ni el patron ni marinero alguno por lado que no defendiera perfectamente, ya hablando de Nápoles, ya de Malta, que conocia tan bien como Marsella, y todo con una exactitud que hacia mucho honor á su memoria.

Pese á su sutileza, el genovés fué quien se dejó engañar por Edmundo, aunque en su favor hablasen

Allí debia de intentar Edmundo otra prueba, que era saber si se reconoceria á sí mismo, al cabo de catorce años que no se veia. Conservaba una idea muy exacta de lo que habia sido cuando jóven, é iba á ver lo que era cuando hombre. Ya estaba cumplido su voto, en concepto de sus camaradas, con que entró en la calle de San Fernando, en casa de un barbero á quien él conocia de sus anteriores viajes.

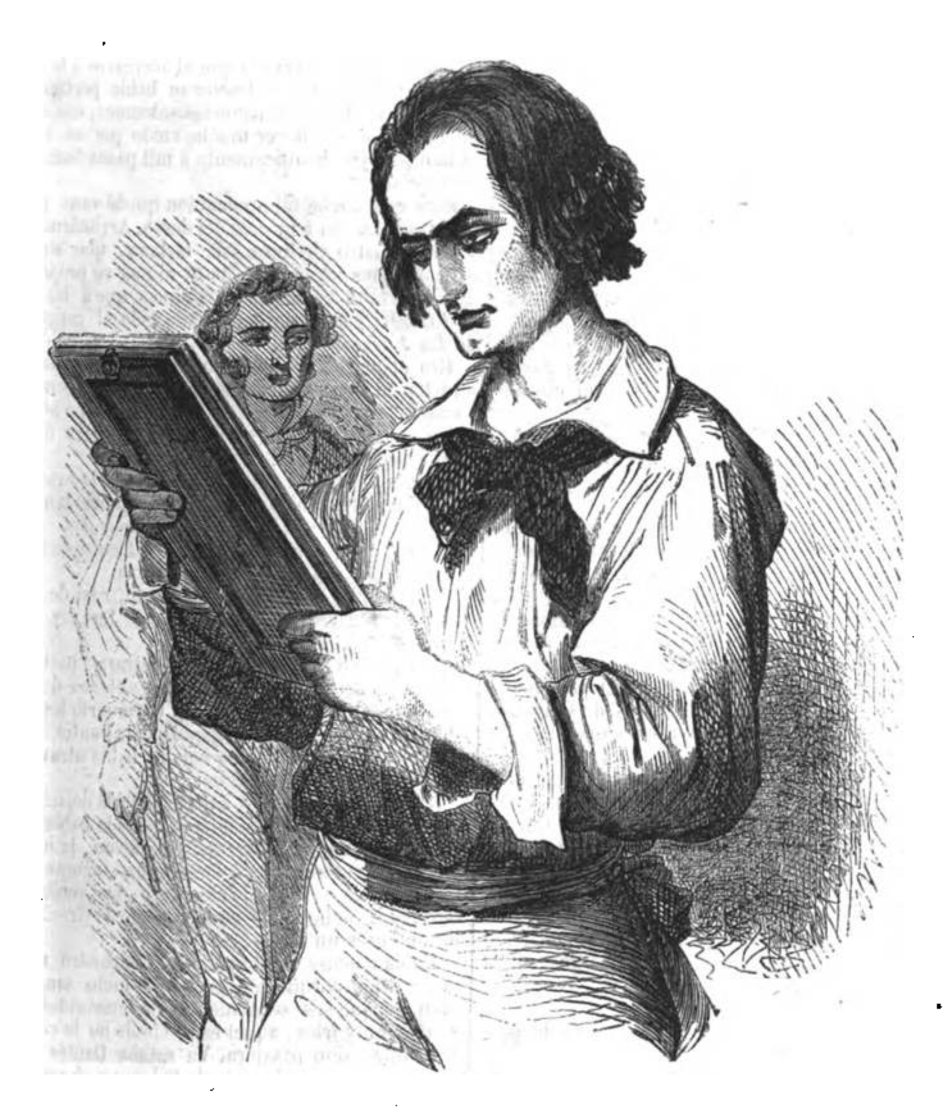
El barbero contempló admirado aquel hombre de larga cabellera y de espesa y negra barba, semejante

á esas cabezas tan hermosas que pintó el Ticiano. Entonces no era moda todavía llevar tan largos los cabellos y la barba: hoy el barbero solo se admiraria de que un hombre con tantas ventajas físicas renunciase á ellas de motu propio.

Empero sin hacer observacion alguna se puso á desempeñar su comision.

Terminada que fué, cuando se sintió Edmundo la

Su rostro ovalado era ahora anguloso; su boca risueña formaba esos pliegues tirantes que indican firmeza y resolucion; sus cejas se juntaban debajo de una arruga, que aunque única, declaraba la actividad de su pensamiento; sus ojos se habian como impregnado de profundísima tristeza, y á veces lanzaban fulminantes destellos de odio y de misantropía; su tez, por tanto tiempo privada de la luz del dia y de los ra-



...Pidió un espejo para mirarse.

cara rasa, cuando sus cabellos quedaron como los llevan todos comunmente, pidió un espejo para mirarse.

Como ya dejamos dicho, tenia treinta y tres años, y los catorce que pasó en el castillo de If habian obrado en él un cambio moral completo, permítasenos esta frase.

Habia entrado en el castillo con esa cara redonda, festiva y abierta del jóven que es feliz, y que da sin trabajo ni pena sus primeros pasos en el sendero de la vida, fiando en lo porvenir, como consecuencia natural de lo pasado.

Todo esto habia desaparecido.

yos del sol, habia tomado ese color mate que cuando va unido á cabellos negros constituye la belleza aristocrática de los hombres del Norte. La profunda ciencia que habia aprendido ceñía además su rostro con una aureola de inteligente superioridad.

Su cuerpo, por último, bastante alto naturalmente, habia adquirido ese vigor macizo, por decirlo así, de un cuerpo que vive siempre concentrando sus fuerzas.

La elegancia de sus contornos nerviosos y cenceños se habia trocado á muscular solidez; los sollozos, las oraciones y las blasfemias habian cambiado tanto su

voz, que unas veces era de esquisita dulzura y otras tenia un acento agreste y casi ronco.

Como acostumbrados á la oscuridad y á la luz opaca, sus ojos habian adquirido esa rara facultad que tienen los de la hiena y el lobo de distinguir los objetos en lo oscuro.

Una sonrisa arrancó á Edmundo el verse á sí propio. Era imposible que su mejor amigo, si le quedaba algun amigo todavía, le reconociese, puesto que no se reconocia él mismo.

El patron de *La Jóven Amelia*, á quien importaba mucho tener en su tripulacion un hombre del temple de Dantés, le habia brindado con algunos adelantos á cuenta de sus ganancias futuras, que él aceptó. Lo primero que hizo al salir de la barbería donde habia sufrido su primera metamorfosis, fué entrar en un almacen de ropas á comprarse un vestido de marinero. Este vestido, como todo el mundo sabe, es muy sencillo, y se compone de un pantalon blanco, una camisa rayada y un gorro frigio.

Cuando tornó Dantés al barco en este traje devolviendo el que le habia emprestado á Jacobo, viose en la precision de repetir su historia, pues el patron no acertaba á reconocer en aquel marinero elegante y hasta coqueton, al hombre de espesa barba que desnudo y moribundo habia recogido en *La Jóven Amelia*, con los cabellos llenos de algas y el cuerpo empapado en agua del mar.

Seducido por su buena planta, renovó á Dantés sus proposiciones de enganche; pero como Dantés tenia otros proyectos, no las quiso aceptar sino por tres meses.

Pocas tripulaciones se habrán visto tan activas como la de *La Jóven Amelia*, ni pocos patrones como el suyo tan amigos de no perder tiempo. A los ocho dias escasos de su estancia en Liorna, ya se vieron los redondos costados de la tartana llenos de muselinas pintadas, algodones de contrabando, pólvora inglesa, y tabaco que no queria pagar derechos á la aduana. Tratábase de sacar todo esto de Liorna, puerto franco, y desembarcarlo en las costas de Córcega, desde donde se encargarian ciertos especuladores de introducirlo en Francia.

Edmundo volvió á hendir aquel mar azulado, primer horizonte de su juventud, objeto de todos sus sueños en el calabozo, y dejando á la derecha á la Gorgona, y á la Pianosa á la izquierda, se dirigió á la patria de Paoli y de Napoleon.

Al subir al puente la siguiente mañana, como acostumbraba todos los dias muy temprano, encontró el patron á Dantés apoyado en la barandilla, mirando con estraña atencion una mole de rocas que el sol coloreaba con su rosada luz.

Era la isla de Monte-Cristo.

La Jóven Amelia la dejó á tres cuartos de legua á estribor, y siguió su ruta á Córcega.

Ocurríasele á Edmundo al contemplar esta isla, de tan dulce nombre para él, ocurríasele que con echarse al agua, llegaria en media hora á la tierra prometida; pero ¿qué haria allí, sin herramientas para sacar su tesoro, y sin armas para defenderlo? ¿Qué dirian además los marineros? ¿Qué pensaria el patron? Era preciso esperar.

Por fortuna, él sabia esperar. Habia esperado catorce años la libertad, con que ahora que era libre podia esperar mejor seis meses ó un año la riqueza.

Si le hubieran brindado con la libertad sin riqueza ¿no la aceptara?

Además, ¿no era aquella riqueza enteramente fantástica? Nacida en la imaginacion enferma del pobre abate Faria, ¿no habria muerto con él?

Aunque á decir verdad, la carta del cardenal Spada era prueba concluyente.

Y repetia la carta en su memoria de cabo á rabo, sin olvidar una letra.

A la caida de la tarde vió Edmundo pasar á su isla por todas las gradaciones de las tintas del crepúsculo, y perderse para todos en la oscuridad, menos para él, que acostumbrado á las tinieblas de su prision, continuó viéndola sin duda, puesto que fué el último que quedó sobre cubierta

El dia siguiente les amaneció á la altura de Aleria, y se pasó todo en contraventear. Por la noche aparecieron unas lumbres en la costa, que sin duda eran la señal de que podia verificarse el desembarco, puesto que se puso un fanal en el asta-bandera de la tartana, que llegó á tiro de fusil de la orilla.

Dantés habia observado que al acercarse á la orilla, el patron de *La Jóven Amelia* se habia pertrechado, sin duda para las circunstancias solemnes, con dos culebrinas, que sin hacer mucho ruido por su tamaño podian arrojar boniticamente á mil pasos balas de á cuarteron.

Pero esta noche tal precaucion quedó vana porque las cosas pasaron á medida del deseo. Arrimáronse á la sordina cuatro chalupas á la tartana, que sin duda para hacerles los honores botó al mar su propia chalupa; portándose tan bien las cinco, que á las dos de la mañana estaba desembarcado todo el cargamento de *La Jóven Amelia*.

Era el patron hombre tan exacto y puntual, que aquella misma noche se repartieron las ganancias, tocándole á cada uno cien libras toscanas, ó lo que es lo mismo, ochenta francos sobre poco mas ó menos en moneda francesa.

Pero no por esto quedaba terminada la espedicion, sino que se encaminaron á Cerdeña, donde tenian que emplear el dinero que acababan de recoger.

Esta segunda operacion fué tan afortunada como la primera. Estaba de suerte la tartana.

Componíase el nuevo cargamento, casi de todo en todo, de cigarros habanos y vino de Jerez y Málaga, con destino al ducado de Luca.

Allí estuvo en muy poco que entrara á parte en las ganancias la aduana, esta enemiga eterna del patron de *La Jóven Amelia*. Tuvieron un muerto los del resguardo, y dos heridos la tripulacion. Dantés era uno de estos dos heridos: una bala le habia atravesado la carne de la espalda derecha.

Aquella escaramuza y aquella herida dejaron á Dantés muy satisfecho de sí mismo, pues le habian demostrado, aunque con la dureza que suelen, la influencia que podrian tener los dolores sobre su corazon. Sonriendo habia arrostrado el peligro, y al recibir el balazo habia dicho como aquel filósofo de Grecia:—«Dolor, no eres un mal.»

Habia además contemplado al aduanero moribundo, y bien porque le hiciese la lucha sanguinario, bien porque sus sentimientos de humanidad estuviesen ya muy frios, aquel espectáculo no le causó sino una impresion pasajera. Ya estaba Dantés templado como queria; ya el objeto de todos sus afanes se realizaba... ya su corazon se iba petrificando en su pecho.

En desquite Jacobo, que al verle caer en la accion le tuvo por muerto, se habia apresurado á levantarle del suelo, y á curarle como un escelente camarada.

Este mundo podia no ser tan bueno como el doctor Pangloss se lo figuraba; pero no era tan malo como se lo figuraba Dantés, puesto que un hombre que si algo podia esperar de su compañero no mas era que la herencia de la mezquina suma que habia ganado, se afligia de tal modo con su desgracia.

Por fortuna, como ya lo hemos dicho, Dantés no estaba mas que herido. Gracias á ciertas yerbas cogidas en ciertas épocas, que venden á los contrabandistas las viejas sardas, la herida se cerró muy pronto. Entonces trató Edmundo de probar á Jacobo, ofreciéndole dinero en recompensa de sus atenciones; pero Jacobo lo rehusó con indignacion.



La consecuencia de esta simpatía que Jacobo demostró á Edmundo desde el primer momento, fué que Edmundo sintiese tambien por Jacobo cierta afeccion; pero el marinero no exigía mas, adivinando instintivamente que el discípulo del abate Faria era muy superior á su posicion y á aquellos hombres, superioridad que Edmundo solo de él dejaba traslucir. El pobre marino se contentaba, pues, con esto, aunque era bien poco.

—¿Para qué ha de aprender todas esas cosas un pobre marino como yo?

Edmundo le respondia:

—¿Quién sabe? acaso llegues un dia á ser capitan de navío. ¿No ha llegado á ser emperador tu compatriota Bonaparte?

Nos habíamos olvidado de decir que Jacobo era corso.

En estos viajes pasaron dos meses y medio. Edmun-



Jacobo.

Todos los dias, que tan largos son á bordo, cuando la tartana bogaba tranquilamente por aquel mar azul, sin necesitar de otra ayuda que la del timonel, gracias al viento favorable que henchia sus velas, Edmundo, con un mapa en la mano, desempeñaba con Jacobo el papel que con él habia desempeñado el pobre abate Faria. Esplicábale la situacion de las costas, las alteraciones de la brújula, y enseñábale en fin á leer en ese gran libro abierto sobre nuestras cabezas, escrito por Dios con letras de diamante en páginas azules.

Y cuando Jacobo le preguntaba:

do llegó á ser tan escelente costeño, como en otro tiempo habia sido hábil marino, trabándose de amistad con todos los contrabandistas de la costa, y aprendiendo los signos masónicos que sirven á estos semi-piratas para entenderse entre sí.

Veinte veces habian pasado de ida ó de vuelta por delante de la isla de Monte-Cristo; pero ni una sola tuvo ocasion de desembarcar en ella.

Su resolucion estaba tomada.

Tan pronto como terminara su ajuste con *La Jóven Amalia*, alquilaba una barquilla (que bien lo pod

pues habia ahorrado unas cien piastras en sus viajes), y con un pretesto cualquiera se encaminaba á la isla de Monte-Cristo.

Así podria hacer sus pesquisas con entera libertad.

Y sin embargo, no con libertad tan entera, pues de seguro le espiarian los que le hubiesen conducido; pero en el mundo á la larga es preciso arriesgar algo.

La prision habia hecho al jóven tan prudente, que hubiera querido no arriesgar nada.

á aquellos audaces marineros, que dominan absolutos en un litoral de dos mil leguas á la redonda, se habia preguntado á sí mismo cuán poderoso no seria el hombre que llegara á imponer su voluntad á todas aquellas diferentes voluntades.

Tratábase ahora de un gran negocio. Ahora se trataba de encontrar un terreno neutral, donde pudiera un barco cargado de tapices turcos, telas de Levante y cachemiras, trasladar su cargamento á los barcos



El patron de *La Jóven Amelia.*

Pero por mas que ponia á prueba su imaginacion, que era tan fecunda, no encontraba otro medio de arribar á la deseada isla.

Con estas incertidumbres luchaba Dantés, cuando el patron, que tenía en él mucha confianza, y deseaba retenerle á su servicio, le trabó una noche del brazo y le condujo á una taberna de la calle del Oglio, donde acostumbraba reunirse la flor de los contrabandistas de Liorna.

Allí, por lo comun, se arreglaban todos los alijos de la costa. Ya en dos ó tres ocasiones habia entrado Edmundo en esta bolsa marítima, y al ver reunidos contrabandistas, que se encargarian de despacharlo en Francia.

La ganancia era enorme si el negocio salia bien: lo menos tocarian á cincuenta ó sesenta piastras cada marinero.

El patron de *La Jóven Amelia* propuso para este objeto la isla de Monte-Cristo, que desierta, sin aduaneros ni soldados, parece colocada de propósito en medio del mar allá por los tiempos olímpicos por el mismo Mercurio, dios de los comerciantes y de los ladrones, oficios que nosotros hemos hecho diferentes, y la antigüedad segun parece, hermanos gemelos.

El nombre de Monte-Cristo hizo temblar á Dantés. Para ocultar su emocion tuvo que ponerse de pié y dar una vuelta por la taberna, donde todos los idiomas del mundo conocido se fundian en la lengua franca.

Cuando volvió á acercarse á sus dos interlocutores, estaba ya resuelto el desembarco en Monte-Cristo, y la partida para la noche siguiente.

El parecer del jóven, á quien consultaron, fué que la isla ofrecia todas las seguridades posibles, y que las grandes empresas, para salir bien, se han de llevar á cabo sobre la marcha.



El parecer del jóven, á quien consultaron, fué que la isla ofrecia todas las seguridades posibles.

En nada se alteró el programa. A la noche siguiente se aparejaria, y como el viento era favorable, al amanecer se hallarian en las aguas de la isla neutral.

CAPITULO XXIII.

LA ISLA DE MONTE-CRISTO.

Al fin Dantés, por una de esas casualidades inesperadas, que tal vez suceden á aquellos que la fortuna se ha cansado de perseguir; al fin Dantés iba á realizar sus ilusiones de una manera sencilla y natural, arribando á la isla sin inspirar sospechas á nadie.

Una noche le separaba solamente del viaje tan esperado.

Esta fué una de las noches mas agitadas que Dantés pasó en su vida. Todas las probabilidades buenas y malas, todas las dudas y todas las certidumbres se disputaban el dominio de su fantasía. Si cerraba los ojos, veia en la pared con rutilantes caractéres la carta del cardenal Spada; si un instante se rendia al sueño, las mas insensatas visiones trastornaban su imaginacion.

Ora se creia andando por grutas cuyo suelo eran esmeraldas, las paredes rubíes, y las estalactitas diamantes. Como se filtra por lo comun el agua subterránea, caian las perlas gota á gota.

Absorto, maravillado Edmundo, se llenaba los bolsillos de piedras preciosas, que al salir afuera las hallaba convertidas en pedernales. Intentaba volver entonces á las maravillosas grutas, que apenas habia

registrado; pero perdia el camino en un dédalo de espirales infinitas. La entrada se habia hecho invisible. En vano revolvia su fatigada memoria para recordar aquella palabra mágica y misteriosa que abria al pescador árabe las espléndidas cavernas de Ali Baba. Todo en vano. El tesoro desaparecia; el tesoro habia vuelto á ser propiedad de los genios de la tierra, á quien tuvo esperanzas de quitárselo.

El amanecer le cogió tan febril como habia estado la noche entera; pero le hizo pensar con lógica y arreglar su proyecto, que hasta entonces habia flotado vagamente en su imaginacion.

Con la llegada de la noche comenzaron los preparativos del viaje, proporcionando á Dantés un medio de ocultar su agitacion.

Poco á poco habia ido adquiriendo sobre sus compañeros el derecho de mandar en jefe, que como sus órdenes eran siempre claras y facilísimas de ejecutar, ellos le obedecian, no so con prontitud, sino hasta con placer.

El patron le dejaba obrar á su antojo, porque tambien habia reconocido la superioridad de Dantés sobre los marineros, y aun sobre él mismo. Miraba en aquel jóven su natural sucesor, y sentia no tener una hija para ganar á Edmundo con un casamiento ventajoso.

Los preparativos terminaron á las siete de la noche: á las siete y media doblaba la tartana el faro, justamente cuando se encendia.

El mar estaba tranquilo. Navegaban con un vientecillo fresco de Sudeste, bajo un cielo azul, en que empezaba Dios á encender sus faros, sus faros que cada uno es un mundo. Dantés declaró que todos los marineros podian acostarse, puesto que él se encargaba del timon.

Semejante declaracion del Maltés (así llamaban á Edmundo los marineros) era bastante á que todos se acostaran tranquilos.

Esto habia ya sucedido algunas veces. Lanzado el jóven desde la soledad al mundo, sentia de cuando en cuando deseos de estar solo. Ahora bien, ¿qué soledad mas inmensa y mas poética que la de un navío que boga aislado en alta mar, entre las tinieblas de la noche, en el silencio de lo infinito, bajo la mano del Señor?

Y en esta ocasion la soledad se poblaba con sus pensamientos, las tinieblas se desvanecian ante sus ilusiones, y el silencio se turbaba con sus votos y sus proyectos.

Cuando despertó el patron, el navío bogaba á toda vela: parecia que tuviesen alas las suyas; mas de dos leguas y media hacia por hora.

La isla de Monte-Cristo se dibujaba en el horizonte.

Entregó Dantés al patron el mando de su barco, y fué á su vez á reclinarse en la hamaca; pero á pesar del insomnio de la noche anterior, no pudo cerrar los ojos un instante.

Dos horas después volvió á subir al puente. El barco iba á doblar la isla de Elba, y hallábase á la altura de la Mareciana, por cima de la verde y llana Pianosa. En el azul del cielo se dibujaban los contornos del pico brillante de Monte-Cristo.

Con el objeto de dejar la Pianosa á la derecha, mandó Dantés al timonero que pusiese el mástil á babor, porque calculaba que con esta maniobra se abreviaria un si es no es el camino.

A las cinco de la tarde se veia ya la isla clara y distintamente. Hasta sus menores detalles saltaban á los ojos, gracias á esa limpidez atmosférica que produce la luz poco antes del crepúsculo de la noche.

Edmundo devoraba con sus miradas aquella mole de rocas áridas y secas que iba tiñéndose con todos los colores crepusculares, desde el rosa mas vivo hasta el azul mas oscuro. Tal vez un fuego incomprensible le subia en llamaradas al rostro, y se enrojecia su frente, y una nube purpúrea pasaba por sus ojos.

Nunca jugador que arriesga á un golpe todo su caudal ha sentido las angustias que Edmundo sentia en el paroxismo de sus esperanzas.

Llegó la noche.

A las diez abordó á la isla la tartana, siendo la primera en acudir á la cita.

Pese al imperio que tenia sobre sí mismo, Dantés no pudo contenerse. Saltó el primero á tierra, y á no faltarle valor, la hubiera besado como Bruto.

La noche estaba bastante oscura; pero á eso de las once la luna surgió de en medio del mar, argentando sus olas mugidoras, y á medida que subia por el cielo, sus rayos caian en cascadas de luz sobre los informes peñascos de aquella segunda Pelion.

La tripulacion de *La Jóven Amelia* conocia muy bien á Monte-Cristo, porque era una de sus estaciones ordinarias; pero Dantés, aunque la habia visto en cada uno de sus viajes á Levante, nunca habia desembarcado en ella.

Con esto se decidió á sonsacar á Jacobo.

—¿Dónde vamos á pasar la noche? le preguntó.

—¡Toma! á bordo, respondió el marinero.

—¿No estaríamos mejor en las grutas?

—¿En qué grutas?

—En las de la isla.

—Yo no sé que las haya, dijo Jacobo.

Un sudor frio inundó la frente de Dantés.

—¿Pues no hay en Monte-Cristo unas grutas? le volvió á preguntar.

—No.

Dantés quedó por un instante aturdido; mas luego pensó que cualquier accidente podia haberlas cegado, ó el mismo cardenal Spada para mayor precaucion.

Todo cuanto tendria que hacer en este caso era encontrar la abertura tapada, y pareciéndole vano el buscarla por la noche lo dejó para el siguiente dia. Además, una señal hecha como á media legua mar adentro, señal á que *La Jóven Amelia* respondió con otra semejante, indicaba que habia llegado el momento de poner manos á la obra.

El barco que se habia retardado, convencido por la señal de que no habia temor alguno ni peligro, se deslizó silencioso y blanco como un fantasma, viniendo á echar el ancla á un cable de la orilla.

En seguida empezó el trasporte.

En medio de su trabajo, pensaba Dantés en el hourra de júbilo que podria levantar entre aquellas gentes, con decir en alta voz el pensamiento que sin cesar bullia en su cabeza y resonaba en sus oidos. Pero en vez de revelar el grandioso secreto, temia haber dicho ya demasiado, y haber despertado sospechas con sus idas y venidas, sus preguntas sin número y sus observaciones minuciosas. Por fortuna (que en esta ocasion era fortuna), su doloroso pasado reflejaba en su fisonomía una tristeza indeleble, y los arranques de su alegría, envueltos en esta nube de tristeza, no eran en verdad sino relámpagos.

Nadie pues sospechaba nada, y cuando á la mañana siguiente Dantés, tomando su fusil, pólvora y balas, manifestó que queria matar una de las numerosas cabras salvajes que se veian saltar de roca en roca, no se atribuyó su deseo sino á aficion á la caza ó amor á la soledad. Solamente Jacobo se empeñó en acompañarle, y Dantés no quiso oponérsele, temiendo inspirar sospechas con esta repugnancia á ir acompañado; pero apenas andarian como un cuarto de legua, cuando tiró y mató una cabra, y ocurriósele enviarla con Jacobo á sus compañeros, invitándoles á cocerla, y rogándoles que cuando estuviese cocida le avisaran con un tiro de fusil para ir á comerla. Algunas frutas secas y un frasco de vino de Monte-Pulciano debian de completar el festin.

Dantés prosiguió su camino, volviendo de cuando

en cuando la cabeza. En el pico de una peña parose á contemplar á mil piés debajo de él á sus compañeros, ocupados en preparar el desayuno, aumentado, gracias á su destreza, con la cabra que acababa de llevarles Jacobo.

Edmundo los contempló un instante con esa sonrisa dulce y triste del hombre superior.

—Dentro de dos horas, dijo, esas gentes se volverán á hacer á la vela, ricas con cincuenta piastras, para ir á ganar otras cincuenta esponiendo su vida. Luego, con seiscientas libras por toda riqueza, irán á despilfarrarlas en cualquiera poblacion, con el orgullo de los sultanes y la arrogancia de los nababs. Hoy la esperanza me obliga á despreciar su riqueza y á tenerla por miseria; pero quizás mañana el desengaño me obligue á tener esa misma miseria por la suprema felicidad. ¡Oh, no! esclamó para sí. No puede ser. El sabio, el infalible Faria, no se habria engañado en esto solamente. No, que preferible me fuera la muerte á esta vida miserable y humillada.

Así aquel hombre, que tres meses antes solo aspiraba á la libertad, no tenia ya bastante con la libertad, y aspiraba á las riquezas. La culpa no era de Dantés, sino de Dios, que haciendo tan limitado el poder del hombre, le ha puesto deseos infinitos.

Entre tanto se acercaba al sitio donde suponia que debiesen de estar las grutas, siguiendo una vereda perdida entre rocas y cortada por un torrente. Segun todas las probabilidades, nunca humana planta habia pisado donde la suya. Siguiendo la orilla del mar, y examinando minuciosamente todos los objetos, creyó advertir en algunas rocas señales hechas por la mano del hombre.

El tiempo, que echa sobre todas las cosas físicas su manto de musgo, como sobre las morales su manto de olvido, parecia que hubiese respetado estas señales, trazadas con cierta regularidad y con el objeto evidente de señalar una especie de camino. Sin embargo, desaparecian por intervalos bajo el follaje de los mirtos, que estendian sobre las rocas sus ramas cargadas de flores, ó bajo parásitas matas de liquen. Tenia á cada paso Edmundo que apartar las ramas ó levantar el musgo, para encontrar las señales indicadoras que le guiaban en aquel nuevo laberinto. Pero estas señales le habian llenado de esperanzas. ¿Por qué no habia de ser el cardenal Spada quien las hubiese trazado, para que sirviesen de guia á su sobrino, caso de una catástrofe que no pudo preveer tan completa? Aquel lugar solitario era sin duda el conveniente á un hombre que iba á ocultar su tesoro. Solo una duda le ocurria. ¿Aquellas señales no habrian llamado la atencion de otros ojos que de aquellos para quien se grabaron? La isla maravillosa ¿habria guardado fielmente su magnífico secreto?

A sesenta pasos del puerto, con corta diferencia, pareciole á Dantés, siempre oculto á sus amigos por las vueltas y revueltas de las rocas, pareciole que las señales hacian punto, sin que guiasen á gruta alguna. Un gran peñasco redondo, asentado en una base sólida, era el único objeto á que conducian al parecer. Con esto se imaginó que en vez de haber llegado el término, estaba quizás al principio de sus pesquisas; lo que le obligó á volverse por el mismo camino que trajo.

Durante este intervalo, los marineros preparaban su gaudeamus, traian agua, pan y fruta del barco, y cocian la cabra. Al punto justamente en que la sacaban de su improvisado asador, vieron á Dantés saltando de roca en roca, audaz y ligero como una gamuza, y dispararon un tiro para indicarle que viniera á comer. En el mismo momento cambió el cazador de direccion, viniendo hácia ellos á carrera; pero cuando todos contemplaban asombrados la especie de vuelo que tendia sobre sus cabezas, tachándole de temerario, se le resbaló á Edmundo un pié, viósele vacilar á la punta de una peña, y desaparecer exhalando un grito.

Todos corrieron á su ayuda como un solo hombre, porque todos le amaban á pesar de su superioridad. Jacobo fué sin embargo el primero que llegó.

Hallábase Edmundo tendido en el suelo, ensangrentado y casi sin conocimiento: debió haber rodado una altura de doce á quince piés. Hiciéronle tragar algunas gotas de rom, y este remedio, tan eficaz en él anteriormente, ahora le produjo el mismo efecto.

Abrió los ojos, quejándose de un dolor muy vivo en la rodilla, de pesadez muy grande en la cabeza, y punzadas horribles en los riñones. Trataron de trasportarle á la orilla; pero aunque fué Jacobo el director de la operacion, declaró Edmundo con dolorosos gemidos que no se sentia con fuerzas para soportar el traqueteo del trasporte.

Ya se comprenderá con esto que Dantés no pudo almorzar; pero exigió que sus camaradas, que no estaban en el mismo caso, volviesen á su puesto. En cuanto á él, dijo que solo necesitaba de reposo, y que á su vuelta le encontrarian mejorado.

No se hicieron mucho de rogar los marineros: tenian hambre, llegaba hasta allí el olor de la cabra, y no es ceremoniosa la gente de mar.

Una hora despuės volvieron. Todo lo que habia podido hacer Edmundo era arrastrarse como cosa de diez pasos para buscar apoyo en una roca llena de musgo.

Pero lejos de calmarse sus dolores, eran al parecer mas violentos. El viejo patron, que tenia que salir aquella misma mañana á desembarcar su contrabando en las fronteras del Piamonte y de Francia, entre Niza y Frejus, insistió en que Dantés probara á levantarse; pero fueron vanos los esfuerzos del jóven para conseguirlo: á cada esfuerzo caia mas pálido y mas lleno de dolores.

—¡Se ha deslomado! dijo el patron en voz baja. No importa: es un buen compañero, y no le debemos de abandonar. Procuremos llevarle á la tartana.

Pero Edmundo declaró que le era la muerte preferible á los atroces dolores que le ocasionaria cualquier movimiento, por pequeño que fuese.

—Pues bien, suceda lo que suceda, repuso el patron, no se dirá que hemos dejado de socorrer á un camarada tan valiente como tú. Hasta la noche no partiremos.

Esta determinacion sorprendió mucho á los marineros, aunque ninguno la combatiese, sino todo lo contrario; pero el patron era un hombre tan rígido, que ahora por primera vez se le veia renunciar á una empresa ó retardar su ejecucion.

Por lo mismo Dantés se opuso á que se cometiera por su causa semejante infraccion de la disciplina establecida á bordo.

—No, no, le dijo al patron; he sido torpe, y es justo que sufra el resultado de mi torpeza. Dejadme provision de bizcochos, un fusil, pólvora y balas, para matar cabras ó para defenderme en caso de apuro, y una azada para construirme una choza, si tardais mucho en volver por mí.

—Pero vas á morirte de hambre, le dijo el patron.

—Lo prefiero al dolor horrible que cualquier movimiento me produce, respondió Edmundo.

El patron á cada instante se volvia á contemplar su tartana, ya medio aparejada, que se mecia graciosamente en el puerto, pronta á lanzarse al mar cuando su *toilette* estuviese concluida.

—¿Qué quieres que resolvamos, Maltés? le dijo. No podemos abandonarte así, y no podemos tampoco permanecer en la isla.

—Marchaos, marchaos, esclamó Dantés.

—Mira que vamos á tardar ocho dias lo menos, y que luego tendremos que apartarnos de nuestro camino para venir á buscarte.

—Escuchad, repuso Dantés: si dentro de dos ó tres dias os topaseis con algun barquichuelo pescador que se dirija hácia aquí, recomendadme á él. Le daré veinticinco piastras porque me lleve á Liorna. Si no le encontrais volved vos mismo.

—No me muevo de aquí, patron: estoy muy bien así. Dejadme una pequeña cantidad de galleta, un fusil, pólvora y balas para cazar cabras, ó defenderme, y un pico para construirme una especie de casa si tardais en venir por mí.

—Pero os vais á morir de hambre, dijo el patron.

—Prefiero eso, respondió Edmundo, á los inexplicables dolores que me causa el menor movimiento.

El patron se volvió hácia el buque, que se balanceaba en el pequeño puerto, con las velas medio desplegadas, pronto á hacerse á la mar en cuanto acabara de equiparse.

—¿Qué hemos de hacer, Maltés? dijo. No podemos abandonaros así, ni quedarnos tampoco.

—Marchaos, marchaos, exclamó Dantés.

—Estaremos ausentes por lo menos ocho dias, dijo el patron, y aun tendremos que desviarnos de nuestra ruta para venir á recogeros.

ré, y espero además hallar entre estas rocas ciertas yerbas, que son la mano de un santo para contusiones.

Una sonrisa estraña agitó los labios de Dantés, mientras apretaba con efusion la mano de Jacobo; pe

Se le resbaló á Edmundo un pié, viósele vacilar á la punta de una peña, y desaparecer exhalando un grito.

El patron meneó la cabeza.

—Hay un medio que todo lo concilia, patron Baldi, dijo Jacobo. Marchaos, y yo me quedaré á cuidar al herido.

—¿Renunciarás por mí, Jacobo, á tu parte en las ganancias? le dijo Edmundo.

—Sin duda alguna.

—Eres un escelente muchacho, Jacobo, y Dios te lo tendrá en cuenta; pero gracias... gracias... no necesito de nadie. Con un dia ó dos de reposo me alivia-

ro seguia tenaz en su intento de quedarse, y de quedarse solo.

Dejáronle sus compañeros lo que les habia pedido, y se separaron de él, no sin volver la cara muchas veces, haciéndole signos de cordial despedida, que contestaba Edmundo con la mano solamente como si no pudiera mover el resto del cuerpo.

Cuando desaparecieron del todo, murmuró sonriéndose:

—Es cosa estraña que solo se encuentre la amis-



tad y el desinterés entre semejantes hombres.

Arrastrándose con precaucion hasta el pico de una peña que le ocultaba el mar, vió á la tartana acabarse de disponer, levar anclas, cunearse graciosamente



—Ahora, esclamó recordando la historia del pescador árabe... ¡Sésamo, ábrete!

como una paviota que tiende su vuelo, y partir.

A la hora ya habia desaparecido completamente, ó era á lo menos imposible verla desde el sitio en que el herido yacia.

Entonces se levantó mas ágil y mas listo que las cabras moradoras de aquellos bosques salvajes, cogió con una mano su fusil, su azada con la otra, y corrió á la peña en que remataban las señales ó hendiduras que habia advertido tan gozoso.

—Ahora, esclamó recordando la historia del pescador árabe que Faria le habia contado, ahora... ¡Sésamo, ábrete!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

FASCINACION.

El sol llegaba al tercio de su carrera: sus rayos ardientes y vivificadores, como que corria el mes de mayo, se desplomaban sobre las rocas, que parecian sensibles á su calor. Millares de cigarras ocultas entre el ramaje, soltaban su chirrido monótono; las hojas de los mirtos y de los acebuches se mecian temblorosas, haciendo un son casi metálico. Cada paso que daba Edmundo en la roca calcinada, ahuyentaba una turba de lagartos, verdes como la esmeralda: las cabras salvajes, que atraen tal vez cazadores á Monte-Cristo, se veian á lo lejos saltar por los derrumbaderos: la isla, en resúmen, estaba habitada y viva, y Dantés sin embargo se sentia solo bajo el dedo de Dios.

Dominábale una estraña emocion, muy parecida al miedo: era esa desconfianza que inspira la luz del dia, haciéndonos creer, aun en medio del desierto, que nos miran atentamente ojos escrutadores.

Era tan fuerte esta emocion, que al ir á emprender Edmundo su tarea, soltó la azada, cogió su fusil, y subió por última vez á la roca mas elevada de la isla, para espiar con nuevo cuidado sus contornos.

Pero debemos de confesarlo: lo que llamó su atencion no fué ni la poética Córcega, que se podia distinguir hasta las casas, ni la Cerdeña, casi desconocida, que á continuacion la sigue, ni la isla de Elba, con sus gigantescos recuerdos, ni aquella línea imperceptible, en fin, que se distinguia en el horizonte, y que al ojo perito de un marinero hubiera revelado la soberbia Génova y la comercial Liorna; no: lo que llamó la atencion de Dantés fué el bergantin que habia salido de Monte-Cristo al amanecer, y la tartana que acababa de salir.

El primero estaba á punto de perderse de vista en el estrecho de Bonifacio; la otra, con opuesto rumbo, costeaba la Córcega, que se disponia á doblar.

Edmundo se tranquilizó, volviéndose á contemplar los objetos que mas de cerca le rodeaban: viose en el punto mas elevado de la isla cónica, estatua puntiaguda de aquel inmenso pedestal; ni un hombre, ni una barca en torno suyo; nada mas que el mar azulado que venia á besar los piés de la isla, semejante á un cinturon de plata.

Entonces bajó con paso rápido, aunque precavido. En tal ocasion temia que le sucediera un accidente por el estilo del que con tanta habilidad habia fingido.

Como lo dejamos dicho, Dantés habia vuelto piés atrás en el camino señalado por las señales hechas en las rocas, y habia visto que este camino guiaba á una especie de ancon, oculto como el baño de una ninfa de la antigüedad. La entrada era bastante ancha, y por el centro tenia bastante profundidad para que pudiese anclar en él un barquillo de guerra y permanecer oculto. Con esto, siguiendo el hilo de las inducciones, ese hilo, que en manos del abate Faria era un guia tan seguro y tan ingenioso en el dédalo de las probabilidades, se le ocurrió que el cardenal Spada, conviniéndole no ser visto, habia abordado á este ancon, y ocultando allí su barco, habia tomado luego el camino que las señales indicaban, para esconder al término su tesoro.

Esta suposicion era la que llevaba á Dantés junto á la roca circular.

Solamente una cosa le inquietaba, por ser opuesta á sus conocimientos dinámicos: ¿cómo habian podido, sin emplear fuerzas considerables, subir aquella enorme roca del sitio en que basaba?

De repente se le ocurrió una idea.

—En vez de subirla, dijo, la habrán hecho bajar.

Y acto contínuo trepó por encima del peñasco, en busca del sitio que ocupó antes.

Con efecto, pronto reparó en una leve pendiente, hecha sin duda alguna de propósito. La roca habia caido de su base al sitio que ahora ocupaba; otra piedra, del tamaño comun á las que suelen emplearse en las paredes, le habia servido de cala; y pedruscos y pedernales aquí y allí sembrados cuidadosamente, ocultaban toda solucion de continuidad, habiendo sembrado en las inmediaciones yerbas y musgo, de manera que entrelazándose con los mirtos y los lentiscos, parecia la nueva roca nacida en aquel mismo lugar.

Dantés arrancó con precaucion algunos témpanos de tierra, y creyó descubrir ó descubrió con efecto todo este magnífico artificio.

Y se puso inmediatamente á destruir con su azada esta pared intermediaria, endurecida por el tiempo.

A los diez minutos de trabajo la pared se desmoronó, abriéndose un agujero en que cabia el brazo.

Corrió en seguida Edmundo á cortar el olivo mas grueso de los alrededores, y despojándole de las ramas, lo introdujo á guisa de palanca por el agujero.

Pero la peña era asaz grande, y estaba asaz adherida á su cimiento artificial, para que la pudiesen arrancar fuerzas humanas, ni aun las del mismo Hércules.

Entonces reflexionó Dantés que lo que habia que destruir era este cimiento, pero ¿cómo?

Tendió los ojos en torno suyo, con el aire de aquel que se halla perplejo, y reparó en el cuerno de oveja griega que, lleno de pólvora, le habia dejado su amigo Jacobo.

Una sonrisa vagó en sus labios. La invencion infernal iba á producir su efecto.

Con ayuda de la azada abrió Dantés entre el peñasco y su base un conducto, por el estilo de los que hacen los mineros cuando quieren ahorrarse un trabajo demasiado grande, lo llenó de pólvora hasta arriba, y luego, deshilachando su pañuelo y mojándolo en salitre hizo una mecha de él.

Luego lo encendió, apartándose al punto de allí.

La esplosion no se hizo esperar: la roca vaciló, conmovida por aquel impulso incalculable, y la base voló en añicos. Por el agujero que antes hizo Dantés salió atropellándose una multitud de amedrentados insectos, y una culebra enorme, guardian de este misterioso camino, se deslizó entre el musgo, enroscándose y estirándose.

Acercose Dantés: la roca, ya sin cimiento, se inclinaba sobre el abismo. Dió la vuelta el intrépido jóven, eligió el punto menos firme, é introduciendo su palanca de madera entre el suelo y la roca, se apoyó con todas sus fuerzas como Sísifo.

Vaciló la roca con esto, y redobló Dantés su impulso. Cualquiera le tomaria en aquélla sazon por uno de los Titanes que arrancaban las montañas de raiz, para hacer la guerra á Júpiter. Al fin cedió la roca, y ora rodando, ora botando, fué á sepultarse en el mar.

Dejaba descubierta una hondonada circular, en que brillaba una argolla de hierro en medio de una baldosa cuadrada.

Edmundo exhaló un grito de admiracion y alegría. Nunca primera tentativa se vió coronada de resultado tan grande.

Quiso proseguir su obra; pero le temblaban las piernas de tal modo, y le latia el corazon tan fuertemente, y pasó tal nube por sus ojos, que viose obligado á contenerse.

Esta vacilacion duró, sin embargo, poquísimo. Pasó Edmundo por la argolla su palanca, y abriose con poco trabajo la baldosa, descubriendo una especie de escalera, que se perdia en una gruta, á cada escalon mas oscura.

Otro que no él hubiese bajado acto continuo, lanzando gritos de alegría; pero Dantés se detuvo, palideció y dudó.

—Ea, seamos hombre, dijo. Acostumbrado á la adversidad, no nos dejemos abatir por un desengaño. Si no para eso ¿para qué he sufrido tanto? El corazon si padece, es porque dilatado en demasía al fuego de la esperanza, entra á ver cara á cara el hielo de la realidad. Faria soñó. Nada ha guardado en esta gruta el cardenal Spada; acaso nunca vino á ella, ó si vino, César Borgia, el aventurero intrépido, el ladron infatigable y sombrío, vino tambien tras él, descubrió su huella y las mismas señales que he descubierto yo, levantó la roca como yo la he levantado, y no dejó nada, nada al que venia detrás de él.

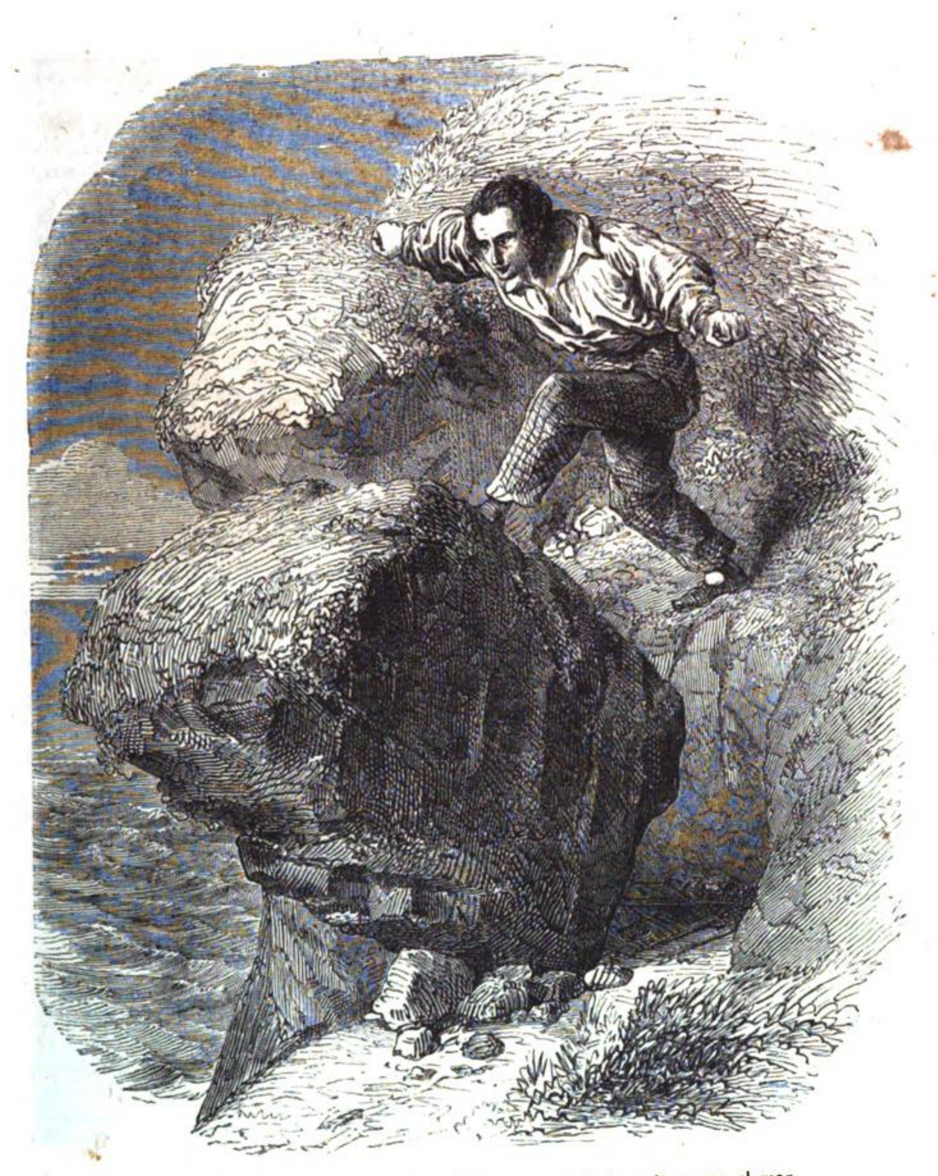
Inmóbil, pensativo, con los ojos clavados en el lúgubre agujero, permaneció un instante.

—Ahora que ya no cuento con nada, ahora que ya me he dicho á mí mismo que toda esperanza seria loca, el proseguir esta aventura escita solamente mi curiosidad... solamente.

Y volvió á quedar inmóbil y meditabundo.

—Sí, sí, es una aventura digna de figurar en la vida de aquel regio ladron, mezcla heterogénea de sombra y de luz, en el caos de sucesos estraños que componen el tejido de su existencia. Este suceso fabuloso es hermano de tantos otros. Sí, Borgia ha venido aquí una noche, con una antorcha en una mano y la espada en la otra, mientras á veinte pasos de él, quizás junto á esta misma roca, dos esbirros





Al fin cedió la roca, y ora rodando, ora botando, fué á sepultarse en el mar.

amenazadores espiaban la tierra, el aire y el mar; mientras su dueño entraba, como voy á entrar yo, ahuyentando las tinieblas con agitar la antorcha en su temible brazo.

Sí; pero ¿qué hubiera hecho César Borgia de los esbirros que conociesen su secreto? se preguntó Dantés á sí mismo.

Lo que hicieron con los enterradores de Alarico, se respondió, que los enterraron con el enterrado.

Sin embargo, prosiguió Dantés, á haber venido se contentara con apoderarse del tesoro. Borgia, el hombre que comparaba la Italia á una alcachofa que se iba comiendo penca á penca, sabia muy bien cuánto vale el tiempo, para haber perdido el suyo volviendo á colocar la roca sobre su base.

Bajemos.

Y bajó con la sonrisa de la duda en los labios, murmurando esta última palabra de la humana sabiduría:

¡Quizás!!!...

Pero en vez de las tinieblas que creia encontrar, en vez de una atmósfera opaca y viciosa, halló Dantés una dulce luz, descompuesta en azulados átomos; ella y el aire penetraban no solamente por el agujero que él acababa de abrir, sino tambien por hendiduras imperceptibles de las rocas, á través de las cuales se veía el cielo y las ramas juguetonas de las verdes encinas y de las zarzas-rosas.

A los pocos instantes de su permanencia en esta gruta, cuyo ambiente, mas bien templado que húmedo, antes aromático que nauseabundo, era á la temperatura de la isla lo que el resplandor al sol; á los pocos instantes, Dantés, que estaba acostumbrado á la oscuridad, como ya lo hemos dicho, pudo reconocer hasta los mas ocultos rincones. La gruta era de granito, cuyas facetas brillaban como diamantes.

—¡Ay! dijo al verlas sonriéndose. Estos sin duda son los tesoros que ha dejado el cardenal, y el buen abate, que veia en sueños las paredes resplandecientes, se alimentó de quimeras.

Pero no por esto dejaba de recordar el testamento, que sabia de memoria. «En el ángulo mas lejano de la segunda gruta,» decia el testamento.

Dantés solo habia penetrado en la primera: importábale ahora dar con la segunda.

Empezó á orientarse. La segunda gruta se debia naturalmente de internar en la isla. Examinando la capa de las piedras, púsose á dar golpes en una de las paredes donde le pareció que debia de estar la abertura, cubierta para mayor precaucion.

Los golpes de la azada eran tan llenos y sonoros, que la frente de Edmundo se bañaba en sudor. Al fin pareciole que una parte de la granítica pared producia un eco mas sordo y mas profundo; aproximó sus ardientes ojos, y con ese tacto del preso pudo conocer lo que nadie quizás hubiera conocido; que allí debia de haber una abertura.

Sin embargo, por no trabajar en balde, Dantés, que como César Borgia conocia el valor del tiempo, golpeó con su azada las otras paredes, y el suelo con la culata de su fusil, púsose á cavar en los sitios que le infundian sospechas, y viendo en fin que nada sacaba en limpio, volvió á la pared que sonaba un tanto hueca.

De nuevo y mas fuertemente tornó á golpear.

Entonces vió una cosa estraña, y es, que á los golpes de la azada se despegaba y caia en menudos pedazos una especie de barniz, semejante al que se pone en las paredes para pintar al fresco, dejando al descubierto las piedras blancuzcas, que no eran de mayor tamaño que el comun. La abertura, pues, estaba tapiada con piedras de otra clase, que luego se habian cubierto con una capa de este barniz, imitando el color y la cristalizacion de las demás paredes.

Con esto volvió Dantés á dar golpes; pero con el pico de la azada, que se introdujo en la pared bastante.

Allí estaba la entrada sin duda alguna.

Por un estraño misterio de la humana organizacion, cuando mas pruebas iba teniendo Dantés de que Faria habia dicho verdad, mas y mas su corazon desfallecia, y mas y mas le dominaban el desaliento y la duda. Este suceso, que debió darle nuevo brío, le quitó el que le quedaba. Se escapó la herramienta de sus manos, dejola en el suelo, se limpió la frente, y salió de la gruta dándose á sí mismo el pretesto de ver si le espiaba álguien; pero en realidad porque necesitaba aire, porque conocia que se iba á desmayar.

La isla estaba desierta. El sol, en su cenit, la abarcaba toda con sus miradas de fuego. Las olas, jugueteando, parecian barquillas de zafiro.

Nada habia comido Dantés en todo el dia; pero estaba en aquel momento muy lejos de pensar en semejante cosa. Echose algunos tragos de rom, y volvió á la gruta mas tranquilo.

La azada, que le parecia tan pesada, pareciole ahora una pluma, y prosiguió su tarea.

A los primeros golpes advirtió que las piedras no estaban encaladas, sino sobrepuestas, y luego jalbegadas con el barniz consabido. Introdujo la punta de la azada entre dos piedras, se apoyó en el mango, y vió lleno de júbilo rodar la piedra, como si tuviera goznes, á sus piés.

Desde este instante ya no tuvo que hacer otra cosa sino ir sacando con la azada piedra á piedra.

Por el espacio que dejó la primera hubiera podido Edmundo meterse; pero dando treguas á la realidad por algunos instantes, conservaba la esperanza.

Al cabo, tras una momentánea perplejidad atreviose á pasar á la segunda gruta.

Era esta mas baja, mas oscura, y de peor aspecto que la primera. No recibiendo aire sino por el agujero que acababa de hacer Edmundo, estaba su atmósfera empapada en los gases mefíticos que se admiró de no hallar en la primera. Para entrar en ella tuvo que dar tiempo á que el aire esterior renovase aquel ambiente muerto.

A la derecha del portillo habia un ángulo oscurísimo y profundo.

Pero ya hemos dicho que para los ojos de Dantés no habia tinieblas.

Al primer golpe de vista conoció que la segunda gruta estaba vacía como la primera.

El tesoro, si contenia tal tesoro, estaba enterrado en aquel rincon oscuro.

Era llegada la hora de las angustias: dos piés de tierra, algunos golpes de azada era lo que separaba á Dantés de su mayor alegría ó de su mayor desesperacion.

Acercose al ángulo, y como si tomara una determinacion repentina, se puso á cavar desaforadamente.

Al quinto ó sesto golpe, el hierro de la azada resonó como si diera en hierro.

Nunca el toque de rebato, ni el lúgubre doblar de las campanas, causaron mayor impresion en el que los oye. Aunque Dantés hubiera encontrado vacío el lugar de su tesoro, no se pusiera mas pálido.

Púsose á cavar á un lado de su primera escavacion, y halló la misma resistencia, aunque no el mismo sonido.

—Es un arca forrada de hierro, esclamó.

En este momento, una sombra rápida cruzó interceptando la luz que entraba por la abertura.

Dejó caer Edmundo su azada, cogió su fusil, y lanzose afuera.

Una cabra salvaje habia saltado por la primera entrada de las grutas, y triscaba á pocos pasos de allí.

Buena ocasion era aquella de procurarse qué comer; pero Edmundo temió que el tiro llamase la atencion de alguien.

Reflexionó un momento, y cortando un árbol resi-

noso, fué á encenderlo en la candela humeante todavia que sirvió á los contrabandistas para su almuerzo, y volvió alumbrado á las grutas.

No queria dejar de ver ninguna cosa de las que le esperaban.

Con acercar la luz al hoyo pudo convencerse de que no se habia equivocado. Sus golpes dieron alternativamente en hierro y en madera. Ahondó por los lados al momento cosa de tres piés de ancho y dos de largo, y al fin logró distinguir claramente un arca de madera de encina, guarnecida de hierro cincelado. En medio de la tapa, en una lámina de plata que la tierra no habia logrado oxidar, brillaban las armas de la familia Spada, es decir, una espada en posicion vertical en un escudo redondo como todos los de Italia, coronado por un capelo.

Dantés lo reconoció muy fácilmente. ¡Con tanta minuciosidad se lo habia descrito el abate Faria!

Al quinto ó sesto golpe, el hierro de la azada resonó como si diera en hierro.

Ya no habia duda: el tesoro estaba allí seguramente. No se hubieran tomado tantas precauciones para nada.

En un momento estuvo arrancada la tierra de uno y otro lado, con que vió Dantés aparecer primero la cerradura de en medio, situada entre dos candados, y las asas de los lados, todo con cinceladuras tan magníficas como las que se usaban en aquella época, que el arte hacia preciosos los metales mas viles.

Cogió Dantés el arcon por las asas, y trató de levantarlo; mas era imposible.

Luego pensó abrirlo; mas la cerradura y los candados estaban cerrados de tal manera, que no parecia sino que guardianes fidelísimos se negaran á entregar su tesoro.

Introdujo el filo de la azada en las rendijas de la tapa, y apoyándose en el mango, la hizo saltar con grande chirrido. Rompiose tambien la madera de los lados,

con que fuéron inútiles las cerraduras, que tambien saltaron á su vez, aunque no sin que los goznes se resistieran á desclavarse de su sitio.

El arca se abrió.

Estaba dividida en tres departamentos.

En el primero brillaban escudos de oro deslumbrantes.

En el segundo, barras casi en bruto, colocadas simétricamente, que no tenian de oro sino el peso y el valor.

El tercero, por último, solo estaba medio lleno de diamantes, perlas, y rubíes, que al cogerlos Edmundo febril á puñados, hacian como una cascada deslumbradora, y chocaban unos con otros con un ruido como del granizo en los cristales.

Harto de palpar y enterrar sus manos en el oro y en las joyas, levantóse Edmundo y echó á correr por las grutas, exaltado, como un hombre que está á pique de volverse loco. Saltó á una roca, desde donde podia distinguir el mar; pero á nadie vió. Estaba solo, enteramente solo con aquellas riquezas incalculables, inverosímiles, fabulosas, que ya le pertenecian. Solamente de quien no estaba seguro era de sí mismo. ¿Era víctima de un sueño, ó luchaba cuerpo á cuerpo con la realidad?

Necesitaba volver á deleitarse con su tesoro, y sin embargo conocia que le iban á faltar las fuerzas. Se apretó un instante la cabeza con las manos, como para impedir á la razon que se le escapara, y luego se puso á correr por toda la isla, sin seguir, no diré camino, que no lo hay en Monte-Cristo, sino línea recta, ahuyentando á las cabras salvajes y á los pájaros marinos con sus gestos y sus esclamaciones. Al fin, dando un rodeo, volvió al mismo sitio, y aunque todavía vacilante, se lanzó de la primera á la segunda gruta, hallándose con su riqueza cara á cara.

Esta vez cayó de hinojos, apretando con sus manos convulsivas su corazon, que saltaba, y murmurando una oracion, solo para el cielo inteligible.

Con esto se sintió mas tranquilo, y por ende mas feliz, porque empezó á creer en su felicidad.

En seguida se puso á contar su fortuna. Las barras de oro eran mil, y su peso como de dos á tres libras cada una. Hizo luego un monton de veinticinco mil escudos de oro, con el busto del Papa Alejandro VI y sus predecesores: cada uno podia valer ochenta francos de la actual moneda francesa. Y el departamento en que estaban no quedó, sin embargo, sino medio vacío. Por último, contó diez puñados de sus dos manos juntas de pedrería y diamantes, que montados por los mejores plateros de aquella época, tenian un valor artístico casi igual á su valor intrínseco.

El sol mientras tanto iba aproximándose al ocaso, con que temiendo Dantés ser sorprendido en las grutas por la noche, cogió su fusil y salió al aire libre. Un pedazo de galleta y algunos tragos de vino fuéron su cena. Después colocó la baldosa en su sitio, se acostó encima, y durmió, aunque pocas horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de la gruta.

Esta noche fué á par deliciosa y terrible, como habia pasado ya dos ó tres en su vida este hombre destinado á emociones tan violentas.

CAPITULO II.

EL DESCONOCIDO.

Al fin amaneció. Hacia mucho tiempo que Dantés lo esperaba con los ojos abiertos. A los primeros rayos de la aurora se incorporó, y subiendo como la víspera á la roca mas elevada á espiar las cercanías, pudo convencerse de que la isla estaba desierta.

Luego levantó la baldosa que cubria su gruta, llenó sus bolsillos de piedras preciosas, volvió á componer el arca lo mejor que pudo, y á cubrirla de tierra, que apisonó bien, le echó encima una capa de arena, para que lo removido se igualase al resto del suelo, y salió de la gruta, volviendo á colocar la baldosa y cubriéndola de peñascos de tamaños diferentes. Rellenó de tierra las junturas, plantó en ellas malezas y mirtos, regándolas para que pareciesen nacidas allí, borró las huellas de sus pasos, impresas en todo aquel circuito, y esperó la vuelta de sus compañeros impaciente.

Con efecto, no era cosa de permanecer en Monte-Cristo guardando como un dragon de la mitología sus inútiles tesoros. Lo que ahora importaba era volver á la vida y á la sociedad, recobrar entre los hombres el rango, la influencia y el poder que da en este mundo el oro, el oro, la mayor y la mas grande de las fuerzas de que la criatura puede disponer.

Al sesto dia volvieron los contrabandistas. Desde lejos reconoció Dantés por su porte y por su marcha á *La Jóven Amelia*. Acercose á la orilla arrastrando, como Filoctetes herido, y cuando desembarcaron sus compañeros les anunció con voz lastimosa que estaba un tanto mejor. A su vez los marinos le dieron cuenta de su espedicion. Habian salido con bien, es verdad; pero apenas desembarcado el cargamento, tuvieron aviso de que un brick guarda-costas de Tolon acababa de salir del puerto y les iba al alcance. Entonces se pusieron en fuga á toda vela, echando muy de menos á Dantés, que sabia hacer volar á la tartana. Con efecto, bien pronto alcanzaron á ver al guarda-costa que les daba caza; pero con ayuda de la noche, doblando el cabo de Córcega, habian conseguido escapar á su persecucion.

En suma, el viaje no habia sido malo de todo en todo, y los camaradas, en particular Jacobo, sentian que Dantés no hubiera ido, con eso tendria su parte en las ganancias, que eran nada menos que cincuenta piastras.

Edmundo los oyó impasible. Ni una sonrisa le arrancó siquiera la enumeracion de las ventajas que le hubiera reportado el dejar á Monte-Cristo; y como *La Jóven Amelia* solo habia venido á buscarle, aquella misma tarde se volvió á embarcar para Liorna.

En Liorna fué á buscar á un judío, y le vendió cuatro de sus diamantes mas pequeños, por cinco mil francos cada uno. El mercader hubiera debido informarse de cómo un marinero podia poseer semejantes alhajas; pero se guardó muy bien de hacerlo, porque ganaba mil francos en cada una.

A la mañana siguiente compró una barca nueva, y diósela á Jacobo con cien piastras, para que pudiese enganchar una tripulacion, con encargo de ir á Marsella á averiguar qué habia sido de un anciano llamado Luis Dantés, que vivia en las alamedas de Meilhan, y de una jóven llamada Mercedes, que vivia en los Catalanes.

Jacobo creyó que soñaba, y entonces Edmundo le contó que se habia hecho marino por una calaverada, y porque su familia le negaba hasta lo necesario para su manutencion; pero que á su llegada á Liorna habia sabido la muerte de un tio suyo, que le dejaba por único heredero. La buena educacion de Dantés daba á este cuento tal verosimilitud, que Jacobo no tuvo duda alguna de que decia la verdad su antiguo compañero.

Por otra parte, como el enganche de Edmundo con *La Jóven Amelia* habia cumplido ya, despidiose del patron, que hizo muchos esfuerzos por retenerle; pero que habiendo sabido, como Jacobo, la historia de la herencia, renunció desde luego á la esperanza de que su antiguo marinero variara de resolucion.

A la mañana siguiente Jacobo emprendió su viaje á Marsella, debiendo reunirse con Edmundo en la isla de Monte-Cristo.

El mismo dia marchó Dantés, sin decir adonde, habiéndose despedido de la tripulacion de *La Jóven Amelia*, gratificándola espléndidamente, y del patron,



ofreciéndole que el dia menos pensado recibiria noticias suyas.

Edmundo fué á Génova.

Justamente á su llegada estaba probándose en el puerto un yacht, encargado por un inglés, que habiendo oido decir que los genoveses eran los mejores armadores del Mediterráneo, queria tener un yacht construido en Génova. Lo habia ajustado en cuarenta mil francos: Dantés ofreció sesenta mil, á condicion de tenerlo por suyo en el mismo dia. Como el inglés habia ido á dar una vuelta por la Suiza, para dar tiempo á que el barco se concluyera, y no debia de volver hasta dentro de tres ó cuatro semanas, calculó el armador que tendria tiempo para poner otro en astillero.

Llevó Edmundo al genovés á casa de un judío, que conduciéndole á la trastienda, le entregó sus sesenta mil francos.

...Le vendió cuatro de sus diamantes mas pequeños, por cinco mil francos cada uno.

Ofreció el armador al jóven sus servicios para ajustar una buena tripulacion; pero Dantés le dió las gracias, diciéndole que tenia la costumbre de navegar solo, y que lo único que deseaba era que en su camarote, á la cabecera de su cama, se hiciese un armario oculto con tres departamentos ó divisiones, secretas tambien.

Dos horas después salia Edmundo del puerto de Génova, contemplado y admirado por una muchedumbre curiosa, ávida de conocer al caballero español que acostumbraba navegar solo.

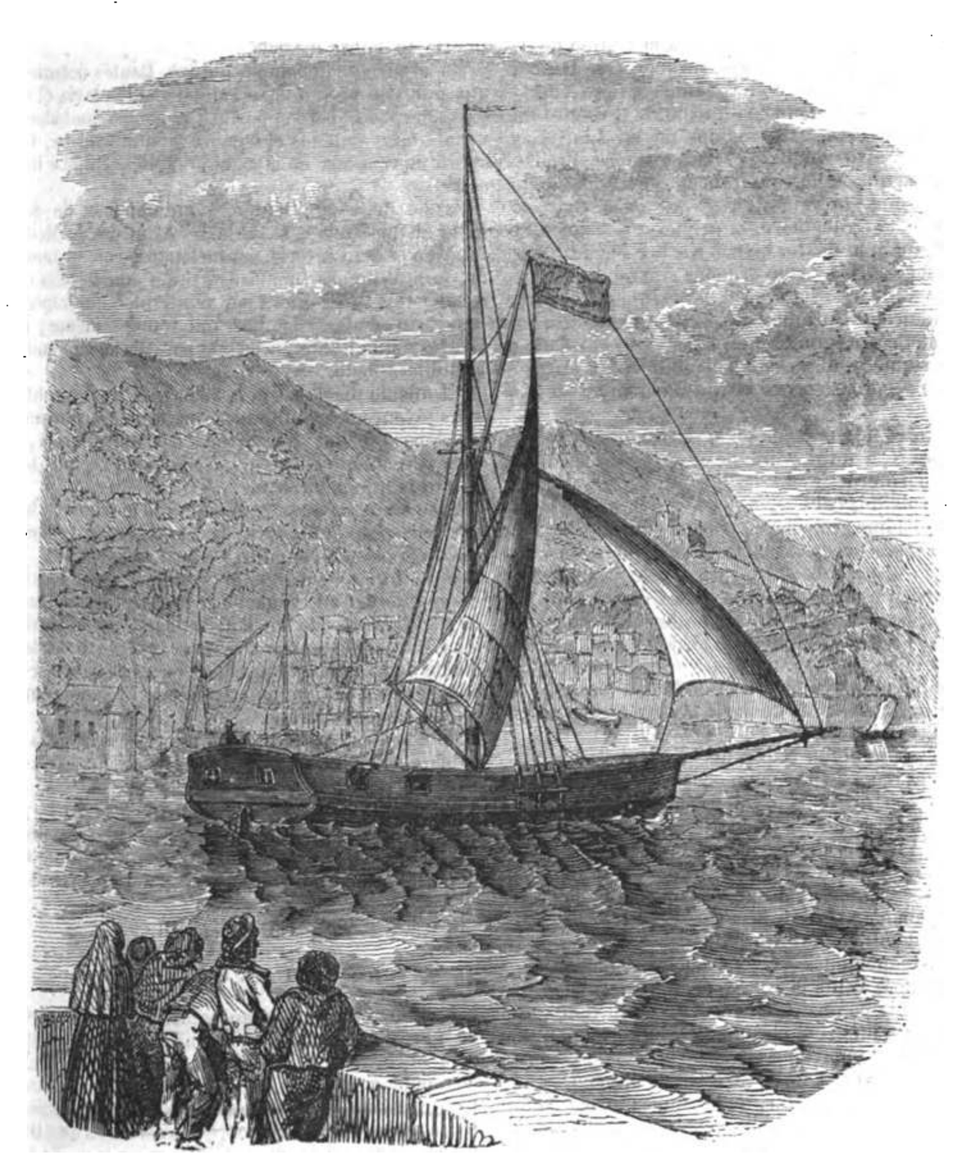
Dantés se lució á las mil maravillas. Con ayuda del timon, y sin necesidad de abandonarlo, hizo á su yacht hacer todas las evoluciones que quiso. No parecia sino que fuese el barco un ser inteligente, siempre dispuesto á obedecer al menor impulso, con que Dantés convino en que los genoveses merecian la reputacion que gozan de primeros constructores del mundo.

Siguieron los curiosos con sus miradas al yacht hasta que se le perdió de vista, que entonces recayeron las conversaciones sobre el punto adonde se dirigiria. Unos opinaron que á Córcega, otros que á la isla de Elba; apostaron algunos que al Africa; otros que á España, y ninguno se acordó de la isla de Monte-Cristo.

A Monte-Cristo era, sin embargo, adonde iba Dantés.

Ocho dias permaneció allí Dantés, haciendo maniobrar á su barco en torno á la isla, y estudiándole como un picador estudia un caballo. Todas sus buenas cualidades y todos sus defectos le fuéron ya conocidos, con que determinó de aumentar las unas y remediar los otros.

Al octavo dia vió Dantés acercarse á la isla á velas desplegadas un barquillo, que era el de Jacobo. Hizo una señal convenida, respondiole el marinero, y dos horas después el barco estaba junto al yacht.



Dos horas después salia Edmundo del puerto de Génova.

Cada una de las preguntas del jóven obtuvo una respuesta triste.

El anciano Dantés habia muerto.

Mercedes habia desaparecido.

Escucholas ambas Dantés con semblante tranquilo; pero en el acto saltó á tierra, prohibiendo que le siguiesen.

Dos horas después tornó. Dos hombres de la tripulacion de Jacobo pasaron á su yacht para ayudarle, y los ordenó que hiciesen rumbo á Marsella.

Llegó en la tarde del segundo dia. El barco, que era muy velero, hizo el viaje en treinta y cinco horas. Dantés habia reconocido minuciosamente la costa, y en vez de desembarcar en el puerto de costumbre, desembarcó en el ancon que ya hemos descrito.

La isla estaba desierta. Nadie, al parecer, habia abordado á ella después de Edmundo, que encontró su tesoro lo mismo que lo dejó.

A la mañana siguiente toda su inmensa fortuna estaba ya á bordo, guardada en los tres secretos del armario de su camarote.

La muerte de su padre la esperaba ya; pero á Mercedes ¿qué le habria sucedido?

Sin divulgar su secreto, no podia Edmundo comisionar á un agente para hacer indagaciones, y aun algunas de las que estimaba necesarias, solamente él podria hacerlas. El espejo le habia demostrado en Liorna que no corria peligro de que le reconociera nadie, y esto sin contar que tenia á su disposicion todos los medios de disfrazarse. Una mañana, pues, el yacht y la barquilla anclaron en el puerto de Marsella; justamente en el mismo sitio donde aquella noche de fatal memoria embarcaron á Edmundo para el castillo de If.

No sin cierto temor instintivo vió acercarse Dantés á un gendarme en el barco de la sanidad; pero con la perfecta calma que ya habia adquirido, le presentó un pasaporte inglés que habia comprado en Liorna, y gracias á este salvo-conducto estranjero, mas respetado en Francia que el mismo francés, desembarcó sin dificultad alguna.

Al llegar á la Cannebière, la primera persona que vió Dantés fué uno de los marineros del *Faraon*, que habiendo servido bajo sus órdenes, parecia que se encontrase allí para asegurarle del completo cambio que habia sufrido. Encaminose á él resueltamente, haciéndole muchas preguntas, que le satisfizo sin darle á sospechar siquiera, ni por sus palabras ni por su fisonomía, que recordase haber visto nunca aquel desconocido.

Diole Dantés una moneda en agradecimiento de sus buenos oficios, y un instante después oyó que corria tras él el marinero.

Dantés volvió la cara.

—Disimuladme, caballero, pero sin duda os habreis equivocado, pues creyendo darme una pieza de cuarenta sueldos, me habeis dado un napoleon doble.

—Con efecto, me equivoqué, amigo mio, contestó Edmundo; pero como vuestra honradez merece recompensa, tomad otro napoleon, que os ruego acepteis, para beber á mi salud con vuestros camaradas.

Contempló el marinero á Edmundo con tanto asombro, que hasta se olvidó de darle las gracias, y murmuraba al verle alejarse:

—Sin duda es algun Nabab que viene de la India.

Prosiguió Dantés su camino, oprimiéndosele el corazon á cada paso con sensaciones nuevas. Todos sus recuerdos de la infancia, recuerdos indelebles en su memoria, renacian en cada calle, en cada plaza y en cada barrio. Al final de la calle de Noailles, cuando pudo ver las Alamedas de Meillan, sintió que sus piernas flaqueaban, y á poco mas cae desvanecido entre las ruedas de un coche. Al cabo llegó á la casa de su padre. Las capuchinas y las aristoloquias habian desaparecido de la ventana en donde la mano del pobre viejo las habia plantado y criado con tanto afan.

Apoyado en un árbol permaneció algun tiempo meditabundo, contemplando los últimos pisos de aquella humilde mansion. Al fin se determinó á dirigirse á la puerta, atravesó el dintel, preguntó si habia algun cuarto desocupado, y aunque sucedia lo contrario, insistió de tal modo en ver el del quinto piso, que el portero subió á pedir á las personas que lo habitaban, de parte de un estranjero, permiso para visitar la habitacion.

Los moradores de la casita eran dos jóvenes que se habian casado hacia ocho dias solamente.

Al verlos exhaló Dantés un profundo suspiro.

Por lo demás, nada le recordaba el aposento de su padre. Ni era el mismo el papel de las paredes, ni existian tampoco aquellos muebles antiguos, compañeros de la niñez de Edmundo, presentes á su memoria con toda exactitud. Solo eran las mismas... las paredes.

Dantés se volvió hácia la cama, que estaba justamente en el mismo lugar de la del otro vecino. A su pesar, sus ojos se arrasaron en lágrimas. Allí habia debido de espirar el triste viejo, pronunciando el nombre de su hijo.

Los dos jóvenes contemplaban admirados á aquel hombre de frente severa, en cuyas mejillas brillaban dos gruesas lágrimas, sin que su rostro se alterase; pero como la religion del dolor es de todo el mundo respetada, no solo no hicieron los recien casados pregunta alguna al desconocido, sino que se apartaron un tanto de él para dejarle llorar libremente; y cuando se marchó le acompañaron, diciéndole que podria volver cuando gustase, que siempre encontraria abierta su pobre morada.

En el piso de debajo se detuvo Dantés delante de una puerta á preguntar si habitaba allí todavía el sastre Caderousse; pero el portero respondió que habiendo venido muy á menos el hombre de que hablaba, tenia ahora una posada en el camino de Bellegarde á Beaucaire.

Acabó de bajar Dantés, y enterándose de quién fuera el dueño de la casa de las Alamedas de Meillan, pasó en el acto á verle, anunciándose con el nombre de lord Wilmore (nombre y título que llevaba en el pasaporte), y le compró por veinticinco mil francos la casa: sin duda valia diez mil francos menos; pero Dantés, si le hubieran pedido por ella medio millon, lo hubiera dado.

El mismo dia avisó el notario que hizo el contrato á los jóvenes del quinto piso que el nuevo propietario les daba á elegir una habitacion entre todas, sin aumento alguno de precio, á condicion de que le cedieran la que habitaban.

Este singular acontecimiento dió mucho que hacer ocho dias á todo el barrio de las Alamedas de Meillan, ocasionando mil conjeturas á cual mas inexacta.

Pero lo que sorprendió y admiró sobre todas las cosas, fué ver á la caida de la tarde al mismo hombre de las Alamedas de Meillan, pasearse por el barrio de los Catalanes, y entrar en una casita de pescadores, donde estuvo mas de una hora preguntando por personas, que habian muerto ó desaparecido quince ó diez y seis años antes.

A la mañana siguiente, los pescadores en cuya casa habia entrado recibieron un regalo de una barca nueva catalana atestada de redes.

Bien hubieran querido aquellas gentes dar las gracias al generoso desconocido; pero al separarse de ellos le habian visto dar algunas órdenes á un marinero, montar á caballo, y salir por la puerta de Aix.

CAPITULO III.

LA POSADA DEL PUENTE DEL GARD.

Los que como yo hayan recorrido á pié el mediodia de la Francia, habrán visto seguramente entre Bellegarde y Beaucaire, á la mitad del camino que separa á las dos poblaciones, aunque un tanto mas cercana á Beaucaire que á Bellegarde, una modesta posada que tiene como por rótulo sobre la puerta, en una lámina de hierro tan delgada que el menor vientecillo la zamarrea, una grotesca vista del puente del Gard. Tomando por tipo el curso del Ródano, esta posada se encuentra al lado izquierdo del camino, volviendo la espalda al rio. Decórala eso que se llama jardin en el Langüedoc, que consiste en una cerca trasera á las habitaciones, donde crecen algunos olivos raquíticos é higueras salvajes, blancas del polvo que las cubre. Aquí y acullá, á guisa de legumbres, crecen pimientos, tomates y ajos; y en uno de sus rincones, por último, como centinela olvidada, un gran pino de los llamados quitasoles eleva melancólicamente su tronco flexible, mientras su copa, abierta como un abanico, se quema á un sol de treinta grados.

Estos árboles, así los grandes como los pequeños, se inclinan todos naturalmente en la direccion que



lleva el mistral cuando sopla. El mistral es una de las tres plagas de la Provenza; las otras dos, como todo el mundo sabe, ó como todo el mundo ignora, eran la Durance y el Parlamento.

Diseminadas en la cercana llanura, que parece un lago inconmensurable de polvo, vegetan algunas matas de trigo, sembradas por los horticultores del país, sin duda por curiosidad, pues solo sirven de asilo á las cigarras, que aturden con su canto agudo y monótono á los viajeros estraviados en aquella Tebaida.



Los dos jóvenes contemplaban admirados á aquel hombre de frente severa.

Hacia seis ó siete años que habitaban este meson un hombre y una muger con una criada llamada Antoñita y un mozo llamado Picaud. Aunque poca, esta gente bastaba al servicio del meson, en particular desde que un canal abierto de Beaucaire á Aguas Muertas, habia sustituido ventajosamente los barcos y los faetones á las diligencias.

Como para aumentar las desdichas del pobre posadero que arruinaba, este canal pasaba entre el Ródano, donde tiene origen, y el camino que inutiliza, á unos cien pasos de la posada que acabamos de describir, aunque lacónica, fielmente.

Era el posadero hombre como de cuarenta á cuarenta y cinco años, alto, seco y nervioso, verdadero tipo meridional, ojos hundidos y brillantes, nariz aguileña, y dientes blancos como los de un animal carnivoro. Sus cabellos, que parecia se resistiesen á encanecer, á pesar del embate de los años, eran espesos, crespos y apenas salpicados de canas, como su patilla corrida. Su rostro, tostado á nativitate, se habia mas y mas ennegrecido con la costumbre adquirida por el pobre diablo de estar á la puerta de su meson por mañana y tarde, en espectativa de viajeros de á pié ó de á caballo, espectativa casi siempre vana, y durante la cual no tenia su rostro otro preservativo de los ardientes rayos del sol, que un pañuelo encarnado ceñido á su cabeza, como los que usan los arrieros españoles.

Este hombre era nuestro antiguo conocido Gaspar Caderousse.

Su muger, Magdalena Radelle, era por lo contrario pálida, flaca y enfermiza. Natural de las inmediaciones de Arlés, aunque conservando algo de la belleza tradicional de sus compatriotas, habia visto la suya desaparecer á impulsos de esas calenturas intermitentes que afligen á las poblaciones próximas á los lagos de Aguas Muertas y al pantano de la Camargue. Yacia de contino sentada y tiritando en el fondo de su habitacon del primer piso, ó ya tendida en un sillon, ó reclinada en su cama, mientras su marido desempeñaba á la puerta las funciones de que hemos hablado; funciones que muy á menudo prolongaba de motu propio, tanto mas cuanto que cada vez que se juntaban marido y muger, esta le aturdia con sus eternas lamentaciones de la suerte, lamentaciones únicamente acalladas por este arranque filosófico de su marido:

—¡Cállate, Carconte! Dios lo quiere.

El origen de este apodo era, que Magdalena Radelle habia nacido en Carconte, pueblo situado entre Salon y Lambesc. Es costumbre en aquel país designar á todas las personas con su apodo y no con su nombre, y por esto Caderousse habia sustituido el de Carconte al de Magdalena, quizás sobrado dulce y eufónico para su lenguaje rudo.

Sin embargo, á pesar de esta aparente resignacion, no se crea que nuestro mesonero no sintiese estremadamente la miseria á que le habia reducido el miserable canal de Beaucaire, ni que tampoco le hiciesen mella las continuas lamentaciones de su muger. Era como todos los meridionales, hombre sin grandes necesidades, pero muy dado á las apariencias, con que en sus tiempos prósperos no habia procesion ni fiesta pública á que no concurriese con la Carconte, él en ese traje pintoresco del mediodía, mezcla del catalan y del andaluz, y ella con ese lindísimo traje de las mugeres de Arlés, que parece copiado de las griegas y las arábigas; pero poco á poco cadenas de reloj, collares, cinturones, corpiños bordados, vestidos de terciopelo, zapatos con hebilla de plata, habian ido des-

La Carconte.

apareçiendo, y Gaspar Caderousse, en la imposibilidad de salir en público con su antiguo esplendor, habia renunciado en su nombre y en el de su muger á todas las pompas y vanidades del mundo, aunque no sin que el ruido y la algazara que hacian le destrozase el corazon, llegando hasta la pobre posada en que vivia mas por vivir que por ganar.

Una parte de la mañana habia pasado como de costumbre Caderousse delante de su puerta, paseando su melancólica mirada desde un césped, donde jugueteaban unas palomas, hasta el fin del desierto camino que por un lado conduce al mediodía, y al norte por el otro, cuando le obligó de repente á dejar su puesto la destemplada voz de su muger. Retirose pues refunfuñando, aunque sin cerrar la puerta, como si rogara á los viajeros que no le echasen en olvido al pasar.

En el momento en que Caderousse entraba, el camino de que hemos hablado, y que sus miradas recorrian, estaba tan solitario como el desierto en medio del dia. Como una cinta blanca é inmensa, prolongábase entre dos hileras de árboles raquíticos, esplicando perfectamente cómo ningun viajero que no tuviese necesidad muy perentoria, se atrevia á internarse en aquel temible Sahara.

Sin embargo, á pesar de todas las probabilidades, si Caderousse permaneciera en su puesto, hubiera podido ver del lado de Bellegarde un ginete que venia con ese aire reposado y tranquilo que indica buenas relaciones entre caballo y caballero. Aquel era capon y de buena estampa, y este un sacerdote vestido de negro, con sombrero de tres picos. A pesar del calor insufrible, como que el sol estaba en su cenit, andaban á un trote regular.

Ambos se detuvieron al llegar á la puerta de la posada. Difícil hubiera sido determinar si fué el caballo quien detuvo al hombre, ó el hombre quien detuvo al caballo; pero sea lo que fuere, el sacerdote echó pié á tierra, y cogiendo por la brida al animal, lo ató á una argolla que habia en la pared, y luego, limpiándosela frente sudorosa con un pañuelo de algodon, adelanto



—¡Cállate, Carconte! Dios lo quiere.

se á la puerta y dió tres golpes en el suelo con el baston que llevaba en la mano.

Al punto un perrazo negro salió ladrando y enseñando sus dientes blancos y agudos, con lo que daba á entender cuán poco acostumbrado estaba á la compañía.

Tambien al punto unos pasos ligeros cimbrearon la escalera arrimada á la pared frontera del zaguan, por donde bajaba de espaldas y agachándose el pobre dueño del meson.

—¡Ya estoy aquí! decia asombrado Caderousse; ¡ya estoy aquí!—¿Quieres callar, Margotin?—No tengais miedo, señor, que aunque ladra, no muerde.—¿Quereis vino, no es verdad? ¡Si hace un calor espantoso! —¡Ah! perdonadme, esclamó interrumpiéndose, al ver qué clase de persona era el viajero; perdonadme, que ignoraba á quién tengo el honor... ¿Qué deseais, qué pedís, señor abate? Estoy á vuestras órdenes.

El sacerdote estuvo contemplando al posadero con estraña atencion dos ó tres minutos, y pareció que tambien quisiera llamarleá él porsu parte la atencion; pero viendo por último que no manifestaba otra cosa que sorpresa de que no le respondiese, creyó que era ya tiempo de poner fin á la escena muda, y le contestó con un acento italiano muy pronunciado:

—¿No sois il signor Caderousse?

—Sí, caballero, dijo el hombre, mas admirado aun de la pregunta que no del silencio anterior; yo soy, con efecto, Gaspar Caderousse, para serviros.

El abate Busoni.

—Gaspar Caderousse... sí... creo que esos son el nombre y el apellido... En otro tiempo viviais en las Alamedas de Meillan, en un quinto piso, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Entonces ¿erais sastre?

—Si señor; pero el oficio andaba muy mal. Hace tanto calor en ese infierno de Marsella, que acabarán al fin las gentes por andar en cueros.—Pero... á pro-



pósito de calor, ¿no quereis refrescar, señor abate?

—Sí tal, dadme una botella del mejor vino que tengais, y proseguiremos si os place nuestra conversacion desde el punto en que la dejamos.

—Como gusteis, señor abate, respondió Caderousse.

Y para no perder la ocasion de dar salida á una de las pocas botellas que le quedaban de vino de Cahors, levantó Caderousse apresurado la trampa de una cueva que habia en esta misma habitacion, zaguan, sala y cocina en una pieza.

Cuando volvió á salir á los cinco minutos, halló al abate sentado en un banco, con el codo apoyado en una mesa, mientras Margotin tendia sobre su muslo su cuello descarnado, como si el oir que iba á hacer gasto aquel viajero singular le animara á hacer las paces con él.

—¿Vivís solo? preguntó el abate al mesonero, que le ponia delante una botella y un vaso.

—¡Ay Dios mio! solo, ó casi solo, señor abate, pues aunque soy casado, no puede mi muger ayudarme en nada, porque la infeliz Carconte está siempre enferma.

—¡Ah! ¡sois casado! dijo el abate con un cierto interés, tendiendo en torno suyo los ojos, como apreciando en su justo valor los miserables atavíos de la casa.

—Conoceis que no soy rico, ¿es verdad, señor abate? dijo Caderousse suspirando; pero ¿qué quereis? en el mundo no basta para prosperar ser honrado.

El abate clavó en él una mirada penetrante.

—Sí, honrado, puedo vanagloriarme de serlo, señor, dijo Gaspar, arrostrando aquella mirada con una mano sobre el pecho. No todos pueden decir otro tanto en esta época.

—Tanto mejor si es verdad, contestó el abate, porque tengo la firme conviccion de que tarde ó temprano el bueno alcanza recompensa y el malo castigo.

—A vos, como sacerdote, os toca decir eso, señor abate, como sacerdote, repuso Caderousse con amargura. Sin embargo, cada uno puede tener su opinion.

—Haceis mal en hablar así, contestó el abate, porque quizás yo mismo sea dentro de poco una prueba para vos de esta verdad.

—¿Qué quereis decir? le preguntó Caderousse admirado.

—Ante todo debo de asegurarme de si sois vos la persona que busco.

—¿Qué pruebas quereis que os dé?

—¿Habeis conocido en 1814 ó 1815 á un marinero que se llamaba Edmundo Dantés?

—¡Dantés!... ¡vaya si he conocido al pobre Edmundo! ¡si era uno de mis mejores amigos! Ya lo creo, esclamó Caderousse, tiñéndose de encarnado sus mejillas, mientras los ojos penetrantes del abate parecia que se dilataban por abarcarle con una sola mirada.

—Creo con efecto que se llamaba Edmundo.

—¡Vaya si se llamaba Edmundo aquel muchacho! como me llamo yo Gaspar Caderousse. ¿Y qué ha sido de él, caballero? ¿le habeis quizás conocido? ¿vive aun? ¿es libre? ¿es feliz?

—Ha muerto en su calabozo, mas desesperado y mas miserable que los forzados que gimen en Tolon.

Una palidez mortal sucedió en el rostro de Caderousse al rubor de que antes se habia cubierto. Viole el abate volverse, y enjugar una lágrima con la punta del pañuelo encarnado que tenia á la cabeza.

—¡Pobre muchacho! murmuró Caderousse. Ahí teneis una prueba evidente de lo que os decia, señor abate, de que Dios solo para los malos es bueno. ¡Ah! prosiguió Caderousse con ese lenguaje pintoresco de los meridionales, el mundo va de mal á peor. ¡Que no lloviera pólvora dos dias, y fuego una hora, acabáramos de una vez!

—¿Parece que amabais á ese jóven de todo corazon? le preguntó el abate.

—Sí que le amaba, dijo Caderousse, aunque tengo que arrepentirme de haberle envidiado un tanto su felicidad. Pero después, os lo juro á fé de Caderousse, he lamentado hartas veces su desdicha.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la mirada fija del abate no cesó de interrogar un punto el móvil rostro del posadero.

—¿Con que conocisteis á aquel pobre muchacho? prosiguió Caderousse.

—Me llamaron para prestarle los últimos consuelos de la religion, contestó el abate.

—¿Y de qué murió? repuso Gaspar con voz ahogada.

—¿De qué se muere en la cárcel á los treinta años, sino de mal de cárcel?

Caderousse se limpió el sudor que por su frente corria.

—Lo mas estraño de todo, repuso el abate, es que Dantés en la agonía me juró por el Crucifijo, cuyos piés besaba, que no sabia la verdadera causa de su prision.

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró Caderousse; no podia saberla. Sí, señor abate, no mentia el pobre muchacho.

—Por eso sin duda me encargó que la indagase, ya que él nunca habia podido indagarla, y rehabilitase su memoria, caso de que tuviera algun borron.

Y á las miradas del abate, de cada vez mas fijas, no se escapó la espresion casi sombría del rostro de Caderousse al oir esto.

—Un inglés muy rico, prosiguió el abate, compañero suyo de cárcel, de donde le vino á sacar la segunda Restauracion, poseia un diamante de gran valor, y se lo regaló á Dantés en prenda de gratitud por haberle cuidado fraternalmente en cierta enfermedad que habia tenido. En vez de aprovecharse de la joya para ganar á sus carceleros, que además podrian recibirla y venderle después, Edmundo la conservó con mucho cuidado en espectativa del dia de su libertad, porque entonces tenia su fortuna asegurada con la venta del diamante.

—¿Con que era, segun decís, un diamante de mucho valor? le preguntó Caderousse con los ojos como ascuas.

—Todo es relativo, repuso el abate: de muchísimo valor para Edmundo, puesto que estaba tasado en cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos! dijo Caderousse. ¿Seria tan gordo como una nuez?

—No tanto; pero vais á juzgar por vos mismo, puesto que lo traigo aquí.

Los ojos de Caderousse parecia que buscasen debajo de la sotana del desconocido la joya de que hablaba.

Sacó el abate de su bolsillo una cajita de piel de zapa negra, y mostró á los ojos deslumbrados del posadero, la rica piedra montada en una sortija magnífica.

—¿Y eso vale cincuenta mil francos?

—Sin la sortija, que tiene tambien su valor, dijo el abate.

Y cerrando la caja la metió en el bolsillo, no sin que siguiese brillando en el pensamiento de Caderousse.

—¿Pero cómo teneis en vuestro poder esa alhaja, señor abate? le preguntó. ¿Os la ha legado Edmundo?

—No, sino que me hizo su albacea, diciéndome:—«Yo tenia tres buenos amigos y una novia, todos cuatro »me echan muy de menos, estoy seguro. Uno de ellos »se llamaba Caderousse.»

El posadero se estremeció.

—«El otro, prosiguió el abate, sin que al parecer se »apercibiese de la emocion de Caderousse, el otro se »llamaba Danglars; y el tercero—añadió Edmundo—»aunque rival mio, me amaba tambien.»

Una sonrisa diabólica agitó los labios del posadero, que hizo como si quisiera interrumpir al abate.



—Teneos, dejadme acabar, dijo este, que luego me hareis todas las observaciones que os ocurran.—«El »otro, aunque rival mio, me amaba tambien: se llamaba »Fernando.—Mi novia se llamaba... ¡pues no se me ha »olvidado el nombre de la novia! murmuró el abate.»

—Mercedes, dijo Caderousse.

—¡Ah! es verdad... Mercedes, repuso el abate ahogando un suspiro.

»co partes, y dareis una á cada uno de mis buenos »amigos, á aquellos que son los únicos que me ama»ron en la tierra.»

—¿Cómo cinco partes? esclamó Caderousse; no habeis nombrado mas que cuatro personas.

—Porque me han dicho que la quinta ha muerto... la quinta era el padre de Dantés.

—¡Ay! ¡es verdad! dijo Caderousse conmovido por

Una sonrisa diabólica agitó los labios del posadero, que hizo como si quisiera interrumpir al abate.

—¿Y qué mas? dijo Caderousse.

—Dadme un jarro de agua.

Caderousse le obedeció al momento.

El abate llenó el vaso, y tomó un sorbo.

—¿En qué estabamos? preguntó al posadero, poniendo el vaso sobre la mesa.

—En que la novia se llamaba Mercedes.

—Sí, es verdad.—«Ireis á Marsella...»—Tened presente que Edmundo es el que habla.

—Ya estoy.

—«Vendereis este diamante; hareis del dinero cin-

contrarios afectos; ¡es verdad! ¡el pobre anciano ha muerto!

—En Marsella lo supe, respondió el abate haciendo un gran esfuerzo por parecer indiferente; pero hace ya tanto tiempo de esa muerte, que no he podido averiguar los pormenores... ¿Sabriais vos alguno?

—¿Quién, como yo, los puede saber? dijo Caderousse. Yo era vecino suyo. Y sí que hace ya tiempo. Un año después de la desaparicion de su hijo murió el pobre anciano.

—¿De qué mal?



—Los médicos decian que de... de... gastro-enteritis... sí, eso es; sus conocidos decian que habia muerto de pesar... y yo, que casi le vi morir, digo que murió...

Caderousse vacilaba en rematar la frase.

—¿De qué murió? repuso con ansiedad el sacerdote.

—¡De hambre!

—¡De hambre! esclamó el abate agitadísimo: ¡de hambre! ¡ni los animales mas viles se mueren de hambre! ¡los perros errantes por las calles encuentran una mano compasiva que les arroje un mendrugo de pan, ¡y un hombre, un cristiano, muere de hambre en medio de otros hombres que se llaman cristianos como él! ¡Oh! imposible, ¡eso es imposible!

—Lo dicho dicho, repuso Caderousse.

—Haces mal. ¿A qué te metes en eso? dijo una voz desde la escalera.

Volvieron la cabeza los dos interlocutores, y á través de la balaustrada de la escalera vislumbraron la cabeza enfermiza de la Carconte, que habiéndose arrastrado hasta allí, los escuchaba sentada en el primer escalon, con la cabeza apoyada en las rodillas.

—¿A qué te metes tú en esto, muger? le dijo Caderousse. Este caballero me pide ciertas noticias, que exige la cortesía que yo le dé.

—Sí, pero la prudencia exige lo contrario. ¿Qué sabes tú la intencion con que te preguntan eso, imbécil?

—Con escelente intencion, señora, yo os lo aseguro, respondió el abate. Nada tiene que temer vuestro esposo, como me diga la verdad.

—Sí, nada que temer... todos dicen lo mismo... primero promesas, luego seguridades, luego si te vi no me acuerdo, y el dia menos pensado le viene á uno una desgracia sin saber de dónde.

—Estad tranquila, buena muger, que no os vendrá por mí ninguna desgracia.

Refunfuñó la Carconte algunas palabras ininteligibles, volvió á echar sobre sus rodillas la cabeza, que habia levantado un instante, y víctima de la fiebre, dejó á su marido en libertad de proseguir su conversacion, aunque situada de manera que la oia sin perder palabra.

En este intervalo el abate se habia repuesto, bebiendo algunos tragos de agua.

—¿Pero tan abandonado de todos estaba el pobre viejo, repuso, que haya muerto tan tristemente?

—No tanto, caballero, respondió Caderousse; que ni Mercedes la catalana ni Mr. Morrel le habian abandonado; pero el pobre viejo tenia á Fernando un odio irreconciliable... ese mismo Fernando, añadió Caderousse con irónica sonrisa, ese mismo á quien tenia Dantés por amigo suyo.

—¿Con que no lo era? dijo el abate.

—¡Gaspar! ¡Gaspar! murmuró la Carconte desde el escalon, ¡cuidado con lo que vas á decir!

Hizo Caderousse un movimiento de impaciencia, y sin contestar á su muger respondió al abate:

—¿Se puede ser amigo de aquel cuya novia se desea? Edmundo, con su buen corazon, creia á todos amigos suyos... ¡pobre muchacho! Aunque mas vale que no lo haya sabido, que así le costara mas el perdonarlos á la hora de la muerte... Digan lo que digan, prosiguió Caderousse en su lenguaje no desprovisto de poesía, temo mas la maldicion de los muertos que el odio de los vivos.

—¡Imbécil! refunfuñó la Carconte.

—¿Y sabeis qué sea lo que hizo Fernando contra Dantés? repuso el abate.

—¡Vaya! ¡y tanto como lo sé!

—Hablad pues.

—Haz lo que quieras, Gaspar, dijo su muger; tú eres el amo; pero si te fiaras de mí no despegarias los labios.

—Ahora creo que tienes razon, muger, contestó Caderousse.

—¿Luego nada quereis decirme? repuso el abate.

—¿Para qué? dijo Caderousse. Si viviera Edmundo y viniese á mí para conocer de una vez todos sus amigos y enemigos, vaya en gracia; pero segun decís, está ya debajo de tierra, y ni puede aborrecer ni vengarse. Olvidemos lo pasado.

—¿Quereis, pues, dijo el abate, que dé á esas gentes á quien llamais indignas y falsas, una recompensa destinada solo á la lealtad?

—Es verdad... teneis razon, dijo Caderousse. ¿Qué seria además para ellos la herencia de Edmundo? lo que al mar una gota de agua.

—¡Y olvidas cuánto daño pueden hacerte! dijo su muger.

—¿Cómo así? ¿han llegado á ser ricos y poderosos?

—Luego ¿no sabeis su historia?

—No, contádmela.

Caderousse reflexionaba al parecer.

—No, no, dijo por último. Es cuento largo.

—Dueño sois de hacer lo que os plazca, amigo mio, repuso el abate con acento de absoluta indiferencia: respeto vuestros escrúpulos. Sin contar que lo que haceis, es con efecto digno de un hombre de bien. No hablemos de esto. ¿Cuál era mi mision? una sencilla fórmula. Venderé pues el diamante.

Y sacando del bolsillo la cajita, la abrió haciendo brillar la alhaja ante los fascinados ojos de Caderousse.

—Ven y verás, muger, dijo este con voz ronca.

—¡Un diamante! esclamó la Carconte, levantándose y bajando la escalera con paso muy firme. ¿Y qué significa ese diamante?

—¿No lo has oido, muger? respondió Caderousse. Edmundo nos lo ha legado, á su padre en primer lugar, á sus tres amigos, Fernando, Danglars y yo, y á su novia Mercedes. Vale cincuenta mil francos.

—¡Oh! ¡qué hermosa sortija! esclamó la Carconte.

—Es la quinta parte lo que nos pertenece, ¿no es verdad? dijo Caderousse.

—Si señor, respondió el abate, y además la parte del padre de Dantés, que me creo autorizado á repartir entre vosotros cuatro.

—¿Por qué entre nosotros cuatro? preguntó la Carconte.

—Porque erais los cuatro amigos de Edmundo.

—Amigos no son los traidores, murmuró sordamente la muger.

—Sí, sí, añadió Caderousse, eso es lo que yo decia. Es casi una profanacion, casi un sacrilegio, recompensar la traicion y acaso el crimen.

—Vos tendreis la culpa, repuso tranquilamente el abate, guardando la cajita en el bolsillo de su sotana. Ahora, dadme las señas de los amigos de Edmundo, para que yo pueda cumplir su última voluntad.

Gruesas gotas de sudor corrian por la frente de Caderousse, al ver al abate levantarse en direccion á la puerta, como para indicar á su caballo que estuviese prevenido, y volver luego.

El posadero y su muger se miraban con espresion indescriptible.

—Entero seria el diamante para nosotros, dijo él.

—¿Lo crees así? respondió su muger.

—Un sacerdote no querria engañarnos.

—Haz lo que quieras, añadió la Carconte; yo en esto ni entro ni salgo.

Y tomó, tiritando, el camino de la escalera. Sus dientes chocaban á pesar del insufrible calor que hacia.

En el último escalon se detuvo.

—Reflexiónalo bien, Gaspar, dijo desde allí.

—Estoy resuelto, le contestó Caderousse.

La Carconte entró en su habitacion, exhalando un suspiro. Oyóse temblar el pavimento bajo sus piés,

hasta que llegó al sillon, en que se arrojó pesadamente.

—¿A qué estais decidido? preguntó el abate.

—A decíroslo todo, respondió Caderousse.

—Creo en verdad que es lo mejor que podreis hacer, dijo el eclesiástico, no porque me importe á mí el saber lo que vos queriais ocultarme, sino porque será parte á que yo distribuya la herencia segun los deseos del testador. Así me place.

—Así lo espero, respondió Caderousse con el rostro inflamado por el ardor de la esperanza y de la avaricia.

—Ya os escucho, dijo el abate.

—Esperad, repuso Caderousse, que podrian interrumpirnos en lo mas interesante, y nos fastidiarian. Es tambien inútil que nadie sepa que estais aquí.

Y cerró la puerta de la posada con tanto cuidado, que hasta le puso la tranca que por la noche le ponia.

Durante este tiempo habia elegido el abate un sitio para escuchar á Caderousse cómodamente, sentándose en un rincon de manera que le ocultaba la sombra, mientras daba de lleno toda la luz en el rostro de su interlocutor; y en esta situacion, inclinada la cabeza, juntas las manos, ó dicho mejor crispadas, se disponia á escuchar con alma y vida.

Caderousse, cogiendo un banco, se sentó en frente de él.

—Ten presente que yo no he despegado mis labios, dijo la temblorosa voz de la Carconte, como si á través del techo viese la escena que se preparaba.

—Está bien, está bien, respondió Caderousse; cállate, que yo lo tomo bajo mi responsabilidad.

Y principió á decir:

CAPITULO IV.

RELACION.

—Ante todo debo rogaros, señor abate, que me prometais una cosa.

—¿Cuál? le preguntó el abate.

—Que nunca ha de saberse, si haceis algun uso de lo que os voy á contar, nunca ha de saberse que fuí yo el que os lo conté; porque las personas de que voy á hablaros son muy poderosas, y podrian perderme solo con mirarme con malos ojos.

—Estad tranquilo, amigo mio, contestó el abate. Soy eclesiástico, y las confesiones se entierran en mi pecho. Recordad que nuestra única idea es cumplir dignamente la voluntad de nuestro amigo. Hablad pues sin reserva, pero sin odio; decidme la verdad, pero la verdad completa. Ni conozco ni conoceré probablemente nunca á las personas de que vais á hablarme; soy además italiano y no francés; pertenezco á Dios, y no á los hombres, y voy á volver á encerrarme en mi convento, de donde no he salido sino para cumplir las mandas de un moribundo.

Esta promesa pareció tranquilizar un tanto á Caderousse.

—Pues siendo así, respondió, quiero, ó mejor dicho, debo desengañaros sobre esas amistades que el pobre Edmundo creia sinceras.

—Empecemos, si os parece, por su padre, dijo el abate. Edmundo me habló muchísimo de aquel viejo, en quien adoraba.

—Triste es la historia, señor, dijo Caderousse bajando la cabeza. El principio lo sabreis probablemente.

—Sí, respondió el abate. Edmundo me contó hasta lo de su prision en una taberna cercana á Marsella.

—En la Reserva. ¡Oh Dios mio! ¡Aun me parece que estoy viendo aquel cuadro!

—Fué en la comida de su boda, ¿no es verdad?

—Sí, ¡qué fin tan triste tuvo aquella comida, que principió tan alegre! Un comisario de policía, con cuatro de sus satélites, llegó á prender á Dantés.

—Hasta ahí llegan mis noticias, que el mismo Edmundo no sabia otras posteriores que las referentes á él, porque no habia vuelto á ver á alguna de las cinco personas que os he nombrado, ni á oir hablar de ellas.

—Pues bien: preso Edmundo, corrió Mr. Morrel á tomar informes, que fuéron por cierto asaz tristes. El anciano volvió solo á su casa, guardó llorando su traje de boda, pasó todo el dia en dar vueltas por su habitacion, y ni se acostó siquiera por la noche, puesto que yo vivia debajo de él, y le oia andar. Tampoco yo, que debo decirlo, tampoco yo dormí en toda la noche, porque me hacia mucho daño el dolor de aquel afligido padre, y cada uno de sus pasos resonaba en mi corazon como si los diera sobre mi pecho.

A la mañana siguiente vino Mercedes á Marsella á implorar la proteccion de Mr. de Villefort, proteccion que no alcanzó, y á hacer al mismo tiempo una visita al anciano. Cuando le vió tan abatido y melancólico, como que ni se habia acostado en toda la noche, ni comido desde la víspera, se empeñó en llevársele consigo para cuidarle; pero el viejo de ningun modo lo consintió.

—«No, decia, no saldré de esta casa, porque yo soy »la persona á quien él ama mas en el mundo, y cuan»do salga de la prision, á mí será á quien venga á ver »primeramente. ¿Qué diria si no me encontrara aquí »esperándole?»

Yo escuchaba esta conversacion desde el descanso de la escalera, porque tenia deseos de que Mercedes lograse convencer al anciano. Su andar lento y sordo, retumbando á todas horas sobre mi cabeza, no me dejaba reposar un instante.

—¿Pero no subiais vos tambien á consolar al anciano? le preguntó el abate.

—¡Ah señor! respondió Caderousse; solo se consuela al que quiere ser consolado, y él no queria serlo. Además, no se por qué parecióme que le repugnaba el verme. Una noche, sin embargo, sus sollozos me determinaron á subir: cuando llegué á la puerta ya no sollozaba, sino que rezaba. No sabré deciros, señor, de dónde habia sacado el pobre viejo aquellas palabras tan elocuentes, aquellas oraciones tan lastimosas. Aquello era mas que piedad y mas que dolor, tanto, que yo que no soy beato ni jesuita dije para mí:—En verdad que soy muy feliz solo y sin hijos, porque si fuese padre y me hallara en la misma situacion dolorosa de ese pobre anciano, no pudiendo arrancar á mi corazon y á mi cabeza tantas cosas buenas como él dice al Dios de los buenos, me arrojaria al mar, para poner fin á mis pesares.

—¡Pobre padre! murmuró el sacerdote.

—De dia en dia se fué quedando mas solo, mas aislado. Tal vez venian á verle Mr. Morrel y Mercedes; pero hallaban su puerta cerrada y no les respondia, aunque yo tengo por seguro de que estaba dentro.

Cierta vez que, contra su costumbre, habia recibido á Mercedes, como la pobre niña, aunque desesperada tambien, intentase infundirle ánimo, le dijo:

—«Créeme, hija mia, ha muerto, y en vez de espe»rarle nosotros, él es el que nos espera. ¡Cuán feliz »soy, puesto que, como el mas viejo, seré el primero »que le vuelva á ver!»

Por muy bueno que uno sea, ya sabeis que las personas tristes le cansan pronto á uno. Al fin se quedó solo el viejo Dantés; no veia yo subir á su casa sino gentes desconocidas de vez en cuando, que bajaban luego, ocultando torpemente tal ó cual bulto. Despues he comprendido lo que aquellos bultos eran: el pobre iba vendiendo para vivir todo lo que tenia.

Pronto la casa se quedó en cruz y cuadro, y debia tres plazos del alquiler, y le amenazaban con echarle; pidió ocho dias de término, que le fuéron concedidos. Supe estos pormenores por el casero, que al salir de su cuarto entró en el mio.

Durante los tres primeros dias le oí andar por su habitacion como de costumbre; pero al cuarto dejé de oirle. Atrevíme á subir: la puerta estaba cerrada; pero por el ojo de la llave le vi tan pálido y tan desfallecido, que creyéndole muy enfermo corrí á avisar á Mr. Morrel y á Mercedes. Ambos se apresuraron á venir, Mr. Morrel traia un médico, que declaró que lo que tenia era gastro-enteritis, recetándole dieta. Yo tambien la opinion de Mr. Morrel, que queria obligarle á esta traslacion; pero el viejo gritó tanto, que temieron irritarle. Mercedes permaneció á la cabecera de su cama. Al marcharse Mr. Morrel le hizo señas de que dejaba sobre la chimenea un bolsillo; pero resguardado con la receta del médico, no quiso el anciano tomar nada. Al cabo, después de dos dias de abstinencia y desesperacion, espiró maldiciendo de los



—Créeme, hija mia, ha muerto, y en vez de esperarle nosotros, él es el que nos espera.

estaba presente, caballero, y recuerdo muy bien la sonrisa con que el anciano escuchó las palabras del doctor.

Desde entonces abrió su puerta á todo el mundo, porque ya tenia disculpa al no comer. El médico le habia recetado dieta.

El abate lanzó una especie de gemido.

—Os interesa esta historia, ¿no es verdad? le preguntó Caderousse.

—Sí, respondió el abate, que es tiernísima.

Al volver Mercedes hallóle tan mudado, que como en otros tiempos, intentó llevársele á su casa. Esta era que habian sido ocasion de su desgracia, y diciendo á Mercedes:

—«Si vuelves á ver á mi Edmundo, dile que muero »bendiciéndole.»

El abate se levantó á dar dos ó tres vueltas por la estancia, llevándose la mano temblorosa á su garganta seca.

—¿Con que creeis que ha muerto?...

—De hambre, señor... de hambre... dijo Caderousse; yo os lo aseguro. Es tan verdad como que estamos aquí dos cristianos.

El abate, con mano convulsiva, cogió el vaso, me-

dio lleno aun de agua, se lo bebió de un trago, y serenó con esto sus ojos alterados y sus mejillas pálidas.

—Confesad que fué una desgracia muy grande, dijo con voz ronca.

—Tanto mas grande, señor, cuanto que no fué Dios, sino los hombres, los que tuvieron la culpa.

—Hablemos, pues, de esos hombres, dijo el abate; pero pensadlo bien, prosiguió con tono casi amenaza-

—Ambos, señor. Uno escribió la carta, y el otro la echó al correo.

—¿Dónde se escribió esa carta?

—En la misma Reserva, la víspera de la comida.

—Está bien, está bien, murmuró el abate. ¡Oh Faria, Faria! ¡qué bien conocias á los hombres y á las cosas!

—¿Qué deciais, señor? le preguntó Caderousse.

—Nada, repuso el abate. Proseguid.



—Si vuelves á ver á mi Edmundo, dile que muero bendiciéndole.

dor, puesto que os habeis obligado á decírmelo. Veamos. ¿Quiénes son esos hombres que hicieron morir al hijo de desesperacion y al padre de hambre?

—Dos hombres celosos de él, uno por amor, otro por ambicion, Fernando y Danglars.

—Decidme, ¿de qué manera demostraron esos celos?

—Denunciando á Edmundo por agente bonapartista.

—Pero ¿cuál le denunció? ¿cuál de los dos fué el verdadero culpable?

—Danglars fué quien escribió la denuncia, con la mano izquierda, para que su letra no se conociese, y Fernando quien la dirigió.

—¿Luego vos estabais allí? esclamó el abate de repente.

—¡Yo! esclamó Caderousse admirado. ¿Quién os ha dicho que estaba yo allí?

El abate conoció que habia aventurado mucho.

—Nadie, respondió; pero es preciso que los hubieseis presenciado, para estar tan al corriente de todos los sucesos.

—¡Es verdad! repuso Caderousse con voz ahogada: allí estaba yo.

—¿Y no os opusisteis á aquella infamia? añadió el abate: ¿luego sois su cómplice?

—Señor, dijo Caderousse, me habian hecho beber ambos de tal manera, que casi tenia perdida la razon. No veia sino á través de una nube. Hice y dije cuanto podia hacer y decir un hombre en estado semejante; pero ambos me respondieron que era una broma que no tendria consecuencias.

—A la mañana siguiente visteis, sin embargo, que las tenia, ¡y no los descubristeis, aunque estabais presente cuando prendieron á Edmundo!

—Cierto, señor, que lo estaba: quise hablar; quise descubrirlo todo; pero Danglars me contuvo diciéndome:

—«Si por casualidad es culpable, si verdaderamente »ha desembarcado en la isla de Elba, si verdaderamen»te está encargado de una carta para el comité bona»partista de París, como se la cojan, los que hayan »sostenido su inocencia pasarán por cómplices suyos.»

Tuve miedo de la policía, que era entonces terrible, lo confieso. Callé; fué cobardía, lo confieso tambien, pero no crímen.

—Entiendo, entiendo. Dejasteis rodar la bola.

—Sí señor, respondió Caderousse, y ese es mi remordimiento eterno. Muchas veces pido por ello perdon á Dios, os lo juro; con tanto mas ahinco, cuanto que esta accion es la única que tengo que echarme en cara sériamente, y la ocasion sin duda tambien de todas las desgracias que me han sobrevenido. Estoy espiando un arranque egoista. Por eso digo siempre á la Carconte cuando se queja:

«Cállate, muger, que Dios lo quiere.»

Y bajó la cabeza Caderousse, al parecer con sincero arrepentimiento.

—Bien, habeis hablado con franqueza, le dijo el abate. Reconvenirse á sí mismo de ese modo es merecer perdon.

—Por desdicha Edmundo ha muerto sin perdonarme, añadió Caderousse.

—El lo ignoraba...

—Pero quizás ahora lo sepa, repuso Caderousse. Dicen que los muertos lo saben todo.

Hubo un instante de silencio. El abate, que se habia levantado y se paseaba meditabundo, volvió á ocupar su asiento.

—Dos ó tres veces me habeis nombrado á un tal Mr. Morrel, dijo luego. ¿Qué hombre era ese?

—El armador del *Faraon*, el patron de Dantés.

—¿Y cuál fué su papel en tan triste asunto?

—El de un hombre honrado, afectuoso y decidido. Veinte veces lo menos intercedió por Edmundo. A la vuelta de Napoleon, escribió, suplicó, amenazó; pero vino la segunda Restauracion, y le persiguieron estremadamente por bonapartista. Como ya os lo he dicho hartas veces, fué á casa del padre de Dantés para llevarle á la suya, y la víspera de su muerte, como creo habéroslo dicho tambien ya, dejó sobre la chimenea un bolsillo, que sirvió para pagar las deudas y el entierro del pobre anciano, de manera que pudo morir como habia vivido, sin causar á nadie daño alguno. Todavía conservo yo aquel bolsillo, que era de seda encarnada.

—Y ese Mr. Morrel ¿vive aun? preguntó el abate.

—Sí, respondió Caderousse.

—Pues debe de ser un hombre bendecido del Señor, feliz... rico...

Caderousse se sonrió amargamente.

—Feliz... como yo, repuso.

—¡Qué, es desgraciado Mr. Morrel! esclamó el abate.

—Se halla muy cercano á la miseria, ó dicho mejor, á la deshonra.

—¿Cómo así?

—Así como lo ois, respondió Caderousse. Con veinticinco años de laboriosidad inimitable, tras haber adquirido un buen nombre en el comercio de Marsella, Mr. Morrel está arruinado irremisiblemente. Cinco navíos ha perdido en dos años, tres quiebras ha sufrido, y hoy no le queda otra esperanza que ese mismo *Faraon*, mandado un tiempo por Dantés, que debe llegar de las Indias con cargo de cochinilla y añil. Si le falta ese navío como los otros, se pierde irremisiblemente.

—¡Y tiene muger é hijos el desdichado! murmuró el abate.

—Sí, una muger que es una santa de todo en todo; una hija que iba á casarse con un jóven á quien amaba, y á quien hoy ya impide su familia el matrimonio por ser ella pobre; y tiene un hijo, en fin, teniente del ejército; pero como comprendereis fácilmente, esto es aumento al dolor del padre, en vez de consuelo. Si fuera solo en el mundo, se saltaria la tapa de los sesos, y negocio concluido.

—¡Eso es horrible! murmuró el sacerdote.

—Así premia Dios á la virtud, añadió Caderousse. Pues oid otra prueba. Yo que nunca hice nada malo, aparte eso que os conté, yo estoy pobre y hasta miserable. Veré morir á mi desdichada muger de calentura, sin que pueda hacer nada por ella, y luego me moriré de hambre como el padre de Dantés, mientras nadan en oro Fernando y Danglars.

—¿Cómo es eso?

—Porque todo les sale bien, así como á los hombres honrados todo les sale mal.

—¿Qué ha sido de Danglars, que fué el mas culpable, puesto que fué el instigador?

—¿Qué ha sido de él? Salió de Marsella, á ser por recomendacion de Mr. Morrel, que ignoraba su crímen, tenedor de libros de un banquero español. Cuando la guerra de España contrató una parte del vestuario del ejército francés, y ganó algun dinero, con el cual jugó en la Bolsa, triplicando y aun cuadruplicando su caudal. Viudo de la hija de su principal, se ha casado con otra viuda, Madama de Nargonne, hija de Mr. Salvieux, chambelan del rey actual, que goza de mucha influencia. Era ya millonario, y le han hecho baron, de suerte que ahora es baron Danglars, y tiene una casa magnífica en la calle de Mont-Blanc, y diez caballos en sus caballerizas, y en sus antesalas seis lacayos, y no sé cuántos millones en su caja.

—¡Ah! esclamó el abate con una entonacion muy singular. ¿Y es dichoso?

—¿Quién podrá decir si es dichoso? La felicidad y la desgracia son los secretos de las paredes. Las paredes oyen, pero no hablan. Si una gran fortuna da la felicidad, Danglars es feliz.

—¿Y Fernando?

—Fernando es tambien un gran personaje, aunque por otro estilo.

—¿Pero cómo ha podido enriquecerse un pobre pescador catalan, sin educacion y sin recursos? Estoy pasmado, os lo confieso.

—A todo el mundo le sucede lo mismo. Preciso es que en su vida haya algun estraño misterio que nadie conoce.

—Pero en fin, decidme por qué escalones visibles ha subido á esa fortuna ó á esa alta posicion social.

—A ambas á dos, ¡á ambas! Tiene fortuna y posicion.

—Jurara que me contais un cuento.

—Y lo parece en verdad; pero oid, y lo comprendereis.

Pocos dias antes de la vuelta del emperador habia caido quinto Fernando. Los Borbones le dejaron tranquilamente en los Catalanes; pero Napoleon decretó á su vuelta una quinta estraordinaria, y se vió obligado á marchar. Tambien yo marché; pero como tenia mas edad que Fernando, y acababa de casarme

con mi pobre Magdalena, me destinaron á las costas.

Agregado Fernando al ejército espedicionario, pasó la frontera con su regimiento, y se halló en la batalla de Ligny.

La noche siguiente á la batalla hallábase Fernando de centinela á la puerta de un general que mantenia con el enemigo relaciones secretas, y debia de juntarse con los ingleses aquella misma noche. Propuso á



Propuso á Fernando que le acompañase, y Fernando aceptó, abandonando su puesto.

Fernando que le acompañase, y Fernando aceptó, abandonando su puesto.

Lo que hubiera hecho que se le formara consejo de guerra, á permanecer Bonaparte en el trono, fué para los Borbones recomendacion, de manera que entró en Francia con la charretera de subteniente, y como no perdió la proteccion del general, que gozaba de mucha influencia, era ya capitan cuando la guerra de España en 1823, es decir, cuando Danglars hacia sus primeras especulaciones. Por su cualidad de español fué enviado á Madrid á esplorar el espíritu público: allí encontró á Danglars, renovaron las amistades, ofreció á su general el apoyo de los realistas de la corte y de las provincias, le comprometió, comprometiéndose á su vez, guió á su regimiento por sendas de él solo conocidas en las montañas llenas de realistas, é hizo, en fin, tales servicios en esta corta campaña, que después de la accion del Trocadero fué ascendido á coronel, con la cruz de oficial de la legion de honor y el título de conde.

—¡Lo que es el destino! murmuró el abate.

—¡Sí! pero escuchad, que no es esto todo. Concluida la guerra de España, sin duda que paraba la elevacion de Fernando, pues parecia muy duradera la paz reinante en Europa. La Grecia solamente, sacudiendo el yugo de la Turquía, principiaba entonces la guerra de su independencia. Los ojos del mundo entero se fijaban en Atenas. Hízose moda compadecer á los griegos y ayudarlos, y el mismo gobierno francés, sin protegerlos abiertamente como ya sabreis, toleraba las emigraciones parciales. Fernando solicitó y obtuvo el permiso de ir á servir á Grecia, sin dejar por eso de pertenecer al ejército francés.

Algun tiempo después se supo que el conde de

Morcef, que este era el título de Fernando, habia entrado como general instructor al servicio de Alí-Pachá.

Como ya sabreis, Alí-Pachá fué asesinado; pero antes de morir recompensó los servicios de Fernando con una suma considerable, con la cual volvió á Francia, donde se le revalidó su empleo de teniente general.

—¿De manera que en la actualidad?... preguntó el abate.

—En la actualidad, prosiguió Caderousse, posee una casa magnífica en París, calle de Helder, número 27.

Abrió el abate la boca, permaneció un instante como aquel que duda en hablar, y dijo, haciendo un esfuerzo:

—¿Y Mercedes? ¿me han asegurado que desapareció?

—Desapareció, sí, repuso Caderousse, como desaparece el sol para volver á salir mas esplendoroso al otro dia.

—¿Tambien ella ha hecho fortuna? preguntó el abate con una sonrisa irónica.

—Mercedes es hoy día de la fecha una de las mas aristocráticas damas de París.

—Proseguid, que paréceme que escucho contar un sueño, dijo el abate; pero he visto yo tambien cosas tan estraordinarias, que me admiran menos las que me referís.

—Al principio puso á Mercedes desesperada la pérdida de su Edmundo. Ya os he contado sus instancias á Villefort, y su afecto al padre de Dantés. En esto vino á herirla un nuevo dolor, la ausencia de Fernando, de Fernando, cuyo crímen ignoraba, y á quien tenia por hermano.

Con esta ausencia quedó Mercedes sola.

Tres meses pasaron para ella de afliccion. Ni noticias de Dantés recibia, ni tampoco de Fernando. Nada tenia presente á sus ojos sino un anciano, moribundo de desesperacion.

A la caida de una tarde, que habia pasado entera como de costumbre, sentada en la union de los dos caminos que van de Marsella á los Catalanes, volvió Mercedes á su casa mas abatida que nunca. Ni su amante ni su amigo regresaban por alguno de los dos caminos, y ni de uno ni de otro sabia el paradero.

De repente parecióle oir unos pasos muy conocidos; volvió con ansiedad la cabeza, y abriéndose la puerta vió aparecer á Fernando con su uniforme de subteniente.

No recobraba todo, pero sí una parte de su vida pasada, de lo que tanto sentia y lloraba perdido.

Cogió Mercedes las manos de Fernando con un trasporte, que este tuvo por amor, no siendo sino de alegría, por verse ya en el mundo menos sola y con un amigo, tras tantas horas de solitaria tristeza. Además, preciso es decirlo, nunca habia odiado á Fernando; no le habia amado, es verdad; pero porque otro ocupaba su corazon entero. Este otro estaba ausente... habia desaparecido... quizás habria muerto... Esta idea hacia prorumpir á Mercedes en sollozos y retorcerse los brazos; pero esta idea, rechazada cuando otro se la sugería, estaba de suyo siempre fija en su imaginacion. Tampoco por su parte el anciano Dantés hacia otra cosa que decirle:—«Nuestro Edmundo ha muerto, porque de lo contrario él tornaria.»

Como ya os dije, el anciano murió. Sin esto acaso nunca se casara Mercedes con otro, porque él seria un acusador de su infidelidad. Todo esto lo comprendió Fernando, con que volvió á Marsella al saber la muerte del padre de Dantés. Ya era teniente. Cuando su primer viaje ni una palabra de amor habia dicho á Mercedes; pero esta vez ya le recordó cuánto la amaba.

Mercedes le pidió que la dejase seis meses todavía llorar y esperar á Edmundo.

—El caso es, dijo el abate con sonrisa amarga, que en junto hacia diez y ocho meses... ¿Qué mas puede exigir el amante mas querido?

Y luego murmuró estas palabras del poeta inglés: *—Frailty, thy uome is woman.*

—Seis meses después, prosiguió el posadero, se verificaba el matrimonio en la iglesia de los Accoules.

—En la misma iglesia donde debia de casarse con Edmundo, murmuró el sacerdote. Todo el cambio se reducia... al novio.

—Casose, pues, Mercedes, prosiguió Caderousse; pero aunque tranquila en apariencias, al pasar por delante de la Reserva le faltó poco para desmayarse. Diez y ocho meses antes se habia celebrado allí su comida de boda con aquel á quien, si consultara su propio corazon, conoceria que amaba aun.

Mas dichoso Fernando, pero no mas tranquilo, que yo le ví en aquella época, sobresaltado á todas horas con pensar en la vuelta de Edmundo, determinó de irse con su muger á otro país, que eran los Catalanes lugar de muchos peligros y recuerdos. Con que se marcharon á los ocho dias de la boda.

—¿Habeis vuelto á ver á Mercedes? le preguntó el abate.

—Sí, en Perpiñan, donde la habia dejado Fernando para ir á la guerra de España. Ocupábase entonces en la educacion de su hijo.

El abate se estremeció.

—¿De su hijo?

—Sí, respondió Caderousse, del niño Alberto.

—Pero ¿tenia ella educacion para dársela á su hijo? prosiguió el abate. Paréceme haber oido decir á Edmundo que era hija de un simple pescador; hermosa, pero ignorante.

—¡Oh! ¡tan mal conocia á su propia novia! dijo Caderousse. Si la corona debiese de adornar solo las cabezas mas lindas é inteligentes, Mercedes hubiera podido ser reina. A medida que su fortuna crecia, iba creciendo ella moralmente. El dibujo, la música, todo lo aprendia. Además, creo—aquí para entre nosotros—que esto lo hacia por distraerse, por olvidar, y que solamente llenaba su cabeza con tantas cosas por combatir el vacío de su corazon. Pero ahora, continuó Caderousse, será sin duda otra muger. La fortuna y los honores la habrán consolado. Es rica, es condesa, y sin embargo...

El posadero se contuvo.

—Sin embargo, ¿qué? le preguntó el abate.

—Estoy seguro de que no es feliz, dijo Caderousse.

—¿En qué os fundais?

—Escuchad.—Cuando mas hostigado me vi por la miseria, ocurrióseme que no dejarian de ayudarme un tanto mis antiguos amigos, con que me presenté á Danglars, que no quiso recibirme, y á Fernando, que me dió por conducto de su ayuda de cámara cien francos.

—¿Luego no visteis ni á uno ni á otro?

—Ciertamente; pero Madama de Morcef sí me vió.

—¿Cómo?

—Al salir de su casa cayó un bolsillo á mis piés con veinticinco luises. Levanté al punto la cabeza, y pude ver á Mercedes, que cerraba la ventana.

—¿Y Mr. de Villefort? preguntó el abate.

—Ni habia sido mi amigo, ni yo le conocia tan siquiera, con que nada tuve que pedirle.

—¿Pero no sabeis qué ha sido de él, ni sabeis la parte que tomó en la desgracia de Edmundo?

—No. Sé solamente que algun tiempo después de la prision del pobre chico, se casó con la señorita de Saint-Meran, y muy luego dejaron á Marsella. Sin duda la fortuna les habrá sonreido como á los otros; sin duda Villefort es rico como Danglars, y considerado como Fernando. Yo solo permanezco pobre y olvidado, como veis, de Dios.

—Os engañais, amigo mio, dijo el abate. Dios tal

vez, mientras prepara lo srayos de su justicia, aparenta olvidar; pero llega un dia en que recuerda, y así os lo prueba.

Esto diciendo el abate sacó de su bolsillo la sortija.

—Tomad, amigo mio, dijo á Caderousse presentándosela; tomad este diamante, que es vuestro.

—¡Cómo! ¡mio! ¡mio solo! esclamó Caderousse. ¡Ah señor! ¿no os burlais!

—El precio de este diamante debia de repartirse entre sus amigos, con que si Edmundo tenia uno solo, es imposible la reparticion. Tomad este diamante y vendedlo. Os repito que vale cincuenta mil francos. Con tal suma espero que saldreis de la miseria.

—¡Oh señor! dijo Caderousse alargando la mano tímidamente y enjugándose con la otra el sudor que le bañaba el rostro; ¡oh señor, no tomeis á chanza la felicidad ó la desesperacion de un hombre!

—Harto bien sé lo que es felicidad y lo que es desesperacion, para que en esto nunca me chancee. Tomad, pues, el diamante; pero en cambio...

Caderousse retiró su mano, que tocaba ya la sortija. El abate se sonrió.

—En cambio, repuso. dadme ese bolsillo de seda encarnada que dejó Mr. Morrèl sobre la chimenea del anciano Dantés, y que vos poseeis, segun me dijisteis.

De cada vez mas admirado Caderousse se dirigió á un armario de encina, y abriéndolo dió al abate un bolsillo largo de torzal encarnado, que adornaban dos anillos de cobre, dorados en otro tiempo.

Cogiolo el abate, y en su lugar dió al posadero el diamante.

—¡Oh señor! sois un hombre bajado del cielo, esclamó Caderousse. Nadie sabia que Edmundo os dió este diamante, y hubierais podido quedaros con él.

—¡Hola! dijo para sí el abate; segun eso tú lo hubieras hecho.

Casamiento de Mercedes con Fernando.



Y cogió su sombrero y sus guantes, y se levantó.

—¡Ah! dijo de repente: ¿eso que me habeis contado es verdad pura? ¿puedo crerlo al pié de la letra?

—Esperad, señor abate, respondió Caderousse: en este rincon hay un Santo Cristo de madera, bendito, y sobre aquel baul el devocionario de mi muger. Abridlo, que sobre él una mano, y con la otra estendida hácia el Crucifijo, os juraré por la salvacion de le despedia, y partió en la misma direccion que habia traido.

Al volverse Caderousse vió detrás á la Carconte, mas pálida y mas temblorosa que nunca.

—¿Es verdad lo que he escuchado? le dijo.

—¿Qué? ¿que nos daba el diamante para nosotros solos? respondió Caderousse loco de júbilo.

—Sí?



—Caballero, le dijo, yo soy el comisionista principal de la casa de Thomson y French de Roma.

mi alma y por mi fé de cristiano, que os he contado todo tal como pasó, y como el ángel de los hombres lo repetirá al oido de Dios el dia del juicio final.

—Está bien, repuso el abate, convencido por su acento de que decia Caderousse verdad. Está bien. Adios. Voime lejos de los hombres, que tanto mal se hacen unos á otros.

Y librándose á duras penas de los trasportes de entusiasmo de Caderousse, quitó el abate por sí mismo la tranca á la puerta, volvió á subir á caballo, saludó por última vez al posadero, que ruidosamente

—Nada mas verdadero, porque... míralo.

Contemplolo un instante la muger, y luego dijo con voz sorda:

—¡Si fuera falso!...

Caderousse palideció y estuvo á punto de caerse.

—¡Falso!... murmuró; ¡falso! ¿y por qué ese hombre me habia de haber dado un diamante falso?

—Por hacerte hablar sin pagarte, imbécil.

Al peso de esta suposicion, quedó Caderousse como aturdido.

—¡Oh! dijo después de un instante, cogiendo su

sombrero, que se puso sobre el pañuelo encarnado que tenia á la cabeza; pronto lo sabremos.

—¿Cómo?

—Hoy es la feria de Beaucaire: habrá plateros de París: voy á enseñárselo. Guarda tú la casa, muger, que dentro de dos horas estoy de vuelta.

Y salió Caderousse precipitadamente de la posada, tomando el camino opuesto al que acababa de tomar el desconocido.

—¡Cincuenta mil francos! murmuró la Carconte al verse sola: es dinero... pero no es riqueza.

CAPITULO V.

LOS REGISTROS DE CÁRCELES.

La mañana siguiente al dia en que pasó, camino de Bellegarde á Beaucaire, la escena que acabamos de describir, un hombre de treinta á treinta y dos años, con frac azul, pantalon de *nankin*, chaleco blanco, y aire á par y acento inglés, se presentó en casa del alcalde de Marsella.

—Caballero, le dijo, yo soy el comisionista principal de la casa de Thomson y French de Roma. Hace diez años que estamos en relaciones con la de Morrel é hijos de Marsella, y hasta le tenemos confiados unos cien mil francos sobre poco mas ó menos. Lo que se dice de que amenaza ruina la tal casa, nos pone actualmente en suma inquietud, con que vengo esprofeso de Roma á pediros noticias sobre este asunto.

—Caballero, respondió el alcalde, sé efectivamente que de cuatro ó cinco años acá parece que persigue la desgracia á Mr. Morrel. Ha perdido sucesivamente cuatro ó cinco barcos, y ha sufrido tres ó cuatro quiebras; pero no me toca á mí, aunque su acreedor por unos diez mil francos, no me toca esplicaros la situacion de su casa. Esto es cuanto puedo deciros, caballero. Si quereis saber mas, id á ver á Mr. de Boville, inspector de cárceles, que vive calle de Noailles, número 15. Segun creo, tiene colocados doscientos mil francos en la casa de Morrel, y si realmente hay ocasion de que temamos, como su cantidad es mayor que la mia, serán tambien mas exactas sus noticias probablemente.

Al parecer apreció mucho el inglés esta delicada conducta, y saludando al alcalde se encaminó á la calle indicada, con ese paso peculiar á los hijos de la Gran Bretaña.

Mr. de Boville estaba en su gabinete. Al verle hizo el inglés un movimiento de sorpresa, como si no fuera la primera vez que viese á la persona que venia á visitar. En cuanto á Mr. de Boville, estaba tan desesperado, que evidentemente el pensamiento que ahora absorbia todas sus facultades no dejaba á su memoria ni á su imaginacion volar á lo pasado.

Con la flema de los de su raza, abordó el inglés la cuestion casi en los mismos términos en que acababa de hablar al alcalde.

—¡Oh caballero! esclamó Mr. de Boville, no pueden ser mas fundados vuestros temores por desdicha. Aquí me teneis en la desesperacion. Doscientos mil francos tenia yo colocados en la casa de Morrel; doscientos mil francos que eran la dote de mi hija, y pensaba casarla dentro de quince dias, puesto que de esa cantidad, cien mil francos eran reembolsables el 15 de este mes, y los otros cien mil el 15 del próximo. Ya tenia avisado á Mr. Morrel que deseaba que fuera exacto en el reembolso, y cata que viene él mismo á decirme há media hora, que si su barco *El Faraon* no ha vuelto para el 15, le será imposible pagarme.

—Pero eso parece solo un aplazamiento, dijo el inglés.

—¡Decid mejor que parece una bancarrota! esclamó desesperado Mr. de Boville.

El inglés reflexionó un instante, y luego dijo:

—¿Con que os inspira temores ese crédito?

—Lo miro como perdido.

—Pues yo os lo compro.

—¡Vos!

—Sí, yo.

—Pero, ¿sin duda con descuento énorme?

—No: á la par: por doscientos mil francos. Nuestra casa, añadió el inglés sonriendo, no hace negocios de esa clase.

—¿Y pagais?...

—Al contado.

Y sacó el inglés de su bolsillo un legajo de billetes de banco, que podrian importar el doble de la suma que temia perder Mr. de Boville.

Un relámpago de alegría iluminó el semblante de este; pero haciendo un esfuerzo, añadió:

—Es mi deber advertiros, caballero, que segun todas las probabilidades no recobrareis el seis por ciento de esa suma.

—Eso no es cuenta mia, sino de la casa de Thomson y French, en cuyo nombre procedo, respondió el inglés. Acaso tenga ella empeño en apresurar la ruina de otra casa rival; lo que sé, caballero, es que estoy pronto á pagaros el endoso que vais á hacerme, y que solo os exigiré un mínimo corretaje.

—¡Y tanto, caballero! nada mas justo, esclamó Mr. de Boville. El derecho de comision suele ser un uno y medio por ciento; ¿quereis el dos? ¿quereis el tres? ¿quereis el cinco? ¿quereis mas? Vuestra boca será medida.

—Caballero, repuso sonriendo el inglés, yo, como mis principales, no hago negocios de esa clase; mi corretaje es de otra especie.

—Hablad pues, que ya os escucho.

—¿Sois inspector de cárceles?

—Catorce años há.

—¿Teneis libros de entradas y salidas?

—Sin duda alguna.

—¿En esos libros deben de constar las notas relativas á los presos?

—Cada preso tiene su casilla de *observaciones*.

—Pues oid, caballero. Yo fuí educado en Roma por un abate, un pobre diablo, que desapareció de la noche á la mañana. Después supe que le habian preso en el castillo de If, y quisiera enterarme de los pormenores de su muerte.

—¿Cómo se llamaba?

—El abate Faria.

—¡Ah! le recuerdo perfectamente, esclamó Mr. de Boville: estaba loco.

—Eso decian.

—¡Oh! lo estaba de seguro.

—Puede ser. ¿Y cuál era su locura?

—Se imaginaba tener noticia de un tesoro inmenso, y ofrecia al gobierno sumas incalculables porque le pusiera en libertad.

—¡Pobre diablo! ¿con que ha muerto?

—Hace cinco ó seis meses; en febrero último.

—Buena memoria teneis, caballero, pues así recordais las fechas.

—Recuerdo esta, porque la muerte del abate fué seguida de un suceso muy singular.

—¿Se puede saber ese suceso? preguntó el inglés con tal espresion de curiosidad, que hubiera sorprendido á un observador el hallarla en su rostro flemático.

—¡Oh! sí, caballero: figuraos que el calabozo del abate distaba cuarenta y cinco ó cincuenta pasos con corta diferencia del de un antiguo agente bonapartista, uno de aquellos que mas habian contribuido á la vuelta del usurpador en 1815, hombre muy audaz y muy peligroso...

—¿De veras? dijo el inglés.

—Sí, respondió Mr. de Boville: yo mismo tuve oca-



sion de verle en 1816 ó 17; por cierto que solo con un piquete de soldados me atreví á bajar á su calabozo. ¡Qué impresion tan profunda me causó aquel hombre! Jamás olvidaré su fisonomía.

El inglés se sonrió imperceptiblemente.

Y luego repuso:

—¿Deciais, caballero, que los dos calabozos?...

—Solo distaban cincuenta piés uno de otro; pero segun parece, Edmundo Dantés...

—¿Con que el hombre peligroso se llamaba?...

—Edmundo Dantés.—Pues parece que el tal Edmundo Dantés se habia procurado herramientas, ó las habia construido él mismo, pues se encontró una galería subterránea, por donde se comunicaban los dos presos.

—Ese subterráneo tendria un objeto sin duda, ¿el de escaparse?

—Justamente; pero por desdicha de los presos, atacó al abate Faria una catalepsis, y murió.

—Ya comprendo. Eso debió destruir los proyectos de fuga.

—Para el muerto, sí; pero no para el vivo, respondió Mr. de Boville. En esta desgracia halló por lo contrario Dantés un medio de apresurar su fuga. Sin duda se figuró que los presos que mueren en el castillo de If se entierran en un cementerio como los comunes, pues trasladó el difunto á su calabozo, ocupó su lugar en el saco en que se le habia metido, y esperó la hora del entierro.

—Espediente atrevido, y que indicaba algun valor, repuso el inglés.

—¡Oh! ya os dije, caballero, que era un hombre muy peligroso. Por fortuna, él mismo libró al gobierno de los temores que le inspiraba.

—¿Cómo?

—¿No lo comprendeis?

—No.

—El castillo de If no tiene campo-santo sino que simplemente arrojan á los muertos al mar, atándoles á los piés una bala de treinta y seis.

—¿Y qué?... añadió el inglés como si fuera torpe de comprension.

—Que le tiraron al mar con una bala de treinta y seis.

—¿De veras? esclamó el inglés.

—Sí, caballero. Ya comprendereis cuánta debió de ser la sorpresa del fugitivo al sentirse precipitado desde aquella altura. Cualquier cosa daria por haber visto su cara en aquel momento.

—Cosa difícil era.

—No importa, contestó Mr. de Boville, á quien la idea de recobrar sus doscientos mil francos ponia de buen humor. No importa: me la estoy figurando.

Y se echó á reir.

—Yo tambien, añadió el inglés.

Y tambien se echó á reir; pero como rien los ingleses, de dientes á fuera.

—Segun eso, añadió el inglés recobrando el primero su sangre fria; segun eso ¿el fugitivo se ahogó?

—¡Toma!

—De manera que el gobernador del castillo de If se libró al par del preso furioso y del preso loco.

—Justamente.

—¿Ese suceso debe de constar por algun documento? preguntó el inglés.

—Sí, sí, por una partida de defuncion. Ya comprendereis que á la familia de Dantés, caso de que la tenga, podria interesarle convencerse de si era muerto ó vivo.

—De suerte que si le heredan, pueden gozarlo tranquilamente. El está muerto, y bien muerto.

—¡Vaya! hasta se les espedirá certificacion el dia que la quieran.

—Corriente, respondió el inglés; pero volvamos á los registros.

—Es verdad. Esta historia nos ha hecho divagar un tanto. Disimuladme.

—¡Disimularos! ¿por qué? ¿por la historia? no tal: háme parecido curiosísima.

—Y lo es con efecto. ¿Con qué deseais, caballero, examinar todo lo relativo á vuestro pobre abate, que era la misma dulzura?

—Tendré mucho gusto.

—Pasemos á mi despacho, y os complaceré.

Y los dos pasaron al despacho de Mr. de Boville.

Todo allí respiraba órden y arreglo. Cada libro tenia su número, cada nota ocupaba su lugar. Hizo el inspector al inglés sentarse en su propio sillon, poniéndole delante el libro y las notas referentes al castillo de If, y dejándole en completa libertad de examinarlas, pues él se sentó en un rincon á leer un periódico.

Pronto encontró el inglés lo que buscaba; pero sin duda le habria interesado mucho la historia que le contó Mr. de Boville, pues habiendo recorrido muy por encima el registro de Faria, prosiguió hojeando hasta dar con el de Edmundo Dantés. Allí tambien cada documento lo halló en su sitio: la denuncia, el interrogatorio, la solicitud de Morrel y el informe de Villefort. Dobló mañosamente la denuncia, echósela en el bolsillo, llegó al interrogatorio, y viendo que no se nombraba siquiera á Mr. Noirtier, examinó la solicitud de 10 de abril de 1815, en que por consejos del sustituto, Morrel exageraba,—con la mejor intencion, pues reinaba entonces Bonaparte,—los servicios de Dantés á la causa imperial, corroborados por la certificacion de Villefort. Con esto lo comprendió ya todo claramente. Guardando Villefort la solicitud de Morrel, habia hecho de ella un arma poderosa bajo la segunda Restauracion. Ya no pudo, pues, admirarle hallar esta nota en el registro, al márgen de su nombre:

Edmundo Dantés. { Bonapartista acérrimo. Ha tomado una parte muy activa en la vuelta de Napoleon. Téngasele muy vigilado y con el mayor secreto.

Debajo de estas líneas habia escrito una mano diferente:

«Vista la nota anterior, *nada se puede hacer por él.*»

Solo comparando la letra del márgen con la de la recomendacion puesta á la solicitud de Morrel, pudo convencerse de que ambas eran iguales, es decir, ambas de Villefort.

En cuanto á la última nota, comprendió el inglés que habria sido escrita por algun inspector, á quien Edmundo inspirara un interés pasajero, destruido por lo terminante y espresivo de la nota marginal.

Ya hemos dicho que por discrecion, el inspector se habia puesto á leer aparte *La Bandera Blanca*, por no molestar al discípulo del abate Faria; con que no pudo verle doblar y guardarse la denuncia, escrita por Danglars bajo el emparrado de la Reserva, con un sello del correo de Marsella del 27 de febrero á las seis de la tarde.

Pero debemos decir que aunque lo hubiera visto, daba tan poca importancia á aquel papel, y tanta á sus doscientos mil francos, que no se hubiera opuesto á que se lo llevara.

—Gracias, dijo el inglés cerrando el libro de repente. Ya he despachado, y ahora debo de cumplir mi promesa. Hacedme un simple endoso de vuestro crédito, confesando haber recibido el importe, y voy á contároslo.

Y cediendo su sillon á Mr. de Boville, que se apresuró á hacer el endoso y el recibo, púsose el inglés á contar billetes de banco en el otro estremo de la mesa.



CAPITULO VI.

MORREL É HIJOS.

Quien hubiese dejado á Marsella algunos años antes, conociendo á fondo la casa de Morrel, y hubiese vuelto en la época á que hemos llegado con nuestros lectores, la encontraria muy variada.



Dobló mañosamente la denuncia y echósela en el bolsillo.

En vez de ese aroma de vida, de felicidad y de holgura que exhalan, por decirlo así, las casas en estado próspero; en vez de aquellos alegres rostros que se veian detrás de los visillos de los cristales; en vez de aquellos agentes afanosos que cruzaban por los corredores con la pluma detrás de la oreja; en vez de aquel patio lleno de fardos, retumbando á los gritos y á las carcajadas de los factores, hallara á primera vista yo no sé qué de triste, yo no sé qué de muerto.

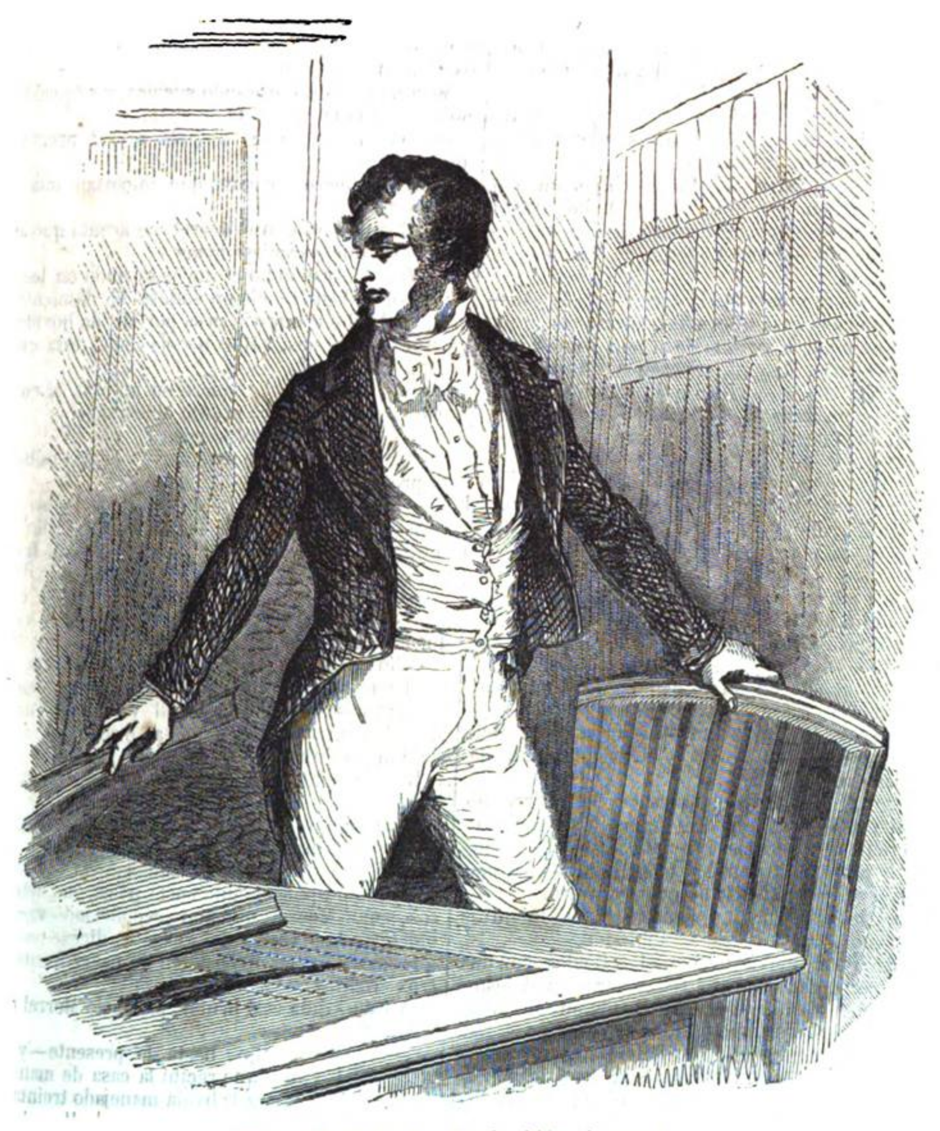
En aquel corredor desierto y en aquel patio solitario solo, quedaban dos de los numerosos empleados que los poblaron en otro tiempo: uno era un jóven de veintitres ó veinticuatro años, llamado Manuel Raymond, que enamorado de la hija de Mr. Morrel, permanecia en el escritorio, á pesar de todos los esfuerzos que hacia por lo contrario su familia. El otro era un viejo, empleado en la caja; llamábase por apodo Cocles, apodo que le habian dado los jóvenes que en otro tiempo henchian aquella casa poco menos que desierta, y apodo en fin que habia sustituido tan completamente á su propio nombre, que segun todas las probabilidades no habria vuelto ahora la cabeza si le llamaran por su nombre.

Cocles permanecia al servicio de Mr. Morrel, habiéndose verificado en la situacion de aquel hombre un cambio muy singular. Habia ascendido á cajero y descendido á criado.

No dejaba por esto de ser siempre el mismo Cocles, bueno, leal, sufrido; pero inflexible en cuanto á la aritmética, en lo cual se las tenia tiesas hasta con el mismo Mr. Morrel, aunque no conociese otra teoria

que su tabla de Pitágoras, que se sabia de memoria, ya de corrido, ya salteado, y á pesar de cuantos ardides se usaran para hacerle equivocarse.

Cocles era el único impasible en medio de la general desgracia que pesaba sobre la casa de Morrel; pero no se juzgue mal de esta impasibilidad, que no era falta de cariño, sino todo lo contrario, conviccion profundísima. Así como las ratas, que segun cuentan, van abandonando poco á poco al navío sentenciado de antemano por las borrascas á irse á pique; así como estos animales egoistas cuando leva el ancla ya lo han abandonado completamente; así la turba de agentes y factores que vivia de la casa del armador, habian ido poco á poco desertando del despacho y de los almacenes como ya se ha dicho; pero Cocles los vió marcharse sin pensar siquiera en la causa. Todo en él, volvemos á repetirlo, se reducia á cuestion de números, y como en los veinte años que llevaba en el escritorio de Morrel habia visto siempre verificarse los pagos con tanta exactitud, no comprendia que pudiera faltar aquella exactitud, ni aquellos pagos suspenderse; como el molinero que posee un molino en un rio muy caudaloso, no comprende que pueda secarse el rio. Hasta la fecha con efecto nada habia podido destruir la creencia de Cocles. Los pagos del fin del mes anterior se verificaron con rigorosa puntualidad. Cocles habia rectificado una equivocacion de ochenta cuartos, cometida por el armador contra su bolsillo, y el mismo dia se los habia devuelto. Morrel, con una son risa melancólica los tomó y los echó en un cajon casi vacío, diciéndole:



—Gracias, dijo el inglés, cerrando el libro de repente.

—Bien, Cocles: sois el *non plus* de los cajeros.

Y Cocles se marchó reventando de orgullo, porque un elogio de Mr. Morrel, el *non plus* de los hombres honrados de Marsella, lo tenia en mas que una gratificacion de cincuenta escudos.

Pero desde este fin de mes tan glorioso habia pasado Mr. Morrel horas muy crueles. Para atender á aquellos pagos agotó todos sus recursos, y hasta habia hecho en persona un viaje á la feria de

Beaucaire á vender algunas alhajas de su muger y de su hija y una parte de su plata, temeroso de que el recurrir en Marsella á tales estremos hiciera dar por segura su ruina. Con este sacrificio pudo salir lucida del apuro la casa de Morrel; pero la caja quedó completamente vacía.

El crédito, con su habitual egoismo, se alejaba de ella por los rumores que circulaban, y para hacer frente á los cien mil francos de Mr. de Boville á mediados del mes actual, y á otros cien mil que iban á vencer el 15 del mes siguiente, no contaba en verdad Mr. Morrel si no con la vuelta del *Faraon*, cuya salida habia anunciado un navío que acababa de llegar, y que habia salido al propio tiempo que él.

Pero la llegada de este navío, procedente, como *El Faraon*, de Calcuta, fué quince dias atrás, mientras del *Faraon* no se sabia noticia alguna.

Tal era el estado de la casa de Morrel é hijos, cuando en la misma mañana en que hemos dicho ajustó con Mr. de Boville su importantísimo negocio, se presentó en casa de Mr. Morrel el agente de Thomson y French, de Roma.

Recibiole Manuel, y como toda cara nueva le asustaba, porque en cada cara nueva veia un nuevo acreedor, que inquieto por la fortuna de la casa venia á sondear al comerciante, Manuel, repetimos, quiso evitar esta visita á Mr. Morrel, é hizo mil preguntas al recien venido, quien le declaró que nada podia decir á Mr. Manuel, pues necesitaba entenderse con Mr. Morrel en persona.

Llamó el jóven suspirando á Cocles, que apareció al punto, recibiendo la órden de llevar al estranjero á presencia de Morrel.

Cocles salió delante y el estranjero detrás.

En la escalera tropezaron con una jóven muy linda de diez y seis á diez y siete años, que miró al estranjero como con inquietud.

Cocles no reparó esta mirada; mas al parecer el estranjero, sí.

—Mr. Morrel está en su despacho, señorita Julia, ¿no es verdad? la preguntó el cajero.

—Sí... yo lo creo al menos, respondió la jóven vacilando. Cercioraos antes, Cocles, y si está, anunciadle á este caballero.

—Será inútil anunciarme, señorita; Mr. Morrel no conoce mi nombre, respondió el inglés. Este buen señor solo tiene que decir que soy el comisionista principal de la casa de Thomson y French de Roma, con la cual está en relaciones la de vuestro padre.

La jóven se puso pálida y siguió bajando, mientras Cocles y el estranjero seguian subiendo.

Ella entró en la oficina de Manuel, y Cocles, con una llave que poseia para entrar á todas horas en el despacho de su amo, abrió una puerta situada en un rincon del rellano del piso segundo, guió al estranjero á una antesala, abrió otra puerta, que volvió á cerrar detrás de sí, y dejando un instante á solas al comisionado de la casa de Thomson y French, volvió luego haciéndole señas de que podia entrar.

Halló el inglés á Mr. Morrel sentado delante de una mesa, palideciendo al contemplar las columnas de números de su capital pasivo.

Al ver al estranjero cerró Mr. Morrel su libro de caja y se levantó para acercar una silla: luego que le vió sentado, se volvió él tambien á sentar.

Mucho habian mudado los catorce años al digno negociante á quien conocimos de edad de treinta y seis al principio de esta historia. Ahora frisaba en los cincuenta; sus cabellos habian encanecido; su frente, poblada de melancólicas arrugas, y su mirada, en otro tiempo tan firme, era á la sazon irresoluta y vaga, como si temiera á cada momento verse obligado á bajarla ante una idea ó ante un hombre.

El inglés le contemplaba con una curiosidad, en que se traslucia interés palpablemente.

—Caballero, le dijo Mr. Morrel, á quien parecia mortificar esta contemplacion; caballero, ¿deseabais hablarme?

—Sí señor. Sabeis de parte de quién vengo, ¿no es verdad?

—De parte de la casa de Thomson y French, segun me ha dicho mi cajero.

—Os ha dicho la verdad. En todo este mes y el próximo necesita la casa de Thompson y French pagar en Francia unos cuatrocientos mil francos, y conociendo vuestra exactitud, ha reunido todo el papel que corria vuestro, encargándome que lo hiciera efectivo á medida que venciera.

Morrel exhaló un profundo suspiro, y se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor.

—¿Segun eso teneis pagarés mios? preguntó al inglés.

—Sí, caballero, pagarés que importan una suma considerable.

—¿Cuánto? preguntó Morrel con acento que en vano queria que pareciese firme.

—Vedlos, respondió el inglés sacando un legajo de su bolsillo. Aquí teneis un endoso de doscientos mil francos hecho á nuestra casa por Mr. de Boville, inspector de cárceles. ¿Reconoceis deber esta cantidad á Mr. de Boville?

—Sí, caballero. La colocó en mi casa al cuatro y medio por ciento hará pronto cinco años.

—¿Y debeis reembolsársela...

—La mitad el 15 de este mes, y la otra mitad el 15 del próximo.

—Corriente. Ved ahora valores importantes treinta y dos mil quinientos francos, pagaderos á fin de este mes. Son abonarés vuestros que nos han trapasado sus tenedores.

—Los reconozco, dijo Morrel, poniéndose colorado de vergüenza al pensar que por la primera vez iba á quedar su firma desairada. ¿Es esto todo?

—No, caballero, que tengo aun cincuenta y cinco mil francos sobre poco mas ó menos, traspasados á nuestra casa por las de Pascal y Wild y Turner, de Marsella. Importan estas sumas doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Lo que padecia el infeliz banquero es indescriptible.

—¡Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos! repitió maquinalmente.

—Sí señor, repuso el comisionista.—Ahora pues, continuó después de una corta pausa, no debo ocultaros, señor Morrel, que aun reconociendo vuestra probidad sin tacha hasta lo presente, dícese por Marsella que no estais en disposicion de hacer frente á vuestros créditos.

A esta salida casi brutal, palideció Morrel estremadamente.

—Caballero, dijo, hasta lo presente—y hace ya veinticuatro años que recibí la casa de manos de mi padre, que á su vez la habia manejado treinta y cinco; —hasta lo presente ni una firma de Morrel é hijos se ha desairado en mi caja.

—Ya lo sé, respondió el inglés; pero habladme, caballero, de hombre honrado á hombre honrado: ¿pagareis estas con la misma exactitud?

Morrel se estremeció, mirando al que le hablaba así con una firmeza que antes no habia tenido.

—A preguntas hechas con tal franqueza, preciso es responder del mismo modo. Caballero, pagaré si mi navío llega sano y salvo, como espero, pues con su llegada recobraré el crédito que me han quitado las desgracias de que he sido víctima; pero si me faltase *El Faraon*, si me faltase mi último recurso...

Las lágrimas se agolparon á los ojos del pobre armador.

—¿Con que si os faltase este último recurso?... le preguntó su interlocutor.



—Pues bien, repuso Morrel, mucho me cuesta decirlo... pero acostumbrado ya á la desgracia, necesito acostumbrarme tambien á la vergüenza... Pues bien... creo que me veria en la precision de suspender los pagos...

—¿No teneis amigos que puedan ayudaros en esta ocasion?

Morrel se sonrió con tristeza.

—Bien sabeis, caballero, contestó, que en el comercio no hay amigos, sino socios.

—¿Y no es el vuestro?

—No, que es *La Gironda*, navío bordelés, que viene tambien de la India como el mio.

—Quizás haya visto al *Faraon* y os traiga noticias suyas.

—¿Quereis que os diga una cosa, caballero? casi tanto temo saber noticias de mi bergantin, como estar en incertidumbre... la incertidumbre participa algo de la esperanza.

Luego añadió en voz sorda:



—Levantose Morrel para abrir la puerta; pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en su asiento.

—Es verdad, murmuró el inglés. ¿Con que decididamente solo teneis una esperanza?

—Una sola.

—¿Que es la última?

—La última.

—De suerte, que si os sale esa vana...

—¡Soy perdido, caballero, completamente perdido!

—Cuando yo venia hácia aquí, entraba un navío en el puerto.

—Ya lo sé. Un jóven que me ha permanecido fiel, á pesar de mi desgracia, pasa mucha parte del dia en un mirador de esta casa, con la idea de poder traerme alguna buena noticia. Por él supe la llegada de ese navío.

—Esta tardanza no es natural. *El Faraon* salió de Calcuta el 5 de febrero: hace mas de un mes que debia haber llegado.

—¿Qué es eso? dijo el inglés aplicando el oido. ¿Qué significa ese rumor?

—¡Oh Dios mio Dios mio! ¿qué sucederá de nuevo? esclamó palideciendo Morrel.

Con efecto, en la escalera sonaba un ruido muy grande: gentes que iban y venian, y hasta lamentos y suspiros.

Levantose Morrel para abrir la puerta; pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en su asiento.

Los dos hombres estaban frente á frente; Morrel temblando de piés á cabeza, el estranjero mirándole

como con profunda compasion. Aunque habia cesado el ruido, el armador al parecer aguardaba alguna cosa. Con efecto, el ruido debia tener su causa, y por ende su resultado.

El estranjero creyó oir que subian muy quedito la escalera, y que los pasos, que eran como de muchas personas, se paraban en el descanso.

Introdújose una llave en la cerradura de la primera puerta, cuyos goznes se oyeron rechinar.

—¿Con que *El Faraon* se ha perdido? articuló Morrel.

La jóven no respondió; pero con la cabeza, que reclinaba en el seno de su padre, hizo una señal afirmativa.

—¿Y la tripulacion? le preguntó Morrel.

—Se ha salvado, respondió la jóven. La ha salvado el navío bordelés que acaba de llegar.

El bueno de Mr. Morrel levantó las manos al cie-



Cocles.

—Solo dos personas tienen llave de esa puerta: Cocles y Julia, murmuró el armador.

A este tiempo abriose la segunda puerta, apareciendo la jóven, pálida y bañada en llanto.

Levantose Morrel todo tembloroso, teniendo que apoyarse en el brazo de su sillon para no caer. Queria preguntar; pero le faltaba la voz.

—¡Oh padre mio! dijo la jóven juntando las manos; perdonad á vuestra hija el ser la mensajera de una triste noticia.

Morrel palideció con estremo, y Julia se echó en sus brazos.

—¡Oh padre mio! ¡padre mio! murmuraba:—¡valor!

lo, con ademan sublime de gratitud y resignacion.

—¡Gracias, Dios mio! esclamó: al menos me herís á mí solo con este golpe.

Aunque el inglés era asaz flemático, humedeció una lágrima sus ojos.

—Entrad, añadió Morrel, entrad, pues me presumo que estais todos á la puerta.

Con efecto, pronunciadas apenas estas palabras, apareció sollozando Madama Morrel, seguida de Manuel. En el fondo de la antecámara se percibian los semblantes atezados de siete ú ocho marineros medio desnudos.

La vista de estos hombres hizo al inglés estreme-



Acercaos, Penelon, y contadnos cómo fué.

cerse. Dió un paso como para salirles al encuentro; pero se detuvo, ocultándose, por lo contrario, en el rincon mas lejano y mas oscuro del gabinete.

Sentose Madama Morrel en el sillon, cogiendo una de las manos de su marido, mientras Julia reclinaba la cabeza sobre el pecho de su padre. Manuel se habia quedado en medio de la estancia, como lazo que uniese á la familia de Morrel y á los marineros de la puerta.

—¿Cómo sucedió el naufragio? preguntó el armador.

—Acercaos, Penelon, dijo el jóven, y contadnos cómo fué.

Un marinero viejo, tostado por el sol del ecuador, adelantóse dando vueltas entre sus manos á un sombrero hecho pedazos.

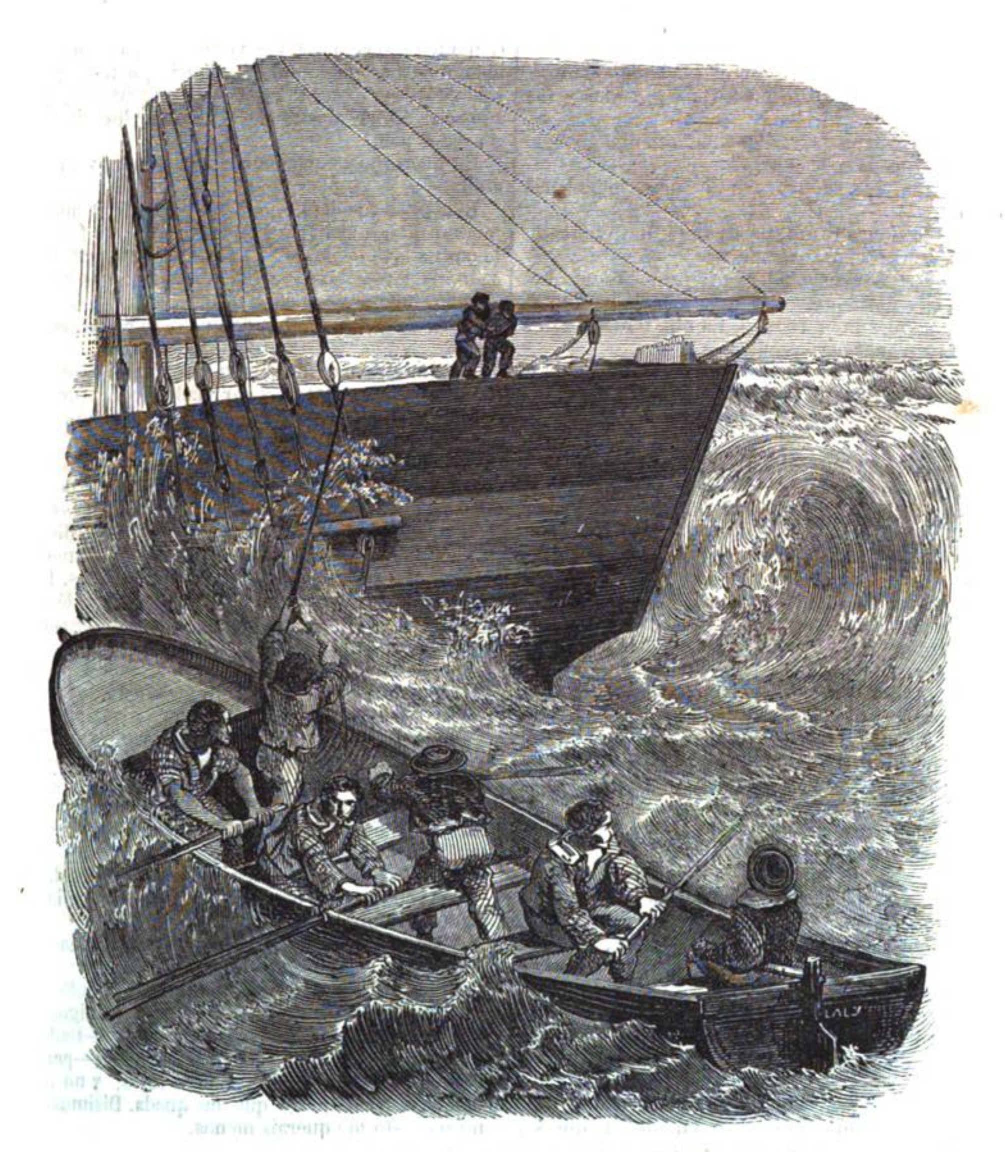
—Buenos dias, Mr. Morrel, dijo primeramente, como si hubiera salido de Marsella la víspera; como si llegase de Aix ó de Tolon.

—Buenos dias, amigo, contestó Morrel, no pudiendo menos de sonreirse, á pesar de sus lágrimas; pero ¿en dónde está el capitan?

—En cuanto al capitan, señor Morrel, se ha quedado enfermo en Palma; pero si Dios quiere, aquello no será nada, y dentro de pocos dias le vereis volver tan bueno y tan sano como vos y como yo.

—Corriente... Hablad ahora, Penelon.

Mudó Penelon su mascada de tabaco del carrillo derecho al carrillo izquierdo, púsose la mano sobre la boca, volvió la cabeza para arrojar á la antesala una saliva muy grande y muy negra, alargó un pié, y contoneándose dijo:



—Yo, yo fuí el que le cogí á brazo partido, y se lo eché á mis camaradas.

—Por lo primero, señor Morrel, estábamos así como quien dice entre el cabo Blanco y el cabo Boyador, marcha que marcha, con una brisa dulce de sudsudoeste tras ocho dias de calma y contraventeo, cuando el capitan Gaumard se me arrima, que yo estaba en el timon, y me dice:—«Compadre Penelon, »¿qué opinas tú de aquellas nubes que se van forman»do allá abajo?»

Justamente yo las atisbaba en aquel entonces.

—¿Lo que yo opino, capitan? Opino que suben mas de prisa que lo que deben, y que son mas negras que lo que conviene á nubes de buena intencion.

—Ese es tambien mi parecer, contestó el capitan, y voy á tomar mis precauciones. Tenemos muchas velas para el viento que correrá pronto...—¡Hola! ¡eh! ¡cerrad las escotillas! ¡halad los foques!

Ya era tiempo. Apenas se habia ejecutado la órden, cuando el aire se nos echó encima, poniendo al navío de costado.

—Bueno, dijo el capitan, todavía tenemos mucha vela.—¡Carga la grande!

Cinco minutos después estaba cargada la vela mayor, y navegábamos con la mesana, las gavias y los juanetes.

—¿Qué es eso, compadre Penelon? me dijo el capitan. ¿Por qué meneas la cabeza?

—Porque en vuestro lugar, es un decir, yo no haria tan poco.

—Creo que tienes razon, perro viejo, me contestó; vamos á tener una bocanada de aire.

—¡Ah capitan! le respondí: el que cambiara una bocanada de aire por aquello que pasa allá abajo, no saldria perdiendo, á buen seguro. Es una tempestad en regla, ó yo soy un topo.

Esto vale como si dijéramos que se veia venir el viento como se ve venir el polvo en Montredon. Por fortuna se las habia cara á cara con un hombre bien templado.

—¡Cada uno á su puesto! gritó el capitan. ¡Coged dos rizos á las gavias! ¡largad las bolinas! ¡brazas al aire! ¡recoged las gavias! ¡pasad los palanquines por las vergas!

—Poco era eso aun para aquellos sitios, dijo el inglés. Yo en su lugar hubiera cogido cuatro rizos, y me hubiera deshecho de la mesana.

Aquella voz firme, inesperada y sonora, estremeció á todo el mundo. El marino se puso sobre los ojos la mano un si es no es encanutada, para mirar al que con tanto á plomo criticaba las operaciones de su capitan.

—Hicimos otra cosa mejor, caballero, le contestó con algun respeto; cargamos la mesana y pusimos el timon al viento, para dejarnos llevar de la borrasca. Diez minutos después, cargadas tambien las gavias, navegábamos á palo seco.

—Muy viejo era el navío para atreverse á tanto, dijo el inglés.

—Eso justamente nos perdió. Hacia ya doce horas que andábamos de aquí para allá dados á los demonios, cuando el barco empezó á hacer agua.

—Penelon, viejo mio, me dijo el capitan, creo que nos vamos á fondo. Dame el timon, y baja á la sentina.

Díle el timon, bajé con efecto... ya habia tres piés de agua. Vuelvo á subir gritando:—¡á las bombas! ¡á las bombas!—aunque era ya un poco tarde. Pusimos manos á la obra; pero mientras mas agua sacábamos mas habia.

—Por mi fé, dije al cabo de cuatro horas de trabajo, puesto que nos vamos á fondo, dejémonos ir, que solo una vez se muere.

—¿Así das ejemplo, maese Penelon? me dijo el capitan. Espera, espera.

Y yendo á su camarote á coger un par de pistolas, añadió:

—Al primero que se aparte de la bomba le pego un tiro.

—Bien hecho, dijo el inglés.

—No hay nada que reanime tanto como las buenas razones, prosiguió el marinero; sin contar que en este intervalo el tiempo se habia ido aclarando y calmándose el aire; pero no por eso dejaba el agua de subir; poco, es verdad, unas dos pulgadas por hora, pero al fin subia. Dos pulgadas por hora, ya veis, parece cosa despreciable; pues á las doce horas suman veinticuatro pulgadas, y veinticuatro pulgadas hacen dos piés. Dos piés, con tres que ya teniamos, sumaban cinco... ¿eh? ¿Si podrá pasar por hidrópico un navío que tiene en el estómago cinco piés de agua?

—Vamos, dijo el capitan, Mr. Morrel nada tendrá que reñirnos. Hemos hecho por salvar al barco cuanto estaba en nuestro poder. Pensemos ahora en salvar á los hombres.—Hijos mios, á la chalupa... á la chalupa ¡y pronto!

—Atended, mi amo, prosiguió Penelon, nosotros queriamos mucho al *Faraon*; pero por mucho que el marinero quiera á su barco, quiere á su pellejo mas. Con que no nos lo dijo dos veces. Y reparad que tambien el navío, lamentándose, parecia que nos dijese:—«¡Idos pronto, pronto!»—No se engañaba el pobre *Faraon*. Materialmente lo sentiamos hundirse bajo nuestros piés.

En un verbo se echó la chalupa al mar, y nosotros á ella.

El capitan fué el último, ó por mejor decir no lo fué, que no queria abandonar el navío. Yo, yo fuí el que le cogí á brazo partido, y se lo eché á mis camaradas, saltando detrás de él. Ya era tiempo. Apenas habia yo saltado, cuando el puente se abrió con un ruido semejante al de las bordadas de un navío de á cuarenta y ocho.

Diez minutos después se zambulló por delante, luego por detrás, púsose á dar vueltas como un perro que quiere morderse la cola, y por último... ¡adios mundo!... ¡Prrrrrrum!... ¡adios, *Faraon!*

En cuanto á nosotros, tres dias estuvimos sin comer ni beber... como que ya hablábamos de echar suertes á ver á quién le tocaba servir á los otros de bucólica, cuando vislumbramos á *La Gironda*. Hicímosle las señales consabidas, nos vió, se dirigió á nosotros, y nos echó su chalupa, donde nos acogimos. Este es el caso, señor Morrel, tal como ha pasado, á fé de marino, bajo palabra de honor.—¿No es verdad, muchachos?

Un murmullo general de aprobacion indicó que el narrador reunia todos los sufragios, así por lo verdadero del fondo, como por lo pintoresco de la forma.

—Bien, amigos mios, dijo Mr. Morrel, sois denodados, y harto bien me figuraba yo que no tendriais vosotros la culpa de esta desgracia, sino mi destino. Tráemela la voluntad de Dios, no faltas de las criaturas. Acatemos la voluntad de Dios.—Decidme ahora, ¿cuánto se os debe de sueldo?

—Ba, ba, no hablemos de eso, señor Morrel.

—Al contrario, hablemos de eso, respondió el armador con una sonrisa triste.

—Pues bien, se nos deben tres meses, añadió Penelon.

—Dad, Cocles, doscientos francos á cada uno de estos valientes.—En otros tiempos, amigos mios, prosiguió Morrel, hubiera yo añadido:—Dad á cada uno doscientos francos de gratificacion;—pero estos tiempos son muy malos, amigos mios, y no me pertenece el poco dinero que me queda. Disimuladme, y no por esto me querais menos.

Hizo un gesto Penelon de enternecido, y volviéndose á sus compañeros, cruzó con ellos algunas frases.

—Atento á eso, señor Morrel, añadió luego, trasladando al otro carrillo su mascada de tabaco, y arrojando á la antesala otra saliva, que fué á hacer compañía á la primera; atento á eso...

—¿A qué?

—Al dinero...

—Y bien, ¿qué?

—Que dicen los camaradas, señor Morrel, que por lo de ahora tienen bastante con cincuenta francos cada uno; que esperarán por lo demás.

—¡Gracias, amigos mios, gracias! esclamó el armador, conmovido hasta el fondo del alma. ¡Qué corazon teneis todos!—Pero tomad los doscientos francos, to-

madlos, y si encontrais un buen acomodo, aceptadlo, porque estais sin ocupacion.

Esta última frase causó una impresion singular á aquellos dignos marineros, que se miraron unos á otros como con espanto. Falto de respiracion el viejo, á poco mas se traga el bocado de tabaco; pero por fortuna acudió á tiempo con su mano á la garganta.

—¿Cómo, señor Morrel, nos despedís? murmuró con voz ahogada. ¿Estais descontento de nosotros?

—Pues si no teneis dinero, no debeis pagarnos. Haremos como hizo el pobre *Faraon*, navegar á palo seco.

—Callad, callad, amigos mios, respondió Morrel ahogándose de emocion. Os ruego que acepteis ese dinero. Ya nos volveremos á ver en mejores circunstancias.—Manuel, acompañadlos, añadió el armador, y haced que se cumplan mis deseos.



—Al primero que se aparte de la bomba le pego un tiro.

—No, hijos mios, contestó el armador; no estoy descontento de vosotros, sino todo lo contrario. No os despido... pero... ¿qué quereis? ya no tengo barcos, ya no necesito marineros.

—¿Que no teneis barcos? dijo Penelon. Pues construireis otros... esperaremos. Gracias á Dios, ya sabemos lo que es vaguear.

—No tengo dinero para construir otros barcos, Penelon, repuso Morrel con su sonrisa triste; por lo tanto no puedo aceptar vuestra oferta, aunque me sea muy satisfactoria.

—¿Con que nos volveremos á ver tan siquiera, señor Morrel? dijo Penelon.

—Sí, amigos mios, al menos así lo espero.—Id.

E hizo una señal á Cocles, que salió delante, seguido de los marineros y de Manuel.

—Ahora, dijo el armador á su muger y á su hija, dejadme solo un instante, que tengo que hablar con este caballero.

Y con los ojos indicaba al comisionista de la casa de Thomson y French, que durante esta escena habia permanecido inmóbil y de pié en su rincon, sin tomar otra parte en ella que las palabras que ya hemos dicho.

Alzaron las dos mugeres los ojos al estranjero, de quien ya se habian olvidado completamente, y al retirarse la jóven le dirigió una mirada sublime de súplica, mirada que él contestó con una sonrisa que parecia imposible en aquel semblante de hielo.

Los dos hombres quedaron solos.

—Ea, caballero, dijo Morrel arrojándose de nuevo en su sillon ¡todo lo habeis visto! ¡todo lo habeis oido! nada tengo que añadir.

—Ya he visto, caballero, respondió el inglés, que os viene otra desgracia, tan inmerecida como las anteriores. Esto me afirma mas y mas en mi propósito de serviros.

—¡Oh caballero! murmuró Morrel.

—Veamos, prosiguió el comisionista. Yo soy uno de vuestros principales acreedores, ¿no es verdad?

—Sois al menos el que posee créditos á plazo mas corto.

—¿Deseais uno para pagarme?

—Un plazo me podría salvar el honor, y por lo tanto la vida, repuso Morrel.

—¿De cuánto tiempo lo quereis?

Morrel, vacilante, dijo:

—De dos meses.

—Os lo concedo de tres, respondió el estranjero.

—¿Pero creeis que la casa de Thomson y French...

—Eso corre de mi cuenta.—Hoy estamos á 5 de junio.

—Sí.

—Pues renovadme todo ese papel para el 5 de setiembre á las once de la mañana. A esa hora vendré á buscaros.

(El reloj marcaba en aquel momento las once de la mañana).

—Os esperaré, caballero, dijo Morrel, y ó vos quedareis pagado... ó muerto yo.

Esta última frase la pronunció en voz tan baja, que no pudo el estranjero oirla.

Renováronse los pagarés, rompiéronse los antiguos, y el pobre armador tuvo á lo menos tres meses de respiro para allegar sus últimos recursos.

Acogió el inglés sus muestras de gratitud con la flema peculiar á los de su nacion, y despidiose de Morrel, que le acompañó hasta la puerta bendiciéndole.

En la escalera encontró á Julia, que aparentaba á la sazon bajarla; pero que en realidad estaba esperándole.

—¡Oh caballero! dijo la jóven juntando las manos.

—Señorita, respondió el inglés, si en alguna ocasion recibís una carta... firmada por... por Simbad el marino... haced al pié de la letra lo que os encargue, aunque os parezca estraño mi consejo.

—Lo haré, caballero, respondió Julia.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo juro.

—Corriente. Adios, señorita. Proseguid siendo como hasta aquí una jóven buena y santa, que espero en Dios justo os recompensará dándoos á Manuel por marido.

Exhaló Julia un imperceptible grito, y púsose encarnada como una cereza, apoyándose en la pared para no caer.

El inglés prosiguió su camino, haciéndole con la mano señas de despedida.

En el patio halló á Penelon con un paquete de cien francos en cada mano, como perplejo en decidirse á llevárselos.

—Seguidme, amigo mio, le dijo, que tengo que hablaros.

CAPITULO VII.

EL 5 DE SETIEMBRE.

El plazo concedido á Morrel por la casa de Thomson y French cuando menos lo esperaba, pareció al pobre armador uno de esos vislumbres de felicidad, nuncios de que la fortuna se ha cansado de perseguirnos. Contó el mismo dia el suceso á su hija, á su esposa y á Manuel, con que tornó al seno de la triste familia un tanto de esperanza, si no de tranquilidad; pero desgraciadamente Morrel no se las habia solo con la casa de Thomson y French, tan fácil de contentar. Como él mismo habia dicho, en el comercio no hay amigos, sino socios.

Cuando se ponia á pensar en aquella accion de los comerciantes de Roma, solo podia esplicársela como un cálculo egoista é inteligente á par. Thomson y French habrian dicho para sí:—Mas nos conviene sostener á un hombre que nos debe cerca de trescientos mil francos, mas nos conviene cobrarlos dentro de tres meses, que no apresurar su quiebra, cobrando solamente el siete ó el ocho por ciento del capital.

Por desdicha no pensaron de la misma suerte los otros corresponsales de Morrel, sea ceguedad, sea envidia, y aun los hubo que obraron de todo en todo al revés. Con nimia exactitud fué presentándose en la caja todo el papel que tenia Morrel en circulacion, y gracias al respiro debido al inglés, pudo pagarlo el cajero. Con esto prosiguió Cocles en su impasibilidad fatídica; pero no Morrel, que calculó con terror, que á pesar del plazo era hombre perdido cuando tuviese que abonar los pagarés del comisionista.

Todo el comercio de Marsella se imaginaba que el armador no podria resistir tantos desastres, con que causó grandísima admiracion ver que se habian cumplido fielmente las obligaciones de fin de mes. Sin embargo, no por esto volvió la casa á recobrar su crédito, pues unánimemente el público aplazó para fin del mes próximo la quiebra.

Este mes pasó entero en esfuerzos increibles de Morrel para allegar todos sus recursos. En otro tiempo sus pagarés, aunque fuesen á fecha larga, eran tomados en la plaza y hasta pedidos. Trató ahora de negociar á noventa dias, y hallose cerradas todas las cajas. Por fortuna podia contar con algunos ingresos suyos propios, que se verificaron exactamente, lo que le puso en disposicion de cumplir sus obligaciones de fin de julio.

En cuanto al agente de la casa de Thomson y French, no se le habia vuelto á ver en Marsella desde la mañana siguiente ó la otra posterior á su visita á Mr. Morrel, y como no habia tenido en Marsella relaciones sino con el alcalde, Mr. Boville y el armador, no dejó otros recuerdos que los de estas tres personas.

Los marineros del *Faraon* sin duda habian encontrado acomodo, porque tambien desaparecieron.

Mejorado de la enfermedad que le detuvo en Palma, volvió á Marsella el capitan Gaumard, temeroso de presentarse en casa de Morrel; pero este supo su llegada, y fué en persona á buscarle. El digno armador conocia de enantes, por la relacion de Penelon, la conducta valerosa del capitan en aquella desgracia, y él fué quien necesitando de consuelos tuvo que consolar al marino. Llevábale además su sueldo, que el capitan no hubiera osado ir á cobrar.

Cuando bajaba la escalera encontró Mr. Morrel á Penelon que la subia. Al parecer habia empleado bravamente sus doscientos francos, porque estaba de piés á cabeza vestido de nuevo. La presencia del armador embarazaba un poco al digno timonel. Retirose al rincon mas apartado del descanso, pasó alternativamente su mascada de tabaco de un carrillo á otro con ojos espantados, y no aceptó, sino muy tímidamente, el apreton de manos que le ofrecia Mr. Morrel con su cordialidad de costumbre. A la elegancia de su traje atribuyó Mr. Morrel el embarazo del marinero. Sin duda al que no habria costeado él atavío tan lujoso. Sin duda estaba ya enganchado con otro navío, y se avergonzaba de no haber llevado mas largo tiempo el luto del *Faraon*, si se nos permite usar de esta

frase. Quizás habria tambien venido á anunciar su nuevo empleo al capitan Gaumard, ó á hacerle alguna proposicion de su nuevo amo.

—¡Buenas gentes! dijo Morrel alejándose, ojalá vuestro nuevo dueño os ame como os amaba yo, y sea mas feliz que yo lo soy.

Agosto lo pasó Morrel haciendo mil y mil tentativas para recobrar su crédito antiguo, ó ganarse otro nuevo. El 20 de agosto se supo en Marsella que habia tomado un asiento en el correo, con que se dijo que decididamente se declararia en quiebra á fin de mes, y partia anticipadamente para no asistir á este acto cruel, encomendado sin duda á su oficial primero Manuel, y á su cajero Cocles. Pero contra todos los agüeros, el 31 de agosto se abrió el escritorio, como de costumbre, apareciendo detrás de la verja Cocles, tranquilo como el justo de Horacio, examinando con la escrupulosidad característica el papel que se le presentaba, y pagándolo todo con la misma escrupulosidad. Hasta giros se presentaron que pagó el cajero con la misma exactitud que si fueran pagarés. El público se hacia cruces, y con esa tenacidad comun á los profetas de desgracias, aplazaba la quiebra para fin de setiembre.



—¡Buenas gentes! ojalá vuestro nuevo dueño os ame como os amaba yo, y sea mas feliz que yo lo soy.

El dia primero llegó Morrel. Toda su familia le esperaba en la mayor ansiedad, porque aquel viaje á París era su último recurso. Morrel se habia acordado de Danglars, hoy millonario, y en otro tiempo su protegido, puesto que su recomendacion le introdujo en la casa del banquero español, donde habia comenzado su fortuna. Hoy Danglars tenia, al decir de la fama, siete ú ocho millones, y un crédito ilimitado, con que podria salvar á Morrel sin gastar un escudo, solo con garantizarle un empréstito. Hacia mucho tiempo que Morrel pensaba en Danglars; pero hay antipatías instintivas que no pueden dominarse, y mientras tuvo otras esperanzas renunció á este supremo recurso. Tuvo razon Morrel, porque volvia de París humillado con una negativa.

Pero no por esto exhaló una queja ni una murmuracion. Abrazó llorando á su muger y á su hija, tendió á Manuel una mano, y se encerró con Cocles en su gabinete del piso segundo.

—¡Ahora sí que nuestro mal no tiene remedio! dijeron á Manuel las dos mugeres.

Luego trataron en un conciliábulo, de que Julia escribiese á su hermano que viniera al instante. Estaba en Nimes de guarnicion.

Conocian las pobres mugeres instintivamente cuán necesarias les eran todas sus fuerzas para resistir el golpe que les amenazaba.

Maximiliano, además, aunque apenas contaba veintidos años, tenia ya sobre su padre una influencia grandísima.

Era un jóven Maximiliano Morrel de carácter firme y recto. Cuando llegó á la edad de elegir carrera, como su padre no habia querido imponerle ninguna porque él siguiese su inclinacion, eligió la militar, haciendo por consiguiente muy notables estudios preparatorios, y entrando por oposicion en la Escuela Politécnica, de la cual habia salido subteniente del regimiento 53 de línea. Hacia un año de esto, y ya le tenian prometido el ascenso á teniente á la primera ocasion. En el regimiento era tenido Maximiliano por muy rígido, no solo en cuanto á los deberes militares, sino tambien en cuanto á los humanos, de suerte que le llamaban el estóico. No hay que decir que le llamaban así de oidas, pues sus compañeros no sabian qué significa estóico.

Maximiliano Morrel.

Tal era el jóven á quien pedian su madre y su hermana ayuda en los trances que presentian cercanos.

Y no se equivocaban, porque un instante después de haber entrado el cajero en el gabinete del armador, vió Julia salir á aquel pálido, tembloroso, y todo fuera de sí.

Al pasar á su lado intentó preguntarle; pero el buen hombre siguió bajando la escalera con estraordinaria celeridad, contentándose con esclamar, alzando al cielo las manos:

—¡Oh señorita! ¡señorita! ¡qué desgracia tan horrible! ¿quién lo hubiera creido?

Un instante después viole Julia volver á subir con dos ó tres libros muy gruesos, una cartera y un saco de dinero.

Consultó Morrel los registros, abrió la cartera, y contó el dinero.

Sus existencias en caja consistian en seis ú ocho mil francos, que con cuatro ó cinco mil que esperaba de diversas entradas, componian, sumando muy por lo largo, un activo de catorce mil francos, para pagar dos-





Cogió á su hija y la sentó á su lado.

cientos ochenta y siete mil quinientos. Ni aun cantidad era bastante para darla á buena cuenta.

Sin embargo, cuando bajó á comer parecia tranquilo aunque esta tranquilidad asustó mas á las dos mugeres que si le vieran muy abatido.

Morrel acostumbraba después de comer ir á tomar café y á leer el periódico *La Semáfora* al círculo de los Focios; pero el dia de que hablamos volvió á subir á su despacho.

El pobre Cocles parecia atontado. Casi toda la mañana la pasó en el patio, sentado en una piedra con la cabeza al aire, aunque hacia un sol de treinta grados.

Aunque Manuel se afanaba por tranquilizar á las mugeres, le faltaban palabras y elocuencia. Estaba harto al corriente de los negocios de la casa para no conocer que la amagaba una gran catástrofe.

Por la noche no se acostaron madre ni hija, con la esperanza de que Morrel entrase en su cuarto al bajar del gabinete; pero oyéronle pasar por delante de la puerta apretando el paso, sin duda temeroso de que le llamaran.

Como aplicaron el oido, pudieron comprender que habia entrado en su cuarto, cerrando detrás la puerta.

Mandó Madama Morrel á Julia que se acostara, y media hora después, quitándose los zapatos, se deslizó por el corredor á ver por la cerradura lo que hacia su marido.

Una sombra salia del corredor cuando ella entraba. Era Julia, que sobresaltada tambien, habia precedido á su madre con el mismo objeto.

La jóven se unió á Madama Morrel.

—Está escribiendo, le dijo.

Ambas se habian comprendido sin hablar.

Madama Morrel se inclinó á mirar por la cerradura: Morrel escribia con efecto; pero lo que no habia advertido la hija lo advirtió la madre, y es que el armador escribia en papel sellado.

Con esto le asaltó la terrible idea de que hacia testamento, y aunque tembló de piés á cabeza, tuvo suficiente valor para no despegar sus labios.

A la mañana siguiente estaba al parecer muy tranquilo el armador: subió á su despacho como acostumbraba, bajó á almorzar como acostumbraba tambien, y solamente después de comer fué cuando hizo á su hija sentarse á su lado, la cogió la cabeza, y la estrechó fuertemente á su corazon.

Aquella tarde dijo á su madre Julia, que aunque tranquilo en apariencia, habia reparado que el corazon de Mr. Morrel latia violentamente.

Los otros dos dias pasaron casi *in estatu quo*. El 4 por la noche pidió Mr. Morrel á Julia la llave de su gabinete.

Esto hizo temblar á la jóven, pues le parecia de mal agüero. ¿Por qué le pedia su padre aquella llave, que ella habia tenido siempre, y que desde su infancia no le quitaban nunca sino por via de castigo?

—¿Qué he hecho yo, padre mio, le dijo mirándole de hito en hito, para que así me reclameis esa llave?

—Nada, hija mia, respondió el infeliz Morrel saltándosele las lágrimas; nada, pero la necesito.

Julia hizo como si buscara la llave.

—La habré dejado en mi cuarto, murmuró.

Y salió corriendo de allí; pero no á su cuarto, sino á consultar á Manuel.

—No le deis la llave á vuestro padre, dijo este; y si os es posible, no le abandoneis un punto mañana por la mañana.

En vano trató la jóven de sonsacar á Manuel: ó no sabia mas, ó no quiso decirle mas.

Toda la noche del 4 al 5 de setiembre la pasó Madama Morrel en acecho. Hasta las tres de la mañana oyó á su marido pasearse por la habitacion muy agitado.

A aquella hora fué solamente cuando se reclinó sobre la cama.

Las dos mugeres pasaron la noche juntas: esperaban á Maximiliano desde la tarde anterior.

A las ocho entró á verlas Mr. Morrel, sosegado en la apariencia; pero revelando con su palidez y su abatimiento la agitacion en que pasó la noche.

Ninguna osó á preguntarle si habia dormido bien.

Nunca habia estado Morrel tan bondadoso con su muger, ni tan paternal con su hija. No se hartaba de contemplar y abrazar á la pobre niña.

Recordando Julia el consejo de Manuel, quiso seguir á su padre cuando salia de la estancia; pero él, deteniéndola con dulzura, le dijo:

—Quédate con tu madre.

Julia insistia.

—Yo lo mando, añadió Morrel.

Era la vez primera que Morrel decia á su hija yo lo mando; pero lo decia con tal acento de paternal dulzura, que la jóven no se atrevió á dar un paso mas.

Muda é inmóbil permaneció en el mismo sitio: un instante después se volvió á abrir la puerta, sintió que la abrazaban y que ponian un beso en su frente.

Alzó los ojos, y con una esclamacion de júbilo:

—¡Maximiliano! esclamó: ¡hermano mio!

A estas voces acudió Madama Morrel á echarse en brazos de su hijo.

—Madre mia, dijo el jóven, mirando alternativamente á la madre y á la hija, ¿qué hay? ¿qué pasa? vuestra carta me asustó muchísimo.

—Julia, repuso Madama Morrel haciendo al jóven una seña, ve á avisar á tu padre la llegada de Maximiliano.

Salió corriendo la jóven de la habitacion; pero al principio de la escalera la detuvo un hombre con una carta en la mano.

—¿Sois la señorita Julia Morrel? la dijo con un acento italiano de los mas pronunciados.

—Sí señor, balbuceó Julia; pero ¿qué me quereis? yo no os conozco.

—Leed esta carta, dijo el hombre presentándosela.

Julia no se atrevia.

—Va en ello la salvacion de vuestro padre, añadió el mensajero.

Arrancóle Julia la carta de las manos, y leyó rápidamente:

«Id al punto á las Alamedas de Meillan, entrad en »la casa número 15, pedid al portero la llave del piso »quinto, entrad, y sobre la chimenea hallareis una »bolsa de torzal encarnado; traédsela á vuestro padre.
»Importa mucho que la tenga antes de las once.
»Me habeis prometido obediencia absoluta: os re»cuerdo vuestra promesa.

»Simbad el Marino.»

La jóven exhaló un grito de júbilo, y al levantar los ojos al hombre que le habia traido la carta, vió que habia desaparecido.

Entonces quiso leerla por segunda vez, y advirtió que tenia una postdata.

«Es importantísimo que vayais vos misma, y sola; »pues á no ser vos quien se presentase, ó á venir acom»pañada, responderá el portero que no sabe de qué se »trata.»

Esta postdata fué un vaso de hiel mezclado á la alegría de la jóven. ¿No tendria nada que recelar? ¿No seria un lazo aquella cita? Su inocencia la tenia ignorante de los peligros que corre una jóven de su edad; pero no es necesario conocer el peligro para temerlo. Hasta una observacion hemos hecho, y es que los peligros ignorados son justamente los que infunden mayor temor.

Julia resolvió pedir consejo á alguno; pero por un sentimiento estraño no recurrió á su madre, ni á su hermano, sino á Manuel.

Bajó á su despacho, y contóle cuanto le habia su-

cedido el dia que el comisionista de la casa de Thomson y French se presentó en la suya, y la escena de la escalera, y la promesa que le habia hecho, y le enseñó la carta que acababa de recibir.

—Es preciso que vayais, señorita, dijo Manuel.

—¡Qué vaya! murmuró Julia.

—Sí, yo os acompañaré.

—Pero ¿no habeis visto que debo de ir sola?

—Sí.

—¿Hoy á las once tiene que pagar vuestro padre cerca de trescientos mil francos?

—Ya lo sabemos.

—Pues bien, no hay en caja quince mil.

—¿Y qué sucederá?

—Sucederá que si antes de las once no ha encontrado vuestro padre alguno que le ayude á salir del



Julia Morrel.

—Ireis sola, respondió el jóven. Yo os esperaré en la esquina de la calle del Museo, y si tardaseis lo bastante á parecerme sospechoso, iré á buscaros, y os aseguro que ¡ay de aquellos de quienes os quejeis á mí!

—¿Con que vuestro parecer, Manuel, es que acuda á la cita? añadió la jóven vacilante aun.

—Sí: ¿no os ha dicho el portador que va en ello la salvacion de vuestro padre?

—Pero decidme siquiera qué peligro corro.

Manuel vacilaba un tanto; pero el deseo de decidir al punto á la jóven, pudo mas que sus escrúpulos.

—Oid, le dijo: hoy estamos á 5 de setiembre, ¿no es verdad?

apuro, tendrá que declararse en quiebra al mediodía.

—¡Oh! ¡venid! ¡venid! esclamó la jóven arrastrando á Manuel tras ella.

Durante este tiempo Madama Morrel se lo habia contado todo á su hijo.

Harto sabia el jóven que de resultas de las desgracias sucedidas á su padre, se habian modificado mucho los gastos de la casa; pero ignoraba que se viesen próximos á tal estremo.

Esta revelacion le anonadó.

De repente saliose del aposento y subió la escalera, creyendo que estaria su padre en el despacho; pero en vano llamó á la puerta.



Una para vos, otra para mí.

En esta situacion oyó abrir una puerta de la planta baja. Era su padre, que en vez de volver directamente á su despacho, habia entrado antes en su habitacion, y salia ahora.

Al ver á su hijo lanzó un grito, pues ignoraba su llegada, quedándose como clavado en el mismo sitio, ocultando con su brazo derecho un bulto que llevaba debajo de su redingote.

Bajó al punto Maximiliano la escalera, arrojándose á su cuello; pero de pronto retrocedió, dejando sin embargo su mano derecha sobre el pecho de su padre.

—¡Padre mio! le dijo poniéndose pálido como la muerte; ¿por qué llevais debajo del redingote un par de pistolas?

—¡Esto es lo que yo temia!, esclamó Morrel.

—¡Padre mio! ¡padre mio! en nombre del cielo ¿qué significan esas armas?

—Maximiliano, respondió Morrel, mirando á su hijo fijamente; tú eres hombre, y hombre de honor. Ven, que voy á contártelo.

Y subió á su gabinete con paso firme. Maximiliano le seguia tambaleándose.

Abrió Morrel la puerta, y cerrola detrás de su hijo: luego atravesó la antesala, y poniendo las pistolas sobre su bufete, señaló con el dedo al jóven un libro abierto.

En aquel libro constaba exactamente el estado de su caja.

Dentro de una hora tenia que pagar doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

—Lee, dijo solamente.

El jóven lo leyó, quedándose como petrificado.

Su padre no decia una palabra. ¿Qué hubiera podido añadir á la inexorable elocuencia de los números?

—¿Y para evitar esta desgracia, habeis hecho todo lo posible, padre mio? le preguntó Maximiliano después de un instante.

—Sí, respondió Morrel.

—¿No contais con ningun ingreso?

—Con ninguno.

—¿Habeis agotado todos los recursos?

—Todos.

—¿Con que dentro de media hora, prosiguió Maximiliano con acento lúgubre; dentro de media hora nuestro nombre quedará deshonrado?

—La sangre lava la deshonra, repuso Morrel.

—Padre mio, teneis razon: os comprendo.

Y alargando la mano á las pistolas, añadió:

—Una para vos, otra para mí. Gracias.

Morrel le contuvo.

—¿Qué será de tu madre... y de tu hermana?...

Un temblor involuntario se apoderó del jóven.

—¡Padre mio! repuso, ¿pensais lo que decis? ¿me aconsejais que viva?

—Sí, te lo aconsejo, porque es tu deber. Tú tienes, Maximiliano, una inteligencia vigorosa y fria; tú no eres un hombre comun, Maximiliano. Nada te mando, nada te aconsejo, solamente te digo:—Estudia la situacion como si fueras estraño á ella, y júzgala por tí mismo.

Tras un instante de reflexion, animó los ojos del jóven un fuego sublime de resignacion. Con ademan lento y triste se arrancó la charretera y la capona, insignias de su grado.

—Está bien, padre mio, dijo tendiendo á Morrel la mano: morid en paz: yo viviré.

Quiso el armador en esto prosternarse á los piés de su hijo, que se lo estorbó abrazándole, con que aquellos dos corazones nobles confundieron sus latidos.

—Bien sabes que no es mia la culpa, dijo Morrel.

Maximiliano se sonrió.

—Sé, padre mio, que sois el hombre mas honrado que yo haya conocido nunca.

—Todo está dicho ya. Vuelve ahora al lado de tu madre y de tu hermana.

—Padre mio, balbuceó el jóven, doblando una rodilla; bendecidme.

Cogió Morrel con ambas manos la cabeza de su hijo, y acercándola á sus labios la besó repetidas veces.

—Sí, sí, esclamaba á par, yo te bendigo en mi nombre y en el de tres generaciones de hombres sin tacha. Oye lo que con mi voz te dicen:—El edificio que la desgracia destruye, la Providencia puede reedificarlo. Viéndome morir de tan triste manera, los mas inexorables te compadecerán; quizás lleguen á concederte á tí treguas que á mí me habrian rehusado. Procura entonces que nadie pronuncie la palabra pillo.—Trabaja, jóven, trabaja; lucha con valor y ardientemente. Vive tú, y que vivan tu madre y tu hermana con lo estrictamente necesario, á fin de que dia por dia aumente la fortuna de mis acreedores con tus ahorros. Piensa que no habrá dia mas bello, ni mas grande, ni mas solemne, que el dia de la rehabilitacion, aquel dia que puedas decir en este mismo escritorio:—Mi padre murió, porque no pudo hacer lo que yo hago hoy; pero murió tranquilo y resignado, porque esperaba de mí esta accion.

—¡Oh padre mio, padre mio! esclamó el jóven: ¡si pudierais vivir á pesar de todo!

—Viviendo yo, todo cambia. Viviendo yo, el interés se cambia en duda; la piedad en encarnizamiento. Viviendo yo, no soy mas que un hombre que ha faltado á su palabra, que ha suspendido sus pagos; soy en fin un comerciante quebrado. Si muero, piénsalo bien, Maximiliano; si muero, por el contrario, seré un hombre infeliz, aunque honrado. Vivo, hasta mis mejores amigos huyen de mi casa; muerto, Marsella entera acompañará mi cadáver al cementerio; vivo, tienes que avergonzarte de mi nombre; muerto, levantas la cabeza muy alta y dices:—Hijo soy de aquel que se mató, porque tuvo una vez en su vida que faltar á su palabra.

El jóven exhaló un gemido, aunque estaba al parecer resignado. Era la segunda vez que el convencimiento se apoderaba, si no de su corazon, de su cabeza.

—Ahora, dijo Morrel, déjame solo, y procura alejar de aquí á las mugeres.

—¿No quereis volver á ver á mi hermana? le preguntó Maximiliano.

El jóven fundaba en esta entrevista una esperanza sombría y postrera.

Mr. Morrel meneó la cabeza.

—Ya la he visto esta mañana, y me he despedido de ella.

—¿No teneis ningun encargo particular que hacerme, padre mio? le preguntó Maximiliano con voz alterada.

—Sí tal, hijo: un encargo sagrado.

—Hablad, padre mio.

—La casa de Thomson y French es la única que por humanidad, ó acaso por egoismo,—que no me es dado leer en el corazon humano,—ha tenido piedad de mí. Su comisionista, que dentro de diez minutos se presentará á cobrar los doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, no diré que me concedió, sino que me ofreció tres meses de plazo. Encárgote, hijo mio, que sea esta casa la primera que cobre, y que sea ese hombre sagrado para tí.

—Sí, padre, respondió Maximiliano.

—Y ahora, adios otra vez, repuso Morrel. Vete, vete, que necesito estar solo. En el armario de mi alcoba encontrarás mi testamento.

El jóven permaneció de pié é inmóbil, falto no solo de fuerza de voluntad, sino de ejecucion.

—Escucha, Maximiliano, dijo su padre; figúrate que soy soldado como tú, que me han mandado tomar un reducto, y que sabes que han de matarme ciertamente: ¿no me dirias como hace poco:—Id, padre mio,

id, porque os deshonrarais de otro modo, y mas vale la muerte que la deshonra?

—Sí, sí, dijo el jóven, sí.

Y cogiendo á Morrel por el brazo convulsivamente, añadió:

—Id, padre mio, id.

Y se lanzó afuera del gabinete.

Después de la marcha de su hijo permaneció el armador de pié, con los ojos clavados en la puerta. Luego alargó la mano, y tiró del cordon de una campanilla.

Al cabo de un instante apareció Cocles.

Ya no era el mismo hombre. Aquellos tres dias le habian trasformado. El pensamiento de que la casa de Morrel iba á suspender sus pagos, le inclinaba á la tierra mas que otros veinte años sobre los que de edad tenia.

—Mi buen Cocles, le dijo Morrel con un acento imposible de describir; mi buen Cocles, vas á quedarte en la antecámara, y cuando venga aquel caballero de há tres meses, ya lo conoces, el comisionado de la casa de Thomson y French, cuando venga... me lo anuncias.

Cocles no respondió: hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y fué á sentarse á la antesala.

Tornó Morrel á dejarse caer en su asiento, volviendo los ojos hácia el reloj. ¡Siete minutos no mas le quedaban! El minutero andaba con una rapidez increible. El se figuraba sentirla.

Lo que en este momento supremo pensó aquel hombre, que jóven aun iba á separarse del mundo, de la vida y de las dulzuras de la familia, fundado en un razonamiento, falso quizás, pero al menos especioso; lo que pensó, repetimos, es imposible de pintar. Hubiera sido preciso verlo, para formarse una idea. Aunque su frente se inundára de sudor, estaba resignado; aunque sus ojos se bañaran de lágrimas, estaba resignado.

El minutero seguia corriendo, las pistolas estaban cargadas: alargó la mano y tomó una, murmurando el nombre de su hija.

Después dejó el arma mortal, cogió la pluma y se puso á escribir algunas palabras.

Creia haber dicho poco á su hija querida.

Luego se volvió á mirar al reloj. Ya no contaba los minutos, sino los segundos.

Con la boca entreabierta y los ojos clavados en el minutero, volvió á coger el arma, estremeciéndose al ruido que él mismo al montarla hacia.

En esto se oyó girar sobre sus goznes la puerta de la escalera, y después abrirse la del gabinete.

El minutero iba á señalar las once.

Morrel no volvió siquiera la cabeza, porque esperaba que Cocles pronunciase estas palabras:—«El comisionista de la casa de Thomson y French..»

Y ya tocaba su boca con el arma.

De repente sonó un grito... era la voz de su hija...

Al volverse y ver á Julia, la pistola se escapó de sus manos.

—¡Padre mio! esclamó la jóven falta de aliento, y casi moribunda de alegría. ¡Salvado! ¡os habeis salvado!

Y se arrojó en sus brazos, enseñándole una bolsa de seda encarnada.

—¡Salvado, hija mia! murmuró Morrel. ¿Qué quieres decir?

—Sí, mirad, mirad, repuso la jóven.

Morrel cogió la bolsa temblando, porque tuvo un vago recuerdo de que le habia pertenecido.

De un lado yacia el pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, finiquitado.

Y del otro un diamante tan gordo como una avellana, con un pedazo de pergamino en que se leia esta frase:—«Dote de Julia.»

Morrel se pasó la mano por la frente: creia soñar.

En este momento daba el reloj las once.

El son vibraba en su interior como si la campana sonase en su propio corazon.

—Veamos, hija mia, le dijo: esplícate. ¿Dónde has hallado esta bolsa?

—En una casa de las Alamedas de Meilhan, número 15, sobre la chimenea de un quinto piso muy pobre.

—¡Pero esta bolsa no es tuya! esclamó Morrel.

Julia alargó á su padre la carta que en la mano tenia.

—¿Y has ido sola á esta casa? le preguntó Morrel después de haberla leido.

—Me acompañaba Manuel, padre mio. Debia de esperarme en la esquina de la calle del Museo; pero ¡cosa estraña! ya no estaba cuando volví.

—¡Señor Morrel! gritó una voz en la escalera; ¡señor Morrel!

—Es su voz, murmuró Julia.

Al mismo tiempo entró Manuel trastornado de júbilo y emocion.

—¡*El Faraon!* esclamó. ¡*El Faraon!*

—¿Qué es eso? ¡*El Faraon!* ¿estais loco, Manuel? Ya sabeis que se ha perdido.

—¡*El Faraon*, señor!... lo señala el vigía del puerto... está entrando ahora mismo.

Morrel cayó sobre su asiento falto de fuerzas. Su inteligencia se negaba á dar crédito á tantos sucesos increibles, maravillosos.

Pero su hijo llegó tambien á este punto esclamando:

—¡Padre mio! ¿cómo deciais que *El Faraon* se ha perdido? El vigía lo señala, y dicen que está entrando en el puerto.

—¡Amigos mios! esclamó el armador, si eso fuere cierto tendriamos que atribuirlo á milagro palpable. ¡Imposible! ¡imposible!

Pero lo que era verdad, y no menos maravilloso, era aquella bolsa que tenia en la mano, aquel pagaré inutilizado, y aquel magnífico diamante.

—¡Ah señor! dijo Cocles entrando á su vez, ¿qué quiere decir esto? ¿*El Faraon?*...

—Vamos, hijos mios, dijo Morrel levantándose; vamos á verlo, y Dios tenga piedad de nosotros si es mentira.

En medio de la escalera los esperaba la pobre de Madama Morrel, que no se habia atrevido á subir.

Como por ensalmo llegaron á la Cannebière.

En el puerto habia muchísima gente.

La muchedumbre se abria para dejar paso á Morrel.

—¡*El Faraon!* ¡*El Faraon!* esclamaban todas las voces.

Con efecto, ¡cosa maravillosa! ¡increible! un navío con estas palabras escritas en la popa en letras blancas:—*El Faraon, de Morrel é hijos de Marsella*,—absolutamente igual al *Faraon*, y cargado igualmente de cochinilla y añil, echaba el ancla y cargaba sus velas en frente del fuerte de San Juan. Desde el puente daba sus órdenes el capitan Gaumard, y maese Penelon hacia señas á Mr. Morrel.

No era posible dudar: allí estaba la prueba, á la vista, y diez mil personas lo confirmaban tambien.

Cuando Morrel y su hijo se abrazaban, con aplauso de toda la ciudad, presente á este prodigio, un hombre de larguísima barba negra que se ocultaba detrás de la garita de un centinela, contemplaba este cuadro enternecido, y murmurando:

—Sé feliz, corazon noble; bendígate Dios por el bien que has hecho y el que harás todavía; y quede mi gratitud ignorada como tu beneficio.

Y con una sonrisa que revelaba felicidad y júbilo abandonó su escondite, sin que nadie reparase en él, tan preocupada estaba la multitud con aquel suceso, y bajando los escalones que sirven de desembarcadero, gritó tres veces:

—¡Jacobo! ¡Jacobo! ¡Jacobo!

Con esto acercose una chalupa, que le condujo á un



yacht ricamente aparejado, á cuyo puente subió con la ligereza de un marinero. Desde allí se puso otra vez á contemplar á Morrel, que llorando de júbilo repartia á todos apretones de manos, mirando á par al cielo, como si buscase para darle gracias á su desconocido protector.

—Ahora, murmuró el desconocido, adios, bondad, humanidad y gratitud... adios, todos los sentimientos



—Sé feliz, corazon noble.

que ennoblecen el alma. Me he puesto en el lugar de la Providencia para recompensar á los buenos... ahora cédame el suyo el Dios de las venganzas para castigar á los malos.

Y esto diciendo hizo una señal, que parecia que el barco no esperase otra cosa para hendir la superficie de las aguas.

CAPITULO VIII.

ITALIA.—SIMBAD EL MARINO.

A principios del año de 1838 hallábanse en Florencia dos jóvenes de la mas alta sociedad de París: el vizconde Alberto de Morcef era el uno, y el baron Franz D'Epinay el otro. Habian concertado entrambos que irian á pasar aquel año el carnaval en Roma, donde Franz, que hacia cuatro años que habitaba en Italia, serviria á Alberto de cicerone.

Ahora bien, como esto de pasar el carnaval en Roma no es cosa tan sencilla, sobre todo para el que no quiere vivir en la Plaza del Popolo ó en el Campo Vaccino, escribieron á maese Pastrini, propietario del *hotel* de Londres, en la Plaza de España, que les guardase para entonces una habitacion *confortable*.

Maese Pastrini les contestó que no tenia disponibles otras que dos salas y un gabinete del *secondo piano*, que les ofrecia por el módico precio de un luis diario. Los jóvenes aceptaron, y queriendo Alberto aprovechar el tiempo que le quedaba, partió para Nàpoles, y Franz se quedó en Florencia.

Luego que gozó razonablemente de la vida que se hace en la corte de los Médicis, luego que se paseó á su sabor por este eden que se llama los Casinos; luego, en fin, que gozó de las magníficas tertulias de

Florencia, diole el capricho de ir á ver la isla de Elba, ese gran puerto de amparo de Napoleon, puesto que ya habia visto la Córcega, cuna de Bonaparte.

Una tarde, pues, desató una *barchetta* de la argolla que la detenia en el puerto de Liorna, y acostándose en el fondo, embozado en su capa, dijo á los marineros simplemente:

—¡A la isla de Elba!

La barca salió del puerto como salen de su nido los pájaros marinos, y á la mañana siguiente desembarcaba Franz en Porto-Ferrajo.

Atravesó la isla imperial, después de haber seguido todas las huellas que allí dejó el gigante, y fué á embarcarse en la Marciana.

Dos horas después desembarcó en la Pianosa, donde le aseguraban que podria divertirse matando perdices coloradas, de que abunda mucho.

El propósito, sin embargo, le salió mal. Con mucho trabajo mató algunas perdices héticas, y como todo aquel cazador que se ha fatigado en balde, tornó á su barca muy mal humorado.

—¡Ah! si quisiera vuestra escelencia ¡qué gran cacería podria echar! le dijo el patron.

—¿Dónde?

—¿Veis esa isla? prosiguió el patron apuntando con él dedo al mediodía, en cuya direccion se divisaba en medio del mar una masa cónica de hermoso color de añil.

—¿Y qué isla es esa? preguntó Franz.

—La isla de Monte-Cristo, respondió el liornés.

—Yo no tengo licencia para cazar allí.

—Vuestra escelencia no la necesita. La isla está desierta.

—¡Par diez! esclamó el jóven. ¡Qué cosa tan curiosa es una isla desierta en medio del Mediterráneo!

—Y cosa natural, escelencia. Esa isla es una masa de peñascos: quizás en toda ella no hay una fanega de tierra de labor.

—Y ¿á qué país pertenece esa isla?

—A la Toscana.

—Y ¿qué podré cazar?

—Cabras salvajes á millones.

—¿Se alimentan de lamer las piedras? dijo Franz con sonrisa de incrédulo.

—No, sino paciendo musgo, y despuntando mirtos y lentiscos, que crecen en las grietas.

—Pero ¿dónde me acostaré?

—En las grutas de la isla, ó en vuestra capa, á bordo del barco. Además, si quiere vuestra escelencia podremos volvernos así que termine la cacería, pues harto sabe que navegamos tan bien de noche como de dia, y que á falta de velas tenemos remos.

Como le quedaba á Franz todavía tiempo suficiente para juntarse con su compañero, y como no tenia que ocuparse en buscar vivienda en Roma, aceptó esta proposicion, que iba á desquitarle de su primera cacería.

Al oir su respuesta afirmativa cambiaron entre sí los marineros algunas palabras en voz baja.

—¿Qué tenemos ahora de nuevo? les preguntó. ¿Ha ocurrido alguna dificultad?

—No; pero debemos de advertir á vuestra escelencia que la isla está en estado de sitio.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que como en Monte-Cristo no hay habitantes, sirve de escala muchas veces á los contrabandistas y á los piratas que vienen de Córcega, de Cerdeña ó de Africa. Si por cualquier azar se descubriese á nuestra llegada á Liorna que hemos estado en Monte-Cristo, nos veremos obligados á hacer una cuarentena de seis dias.

—¡Diablo! ya varía la cuestion. ¡Seis dias! Justamente el tiempo que Dios necesitó para crear el mundo. El plazo es largo, hijos mios.

—Pero ¿quién ha de decir que su escelencia ha estado en Monte-Cristo?

—¡Oh! no seré yo, esclamó Franz.

—Ni menos nosotros, añadieron los marineros.

—Pues á Monte-Cristo.

Dirigió el patron la maniobra, y poniendo la proa á Monte-Cristo, comenzó el barco á bogar.

Dejó Franz que la operacion acabara, y cuando se entró en el nuevo camino, cuando henchida la vela por la brisa volvieron á sus puestos los marineros, tres adelante y uno en el timon, renovó su plática.

—Mi querido Gaetano, dijo al patron, acabais de decirme, segun creo, que la isla de Monte-Cristo es guarida de piratas, lo que me parece caza muy distinta de la de cabras.

—Es verdad, escelencia.

—Bien sabia yo que existen contrabandistas; pero creia que desde la toma de Argel y la destruccion de la regencia no existian los piratas sino en las novelas de Cooper y del capitan Marryat.

—Pues vuestra escelencia se equivocaba. Existen piratas, como existen bandidos, que aunque fuéron esterminados por el papa Leon XII, roban todos los dias á los viajeros á las mismas puertas de Roma. ¿No habeis oido decir que hace apenas seis meses fué robado, á quinientos pasos de Velletri, el encargado de negocios de Francia cerca de la Santa Sede?

—Sí tal.

—Pues bien, si como nosotros viviese en Liorna vuestra escelencia, de vez en cuando oiria contar que un barquichuelo cargado de mercancías ó un lindo yacht inglés que se esperaba en Bastía, Porto-Ferrajo ó Civita-Vechia, no ha llegado, y que se ignora su paradero: sin duda se habrá estrellado en alguna roca. Pues esa roca es una barquilla estrecha y chata, tripulada por seis ó siete hombres, que le han sorprendido ó robado en una noche sombría, á la inmediacion de algun islote desierto, como los ladrones detienen y roban una silla de posta entre las sombras de un bosque.

—Pero ¿cómo las víctimas no se quejan? repuso Franz siempre tendido en su barca. ¿Cómo no atraen sobre esos piratas la venganza del gobierno francés, del sardo ó del toscano?

—¿Por qué? repuso Gaetano sonriéndose.

—Sí, ¿por qué?

—Porque lo que hacen primero es trasportar del yacht ó del navío á su barca cuanto hay que valga la pena, y luego atan á la tripulacion de piés y manos, y al pescuezo de cada uno una bala de cañon, y hacen un agujero en la quilla del barco robado, y suben al puente, y cierran las escotillas y se pasan á su barca. A los diez minutos empieza á quejarse la embarcacion y á gemir, y poco á poco se hunde uno de los costados primero, el otro después, luego vuelve á salir á flor y á hundirse, y mas y mas de cada vez. De pronto suena un ruido semejante á un cañonazo: es el aire que rompe el puente. Entonces se revuelve el barco como un hombre que se ahoga. Pronto el agua, demasiado comprimida en las cavidades, inunda todo el barco, saliendo por sus agujeros, como los torrentes de humor que echa por sus poros un gigantesco cetáceo.

Al fin exhala un gemido postrero, da sobre sí mismo la última vuelta, y se hunde, formando en el abismo un círculo inmenso, que gira y gira un instante, se calma poco á poco, y acaba por desvanecerse tan completamente, que á los cinco minutos se necesitaria el ojo de Dios para buscar en el fondo de las tranquilas aguas el navío agujereado.

—¿Comprendeis ahora, añadió el patron sonriendo, cómo el navío no vuelve al puerto, y porqué los robados no se quejan?

Si esto lo hubiese contado Gaetano antes de proponer la espedicion, es probable que Franz lo pensara con mas madurez; pero ya que la habian emprendido parecíole el renunciar cobardía. Era Franz uno de

esos hombres que no corren al peligro; pero que si se presenta la ocasion, lo arrostran con imperturbable sangre fria: era uno de esos hombres de voluntad inflexible, que no miran el peligro sino como en un duelo al adversario, que calculan hasta sus movimientos, que estudian su fuerza, y que al primer golpe de vista comprenden todas las ventajas y matan de un solo golpe.

—¡Bha! respondió, he atravesado la Sicilia y la Calabria, he navegado por el Archipiélago dos meses, y ni la sombra he visto de un bandido ó de un pirata.

—Es que yo no se lo he dicho á su escelencia para hacerle renunciar á su proyecto, añadió Gaetano. Me preguntó, y le respondí simplemente.

—Sí, mi caro Gaetano, y vuestra conversacion es de las mas interesantes, con que quiero gozar de ella el mayor tiempo posible. A Monte-Cristo.

Entre tanto se iban acercando al término del viaje, y con un vientecillo fresco hacia el barco seis ó siete millas por hora. La isla parecía que brotase del centro del mar á medida que la distancia se acortaba, y á través de la limpia atmósfera del crepúsculo se distinguia, como las balas amontonadas en un arsenal, aquella masa de rocas, en cuyos intersticios se veian las matas y los árboles surgir. En cuanto á los marineros, aunque estaban al parecer enteramente tranquilos, era evidente que habian redoblado su vigilancia, y que sus miradas escudriñaban aquel mar, terso como un espejo, poblado solo de algunas barcas pescadoras que con sus velas blancas se deslizaban como las paviotas de ola en ola.

A unas once millas de Monte-Cristo se encontrarian ya, cuando el sol se ponia detrás de la Córcega, cuyas montañas se vislumbraban á la derecha dibujando en el cielo sus picos sombríos. Delante de la barca, ocultándole el sol, que ya solo doraba sus últimas rocas, se elevaba amenazador aquel gigante de piedra, parecido á Adamastor. Poco á poco subieron desde el mar las sombras, ahuyentando aquel rayo de luz que iba ya á apagarse; al fin subió aquella estela luminosa hasta la cima del cono, donde se detuvo un instante flameando como el penacho de un volcan, hasta que la sombra invasora se apoderó progresivamente de las alturas, reduciéndose la isla á una nube rojiza que iba por momentos ennegreciéndose. Una hora despues cerró la noche.

En medio de la oscuridad profunda que los envolvia no faltaban á Franz temores; pero por fortuna los marineros conocian muy bien hasta los puntos mas ignotos del archipiélago toscano. La Córcega habia desaparecido enteramente, y casi la isla de Monte-Cristo; pero los marineros tenian, como los linces, la facultad de ver en las tinieblas, y el piloto que iba al timon no señalaba ningun obstáculo.

Una hora habria pasado desde la puesta del sol, cuando Franz creyó percibir á un cuarto de milla á la derecha una sombra confusa, aunque era imposible el distinguirla bien; con que temiendo que se le burlasen los marineros si tomaba por tierra firme algunas nubes flotantes, no dijo esta boca es mia; pero de repente apareció en la orilla un resplandor muy grande. La tierra parecia una nube, pero el fuego no era un meteoro.

—¿Qué luz es aquella? preguntó.

—¡Chist! dijo el patron. Es una lumbre.

—Pero ¿no deciais que la isla estaba deshabitada?

—Dije que no tiene poblacion fija; pero dije tambien que es un asilo de contrabandistas.

—¿Y de piratas?

—Y de piratas, añadió Gaetano repitiendo las palabras de Franz. Por eso dí órden de que pasáramos mas allá de la isla, y ya lo veis, la lumbre cae detrás de nosotros.

—Pero ese fuego, prosiguió Franz, antes me parece que quita temores, que no los da. No lo hubieran encendido gentes que temiesen ser descubiertas.

—¡Oh! eso nada quiere decir, repuso Gaetano. Si pudieseis en medio de la oscuridad reconocer la situacion de la isla, veriais que es tal, que el fuego no se descubre desde la costa ni desde la Pianosa, sino desde alta mar solamente.

—Con que segun eso, ¿temeis que sea de mal agüero?

—Es preciso orientarse, repuso Gaetano con los ojos fijos en aquella estrella terrestre.

—¿Y cómo?

—Vais á verlo.

Y con esto Gaetano reunió á sus compañeros, y despues de cinco minutos de discusion, ejecutaron en silencio una maniobra, con la cual viró el barco de bordo como por ensalmo. Volvieron entonces á tomar el camino que habian traido, y algunos segundos después desapareció el resplandor, sin duda á causa de las alteraciones topográficas.

Entonces el piloto dió nueva direccion al barquillo, que se acercó á la isla visiblemente, no distando mas de cincuenta pasos.

Amainó Gaetano, y quedó el barco inmóbil.

Esto se habia ejecutado con el mayor silencio, y hasta sin pronunciar una palabra, sobre todo desde el cambio de direccion.

Como era Gaetano el que habia propuesto aquella espedicion, caia sobre él toda la responsabilidad. Los cuatro marineros no le perdian de vista, puestos al remo y en disposicion de usarlos con todas sus fuerzas, lo que no era difícil, gracias á la oscuridad.

Franz, con esa sangre fria que ya le reconocemos, aprestaba sus armas (que eran dos escopetas de dos cañones y una carabina), las cargaba y las ponia en el seguro.

En este intervalo el patron se habia quitado su marsellés y su camisa, y asegurándose los pantalones en las caderas, sin quitarse zapatos ni medias, que no gastaba, se puso un dedo sobre la boca, como dando á entender que guardaran profundo silencio, se deslizó al mar, nadando hácia la orilla con tanta precaucion, que era imposible oir el menor ruido. Solamente con ayuda de la fosfórica estela que dejaba en el agua, se podia observar su camino.

Pronto desapareció esta estela. Era evidente que habia llegado á la orilla Gaetano.

Todos los del barco permanecieron inmóbiles por espacio de media hora, que tardó en reaparecer junto á la orilla la misma estela luminosa en direccion á ellos. Un instante después Gaetano estaba en la barca.

—¿Y bien? le preguntaron á la par Franz y cuatro marineros.

—Son, dijo, contrabandistas españoles, aunque hay tambien con ellos dos bandidos corzos.

—¿Y qué hacen esos dos bandidos corzos con los contrabandistas españoles?

—¡Toma, escelencia! repuso Gaetano con aire de sublime caridad, es preciso ayudarse los unos á los otros. Los bandidos muchas veces se ven acosados en tierra por los gendarmes ó los carabineros, y entonces encuentran una barca tripulada por buenos camaradas como nosotros, á quien pedir hospitalidad, y de quien recibirla en su mansion flotante. ¿Quién niega amparo á un pobre hombre que se ve perseguido? Le recibimos á bordo, y para mayor seguridad nos metemos en alta mar. Esto no nos cuesta nada, y le salva la vida, ó lo menos la libertad, á uno de nuestros semejantes, que el dia de mañana en pago del servicio que le hemos hecho, nos indica un buen sitio para desembarcar sin que nos molesten los curiosos.

—¡Ah! ¡ya! ¿con que vos mismo teneis tambien algo de contrabandista, mi querido Gaetano? le dijo Franz.

—¿Qué quereis, escelencia? contestó con una sonrisa imposible de describir; bueno es saber algo de todo; es preciso ingeniarse.

—Luego, ¿conoceis á esa gente que ahora habita Monte-Cristo?

—Así, así. Nosotros los marinos somos como los fracmasones, que por ciertas señales nos reconocemos.

—¿Y creeis que no ofrece peligro nuestro desembarco?

—Absolutamente ninguno. Los contrabandistas no son ladrones.

talidad á esos contrabandistas y á esos bandidos. ¿Creeis que nos la otorgarán?

—De seguro.

—¿Cuántos son?

—Cuatro, escelencia, y con los dos bandidos, seis.

—Justamente somos tantos para tantos, somos seis para seis, por si esos señores se nos pusieran foscos y tuviéramos que traerlos á razon. Por última vez, vamos á Monte-Cristo.

Franz d'Epinay.

—Pero esos bandidos corzos... murmuró Franz calculando de antemano todas las probabilidades.

—¡Vaya por Dios! repuso Gaetano. Ellos no tienen la culpa de ser bandidos, sino la autoridad.

—¿Qué decís?

—Sin duda alguna. Los persiguen por haber hecho *una piel*, y nada mas. ¡Como si el vengarse no fuera en Córcega lo mas natural del mundo!

—¿Qué entendeis por haber hecho *una piel?* ¿haber asesinado á un hombre? dijo Franz prosiguiendo sus pesquisas.

—Haber matado á un enemigo, que es muy diferente, repuso el patron.

—Pues bien, añadió el jóven. Vamos á pedir hospi-

—Corriente, escelencia; pero nos permitireis tomar algunas precauciones mas.

—Por supuesto, caro mio. Sed sabio como Nestor, y prudente como Ulises. Hago mas que permitíroslo, os lo aconsejo.

—Pues entonces, ¡silencio! murmuró Gaetano.

Todo el mundo calló.

Para un hombre observador como Franz, todas las cosas tienen su verdadero punto de vista: esta situacion, sin ser peligrosa, no carecia de cierta gravedad. Hallábase en las tinieblas mas profundas, en medio del mar, rodeado de marineros que no le conocian, que no tenian ningun motivo para quererle, que sabian que llevaba en el cinto algunos miles de francos,



y que muchas veces habian examinado, si no con envidia, con curiosidad al menos sus armas, que eran muy hermosas. De otra parte, iba á arribar, sin mas ayuda que aquellos hombres, á una isla que á pesar de su nombre religioso, no le prometia al parecer otra hospitalidad que la del Calvario á Cristo, gracias á los bandidos y á los contrabandistas. Luego la historia de aquellas barcas agujereadas en el fondo, que de dia la creyó exagerada, pareciole de noche verosímil. Fluctuando pues entre este doble peligro, quizás imaginario, no abandonaba su mano el fusil, ni sus ojos á aquellos hombres.

Mientras tanto habian los marineros izado otra vez sus velas y vuelto á emprender su marcha. A través de las tinieblas, á las cuales estaba ya un tanto acostumbrado, distinguia Franz el gigante de granito que la barca costeaba, y pasando en fin el ángulo saliente de una peña, pudo ver la lumbre mas encendida que nunca, y sentadas en torno cinco ó seis personas.

El resplandor del fuego iluminaba una distancia lo menos de cien pasos mar adentro. Costeó Gaetano la luz, procurando que su barco no saliese un punto de la sombra, y cuando logró situarse en frente de la lumbre, lanzose atrevidamente al círculo formado por el reflejo, entonando una cancion de pescadores, y haciéndole el coro sus compañeros.

Al primer verso de la cancion se habian levantado los que se calentaban, acercándose al embarcadero con los ojos fijos en la barca, cuya fuerza é intenciones se esforzaban indudablemente á adivinar. Pronto demostraron que el exámen les satisfacia, yendo á sentarse junto á la lumbre, en que asaban un cabrito entero, á escepcion de uno, que se quedó á la orilla de pié.

Al llegar el barco á unos veinte pasos de la orilla, el que estaba de pié hizo maquinalmente con su carabina el ademan de un centinela ante la fuerza armada, y gritó en dialecto sardo:

—¿Quién vive?

Franz preparó friamente sus dos tiros.

En esto Gaetano cruzó con aquel hombre algunas palabras, que el viajero no pudo comprender, pero que á él se referian sin duda.

—¿Quiere vuestra escelencia dar su nombre ó guardar el incógnito? le preguntó el patron.

—No quiero que mi nombre suene para nada, contestó Franz. Decidle solamente que soy un francés que viaja por gusto.

Luego que trasmitió Gaetano esta respuesta, dió una órden el centinela á uno de los hombres que estaban sentados á la lumbre, el cual acto continuo se levantó, desapareciendo entre las rocas.

Hubo un instante de silencio. Cada uno pensaba en sus propias cosas. Franz en su desembarco, los marineros en sus velas, los contrabandistas en su cabra; pero á pesar de este descuido aparente, se observaban unos á otros.

El hombre que se habia separado de la lumbre apareció de repente en opuesta direccion, haciendo con la cabeza una señal al centinela, que volviéndose hácia el barco se contentó con pronunciar estas palabras:

—*S'accommodi.*

El *s'accommodi* italiano es imposible de traducir, porque significa á la par:—venid, entrad, sed bienvenido, estais en vuestra casa, todo es vuestro.—Se parece á aquella frase turca de Molière que tanto admiraba al paleto caballero (*le bourgeois gentilhomme*) por el sin número de cosas que significaba.

No se lo hicieron repetir los marineros, sino que á los cuatro golpes de remo, tocó la barca en la orilla. Saltó Gaetano el primero, tornando á hablar brevemente con el centinela en voz baja; saltaron los marineros unos tras otros, con que le llegó su turno á Franz.

Llevaba al hombro uno de sus fusiles, Gaetano el otro, y un marinero su carabina; pero como su traje era una mescolanza del de los artistas y del de los dandys, no inspiró sospecha alguna.

Despues de amarrar el barco á la orilla dieron algunos pasos en busca de una especie de vivac donde se colocaran; pero sin duda el punto adonde se dirigian no era del gusto del que hizo papel de centinela, porque gritó á Gaetano:

—Por ahí no.

Balbuceó una disculpa Gaetano, y sin insistir dirigiose á la parte opuesta, mientras dos marineros iban á encender en la hoguera antorchas para alumbrar el camino.

A los treinta pasos sobre poco mas ó menos detuviéronse en una esplanada pequeña cercada de rocas, en que habian labrado unos como asientos, que querian parecer garitas, donde el centinela pudiera sentarse. En torno crecian en algunos trozos de tierra vegetal encinas enanas y mirtos de ramaje espeso. Por un monton de cenizas que vió Franz bajando al suelo una antorcha, vino á comprender que no era el primero que reconociese la escelencia de aquel sitio, y que debia de ser una de las guaridas habituales de los nómadas visitadores de Monte-Cristo.

Ya habia dejado de estar en alarma y en acecho. Desde que puso el pié en tierra, desde que se apercibió de las disposiciones si no amistosas indiferentes de sus huéspedes, desapareció toda su desconfianza, cambiándose en apetito con el olor de la cabra que asaban en la cercana lumbre.

Sobre este nuevo accidente dijo algunas palabras á Gaetano, que le respondió que nada era mas sencillo que comer, para quien trajese como ellos en su barco, pan, vino, seis perdices, y un buen fuego para asarlas.

—Además, añadió, si tanto incita á vuestra escelencia el olor de la cabra, puedo ofrecer á los vecinos dos de nuestras aves por un pedazo de su asado.

—Sí tal, sí tal, Gaetano, contestó el jóven. Hacedlo, que habeis nacido en verdad para esta clase de negocios.

Entre tanto los marineros habian arrancado un buen monton de musgo, y con mirtos y encina verde encendido una buena lumbre.

Franz impaciente esperaba á su negociador, olfateando la cabra, cuando aquel apareció con aire de pensativo.

—Ea ¿qué hay de nuevo? le preguntó: ¿rechazan nuestra oferta?

—Al contrario, dijo Gaetano. Su jefe, á quien han dicho que sois un jóven francés, os convida á cenar.

—¡Caramba! esclamó Franz. ¡Qué hombre tan civilizado debe de ser ese jefe! No hay razon para que yo me niegue, tanto mas cuanto que le llevo mi parte de bucólica.

—¡Oh! no es eso. El tiene para cenar y aun algo mas. Es que pone á vuestra entrada en su casa una condicion muy singular.

—¡En su casa! ¿ha construido una casa aquí?

—No; pero no deja por eso de tener, segun se asegura al menos, una mansion muy digna.

—¿Conoceis pues á ese jefe?

—Por haber oido hablar de él.

—¿Bien ó mal?

—De ambas maneras.

—¡Diablo! ¿Y cuál es la condicion que pone?

—Que os dejeis vendar los ojos, y que no os quiteis la venda hasta que él mismo os lo diga.

Franz examinó con toda la atencion posible las miradas de Gaetano, para conocer el secreto de esta proposicion.

—¡Ah! respondió el marinero adivinando su idea. ¡Bien sé yo que merece reflexionarse!

—¿Qué hariais en mi lugar? le preguntó el jóven.

—Como nada tengo que perder, iria.

—¿Con que aceptariais?

—Sí, aunque no fuera sino por curiosidad.

—¿Hay algo curioso que ver en casa de ese jefe?

—Escuchad, dijo Gaetano bajando la voz: yo no sé si es cierto lo que dicen...

Y se detuvo para reparar si alguno de los de la otra lumbre le escuchaba.

—¿Qué dicen?

—Dicen que ese jefe habita un subterráneo, que deja muy atrás al palacio Pitti.

Reflexionó Franz un rato, y comprendiendo que si aquel hombre era tan rico no querria robarle á él, que solo llevaba algunos miles de francos, y como además entre todo esto veia en lontananza una cena escelente, se decidió.

Gaetano fué á llevar su respuesta.

Sin embargo, como ya lo hemos dicho, Franz era prudente, con que quiso adquirir todas las noticias posibles de su estraño y maravilloso anfitrion. Volvióse pues á un marinero que durante este diálogo se ocupaba en desplumar las perdices con la gravedad de un hombre bien empleado, y le preguntó en qué habrian podido arribar á la isla los contrabandistas, puesto que ni barca, ni tartana, ni canoa se veia.



Gaetano.

—¡Qué sueño! esclamó Franz volviendo á sentarse.

—No es sueño, contestó el patron, sino realidad. Cama, el piloto de *San Fernando*, entró un dia, y salió maravillado, diciendo que solo en los cuentos de las hadas hay tales tesoros.

—¿Sabeis que con esas palabras, dijo Franz, me hariais bajar á las cavernas de Ali-Babá?

—Digo lo que me dicen, escelencia.

—¿Con que me aconsejais que acepte?

—No digo tanto. Vuestra escelencia hará lo que sea de su gusto. Yo no quisiera aconsejarle en semejante ocasion.

—Eso no me da cuidado, dijo el marinero, porque conozco la embarcacion que tripulan.

—¿Es buena?

—Una igual deseo á vuestra escelencia para dar vuelta al mundo.

—¿De qué fuerza es?

—De unas cien toneladas sobre poco mas ó menos.

Es un barco de capricho, un yacht, como dicen los ingleses; pero construido de manera que en todo tiempo anda por el mar.

—¿Dónde lo han construido?

—Lo ignoro, aunque lo tengo por genovés.

—¿Y cómo un jefe de contrabandistas, prosiguió Franz, se atreve á construir en Génova un yacht con destino á su comercio?

—Yo no he dicho que él sea contrabandista, respondió el marinero.

—Sí.

—¿Dónde mora ese señor?

—En el mar.

—¿De qué pueblo es?

—No lo sé.

—¿Le habeis visto?

—Algunas veces.

—¿Qué trazas?...

—Vuestra escelencia juzgará por sí mismo.

—¿Y dónde va á recibirme?



...Vendáronle los ojos.

—No, pero me parece que Gaetano lo ha dicho.

—Gaetano habia visto de lejos la tripulacion, pero no habia hablado con ninguno.

—Pues si ese hombre no es capitan de contrabandistas, ¿qué es?

—Un señor muy rico que viaja por gusto.

—Vamos, pensaba Franz, con ser las relaciones diferentes, se hace mas y mas misterioso el personaje.

—¿Cómo se llama?

—Cuando se lo preguntan, responde que Simbad el Marino; pero yo dudo que ese sea su nombre verdadero.

—¿Simbad el Marino?

—Sin duda en ese palacio subterráneo de que Gaetano os habló.

—Y al desembarcar en esta isla, encontrándola desierta, ¿no habeis tenido nunca la curiosidad de dar con ese palacio encantado?

—Sí tal, escelencia, repuso el marinero, y mas de una vez; pero siempre fuéron inútiles nuestras tentativas. Hemos revuelto la gruta de arriba abajo, sin encontrar la menor comunicacion. ¡Si dicen que la puerta no se abre con llave, sino con una palabra mágica!

—Vamos, decididamente esto es un cuento de las *Mil y una noches*, murmuró Franz.

—Su escelencia os aguarda, dijo detrás de él una voz, que reconoció por la del centinela.

Acompañaban al recien llegado dos hombres de la tripulacion del yatch.

Por toda respuesta sacó Franz su pañuelo, presentándoselo al que le habia dirigido la palabra.

Sin decir una sola vendáronle los ojos con una escrupulosidad, que le daba á entender que no cometiese ninguna indiscrecion: luego hiciéronle jurar que no trataria de destaparse.

Franz juró.

Con esto le cogieron cada hombre por un brazo, y echó á andar, conducido por ellos y guiado del centinela.

A cosa de treinta pasos, por el olor mas vivo de la cabra, conoció que pasaba por delante del vivac; hiciéronle después dar como otros cincuenta pasos, evidentemente de la parte por donde prohibieron á Gaetano que anduviera, prohibicion que ahora se esplicaba. Pronto por el cambio de la atmósfera comprendió que entraba en un subterráneo, y á los pocos segundos de marcha oyó un estallido, y pareciole que cambiaba otra vez la atmósfera, poniéndose perfumada y tibia. Cuando sus piés, por último, resbalaban sobre un muelle tapiz, sus guias le abandonaron. Hubo un intervalo de silencio, hasta que dijo una voz en buen francés, aunque con acento estranjero:

—Seais, caballero, bien venido á esta casa. Ya podeis quitaros el pañuelo.

Como se deja entender, no hizo Franz que le repitiesen la invitacion. Se quitó su pañuelo y hallose cara á cara con un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, en traje tunecí, ó para que se nos entienda mejor, con un casquete colorado con borla de seda azul, una chaquetilla de paño negro bordada de oro, pantalones largos y anchos de color de sangre, calzas del mismo color, bordadas tambien de oro, y pantuflas amarillas. Llevaba á la cintura un magnífico chal de cachemira, y sujeto en él un yatagan pequeño y corvo.

Aunque pálido hasta degenerar en lívido, el rostro de este hombre era de notable hermosura. Sus ojos vivos y penetrantes, su nariz recta y casi al nivel de la frente, como de tipo griego en toda su pureza; sus dientes, blancos como perlas, resaltaban á maravilla entre su negro bigote.

Sin embargo, aquella palidez era singular. Parecia de un hombre encerrado mucho tiempo en un sepulcro, que no hubiese podido recobrar después el verdadero color de la carne viva.

No era de alta estatura, pero sí bien formado, y con las manos y los piés muy pequeños, como los meridionales.

Pero lo que admiró á Franz, que habia tenido por sueño las exageraciones de Gaetano, fué la suntuosidad del mueblaje.

Las paredes estaban cubiertas de seda turca carmesí, salpicada de flores de oro. A una parte se veia una especie de divan coronado por un trofeo de armas arabescas con vainas de plata sobredorada incrustadas de pedrería. Pendia del techo una lámpara de cristal de Venecia, preciosísima por su forma y su color, y cubria el suelo un tapiz turco, tan blando, que hasta el tobillo se hundian los piés. Grandes cortinones colgaban delante de la puerta por donde habia entrado Franz, y de la otra que daba paso á una habitacion magníficamente iluminada al parecer.

El desconocido abandonó un instante á Franz á su sorpresa, examinándole con la misma atencion con que él lo examinaba todo, y sin perderle un punto de vista.

—Caballero, le dijo al fin, suplicoos mil veces que me disimuleis las precauciones tomadas para introduciros aquí; pero como esta isla está desierta casi siempre, conocido el secreto de esta morada, cualquier dia me la encontraria sin duda como Dios fuere servido, lo que me diera bien poco gusto, no por la pérdida de lo que vale, sino porque me quitaria la seguridad que ahora tengo de poder separarme del mundo cuando me da la gana. Ahora procuraré haceros olvidar esa nimia molestia, ofreciéndoos lo que no esperariais encontrar aquí, esto es, una cena regular y una cama bastante buena.

—A fé mia, querido anfitrion, que no necesitais de pedirme disculpa, repuso Franz. Estoy acostumbrado á ver cómo se vendan los ojos á todos los que van á entrar en palacios encantados. Eso sucede á Raoul en los *Hugonotes;* y en verdad que yo no debo de quejarme, pues lo que veo, paréceme una continuacion de las maravillas de las *Mil y una noches.*

—¡Ay! tengo que deciros como Lúculo:—A esperar yo vuestra visita, hubiera hecho algunos preparativos. En fin, tal como es mi choza, tal como es mi colacion, las pongo á vuestro mandar.—¿Estamos ya servidos, Alí?

Casi al mismo instante levantose el cortinon de la puerta, apareciendo un negro nubiano, tan negro como el ébano, vestido con una sencilla túnica blanca, el cual hizo á su amo una seña, que indicaba que podia pasar al comedor.

—Oid ahora, dijo á Franz el desconocido. No sé si sereis de mi opinion, pero me parece cosa fastidiosísima estarse dos ó tres horas hablando sin saber los interlocutores sus nombres respectivos. Y cuenta que yo respeto demasiado las leyes de la hospitalidad para que os pregunte vuestro nombre ni vuestro título; ruegoos solamente que me digais uno cualquiera, porque pueda dirigiros la palabra. Para proporcionaros á vos iguales ventajas, os diré de mí que acostumbran á llamarme Simbad el Marino.

—Y de mí os diré, que como ya no me falta para estar en la misma situacion de Aladino sino la famosa lámpara maravillosa, no encuentro dificultad alguna en que me llameis Aladino interinamente. Tentaciones me dan de creerme trasportado al Oriente por algun genio benéfico, con que esta nueva ficcion prolongará mis quimeras.

—Pues bien, señor Aladino, dijo el anfitrion, habeis oido que podiamos pasar á la mesa, ¿no es verdad? entremos pues, si os place. Vuestro humilde servidor pasa delante para enseñaros el camino.

Y levantando con esto la cortina, pasó en efecto Simbad delante del jóven.

De cada vez estaba Franz mas maravillado. El servicio de la mesa era espléndido. Seguro ya de este punto tan importante, dirigió sus miradas á otra parte. El comedor, menos suntuoso que el gabinete que acababa de dejar, era todo de mármol con bajos relieves antiguos de gran mérito y valor. A los dos estremos de esta habitacion, que era oblonga, habia dos magníficas estatuas con cestones en la cabeza, que contenian frutas magníficas, ananas de Sicilia, granadas de Málaga, naranjas de las islas Baleares, albérchigos franceses, y dátiles de Tunez.

La cena se componia de un faisan asado con mirlos de Escocia, un jamon de jabalí *á la gelatina*, un pedazo de cabra á la tártara, un rodaballo magnífico, y una langosta colosal.

En los intermedios circulaban entremeses delicados.

La vajilla era de plata, y los porta-vasos de China.

Franz se frotaba los ojos para cerciorarse de que no soñaba.

Solamente Alí era admitido á servir á su dueño, lo que hacia perfectamente, valiéndole esto á Simbad alabanzas de su convidado.

—Sí, contestó aquel haciendo esquisitamente los honores á su cena, sí, es un pobre diablo que me quiere mucho, y se afana por agradarme. Recuerda que le he salvado la vida, y como la apreciaba mucho al parecer, me lo agradece bastante.





Simbad el marino.

Alí se acercó á su dueño, cogiole una mano y se la besó.

—¿Pecaré de indiscreto, señor Simbad, preguntándoos cómo y cuándo hicisteis esa bella accion? le dijo Franz.

—¡Oh Dios mio! es una accion muy vulgar, respondió Simbad el Marino. Sin duda ese pillastre habria rondado el serrallo del bey de Tunez mas de cerca de lo que á los negros se permite, porque el bey nez. Tal exigencia era inútil. Por muy de lejos que el infiel distinga cuando navegamos las costas de África, se esconde al punto en la cala, y no hay medio de hacerle salir de allí hasta que no se haya perdido de vista la tercera parte del mundo.

Franz se quedó un instante ensimismado, preguntándose qué deberia pensar de la frialdad horrible con que su anfitrion acababa de contarle aquella cruel historia.



De cada vez estaba Franz mas maravillado.

le sentenció á cortarle la lengua, la mano y la cabeza: la lengua el primer dia, la mano el segundo, y la cabeza el tercero. Siempre habia yo deseado tener un mudo á mi servicio, con que esperé á que le hubiesen cortado la lengua para ir á proponer al bey que me lo diese, á cambio de una magnífica escopeta de dos cañones que me habia parecido la víspera agradar á su alteza bastantemente. Aun con esto vaciló, tanto deseo tenia de acabar con ese pobre diablo; pero yo le di sobre la escopeta un cuchillo inglés de monte, con el cual habia yo mellado el yatagan de su alteza, y esto al fin le determinó á perdonarle la mano y la cabeza, aunque á condicion de que nunca volviera á Tu-

Luego dijo, mudando conversacion:

—¿Y vos pasais vuestra vida viajando como el honrado marino cuyo nombre llevais?

—Sí, es un voto que hice en cierta ocasion, cuando menos pensaba poderlo cumplir, dijo el desconocido sonriéndose. Muchos tengo hechos como este, que espero en Dios que se cumplan.

Aunque pronunció Simbad estas palabras con la mayor sangre fria, sus ojos despidieron un fulgor estraño de ferocidad.

—¿Habreis sufrido mucho, caballero? le dijo Franz.

Simbad se estremeció, y mirándole fijamente:

—¿Por qué os lo figurais? le preguntó.

—Por todo, repuso Franz: por vuestra voz, por vuestras miradas, por vuestra palidez, y hasta por esta clase de vida que traeis.

—¡Yo! ¡yo traigo la vida mas feliz que haya gozado un hombre! ¡una vida de pachá! Soy el rey del mundo. Me agrada un sitio, permanezco en él; me desagrada, lo dejo. Soy libre como los pájaros, y como ellos tengo alas. A una señal me obedecen todos los que

—¿Y por qué ha de ser una venganza? le preguntó.

—Porque me pareceis un hombre de esos que, perseguidos por la sociedad, tienen que arreglar cuentas con ella, repuso Franz.

—Pues bien, dijo Simbad sonriendo de aquella manera estraña que solo dejaba entrever sus dientes blancos y afilados. Pues bien, no dais en ello. Tal

Alí se acercó á su dueño, cogiole una mano y se la besó.

me rodean. De vez en cuando me entretengo en burlar á la policía de los hombres, quitándole un bandido que busca ó un criminal que persigue. Tengo yo además tambien mi justicia baja y alta, aunque sin papelotes ni apelacion, que absuelve ó condena, y que nadie tiene que ver con ella. ¡Oh! ¡Si hubieseis probado esta vida mia, no gustarais de otra alguna, y nunca volvierais al mundo, á no que tuvieseis que realizar algun proyecto gigantesco!

—Una venganza, por ejemplo, dijo Franz.

El desconocido clavó en el jóven una de esas miradas que penetran hasta lo mas profundo del pensamiento y del corazon humano.

como me veis, soy un filántropo sui géneris, y acaso un dia iré á Paris á hacer sombra á Mr. Appert y al hombre de la capa azul.

—¿Será la primera vez que hagais ese viaje?

—¡Oh, sí! ¿Indica poca curiosidad en mí, no es cierto? Pero os aseguro que no he tenido la culpa de tardar tanto, y que al fin el dia menos pensado iré.

—¿Será pronto?

—No lo sé todavía, que depende de circunstancias y combinaciones muy inciertas.

—Quisiera estar allí cuando vos vayais, para pagaros en la manera que me fuese posible esta hospitalidad tan generosa que me dais en Monte-Cristo.



—Con mucho placer aceptaria vuestra invitacion, repuso Simbad, si no tuviera que guardar el incógnito en Paris.

Entre tanto la cena proseguia. Como si hubiera sido preparada esprofeso para Franz, que hacia razonablemente los honores de ella, el marino solo gustaba los platos del espléndido festin. Al cabo Alí sirvió los postres, ó dicho mejor, las cestas que tenian en sus manos las estatuas.

Entre las dos puso una copa pequeña de plata sobredorada con tapa del mismo metal.

El respeto con que Alí cogió esta copa, chocó muchísimo á Franz, con que levantando la tapa, halló que contenia una especie de pasta verde, parecida al dulce de angélica, que él nunca habia visto.

Cuando volvió á tapar la copa, se hallaba tan ignorante de su contenido como al destaparla. Miró á su huésped y le vió sonreirse.

—¿No podeis adivinar qué es lo que contiene ese vaso? le preguntó este.

—Os lo confieso.

—Pues bien, esa especie de dulce verde, no es ni mas ni menos que la ambrosía que Hebe servia á Júpiter.

—Pero sin duda esa ambrosía, repuso Franz, al pasar por la mano de los hombres habrá perdido su nombre divino para tomar otro humano. ¿Cómo se llama pues en lengua vulgar este ingrediente, que á decir verdad no me inspira gran simpatía?

—Ahí teneis justamente la revelacion de nuestro orígen material, esclamó el marino. ¡Cuántas veces pasamos del mismo modo junto á la felicidad, sin verla, sin mirarla, ó sin reconocerla, si la vemos ó la miramos! Si sois un hombre positivista, si vuestro Dios es el oro, probad esto, y se os abrirán las minas del Perú, de Guzarate y de Golconda. Si sois un hombre de inteligencia, si sois poeta, probad esto, y desaparecerán para vos los límites de lo posible, y se os abrirán los campos de lo infinito, y en libertad absoluta de pensamiento y de alma, volareis á vuestro antojo por las inconmensurables esferas de la fantasía. ¿Sois ambicioso, os pereceis por las vanidades de la tierra? probad esto, y dentro de una hora sereis rey, no de un reino miserable, olvidado en un rincon de Europa, como Francia, España ó Inglaterra, sino rey del mundo, rey del universo, rey de la creacion. Asentareis vuestro trono en la montaña adonde llevó Satan á Jesucristo, y sin que le rindais tributo, sin que os humilleis hasta besarle la pezuña, sereis el soberano soberano de todos los soberanos de la tierra. ¿No es lo que os ofrezco tentador? confesadlo: tanto mas tentador, cuanto que no hay nada mas fácil que hacer esto. Mirad.

Y descubriendo á su vez la copa de plata que contenia el ponderado elixir, llenó de él una cucharilla de café, la llevó á sus labios, y la saboreó lentamente, con los ojos medio cerrados y la cabeza echada hácia atrás.

Franz le dejó todo el tiempo necesario para tragarlo, y le dijo al verle ya vuelto, por decirlo así, á la escena:

—Pero ¿á qué se reduce este manjar tan precioso?

—¿Habeis oido hablar, le contestó el marino, del Viejo de la montaña, de aquel que quiso asesinar á Felipe Augusto?

—Sin duda.

—Pues sabed que reinaba en un valle fertilísimo, que dominaba la montaña de donde habia tomado su pintoresco nombre. Estaba aquel valle lleno de jardines, plantados por Hassen-ben-Sabad, con pabellones aislados, donde hacia entrar á sus elegidos para darles á masticar, segun dice Marco Paulo, cierta yerba que los trasportaba al paraiso, entre plantas siempre en flor, frutas maduras siempre, y mugeres siempre vírgenes. Ahora bien, lo que aquellos jóvenes tomaban por realidad, era un sueño; pero un sueño tan dulce, tan embriagador, tan voluptuoso, que se vendian en cuerpo y alma al que se lo proporcionaba, y obedientes á sus órdenes como á las de Dios, iban á buscar hasta el fin del mundo la víctima indicada para herirla, espirando en los tormentos sin proferir una queja, alentados por la esperanza de que su muerte no era sino una trasmigracion á aquella vida de delicias que les daba á probar esta yerba santa, que acaban de servirme en vuestra presencia.

—Entonces, esclamó Franz, es el hatchis; sí; yo lo conozco, á lo menos de nombre.

—Justamente; habeis acertado con el nombre, señor Aladino; es el hatchis; el hatchis mejor y mas puro que se hace en Alejandría; el hatchis de Abougor, el grande, el único, el hombre á quien se debería edificar un palacio con esta inscripcion:

Al mercader de la dicha, el mundo reconocido.

—¿Sabeis, dijo Franz, que me dan ganas de juzgar por mí mismo de la verdad ó exageracion de vuestros elogios?

—Juzgad por vos mismo, mi querido huésped, juzgad; pero no por la primera impresion que os produzca. Es preciso acostumbrar los sentidos á una nueva, como acontece en todas las impresiones, dulce ó violenta, triste ó alegre: existe una lucha entre esta divina sustancia y la naturaleza, que no está organizada para el placer, y que se aferra mucho al dolor. Es preciso que la naturaleza vencida muera sobre el campo de batalla; es preciso que la realidad suceda al sueño, y entonces es el sueño el que domina absoluto, y la vida se hace sueño, y el sueño se hace vida. ¡Pero qué diferencia en tal trasformacion! Esto vale como decir, que comparados los dolores de la vida real, con los placeres de esa existencia ficticia, no querreis vivir nunca, porque querreis soñar siempre. Cuando abandoneis vuestro mundo por el mundo de los demás, os parecerá que pasais de una primavera de Nápoles á un invierno de la Laponia; os parecerá que dejais el paraiso por la tierra, y el cielo por el infierno. Probad el hatchis, mi querido huésped, probadlo.

Por toda respuesta cogió Franz una cucharada de aquella pasta maravillosa, igual á la que habia tomado su anfitrion, y se la llevó á los labios.

—¡Diablo! esclamó cuando se la hubo tragado, no sé si la consecuencia será tan agradable como decís; pero lo que es como manjar, no me parece tan suculento como á vos.

—Porque vuestro paladar no está acostumbrado á lo sublime de esa sustancia. Decidme, ¿os han gustado desde el primer dia las ostras, el té, las trufas, y todo lo que después habeis apreciado en tal manera? ¿Comprendeis acaso á los romanos, que sazonaban los faisanes con asafétida, y á los chinos, que comen nidos de golondrinas? No por cierto, no. Pues bien, lo propio sucede con el hatchis. Tomadlo solo ocho dias seguidos, y ningun manjar del mundo os parecerá que reune la delicadeza de este, hoy soso y nauseabundo para vos. Pasemos ahora á la habitacion de al lado, es decir, á la vuestra, que va Alí á servirnos el café y á darnos pipas.

Levantáronse los dos, y mientras el que á sí mismo se habia dado el nombre de Simbad, y que nosotros hemos nombrado de tiempo en tiempo, porque se le pudiera llamar de cualquier modo; mientras Simbad, repetimos, daba algunas órdenes á su criado, Franz entró en la pieza inmediata.

El mueblaje de esta era mas sencillo, aunque no menos rico, y la forma de ella redonda. Un divan prolongado la ceñia en derredor; pero divan, techo, paredes y suelo estaban cubiertos de magníficas pieles, blandas como los mas blandos tapices; eran de leones del Atlas, con sus majestuosas crines, de tigres de Bengala, á rayas deslumbradoras, de panteras del

Cabo, tachonadas de oro, como la que se aparecia al Dante; y pieles, en fin, de osos de la Siberia y zorras de Noruega, arrojadas todas con profusion unas sobre otras, de manera que parecia que se anduviese sobre la alfombra mas espesa, ó se reposase en el lecho mas muelle.

Ambos se sentaron en el divan. Pipas con boquilla de ámbar y tubos de jazmin yacian á la mano, y preparadas para que no hubiese necesidad de fumar dos veces en una misma. Tomó una cada uno, y Alí las encendió, saliendo luego á buscar el café.

Hubo un momento de silencio, que Simbad pasó entregado á los pensamientos que al parecer le dominaban sin tregua, aun en medio de la conversacion, y Franz, abandonado á esa especie de fascinacion vertiginosa que acomete siempre al que fuma escelente tabaco. No parece sino que el humo del tabaco bueno tenga la propiedad de quitarnos todas las penas, dándonos á cambio ilusiones.

Alí trajo el café.

—¿Cómo lo tomais? preguntó á Franz el desconocido, ¿á la francesa ó á la turca? ¿cargado ó claro? ¿con azúcar ó sin ella? ¿pasado ó hirviendo? Podeis elegir, pues lo hay de todas las maneras.

—Lo tomaré á la turca, respondió Franz.

—Haceis bien. Eso prueba que teneis buenas disposiciones para la vida oriental. ¡Ah! los orientales convendreis conmigo que son los únicos hombres que sepan vivir. Por lo que á mí toca, añadió Simbad con una de aquellas singulares sonrisas que no se escapaban á la observacion del jóven; tan pronto como despache mis negocios de París iré á morir al Oriente, y si entonces quereis encontrarme, os será preciso irme á buscar al Cairo, á Bagdad ó á Ispahan.

—Cosa fácil será por vida mia, dijo Franz, pues paréceme que tengo alas de águila, capaces de dar la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

—¡Hola! ¡hola! ¡ya hace operacion el hatchis! pues abrid esas alas, y volad á las regiones de la fantasía. Nada os arredre, que hay quien vele por vos, y si vuestras alas se derriten al sol como las de Icaro, aquí estoy yo para recibiros.

Tras esto dijo á Alí algunas palabras árabes. El negro hizo un gesto de obediencia y se retiró, aunque sin alejarse.

Franz en aquel momento sufria una rara trasformacion. Todas sus fatigas físicas, toda la exaltacion originada en su cerebro por los sucesos de aquel dia iban desapareciendo, como en esos primeros instantes del sueño en que se vive todavía. Cobraba al parecer su cuerpo una ligereza inmaterial, su razon se despejaba de una manera maravillosa, y parecian duplicarse las facultades de sus sentidos. Su horizonte se iba ensanchando de cada vez mas y mas; pero no ese horizonte sombrío y lleno de terrores en que se arrastraba antes de su sueño, sino un horizonte azul, trasparente y vasto, con todo lo que el mar tiene de tintas mágicas, con todo lo que el sol tiene de luz, y todo lo que la brisa tiene de perfumes. Luego, entre los cantos de los marineros, cantos tan límpidos y claros, que á poder escribirlos compusieran una armonía divina, miraba aparecer la isla de Monte-Cristo, no como un escollo terrible entre las olas, sino como un oasis perdido en el desierto; y á medida que la barca se acercaba haciase el canto mas numeroso, porque tambien la isla exhalaba á Dios una armonía misteriosa, ni mas ni menos que si alguna hada, como Lorelay, ó algun encantador, como Anfion, quisiera atraer hácia aquella parte un alma ó edificar una ciudad.

Al cabo la barca tocó en la orilla, aunque sin violencia, sin sacudimiento, como toca un labio á otro labio, y penetró en la gruta sin que dejase de sonar aquella música encantadora. Bajó, ó mejor dicho, pareciole que bajaba algunos escalones, respirando un aire embalsamado y fresco, como el que debia de soplar en torno á la gruta de Circe, aire lleno de perfumes que embriagan la fantasía, de ardores que encienden los sentidos, y volvió á ver todo lo que habia visto antes de su sueño, desde Simbad, el fantástico marino, hasta Alí, el criado mudo. Luego todo parecia que se confundiese y se borrase á su vista, como las últimas sombras de una linterna mágica que se apaga, hallándose de nuevo en la habitacion de las estatuas, que alumbraba solamente una de esas lámparas antiguas de luz pálida, que en medio de la noche acompañan al sueño ó á la voluptuosidad.

Las estatuas eran las mismas, de formas delicadas, ricas de poesía y de lujuria, con ojos magnéticos, sonrisa lasciva y larga cabellera. Frina, Cleopatra, Mesalina, las tres cortesanas célebres. Entre aquellas sombras impúdicas aparecia después como un ángel cristiano en medio del Olimpo, como un rayo de luz pura, una vision dulce que se cubria la frente virginal ante aquellas impurezas de mármol.

Entonces se figuró que las tres estatuas habian fundido sus amores en uno para un hombre solo, y que este hombre era él, y que se acercaban á su lecho envueltas en largas túnicas blancas, desnuda la garganta, destrenzados los cabellos, con una de esas actitudes que seducian á los dioses, pero que resistian los santos; con esas miradas inflexibles y ardientes como la de la culebra que atrae al pájaro, y que se entregaba por último á aquellas caricias dolorosas como un abrazo, y voluptuosas como un beso.

Pareciole á Franz que cerraba los ojos, y que con la última mirada veia á la estatua púdica cubrirse el rostro enteramente; y después de cerrados sus ojos á las cosas materiales, se abrieron sus sentidos á las fantásticas, gozando de una felicidad sin límites, de un amor incesante, como el que prometia á sus elegidos el profeta.

Entonces se animaron aquellas bocas de piedra, y palpitaron aquellos pechos hasta tal punto, que para Franz, que por la vez primera conocia los efectos del hatchis, este amor casi era dolor, esta voluptuosidad casi tortura, sobre todo cuando sentia posarse en su boca ardiente los labios de las estatuas, frios y petrificados como los anillos de una culebra. Pero mientras mas se esforzaba á rechazar aquel amor imaginario, mas se engolfaban sus sentidos en el sueño misterioso, hasta que después de una lucha en que tanto deseaba quedar victorioso como vencido, cedió enteramente, abrasado de fatiga, hastiado de voluptuosidad, á los besos de aquellas mugeres de mármol, y á los encantos de aquel sueño inconcebible.

CAPITULO IX.

EL DESPERTAR.

Cuando volvió Franz en sí, parecian los objetos esteriores parte integrante de su fascinacion. Imaginose en un sepulcro, donde apenas penetraba un rayo de sol como una mirada compasiva. Alargó la mano y tocó piedra: incorporose y se halló acostado en un lecho de hojas secas aromáticas y dulces.

Las visiones habian desaparecido, y como si fueran las estatuas solo sombras salidas de sus sepulcros durante su ensueño, habian huido al despertar.

A toda la agitacion del sueño, sucedia la calma de la realidad.

Dió Franz algunos pasos hácia el punto de donde venia la luz, y hallose en una gruta: á través de la puerta se apercibia el azul del mar y del cielo.

Aire y agua resplandecian á los rayos del sol de la mañana: á la orilla estaban sentados los marineros riendo y cantando: á diez pasos mar adentro se mecia graciosamente la barquilla sobre sus anclas.

Saboreó largo rato aquella brisa fresca que le azo-

taba la frente, escuchó el débil rumor de las olas que se estrellaban en la orilla, salpicando las rocas de blanca espuma, y entregose instintivamente á ese divino éstasis que la naturaleza produce, sobre todo después de un sueño fantástico. Poco á poco la vida esterior, tan pura, tan grande, tan tranquila, recordole lo inverosímil de su sueño, empezando á poblarse de recuerdos su memoria.

lo, sin peso en el cerebro, sino todo lo contrario, un bienestar general, una predisposicion á absorber el sol y el aire mas grande que nunca.

Con esto se acercó á sus marineros.

Así como le vieron venir se levantaron todos, y el patron se le acercó.

—El señor Simbad, le dijo, nos ha encargado de cumplimentar á vuestra escelencia en su nombre, y



...que se acercaban á su lecho envueltas en largas túnicas blancas...

Recordó su llegada á la isla, su presentacion á un jefe de contrabandistas, un palacio espléndido, una cena escelente y una cucharada de hatchis.

Solamente en medio de esta realidad palpable le parecia que contaban todas aquellas cosas lo menos un mes de fecha, tan vivo era el pensamiento de su sueño, y tanta importancia tenia en su imaginacion. De vez en cuando figurábase que veia entre los marineros, ó junto á una roca, ó meciéndose sobre el barco, una de aquellas sombras que con besos y miradas poblaron de estrellas el cielo de su noche. Por lo demás, sentia la cabeza enteramente despejada y el cuerpo tranqui-

de manifestarle cuánto siente no poder despedirse de vuestra escelencia; mas espera que le disimuleis en sabiendo que un negocio importantísimo le obliga á marchar á Málaga.

—¡Ah! oye, mi querido Gaetano, ¿es todo realmente verdad? ¿existe un hombre que me recibió en esta isla, que me dió una hospitalidad régia, y se ha marchado durante mi sueño?

—Tan cierto es, que por allí va alejándose su yacht á velas desplegadas: con vuestro anteojo de larga vista quizás podreis aun reconocer al marino en medio de la tripulacion sobre cubierta.

Y esto diciendo estendia Gaetano su brazo en direccion á un barquillo, que se dirigia al estremo meridional de Córcega.

Franz cogió el anteojo, lo arregló, y se puso á mirar al sitio indicado.

No se engañaba Gaetano. A la popa del barco aparecia el misterioso estranjero, de pié, vuelto hácia Franz, y con un anteojo en la mano como él. Estaba vestido

—¿Qué manda vuestra escelencia? le preguntó Gaetano.

—Primeramente que me deis una luz.

—¡Ah! ya comprendo, repuso el patron; para buscar la entrada de la mansion encantada. Buen provecho os haga, escelencia, puesto que teneis gusto en ello: voy á daros la antorcha que me pedís; pero sabed que á mí tambien me ha asaltado esa idea, que



Alí.

con el mismo traje que se presentó á su huésped, y en son de despedida agitaba un pañuelo.

Devolviole Franz su saludo de la misma manera.

Un momento después apareció á la popa del barco una nubecilla de humo, elevándose al cielo graciosa y lentamente: una débil detonacion llegó á oidos de Franz.

—¿Ois? le dijo Gaetano: con eso os da el adios.

Tomó el jóven su carabina, descargándola al aire; pero sin esperanza de que la detonacion pudiese atravesar la distancia que separaba al yacht de la costa.

he tenido ese capricho tres ó cuatro veces; y que siempre he acabado por renunciar á él.—Giovanni, añadió, enciende una tea y traela á su escelencia.

Giovanni obedeció, y tomando Franz la tea entró en el subterráneo seguido de Gaetano.

Reconoció el sitio en que se habia despertado, y su lecho de hojas hollado todavía; pero por mas que examinó con ayuda de la tea toda la superficie esterior de la gruta, nada vió, si se esceptuan algunos sitios que por lo ahumados demostraban que otros habian hecho antes que él la misma investigacion.

No dejó sin embargo por esto de examinar un solo pié de aquella muralla granítica, impenetrable como el porvenir: no vió una sola grieta sin introducir en ella su cuchillo de monte: no observó un solo ángulo saliente de una piedra sin apoyarse en él, con la esperanza de que cederia; pero todo fué inútil, y en este trabajo perdió dos horas sin resultado alguno.

Al cabo de este tiempo renunció á sus proyectos. Gaetano habia triunfado.

Además, otras ideas preocupaban su imaginacion. Desde la víspera se habia constituido en héroe de un cuento de las *Mil y una noches*: un poder invencible le arrastraba á la gruta.

Pese á la inutilidad de sus primeras pesquisas emprendió otras nuevas, mientras Gaetano, por órden suya, asaba una de las cabras. Harto tiempo debió durar esta segunda visita, pues cuando tornó estaba ya asada la cabra y dispuesto el almuerzo.



Alberto de Morcef.

Cuando volvió Franz á la playa, el yacht no aparecia ya sino como un punto blanco en el horizonte: recurrió á su anteojo; pero ni aun así le fué posible distinguir nada.

Recordole Gaetano que habia venido á cazar cabras, cosa de que él se habia ya olvidado enteramente. Tomó su escopeta y se puso á recorrer la isla, mas bien como un hombre que cumple una obligacion, que como aquel que procura divertirse, y al cabo de un cuarto de hora habia muerto una cabra y dos cabritillos. Pero aquellas cabras, aunque salvajes y ligeras como gamuzas, tenian una gran semejanza con nuestras cabras domésticas, y Franz no las consideraba como caza.

Sentado Franz en el mismo sitio adonde la víspera vinieron á invitarle á cenar de parte del misterioso desconocido, distinguió todavia, como una gaviota cerniéndose sobre las aguas, al diminuto yacht, que continuaba su camino á Córcega.

—¿Pero no me dijisteis que el señor Simbad iba á Málaga? esclamó de repente encarándose con Gaetano. Paréceme que se dirige á Porto-Vecchio.

—¿No recordais, contestó el marinero, que os dije tambien que entre su tripulacion habia accidentalmente dos bandidos corsos?

—Con efecto: irá á desembarcarlos en la costa, añadió Franz.

—Justamente. ¡Ah! Simbad el Marino es un buen

sugeto, que no teme á Dios ni al diablo, y que por hacer un servicio á un pobre, dicen que andaria diez leguas.

—Pero los servicios de ese género le pueden malquistar con las autoridades del país donde los haga, repuso Franz.

—¡Ah! esclamó sonriéndose Gaetano. ¿Qué le importan á él las autoridades? se burla de ellas, y cuando le persiguen no es su yacht un buque velero, sino un pájaro, sobre que para encontrar amigos, solo tiene que echarse á la costa.

Lo que resultaba palpable de todo esto, era que el señor Simbad, el agasajador de Franz, honrábase con estar relacionado con todos los contrabandistas y bandoleros del Mediterráneo, posicion asaz escéntrica.

Como nada retenia ya á Franz en Monte-Cristo, y como habia perdido la esperanza de descubrir el encanto de la gruta, apresurose á almorzar, ordenando á los marineros que preparasen la barca para dentro de una hora.

Pasada que fué, pudo desde á bordo echar la última mirada al yacht, que estaba á punto de perderse de vista en el golfo de Porto-Vecchio. Cuando, dada la señal de partir, se ponia su barco en movimiento, aquel desaparecia enteramente.

Con el yacht se desvanecia la postrera realidad de la noche anterior; la cena, Simbad, el hatchis, las estatuas, todo en fin empezaba á tomar para el jóven el colorido de un sueño.

El dia y la noche entera caminó la barca, y á la salida del sol á la mañana siguiente habia perdido tambien de vista á la isla de Monte-Cristo.

Así como puso Franz el pié en tierra firme, se olvidó, aunque fuera momentáneamente, de los últimos acontecimientos, para terminar sus quehaceres políticos y juveniles en Florencia, y no pensar en otra cosa que en juntarse con su compañero, que le esperaba en Roma.

Partió pues en el correo, y el sábado por la noche se apeaba en la calle de la Aduana.

Como ya se ha dicho, la habitacion la tenia de antemano preparada, no necesitando de otra cosa que dirigirse al *hotel* de maese Pastrini, cosa que no era muy fácil, pues una inmensa muchedumbre henchia las calles ya, y se miraba aturdida Roma por el rumor febril y sordo que precede á las grandes solemnidades.

Las grandes solemnidades de Roma son cuatro:—El Carnaval, la Semana Santa, el dia del Corpus, y el de San Pedro.—En el resto del año torna á caer la ciudad en ese triste marasmo, punto medio entre la vida y la muerte, entre este mundo y el otro, marasmo sublime, característico y poético, que Franz habia estudiado ya cinco ó seis veces, encontrándolo á cada una mas fantástico y maravilloso.

Atravesando pues aquella turba, por momentos creciente y agitada, llegó á la fonda.

Con esa impertinencia propia de los cocheros de alquiler que tienen ya viaje aparejado, y de los fondistas que tienen sus cuartos llenos, respondieron á su primera pregunta que no habia para él habitacion en la fonda de Londres. Con esto se vió obligado á enviar una tarjeta á maese Pastrini, y á preguntar por Alberto de Morcef. Este arbitrio fué escelente, pues acudió en persona maese Pastrini con mil escusas, por haber hecho esperar á su escelencia, y tomando la bujía de mano de un *cicerone* que ya se habia apoderado del viajero, preparábase á conducirle junto á su amigo, cuando este apareció.

La consabida habitacion se componia de dos piezas pequeñas y de un gabinete con ventanas que daban á la calle, cualidad que exageró mucho maese Pastrini, añadiendo que era inapreciable su valor. Lo restante de aquel piso lo tenia alquilado á un personaje muy rico, que pasaba por siciliano ó maltés, aunque el fondista no supo decir á ciencia cierta á cuál de las dos naciones pertenecia.

—Corriente, maese Pastrini, dijo Franz. Necesitamos ahora por lo pronto una cena cualquiera para esta noche, y un carruaje para mañana y los siguientes dias.

—En lo de la cena, respondió el posadero, sereis servidos en el acto; pero en lo del carruaje...

—¿Cómo es eso, maese Pastrini? ¡dudais!... Ea, no os chanceeis, que necesitamos un carruaje.

—¡Oh caballero! todo lo imaginable se hará por proporcionároslo, y es cuanto os puedo decir.

—¿Y cuándo sabremos la razon? le preguntó Franz.

—Mañana por la mañana, respondió el posadero.

—¡Qué diablos! esclamó Alberto. Con pagarlo bien, es negocio concluido. Ya sabemos á qué atenernos. Un carruaje de Drake ó de Aaron cuesta veinticinco francos los dias de trabajo, y treinta ó treinta y cinco los domingos y disantos, con que añadiendo cinco francos diarios de corretaje, suman cuarenta. No se vuelva á hablar de esto.

—Recelo que aun ofreciendo el doble los señores, no logren proporcionárselo.

—Pues que pongan caballos al mio, aunque del viaje está algo estropeado; pero no importa...

—No se encontrarán caballos.

Alberto miró á Franz con el aire de aquel que oye una cosa incomprensible.

—¿Ois, Franz? le dijo. ¡No hay caballos! Pero de posta ¿no podria haberlos?

—Estan alquilados todos há quince dias, y solamente quedan los indispensables para el servicio.

—¿Qué es lo que decís?

—Digo, que cuando no comprendo una cosa, acostumbro dejarla á un lado y pasar á otra. ¿Está dispuesta la cena, maese Pastrini?

—Sí, escelencia.

—Pues ante todo, cenemos.

—Pero ¿y el carruaje y los caballos? dijo Franz.

—Descuidad, caro amigo, que ellos vendrán por su propio pié. El busilis está en el precio.

Y Morcef, con esa admirable filosofía del hombre que nada juzga imposible mientras tiene el bolsillo repleto, cenó, se acostó y durmió á pierna suelta, soñando que paseaba las calles de Roma en un carruaje tirado por seis caballos.

CAPITULO X.

LOS BANDIDOS ROMANOS.

Al dia siguiente despertó Franz antes que su compañero, y tiró en el acto del cordon de la campanilla: aun no habia acabado de vibrar, cuando apareció maese Pastrini en cuerpo y alma.

Sin esperar á que Franz le interrogase esclamó con aire de triunfo:

—¿Eh? ¿qué tal? bien hacia yo ayer en no comprometerme á nada. Habeis llegado tarde, y ya no hay en Roma un solo coche desalquilado... para los tres últimos dias, se entiende.

—¡Pues! ¡para los dias que mas los necesitamos! añadió Franz.

—¿Qué hay? preguntó Alberto entrando á la sazon. ¿No tenemos coche?

—Justamente, querido amigo, respondió Franz. Lo habeis adivinado.

—¡Pues buena está vuestra ciudad eterna!

Queriendo maese Pastrini dejar bien parado el pabellon de la capital del mundo cristiano, replicó á los viajeros:

—Es decir, que no hay carruajes desde el domingo por la mañana hasta el martes por la noche; pero despues los encontrareis de sobra.

—¡Ah! eso ya es algo, repuso Alberto. Hoy es jue-

ves: de aquí al domingo sabe Dios lo que puede suceder.

—Que llegarán diez ó doce mil viajeros, y la dificultad será mayor, repuso Franz.

—Gocemos del presente, amigo mio, replicó Morcef, y no amarguemos el porvenir.

—¿Tendremos siquiera una ventana? preguntó Franz.

—¿Dónde?

—En la calle de la Carrera.

—¡Oh! ¡una ventana! ¡imposible de toda imposibilidad! esclamó maese Pastrini. Una sola quedaba en el quinto piso del palacio Doria, y la ha alquilado un príncipe ruso por veinte cequíes diarios.

Los dos jóvenes se miraron como estupefactos.

—Pues querido, dijo Franz á Alberto, lo mejor que podremos hacer es irnos á Venecia á pasar el carnaval. Allí tan siquiera, si no encontramos carruajes encontraremos góndolas.

—¡Oh! no, no, repuso Alberto; estoy resuelto á ver el carnaval de Roma, y lo veré aunque sea en zancos.

—¡Calle! esclamó Franz: magnífica es esa idea, sobre todo para apagar los *moccoletti*. Nos disfrazamos de polichinelas, de vampiros ó de habitantes de las Landas, y damos golpe.

—¿Insisten sus escelencias en tener un carruaje para el domingo?

—¿Pues podeis imaginaros que recorramos nosotros á pié las calles de Roma, como si fuéramos escribientes de escribano?

—Voy pues á cumplir, en cuanto me sea dable, las órdenes de sus escelencias, respondió maese Pastrini; pero les advierto que costará el carruaje seis piastras por dia.

—Y yo, caro Pastrini, yo que no soy nuestro vecino el millonario, repuso Franz, os advierto que como esta es la cuarta vez que vengo á Roma, sé muy bien cuánto cuesta un carruaje, así en dia festivo como en dia comun. Por hoy, mañana y pasado os daremos doce piastras, y aun saldreis ganancioso.

—Sin embargo, escelencia... añadió Pastrini, pugnando por oponerse.

—Idos, idos, mi querido maese, ó iré yo en persona á ajustar el carruaje con vuestro *affettatore*, que es tambien el mio. Le conozco de antaño, y como me ha robado bastante dinero, aceptará un precio menor aun que el que os propongo, con la esperanza de robarme mas... con que perdereis la diferencia, y tendreis vos mismo la culpa.

—¡Oh! no os tomeis esa molestia, escelencia, respondió Pastrini, sonriendo como el especulador italiano que se declara vencido. Haré el encargo como se me alcance mejor, y espero dejaros complacido.

—Perfectamente, eso se llama ponerse en la razon.

—¿Cuándo quereis el coche?

—Dentro de una hora.

—Dentro de una hora estará á la puerta.

Con efecto, una hora despues esperaba á los dos jóvenes el carruaje, que era una modestísima calesa, elevada por la solemnidad del dia al rango de carretela; pero á pesar de su humildad, nuestros jóvenes se contentaran mucho con tener un carruaje semejante para los tres últimos dias.

—Escelencia, gritó el *cicerone* viendo á Franz asomarse á la ventana, ¿se acerca al palacio la carroza?

Por muy habituado que Franz estuviese al énfasis italiano, fué mirar en torno suyo su primera idea; pero á él se dirigian con efecto aquellas palabras. El era el escelencia, la calesa la carroza, y el palacio la fonda de Londres. El carácter adulador de todo un pueblo estaba retratado en aquella frase.

Bajaron Franz y Alberto, y acercándose al palacio la carroza, subieron á ella sus escelencias. El *cicerone* se colocó en la zaga.

—¿Adónde quieren ir sus escelencias?

—Primeramente á San Pedro, y luego al Coliseo, respondió Alberto, que ignoraba que solo para ver á San Pedro se necesita un dia, y para estudiarlo un mes. En ver á San Pedro se les pasó aquel dia.

De repente advirtieron los dos jóvenes que iba anocheciendo. Sacó Franz el reloj y eran las cuatro y media, con que tomaron al punto la vuelta del hotel, mandando Franz al cochero por despedida que estuviese allí á las ocho. Queria enseñar á Alberto el Coliseo á la luz de la luna, como le habia enseñado San Pedro á la luz del dia.

Cuando enseñamos á un amigo una poblacion que ya nos es conocida, usamos de la misma coquetería que para enseñarle nuestra novia. Franz por consiguiente trazó al cochero su itinerario, que era salir por la puerta del Pópolo, y costeando la muralla entrar por la puerta de San Juan. De esta manera el Coliseo aparecia de repente, sin que el Capitolio, el Foro, el arco de Septimio Severo, el templo de Antonino y Faustino y la Via Sacra sirviesen como de punto medio para que el curioso se apreste á ver maravillas.

Sentáronse á la mesa.

El fondista les habia prometido un banquete verdadero, y gracias si les dió una comida regular.

A los postres entró maese Pastrini, y creyendo Franz que venia á recibir alabanzas de su comida, se preparaba á dárselas, cuando le interrumpió el italiano.

—Mucho me lisonjea vuestra aprobacion, escelencia, le dijo; pero no subo á vuestro cuarto para eso.

—¿Será quizás para decirnos que habeis hallado carruaje? le preguntó Alberto encendiendo un cigarro.

—Mucho menos. Lo que debeis hacer es no pensar mas en ello y resignaros. En Roma las cosas se pueden ó no se pueden hacer. Se os ha dicho que no... pues negocio concluido.

—¡Oh! en Paris sucede mejor... Cuando una cosa no se puede se paga doble... y se puede al instante.

—A todos los franceses oigo decir lo mismo, con que no comprendo cómo viajan, repuso un tanto picado maese Pastrini.

—Es que los que viajan, añadió Alberto arrojando con mucha flema al techo una bocanada de humo y meciéndose sobre los piés traseros de su silla; los que viajan son los locos y los imbéciles como yo; que las personas cuerdas nunca abandonan su casita de la calle de Helder, el *boulevard* de Gante y el café de Paris.

Por escusado tenemos advertir que Alberto vivia en la calle mencionada, que daba todos los dias su paseo *fashionable*, y comia en el único café en que se puede comer, estando con los mozos en buena amistad.

Quedó maese Pastrini un instante silencioso, como si meditara la respuesta de Alberto, respuesta que sin duda no le debió parecer muy comprensible.

—Acabemos, dijo Franz á su vez, interrumpiendo al fondista en sus meditaciones geográficas. Por algo habreis venido aquí. ¿Quereis esplicárnoslo?

—Justamente. Al caso. ¿Habeis mandado al cochero que vuelva á las ocho?

—Sí.

—¿Haciais propósito de visitar el Coloseum?

—¿Es decir, el Coliseo?

—Es lo mismo.

—Pues adelante.

—¿Habeis mandado al cochero que saliese por la puerta del Pópolo, y que rodeando la muralla entrase por la puerta de San Juan?

—Esas fuéron mis palabras.

—Pues ese itinerario es imposible, ó al menos muy peligroso.

—¡Peligroso! ¿por qué?

—Por culpa del famoso Luigi Vampa.

—Ante todo, caro Pastrini, ¿quién es ese famoso

Luigi Vampa? le preguntó Alberto. Podrá ser en Roma famosísimo; pero os anuncio que es en París enteramente desconocido.

—¡Cómo! ¿no le conoceis?

—No tengo ese honor.

—¡Pues si es un bandido que deja tamaños á los Decesaris y los Gasparones!

—Alberto, atencion, dijo Franz. Ya pareció aquello. Ya tenemos un bandido en campaña.

puso Franz, sino que no os ha de creer de todo en todo. Yo, sí, os creeré. Esto os baste. Hablad.

—Sin embargo, escelencia, bien se os alcanza que si se pone en duda mi...

—Caro, le interrumpió Franz, sois mas susceptible que Casandro, que á pesar de ser profeta, de nadie era escuchado. Vos á lo menos contais con una mitad de vuestro auditorio. Vamos pues, sentaos y decidnos quién sea ese señor Vampa.



—Alberto, atencion, dijo Franz. Ya pareció aquello.

—Os prevengo, caro Pastrini, que no he de creer ni una palabra de lo que me digais; con que sentado este precedente, decid lo que os plazca, que estoy pronto á escucharos.—«*Era vez...*»—¡Cómo! ¿no proseguís?

Volviose Pastrini á Franz, que le parecia mas sesudo que su compañero, y le dijo gravemente:

—Escelencia, si pensais que miento, inútil es que diga lo que iba á decir. Puedo sin embargo afirmar, que solo afecto á vuestras escelencias me movia.

—Alberto no dice que mintais, señor Pastrini, re-

—Ya os dije, escelencia, que era un bandido como no se vió semejante desde los tiempos del famoso Mastrilla.

—Pero, ¿qué tiene que ver ese bandido con la órden que he dado al cochero de salir por la puerta del Pópolo y volver por la de San Juan?

—Mucho, respondió maese Pastrini. Por la primera podreis salir, pero dudo de que entreis por la otra.

—¿Por qué? le preguntó Franz.

—Porque apenas llega la noche, ya no está nadie seguro á cincuenta pasos de las puertas.

—¿De veras? esclamó Alberto.

—Señor conde, respondió maese Pastrini, picado siempre con Alberto, porque dudaba de su veracidad; señor conde, no hablo con vos, sino con vuestro compañero de viaje, que conoce bien á Roma, y que sabe que en esto no se puede uno chancear.

—Oye, caro, dijo Alberto dirigiéndose á Franz, se nos presenta una magnífica aventura. Llenamos nuestro coche de pistolas, trabucos y escopetas de dos cañones, y cuando venga á prendernos Luigi Vampa, le prendemos nosotros á él, lo traemos á Roma, y se lo presentamos á Su Santidad, que nos pregunta en cambio qué puede hacer por nosotros. Entonces le pedimos solamente una carroza y dos caballos de sus caballerizas, y pasamos el carnaval como unos príncipes, sin tener en cuenta, que agradecido tambien el pueblo romano, quizás nos corone en el Capitolio, proclamándonos beneméritos de la patria, como á Curcio y á Horacio Cocles.

Mientras pronunciaba Alberto este discurso, gesticulaba maese Pastrini de una manera difícil de describir.

—Primeramente, dime, preguntó Franz á Alberto, ¿dónde encontrarás esas pistolas, esos trabucos y esas escopetas de que quieres llenar el coche?

—No será en mi arsenal, contestó Alberto, pues en Terracina me despojaron hasta de mi puñal. ¿Y á ti?

—A mí me sucedió lo propio en Aquapendente.

—¡Ah! querido hospedero, añadió Alberto, encendiendo otro cigarro en la punta del que iba á tirar. ¿Sabeis que favorece mucho á los ladrones esa medida, y que se me antoja que se ha tomado de acuerdo con ellos?

Aquella pregunta debió de poner á maese Pastrini en muy grande embarazo, pues no respondió sino medias palabras, y siguió dirigiéndose á Franz, como al único con quien por razonable pudiera entenderse.

—Harto sabido es que no acostumbra defenderse el que se ve atacado por los bandidos.

—¡Cómo! esclamó Alberto, cuyo valor se escitaba con la idea de dejarse robar inerte ¡Cómo! ¿no es costumbre defenderse?

—No, porque fuera inútil. ¿Qué vais á intentar contra una docena de forajidos que salen de un foso, de una choza ó de debajo de la misma tierra, por decirlo así, y que os apuntan sus armas á boca de jarro y todos á la vez?

—Quiero que me maten, esclamó Alberto.

Volviose el fondista á Franz con un gesto que valia como si dijese:—Sin duda vuestro compañero es loco.

—Querido Alberto, repuso Franz, sublime es vuestra respuesta; vale tanto como el famoso *qu'il mourut* de Corneille; con la única diferencia de que cuando Horacio respondia así, se trataba de la salvacion de Roma, lo que valia bien la pena de decirlo; pero tened en cuenta que nosotros tratamos de un capricho, y seria ridiculez arriesgar nuestra vida por satisfacerlo.

—¡Ah! ¡*per Bacco!* eso es saber hablar, esclamó maese Pastrini.

Llenó Alberto un vaso de lácrima cristi, y murmurando frases entrecortadas se lo bebió á sorbos.

—Ahora que mi compañero calla, maese Pastrini, replicó Franz; ahora que estais ya convencido de mis benévolas disposiciones, decidnos quién es ese señor Vampa, ¿es pastor ó patricio? ¿jóven ó viejo? ¿alto ó bajo? describídnosle pues, para que podamos tan siquiera reconocerle si le encontramos un dia por el mundo.

—¿A quién mejor que á mí podriais recurrir para que os dé noticias ciertas? Conozco á Luigi Vampa desde la niñez, y cierto dia que caí en sus manos yendo desde Ferentino á Alatri, recordó por mi fortuna nuestro antiguo conocimiento, y me puso en libertad, no solo sin robarme nada, sino regalándome un magnífico reloj y contándome su historia.

—Veamos el reloj, dijo Alberto.

Sacó maese Pastrini de su bolsillo un magnífico reloj con la *etiqueta* de su autor Breguet, el sello de París, y una corona de conde.

—Aquí le teneis.

—¡Cáspita! esclamó Alberto, os doy la enhorabuena. Yo tengo uno enteramente igual, añadió sacando á su vez el reloj del bolsillo de su chaleco; me ha costado tres mil francos.

—Oigamos la historia, dijo en esto Franz, aconsejando por señas á maese Pastrini que se sentara.

—Dispensen sus escelencias...

—¡Qué diablo! repuso Alberto, no sois predicador para hablar de pié.

Sentose el fondista, haciendo á cada uno de sus oyentes un saludo respetuoso, lo cual queria decir que estaba dispuesto á dar las noticias pedidas de Luigi Vampa.

—Esperad, esclamó Franz atajando á maese Pastrini, que abria ya la boca. Dijisteis que habeis conocido á Luigi Vampa desde la niñez; ¿pues es jóven todavía?

—Vaya si es jóven, apenas cuenta veintidos años: ¡oh! todavía ha de dar mucho que hacer.

—¿Qué tal, Alberto? á los veinte años es muy raro el haber adquirido fama, dijo Franz.

—Sí por cierto; y á su edad, Alejandro, César y Napoleon, que después gozaron de tanta, apenas tenian fama alguna.

—¿Con que el héroe cuya historia vais á contarnos tiene veintidos años? repuso Franz.

—Escasamente, como tuve el honor de deciros.

—¿Es alto, ó bajo?

—De estatura regular, así como la de vuestra escelencia, añadió Pastrini señalando á Alberto.

—Gracias por la comparacion, dijo este inclinándose.

—Ea, proseguid, maese, esclamó Franz sonriendo de la susceptibilidad de su compañero. ¿A qué esfera social pertenecia?

—Era simplemente un pastor de la quinta del conde de San Felice, que está entre Palestrina y el lago de Gabri. Es natural de Pampinara, y á los cinco años de edad habia entrado al servicio del conde. Su padre, que era un pastor de Ascagni, poseia un corto rebaño, y se mantenia viniendo á Roma á vender la lana de sus carneros y la leche de sus ovejas.

A los siete años fué cierto dia á buscar al cura de Palestrina, y á rogarle que le enseñara á leer, cosa difícil, pues el niño pastor no se podia apartar un punto de su ganado. Pero el bueno del señor cura, que todos los dias iba á decir misa á una pobre aldea que no podia mantener cura (aldea sin nombre, conocida por el de Borgo), ofreció á Luigi esperarle á su vuelta en el camino por donde él tenia que pasar, y darle entonces leccion, leccion que le previno tendria que ser corta, porque la aprovechara bien.

Luigi aceptó lleno de júbilo.

Todos los dias llevaba á pastar su rebaño al camino de Palestrina á Borgo, y todos los dias, sentados sobre la yerba á las nueve de la mañana, daba leccion el pastorcillo en el breviario del sacerdote.

A los tres meses ya sabia leer.

Pero esto no le satisfacia: necesitaba aprender á escribir, con que el buen sacerdote encargó á un maestro de Roma tres alfabetos, uno de letras mayúsculas, otro de letras minúsculas, y otro de letras microscópicas; y se los dió á Luigi, diciéndole que copiando exactamente aquellas cifras en una pizarra, podria aprender á escribir.

Aquella misma noche, después que recogió su ganado en la quinta, corrió Vampa á casa del cerrajero de Palestrina, y tomando un clavo grueso lo forjó, lo redondeó y lo afiló, hasta convertirlo en una especie de stylo como los que se usaban en la antigüedad.

El dia siguiente hizo un acopio regular de pizarras, y se puso á trabajar en ellas.

Pasados otros tres meses ya sabia escribir.

Asombrado el cura de tan rara inteligencia, y animado por tan felices disposiciones, le regaló unos cuantos cuadernillos de papel, un mazo de plumas y un cortaplumas. Esto le dió ocasion á nuevo estudio; pero estudio insignificante comparado con el primero. Una semana después así manejaba la pluma como el stylo.

Contó el cura esta historia al conde de San Felice, que quiso ver al pastorcillo; hizole en su presencia leer y escribir, lo que valió á Vampa que el conde ordenara á su mayordomo que le pusiese á comer todos los dias á la mesa de sus criados, dándole además dos piastras cada mes.

Este dinero servia á Luigi para comprar libros y lápices.

Con efecto, aplicando á todas las cosas esteriores aquellas dotes de imitacion que tenia, dibujaba como Giotto en sus pizarras las ovejas, los árboles y las chozas. Tambien por este tiempo se dedicó á tallar la madera con la punta de su cortaplumas, dándole todas las formas que queria.

Iguales fuéron los principios de Pinelli, ese escultor tan popular.

Una niña de seis ó siete años, poco mas pequeña que Vampa, huérfana, natural de Valmontone y llamada Teresa, guardaba el rebaño de otra quinta inmediata á Palestrina.

...Cuando se encontraban los dos niños sentábanse juntos.

Cuando se encontraban los dos niños sentábanse juntos, y dejando á sus ganados mezclarse y pastar unidos, hablaban, reian y jugaban, hasta que á la noche separaban el rebaño del conde de San Felice del del baron de Cervetri, y se despedian para tornar á sus respectivas viviendas, prometiéndose reunirse al dia siguiente.

Nunca faltaban á su palabra.



Así fuéron creciendo juntos, y Vampa cumplió doce años y Teresa once.

A la par se iban desarrollando tambien sus instintos y sus afectos. Luigi reunia un carácter violento, burlon y colérico, á su amor al arte, en que ya habia empezado á darse á conocer cuanto era posible en su aislamiento. Ningun niño de los de Pampinara, Palestrina ó Valmontone habia podido adquirir sobre él influencia alguna, ni aun ser su amigo. Su genio voluntarioso, exigente, y nunca dócil á las exigencias de los demás, alejaba los afectos tiernos de él y hasta la dulce simpatía. Solamente la niña Teresa dominaba con una sola palabra, con una sola mirada, con un solo gesto aquel carácter inflexible que se doblaba bajo la mano de una muger, mientras hubiera saltado violentamente bajo la de un hombre.

Teresa, por el contrario, era jovial y vivaracha, aunque por estremo coqueta. Tanto las dos piastras que el mayordomo del conde daba á Luigi, como el valor de los trabajos que este hacia para venderlos en Roma, gastábanse en zarcillos de perlas, en collares y en alfileres de oro; de suerte que ayudada de la prodigalidad de su amigo, era Teresa la mas bonita y mas lujosa aldeana de las cercanías de Roma.

Seguian creciendo los dos niños juntos todo el dia, y entregados á los impulsos de su carácter. Vampa en sus conversaciones, en sus delirios y en sus sueños se figuraba siempre verse convertido en capitan de navio, en general ó en gobernador de una provincia. Teresa por su parte se figuraba verse rica, vestida con mucho lujo, y rodeada de lacayos con aristocráticas libreas.

Tras estos dias que pasaban juntos hablando de su porvenir, tras quimeras tan hermosas, separábanse para llevar sus rebaños á los establos de sus dueños, cayendo desde el cielo de sus ilusiones al abismo de su estado infeliz.

Cierta vez dijo al mayordomo del conde el jóven pastor, que habia visto salir de las montañas de la Sabinia un lobo que acechaba su ganado. Con esto el mayordomo le dió una escopeta, que era lo que Vampa queria. Era por casualidad un arma escelente, con cañon de Brescia, que calzaba bala como las carabinas inglesas: la habian desechado por inútil; porque cierto dia que iba el conde persiguiendo con ella á un zorro, hizo pedazos la culata.

Esto no era obstáculo á un escultor como Vampa; calculó por las dimensiones de la culata vieja las que debia tener la nueva para apuntar bien, y en pocos dias hizo otra culata, con tan magníficos adornos, que con venderla hubiera ganado de seguro quince ó veinte piastras; pero en todo pensaba él menos en esto. Tener una escopeta habia sido siempre su idea fija. En los paises donde ha sustituido á la libertad la independencia, es tener un arma la primera necesidad que siente todo corazon enérgico, toda organizacion vigorosa; un arma que asegurando á par el ataque y la defensa, hace temible al que la tiene y le hace temido tambien.

Desde entonces consagró Vampa todo el tiempo de que podia disponer al uso de su arma; se proveyó de pólvora y balas, y cuantos objetos veia á su alrededor los tomaba por blanco; ya el tronco de un olivo, ya el zorro que salia de su cueva á su caza nocturna, y ya el águila en fin que se cernia en el espacio. Llegó á ser pronto tan diestro, que venciendo Teresa el terror que al principio le inspiraba la detonacion, se entretenia en verle clavar la bala en el mismo punto que habia elegido por blanco, tan perfectamente como si la hubiera clavado allí de propósito.

Una vez salió con efecto un lobo del bosque inmediato al sitio donde tenian los dos jóvenes sus conferencias. Apenas dió diez pasos por la llanura, ya estaba muerto. Orgulloso Vampa con tan buen tiro, se echó el animal á cuestas y llevóselo á la quinta.

Estas acciones le iban dando en la comarca cierta reputacion: donde quiera que se halle, se crea el hombre superior una corte de admiradores. Hablábase del jóven pastor como del mas audaz y mas valiente *contadino* que hubiese en diez leguas á la redonda; y aunque era y pasaba Teresa por una de las jóvenes mas lindas de la Sabinia, nadie osaba mirarla con ojos de deseo por saber que Vampa adoraba en ella.

Nunca, sin embargo, se habian declarado su amor los dos jóvenes. Habian ido creciendo juntamente, como dos árboles que confunden sus raices debajo de la tierra, sus ramas en el espacio, y su perfume en el cielo; y sin embargo, siempre era el mismo el deseo que de verse tenian, deseo que llegó á ser necesidad; tanto, que comprendian mejor la muerte, que no dejar de realizarlo una sola vez.

Tenia Teresa diez y seis años y Vampa diez y siete.

A esta sazon se empezaba á hablar mucho de una compañía de bandoleros que se estaba organizando en los montes Lapinos.

Nunca se han podido estinguir enteramente los bandoleros en las cercanias de Roma. En algunas ocasiones les falta jefe; pero si alguno se presenta, nunca le falta partida.

El famoso Cucumetto, perseguido en los Abruzzos, arrojado del reino de Nápoles, donde habia tenido que sostener una guerra formal, pasando el Garellano como Manfredo, vino á refugiarse en las riberas del Amasina, entre Sonnino y Juperno. Imitador notable de los Decesaris y Gasparone, que iba á dejar muy por debajo de sí, se ocupaba actualmente en organizar una partida. De Palestrina, Frascati y Pampinara desaparecieron muchos jóvenes: sus familias al principio se asustaron por ignorar su paradero; pero pronto llegó á su noticia que habian ido á alistarse en la partida de Cucumetto.

Al poco tiempo este bandido lograba llamar la atencion de todo el mundo. Se contaban rasgos de su brutalidad y de su audacia verdaderamente increibles.

Cierta vez robó á una jóven, hija de un agrimensor de Frosinone. Las leyes de los bandidos no admiten apelacion. La muger pertenece primeramente al que la roba, y luego, por suerte, á cada uno de los de la partida, hasta que la infeliz satisface los torpes deseos de todos, que después la abandonan ó la matan. Si sus parientes son ricos, les envian para tratar de su rescate un mensajero: la cabeza del preso responde de la seguridad de aquel. Si la familia no admite las condiciones del rescate, sufre el condenado irrevocablemente su sentencia.

Tenia aquella jóven un amante, que era de la partida de Cucumetto. Verle, reconocerle y tenderle los brazos creyéndose salvada, fué solo un punto; pero el pobre Carlini sintió su corazon hecho pedazos, porque adivinaba la suerte que la esperaba.

Como era sin embargo favorito de Cucumetto, como llevaba tres años de participacion en todos sus peligros, y como hasta le habia salvado la vida matando de un pistoletazo á un aduanero que tenia ya sobre su cabeza levantado el sable, esperó que Cucumetto se apiadaria de su pesar.

Mientras la jóven, sentada junto al tronco de un pino, que se elevaba en medio de una esplanada del bosque, se cubria el rostro como con un velo con el pintoresco tocado de las aldeanas del país, para evitar las lujuriosas miradas de los bandidos, llamó Carlini á Cucumetto aparte, y le contó lo que le pasaba, sus amores con la prisionera, sus juramentos de fidelidad, y aun las citas que todas las noches tenian en unas ruinas de las inmediaciones.

Justamente la noche en que pasaban estos sucesos habia enviado el jefe á Carlini á una poblacion cercana, con que tuvo que faltar á la cita. En cambio Cucumetto por casualidad, segun dijo, pasó por allí, y tuvo ocasion de robar á la jóven.

La súplica de Carlini á su capitan se reducia á que esceptuara á Rita de la regla general, respetándola por amor suyo. Tambien añadió que su padre era rico, y podria pagar un buen rescate.

Al parecer Cucumetto cedió á los ruegos de su amigo, encargándole que buscase un pastor que pudiera ir á Frosinone á casa del padre de Rita.

Gozoso con esto Carlini se acercó á su novia, y

Los pastores son por lo comun los emisarios de que se valen los bandidos, porque simpatizan con ellos en vivir entre el campo y la poblacion, entre la vida salvaje y la civilizada.

Carlini volvió gozoso al aduar á unirse con su amada, y á anunciar la tan feliz noticia.

Halló en la esplanada á la compañía, comiendo alegremente las provisiones que á guisa de tributo exi-

Cucumetto.

díjola que estaba en salvo, rogándole que escribiera á su padre una carta con la narracion del suceso, y el anuncio de que se habia fijado en trescientas piastras su rescate.

Por todo plazo se concedian á su padre doce horas, es decir, hasta las nueve de la mañana siguiente.

Escrita que fué la carta se apoderó Carlini de ella, y corrió á la llanura á buscar quien la llevase.

Un pastor jóven que apacentaba su ganado fué el que se encargó de la mision, partiendo inmediatamente, y prometiendo estar antes de una hora en Frosinone.

gian á los paisanos; pero entre todos buscó vanamente á Cucumetto y á Rita.

A las preguntas que hizo, respondieron sus amigos con una sonora carcajada. Un sudor frio inundó su frente; una angustia mortal se apoderó de su corazon. Renovó la pregunta, y entonces uno de los bandoleros, llenando un vaso de vino de Orvietto, se lo presentó esclamando:

—¡A la salud del bravo Cucumetto y de la hermosa Rita!

En este punto creyó Carlini oir un grito de muger. Todo lo comprendió: abalanzóse al vaso, hízole mil

pedazos en la cara del que se lo presentaba, y se lanzó hácia donde habia oido el grito.

Al revolver de un matorral, á cien pasos de sus compañeros, vió á Rita desmayada en los brazos de Cucumetto.

Al vislumbrar á Carlini se incorporó el bandido con una pistola en cada mano.

Los dos se estuvieron mirando algun tiempo fija-

—¡Magnífico! Entre tanto, ¡qué noche tan buena vamos á pasar! Esta muchacha es divina, y por mi fé que tienes buen gusto, maese Carlini. Como yo no soy egoista, juntémonos ahora con los camaradas y echemos suertes á ver á quién le toca.

—¿Con que resueltamente le imponeis la ley comun? esclamó Carlini.

—¿Por qué se la ha de esceptuar?

Al vislumbrar á Carlini se incorporó el bandido con una pistola en cada mano.

mente, uno con la sonrisa en los labios de la lujuria; otro con la palidez de la muerte en el rostro. Cualquiera se imaginaria que entre aquellos dos hombres iba á pasar algo terrible; pero las facciones de Carlini se fuéron calmando lentamente, y dejó caer á lo largo de su cuerpo la mano que habia encaminado enantes á las pistolas de su cinto.

Rita yacia en el suelo entre los dos.

La luna iluminaba esta escena.

—¿Y qué? le preguntó Cucumetto, ¿has desempeñado tu comision?

—Sí, capitan, respondió Carlini. Mañana antes de las nueve estará aquí el padre de Rita con el dinero.

—Creí que mis ruegos...

—¿Vales tú mas que los otros?

—Teneis razon.

—Pero descuida, hombre, repuso Cucumetto sonriéndose; que á la corta ó á la larga te llegará tu vez.

Los dientes de Carlini rechinaban.

—Vamos, dijo Cucumetto dando un paso hácia el resto de la cuadrilla. ¿No vienes?

—Ya os sigo...

Alejose Cucumetto sin perder á Carlini de vista, porque sin duda recelaba que por la espalda le hiriese; pero nada en el bandido anunciaba intencion hostil.

Permanecia, por lo contrario, junto á Rita, que

seguia desmayada, de pié, y cruzado de brazos.

Por un instante se imaginó Cucumetto que iba el jóven á cogerla y á huir con ella; pero le importaba muy poco, pues habia ya conseguido de Rita lo que deseaba, y por lo tocante al valor de su rescate, trescientas piastras repartidas entre todos los compañeros tocaban á tan poco, que le importaba mucho menos.

Prosiguió pues su camino hácia la esplanada, y con

La papeleta tenia el nombre de Diavolaccio, que era el mismo que propuso á Carlini el brindis á la salud del jefe, brindis que aceptó Carlini rompiéndole el vaso en la cara.

Desde la mejilla á la boca tenia una herida, por donde salia á chorros la sangre.

Al verse Diavolaccio favorecido de la fortuna, lanzó una gran carcajada.

Luigi Vampa.

grande admiracion vió á poco llegar á Carlini detrás de él.

—¡A echar suertes! ¡á echar suertes! esclamaron los bandidos así como vieron á su capitan.

Y sus ojos brillaban de embriaguez y lujuria: la llama de la hoguera los teñia de un fulgor rojizo, semejándolos á demonios.

Era muy justo lo que pedian, con que el jefe hizo un movimiento de cabeza, en demostracion de que accedia á su demanda.

Metiéronse en un sombrero papeletas de todos los nombres, inclusa la de Carlini, y el mas jóven de la partida sacó una del improvisado cántaro.

—Ahora mismo, capitan, dijo, se ha negado Carlini á beber á vuestra salud; proponedle que beba á la mia, que acaso será con vos mas condescendiente que conmigo.

Todos esperaban algun arrebato de Carlini; pero con asombro general cogió con una mano un vaso, con la otra una botella, y dijo con voz muy tranquila después de haberlo llenado:

—¡A tu salud, Diavolaccio!

Y sin que su mano temblase tan siquiera, lo apuró.

Luego repuso, sentándose junto al fuego:

—Mi parte en la comida, que me ha abierto el apetito la caminata que acabo de hacer.

—¡Viva Carlini! esclamaron lós bandidos.

—En horabuena. Eso se llama tomar las cosas como de quien vienen, de amigos verdaderos.

Y mientras Diavolaccio se alejaba, estrecharon los bandidos mas y mas el corro junto á la lumbre.

Carlini comia y bebia como si tal cosa.

Contemplábanle sus compañeros con asombro, sin acertar á comprender aquella impasibilidad, cuando oyeron rechinar el suelo bajo los piés de un hombre.

Volviéronse, y distinguieron á Diavolaccio que traia en sus brazos á la jóven, con la cabeza caida, y arrastrando los cabellos por el suelo.

A medida que avanzaba en el espació alumbrado por la hoguera, se iba claramente distinguiendo la palidez de la jóven y la del bandido.

Habia en esta aparicion tanto de solemnidad y estrañeza, que todos se levantaron, escepto Carlini, que permaneció sentado, comiendo y bebiendo como si nada pasase en torno suyo.

Diavolaccio se acercó al capitan en medio del silencio mas profundo, y colocó á sus piés á Rita.

Entonces pudieron todos comprender la causa de la palidez de la jóven y de la palidez del bandido.

Por encima del pecho izquierdo tenia Rita un puñal clavado hasta el mango.

Todos los ojos se volvieron hácia Carlini: la vaina de su puñal estaba vacía.

—¡Ah! ¡ah! esclamó el jefe. Ya comprendo por qué Carlini se quedó detrás de mí.

Las naturalezas salvajes son ocasionadas á apreciar los grandes hechos. Aunque ninguno de aquellos bandoleros hubiera sido acaso capaz de hacer lo que hizo Carlini, todos lo comprendieron.

—Y ahora, dijo Carlini á su vez acercándose al cadáver con una mano en la culata de sus pistolas; y ahora, ¿hay alguno todavía que me dispute á esta muger?

—No, respondió el jefe. Tuya es.

Con esto Carlini la tomó en sus brazos, y llevósela fuera de allí.

Colocó Cucumetto sus centinelas como de costumbre, y los bandidos restantes se acostaron en torno á la hoguera, embozados en sus capas.

A media noche dió un centinela la señal de alarma: el jefe y sus compañeros se levantaron al instante.

Era el padre de Rita que venia en persona á traer el rescate de su hija.

—Toma, dijo á Cucumetto alargándole un saco de dinero: ahí tienes trescientas piastras: dame mi hija.

Sin tomarle el dinero le indicó por señas el capitan que le siguiese.

Obedeció el anciano, y ambos se fuéron por debajo de los árboles, alumbrados á intervalos por la luna, que entre sus ramas penetraba. Al fin Cucumetto se paró, señalando al viejo con la mano un grupo de dos personas que debajo de un árbol se veia.

—Pide tu hija á Carlini, que él te dará cuenta de ella.

Dijo, y se volvió con sus compañeros.

El anciano permaneció inmóbil, con los ojos atónitos. Conocia que amagaba á su cabeza alguna desdicha inmensa, inconcebible.

Al fin se atrevió á dar algunos pasos hácia el informe grupo, que no distinguia muy bien.

Al rumor de sus pasos levantó Carlini la cabeza, y entonces á los ojos del anciano parecieron mas claramente las dos personas.

Una muger tendida en el suelo apoyaba su cabeza en las rodillas de un hombre sentado, que inclinaba su rostro hácia el suyo. Al incorporarse fué cuando el hombre dejó ver al anciano el rostro de la muger que estrechaba á su corazon.

El viejo reconoció á su hija, y Carlini reconoció al viejo.

—Te esperaba, dijo el bandido.

—¿Qué has hecho, miserable? esclamó el padre de Rita.

Y contemplaba con terror á su hija, pálida, inerte, ensangrentada, con un cuchillo clavado en el corazon.

Un rayo de luna alumbraba esta escena con su melancólica luz.

—Cucumetto gozó á tu hija, y como yo la amaba, la asesiné, dijo el bandido; porque tras él, iba á servir de jugete á mis compañeros todos.

El viejo ni siquiera abrió la boca; pero se puso pálido como un espectro.

—Ahora... véngala si hice mal, dijo Carlini.

Y arrancando el puñal del seno de la jóven, se lo presentaba á su padre con una mano, mientras con la otra separaba la camisa de su pecho, por presentárselo desnudo.

—Has hecho bien, le respondió el anciano con voz sorda. Abrázame, hijo mio.

Carlini se arrojó llorando á los brazos del viejo.

Eran las primeras lágrimas que vertia aquel hombre sanguinario.

—Ayúdame ahora á enterrar á mi hija, le dijo el anciano.

Buscó Carlini dos azadas, con que el padre y el amante se pusieron á cavar la tierra al pié de una encina, cuyas corpulentas ramas debian de dar sombra á la tumba de la jóven.

Terminado el hoyo, la abrazó primero el padre y luego el amante, y cogiéndola después el uno por los piés, y por las espaldas el otro, la colocaron en la fosa.

Tras esto se arrodillaron á rezar las preces de los difuntos.

Terminadas, cubrieron de tierra el cadáver hasta igualar el piso. Entonces, alargándole la mano, dijo á Carlini el padre:

—Gracias, hijo mio.—Ahora déjame solo.

—Pero... murmuró el bandido.

—Déjame: yo te lo mando.

Carlini obedeció yendo á reunirse con sus compañeros: embozose en su capa, y pronto dormia al parecer tan profundamente como los demás.

Estaba resuelto desde la víspera que se trasladaria el campo á otra parte.

Una hora antes de amanecer despertó Cucumetto á su gente, y les dió la órden de marchar.

Carlini no quiso abandonar el bosque sin saber el paradero del padre de Rita, con que se dirigió al sitio en donde le habia dejado.

El anciano se habia ahorcado de una rama de la encina que daba sombra á la tumba de su hija.

Entonces por el cadáver del uno y la tumba de la otra, juró Carlini vengarlos á entrambos.

Pero no pudo cumplir su juramento, porque dos dias después lo mataron en un encuentro con los carabineros.

Causó grande admiracion entre la pártida el que hubiese Carlini recibido un balazo en la espalda haciendo frente al enemigo; pero cesó esta admiracion con el recuerdo que tenia uno de los bandidos, de que cuando Carlini cayó, estaba Cucumetto detrás de él, á unos diez pasos de distancia.

La mañana que abandonaron el bosque de Frosinone siguió en la oscuridad los pasos de Carlini, oyendo su juramento de venganza; y como era hombre previsor, cogiole la delantera.

Otras historias no menos curiosas que esta se contaban del terrible Cucumetto.

Su nombre solo hacia temblar á todo el mundo desde Fondi á Perusa.

Muchas veces habian dado ocasion estas historias á las pláticas de Teresa y Luigi. Escuchábalas la jóven con espanto; pero Vampa la calmaba con una sonrisa, y con empuñar su escopeta, que era tan cer-

tera. Después, si esto no la satisfacia, buscaba con los ojos algun pajarillo puesto en la rama de un árbol á cien pasos de distancia, le apuntaba, salia el tiro, y el animal caia muerto al pié del árbol.

Entre tanto pasaba el tiempo. Los jóvenes habian determinado casarse cuando tuviese Luigi veinte años y Teresa diez y nueve. Como eran huérfanos los dos, á nadie tenian que pedir permiso sino á su amo, y de este ya lo habian obtenido.

Un dia que se embelesaban hablando en sus proyectos para el porvenir, oyeron dos ó tres tiros, y luego salió de repente del bosque inmediato un hombre que corria hácia ellos.

Cuando estuvo mas cerca les gritó:

—¡Me persiguen! ¿podreis esconderme?

Bien se les alcanzaba á los jóvenes que el fugitivo debia de ser algun bandido; pero entre el paisano y el bandido romano hay una especie de simpatía que hace que el primero esté dispuesto siempre á favorecer al segundo.

Sin despegar sus labios, Vampa corrió á la piedra que cerraba la entrada de su gruta, y atrayéndola hácia sí, hizo seña al fugitivo de que se refugiara en aquel asilo, ignorado de todos; y colocando otra vez la piedra como estaba, volvió á sentarse junto á Teresa.

Casi al mismo punto aparecieron al lindel del bosque cuatro carabineros de á caballo. Tres sin duda buscaban al fugitivo, que el otro conducia á un bandido prisionero.

—Ahora... véngala si hice mal, dijo Carlini.

Esploraron el país con una mirada los tres carabineros, y al ver á los dos jóvenes, corrieron á ellos á galope.

Pero á sus preguntas respondieron que á nadie habian visto.

—Es lástima, dijo el jefe, porque el que buscamos era el capitan.

—¡Cucumetto! esclamaron á par Luigi y Teresa sin poderse reprimir.

—Sí, respondió el jefe, y como dan por su cabeza mil escudos romanos, serian quinientos para vosotros si nos ayudaseis á cogerle.

Los jóvenes cruzaron una mirada, que hizo concebir esperanzas al jefe.

Quinientos escudos romanos, que hacen tres mil francos de moneda francesa, son una fortuna para dos pobres huérfanos que se van á casar.

—Sí que es lástima, dijo Vampa; pero no le hemos visto.

Con esto los carabineros echaron inútilmente una batida por el alrededor y desaparecieron.

Vampa dirigiose á levantar la piedra. Cucumetto salió.

Por las rendijas de su puerta de piedra habia visto á los jóvenes hablar con los carabineros, y sin dudar un punto de la ocasion de su plática, habia leido en los rostros de Teresa y de Luigi la terminante resolucion de no venderle. Con esto sacó un bolsillo lleno de dinero, y ofreciósele.

Vampa levantó con altivez la cabeza; pero los ojos de la jóven relampaguearon al pensar cuántos adornos y cuántos vestidos de lujo podria comprar con aquel oro.

Cucumetto era un demonio muy hábil, que habia tomado la forma de bandido en lugar de la de serpiente. Sorprendió esta mirada de Teresa, y reconociendo en ella una digna hija de Eva, internose en la espesura, volviéndose muy á menudo con pretesto de saludar á sus libertadores.

En muchos dias no se volvió á oir hablar ni á ver á Cucumetto.

El carnaval se acercaba.

El conde de San Felice anunció un gran baile de máscaras, convidando á la sociedad mas elegante de Roma.

Teresa ardia en deseos de ver este baile, con que pidió Luigi á su protector el mayordomo, permiso para asistir ambos á él, confundidos con los criados de la casa; y el mayordomo se lo concedió.

La principal ocasion del baile del conde era dar gusto á su hija Carmela, á quien queria entrañablemente.

Carmela tenia por azar los mismos años y la misma estatura que Teresa, sin que fuera Teresa menos hermosa que Carmela.

La noche del baile se puso Teresa su traje mas elegante, sus mejores agujas y sus mas ricos abalorios; traje en un todo igual al de las mugeres de Frascati.

Luigi llevaba el pintoresco traje que llevan los dias de fiesta los paisanos de Roma.

Segun el permiso que tenian, se mezclaron los dos entre los criados y la gente de la quinta.

No solamente parecia la casa un ascua de oro con la iluminacion, sino que tambien de los árboles del jardin colgaban á millares farolillos de colores. En cada encrucijada habia una orquesta, y *buffets* y refrescos; los paseantes se detenian allí, y formando corros bailaban donde mejor les parecia.

Carmela llevaba el traje de las mugeres de Lonino, que consistia en un sombrero cuajado de perlas, agujas de oro y diamantes en el pecho, un cinturon de seda turca, cuyos broches eran dos flores, sobretodo y guardapiés de cachemira, y delantal de muselina de la India. Los botones de su corpiño eran piedras preciosas.

Dos de sus compañeras iban vestidas, como las mugeres de Nettuno, la una, y como las de la Riccia, la otra.

Cuatro jóvenes de los mas ricos y de los mas nobles de Roma las acompañaban, con esa franqueza italiana que no tiene rival en ningun otro país. Iban vestidos de paisanos de Albano, de Velletri, de Civitta-Castellana, y de Sora.

No necesitamos decir que todos estos trajes estaban cuajados de piedras preciosas.

Ocurriósele á Carmela formar una comparsa uniforme; pero faltaba una muger. En vano se puso á mirar en torno. Ninguna de sus convidadas llevaba un traje siquiera parecido al suyo y al de sus compañeras.

El conde de San Felice le señaló entre la multitud á Teresa, que iba de bracero con Luigi.

—¿Me permitís, padre mio?.. le preguntó Carmela.

—Sin duda alguna. ¿No estamos en carnaval? respondió el conde.

Carmela se dirigió á un jóven que la acompañaba, y le dijo algunas palabras, señalándole á Teresa con el dedo.

Hizo el galan un gesto de obediencia, y siguiendo con los ojos la direccion que aquella linda mano le indicaba, fué á invitar á Teresa á componer la cuadrilla dirigida por la hija del conde.

La jóven sintió que le abrasaba el rostro un fuego estraño. Interrogó con los ojos á Luigi, que, como no podia negarse humanamente, soltó con mucha lentitud el brazo de Teresa, que con el suyo sujetaba.

Teresa, acompañada por su elegante pareja, fué temblorosa á ocupar su puesto en la comparsa aristocrática.

A los ojos de un artista, ciertamente que el traje propio y severo de la jóven no era de todo en todo igual al de Carmela y sus compañeras; pero á Teresa, como frívola y coqueta que era, la deslumbraba el brillo de los trajes, la enloquecia la riqueza de los aderezos. Luigi empezaba á brotar un sentimiento desconocido. Primeramente se anunció como un dolor sordo que le destrozaba el corazon, estendiéndose desde allí á todas sus venas y poniéndole fuera de sí. Seguia con la vista los menores movimientos de Teresa y de su pareja; cuando se tocaban sus manos, sentia una especie de mareo, latian sus arterias violentamente, y parecia en lo aturdido que vibrase junto á él una campana sonora. Cuando hablaban, aunque la jóven escuchase con muestras de timidez, bajando los ojos, como Luigi leia en los del hermoso jóven que sus discursos eran alabanzas y galanteos, pareciale que el cielo se le venia encima, y que todas las voces del infierno le inspiraban ideas homicidas. Temiendo entonces que le cegara su locura, se agarraba con una mano á un árbol cercano, y con la otra apretaba convulsivamente el puñal de cabo labrado que llevaba á la cintura, y que sin que él lo advirtiese, mas de una vez habia salido casi entero de la vaina.

¡Luigi estaba celoso! adivinaba que á impulsos de su naturaleza versátil y orgullosa podia olvidarle su Teresa.

Entre tanto la jóven habia ido perdiendo su timidez y serenándose. Ya hemos dicho que Teresa era hermosa. Esto no es todo: era tambien graciosa; pero de esa gracia natural y salvaje, por decirlo así, que tiene mas atractivos que la que en el mundo se afecta. Para ella fueron casi todas las alabanzas, y si tuvo envidia de la hija del conde de San Felice, no nos atreveremos á decir que Carmela no tuviese tambien envidia de ella.

Su pareja la acompañó galantemente, colmándola de atenciones, al sitio en donde la esperaba Luigi.

Durante el baile, dos ó tres miradas furtivas le habia la jóven dirigido, y á cada una le vió mas pálido y mas trastornado. Cierta vez, hasta creyó distinguir el brillo de su puñal, que salia maquinalmente de la vaina.

Casi temblando cogió el brazo de su amante.

La contradanza habia gustado mucho, y era evidente que se trataria de hacer una segunda edicion. Carmela era la única que se oponia; pero el conde de San Felice se lo suplicó con tanta ternura, que no pudo menos de consentir.

Al momento uno de los caballeros buscó á Teresa, sin la cual era imposible que se bailara la contradanza; pero la jóven habia desaparecido.

Con efecto, Luigi no contaba con fuerzas suficientes para soportar una segunda prueba, y ora persuadiéndola, ora obligándola, se habia llevado á Teresa á otro estremo del jardin. Teresa, aunque á pesar suyo, habia cedido, porque advertia el trastorno del jóven, y adivinaba por su silencio, interrumpido solamente por estremecimientos nerviosos, que le acontecia alguna cosa estraordinaria. Ella tambien estaba agitada interiormente; y sin haber hecho nada malo, conocia que Luigi tenia derecho para reprenderla: ¿por qué? lo ignoraba; pero no dejaba de presentir que era justa la reprension.

Sin embargo, con grande asombro de la jóven, Luigi quedó mudo, y ni una palabra pronunciaron sus labios en todo el resto de la noche. Cuando el frio hizo que se alejaran los convidados de los jardines, cuando se cerraron las puertas de la quinta para que la fiesta siguiera por dentro, acompañó á Teresa á su casa, preguntándole al entrar:

—Teresa, ¿en qué pensabas cuando bailabas en frente de la condesa de San Felice?

—Pensaba, contestó la jóven con toda la franqueza de su alma, pensaba en que daria la mitad de mi vida por tener un traje como el suyo.

—¿Y qué te decia tu pareja?

—Me decia que en mí consistia el tenerlo, que no me costaria si no pronunciar una palabra.

—Tenia razon, contestó Luigi. ¿Lo deseas tanto como dices?

...Se agarraba con una mano á un árbol cercano, y con la otra apretaba convulsivamente el puñal.

—Sí.

—¡Pues lo tendrás!

Asombrada la jóven, levantó la cabeza para preguntarle; pero vió su rostro tan demudado y tan terrible, que se le helaron en los labios las palabras.

Tras esto se fué Vampa.

Mientras la oscuridad la permitió distinguirle, los ojos de Teresa le siguieron, y al verle desaparecer entró en su casa suspirando.

Aquella misma noche sucedió una desgracia muy grande, por culpa sin duda de algun criado que se olvidó de apagar las luces. Prendiose fuego á la quinta de San Felice, justamente por la parte adonde



caian las habitaciones de la hermosa Carmela. Despertada al resplandor de las llamas, saltó la jóven del lecho, y envolviéndose en su bata trató de huir por la puerta; pero el corredor que era preciso atravesar estaba ya ardiendo. Entonces se volvió á su habitacion y empezó á gritar, cuando de repente se abrió la ventana, situada á veinte piés del suelo; saltó por ella un aldeano jóven, la cojió en sus brazos, y con un vigor y una destreza sobrenaturales la bajó á la pradera, donde se desmayó. Al volver en sí, su padre estaba junto á ella. Todos los criados la rodeaban y la prestaban auxilio. Un ala entera de la quinta habia ardido; pero esto, ¿qué importaba si Carmela se habia salvado?

Buscaron por todas partes á su libertador, pero vanamente; preguntaron á todo el mundo, nadie le habia visto. Carmela, como estaba tan asustada, no le habia conocido.

Por lo demás, como el conde era inmensamente rico, aparte del riesgo que habia corrido Carmela y que le pareció por el modo milagroso con que se habia salvado, mas bien un nuevo favor de la Providencia que una desgracia real, la pérdida ocasionada por las llamas era en verdad muy poca cosa para él.

El dia siguiente, á la hora de costumbre, se encontraron los dos jóvenes á la entrada del bosque. Llegó Luigi primero y se presentó á la jóven con estraordinaria alegría, como si hubiese olvidado completamente la escena de la víspera. Teresa estaba meditabunda, pero al ver tan jovial á Luigi, afectó la risueña indiferencia que era el fondo de su carácter cuando no lo turbaba alguna pasion.

Tomó Luigi del brazo á Teresa y la condujo á la puerta de la gruta, donde la jóven se detuvo, adivinando que habia allí alguna cosa estraordinaria, y mirándole fijamente.

—Teresa, le dijo Luigi, anoche me digiste que darias el mundo entero por tener un traje igual al de la hija del conde.

—Sí, respondió Teresa asombrada; pero estaba loca cuando manifesté tal deseo.

—Y yo te contesté:—¡Pues lo tendrás!

—Sí, repuso la jóven, cuyo asombro iba en aumento á cada palabra de Luigi; pero sin duda digiste eso por no disgustarme.

—Jamás te he prometido cosa que no te hubiese de cumplir, Teresa, dijo con orgullo Vampa. Entra en la gruta y vístete.

Esto diciendo separó la piedra de la entrada, con que pudo ver Teresa la gruta iluminada por dos bujías que ardian junto á un espejo magnífico. En un estuche sobre la mesa rústica, hecha por el mismo Luigi, brillaban el collar de perlas y las agujas de diamantes, y á su lado el resto del traje.

Lanzó Teresa un grito de alegría, y sin informarse de dónde venia aquel traje, sin dar siquiera las gracias á Luigi, se precipitó á la gruta trasformada en tocador.

Luigi volvió á colocar la piedra, porque acababa de ver en la cresta de una duna que le separaba de Palestrina, á un viajero á caballo que se detuvo un instante como dudoso del camino que habia de seguir. Su sombra se dibujaba en el azul del cielo, con esa pureza de contorno peculiar á las lontananzas de los países meridionales.

Así como el viajero vió á Luigi puso su caballo al galope y se dirigió hácia él.

Luigi no se equivocaba: el viajero que se dirigia desde Palestrina á Tívoli estaba perplejo en la eleccion de camino.

El jóven se lo indicó; pero como á cosa de un cuarto de legua se dividia en tres ramales, y el viajero podia confundirse otra vez; rogó á Luigi que le sirviera de guia.

Quitose Luigi su capa, echose á la espalda la carabina, y desembarazado del molesto ropaje marchó delante del viajero, con ese paso rápido del montañés que apenas un caballo puede seguir.

En diez minutos llegaron á la especie de encrucijada que habia indicado el pastor.

Parado allí, con un gesto majestuoso como el de un emperador, estendió la mano hácia el camino que debia seguir el viajero.

—Ese es vuestro camino, escelencia; ahora no podeis equivocaros.

—Toma pues tu recompensa, dijo el viajero ofreciendo al pastor algunas monedas.

—Gracias, respondió Luigi retirando su mano; hago un favor, no lo vendo.

—Si rehusas un salario, acepta al menos un regalo, repuso el viajero, que parecia estar acostumbrado y ser apreciador de esta diferencia entre el servilismo del hombre social y el orgullo del campesino.

—¡Ah! ¡eso es otra cosa!

—Pues bien, dijo el viajero, toma esos dos cequíes de Venecia, y dáselos á tu novia para que se haga con ellos unos zarcillos.

—Pues entonces tomad este puñal, contestó el pastor; no encontrareis otro puño mejor labrado desde Albano á Civita-Castellano.

—Lo acepto, dijo el viajero; pero ahora soy yo el que quedo obligado, porque este puñal vale mas que los dos cequíes.

—Para un comerciante, tal vez; pero para mí que soy quien lo ha hecho, apenas vale una piastra.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el viajero.

—Luigi Vampa, respondió el pastor con el mismo tono que si hubiera dicho:—Alejandro, rey de Macedonia.—¿Y vos?

—Yo, dijo el viajero, me llamo Simbad el Marino.

Franz d'Epinay lanzó un grito de sorpresa.

—¡Simbad el Marino! murmuró.

—Sí, repuso maese Pastrini, ese es el nombre que dijo el viajero á Vampa ser el suyo.

—Pero, ¿qué hay que te admire en ese nombre? le interrumpió Alverto. Es muy bonito, y debo decirte que las aventuras del homónimo de aquel viajero, me han divertido mucho en mi juventud

Franz no insistió ya. El nombre de Simbad el Marino, como se lo figurará el lector facilmente, habia despertado en él un mundo de recuerdos, como habia sucedido la víspera con el del conde de Monte-Cristo.

—Continuad, dijo al posadero.

Vampa guardó desdeñosamente los dos cequíes, y regresó muy despacio por el mismo camino que habia traido. Al llegar á unos trescientos pasos de la gruta pareciole oir un grito.

Se detuvo escuchando de qué parte venia, y al cabo de un segundo oyó pronunciar su nombre distintamente de la parte de la gruta.

Echó á correr como un gamo, preparando su escopeta á toda prisa, y en menos de un minuto llegó á la cima de la colina opuesta á aquella en que habia visto al viajero.

Allí los gritos de ¡socorro! ¡socorro! llegaron á su oido mas perceptibles.

Con una mirada abarcó todo el espacio que dominaba: un hombre se llevaba á Teresa, como el centauro Neso á Deyanira, en direccion al bosque, y tenia ya andadas tres cuartas partes del camino.

Midió Vampa la distancia, y calculando que le llevaba aquel hombre doscientos pasos lo menos de delantera, y que no habia tiempo que perder antes que entrase en el bosque, se detuvo como si sus piés hubieran echado raices, y echándose la escopeta á la cara, levantó el cañon lentamente en direccion al raptor, le puso el punto é hizo fuego.

Parose el criminal, sus rodillas se doblaron, y cayó, arrastrando á Teresa tras sí.

Pero la jóven se levantó al momento, mientras el fugitivo se revolcaba con las convulsiones de la agonía.

Vampa se dirigió al instante hácia Teresa, que á diez pasos del moribundo habia caido desfallecida, atormentado por la duda horrible de que la bala que acababa de herir á su enemigo, hubiese herido tambien á su adorada.

Felizmente no era así, que solo el terror habia paralizado las fuerzas de Teresa. Cerciorado Luigi de

Contemplole Vampa un instante sin que se notase la menor alteracion en su rostro, al paso que Teresa, trémula todavía, no osaba acercarse al cuerpo del bandido, sino paso á paso y mirándolo á hurtadillas, por cima del hombro del Luigi.

A poco rato Vampa se volvió hácia ella y la dijo:

—Ah! puesto que tú estas vestida, voy á vestirme yo.

Con efecto, Teresa se habia vestido de piés á cabeza con el traje de la hija del conde de San Felice.



Teresa.

que estaba sana y salva, se encaminó hácia el herido, que acababa de espirar con los puños cerrados, la boca contraida por el dolor, y los cabellos erizados con el sudor de la agonía.

Sus ojos permanecieron entreabiertos y amenazadores.

Con acercarse Vampa al cadáver, reconoció á Cucumetto.

Desde el dia en que le salvaron los dos jóvenes, se habia el ladron enamorado de Teresa, y jurando que sería suya, la habia espiado sin cesar hasta el momento en que su amante la dejó sola para enseñar el camino al viajero, que entonces la robó, y ya la contaba por suya, cuando la bala de Vampa le atravesó el corazon.

Cogió Vampa el cuerpo de Cucumetto y lo introdujo en la gruta, á cuya entrada se quedó Teresa.

A pasar entonces por allí algun otro viajero, hubiera visto una cosa estraña, hubiera visto nada menos que una pastora guardando su rebaño con vestido de cachemira, pendientes y collar de perlas, agujas de diamantes, y botones de zafiros, esmeraldas y rubíes.

Con esto sin duda se hubiera creido trasportado á los tiempos de Florian, y á su regreso á Paris afirmara que habia encontrado á la pastora de los Alpes sentada al pié de los montes de la Sabinia.

Al cabo de un cuarto de hora salió Vampa de la gruta. Su traje no era en su género menos elegante que el de Teresa.

Traia chaqueta de terciopelo granate con botones de oro cincelados, chaleco de seda bordado, una banda romana anudada al cuello, un cinto bordado de oro y seda encarnada y verde, calzones de terciopelo azul celeste, sujetos por debajo de las rótulas con hebillas de diamantes, botines de piel de gamo con mil primores, y un sombrero con cintas de todos colores. De los bolsillos de su chaleco colgaban las cadenas de dos relojes, y en su cinto relumbraba un magnífico puñal.

Teresa lanzó un grito de admiracion al verle en aquel traje, que parecia un retrato de Leopoldo Robert ó de Schnetz.

Se habia puesto el mismo que llevaba Cucumetto.

Conociendo el jóven la impresion que habia causado á su novia, pasó por sus labios una sonrisa de orgullo.

—Ahora, dijo á Teresa, ¿estás dispuesta á participar de mi suerte, sea cual sea?

—Sí, esclamó la jóven con entusiasmo.

—¿Me seguirás adonde vaya?

—Al fin del mundo.

—Pues cógete de mi brazo y marchemos, porque no hay tiempo que perder.

La jóven apoyó su brazo en el de su amante, sin preguntarle adónde la llevaba; porque en aquel momento le pareció hermoso, altivo y potente como un dios.

Y se internaron juntos en el bosque.



Con acercarse Vampa al cadáver reconoció á Cucumetto.

Inútil es decir que Vampa era perito en todos los senderos de la montaña, con que avanzó por el bosque sin vacilar, aunque no hubiese camino practicable, adivinando el que debia seguir por los árboles y matorrales. Asi caminaron cerca de hora y media.

A este tiempo llegaban al sitio mas espeso del bosque. Un torrente, cuya madre estaba seca, conducia á una garganta profunda. Vampa echó por aquel estraño sendero, que encajonado entre las dos orillas y casi oculto por la oscura sombra de los pinos, se parecia, escepto en la bajada que era fácil, al camino del averno de que habla Virgilio.

Temblorosa la jóven al aspecto de este lugar salvaje

y desierto, se arrimaba mas y mas á su guia sin decir una palabra; pero viéndole caminar siempre con paso firme, y vislumbrando en su rostro una calma profunda, hacia lo posible por disimular su emocion.

De repente, á diez pasos de ellos, salió un hombre detrás de un árbol que le ocultaba, y gritó apuntando á Luigi:

—¡No des un paso mas ó eres muerto!

—¡Qué! dijo Vampa levantando la mano con un

A los cinco minutos el bandido les hizo seña de que se detuvieran.

Los jóvenes obedecieron.

Su guia imitó tres veces el graznido del cuervo.

Otro graznido le respondió.

—Muy bien, dijo en esto. Puedes continuar tu camino.

Luigi y Teresa echaron á andar.

Pero mientras mas avanzaban, mas temblorosa se



—Quieroos decir que me cansa el oficio de pastor.

ademan de desprecio, mientras que Teresa, dominada de terror, se asia á su brazo fuertemente: ¡qué! ¿se muerden lobo á lobo?

—¿Quién eres? le preguntó el centinela.

—Soy Luigi Vampa, pastor de la quinta de San Felice.

—¿Qué quieres?

—Quiero hablar á tus compañeros, que están en el descampado de Rocca-Bianca.

—Entonces sígueme, dijo el centinela, ó mejor será que vayas delante, puesto que sabes el camino.

Sonriose con aire de desprecio Vampa de esta precaucion del bandido, y pasando adelante con Teresa, siguió su camino con el mismo paso firme que hasta allí.

ponia la jóven, y mas se arrimaba al brazo de su amante, porque á través de los árboles se veian brillar armas de fuego.

El descampado de Rocca-Bianca era la cima de una eminencia, que sin duda fué volcan en otro tiempo, volcan apagado antes que Rómulo y Remo desertaran de Alba para edificar á Roma.

Al llegar Teresa y Luigi á la cima se hallaron frente á frente con unos veinte bandidos.

—Este jóven desea hablaros, les dijo el centinela.

—¿Y qué quiere decirnos? preguntó el que en ausencia del capitan hacia sus veces.

—Quieroos decir que me cansa el oficio de pastor, contestó Vampa.

—¡Ah! ya te entiendo, dijo el teniente; ¿vienes

á pedirnos que te admitamos en nuestras filas?

—¡Sea bien venido! gritaron algunos bandoleros de Ferrusino, de Pampinara y Anagni que conocian á Vampa.

—Sí; pero vengo á pediros otra cosa mas que ser vuestro compañero.

—¿Cuál? dijeron los bandidos asombrados.

—Vengo á pediros ser vuestro capitan.

Todos soltaron una carcajada.

—Y ¿qué has hecho para aspirar á tanto honor? dijo el teniente.

—He matado á vuestro capitan Cucumetto, cuyos despojos veis en mí, respondió Luigi, y he pegado fuego á la quinta de San Felice para regalar á mi novia un vestido de boda.

Una hora después era Luigi Vampa elegido capitan en reemplazo de Cucumetto.

—¿Qué pensais, caro Alberto, dijo Franz volviéndose hácia su amigo; qué pensais del ciudadano Luigi Vampa?

—Pienso que es un myto que no ha existido nunca.

—¿Qué es un myto? preguntó Pastrini.

—Seria muy largo de esplicar, mi querido posadero, respondió Franz. ¿Con que decís que maese Vampa ejerce en este momento su profesion en las cercanías de Roma?

—Con un atrevimiento de que no hay ejemplo.

—¿Qué hace la policía que no le echa mano?

—¿Qué ha de hacer? él está á un mismo tiempo en connivencia con los aldeanos de la llanura, con los pescadores del Tiber y con los contrabandistas de la costa. Le buscan en la montaña, y se encuentra á la orilla del rio; le persiguen en este último punto, y se embarca, ó de repente, cuando se le cree refugiado en la isla de Giglio, de Guanonti ó de Monte-Cristo, se le ve aparecer en Albano, en Tívoli ó en la Riccia.

—¿Y qué conducta observa con los viajeros?

—Es muy sencilla. Segun la distancia á que se encuentran de la ciudad, les da ocho horas, doce ó un dia para pagar su rescate. Trascurridos que son les concede una hora de gracia. Si á los sesenta minutos no recibe el dinero, les salta la tapa de los sesos ó les atraviesa el corazon con su puñal, y negocio concluido.

—¿Qué tal, Alberto? dijo Franz á su compañero, ¿estais dispuesto á ir al Coliseo por los alrededores de las murallas?

—Si que lo estoy, si el camino es mas pintoresco.

En este momento dieron las nueve; y se abrió la puerta, y el cochero apareciendo, dijo:

—Escelencia, el coche espera.

—Pues vamos al Coliseo, contestó Franz.

—¿Por la puerta del Popolo, escelencia, ó por las calles?

—¡Por las calles, ira de Dios! ¡por las calles! esclamó Franz.

—En verdad que os creía mas valiente, dijo Alberto levantándose y encendiendo su tercer cigarro.

Con esto bajaron la escalera los dos jóvenes y entraron en el carruaje.

CAPITULO XI.

LA APARICION.

Franz habia hallado un término medio para que llegase Alberto al Coliseo sin pasar delante de ninguna otra ruina, y por consiguiente, sin que preparado de antemano por otras impresiones, perdiera de su valer la que habia de inspirarle aquel coloso monumento. Su plan era seguir la via Sistina, y trazando un ángulo recto delante de Santa María la Mayor, llegar por la via Urbana y San Pedro Advíncula a la via del Coliseo.

Reunia otra ventaja este camino, y era que no distraia á Franz de sus reflexiones sobre la historia que acababa de contarle maese Pastrini, en que figuraba su misterioso anfitrion de la isla de Monte-Cristo. Así pues, se acurrucó en un rincon del coche, entregándose á sus meditaciones sin número, que nunca le daban un resultado satisfactorio.

Otra cosa le habia recordado á su amigo Simbad el Marino, que eran aquellos misteriosos lazos entre los ladrones y los marineros. Lo que dijo Pastrini de que Vampa se refugiaba en los barcos pescadores y contrabandistas, recordó á Franz los dos bandidos corsos que habia encontrado comiendo con la tripulacion del yacth, que luego con el solo fin de desembarcarlos habia torcido su rumbo á Porto-Vecchio. El nombre que se daba á sí mismo su anfitrion de Monte-Cristo, pronunciado por el fondista de Roma, probábale que cumplia la misma mision filantrópica en las costas de Piombino, de Civita-Vechia, de Ostia y de Gaeta, que en las de Córcega, España y Toscana, y como el propio Simbad le habia hablado de Palermo y de Túnez, si no mentian los recuerdos de Franz, era prueba evidente de la estension del círculo de sus relaciones.

Pero por mucho que estas reflexiones le distrajeran, desvaneciéronse todas cuando vió dibujarse la gigantesca sombra del Coliseo, cuyas ruinas, con sus grietas, semejaban á la luz de la luna ojos de fantasmas. El carruaje paró á algunos pasos de la Meta Sudans, y cuando abierta por el cochero la portezuela se apearon los dos jóvenes, halláronse cara á cara con un cicerone, que parecia salir de las entrañas de la tierra.

Como iba en su compañía el del hotel, se encontraron con dos cicerones.

Imposible es en Roma evitar este lujo. Además del cicerone general que se apodera del viajero al poner el pié en la fonda, y que no le abandona hasta que lo pone fuera de la ciudad, en cada monumento, y aun me atreveria á decir que en cada fraccion de monumento, hay otro cicerone especial. Mírese pues si faltará su cicerone al Colósseo, es decir, al monumento por escelencia, que hizo esclamar á Marcial:

«Pare Menfis en la loa de sus bárbaras pirámides; »déjense de cantar las maravillas de Babilonia; todo »ceda al anfiteatro de los Césares, que todas la trom»petas de la fama deben de juntarse en una para ala»bar á este monumento.»

Franz y Alberto ni por asomo intentaron librarse de la tiranía cicerónica. Esto además les hubiera sido muy difícil, puesto que solamente los guias tienen derecho á recorrer con luces las ruinas. Así pues se entregaron á ellos sin resistencia alguna, como quien dice atados de piés y manos.

Franz conocia ya el terreno, que lo habia visitado otra vez; pero como era la primera que su novicio compañero entraba en el monumento de Flavio Vespasiano, debo de confesar en pro suya, que á pesar del ignorante empirismo de sus guias, no dejaba de causarle impresion. Con efecto, el que no las ha visto no puede formarse idea de la majestad de semejantes ruinas, doblado aun su mérito por la misteriosa luz de aquella luna meridional, que parece un crepúsculo de las regiones occidentales.

Apenas el meditabundo Franz habia dado cien pasos bajo los pórticos interiores, dejó á Alberto en poder de sus guias, que no renunciaban al derecho de enseñarle al pormenor la fosa de los Leones, el palco de los Gladiadores, y el podium de los Césares, y subiendo por una escalera medio arruinada, fué á sentarse junto á una columna, enfrente de un derrumbamiento que le permitia abarcar con una mirada la majestuosa estension de aquel gigante de granito.

Como un cuarto de hora haria que Franz ocupaba aquella posicion, que segun va dicho era la sombra de una columna, distraido con mirar á Alberto que en compañía de sus dos cicerones provistos de antorchas

acababa de salir de un vomitorium situado al otro estremo del Coliseo, cuando pareciole oir botar una piedra en el fondo del monumento, como si la hubiesen desprendido de la escalera situada en frente de la otra por donde habia subido al sitio en que estaba ahora. No es sin duda cosa rara que se desprenda una piedra á impulsos del tiempo y baje rodando al abismo; pero en esta ocasion le pareció que eran los piés de un hombre los que la habian desprendido, y hasta pareciole oir ruido de pasos, ruido que hacia por apagar el que los daba.

Con efecto, un instante después salió un hombre gradualmente de la sombra, distinguiéndose mas y mas á medida que subia la escalera, cuyo orificio, que afrontaba con Franz, estaba alumbrado por la luna de suerte que los escalones iban perdiéndose en la oscuridad así como se bajaban.

Podia fácilmente ser aquel hombre un viajero como él, que prefiriese la meditacion á solas, al insignificante charlatanismo de sus guias, y no debia por tanto sorprenderle su aparicion; pero del paso vacilante con que subió los escalones últimos, de la manera con que se paró en la plataforma como escuchando, se deducia con evidencia que habia venido allí con un objeto, y que esperaba á alguno.

Por un movimiento instintivo ocultose Franz detrás de la columna, como mejor le fué dado.

A cosa de diez piés del sitio en que ambos se encontraban habia en la bóveda un agujero redondo, semejante á un pozo, que dejaba ver el cielo tachonado de estrellas.



El Coliseo.

En torno á este agujero, que quizás tendria siglos de fecha, crecian jaramagos, cuyas verdes ramas se destacaban en el claro azul del firmamento, y enredadera y yedra, que colgando y meciéndose en el espacio, parecian cordeles

El personaje cuya misteriosa aparicion habia sorprendido tanto á Franz, hallábase colocado entre la luz y la sombra, de una manera que le impedia distinguir sus facciones, pero que no le impedia sin embargo

distinguir su traje. Iba embozado en una capa parda muy larga, y uno de sus embozos, echado sobre el hombro izquierdo, le ocultaba média cara, mientras su sombrero de alas anchas le ocultaba la otra média. La oblicua luz que entraba por el agujero caia solamente sobre la parte baja de sus vestidos, con que pudo Franz distinguirle el pantalon negro, que abotinaba elegantemente una bota charolada.

De seguro pertenecia aquel hombre, si no á la aristocracia, á la alta sociedad lo menos.

Ya hacia algunos minutos de su llegada, y comenzaba á dar visibles muestras de impaciencia, cuando se oyó un rumor estraño á la parte del agujero.

Al mismo tiempo una sombra interceptó la luz, y asomó por allí un hombre sondando con mirada escrutadora las tinieblas, hasta que distinguió al embozado, que entonces, asiéndose á un manojo de aquellas enredaderas flotantes, se escurrió hasta llegar á tres ó cuatro piés del suelo, y desde allí dió un salto.

Iba vestido enteramente como los transtiberinos.

—Perdonadme, escelencia, si os hice esperar, dijo en dialecto romano; aunque solo mi tardanza fué de minutos. Acaban de dar las diez en San Juan de Letran.

—Yo he sido el que vine con anticipacion, no vos el que tardasteis, respondió el estranjero en toscano castizo; con que no hablemos de esto mas; sin tener en cuenta, que aunque me hubieseis hecho esperar, nunca dudara yo de que fuera por gusto vuestro.

—Y tendriais razon, escelencia.—Vengo del castillo de Saint Angelo, donde he pasado para hablar con Beppo todos los trabajos de Hércules.

—¿Quién es ese Beppo?

—Un empleado de la cárcel, á quien doy un sueldecillo para saber lo que pasa en las prisiones de Su Santidad.

—¡Ah! ya veo que sois hombre que lo entiende, caro mio.

—¿Qué quereis, escelencia? nadie sabe lo que le aguarda. Acaso un dia caeré yo tambien en el anzuelo como el pobre Peppino, y necesitaré de un raton que me roa los hierros de mi calabozo.

—En resumidas cuentas, ¿qué habeis averiguado?

—Que el martes se verificarán dos ejecuciones. Esto se acostumbra en Roma á guisa de introduccion de todas las grandes fiestas. Uno de los reos será *mazzolato:* el tal no merece compasion, que es un miserable, asesino de un sacerdote que le habia educado. El otro, que es el pobre Peppino, será *decapitato.*

—¿Qué quereis, mio caro? es tan grande el terror que inspirais, no solo al gobierno pontifical, sino al de los pueblos limítrofes, que quieren irrevocablemente hacer un ejemplar.

—Pero Peppino no es de mi partida, sino un pobre pastor que no ha cometido otro crímen que proveernos de víveres.

—Eso le hace cómplice; y ya veis que por eso mismo le tratan con cierto miramiento. En vez de martirizarlo, que es vuestro destino, si os ponen alguna vez la mano encima, con guillotinarlo se contentan. Así la diversion del pueblo será mas vária, mas adecuada á todos los gustos.

—Sin contar el que yo le preparo, que no lo espera, añadió el transtiberino.

—Permitidme que os diga, mi querido amigo, repuso el embozado, que os creo dispuesto á cometer una tontería.

—A todo estoy dispuesto por salvar á ese pobre diablo, que por mí se ve como se ve. Si no hiciese algo por él, seria yo muy cobarde ¡voto á la Madona!

—¿Y qué hareis?

—Colocaré en torno al cadalso una veintena de hombres, que al punto en que le saquen, á una señal que yo haga, nos arrojaremos á la escolta puñal en mano, y se lo robaremos.

—Eso me parece aventurado, y creo decididamente que es mejor que el vuestro mi plan.

—¿Cuál es vuestro plan, escelencia?

—Daré dos mil piastras á cierta persona que yo sé, que logrará aplazar hasta el año que viene la ejecucion de Peppino; y luego en ese año daré otras mil piastras á otra persona que tambien yo sé, con que podrá escaparse de la prision.

—¿Estais seguro de conseguirlo?

—¡Par diez! dijo en francés el embozado.

—¿Y os satisface ese plan? le preguntó el transtiberino.

—Digoos, mio caro, que haré yo mas con mi dinero, que vos y todos vuestros amigos con sus puñales, sus pistolas, sus escopetas y sus trabucos. Dejadme obrar.

—Corriente; pero estaremos sobre aviso por si no salieseis adelante.

—Estad sobre aviso si os place; pero contad de seguro con que logro mi plan.

—Reparad que pasado mañana es martes. No teneis ya mas tiempo que mañana.

—Pero el dia tiene veinticuatro horas, la hora tiene sesenta minutos, y el minuto sesenta segundos. En ochenta y seis mil cuatrocientos segundos se pueden hacer muchas cosas.

—¿Y cómo sabremos si lo habeis logrado, escelencia?

—Muy sencillamente. He alquilado las tres últimas ventanas del café de Rospoli. Si consigo el plazo, estarán las dos laterales colgadas de damasco azul, pero la del medio de damasco blanco, con una cruz roja.

—Corriente. ¿Y por qué conducto hareis llegar la gracia á su destino?

—Mandadme á uno de vuestros camaradas vestido de penitente, y yo se la daré. Con este traje le será permitido acercarse al cadalso, donde entregará la bula al jefe de la hermandad, que la pasará al verdugo. Entre tanto, participádselo á Peppino, no sea que vaya á morirse de miedo ó á volverse loco, que entonces hariamos un gasto inútil.

—Oid, escelencia, dijo el transtiberino, yo os estoy muy obligado, y vos lo sabeis, ¿no es verdad?

—Así á lo menos lo espero.

—Pues bien, si salvais á Peppino, ya no os pagaré con adhesion, sino con obediencia.

—Repara lo que dices, mio caro. Mira que acaso algun dia te lo recuerde, porque acaso algun dia necesitaré tambien de tí.

—Pues me encontrareis, escelencia, á la hora del peligro como me habeis encontrado á la hora de la cita. Si entonces estuvieseis en el fin del mundo, no teneis mas que escribirme:—«haz esto;»—y lo haré por mi nombre de...

—¡Chiton! dijo el incógnito: oigo ruido.

—Son unos viajeros que visitan el Coliseo á la luz artificial.

—A nada conduce que nos hallen juntos. Esos bolitres de cicerones podrian reconoceros, y por muy honrosa que sea vuestra amistad, querido amigo, si se supieran los lazos que nos unen, temo que yo perderia algun tanto de mi crédito.

—Con que ¿si conseguis el plazo?...

—La ventana de en medio estará colgada de damasco blanco, con una cruz roja.

—¿Y si no lo conseguis?

—Las tres colgaduras serán azules.

—Entonces...

—Entonces, caro amigo, haced de vuestros puñales lo que os plazca. Os lo permito, y estaré allí para presenciarlo.

—Adios, escelencia. Cuento con vos. Contad conmigo.



Esto diciendo desapareció el transtiberino por la escalera, mientras el desconocido, cubriéndose mas y mas el rostro con la capa, cruzó á dos pasos de Franz, y por las gradas esteriores bajó á la arena.

Un segundo después oyó Franz resonar su nombre por las bóvedas: era Alberto que le llamaba.

Para responderle esperó á que los dos hombres se hubiesen alejado, porque no advirtiesen que habian tenido un testigo, que si bien no les vió la cara, no perdió una sílaba de su conversacion.

Diez minutos después el coche se dirigia al hotel de España, y Franz, con una distraccion poco menos que grosera, escuchaba las reflexiones que con autoridad de Plinio y Calpurnio le hacia Alberto sobre los garfios de hierro que impedian á las fieras arrojarse á los espectadores.

Sin contradecirle en lo mas mínimo dejábale Franz hablar, deseando hallarse solo para entregarse á sus reflexiones sobre lo que acababa de ver.

De aquellos dos hombres uno le era enteramente desconocido, le veia y le oia por primera vez; pero con respecto al otro no se hallaba en la misma situacion, que aunque Franz no le hubiese visto la cara, oculta siempre en la capa ó en la sombra, su acento le habia chocado asaz la primera vez que lo oyó, para que nunca pudiera sonar junto á él sin que lo reconociese. Su entonacion, burlesca en particular, tenia algo de estridente y de metálico, que le hizo temblar en las ruinas, como le habia hecho temblar en la isla de Monte-Cristo. Por esto creia firmemente que no era otro aquel hombre que Simbad el Marino.

En otra ocasion la curiosidad que le inspirara este hombre fuera tan grande, que se hubiera dado á conocer de él; pero en esta la conversacion que acababa de oir era demasiado íntima para que no concibiese la sospecha de que le desagradaria su aparicion. Así pues le dejó ir, como ya se ha visto; pero comprometiéndose consigo mismo, si otra vez le encontraba, á no dejar que la ocasion se le escapase.

Peppino.



Tenia el jóven demasiado en qué pensar para poder dormir, con que pasó la noche recordando en su interior todas las circunstancias relativas al hombre de la gruta y al desconocido del Coliseo, circunstancias que convenian en hacer de los dos un solo personaje.

Mientras mas revolvia Franz su mente mas se afirmaba en esta opinion.

Ya era el amanecer cuando se durmió, lo que fué causa de que despertara bastante tarde. Alberto, como parisiense legítimo, habia tomado ya sus precauciones para todo el dia, y alquilado por añadidura un palco en el teatro de Argentina.

Como Franz tenia que escribir á Francia muchas cartas, le cedió á Alberto el coche por todo el dia.

A las cinco volvió Alberto. Habia entregado sus cartas de recomendacion, le habian convidado en todas las casas para sus *soirees*, y habia visto á Roma.

Para todo esto le fué bastante un dia.

Hasta tuvo tiempo para enterarse de la ópera y de los actores que la representaban.

La ópera era *Parisina*, y los actores se llamaban Coselli, Moriani y la Spech.

Como se ve no dejaban de tener fortuna nuestros dos jóvenes, puesto que iban á oir una de las mejores óperas del autor de *Lucia di Lammermoor*, cantada por tres artistas de los mas célebres de Italia.

Nunca habia podido Alberto acostumbrarse á los teatros ultramontanos, donde no se puede ir á la orquesta, y que no tienen balconcillos ni palcos descubiertos. Cosa era muy dura para un hombre que tenia en los Bufones su luneta, y abono en el palco infernal de la Opera.

Esto sin embargo no le impedia ponerse de punta en blanco siempre que iba á la ópera con Franz. Tiempo perdido, porque debemos de confesar en mengua de uno de los representantes mas digno de nuestra elegancia, que en los cuatro meses que hacia que cruzaba la Italia en todas direcciones, no se le habia presentado una sola aventura.

Muchas veces hacia por echarlo á broma; pero en el fondo se sentia mortificado con estremo. ¡Él, Alberto de Morcef, uno de los calaveras mas corridos, navegar á palo seco! Y esto le era tanto mas doloroso, cuanto que con la modestia habitual á nuestros queridos compatriotas, habia salido de París con la profunda conviccion de que iba á dar golpe en Italia, y que volveria á ser el héroe del *boulevard* de Gante con el cuento de sus aventuras amorosas.

¡Ay! ¡castillos en el aire! Las divinas condesas de Génova, de Florencia y de Nápoles habian permanecido fieles á sus amantes, sino á sus maridos, adquiriendo Alberto la triste conviccion de que las italianas se aventajan á las francesas lo menos en ser fieles á su infidelidad.

Esto no quiere decir que en Italia no tenga escepciones la regla como en todas partes.

Y sin embargo, Alberto era no solo un jóven muy elegante, sino de mucho talento; y vizconde por añadidura, vizconde de nuevo cuño, es verdad; pero hoy que no se hacen pruebas de nobleza, ¿qué importa descender del siglo XIV ó de 1815? Sobre todo esto tenia cincuenta mil libras de renta, que es mas de lo que se necesita para ser en París *leon*. Mírese pues cuánto le humillaria el que hasta lo presente no hubiera reparado en él nadie en ninguna de las poblaciones que habia recorrido.

Pero en Roma pensaba desquitarse, tanto mas cuanto que el carnaval es en todos los paises que celebran tan amable institucion una época de libertad, que hace cometer locuras á las mugeres mas recatadas. Ahora bien, como el carnaval comenzaba al dia siguiente, tenia mucha prisa el jóven por repartir su prospecto.

Con este propósito tomó uno de los palcos mas claros del teatro, y se adornó estremadamente para ir. La situacion del palco era la que entre nosotros ocupa la galería. Esto no quita que los tres pisos de palcos sean iguales en cuanto á su valor aristocrático, por lo que los llaman los palcos nobles.

El palco en cuestion, en que cabrian hasta doce personas sin estar apretadas, les costó á los dos amigos algo menos que un palco de cuatro personas en el *Ambigú*.

Otra esperanza abrigaba Alberto, y era que como llegase á conquistar el corazon de alguna hermosa romana, conquistaria tambien un *posto* en su carruaje, y veria las fiestas desde un asiento de buen tono, ó desde el balcon de un piso principal.

Estas reflexiones le ponian mas desdeñoso que nunca lo fué. Con la espalda vuelta á los actores sacaba del palco casi todo el cuerpo, para asestar á las mugeres bonitas unos gemelos de seis pulgadas de longitud.

Y sin embargo, ni una sola hermosura recompensaba siquiera con una mirada de curiosidad los afanes de Alberto.

Cada cual hablaba en el teatro de sus negocios, de sus gustos, de sus amores, del carnaval que empezaba al otro dia, de la próxima Semana Santa, sin cuidarse para nada de los actores ni de la ópera, hasta los momentos consagrados en que se volvian á oir un recitado de la Coselli, algun rasgo magnífico de Moriani, ó para gritar ¡bravo! á la Spech. Después se reanudaban las conversaciones.

Al fin del primer acto abriose la puerta de un palco, que hasta entonces habia estado vacío, y vió entrar Franz á una persona á quien tuvo el honor de ser presentado en París, y á quien creia á la sazon en Francia. Alberto notó el ademan que hizo su amigo al verla, y volviéndose hácia él le preguntó:

—¿Conoceis por ventura á aquella muger?

—Sí: ¿qué os parece?

—¡Encantadora, mio caro! ¡y rubia! ¡Oh! divinos cabellos! ¿Es francesa?

—Es veneciana.

—¿Cómo se llama?

—La condesa de G...

—¡Oh! la conozco de nombre, esclamó Alberto. Dicen que es tan espiritual como linda. ¡Por vida de! Ahora recuerdo que pude lograr que me presentaran á ella en el último baile de Madama de Villefort, adonde entrambos concurrimos, y no se me ocurrió semejante cosa. ¡Qué tonto que soy!

—¿Quereis que yo repare ese error? le dijo Franz.

—¡Cómo! ¿la conoceis lo bastante para poderme llevar á su palco?

—Solo tres ó cuatro veces he tenido el honor de hablarla en mi vida; pero ya sabeis que con eso puedo atreverme, sin temor de cometer una imprudencia.

En este momento vió la condesa á Franz, y le hizo con la mano una seña amistosa llena de gracia. Franz le respondió con una respetuosa inclinacion de cabeza.

—¡Hola! paréceme que estais en muy buenas relaciones con ella, dijo Alberto.

—Ese juzgar de ligero es el que nos hace á nosotros los franceses incurrir en mil tonterías. Y lo estraño es que lo medimos todo con nuestro rasero de París. En España, y mas particularmente en Italia, no juzgueis nunca de la intimidad de las personas por la que sus relaciones aparentan. Lo que hay entre la condesa y yo es que hemos simpatizado.

—¿Simpatía de corazon? le preguntó su amigo riendo.

—No: simpatía moral, respondió Franz gravemente.

—Y ¿en qué ocasion?

—En una visita al Coliseo, semejante á la que hemos hecho juntos.

—¿A la luz de la luna?

—Sí.

—¿Solos?

—Poco menos.

—¿Y hablasteis?...

—De los muertos.

—¡Ah! esclamó Alberto: ¡vaya una conversacion! Pues de mí os aseguro, que como tenga la fortuna de acompañar á la linda condesa en otro paseo por el estilo, solo le hablaré de los vivos.

—¡Ba!

—¡Ay, amigo mio! ¡qué descontentadizo sois! dijo Franz volviéndose á otro lado, mientras Alberto seguia maniobrando con sus gemelos.

Al fin cayó el telon con mucho gusto del vizconde de Morcef, que tomando su sombrero y pasándose ligeramente la mano por sus cabellos, su corbata y los puños de su camisa, hizo observar á Franz que le estaba esperando.

La condesa de G...

—Y acaso hareis mal.

—En resumidas cuentas, ¿me presentareis, como me lo habeis prometido?

—Cuando caiga el telon.

—¡Qué demonio! ¡es tan largo este acto primero!

—Atended al final, que es magnífico, y Coselli lo canta admirablemente.

—Sí; pero ¡qué poca gracia!

—La Spech está dramática como nadie.

—Pero ya comprendereis que quien ha oido á la Sontag y á la Malibran...

—¿No os parece escelente el método de Moriani?

Como de su parte la condesa, á quien interrogó Franz con una mirada, le diese á entender por señas que sería bien recibido, no puso este ningun obstáculo á la satisfaccion del anhelo de Alberto, y dando la vuelta al hemicyclo, acompañado de su amigo, que aprovechaba este tiempo en deshacer los pliegues que el movimiento habria podido poner en el cuello de su camisa y en su traje, fué á llamar al palco núm. 4, que era el ocupado por la condesa.

Al punto el jóven que estaba sentado á su lado en la delantera se levantó para ceder su sitio al que llegaba, que segun una costumbre del país, debia

luego de cederlo á la primera visita que llegase.

Presentó Franz su amigo á la condesa, como uno de los jóvenes franceses mas distinguidos por su posicion social y por su talento, lo que era verdad seguramente, pues en París y en su círculo era un jóven sin tacha. Franz añadió que desesperado por no haber podido aprovechar la estancia de la condesa en París, para que le presentasen á ella, le habia pedido que des comunes á la condesa y á él. Comprendiendo Franz que estaba ya en buen camino, dejole hacer, y pidiéndole sus colosales gemelos, se puso á su vez á examinar la concurrencia.

Sola, en la delantera de un palco tercero, enfrente, habia una muger con estremo hermosa, vestida á la griega, traje que llevaba con tanta naturalidad que evidentemente era el suyo propio.

—Esperad, me voy, dijo la condesa levantándose.

reparase aquella falta, mision que creia cumplir con rogar á la condesa, para quien él mismo debia de necesitar presentador, que le disimulase tanto atrevimiento.

La respuesta de la condesa fué un saludo encantador á Alberto, y un apreton de mano á Franz.

Invitado por ella, sentose Alberto en la delantera que habia quedado vacía, colocándose Franz en la segunda fila, detrás de la condesa.

Alberto halló un escelente modo de introducir conversacion, que fué hablar de París y de las amista-

Detrás de ella dibujábase en la sombra un caballero cuyo rostro era imposible distinguir.

Interrumpió Franz la conversacion de Alberto y de la condesa, para preguntar á esta última si conocia á la linda albanesa, pues era digna de llamar la atencion no solo de los hombres, sino que tambien de las mugeres.

—No, respondió la condesa. Todo lo que sé de ella es que está en Roma desde el principio de la estacion, porque en el mismo sitio donde hoy la vi el primer dia de esta temporada teatral, y hace un mes que no

falta una sola noche, ya acompañada del que está con ella ahora, ya seguida de un criado negro.

—¿Y qué os parece, condesa?

—Estremadamente hermosa. Medora debia de parecérsele.

Franz y la condesa cambiaron una sonrisa.

Ella volvió á su plática con Alberto, y Franz á flechar sus gemelos á la albanesa.

En esto alzose el telon para el baile, para uno de esos bailes italianos puestos en escena por el famoso Henri, que gozaba en Italia de una reputacion colosal de coreógrafo, reputacion que el desdichado vino á perder al teatro náutico. Era uno de esos bailes en que todo el mundo, desde el primer bailarin hasta el último comparsa, toma en la accion una parte tan activa, que ciento cincuenta personas hacen á par el mismo gesto ó levantan á par el mismo brazo ó la misma pierna.

El baile se titulaba *Poliska*.

Ocupábale á Franz demasiado su linda griega para que pudiera ocuparse del baile, por bueno que fuese. Ella, por su parte, gustaba mucho visiblemente de aquel espectáculo, gusto que parecia en contradiccion con el supremo desden de su acompañante, que mientras duró la obra maestra coreográfica no hizo un solo movimiento, como si estuviera sumergido en los éstasis de un sueño apacible y delicioso, á pesar del ruido infernal que hacian las trompetas, los timbales y los chinescos de la orquesta.

Acabado el baile, cayó el telon entre los aplausos frenéticos de un público entusiasmado.

Gracias á esta costumbre de intercalar bailes en la ópera, son en Italia muy cortos los entreactos, pues tienen tiempo los cantantes para descansar y cambiar de traje, mientras los bailarines ejecutan sus piruetas y ensayan sus cabriolas.

Cuando empezó la introduccion del acto segundo, cuando sonó el primer golpe de orquesta, vió Franz al dormilon levantarse lentamente y acercarse á la jóven, que volvió la cabeza á decirle algunas palabras, tornando después á apoyarse de codos en la barandilla del palco.

El rostro de su interlocutor permanecia siempre entre la sombra, sin que pudiese Franz distinguir ninguna de sus facciones.

Levantado el telon, atrajeron los actores las miradas de Franz, de manera que tuvo que separarlas del palco de la hermosa griega.

Como todo el mundo sabe, principia el acto en el duo del sueño. Dormida Parisina, revela involuntariamente delante de Azo el secreto de su amor á Ugo. El esposo engañado siente todas las furias de los celos, hasta que convencido de que su esposa le es infiel, la despierta para anunciarla su proxima venganza.

Este duo es uno de los mas bellos, de los mas espresivos y de los mas terribles que hayan brotado jamás de la fecunda pluma de Donizetti. Oíalo Franz por la tercera vez, y aunque no pasase por acérrimo melómano, le causó una impresion profunda. Iba pues á unir sus aplausos á los de la concurrencia, cuando sus manos, próximas ya á juntarse, permanecieron separadas, y espiró en sus labios el ¡bravo! que en ellos ya tenia.

El hombre del palco se habia puesto de pié, y le daba la luz en la cabeza. Franz acababa de reconocer al misterioso habitante de Monte-Cristo, á aquel que la víspera creyó tambien reconocer por la voz y por la estatura en las ruinas del Coliseo.

No habia duda ya: el singular viajero habitaba en Roma.

Sin duda la espresion del rostro de Franz, armonizaba con lo turbado que aquella aparicion le puso, porque la condesa le miró y echose á reir, preguntándole qué tenia.

—Señora condesa, respondió Franz, há poco os he preguntado si conociais á aquella albanesa: ahora os pregunto, ¿conoceis á su marido?

—Ni mas ni menos que á ella, respondió la condesa.

—¿No habeis nunca reparado en él?

—Esa es una pregunta á la francesa. Ya sabeis que para nosotras las italianas, no hay en el mundo otro hombre que el que amamos.

—Es justo, respondió Franz.

—En todo caso, añadió ella acercando á sus ojos los gemelos de Alberto, y tomando la direccion del palco; en todo caso debe de ser algun desenterrado, algun muerto que sale de su tumba con permiso del enterrador, porque me parece pálido con estremo.

—Siempre está así, respondió Franz.

—¿Con que le conoceis? esclamó la condesa. Entonces yo soy la que debe de preguntaros quién es.

—Creo haberle visto antes de ahora.

—Con efecto, dijo ella, ya comprendo que nunca se olvide á ese hombre cuando se le haya visto una vez.

Y agitábase su espalda hermosa como si circulara por sus venas un escalofrio.

No era pues una impresion de su temperamento la que habia sentido Franz, puesto que otra persona la sentia tambien.

—¿Y qué pensais de ese hombre? preguntó á la condesa, después que le hubo otra vez mirado.

—Que me parece lord Ruthwen en carne y hueso.

Este nuevo recuerdo de Byron cuadró á Franz perfectamente. Con efecto, si algun hombre podia hacerle creer en la existencia de los vampiros era aquel hombre.

—Es preciso que yo sepa quién es, dijo levantándose.

—¡Oh, no! esclamó la condesa; no me abandoneis. Cuento con vos para acompañarme. Os retengo á mi lado.

—¡Qué! ¿de veras tendreis miedo? le dijo Franz al oido.

—Escuchad, repuso ella. Byron me juró que creia en los vampiros; díjome que los habia visto, y hasta me pintó su cara... que es de todo en todo la de aquel hombre. Aquellos largos cabellos negros, aquellos ojos que brillan con un fuego estraño, aquella mortal palidez... Advertid además que no acompaña á una muger... como todas las mugeres, sino á una estranjera... una griega... una cismática... maga sin duda como él. Os ruego que no os vayais. Mañana haced cuantas pesquisas se os antojen; pero hoy os intimo que no os dejo ir.

Franz insistió.

—Esperad, me voy, dijo la condesa levantándose, no puedo quedarme hasta el fin de la ópera, porque recibo gente en mi casa. ¿Sereis tan poco galante que me negueis vuestra compañía?

La única respuesta posible á estas palabras era coger el sombrero, abrir la puerta, y presentar el brazo á la condesa.

Esto hizo Franz.

Estaba la condesa verdaderamente conmovida, y el mismo Franz no podia desechar cierto terror supersticioso, tanto mas natural cuanto que lo que en la condesa era resultado de una sensacion instintiva, era en él resultado de un recuerdo.

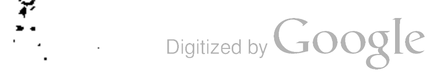
Al subir al carruaje advirtió que iba temblando.

Acompañola hasta su casa, donde no habia un alm siquiera. Nadie la esperaba. Franz se quejó de este engaño.

—No me siento buena, y quiero estar sola, respondió la condesa. La vista de aquel hombre me ha trastornado.

Franz intentó reirse.

—No riais sin gana, le dijo ella. Prometedme una cosa.



—¿Cuál?

—Prometédmela.

—Todo lo que exijais de mí, escepto que renuncie á descubrir quién sea ese hombre. Tengo razones, que no puedo deciros, para desear saber quién es, de dónde viene y adónde va.

—Ignoro de dónde viene; pero puedo deciros adónde va: va al infierno de seguro.

A su vuelta al hotel encontró á Alberto en bata, y tendido voluptuosamente en un sillon fumando un cigarro.

—¡Ah! ¿sois vos? le dijo. A fé mia que no os esperaba hasta mañana.

—Mi querido Alberto, respondió Franz, celebro que se me presente ocasion para deciros de una vez que habeis concebido ideas muy falsas de las mugeres ita-



El hombre del palco se habia puesto de pié.

—Volvamos á la promesa que ibais á exigir de mí, señora, dijo Franz.

—Que volvais al hotel directamente, sin procurar esta noche ver á ese hombre. Entre las personas de quien uno se separa y las personas á quien se junta hay ciertas afinidades: no sirvais de hilo conductor entre ese hombre y yo. Buscadle mañana si os acomoda; pero nunca me lo presenteis si no quereis que me muera de miedo. Con que buenas noches: haced por dormid: yo sé de cierta persona que no dormirá.

Y con esto dejó á Franz solo y perplejo, sin saber si se habia estado divirtiendo á costa suya, ó si verdaderamente habia tenido tanto terror.

lianas. Paréceme que vuestro *fiasco* amoroso os las debiera de borrar.

—¿Qué quereis? son incomprensibles estos diablos de mugeres: os dan la mano, os la aprietan, os hablan al oido, os hacen acompañarlas á su casa... con la cuarta parte de eso perderia su reputacion una parisiense.

—Justamente porque nada tienen que ocultar es por lo que obran con desfachatez, y por lo que se cuidan tan poco las mugeres del qué dirán en estas tierras del *sí*, como dice el Dante. Además, bien visteis que la condesa tenia efectivamente miedo.

—Miedo ¿de qué? ¡de aquel buen hombre que es-

taba enfrente de nosotros, con aquella griega tan hermosa! Yo que estaba muy tranquilo quise cruzarme con ellos en los corredores del teatro... y no sé por qué diablos os inspiran esas ideas del otro mundo. Es un apuesto caballero, muy elegante, y aun me parece que su sastre debe de ser parisiense, Blin ó Humann. El está un poco pálido ciertamente; pero ya sabeis que la palidez es un sello de distincion.

Franz sonrió recordando que Alberto tenia muchas pretensiones de estar pálido.

—Yo tambien estoy convencido de que son erróneas las ideas de la condesa sobre este hombre, repuso. ¿Pasó hablando junto á vos? ¿le oisteis algunas palabras?

—Sí que habló; pero en romaico; lo reconocí en algunas palabras griegas desfiguradas. Debo deciros, caro mio, que en mis tiempos de colegial era yo muy fuerte en griego.

—¿Con que hablaba en romaico?

—Probablemente.

—No hay duda ¡es él!... murmuró Franz.

—¿Qué decis?

—Nada.

—¡Ah!

—¿Qué haciais cuando vine?

—Os preparaba una sorpresa.

—¿Cuál?

—Ya sabeis que es imposible que tengamos carruaje.

—A pesar de que hemos hecho todos los esfuerzos imaginables.

—Pues he concebido una idea magnífica.

Franz miró á Alberto como sino le inspiraran mucha confianza sus ideas.

—Caro mio, dijo el jóven, me honrais con una mirada que está pidiendo reparacion.

—Estoy pronto á dárosla, si la idea es tan ingeniosa como decís.

—Escuchad.

—Ya escucho.

—¿No hay medio de tener coche?

—No.

—¿Ni caballos?

—Tampoco.

—Pero podremos tener una carreta.

—Quizás.

—Y un par de bueyes.

—Es probable.

—Pues oid mi idea, caro amigo. Mando adornar la carreta, y vistiéndonos de segadores napolitanos, representamos á lo vivo el magnífico cuadro de Leopoldo Robert. Si la condesa quisiera ponerse el traje de las mugeres de Puzzolo ó de Sorrento, completaría la mascarada, pues ella es bastante hermosa para representar á la madre del cuadro consabido.

—¡Por Cristo! esclamó Franz; ahora teneis razon, señor Alberto, que es magnífica esa idea.

—Y nacional, sobre todo, caro mio. ¡Ah, señores romanos! ¿creiais que íbamos á andar á pié por esas calles, como los *lazzaroni*, porque os faltan carruajes y caballos? No, que nos ingeniaremos.

—¿Y habeis comunicado ya á álguien vuestra feliz ocurrencia?

—A nuestro posadero. Hícele subir y le espuse mi plan. Asegurome que nada es tan fácil como realizarlo. Yo queria que los bueyes llevasen los cuernos dorados; pero me dijo que solo para eso se necesitaban tres dias, con que nos pasaremos sin tanto lujo.

—¿Y dónde anda?

—¿Quién?

—El posadero.

—Arreglando nuestras cosas. No hay tiempo que perder.

—¿De manera que esta misma noche nos dará cuenta del resultado?

—Esperándole estoy.

A este punto se abrió la puerta, asomando la cabeza maese Pastrini.

—¿*Permesso?* dijo.

—Vaya: ¡pues no lo hemos de permitir! esclamó Franz.

—Ea, ¿nos habeis proporcionado la carreta y los bueyes? le preguntó Alberto.

—Otra cosa mejor, respondió muy satisfecho de sí mismo.

—Tened en cuenta, mi querido hostelero, que lo mejor es enemigo de lo bueno.

—Fien de mí vuestras escelencias, dijo Pastrini con tono magistral.

—Pero en fin, ¿qué hay? le preguntó Franz á su vez.

—Ya sabeis que el conde de Monte-Cristo vive en este mismo piso de la fonda...

—¡Vaya si lo sé! esclamó Alberto. Como que por culpa suya tenemos una habitacion digna de estudiantes de la calle de Saint-Nicolas-du-Chardonnet.

—Pues bien, ha sabido el apuro en que os encontrais, y os brinda con dos sitios en su carruaje y en sus ventanas del palacio Rospoli.

Alberto y Franz se miraron uno á otro.

—Pero ¿debemos nosotros aceptar ofertas de un estraño, de un desconocido? preguntó Alberto.

—¿Qué hombre es ese, ese conde de Monte-Cristo? preguntó Franz al posadero.

—Un señor siciliano ó maltés, que no lo sé á punto fijo, noble como un Borghese, y rico como una mina de oro.

—Paréceme, dijo Franz á Alberto, que si ese hombre fuese tan aristocrático como dice maese Pastrini, nos hubiera hecho su invitacion de otra manera, ya escribiéndonos, ó ya...

En este punto llamaron á la puerta.

—Adelante, dijo Franz.

Un criado con librea muy lujosa apareció en el dintel, y dijo:

—De parte del conde de Monte-Cristo, para Mr. Franz de Epinay y para el señor vizconde Alberto de Morcef.

Y á par alargaba dos tarjetas al posadero, que las entregó á los jóvenes.

—El señor conde de Monte-Cristo, prosiguió el criado, me encarga pida á estos caballeros su vénia para hacerles una visita mañana por la mañana con la franqueza de vecinos, y de informarme á qué hora estarán visibles.

—A fé mia, dijo Alberto á Franz, que el recado es espresivo.

—Decid al conde, respondió Franz, que nosotros seremos los que tengamos el honor de visitarle.

El criado se fué.

—Eso se llama finura y cortesanía, esclamó Alberto. Vamos, veo que teneis razon, maese Pastrini, y que es un hombre completo vuestro conde de Monte-Cristo.

—¿Con que aceptais su oferta? dijo el posadero.

—Sí á fé mia, respondió Alberto. Sin embargo, os confieso que me duele renunciar á mi carreta y á mis segadores; que á no contar con la ventana del palacio Rospoli en compensacion de nuestra pérdida, volvería á mi primer propósito. ¿Qué decís de esto, Franz?

—Digo que opto tambien por las ventanas del palacio Rospoli, respondió Franz.

Esta oferta le habia recordado la conversacion que oyó en las ruinas del Coliseo entre el embozado y el transtiberino, conversacion en la cual el primero se habia comprometido á obtener el perdon del sentenciado.

Ahora bien: si el embozado era, como ya tenia razones Franz para creerlo, el mismo que tanto le llamó la atencion en el palco del teatro de Argentina, in-

dudablemente él le reconoceria, sin que nada le impidiese entonces satisfacer su curiosidad.

Una parte de la noche la pasó Franz pensando en sus dos misteriosos aparecidos, y anhelando porque llegase la mañana.

Con efecto, entonces se iba todo á aclarar, y á menos que su anfitrion de Monte-Cristo poseyese el anillo de Gijes, y el don de hacerse con él invisible, era claro que no podria escapársele.

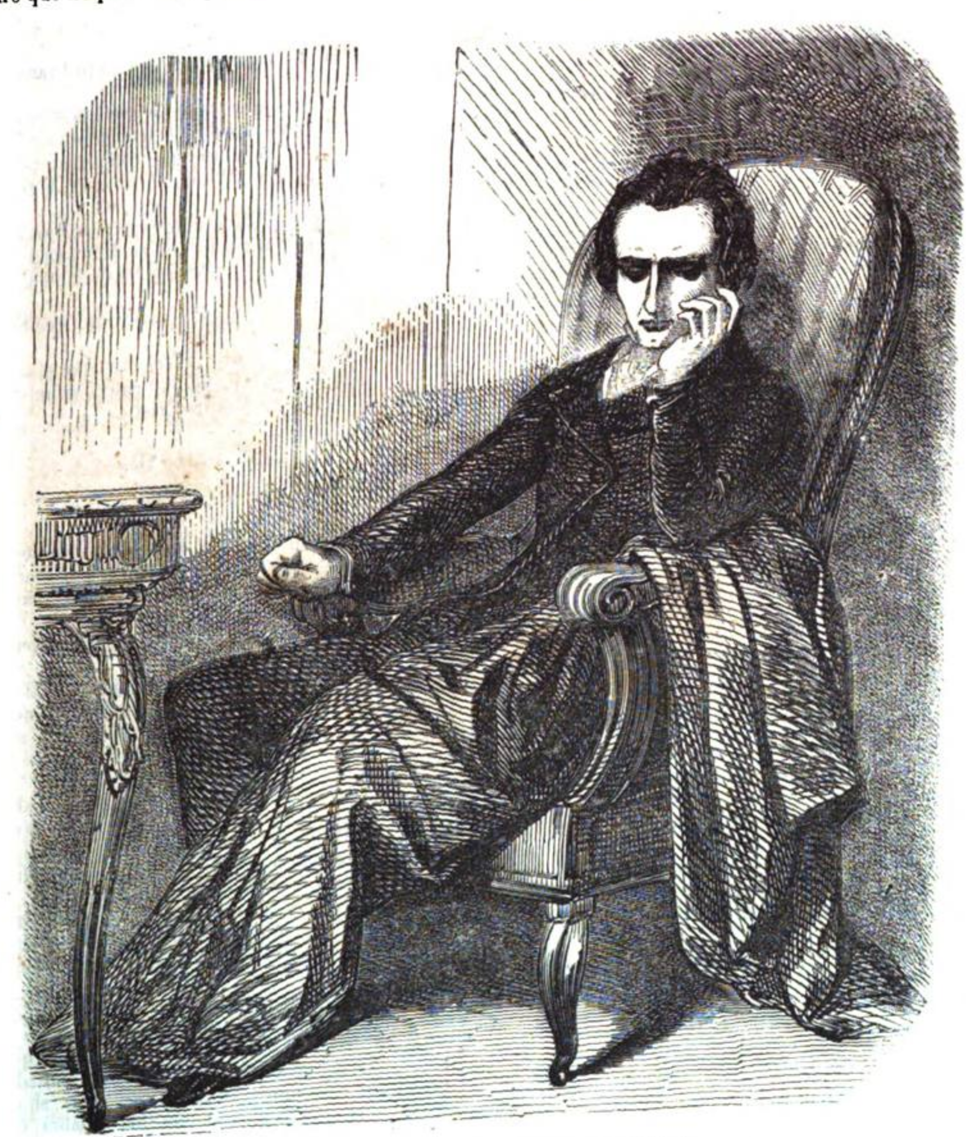
—¡Oh! presumí que vuestra escelencia no querria rozarse con la canalla, cuyo teatro es aquel, por decirlo así.

—Probablemente no iré, dijo Franz; pero deseo saber algunos pormenores...

—¿Cuáles?

—Quisiera saber cuántos son los reos y sus nombres, y el género de muerte de cada uno.

—A buena ocasion acude vuestra escelencia. Ahora justamente me acaban de traer las *tavolette*.



—¿Qué hombre es ese, ese conde de Monte-Cristo?

Con esto se despertó antes de las ocho.

Como Alberto no tenia para madrugar las mismas razones que Franz, dormia á pierna suelta aun.

Franz mandó llamar al posadero, que acudió con su ordinaria rapidez.

—Maese Pastrini, le dijo, ¿no debe de haber hoy una ejecucion?

—Sí, escelencia; pero si me lo preguntais para alquilar una ventana, tarde acudís.

—No, repuso Franz, aunque creo que si me empeñase en ver el espectáculo no me faltaria un lugar en el monte Pincio.

—¿Y qué es eso de *tavolette*?

—Las *tavolette* son unas tablitas que cuelgan en todas las esquinas de Roma la víspera de la ejecucion, con el nombre de los reos, el delito que han cometido, y la clase de muerte que tendrán.—El objeto de ellas es invitar á los fieles á que pidan á Dios para los culpables una contricion sincera.

—¿Y os traen esas *tavolette* para que unais vuestras súplicas á las de los fieles? le preguntó Franz como con irónica duda.

—No, escelencia, sino que me he confabulado con

el repartidor, que me las trae, así como las papeletas de teatro, para si alguno de mis huéspedes quiere asistir á la ejecucion.

—¡Ah! ¡qué atento sois y qué precavido! esclamó Franz.

—¡Psche! dijo el maese, puedo vanagloriarme de no olvidar nada de cuanto pueda agradar á los nobles estranjeros que me honran con su confianza.

—Ya lo veo, ya lo veo; y descuidad, que se lo iré diciendo á todo el mundo.—Desearia leer una de esas *tavolette*.

—Es muy facil, dijo el posadero abriendo la puerta. Tengo colgada una en ese corredor.

Con esto salió de allí, y descolgando la *tavolette* se la presentó á Franz.

Así decia traducida literalmente:

«Pónese en conocimiento del público que el martes 22 de febrero, primer dia de carnestolendas, serán ejecutados de órden del Tribunal de la Rota, en la plaza del Popolo, Andrea Rondolo, por haber asesinado al muy respetable y venerado D. César Torloni, canónigo de la iglesia de San Juan de Letran, y Peppino, alias *Rocca Priori*, por cómplice del malvado ladron Luigi Vampa y de toda su partida.

»El primero será *mazzolato*.

»El segundo será *decapitato*.

»Se suplica á las almas caritativas que pidan á Dios que dé una sincera contricion á los desdichados reos.»

Esto mismo era lo que Franz habia escuchado la antevíspera en las ruinas del Coliseo. El programa estaba conforme. Exactamente los mismos eran los nombres y los géneros de muerte de los reos.

Con que segun todas las probabilidades el transtiberino no era otro que el ladron Luigi Vampa, y el embozado Simbad el Marino, que en Roma como en Porto-Vecchio y en Tunez, se dedicaba á la filantropía.

Entre tanto pasaba el tiempo, y Franz iba á despertar á su amigo, porque eran las nueve, cuando con grande asombro le vió salir de su habitacion vestido ya en toda regla.

El demonio del carnaval, que le poseia, le despertaba mas temprano de lo que su amigo esperaba.

—Ahora que estamos ya dispuestos, dijo Franz á Pastrini, ¿creeis, maese, que podemos pasar á ver al conde de Monte-Cristo?

—¡Y tanto que sí! respondió el maese. El conde de Monte-Cristo es madrugador por costumbre, y estoy seguro de que hace mas de dos horas que está levantado.

—¿Con que creeis que no sea indiscrecion el visitarle ahora?

—Lo creo.

—En ese caso, Alberto, si estais listo...

—Lo estoy, dijo Alberto.

—Vamos á dar las gracias á nuestro vecino por su cortés invitacion.

—Vamos.

Solo tenian que atravesar los dos jóvenes el pasadizo. El posadero se adelantó á llamar, y un criado abrió la puerta.

—*Y signori francesi*, dijo Pastrini.

El criado se inclinó haciéndoles señas de que pasaran.

Atravesando dos piezas, amuebladas con un lujo que no creian encontrar en la fonda de Pastrini, llegaron á un salon elegantísimo.

Cubria el suelo un tapiz de Turquía, y los muebles eran de todo en todo *confortables*.

Magníficos cuadros, de los mas célebres pintores, trofeos y armas primorosas colgaban de las paredes; grandes cortinones de tapicería flotaban delante de las puertas.

—Si sus escelencias gustan de sentarse, voy á avisar al señor conde.

Y salió por una de las puertas.

Al abrirse esta puerta oyeron los dos amigos los acordes de una *guzla*, que al punto se apagaron, puesto que abriéndose y cerrando la puerta en uno mismo, no habia dejado entrar, por decirlo así, sino un soplo de armonía.

Cambiaron Franz y Alberto una mirada, y pusiéronse á contemplar los muebles, los cuadros y las armas.

Detenidamente les parecieron mas magníficos aun que al primer golpe de vista.

—¿Qué decís de todo esto? preguntó Franz á su amigo.

—Digo, mio caro, que debe de ser nuestro vecino un bolsista que haya jugado á la baja sobre los fondos españoles, ó algun príncipe que viaja de incógnito.

—¡Chist! dijo Franz. Vamos á saberlo, porque ya le tenemos aquí.

Con efecto, oyeron los franceses rechinar los goznes de una puerta, y levantándose el cortinon casi al propio tiempo, dió paso al propietario de tantas maravillas.

Alberto salió á encontrarle; pero Franz quedó en su sitio como clavado.

El que acababa de entrar no era otro que el embozado del Coliseo, el desconocido del palco, su misterioso anfitrion de la Isla de Monte-Cristo.

CAPITULO XII.

LA MAZZOLATA.

—Señores, dijo al entrar el conde de Monte-Cristo, disimuladme si os he dejado tomar la delantera; pero visitándoos mas temprano que esta hora, temí pecar de indiscreto.

Además, como me mandasteis á decir que vendriais, me quedé á esperaros.

—Franz y yo, señor conde, tenemos que daros mil gracias, dijo Alberto. Nos habeis sacado de un apuro grande á la verdad, y ya nos lanzábamos á inventar vehículos de fantasía, cuando hemos recibido vuestra amable invitacion.

—¡Oh señores! repuso el conde haciendo señas á los dos amigos de que se sentaran en un divan: ese imbécil de Pastrini tiene la culpa de que no os haya sacado antes del apuro. Ni una palabra me habia dicho de ello, á mí, que solo y aislado como estoy, no buscaba otra cosa que ocasion de trabar relaciones con mis vecinos. Al momento que supe que podia serviros en algo, ya visteis con cuánto afan aproveché la coyuntura.

Los dos jóvenes hicieron una genuflexion.

A Franz no se le habia ocurrido aun una palabra siquiera, ni habia tomado resolucion alguna, que como nada indicase en el conde anhelo ni voluntad de renovar sus relaciones antiguas, ignoraba si debia de hacer alusion á lo pasado con una palabra, ó dejar al tiempo que le proporcionase otras pruebas.

Además, aunque estaba íntimamente convencido de que era él el hombre del palco de la víspera, no lo estaba tan seguro de que fuese el embozado del Coliseo de la antevíspera.

Con esto se determinó á no hacer indicacion alguna al conde, y á dejar que siguiesen las cosas su curso natural.

Su posicion era muy ventajosa, puesto que conocia el secreto del conde, mientras el conde ninguna accion podia ejercer sobre él.

Entre tanto resolvió hacer que la conversacion recayese sobre punto que le pudiera disipar ciertas dudas.

—Señor conde, le dijo, nos habeis brindado con dos plazas en vuestro carruaje y en vuestras ventanas del palacio Rospoli. ¿Podreis decirnos ahora cómo lo-

graremos un *posto* cualquiera, como dicen los italianos, en la plaza del Popolo?

—¡*Ah!* es verdad, dijo el conde como distraido mirando á Morcef con suma atencion, ¿no hay en la plaza del Popolo una cosa parecida á una ejecucion?

—Sí, respondió Franz, viendo que él propio se venia adonde deseaba traerle.

—Esperad, esperad: creo haber encargado ayer á mi mayordomo que se ocupase en esto. Acaso os podré hacer sobre los otros este fútil servicio.

Y alargando la mano al cordon de una campanilla, lo agitó tres veces.

—¿Os habeis dedicado alguna vez, dijo á Franz, á estudiar el empleo del tiempo, y á simplificar las idas y venidas de los criados? Yo he hecho en esto un estudio especial. Cuando tiro una vez de la campanilla, es porque venga mi ayuda de cámara; cuando tiro dos veces, es porque venga mi cocinero, y tres, para que venga mi mayordomo. Así, ni pierdo un minuto ni una palabra. Miradlo: ya está aquí nuestro hombre.

En esto apareció un personaje de cuarenta y cinco á cincuenta años, que se parecia estremadamente al contrabandista que introdujo á Franz en la gruta; pero que no dió muestra alguna de reconocerle.

Franz cogió ya otro hilo.

—Señor Bertuccio, le dijo el conde, ¿me habeis bu-



El que acababa de entrar no era otro que el embozado del Coliseo.

cado, como ayer os lo mandé, una ventana en la plaza del Popolo?

—Sí, escelencia; pero ya era tarde, respondió el mayordomo.

—¡Cómo! dijo el conde frunciendo el ceño, ¿no os dije que queria tener una?

—Y vuestra escelencia la tiene, una que estaba alquilada ya al príncipe Lobanieff: me he visto obligado á dar por ella ciento...

—Está bien, está bien, señor Bertuccio: ahorrad á estos señores esas cuentas caseras. ¿Tenemos la

ventana, eh? pues lo demás importa poco. Dad al cochero las señas de la casa, y esperadnos en la escalera para servirnos de guia. Idos.

El mayordomo, haciendo un saludo, dió un paso para marcharse.

—¡Ah! repuso el conde, hacedme el favor de preguntar á Pastrini si ha recibido la *tavoletta*, y si quiere enviarme el prospecto de la ejecucion.

Bertuccio

—Es inútil, repuso Franz sacando del bolsillo su cartera; yo he visto las *tabolettas*, y las he copiado. Miradlas.

—Bien está. Entonces, señor Bertuccio, podeis retiraros, que ya no os necesito. Cuidad solamente de que nos avisen cuando esté el almuerzo dispuesto. ¿Me harán estos señores el honor de acompañarme? añadió encarándose con los dos amigos.

—Pero eso seria abusar, señor conde, murmuró Alberto.

—No, que por el contrario, me proporcionais un gusto muy grande. Uno ú otro, y acaso los dos, me pagareis un dia en *París* todo esto.—Mandad, señor Bertuccio, que pongan tres cubiertos.

En seguida tomó la cartera de manos de Franz.

—Decíamos pues, esclamó con un tono que no parecia sino que estuviese leyendo un cartel de teatro,—«Que serán ejecutados de órden del Tribunal de »la Rota, en la plaza del Pópolo, Andrea Rondolo, por »haber asesinado al muy respetable y venerado Don »César Torloni, canónigo de la iglesia de San Juan »de Letran, y Peppino, alias *Rocca Priori*, por cómplice del malvado ladron Luigi Vampa y de toda su »partida.

»El primero será *mazzolato*.

»El segundo será *decapitato*.

»Se suplica á las almas caritativas que pidan á Dios »que dé una sincera contriccion á los desdichados »reos.»

—¡Hum!—«El primero será *mazzolato*, y el segundo *decapitato*.»—Sí, con efecto, repuso el conde, así era como antes debia de ser la ejecucion; pero

creo que de ayer acá haya ocurrido algun cambio en el órden y la marcha de la ceremonia.

—¡Ba! dijo Franz.

—Sí. Ayer por la noche, en casa del cardenal Rospiglioni, oí que trataban, no sé... de un sobreseimiento concedido á uno de los reos...

—¿A Andrea Rondolo? preguntó Franz.

—No, repuso con indiferencia el conde, al otro... (y echó una mirada á la cartera, como para recordar el nombre) á ese Peppino (a) *Rocca Priori*. Eso os priva de un guillotinamiento; pero os queda en cambio la *mazzolata*, que es un suplicio muy curioso para el que lo ve por primera vez, y aun para el que lo ve por segunda, mientras el otro, que debeis de conocer sin duda, es muy sencillo, y no tiene nada de particular. La *mandaja* nunca yerra, ni tiembla, ni hiere en falso, ni necesita dar muchos golpes, como el soldado que cortó la cabeza al conde de Chalais, y á quien sin duda habia recomendado el paciente Richelieu. ¡Ah! no me hableis, añadió el conde en tono despreciativo, no me hableis de los europeos en esto de dar la muerte, que no entienden una palabra, que están en la infancia, ó dicho mejor, en la vejez de la crueldad.

—En verdad, señor conde, que cualquiera sospecharía que habeis hecho un estudio comparativo de los géneros de muerte que se usan en todos los pueblos del mundo.

—Pocos hay que yo no haya presenciado, repuso el conde friamente.

—Qué ¿os placen espectáculos tan horribles?

—La primera impresion que me causaron fué repugnancia, la segunda indiferencia, y la tercera curiosidad.

—¡Curiosidad! ¿sabeis que es terrible esa palabra?

—¿Por qué?

—Solo hay en la vida un punto culminante, que es la muerte. ¿Y no os parece cosa curiosísima el estudio de las diferentes maneras con que puede el alma salir del cuerpo, y las diferencias que los caractéres, los temperamentos y hasta las costumbres del país marcan en los individuos que sufren ese tránsito supremo del ser al no ser? Por mi parte os respondo de una cosa, y es que en mi opinion podrá la muerte ser un suplicio, pero no un castigo, porque al que ha visto morir á muchos, le es morir mucho mas fácil.

—No os comprendo bien, dijo Franz. Esplicaos, porque no podeis tener una idea de cuánto escitan mi curiosidad vuestras palabras.

—Escuchad, dijo el conde, agolpándose á su cara la hiel, como se agolpa la sangre á la de otros. Si un hombre, con torturas increibles, con tormentos sin fin hubiera asesinado á vuestro padre, á vuestra madre, á vuestra querida, á uno de esos seres, por último, que cuando se arrancan del corazon dejan un eterno vacío, una llaga chorreando siempre sangre, ¿os dariais por satisfecho con la reparacion que la sociedad os concede, con que el hierro de la guillotina se hunda entre la base del occipital y los músculos trapecios del asesino, y con que el que os dió siglos enteros de dolores morales pase algunos minutos de dolores físicos?

—Sí, ya sé que para consuelo no basta la justicia humana, repuso Franz. Nada mas puede que verter sangre por sangre. Pidámosla lo que puede y nada mas.

—Y cuenta que el ejemplo que pongo es material, repuso el conde: pongo el ejemplo de la sociedad, cuando atacada en su base por la muerte de un individuo, venga la muerte con la muerte: ¿pero no hay mil dolores que desgarran las entrañas del hombre, sin que la sociedad lo aperciba tan siquiera, sin que le brinde con ese medio incompleto de venganza de que hablábamos ahora? ¿No hay crímenes para los cuales seria liviano suplicio el palo de los turcos, el cubo de los persas, el enrodamiento de los iroqueses? ¡Y sin embargo, indiferente la sociedad los deja impunes! responded, ¿no hay crímenes de esa naturaleza?

—Sí, repuso Franz, y para castigarlos se tolera el duelo.

—¡Ah! ¡el duelo!... esclamó el conde: brava manera por el alma mia de lograr un fin, cuando ese fin es *la venganza!* Un hombre os arrebata vuestro amor, un hombre seduce á vuestra muger, un hombre deshonra á vuestra hija... de una existencia que tenia derecho á esperar de Dios la parte de felicidad prometida á todas sus criaturas, hace una existencia de dolor, de miseria ó de deshonra; ¿y os creereis vengado si al que puso la desesperacion en vuestro pecho y la locura en vuestra cabeza dais en el pecho una cuchillada ó le meteis una bala en la cabeza? Y esto sin acordarnos de que casi siempre él es el que queda vencedor, y lavado á los ojos del mundo y perdonado de Dios en cierto modo. No, no, prosiguió el conde: si alguna vez tuviera que vengarme, no me vengara yo así.

—¿Es decir que desaprobais el desafío? ¿Con que no os batiriais? preguntó á su vez Alberto, asombrado de oir tan estraña proposicion.

—¡Oh! Entendámonos, dijo el conde. Me batiria, sí, por una futesa, por un insulto, por un mentís, por un bofeton, y con tanta mas confianza, cuanto que gracias á la destreza que he adquirido en todos los ejercicios corporales, y á lo acostumbrado que estoy á los peligros, tendria casi seguridad de matar á mi contrario. Por todo esto me batiria; pero por un dolor lento, profundo, eterno, devolvería si me era posible un dolor semejante á aquel que me lo hubiera causado; ojo por ojo, diente por diente, como dicen los orientales, nuestros maestros en todo, esos elegidos de la creacion, que han sabido formarse una vida de ilusiones y un paraiso de realidades.

—Pero con esa teoría, que os constituye en juez y verdugo al par de vuestra propia causa, dijo Franz al conde, es difícil que podais conservaros en un punto medio que os salve siempre del poder de la ley. El odio es ciego, la cólera irreflexiva, y el que llena para sí mismo la copa de la venganza, se espone á beber un brebaje amargo.

—Sí, como sea pobre y torpe; pero no si es millonario y hábil. Lo peor que le puede suceder es sufrir el último suplicio, de que hablábamos ahora, ese que la filantrópica revolucion francesa ha sustituido al descuartizamiento y á la rueda. Y ¿qué le importará el suplicio si se ha vengado? A deciros verdad, casi llego á sentir que ese miserable Peppino, segun todas las probabilidades, no sea *decapitato;* veriais lo que duraba, y si valía la pena de que se hablara de ello. Pero en verdad que hemos introducido una conversacion rara para un dia de carnaval. ¿Cómo principió? ¡Ah! ya lo recuerdo, me pedisteis un sitio en mi ventana... pues bien, lo tendreis; pero vamos á almorzar primero, pues me presumo que vienen á anunciarnos que ya estamos servidos.

En efecto, un criado abrió una de las cuatro puertas del salon, y pronunció las palabras sacramentales:

—*¡Al suo commodo!*

Los dos jóvenes se levantaron y pasaron al comedor.

Durante el desayuno, que fué escelente y servido con esquisita delicadeza, Franz buscó las miradas de Alberto con las suyas, á fin de leer en ellas la impresion que no dudaba le hubiesen causado las palabras del conde; pero sea que con su indiferencia habitual no las hubiera prestado grande atencion, ó sea que el asentimiento del conde al desafío le hubiera reconciliado con él, ó sea, en fin, que los antecedentes que hemos contado, conocidos de Franz únicamente,

hubieran doblado para él solo el efecto de las teorías del conde, no advirtió en su compañero la meditacion mas mínima, sino que por el contrario hacia los honores á la comida, como aquel que estaba condenado hacia cuatro ó cinco meses á la cocina italiana, es decir, á una de las peores cocinas del mundo.

El conde apenas desfloraba los platos, pudiéndose decir que en sentarse á la mesa con sus convidados, cumplia un simple deber de urbanidad, y esperaba que se marcharan para hacerse servir manjares estrambóticos ó de su gusto.

Esto recordaba á Franz, á pesar suyo, el miedo que el conde habia inspirado á la condesa de G..., y la conviccion que no pudo destruir en ella de que el conde era un vampiro.

Al concluirse el almuerzo sacó Franz el reloj.

—¿Qué es eso? ¿que os vais? dijo el conde.

—Disimuladnos, señor conde; pero todavía tenemos muchas cosas que hacer, contestó Franz.

—¿Cuáles son?

—No tenemos disfraces, y hoy son de rigor.

—No os ocupeis de tal cosa. Podemos disponer de una habitacion en la plaza del Popolo; haré que nos lleven allí los trajes que indiqueis, y nos vestiremos.

—¡Después de la ejecucion! esclamó Franz.

—Sin duda; después, antes, ó durante ella, como os parezca.

—¿A la vista del cadalso?

—El cadalso forma parte de la funcion.

—Perdonad, señor conde, pero he pensado otra cosa, dijo Franz. Os doy gracias por vuestra atencion; pero me contento con un sitio en vuestro carruaje, y otro en el balcon del palacio Rospoli; déjeos en libertad de disponer del de la plaza del Popolo.

—Os advierto que perdeis un espectáculo muy curioso, respondió el conde.

—Ya me lo contareis, repuso Franz, y estoy convencido de que una relacion hecha por vos, me causará casi tanto efecto como si lo viera. Por otra parte, mas de una vez he hecho propósito de asistir á una ejecucion, y al cabo no he podido resolverme. ¿Y vos, Alberto?

—Yo he visto ejecutar á Castaing, contestó el vizconde; pero se me figura que aquel dia estaba un tanto beodo. Fué precisamente el dia de mi salida del colegio, y habiamos pasado la noche en parte no muy buena.

—Que no hayais hecho una cosa en París no es razon para que dejeis de hacerla en el estranjero: cuando se viaja es para instruirse; cuando se muda de lugar es para ver cosas nuevas. Imaginaos qué papel hareis cuando os pregunten:—¿Cómo se ejecutan en Roma las sentencias de muerte?—y respondais: —No lo sé.—Dícese además que el reo es un bribon que ha matado á morillazos á un buen canónigo que le habia servido de padre. ¡Qué diablos! para matar á un eclesiástico se hace uso de una arma mas decente que no un morillo, sobre todo cuando el tal sacerdote es acaso nuestro padre. Si viajais por España ireis á ver las corridas de toros, ¿no es verdad? Pues suponed que es una corrida lo que vamos á ver; acordaos de los antiguos romanos del Circo, de aquellas fiestas en que se mataban trescientos leones y cien hombres; acordaos de aquellos ochenta mil espectadores que aplaudian; de aquellas prudentes matronas que llevaban al Circo sus hijas casaderas, y de aquellas encantadoras vestales de blancas manos, que hacian con el índice una señal graciosa, como si dijeran:—Anda, perezoso, acaba con ese hombre que está ya medio muerto

—¿Vais, Alberto? dijo Franz.

—Sí á fé mia: estaba perplejo como vos, pero la elocuencia del conde me ha decidido.

—Vamos pues, ya que os empeñais, dijo Franz: mas para ir á la plaza del Popolo deseo pasar por la calle de la Carrera: ¿es posible, señor conde?

—A pié, sí; pero en carruaje, no.

—Bien, iré á pié.

—¿Teneis precision de pasar por la calle de la Carrera?

—Sí, tengo que ver cierta cosa.

—Bien, vamos por la calle de la Carrera: haremos que el carruaje vaya á esperarnos á la plaza del Popolo por la Strada del Babuino. ¡Ah! no me viene mal el pasar por esa calle, veré si se han cumplido ciertas órdenes que he dado.

—Escelencia, dijo el criado abriendo la puerta, un hombre vestido de penitente desea hablaros.

—¡Ah! sí: ya sé quién es. Señores, ¿quereis pasar al salon? al momento voy allá. En la mesa del medio encontrareis escelentes habanos.

Los jóvenes se levantaron y salieron por una puerta, cuando el conde salia por la otra.

Alberto, que era gran fumador, y que desde que estaba en Italia no tenia por uno de los menores sacrificios el verse privado de los cigarros del café de París, exhaló un suspiro de alegría al aproximarse á la mesa viendo unos habanos legítimos.

—¿Y qué opinais del conde de Monte-Cristo? le preguntó Franz.

—¿Qué opino? respondió Alberto visiblemente asombrado de que su compañero le hiciese semejante pregunta; opino que es un hombre sin par, que hace los honores de su casa á las mil maravillas, que ha visto mucho, que ha estudiado mucho y ha reflexionado mucho, que es, como Bruto, de la escuela estoica (y añadió despidiendo con delicia una bocanada de humo, que subió en espiral al techo), y que tiene, sobre todo, magníficos cigarros.

Tal era la opinion de Alberto sobre el conde; pero como Franz sabia que era una de sus pretensiones el no formar opinion sobre los hombres ni las cosas sino después de un maduro exámen, no intentó siquiera rebatirla.

—¿Habeis notado una cosa singular? le preguntó.

—¿Qué?

—La atencion con que os miraba.

—¿A mí?

—A vos.

Alberto se puso á reflexionar.

—¡Ah! dijo dando un suspiro, no me estraña. Como hace cerca de un año que falto de París y debo tener modales de mal tono, el conde habrá creido que soy provinciano. Desengañadle, caro amigo; os ruego que á la primera ocasion le digais que se equivoca.

Franz se sonrió.

Un instante después volvió el conde.

—Ya estoy aquí, señores, dijo, y enteramente á vuestra disposicion. He dado la órden de que el carruaje vaya á la plaza del Popolo, y nosotros, si quereis, emprenderemos nuestra marcha hácia la calle de la Carrera. Tomad algunos de esos cigarros, señor de Morcef.

—Con mucho gusto, dijo Alberto, porque los cigarros italianos son peores que los del estanco. Cuando vayais á París os los devolveré.

—Convenido: tengo pensado echar un viaje por allá, y puesto que me lo permitís, iré á llamar á vuestra puerta. En marcha, señores, en marcha, que no hay tiempo que perder: son las doce y media.

Los tres salieron.

Recibió el cochero las últimas órdenes de su amo, echando por consiguiente por la via del Babuino, mientras que los que iban á pié subieron por la plaza de España y por la via Frattina, que los condujo directamente entre el palacio Fiano y el de Rospoli.

Franz no cesaba de mirar á las ventanas de este último palacio; pues no habia olvidado la señal conve-



nida en el Coliseo entre el hombre de la capa y el transtiverino.

—¿Cuáles son vuestras ventanas? preguntó al conde con la mayor naturalidad que le fué posible.

—Las tres últimas, contestó con una indiferencia que nada tenía de afectacion; pues no era posible adivinase el objeto con que se le hacia aquella pregunta.

Los ojos de Franz se dirigieron rápidamente hácia aquellas ventanas.

Las laterales estaban colgadas de damasco azul, y la de en medio de damasco blanco con una cruz roja.

El embozado habia cumplido su palabra al transtiverino, y ya no era posible dudar de que aquel hombre fuese el conde.

Las tres ventanas estaban desocupadas todavía.

En todas partes se hacian preparativos para la fiesta: se colocaban sillas, se levantaban tablados, se ponian colgaduras en los balcones.

Ni las máscaras podian presentarse ni circular los coches hasta que sonara la campana; pero se sentian las máscaras detrás de todos los balcones y los coches detrás de todas las puertas.

Franz, Alberto y el conde siguieron bajando por la calle de la Carrera.

A medida que se acercaban á la plaza del Popolo la multitud era mas compacta, y sobre todas las cabezas se veian dos cosas; el obelisco coronado de una cruz, que indica el centro de la plaza, y delante del obelisco, exactamente en el punto que se distingue desde las tres calles del Babuino, del Corso y di Ripetta, los dos postes superiores del cadalso, entre los que brillaba la cuchilla corva de la mandaja.

En la esquina de la calle encontraron al mayordomo del conde, que estaba esperándolos.

La ventana alquilada sin duda en aquel precio exorbitante que no quiso decir el conde á sus convidados, pertenecia al segundo piso del gran palacio situado entre la calle del Babuino y el Monte Pincio.

Era, como hemos dicho, una especie de tocador que daba á una alcoba.

Cerrando la puerta de la alcoba los inquilinos del gabinete estaban como en su casa. Sobre las sillas habia trajes de payaso elegantísimos, de raso blanco y azul.

—Como dejasteis á mi eleccion la de los trajes, dijo el conde á los dos amigos, mandé preparar estos, que son de los que mas se llevarán este año, y los mas cómodos para los *confetti*, puesto que la harina no deja en ellos señal.

Como Franz no oyó sino á medias las palabras del conde, quizás no apreció en su justo valor esta nueva galantería.

Toda su atencion estaba fija en el espectáculo que presentaba la plaza del Popolo con aquel instrumento terrible, entonces su adorno principal.

Era la primera vez que Franz veía una guillotina; y decimos una *guillotina*, porque la mandaja romana está casi cortada por el mismo patron que aquel otro instrumento de muerte, con la única diferencia de que la cuchilla, en forma de media luna, corta por la parte convexa y cae de menos elevacion.

Dos hombres sentados sobre la plancha de la báscula donde se coloca al reo, se desayunaban con pan y cerezas, segun advirtió Franz; uno de ellos levantó la plancha, y sacando un porron de vino bebió un trago y se lo alargó despues á su camarada. Estos dos hombres eran los ayudantes del verdugo.

A su vista los cabellos de Franz se bañaron en sudor.

Trasladados los reos la víspera desde las Cárceles nuevas á la pequeña iglesia de Santa María del Popolo, habian pasado la noche asistido cada uno de dos sacerdotes, en una capilla iluminada y cerrada por una reja, delante de la cual se paseaban algunos centinelas, relevados de hora en hora.

Dos filas de carabineros se estendian desde la puerta de la iglesia hasta el cadalso, rodeándolo y dejando un camino de diez piés de ancho poco mas ó menos, y alrededor de la guillotina una circunferencia de unos cien piés.

En el resto de la plaza solo se veian cabezas de hombres y mugeres.

Muchas mugeres tenian á sus hijos en los hombros.

Estos niños, sobresaliendo entre la multitud, hacian un espectáculo digno de ver.

El Monte Pincio semejaba un vasto anfiteatro cuyas gradas estuviesen llenas de espectadores.

Los balcones de las dos iglesias que forman las esquinas de la calle del Babuino y di Ripetta estaban cuajadas de curiosos privilegiados, y los escalones de los peristilos parecian una ola movible y abigarrada que una marea continua empujase hácia el pórtico.

Cada piedra saliente de la pared que podia resistir á un hombre tenia su estatua viva.

Lo que decia el conde era verdad; no hay en la vida nada mas curioso que el espectáculo de la muerte.

Y sin embargo, en lugar del silencio que parece exigia la solemnidad del espectáculo, aquella muchedumbre armaba un atroz ruido con sus risotadas y gritos bulliciosos.

Era tambien evidente, como tambien habia dicho el conde, que esta ejecucion no la miraba todo el pueblo sino como el principio del carnaval.

De repente cesó el tumulto como por encanto; la puerta de la iglesia acababa de abrirse.

Una cofradía de penitentes vestidos con sacos grises con dos agujeros para mirar, y sendas velas encendidas en las manos, apareció primeramente. A la cabeza marchaba el jefe de la cofradía, ó dígase hermano mayor.

Detrás de los penitentes iba un hombre de estatura colosal.

Estaba desnudo, á escepcion de unos calzones de tela, á cuyo lado izquierdo pendia un cuchillo deforme dentro de su vaina. Al hombro llevaba una maza de hierro. Cubrian sus piés unas sandalias atadas con cordeles.

Este hombre era el verdugo.

Detrás marchaban en el órden con que habian de ser ejecutados, primero Peppino y después Andrea.

Cada uno iba acompañado de dos sacerdotes, y ni uno ni otro tenian los ojos vendados.

Peppino andaba con paso firme: sin duda habia recibido aviso de lo que se trabajaba por él.

Andrea, por lo contrario, necesitaba que los dos sacerdotes le llevasen cogido por debajo de los brazos.

Entrambos, de tiempo en tiempo, besaban el Crucifijo que les presentaban los sacerdotes.

Con sola esta introduccion del espectáculo conoció Franz que le flaqueaban las piernas, y se volvió á mirar á Alberto.

Estaba tan blanco como su camisa, y maquinalmente tiró el cigarro, aunque no habia fumado mas de la mitad.

Solo el conde permanecia impasible, y hasta asomaban al parecer colores entre la palidez lívida de su rostro.

Su nariz se dilataba como la de un animal feroz que olfatea la sangre, y sus labios, ligeramente entre abiertos, dejaban ver sus dientes blancos, pequeños y agudos como los de un chacal.

A pesar de todo esto, su rostro tenia una espresion de dulce amabilidad, que nunca Franz le habia reparado, y sus negros ojos particularmente rebosaban mansedumbre.

Proseguian los reos su camino al cadalso, y á medida que avanzaban se podian distinguir sus facciones.

Peppino era un gallardo mozo de veinticuatro á veintiseis años, de tez tostada por el sol y de mirada altiva y salvaje.

Llevaba la cabeza levantada, y parecia que olfatease el viento para saber por qué parte vendria su libertador.

Andrea era rechoncho y regordete; su rostro, bajamente cruel, no indicaba su edad; pero podria tener unos treinta años.

En la prision se habia dejado crecer la barba.

Su cabeza se inclinaba sobre un hombro, sus piernas se doblaban; todo su ser parecia que obedeciese á un movimiento de máquina en que no tenia parte alguna su voluntad.

—Paréceme, dijo Franz al conde, que nos habeis anunciado que solo habria una ejecucion.

—He dicho la verdad, contestó friamente el conde.

—Sin embargo, los reos son dos.

—Sí, pero de esos dos reos el uno camina á la muerte y el otro acaso vivirá muchos años.

—Pues si el perdon ha de venir no tiene que perder mucho tiempo.

—Ya llega, mirad, dijo el conde.

Con efecto, en el instante que Peppino llegaba al pié de la mandaja, un penitente, que sin duda se habia retrasado, rompió las filas sin que los soldados le pusieran impedimento alguno, y adelantándose hácia el jefe de la cofradía le entregó un papel doblado.

La mirada ardiente de Peppino no habia perdido ninguno de estos detalles. El hermano mayor desdobló el papel, y levantando la mano dijo en voz alta y sonora:

Este hombre era el verdugo.

—¡El Señor sea alabado y Su Santidad bendito! uno de los reos ha sido perdonado.

—¡Perdon! esclamó el pueblo casi con una sola voz; ¡hay perdon!

A esta palabra de perdon agitose horriblemente todo el cuerpo de Andrea, y levantando la cabeza, esclamó:

—¡Perdon! ¿para quién?

Peppino permanecia silencioso, inmóbil, y lleno de ansiedad.

—Se indulta de la pena de muerte á Peppino (a) *Rocca Priori*, dijo el jefe de la cofradía.

Y entregó el papel al comandante de la fuerza armada, que se lo devolvió después de haberlo leido.



—¡Perdon á Peppino! esclamó Andrea, saliendo del estupor en que parecia sumido; y ¿por qué le han de perdonar á él y á mí no? Ibamos á morir juntos; hasta me habian prometido que moriria antes que yo; no es justicia que yo muera solo, ¡no quiero morir solo, no quiero!

Y desasiéndose de los saderdotes, gritaba, chillaba, y hacia esfuerzos inauditos y horribles para romper las cuerdas que le ligaban las manos.

—¡Oh! esclamó el conde estendiendo los dos puños hácia la multitud; bien os reconozco en esto, que en todas ocasiones sois dignos de vosotros mismos!

Con efecto, Andrea y los criados del verdugo rodaban por el suelo, y siempre aquel gritando: «Debe morir, quiero que muera, no es justo que yo muera solo.»

—Mirad, mirad, continuó el conde cogiendo de la mano á cada uno de los jóvenes; mirad, porque á fé mia



Proseguian los reos su camino al cadalso.

Hizo el verdugo una señal á sus dos ayudantes, que saltando del cadalso vinieron á apoderarse del reo.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó Franz al conde.

Como todo aquello pasaba en patois, no lo habia comprendido bien.

—¿Qué es lo que pasa? repitió el conde, ¿no lo comprendeis? que esa criatura humana que va á morir está desesperada porque su semejante no muere con ella, y que si la dejaran obrar la desgarraria con sus manos y con sus dientes, antes que dejarla gozar de la vida que á ella le van á quitar. ¡Oh hombres, hombres! ¡raza de cocodrilos! como dice Karl Moor, es que es un lance muy curioso. Ese hombre que estaba resignado con su suerte, que marchaba al patíbulo, que iba á morir, como un cobarde, es cierto, pero en fin, que iba á morir sin resistencia y sin acritud, ¿sabeis lo que le alentaba, lo que le daba brios? ¿sabeis lo que le consolaba? ¿sabeis lo que le hacia soportar el suplicio con paciencia? ¡pues no era sino que otro participaba de su suerte triste! ¡que otro iba á morir como él! ¡que otro iba á morir antes que él! Llevad dos carneros á la carnicería, dos bueyes al matadero, y hacedles comprender que uno de ellos no morirá; el carnero balará de alegría, y el buey

mugirá de gozo; pero el hombre, á quien Dios ha impuesto por primera, por única, por suprema ley el amor á su prógimo; el hombre, á quien Dios ha dado voz para espresar su pensamiento, ¿cuál será su primer grito cuando sepa que su compañero se ha salvado? una blasfemia. ¡Gloria al hombre, maravilla de la naturaleza, rey de la creacion!

Y el conde soltó una carcajada, carcajada terrible. Mucho debió haber sufrido hasta aprender á reirse de aquella manera.

La lucha entre tanto continuaba, y era espantosa de ver.

Los ayudantes conducian á Andrea al cadalso; todo el pueblo habia tomado partido contra él, y veinte mil voces gritaban con un solo grito: «¡Que muera! ¡que muera!!!»

Franz se retiró del balcon; pero el conde le cogió por el brazo y le detuvo.

—¿Qué haceis? le dijo, ¿os inspira compasion? ¡A fé mia que está bien empleada! Si oyerais gritar:—¡ese perro va rabioso!—prepararíais vuestra escopeta, saldriais á la calle, y matariais sin compasion á boca de jarro al pobre animal, que al fin y al cabo no seria culpable sino de que le hubiese mordido otro perro, y de querer devolver el mal que le habian hecho; ¡y os inspira compasion un hombre á quien ningun otro ha mordido, y que sin embargo ha asesinado á su bienhechor, y que ahora, no pudiendo matar porque tiene las manos atadas, quiere á toda costa ver morir á su compañero de cautiverio, á su camarada de infortunio! No, no, mirad, mirad.

La recomendacion era casi inútil.

Franz estaba como fascinado por aquel horrible espectáculo.

Los ayudantes del verdugo habian subido al reo al cadalso, y allí, á pesar de sus esfuerzos, mordeduras y gritos, le habian obligado á ponerse de rodillas.

En este intervalo el verdugo se habia colocado detrás con la maza enhiesta.

Entonces á una señal se separaron los ayudantes. El reo quiso levantarse; pero antes que tuviera tiempo de hacerlo cayó á plomo sobre su sien izquierda la maza.

Oyose un ruido sordo, y el paciente cayó como un buey, con el rostro contra el suelo, y luego de repente se volvió de cara.

Entonces el verdugo abandonó su maza, y sacando el cuchillo de la vaina, de un solo golpe le abrió la garganta, y subiéndose en seguida sobre su vientre empezó á pisotearle.

A cada presion saltaba un chorro de sangre del cuello de la víctima.

De esta vez abandonó á Franz su sangre fria.

Retirose de la ventana, y fué á caer medio acongojado en un sillon.

Alberto, con los ojos cerrados, permaneció de pié, pero asido á la puerta fuertemente para no caerse.

El conde permanecia de pié y en aire de triunfo como el ángel malo.

CAPITULO XIII.

UN CARNAVAL DE ROMA.

Cuando Franz volvió en su acuerdo halló que Alberto bebia un vaso de agua, que necesitaba asaz, segun era de grande su palidez, y que el conde se ponia su traje de payaso.

Maquinalmente sus ojos se dirigieron á la plaza.

Todo habia desaparecido, cadalso, verdugos y víctimas.

Solo quedaba el pueblo bullicioso y alegre.

La campana de Monte Citorio, que solo suena cuando comienza el carnaval, se tañia á vuelo á la sazon.

—¿Qué ha pasado? preguntó al conde.

—Nada, absolutamente nada, respondió este. El carnaval ha empezado, como veis; vestios pronto.

—Con efecto, repuso Franz, no queda de aquella escena horrible sino el recuerdo de un sueño.

—Y no ha sido mas que un sueño, una vision que tuvisteis.

—Sí; pero el reo...

—El reo es otro sueño, con la única diferencia de que él prosigue dormido y vos estais despierto. ¿Cuál de los dos puede decir que ha ganado?

—¿Pero qué fué de Peppino? preguntó Franz.

—Peppino es un muchacho de muy buena imaginativa, sin pizca de amor propio, que al revés de todos los hombres, que se enojan de que el mundo los ponga en olvido, se alegró materialmente de ver que todos se ocupaban de su camarada; y por ende se ha aprovechado de esa distraccion para desaparecer entre el tumulto, sin dar siquiera las gracias á los dignos sacerdotes que le acompañaban. Decididamente el hombre es un animal tan ingrato como egoista... pero vestios; mirad cómo os da el ejemplo Mr. de Morcef.

Efectivamente, Alberto se ponia á la sazon sus pantalones de tafetan sobre sus pantalones negros y sus botas charoladas.

—Y qué, Alberto, le preguntó Franz, ¿os sentís con ánimo de hacer locuras? respondedme con franqueza.

—No, respondió el jóven; pero no me pesa de haber presenciado aquella escena, y empiezo á comprender lo que decia el señor conde. Cuando uno se llega á acostumbrar á espectáculos de esta clase, ellos solos le pueden causar emociones.

—Sin tener en cuenta que en estos momentos supremos es cuando se pueden estudiar los caractéres, añadió el conde. La muerte nos quita en el primer escalon del cadalso la careta que hemos llevado toda la vida, y entonces aparece nuestra verdadera cara. Convengamos en que la de Andrea no era muy bonita por cierto... ¡Qué pícaro tan repugnante!...—Pero vistámonos, señores, vistámonos.

Como á Franz le pareció ridículo andarse con escrúpulos de monja, y no seguir el ejemplo de sus compañeros, púsose pues su máscara y su careta, que no era por cierto menos pálida que su rostro.

Acabada esta operacion bajaron los tres.

El carruaje los esperaba á la puerta lleno de *confetti* y de ramilletes.

En seguida se unieron á la fila de los coches.

Muy difícil fuera formarse idea de una transicion tan completa como la que acababa de pasar.

En vez de aquel espectáculo tan silencioso y tan lúgubre, presentaba la plaza del Popolo el de una orgía loca y desencadenada.

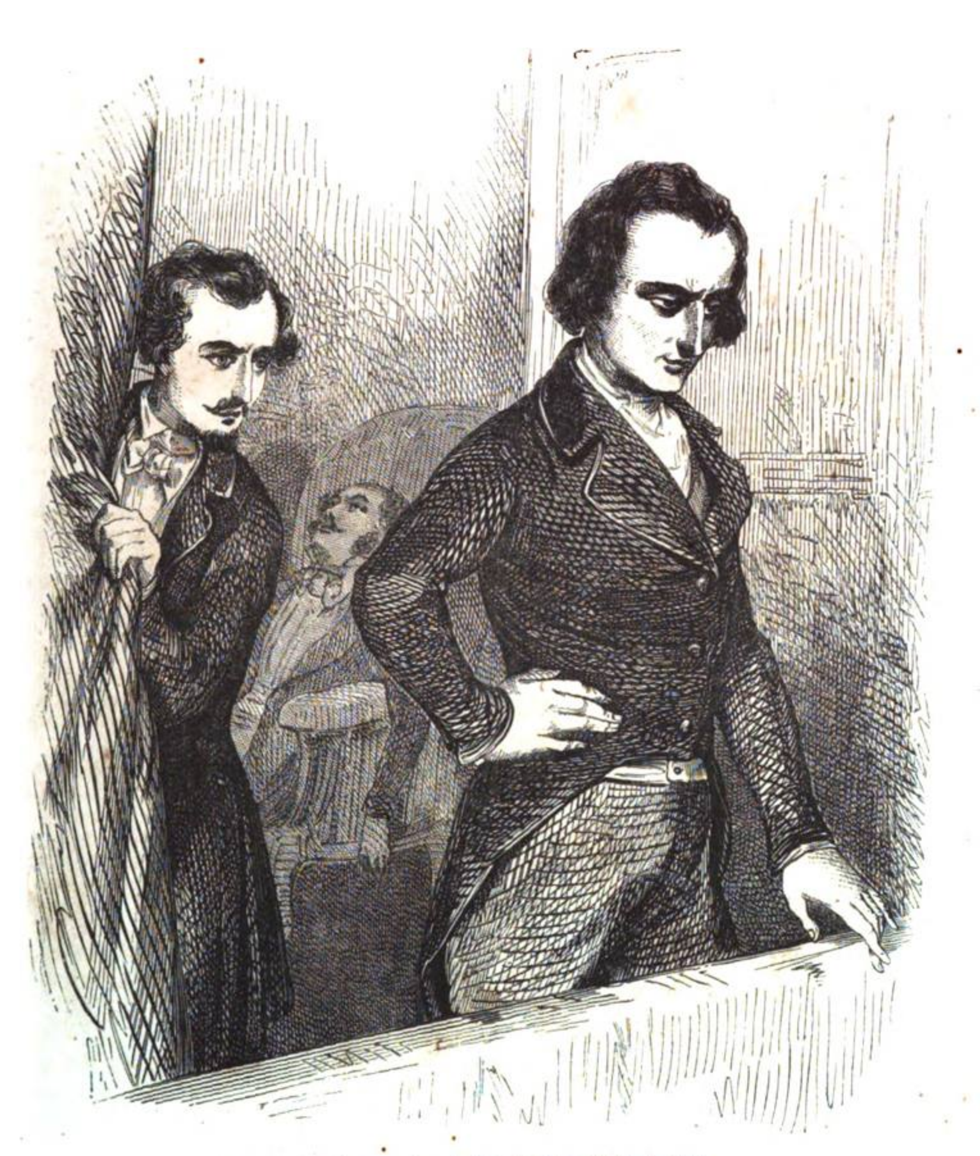
Por todas las puertas, por todas las ventanas, de todas las partes salia como torrente desbordado una multitud de máscaras.

En todas las esquinas de la calle descargábanse los coches de *pierrots*, de arlequines, de dominós, de marqueses, de transtiberinos, de todas las formas en fin que en la máscara se conocen, gritando, gesticulando, arrojando huevos llenos de harina y confites y ramilletes, y atacando de obra y de palabra así á los amigos como á los estraños, así á los conocidos como á los desconocidos, sin que nadie tuviese derecho á enojarse, sin que nadie hiciera otra cosa que reirlo.

Franz y Alberto se hallaban en la situacion de esos hombres á quienes llevan sus amigos á una orgía, para distraerlos de una pena muy honda: á medida que beben y que se embriagan, conocen que cae un velo entre su presente y su pasado

A pesar de esto, veian, ó dicho mejor, sentian dentro de sí mismos el reflejo de lo que acababan de ver.

Pero poco á poco se fuéron contagiando en la general locura, y parecioles que su juicio vacilante los iba á abandonar, y domínábalos una poderosa comezon

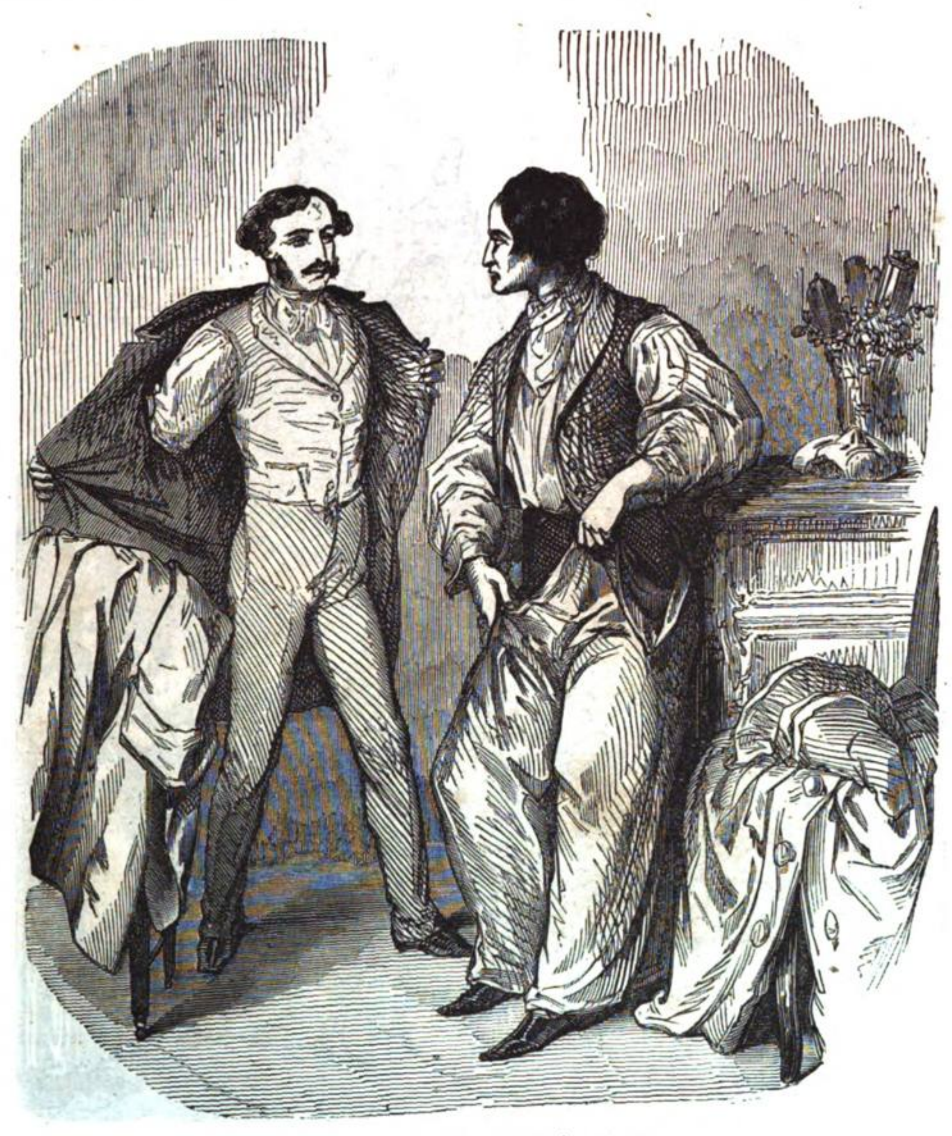


El conde de pié y en aire de triunfo como el ángel malo.

de tomar parte en aquel ruido, en aquel movimiento, en aquel vértigo.

Un puñado de *confetti* que cayó sobre Morcef desde un carruaje inmediato, cubriéndole de polvo á él y á sus compañeros, y picándole en el cuello y en todas las partes que el disfraz dejaba descubiertas, como si le hubieran arrojado un monton de alfileres, acabó de lanzarle á la palestra en que ya se habian lanzado todas las máscaras que encontraban.

Con efecto, figúrense nuestros lectores aquella magnífica calle de la Carrera, toda compuesta de palacios de cuatro ó cinco pisos, con tapicerías en todos los balcones, y colgaduras en todas las ventanas; y en estos balcones y en estas ventanas trescientas mil personas, entre romanos, italianos y gente de las cuatro partes del mundo. Allí todas las aristocracias reunidas; la aristocracia de la sangre, la del dinero y la del talento; mugeres divinas, que fascinadas por la



...Y el conde se ponia su traje de payaso.

Púsose él tambien de pié en su coche, y con todo el vigor y toda la destreza de que era susceptible, empezó á arrojar á puñados huevos y dulces á sus vecinos.

La lucha estaba trabada.

Borrose de repente de la imaginacion de los dos amigos el recuerdo de lo que habian presenciado media hora antes. ¡Tanto consiguió distraerlos el cuadro churrigueresco é insensato que tenian á la vista!

El conde de Monte-Cristo, por su parte, nunca, como queda dicho, se habia dejado dominar de estas emociones.

influencia de aquel espectáculo, sacan la mitad del cuerpo de las ventanas, arrojando á los coches que pasan una lluvia de *confetti*, que les devuelven en ramos de flores; el espacio siempre lleno de dulces que bajan y de flores que suben; y además en la calle una multitud alegre y loca, con trajes caprichosos, coles gigantescas que se mueven, cabezas de búfalo que mugen en cuerpos humanos, y perros que andan al parecer con las patas delanteras.

En medio de todo esto cae por azar una careta, y parodiando la tentacion de San Antonio, que puso Callot en caricatura, deja ver una Astartea hermosa que

da ganas de seguirla; pero unos demonios, semejantes á los que se ven en sueños, se interponen.

Con esto formará el lector una remota idea de lo que es el carnaval en Roma.

A la segunda vuelta mandó el conde parar el carruaje, pidiendo á sus compañeros permiso para abandonarlos, aunque dejando el coche á su disposicion.

Hallábanse enfrente del palacio Rospoli: levantó Franz los ojos, y vió en la ventana de en medio, en aquella ventana con colgaduras de damasco blanco y cruz roja, un dominó azul, que se figuró que ocultaba á la hermosa griega del teatro de Argentina.

—Señores, dijo el conde apeándose, cuando os canseis de ser actores y os plazca tornar á ser espectadores, ya sabeis que os espera un puesto en mis ventanas. Entre tanto, disponed de mi cochero, de mi coche y de mis criados.

Se nos habia olvidado decir que el cochero del conde se habia puesto, con toda la gravedad imaginable, una piel de oso negra, exactamente igual á la de Odry en *El Oso y el Pachá*, y que los dos lacayos de atrás iban vestidos de monas verdes con tanta exactitud, que hasta sus caretas eran de muelles para hacer muecas á los transeuntes.

Dió Franz al conde las gracias por su delicada oferta; pero Alberto ni aun reparó siquiera en ella, pues á la sazon coqueteaba con un carruaje lleno de labradoras romanas, que se habia detenido como el del conde por una de esas pausas tan frecuentes en los paseos de carruajes.



...Y con todo el vigor y toda la destreza de que era susceptible, empezó á arrojar á puñados huevos y dulces á sus vecinos.

Alberto lo inundaba de ramilletes.

Por su mala fortuna la fila de carruajes volvió á ponerse en marcha, y mientras bajaba el suyo hácia la plaza del Popolo, subia el que tanto llamole la atencion hácia el palacio de Venecia.

—¡Ah, mio caro! dijo á Franz, ¿no habeis visto?...

—¿Qué? le preguntó Franz.

—Aquel carruaje lleno de labradoras romanas?

—No.

—Estoy seguro de que son hermosísimas.

—¡Lástima que esteis de máscara, mi querido Alberto! Era la ocasion de vengar vuestro *fiasco* amoroso.

—¡Oh! respondió el jóven en tono casi jovial y casi de convencido; espero que no pasará el carnaval sin traerme alguna ocasion de venganza.

A pesar de estas ilusiones, pasó aquel dia sin otra aventura que la del carruaje de labradoras, que se lo volvieron á encontrar dos ó tres veces.

En uno de estos encuentros, fuese por casualidad ó de propósito, se le cayó á Alberto la careta.

Esta misma vez el jóven arrojó al carruaje todas las flores que le quedaban.

Sin duda á una de aquellas en que Alberto creia descubrir mugeres divinas con el traje de labradoras, le agradó esta galantería, pues á su vez cuando volvió á pasar el carruaje de los dos amigos, le arrojó un ramo de violetas.

Alberto se apresuró á cogerlo, y como Franz no tenia motivo alguno para sospechar que á él fuese dirigido, lo dejó hacer su gusto.

Púsolo Alberto con aire de triunfo en un ojal, y siguió su marcha el carruaje.

—Ea, le dijo Franz, eso ya es el prólogo de una aventura.

—Creo que sí, aunque os burleis cuanto se os antoje. Ya no me separo de este ramillete.

—¡Y haceis bien, por Cristo! repuso Franz con sonrisa: es una contraseña para reconoceros.

Pronto tomó esta broma un aire de realidad, pues cuando se cruzaron de nuevo los dos carruajes, siguiendo sus respectivas hileras, la *contadina* que arrojó á Alberto el ramillete, batió las palmas al ver en dónde lo llevaba.

—¡Bravo, mio caro, bravo! le dijo Franz. Esto marcha. ¿Quereis que os abandone? ¿quereis mejor estar solo?

—No, no arriesguemos nada. No quiero dejarme engañar como un doctrino á las primeras de cambio. Si la hermosa labradora desea que esto pase adelante, mañana la encontraremos, ó ella nos encontrará, por decirlo mejor, y con darme muestras de sí yo veré lo que me toca hacer.

—En verdad, mi caro Alberto, dijo Franz, que sois sabio como Nestor y prudente como Ulises. Si vuestra Circe logra trasformaros en animal, muy traviesa ha de ser.

Tenia razon Alberto.

La hermosa desconocida habia resuelto sin duda no llevar la intriga mas lejos aquel dia, pues aunque dieron los jóvenes muchos mas paseos no volvieron á ver el carruaje que buscaban. Sin duda habia desaparecido por alguna de las calles próximas.

Con esto se tornaron al palacio Rospoli; pero el conde tambien habia desaparecido con el dominó azul.

Las dos ventanas laterales seguian ocupadas por personas que él habria convidado probablemente.

En este momento la campana que tocó para el principio de la *mascherata* tocó para el fin.

Al punto se rompieron las filas de los carruajes del Corso, desapareciendo todos instantáneamente por las calles trasversales.

A esta sazon se hallaban los dos amigos enfrente de la via de la Maratta: echó por ella el cochero sin despegar sus labios, y pasando por la plaza de España, y costeando el palacio Poli, se detuvo á la puerta de la fonda.

Maese Pastrini salió á recibir á sus huéspedes á la misma puerta.

El primer cuidado de Franz fué inquirir noticias del conde, y manifestar el sentimiento que le habia causado no haberse reunido á tiempo oportuno con él; pero Pastrini lo tranquilizó diciéndole, que el conde de Monte-Cristo habia pedido otro coche para él, coche que habia ido á buscarle á las cuatro al palacio Rospoli.

Pastrini tenia la comision de brindar á los dos amigos de parte del conde con la llave de su palco en el teatro de Argentina.

Franz trató de enterarse de lo que pensaba hacer Alberto; pero antes de ir al teatro tenia este que realizar proyectos muy grandes.

En vez de responderle el jóven, preguntó á maese Pastrini si podria proporcionarle un sastre.

—¡Un sastre! esclamó el fondista; ¿para qué?

—Para que nos haga de aquí á mañana dos trajes de labrador romano, todo lo elegantes que sea posible, dijo Alberto.

Maese Pastrini meneó la cabeza.

—¡Haceros dos trajes de aquí á mañana! esclamó. Ese es un capricho puramente á la francesa, y perdónenme vuestras escelencias. ¡Dos trajes! ¡cuando en ocho dias no encontrareis ciertamente un sastre que consienta en pegar seis botones á un chaleco, aunque se los pagueis á escudo cada uno!

—¿Con que es preciso renunciar á mi deseo?

—No, porque encontraremos hechos los trajes. Dejadlo á mi cargo, que mañana al despertar encontrareis una coleccion de sombreros, de chaquetas y de pantalones, que no habrá mas que pedir.

—Mio caro, dijo Franz á Alberto, pongámonos en las manos de nuestro fondista, que ya nos ha probado que es hombre de recursos. Comamos ahora tranquilamente, y vámonos luego al teatro á oir *La Italiana en Argel*.

—Iremos, pues, á *La Italiana en Argel*, añadió Alberto; pero tened en cuenta, maese Pastrini, que á este caballero y á mí, añadió señalando á Franz, nos interesa muchísimo el tener mañana los trajes que os hemos pedido.

El fondista les aseguró por última vez que no tenian que volver á pensar en ello, y que serian servidos, con lo que Franz y Alberto subieron á quitarse sus trajes de payaso.

Al quitarse el suyo Alberto estrechó á su corazon el ramo de violetas, que era la contraseña que le habia de servir para ser reconocido al dia siguiente.

Luego pusiéronse á comer los dos amigos, no sin que reparara Alberto la notable diferencia que existia entre el cocinero de maese Pastrini y el del conde de Monte-Cristo.

A pesar de la prevencion con que al parecer miraba todo lo relativo al conde, en obsequio á la verdad tuvo Franz que confesar, que el que llevaba la ventaja en el paralelo no era el cocinero de maese Pastrini.

A los postres llegó un criado á informarse de la hora á que querian el carruaje los dos jóvenes.

Franz y Alberto cruzaron una mirada con verdadero temor de ser indiscretos.

El criado los comprendió.

—Su escelencia el conde de Monte-Cristo, dijo, ha dado la órden terminante de que el coche esté todo el dia á disposicion de sus señorías, con que sus señorías pueden disponer de él sin temor de pecar de indiscretos.

Con esto se determinaron los jóvenes á aprovecharse con entera libertad de la cortesía del conde, y mandaron enganchar, mientras sustituian su traje de etiqueta al traje de mañana, ajado un si es no es en la mascarada.

En seguida se fuéron al teatro de Argentina, é instaláronse en el palco del conde.

En medio del acto primero entró en el suyo la condesa de G...

Como su primera mirada se dirigió al sitio en que habia visto al conde la víspera, vió á Franz y á Alberto en el palco de aquel de quien manifestó á Franz tan estraña opinion hacia veinticuatro horas.

Con tal tenacidad se fijaban en él los gemelos de la condesa, que Franz conoció que seria muy cruel si retardase mas tiempo la satisfaccion de su curiosidad; con que usando del privilegio de los espectadores italianos, que consiste en hacer de los teatros salas de estrado, salieron de su palco los dos amigos para ir á ofrecer sus respetos á la condesa.

Apenas si habian entrado, cuando esta hizo seña á Franz de que se sentara en el sitio de preferencia. Alberto se sentó detrás.

—¿Con que segun parece, dijo sin dar apenas tiempo á Franz para sentarse; segun parece, lo primero en que habeis pensado ha sido trabar relaciones con ese nuevo lord Ruthwen, y ya sois los mejores amigos del mundo?

—Sin que hayamos llegado á tanto, como decís, en recíproca intimidad, no puedo negaros, señora condesa, respondió Franz, que todo el dia hemos estado abusando de su amabilidad.

—¿Cómo todo el dia?

—Esa es la verdad. Esta mañana aceptamos su almuerzo; durante la *mascheratta* hemos corrido el Corso en su carruaje, y esta noche, en fin, venimos á su palco.

—¿Luego le conoceis?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Es una historia muy larga.

—¿Que me contareis por supuesto?

—Os daria mucho miedo.

¿Y es conde?—Conde toscano.

—Razon de mas.

—Esperad siquiera que llegue al desenlace.

—Convenido. Me gustan las historias completas. Decidme entre tanto ¿cómo habeis trabado relaciones? ¿quién os presentó á él?

—Nadie. Él, por el contrario, hizo que le presentasen á nosotros.

—¿Cuándo?

—Anoche, después que nos separamos.

—¿Por qué conducto?

—¡Oh Dios mio! por el conducto altamente prosaico de nuestro posadero.



—¿Pues vive en el hotel de Londres como vos?
—No solo en el mismo hotel, sino en el mismo piso.
—¿Cómo se llama? ¿sabreis su nombre sin duda?
—Sí señora.
—¿Cómo?...
—El conde de Monte-Cristo.
—¿Qué nombre es ese? ese no es nombre de familia.
—No, es el de una isla que ha comprado.
—¿Y es conde?
—Conde toscano.
—En fin, ¿qué se ha de hacer? lo tragaremos como hemos tragado tantos otros, repuso la condesa, que pertenecia á una de las familias mas ilustres de Venecia. ¿Y qué clase de hombre es?
—Preguntádselo al vizconde de Morcef.
—Ya lo ois, caballero, á vos me envian, dijo la condesa.
—Muy descontentadizos fuéramos, señora, si no nos pareciese inmejorable, respondió Alberto. Un amigo de diez años no hubiera hecho mas que él por nosotros, y eso con una amabilidad, con una cortesía, que lo declaran verdadero hombre de mundo.
—Al fin vereis, dijo sonriendo la condesa, cómo mi vampiro viene á parar en algun ricote del dia, que pugna porque le perdonemos sus millones, y que habrá parodiado á Lara para que no se le confunda con Rothschild. Y á ella ¿la habeis visto?
—¿Quién es ella? preguntó Franz sonriéndose.
—La griega tan hermosa de ayer.
—No. Creemos haber oido su guzla; pero permaneció invisible.
—Eso de invisible, mi caro Franz, lo decís sin duda por hacer el misterioso, dijo Alberto. ¿Pues quién creeis que fuese aquel dominó azul que vimos á la ventana colgada de damasco blanco?
—¿Qué ventana es esa? preguntó la dama.
—Una del palacio Rospoli.
—Qué, ¿tenia el conde tres ventanas en el palacio Rospoli?
—Sí. ¿Habeis pasado por la calle de la Carrera?
—Sin duda.
—Reparasteis en dos ventanas colgadas de damasco azul, y otra colgada de damasco blanco con una cruz roja? Las tres eran del conde.
—¡Ah, sí! pero ¿es un Nabal ese hombre? Sabeis lo que valen tres ventanas como esas en los ocho dias de carnaval, y en el palacio Rospoli, es decir, en el mejor sitio del Corso?
—Doscientos ó trescientos escudos.
—Decid mejor dos ó tres mil.
—¡Cáspita!
—¿Será su isla la que le produce tan brava renta?
—Su isla no le produce un junco.
—¿Por qué la ha comprado entonces?
—Por capricho.
—¿Luego es un hombre estravagante?
—La verdad es que me ha parecido muy escéntrico, dijo Alberto. Si viviese en París, si frecuentase nuestra sociedad, creeria una de dos cosas: ó que es un hombre que se divierte de mala manera, ó que es un pobre diablo, entontecido por los libros modernos. Esta mañana dijo dos ó tres cosas dignas de Didier ó de Antony.
En este momento entró una visita, y segun la costumbre, le cedió Franz su sitio.
Ambas circunstancias dieron por resultado un cambio de conversacion.
Una hora después volvian al hotel los dos amigos.
Maese Pastrini no se habia olvidado de los consabidos trajes de máscara, y les prometió que quedarian satisfechos de su actividad.
Con efecto, á las nueve de la mañana siguiente entraba en la habitacion de Franz con un sastre, y ocho ó diez trajes de labradores romanos.

Eligieron los dos amigos dos iguales, que les sentaban bien con cortas enmiendas, y encargaron al maese que mandara coser á sus sombreros unas quince ó veinte varas de cinta, y que les buscase dos de esas lindas fajas de seda á rayas trasversales y de colores fuertes, que tienen la costumbre de llevar á la cintura los hombres del pueblo los dias de fiesta.
Alberto ardia en deseos de ver cómo le sentaba su traje, que se componia de un justillo y unos pantalones de terciopelo azul con bordados en las costuras, zapatos de lazo y chaleco de seda.
Con traje tan pintoresco no podia menos Alberto de ganar en belleza; con que cuando su faja ciñó su talle elegante, y cuando inclinado su sombrero un si es no es, le caia sobre la espalda un diluvio de cintas, viose obligado Franz á confesar que entra por mucho el traje en la superioridad física que tal vez concedemos á ciertas naciones.
Los turcos, tan pintorescos antaño con sus largas túnicas de colores vivos, ¿no parecen hoy asquerosos con sus *redingotes* azules abotonados, y sus gorros griegos, que los semejan á botellas de vino con tapon lacrado?
Llenó, pues, Franz de lisonjas á Alberto, que delante del espejo se sonreia con un aire de satisfaccion indudable.
En esto apareció el conde de Monte-Cristo.
—Señores, les dijo, como por muy agradable que sea un compañero agradable, la libertad lo es mas todavía; vengo á deciros, que por hoy y los dias subsiguientes dejo á vuestra disposicion el coche que ayer habeis ocupado. Nuestro fondista ha debido deciros que tengo en sus cocheras tres ó cuatro; con que no me hareis mala obra: disponed de él como mejor os plazca, sea para fiestas sea para negocios. Nuestro punto de reunion, por si algo se nos ocurre decirnos mutuamente, será el palacio Rospoli.
Bien quisieran los dos jóvenes poner algun reparo; pero en verdad no se les ocurria ninguno, ni razon para desechar un ofrecimiento que les venia como de molde.
Al fin aceptaron.
El conde permaneció en su compañía un cuarto de hora, hablando en todo con suma facilidad.
Como ya se ha podido advertir, era conocedor de la literatura de todos los países.
Una mirada á las paredes de su casa probó á Franz y Alberto que tambien era inteligente en pintura.
Algunas frases que sin pretension alguna pronunció, les probaron que tampoco á las ciencias era profano.
Sobre todo parecia que se hubiese dedicado á la química con particular predileccion.
Ni por asomo habian pensado los dos amigos en devolverle el almuerzo que les habia dado; pues hubiera sido broma de mal gusto brindarle con las viandas de maese Pastrini, á cambio de sus delicadísimos manjares.
Así se lo dijeron francamente, y él recibió sus escusas como hombre que sabia apreciar esta delicadeza.
El conde habia fascinado á Alberto enteramente, y á no ser porque sabia tanto, le hubiera tenido por todo un aristócrata.
La libertad de disponer á su capricho del carruaje, le llenaba particularmente de júbilo. Tenia ya trazados sus planes con aquellas lindas labradoras, y como la víspera ocupaban un carruaje elegante, agradábale sobremanera el presentarse á ellas con igual tren.
A la una y media bajaron.
El cochero y los lacayos habian tenido el capricho de ponerse sus libreas sobre sus trajes de máscara, con que presentaban un aspecto mas grotesco aun que la víspera, valiéndoles enhorabuenas de Franz y de Alberto.
En su sentimentalismo, Alberto se habia colocado en el ojal su ramo de violetas marchitas.

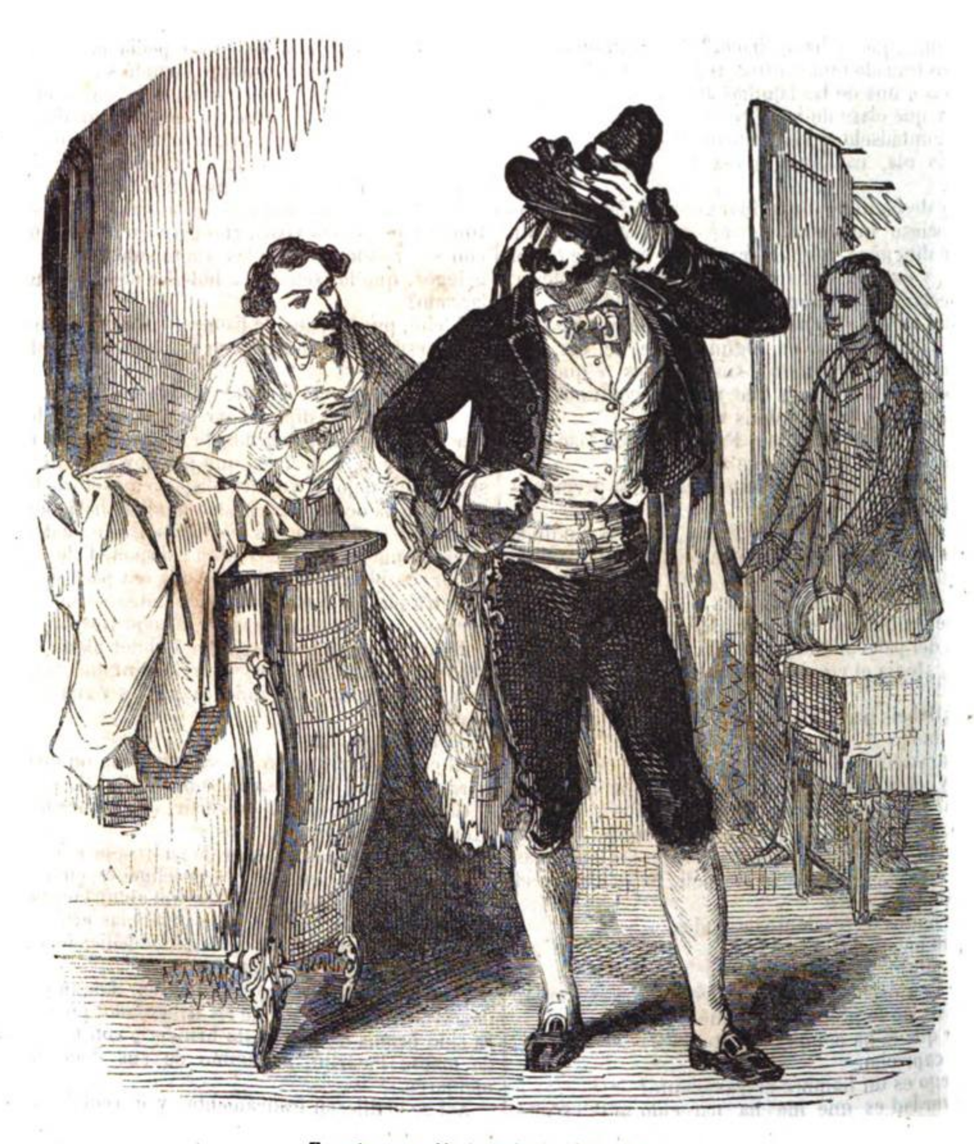
A la primera campanada se lanzaron á escape por la via Vittoria á la calle de la Carrera.

A la segunda vuelta que dieron, un ramo de violetas frescas disparado de un coche lleno de payasos, vino á caer al del conde, indicando á Alberto que así como él y su amigo, las labradoras habian cambiado de traje, y que fuese por casualidad ó por un sentimiento igual al suyo, mientras ellos tomaban el traje de ellas, ellas tomaban el de ellos.

Es escusado decir que las coqueterías de Alberto y de la payasina duraron todo el dia.

Al volver por la noche á la fonda se halló Franz con una carta de la embajada, en que le annunciaban que á la mañana siguiente tendria el honor de ser recibido por Su Santidad.

En cada viaje que habia hecho anteriormente á Roma habia solicitado y obtenido el mismo favor; no solamente por devocion, sino por gratitud, ni una sola



En esto apareció el conde de Monte-Cristo.

Colocó Alberto su ramo en lugar del marchito, pero no sin conservar este, que cuando pasó otra vez junto al coche lo llevó á sus labios amorosamente; accion que al parecer agradó mucho, no solo á la que se lo habia dado, sino tambien á sus locas amigas.

La fiesta estuvo no menos animada que la del dia anterior, y es probable que un observador profundo hasta hubiera hallado aumento de alegría y de tumulto.

El conde asomó un instante en su ventana; pero cuando el coche volvió á pasar por allí ya habia desaparecido.

vez habia pisado la capital del orbe cristiano sin rendir un homenaje respetuoso á los piés de ese sucesor de San Pedro, modelo raro de todas las virtudes.

Aquel dia pues no habia que pensar en el carnaval, porque aunque es tanta su bondad como su grandeza, nadie se prepara sin profundísimo respeto á arrodillarse ante ese noble y santo anciano que se llama Gregorio XVI.

Desde el Vaticano, Franz volvió al hotel decididamente, evitando hasta el pasar por la calle de la Carrera.

Llevaba un tesoro de pensamientos pios, que hu-

biera profanado el solo aliento de la *mascheratta*.

A las cinco y diez minutos volvió Alberto.

Estaba loco de alegría.

La payasina habia vuelto á su traje de labradora, y al pasar por delante del coche de Alberto se habia levantado la careta.

Era preciosa.

Dió Franz sinceramente su enhorabuena á Alberto, que la recibió como hombre que la merecia.

Hízose de rogar Alberto todo el tiempo justamente que exige la política de la amistad, y al cabo confesó á Franz que le haria un servicio muy grande dejándole solo en el coche toda la mañana siguiente.

A la ausencia de su amigo atribuía Alberto la bondad de la hermosa labradora, que habia llegado hasta levantarse la careta.

Ya se comprende que Franz no era bastante egoista para servir de obstáculo á Alberto en el principio de



Era preciosa.

una aventura, que prometia dejar su curiosidad y su amor propio satisfechos.

Conocia demasiado bien cuánta era la indiscrecion de su digno amigo, para dudar un punto de que le tuviera al corriente de toda aquella amorosa intriga, y como en los dos años que llevaba de recorrer la Italia en todas direcciones, nunca le pasó por el magin el emprender otra semejante por su propia cuenta, no le desagradaba á Franz el enterarse de los trámites y consecuencias que tenian.

Ofreció pues á Alberto contentarse con ser á la

De ciertas cosas de mucha elegancia, habia deducido que su hermosa desconocida debia de pertenecer á la aristocracia mas alta.

Estaba determinado á escribirla á la mañana siguiente.

Después que Franz recibió esta confidencia, parecióle advertir que su amigo queria pedirle alguna cosa y no llegaba á atreverse.

Manifestóselo claramente, no sin asegurarle de antemano que estaba dispuesto á hacer en aras de su felicidad todos los sacrificios posibles.

mañana siguiente espectador, desde las ventanas del palacio Rospoli.

Con efecto, á la mañana siguiente cumplió su palabra, y vió pasar á Alberto.

Llebaba un enorme ramillete, que era sin duda el portador de su epístola amorosa.

Trocose esta sospecha á certidumbre, cuando vió Franz el mismo ramo, que era notable por un círculo

—¿Qué tal? ¿me engañaba yo? le dijo.

—¿Os ha contestado? esclamó Franz.

—Leed.

Fué pronunciada esta palabra con una entonacion imposible de describir.

Franz leyó:

«El martes, á las siete de la noche, apeaos de vues»tro carruaje enfrente de la via de los Pontífices, y

Leed.

de camelias blancas que tenia, en manos de una payasa encantadora.

Con esto, á la noche no estaba ya Alberto loco, sino delirante, pues no dudaba de que la payasa le contestaria por el mismo conducto.

Adivinando Franz su deseo, lo previno con decirle que le fatigaba aquel bullicio, y que habia decidido emplear la mañana siguiente en repasar su album, y en corregir sus apuntes de viaje.

Por lo demás, no se engañaba Alberto en sus pronósticos. Al dia siguiente por la noche le vió entrar Franz en su habitacion brincando de júbilo, y agitando en sus manos un papel.

»seguid á una labradora romana que os quitará vues»tro *moccoletto*.

»Para que pueda reconoceros al llegar al primer »escalon de la iglesia de San Giacomo, llevareis en »el hombro un lazo de color de rosa.

»Hasta entonces no me volvereis á ver.

»Constancia y discrecion.»

—Y bien, ¿qué os parece? dijo Alberto á Franz terminada la lectura.

—Paréceme, respondió Franz, que toma esto el carácter de una aventura muy agradable.

—Yo pienso lo mismo, dijo Alberto, y recelo que vais á ir solo al baile del duque de Bracciano.

Nuestros jóvenes habian sido convidados aquella misma mañana por el célebre banquero de Roma.

—Tened presente, mio caro, le dijo Franz, que toda la aristocracia irá al baile del duque; con que si vuestra hermosa desconocida pertenece á ella, no podrá menos de ir tambien.

—Vaya ó no vaya, me aferro á la opinion que he formado, repuso Alberto. ¿Habeis leido la carta?

—Sí.

—Ya sabeis que en Italia reciben muy mala educacion las mugeres de *mezzo cito*.

(Así se llama en Italia á la clase media.)

—Sí, tornó á repetir Franz.

—Pues volved á leer la carta, reparad la letra, y á que no encontrais una falta de estilo ó de ortografía.

(Con efecto, la letra era bellísima, y á la ortografía nada pudiera pedírsele.)

—Estais predestinado, dijo Franz á Alberto, devolviéndole su epístola.

—Reid y burlaos cuanto se os antoje; estoy enamorado, añadió Alberto.

—¡Oh Dios mio! ¡me horripilais! esclamó Franz. Ya veo que no solo iré sin vos al baile del duque de Bracciano, sino que tambien volveré sin vos á Florencia.

—La verdad es que si mi desconocida es tan hermosa como amable, os declaro que me fijo en Roma por seis semanas lo menos. Roma me gusta mucho, y ya sabeis además que he sido siempre aficionado á la arqueología.

—Es pues, con otra aventura ú otras dos como la presente, os veremos miembro de la Academia de Inscripciones y Buenas letras.

Iba Alberto sin duda á sostener su derecho al sillon académico, cuando entraron á avisar que la mesa los esperaba.

Nunca el amor le habia quitado á Alberto el apetito.

Aplazando para después la discusion, sentáronse al punto los dos jóvenes á la mesa.

Después de comer, anunciaron al conde de Monte-Cristo.

Hacia dos dias que no le habian visto.

Cierto asunto le habia llamado á Civita-Vecchia, segun dijo maese Pastrini.

Habia marchado la víspera por la noche, y solo hacia una hora de su vuelta.

Estuvo el conde admirable. Bien que de suyo lo procurara, bien que la ocasion no fuera para despertar en él las fibras acres que en amargas palabras habian ya resonado en su corazon dos ó tres veces, no dió muestra alguna estraordinaria de su genio.

Para Franz era este hombre un verdadero enigma. No podia dudar el conde de que el jóven viajero le hubiese reconocido, y sin embargo, ni una sola palabra habia desde su nuevo encuentro salido de su boca que indicase recuerdo de haberle visto otra vez.

Aunque Franz por su parte se pereciera por hacer alusion á aquella entrevista, el temor de desagradar á un hombre que á él y á su amigo los habia abrumado á servicios, pudo mas que su deseo, y le hizo proseguir en reserva igual á la suya.

El conde habia sabido que los dos amigos quisieron tomar un palco del teatro de Argentina y hallaron que estaban vendidos todos.

El motivo aparente al menos de su visita era llevarles la llave del suyo.

Manifestaron Franz y Alberto algunas dificultades, alegando temor de privarle á él del palco; pero les respondió que aquella noche iba al teatro de Palli, y que por consiguiente quedaría vacío si no lo ocupaban ellos.

Esto los determinó á aceptar su oferta.

Franz se habia ido poco á poco acostumbrando á la palidez del conde, que tanto efecto le hizo la vez primera que lo vió.

Vanamente hubiera querido desconocer lo bello de aquella cabeza hermosa, cuya palidez era el único defecto ó acaso el mérito principal.

Héroe de lord Byron en carne y hueso, no podia Franz, no digamos verle, sino ni aun pensar en él, sin representarse en aquel rostro sombrío á Manfredo ó á Lara.

En su frente se advertia esa arruga que indica un esclusivo pensamiento amargo y tenaz. Eran sus ojos de esos ojos ardientes que penetran á lo mas recóndito del alma, y tenia esos labios altivos y sarcásticos que dan á sus palabras ese no sé qué, que las hace grabarse profundamente en la memoria de los que las oyen.

Monte-Cristo no era jóven, lo menos tenia cuarenta años, y sin embargo, á primera vista se comprendia que estaba predestinado á dominar á los jóvenes con quien se encontrase.

La verdad es que para mayor semejanza con los héroes del poeta inglés, parecia que el conde tuviese el don de fascinar.

Alberto se hacia lenguas celebrando el encuentro de tal hombre, y aunque estuviese Franz menos entusiasta, se doblaba á la influencia que ejercen sobre cuantos los rodean los hombres superiores.

Pensando en aquel proyecto que ya dos ó tres veces habia manifestado el conde que tenia de ir á París, no dudaba de que con su carácter escéntrico, su fisonomía fantástica y su fortuna colosal, dejase de meter mucho ruido.

Y sin embargo deseaba no hallarse en París cuando él fuese.

Pasó la noche como pasan todas comunmente en los teatros de Italia, no en oir á los cantantes, sino en hacer visitas y charlar.

Quiso la condesa de G... renovar la conversacion del conde; pero anuncióle Franz que tenia que contarle otra cosa mas nueva, y pese á los trasportes de falsa modestia de Alberto, le refirió el gran suceso que hacia tres dias ocupaba á los dos amigos enteramente.

Como no son raras en Italia estas intrigas, á lo menos si se da crédito á los viajeros, no manifestó la condesa incredulidad alguna, felicitando á Alberto por los principios de una aventura que prometia tener un resultado satisfactorio.

Con esto se despidieron hasta el baile del duque de Bracciano, al cual estaba convidada Roma entera.

La dama del ramillete cumplió su palabra. Ni al dia siguiente ni al otro la volvió á ver Alberto.

Al fin llegó el martes, el último y el mas desenfrenado de los dias de carnaval.

Este dia se abren los teatros á las diez de la mañana, porque desde las ocho de la noche en adelante ya es cuaresma.

Todos los que por falta de tiempo, de dinero ó de entusiasmo no han tomado parte en las anteriores fiestas, se mezclan el martes á la bacanal, y déjanse llevar por la orgía, dándole su tributo de alboroto y locura.

Desde las diez hasta las cinco pasearon Franz y Alberto entre la hilera de carruajes, cambiando puñados de *confetti* con los de la hilera opuesta, y con los transeuntes que circulaban entre los piés de los caballos y entre las ruedas de los coches, sin que sobreviniese el menor accidente, ni una disputa siquiera, ni una desgracia.

Bajo este punto de vista no tienen los italianos comparacion con ningun otro pueblo.

Las funciones son siempre funciones para ellos.

El autor de este libro, que ha vivido en Italia cinco ó seis años, no recuerda haber visto nunca turbada una solemnidad por uno solo de los sucesos que son el corolario obligado de las nuestras.

A Alberto le iba muy bien con su traje de payaso.

A la espalda llevaba un lazo de cinta de color

de rosa, cuyas puntas le llegaban hasta las piernas.

Para que nadie pudiera confundirlos, Franz conservaba su traje de labrador.

A medida que se acercaba el dia á su fin iba creciendo el tumulto. Ni en todo aquel espacio, ni en todos aquellos carruajes, ni en todas aquellas ventanas, habia boca cerrada, ni brazo inmóbil. Era una verdadera tempestad humana, con sus truenos, que eran los gritos, y su lluvia, que eran los dulces, los ramilletes, los huevos, las naranjas y las flores.

A las tres el ruido de los morteretes disparados á la vez en la plaza del Popolo y en el palacio de Venecia, sofocando con mucho trabajo este tumulto horrible, anunció que iban á comenzar las carreras.

Las carreras, como los moccoli, son uno de los episodios peculiares á los últimos dias de carnaval.

Al rumor de los morteretes rompieron filas los carruajes como por ensalmo, refugiándose cada uno en la calle traviesa mas cercana al sitio donde se encontraban.

Verificanse estas evoluciones con inconcebible destreza y rapidez maravillosa, sin que la policía tenga que ocuparse para nada en señalar á cada uno el sitio que le corresponde ó el camino que debe seguir.

Los transeuntes se arrimaron á las paredes.

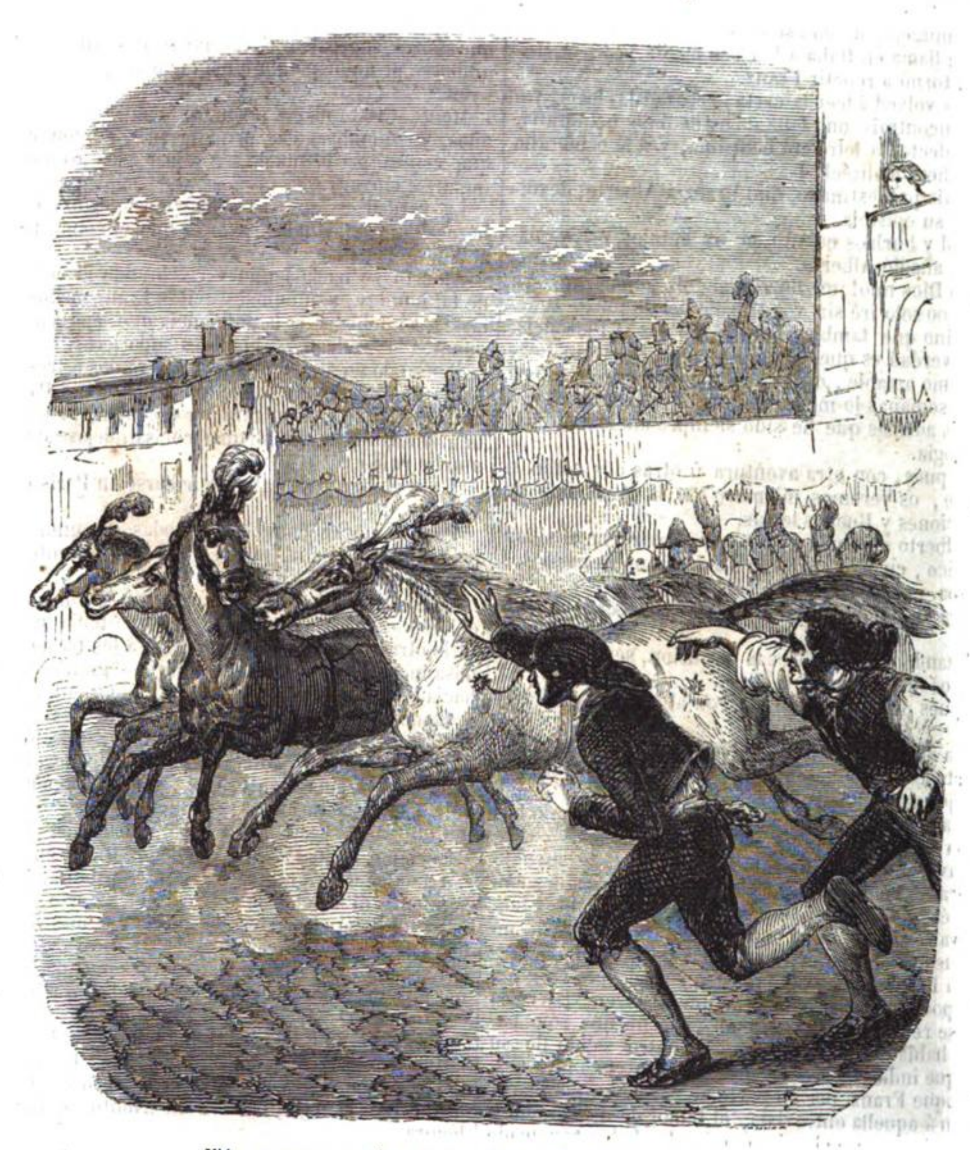
Al punto oyose un gran ruido de armas y de caballos.

Un escuadron de carabineros, á quince en fondo, recorrió á galope la calle del Corso en toda su estension, despejándola para hacer plaza á los *barberis*.

Otra descarga de morteretes anunció que la calle estaba limpia, y que el escuadron habia llegado al palacio de Venecia.

Casi al propio tiempo, en medio de un clamor universal, inmenso, viéronse pasar, raudos como sombras, siete ú ocho caballos, azuzados por los gritos de trescientas mil personas, y por los latigazos que les descargaban.

El castillo de Saint-Angelo disparó luego tres cañonazos, para anunciar que habia ganado el número 3.



Viéronse pasar, raudos como sombras, siete ú ocho caballos.

Al punto, sin necesidad de otro aviso, volvieron á circular los carruajes en direccion al Corso, desbordándose por todas las calles como torrentes comprimidos que vuelven á su cauce, y luego recobran su curso, juntos en uno mas caudaloso y mas potente que nunca.

Un nuevo elemento de ruido y de algazara se unia ahora á la turba: acababan de entrar en escena los vendedores de *moccoli*.

Pero ha encontrado mil medios para quitarla; bien que el diablo le ayuda no poco á esta sublime empresa.

El *moccoletto* se enciende aproximándolo á cualquiera luz.

¿Pero quién dirá los mil medios inventados para apagar los *moccolettos*? ¿Quién dirá los soplos gigantescos, los apagadores monstruosos, los abanicos colosales?



...Y sin que él hiciese resistencia alguna arrancole el *moccoletto*.

Los *moccoli* ó *moccoletto* son unas como velas de diferentes tamaños, desde el cirio pascual hasta el cerillo, que inspiran á los espectadores del gran drama que cierra el carnaval romano, dos tentaciones opuestas:

1.ª La de conservar encendido su propio *moccoletto*.

2.ª La de apagar el *moccoletto* de los demás.

El *moccoletto* es un trasunto de la vida. El hombre solo ha encontrado un medio de trasmitirla, y este medio emana de Dios.

Todos se apresuraron á comprar *moccolettos*, y Franz y Alberto tambien.

La noche se venia á mas andar, y ya á los gritos de—¡*moccoli!*—repetidos por las voces estentóreas de mil vendedores, dos ó tres llamaradas brillaron entre la inmensa turba.

Aquella fué la señal.

A los cinco minutos brillaban cincuenta mil luces, bajando desde el palacio de Venecia á la plaza del Popolo, y subiendo desde la plaza del Popolo al palacio de Venecia.

Parecia una funcion de fuegos fatuos.

Nadie, si no lo ha visto, puede formarse idea de este espectáculo.

Figúrese el lector que todas las estrellas bajan del cielo para tejer en la tierra una danza fantástica, al son de gritos que nunca los ha oido iguales el hombre en toda la redondez de la tierra.

En este momento particularmente es cuando todas las clases de la sociedad se mezclan y se confunden.

El *facchino* da el brazo al príncipe, el príncipe al transtiberino, el transtiberino al labrador, y todos soplan y apagan y encienden.

Si apareciera el viejo Eolo en este momento sería proclamado rey de los *moccoli*, y Aquilon heredero presunto de la corona.

Dos horas sobre poco mas ó menos dura esta saturnal de luces. Alumbrada la calle de la Carrera como con la del sol de mediodía, se distinguen las facciones de todos los concurrentes, aun de los que están en cuartos ó quintos pisos.

De cinco en cinco minutos sacaba Alberto su reloj, hasta que señaló las siete.

Hallábanse justamente los dos amigos enfrente de la via dei Pontefici, con que Alberto se apeó con su *moccoletto* en la mano.

Dos ó tres máscaras intentaron apagárselo; pero como era hábil boxador las echó á rodar á diez pasos de sí, prosiguiendo su camino hácia San Giacomo.

Las escaleras estaban llenas de curiosos y de máscaras luchando por arrancarse mutuamente los *moccolettos*.

Franz, que seguia con los ojos á Alberto, viole subir el primer escalon: casi al propio tiempo una máscara con el traje bien conocido de la labradora de marras, alargó el brazo, y sin que él hiciese resistencia alguna arrancole el *moccoletto*.

Estaba Franz demasiado lejos para oir las palabras que cambiaron; pero sin duda no debieron de ser hostiles, porque los vió alejarse de bracero.

Púdolos algun tiempo seguir entre la multitud; pero en la via Macello los perdió de vista.

De repente sonó la campana que anuncia el fin del carnaval, y como por ensalmo apagáronse al instante todos los *moccolettos*.

Parecia que un solo é inmenso soplo los hubiese apagado á la par.

Con esto hallose Franz en la oscuridad mas profunda.

Al mismo tiempo cesaron todos los gritos, como si el mismo soplo que habia apagado las luces hubiese apagado tambien los sonidos.

Solamente se oia el ruido de los carruajes en que volvian las máscaras á su casa: solamente se veia alguna luz fugitiva brillar á través de las ventanas.

El carnaval habia concluido.

CAPITULO XIV.

LAS CATACUMBAS DE SAN SEBASTIAN.

Acaso en toda su vida no habia sentido Franz una impresion tan violenta, una transicion tan rápida del júbilo á la tristeza como en este momento, pues no parecia sino que Roma se hubiese convertido en un vasto sepulcro al mágico poder de un demonio nocturno.

Por un azar que aumentaba horror á las tinieblas, la luna, en su cuarto menguante, no debia de salir hasta las once de la noche.

Todas las calles que iba el jóven atravesando estaban oscuras como boca de lobo.

Por fortuna era corto el camino.

A los diez minutos su carruaje, ó dicho mejor el del conde de Monte-Cristo, paró á la puerta de la fonda de Londres.

Ya estaba puesta la mesa, y como Alberto le habia prevenido que no contaba con regresar muy pronto, se puso solo á comer.

Maese Pastrini, que estaba acostumbrado á verlos comer juntos, quiso informarse de aquella alteracion; pero el jóven le dijo solamente que Alberto estaba convidado en otra parte desde la víspera.

La súbita estincion de los *moccoletto*, aquella oscuridad profunda que los habia reemplazado, y el silencio que al tumulto habia seguido, ponian en el jóven una tristeza que se acercaba no poco á la inquietud.

A pesar de los oficiosos cuidados del fondista, que vino dos ó tres veces á preguntarle si necesitaba de algo, comió en el mayor silencio.

Estaba determinado á esperar á Alberto hasta cualquiera hora en que volviese.

Advirtiendo que el coche estuviese dispuesto para las once, rogó á maese Pastrini que le avisara al instante en que Alberto regresase al hotel.

A las once no habia vuelto aun.

Vistiose pues Franz y salió, previniendo á Pastrini que pasaba la noche en casa del duque de Bracciano.

La casa del duque es una de las mejores de Roma, y su muger, uno de los últimos vástagos de los Colonnas, hace los honores con una amabilidad sin par. De todo esto resulta que sus bailes tienen una fama europea.

Franz y Alberto llevaron á Roma recomendaciones para él, con que su primera pregunta á Franz fué por su compañero de viaje.

Respondiole el jóven que le habia dejado á la hora de apagarse los *moccolettos*, perdiéndole de vista en la via Macello.

—¿Y no ha vuelto al hotel? le preguntó el duque.

—Hasta ahora mismo he estado esperándole, respondió Franz

—¿Sabeis adónde iba?

—Enteramente no; sin embargo, presumo que era cita amorosa.

—¡Diablo! esclamó el duque, mal dia es, ó mejor dicho, mala noche para retardarse tanto. ¿No es verdad, señora condesa?

Estas palabras se dirigian á la condesa de G... que acababa de llegar, y á la sazon se paseaba del brazo de Mr. Torlonia, hermano del duque.

—Paréceme al contrario que esta noche es divina, respondió la condesa; y los que se hallan aquí solo se quejarán de una cosa, y es de que pase tan pronto.

—No hablo yo de las personas que se hallan aquí, repuso el duque sonriendo, pues esas no corren otros peligros que el enamorarse de vos los hombres, y el rabiar de envidia las mugeres por veros tan hermosa. Hablo de los que andan por las calles de Roma.

—¿Y quién anda á estas horas por las calles de Roma, á no ser que vaya á algun baile? preguntó la condesa.

—Nuestro amigo Alberto de Morcef, señora, respondió Franz. Le dejé siguiendo á su desconocida á las siete de la noche, y no he vuelto á verle.

—¡Cómo! ¿y no sabeis dónde está?

—Absolutamente.

—¿Lleva armas?

—Va vestido de payaso.

—No debisteis dejarle, vos que conoceis mejor á Roma, dijo á Franz el duque.

—¡Oh! mas fácil hubiera sido detener al número 3 de los *barberi*, que hoy ha ganado el premio de las carreras, repuso Franz. Y de otra parte, ¿qué le puede suceder?

—¿Quién sabe? la noche está muy oscura, y el Tiber muy cerca de la via Macello.

Franz sintió correr por sus venas un frio glacial viendo acordes al duque y á la condesa con sus propios recelos.



—Por eso dije al fondista que tenia el honor de pasar la noche en vuestra casa, señor duque, añadió Franz, con que vendrán á anunciarme su regreso.

—Mirad, dijo el duque, allí viene uno de mis criados que creo que os busca.

El duque no se engañaba. Al ver á Franz el criado se encaró con él.

—Escelencia, le dijo, el dueño de la fonda de Lon-

—¿Os volveremos á ver para que nos traigais noticias? le preguntó la condesa.

—Sí, como el suceso no sea grave, que entonces tampoco respondo de mí mismo.

—¡Prudencia! ¡prudencia! dijo la condesa.

—¡Oh! descuidad.

Y cogiendo su sombrero salió Franz apresurado. Habia despedido su carruaje, encargando que vol-



—¿Y os volveré á encontrar aquí?—Por supuesto.

dres os avisa que os espera un hombre con una carta del vizconde de Morcef.

—¡Con una carta! esclamó Franz.

—Sí.

—¿Qué hombre es ese?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no ha venido aquí á traérmela?

—El criado de la fonda no me lo ha dicho.

—¿Y dónde está el criado?

—Se marchó al verme entrar á buscaros en la sala del baile.

—¡Oh Dios mio! dijo la condesa á Franz. ¡Corred, corred! ¡pobre jóven! quizás le haya sucedido algo.

—Corro pues, dijo Franz.

viera á las dos; pero por fortuna el palacio de Bracciano, que cae por una parte á la calle del Corso y por la otra á la plaza de los Santos Apóstoles, está á diez minutos de la fonda de Londres.

Al acercarse á la fonda distinguió Franz un hombre en medio de la calle, y desde luego se figuró que seria el emisario de Alberto.

Estaba embozado en una capa muy larga.

Encaminose Franz á su encuentro; pero con grande admiracion suya, él fué el primero que habló.

—¿Qué me quereis, escelencia? dijo echando un paso atrás, como hombre que quiere estar en guardia.

—¿Sois el que me trae una carta del vizconde de Morcef? le preguntó Franz.

—¿Vive vuestra escelencia en la fonda de maese Pastrini?
—Sí.
—¿Es vuestra escelencia el compañero de viaje del vizconde?
—Sí.
—¿Cómo se llama vuestra escelencia?
—El baron Franz d'Epinay.
—Pues entonces para vuestra escelencia es esta carta.
—¿Esperais contestacion? le preguntó Franz tomándola.
—Sí; por lo menos vuestro amigo la espera con ánsia.
—Subid á mi cuarto y os la daré.
—Quiero mejor esperarla aquí, dijo sonriendo el mensajero.
—¿Por qué?
—Vuestra escelencia lo comprenderá cuando lea la carta.
—¿Y os volveré á encontrar aquí?
—Por supuesto.
Entró Franz en el hotel: en la escalera topose con maese Pastrini.
—¿Y bien? le preguntó este.
—Y bien, ¿qué? respondió Franz.
—¿Habeis visto al hombre que deseaba hablaros de parte de vuestro amigo?
—Sí, le he visto, y me ha entregado esta carta, respondió Franz. Haced que suban una luz á mi habitacion.
El fondista mandó á un criado que fuese delante de Franz con una bujía.
Habia reparado el jóven que maese Pastrini estaba como aturdido, y esto le dió mas deseos de leer la carta de Alberto.
Así que estuvo encendida la bujía acercose á ella y abrió la carta.
Estaba escrita y firmada por el mismo Alberto.
Dos ó tres veces la leyó Franz: ¡tan lejos estaba de presumir su contenido!
A continuacion la reproducimos testualmente.

«Querido amigo:
»Al punto que recibais esta carta, tened la bondad »de coger de mi cartera, que encontrareis en el cajon »cuadrado de la cómoda, mi letra de cambio, y jun»tando con ella la vuestra si no alcanzase, corred á »casa de Torlonia á cobrar las cuatro mil piastras que »entregareis al portador.
»Es muy urgente que me envieis esta suma sin la »menor tardanza.
»No insisto mas porque cuento con vos, como vos »podriais contar conmigo.
»P. D. Y believe now to italian bandetti.
»Vuestro amigo,
»Alberto de Morcef.»

Debajo de estas líneas habia escrito una mano estraña estas otras en italiano:

«Se alle sei della mattina le quattro mile piastre »non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto »avia cessato di vivere (1).
»Luigi Vampa.»

Con esta segunda firma lo comprendió todo Franz, y la repugnancia del portador á subir á su cuarto. La calle era sitio para él mas seguro.
Alberto habia caido en poder del famoso capitan de bandidos de cuya existencia estuvo tanto tiempo dudoso.

(1) Si á las seis de la mañana no están en mi poder las cuatro mil piastras, á las siete habrá dejado de existir el conde Alberto.

No habia tiempo que perder.
Corrió á la cómoda, abriola, y en el cajon indicado halló la cartera, y en la cartera la letra, que era en todo de seis mil piastras; pero de estas seis mil habia ya gastado tres mil Alberto.
Franz por su parte no tenia letra alguna. Como habitaba en Florencia y habia venido á Roma á pasar siete ú ocho dias solamente, trajo unos cien luises, de los cuales le quedarian cincuenta á lo sumo.
Faltábanles pues á entrambos setecientas ú ochocientas piastras para reunir la cantidad exigida.
Bien que para caso tan apretado podia contar Franz con la amabilidad de los señores Torlonia.
Preparábase ya á volver sin pérdida de momento al palacio de Bracciano, cuando pasó por su mente una idea luminosa.
Pensó en el conde de Monte-Cristo.
Iba á decir Franz que llamasen á maese Pastrini, cuando le vió aparecer en persona.
—Mi caro señor Pastrini, le dijo al punto, ¿presumis que esté el conde en su cuarto?
—Sí, escelencia, acaba de volver.
—¿Ha tenido tiempo de acostarse?
—Lo dudo.
—Pues llamad á su puerta, y os ruego que en mi nombre le pidais permiso para ir á verle.
Apresurose maese Pastrini á hacer lo que se le decia, y cinco minutos después estaba de vuelta.
—El conde espera á vuestra escelencia, dijo.
Atravesó Franz el corredor, y un criado le introdujo en la habitacion del conde.
Era un gabinetito rodeado de divanes, que no habia visto Franz aun.
El conde le salió al encuentro.
—¡Hola! ¿qué buen viento os trae á estas horas por aquí? le dijo. ¿Vendreis, por fortuna, á pedirme de cenar? Mucho os lo estimaria.
—No, si no que vengo á hablaros en un asunto grave.
—¡Un asunto! esclamó el conde mirando á Franz con aquella mirada escrutadora que le era habitual; ¿qué asunto es ese?
—¿Estamos solos?
El conde se encaminó á la puerta, y volvió después diciendo:
—Enteramente solos.
Franz le presentó la carta de Alberto.
—Leed, le dijo.
El conde leyó la carta murmurando:
—¡Ah! ¡ah!
—¿Os habeis enterado de la postdata?
—Sí, respondió: ya veo que:
«Se alle sei della mattina le quattro mile piastre »non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto »avia cessato di vivere.
»Luigi Vampa.»
—¿Qué decís de eso? le preguntó Franz.
—¿Teneis la suma que os piden?
—Sí, menos ochocientas piastras.
El conde se acercó á su cómoda, la abrió, y sacando un cajon lleno de oro, dijo á Franz:
—Espero que no me hareis la injuria de dirigiros á otro que no á mí.
—Bien veis, por lo contrario, repuso Franz, que á vos acudo primeramente.
—Y os lo agradezco. Tomad.
Esto diciendo, hacia á Franz seña de que cogiera dinero del cajon.
—¿Es indispensable enviar á Vampa esta suma? le preguntó el jóven mirándole fijamente.
—¡Diablo! juzgad vos mismo. La postdata está terminante.
—Paréceme que si os tomarais el trabajo de buscarlo, quizás hallariais algun medio que simplificara un tanto el asunto.

—¿Cuál? preguntó el conde admirado.

—Por ejemplo si fuésemos juntos á buscar á Luigi Vampa, estoy seguro de que no os negaria la libertad de Alberto.

—¿A mí? ¿qué influencia quereis que yo tenga sobre ese bandido?

—¿No acabais de hacerle uno de esos servicios que nunca se olvidan?

—¿Y dinero?

—Es inútil. ¿Dónde está el portador de la carta?

—En la calle.

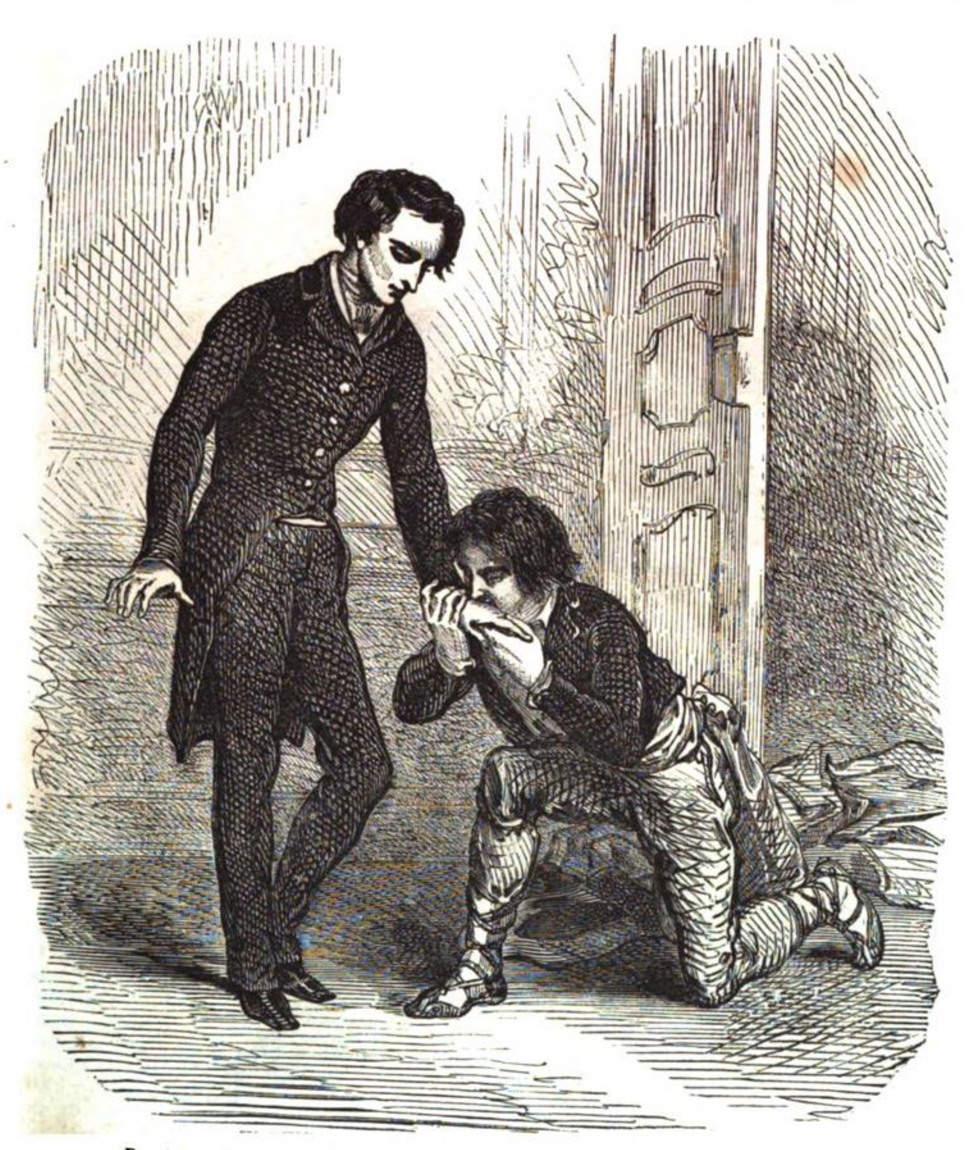
—¿Espera la respuesta?

—Sí.

—Es preciso saber adónde iremos. Voy á llamarle.

—Será en vano. Se negó á subir.

—A vuestro cuarto es probable; pero no al mio.



Peppino se hincó de rodillas, y cogiéndole la mano se la besó repetidas veces.

—¿Cuál?

—¿No acabais de salvar á Peppino?

—¡Ah! ¡ah! ¿y quién os ha dicho eso?

—¿Qué os importa? yo lo sé.

El conde permaneció un instante mudo y con el ceño fruncido.

—Si yo fuese á ver á Vampa ¿me acompañareis?

—Si mi compañía no os desagrada...

—Pues sea. El tiempo está magnífico, y un paseo por la campiña de Roma nos hará provecho.

—¿Necesitamos llevar armas?

—¿Para qué?

Y asomándose el conde á la ventana del gabinete que caia á la calle, se puso á silbar de cierta manera.

Separose de la pared el embozado, y avanzó hasta el comedio de la calle.

—¡*Salite!* dijo el conde con un tono como si diera una órden á su criado.

Obedeció el mensajero sin duda, sin tardanza, hasta con afan, y entró en el hotel. Cinco segundos después estaba á la puerta del gabinete.

—¡Ah! ¿eres tú, Peppino? dijo el conde.

Pero en lugar de responder Peppino se hincó de rodillas, y cogiéndole la mano se la besó repetidas veces.

—¡Ah! ¡ah! esclamó el conde. ¿No olvidaste aun que te he salvado la vida? ¡qué milagro! y eso que ya hace ocho dias.

—No, escelencia, y nunca lo olvidaré, respondió Peppino con acento de profunda gratitud.

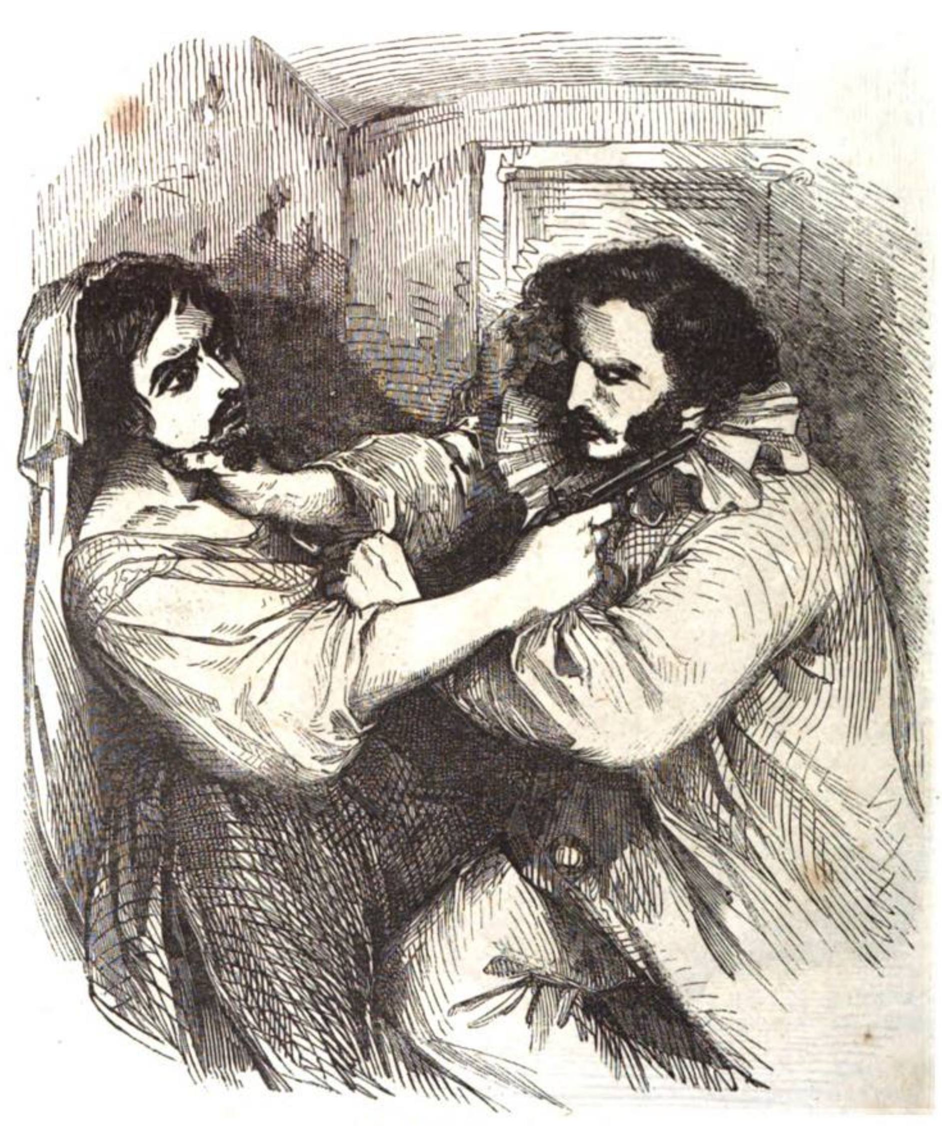
—¡Nunca! ¡largo me lo fias! pero en fin, algo es ya que tú lo creas.—Levántate y responde.

Peppino echó á Franz una mirada de inquietud.

—Sí. El francés la hizo telégrafos, y Teresa se entretuvo en alentarle. El francés la arrojó ramos, y ella se los arrojó á él... todo, por supuesto, con consentimiento del capitan, que iba en el mismo carruaje.

—¡Cómo! esclamó Franz: ¿Luigi Vampa iba en el carruaje de las labradoras romanas?

—El era el que lo conducia disfrazado de cochero, respondió Peppino.



Beppo sacó un par de pistolas.

—¡Oh! puedes hablar delante de su escelencia, que es un amigo mio.—Permitid que os dé este título, dijo en francés el conde volviéndose á Franz: es necesario para inspirar á este hombre confianza.

—Podeis hablar delante de mí, repuso Franz: soy un amigo del conde.

—Enhorabuena, respondió Peppino volviéndose hácia Monte-Cristo á su vez. Interrógueme vuestra escelencia, que yo responderé.

—¿Cómo ha caido el vizconde Alberto en manos de Luigi?

—Escelencia, el carruaje del francés se ha encontrado muchas veces con el de Teresa.

—¿La querida del capitan?

—¿Y qué sucedió despues? le preguntó el conde.

—Despues el jóven se quitó la careta, y Teresa hizo otro tanto, siempre con anuencia del capitan; el francés le pidió una cita, y Teresa se la concedió, solamente que en vez de Teresa fué Beppo el que acudió esta vez á los escalones de la iglesia de San Giacomo.

—¡Cómo! interrumpió Franz, aquella labradora que le arrancó el *moccoletto*...

—Era un muchacho de quince años, respondió Peppino; pero no es mengua para vuestro amigo el haber caido en el lazo, pues Beppo ha atrapado ya á otros...

—¿Y Beppo fué el que se lo llevó estramuros?

—Justamente: al final de la via Macello los esperaba un coche. Beppo subió á él, invitando al francés á seguirle: no se lo hizo repetir, y ofreciéndole el asiento de la derecha con mucha galantería se colocó á su lado. Entonces anuncióle Beppo que iba á llevarle fuera de Roma, y el francés le aseguró que estaba pronto á seguirle al fin del mundo. En seguida el cochero subió por la calle de Ripetta, á salir por la puerta de San Pablo. Apenas habrian dado doscientos pasos estramuros, cuando el francés se propasó á vias de hecho, con que Beppo sacó un par de pistolas, y el cochero, deteniendo el carruaje volvióse á hacer otro tanto. Al mismo tiempo cuatro de nuestra partida, que estaban emboscados á orillas del Almo, se arrojaron á las portezuelas. Ganas tenia el francés de defenderse, y hasta le faltó poco para estrangular á Beppo, segun mis noticias; pero ¿qué habia de hacer contra cinco hombres armados? Tuvo pues que rendirse por buenas; hiciéronle bajar del carruaje, y siguiendo por la orilla del riachuelo, lleváronle adonde estaban Teresa y Luigi, que era en las catacumbas de San Sebastian.

—Paréceme, dijo el conde volviéndose á Franz, que esta historia es tan dramática como otra cualquiera. ¿Qué os parece á vos que sois inteligente?

—Muy buena me pareceria, contestó Franz, á no ser el héroe nuestro pobre Alberto.

—Lo cierto es, añadió el conde, que si no me hubieseis encontrado le costaria esta aventura á vuestro amigo un poco cara; pero tranquilizaos, que ya solamente le costará el susto.

—¿Y seguís de opinion de que vayamos juntos á buscarle? preguntó Franz.

—¡Par diez! con tanto mayor motivo cuanto que es el lugar muy pintoresco. ¿Conoceis las catacumbas de San Sebastian?

—No, que nunca he bajado á ellas; pero pensaba hacerlo uno de estos dias.

—Pues la ocasion se os viene á la mano: con mucha dificultad encontrariais otra mejor. ¿Teneis dispuesto vuestro carruaje?

—No.

—Eso no importa. Mis criados acostumbran tenerme uno enganchado de dia y de noche.

—¿Enganchado?

—Sí. Yo soy un hombre muy caprichoso. Debo deciros que tal vez al levantarme de la mesa, ó á media noche, me da el capricho de marchar á cualquiera parte del mundo, y marcho.

Tiró el conde una vez del cordon de la campanilla, y apareció su ayuda de cámara.

—Haced que salga á la calle el coche de reserva, le dijo, y que le quiten las pistolas de la zaga. No es necesario despertar al cochero. Alí hará sus veces.

Un instante después oyóse el rumor del carruaje que se detenia delante de la puerta.

El conde sacó su reloj.

—Las doce y media, dijo. Aunque marcháramos á las cinco de la mañana llegariamos á tiempo; pero este retardo quizás haria pasar una noche muy mala á vuestro compañero. Mejor es que nos apresuremos á sacarle del poder de los infieles. ¿Seguis decidido á acompañarme?

—Mas que nunca.

—Pues venid.

Y Franz y el conde salieron seguidos de Peppino.

A la puerta encontraron el coche.

Alí estaba en el pescante.

Franz reconoció en él al esclavo mudo de la gruta de Monte-Cristo.

Franz y el conde subieron al carruaje, que era un cupé.

Colocóse Peppino junto á Alí, y partieron á galope.

Sin duda habia recibido órdenes Alí de antemano, porque echó por la calle del Corso, y atravesando el Campo Vaccino y subiendo por la strada de San Gregorio, llegó á la puerta de San Sebastian.

Quiso oponerse el conserje á que salieran; pero el conde de Monte-Cristo presentó una autorizacion del gobernador de Roma para entrar y salir de la ciudad á cualquiera hora del dia ó de la noche. Alzóse pues el rastrillo, y recibiendo el conserje un luis por su trabajo, salieron.

El camino que seguia el carruaje era la antigua via Apiana, sembrada de monumentos cinerarios.

De vez en cuando, á la luz de la luna que empezaba á rayar, pareciale al jóven ver una sombra como en centinela entre las ruinas; pero á una seña de Peppino desaparecia.

Un poco antes de llegar al circo de Caracalla detúvose el carruaje, y viniendo Peppino á abrir la portezuela bajaron el conde y Franz.

—Dentro de diez minutos llegaremos, dijo el conde.

Y llamando aparte á Peppino le dió una órden en voz baja, con lo cual se marchó el bandido, proveyéndose de antemano de una antorcha que sacaron del baul del cupé.

Durante cinco minutos le vió Franz internarse por un estrecho sendero, entre las quiebras del terreno que forman el suelo volcánico de la llanura de Roma, y desaparecer entre aquellos altos matorrales rojizos, que semejan la crin erizada de un leon gigantesco.

—Ahora, sigámosle, dijo el conde.

Internáronse con esto entrambos en la vereda, que á los cien pasos caia por una pendiente á un valle.

Entre la sombra se entrevian dos hombres en conversacion.

—¿Debemos seguir andando, ó tendremos que esperar? preguntó Franz al conde.

—Andemos. Peppino debe haber avisado al centinela.

Con efecto, uno de aquellos hombres era Peppino, y el otro un ladron que estaba en acecho.

Al acercarse Franz y el conde los saludó.

—Escelencia, dijo al último Peppino, si quereis seguirme, la entrada de las catacumbas está á dos pasos de aquí.

—Corriente. Ve delante, respondió el conde.

Con efecto, detrás de unos matorrales, en medio de unas rocas, se veia un agujero por donde apenas cabria un hombre.

Deslizóse por él Peppino, y como á los pocos pasos se ensanchaba considerablemente, detúvose á encender su antorcha y á reparar si le seguian.

El conde habia colado primero, y detrás Franz.

El camino comenzaba en una pendiente suave, y se iba ensanchando paulatinamente. Sin embargo, Franz y el conde se veian aun en la precision de andar agachados, y apenas hubieran podido pasar los dos en fondo.

A los cincuenta pasos que dieron detúvolos el grito de:—¿quién vive?

Al mismo tiempo brillaba en la escuridad el cañon de una carabina, el reflejo de su propia antorcha.

—*¡Amigo!* contestó Peppino.

Y adelantándose él solo dijo algunas palabras á este segundo centinela, que como el primero saludó á los visitadores nocturnos, haciéndoles seña de que podian seguir su marcha.

Detrás del centinela habia una escalera de unos veinte escalones.

Con bajarlos Franz y el conde, halláronse en una especie de patio mortuorio.

Cinco caminos brillaban como los rayos de una estrella, y las paredes, cuajadas de nichos unos sobre otros, indicaban que eran llegados al fin á las catacumbas.

Por una de estas cavidades, cuya longitud era imposible calcular, penetraban algunos rayos de luz.

El conde le puso á Franz la mano sobre la espalda.

—¿Quereis ver un campamento de bandidos en descanso? le preguntó.

—Sí por cierto, respondió Franz.

—Pues venid conmigo...—Peppino, apaga la antorcha.

Obedeció Peppino, y halláronse Franz y el conde en la mas completa oscuridad.

Solamente á unos cincuenta pasos delante de ellos seguian serpenteando á lo largo de las paredes algunos reflejos rojizos, mas visibles aun desde que apagó Peppino su antorcha.

Y guiando el conde á Franz como si tuviera el raro don de ver en lo oscuro, avanzaron silenciosos.

Sin embargo, Franz tambien iba distinguiendo mas el camino á medida que se acercaban á los reflejos, que eran su guia.

Componiase la entrada de tres arcos: el de en medio servia de puerta.

Caian estos arcos de la una parte al corredor en que se hallaban Franz y el conde, y de la otra á una gran habitacion cuadrilonga, rodeada de nichos, semejantes á los que hemos descrito.

Elevábanse en el comedio de esta habitacion cuatro piedras, que en tiempos fuéron altar, como lo indicaba una cruz que les servia de corona.

Solo una lámpara puesta sobre un trozo de columna alumbraba con trémula y vacilante luz la estraña escena que se ofrecia á la contemplacion de los dos curiosos, ocultos en la sombra.



Era el capitan de los bandidos: era Luigi Vampa.

Con el codo apoyado en esta columna, y volviendo la espalda á los arcos por donde ellos venian, estaba sentado un hombre leyendo.

Era el capitan de los bandidos: era Luigi Vampa.

En torno suyo, agrupados sin órden, y envueltos en sus capas, ó con la cabeza en una especie de banco de piedra que rodeaba todo el columbarium, veianse unos veinte ladrones.

Todos tenian su carabina á la mano.

Medio oculto en la penumbra, silencioso y seme-

jante á una sombra, paseábase un centinela delante de otra abertura, que solamente se distinguia por el mayor espesor de las tinieblas en aquel punto

Cuando calculó Monte-Cristo que Franz habia paseado bastante sus miradas por este cuadro pintoresco, llevose un dedo á los labios encargándole que callara, y subiendo los tres escalones que habia desde el corredor al columbarium, entró en la habitacion por el arco de en medio, dirigiéndose al jefe, que estaba tan embebido en su lectura que no sintió sus pasos.

—¿Quién vive? gritó el centinela, que como desocupado, vió á la luz de la lámpara una sombra que por detrás se dirigia á su jefe.

A este grito levantose apresurado Vampa, quitándose del cinto una pistola.

Al punto se incorporaron tambien los bandidos todos, con que apuntaron al conde veinte carabinas.

—¡Cómo! dijo este con voz sumamente tranquila, y sin que se contrajese un solo músculo de su cara; ¡cómo! mi querido Vampa, ¡tanto aparato para recibir á los amigos!

—¡Abajo las armas! gritó el capitan haciendo un signo imperioso con una mano, mientras se quitaba con la otra respetuosamente su sombrero.

Luego, volviéndose al singular personaje que dominaba esta situacion, le dijo:

—Perdonad, señor conde, que no os haya reconocido, pues estaba lejos de esperar verme honrado con esta visita.

—Paréceme, Vampa, que teneis en todo muy poca memoria, repuso el conde, y que así olvidais las facciones, como los pactos hechos con uno.

—¿Qué pactos he olvidado yo, señor conde? le preguntó el capitan con el tono de aquel que si ha cometido un error está pronto á repararlo.

—¿No hemos pactado, respondió el conde, que serian para vos sagradas, no solo mi persona, sino que tambien las de mis amigos?

—¿Y en qué he faltado al pacto, escelencia?

—En robar esta noche y en trasportarlo aquí al vizconde Alberto de Morcef. Pues habeis de saber, prosiguió el conde con un acento que hizo temblar á Franz; habeis de saber que ese jóven es amigo mio, que ese jóven vive en la misma fonda que yo, que ese jóven ha corrido ocho dias el Corso en mi mismo carruaje; y sin embargo, os lo repito, le habeis robado, le habeis traido aquí y le habeis puesto á precio, como si fuera un quidam, añadió sacando la carta de su bolsillo.

—¿Por qué no me habeis avisado vosotros? gritó Vampa volviéndose á su gente, que retrocedió ante sus miradas; ¿por qué me habeis espuesto de este modo á faltar á mi palabra á un hombre como el señor conde, que tiene en su mano la vida de todos nosotros? ¡Por la sangre de Cristo! si creyese que alguno sabia que ese jóven era amigo de su escelencia, le saltaria yo mismo la tapa de los sesos.

—¿Qué tal? murmuró el conde volviéndose á Franz; ¿no os dije yo que en esto debia de haber equivocacion?

—¿No estais solo? esclamó Vampa con inquietud.

—Estoy con la persona á quien va dirigida esta carta, y á quien he querido probar que Luigi Vampa es hombre de palabra. Acercaos, escelencia, dijo á Franz; aquí teneis á Luigi Vampa, que os va á decir por sí mismo cuán desesperado le trae el error que acaba de cometer.

Acercose Franz, y Luigi dió tambien hácia él algunos pasos.

—Bien venido seais entre nosotros, escelencia, le dijo. Ya oisteis lo que acaba de decir el conde, y lo que yo le respondí. Solo tengo que añadiros que aun á trueque de las cuatro mil piastras en que he fijado el rescate de vuestro compañero, no querria que semejante cosa hubiera sucedido.

—Pero ¿dónde está el preso? dijo Franz mirando en torno con inquietud. Yo no le veo.

—¡Espero que no le habrá sucedido nada! esclamó el conde frunciendo las cejas.

—El preso está allí, contestó Vampa señalando con la mano el camaranchon que vigilaba el centinela, y voy en persona á anunciarle que está libre.

Acercose el capitan al sitio designado, y Franz y el conde le siguieron.

—¿Qué hace el preso? preguntó Vampa al centinela.

—No lo sé, á fé mia, capitan, respondió; há mas de una hora que ni moverse le siento.

—Venid, escelencia, dijo Vampa.

Subieron Franz y el conde siete ú ocho escalones, siempre guiados por el capitan, que descorrió un cerrojo y empujó una puerta.

Con esto, á la luz de una lámpara igual á la que alumbraba el columbarium, pudo verse á Alberto embozado en una capa que le habia prestado uno de los ladrones, durmiendo en un rincon á pierna suelta.

—Vamos, dijo el conde con aquella sonrisa que le era peculiar, no está mal eso en un hombre que debia ser fusilado á las siete de la mañana.

Vampa contemplaba al jóven con cierta admiracion.

Se conocia que no era insensible á esta prueba de fortaleza.

—Teneis razon, señor conde, murmuró: este hombre debe de ser amigo vuestro.

Luego añadió acercándose á Alberto y dándole un golpecito en la espalda:

—¿Quereis despertar, escelencia?

Estendió Alberto los brazos, y frotose y abrió los ojos.

—¡Ah! ¿sois vos, capitan? le dijo. ¡Par diez! mejor hicierais en dejarme dormir, porque tenia un sueño delicioso. Soñaba que bailaba una galop en casa de Torlonia con la condesa de G...

Y sacando su reloj, que habia conservado para calcular el tiempo, añadió:

—¡La una y media de la madrugada! ¿para qué diablo me despertais á esta hora?

—Para deciros que estais libre, escelencia.

—Mio caro, repuso Alberto con entera sangre fria; tened muy presente en lo futuro esta máxima de Napoleon el Grande:—«Solo me desperteis para darme una mala noticia.»—Si me hubierais dejado dormir, hubiera yo terminado mi galop, y os lo agradeceria mientras viviese...—¿Con que han pagado ya mi rescate?

—No, escelencia.

—Pues entonces, ¿cómo estoy libre?

—Porque ha venido á reclamaros cierta persona, á quien yo nada puedo negar.

—¿Y ha venido aquí?

—Aquí.

—¡Ah! par diez, muy amable es esa persona.

Miró Alberto en torno suyo y distinguió á Franz.

—¡Cómo! le dijo; ¿sois vos, mi caro amigo, el que lleva la amistad hasta este punto?

—No, contestó Franz, no soy yo, sino nuestro vecino el señor conde de Monte-Cristo.

—¡Ah! par diez, señor conde, dijo Alberto jovialmente arreglándose la corbata y los puños de su camisa; sois un hombre verdaderamente divino, y espero que desde este punto para *in eternum* me tengais por vuestro servidor, primero por el asunto del coche, y después por este asunto.

Y alargó su mano al conde, que tembló al darle la suya, aunque sin embargo se la diese.

El bandido contemplaba esta escena estupefacto.

Sin duda estaba acostumbrado á ver á los presos temblar en su presencia, y cate usted que este ni aun habia perdido su buen humor.

Franz por su parte estaba contentísimo de que

Alberto sostuviese tan bien el honor nacional, aunque solo en presencia de un bandido.

—Mi querido Alberto, le dijo, si quereis daros prisa, tendremos tiempo aun para ir á terminar el baile en casa de Torlonia; con que proseguiréis vuestra galop en donde la habeis interrumpido, sin que tengais que guardar rencor alguno al señor Luigi, que en este negocio se ha portado en verdad bravamente.

—¡Y que teneis razon! contestó Alberto: á las dos podremos llegar.—Señor Luigi, prosiguió encarándose con el capitan, para cumplir dignamente con vuestra escelencia, ¿hay que llenar alguna otra formalidad?

—Ninguna, señor, respondió el bandido, y sois libre como el aire.

—En ese caso, buena vida y alegre.—Venid, señores, venid.

Y seguido de Franz y el conde bajó Alberto la escalera, atravesando el columbarium, donde todos los bandidos estaban de pié con el sombrero en la mano.

—Peppino, dijo el capitan, dame tu antorcha.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó el conde.

—Acompañaros, dijo el capitan. Es el honor mas ínfimo que pueda hacer á vuestra escelencia.

Y cogiendo al pastor la antorcha encendida echó delante de sus huéspedes, no como criado que cumple una obligacion servil, sino como rey que despide á sus embajadores.

Al llegar á la puerta se detuvo.

—Ahora, señor conde, dijo, renuevoos mis protestas, y confio en que no me guardareis rencor alguno por lo que acaba de pasar.

—No, mi querido Vampa, respondió Monte-Cristo; y luego, teneis una manera tal de subsanar vuestros errores, que casi está uno tentado á daros gracias por haberlos cometido.

—Señores, prosiguió el capitan encarándose con los dos jóvenes, acaso creais que no vale la pena este ofrecimiento; pero si alguna vez se os antojase hacerme otra visita, donde quiera que yo esté sereis bien recibidos.

Franz y Alberto le saludaron.

El conde salió el primero por la claraboya, y Alberto en seguida. Franz se quedó detrás.

—¿Tiene vuestra escelencia alguna pregunta que hacerme? le dijo Vampa sonriendo.

—Sí, lo confieso, respondió Franz. Hame picado la curiosidad de saber qué libro era el que leiais con tanta atencion cuando llegamos.

—*Los comentarios de César*, que es mi libro predilecto, contestó el bandido.

—¿Qué, no venís? preguntó Alberto.

—Allá voy, respondió Franz.

Y salió á su vez de las catacumbas.

A los pocos pasos que dieron por la llanura, esclamó Alberto volviendo atrás:

—¡Ah, capitan! con vuestro permiso...

Y encendió un cigarro en la antorcha de Vampa.

—Ahora, señor conde, añadió, vamos con toda la prisa posible. Me interesa estremadamente pasar el resto de la noche en casa del duque de Bracciano.

El carruaje se hallaba en el mismo sitio donde lo dejaron. Dijo el conde á Alí una sola palabra árabe, y partieron á escape los caballos.

Las dos señalaba justamente el reloj de Alberto cuando entraron en la sala del baile.

Mucho llamó su vuelta la atencion; pero como volvian juntos, cesaron todos los temores que habia inspirado Alberto.

—Señora, dijo el vizconde de Morcef acercándose á la condesa, ayer tuvisteis la bondad de prometerme una galop, y aunque vengo un poco tarde á reclamar el cumplimiento de tan dulce promesa, mi amigo, cuya veracidad os es conocida, puede aseguraros que no tuve yo la culpa.

Y como en este momento preludiaba la orquesta un vals, rodeó Alberto con su brazo la cintura de la condesa, y desaparecieron en el torbellino de los bailarines.

En este intervalo meditaba Franz en el raro temblor que habia agitado los miembros todos del conde de Monte-Cristo, al verse en cierto modo precisado á dar la mano á Alberto.

CAPITULO XV.

LA CITA.

Al levantarse á la mañana siguiente, lo primero que hizo Alberto fué proponer á Franz que hicieran una visita al conde de Monte-Cristo, pues aunque ya le habia dado las gracias la víspera, estimaba que á un servicio como el que le habia hecho no bastaba prueba tan efímera de gratitud.

Franz, que se sentia atraido por el conde de Monte-Cristo con un iman terrible, no quiso dejarle ir solo á casa de aquel hombre.

Fuéron pues introducidos en el salon, y á los cinco minutos llegó el conde.

—Señor conde, le dijo Alberto saliéndole al paso, permitidme que os repita hoy por la mañana lo que os dije tan mal ayer. Nunca olvidaré las circunstancias en que vinisteis en mi auxilio, y siempre recordaré que os debo la vida.

—Mi querido vecino, respondió el conde riendo, exagerais vuestra gratitud. Lo único que me debeis es un ahorro de veinte mil francos en vuestro presupuesto de viaje, y ya veis que eso no merece la pena de mentarlo. Recibid de vuestra parte mi enhorabuena, porque habeis demostrado un valor y una indiferencia admirables.

—¿Qué quereis, conde? dijo Alberto: figureme que de resultas de una quimera habia tenido un lance de honor, y quise hacer comprender á los bandidos que si en todos los países del mundo se baten, solo los franceses se baten riendo. Como mi obligacion respecto á vos no es de poca importancia, vengo á preguntaros si podré hacer algo en vuestro obsequio, yo, ó mis amigos y conocidos. Mi padre el conde de Morcef, que es de orígen español, goza en Francia y en España de una posicion elevada, y vengo á ponerme á vuestras órdenes en mi nombre y en el de todos los mios.

—Confiesoos que esperaba vuestro ofrecimiento, señor de Morcef, dijo el conde, y le acepto de todo corazon. Hasta habia pensado pediros un favor.

—¿Cuál?

—No he estado nunca en París, ni conozco á París.

—¿De veras? esclamó Alberto; ¿habeis podido vivir hasta lo presente sin ver á París? ¡eso es increible!

—Sin embargo, es cierto; pero comprendo, como vos, que es imposible pasar mas tiempo sin conocer la capital del mundo civilizado. Hay mas: acaso hubiera hecho ese viaje indispensable años atrás, á haber contado con algun amigo que pudiera presentarme en ese mundo donde no tengo ningunas relaciones.

—¡Oh! ¡un hombre como vos! esclamó Alberto.

—Me dispensais mucho favor; pero como no reconozco en mí otro mérito que poder competir en caudal con Mr. Aguado ó Mr. Rothschild, y como no voy á Paris á jugar á la Bolsa, me ha detenido esta nimiedad. Ahora me decide vuestra oferta. ¿Os comprometeis, mi querido señor de Morcef (el conde acompañó estas palabras con una sonrisa singular), os comprometeis cuando vaya á Francia á abrirme las puertas de ese mundo, donde seré tan estraño como un huron ó un cochinchino?

—¡Oh! me comprometo, señor conde, de todo en todo, respondió Alberto: y con tanto mas gusto (no os burleis de mí, Franz) cuanto que esta mañana misma acabo de recibir una carta llamándome á Paris, donde tratan de que contraiga alianza con una familia que

tiene en el mundo parisiense una magnífica posicion.

—¿Alianza matrimonial? le preguntó Franz sonriéndose.

—¡Oh! sí. Con esto, á vuestra llegada á París me encontrareis quizás bien colocado, y aun quizás padre de familia. Caerá eso bien á mi natural gravedad, ¿no es cierto?—En todo y por todo, conde, os lo repito, en cuerpo y alma somos vuestros yo y los mios.

—Pero veamos, conde, repuso Alberto gozosísimo con tener que presentar en el mundo á semejante hombre; veamos, ¿no es vuestro proyecto uno de esos castillos en el aire que se hacen á miles cuando se viaja, y que cimentados en arena se los lleva el primer soplo de viento?

—No por mi honra, dijo el conde. Quiero ir á París; es preciso que vaya.



...Y desaparecieron en el *torbellino* de los bailarines.

—Acepto, dijo el conde, pues os juro que solo esta ocasion me faltaba para realizar ciertos proyectos que traigo acá en mientes desde hace mucho.

Ni siquiera dudó Franz un instante de que aquellos proyectos fuesen los que el conde dejó traslucir, aunque de modo muy somero, en la gruta de la isla de Monte-Cristo; y se puso á contemplarle cuando decia estas palabras, para ver si en su fisonomía vislumbraba algun rastro de aquellos proyectos que le llevaban á París; pero era sumamente difícil penetrar en el alma de este hombre, sobre todo cuando la velaba con una sonrisa.

—¿Y cuándo?

—Pero ¿cuándo ireis vos?

—¡Yo! ¡oh Dios mio! dentro de quince dias, ó de tres semanas á mas tardar: el tiempo del viaje solamente.

—Pues lo alargo hasta tres meses, dijo el conde; ya veis que no me quedo corto.

—¿Y dentro de tres meses ireis á llamar á mi puerta? esclamó Alberto con júbilo.

—¿Quereis que nos citemos para dia determinado y hora determinada? preguntó el conde. Os prevengo que mi exactitud es hasta fastidiosa.

—Dia determinado y hora determinada, respondió Alberto. Así me gusta.

—Pues sea.

Y añadió señalando con la mano un calendario colgado junto al espejo, y sacando su reloj:

—Estamos hoy á 21 de febrero, y son las diez y media de la mañana. ¿Quereis esperarme el 21 de mayo próximo á las diez y media de la mañana?

—Ahora descuidad, repuso guardándose el libro de memorias. No será el minutero de vuestro reloj mas exacto que yo.

—¿Y os volveré á ver antes de mi marcha? le preguntó Alberto.

—Segun y conforme. ¿Cuándo marchareis?

—Mañana á las cinco de la tarde.

—En ese caso me despido de vos, porque tengo

—Estamos á 21 de febrero, y son las diez y media de la mañana.

—Corriente, dijo el vizconde. Os tendré el almuerzo preparado.

—¿Dónde vivis?

—En la calle del Helder, número 27.

—Y si estais en dependencia como jóven, ¿no os molestaré?

—Aunque vivo en el palacio de mi padre, ocupo un pabellon independiente en el fondo del jardin.

—Bien.

Y sacando el conde su libro de memorias, escribió: «Calle de Helder, núm. 27, el 21 de mayo á las diez »y media de la mañana.»

que hacer en Nápoles, y no estaré aquí de vuelta hasta el sábado por la tarde ó el domingo por la mañana. ¿Y vos partís tambien, señor baron? preguntó el conde á Franz.

—Sí.

—¿A Francia?

—No, á Venecia. Todavía he de pasar uno ó dos años en Italia.

—¿Y no nos veremos en París?

—Temo no poder gozar de ese honor.

—Ea, señores, buen viaje, dijo el conde tendiendo una mano á cada uno de los dos amigos.

Era la primera vez que Franz tocaba la mano de este hombre, y tembló, porque estaba fria como la de un muerto.

—Por última vez quede sentado bajo palabra de honor, dijo Alberto, que el 21 de mayo á las diez y media de la mañana, en la calle de Helder, núm. 27, ¿no es verdad?

—El 21 de mayo á las diez y media de la mañana, en la calle de Helder, núm. 27, repuso el conde.

Con esto saludáronle y salieron los dos jóvenes.

—¿Qué teneis? dijo Alberto á Franz al volver á su cuarto. ¡Qué aire tan meditabundo!

—Sí, os lo confieso, respondió Franz, el conde es un hombre singular, y me inquieta esa cita que os ha dado para París.

—¿Esa cita... os inquieta? ¡ah! ¿pero estais loco, mi querido Franz? esclamó Alberto.

—¿Qué quereis? loco ó no, me inquieta.

—Escuchad, repuso Alberto, y pláceme que se me presente ocasion de deciros lo que os voy á decir. Mientras mas amablemente se ha portado el conde con nosotros, mas frio os he visto á vos con *él*. ¿Le guardais algun resentimiento particular?

—Acaso.

—¿Le habiais visto en alguna parte antes de nuestro encuentro aquí?

—Justamente.

—¿Dónde?

—¿Me prometeis no decir una palabra de lo que voy á contaros?

—Os lo prometo.

—¿Bajo palabra de honor?

—Bajo palabra de honor.

—Pues escuchad.

Y entonces Franz contó á Alberto su escursion á la isla de Monte-Cristo, y que habia encontrado allí una banda de contrabandistas, y con ellos dos bandidos corzos. Anduvo hasta prolijo en detallarle todas las circunstancias de la fabulosa hospitalidad que el conde le habia dado en su gruta de las *Mil y una noches*.

Contole lo de la cena, lo del hatchis, lo de las estatuas, lo del sueño y lo de la realidad, y cómo al despertarse solo quedaba para prueba y memoria de todos aquellos sucesos el diminuto yacth dibujándose en el horizonte con direccion á Porto-Vecchio.

Luego pasó á hablar de Roma, de la noche del Coliseo, de la plática que oyó entre Vampa y el conde, plática en que se trataba de Peppino, cuyo perdon ofreció el conde lograr, y logró con efecto, como ya lo ha podido conocer el lector.

Llegó, por último, á la aventura de la noche precedente al apuro en que se encontró viendo que le faltaban seiscientas ó setecientas piastras para completar la suma, y á la ocurrencia que tuvo de dirigirse al conde, ocurrencia que dió á la vez un resultado satisfactorio y divertido.

Alberto escuchaba á Franz con estremada atencion.

—Y bien, ¿qué hay en todo eso que censureis? le dijo cuando hubo acabado. El conde es viajero y tiene un navío suyo propio porque es rico. Id á Portsmouth ó á Southampton, y vereis los puertos llenos de yacths pertenecientes á ingleses poderosos que dan en el mismo tema. Para tener donde descansar de sus escursiones, para librarse de estas malditas comidas italianas que nos envenenan, á mí desde hace cuatro meses, y á vos desde hace cuatro años; para no acostarse en estas detestables camas donde no se puede dormir, se habrá hecho amueblar un albergue en Monte-Cristo, y cuando ya lo tuviera amueblado, temiendo que el gobierno toscano le incomodase y que se hubiese gastado en balde su dinero, habrá comprado la isla y habrá tomado él su nombre. Mio caro, repasad vuestra memoria y decidme cuántas personas conoceis que hayan tomado el nombre de posesiones que no han tenido nunca.

—Pero ¿y aquellos bandidos corzos que se hallaban entre la tripulacion? dijo Franz.

—¿Y qué hay que os admire en eso? Vos sabeis mejor que nadie ¿no es verdad? que los bandidos corzos no son ladrones, sino solamente fugitivos desterrados de sus pueblos á consecuencia de alguna *vendetta*. Cualquiera puede verlos sin comprometerse; y de mí os aseguro, que si alguna vez voy á Córcega, antes que me presenten al gobernador ó al prefecto haré que me presenten á los bandidos de Colomba, caso de que estén visibles. Me encantan los bandidos, debo confesároslo.

—Pero Vampa y su partida, repuso Franz, son bandidos que roban, y espero que no me lo negueis. ¿Qué decís de la influencia del conde sobre ellos?

—Diré, mio caro, que como segun todas las probabilidades, le debo la vida á esa influencia, no me toca á mí criticarla mucho. Con que en lugar de tenerla como vos por un crímen capital, permitidme que la crea disculpable, si no por haberme salvado la vida, en lo que hay quizás exageracion, á lo menos por haberme ahorrado cuatro mil piastras, que hacen veinticuatro mil libras de nuestra moneda, cantidad en que sin duda alguna no me hubieran tasado en Francia; lo que prueba, añadió Alberto sonriendo, que nadie es profeta en su tierra.

—Pues á eso me atengo. ¿De qué tierra es el conde? ¿qué lengua habla? ¿cuál es su modo de vivir? ¿de dónde le viene su inmensa fortuna? ¿cuál ha sido la primera parte de su vida, la primera parte de esa vida misteriosa é ignorada, que ha puesto en la segunda esas tintas lúgubres y misantrópicas?

—Mi querido Franz, repuso Alberto, cuando al recibir mi carta conocisteis que necesitábamos de la influencia del conde, fuisteis á decirle:—mi amigo Alberto de Morcef corre peligro, ayudadme á sacarlo de él—¿no es verdad?

—Sí.

—Y entonces os preguntó él:—¿quién es ese Alberto de Morcef? ¿de dónde le viene ese nombre? ¿cuál es el orígen de su fortuna? ¿cuáles son sus medios de existencia? ¿cuál es su país? ¿dónde ha nacido?—Decidme, ¿os hizo tales preguntas?

—No, lo confieso.

—Os sirvió sin despegar sus labios, sacándome del poder de Vampa, donde á pesar de mi desenvoltura aparente, que vos conocisteis, no me encontraba muy á gusto, á decir verdad. Pues bien, mio caro, cuando á trueque de tal servicio me pide que haga por él lo que hacemos todos los dias por el primer príncipe ruso ó italiano que pasa por París, es decir, presentarle en el gran mundo, ¿quereis que se lo niegue? Vamos, querido Franz, estais loco.

Justo es decir que al revés de siempre, la razon toda estaba de parte de Alberto.

—Haced, en fin, lo que os plazca, mi querido vizconde, repuso Franz suspirando. Confieso que cuanto me decís es especioso; pero no podreis negarme que por lo menos es un hombre singular el conde de Monte-Cristo.

—El conde de Monte-Cristo es simplemente un filántropo. ¿No os ha dicho cuál es el objeto que le lleva á París? pues va á optar á los premios de Monthyon, y si para obtenerlos no necesitara de otra cosa que de mi voto y de la influencia de aquel señor tan feo que los concede, le daría el uno y le ganaría la otra. Con que no hablemos en esto mas, mi querido amigo; sentémonos á la mesa, y vamos luego á hacer á San Pedro la última visita.

Hízose lo que Alberto decia, y á la tarde siguiente á las cinco se separaban los dos jóvenes, Alberto para volver á París, y Franz d'Epinay para ir á pasar en Venecia quince dias.

Pero antes de subir al coche entregó Alberto á un mozo de la fonda una tarjeta para el conde de Monte-

Cristo, en la cual, debajo de estas palabras—*el vizconde Alberto de Morcef*—habia escrito con lapiz:

21 DE MAYO Á LAS DIEZ Y MEDIA DE LA MAÑANA, EN LA CALLE DE HELDER, NÚM. 27.

¡Tanto temia que su convidado faltase á la cita!

Solamente dos de sus ventanas daban á la calle, que de las otras, tres daban al patio y dos al jardin.

Entre este patio y este jardin elevábanse las estensas y elegantes habitaciones del conde y la condesa de Morcef, construidas con el mal gusto arquitectónico de la época imperial.

Toda la casa por la parte de la calle estaba circuida de una pared, adornada de jarrones de flores equidistantes, con una reja dorada en el comedio, que servia para entrar las gentes en los dias de recepcion. Para los criados y aun para los amos cuando entraban ó salian á pié, habia junto al cuarto del portero una puertecita.



Se separaban los dos jóvenes.

CAPITULO XVI.

LOS CONVIDADOS.

En esta casa de la calle de Helder, para donde habia citado Alberto de Morcef en Roma al conde de Monte-Cristo, hacíanse grandes preparativos el dia 21 de mayo por la mañana, para cumplir dignamente la palabra del jóven.

Moraba Alberto en un pabellon situado en el ángulo de un patio grande, pabellon que caia enfrente de otro destinado á los criados.

Este pabellon, habitado por Alberto, revelaba la delicada prevision de una madre, que no queriendo separarse enteramente de su hijo, comprende sin embargo que un jóven de la edad del vizconde necesita de su libertad entera.

Tambien se revelaba de otra parte, debemos de confesarlo, el inteligente egoismo del hijo de familia, afi-

cionado á su modo de vivir libre y sin trabas, que se le dora como su jaula al pájaro.

Por estas dos ventanas que daban á la calle podia Alberto de Morcef esplorar la parte de afuera.

La vista de la calle es muy necesaria á los jóvenes que están siempre anhelando por ver el mundo á traves de su horizonte, aunque este horizonte no sea sino el de una calle. Luego, cuando hubiese hecho esta esploracion, si Alberto la juzgaba merecedora de un exámen mas detenido, podia salir por otra puertecita inmediata semejante á la que habia junto al cuarto del portero.

Esta merece especial mencion.

Era una puerta pequeña, que parecia olvidada de todos desde que se construyó el edificio, y condenada para siempre, segun era difícil de distinguir, y segun estaba de empolvada, si sus goznes y su cerradura, untados de aceite con esmero, no anunciasen que hacia un servicio continuo y misterioso.

Esta puertecilla traidora afrentaba á las otras dos con burlarse del portero, y con escapar á su jurisdiccion y á su vigilancia, pues se abria como la famosa puerta de las *Mil y una noches*, como el Sésamo encantado de Ali-Babá, con ayuda de algunas frases cabalísticas ó de algunos golpecitos mágicos, palabras pronunciadas por dulces voces, ó golpecitos dados por manos blanquísimas.

El estenso corredor en que se hallaba esta puerta, y que servia de antesala, desembocaba por la derecha en el comedor de Alberto, que caia al patio, y por la izquierda en su salita de recibo, que caia al jardin.

Enredaderas y otras plantas, formando como un cortinon delante de las ventanas, impedian que así desde el patio como desde el jardin se viese el interior de estas dos piezas, únicas que se hallaban al alcance de las miradas curiosas, como situadas en el piso bajo.

En el principal eran las mismas las habitaciones, aumentadas con otra equivalente á la antesala de abajo.

Una sala, una alcoba, y un tocador.

La sala de abajo solo era una especie de divan argelino destinado á los fumadores.

El gabinete del piso principal tenia comunicacion con la alcoba, y tambien con la escalera por una puerta secreta.

Como se ve, estaban tomadas todas las medidas de precaucion.

El piso segundo era todo un vastísimo taller; se habian derribado los tabiques y hasta las paredes maestras, para construir este pandemonium que disputaba al *dandy* el artista.

Allí se habian ido refugiando y amontonando todos los caprichos sucesivos de Alberto. Trompas de caza, contrabajos, flautas, y una orquesta completa en fin, porque le habia dominado un instante, no la aficion á la música, sino la melomanía.

Allí los caballetes, las paletas y los colores, porque á la manía de la música sucedió la de la pintura.

Y allí tambien los floretes, los guantes de boxador, los sables y los bastones de todos tamaños, pues por no faltar á la costumbre de los jóvenes de buen tono, cultivaba Alberto de Morcef, con mucha mayor perseverancia que la que consagró á la música y á la pintura, esas tres artes que completan la educacion de moda, la esgrima, el *boxar*, y el manejo del baston, y en aquella misma pieza, que era la destinada á todos los ejercicios corporales, recibia sucesivamente á los maestros Grisier, Coorks y Carlos Lecour.

El resto del mueblaje de esta habitacion privilegiada eran chineros vetustos de los tiempos de Francisco I, atestados de vajillas de porcelana, de vasos del Japon, de loza de Lucca y de la Robbia, y de platos de Bernardo de Palissy, y sillones no menos vetustos en que quizás se habrian sentado Enrique IV ó Lully, Luis XIII ó Richelieu, porque dos de ellos, que se miraban ornados con el escudo en relieve de las tres flores de lis de Francia en campo azul con una corona real, habian salido indudablemente de los guarda-muebles del Louvre, ó á lo menos del de algun sitio real.

Veianse en los asientos de estos sillones, como arrojadas al desgaire, ricas telas de colores vivos, teñidas al sol de Persia, ó fabricadas por las mugeres de Calcuta y Chandernagor.

Imposible fuera esplicar lo que hacian allí aquellas telas.

Sin duda alguna esperaban un empleo ignorado de su mismo dueño.

El sitio de preferencia ocupábalo un piano de la fábrica de Roller y Blanchet: era de palo de rosa y del tamaño comun á los que se ven en nuestros salones diminutos, y sin embargo encerraba toda una orquesta en su sonoro centro, orquesta digna de las mejores obras de Beethoven, de Weber, de Mozart, de Haydin, de Gretry y de Porpora.

Sobre todo esto, en las paredes, encima de los portados, veianse espadas, puñales, mazas, hachas, armaduras completas, ya doradas, ya incrustadas, ya empavonadas; y herbarios, y muestras de minerales y pájaros embalsamados abriendo en su vuelo inmóbil sus alas de color de fuego, y su pico que nunca cierran.

Parece escusado decir que esta habitacion era la que el jóven preferia.

Sin embargo, el dia de la cita, Alberto, en traje semi de casa, habia establecido su cuartel general en el saloncito del piso bajo.

Allí, en un velador situado junto á un divan muelle y estenso, veianse en vasijas de loza que tanto agradan á los holandeses, todos los tabacos conocidos, desde el amarillo de San Petersburgo hasta el negro del Sinay, desde el de Puerto-Rico hasta el de Maryland y el de Latakia.

Junto á ellos, en cajas de madera odorífera, hallábanse colocados por órden de tamaños los cigarros puros de regalía, los habanos y los filipinos.

Por último, en un armario que estaba abierto enteramente, veianse una coleccion de pipas alemanas de todas clases, con boquilla de ámbar, adornos de coral con incrustaciones de oro, y otras cuyos tubos estaban enroscados como serpientes, aptos á todos los gustos y á todos los caprichos de los fumadores.

Alberto habia presenciado, y aun dirigido en persona, la colocacion de todo en simétrico desórden, ese desórden que tanto place á los convidados de un almuerzo moderno contemplar después del café, entre el humo que desde sus bocas va á perderse en el techo en dilatadas espirales.

A las diez menos cuarto entró su ayuda de cámara.

Era un diminuto *groom* de quince años, que solo hablaba en inglés, y que á pesar de llamarse German, respondia al nombre de John.

En este daban principio y fin todos los criados de Alberto.

Sin embargo, en los dias comunes tenia á su disposicion al cocinero, y en las grandes solemnidades al cazador del conde de Morcef.

El ayuda de cámara, que poseia entera la confianza de su jóven amo, traia en la mano un legajo de periódicos, que puso encima de una mesa, y una porcion de cartas, que entregó á Alberto.

Miró el jóven desdeñosamente las cartas, y tomando dos de letra pulida y papel perfumado, rompió sus nemas y leyólas con un si es no es de gusto.

—¿Cómo han venido estas cartas? preguntó.

—La una por el correo, y la otra la trajo el ayuda de cámara de Madama Danglars.

—Mandad á decir á Madama Danglars, que acepto el sitio que me ofrece en su palco... Esperad, esperad... después ireis... hoy mismo, á decir á Rosa que acepto su invitacion, y que cenaré con ella después de

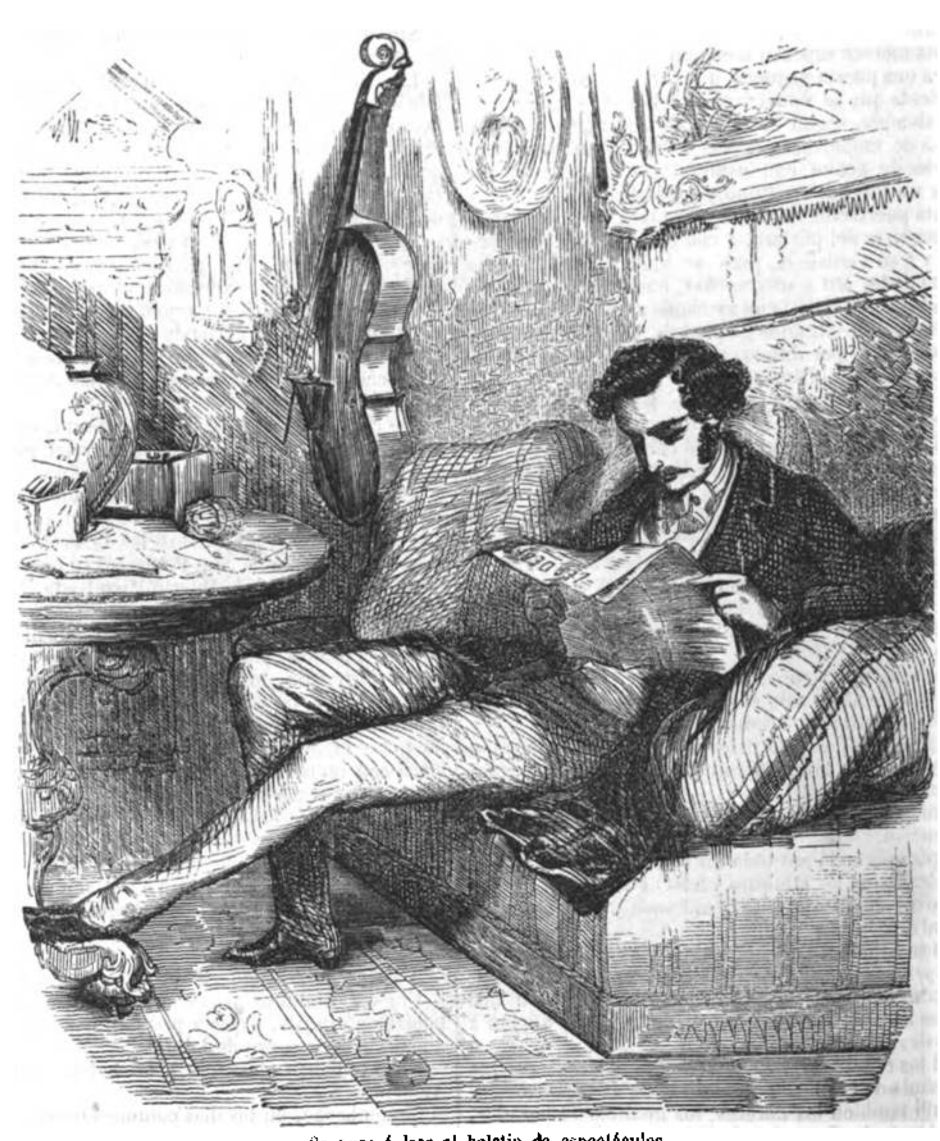
la ópera... Llevadle seis botellas de vinos generosos... de Chipre, de Jerez, de Málaga, y un barril de ostras de Ostende... Tomad las ostras en casa de Borel, sin olvidaros de decir que son para mi.

—¿A qué hora manda el señor que se le sirva el almuerzo?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

Arrojose Alberto en el divan, y arrancando las fajas á dos ó tres periódicos, se puso á leer el boletin de espectáculos, haciendo un gesto al ver que se representaba una ópera y no un baile: buscó vanamente entre los anuncios de perfumería el de una opiata para los dientes que le habian ponderado mucho, y leyó uno tras otro los tres periódicos mas populares de París, diciendo entre dientes:



...Se puso á leer el boletin de espectáculos.

—Pues servidlo á las diez y media, que Debray quizás tenga que ir al ministerio... Además (añadió Alberto consultando su libro de memorias) esa hora es la que fijamos el conde y yo... el 21 de mayo á las diez y media de la mañana, y aunque no confio mucho en su promesa, quiero ser puntual. A propósito, ¿sabeis si se ha levantado la señora condesa?

—Lo preguntaré si gusta el señor vizconde.

—Sí... pedidle una de sus licoreras, que la mia está manca, y decidle que tendré el honor de pasar á su habitacion á las tres, y que le pido permiso para presentarle una persona.

El criado salió.

—En verdad que los periódicos se van poniendo cada dia mas insulsos.

En este momento detúvose á la puerta un ligero carruaje, y un instante después entró el ayuda de cámara á anunciar á Mr. Luciano Debray.

Sin sonreirse, sin hablar, con un aspecto semi-oficial, apareció en esto un jóven alto, pálido, rubio, de ojos grises, y labios delgados y frios. Traia un frac azul con botones de oro con armas, corbata blanca, y lente de concha suspendido de un cordon de seda, que violentando sus nervios estremadamente, lograba tal vez fijar en lo cóncavo de su ojo derecho.

—Buenos dias, Luciano, buenos dias, le dijo Alberto.

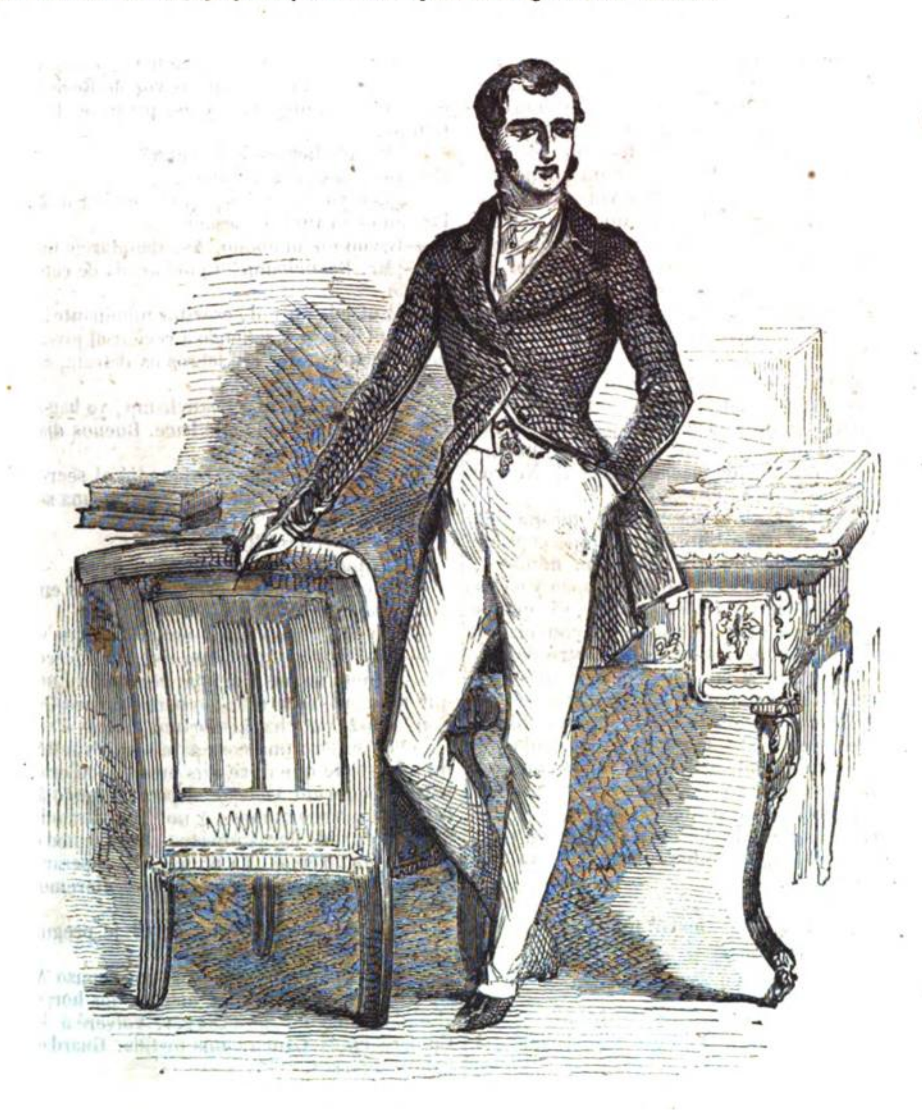
¡Ah! me amedrentais con vuestra exactitud, querido mio. ¿Qué digo exactitud? Vos, á quien esperaba el último, llegais á las diez menos cinco minutos, cuando la hora de la cita es á las diez y media. ¡Esto es milagroso! ¿Ha caido quizás el ministerio?

—No, carísimo, respondió el jóven encajonándose en el divan; tranquilizaos; siempre estamos en crisis, pero nunca caemos; y ya principio á creer que hombre todas las cosas al mismo tiempo que nosotros) Mr. Danglars jugó á la alza y ganó.

—Y vos tambien ganásteis una cinta nueva, segun parece, pues creo ver en vuestro ojal una cinta azul.

—¡Psche! me han enviado la gran cruz de Carlos III, respondió con desden Debray.

—Vamos, no hagais del desdeñoso, y confesad que os ha gustado el recibirla.



Beauchamp.

vamos á petrificarnos, sin tener en cuenta que las cosas de la Península nos consolidarán seguramente.

—¡Ah! sí, es verdad. ¿Con que echais á D. Carlos de España?

—No, carísimo, no nos confundamos. Le traemos de la parte de acá de la frontera, y le ofrecemos en Bourges un asilo regio.

—¿En Bourges?

—Sí. No tiene por qué quejarse. Bourges es la capital del rey Carlos VII.—¿No sabiais esta noticia? ¡Pues si desde ayer la sabe todo Paris!... y aun antes de ayer se habia traslucido ya algo en la Bolsa, pues Mr. Danglars (ignoro por qué conducto sabe ese

—Sí por mi fé. Cae bien en un frac negro abrochado. Es un adorno elegante.

—Y da un aire así... de príncipe de Gales ó de duque de Reichstadt, añadió Alberto sonriéndose.

—Por eso me veis hoy tan temprano, carísimo.

—¿Porque queriais anunciarme eso de la gran cruz de Carlos III?

—No; porque he pasado la noche estendiendo veinticinco notas diplomáticas, y al volver á mi casa al amanecer no me dejaba dormir el dolor de cabeza; con que me levanté para salir á caballo una hora. En el bosque de Boloña me asaltaron á la par fastidio y hambre, dos enemigos que rara vez caminan juntos, y que sin embargo se han coaligado en contra mia;

liga como si dijéramos entre carlistas y republicanos. Acordéme entonces de que hoy por la mañana dabais un festin, y aquí me teneis.—Tengo hambre, dadme de almorzar;—me fastidio, distraedme.

—Ese es mi deber de anfitrion, querido amigo, dijo Alberto llamando al ayuda de cámara, mientras se entretenia Luciano en golpear los periódicos con su delgado baston de puño de oro con turquesas incrustradas.—German, un vaso de Jerez y un bizcocho.—Mientras os sirven, mi querido Luciano, aquí teneis cigarros, cigarros de contrabando por supuesto. Invítoos á probarlos, y á aconsejar á vuestro ministro que nos los venda iguales en lugar de esas hojas de nogal con que envenena á los ciudadanos.

—Yo me guardaré muy bien de hacerlo, ¡ira de Dios! Al punto que el gobierno os vendiera buenos cigarros, os parecerian detestables. Eso sin contar que el ministerio del Interior nada tiene que ver con los cigarros. Dirigios con esa pretension á Mr. Haumann, seccion de contribuciones indirectas, corredor A, núm. 26.

—Dígoos sinceramente que me admira la estension de vuestras relaciones, repuso Alberto; pero tomad un cigarro.

—¡Ah! mi querido conde, murmuró Luciano encendiendo un cigarro filipino en una bujía de color de rosa que ardia en un candelero de plata sobredorada, y recostándose en el divan; ¡ah conde! ¡qué dichoso sois en no tener ocupacion alguna! Ni vos mismo sabeis cuánta dicha es esa.

—¿Y qué hariais si no hicierais nada, mi querido pacificador de reinos? repuso Morcef con imperceptible ironía. ¡Cómo! secretario particular de un ministro, lanzado á la vez en el gran torbellino europeo y en las intrigas rastreras de París, teniendo reyes, y lo que es mejor, reinas que proteger, partidos que conciliar, y elecciones que dirigir; haciendo desde vuestro despacho con vuestra pluma y vuestro telégrafo mas que Napoleon hacia en los campos de batalla con su espada y sus victorias; poseedor de veinticinco mil libras de renta, además de vuestro empleo, y un caballo por el cual os ha ofrecido Chateau-Renaud cuatro mil luises, sin que hayais querido vendérselo, y un sastre que nunca os echa á perder un pantalon, y la Ópera, y el Jockey-club, y el teatro de Variedades... ¿y en todo esto no hallareis cosa que os distraiga? Pues yo me encargo de distraeros.

—¿Cómo?

—Proporcionándoos una amistad nueva.

—¿De hombre ó de muger?

—De hombre.

—¡Oh! tengo ya demasiadas.

—Pero ninguna como esta de que os hablo.

—¿De dónde viene ese hombre? ¿del fin del mundo?

—Acaso de mas allá.

—¡Diablo! espero que no será él quien nos traiga el almuerzo.

—No, descuidad: nuestro almuerzo se está confeccionando en las cocinas maternales. Pero qué, ¿teneis hambre?

—Sí, lo confieso, por humillante que sea. Ayer comí en casa de Mr. de Villefort, y ¿habeis reparado una cosa, caro amigo? ¡qué mal se cóme en casa de todos esos hombres de ley! cualquiera diria que es porque tienen remordimientos.

—Sí, despreciad las comidas de otros... ¡Como son tan buenas las de vuestros ministros!

—Sí, pero en cambio no convidamos á los hombres de buen tono; y si no fuera porque nos vemos obligados á convidar á ciertos parásitos que piensan y sobre todo que votan bien, ya nos guardaríamos de comer en nuestras casas, creedme.

—Vamos, mio caro, tomad otra copa de Jerez y otro bizcocho.

—Con mucho gusto. Es escelente el vino de España. Esto os prueba que hemos hecho bien en pacificar aquella nacion...

—Sí; pero D. Carlos...

—Don Carlos beberá vino de Burdeos, y dentro de diez años casaremos á su hijo con la reina Isabelita.

—Lo que os valdrá el toison de oro, si seguís aun en el ministerio.

—Creo, Alberto, que hoy habeis adoptado el sistema de alimentarme de humo.

—Eso distrae mejor el hambre, confesadlo; pero chist... oigo en la antesala la voz de Beauchamp... os enredareis en disputas, y así pasará el hambre y el tiempo.

—¿De qué hemos de disputar?

—De cosas periodísticas.

—¿Leo yo acaso los periódicos, caro amigo? dijo Luciano con infinito desden.

—Razon en mi abono. Así disputareis mas y mejor.

—¡Mr. Beauchamp! dijo el ayuda de cámara anunciando.

—¡Entrad, entrad, escritor fulminante! dijo Alberto levantándose y saliendo á recibir al jóven. Aquí teneis á Debray, que sin leeros os detesta, ó á lo menos lo dice.

—Tiene razon, dijo Beauchamp, yo hago lo propio, le critico sin saber lo que hace. Buenos dias, comendador.

—¡Ah! ¿ya lo sabeis? respondió el secretario particular cambiando con el periodista una sonrisa y un apreton de manos.

—¡Vaya! repuso Beauchamp.

—¿Y qué hay por el mundo?

—¿Por qué mundo? ¡Tenemos tantos en el año de gracia de 1838!

—Por el mundo crítico-político en que vivís.

—¡Oh! se dice que mereceis esa condecoracion.

—Vamos, no me disgusta, respondió Luciano. ¿Por qué no os pasais á nuestro partido, caro Beauchamp? Con tanto talento haríais fortuna en tres ó cuatro años.

—Solo espero una cosa para seguir vuestro consejo; un ministerio que dure seis meses.—Ahora, oid una palabra, querido Alberto: dejaré tranquilo á ese pobre Luciano. ¿Almorzamos, ó no? Tengo mucho que hacer. No es todo flores nuestro oficio, como decís.

—Almorzaremos. Ya no hay que esperar sino á dos personas. En cuanto lleguen nos sentaremos á la mesa, contestó Alberto.

—¿Y qué personas son esas? le preguntó Beauchamp.

—Un hidalgo y un diplomático, repuso Alberto.

—Pues esperaremos al hidalgo dos horas cortas, y al diplomático dos horas largas. Volveré á los postres. Comeré en la Cámara una tortilla. Guardadme fresa, café y cigarros.

—No hagais tal cosa, Beauchamp, pues aunque fuese el hidalgo un Montmorency y un Metternich el diplomático, almorzaremos á las once en punto. Entre tanto, imitad á Debray; probad mi Jerez y mis bizcochos.

—Bien, me quedo. En algo se ha de pasar la mañana.

—Tambien en eso imitais á Debray. Sin embargo, creo que cuando el ministerio está triste la oposicion debe de estar alegre.

—¡Ah! no sabeis cuántas calamidades me amenazan. Hoy por la mañana tengo de oir en la Cámara de los diputados un discurso de Mr. Danglars, y en casa de su muger esta noche una tragedia de un par de Francia. ¡Vaya al diablo el sistema constitucional! puesto que la eleccion estaba en nuestra mano, ¿por qué habremos elegido este?

—Ya os comprendo: necesitais desquitaros.

—No murmureis de los discursos de Danglars, que vota por vos, que es de la oposicion, dijo Debray.

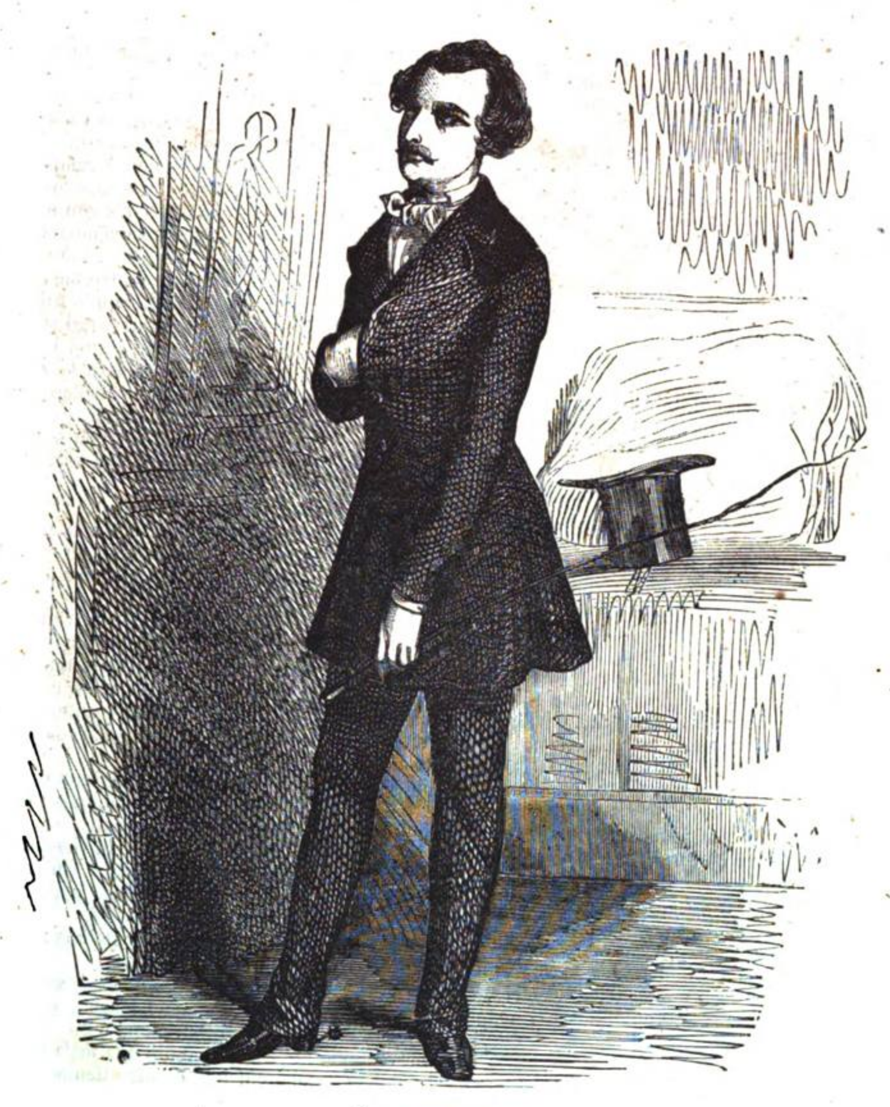
—Ese es el mal. Espero que le envieis al Luxemburgo á fraguar peroratas: así me reiré mas y mejor.

—Querido, dijo Alberto á Beauchamp, en el humor insufrible que teneis se conoce que estan ya arregladas las cosas de España. Recordad que las *revistas* de París anuncian el casamiento de la señorita Eugenia Danglars conmigo. En conciencia no puedo dejaros murmurar de un hombre que deberá decirme algun

—Sí, creo que estais en la razon, Luciano, respondió Alberto con tristeza.

—Además, todo millonario es noble como un bastardo, ó si no puede serlo.

—¡Silencio! no digais tal cosa, Debray, repuso Beauchamp riendo, pues aquí viene Chateau-Renaud que para curaros de esa manía os atravesará con la espada de Renaud de Montauban, su antepasado.



Chateau-Renaud.

dia:—Señor vizconde ¿sabeis que el dote de mi hija son dos mil *leones?*

—¡Quia! dijo Beauchamp: ese casamiento no se verifica. El rey ha podido hacerle conde; podrá hacerle par; pero caballero, nunca, y la espada del conde de Morcef es harto aristocrática para consentir en una alianza indigna por dos millones miserables. El vizconde de Morcef solo se debe casar con una marquesa.

—¡Dos millones!... ¡bonita cantidad! murmuró Morcef.

—El capital social de un teatro de tercer órden, ó de un camino de hierro en miniatura.

—Morcef, dejadle hablar y casaos, que es lo mejor, repuso Debray.

—Mal haria, contestó Debray, porque yo soy villano y muy villano.

—¡Bravo! esclamó Beauchamp. El ministerio canta la palinodia. ¿Adónde vamos á parar?

—¡Mr. de Chateau-Renaud! ¡Mr. Maximiliano Morrel! dijo el ayuda de cámara anunciando á dos nuevos personajes.

—Ya estamos todos, pues si no me engaño, solo esperábais dos personas.

—¡Morrel! murmuró Alberto sorprendido. ¿Quién será ese señor Morrel?

Pero antes que acabase de decir estas palabras le apretaba la mano Chateau-Renaud, lindo mozo de treinta años, hidalgo hecho y derecho, es decir,

Genihe en el rostro y Montemart en el talento.

—Permitidme que os presente, le dijo, al señor Maximiliano Morrel, capitan de *spahis*, mi amigo y salvador. Por supuesto que él se basta y se sobra para presentarse á sí mismo. Vizconde, saludad á mi héroe.

Y se apartó á un lado para hacer lugar á aquel jóven de apuesto continente, alto, de frente ancha, de penetrantes ojos, y de bigote negro, á quien nuestros lectores han visto en Marsella en una situacion harto dramática para que se hayan olvidado de él. Un lujoso uniforme, medio francés y medio oriental, que garbosamente manejaba, hacia resaltar su esbelto talle y su ancho pecho, condecorado con la cruz de la legion de honor.

El oficial saludó al vizconde con elegante cortesanía.

Era gracioso en sus ademanes, porque era fuerte.

—Caballero, le dijo el vizconde afectuosamente, al señor baron de Chateau-Renaud constaba de antemano todo el placer que me ocasionaria con presentaros. Pues sois, caballero, uno de sus amigos, sed de los nuestros.

—Muy bien dicho, esclamó Chateau-Renaud; desead, querido vizconde, que si llega el caso haga por vos lo que ha hecho por mí.

—¿Qué ha hecho? le preguntó Alberto.

—¡Oh! es cosa que no vale la pena, murmuró Morrel: el señor exagera...

—¡Oiga! ¿con que la vida no vale la pena...? Bien está que digais eso de vos, que la esponeis todos los dias; pero de mí, que la espongo una vez, y esa por casualidad...

—Lo que veo yo mas claro en todo esto es que el señor capitan Morrel os ha salvado la vida...

—Eso justamente, dijo Chateau-Renaud.

—¿Y en qué ocasion? preguntó Beauchamp.

—Beauchamp amigo, dijo Debray, tened en cuenta que me estoy muriendo de hambre. No empeceis ya con vuestras historias.

—Pues ¿impido yo que almorcemos?... Chateau-Renaud nos la contará á la mesa.

—Señores, añadió Morcef, no son mas que las diez y cuarto, y tenemos que esperar á otro convidado todavía.

—¡Ah! es verdad: á un diplomático, repuso Debray.

—No sé si es diplomático, ni qué es: lo que sé decir es que le dí una embajada que despachó tan á mi satisfaccion, que á ser yo rey le hubiera al instante hecho caballero de todas mis órdenes, inclusa la del Toison de oro y la de la Jarretiera.

—Puesto que no nos sentamos á la mesa, dijo Debray, consolaos, baron, con una botella de Jerez, como nosotros hemos hecho, y contadnos esa historia.

—Bien sabeis todos que me dió el capricho de ir á Africa.

—Camino que os han trazado vuestros antecesores, mi caro Chateau-Renaud, dijo Morcef galantemente.

—Sí; pero dudo de que fueseis como ellos á libertar el Santo Sepulcro.

—Teneis razon, Beauchamp, repuso el aristocrático jóven: iba solo por dar muestra de mí. Como sabeis, el duelo me repugna desde que los testigos elegidos por mí para arreglar cierto asunto, me obligaron á romperle un brazo á uno de mis mejores amigos... ¡voto al diablo! á ese pobre Franz d'Epinay á quien todos conocemos.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo Debray, os batísteis en tiempos de... ¿de qué?

—¡Lléveme el diablo si lo recuerdo! respondió Chateau-Renaud. Lo que recuerdo perfectamente es que no queriendo dejar dormir mis buenas cualidades, quise probar en los árabes unas pistolas que me acababan de regalar, y me embarqué para Oran. Desde Oran fuí á Constantina, adonde llegué justamente en ocasion en que levantaban el sitio, y tuve que tocar retirada como los demás. Por espacio de cuarenta y ocho horas sufrí con bastante valor la lluvia del dia y la nieve de la noche, hasta que á la tercera mañana se murió de frio mi caballo. ¡Pobre animal! ¡acostumbrado á las mantas y á las estufas de la cuadra! como era árabe se murió en Arabia al sentir diez grados de frio.

—Por eso, dijo Debray, me queriais comprar mi caballo inglés; porque os presumiais que resistiria mejor al frio que vuestro árabe.

—Os engañais, pues he hecho voto de nunca volver á Africa.

—¿Tanto miedo le cobrásteis? preguntó Beauchamp.

—¡Oh! sí, lo confieso, respondió Chateau-Renaud, y habia por qué cobrárselo. Muerto mi caballo, retirábame yo á pié, cuando vienen á galope seis árabes á cortarme la cabeza. Maté á dos de ellos con los dos tiros de mi escopeta, y á otros dos con mis dos pistolas; pero quedaban dos, y yo estaba desarmado. El uno me asió de los cabellos,—por eso los llevo cortos; nadie sabe lo que le espera;—y el otro me echó su yatagan á la garganta. Ya sentia el agudo frio del hierro, cuando este jóven que veis aquí cargó sobre los árabes, matando de un pistoletazo al que me asia de los cabellos y partiendo de un sablazo la cabeza al que intentaba cortarme la mia. Este caballero se habia propuesto aquel dia salvar á un hombre, y la casualidad hizo que yo fuese el hombre. Cuando sea rico encargaré á Klagman ó á Marochetti una estátua de la Casualidad.

—Sí, dijo sonriéndose Morrel; era el 5 de setiembre, es decir, el aniversario de la milagrosa salvacion de mi padre; y por esto, en la manera que puedo, lo celebro todos los años ese dia con alguna accion...

—Heróica, ¿no es verdad? le interrumpió Chateau-Renaud. En una palabra, yo fuí el elegido; pero no es eso todo. Después de salvarme de la muerte me salvó del frio, dándome no la mitad de su capa, como hacia San Martin, *sino dándomela entera*: y luego me salvó tambien del hambre, partiendo conmigo... ¿á que no adivinais qué?

—¿Un pastel? preguntó Beauchamp.

—No, su caballo, del cual comimos un trozo cada uno con grande apetito. Duro era...

—¿El caballo? preguntó Morcef riendo.

—No, el sacrificio, respondió Chateau-Renaud. Preguntad á Debray si sacrificaria por un estraño su caballo inglés.

—Por un estraño, no, dijo Debray; pero por un amigo, quizás sí.

—Yo adivinaba que llegariais á ser de los mios, señor conde, dijo Morrel. Además, ya he tenido la honra de deciros que heroismo ó no, sacrificio ó no, debia yo aquel dia un tributo á la mala fortuna, en recompensa del favor que en otro tiempo nos habia hecho la buena.

—La historia á que Mr. Morrel alude es admirable, prosiguió Chateau-Renaud. Algun dia os la contará, cuando tengais con él relaciones mas íntimas. Por hoy divirtamos el estómago y no la memoria. ¿A qué hora almorzais, Alberto?

—A las diez y media.

—¿En punto? preguntó Debray sacando su reloj.

—¡Oh! siempre me concedereis cinco minutos de espera, dijo Morcef, porque yo tambien aguardo á un salvador.

—¿Salvador de quién?

—¡Pardiez! de mí, respondió Alberto. ¿Creeis que no se me pueda salvar á mí como á otro cualquiera, ó creeis que solamente los árabes cortan cabezas? Nuestro almuerzo es un almuerzo filantrópico, y espero, Dios mediante, reunir á nuestra mesa dos bienhechores de la humanidad.



—¿Cómo nos compondremos si el premio de Montyon no es mas que uno? dijo Debray.

—Se le da al que nada haya hecho por merecerlo, dijo Beauchamp. Así suele salir de sus apuros la Academia.

—¿Y de dónde viene? preguntó Debray: escusadme que insista; pero aunque habeis respondido ya á esta pregunta, fué con tanta vaguedad, que me creo autorizado á hacerla por segunda vez.

—A decir verdad no lo sé, respondió Alberto. Cuando le convidé hace seis meses estaba en Roma; pero desde entonces ¿quién sabe la tierra que habrá corrido?

—¿Y le creeis capaz de ser exacto á la cita? preguntó Debray.

—Le creo capaz de todo, respondió Morcef.

—Cuenta que con los cinco minutos de gracia, solo nos quedan diez minutos.

—Pues los aprovecharé para deciros algo de mi convidado.

—Dispensadme que os interrumpa, añadió Beauchamp. En lo que vais á contarnos ¿habrá materia para un folletin?

—¡Vaya! y de los mejores, dijo Morcef.

—Contad, pues. Ya veo que no he de poder ir á la Cámara, con que me desquitaré.

—El último Carnaval lo pasé yo en Roma.

—Ya lo sabemos, dijo Beauchamp.

—Pero lo que no sabeis es que me robaron los bandidos.

—No hay bandidos por el mundo, dijo Debray.

—Sí que los hay, y terribles, ó por mejor decir admirables, pues á mí me parecieron tan guapos que me asustaban.

—Vamos, mi querido Alberto, dijo Debray, confesad que vuestro cocinero es un posma, ó que no habeis recibido aun las ostras de Marennes ó de Ostende, y á imitacion de Madama de Maintenon, quereis entretenernos el hambre con un cuento. Confesadlo, caro amigo, que somos bastante amables para perdonároslo y para oir vuestra historia aunque promete ser muy fabulosa.

—Y yo, aunque parezca fabulosa, os la fio verdadera de todo en todo.—Habíanme pues robado los ladrones, conduciéndome á un sitio muy triste que se llama las catacumbas de San Sebastian.

—Lo conozco muy bien, dijo Chateau-Renaud. A poco mas cojo allí unas calenturas.

—Yo las tuve realmente, dijo Morcef. Anunciáronme que estaba preso, y puesto á precio ó rescate... una miseria... cuatro mil escudos romanos, veintiseis mil libras tornesas. Por desgracia yo no tenia mas de mil quinientas, pues como ya estaba al fin de mi viaje, mi letra andaba tambien dando fin. Se lo escribí á Franz... ¡calla! ¡qué recuerdo! Franz estaba allí; podeis preguntarle si exagero ó si miento.—Escribí pues á Franz, que si á las seis de la mañana no iba á buscarme con los cuatro mil escudos, á las seis y diez minutos habria yo ido á juntarme con los bienaventurados santos y gloriosos mártires en cuya compañía me encontraba, pues Mr. Luigi Vampa,—este era el nombre de mi capitan de bandoleros,—me hubiera cumplido escrupulosamente su palabra, creedme.

—¿Pero Franz llegó con los cuatro mil escudos? dijo Chateau-Renaud. ¡Qué diablo! ¿Quién se apura por cuatro mil escudos llamándose Franz d'Epinay ó Alberto de Morcef?

—No, sino que llegó pura y simplemente, acompañado del convidado que os anuncio y que espero presentaros.

—¡Ah! ¿pero es ese caballero un Hércules que mató á Caco, ó un Perseo que libertó á Andromeda?

—No, es un hombre de mi estatura sobre poco mas ó menos.

—¿Va armado hasta los dientes?

—¡Ca!

—¿Pero se encargó de vuestro rescate?

—Con dos palabras que dijo al capitan al oido me ví libre.

—Y hasta se disculpó de haberos preso, dijo Beauchamp.

—Justamente, añadió Morcef.

—¡Ah! pero ¿ese hombre era el Ariosto?

—Era simplemente el conde de Monte-Cristo.

—No hay en el mundo tal conde de Monte-Cristo, dijo Debray.

—Yo no lo creo, añadió Chateau-Renaud con la sangre fria de aquel que sabe de memoria el noviliario europeo. ¿Hay quien conozca en algun país un conde de Monte-Cristo?

—Acaso dimane de la Tierra Santa, dijo Beauchamp. Sus abuelos habrán poseido el Calvario, como los Mortemart el Mar Muerto.

—Con vuestra vénia, señores, dijo Maximiliano, yo creo poder sacaros del apuro. Monte-Cristo es una pequeña isla de que he oido hablar muchas veces á los marinos dependientes de mi padre; un grano de arena en el Mediterráneo; un átomo en lo infinito.

—Eso es exactamente, dijo Alberto.—Pues bien, de ese grano de arena, de ese átomo es rey y señor el hombre de que os hablo: habrá comprado su título de conde á la Toscana.

—¿Es rico?

—Yo así lo creo; ¡vaya!

—Eso se conoce al vuelo.

—Os engañais, Debray.

—No os comprendo.

—¿Habeis leido las *Mil y una noches*?

—¡Miren qué pregunta!

—¿Sabeis si son ricos ó pobres aquellos personajes? ¿Si sus granos de cebada no son diamantes ó rubíes? Al parecer son míseros pescadores, ¿no es verdad? Por tales los tomais, y de repente os abren una caverna misteriosa, donde encontrais tesoros para comprar la India.

—¿Y en resúmen?

—En resúmen, el conde de Monte-Cristo es uno de aquellos pescadores. Hasta tiene un nombre sacado del tal libro: se llama Simbad el Marino, y posee una caverna llena de oro.

—¿La habeis visto, Morcef? le preguntó Beauchamp.

—Yo, no; Franz, sí; pero ¡chiton! en su presencia no hay que decir de esto una palabra, porque bajó con los ojos vendados á la caverna, y le sirvieron á la mesa mudos y mugeres tan hermosas, que comparada con ellas, segun parece, es Cleopatra una modistilla. De las mugeres, sin embargo, no tiene entera certidumbre, puesto que entraron después que se atracó de hatchis, de manera que podria suceder muy bien que hubiese creido mugeres á una caterva de estátuas.

Los jóvenes miraron á Morcef como si dijesen:

—Amiguito, ¿os volveis loco, ú os quereis divertir á costa nuestra?

—Con efecto, dijo Morrel pensativo, he oido á un marino viejo llamado Penelon, contar una cosa parecida á lo que dice Mr. de Morcef.

—¡Ah! me felicito de que venga en mi ayuda Mr. de Morrel. ¿No es verdad que os contraría el ver que echan un hilo en mi laberinto?

—Disimuladnos, caro amigo, repuso Debray; pero nos decís cosas tan inverosímiles...

—¿Por qué? ¿porque no os hablan de ellas vuestros embajadores ni vuestros cónsules? no tienen tiempo, lo gastan todo en molestar á sus compatriotas que andan viajando.

—¡Ah! ya os incomodais y la pegais con nuestros pobres agentes! ¿Y cómo quereis que os protejan?

Todos los dias les va la Cámara sisando su sueldo, hasta el punto que ya los embajadores andan por los ojos de la cara. ¿Quereis ser embajador de Constantinopla, Alberto? yo hago que os nombren.

—No, ¡voto á cribas! ¿para que el Sultan, á la primera demostracion que yo haga en pro de Mehemet-Alí, me envíe el cordon de seda y me estrangulen mis secretarios? No tal.

—¿Con que cóme ese hombre estraordinario?

—A fé mia que si cóme es tan poco, que no vale la pena de decirlo.

—Ya vereis como es un vampiro.

—Tomadlo á risa si quereis; pero esa era la opinion de la condesa de G... que como ya sabeis ha conocido á lord Ruthwen.

—¡Magnífico! dijo Beauchamp: para un hombre



El conde apareció en el dintél.

—Haceis bien, dijo Debray.

—Sí; pero todo eso no impide que exista mi conde de Monte-Cristo.

—Pardiez, ¡miren qué milagro! todo el mundo existe.

—Sin duda, pero no como él. Todo el mundo no tiene esclavos negros, salones de príncipe, armas á la Casauba, caballos de seis mil francos, y queridas griegas.

—¿Habeis visto á la querida griega?

—Sí, la he visto y la he oido. La he visto en el teatro de Argentina, y la he oido un dia que almorcé en casa del conde.

profano al periodismo, ahí teneis la continuacion del famoso cocodrilo del *Constitucional*. ¡Un vampiro! no hay mas que pedir.

—Ojo jaspeado cuya pupila se estira y se encoje á medida del deseo, ángulo facial muy desarrollado, frente magnífica, tez lívida, barba negra, dientes blancos y afilados, finura á proporcion, dijo Debray.

—Pues justamente es tal como lo pintais, Luciano, contestó Alberto; no puede ser el retrato mas parecido. Sí, su finura es incisiva y molesta. Ese hombre me ha hecho temblar, y entre otras, cierta vez que presenciábamos juntos una ejecucion, creí que me iba á poner malo; antes de verla y de oirle á él hablar

friamente de todos los suplicios de la tierra, que no de ver al verdugo y de oir los gritos del reo.

—¿No os ha llevado á la chita callanda á las ruinas del Coliseo á beberos la sangre, Morcef? le preguntó Beauchamp.

—Después de haberos libertado, ¿no os hizo firmar en pergamino encarnado un pacto cediéndole vuestra alma, como cedió Esau su derecho de primogenitura?

—Confesad que habeis tenido una pesadilla, y vamos á almorzar, dijo Beauchamp.

Pero no se habia estinguido aun la vibracion del reloj, cuando se abrió la puerta y esclamó German:

—¡Su escelencia el conde de Monte-Cristo!

A su pesar hicieron los circunstantes un gesto, que demostraba la emocion que les habian causado las palabras de Alberto.



—¡Ah! dijo: ¿tiene buen corazon este caballero?

—Burlaos, burlaos cuanto querais, señores, dijo Morcef algo picado. Cuando os contemplo á vosotros garrulos parisienses, abonados al boulevard de Gante, paseantes del bosque de Boloña, y se me acuerda aquel hombre... pues bien, parécome que no somos de la misma especie.

—A mí me lisonjea mucho, dijo Beauchamp.

—Siempre será vuestro conde de Monte-Cristo un hombre regular en sus ratos de ócio, prescindiendo de esos tratados con los bandidos, añadió Chateau-Renaud.

—¡Ya no hay bandidos! dijo Debray.

—¡Ni vampiros! añadió Beauchamp.

—Ni conde de Monte-Cristo, respondió Debray.— Ya son las diez y media, querido Alberto.

El mismo Alberto no pudo reprimir una súbita esclamacion.

Ni se habia oido en la calle coche alguno, ni pasos en la antesala. Hasta la puerta se abrió sin ruido.

El conde apareció en el dintel vestido con la mayor sencillez; pero el elegante mas exigente no habria encontrado en su traje nada que criticar.

Todo era de esquisita delicadeza; todo acababa de salir de las tiendas mas afamadas: vestido, sombrero y ropa blanca.

Parecia que apenas tuviese treinta y cinco años, y lo que asombró á todo el mundo fué su estremada semejanza con el retrato que Debray habia trazado de él.

Adelantóse el conde sonriendo al medio del salon

en derechura á Alberto, que le salió al encuentro presentándole la mano.

—La exactitud es la política de los reyes, dijo el conde, como ha dicho, segun creo, uno de los vuestros; pero pese á su buena voluntad, no es siempre la de los viajeros. Sin embargo, espero me perdonareis, querido vizconde, los dos ó tres segundos que he tardado á la cita, en gracia á mis buenos deseos. No se andan quinientas leguas sin algun contratiempo, en Francia particularmente, donde está prohibido, segun parece, dar prisa á los postillones.

—Señor conde, respondió Alberto, hallábame á esta sazon anunciando vuestra visita á algunos amigos, que he reunido hoy, fiado en la promesa que os dignásteis de hacerme, y que tengo el honor de presentaros. Son los señores conde de Chateau-Renaud, cuya nobleza data de los doce pares, y cuyos antepasados se sentaron á la Tabla redonda; Mr. Luciano Debray, secretario particular del ministro de lo Interior; Beauchamp, periodista enérgico, terror del gobierno francés;—en Italia no habreis oido nunca hablar de él, porque no permiten la entrada á su periódico;—y en fin, el capitan de spahis, Mr. Maximiliano Morrel.

A este nombre, Monte-Cristo, que hasta allí habia ido saludando uno á uno, aunque cortésmente, con inglesa impasibilidad, dió como á pesar suyo un paso hácia adelante, y un ligero carmin pasó como un relámpago por sus pálidas mejillas.

—¿Este caballero, dijo, lleva el uniforme de los nuevos adalides franceses? ¡bonito uniforme!

Imposible fuera asegurar qué sentimiento daba á la voz del conde tan profunda vibracion y brillo involuntario á su mirada, tan espresiva cuando no la animaba alguna emocion violenta.

—¿No habeis visto nunca á nuestros africanos, caballero? le preguntó el vizconde.

—Nunca, contestó Monte-Cristo completamente repuesto.

—Pues sabed, caballero, que debajo de este unifo me late un corazon de los mas buenos y valientes del ejército.

—¡Oh! señor de Morcef... murmuró Maximiliano.

—Dejadme hablar, capitan.

Y Alberto prosiguió:

—Ahora acabamos de saber una accion suya tan heróica, que aunque hoy le veo por la vez primera, le pido que me permita presentárosle como amigo mio.

A estas palabras hubiérase podido notar en Monte-Cristo aquella mirada fija, aquel rubor fugitivo, y aquel estremecimiento de párpados que solia causarle una emocion.

—¡Ah! dijo: ¿tiene buen corazon este caballero? ¡tanto mejor!

Esta especie de esclamacion, que mas bien respondia al pensamiento del conde que á lo que Alberto acababa de decirle, sorprendió á todo el mundo, y á Morrel en particular, que miró admirado á Monte-Cristo; pero su acento era á par tan dulce, ó dicho mejor tan blando, que por estraña que fuese aquella salida no habia ocasion de enojarse.

—¿Por qué habia de dudarlo? dijo Beauchamp á Chateau-Renaud.

Este, que con su esperiencia del mundo y su mirada aristocrática habia adivinado en Monte-Cristo cuanto él dejaba adivinar, respondió al periodista:

—No nos engañaba Alberto. Es el conde un personaje singular. ¿Qué os parece á vos, Morrel?

—Tiene por vida mia voz simpática y mirada franca, respondió el jóven. Me agrada mucho, á pesar de la estraña reflexion que acaba de hacerme.

—German me anuncia, señores, que estamos servidos, dijo Alberto. Mi querido conde, permitidme que os enseñe el camino.

Y pasaron silenciosamente al comedor, donde ocupó cada uno su lugar.

—Señores, dijo al sentarse Monte-Cristo, permitidme que os confiese una cosa que me servirá de disculpa á todas las faltas que pueda cometer: soy estranjero, y estranjero hasta tal punto, que esta es la primera vez que vengo á Paris. Las costumbres francesas en particular me son desconocidas, pues hasta ahora no he practicado sino las orientales, enteramente contrarias al buen tono parisiense. Os ruego, pues, me disimuleis si advertís en mí algo de turco, de napolitano ó de árabe. Hecha esta salvedad, almorcemos, señores.

—Esas son palabras de un gran señor, murmuró Beauchamp.

—De un gran señor estranjero, añadió Debray.

—De un gran señor de todos los paises, Debray, dijo Chateau-Renaud.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.





—Hermosa querida teneis, vizconde.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

EL ALMUERZO.

El conde, como lo recordará el lector, era un huésped muy sóbrio.

Reparólo Alberto, temeroso de que la vida parisiense empezase á disgustarle desde aquel mismo punto, por su lado mas material aunque tambien mas necesario.

—Mi querido conde, le dijo, vedme dominado del temor de que la comida de la calle de Helder no os plazca tanto como la de la plaza de España. Sin duda yo he debido preguntaros cuáles fueren de vuestro gusto, para teneros algunos platos de propósito.

—Si me conocierais mas, repuso el conde sonriéndose, no tomaríais tan á pechos una cosa casi humillante para un viajero como yo, que se ha mantenido sucesivamente, en Nápoles con macarrones, en Milan con papilla, en Valencia con olla podrida, en Constantinopla con arroz, y en la China con nidos de golondrinas. Para un cosmopolita como yo no hay cocinero posible. Cómo de todo en todas partes, aunque cóma poco, y hoy que me acusais de sobriedad hállome en uno de mis dias hambrientos, porque no he comido desde ayer por la mañana.

—¡Cómo! ¡desde ayer mañana! esclamaron los convidados. ¿Hace veinticuatro horas que no comeis?

—Sí, respondió Monte-Cristo. Vime obligado á apartarme del camino real para adquirir en las cercanías de Nimes ciertas noticias, de manera que por haberme retardado un poco no quise ya detenerme.

—¿Habeis comido en el carruaje? le preguntó Morcef.

—No, he dormido, como me sucede siempre que me aburro sin tener valor para distraerme, ó siempre que estoy hambriento sin tener gana de comer.

—Pero ¿mandais en el sueño, caballero? le preguntó Morrel.

—Me falta poco.

—¿Tendreis alguna receta?

—Infalible.

—De perlas nos vendria á nosotros los africanos, que nunca tenemos que comer, y rara vez que beber, dijo Morrel.

—Sí, contestó Monte-Cristo; pero por desgracia mi receta, escelente para un hombre como yo que trae una vida escepcional, seria muy peligrosa aplicada á un ejército, que no se despertaria cuando se necesitara de él.

—¿Podremos saber esa receta? preguntó Debray.

—¡Oh! sí, que no hago un secreto de ella, dijo Monte-Cristo. Es una mezcla de escelente opio que he ido en persona á buscar á Canton para estar seguro de su pureza, y del mejor hatchis que en Oriente se recoge, es decir, entre el Tigris y el Eufrates. Mézclanse pues en porciones iguales, convirtiéndolas en una especie de píldoras, que se tragan cuando se quiere. Diez minutos despues el efecto es seguro. Preguntádselo al baron Franz d'Epinay, que creo que las ha probado un dia.

—Sí, respondió Morcef, ya me ha dicho que tiene de eso un recuerdo muy agradable.

—¿Pero llevais siempre con vos esa droga? dijo Beauchamp, que como periodista era muy incrédulo.

—Siempre, respondió Monte-Cristo.

—¿Seria una indiscrecion pediros que nos enseñeis esas preciosas píldoras? añadió Beauchamp, esperando cogerle en descubierto.

—No señor, respondió el conde.

Y sacó de su bolsillo una cajita maravillosa, que era una sola esmeralda ahuecada y cerrada con un tornillo de oro, que al abrirse daba paso á una bolita verdinegra en el color, y en el tamaño como un guisante.

Su olor era acre y trascendente.

Cuatro ó cinco bolitas iguales habia en la esmeralda, y podia contener hasta una docena.

Pasó la cajita de mano en mano, antes para examinar aquella admirable piedra que no para ver las píldoras.

—¿Y es vuestro cocinero el que os lo prepara? le preguntó Beauchamp.

—No señor, contestó Monte-Cristo, que no confio yo á manos indignas mis verdaderos goces. Soy un químico bastante bueno y lo preparo yo mismo.

—¡Admirable esmeralda! ¡es la mayor que he visto en mi vida! aunque mi madre tiene algunas alhajas de familia, notables por demás, dijo Chateau-Renaud.

—Tres tenia iguales, repuso Monte-Cristo; una se la dí al Gran Señor, que la hizo incrustar en su sable; otra al Padre Santo, que la incrustó en su tiara, junto á otra esmeralda casi igual, aunque menos hermosa, regalada á su antecesor Pio VII por el emperador Napoleon; y esta tercera la he guardado para mí, aunque quitándole con ahuecarla la mitad de su valor, si bien así me sirve mejor para lo que yo la quiero.

Todos miraban á Monte-Cristo con asombro.

Hablaba con tanta naturalidad, que si no decia verdad estaba loco.

Sin embargo, aquella esmeralda que tocaban hacia que se inclinasen á la primera suposicion.

—¿Y qué os dieron esos dos soberanos á trueque de regalo tan magnífico? le pregunto Debray.

—El Gran Señor la libertad de una muger, respondió Monte-Cristo, y el Santo Padre la vida de un hombre. Con esto he sido una vez en mi vida tan poderoso, como si Dios me hubiese hecho nacer en los escalones de un trono.

—¿Y fué á Peppino á quien librasteis? ¿no es verdad? le preguntó Morcef. ¿A él aplicásteis vuestra gracia?

—Quizás, dijo sonriéndose Monte-Cristo.

—No podeis figuraros, señor conde, cuánto placer me ocasiona oiros hablar así, dijo Morcef. De antemano os habia anunciado á mis amigos como un hombre fabuloso, como un encantador de las *Mil y una noches*, como un mágico de la edad media; pero los parisienses son gente tan ducha en esto de paradojas, que toman por fantasías las verdades mas absolutas, cuando estas verdades no reunen todas las condiciones de su existencia ordinaria. Aquí teneis por ejemplo á Debray que lee, y á Beauchamp que imprime todos los dias, que han asaltado y robado en el *boulevard* á un miembro del Jockey-Club, que han asesinado á cuatro personas en la calle de San Dionisio ó en el barrio de San German, que han cogido á diez, quince ó veinte ladrones, ya en un café del *boulevard* del Temple, ya en las Termas de Juliano; y dudan sin embargo de la existencia de los bandidos de las Marismas, de los campos de Roma ó de las lagunas Pontinas. Decidles vos, señor conde, os lo suplico, decidles que á mí me atraparon los bandidos, y que sin vuestra generosa mediacion estaría segun todas las probabilidades á la hora presente esperando la resurreccion de la carne en las catacumbas de San Sebastian, y no dándoles de almorzar en mi pobre choza de la calle de Helder.

—¡Bah! dijo Monte-Cristo, me habíais ofrecido no volver á hablar de esa pequeñez.

—No fuí yo, señor conde, esclamó Morcef, no fuí yo, sino algun otro á quien habreis hecho el mismo servicio, y sin duda nos confundís á entrambos. Hablemos por lo contrario de eso, porque como os decidais, no solo me volvereis á decir lo que yo sé, sino acaso algo de lo que ignoro todavía.

—Paréceme, dijo el conde sonriendo, que vuestro papel en este negocio ha sido asaz importante, para que sepais tan bien como yo todos sus pormenores.

—Si digo todo lo que sé, ¿me prometeis decirme todo lo que no sé? añadió Alberto.

—Es muy justo, respondió Monte-Cristo.

—Pues bien, prosiguió Morcef, aunque con mengua de mi amor propio, me creí por espacio de tres dias objeto de los mimos de una máscara, que yo tomaba por descendiente de las Tulias y Popeas, cuando era pura y simplemente una contadina.—Reparad que digo contadina por no decir labradora.—Lo que recuerdo y sé bien es que como un simple, mas simple que ese de quien hablaba ahora, equivoqué á la contadina con un jóven bandido de quince á diez y seis años, imberbe, delgado y esbelto, que cuando yo queria ya emanciparme hasta el punto de darle un beso en su casta espalda sacó una pistola, y con ayuda de siete ú ocho de sus compañeros me condujo ó mas bien me arrastró al fondo de las catacumbas de San Sebastian, donde me hallé con un capitan de bandidos, tan literato á fé mia, que se ocupaba en leer *Los comentarios de César*, y que dignóse de interrumpir su lectura para decirme, que si á las seis de la mañana siguiente no entregaba en su caja cuatro mil escudos, á las seis y cuarto habria dejado de existir... y punto redondo. La carta existe, que la conserva Franz d'Epinay, firmada por mí, con una postdata de maese Luigi Vampa. Si me lo poneis en duda, escribo á Franz que legalice las firmas ante escribano. Esto es lo que yo sé; pero lo que no sé es

cómo vos, señor conde, habeis llegado á inspirar tanto respeto á los bandidos de Roma, que tan pocas cosas respetan. Os confieso que Franz y yo nos quedamos estupefactos.

—Pues nada mas sencillo, respondió el conde; yo conocia al famoso Vampa desde hace mas de diez años. Siendo él muy jóven y pastor todavía, cierta vez que le dí no sé qué moneda de oro porque me



—¡Admirable esmeralda! dijo Chateau-Renaud.

habia guiado en un camino, me dió él, para no deberme nada, un puñal esculpido por él mismo, puñal que habeis debido ver en mi coleccion de armas. Mas tarde, ó ya que se hubiera olvidado de aquel cambio que debió ser cuna de nuestra amistad, ó ya que no me hubiese reconocido, intentó cogerme; pero fuí yo, por el contrario, el que le cogió á él y á doce de los suyos. Pude entregarle á la justicia romana, que es espedita, y con él lo hubiera sido mucho mas; pero no quise, y les dí libertad á él y á los suyos.

—A condicion de que no volverian á pecar, dijo riéndose el periodista. Veo con placer que han cumplido religiosamente su palabra.

—No señor, respondió Monte-Cristo, con la simple condicion de que me respetarian siempre á mí y á los mios. Acaso os parezca estraño lo que voy á decir, acaso os lo parezca á vosotros los socialistas, los hombres del progreso, los humanitarios. Yo nunca pienso en mi prójimo para nada: nunca trato de proteger á la sociedad que no me protege á mí, y aun diré mas, que no tan solo no me protege, sino que no piensa en mí sino para hacerme daño, y suprimiéndola en mi estimacion y guardando neutralidad con ella, creo que la sociedad y mi prógimo me quedan obligados todavía.

—¡Enhorabuena! esclamó Chateau-Renaud. Gracias á Dios que oigo á un hombre valiente predicar el egoismo con lealtad y con franqueza. ¡Magnífico, señor conde! ¡bravo!

—Eso es siquiera franqueza, dijo Morrel; pero estoy seguro de que el señor conde no se habrá arrepentido de haber faltado una vez á los principios que acaba de esponernos de una manera tan absoluta.

—¿Cómo he faltado yo á esos principios, caballero?

le preguntó Monte-Cristo, que de vez en cuando no podia menos de mirar á Maximiliano con tanta atencion, que ya dos ó tres veces aquel jóven tan audaz habia tenido que bajar los ojos ante su mirada penetrante y límpida.

—Paréceme, dijo Morrel, que libertando á Mr. de Morcef, á quien no conocíais, serviais al prógimo y á la sociedad.

—De que es el mejor adorno, dijo Beauchamp gravemente, apurando de un solo trago una copa de Champagne.

—Señor conde, esclamó Morcef, ya os veo convencido, á vos el lógico mas contundente que yo conozca; y hasta habeis de ver que os prueban en seguida palmariamente, que en vez de ser egoista sois todo lo contrario, sois filántropo. ¡Ah señor conde! vos quereis pasar por oriental, por levantino, por maltés, por indio, por chino, por salvaje; os llamais Monte-Cristo por vuestra familia, Simbad el Marino por nombre propio, y cátese aquí que desde el mismo dia que poneis el pié en París os adorna instintivamente el mérito mayor ó el mayor defecto de nuestros parisienses escéntricos, que es que os vanagloriais de vicios que no teneis, y ocultais las virtudes que teneis verdaderamente.

—Mi querido vizconde, repuso Monte-Cristo, en todo lo que yo he dicho ó he hecho no veo razon que merezca de vuestra parte y de la de estos señores el pretendido elogio que acabo de recibir: vos no érais para mí un estraño, puesto que yo os conocia, puesto que os habia cedido dos habitaciones, puesto que os habia dado de almorzar, puesto que os habia prestado uno de mis carruajes, puesto que habíamos paseado el Corso juntos, y puesto que habíamos presenciado desde una ventana de la plaza del Pópolo aquella ejecucion que tanto efecto os hizo que á poco os desmayais. Ahora bien, yo pregunto á todos estos señores, ¿podia dejar á mi huésped en manos de aquellos terribles bandidos, como vos los llamais? Además ya sabeis que con salvaros realizaba yo un proyecto, que era que me sirviéseis de introductor en los salones de París cuando viniera á Francia. Por algun tiempo habreis podido creer mi resolucion un proyecto vago y deleznable; pero hoy ya lo veis, es una realidad, y teneis que someteros á ella ó faltar á vuestra palabra.

—La cumpliré, dijo Morcef; pero temo quedeis desilusionado, mi querido huésped; vos, aficionado á los sitios pintorescos, á la variedad de los acontecimientos y á los horizontes fantásticos. Aquí no encontrareis ningun episodio de esos á que os tiene avezado vuestra vida aventurera. Nuestro Chimborazo es Montmartre; nuestro Himalaya el monte Valerien; nuestro gran desierto la llanura de Grenelle, donde se estan ahora haciendo pozos artesianos para proveer de agua á las caravanas. Tambien tenemos ladrones, aunque no tantos como vulgarmente se cree; pero esos ladrones temen mas á un espía raquítico y despreciable que á un gran señor. La Francia, en fin, es una nacion tan prosáica, y París un pueblo tan civilizado, que no encontrareis en nuestros ochenta y cinco departamentos—digo ochenta y cinco porque hay razon para eliminar la Córcega,—no encontrareis, repito, la menor montaña que no tenga su telégrafo, ni la menor gruta que no esté alumbrada por gas, de órden de la policía. Solo un servicio puedo haceros, mi querido conde, y para hacéroslo me pongo á vuestra disposicion: presentaros ó haceros presentar por mis amigos en todas partes. De esto no se hable mas. Bien que vos de nadie necesitais, pues con vuestro nombre, vuestra fortuna y vuestro talento (Monte-Cristo se inclinó, sonriéndose con algo de ironía) se presenta uno á sí mismo, y es bien recibido en todas partes. No puedo, pues, en resúmen serviros sino para una cosa. Si alguna costumbre de París, si algun hábito de buen tono, si algun conocimiento de nuestros bazares pueden recomendarme á vos, póngome á vuestras órdenes para buscaros una casa elegante. No me atrevo á brindaros con la mia del mismo modo que yo en Roma gocé de la vuestra, porque yo, que aunque no profeso el egoismo soy egoista por escelencia, nunca sufriré en mi casa otra sombra que la mia, á menos que sea la sombra de una muger.

—¡Ah! dijo el conde, ese es pudor conyugal. Con efecto, caballero, en Roma me dijísteis algo de un matrimonio... ¿Debo felicitaros por vuestra próxima dicha conyugal?

—Todavía está en proyecto, señor conde.

—Y quien dice proyecto dice eventualidad, repuso Debray.

—No tal, dijo Morcef. Mi padre se empeña, y antes de mucho espero presentaros, si no á mi muger, á mi futura la señorita Eugenia Danglars.

—¡Eugenia Danglars! replicó Monte-Cristo. Oid: ¿es su padre el baron Danglars?

—Sí, respondió Morcef; baron de nuevo cuño.

—¡Oh! ¿qué importa? dijo Monte-Cristo, ¿qué importa si ha hecho al Estado servicios que le hayan valido esa distincion?

—Enormes, dijo Beauchamp. Aunque liberal de corazon, completó en 1829 un empréstito de seis millones para el rey Cárlos X, que le hizo baron y caballero de la legion de honor; de manera que lleva la cinta no en el bolsillo del chaleco, como era de presumir, sino descaradamente en el ojal de su frac.

—¡Ah Beauchamp! ¡Beauchamp! dijo Morcef riendo: guardad esas ideas para los furibundos artículos del *Corsario* y del *Charivari*, pero en mi presencia respetad á mi futuro suegro.

Luego añadió volviéndose á Monte-Cristo:

—Habeis pronunciado el nombre del baron como si le conociéseis...

—No le conozco, dijo con indiferencia Monte-Cristo; pero no tardaré probablemente en conocerle, puesto que tengo contra él una letra abierta de las casas de Richard y Blount de Londres, Arstein y Eskeles de Viena, y Thomson y French de Roma.

Al pronunciar estos dos últimos nombres miró Monte-Cristo de reojo á Maximiliano Morrel.

Si algun efecto habia pensado causar al jóven no se engañó, porque todo el cuerpo de Maximiliano tembló como si acabase de sufrir un golpe eléctrico.

—¿Conoceis, caballero, la casa de Thomson y French? dijo.

—Son mis banqueros en la capital del mundo cristiano, respondió sencillamente el conde. ¿Puedo serviros en algo para con ellos?

—¡Oh, señor conde! acaso podriais ayudarnos en unas pesquisas, hasta lo presente inútiles. Esa casa hizo á la nuestra en otro tiempo un servicio grandísimo, y no sé por qué razon se ha negado siempre á confesarlo.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, respondió inclinándose Monte-Cristo.

—¡Es singular! dijo Morcef. ¡Cómo hemos olvidado nuestra primera conversacion, por hablar de Mr. Danglars! Tratábase de buscar una casa decente al conde de Monte-Cristo. Ea, señores, espongamos todos nuestras ideas. ¿En dónde alojaremos á este nuevo huésped del populoso París?

—En el barrio de San German, dijo Chateau-Renaud. Allí puede encontrar este caballero un palacio pequeñito, aislado entre el jardin y el patio, á la inglesa.

—Bah, Chateau-Renaud, no sabeis salir de vuestro triste y nauseabundo barrio de San German, dijo Debray. No le presteis oidos, señor conde, sino id á habitar en la Chaussée-d'Antin, que es el verdadero centro de París.



—No, no, en el boulevard de la Ópera, dijo Beauchamp, en un piso principal que tenga balcones. Provéase el señor conde de butacas magníficas para ver, mientras fuma su pipa ó se traga sus píldoras, desfilar ante sus ojos toda la poblacion.

—¿Y vos, Morrel, no teneis ninguna idea? ¿nada proponeis? dijo Chateaud-Renaud.

—Sí tal, dijo sonriéndose el jóven, tengo una idea; quien amaba, y el único que en nuestra desgracia nos ha sido fiel: Manuel Herbaut.

Monte-Cristo se sonrió imperceptiblemente.

—Allí me voy á vivir durante mi estancia en la capital, prosiguió Maximiliano, y allí nos tiene el señor conde para todo lo que se le ocurra, á mi y á mi cuñado Manuel.

—¡Un instante! esclamó Alberto antes que Monte-



Debray.

pero esperaba que el conde se dejase seducir de alguna de las brillantes proposiciones que acaban de hacerle. Como ninguna ha aceptado, creo poder ahora ofrecerle un cuartito en una casa encantadora, una casa enteramente á la Pompadour, que tiene mi hermana alquilada desde hace un año en la calle de Meslay.

—¿Teneis una hermana? le preguntó Monte-Cristo.

—Sí señor, una escelente hermana.

—¿Casada?

—Pronto hará nueve años.

—¿Feliz? tornó á preguntarle el conde.

—Tan feliz como es permitido serlo á una criatura, respondió Maximiliano. Se ha casado con el hombre á Cristo tuviese tiempo de responder; cuenta con lo que haceis, Morrel; vais á emparedar á un viajero, á Simbad el Marino; á un hombre que ha venido á ver á Paris, ¡quereis convertirlo en patriarca!

—¡Oh! no tal, respondió Morrel sonriendo; mi hermana tiene veinticinco años y mi cuñado treinta, son jóvenes, felices y dichosos... además, el señor conde puede estarse en su departamento, y solo tendrá comunicacion con sus huéspedes cuando le plazca bajar á verlos.

—Gracias, caballero, gracias, dijo Monte-Cristo, me contentaré con que me presenteis á vuestra hermana y cuñado, si quereis hacerme esa honra. No he

aceptado las ofertas de estos señores porque tengo ya casa.

—¡Cómo! esclamó Morcef. ¿Vais á vivir en alguna fonda? Eso en vos sería de muy mal gusto.

—¿Tan mal estaba yo en Roma? le preguntó Monte-Cristo.

—¡Pardiez! en Roma os habia costado cincuenta mil piastras el adorno de las habitaciones, y no presumo que esteis dispuesto á hacer todos los dias gastos tan considerables.

—Nunca eso me hubiera detenido, respondió Monte-Cristo; pero estaba determinado á tener casa en París, casa mia propia, y despaché delante á mi ayuda de cámara, que ya á estas horas me la habrá comprado y amueblado.

—Acabárais de decir que teneis un ayuda de cámara que conoce á París, esclamó Beauchamp.

—Esta es la primera vez que viene á Francia como yo; es negro y mudo, dijo Monte-Cristo.

—¿Entonces será Alí? le preguntó Alberto en medio de la general sorpresa.

—Sí señor; es él, Alí, mi nubiano, mi mudo, á quien segun creo visteis en Roma.

—Sí por cierto, respondió Morcef, lo recuerdo perfectamente. Pero ¿cómo habeis comisionado á un nubiano para compraros una casa en París, y á un mudo para amueblárosla? Lo habrá hecho todo mal el pobre.

—Al contrario. Estoy seguro de que las cosas que haya elegido serán de mi gusto, porque ya sabeis que mi gusto no es el de la generalidad. Hace ocho dias de su llegada; habrá recorrido toda la poblacion, con un instinto semejante á un perro que caza solo; conoce mis caprichos y mis necesidades, con que lo habrá organizado todo á mi manera. Como sabia que yo iba á llegar hoy á las diez, desde las nueve me estaba esperando en la barrera de Fontainebleau, y me entregó este papel, que son las señas de mi nueva morada. Tomad, leed.

Y Monte-Cristo alargó un papel á Alberto.

—Campos Elíseos, número 30, leyó Morcef.

—¡Ah! ¡eso sí que es original! dijo Beauchamp sin poderse contener.

—A lo príncipe, añadió Chateau-Renaud.

—¿Y es posible que no hayais visto aun vuestra casa? le preguntó Debray.

—No, porque ya os dije que no queria faltar á la hora convenida, respondió Monte-Cristo. Me vestí en el carruaje, y he puesto el pié en París á la puerta del vizconde.

Todos los jóvenes se miraron unos á otros, ignorando si Monte-Cristo representaba una comedia; pero cuanto salia de su boca era tan sencillo á pesar de su escéntrica apariencia, que no se podia presumir que mintiese. Por otra parte, ¿á qué habia de mentir?

—Tendremos que contentarnos, dijo Beauchamp, con hacer al señor conde servicios pequeños, que son los que podremos hacerle. Yo en mi cualidad de periodista le abro todos los teatros de París.

—Gracias, caballero, dijo Monte-Cristo sonriéndose. Mi mayordomo ha recibido ya la órden de abonarme en todos.

—¿Es tambien mayordomo vuestro algun nubiano, algun mudo? le preguntó Debray.

—No señor, sino simplemente un compatriota vuestro, si es posible que un corzo tenga compatriotas; pero vos le conoceis, señor de Morcef.

—¿Será por casualidad aquel signor Bertuccio, tan entendido en esto de alquilar ventanas?

—Justamente en mi casa le visteis el dia que tuve el honor de convidaros á almorzar. Es un bravo, que ha sido en el mundo un poco de todo lo que se puede ser, soldado, contrabandista, en fin, de todo. Aun no me atreveré yo á jurar que no haya tenido tambien sus cuentas con la policía, por una miseria, por una puñalada... ó cosa semejante.

—¿Y ciudadano tan honrado habeis elegido para mayordomo vuestro, señor conde? dijo Debray. ¿Cuánto os roba al año?

—Ni mas ni ménos que otro cualquiera, os lo aseguro bajo palabra de honor; pero me sirve bien, no repara en imposibles, y vamos andando.

—Ea, dijo Chateau-Renaud, ya teneis puesta casa; teneis un palacio en los Campos Elíseos, y criados y mayordomo. Solo os falta una querida.

Alberto se sonrió pensando en la hermosa griega que habia visto en el teatro de Argentina.

—Tengo mas que una querida, dijo Monte-Cristo, tengo una esclava. Vosotros alquilais vuestras queridas en el teatro de la Ópera, en el teatro del Vaudeville ó en el de Variedades. Yo he comprado la mia en Constantinopla. Me cuesta mas; pero en cambio hice el gasto de una vez.

—¿Os olvidais, esclamó Debray riendo, os olvidais de que nosotros los franceses, como lo ha dicho el rey Carlos, somos francos por nombre y francos por carácter? ¿Os olvidais de que al entrar en Francia queda vuestra esclava libre?

—¿Quién se lo dirá? preguntó Monte-Cristo.

—¡Cáspita! cualquiera.

—Solo habla romaico.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Pero ¿no la hemos de ver tan siquiera? ¿ó teneis tambien eunucos como teneis un mudo? esclamó Beauchamp.

—No á fé mia, dijo el conde, que no llevo á tal exageracion mi orientalismo. Todos los que me rodean son dueños de dejarme, y al dejarme ni necesitarán de mí ni de nadie en el mundo. Por eso quizás no me dejan.

Hacia ya un rato que estaban en los postres y fumando.

—Querido amigo, dijo Debray levantándose, las dos y media; vuestro convidado me encanta, pero no hay buena compañía que no se abandone, y aun tal vez por otra mala. Tengo que regresar al ministerio. Hablaré del conde al ministro, y procuraremos averiguar su vida y milagros.

—Ved que hasta los mas audaces han renunciado á esa empresa, dijo Morcef.

—¡Bah! disponemos de tres millones para la policía, y aunque se suelen gastar adelantados, nó nos faltarán cincuenta mil francos para esto.

—Y cuando sepais quién es, ¿me lo direis?

—Os lo prometo.—Alberto, hasta la vista.—Señores, soy vuestro servidor.

Y al salir gritó Debray en la antesala:

—¡Que se acerque el carruaje!

—Bueno, dijo Beauchamp á Alberto; no iré á la Cámara; pero tengo en cambio para mis lectores una cosa mejor que un discurso de Mr. Danglars.

—Por favor, Beauchamp, no digais del conde ni una palabra en el periódico, respondió Alberto. No me quiteis el mérito de presentarlo y de esplicarlo. Es un hombre curioso de ver, ¿no es verdad?

—Mas que eso, respondió Chateau-Renaud, es verdaderamente uno de los hombres mas estraordinarios que yo haya visto en mi vida.—¿Venís, Morrel?

—Sí, en cuanto dé mi tarjeta al señor conde, que se digna ofrecerme una visita á la calle de Meslay, número 14.

—Estad seguro de que no faltaré, caballero, dijo inclinándose el conde.

Y salió Morrel con el baron Chateau-Renaud, dejando á Monte-Cristo solo con Morcef.

CAPITULO II.

LA PRESENTACION.

Al verse Alberto á solas con Monte-Cristo le dijo:

—Permitidme, señor conde, que comience á cumplir con vos mi deber de cicerone, dándoos una idea celanas del Japon, sederías de Oriente, abalorios de Venecia, armas de todos los países del mundo, todo le era familiar, y al primer golpe de vista reconocia su siglo, su pais y su orígen.

Morcef, que habia creido tener que esplicárselo, era por lo contrario el que estudiaba, bajo la direccion del conde, un curso de arqueologia, de mineralogia y de historia natural.



—Estad seguro de que no faltaré, caballero, dijo inclinándose el conde.

de lo que es la morada de un jóven parisiense. Acostumbrado á los palacios de Italia, necesitais de un estudio muy sério para comprender en cuántos piés cuadrados puede vivir un jóven que pasa por no ser de los que viven peor. A medida que pasemos de una habitacion á otra iremos abriendo las ventanas para que respireis.

El conde conocia ya el comedor y el salon del piso bajo.

Alberto le condujo á su taller primeramente.

Ya recordará el lector que esta era su habitacion predilecta.

Monte-Cristo podia apreciar dignamente todas las cosas almacenadas por Alberto: cofres antiguos, por-

Luego bajaron al piso principal.

Alberto introdujo al conde en el salon, lleno de obras de los pintores modernos.

Allí paisajes de Dupré, con arroyuelos tembladores, y árboles esbeltos, y vacas que mujen, y cielos maravillosos.

Allí ginetes árabes de Delacroix, con largos albornoces blancos, con esplendentes cinturones, con armas de acero empavonado, con caballos que se muerden de rabia unos á otros, mientras los ginetes se destrozan con férreas mazas.

Allí acuarelas de Boulanger representando todos los episodios de la novela *Nuestra Señora de Paris*, con ese vigor que hace del artista el émulo del poeta.

Allí floreros de Diaz, que hace á las flores mas bellas de lo que son, y al sol mas bello de lo que es.

Allí dibujos de Decamps, de tan buen colorido como los de Salvator Rosa, pero mucho mas poéticos.

Y allí pinturas al pastel de Giraud y de Muller, representando niños con cabezas de ángel, y mugeres con caras de vírgen.

Allí croquis arrancados al album del *Viaje á Oriente* de Danzats, croquis trazados en un minuto sobre la silla de un camello ó bajo la bóveda de una mezquita; y allí, en fin, cuanto el arte moderno puede presentar en cambio y desquite del arte antiguo, perdido para siempre.

Alberto esperaba que alguno de estos objetos llamase por su novedad la atencion al conde; pero con grande asombro advirtió que ni aun necesitaba de ver las firmas,—que en muchas obras no eran sino iniciales,—para aplicar al punto á cada una el nombre de su autor, de tal manera, que era fácil comprender que no solo le eran aquellos nombres conocidos, sino que tambien habia estudiado y apreciado sus diferentes talentos.

Del salon pasaron á la alcoba, que era á la par modelo de elegancia y de severo gusto.

Allí solo habia un retrato con marco de oro; pero firmado por Leopoldo Robert.

Desde luego se atrajo este lienzo la atencion de Monte-Cristo, que dando rápidamente tres pasos al interior de la estancia, se detuvo de pronto enfrente de él.

Representaba una jóven como de veinticinco á veintiseis años, tez morena y ojos de fuego, velados por lánguidas pupilas.

Su traje era pintoresco, que era el de las pescadoras catalanas: corpiño encarnado y negro y agujetas de oro en la cabeza.

Estaba mirando al mar, y su elegante perfil se dibujaba en el azul de las ondas y en el azul del cielo.

A no estar oscura la alcoba hubiera podido advertir Alberto la palidez lívida que cubrió las mejillas del conde, y sorprender el temblor nervioso que agitó sus espaldas y su pecho.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Monte-Cristo permaneció mirando obstinadamente aquel retrato.

—Hermosa querida teneis, vizconde, dijo al fin con voz enteramente tranquila; y ese traje, traje de máscara sin duda alguna, la cae á maravilla.

—¡Ah señor! repuso Alberto; nunca os perdonaria esas palabras, si junto á ese retrato hubieseis visto otro. Vos, caballero, no conoceis á mi madre, que es esa: mandóse retratar así hace seis ú ocho años. Segun parece, ese es un traje de capricho; pero ayuda al parecido tanto, que se me figura ver á mi madre tal como estaba en 1830. Mandó la condesa hacer ese retrato durante una ausencia del conde, creyendo sin duda prepararle una sorpresa agradable; pero ¡cosa estraña! le desagradó á su regreso en tal manera, que ni aun su valor artístico, que como veis es grande, pues se cuenta entre las mejores obras de Leopoldo Robert, ni aun su valor artístico pudo disminuir la antipatía que le cobró. Bien que—aquí para entre nosotros, mi querido conde, Mr. de Morcef, uno de los pares mas asíduos al Luxemburgo, y general de fama como teórico, es en artes casi profano.—No así mi madre, que pinta muy bien, con que conociendo que de obra tal no debia deshacerse, me la regaló, porque en mi cuarto daria menos ocasiones al disgusto de Mr. de Morcef, cuyo retrato, pintado por Gros, os enseñaré luego. Disimuladme que así os inicie en las cosas de familia; pero como voy á tener el honor de llevaros á casa del conde, os hago esta prevencion para que no se os escape elogiar el retrato en su presencia. El tal retrato, por otra parte, ejerce un influjo fatal, pues rara vez baja mi madre á mi cuarto sin que lo contemple, y rara vez lo contempla sin lágrimas. Por lo demás, este disgustillo es el único que ha habido entre el conde y la condesa, que aunque casados veinte años há, siguen amándose como el primer dia.

Echó Monte-Cristo á Alberto una rápida ojeada, como para descubrir si aquellas palabras tenian segunda intencion; pero conoció que las habia dicho con toda la sencillez de su alma.

—Ahora ya habeis visto todas mis riquezas, señor conde, dijo Alberto; permitidme que aunque indignas de vos, os las ofrezca. Aquí estais en vuestra casa, y para mejor probároslo dignaos de acompañarme á las habitaciones de Mr. de Morcef, á quien escribí desde Roma el servicio que me habíais hecho y la visita que me habiais ofrecido. Puedo aseguraros, que tanto el conde como la condesa esperaban impacientes la ocasion de manifestaros su gratitud. Yo sé que sois un hombre un tanto gastado, y que no ejercen mucho influjo sobre Simbad el Marino las escenas de familia; porque ¡habeis visto tantas! pero aceptad la que os propongo como introduccion á la vida parisiense, vida de cumplimientos, de visitas y de presentaciones.

Monte-Cristo se inclinó sin responder.

Aceptaba la proposicion sin entusiasmo y sin pesar, como una de esas conveniencias sociales que son para el hombre deberes.

Llamó Alberto á su ayuda de cámara, para que fuese á avisar al conde y á la condesa de Morcef la próxima llegada de Monte-Cristo.

Detras del ayuda de cámara salieron ambos.

Entrando en la antesala del conde, veíase sobre la puerta que daba al salon un escudo de armas, que por su rico marco y lo bien que armonizaba con los adornos de la pieza se traslucia la importancia que le daba su dueño.

Monte-Cristo se paró delante del escudo, examinándole atentamente.

—¡Siete merletas de oro en campo azul! ¿Estas serán las armas de vuestra familia? preguntó á Alberto. Aparte una ligera nocion que me permite descifrar los blasones, os confieso que en heráldica soy muy ignorante. ¡Al fin conde de casualidad, fabricado por la Toscana, con ayuda de una encomienda de San Estéban! Y me hubiese pasado sin ser gran señor, á no decirme todo el mundo que el que viaja necesita estremadamente llevar algo sobre la portezuela del carruaje, aunque no sea mas que para ahorrarse los registros de aduanas. Disimuladme pues que os haga esta pregunta.

—Nada tiene de indiscreta, dijo Alberto con la sencillez de la conviccion: habeis comprendido bien que esas son nuestras armas, es decir, las del jefe de la familia de mi padre; pero como veis, estan enlazadas á otro escudo de torres de plata en campo de gules que pertenece á la familia de mi madre. Por las mugeres soy español; pero la casa de Morcef es francesa, y una de las mas antiguas del mediodía, segun tengo entendido.

—Si, replicó Monte-Cristo, eso es lo que indican las merletas. Casi todos los cruzados que fuéron á la conquista de la Tierra Santa tomaron por armas, ó cruces, signo de la mision que se imponian, ó pájaros, emblema del largo viaje que iban á emprender en alas de la fé. Alguno de vuestros abuelos por parte de padre iria á alguna de las cruzadas, y aun suponiendo que fuera la última, la de San Luis, esto hace remontar vuestra nobleza al siglo XIII, lo que ya es algo.

—Es muy posible, dijo Morcef; en el gabinete de mi padre hay un árbol genealógico que nos lo esplicará mejor. Yo en tiempos tomaba estas cosas muy á burlas; y en la actualidad no me ocupo de ellas, aunque os debo de confesar, en cumplimiento de mis

deberes de *ciceroni*, que como nuestro sistema político es popular se tiene en algo la nobleza.

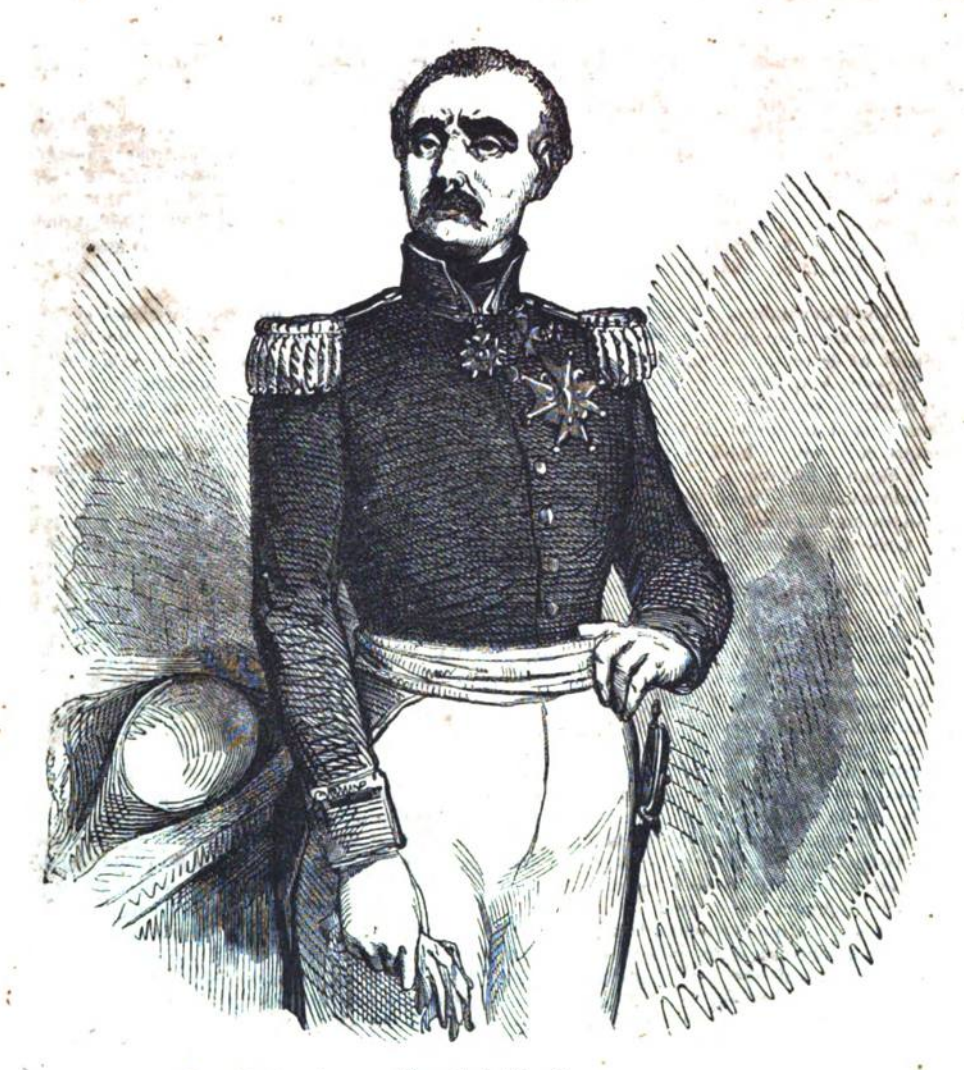
—Pues entonces vuestro gobierno ha debido elegir en su historia alguna cosa preferible á esos dos mamotretos, sin significacion alguna heráldica, que he reparado en vuestros monumentos públicos. Por lo que á vos toca, Morcef, repuso el conde, mas afortunado sois que vuestro gobierno, porque vuestras armas son verdaderamente hermosas y hablan á la imaginacion. Sí, á par descendeis de Provenza y de España. Esto esplica, si es parecido el retrato, aquel hermoso color moreno que tanto admiraba yo en el rostro de la noble catalana.

Edipo ó la Esfinge tuviera que ser quien adivinase la ironía de estas palabras, dichas al parecer con la mayor finura.

Morcef agradecióselas con una sonrisa, y pasando delante para enseñarle el camino empujó la puerta situada debajo de su escudo, puerta que como hemos dicho daba al salon.

Tambien se veia un retrato en el testero de este salon.

Representaba á un hombre de treinta y cinco á treinta y ocho años, con el uniforme de general; las dos charreteras de canelones de oro, signo de su grado; la cinta de la Legion de Honor al cuello, lo que indicaba que era comendador; en el pecho, á la derecha, la placa de gran oficial de la órden del Salvador, y á la izquierda la de Carlos III, lo que daba á entender que el original de este retrato debia de haber hecho las guerras de Grecia y de España, ó desempeñado en ambos paises alguna mision diplomática, lo que viene á ser lo mismo en esto de cruces.



El conde de Morcef.

Ocupado hallábase Monte-Cristo en observar este retrato con no menos atencion que habia observado el otro, cuando abrióse una puerta lateral, hallándose cara á cara con el conde de Morcef.

Era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, pero que representaba lo menos cincuenta; su bigote y sus cejas negras hacian contraste raro con los canosos cabellos de su cabeza, casi rapada á la moda militar.

A la sazon vestia de paisano y llevaba en el ojal un lazo de diferentes colores, que indicaban las órdenes diferentes de que era caballero.

Entró en la habitacion con noble continente.

Monte-Cristo le vió acercarse sin dar un solo paso. Bien que sus pies parecia que estuviesen clavados en el suelo, y sus ojos en la cara del conde de Morcef.

—Padre mio, dijo el jóven, tengo el honor de presentaros al señor conde de Monte-Cristo, que es el generoso amigo que en las terribles circunstancias que ya sabeis tuve la fortuna de encontrar.

—Bien venido sea á esta su casa, dijo el conde de Morcef saludando á Monte-Cristo y sonriéndose: conservándole su único heredero, ha hecho á nuestra casa un servicio cuya deuda nunca será bastante á pagarla nuestra gratitud.

Y esto diciendo señalaba el conde un sillon á Monte-Cristo, á par que él se sentaba en frente del balcon.

Tomando el conde el sillon designado por Morcef lo colocó de manera que él quedase velado por la sombra de los cortinones de terciopelo y pudiera á sabor leer en el rostro de Morcef la historia de sus dolores secretos, escrita en cada una de sus arrugas tempranas.

—La señora condesa estaba en su tocador, dijo este, cuando recibió del vizconde el aviso de la visita que iba á tener la dicha de recibir. Al momento vendrá, y espero que la veamos aquí antes de diez minutos.

—Mucho honor es para mí, repuso Monte-Cristo, verme relacionado el mismo dia de mi llegada á París con un hombre cuyo valer y fama corren parejas, con un hombre á quien la fortuna no ha sido ingrata, por ser justa siquiera una sola vez; pero ¿será posible que no tenga aun en las llanuras de Mitidja ó en las montañas del Atlas un baston de mariscal para ofrecéroslo?

—¡Oh! replicó Morcef ruborizándose un tanto, he dejado el servicio, caballero. Nombrado par en los tiempos de la Restauracion, hallábame haciendo mi primera campaña bajo del mando del mariscal Bourmont, y podia aspirar al mando, ó Dios sabe á lo qué, si Carlos X hubiera permanecido en el trono; pero la revolucion de Julio era, segun parece, lo bastante gloriosa para poder ser ingrata, y fuélo con todos los servicios que no databan del tiempo del Imperio. Hice pues dimision; porque el que ha ganado sus charreteras en el campo de batalla no sabe maniobrar en los palacios, y tirando la espada me lancé á la política, á la industria, á las artes útiles. Este fué siempre mi mayor deseo, aun en los veinte años en que serví; pero no habia tenido tiempo de realizarlo.

—Esas ideas son las que sostienen la superioridad de vuestra nacion sobre las otras, caballero, contestó Monte-Cristo. Vástago de una gran familia, con una fortuna hermosa, consentísteis en ganar vuestros grados uno á uno desde los mas ínfimos... ¡Oh! ¡eso es muy raro! Y después, general ya, y par de Francia, y comendador de la Legion de Honor, habeis consentido en abrazar otra carrera, sin otra esperanza ni otra recompensa que la de ser útil un dia á vuestros semejantes... ¡Ah, caballero! eso es verdaderamente hermoso... es mucho mas, ¡es sublime!

Alberto miraba y escuchaba asombrado á Monte-Cristo. No estaba acostumbrado á verle entusiasmarse de tal manera.

—¡Ay! prosiguió el estranjero, por disipar sin duda la nube imperceptible que sus palabras habian traido al rostro del conde de Morcef, ¡ay! no hacemos eso nosotros en Italia. Nosotros, segun nuestra raza y nuestra especie, crecemos, vejetamos y morimos siendo siempre casi inútiles.

—Pero, caballero, repuso el conde de Morcef, no es patria la Italia para un hombre de vuestra valía, y Francia os tiende sus brazos: venid á ella, que acaso no será ingrata con todo el mundo. Trata muy mal á sus hijos; pero por lo comun acoje muy bien á los estraños.

—¡Bah, padre mio! dijo Alberto sonriéndose; bien véo que no conoceis al señor conde de Monte-Cristo. Sus goces todos estan fuera de este mundo, y no aspira á otros honores que á los que hacen falta puramente para adornar su pasaporte.

—Esa es la frase mas exacta que yo haya oido nunca decir de mí, respondió el estranjero.

—Este caballero ha sido árbitro de su suerte, y ha elegido el camino de las flores, dijo suspirando el conde de Morcef.

—Justamente, caballero, replicó Monte-Cristo, con una de esas sonrisas que nunca dibujará un pintor ni analizará un fisiólogo.

—Si no temiese fatigar al señor conde, añadió el general, prendado evidentemente de las maneras de Monte-Cristo, le llevaría hoy á la Cámara, que la sesion es curiosa para quien no conoce á nuestros senadores modernos.

—Mucho os agradeceré, caballero, que otro dia me renoveis esa proposicion; pero hoy me han hecho concebir la dulce esperanza de ser presentado á la condesa, y la esperaré.

—¡Ah! ¡aquí viene mi madre! esclamó el vizconde.

Volvióse con efecto vivamente Monte-Cristo, y vió á Madama de Morcef en el dintel de la puerta contraria á la que dió paso á su marido.

Al volverse Monte-Cristo hácia ella dejó caer inmóvil y pálida su brazo, que sin saber por qué apoyaba en el marco dorado de la puerta. Hacia algunos segundos que estaba allí, y habia oido las últimas palabras del misterioso estranjero.

Al punto levantóse este y saludó á la condesa, quien á su vez se inclinó muda y ceremoniosa.

—¡Oh, Dios mio! ¿qué teneis, señora? le preguntó el conde. ¿Os hace mal acaso el calor de este salon?

—¿Sufrís, madre mia? esclamó el vizconde abalanzándose á Mercedes.

A entrambos dió ella las gracias con una sonrisa.

—No, contestó; pero he sentido algo de emocion al ver por la vez primera al hombre que nos ha libertado de vivir eternamente en duelo y lágrimas. Caballero, prosiguió la condesa, adelantándose con la majestad de una reina, os debo la vida de mi hijo, y os bendigo por esta deuda. Ahora os doy gracias por el placer que me proporcionais con procurarme esta ocasion de manifestaros mi gratitud, de la misma manera que os he bendecido, es decir, desde el fondo del alma.

El conde volvió á inclinarse mas que la primera vez. Estaba mas pálido que Mercedes.

—El señor conde y vos, señora, me recompensais, dijo, con harta generosidad por una accion muy sencilla. Salvar á un hombre, ahorrar á un padre un tormento y á una madre un dolor, no es hacer una buena obra, sino un acto de humanidad.

A estas palabras, pronunciadas con esquisita urbanidad y dulzura, respondió Madama de Morcef en voz conmovida:

—Muy dichoso es mi hijo, caballero, en teneros por amigo, y yo doy gracias á Dios por haberlo dispuesto así.

Mercedes alzó los ojos al cielo con una gratitud tan grande, que Monte-Cristo creyó ver temblar en ellos una lágrima.

M. de Morcef se acercó á su esposa y la dijo:

—Que repitais, os ruego, señora, al conde de Monte-Cristo las escusas que ya le he dado yo por tenerle que dejar tan pronto. La sesion se abre á las dos: son las tres, y tengo que tomar parte en ella.

—Marchaos, caballero, que yo procuraré que nuestro huésped se olvide de vuestra ausencia, dijo la condesa con la misma sensibilidad.—El señor conde, prosiguió volviéndose á Monte-Cristo, ¿nos hará el gusto de pasar con nosotros todo el dia?

—Gracias, señora, y creedme que os las doy de todo corazon; pero á vuestra puerta me he apeado esta



La condesa de Morcef.

mañana de mi coche de viaje, é ignoro todavía cómo estoy alojado en París, y apenas sé en dónde. Es un cuidado leve, ya lo sé; pero al fin es un cuidado.

—Espero que tendremos otro dia ese gusto; ¿nos lo prometeis? preguntó la condesa.

Monte-Cristo se inclinó sin responder; pero su ademan podia tenerse por señal afirmativa.

—No me obstino, caballero, añadió la condesa, por- lo imposible, nada le cojia de nuevas. Sin embargo, quiso esta vez juzgar por sí mismo, y le acompañó hasta la puerta del palacio.

No se habia equivocado Monte-Cristo. Al punto que apareció en la antecámara del conde de Morcef, un lacayo—el mismo que en Roma fué á llevar á los dos amigos la tarjeta del conde y el anuncio de su visita—salió apresuradamente del peristilo, de manera que al



—¡Ah! ¡aqui viene mi madre! esclamó el vizconde.

que no quiero llegar con mi gratitud hasta la indiscrecion ó la importunidad.

—Si os place, mi querido conde, dijo Alberto, trataré de pagaros en París vuestros amables favores de Roma, poniendo mi cupé á vuestra disposicion hasta que tengais listos vuestros carruajes.

—Mil y mil gracias, vizconde, respondió Monte-Cristo; pero me presumo que M. Bertuccio habrá empleado bien las cuatro horas y media que le he dejado libre; con que tendré ya á la puerta un carruaje enganchado.

Acostumbrado ya Alberto á ver estas cosas en el conde, sabiendo que se despepitaba como Neron por llegar al pórtico halló efectivamente el ilustre viajero que le esperaba su carruaje.

Era un cupé recien salido del taller mas elegante de Paris, con un tiro que no habia querido Drake el dia anterior por diez y ocho mil francos, como lo sabian todos los jóvenes de buen tono.

—No os propongo, caballero, que me acompañeis á mi casa, dijo á Alberto el conde, porque solo podria enseñaros una casa improvisada; y ya sabeis que en esto de improvisaciones tengo una reputacion que conservar. Concededme un dia, y permitidme que entonces os convide. Estaré mas seguro de no faltar á las leyes de la hospitalidad.

—Cuando me pedís un dia, señor conde, seguramente no me enseñareis una casa, sino un palacio. Sin duda teneis á vuestras órdenes algun genio.

—Dejad correr esa idea, que me hará algun partido entre las mujeres, dijo Monte-Cristo poniendo el pié en el estribo de su espléndido carruaje, estribo forrado de tercipelo.

Y arrojándose al interior cerróse la portezuela y partió á galope, mas no con tanta velocidad que no reparase el conde la imperceptible oscilacion de las cortinas de la sala en que habia dejado á Madama de Morcef.

Al volver Alberto á las habitaciones de su madre la halló en el gabinete sumida en un gran sillon de terciopelo.

Como la habitacion estaba muy oscura no pudo Alberto ver el rostro de la condesa envuelto en una nube de gasa, que se habia ella liado en torno á sus cabellos como una nube de vapor. Empero figuróseIe que su voz estaba alterada, y aun distinguió entre los perfumes de las rosas y heliotropos de las rinconeras, el áspero é incisivo olor de las sales antinerviosas. Con efecto, en una de las copas cinceladas de la chimenea veíase un pomito á medio sacar de su caja de *chagrin*. Con esto se redobló la inquietud del jóven.

—¿Sufrís, madre mia? esclamó al entrar. ¿Os habeis puesto mala durante mi ausencia?

—No, no, Alberto; pero ya comprendes que esas rosas, esas flores exhalan durante estos primeros calores, que nos cojen desprevenidos, unos perfumes tan fuertes...

—Entonces, madre mia, es necesario llevarlas á la antesala, dijo Morcef alargando la mano á la campanilla. Estais verdaderamente indispuesta. Ya cuando vinísteis estábais muy pálida.

—¿Que estaba pálida decís, Alberto?

—Palidez que os sienta admirablemente, madre mia; pero que no por eso dejó de asustarnos á mi padre y á mí.

—¿Os habló de ella vuestro padre? dijo Mercedes vivamente.

—No señora, que fué á vos misma.

—No recuerdo, murmuró la condesa.

Al rumor de la campanilla entró un criado.

—Llevaos esas flores, le dijo Alberto, á la antesala ó al tocador, que le hacen daño á la señora condesa.

El criado obedeció.

Mientras duró la traslacion de las flores guardaron ambos silencio.

—¿Qué significa ese nombre de Monte-Cristo? preguntó la condesa cuando el criado salió con el último vaso: ¿es nombre de familia, de una posesion, ó un título simplemente?

—Creo que no es mas que un título, madre mia. El conde ha comprado una isla en el archipiélago toscano, y ha fundado una encomienda, segun decia él mismo esta mañana. Ya sabeis que eso lo hace todos los dias San Estéban de Florencia, San Jorge Constantino de Parma, y hasta la Orden de Malta. Por lo demás él no tiene pretensiones noviliarias, y se apellida conde de casualidad, aunque en Roma era tenido por un gran señor.

Sus maneras son escelentes, dijo la condesa, á lo menos por lo que he podido juzgar en los cortos instantes que permaneció aquí.

—¡Oh! no hay que pedirle, madre mia. Sobrepuja á cuanto yo he conocido de mas refinado en las tres noblezas mas orgullosas del mundo, es decir, en la nobleza inglesa, en la española y en la alemana.

La condesa reflexionó un instante, y tras una corta perplejidad repuso:

—Vos habeis visto, mi querido Alberto...— ya comprendeis que es una pregunta de madre la que os hago,— vos habeis visto al conde interiormente, sois perspicaz, teneis ciencia de mundo, y mas tacto que el que se suele tener á vuestra edad; ¿creeis que el conde sea lo que parece?

—¿Y qué parece?

—Ahora acabais de decirlo: un gran señor.

—Os dije, madre, que se le tenia por tal.

—Y vuestra opinion ¿cuál es?

—Os confieso que no la tengo aun bien formada: le creo maltés.

—No os pregunto por su orígen, sino por su carácter.

—¡Ah! la cuestion varía. He visto en él tantas cosas estrañas, que si quereis que os diga lo que pienso, le tomo de buen grado por uno de esos héroes de Byron, marcados con el sambenito fatal de la desgracia; por un Manfredo, un Lara, un Werner, por uno, en fin, de esos vástagos de una familia antiquísima, que desheredados de su fortuna paternal, han reunido otra con su genio aventurero, poniéndose fuera de toda ley social.

—¿Con que decís...

—Digo que Monte-Cristo es una isla en medio del Mediterráneo, deshabitada, inculta, y refugio de los piratas y contrabandistas de todas las naciones. ¿Quién asegura que estos dignos industriales no pagan á su señor un derecho de asilo?

—Es muy posible, dijo la condesa.

—Pero contrabandista ó no, repuso el jóven, convendreis, madre mia, puesto que le habeis conocido, en que el conde de Monte-Cristo es un hombre muy notable, que va á dar golpe en los círculos de París. Por lo pronto, esta misma mañana en mi habitacion inauguróse dejando estupefactos á todos, hasta Chateau-Renaud.

—¿Y qué edad puede tener? preguntó Mercedes, dando visiblemente gran importancia á esta pregunta.

—Treinta y cinco á treinta y seis años, madre mia.

—¡Tan jóven!... ¡es imposible! respondiendo á su hijo y á su pensamiento al par.

—Y sin embargo, es lo cierto; tres ó cuatro veces me ha dicho sin premeditacion alguna:— en tal época tenia yo cinco años,— en tal diez,— en tal doce.— Yo, que lleno de curiosidad me apoderaba de estos detalles, confrontaba las fechas, y nunca le cojí en renuncio. La edad pues de este hombre singular, que no tiene edad, es de seguro treinta y cinco años. Tened además presente, madre mia, cuánta es la viveza de sus ojos, lo negro de sus cabellos, y la tersura de su frente, aunque pálida. Es una organizacion, no solo vigorosa, sino todavía jóven.

Mercedes bajó la cabeza como abrumada por un tropel de amargos pensamientos.

—¿Y ese hombre se ha hecho muy amigo vuestro? preguntó á su hijo con cierto temblor nervioso.

—Así lo creo, señora.

—Y vos... ¿le amais tambien?

—Me agrada mucho, señora, diga lo que diga Franz d'Epinay, que queria hacerle pasar á mis ojos por un hombre que vuelve del otro mundo.

La condesa hizo un ademan de terror.

—Alberto, dijo con voz alterada, siempre os he aconsejado que os mireis mucho en esto de amistades nuevas. Ahora ya sois hombre y podriais darme á mí propia consejos... Sin embargo, no me cansaré de repetiros:—Alberto, ¡prudencia!

—Primero será preciso, para que me aproveche el consejo, madre querida, que sepa yo de qué he de desconfiar. El conde no juega nunca; el conde solo bebe agua mezclada con una gota de vino español; el conde hace alarde de ser tan rico, que no podria pedirme dinero prestado sin que todo el mundo se le riese en sus barbas. ¿Qué temor quereis pues que os inspire?

—Teneis razon, y mis temores son locos, y mas tratándose de un hombre que os ha salvado la vida,

respondió la condesa. A propósito de esto, Alberto, ¿le ha recibido bien vuestro padre? Importa que tratemos al conde con mucho esmero, y como M. de Morcef, á causa de sus contínuas ocupaciones, que alteran su humor, podria sin quererlo...

—Mi padre, señora, le interrumpió Alberto, nada me ha dejado que desear, y hasta diré que parecióme le halagaron mucho dos ó tres galanterías muy oportunas, que el conde le dirigió con tanto acierto como si le conociese treinta años há. Una de aquellas alabanzas bastaba á enorgullecer á mi padre, prosiguió Alberto sonriendo; con que se han separado tan amigos, que M. de Morcef queria llevarle hoy mismo á la Cámara á que oyese su discurso.

La condesa no respondió: estaba sumida en una meditacion tan profunda, que sus ojos se habian cerrado poco á poco.

En pié delante de ella, la contemplaba el jóven con ese amor filial, que es mas tierno y mas afectuoso en los hijos cuyas madres se conservan jóvenes y hermosas. Luego, cuando vió cerrarse sus ojos y la oyó un instante respirar en su dulce inmovilidad, alejóse de puntillas, cerrando con precaucion la puerta, porque no hiciese ruido.

—Ese diablo de hombre, murmuró meneando la cabeza, hace impresion á todo el mundo, como se lo habia pronosticado. Tengo un termómetro infalible para calcular su valía. Mi madre la ha notado; con que es preciso que sea muy notable.



La condesa hizo un ademan de terror.

Y con esto bajó á sus cuadras, no sin despecho oculto de que el conde de Monte-Cristo poseyera un tiro que dejaba, para los inteligentes, á su tiro de bayos en segundo lugar.

—Decididamente, dijo, los hombres no son iguales. Rogaré á mi padre que desenvuelva en la Cámara alta este teorema.

CAPITULO III.

BERTUCCIO.

En este intervalo habia llegado el conde á su casa, tardando solo seis minutos en el camino.

Estos seis minutos bastaron á que le viesen veinte jóvenes, que conociendo el precio del tiro de caballos que ellos no habian podido comprar, pusieron los suyos al galope para ver al espléndido señor que gastaba caballos de á diez mil francos cada uno.

La casa elegida por Alí para mansion de Monte-Cristo estaba situada en los Campos Elíseos, á la mano derecha así como se sube. Era una de estas habitaciones construidas entre patio y jardin. Algunos árboles que crecian en medio del patio ocultaban una parte de la fachada. De estos árboles partian á derecha é izquierda dos caminos, por donde los carruajes llegaban hasta un peristilo, en cuyos escalones se veian jarros de porcelana llenos de flores.

Aunque aislada en medio de un gran espacio de terreno, tenia esta casa, además de la principal, otra puerta que daba á la calle de Ponthieu.

La maciza verja giró sobre sus goznes antes que el cochero hubiera llamado al conserje.

Habian visto venir al conde, y en París como en Roma y como en todas partes le servian con la presteza del relámpago.

Sin acortar ni un punto el paso entró el cochero describiendo un semicírculo, y ya estaba la verja cerrada cuando aun rechinaban las ruedas con la arena del camino.

El coche se detuvo á la izquierda del peristilo, y al instante aparecieron dos hombres: uno era Alí, que sonrió á su amo con increible y jovial franqueza, creyéndose pagado con una simple mirada, mientras el otro saludó humildemente á Monte-Cristo y le presentó su brazo para ayudarle á bajar del carruaje.

—Gracias, señor Bertuccio, dijo el conde salvando ligeramente los tres escalones del estribo.—¿Y el notario?

—En la sala chica, escelencia, respondió Bertuccio.

—¿Y las tarjetas que os mandé hacer en cuanto supiéseis el número de la casa?

—Ya estan hechas, señor conde. Fuí al mejor grabador del Palacio Real, que hizo delante de mí la plancha. El primer ejemplar lo llevaron al instante, cumpliendo vuestras órdenes, al señor baron Danglars, diputado, calle de la Chaussée-d'Antin, núm. 7. El resto de la tirada está sobre la chimenea de la alcoba de vuestra escelencia.

—Bien.—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

Dió Monte-Cristo sus guantes, su sombrero y su baston al mismo lacayo francés que vimos en la antesala de Alberto, y luego pasó á la sala conducido por Bertuccio, que le enseñaba el camino.

—¡Qué pobreza de estátuas hay en esta antesala! dijo Monte-Cristo. Espero que desaparecerán todas.

Bertuccio se inclinó.

Como él lo habia dicho, el notario esperaba en la sala.

—¿Este caballero, preguntó Monte-Cristo, es el notario encargado de vender la casa de campo que yo deseo?

—Sí, señor conde, respondió el notario.

—¿Está ya hecha la escritura?

—Sí, señor conde.

—¿La traeis?

—Sí señor.

—Perfectamente. ¿Y cuál es la situacion de esa casa? preguntó Monte-Cristo dirigiéndose al notario y á Bertuccio á la par.

El mayordomo hizo un gesto que significaba:—no lo sé.

El notario miró con asombro á Monte-Cristo.

—¡Cómo! ¿ignora el señor conde, dijo, dónde está la casa que va á adquirir?

—No, á fé mia, respondió el conde.

—¿No la habeis visto?

—¿Cómo diablos la he de haber visto? He llegado de Cádiz hoy por la mañana; nunca he venido á París, y aun es esta la primera vez que piso el territorio francés.

—Eso es otra cosa, respondió el notario. La casa que va á comprar el señor conde está situada en Auteuil.

Al oir esto palideció Bertuccio visiblemente.

—¿Y dónde está Auteuil? preguntó Monte-Cristo.

—A dos pasos de aquí, señor conde, respondió el notario, cerca de Passy, en medio del bosque de Boloña, en una situacion bellísima.

—¡Tan cerca! dijo Monte-Cristo. ¡Eso no es campo! ¿Cómo diablos, señor Bertuccio, me habeis ido á elegir una casa á las puertas de París?

—¡Yo! esclamó el mayordomo con precipitacion estraña. No he sido yo á quien ha encargado el señor conde de buscarle esa casa. Dígnese el señor conde recordar... consulte su memoria...

—¡Ah! teneis razon, dijo Monte-Cristo. Ya recuerdo. Leí el anuncio en un periódico, y me dejé seducir por el *pomposo título de Casa de Campo.*

—Aun es tiempo, dijo Bertuccio vivamente. Si vuestra escelencia me encarga de buscarle otra, yo revolveré el mundo hasta encontrar la mejor, sea en Enghien, sea en Fontenay-aux-Roses, sea en Bellevue.

—No tal, dijo con indolencia Monte-Cristo. Puesto que ya tengo esta, la conservaré.

—Y haceis bien, se apresuró á decir el notario, temiendo perder sus derechos. Es una posesion lindísima, con aguas potables, bosques espesos, casa escelente, aunque abandonada hace muchos años, sin contar el mueblaje, que aunque antiguo tiene su valor, hoy sobre todo que se buscan con afan las antiguallas. Disimúleme el señor conde si le creo del gusto de la época.

—Decid en conclusion: ¿es una casa decente? esclamó Monte-Cristo.

—¡Ah! mas que decente; ¡es magnífica!

—¡Diablo! pues no perdamos la ocasion, dijo el conde. Dadme la escritura, señor notario.

Y firmó en un abrir y cerrar de ojos, después de leer muy por encima la hoja en que se detallaban la situacion de la propiedad y los nombres de sus dueños.

—Bertuccio, dijo en seguida, dad á este caballero cincuenta y cinco mil francos.

Salió el mayordomo con paso inseguro y volvió poco después con un legajo de billetes de banco, que el notario contó como hombre acostumbrado á no recibir dinero sin contarlo.

—¿Estan ya llenas todas las formalidades? le preguntó el conde.

—Todas, señor.

—¿Traeis las llaves?

—Las tiene el conserje que guarda la casa; pero tomad esta copia de la órden que le he dado de instalaros en ella.

—Bien.

E hizo Monte-Cristo al notario una señal con la cabeza, que queria decir:

—Ya no os necesito. Idos.

—Pero creo que el señor conde se equivoca, se atrevió á decir el honrado curial. Toda la suma no pasa de cincuenta mil francos.

—¿Y vuestros derechos?

—Estan incluidos en ella.

—Pero ¿no habeis venido de Auteuil aquí?

—Sin duda.

—Pues justo es pagaros la incomodidad, repuso el conde.

Y le despidió con un gesto.

El notario salió de la estancia andando para atrás y doblándose hasta el suelo.

Desde el dia en que tomó su título era la primera vez que se topaba con un cliente por el estilo.

—Acompañad á este caballero, dijo el conde á Bertuccio.

El mayordomo salió detrás del notario.

Apenas se vió solo sacó el conde de su bolsillo una cartera con llave, llave que pendiente de su cuello no le abandonaba nunca.

—¿No me habeis dicho en otro tiempo, señor Bertuccio, que habíais viajado por Francia?

—Sí, escelencia, por ciertas partes de Francia.

—¿Conocereis sin duda los alrededores de París?

—No, escelencia, no, respondió Bertuccio con una especie de temblor nervioso, que Monte-Cristo, conocedor profundo de emociones, atribuyó con razon á inquietud vivísima.



El notario miró con asombro á Monte-Cristo.

Después de examinar algunas hojas detúvose en una llena de notas, y confrontándolas con la escritura que yacia sobre la mesa y evocando sus recuerdos, murmuró:

—Auteuil, calle de la Fontaine, núm. 28... Exactamente. ¿Deberé yo creer en una confesion arrancada por el terror religioso ó por el terror físico? Dentro de una hora lo sabré.

—¡Bertuccio! esclamó golpeando con una especie de martillo de mango elástico en un timbre, que lanzó un sonido agudo y prolongado.—¡Bertuccio!

El mayordomo apareció.

—¡Lástima es, repuso, que nunca hayais visitado los alrededores de París, porque quiero ir esta misma noche á ver mi nueva propiedad, y sin duda me hubiérais servido muy bien de cicerone.

—¡Yo ir á Auteuil! esclamó Bertuccio poniéndose lívido, de moreno que era. ¡Yo á Auteuil!

—¿Qué tendria de particular que viniéseis á Auteuil? Preciso os será ir cuando yo viva en aquella casa, puesto que formais parte de mi servidumbre.

Bertuccio bajó la cabeza ante la imperiosa mirada de su amo, permaneciendo inmóvil y sin responderle.

—Pero ¿qué es lo que os pasa? ¿Vais á hacerme

otra vez llamar para que pongan el carruaje? dijo Monte-Cristo con el tono en que Luis XIV debió decir aquella frase tan célebre:—¡He tenido que esperar!

De un salto llegó Bertuccio desde la sala á la antesala gritando con voz ronca:

—¡El coche de su escelencia!

Monte-Cristo se puso á escribir dos ó tres cartas.

Cuando cerraba la última volvió á entrar el mayordomo diciendo:

CAPITULO IV.

LA CASA DE AUTEUIL.

Habia reparado Monte-Cristo que al bajar del peristilo se persignó Bertuccio á la manera de los corzos, es decir, haciendo en el aire una cruz con el dedo



—¡Yo ir á Auteuil! esclamó Bertuccio, poniéndose lívido de moreno que era.

—El coche de su escelencia está á la puerta.

—Tomad vuestros guantes y vuestro sombrero, le dijo Monte-Cristo.

—Pero ¿acompaño al fin al señor conde? esclamó Bertuccio.

—Sin duda; tendreis que tomar algunas disposiciones, puesto que pienso habitar aquella casa.

No habia ejemplo de que hubiera tolerado el conde réplica alguna.

Con que el mayordomo le siguió.

Al subir al carruaje se sentó respetuosamente en la banqueta delantera.

pulgar, y que al sentarse en el coche murmuraba en voz baja una corta oracion.

Un hombre que no hubiera sido curioso apiadárase de la singular repugnancia manifestada por el digno mayordomo á aquel paseo extramuros; pero el conde era al parecer demasiado curioso para dispensar á Bertuccio aquel viaje.

En veinte minutos llegaron á Auteuil.

La emocion del mayordomo habia ido acrecentándose.

Reclinado en un rincon del coche, se puso á examinar, cuando entraron en el pueblo, las casas con atencion febril.

—Decid que paren en la calle de la Fontaine, número 28, dijo el conde clavando sin piedad sus miradas en el mayordomo á quien daba esta órden.

Aunque se cubrió de sudor su rostro obedeció Bertuccio, é inclinándose fuera del carruaje gritó al cochero:

—Calle de la Fontaine, núm. 28.

Este número se hallaba á un estremo de la poblacion.

Llamó Bertuccio, y abriéndose la puerta apareció el conserje.

—¿Quién es? preguntó.

—Vuestro nuevo amo, buen hombre, dijo el lacayo.

Y alargó al conserje la órden firmada por el notario.

—¿Con que se ha vendido la casa, y es este caballero quien viene á vivir en ella?

—Sí, amigo mio, respondió el conde, y procu-

—Pero ¿acompaño al fin al señor conde? esclamó Bertuccio.

Durante el camino habia cerrado la noche, ó mas bien una nube preñada de electricidad daba á las prematuras tinieblas el colorido y la solemnidad de un episodio dramático.

El carruaje se detuvo, lanzándose el lacayo á abrir la portezuela.

—¿Y qué, no bajais, señor Bertuccio? dijo el conde. ¿Os quedais en el carruaje? ¿En qué diablos pensais esta noche?

Precipitóse Bertuccio á la portezuela, y presentó su hombro al conde, que bajó uno á uno apoyado en él los tres escaloncitos del estribo.

—Llamad y anunciadme, dijo el conde.

raré que no echeis de menos á vuestro antiguo amo.

—¡Oh! no le echaré mucho, caballero, repuso el conserje, porque muy rara vez le veíamos. Mas de cinco años há que no viene por aquí, y ha hecho bien á fé mia en vender una casa que nada absolutamente le rentaba.

—¿Y cómo se llamaba vuestro amo? le preguntó Monte-Cristo.

—El marqués de Saint-Meran. A buen seguro que no habrá vendido la casa en tanto como le costó.

—¡El marqués de Saint-Meran! repitió Monte-Cristo. Paréceme que yo he oido ese nombre antes de ahora... ¡El marqués de Saint-Meran!...

Y se puso á registrar su memoria, al parecer.

—Un caballero antiguo, fiel servidor de los Borbones, prosiguió el conserje. Tenia una hija que estuvo casada con M. de Villefort, que fué procurador del rey en Nimes y luego en Versalles.

Dirigió Monte-Cristo á Bertuccio una mirada, hallándole mas blanco que la pared en que se apoyaba para no caerse.

—¿No ha muerto esa jóven? Paréceme que lo he oido decir, preguntó Monte-Cristo.

—Sí, caballero, hace veintiun años, y desde entonces no han llegado á tres las veces que hemos visto á nuestro querido amo.

—Gracias, gracias, dijo Monte-Cristo, juzgando por la situacion del mayordomo que no podia estirar mas aquella cuerda sin riesgo de romperla. Gracias.—Dadme una luz, buen hombre.

—¿Quereis que os acompañe?

—No, es inútil. Bertuccio me alumbrará.

Y acompañó el conde estas palabras con dos monedas de oro, que arrancaron al portero una multitud de bendiciones y suspiros.

—¡Ah, señor! dijo este después de buscar por todas partes, no tengo aquí vela ninguna.

—Coged, Bertuccio, uno de los faroles del carruaje, y veremos la casa, dijo el conde.

Obedeció sin réplica Bertuccio; pero era fácil advertir en el temblor de su mano y del farol cuánto le costaba la odediencia.

Recorrieron la planta baja, que era muy grande, y en seguida el primer piso, compuesto de un salon, una sala de baños y dos alcobas.

En una de estas alcobas habia una escalera espiral por donde se bajaba al jardin.

—¡Calle! ¡miren qué escalera, y qué buena es! dijo conde. Alumbradme, señor Burtuccio, delante de mí, y vamos adonde nos lleve á parar.

—Señor, va á parar al jardin, dijo Bertuccio.

—¿Cómo lo sabeis?

—Es decir que debe...

—Pues cerciorémonos.

Bertuccio exhaló un suspiro y bajó delante.

Con efecto, la escalera conducia al jardin.

Al llegar á la puerta se detuvo el mayordomo.

—Vamos, señor Bertuccio, dijo el conde.

Pero á quien se dirigia estaba embrutecido, ensimismado.

Sus ojos, desencajados, parecia como si en torno buscasen las huellas de un pasado terrible, y con sus manos crispadas pretendia apartar de sí recuerdos espantosos.

—Vamos, repitió el conde.

—¡No, no! esclamó Bertuccio colocando el farol en un rincon de la parte de adentro. No, señor, no andaré mas; es imposible.

—¿Qué quiere decir esto? murmuró la voz irresistible de Monte-Cristo.

—Ya veis, señor, que esto no es natural, esclamó el mayordomo; no es natural que pudiendo comprar una casa en París, la compreis justamente en Auteuil, y que comprándola en Auteuil sea la casa número 28 de la calle de la Fontaine. ¡Ah, señor! ¿por qué no os lo habré contado todo cuando era tiempo? De seguro no me hubiérais exigido que viniese. Yo esperaba que la casa fuera otra que no esta. ¡Como si no hubiera otra casa en Auteuil que la del asesinato!

—¡Oh! ¡oh! dijo Monte-Cristo deteniéndose á cada esclamacion. ¿Qué maldita palabra es esa que acabais de pronunciar? ¡Diablo de hombre! ¡Corzo infernal! ¡Siempre misterios ó supersticiones! Vamos, coged ese farol y visitemos el jardin. Espero que no tengais miedo yendo conmigo.

Bertuccio obedeció, volviendo á cojer la luz.

Al abrirse la puerta descubrióse un cielo plomizo. La luna se esforzaba en vano á luchar con una multitud de nubes que la cubrian por intervalos, y que ella tal vez doraba, hasta que ennegreciéndose mas y mas iban á perderse en los antros de la inmensidad.

El mayordomo quiso echar por la izquierda.

—No señor, dijo Monte-Cristo, ¿á qué seguir las veredas? Vamos cortando por esta alfombra de musgo.

Bertuccio obedeció, limpiándose el sudor que por su frente corria.

Sin embargo, continuaba inclinándose á la izquierda.

Monte-Cristo, por el contrario, se inclinaba á la derecha, y al llegar á un grupo de árboles se detuvo.

El mayordomo no pudo ya contenerse.

—¡Quitaos, señor, quitaos! ¡yo os lo pido! esclamó. ¡Estais justamente en el mismo sitio!

—¿En qué sitio?

—¡Donde cayó!

—Mi querido Bertuccio, volved en vos, que no estamos en Córcega, dijo sonriéndose Monte-Cristo. Esto no es un bosque sino un jardin, que aunque mal cuidado, no merece...

—¡Señor, no os quedeis ahí! ¡no os quedeis ahí!

—Creo que vais á volveros loco, señor Bertuccio, dijo el conde con frialdad. A ser así avisádmelo, para que os mande encerrar en un hospital antes que suceda una desgracia.

—¡Ay escelencia! dijo Bertuccio meneando la cabeza y juntando las manos en una actitud que hubiera hecho sonreir al conde, si pensamientos mas graves no le tuvieran atento á los menores síntomas de aquella conciencia timorata. ¡Ay escelencia! la desgracia ya sucedió!

—Señor Bertuccio, debo deciros que gesticulais y os retorceis los brazos y revolveis los ojos ni mas ni menos que un endemoniado á quien Lucifer no quiere abandonar. Tengo advertido que no hay Lucifer mas testarudo que un secreto. Yo os tenia por corzo, yo os tenia por hombre preocupado siempre con alguna añeja historia, y os sufria esto en Italia porque allí estas cosas estan á la órden del dia; pero en Francia el asesinato es de muy mal gusto; existen gendarmes que lo persiguen, jueces que le condenan, y cadalsos que lo vengan.

Bertuccio juntó las manos; y como al ejecutar estas evoluciones no abandonaba un momento su linterna, la luz iluminó su trastornado rostro.

Examinó Monte-Cristo con la misma mirada con que en Roma habia examinado el suplicio de Andrea; y después, con un tono que hizo estremecer al pobre mayordomo, le dijo:

—¿Luego me habia engañado el abate Busoni cuando, después de su viaje á Francia en 1829, os envió á mí, acompañado de una carta de recomendacion, en la cual me encarecia vuestras preciosas cualidades? Pues ahora bien: voy á escribir al abate; le haré responsable de su protegido, y averiguaré á no dudarlo qué hay sobre este crímen. Os prevengo solamente, señor Bertuccio, que cuando vivo en un país acostumbro amoldarme á sus leyes, y que no tengo ganas de indisponerme por vos con la justicia de Francia.

—¡Oh! no hagais eso, escelencia; os he servido fielmente, ¿no es verdad? esclamó Bertuccio desesperado; he sido siempre hombre de bien, y he ejecutado buenas acciones siempre que me ha sido posible.

—No digo que nó, repuso el conde; ¿pero por qué diablo estais tan agitado? Es mala señal: una conciencia tranquila no pone tanta palidez en el semblante, tanta convulsion en las manos de un hombre...

—Pero, señor conde, repuso titubeando Bertuccio, ¿no me habeis dicho vos mismo que el abate Busoni, que me confesó en las cárceles de Nimes, os habia prevenido al enviarme á vuestra casa que pesaba un grave cargo sobre mi conciencia?

—Sí; pero como os dirigia á mí diciéndome que



—Señor, ¡no os quedeis ahí! ¡no os quedeis!

seríais un escelente mayordomo, he creido que habriais robado, y nada mas.

—¡Oh, señor conde! dijo Bertuccio con desprecio.

—O que como buen corzo que érais, no habríais podido resistir al deseo de *hacer una piel*, como se dice en el país por antífrasis, cuando quieren denotar que deshacen alguna.

—Pues bien; ¡sí, monseñor, sí, mi buen señor, esto es! esclamó Bertuccio arrojándose á los piés del conde: sí; es una venganza, os lo juro, una simple venganza.

—Comprendo; pero lo que no atino es, por qué sea justamente esta casa la que os galvanice hasta tal punto.

—Pero, monseñor, ¿no ha de ser natural, repuso Bertuccio, cuando en esta casa es donde se ejecutó la venganza?

—¡Cómo! ¿en mi casa?

—¡Oh, monseñor! aun no era vuestra, respondió ingénuamente Bertuccio.

—Pero ¿de quién era? Del señor marqués de Saint-Meran, nos dijo, segun creo, el conserje. ¿De qué diablos teníais que vengaros en el marqués de Saint-Meran?

—¡Oh! no era de él, señor, sino de otro.

—¡Estraña casualidad! dijo Monte-Cristo, cediendo al parecer á sus reflexiones; ¡estraña casualidad, que os encontreis así, sin prevencion alguna, en una casa donde ha pasado una escena que os trae tan terribles remordimientos!

—Señor, dijo el mayordomo, á la fatalidad es á quien se debe todo esto, estoy bien seguro: primeramente comprais una casa cabalmente en Auteuil: esta casa es donde se ha cometido el asesinato; bajais al jardin precisamente por la escalera que él mismo bajó; os deteneis justamente en el sitio donde recibió el golpe; á dos pasos, junto á aquel plátano, estaba el hoyo donde acababa de enterrar al niño; todo eso no es casual, nó, porque entonces la casualidad se asemejaría muchísimo á la Providencia.

—Pues bien, señor corzo, supongamos que sea la Providencia; yo supongo todo lo que se quiera: por otra parte, á los espíritus enfermos es menester otorgar algunas concesiones. Veamos, haced memoria, y contadme todo eso.

—No lo he contado mas que una vez, y fué al abate Busoni. Semejantes cosas, añadió Bertuccio meneando la cabeza, no se dicen mas que *sub confesione*.

—Entonces, querido Bertuccio, dijo el conde, aprobareis el que os mande otra vez con vuestro confesor; á que la echeis con él de cartujo ó de bernardo, y le conteis vuestros secretos. Pero yo tengo miedo á vivir con un hombre que ve semejantes fantasmas; no gusto de que mis gentes no se atrevan á pasearse por la tarde en mi jardin. Además, os lo confieso, no deseo que me haga una visita el comisario de policía; y aprended esto, señor Bertuccio: en Italia no se paga á la justicia sino cuando calla; pero en Francia, al contrario, no se la paga sino cuando habla. ¡Qué diantre! creí que teníais algo de corzo, mucho de contrabandista, y que érais por consiguiente un hábil mayordomo; pero veo que teneis otras cuerdas mas en vuestro arco. Ya no estais á mi servicio, señor Bertuccio.

—¡Oh, monseñor, monseñor! esclamó el mayordomo aterrado con aquella amenaza; ¡oh! si en eso consiste el quedarme en vuestro servicio, hablaré, lo diré todo; y si os dejo, será para ir al cadalso.

—Entonces es diferente, dijo Monte-Cristo; pero si quereis mentir, reflexionadlo: mas vale que no digais nada.

—No, señor, os lo juro por la salvacion de mi alma; ¡os lo contaré todo! pues el mismo abate Busoni no supo sino una parte de mi secreto. Pero primero os suplico que os alejeis de ese plátano: ya lo veis; la luna va á blanquecer aquella nube, y aquí, colocado como lo estais, envuelto en esa capa que me oculta vuestro cuerpo y os asemeja al del señor de Villefort!...

—¡Cómo! esclamó Monte-Cristo, ¡es el señor de Villefort....

—¿Le conoce vuestra escelencia?

—¿El antiguo procurador del rey de Nímes?

—Sí.

—¿Que se habia casado con la hija del marqués de Saint-Meran?

—Sí.

—¿Y que gozaba reputacion del mas severo, del mas rígido magistrado?

—Pues sí, señor, esclamó Bertuccio; aquel hombre de reputacion sin tacha...

—Sí.

—Era un infame.

—¡Bah! dijo Monte-Cristo: ¡imposible!

—Sin embargo, os digo la verdad.

—¡Ah! ¿de veras? esclamó Monte-Cristo: ¿teneis pruebas de ello?

—La tenia al menos.

—¿Y la habeis perdido, torpe?

—Sí; pero buscándola bien la puedo volver á encontrar.

—¡Bien! dijo el conde. Contadme eso, señor Bertuccio, pues empieza con efecto á interesarme.

Y tarareando el conde una arieta de *Lucía* fué á sentarse en un banco, mientras Bertuccio le seguia evocando sus recuerdos.

Bertuccio permaneció de pié delante del conde.

CAPITULO V.

LA VENDETTA (1).

—¿Desde dónde quereis que empiece mi narracion, señor conde? le preguntó Bertuccio.

—Desde donde querais, dijo Monte-Cristo, puesto que yo no sé absolutamente nada.

—Creia sin embargo que el señor abate Busoni habia contado á vuestra escelencia...

—Sí, algunos detalles sin duda; pero han pasado ya siete ú ocho años, y los he olvidado todos.

—Entonces puedo, sin temor de fastidiar á vuestra escelencia...

—Decid, señor Bertuccio, decid; me figuraré que leo un periódico de la tarde.

—Estos sucesos se remontan á 1815.

—¡Ah, ah! dijo Monte-Cristo, no es ayer 1815.

—No señor; y sin embargo los mas mínimos detalles estan tan presentes á mi memoria como si solo hubiera pasado un dia. Tenia yo un hermano, un hermano mayor que yo, que estaba al servicio del emperador. Habia llegado á ser teniente de un regimiento de corzos. Este hermano era mi único amigo. Habíamos quedado huérfanos, yo á los cinco años, él á los diez y ocho; me habia educado como si hubiese sido su hijo. En 1814, en tiempo de los Borbones, se habia casado. A la vuelta del emperador de la isla de Elba volvió mi hermano de nuevo al servicio, y herido ligeramente en Waterloo, se retiró con el ejército detrás del Loira.

—Pero esa historia de los *Cien Dias* que me contais, señor Bertuccio, la he oido ya, si no me engaño.

—Dispensadme, escelencia, pero estos primeros

(1) No hemos querido traducir, como se ha hecho en algunas versiones, la palabra *vendetta*, que no tiene equivalente en ningun otro idioma. En Córcega la *vendetta*, es decir, el espíritu de venganza, se estiende, por lo general, no solo al ofensor, sino que tambien á la familia de este, y se trasmite de generacion en generacion por parte del agraviado hasta quedar horriblemente satisfecha aquella pasion rencorosa y hereditaria. Observamos que el autor, M. Dumas, ha conservado en su original francés la misma palabra italiana.



detalles son necesarios, y me habeis prometido tener paciencia.

—¡Proseguid, proseguid! cumpliré mi palabra.

—Un dia recibimos una carta. Debo deciros que habitábamos en la pequeña aldea de Rogliano, en la estremidad del cabo Corto: esta carta era de mi hermano; nos anunciaba el licenciamiento del ejército, y que volvia por Chateauroux, Clemon-Terrand, el Puí y Nimes. Suplicábame que si tenia algun dinero se lo enviase á Nimes en casa de un posadero conocido nuestro, con el cual tenia yo algunas relaciones.

—De contrabando, repuso Monte-Cristo.

—¡Pero por Dios! señor conde, es menester buscarse la vida.

—Ciertamente; proseguid pues.

—Amaba yo entrañablemente á mi hermano, ya os lo he dicho, escelencia; con que determiné no enviarle el dinero, sino llevárselo yo mismo. Poseia mil francos; dejé quinientos á Assunta, que era mi cuñada; tomé los otros quinientos y me puse en camino para Nimes. Era cosa fácil: tenia mi barca que hacer un cargamento en el mar; todo secundaba mi proyecto. Pero hecho el cargamento, se levantó un viento contrario; de manera que estuvimos cuatro ó cinco dias sin poder entrar en el Ródano. Lo conseguimos al fin, y llegando hasta Arlés, dejé la barca entre Bellegarde y Beaucrire y tomé el camino de Nimes.

—¿Y llegásteis, no es eso?

—Sí señor; pero como verá vuestra escelencia, no le digo mas que las cosas absolutamente necesarias. Pues era el momento en que tenian lugar las famosas matanzas del Mediodía. Habia allí dos ó tres bandidos que se llamaban Testaillon, Teufermy y Graffan, que degollaban en las calles á todos los sospechosos de bonapartismo. Sin duda el señor conde habrá oido hablar de estos asesinatos.

—Vagamente; estaba muy lejos de Francia en aquella época. Continuad.

—En Nimes se caminaba sobre sangre; á cada paso se encontraban cadáveres; los asesinos, organizados en bandas, mataban, saqueaban y quemaban. A vista de aquella carnicería me estremecí, no por mí, pues yo, simple pescador corzo, no tenia gran cosa que temer: al contrario, aquel tiempo era magnífico para nosotros los contrabandistas; pero por mi hermano, soldado del Imperio, que volvia del ejército del Loira con su uniforme y sus charreteras, y que por consiguiente tenia que temerlo todo. Corrí á casa de nuestro posadero. Mis presentimientos no me engañaron; mi hermano habia llegado la víspera á Nimes, y á la misma puerta de aquel á quien iba á pedir hospitalidad le asesinaron. Hice todo lo que imaginarse puede para conocer á los asesinos; pero nadie se atrevió á decirme sus nombres: tan temidos eran. Pensé entonces en la justicia francesa, que nada teme, de la cual tanto me habian hablado, y me presenté en casa del procurador del rey.

—¿Y ese procurador del rey se llamaba Villefort? preguntó como con descuido Monte-Cristo.

—Sí, escelencia: venia de Marsella, donde habia sido sustituto. Su celo le habia valido el ascenso. Se decia que era uno de los primeros que hubiesen anunciado el desembarco de la isla de Elba.

—¿Con que os presentásteis en su casa? repuso Monte-Cristo.

—«Señor, le dije, mi hermano ha sido asesinado ayer en las calles de Nimes, no sé por quién, pero vuestra mision es saberlo. Sois aquí jefe de la justicia, y á la justicia es á quien toca vengar á los que no ha sabido defender.

—»¿Y qué era vuestro hermano? me preguntó el procurador del rey.

—»Teniente del batallon corso.

—»¿Soldado del usurpador, segun eso?

—»Un soldado de los ejércitos franceses.

—»Pché! repuso, él se sirvió de la espada y ha perecido por la espada.

—»Os equivocais, señor, ha perecido por el puñal.

—»¿Qué quereis que le haga yo? respondió el magistrado.

—»Ya os lo he dicho: quiero que le vengueis.

—»¿Y de quién?

—»De sus asesinos.

—»¿Los conozco yo por ventura?

—»Mandadlos buscar.

—»¿Y para qué? Vuestro hermano habrá tenido alguna pendencia, algun desafío. Todos esos antiguos soldados se arrojan á unos escesos que les solian salir bien bajo del Imperio, pero que redundan ahora en perjuicio suyo. Ademas á nuestras gentes del Mediodía no les gustan ni los soldados ni los escesos.

—»Señor, repliqué, no es por mí por quien os ruego. Yo lloraria, ó me vengaria simplemente; pero mi pobre hermano tenia una esposa. Si á mi vez me sucediese alguna desgracia, esa pobre muger moriria de hambre, pues el trabajo de mi hermano era tan solo lo que tenia para subsistir. Alcanzad para ella del gobierno una corta pension.

—»Cada revolucion trae sus catástrofes, respondió M. de Villefort; vuestro hermano ha sido víctima de esta; es una desgracia, pero el gobierno nada debe á vuestra familia por esto. Si tuviésemos que juzgar todas las venganzas que los partidarios del usurpador han tomado de los partidarios del rey, quizás hoy vuestro hermano seria condenado á muerte. Lo que ha sucedido es cosa natural; es la ley de las represalias.

—»Y qué, señor, esclamé, ¿es posible que me habeis así, vos, un magistrado!...

—»Esos corzos son todos locos por vida mia! respondió M. de Villefort, y creen aun que su compatriota es emperador. Equivocais los tiempos, querido mio; era menester haber venido á decirme esto hace dos meses. Hoy es demasiado tarde; idos pues, y si no quereis, yo os haré salir.

Miréle un instante para ver si con una nueva réplica podria lograr algo. Aquel hombre parecia de piedra. Acerquéme pues á él.

—»¡Bien, le dije á media voz, puesto que conoceis á los corzos, debereis saber cómo cumplen su palabra. Os parece que han hecho bien en matar á mi hermano, que era bonapartista, porque vos sois realista; pues bien, yo soy bonapartista, y os digo una cosa: os mataré. Desde este momento os declaro la *vendetta;* pues la primera vez que nos volvamos á encontrar cara á cara, será vuestra última hora.»

Y dicho esto, antes de que hubiese vuelto de su sorpresa, abrí la puerta y me marché.

—¡Ah! ah! dijo Monte-Cristo, con esa cara de honradez decís tales cosas, señor Bertuccio! ¡y á un procurador del rey! ¡vaya, vaya! ¿Y él sabia al menos lo que quiere decir esa palabra *vendetta?*

—Lo sabia tan bien, que desde aquel momento no salió nunca solo y se encerró en su casa, haciéndome perseguir por todas partes.

Por fortuna estaba yo tan bien escondido, que no pudo encontrarme.

Entonces el miedo se apoderó de él; la idea de que yo residiese en Nimes le horrorizó; solicitó cambiar de residencia, y como era con efecto hombre influyente, fué destinado á Versalles; pero, ya lo sabeis, no hay distancia para un corzo que ha jurado vengarse de su enemigo; y su carruaje, por muy aprisa que anduviese, jamás me llevaba media jornada de delantera, aunque yo le seguia á pié.

Lo importante no era matarlo; cien veces pude hacerlo; pero habia que matarlo sin ser descubierto, y sobre todo sin ser cojido.

De allí en adelante yo no me pertenecia: mi deber era amparar y mantener á mi cuñada.

Por espacio de tres meses estuve al acecho de

M. de Villefort; durante este tiempo no salió á paseo, no dió un paso ni hizo un solo movimiento sin que mi vista le siguiera por todas partes.

Al fin descubrí que venia á Auteuil misteriosamente: seguíle, y le vi entrar en esta casa en que ahora nos hallamos; solamente que en lugar de entrar como todos por la puerta principal de la calle, venia unas veces á caballo y otras en carruaje, dejando el uno ó el otro en el paradór, y entraba por aquella puertecita que veis allí.

Monte-Cristo hizo una señal con la cabeza para probar que en medio de la oscuridad distinguia con efecto la entrada que le indicaba Bertuccio.

—Como nada tenia ya que hacer en Versalles, me fijé en Auteuil y empecé á indagar. Si queria apoderarme de él, aquí tenia evidentemente que atraparle.

La casa pertenecia, como se lo ha dicho á vuestra escelencia el conserje, á M. de Saint-Meran, padre político de Villefort.

M. de Saint-Meran habitaba en Marsella; por consiguiente esta casa de campo le era inútil; así es que segun dicen acababan de arrendarla á una viuda jóven, á quien solo conocian bajo el nombre de la baronesa.

Con efecto, una noche, acechando yo por encima de la tapia, vi á una muger jóven y hermosa que se paseaba sola por el jardin. La jóven miraba con frecuencia á la puerta, y yo comprendí que aquella noche aguardaba á M. de Villefort.

Cuando estuvo bastante próxima de mí para que, á pesar de la oscuridad pudiese distinguir sus facciones, conocí que podria tener de diez y ocho á diez y nueve años, y que era alta y rubia.



Desde este momento os declaro la *vendetta*.

Como llevaba solamente un peinador y nada oprimia su talle, noté que se hallaba en cinta, y que su embarazo parecia bastante adelantado.

Algunos momentos después abrióse la puertecita: un hombre entró: corrió la jóven á su encuentro, y arojándose en los brazos uno de otro, se estrecharon con ternura y entraron juntos en la casa.

Aquel hombre era M. de Villefort.

Reflexioné que al salir, sobre todo si era de noche, debia de atravesar solo el jardin en toda su longitud.

—¿Y habeis averiguado después el nombre de aquella muger? le preguntó el conde.

—No, escelencia, respondió Bertuccio. Ya vereis cómo no tuve tiempo de saberlo.

—Continuad.

—Aquella noche, prosiguió Bertuccio, quizás hu-

biera podido matar al procurador del rey; pero no conocia aun lo bastante el jardin en todas sus partes.

Temí no matarlo de un golpe, y no poder huir si acaso alguno acudia á sus gritos.

Lo aplacé para la próxima cita, y para que ningun preparativo me faltase, tomé un cuartito próximo, que dando á la calle dominaba la tapia del jardin.

Tres dias después, hácia las siete de la noche, ví salir de la casa á un criado á caballo, que tomó á ga-

Mi primer cuidado fué correr á la puerta: el hombre habia dejado la llave dentro, tomando sin embargo la precaucion de darla dos vueltas.

Nada estorbaba mi huida por aquel lado.

Púseme pues á reconocer aquellos sitios.

El jardin formaba un cuadrilongo; un prado de fino musgo inglés se estendia hácia el medio; á los estremos se encontraban algunos grupos de árboles de espeso follaje, y entremezclados con flores de otoño.



Ví una muger jóven y hermosa que se paseaba por el jardin.

lope el camino de la carretera de Sevres. Presumí que iba á Versalles, y no me engañaba.

Tres horas después volvió el hombre cubierto de polvo. Estaba cumplida su comision.

Diez minutos mas tarde, otro hombre á pié, envuelto en una capa, abria la puertecita del jardin, que se cerró acto contínuo.

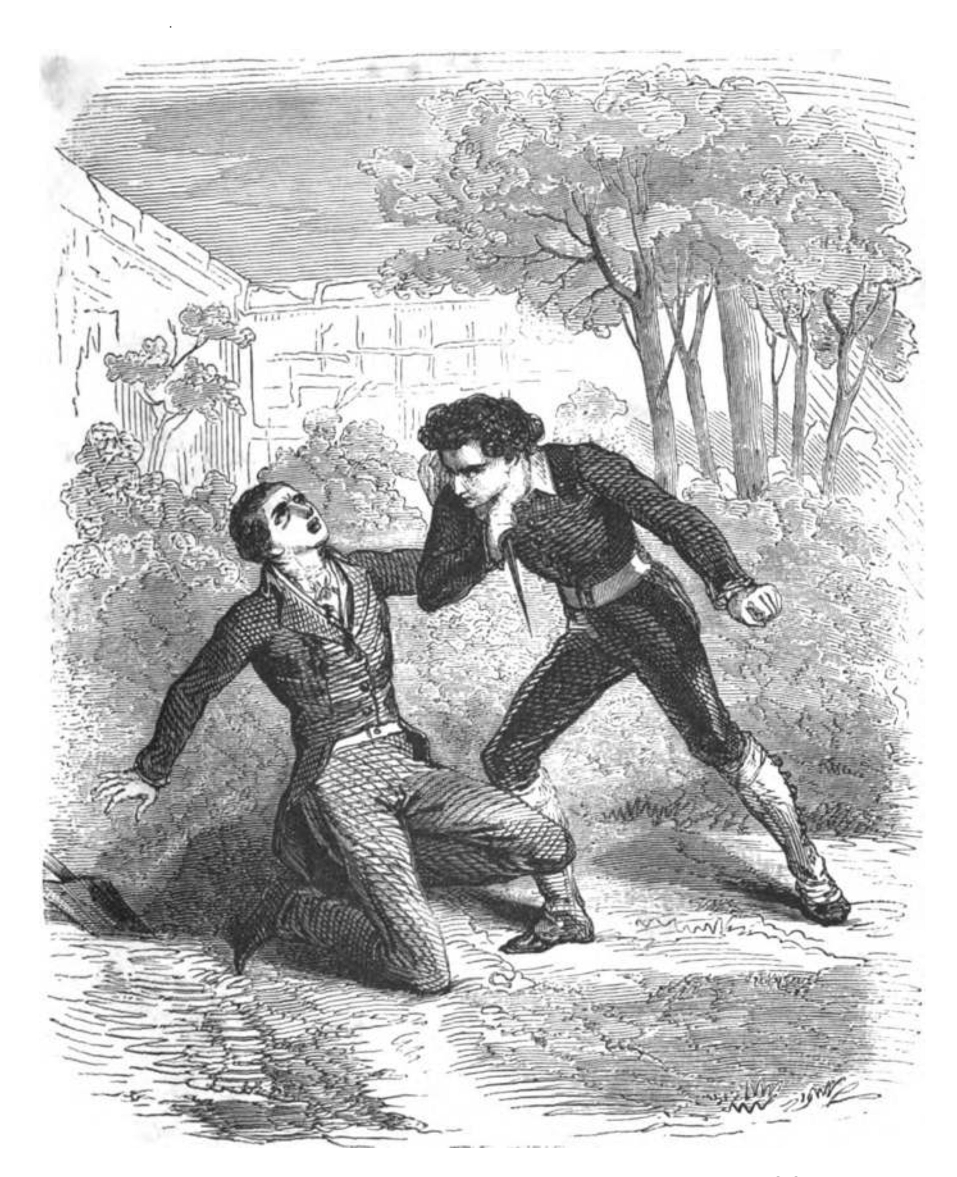
Bajé rápidamente. Aunque no hubiese visto el rostro de Villefort, le reconocí por los latidos de mi corazon: atravesé la calle, me acerqué á un poste colocado en el ángulo de la tapia, y por donde yo habia observado por primera vez el jardin.

Esta vez no me contenté con mirar; saqué mi navaja del bolsillo, me aseguré de que la punta estaba bien afilada, y salté por encima de la tapia.

Para dirigirse de la casa á la puertecita, ó de esta á la casa, bien entrase ó bien saliese, M. de Villefort tenia que pasar de por fuerza junto á los árboles.

Estábamos á fines de setiembre; el viento soplaba con furia: la luna, pálida y velada á cada instante por espesas nubes que atravesaban con rapidez por el cielo, blanqueaba la arena de las alamedas que conducian á la casa; pero no podia romper la oscuridad de aquellos espesos bosquecillos, en los cuales un hombre podia permanecer oculto sin temor de ser descubierto.

Me escondí en el que estaba mas cercano al sitio por donde debia pasar Villefort: apenas estaba allí, cuando en medio de las bocanadas de viento que doblaban los árboles por encima de mi cabeza, me pareció oir como unos gemidos.



—«¡Soy Juan Bertuccio! tu muerte por mi hermano; tu tesoro para su viuda.»

Pero ya sabeis, ó mas bien no lo sabeis, señor conde, que el que aguarda la ocasion para cometer un asesinato, cree siempre oir gritos sordos en el aire.

Dos horas pasaron, durante las cuales creí oir los mismos gemidos repetidas veces.

Dieron las doce de la noche.

Cuando sonaba lúgubre y retumbante la última campanada, apercibí un débil resplandor que iluminaba las ventanas de la escalera secreta, por la que hemos bajado poco tiempo ha.

La puerta se abrió, y el embozado volvió á aparecer.

Era el momento terrible; pero hacia largo tiempo que estaba yo preparado para aquel trance: con que nada me hizo desistir; saqué mi navaja, y cuando la tuve en la mano esperé.

El embozado vino á mí en derechura; pero á medida que avanzaba en terreno descubierto, creia yo notar que llevaba un arma en la mano derecha; tuve miedo, no de la lucha, sino de que mi plan fracasara.

Cuando estuvo ya pocos pasos de mí, reconocí que lo que habia tomado por un arma no era otra cosa que un azadon.

No habia tenido aun tiempo de adivinar con qué objeto llevaria M. de Villefort en la mano un azadon, cuando se detuvo junto á los árboles, echó una mirada en torno suyo, y se puso á cabar un hoyo en la tierra.

Entonces fué cuando me apercibí de que llevaba algo bajo su capa; acababa de ponerla sobre el musgo para que fuesen libres sus movimientos.

Entonces, lo confieso, se mezcló á mi rencor algo de curiosidad; quise ver á qué iba allí Villefort, y permanecí inmóvil, sin alentar siquiera.

Luego ocurrióseme una idea, que se confirmó viendo al procurador del rey sacar de su capa un cofrecito de dos piés de largo y de seis á ocho pulgadas de ancho.

Dejéle poner en el hoyo el cofre, sobre el cual echó tierra; luego aquella tierra removida la pisoteó para que desapareciese la huella de aquel trabajo nocturno.

Lancéme sobre él y le dí un navajazo en el pecho, diciéndole:

—«¡Soy Juan Bertuccio! tu muerte por mi hermano; tu tesoro para su viuda: ya ves que mi venganza es mas completa que lo que yo mismo me imaginaba.»

No sé si oiria aquellas palabras; mas no lo creo, pues cayó al suelo sin dar un grito, y sentí su sangre saltar á borbotones y humeante á mis manos y á mi rostro; pero yo estaba ébrio, yo deliraba. Aquella sangre me refrescaba en vez de quemarme.

En un segundo desenterré con ayuda del azadon el cofrecito; y luego, para que no conociesen que lo habia sacado, llené de tierra á mi vez el hoyo, arrojé el azadon por encima de la tapia, y me lancé á la puerta, que cerré por de fuera dando dos vueltas á la cerradura y llevándome la llave.

—¡Bueno! dijo Monte-Cristo; un asesinato acompañado de un robo.

—No, escelencia, respondió Bertuccio, una *vendetta* seguida de una restitucion.

—¿Y la cantidad era grande al menos?

—No era dinero.

—¡Ah! sí, ya recuerdo, dijo Monte-Cristo: ¿no habeis hablado de un niño?

—Justamente, escelencia. Corrí hasta el rio, me senté en su orilla, y deseoso de saber lo que contenia el cofrecito, hice saltar la cerradura con mi navaja.

Entre unos pañales de finísima batista yacia envuelto un niño recien nacido; su rostro purpúreo, sus manos amoratadas, anunciaban que debió de sucumbir á una asfixia causada por los ligamentos naturales arrollados alrededor de su cuello; sin embargo, como aun no estaba frio, no quise arrojarlo á aquellas ondas que á mis piés corrian.

Con efecto, al cabo de un instante creí sentir un ligero latido en la region del corazon; desembaracé su cuello del cordon que le envolvia, y como he sido enfermero del hospital de Bastia, hice lo que hubiera podido hacer un médico en igual caso; es decir, le introduje aire en los pulmones, y tras un cuarto de hora de esfuerzos inauditos le ví respirar y oí que exhalaba un grito su pecho.

A mi vez yo tambien arrojé un grito; pero un grito de alegría.

—«Dios no me maldice, dije, puesto que permite que devuelva la vida á una criatura humana, en »cambio de la vida que he quitado á otra!»

—¿Y qué hicisteis de aquel niño? le preguntó Monte-Cristo; era una carga harto embarazosa para un hombre que tenía que huir.

—Por eso no tuve un instante la idea de llevarle conmigo, sabiendo que existia en París un hospicio destinado á esas pobres criaturas.

Al pasar por la barrera declaré que habia encontrado aquel niño en el camino y tomé informes. El cofre estaba allí y podria dar fé; los paños de batista indicaban que el niño pertenecia á familia rica; la sangre de que yo estaba manchado, lo mismo podia pertenecer al niño que á otro individuo cualquiera.

No me pusieron ninguna dificultad. Diéronme las señas del hospicio, que estaba situado á lo último de la calle del Infierno, y tomando la precaucion de cortar el pañal en dos pedazos, de manera que una de las dos letras con las cuales estaba marcado envolviese el cuerpo del niño, guardándome yo la otra, deposité mi carga en el torno, toqué la campanilla, y huí á todo escape.

Quince dias después estaba de vuelta en Rogliane, y dije á Assunta:

—«Consuélate, hermana mia: Israel ha muerto, pero yo le he vengado.»

Entonces ella me pidió esplicacion de estas palabras, y le conté lo sucedido.

—«Juan, me dijo Assunta, debiste traer al niño, hubiéramos hecho las veces de los padres que ha perdido; le hubiéramos llamado Benedetto, y en premio de esta buena accion Dios nos hubiera bendecido seguramente.

Por toda respuesta le dí la mitad del pañal que habia conservado, á fin de reclamar el niño si llegábamos á ser mas ricos.

—¿Y con qué letras estaba marcado aquel pañal? preguntó Monte-Cristo.

—Con una H y una N., y encima una corona de baron.

—Creo ¡Dios me perdone! que usais de términos heráldicos, señor Bertuccio! ¿dónde diablos habeis hecho vuestros estudios?

—En vuestro servicio, señor, donde todo se aprende.

—Proseguid; tengo curiosidad de saber dos cosas.

—¿Cuáles, monseñor?

—Qué fué del niño. ¿No decís que era un niño, señor Bertuccio?

—No, escelencia; no recuerdo haber hablado de eso.

—¡Ah! creia haberlo oido; me habré engañado.

—No, no os habeis engañado, pues era efectivamente un niño; pero vuestra escelencia desearia, segun me dijo, saber dos cosas: ¿cuál es la segunda?

—La segunda es el crímen de que fuísteis acusado cuando pedisteis un confesor, y cuando el abate Bussoni á consecuencia de esta demanda fué á buscaros á la cárcel de Nimes.

—Quizás sea muy larga esa relacion, escelencia.

—¿Qué importa? apenas son las diez; ya sabeis que yo no duermo, y supongo que por vuestra parte no tendreis mucha gana de dormir.

Inclinóse Bertuccio, y prosiguió su narracion.

—Tanto por alejar los recuerdos que me asaltaban, cuanto por socorrer á la pobre viuda, me entregué con ardor á ese oficio de contrabandista, que habia llegado á ser mas fácil por el relajamiento de las leyes que sigue siempre á las revoluciones.

Las costas del Mediodía estaban mal vigiladas, á causa de los contínuos movimientos que tenian lugar ora en Avignon, ora en Nimes, ó en Ugés.



Entre unos pañales de finísima batista yacia envuelto un niño recien nacido.

Aprovechamos aquella especie de tregua que nos habia sido otorgada por el gobierno para contraer relaciones con todo el litoral.

Después del asesinato de mi hermano en las calles de Nimes, no habia querido volver á esta ciudad.

Resultó que el posadero, con el cual haciamos negocios, viendo que ya no queriamos ir á buscarle, habia venido á buscarnos, estableciendo una posada en el camino de Bellegarde á Beaucaire, con una muestra que decia *Posada del puente del Gard*.

Con esto, así por la parte de Aigues-Mortes, como por la de Martingues, ó la de Bouc, teníamos una docena de sitios donde depositar nuestras mercancías, y donde en caso necesario encontrar un refugio contra los aduaneros y los gendarmes.

No hay oficio que produzca mas que el de contrabandista, cuando se ejerce con inteligencia y vigor. Yo vivia en las montañas, teniendo ahora que temer con doble razon á los gendarmes y á los aduaneros, pues una comparecencia ante los jueces podia ocasionar pesquisas, y estas pesquisas son siempre una escursion á lo pasado; y en mi pasado se podia encontrar ahora algo mas grave que algunos cigarros entrados de contrabando ó algunos barriles de aguardiente circulando sin pagar derechos. Así pues, prefiriendo mil veces la muerte á un arresto, hacia cosas asombrosas, y mas de una vez conocí que el tener tanto cuidado con el cuerpo es quizás el único obstáculo que se opone al buen éxito de aquellos proyectos del hombre que han menester de una decision rápida y una ejecucion vigorosa.

Con efecto, una vez hecho el sacrificio de la vida, ya no es igual á los demás hombres, ó mas bien los

demás hombres no son nuestros iguales, y cualquiera que haya tomado esta resolucion siente en el mismo instante aumentarse sus fuerzas y agrandarse su horizonte.

—¿Filosofía tenemos, señor Bertuccio? le dijo interrumpiéndole el conde; ¿de todo habeis probado en vuestra vida?

—¡Oh! perdonadme, escelencia...

Realizamos nuestra ganancia, y nos volvimos contentos.

Al entrar en mi casa, la primera cosa que noté en el sitio mas visible del cuarto de Assunta, en una cuna suntuosa relativamente á los demás adornos, fué un niño de siete á ocho meses.

Exhalé un grito de alegría.

Los únicos momentos de tristeza que habia espe-



Assunta.

—¡No, no! sino que la filosofía á las diez y media de la noche es un poco intempestiva. Pero no tengo otra observacion que haceros, porque no me parece mal, lo que no puede decirse de todas las filosofías.

—Mis empresas llegaron á ser mas y mas grandes, y mas y mas provechosas Assunta era el ama de gobierno, y nuestra pequeña fortuna se aumentaba. Un dia que yo iba á marchar a una espedicion:

—«Anda, me dijo, que á tu regreso te preparo una sorpresa.»

Preguntéle inútilmente: no quiso decirme nada, y partí. La espedicion duró cerca de seis semanas: habíamos estado en Luca en busca de aceite, y en Liorna á tomar algodones ingleses. Nuestro desembarque se verificó sin ningun contratiempo.

rimentado después del asesinato del procurador del rey habian sido ocasionados por el abandono de aquella criatura.

Ya se echa de ver que remordimiento por el asesinato no tuve ninguno.

La pobre Assunta lo habia adivinado todo: se habia aprovechado de mi ausencia, y provista de la mitad del pañal, y escribiendo, para no dudarlo, el dia y la hora en que fué depositado el niño en el hospicio, partió á Paris y fué ella misma á reclamarle.

No le pusieron obstáculo alguno, y el niño le fué devuelto.

¡Ah! confieso, señor conde, que al ver aquella pobre criatura durmiendo en su cuna se me partió el corazon y brotaron de mis ojos algunas lágrimas.

—«En verdad, esclamé, que eres una buena muger, Assunta, y la Providencia te bendecirá.

—Esto, dijo Monte-Cristo, no es tan exacto como vuestra filosofía; bien que aquí no entra mas que la fé.

—Escelencia, repuso Bertuccio, harta razon teneis, y aquel mismo niño fué á quien Dios encargó mi castigo.

Nunca se manifestó tan prematuramente una naturaleza mas perversa, y sin embargo, nadie pudo decir que estuviese mal educado, pues mi hermana le trataba como al hijo de un príncipe.

Era un chico de rostro encantador, con unos ojos azules que resaltaban sobre la blancura de su tez, como resalta el azul sobre un fondo de porcelana china; sus cabellos, de un rubio demasiado vivo, dando á aquella fisonomía un carácter particular, aumentaban la vivacidad de su mirada y la malicia de su sonrisa.

Por desgracia hay un proverbio que dice que el rubio ó es muy bueno ó muy malo. El proverbio no se equivocó en Benedetto, que desde su infancia manifestó ser muy malo. Cierto es tambien que la dulzura de su madre avivó sus primeras inclinaciones.

Mi pobre hermana iba al mercado de la ciudad que distaba cinco leguas á comprarle las primeras frutas y los dulces mas delicados, y sin embargo, el niño preferia á las naranjas de Palma y á las conservas de Génova las castañas robadas al vecino saltando las paredes, ó las manzanas secas de su granero, mientras tenia á su disposicion las castañas y las manzanas de nuestro jardin.

Un dia—apenas tendria Benedetto cinco ó seis años—el vecino Wasilio, que segun costumbre de nuestro país no guardaba ni su dinero ni sus joyas, pues vos, señor conde, sabeis tan bien como nadie que en Córcega no hay ladrones; el vecino Wasilio se nos quejó de que habia desaparecido un luis de su bolsillo. Todos creyeron que estaba equivocado; pero él aseguró que le faltaba.

Aquel dia Benedetto se habia ausentado de casa desde por la mañana, y estábamos llenos de inquietud, cuando á la noche le vimos llegar arrastrando á un mono, que decia haber encontrado al pié de un árbol con una cadena.

Hacia un mes que aquella mala criatura, no sabiendo qué cosa imaginar, ardia en deseos de tener un mono.

Un titiritero que habia pasado por Rogliano, y que tenia muchos de estos animales, cuyos gestos y ademanes habian regocijado al niño con estremo, le inspiró sin duda aquel estraño capricho.

—En nuestros bosques no se encuentran monos, le dije, y mucho menos encadenados; confiésame pues cómo has adquirido este.

Benedetto sostuvo su mentira, acompañándola con detalles que hacian mas honor á su imaginacion que á su veracidad. Me enfadé, y se echó á reir; le amenazé, y se retiró dos pasos.

– No puedes pegarme, dijo, no tienes derecho á pegarme, no eres mi padre.

Siempre ignoramos quién le reveló este fatal secreto, que con tanto afan le habiamos ocultado.

En resúmen, esta respuesta, con la cual se revelaba abiertamente el niño, casi me asombró; mi brazo, ya levantado, cayó efectivamente, pero sin tocar al culpable.

Triunfó el muchacho, inspirándole esta victoria tal audacia, que desde aquel momento todo el dinero de Assunta, cuyo amor parecia aumentarse á medida que se hacia menos acreedor á él, se gastó en caprichos que no sabia contrarestar y en locuras que no tenia valor para impedir.

Cuando yo estaba en Rogliano las cosas marchaban aun regularmente; pero apenas partí, Benedetto quedó dueño de la casa, y todo comenzó á ponerse mal.

Aunque de once años escasos, elegia sus camaradas entre jóvenes de diez y ocho á veinte, los mas calaveras de Bastia y de Corte, y de resultas de travesuras que merecian un nombre mas sério, la justicia ya nos habia hecho algunas advertencias.

Yo estaba asustado; cualquier informe podia tener funestas consecuencias: precisamente me iba á ver obligado á salir de Córcega á una espedicion importante.

Reflexioné largo tiempo, y presintiendo que evitaria alguna desgracia, me decidí á llevar conmigo á Benedetto.

Esperaba que la vida activa y penosa del contrabandista y la disciplina severa que se observa á bordo, cambiarian aquel carácter próximo á corromperse si ya no lo estaba.

Llamé pues á Benedetto aparte y le propuse que me siguiese, dulcificando esta proposicion con todas las promesas que pueden seducir á un niño de doce años.

Dejóme hablar hasta lo último, y cuando acabé, soltó una carcajada diciendo:

—¿Estais loco, tio? (así me llamaba en sus momentos de buen humor) ¡yo cambiar la vida que traigo por la que vos traeis! ¡mi grata pereza por el horrible trabajo que os habeis impuesto! ¡pasar la noche al frio, el dia al calor; ocultarse sin cesar, y cuando se presenta la cara, recibir fusilazos, y todo eso para ganar un poco de dinero! Dinero tengo yo cuanto quiera; madre Assunta me lo da cuando se lo pido. Bien veis que seria un tonto si aceptase tal proposicion.

Aquella audacia y aquel razonamiento me dejaron estupefacto.

Benedetto se volvió á jugar con sus compañeros, y le vi á lo lejos señalándome á ellos como un idiota.

—¡Niño encantador! murmuró Monte-Cristo.

—¡Oh! si hubiese sido mio, respondió Bertuccio, si hubiese sido mi hijo ó á lo menos mi sobrino, ya le hubiera yo hecho entrar en vereda, pues la conciencia fortalece.

Pero la idea de que iba á pegar á un niño cuyo padre habia yo matado, me hacia imposible toda correccion. Dí buenos consejos á mi hermana, que en nuestras cuestiones siempre tomaba su defensa; y habiéndome confesado ella que muchas veces le habian faltado sumas considerables, la indiqué un sitio donde podria esconder nuestro pequeño tesoro. Mi resolucion estaba tomada. Benedetto sabia leer, escribir y contar perfectamente; pues cuando queria por casualidad dedicarse al trabajo, aprendia mas en un dia que otro alguno en una semana. Mi resolucion, como digo, estaba tomada. Pensaba colocarle en calidad de secretario en algun buque de larga carrera, y sin prevenirle hacerle cojer una mañana y trasportarle á bordo. Con esto y con recomendarle al capitan, todo su porvenir dependia de él.

Arreglado este plan, partí para Francia.

Todas nuestras operaciones debian aquella vez verificarse en el golfo de Lyon, y se hacian cada vez mas difíciles, pues estabamos en 1829.

La tranquilidad estaba perfectamente restablecida, y por consiguiente el servicio de costas habia llegado á ser mas regular y mas severo que nunca.

Esta vigilancia crecia aun momentáneamente por la feria de Beaucaire, que acababa de principiar.

Los primeros pasos de nuestra espedicion se verificaron sin tropiezo alguno.

Amarramos nuestra barca, que tenia un doble fondo en el cual ocultábamos nuestro contrabando, en medio de un sinnúmero de embarcaciones que cercaban por ambas riberas al Ródano desde Beaucaire hasta Arlés.

Llegados allí, empezamos á descargar de noche

nuestras mercancías prohibidas, y á hacerlas entrar en la ciudad por medio de gentes que estaban en relaciones con nosotros, ó de posaderos en cuyas casas estableciamos nuestros almacenes.

Bien fuese que el buen éxito nos hubiese hecho imprudentes, ó bien que fuimos vendidos, una tarde á las cinco, cuando nos ibamos á poner á merendar, nuestro grumete llegó muy azorado diciéndonos que

Entre los aduaneros noté algunos gendarmes; y tan tímido á la vista de estos como valiente era yo de ordinario á la vista de cualquier otro cuerpo militar, bajé á la sentina, y escurriéndome por una tronera, me dejé caer al rio, y nadé después entre dos aguas, no respirando mas que á largos intervalos, tan bien, que sin ser visto alcancé una trinchera que acababan de construir y que comunicaba desde el Ródano con



—No puedes pegarme, dijo, no tienes derecho á pegarme, no eres mi padre.

habia visto una partida de aduaneros dirigirse hácia nosotros.

No era precisamente la partida lo que nos asustaba: á cada instante, sobre todo en aquel entonces, veíamos compañías enteras rondar por las orillas del Ródano; pero lo que mas nos atemorizaba eran las precauciones que, segun decia el muchacho, aquella partida tomaba para no ser vista.

En un instante estuvimos preparados para recibirlos, pero demasiado tarde.

Nuestra barca, que era evidentemente el objeto de as pesquisas, estaba cercada.

el canal que se dirige de Beaucaire á Aigues-Mortes.

Una vez llegado allí, estaba á salvo, pues podria sin ser visto seguir aquella trinchera. Así lo hi e internándome en el canal.

No era por casualidad y sin premeditacion el seguir yo aquel camino.

He hablado ya á vuestra escelencia de un posadero de Nimes, que habia establecido una posada en el camino de Bellegarde á Beaucaire.

—Sí, dijo Monte-Cristo, lo recuerdo perfectamente. ¿Ese hombre benemérito era, si no me engaño, vuestro asociado?

—Eso es, respondió Bertuccio; pero hacia siete ú ocho años que habia cedido su establecimiento á un antiguo sastre de Marsella, el cual, por haberse arruinado con su oficio, quiso probar fortuna en otro. Escusado es decir que los tratos y relaciones que teniamos con el primer propietario continuaron con el segundo: con este hombre pues contaba para que me diese un asilo.

—De 1829, señor conde.

—¿En qué mes?

—En el mes de junio.

—¿A principios ó á fines?

—El 3 por la noche.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, el 3 de junio de 1829... Bien; proseguid.

—Con Caderousse pues era con quien contaba para



...salté el vallado del jardin.

—¿Y cómo se llamaba aquel hombre? preguntó el conde, que al parecer empezaba á tomar algun interés en la relacion de Bertuccio.

—Llamábase Gaspar Caderousse; estaba casado con una del pueblo de la Carconte, á la cual no conociamos nosotros por otro nombre que por el de su pueblo: era una pobre muger atacada de unas tercianas malignas, que la iban debilitando poco á poco. El por su parte era un moceton robusto, de cuarenta á cuarenta y cinco años, y que mas de una vez nos habia dado, en circunstancias difíciles, pruebas de su presencia de espíritu y de su valor.

—¿Y decís, preguntó Monte-Cristo, que esas cosas pasaban por los años de...

pedirle un asilo. Como tal vez, y aun por lo comun no entrábamos en su casa por la puerta que daba al camino, resolví no mudar de costumbre; salté el vallado del jardin, me escurrí á través de los desmedrados olivos y de las higueras silvestres, y temiendo que Caderousse tuviese algun viajero en su posada, me metí en una especie de camaranchon, donde habia pasado mas de una noche tan bien como en la mejor cama.

Este camaranchon no estaba separado de la sala comun del piso bajo de la posada mas que por un tabique de tablas un poco entreabiertas, á propósito para podernos aprovechar del momento oportuno y avisarle de que estábamos allí.

Yo me proponia, si Caderousse estaba solo, darle á conocer mi llegada, acabar con él la comida interrumpida por los aduaneros, y aprovechar la tormenta que amenazaba para volver otra vez á las orillas del Ródano, y asegurarme de lo que habia sido de la barca y de los que la tripulaban.

Me deslicé pues en el camaranchon, é hice bien en aguardar, pues en aquel mismo momento Caderousse entraba en su casa con un desconocido.

Estuve quedo y esperé, no con la intencion de averiguar los secretos de mi huésped, sino porque no podia hacer otra cosa; además, muchas veces habian sucedido ya casos semejantes.

El hombre que acompañaba á Caderousse evidentemente no era del mediodía de la Francia: era uno de esos negociantes forasteros que vienen á vender joyas á la feria de Beaucaire, y que en todo el mes que dura esta feria, adonde acuden mercaderes y compradores de todas partes de Europa, hacen negocios algunas veces de ciento á ciento cincuenta mil francos.

Caderousse entró muy apresurado y delante.

Luego, viendo desocupada como de costumbre la sala de abajo, y guardada nada mas que por su perro, llamó á su muger.

—¡Eh, Carconte! la dijo, el buen sacerdote no nos habia engañado; el diamante era bueno.

Dejóse oir una esclamacion de alegría, y casi al mismo tiempo la escalera crugió bajo un paso entorpecido por la debilidad y las dolencias.

—¿Qué es lo que dices? preguntó la muger mas pálida que una muerta.

—Digo que el diamante era bueno: aquí tienes al señor, uno de los primeros joyeros de París, que está dispuesto á darnos por él cincuenta mil francos. Solamente para asegurarse de que el diamante es nuestro pide que le cuentes, como yo lo he hecho ya, la manera milagrosa con que el diamante vino á parar á nuestras manos. Mientras tanto, caballero, os podeis sentar si gustais, y como el tiempo está algo caluroso, voy en busca de alguna cosa para refrescar.

El joyero examinó con atencion el interior de la posada y la pobreza bien visible de los que le iban á vender un diamante digno de un príncipe.

—Contad, señora, dijo, queriendo sin duda aprovecharse de la ausencia del marido, para que ninguna señal suya influyese en la muger, y para ver si entrambas relaciones venian bien una con otra.

—¡Oh, Dios mio! respondió la muger con volubilidad, es una bendicion del cielo que estábamos muy lejos de esperar. Imaginaos, señor de mi alma, que mi marido estuvo en relaciones en 1814 ó 1815 con un marino llamado Edmundo Dantés: aquel pobre muchacho, á quien Caderousse habia olvidado completamente, no le olvidó á él, y al tiempo de morir le dejó el diamante que acabais de ver.

—¿Pero cómo llegó á ser poseedor de ese diamante? preguntó el joyero. ¿Le tendria cuando entró en la cárcel?

—No señor, respondió la muger; pero en la cárcel trabó, segun parece, conocimiento con un inglés muy rico; y como allí su compañero de prision habia caido enfermo, y Dantés le cuidó como si hubiera sido su hermano, el inglés al ser puesto en libertad dejó al pobre Dantés que, menos feliz, ha muerto en la cárcel, este diamante, que nos legó á su vez al morir, dando comision de entregárnoslo al digno abate que vino esta mañana.

—Es lo mismo, murmuró el joyero; y al cabo bien puede ser verdadera esta historia, aunque á primera vista parece algo inverosímil. Solo resta convenirnos en el precio, en el cual no estamos de acuerdo.

—¡Cómo! ¡todavía no! dijo Caderousse: yo os creia conforme en el precio que os pedia.

—Es decir, repuso el joyero, que yo he ofrecido cuarenta mil francos.

—¡Cuarenta mil francos! esclamó la Carconte: no lo daremos por ese precio. El abate nos dijo que valia cincuenta mil francos sin la montura.

—¿Y cómo se llamaba ese abate? la preguntó el infatigable pregunton.

—El abate Bussoni, contestó la muger.

—¿Sería estranjero?

—Era, segun creo, italiano, de las cercanías de Mántua.

—Enseñadme el diamante, repuso el joyero, que lo vea yo por segunda vez; á veces se juzga mal de las piedras á primera vista.

Caderousse sacó de su bolsillo un estuchito de piel negra, lo abrió, y lo entregó al joyero.

A la vista del diamante, cuyo grueso sería como el de una avellana pequeña, me acuerdo como si le viese aun, los ojos de la Carconte brillaron de codicia.

—¿Y qué pensabais de todo eso, señor escucha á las puertas? preguntó Monte-Cristo á Bertuccio; ¿creías en esa fábula?

—Sí, escelencia; no tenia á Caderousse por malvado; le creia incapaz de haber cometido un crimen ó un robo.

—Eso honra mas á vuestro corazon que á vuestra esperiencia, señor Bertuccio. ¿Habíais conocido á ese Edmundo Dantés de quien se hablaba?

—No, escelencia, nunca habia oido hablar de él hasta entonces, y no le he oido después mentar sino una sola vez al abate Bussoni, cuando le vi en las cárceles de Nimes.

—Bien: proseguid.

El joyero tomó la sortija de manos de Caderousse, y sacando de su bolsillo unas pinzas diminutas de acero y un par de balanzas de metal, separó las abrazaderitas de oro que sujetaban la piedra, hizo salir el diamante de su engaste, y lo pesó minuciosamente en las balanzas.

—Daré hasta cuarenta y cinco mil francos, dijo luego, pero ni un cuarto mas; por otra parte, como esto era lo que valia el diamante, no he traido mas que esta cantidad.

—¡Oh! eso no le hace, dijo Caderousse, volveré con vos á Beaucaire en busca de los otros cinco mil francos.

—No, dijo el joyero devolviendo la sortija y el diamante á Caderousse, no; que no vale mas, y aun me arrepiento de haber ofrecido esa suma, atendido á que la piedra tiene un defecto que no habia notado al primer pronto; pero no importa, no tengo mas que una palabra; he dicho cuarenta y cinco mil francos, y no me desdigo de ello.

—A lo menos volvedme á colocar el diamante en la sortija, dijo con acritud la Carconte.

—Justo es, dijo el joyero, y volvió á engastar la piedra.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! dijo Caderousse, volviendo á meterse el estuche en el bolsillo; ya se venderá á otro.

—Sí, repuso el joyero; pero otro no hará lo que yo; otro no se contentará con los informes que me habeis dado; no es natural que un hombre como vos posea un diamante de cincuenta mil francos; avisará á los magistrados, será preciso encontrar al abate Bussoni, y son raros los abates que dan diamantes de dos mil luises; la justicia se meterá en el negocio; os llevarán á la cárcel, y si sois declarado inocente, y os ponen en libertad después de tres ó cuatro meses de prision, la sortija se habrá traspapelado en la escribanía ó os darán una piedra falsa que valdrá tres francos, en lugar de un diamante que vale cincuenta mil ó quizás cincuenta y cinco mil; pero como no podreis menos de convenir, buen hombre, algun riesgo se corre en comprarlo.

Caderousse y su muger se interrogaron con la vista.

—No, dijo Caderousse, no somos ricos para perder cinco mil francos.

—Como querais, amigo mio, dijo el joyero; sin embargo, como veis, habia traido buena moneda.

Y sacó de uno de sus bolsillos un puñado de oro que hizo brillar á los deslumbrados ojos del posadero, y del otro un paquete de billetes de banco.

Un rudo combate se trababa visiblemente en el ánimo de Caderousse: era evidente que aquel estuchito al que daba vueltas en su mano, no le parecia corresponder en valor á la enorme suma que fascinaba sus ojos.

Volvióse hácia su muger y la preguntó por lo bajo:

—¿Qué piensas tú?

—Dalo, dalo, dijo ella; si vuelve á Beaucaire sin el diamante nos denunciará; y como él dice, quién sabe si podremos encontrar al abate Bussoni.

—¡Pues bien! sea, dijo Caderousse, tomad pues el diamante por cuarenta y cinco mil francos: pero mi muger quiere una cadena de oro, y yo un par de hebillas de plata.

El platero sacó de su bolsillo una cajita larga y achatada que contenia varias muestras de los objetos pedidos.

—Tomad, dijo, á mí me gusta concluir las cosas pronto: escojed.

La muger eligió una cadena de oro que podia valer cinco luises, y el marido un par de hebillas que valdrian quince francos.

—¿Creo que no os podeis quejar? dijo el joyero.

—El abate dijo que valia cincuenta mil francos, murmuró Caderousse.

—Vamos, vamos, dádmelo: ¡qué hombre este! repuso el joyero arrancándole el diamante de las manos; le doy cuarenta y cinco mil francos, dos mil quinientas libras de renta, es decir, una fortuna como yo quisiera tener, ¡y aun no está contento!

—¿Y dónde estan los cuarenta y cinco mil francos? preguntó con voz ronca Caderousse.

—Aquí estan, dijo el joyero.

Y contó sobre la mesa quince mil francos en oro y treinta mil en billetes de banco.

—Aguardad á que encienda la lámpara, dijo Caderousse: ya no se vé muy bien y nos podriamos engañar.

Con efecto, durante aquella discusion habia llegado la noche, y con ella la tempestad que hacia media hora estaba amenazando.

Oíase rugir sordamente el trueno á lo lejos; pero ni el platero ni Caderousse ni la Carconte parecian ocuparse de ello, poseidos como estaban los tres por una infernal codicia.

Yo mismo esperimentaba una estraña fascinacion á la vista de aquel oro y de aquellos billetes.

Me parecia que estaba soñando, y como sucede en sueños, me sentia clavado en mi sitio.

Caderousse contó y recontó el oro y los billetes y en seguida los dió á su muger, que á su vez hizo la misma operacion que su marido.

En este intervalo el platero movia el diamante á la luz de la lámpara, y la piedra preciosa arrojaba resplandores que le hacian olvidar los que, precursores de la tempestad, comenzaban á penetrar por las rendijas de las ventanas.

—¡Y bien! ¿está cabal la cuenta? preguntó el diamantista.

—Sí, respondió Caderousse.—Dame la cartera y busca un saco, Carconte.

Dirigióse esta á un armario, y volvió trayendo una cartera vieja de cuero, de la cual sacaron algunas cartas mugrientas, en cuyo lugar pusieron los billetes y un saco que contenia dos ó tres escudos de seis libras, que probablemente componian toda la fortuna del miserable matrimonio.

—¡Ea! dijo Caderousse, aunque nos hayais dejado sin una docena de mil francos tal vez, ¿quereis cenar con nosotros? lo digo de buena voluntad.

—Gracias, dijo el joyero: debe de ser tarde y es preciso que vuelva á Beaucaire; mi muger estará inquieta.

Y sacando su reloj:

—¡Diantre! esclamó, son cerca de las nueve, con que no llegaré á Beaucaire antes de las doce de la noche. Adios, hijos mios: si os vuelven á visitar abates Bussonis pensad en mí.

—Dentro de ocho dias ya no estareis en Beaucaire, dijo Caderousse, puesto que la feria concluye la semana próxima.

—No, pero eso no le hace; escribidme á París, á M. Joannés, en el Palais-Royal, galería de piedra, número 15. Haré espresamente el viaje si vale la pena de ello.

En esto se oyó de repente un trueno, acompañado de un relámpago tan vivo, que casi desvaneció la claridad de la lámpara.

—¡Oh, oh! dijo Caderousse, ¿y vais á partir con este tiempo?

—¡Oh! yo no tengo miedo á los truenos, dijo el platero.

—¿Y á los ladrones? le preguntó la Carconte. Ahora con motivo de la feria no está el camino muy seguro.

—¡Oh! esto es lo que tengo para los ladrones, dijo Joannés.

Y sacó de su bolsillo un par de pistolas cargadas hasta la boca.

—Aquí teneis, añadió, unos cachorros que ladran y muerden á la par; los destino á los dos primeros que tengan ganas de poseer vuestro diamante, tio Caderousse.

Caderousse y su muger cambiaron una mirada fatídica.

Parecia que á los dos hubiese ocurrido un mismo pensamiento horrible.

—Pues entonces buen viaje, murmuró Caderousse.

—Gracias, respondió el joyero.

Y tomando su baston, marchóse.

Al abrir la puerta entró tal bocanada de aire, que á poco apagá la lámpara.

—¡Oh! dijo, ¡vaya un tiempo! ¡y tener que andar dos leguas!

—Quedaos y acostaos aquí, dijo Caderousse.

—Sí, quedaos, añadió la Carconte con voz temblona. Os cuidaremos bien.

—No, tengo que dormir en Beaucaire.—Adios.

Caderousse se encaminó á la puerta lentamente.

—Ni el cielo se vé ni la tierra, dijo el joyero ya fuera de la casa. ¿Por dónde he de tomar, por la derecha ó por la izquierda?

—Por la derecha, respondió Caderousse. No es posible equivocarse. El camino está plantado de árboles.

—Bien, ya lo sigo, dijo la voz perdiéndose en el espacio.

—¡Cierra la puerta! gritó la Carconte. Cuando hay truenos no me gusta ver las puertas abiertas.

—Y cuando hay dinero en casa, ¿no es verdad? respondió Caderousse echando la llave.

Y volviendo al armario cojió el saco y la cartera, y se pusieron por tercera vez los dos esposos á contar su dineró y sus billetes.

Nunca he visto espresion como la de sus rostros á la tibia luz de aquella lámpara vacilante.

La Carconte en particular estaba horrible de ver. Era doblado el temblor nervioso que continuamente la agitaba.

Su rostro de pálido se habia convertido en lívido. Sus ojos cóncavos llameaban.

—¿Por qué le brindaste con que se acostara aquí? preguntó en voz ronca.

—Por... por ahorrarle el trabajo de volver á Beaucaire, respondió estremeciéndose Caderousse.

—¡Ah! dijo su muger con espresion indescriptible. Creí que fuera por otra cosa.

—¡Muger! ¡muger! esclamó Caderousse. ¿Por qué tienes esos pensamientos y por qué ya que los tienes no te los callas?

—¿Qué importa? dijo la Carconte tras un instante de silencio. Tú no eres hombre.

—¡Jesus! dijo la Carconte santiguándose.

En el mismo momento, en medio del silencioso terror que sigue á los truenos, oyóse llamar á la puerta.

Caderousse y su muger se echaron á temblar mirándose espantados.

—¿Quién vá? esclamó levantándose Caderousse y reuniendo el oro y los billetes en un monton que cubrió con ambas manos.

...Los destino á los dos primeros que tengan ganas de poseer vuestro diamante, tio Caderousse.

—¿Cómo? articuló Caderousse.

—Si tú fueras hombre no hubiera él salido de aquí.

—¡Muger!

—O no llegaria á Beaucaire.

—¡Muger!

—El camino hace un recodo... él tiene que seguir el camino, y á lo largo del canal hay un atajo...

—Muger, estás ofendiendo á Dios. Mira, escucha...

Con efecto, oyóse un trueno espantoso, y un relámpago iluminó toda la estancia con su luz rojiza. El ruido se fué perdiendo como si huyera de la casa maldita.

—Yo, dijo una voz.

—¿Quién sois vos?

—¡Toma! Joannés el platero.

—¡Eh! ¿qué decias, repuso la Carconte con horrible sonrisa, qué decias de que estaba ofendiendo á Dios? ¡Dios nos le trae!

Caderousse cayó en su silla pálido y agitadísimo.

La Carconte, por lo contrario, se levantó, y yendo con paso firme á abrir la puerta, dijo:

—Entrad, querido señor Joannés.

—No parece sino que el diablo quiere que yo no vaya á Beaucaire esta noche, dijo el joyero empapado en agua.—Cumplimientos á un lado, mi querido Cade-

rousse. Me ofrecísteis hospitalidad, la acepto, y vuelvo á dormir en vuestra casa.

Caderousse articuló algunas frases enjugando el sudor que por su frente corria.

La Carconte cerró la puerta con llave cuando estuvo dentro el joyero.

acontecimiento que nos ha hecho poseedores de él es tan inesperado que apenas podemos creerlo, y lo juzgamos un sueño, á pesar de tener á la vista la prueba material.

Sonrióse el joyero y preguntó:

—¿Teneis viajeros en vuestra posada?

—¡Jesus! dijo la Carconte santiguándose.

CAPITULO VI.

LA LLUVIA DE SANGRE.

Lanzó el joyero al entrar una mirada investigadora en rededor; pero nada al parecer debia despertar sus sospechas, ni tampoco confirmarlas si ya las tenia. Caderousse tenia siempre entre sus manos su oro y sus billetes. La Carconte mostraba á su huésped su mas agradable sonrisa.

—¡Ah! ¡ah! dijo el joyero, parece que temiais no haber contado bien, y habeis vuelto á examinar vuestro tesoro después de mi marcha.

—No es eso, respondió Caderousse, sino que el

—No, respondió Caderousse; aquí no damos camas: como estamos tan inmediatos á la ciudad, nadie se detiene.

—Entonces voy á incomodaros.

—¡Incomodarnos! dijo la Carconte, nada de eso, os lo aseguro.

—Veamos; ¿dónde me colocareis?

—En el cuarto de arriba.

—Pero, ¿no es vuestro cuarto?

—¡Oh! no importa: tenemos otra cama en la pieza de al lado.

Caderousse miró con admiracion á su muger.

El joyero tarareó una cancion calentándose la espalda á la lumbre que la Carconte acababa de encender en la chimenea para que el huésped se secara:

tambien habia entre tanto estendido una servilleta á un estremo de la mesa, sobre la cual puso los escasos restos de una cena, á los que añadió dos ó tres huevos frescos.

Caderousse habia guardado de nuevo los billetes en su cártera, su oro en su saco, y todo, en fin, en el armario. Paseábase de arriba abajo sombrío y pensativo, mirando de vez en cuando al joyero que, fumando delante del hogar, se volvia de un lado conforme se iba secando por el otro.

—¡Ea! dijo la Carconte poniendo una botella de vino sobre la mesa, cuando gusteis: todo está pronto.

—¿Y vosotros? preguntó Joannés.

—Yo no ceno, replicó Caderousse.

—Hemos comido muy tarde, se apresuró á decir la Carconte.

—Voy pues á cenar solo, dijo el joyero.

—Os serviremos, respondió la Carconte con una oficiosidad que no acostumbraba mostrar, ni aun con los huéspedes que pagaban.

Caderousse le lanzaba de cuando en cuando una mirada rápida como un relámpago.

La tempestad continuaba.

—¿Ois, ois? dijo la Carconte, á fé mia que habeis hecho bien en volver.

—Lo que no impide, dijo el joyero, que vuelva á ponerme en camino, si el huracan se apacigua mientras ceno.

—Es el *mistral*, dijo Caderousse sacudiendo la cabeza: durará hasta mañana.

Y exhaló un largo suspiro.

—A fe mia, dijo el joyero sentándose á la mesa, tanto peor para los que esten fuera.

—Sí, replicó la Carconte, pasarán mala noche.

El joyero empezó á cenar, y la Carconte continuó prodigándole todos los minuciosos cuidados de una huéspeda atenta: ella, ordinariamente tan temosa y tan áspera, se habia convertido en un modelo de prevision y de política. Si el joyero la hubiera conocido antes, un cambio tan repentino le hubiera ciertamente admirado, y no hubiera dejado de inspirarle alguna sospecha. En cuanto á Caderousse, continuaba su paseo sin decir palabra, y vacilaba todavía en mirar á su huésped. Cuando se acabó la cena abrió la puerta, y dijo:—parece que la tempestad se calma.—Pero en este momento, como para darle un mentís, un horrible trueno hizo retemblar la casa, y una bocanada de viento mezclada con agua entró y apagó la lámpara. Caderousse volvió á cerrar la puerta, y su muger encendió una luz en el hogar moribundo.

—Vaya, dijo la Carconte al joyero, debeis estar fatigado: he puesto sábanas limpias en la cama; subid, acostaos, y dormid bien.

Joannés se quedó todavía un instante para asegurarse de que el huracan no se calmaba, y cuando se aseguró de que los truenos y la lluvia iban en aumento, dió las buenas noches á sus huéspedes y subió la escalera. Al pasar por encima de mí, oia yo cada escalon rechinar bajo sus piés. La Carconte le seguia con mirada codiciosa, mientras que Caderousse, por lo contrario, le volvia la espalda.

Todos estos detalles que han vuelto á mi memoria desde aquel tiempo, no llamaron entonces mi atencion: era al parecer muy natural todo lo que pasaba, si se esceptua la historia del diamante, que me pareció un poco inverosímil. De modo que como estaba yo rendido de fatiga, y pensaba tambien aprovechar el primer claro de la tormenta, resolví dormir algunas horas y alejarme en medio de la noche.

Oia yo en la pieza de arriba al joyero que se disponia por su parte á pasar la mejor noche posible. Bien pronto el lecho rechinó bajo el peso de su cuerpo; acababa de acostarse.

Mis ojos se cerraban á pesar mio, y como no tenia ninguna sospecha, no procuraba tampoco luchar contra el sueño. Sin embargo dirigí la última ojeada al interior de la cocina.

Caderousse estaba sentado al lado de una larga mesa, en uno de esos bancos de madera que en las posadas de los pueblos reemplazan á las sillas. Volviame la espalda, de modo que no podia yo verle la cara: por otra parte, aunque hubiera estado colocado de otro modo hubiera sido difícil verla, puesto que tenia la cabeza sepultada entre las manos.

La Carconte le miró algun tiempo, alzó los hombros y vino á sentarse en frente de él. En este momento la llama espirante se apoderó de un pedazo de leña, apagado hasta entonces, y una luz algo mas viva alumbró esta escena.

Tenia la Carconte los ojos fijos en su marido; y como éste conservaba siempre la misma postura, la vi estender su mano gafa y tocarle en la frente.

Caderousse se estremeció.

Parecióme que su muger movia los lábios; pero sea que hablase muy bajo, sea que mis sentidos estuviesen ya entorpecidos por el sueño, el ruido de sus palabras no llegó hasta mí. No veia yo sino como á través de una niebla, y con esa duda precursora del sueño que le hace á uno creer que empieza ya á soñar. Cerráronse en fin mis ojos, y perdí la conciencia de mí mismo.

Estaba en lo mas profundo de mi sueño, cuando me despertó un pistoletazo seguido de un grito terrible. Algunos pasos vacilantes resonaron sobre el piso del cuarto, y una masa inerte fué á desplomarse en la escalera sobre mi cabeza.

No era yo todavia dueño de mi razon. Oí gemidos, después gritos ahogados semejantes á los que acompañan una lucha. Un grito en fin mas prolongado que los otros, y que degeneró en quejidos, vino á sacarme completamente de mi letargo. Incorporéme sobre un brazo, abrí los ojos, que nada vieron en las tinieblas, y llevé la mano á mi frente, sobre la cual me pareció que sentiá caer á través de las tablas de la escalera una caliente y abundante lluvia. El mas profundo silencio habia sucedido á aquel ruido espantoso.

Oí despues los pasos de un hombre que andaba sobre mi cabeza, haciendo rechinar la escalera. Este hombre bajó á la sala inferior, se acercó á la chimenea y encendió una luz.

Era Caderousse, con el rostro pálido y la camisa ensangrentada.

Encendida la luz, subió rápidamente la escalera, y escuché de nuevo sus pasos rápidos é inquietos.

Un instante después volvió á bajar. Traia en la mano la cajita: se aseguró de que el diamante estaba dentro; dudó un momento en cuál de sus bolsillos lo pondria, y despues no considerando sin duda el bolsillo como un escondrijo bastante seguro, le arrolló en su pañuelo encarnado que colocó alrededor de su cuello. Despues corrió al armario, sacó sus billetes y su oro, puso los unos en el bolsillo de su pantalon, el otro en el de su chaqueta, tomó dos ó tres camisas, y lanzándose hácia la puerta desparecció en la oscuridad.

Entonces todo apareció claro á mis ojos, y me acusaba de lo que acababa de suceder, como si hubiera yo sido el verdadero culpable.

Parecióme oir todavía gemidos: el desgraciado joyero quizá no estaba muerto, y tal vez podia socorriéndole reparar una parte del mal, no que habia hecho, sino que habia dejado hacer. Apoyé la espalda contra una de aquellas tablas no muy bien unidas que separaban la especie de tambor en que me habia acostado de la sala baja, y cediendo las tablas me encontré en la casa.

Corro á la luz y me lanzo á la escalera: habia un cuerpo atravesado en ella; era el cadáver de la Carconte. El pistoletazo que yo habia oido la habia alcanzado: tenia la garganta atravesada de parte á parte, y

arrojaba sangre por su herida y por la boca. Estaba muerta.

Salté por encima de ella y pasé. El cuarto ofrecia á la vista un espantoso desórden. Los muebles estaban trastornados, las sábanas, á las que el desdichado joyero se habia asido, arrastraban por el suelo: él mismo, tendido y con la cabeza apoyada sobre el muro, nadaba en un mar de sangre que brotaba de tres hondas



Era Caderousse, con el rostro pálido y la camisa ensangrentada.

heridas en su pecho. En la cuarta habia quedado un largo cuchillo de cocina, del cual no se veia mas que el mango. Al andar pisé la segunda pistola que no habia dado fuego: sin duda la pólvora estaba mojada.

Acerquéme al joyero, que no estaba muerto efectivamente. Al ruido que hice, al rechinamiento del piso sobre todo, abrió los estraviados ojos, pudo fijarlos un momento en mí, movió los labios como si quisiera hablar, y espiró.

Aterróme este horrible espectáculo; cuando vi que á nadie podia socorrer, solo esperimenté una necesidad, la de huir. Precipitéme á la escalera estrechando mi frente entre mis manos, y lanzando un rugido de ter ror.

Pero en la sala inferior habia cinco ó seis aduaneros y dos ó tres gendarmes que se apoderaron de mí sin que yo procurase hacer la menor resistencia. Probé á hablar; lancé algunos gritos inarticulados: hé aquí todo.

Vi que los aduaneros y los gendarmes me señalaban con el dedo. Bajé la vista, y me hallé todo cubierto de sangre. Aquella lluvia tibia que habia sentido caer sobre mí á través de las tablas de la escalera era la sangre de la Carconte. Mostré con el dedo el lugar en que habia estado oculto.

—¿Qué querrá decir? preguntó un gendarme.

—Quiere decir que ha pasado por ahí, respondió un aduanero enseñando el agujero por el cual efectivamente habia yo pasado.

Comprendí entonces que me tomaban por el asesino. Hallé la voz, hallé la fuerza que me faltaba, y desprendiéndome de las manos de dos hombres que me tenian, esclamé:

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo!

Dos gendarmes me apuntaron con sus carabinas diciéndome:



La habitacion se hallaba en el desórden mas espantoso.

—Si haces un solo movimiento eres muerto.
—Pero cuando os repito que no he sido yo.
—Ya contarás esa historia á los jueces de Nimes, me respondieron. Entre tanto síguenos, y te aconsejamos por tu bien que no hagas resistencia.

No era esta seguramente mi intencion, hallándome quebrantado por la admiracion y por el terror. Pusiéronme las esposas, me ataron á la cola de un caballo y me condujeron á Nimes.

Habia sido yo seguido por un aduanero, que habiéndome perdido de vista en los alrededores de la casa, calculó que pasaria allí la noche, por lo cual fué á avisar á sus compañeros: habian llegado todos á punto de oir el pistoletazo y de prenderme en medio de tales pruebas de culpabilidad, que comprendí inmediatamente el trabajo que me costaria hacer reconocer mi inocencia.

Con esto no me fijé sino en una sola cosa. Mi primera peticion al juez de instruccion fué que hiciera buscar por todas partes á cierto abate Bussoni, que se habia detenido durante el dia en la posada del Puente.

Si Caderousse habia inventado una historia, si el tal abate no existia, era evidente que yo estaba perdido; á menos que cojido á su vez Caderousse lo confesase todo.

Trascurrieron dos meses, durante los cuales, debo decirlo en alabanza de mi juez, se hicieron grandes pesquisas para hallar al que yo pedia. Perdí toda esperanza. Caderousse tampoco habia sido preso.

Iba ya á ser juzgado en la primera sesion, cuando el 8 de setiembre, es decir, tres meses y cinco dias después del suceso, el abate Bussoni, con quien yo no contaba ya, se presenta en la cárcel diciendo que habia sabido en Marsella que un preso deseaba hablarle, y que se apresuraba á cumplir este deseo.

Podeis imaginaros con qué ardor le recibí. Contéle todo aquello de que habia sido testigo: llegué con inquietud á la historia del *diamante*; pero contra lo que yo esperaba y temia, era enteramente verdadera; en fin, dió entero crédito á todo lo que dije. Entonces, arrastrado por su dulce caridad, reconociendo en él un profundo conocimiento de las costumbres de mi país, y pensando que el perdon del único crímen que yo habia cometido podia acaso descender de sus labios, le revelé bajo el secreto de la confesion la aventura de Auteuil con todos sus detalles.

Produjóme esto el mismo efecto que si lo hubiera hecho por cálculo: la confesion de este primer asesinato, que nada me obligaba á revelarle, le probó que no habia cometido el segundo; y me dejó, prometiéndome hacer todo lo que estuviera en su mano para convencer á los jueces de mi inocencia.

Conocí que se habia ocupado de mí cuando vi mi prision dulcificarse gradualmente, y cuando supe que no me juzgarian sino en los otros *assises* que debian seguir á aquellos, para los cuales se estaban reuniendo.

En este intervalo la providencia permitió que Caderousse fuese preso en el estranjero y conducido á Francia.

Confesólo todo, achacando la premeditacion y sobre todo la instigacion á su muger.

Con que él fué condenado á galeras perpétuas, y yo puesto en libertad.

—¿Y entonces fué, dijo Monte-Cristo, cuando os presentásteis en mi casa con una carta del abate Bussoni?

—Sí, escelencia: él se habia tomado por mí un interés palpable.

—Vuestro oficio de contrabandista os perderá, me dijo. Abandonadle si salís de aquí.

—¿Pero cómo quereis, padre mio, que viva y que mantenga á mi pobre hermana? le pregunté.

—Un penitente mio que me estima en mucho, me respondió, me ha encargado que le busque un hombre de confianza. Si quereis ser ese hombre, yo os recomendaré á él.

—¡Oh, padre mio, cuánta bondad! esclamé.

—Pero habeis de jurar no darme nunca ocasion de que me arrepienta.

En seguida estendí la mano para hacer el juramento.

—Es inútil, me dijo. Yo conozco á los corzos y los quiero. Aquí teneis mi carta de recomendacion.

Y escribió las cortas líneas que entregué á vuestra escelencia, y con las cuales tuvo vuestra escelencia la bondad de tomarme á su servicio. Ahora—con orgullo se lo pregunto á vuestra escelencia—¿le he dado nunca motivo de queja?

—No, respondió el conde; y confieso con placer que sois un buen criado, aunque algo falto de confianza, señor Bertuccio.

—¡Yo, señor conde!

—Vos, sí. ¿Cómo teniendo una hermana y un hijo adoptivo no me habeis hablado nunca ni del uno ni de la otra?

—¡Ay, escelencia! es que me falta contar aun la parte mas triste de mi vida. Marché á Córcega con gran deseo de ver y de consolar á mi pobre hermana, como ya os figurareis; pero cuando llegué á Rogliano encontré mi casa de luto. ¡Habia pasado una escena horrible, que recuerdan los vecinos todavía! Siguiendo mis consejos se resistia mi pobre hermana á las exigencias de Benedetto, que á cada instante se empeñaba en que le diese todo el dinero que habia en casa. Una mañana se atrevió á amenazarla y no volvió en todo el dia. Assunta lloró, porque tenia un corazon maternal para aquel miserable, y por la noche no se acostó por esperarle. Cuando llegó á las once con dos amigos suyos, compañeros ordinarios de sus locuras, tendióle ella los brazos; pero la cojieron entre los tres, y uno—¡tiemblo de pensar que fuera aquel infernal muchacho!—uno de ellos esclamó:

—Démosla tormento, que ella declarará donde tiene el dinero.

El vecino Wasilio se hallaba casualmente en Bastia: solo su muger estaba en casa.

Nadie, escepto ella, podia ver ni oir lo que pasaba en la de mi hermana.

Dos cojieron á la pobre Assunta, que no creyendo posible crímen tan atroz, sonreia á los que iban á ser sus verdugos, y el tercero fué á atrancar puertas y ventanas. Cuando volvió, reunidos los tres, ahogando los gritos que el terror le arrancaba, acercaron los piés de Assunta á la lumbre, con cuyo poder contaban para que les confesase donde estaban ocultos nuestros ahorros; pero con la lucha prendió fuego en los vestidos, y para no quemarse ellos mismos abandonaron á la pobre víctima.

Corrió ardiendo á la puerta, pero la puerta estaba cerrada.

Dirigióse á la ventana, pero la ventana estaba atrancada.

Entonces oyó la vecina gritos espantables. Eran de Assunta que pedia socorro.

Pronto la voz se fué apagando. Convirtiéronse los gritos en gemidos; y cuando á la mañana siguiente la muger de Wasilio, tras una noche de terror y de angustias, se atrevió á salir de su casa y á llamar al juez que abriera la puerta de la mia, hallaron á Assunta medio abrasada, aunque respirando aun, y forzados los armarios y estraido el dinero.

Por lo que toca á Benedetto, habia salido de Rogliano para no volver. Desde entonces no he vuelto á verle y ni aun á oir hablar de él.

Cuando supe estas tristes noticias, fué cuando me dirigí á vuestra escelencia, prosiguió Bertuccio. No os hablé de Benedetto porque habia desaparecido, ni de mi hermana porque habia muerto.



—¿Y qué habeis pensado de tal suceso? le preguntó Monte-Cristo.

—Que era castigo del crímen que cometí, respondió Bertuccio. ¡Ah! ¡son los Villefort una raza maldita!

—Yo así lo creo, murmuró el conde en voz lúgubre.

—Ahora ya comprenderá vuestra escelencia, prosiguió Bertuccio, que esta casa que no habia vuelto á ver, que este jardin donde me encuentro de repente,

—Nunca. A saber donde se hallaba le hubiera huido como á un mónstruo. Sí, por fortuna no he oido hablar de él. Espero que haya muerto.

—No lo espereis, Bertuccio, dijo el conde. Los malvados no mueren así, porque parece que Dios los conserva para hacerlos instrumento de sus venganzas.

—Sea, respondió Bertuccio. Solo pido al cielo no volverle á ver nunca. Ahora ya lo sabeis todo, señor conde, prosiguió el mayordomo doblando la cabeza.

...acercaron los piés de Assunta á la lumbre.

que este lugar donde he matado á un hombre, han debido causarme las emociones lúgubres que habeis querido profundizar; porque no estoy, en fin, bien seguro de que ahí á mis piés no yazga enterrado Mr. de Villefort en la tumba que habia abierto para su hijo.

—Todo es posible con efecto, dijo el conde levantándose del banco en que estaba sentado: y añadió en voz muy baja:—menos la muerte del procurador del rey.—El abate Bussoni hizo bien en acomodaros conmigo, y vos tambien en contarme vuestra historia, pues así no me hareis pensar mal de vos. Y de ese Benedetto, tan mal llamado Benedetto (bendito), ¿no habeis nunca indagado su paradero ni lo que ha sido de él?

Mi juez sois aquí abajo, como Dios lo será allá arriba. ¿No me direis alguna palabra de consuelo?

—Teneis razon, y puedo deciros lo que os diria el abate Bussoni. Ese Villefort á quien asesinásteis merecia aquel castigo por su accion, y acaso por otra ú otras; Benedetto, si vive, servirá como os lo he dicho para alguna venganza divina, y luego será á su vez castigado. A vos solo os toca una culpa en realidad, la de no haber devuelto el niño á su madre, ya que le salvásteis de la muerte... Esa es la culpa, Bertuccio.

—Sí, señor, esa es mi culpa, mi verdadera culpa, porque en eso fuí cobarde: una vez vuelto el niño á la vida, solo una cosa tenia que hacer, vos lo ha-





La hermosa griega.

beis dicho, que era enviárselo otra vez á su madre: mas para eso tenia yo que hacer averiguaciones, y llamar la atencion, y acaso entregarme... no quise morir; deseaba la vida por mi hermana, por el amor propio innato en nosotros, amor á ser constantes y á salir victoriosos de nuestra venganza; y además, quizás deseaba la vida por el mismo amor á la vida: ¡oh! ¡yo no era valiente como mi pobre hermano!

Ocultó Bertuccio su rostro entre las manos, y fijó Monte-Cristo en él una larga é indefinible mirada.

Luego, después de un instante de silencio, mas solemne aun por la hora y el sitio, dijo el conde con un acento melancólico que no le era habitual:

—Para terminar debidamente esta conversacion, que será la última que pasemos sobre sucesos tales, señor Bertuccio, retened bien mis palabras, que las he oido pronunciar con frecuencia al mismo abate Bussoni: para todos los males hay dos remedios: el tiempo y el silencio. Ahora, señor Bertuccio, dejadme pasear un instante por este jardin. Lo que para vos es una emocion punzante, como actor que fuisteis en esa terrible escena, será para mí una sensacion casi dulce y que dará doble precio á esta propiedad. Los árboles, ya lo veis, señor Bertuccio, nos gustan mas porque dan sombra, y la sombra no gusta sino porque está llena de ensueños y de visiones. Cate usted que he comprado un jardin cuando yo creia comprar un simple terreno cercado de tapias... de repente este terreno se convierte en un jardin lleno de fantasmas que no habian entrado en el contrato. Empero á mí me gustan las fantasmas: no he oido decir nunca que los muertos hayan hecho en seis mil años tanto mal como hacen los vivos en un solo dia. Retiraos, señor Bertuccio; idos á dormir en paz. Si vuestro confesor en la última hora es menos indulgente que lo fué el abate Bussoni, mandadme llamar si estoy aun en el mundo, y yo encontraré palabras que mecerán vuestra alma dulcemente á la sazon en que esté dispuesta á hacer ese fiero viaje que llaman eternidad.

Inclinóse Bertuccio respetuosamente ante el conde, y se fué exhalando un suspiro.

Monte-Cristo se quedó solo; y dando cuatro pasos adelante, murmuró:

—Aquí, junto á ese plátano, el hoyo en que fué depositado el niño: allá la puertecita por donde se entraba al jardin: en aquel rincon la escalera secreta que conducia á la alcoba... No creo que necesite apuntar esto en mi cartera, pues aquí tengo á la vista, á mi alrededor, el plano en relieve, el plano vivo.

Y después de haber dado la última vuelta por el jardin, fué en busca de su coche. Bertuccio, que le veia pensativo, subió sin hablar palabra al pescante y sentóse al lado del cochero.

El carruaje tomó el camino de Paris.

La misma noche de su instalacion en la casa de los Campos Eliseos, el conde de Monte-Cristo la recorrió toda, como hubiera podido hacerlo un hombre familiarizado con ella desde muchos años. Ni una sola vez, y eso que él iba delante, abrió una puerta por otra, ni tomó una escalera ó un corredor que no le condujese directamente adonde se encaminaba.

Alí le acompañaba en esta visita nocturna.

Dió el conde á Bertuccio muchas órdenes para el embellecimiento ó la nueva distribucion de las habitaciones, y sacando su reloj, dijo al nubio:

—Son las once y media; Haydée no puede tardar. ¿Están prevenidas las mugeres francesas?

Alí estendió la mano hácia la habitacion destinada á la hermosa griega, habitacion que estaba de tal manera aislada; ocultándose la puerta detrás de una colgadura, que se podia recorrer toda la casa sin sospechar que allí hubiese un salon y dos cuartos ocupados.

Alí, como deciamos, estendió la mano hácia la habitacion, señaló el número tres con los dedos de su mano izquierda, y apoyando su cabeza en la palma de la misma, cerró los ojos como quien duerme.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, acostumbrado á este lenguaje, ¿son tres las que esperan en la alcoba, no es eso?

—Sí, respondió Alí bajando la cabeza.

—La señora estará esta noche cansada, continuó Monte-Cristo, y sin duda querrá dormir; que no la den conversacion. Las doncellas francesas deben solamente saludar á su nueva señora y retirarse. Cuidareis de que la doncella griega no tenga roce alguno con las francesas.

Alí se inclinó.

Pronto se oyó dar voces al portero; y abriéndose la verja, se oyó tambien rodar por la calle de árboles un carruaje que se detuvo delante de la escalera.

Cuando bajó Monte-Cristo, la portezuela estaba ya abierta, y alargó la mano á una jóven envuelta completamente en un manto de seda verde, bordado en oro, que le cubria la cabeza.

Tomó la jóven la mano que la presentaban, besóla con cierto amor mezclado de respeto; y ella con ternura, y el conde con dulce gravedad, cruzaron algunas palabras en ese lenguaje sonoro que puso el viejo Homero en boca de sus dioses.

Con esto, precedida de Alí que llevaba una antorcha de cera de color de rosa, la jóven, que no era otra que la hermosa griega, compañera ordinaria de Monte-Cristo en Italia, fué conducida á su habitacion, retirándose después el conde al pabellon que se habia reservado.

A las doce y media de la noche estaban apagadas todas las luces de la casa, y era de creer que todo el mundo dormia.

CAPITULO VII.

EL CRÉDITO ILIMITADO.

El dia siguiente á las dos de la tarde una carretela tirada por dos magníficos caballos ingleses se detuvo ante la puerta de Monte-Cristo. Un hombre vestido de frac azul con boton de seda del mismo color, chaleco blanco cruzado por una enorme cadena de oro, pantalon de color de avellana, y cabellos negros que le caian tanto sobre las cejas que se pudiera dudar fuesen naturales, por lo poco que armonizaban con las arrugas inferiores que no conseguian ocultar; un hombre, en fin, de cincuenta á cincuenta y cinco años, que queria aparentar cuarenta, asomó su cabeza por la portezuela en cuya parte esterior se veia pintada una corona de baron, y envió su groom á preguntar si estaba en casa el conde de Monte-Cristo.

Mientras tanto, examinaba este hombre con una atencion tan minuciosa que casi rayaba en impertinente, el esterior de la casa, lo que se podia distinguir del jardin, y la librea de algunos criados que se dejaban ver yendo y viniendo de un lado á otro.

Su mirada, aunque penetrante, indicaba mas astucia que talento. Tenia los labios tan delgados, que en vez de sobresalir parecia que entrasen en la boca; la anchura y prominencia de sus pómulos, en fin, señal infalible de astucia, su deprimida frente, su desarrollado occipucio, que hacian mas chocante unas grandísimas orejas no muy aristocráticas que digamos, todo contribuia á dar, á juicio del fisiólogo, un carácter casi repugnante á la figura de este hombre, muy recomendable á los ojos del vulgo por sus magníficos cabellos, el enorme diamante que llevaba en la pechera de su camisa, y la cinta encarnada que se estendia de un ojal á otro de su frac.

El groom llamó á los cristales de la portería y preguntó:

—¿No es aquí donde vive el señor conde de Monte-Cristo?



—Aquí vive su escelencia, respondió el portero; pero... y consultó á Alí con una mirada.

—Pero ¿qué? preguntó el groom.

—Pero su escelencia no está visible, respondió el portero.

—En ese caso, ahí teneis una targeta de mi amo, el señor baron de Danglars. Entregádsela al señor conde de Monte-Cristo, y decidle que al ir á la cámara, gritó al cochero de manera que se le pudiese oir al otro lado del camino:

—¡A la cámara de diputados!

A través de una celosía de su pabellon, el conde de Monte-Cristo, avisado á tiempo, habia visto al baron y le habia examinado con ayuda de un magnífico anteojo, no menos atentamente que Mr. Danglars habia examinado la casa, el jardin y las libreas.

Tomó la jóven la mano que la presentaban, y besóla con cierto amor mezclado de respeto.

mi señor ha dado un rodeo por tener la honra de verle.

—Yo no hablo con su escelencia, repuso el portero; su ayuda de cámara cumplirá la comision.

El groom se volvió al carruaje.

—¿Qué hay? le preguntó Danglars.

El muchacho, bastante avergonzado con la leccion que habia recibido, dió á su amo la respuesta del portero.

—¡Oh! dijo Danglars, ¿es por ventura algun príncipe ese señor á quien llaman escelencia, y ese señor á quien solo su ayuda de cámara tiene derecho de hablar? No importa; puesto que trae un crédito contra mí, ya tendré que verle cuando quiera dinero.

Y reclinándose Danglars en el fondo de su carruaje

—Decididamente, dijo con un gesto de disgusto, introduciendo los tubos de su anteojo en su estuche de marfil, decididamente es una criatura fea ese hombre. ¡Cómo se echa de ver en él, al primer golpe de vista, á la serpiente de frente achatada, al buitre de cráneo obtuso y prominente, y al pervoptero de cortante pico!

—¡Alí! gritó; y luego dió un golpe sobre el timbre de metal.

Cuando Alí se presentó, le dijo:

—Llamad á Bertuccio.

Al mismo instante vino Bertucio.

—¿Me manda llamar vuestra escelencia? le preguntó el mayordomo.



—Sí señor, dijo el conde. ¿Habeis visto los caballos que acaban de pararse á mi puerta?

—Seguramente, escelencia, y por cierto que son muy hermosos.

—¿Cómo, dijo Monte-Cristo frunciendo las cejas, cómo habiéndoos pedido los dos caballos mas hermosos de París, hay en París otros dos caballos tan hermosos como los mios? ¿Cómo no estan en mis cuadras esos caballos?

Este fruncimiento de cejas y la entonacion severa de esta voz, hicieron á Alí bajar la cabeza y palidecer.

—No es culpa tuya, buen Alí, dijo en árabe el conde con una dulzura que no era de esperar ni en su voz ni en su rostro: tú no entiendes de caballos ingleses.

Con esto volvió la serenidad á las facciones de Alí.

—Señor conde, dijo Bertuccio, los caballos de que me hablais no estaban de venta.

Monte-Cristo se encojió de hombros.

—Sabed, señor mayordomo, dijo, que todo está siempre de venta para quien sabe pagarlo.

—Mr. Danglars los pagó á diez y seis mil francos, señor conde.

—¡Y qué! se le ofrecen treinta y dos mil. Él es banquero, y un banquero no desperdicia nunca la ocasion de duplicar su capital.

—¿Habla el señor conde seriamente?

Monte-Cristo miró al mayordomo como asombrado de que se atreviese á dirigirle tal pregunta.

—Esta tarde, le dijo, tengo que hacer una visita, y quiero que esos dos caballos tiren de mi carretela y con arneses nuevos.

Bertuccio se retiró saludando. Junto á la puerta se detuvo.

—¿A qué hora, dijo, piensa su escelencia hacer esa visita?

—A las cinco, respondió Monte-Cristo.

—Haré á su escelencia reparar que son las dos, dijo tímidamente el mayordomo.

—Ya lo sé, se contentó con responderle Monte-Cristo.

Después, volviéndose hácia Alí, le dijo:

—Haced que la señora vea todos los caballos, para que escoja el tiro que mejor le parezca, y que me mande á decir si quiere comer conmigo. En este caso se servirá la comida en su habitacion. Andad; cuando bajeis, enviadme al ayuda de cámara.

Apenas acababa de desaparecer Alí, cuando entró el ayuda de cámara.

—Señor Bautista, le dijo el conde, hace un año que estais á mi servicio; es el tiempo de prueba que de ordinario impongo á mis criados: me convenis.

Bautista se inclinó.

—Falta saber si yo os convengo.

—¡Oh, señor conde! se apresuró á decir Bautista.

—Escuchad hasta el fin, repuso Monte-Cristo. Ganais al año mil quinientos francos, es decir, el sueldo de un oficial valiente, que arriesga todos los dias su vida; teneis una mesa que muchos jefes de oficina, siervos infelices mas ocupados que vos, la envidiarian; teneis tambien criados que cuidan de vuestra ropa y de vuestros efectos. A mas de los mil y quinientos francos de paga, me sisais en las compras que haceis para mi tocador, otros quinientos francos al año sobre poco mas ó menos.

—¡Oh, escelencia!

—No me quejo de ello, señor Bautista, que está muy puesto en razon; pero deseo que no pase adelante. No encontrareis pues en ninguna parte una colocacion como la que vuestra buena fortuna os ha deparado. Yo no maltrato á mis criados; no juro; nunca me encolerizo; perdono siempre un error; pero nunca un descuido ó un olvido. Mis órdenes son por lo regular cortas, pero claras y terminantes; prefiero repetirlas dos veces, tres si se quiere, á verlas mal interpretadas. Soy bastante rico para averiguar todo lo que quiero saber, y soy muy curioso, os lo prevengo. Si llegase á saber que habiais hablado de mí, ya en pró ó ya en contra, que habiais comentado mis actos, ó que habiais vigilado mi conducta, en el mismo instante saldriais de mi casa. Nunca advierto á mis criados mas de una vez; ya estais advertido: ¡marchaos!

Bautista dió tres ó cuatro pasos para irse, haciendo reverencias.

—A propósito, repuso el conde, me olvidaba de deciros que cada año destino cierta suma á mis criados. Los que despido pierden necesariamente este dinero, que recae en beneficio de los que se quedan, que tendrán derecho á él después de mi muerte. Hace un año que estais en mi casa; vuestra fortuna ha comenzado; continuadla.

Esta alocucion, hecha delante de Alí, que permanecia impasible, pues no comprendia una palabra de francés, produjo en M. Bautista un efecto que comprenderán todos los que hayan estudiado un poco la fisiologia del criado francés.

—Procuraré conformarme en todo con los deseos de vuestra escelencia, dijo; y además tomaré por modelo á Mr. Alí.

—¡Oh! de ningun modo, respondió el conde con una frialdad de mármol. Alí tiene muchos defectos entre sus buenas cualidades. No le tomeis por modelo, pues Alí es una escepcion: no cobra sueldo; no es un criado; es mi esclavo; es mi perro; si faltara á su deber, no le despediria, le mataria.

Bautista abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Lo dudais? dijo Monte-Cristo.

Y repitió en árabe á Alí las mismas palabras que acababa de decir en francés á Bautista.

Escuchólas Alí, se sonrió, y acercándose á su señor, puso una rodilla en tierra, y le besó respetuosamente la mano.

Este corolario de la advertencia puso el colmo á la admiracion de M. Bautista.

Tras esto hizo el conde seña al ayuda de cámara para que saliera, y á Alí para que le siguiese.

Ambos pasaron á su gabinete, y allí hablaron largamente.

A las cinco el conde dió tres golpes sobre su timbre.

Un golpe llamaba á Alí, dos á Bautista y tres á Bertuccio.

El mayordomo entró.

—¡Mis caballos! dijo Monte-Cristo.

—Ya estan enganchados, escelencia, respondió Bertuccio. ¿Acompañaré al señor conde?

—No: el cochero, Bautista y Alí; nadie mas.

Al bajar el conde vió enganchados á su carruaje los caballos que habia admirado por la mañana en el de Danglars.

Al pasar junto á ellos les echó una ojeada.

—Con efecto, son hermosos, dijo, y habeis hecho bien en comprarlos, aunque há sido un poco tarde.

—Escelencia, replicó Bertuccio, mucho trabajo me ha costado adquirirlos, y los he pagado muy caros.

—¿Son por eso menos hermosos? le preguntó el conde encojiéndose de hombres.

—Si vuestra escelencia está satisfecho, dijo Bertuccio, no hay mas que decir. ¿Adónde va vuestra escelencia.

—A la calle de la Chaussée-d'Autin, á casa del señor baron de Danglars.

Esta conversacion pasaba en lo alto de la escalera.

Bertuccio dió un paso para bajar el primer escalon.

—Esperad, dijo Monte-Cristo deteniéndole. Necesito una propiedad á orillas del mar; en Normandía, por ejemplo, entre el Havre y Bolonia. Os doy tiempo, como veis. Es necesario que esta nueva propiedad tenga un puertecito, un ancon, una bahía donde pueda anclar mi corbeta, que no cala mas que quince piés de agua. El buque deberá estar siempre dispuesto para

hacerse á la vela á cualquier hora del dia ó de la noche, cuando me plazca mandárselo. Os informareis en casa de todos los notarios de una propiedad que reuna las condiciones que os he dicho: cuando sepais de alguna, ireis á visitarla, y si os gusta la comprareis á nombre vuestro. La corbeta debe estar camino de Fecamp: ¿no es así?

—La misma noche que salimos de Marsella la vi darse á la vela.

—¿Y el yacht?

—El yacht tiene órden de permanecer en las Martigues.

—¡Bien! mantened correspondencia frecuente con los dos patrones que los mandan, para que no se descuiden demasiado.

—¿Y en cuanto al vapor?

—¿El que está en Chalons?

—Sí.

—Las mismas órdenes que para los dos buques de vela.

—Está bien.

—Tan pronto como hayais comprado la propiedad de que os hablaba, me tendreis dispuestos tiros de posta de diez en diez leguas, en el camino del Norte y en el del Mediodia.

—Vuestra escelencia puede contar conmigo.

El conde dió muestras de quedar satisfecho, y bajando los escalones se metió en su carruaje, que arrastrado al trote por los magníficos caballos, no se detuvo hasta la puerta del banquero.

Hallábase Danglars presidiendo una comision nombrada para un camino de hierro, cuando fueron á anunciarle la visita del conde de Monte-Cristo.

...puso una rodilla en tierra y le besó respetuosamente la mano

La sesion estaba terminándose.

Al oir el nombre del conde, se levantó Danglars.

—Señores, dijo dirigiéndose á sus colegas, entre los cuales habia muchos miembros dignísimos de ambas cámaras, disimuladme porque os voy á dejar; pero imaginaos que la casa de Thomson y French de Roma me envia un cierto conde de Monte-Cristo abriéndole sobre mi casa un crédito ilimitado. Es la broma mas original que mis corresponsales del estranjero se hayan permitido conmigo. Como podreis comprender, me ha picado la curiosidad, y todavía no la he satisfecho, aunque fuí esta mañana á visitar al supuesto conde. Si verdaderamente fuese conde, ya

no seria tan rico. Su señoría no recibia. ¿Qué os parece? ¿No son humos de alteza ó de muger bonita los que gasta el señor Monte-Cristo? Por lo demás, la casa de los Campos Elíseos, que es suya propia, segun tengo entendido, me ha parecido bien. Pero un crédito ilimitado, repuso Danglars con su maligna sonrisa, un crédito ilimitado autoriza á ser exigente al banquero en cuya casa esté abierto. Tengo pues impaciencia por ver á mi hombre. Creo que es una burla que me han hecho; pero no saben en Roma con quién se las han... Al freir será el reir.

Y pronunciando estas palabras con cierto énfasis y con las narices infladas, el señor baron dejó á sus compañeros y pasó á un salon de estuco y lleno de dorados, del que se hablaba mucho en la Chaussée-d'Autin.

Habia hecho introducir aquí á la visita para fascinarla del primer golpe.

Hallábase el conde de pié, examinando algunas copias del Albano y de Tattore, que habian hecho tragar por originales al banquero, y que á pesar de ser copias pegaban mal con los dorados y molduras que adornaban los techos.

Al ruido que hizo al entrar Danglars volvióse el conde hácia él.

Saludóle Danglars levemente con la cabeza, indicándole que tomase asiento en un sillon dorado, de raso blanco recamado de oro.

El conde se sentó.

—¿Es al señor de Monte-Cristo á quien tengo el honor de hablar?



Danglars conoció la pulla y se mordió los labios.

—¿Y yo, respondió el conde, lo tengo de dirigirme al señor baron Danglars, caballero de la legion de honor, miembro de la cámara de los diputados?

Monte-Cristo repetia todos los títulos que habia leido en la tarjeta del baron.

Danglars conoció la pulla y se mordió los labios.

—Perdonadme, caballero, dijo al conde, que no os haya dado desde luego el título con que me habeis sido anunciado; pero ya sabeis que vivimos bajo de un gobierno popular, y que yo soy representante de los intereses del pueblo.

—¿De manera, respondió Monte-Cristo, que habeis conservado la costumbre de haceros llamar baron, y habeis perdido la de llamar conde á los demás?

—¡Bah! no doy importancia á estas cosas, dijo

con abandono Danglars; me han hecho baron y caballero de la legion de honor por algunos servicios... pero...

—¿Pero habeis abdicado vuestros títulos, como hicieron en su tiempo Mr. de Montmorency y Mr. de Lafayette? Ejemplo digno de ser imitado, caballero.

—Sin embargo, repuso Danglars con cierto embarazo, para los criados, conviene... ya comprendeis...

—Sí, os llamais *monseñor* para vuestra servidumbre; para los periodistas *señor*; y para vuestros electores *ciudadano*. Son matices muy aplicables al gobierno constitucional. Lo comprendo perfectamente.

Danglars se mordió los labios; y conociendo que en este terreno le era imposible luchar con Monte-Cristo, trató de pasar á otro en que era mas fuerte.

—Señor conde, dijo inclinándose, he recibido un aviso de la casa de Thomson y French...

—Lo celebro mucho, señor baron. Permitidme que os trate como lo hacen vuestros criados. Es una mala costumbre adquirida en países donde hay todavía barones, precisamente porque ya no se crean esos títulos. Me alegro mucho, como dije, pues así no tendré necesidad de presentarme yo mismo, lo que siempre es embarazoso. ¿Deciais que habeis recibido un aviso?

—Sí, respondió Danglars; pero os confieso que no lo he comprendido bien.

—¡Bah!

—Y aun ya tuve el honor de ir á vuestra casa á que me diérais algunas esplicaciones.

—Hablad, señor baron, que aquí me teneis dispuesto á contestaros.

—Esta carta, añadió Danglars...—creo que la tengo aquí (y se registró los bolsillos) sí, aquí está;—esta carta abre al señor conde de Monte-Cristo un crédito ilimitado sobre mi casa.

—¡Y bien! señor baron, ¿qué es lo que no entendeis en eso?

—Nada, caballero: solamente la palabra *ilimitado*...

—¡Qué! ¿no es francesa? Nada tendria de estraño. Como son anglo-alemanes los que escriben...

—¡Oh! sí, caballero; por lo que mira á la sintaxis, nada tengo que decir; pero no sucede lo mismo respecto á la contabilidad.

—¿Por ventura la casa de Thomson y French, le preguntó Monte-Cristo con el aire mas sencillo que pudo afectar, no está en vuestro concepto, señor baron, enteramente segura? ¡Diantre! mucho lo sentiria, porque tengo colocados en ella algunos fondos.

—¡Ah! completamente segura, respondió Danglars con una sonrisa casi irónica; pero el sentido de la palabra *ilimitado*, en cosas de crédito es tan vago...

—Como ilimitado que es. ¿No es así? repuso Monte-Cristo.

—Precisamente, caballero; eso es lo que yo queria decir. Ahora bien: lo vago es lo dudoso; y segun dice el sabio, en la duda, abstente.

—Lo que quiere decir, repuso Monte-Cristo, que si la casa de Thomson y French está dispuesta á hacer locuras, la casa de Danglars no lo está á seguir su ejemplo.

—¿Cómo, señor conde?

—Sí; sin duda MM. Thomson y French hacen los negocios á bulto; pero Mr. Danglars tiene para los suyos un límite; es hombre prudente y sabio, como decia hace poco.

—¡Caballero! respondió orgullosamente el capitalista, nadie ha contado mi caja todavía.

—Entonces, contestó Monte-Cristo con frialdad, me parece que seré yo el que empiece á contarla.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Las esplicaciones que me pedís, caballero, y que se asemejan mucho al temor...

Danglars se mordió los labios.

Era la segunda vez que se veia vencido por aquel hombre, y esta en un terreno que era el suyo.

Como que era afectada su política irónica, iba ya á rayar en impertinencia.

Monte-Cristo, por lo contrario, sonreíase con la mayor amabilidad del mundo, y poseia cuando queria cierto aire de candidez que á veces le proporcionaba muchas ventajas.

—En fin, caballero, dijo Danglars despues de un momento de silencio, voy á ver si logro darme á entender, rogándoos que fijeis vos mismo la suma que quereis recibir.

—Peró, caballero, replicó Monte-Cristo decidido á no perder una pulgada de terreno en la discusion, cuando he pedido un crédito ilimitado contra vuestra casa, fué porque no sabia á punto fijo qué dinero necesitaba.

El banquero creyó llegado el momento de tomarse la revancha.

Tendióse pues en su butaca, y con una sonrisa de orgullo le dijo:

—¡Oh, caballero! no os quedeis corto. Bien podeis creer que el capital de la casa de Danglars, por limitado que sea, puede satisfacer las mayores exigencias, y que aunque me pidiéseis un millon...

—¿Qué? dijo Monte-Cristo.

—Digo un millon, repitió Danglars con el aplomo de la tontería.

—¿Y qué haria yo con un millon? repuso el conde. ¡Voto á Dios, caballero! á no necesitar mas que un millon, no me hubiera hecho abrir un crédito ilimitado en vuestra casa. ¡Por semejante miseria! ¡Por un millon! yo siempre lo llevo en mi cartera ó en mi *neceser* de viaje.

Y Monte-Cristo sacó de la cartera donde tenia las tarjetas, dos billetes del tesoro de quinientos mil francos cada uno.

A un hombre como Danglars era preciso pisarlo, pero no aplastarlo.

El golpe produjo su efecto; el banquero tembló y acometióle una especie de accidente.

Sus ojos atontados, cuya pupila se dilataba espantosamente, se clavaban en el conde.

—Vamos, confesadme, añadió Monte-Cristo, confesadme que desconfiais de la casa de Thomson y French. ¡Oh, nada mas sencillo! He previsto ese caso, y aunque poco ducho en esta clase de negocios, he tomado mis precauciones. Aquí teneis otras dos cartas parecidas á la que os han dirigido: la una es de la casa Arestein y Eskeles, de Viena, contra el señor baron de Rothschild, y la otra es de la casa de Baring, de Londres, contra M. Laffitte. Decid una palabra, caballero, y os quitaré toda duda presentándome en una ó en otra de las dos casas mencionadas.

Decididamente Danglars estaba vencido. Abrió con visible temblor las cartas de Alemania y Lóndres, que Monte-Cristo le alargaba, y verificó la autenticidad de las firmas con un detenimiento que hubiera parecido insulto al conde, á no ser hijo del trastorno del banquero.

—¡Oh caballero! estas firmas valen muchos millones, dijo Danglars levantándose como para saludar la omnipotencia del oro personificada en su interlocutor. ¡Tres créditos ilimitados contra nuestras tres casas...! Disimuladme, caballero, que ya no es desconfianza, sino admiracion lo que me inspiran.

—¡Oh! no debe admirarse así un banquero como vos, respondió políticamente Monte-Cristo. Quedamos pues en que me enviareis algun dinero; ¿no es verdad?

—Hablad, señor conde; estoy á vuestras órdenes.

—Puesto que ya nos entendemos... porque nos entendemos, ¿no es verdad?

Danglars hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y no teneis ya desconfianza alguna? continuó Monte-Cristo.



—¡Oh señor conde! nunca la tuve, esclamó el banquero

—No, sino que deseábais una prueba simplemente...—Pues bien, prosiguió el conde, ahora que nos entendemos, ahora que no os queda recelo alguno, fijemos si os parece una suma total para el primer año; por ejemplo, seis millones.

—¡Seis millones! Sea, dijo Danglars sofocado.

—Si necesito mas, añadió con desden Monte-Cristo, la aumentaremos; pero solo pienso vivir un año en Francia, y en un año no creo gastar mas de esa suma. En fin, ya veremos... Por via de prólogo servíos de mandarme mañana 500,000 francos. Estaré en casa hasta el mediodia; bien que si no estoy, le habré dejado el recibo á mi mayordomo.

—A las diez de la mañana tendreis el dinero, señor conde, respondió Danglars. ¿Quereis oro, plata, ó billetes de banco?

—Una mitad en oro y otra en billetes.

Y el conde se levantó.

—Debo de confesaros una cosa, señor conde, dijo Danglars; y es que creia tener noticias exactas de todos los grandes caudales de Europa, y el vuestro, que me parece considerable, me era sin embargo desconocido de todo en todo; lo confieso ¿Es reciente?

—No señor, respondió Monte-Cristo, sino por lo contrario antiquísimo. Era una especie de tesoro de familia al que estaba prohibido tocar, y cuyo valor se ha triplicado con la acumulacion. La época fijada por el testador se ha cumplido hace pocos años, con que hace pocos tambien que yo lo poseo, y es muy natural que no lo conozcais; pero dentro de algun tiempo lo conocereis mejor.

Y acompañó á estas palabras el conde una de aquellas sonrisas que tanto miedo causaban á Franz d'Epinay.

—Con vuestro gusto y vuestros propósitos, caballero, prosiguió Danglars, desplegareis en la corte un lujo que nos humille á todos nosotros, millonarios en miniatura. Sin embargo, como os tengo por inteligente, pues á mi llegada os vi examinando estos cuadros, os pido permiso para enseñaros mi galería. Todos cuadros antiguos, obras maestras del arte. No me gustan los modernos.

—Y haceis bien, caballero, porque tienen todos un defecto, que es no haber tenido tiempo aun para ser antiguos.

—Puedo enseñaros tambien estátuas de Thorwaldsen, de Bartholoni y de Cánova, artistas todos estranjeros. No aprecio á los artistas franceses.

—Teneis derecho, caballero, á ser injusto con ellos, puesto que son vuestros compatriotas.

—Pero esto lo dejaremos para mas tarde, cuando sea mas íntima nuestra amistad. Por ahora me contentaré, si lo permitis por supuesto, con presentaros á la señora baronesa de Danglars. Disimulad mi prisa, señor conde; pero un cliente como vos casi forma parte de la familia.

Inclinóse Monte-Cristo como dando á entender que aceptaba el honor que se dignaba de hacerle el banquero.

A la voz de Danglars apareció un lacayo de abigarrada librea.

—¿Está en su habitacion la señora baronesa? le preguntó Danglars.

—Sí, señor baron, respondió el lacayo.

—¿Sola?

—No, que tiene gente.

—¿No será indiscrecion, señor conde, presentaros delante de alguien? ¿no guardais el incógnito?

—No pico tan alto, baron, dijo sonriéndose Monte-Cristo.

—¿Y quién está con la señora? ¿Mr. Debray? preguntó Danglars con una candidez que hizo sonreir para sus adentros al conde, enterado ya como lo estaba de los secretos caseros del capitalista.

—Sí, señor baron, Mr. Debray, respondió el lacayo.

Danglars hizo un movimiento de cabeza.

Luego añadió, volviéndose á Monte-Cristo:

—Mr. Luciano Debray es un antiguo amigo nuestro, secretario particular del ministro de lo Interior. Por lo tocante á mi muger, ella ha salido perdiendo en nuestra union, puesto que pertenece á una familia aristocrática: se llama Servieres y estuvo casada en primeras nupcias con el coronel marqués de Nargonne.

—No tengo el honor de conocer á la señora baronesa, pero ya he conocido á Mr. Luciano Debray.

—¿De veras? dijo Danglars. ¿En donde?

—En casa de Mr. de Morcef.

—¡Ah! ¿conoceis al vizcondesito?

—Hemos pasado juntos el carnaval en Roma.

—¡Ah! sí, repuso el banquero. Tengo oido hablar de una aventura estraña de bandidos y de ladrones... en unas ruinas... le salvaron milagrosamente. Creo que él á su vuelta de Italia le ha contado algo de eso á mi muger y á mi hija.

—La señora baronesa espera á estos señores, dijo el lacayo volviendo á entrar.

—Iré delante por enseñaros el camino, dijo Danglars saludándole.

—Ya os sigo, respondió el conde.

CAPITULO VIII.

LOS CABALLOS PIOS.

Seguido el baron del conde atravesó multitud de piezas notables solamente por su exagerada suntuosidad y lujoso mal gusto, hasta que llegó al gabinete de madama Danglars, piececita octógona forrada de muselina de las Indias con fondo color de rosa. Los sillones eran antiguos y dorados. Las vueltas de las puertas representaban cuadros pastorales del género de Bucher. Por último, dos lindos medallones pintados al pastel, y en armonía con el resto del mueblaje, hacian que esta habitacion fuera la sola en la casa que tuviese carácter propio, gracias á que se habia librado del plan general que trazó Danglars en union con su arquitecto, una de las mas altas reputaciones del tiempo del Imperio, y gracias tambien á que los adornos habian corrido á cargo de la baronesa y de Luciano Debray.

Así pues, Mr. Danglars, que admiraba á los antiguos ni mas ni menos que el Directorio, despreciaba totalmente este lindo gabinete, donde por otra parte no se le admitia sino acompañado, como si dijéramos para disculpar su presencia.

A decir verdad, no era el banquero el que presentaba sino el presentado, y el que era bien ó mal recibido, segun que la visita agradaba ó desagradaba á la baronesa.

Madama Danglars, muger de notable hermosura, á pesar de sus 36 años, estaba sentada al piano mientras Debray ojeaba un album sentado junto á un velador.

Antes de la llegada de Monte-Cristo debia Luciano de haberle contado á la baronesa muchas cosas de él, puesto que tuvo tiempo de sobra, y puesto que sabemos ya la impresion que habia hecho el conde á los convidados de Alberto.

Aunque era poco nervioso, á Debray le duraba esta impresion todavía, y bien se echaba de ver por las noticias que habia dado á la baronesa.

Escitada la curiosidad de Madama Danglars, antes por la relacion del vizconde de Morcef y luego por la de Luciano, habia llegado al colmo.

Este recurso pues del piano y del album no era sino una de esas tretas de que se valen las gentes de mundo para disimular sus emociones.

Por consecuencia recibió la baronesa á Mr. Danglars con una sonrisa, lo que no era cosa muy comun.

A cambio de su saludo recibió el conde una reverencia ceremoniosa, pero llena de gracia.

Luciano por su parte cruzó con el conde un saludo casi de amigo, y con el banquero un gesto de intimidad.

—Señora baronesa, dijo Danglars, permitidme que



La baronesa de Danglars.

os presente al señor conde de Monte-Cristo, que me lo envian mis corresponsales de Roma con las recomendaciones mas eficaces. Solo una palabra os diré, palabra que va á alarmar al instante á nuestras hermosas. Viene á París con intento de permanecer un año, y de gastar seis millones. Esto nos asegura una série de bailes y de banquetes para los cuales espero que el señor conde no nos ponga en olvido, así como nosotros no le olvidaremos á él en nuestras humildes fiestas.

A pesar de lo grosero de esta presentacion, como por lo general es cosa tan rara en París un hombre que viene á gastar en un año la fortuna de un príncipe, lanzó al conde Madama Danglars una mirada un tanto significativa.

—¿Y habeis llegado, caballero?... le preguntó.

—Ayer mañana, señora.

—¿Y venís del fin del mundo, segun dicen que acostumbrais?

—Ahora vengo pura y simplemente de Cádiz.

—¡Oh! ¡en qué mala ocasion llegais! París está en verano insufrible. No hay bailes, ni reuniones, ni distraccion alguna. Los cantantes de la ópera italiana estan en Londres; los de la ópera francesa, en todas partes menos en París. En cuanto á los del teatro francés ya sabeis que no estan en ninguna parte. Por toda distraccion no nos queda mas que las corridas de caballos del campo de Marte y de Satory. ¿Tomareis parte en las carreras, señor conde?

—Yo, señora, respondió Monte-Cristo, haré todo lo que se haga en París, si tengo la fortuna de encontrar quien me dé á conocer las costumbres francesas.

—¿Sois caballista, señor conde?

—He pasado, señora, una parte de mi vida en Oriente, y ya sabeis que los orientales solo dos cosas estiman en el mundo: la nobleza de los caballos y la hermosura de las mugeres.

—¡Ah señor conde! esclamó la baronesa, siquiera

por galantería habeis debido mentar á las mugeres antes que á los caballos.

—Ya veis, señora, como tenia razon há poco cuando deseaba que me enseñasen las costumbres francesas.

En esto la doncella favorita de Madama Danglars entró en el gabinete, y acercándose á su señora le dijo al oido algunas palabras.

La baronesa palideció.

les de qué se trata. Señores, prosiguió la baronesa, el baron tiene en sus cuadras diez caballos; entre ellos hay dos que son mios: caballos hermosos, los mejores de París.—Ya los conoceis, Debray, mi tiro de caballos pios. Pues bien, justamente cuando Madama de Villefort me pide prestado el carruaje, ó cuando se lo prometo yo para ir mañana al bosque de Boloña, no parecen los caballos. Se le habrá presentado á M. Dan-



La baronesa se encojió de hombros con profundísimo desprecio.

—¡Imposible! dijo.

—Es la pura verdad, señora, respondió la doncella.

Madama Danglars se volvió hácia su marido.

—¿Qué es eso, señora? le preguntó Danglars visiblemente agitado.

—Lo que me dice esta jóven...

—¿Y qué os dice?

—Que al ir mi cochero á enganchar al carruaje mis caballos, no los ha encontrado en la cuadra. ¿Quereis decirme qué significa esto?

—Señora, escuchadme, dijo Danglars.

—¡Oh! ya os escucho, caballero! porque tengo curiosidad de saber lo que vais á decirme. Serán estos señores jueces entre nosotros, y empezaré por decir-glars ocasion de ganar algunos miles de francos, y los habrá vendido. ¡Oh Dios mio, qué raza tan vil son los especuladores!

—Señora, respondió Danglars, eran muy vivos, que apénas tenian cuatro años, y me han hecho pasar por vos muchos temores.

—¡Eh! dijo la baronesa; bien sabeis, caballero, que tengo hace un mes el mejor cochero de París... á no ser que le hayais tambien vendido con los caballos.

—Querida amiga, yo os buscaré otros iguales ó mejores si los hay; pero que sean menos fogosos para que no me causen sobresaltos.

La baronesa se encojió de hombros con profundísimo desprecio.

Aparentó Danglars no apercibirse de tal cosa, y volviéndose á Monte-Cristo le dijo:

—Siento en verdad no haberos conocido antes, señor conde. ¿Poneis casa?

—Sí, respondió el conde.

—Os hubiera propuesto esos caballos, porque los he dado casi de balde; pero queria á toda costa, como dije, deshacerme de ellos, pues solo son á propósito para un jóven.

—Os doy las gracias, respondió el conde; pero ya he comprado esta mañana unos muy buenos y no muy caros. Miradlos, señor Debray, vos que sois inteligente en caballos.

Mientras iba Debray á la ventana, acercóse Danglars á su muger.

—Imaginaos, señora, le dijo en voz sumamente baja, que han venido á ofrecerme por esos caballos un precio fabuloso. No sé quién será el loco que quiere arruinarse, y me ha enviado esta mañana su mayordomo; pero el hecho es que he ganado diez y seis mil francos. No me riñais, que os daré á vos cuatro mil y á Eugenia dos mil.

Madama Danglars lanzó á su marido una mirada fulminante.

—¡Oh Dios mio! esclamó Debray.

—¿Qué es eso? le preguntó la baronesa.

—No me engaño, no... son vuestros caballos los que trae el carruaje del señor conde.

—¡Mis pios! esclamó Madama Danglars.

Y se dirigió al balcon apresuradamente.

—¡Ellos son, ellos son! dijo.

Danglars estaba estupefacto.

—¿Será posible? dijo el conde haciendo como si se admirase.

—¡Es increible! murmuró el banquero.

La baronesa dijo dos palabras al oido á Debray, que se acercó á Monte-Cristo.

—La baronesa os pregunta en cuánto os ha vendido su marido los caballos.

—No lo sé á punto fijo, respondió el conde; es una sorpresa que me ha proporcionado mi mayordomo... y que creo me cuesta treinta mil francos.

Debray fué á llevar á la baronesa la respuesta.

Danglars estaba tan pálido y tan fuera de tino que el conde aparentó tenerle compasion.

—¡Qué ingratas son las mugeres! le dijo. Vuestra prevision no le ha gustado mucho á la baronesa. Ingratas no es la palabra, que debí decir, locas. Pero ¿qué quereis? siempre deseamos lo que nos perjudica. Lo mejor que se puede hacer, baron, creedme, es dejarlas que metan la cabeza por donde quieren. Si se la rompen, solo podrán quejarse de si mismas.

Danglars no respondió: preveia en lo futuro una escena desastrosa.

El entrecejo de la señora baronesa, arrugado ya, presagiaba borrasca, como el de Júpiter Olímpico.

Debray, que oia ya los truenos, pretestó que tenia que hacer, y fuése.

No queriendo el conde gastar la posicion que pensaba adquirir quedándose mas tiempo, saludó á la baronesa y fuése tambien, dejando á Danglars entregado á la cólera de su muger.

—¡Bueno! pensaba Monte-Cristo al irse, ya he conseguido lo que queria: ya tengo en mis manos la paz de esta familia, y voy á ganarme de un solo golpe el corazon del señor y el de la señora. ¡Qué felicidad! Pero á todo esto, añadió, no me han presentado á la señorita Eugenia Danglars, á quien con mucho gusto hubiera conocido.

Pero ya estamos en París, repuso con aquella sonrisa que le era peculiar, y tiempo tenemos... Eso se hará mas tarde.

En seguida subió al coche y volvió á su casa.

Dos horas después recibió Madama Danglars una pulida carta del conde de Monte-Cristo, declarándole que como no queria hacer su *debut* en el mundo parisiense desesperando á una muger bonita, la suplicaba que recuperase sus caballos.

Tenian los mismos arneses de por la mañana.

Solamente en el centro de cada orejera habia el conde mandado engarzar un diamante.

Danglars tambien recibió una carta.

El conde le pedia su venia para hacer á la baronesa aquel regalo de millonario, rogándole al propio tiempo que disimulase los aditamentos orientales del tiro.

Aquella noche marchó Monte-Cristo á Auteuil acompañado de Alí.

A las tres del dia siguiente un golpe del timbre atrajo á Alí al gabinete del conde.

—Alí, le dijo, muchas veces me has hablado de tu habilidad en tirar el lazo.

Incorporándose Alí con altivez hizo una seña afirmativa.

—Bien. ¿Luego pararias con tu lazo un buey?

Alí con la cabeza dijo que sí.

—¿Y un tigre?

Alí hizo el mismo ademan.

—¿Y un leon?

Alí hizo ademan como de tirar el lazo, é imitó un rugido ahogado.

—Bien, ya te comprendo, dijo Monte-Cristo. ¿Has cazado leones?

Alí hizo con la cabeza un movimiento de orgullo.

—Pero, ¿detendrias á dos caballos desbocados?

Alí se sonrió.

—Pues bien, escucha, le dijo Monte-Cristo. Muy pronto pasará por aquí una carretela arrebatada por los dos caballos pios que yo tenia ayer. Aúnque te cueste la vida, es preciso que la pares delante de mi puerta.

Alí bajó á la calle á trazar en el suelo una línea delante de la puerta.

Luego volvió á entrar y enseñó la línea al conde, que le habia seguido con los ojos.

El conde le dió una palmadita en la espalda, que era su manera de dar las gracias á Alí.

Luego el nubiano fuése á fumar su pipa en el guardacanton de la casa, que hacia esquina, mientras volvia Monte-Cristo á su gabinete.

Sin embargo, á la cinco, es decir, á la hora que Monte-Cristo esperaba el carruaje, hubiéranse podido notar en él imperceptibles síntomas de impaciencia.

Paseábase en una habitacion que caia á la calle, aplicando el oido por intervalos y acercándose tal vez al balcon, desde donde veia á Alí exhalar inmensas bocanadas de humo con una regularidad que indicaba que estaba embebido enteramente en aquella ocupacion.

De repente oyóse un rumor lejano, que se acercaba con rapidez imperceptible.

Luego apareció una carretela: el cochero trataba inútilmente de contener los caballos que corrian furiosos y espumantes botando y encabritándose.

En el carruaje veíanse abrazados una jóven y un niño de siete á ocho años, que con el esceso del terror habian perdido hasta la fuerza para gritar.

Una piedra ó un obstáculo cualquiera bastára á hacer pedazos el carruaje que ya crugia.

Como iba por el comedio de la calle, oíanse los gritos de terror de los transeuntes que lo contemplaban.

De repente Alí tira su pipa, saca el lazo del bolsillo, enreda con tres vueltas los pies delanteros del caballo de la derecha, y déjase arrastrar tres ó cuatro pasos por la violencia del impulso; pero al punto mismo el caballo enredado se arrodilla, cae sobre la lanza del coche que se hace pedazos, y paraliza los esfuerzos que hace para continuar su carrera el caballo que queda de pié.

Aprovecha el cochero este instante para saltar á

tierra; pero ya Alí con sus dedos de hierro ha tapado las narices del segundo caballo, que relinchando de dolor se tiende junto á su compañero.

Para todo esto no se ha necesitado mas tiempo que el que emplea una bala en herir su blanco.

Pero ha sido el suficiente para que de la casa mas inmediata á aquel sitio haya salido un hombre con gran séquito de criados.

—¡Oh! ¿no me decís eso, caballero, para tranquilizarme? ¡Mirad que pálido está! ¡Eduardo! ¡hijo mio! responde á tu madre.—¡Ah caballero! Mandad que busquen á un médico. Toda mi fortuna para el que salve mi hijo.

Hizo el conde un gesto para calmar á la desolada madre, y abriendo un cofrecito sacó un frasco de Bohemia lleno de un licor rojo como la sangre, y



De repente Alí tira su pipa, saca el lazo del bolsillo...

Al punto en que el cochero abre la portezuela, arranca del carruaje á la dama que con una mano se asía del almohadon, y con la otra apretaba contra su pecho á su hijo desmayado.

Condujo Monte-Cristo á entrambos al salon, y sentándolos en un sofá dijo á la señora:

—No temais nada, que estais en salvo.

Volvió la muger en sí, y por única respuesta le presentó á su hijo con una mirada mas elocuente que todas las súplicas.

El niño con efecto seguia desmayado.

—Sí, ya os comprendo, señora, dijo el conde examinándole; pero tranquilizaos, que no le ha sucedido nada. El miedo solamente le tiene así.

vertió una sola gota en los labios del niño, que abrió al momento los ojos, aunque proseguia pálido.

Con ver esto rayó en delirio la alegria de su madre.

—¿Dónde estoy? esclamó. ¿A quién debo tanta felicidad despues de trance tan duro?

—Estais, señora, respondió Monte-Cristo, en casa de un hombre que se conceptua el mas dichoso de la tierra por haberos ahorrado un disgusto.

—¡Oh! maldita curiosidad! prosiguió la dama. Como todo París hablaba de esos magníficos caballos de Madama Danglars, tuve el capricho de querer probarlos.

—¡Cómo! esclamó el conde con sorpresa admirablemente fingida, ¿son esos caballos los de la baronesa?

—Si, caballero: ¿la conoceis?

—¿A Madama Danglars?... he tenido esa honra; y mi júbilo es tanto mayor por haberos salvado del peligro en que esos caballos os habian puesto, cuanto que á mí podriais atribuirlo. Ayer compré esos caballos al baron; pero sintiólo tanto la baronesa, que se los he vuelto á enviar hoy rogándole que los reciba de mi mano.

me echeis á perder á Alí ni con alabanzas ni con gratificaciones, que son cosas á que no le quiero acostumbrar. Alí es mi esclavo; con salvaros me sirve á mí que es su obligacion.

—¡Pero ha arriesgado su vida! esclamó Madama de Villefort cortada por aquel tono despótico.

—Esa vida me la debe á mí, señora, y por lo tanto me pertenece, respondió Monte-Cristo.



—Señora, respondió Monte-Cristo, os ruego que no me echeis á perder á Alí.

—¿Luego vos sois el conde de Monte-Cristo, de quien Herminia me habló tanto ayer?

—Sí señora, dijo el conde.

—Yo, caballero, soy Madama Eloisa de Villefort.

Monte-Cristo se inclinó como quien oye pronunciar un nombre enteramente desconocido.

—¡Oh! cuán agradecido os va á quedar Mr. de Villefort! repuso Eloisa; porque al cabo os debe nuestras vidas; por vos tendrá muger é hijo. Es seguro que sin vuestro generoso criado hubiéramos perecido.

—¡Ah señora! aun me hace temblar la idea del peligro que corriais.

—¡Oh! espero que me permitireis recompensar dignamente el arrojo de este hombre.

—Señora, respondió Monte-Cristo, os ruego que no

Madama de Villefort enmudeció.

Acaso pensaba en aquel hombre que al primer golpe de vista hacia tanta impresion á todo el mundo.

En este intervalo pudo examinar el conde detenidamente al niño, que su madre cubria de besos.

Era pequeño, flaco, y su tez blanca como la de los niños albinos, á pesar de que un bosque de pelo negro y rebelde cubria su frente achatada, y cayendo sobre sus espaldas y circundando su rostro, doblaba la viveza de sus ojos malignos. Su boca era grande y los labios delgados. Las facciones todas de este niño hacian parecer que tuviese doce años lo menos, en vez de ocho.

Su primer movimiento fué desasirse de los brazos

de su madre con una sacudida brusca, é ir á abrir el cofrecito de donde Monte-Cristo habia sacado el pomo de elixir.

En seguida, sin pedir á nadie licencia, como niño hecho á sus gustos, se puso á destapar los pomos que allí habia.

—No los toqueis, amiguito, dijo el conde con viveza; que algunos de esos licores son peligrosos, no solamente de beber, sino de respirar.

Hizo el niño un gesto y volvió desdeñosamente la cabeza murmurando:

—¡Qué feo es!

El conde se sonrió, como si el niño acabase de realizar una de sus esperanzas.

Madama de Villefort riñó á su hijo con una moderacion que ciertamente no hubiese agradado á Juan Jacobo Rousseau, si el niño en vez de Eduardo se hubiese llamado *Emilio*.



Madama de Villefort.

Púsose pálida su madre, y cojiendo al niño de un brazo, lo acercó hácia sí; pero calmado su sobresalto, dirigió al cofrecito una leve, pero significativa mirada, que al conde no se le escapó.

En este momento entró Alí.

Hizo Madama de Villefort un movimiento de alegría, y atrayendo hácia sí mas al niño, le dijo:

—Eduardo, repara en este digno criado que fué muy valiente, pues arriesgó su vida para detener á los caballos que nos arrastraban y al coche que iba á hacerse añicos. Dale las gracias, porque á estas horas probablemente ni tú ni yo existiriamos sin su generosa ayuda.

—Oye, oye, dijo en árabe el conde á Alí, esta señora ruega á su hijo que te dé las gracias por haberles salvado á entrambos la vida, y el niño responde que eres muy feo.

Volvió un instante Alí su inteligente cabeza, y miró al niño con la mayor tranquilidad; pero una imperceptible contraccion de sus narices demostró al conde que el árabe acababa de ser herido en el corazon.

—¿Y es, caballero, esta casa vuestra vivienda habitual? le preguntó la dama levantándose para irse.

—No señora, respondió el conde, que esto es una especie de casucho que he comprado. Vivo en el ca-

mino de los Campos Elíseos, número 30; pero veo que estais en brasas y deseais retiraros. Ahora mismo acabo de mandar que enganchen á mi carruaje esos mismos caballos, y Alí el feo,—añadió al niño sonriéndose,—va á tener el honor de llevaros á vuestra casa, pues vuestro cochero se quedará aquí mientras componen la carretela. Tan pronto como termine esta operacion, uno de mis tiros la llevará en derechura á casa de Madama Danglars.

—Pero yo nunca me atreveré á ir con esos mismos caballos, dijo Madama de Villefort.

—¡Oh! manejados por Alí los vereis, señora, mansos como borregos, dijo Monte-Cristo.

Con efecto, Alí se habia acercado á los caballos que acababan de incorporarse con mucho esfuerzo.

Con una esponja empapada en vinagre aromático les frotaba las narices y las sienes bañadas en espuma, y casi al mismo tiempo pusiéronse los animales á relinchar y á estremecerse por espacio de algunos segundos.

Luego entre una turba numerosa atraida por el rumor del suceso y el espectáculo de la carretela destrozada delante de la puerta, enganchó Alí los caballos al cupé del conde, empuñó las riendas, subió al pescante, y con gran admiracion de los concurrentes que habian visto á aquellos mismos caballos desbocados de puro fogosos, vióse en la necesidad de castigarlos para que arrancaran, y aun así solo pudo lograr de los famosos pios ahora estúpidos, petrificados y muertos, que saliesen á un trote mal seguro y lánguido, de tal manera que Madama de Villefort tardó dos horas en volver al barrio de San Honorato donde vivia.

Llegada á su casa apenas, y pasadas las vivas emociones de familia, escribió la carta siguiente á Madama Danglars:

«Querida Herminia:

»Acaba de salvarme milagrosamente á mí y á mi hijo »ese conde de Monte-Cristo de quien hemos hablado »tanto ayer, y á quien yo estaba muy lejos de sospe»char que hoy mismo veria.

»Ayer me hablabais de él con un entusiasmo tal »que no pude menos de tomarlo á burla; pero hoy me »parece ese entusiasmo inferior aun al hombre que lo »inspiraba.

»Como en un vértigo se habian desbocado vues»tros caballos, y probablemente íbamos á perecer de »un modo desastroso mi pobre Eduardo y yo al pri»mer tropiezo que encontrára el carruaje, cuando un »árabe, un negro, un nubiano, un criado del conde, »en fin, detuvo el ímpetu de los caballos á una señal »suya segun creo, y á riesgo de perecer él propio, pues »fué un milagro que no sucediera así.

»Entonces Monte-Cristo corrió á nosotros y nos »llevó á su casa á Eduardo y á mí, volviéndole á él á »la vida.

»He vuelto á mi casa en su propio carruaje. El »vuestro os lo llevarán mañana.

»Sin duda os parecerán muy otros vuestros caba»llos de resultas de esta ocurrencia: estan como si »dijéramos entontecidos. Cualquiera diria que es que »no se pueden perdonar á sí mismos el haber sido su»jetados por un hombre.

»El conde me encarga os diga que con dos dias de »descanso y con darles por todo alimento heno y ce»bada, volverán á su primitivo estado, es decir, á su »estado de fieras.

»¡Adios! No os doy gracias por mi paseo; y si bien »lo reflexiono, es en mí ingratitud el guardaros rencor »por la braveza de vuestros pios, porque á ella debo »el haber visto al conde de Monte-Cristo, y el ilustre »estranjero me parece, aparte sus millones, un proble»ma tan curioso é interesante que he de estudiarlo »á toda costa, aunque tuviese que volver á pasearme »al bosque de Bolonia con vuestros propios caballos.

»Eduardo ha resistido la catástrofe con un valor »increible.

»Aunque se desmayó, ni exhaló antes un solo grito, »ni vertió después una lágrima.

»Todavía me direis que me ciega el amor de ma»dre; pero os juro que en este cuerpo tan enfermizo »y delicado hay un alma de hierro.

»A Eugenia muchas cosas de nuestra cara Valen»tina, y yo os abrazo de todo corazon.

»Eloisa de Villefort.»

P. D. »Procurad que de cualquier modo que sea »me encuentre en vuestra casa con el conde de Monte»Cristo, que quiero absolutamente volverle á ver. »Acabo tambien de lograr de Mr. de Villefort que le »haga una visita, y espero que él nos la pague.»

Aquella noche era el suceso de Auteuil el asunto de todas las conversaciones.

Alberto se lo contó á su madre; Chateau-Renaud lo contó en el Jockey Club; Debray en el despacho del ministro, y el mismo Beauchamp llevó su galantería hasta el punto de publicar en su periódico una gacetilla de veinte renglones, que hizo al noble estranjero pasar por héroe entre todas las damas aristocráticas.

Muchas personas fueron á inscribirse entre las visitas de madama Villefort, para tener el derecho de renovar las suyas en tiempo oportuno y de oir de su boca los detalles de aquella aventura pintoresca.

Por su parte Mr. de Villefort, segun habia dicho Eloisa, se puso un frac negro y guantes blancos, y con su lacayo mas lujoso subió á su carruaje aquella misma tarde yendo á parar á la puerta de la casa número 30 de los Campos Elíseos.

CAPITULO IX.

IDEOLOGIA.

Solo viviendo mas tiempo en el mundo parisiense hubiera podido apreciar el conde de Monte-Cristo en todo su valor el paso que Mr. de Villefort daba.

Bien quisto de la córte, fuese la rama primogénita ó la segundona la reinante, y los ministros liberales, doctrinarios ó conservadores, tenido en general en opinion de hábil, opinion que por lo comun inspiran todos los que no han sufrido reveses políticos, odiado de muchos, pero ardientemente protegido de algunos, á pesar de que nadie le amara, Mr. de Villefort ocupaba una de las altas posiciones de la magistratura, sosteniéndose en ella como pudiera hacerlo un Harlay ó un Molé.

Sus salones, regenerados por una esposa jóven y por una hija de su primer matrimonio que apenas contaba diez y ocho años, pertenecian á ese género de salones de Paris donde se conserva la etiqueta antigua como una religion.

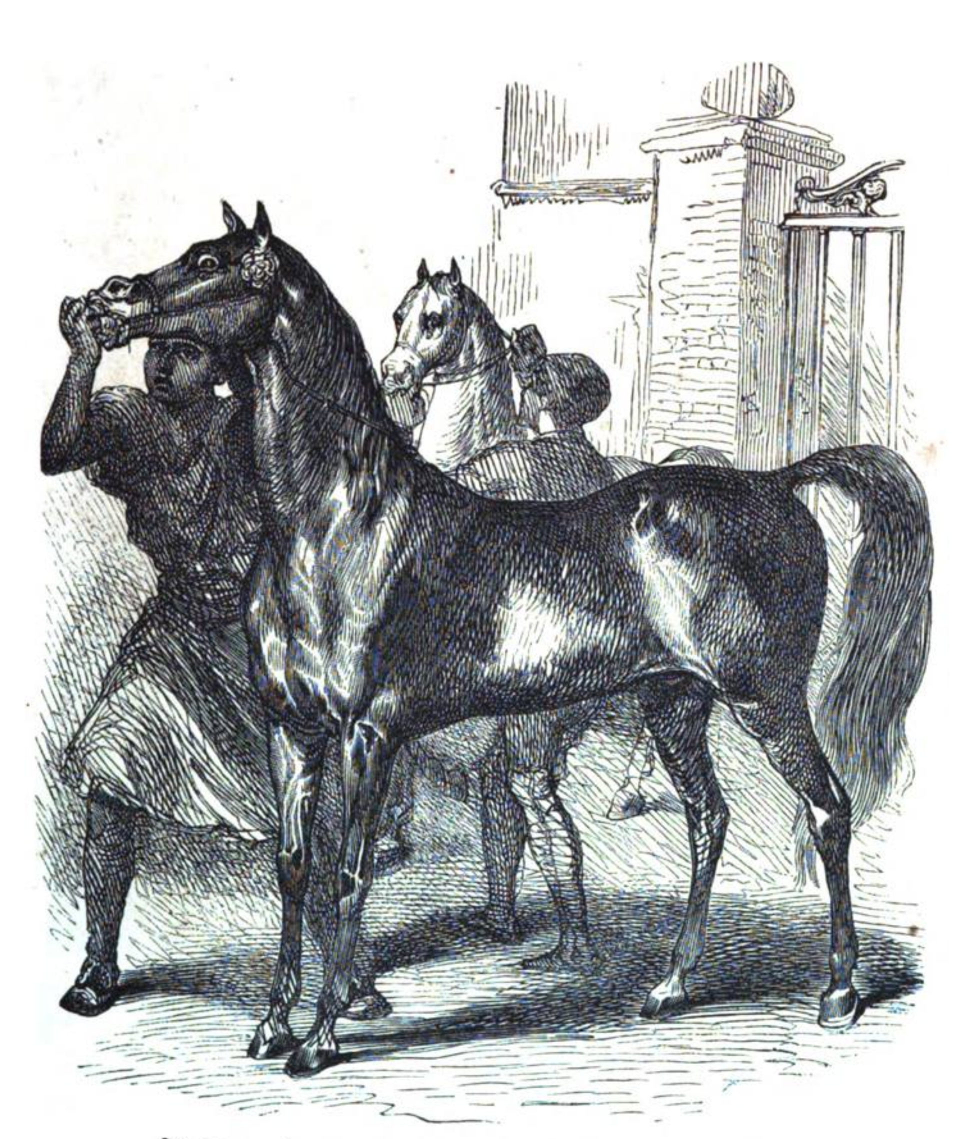
Una política fria, una fidelidad absoluta á los principios gubernamentales, un profundo desprecio á las teorías y á los teóricos, y un odio profundo á los ideólogos; tales eran los caractéres de la vida íntima de Mr. de Villefort.

No era solamente magistrado, que era tambien diplomático.

Sus lazos con la corte antigua, de quien hablaba siempre con dignidad y respeto, le hacian á la nueva respetable, y sabia además tantas cosas, que no solo se le atendia siempre, sino que se le consultaba algunas veces.

A haberse podido deshacer de él quizás no sucediera esto; pero á semejanza de aquellos señores feudales que se rebelaban contra su soberano, habitaba una fortaleza inespugnable.





Con una esponja empapada en vinagre aromático les frotaba las narices.

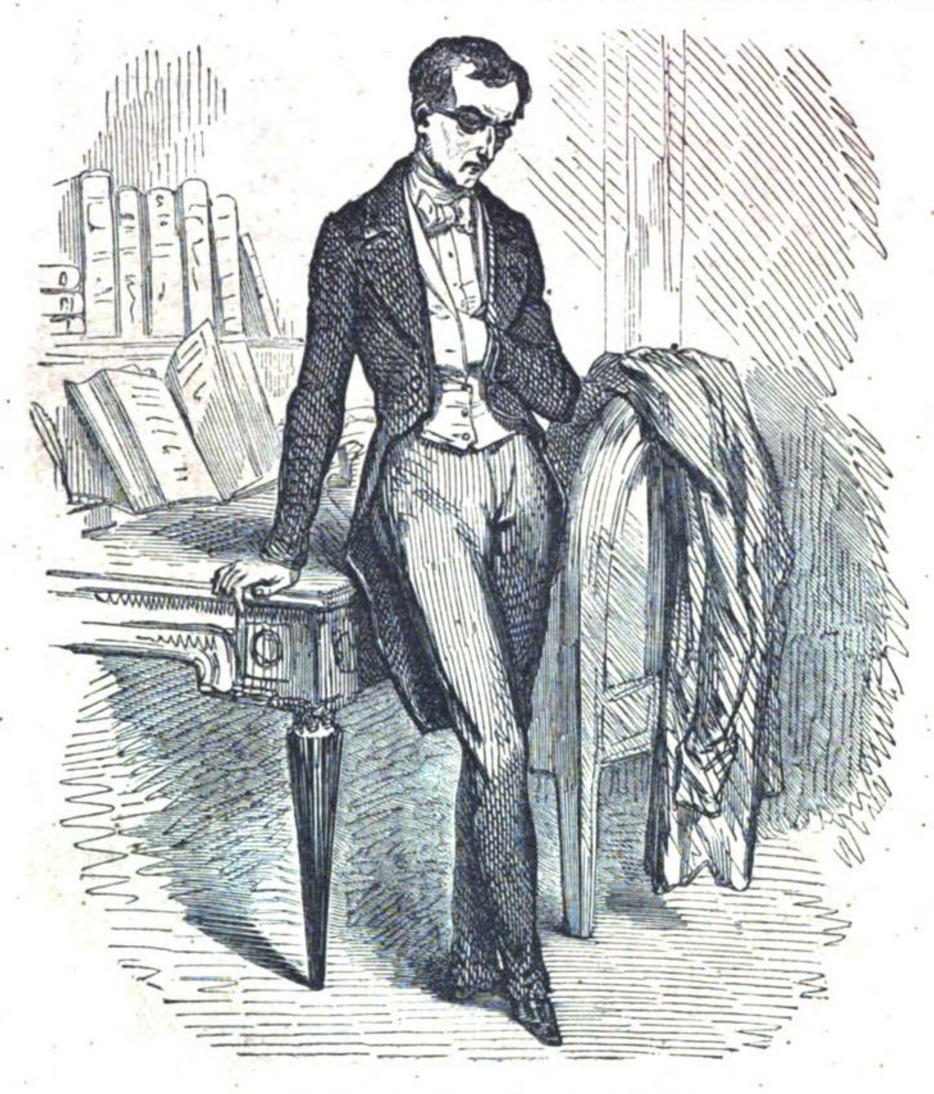
Esta fortaleza era su empleo de procurador del rey, cuyas ventajas esplotaba á las mil maravillas, y que nunca dejaria sino por ser diputado y reemplazar con la oposicion la neutralidad.

Generalmente hacia Mr. de Villefort muy pocas visitas.

Su muger visitaba en su nombre. Era cosa admitida en el gran mundo, y se tenian en cuenta sus graves ocupaciones de magistrado, cuando no lo hacia en realidad sino por orgullo, por aristocracia, porque se aplicaba este axioma:—*Estímate y te estimarán*,—axioma mucho mas útil en nuestra sociedad que aquel de los griegos:—*conócete á ti mismo*,—reemplazado en nuestros dias por el arte menos difícil y mas ventajoso de conocer á los demás.

Para sus amigos era Mr. de Villefort un protector poderoso; para sus enemigos un enemigo sordo, pero encarnizado; para los indiferentes era la estátua de la ley en forma humana: altivo continente, fisonomía impasible, mirada fija ó insolente, profunda y escrutadora; tal era el hombre á quien cuatro revoluciones habian cons ruido hábilmente y cimentado un pedestal.

Gozaba fama Mr. de Villefort de ser el hombre menos curioso y mas descontentadizo de toda la Francia. Todos los años daba un baile, y solo se presentaba en él un cuarto de hora, es decir, cuarenta y cinco minutos menos que el rey se presenta en los suyos. Nunca se le veia en los teatros, ni en los conciertos, ni en ningun sitio público: algunas veces, aunque raras, jugaba una partida de wist, en cuyo caso le buscaban jugadores dignos de él, que solian serlo algun embajador, algun arzobispo, algun príncipe, algun presidente, ó en fin, alguna duquesa viuda.



De flaco que era, se habia vuelto acartonado.

Tal era el hombre cuyo carruaje acababa de parar á la puerta del conde de Monte-Cristo.

Anunció á Villefort el ayuda de cámara, á la sazon que el conde inclinado sobre una mesa trazaba en un mapa un itinerario desde San Petersburgo á China.

Entró el procurador del rey con el mismo paso grave y acompasado con que entraba en el tribunal; era pues el mismo hombre, ó mejor dicho, la continuacion del mismo hombre que en otro tiempo vimos de sustituto en Marsella.

Consecuente con sus principios, la naturaleza nada habia cambiado en su cuerpo completamente.

De flaco que era, se habia vuelto acartonado; de pálido, se habia vuelto amarillo. Sus ojos hundidos eran mas bien hoyos, y sus gafas de armadura de oro, cubriendo sus órbitas, parecia que formaban parte de su cara. Escepto la corbata blanca, su trage era enteramente negro, y solo alteraba este color fúnebre una cinta encarnada que asomaba imperceptiblemente en un ojal de su frac, parecida á una pincelada de sangre.

Por muy dueño de sí mismo que el conde fuese, examinó al magistrado con curiosidad devolviéndole su saludo. Receloso este por costumbre, y nada crédulo en particular sobre las maravillas sociales, estaba mas predispuesto á ver en el noble estranjero (así llamaban ya á Monte-Cristo) un caballero de industria que venia á esplotar un teatro nuevo, ó un criminal fugado de presidio, que no un príncipe de los Estados romanos ó un sultan de las *Mil y una noches*.

—Caballero, dijo Villefort con ese tono acre que afectan los magistrados en sus discursos, tono de que no pueden desprenderse en la conversacion; caballero, el señalado servicio que habeis hecho ayer á mi esposa y á mi hijo me constituye en el deber de demostraros mi gratitud. Vengo pues á demostrárosla en cumplimiento de ese deber.

Y al pronunciar estas palabras, los severos ojos del magistrado nada habian perdido de su arrogancia habitual.

Habíalas pronunciado con su voz de procurador general, con aquella inflexible inmovilidad de garganta y de hombros que hacia decir á sus aduladores que era la estátua viva de la ley.

—Caballero, respondió el conde á su vez con la mayor frialdad, tengo á gran dicha el haber podido conservar un hijo á su madre, porque dicen que el sentimiento de la maternidad es el mas santo de todos; y esta dicha os dispensaba, caballero, de cumplir un deber que sin duda me honra, porque sé que Mr. de Villefort no prodiga el favor que me hace; pero que no vale para mí lo que la satisfaccion interior de haber hecho el bien.

Asombrado Villefort de esta salida que no esperaba, tembló como un soldado que siente el golpe bajo la armadura que lo cubre, y un pliegue de su desdeñoso labio indicó que desde la primera impresion no tenia al conde de Monte-Cristo por un señor muy cortés.

Con esto dirigió los ojos á todas partes en busca de un objeto que pudiera reanudar la conversacion cortada, que parecia haberse agotado al cortarse.

Al ver el mapa que examinaba Monte-Cristo cuando él entró, repuso:

—¿Estudiais geografía, caballero? Es un escelente estudio, particularmente para vos, que habeis visto, segun dicen, tantos países como hay grabados en ese atlas.

—Sí, caballero, respondió el conde: he querido hacer de la especie humana en masa lo que vos haceis todos los dias de las escepciones, es decir, un estudio fisiológico. He reflexionado que me seria mas fácil luego bajar del todo á la parte, que no de la parte al todo. Esto es un axioma algebráico que aconseja partir de lo conocido á lo desconocido, y no de lo desconocido á lo conocido... pero, sentaos, caballero.

Y Monte-Cristo señaló con la mano al procurador del rey un sillon que este se vió obligado á tomarse el trabajo de acercar por sí mismo, mientras él no tuvo otro que el de dejarse caer en el que estaba arrodillado cuando entró Villefort. Con esto hallóse el conde vuelto á medias á la visita, con la espalda hácia el balcon y el codo apoyado en la carta geográfica que era momentáneamente objeto de la conversacion, conversacion que tomaba como habia sucedido con Morcef y Danglars un carácter análogo, si no á la situacion, á lo menos á los personajes.

—¡Ah! ¿filosofais? repuso Villefort despues de un instante de silencio, en el cual habia reconcentrado sus fuerzas como un atleta que se topa con un adversario vigoroso. Pues bien, caballero, si yo como vos nada tuviera que hacer, os aseguro bajo palabra de honor que buscaria una ocupacion menos triste.

—Es verdad, caballero, repuso Monte-Cristo, y el hombre es un insecto muy ruin para el que lo observa con el microscopio solar; pero segun creo acabais de decir que nada tengo que hacer... Veamos... ¿creeis acaso vos, caballero, tener algo que hacer? ó para hablar mas claramente, ¿creeis que lo que vos haceis vale la pena de llamarse algo?

Este segundo golpe de tan estraño adversario redobló la admiracion de Villefort. Hacia mucho tiempo que nadie le dirigia una paradoja de tanta fuerza, ó para hablar con mas exactitud, era la primera vez que la oía.

Antes de responder se dió el procurador del rey muchas vueltas, como suele decirse.

—Vos sois estrangero, dijo, y asegurais además haber pasado una gran parte de vuestra vida en los países orientales; con que no sabeis cuán prudente y acompasada es entre nosotros la justicia, tan espeditiva en aquellas regiones bárbaras.

—Si tal, caballero, sí tal: es el *pede claudo* antiguo. Lo sé muy bien, porque en lo que mas me he ocupado en todos los países es en estudiar la justicia, comparando á la justicia natural el procedimiento criminal de todos los pueblos; y debo de confesároslo, caballero, la ley que mas conforme he encontrado con el pensamiento de Dios es la de los pueblos primitivos, la ley del talion.

—Si se adoptase, caballero, dijo el procurador del rey, simplificaria mucho nuestros códigos, y quedando reducidos á ejecutar solamente, apenas tendrian que hacer nuestros magistrados, como deciais hace poco.

—Pues acaso llegará á suceder eso, añadió Monte-Cristo, pues bien sabeis que las invenciones humanas caminan de lo compuesto á lo simple; que en lo simple está siempre la perfeccion.

—Pero entre tanto, caballero, nuestros códigos existen con sus artículos contradictorios, sacados de las costumbres galas, de las leyes romanas y de los usos francos. El conocimiento de todos estos artículos, convendreis en que no se adquiere sin penosos trabajos, y que exige grandes estudios, y sobre todo gran cabeza para no olvidarlo despues de adquirido.

—Ese es tambien mi parecer, caballero; pero todo lo que vos sabeis del código francés, lo sé yo, no solamente de ese mismo código, sino que tambien del de todas las naciones. Las leyes inglesas, turcas, japonas é indias, me son tan conocidas como las francesas; y razon tuve en decir que relativamente (ya sabeis, caballero, que todo es relativo) relativamente á lo que yo he hecho ya, poco teneis vos que hacer, y relativamente á lo que yo he aprendido poco teneis que aprender.

—Pero ¿con qué objeto habeis aprendido tanto? repuso admirado Villefort.

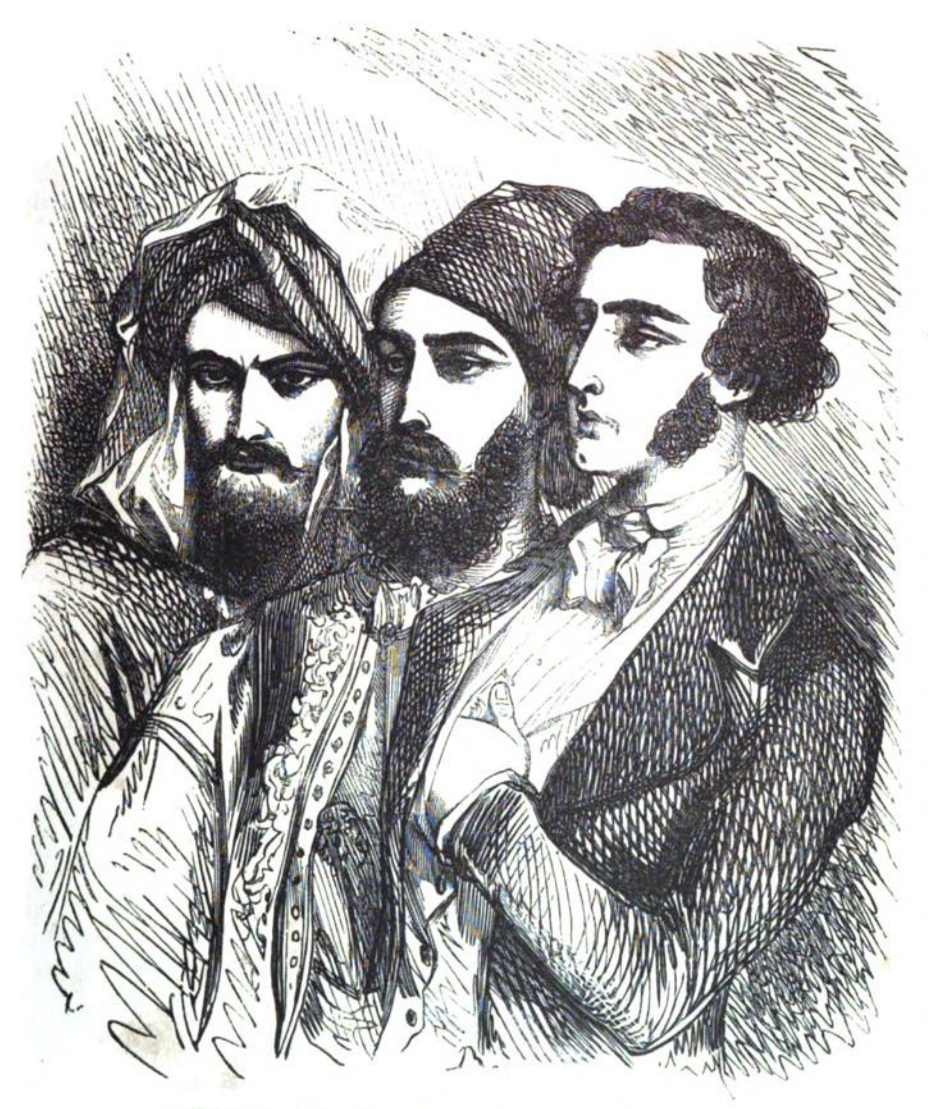
Monte-Cristo se sonrió.

—Bien, caballero, le dijo. Ya reconozco que á pesar de la reputacion que os cuelgan de hombre superior, veis todas las cosas desde el punto de vista vulgar y material de la sociedad, concretándoos al hombre enteramente, es decir, al punto de vista mas diminuto que pueda abrazar la inteligencia humana.

—Esplicaos, caballero, dijo Villefort de cada vez mas admirado. No os comprendo... bien...

—Digoos, que fija la mirada en la organizacion social de las naciones, solo veis los resortes de la máquina, y no la mano sublime que la mueve. Digoos que no veis en torno vuestro ni delante otra cosa que los títulos ó los privilegios, firmados por un ministro ó por





—Alí me cree árabe, Bertuccio me cree romano, y Haydée griego.

un rey; y que se escapan á vuestra vista miope los hombres puestos por Dios sobre los títulos, los privilegios, los ministros y los reyes; hombres que no vienen al mundo á ser uno de tantos, sino á cumplir una mision. Esta falta es propia de la débil é incompleta organizacion humana. Tobías creyó un jóven vulgar al ángel que iba á volverle la vista. Las naciones tomaban á Atila, que debia de arrasarlas, por un conquistador como todos los conquistadores, y fué menester para que los reconociesen que ambos revelaran sus misiones celestiales; fué menester que el uno dijera:—Soy el ángel del Señor,—y el otro:—Soy el azote de Dios—para que se reconociera palmariamente su esencia divina.

—¿Luego os teneis por uno de esos hombres estraordinarios que acabais de citar? dijo Villefort con admiracion creciente, creyendo que hablaba con un iluminado ó con un loco.

—¿Por qué no? dijo friamente Monte-Cristo.

—Disimuladme, caballero, repuso Villefort, porque al presentarme en vuestra casa ignoraba que me las he con un hombre cuyo saber y conocimientos sobrepujan en mucho al saber y á los conocimientos habituales de los hombres. No es costumbre entre nosotros, hijos corrompidos de la civilizacion, que los señores que poseen fortunas inmensas como la vuestra—así se asegura al menos,—reparad que yo no pregunto sino que repito lo que oigo—no es costumbre, torno á decir, que estos seres privilegiados del oro pierdan su tiempo en elucubraciones sociales y en delirios filosóficos, inventados para consuelo de los desheredados de bienes en la tierra.

—¿Y qué, caballero, repuso el conde, habreis llegado á la alta posicion que ocupais sin admitir y aun sin haber encontrado escepciones? ¿no ejercitais vuestra observacion, que tanto necesita ejercitarse, en adivinar á la primera mirada cuál es el hombre que mirais? ¿No deberia de ser el magistrado, antes que el inteligente aplicador de la ley, antes que el intérprete fiel de los geroglíficos del código, una sonda de acero para los corazones, una piedra de toque para conocer el alma que tiene mas ó menos oro, ó mas ó menos liga?

—Os confieso que me confundís, dijo Villefort, y que á nadie he oido hablar nunca de esa manera.

—Porque estais de continuo encerrado en el círculo de las condiciones generales, y no os habeis atrevido á elevaros de un vuelo á las esferas superiores que Dios puebla de seres invisibles ó escepcionales.

—¿Luego concedeis, caballero, que existen tales esferas, y que viven entre nosotros seres invisibles y escepcionales?

—¿Por qué no? ¿veis vos acaso el aire que respirais y sin el cual no podriais vivir?

—¿Luego no vemos á esos seres en cuestion?

—Sí tal; los veis cuando permite Dios que se materialicen, los tocais, les hablais y os responden.

—¡Ah! dijo sonriéndose Villefort, confieso que desearia saber de antemano cuándo se hallaba en contacto conmigo uno de esos seres.

—Pues os sale á medida del deseo, caballero, yo os lo avisé, y os lo aviso ahora.

—¿Con que vos?...

—Yo soy uno de esos seres escepcionales, sí, y creo que hasta lo presente ningun hombre se haya encontrado en una posicion como la mia. Los dominios de los reyes son limitados, ya por montañas, ya por rios, ya por cambio de costumbres ó de idioma. Mi reino es tan grande como el mundo, porque ni soy italiano, ni francés, ni indio, ni americano, ni español, que soy cosmopolita. Ningun país puede decir que me haya visto nacer, y solo Dios sabe cuál me verá morir. Yo me identifico con todas las costumbres, y hablo todos los idiomas. Sin duda me teneis por francés, porque hablo el francés con la misma facilidad y pureza que vos; pues bien, Alí mi nubiano me cree árabe; Bertuccio mi mayordomo me cree romano, y Haydée mi esclava me cree griego. Con esto, con no ser de ningun país, con no pedir proteccion á ningun gobierno, con no reconocer á ningun hombre por prógimo, ya comprendereis que ni me estorba ni me detiene ninguno de los obstáculos que estorban y paralizan á los hombres débiles. Solo dos enemigos tengo—y no diré vencedores, porque con mi tenacidad los venzo yo:—la distancia y el tiempo. El tercero y el mas terrible es mi condicion mortal. Ella sola me puede detener en mi camino antes que haya conseguido el objeto que me propongo. Lo demás todo lo tengo calculado. Lo que llaman los hombres caprichos de la suerte, es decir, las ruinas, las eventualidades, las tengo previstas; y si alguna me sucede, no logrará aniquilarme. A menos que muera, siempre seré lo que soy; y aquí teneis la ocasion de que os haya dicho cosas que nunca habeis oido ni aun de boca de los reyes, porque los reyes os necesitan y el resto de los hombres os teme. ¿Quién no dice en una sociedad tan ridículamente organizada como la nuestra: «¡Quizás algun día caeré en las garras del procurador del rey!»

—¿Y podeis decir eso vos mismo, caballero? Desde el punto en que vivís en Francia os someteis á las leyes francesas.

—Ya lo sé, caballero, respondió Monte-Cristo; pero cuando determino de ir á un país empiezo por estudiar (con medios que me son esclusivamente propios) los hombres de quienes tengo algo que esperar ó que temer, y llego á conocerlos tan bien ó acaso mejor que ellos mismos se conocen. De aquí resulta que cualquier procurador del rey en cuyas manos cayese se veria en posicion mas crítica que yo mismo.

—Lo que quiere decir, repuso Villefort vacilante, que como la naturaleza humana es débil, todo hombre, segun vos, ha cometido... faltas...

—Faltas... ó crímenes, repuso Monte-Cristo negligentemente.

—¿Y qué vos solo entre los hombres que no quereis reconocer por prógimos,—vos mismo lo habeis dicho, caballero, repuso Villefort con voz un tanto alterada—y que vos solo sois perfecto?

—No perfecto, sino impenetrable y nada mas, respondió el conde. Pero hagamos punto, caballero, si no os gusta la conversacion, que ni yo estoy amenazado de vuestra justicia, ni vos de mi doble vista.

—No, no, caballero, dijo vivamente Villefort, temeroso sin duda de hacerle creer que le abandonaba el campo; no, no. Con vuestra brillante y casi sublime conversacion me habeis elevado sobre las esferas ordinarias. Ya no hablamos, discutimos. Así como los teólogos desde sus tribunas de la Sorbona y los filósofos en sus disputas se dicen verdades muy crueles, supongamos que nosotros discutimos teología social, y filosofía teológica, y os diré solamente esta verdad, aunque es muy dura:—Hermano mio, vos adorais al orgullo: estais, sí, sobre los otros; pero sobre vos está Dios.

—Y sobre todas las cosas, caballero, respondió Monte-Cristo con acento tan profundo, que tembló Villefort involuntariamente; mi orgullo es para con los hombres, serpientes dispuestas siempre á volverse contra el que se las pone delante sin aplastarlas; pero me despojo de este orgullo en presencia de Dios, que me hizo de la nada.

—Entonces os admiro, señor conde, dijo Villefort, empleando por primera vez en plática tan estraña esta fórmula aristocrática. Sí, os lo repito: pues sois verdaderamente fuerte, verdaderamente superior, verdaderamente santo é impenetrable, lo que viene á ser una misma cosa como vos decís; tened orgullo, caballero, que tal es la ley de las dominaciones. Sin embargo; alguna ambicion tendreis sin duda.

—He tenido una, caballero.

—¿Cuál?

—Yo tambien, como sucede á todos los hombres una vez en su vida, yo tambien me he sentido trasportado por Lucifer á la montaña mas alta de la tierra, y allí, enseñándome el mundo, me ha dicho, como en otro tiempo se lo habia dicho á Jesucristo:—«Veamos, hijo del hombre, ¿qué quieres por adorarme?»—Púseme entonces á reflexionar, porque hacia mucho tiempo que me devoraba una ambicion terrible, y le respondí:—«Escucha: siempre he oido hablar de la Pro»videncia, y nunca la he visto ni cosa que se le »parezca, lo que me hace creer que no existe. Quiero »ser yo la Providencia, porque tengo para mí que no »hay nada mas bello, mas grande ni mas sublime en »el mundo que recompensar y castigar.»—Pero Lucifer bajó la cabeza y exhaló un suspiro.—«Te engañas, »respondió; la Providencia existe, solo que tú no la ves, »porque, hija de Dios, es invisible como su padre. Nada »has visto que se le parezca, porque obra con ocultos »resortes, va por vias oscuras. Todo lo que puedo ha»cer por tí es hacerte agente de la Providencia.»—El trato quedó cerrado; quizás me cueste el alma; pero ¡no importa! añadió Monte-Cristo, aunque tuviera que cerrarlo otra vez, otra vez lo cerraria.

Villefort le miraba con admiracion estrema.

—Señor conde, le dijo, ¿teneis familia?

—No señor, que soy solo en el mundo.

—¡Tanto peor!

—¿Por qué? le preguntó el conde.

—Porque hubiérais podido presenciar un espectáculo mortal para vuestro orgullo. ¿Decís que solo temeis la muerte?

—No dije que la temo, sino que solo ella puede contrariarme.

—¿Y la vejez?

—Antes que llegue á viejo estará cumplida mi mision.

—¿Y la locura?

—Cuando ya no me he vuelto loco, me coje el axioma: *non bis in idem*: es axioma criminal, y por consiguiente de vuestra competencia.

—Otras cosas hay más temibles que la muerte y que la vejez y que la locura, caballero, repuso Villefort. Hay, por ejemplo, la apoplegía, ese rayo que hiere sin destruir, y que sin embargo destruye. Es el hombre y no es el hombre lo que queda. Vos, que teneis como Ariel algo de ángel, quedais reducido á una masa inerte, que tiene como Caliban algo de bestia. Esto en el lenguaje humano se llama simplemente, como os dije, una apoplegía. Venid si os place, señor conde, á reanudar en mi casa esta conversacion cuando querais habéroslas con un adversario capaz de comprenderos y ávido de refutaros; venid y os mostraré á mi padre Mr. Noirtier de Villefort, jacobino de los mas fogosos de la revolucion francesa, ó como si dijéramos, la audacia mas brillante junta con la organizacion mas vigorosa; hombre que, si no habia visto como vos todos los reinos de la tierra, habia contribuido á trastornar uno de los mas potentes; hombre en fin, que como vos se tenia por enviado, no de Dios, sino del Ser supremo, no de la Providencia, sino de la fatalidad. Pues bien, caballero, la rotura de un vaso sanguíneo en un lóbulo del cerebro ha destruido todo esto, no en un dia ni en una hora, sino en un segundo. La víspera, Mr. Noirtier era el antiguo jacobino, el antiguo senador, el antiguo carbonario, que se reia de la guillotina y de los cañones y de los puñales; Mr. Noirtier, que jugaba con las revoluciones; Mr. Noirtier, para quien la Francia solo era un vasto juego de ajedrez, de donde debian ir desapareciendo peones, torres, caballeros y reinas para darle jaque al rey; Mr. Noirtier, la víspera tan temible, era al dia siguiente el *pobre M. Noirtier*, viejo inmóvil, esclavo de la voluntad del ser mas débil de toda la casa, es decir, de su nieta Valentina; cadáver, en conclusion, mudo y helado, que solo vive sin dolores para dar tiempo á la materia de descomponerse total y gradualmente.

—¡Ay caballero! dijo Monte-Cristo, ni á mi pensamiento ni á mis ojos seria nuevo ese espectáculo, porque sé algo de medicina, y cómo mis cólegas, mas de una vez he ido á buscar el alma en la materia viva ó en la materia muerta, quedando invisible á mis ojos como la Providencia, aunque presente en mi corazon. Cien autores, desde Sócrates, desde Séneca, desde San Agustin hasta Gall, han hecho en prosa ó verso el cuadro antitético que acabais de esponer; pero comprendo sin embargo que los padecimientos de un padre puedan operar grandes cambios en lo moral del hijo. Iré, caballero, iré, puesto que me lo brindais, á contemplar en provecho de mi humildad ese terrible espectáculo que debe de entristecer mucho vuestra casa.

—Así sucederia sin duda alguna, si no me hubiese el cielo dado una gran compensacion. Junto al viejo que arrastrándose camina á la tumba, entran dos niños en la vida; Valentina, hija de mi primer matrimonio con Madama Renée de Saint-Meran, y Eduardo, ese hijo á quien me habeis salvado vos.

—¿Y qué deducís de esa compensacion? le preguntó Monte-Cristo.

—Deduzco, caballero, respondió Villefort, que arrebatado mi padre de sus pasiones habrá cometido alguna de esas faltas que se libran de la justicia de la tierra, pero no de la del cielo... y que Dios le ha castigado á él solo, no queriendo castigar sino á una sola persona.

Aunque sonriendo amablemente, lanzó Monte-Cristo un rugido en el fondo de su pecho, que á poderlo oir Villefort huyera amedrentado.

—Adios, caballero, añadió el juez, que de algun tiempo atrás se habia levantado y estaba hablando de pié. Llevo de vos un recuerdo afectuoso, que espero os sea dulce de inspirar cuando me conozcais mejor, porque soy todo lo descontentadizo que puede ser un hombre. Tambien en Madama de Villefort os habeis ganado una amiga eterna.

Monte-Cristo le saludó, contentándose con acompañarle hasta la puerta del gabinete. A una señal de Villefort dos lacayos le abrieron la portezuela y subió á su carruaje.

Después de la marcha del procurador del rey, dijo el conde arrancando con violencia un suspiro de su pecho oprimido:

—Vamos, vamos, basta de hiel; ahora que está lleno mi corazon busquemos el antídoto.

Y dando un golpe en el sonoro timbre apareció Alí, á quien dijo:

—Subo al cuarto de la señora. Ten dispuesto el carruaje para dentro de media hora.

CAPITULO X.

HAYDÉE.

El lector recordará quiénes eran los nuevos ó mas bien los antiguos conocidos del conde de Monte-Cristo que vivian en la calle de Meslay: eran Maximiliano, Julia y Manuel.

La esperanza de esta visita que iba á hacer, de estos momentos dichosos que iba á pasar, de este rayo de sol del paraiso que iba á deslizarse en aquel infierno, donde por su gusto se sumiera, habian cubierto el rostro del conde de la mas hermosa serenidad, particularmente desde que perdió de vista á Villefort. Alí, que al son del timbre habia acudido, viéndolo radiante de alegría, cosa tan rara en él, se habia retirado de puntillas sujetando la respiracion, temeroso de abuyentar las ideas felices de que creia á su dueño poseido.





Trasportado por Lucifer á la montaña mas alta del universo.

Era mediodía.

Habia reservado el conde una hora para subir á la habitacion de Haydée. No parecia sino que el placer no pudiera dominar de repente aquel alma tan destrozada, y necesitara prepararse á las emociones dulces como se preparan otras almas á las emociones violentas.

Ya hemos dicho que la jóven griega ocupaba una habitacion enteramente separada de la del conde.

Su mueblaje era de todo en todo oriental; es decir, que cubrían los suelos muelles tapices de Turquía; que las paredes estaban cubiertas de brocací, y que ceñia un divan prolongado la pieza en torno, y aquí y allá veíanse cojines en monton para usarlos como se quisiera.

Haydée tenia tres doncellas francesas y una griega.

Ocupaban la primera habitacion las tres francesas prontas á acudir al son de una campanilla de oro y á obedecer las órdenes de la esclava romaica, que sabia lo bastante de francés para trasmitir la voluntad de su señora á las camareras. Monte-Cristo las habia encargado que trataran á Haydée como á una reina.

La jóven ocupaba la habitacion mas retirada, es decir, una especie de gabinetito ovalado. Solo por el techo le entraba luz, y eso á través de cristales de color de rosa.

Estaba echada en el suelo sobre cojines de raso azul bordados de plata, y medio reclinada en el divan con la cabeza ceñida por su brazo torneado, mientras llevaba á sus labios con el izquierdo la boquilla de coral en que remataba el flexible tubo de un pebetero, cuyos vapores no llegaban á su boca sino perfumados por agua de benjuí que llenaba la cavidad superior del pebetero por donde los hacia pasar su dulce aspiracion.

Su postura, muy natural en las mugeres del Oriente, en una francesa hubiera parecido coqueteria y quizás afectacion.

Su traje era el de las epirotas; es decir, calzon de raso blanco bordado en flores de color de rosa, que dejaba á descubierto dos piés infantiles blancos como el mármol de Paros, metidos en dos sandalias diminutas de punta retorcida bordadas en perlas y oro; una casaquilla de listas blancas y azules con anchas mangas abiertas, cuyos ojales eran de plata, y perlas los botones; por último, una especie de corsé, que abierto por la parte superior dejaba ver su cuello y el principio de su pecho, abrochándose con tres diamantes.

Tenia en la cabeza un casquete de oro tachonado de perlas caido del un lado, y debajo del casquete por aquella misma parte una magnífica rosa natural de color de púrpura, prendida en los cabellos que de puro negros parecian azules.

El remate del corsé y el principio del pantalon se ceñian y ajustaban con uno de esos cinturones de colores vivos y de anchas franjas de seda floja, que ambicionan tanto nuestras europeas.

Su rostro era el tipo de la belleza griega en toda su perfeccion: ojos negros aterciopelados, nariz de líneas purísimas y rectas, labios de coral, y dientes de perlas.

Sobre tan hechicero conjunto derramaba además la flor de la juventud todo su brillo y todo su perfume.

Podria tener Haydée de diez y nueve á veinte años.

Llamó Monte-Cristo á la doncella griega, y le dijo pidiese á su señora permiso para entrar á verla.

Por toda respuesta hizo Haydée seña á la criada de que levantase el tapiz que cubria la puerta, y entró el conde.

Incorporóse Haydée sobre el codo que sostenia el pebetero, y tendiendo al conde su mano y saludándole con una sonrisa:

—¿Por qué, le dijo en el sonoro lenguaje de las mugeres de Atenas y de Esparta, por qué me pides permiso para entrar á verme? ¿No eres tú mi señor? ¿No soy tu esclava?

Monte-Cristo se sonrió á su vez.

—Haydée, le dijo, ya sabeis...

—¿Por qué no me llamas de *tú* como acostumbras? esclamó la griega interrumpiéndole. ¿He cometido alguna falta? En ese caso castígame, pero no me llames de *vos*.

—Haydée, repuso el conde, ya sabes que estamos en Francia, y que por consiguiente eres libre.

—¡Libre! ¿para qué? le preguntó la jóven.

—Para abandonarme.

—¡Abandonarte!... ¿Y para qué te he de abandonar?

—¿Quién sabe?... Como vamos á ver el mundo...

—Yo no quiero ver á nadie.

—Si entre los jóvenes que encuentres te agradase alguno, yo no seria tan injusto...

—Nunca he visto hombre mas hermoso que tú, ni he amado nunca sino á mi padre y á tí.

—¡Pobre niña! esclamó el conde. ¡Si solo has hablado en el mundo con tu padre y conmigo!

—¡Pues bien! ¿para qué necesito hablar con otros? Mi padre me llamaba *su alegría*, tú me llamas *tu amor*; y los dos me llamais *vuestra hija*.

—¿Te acuerdas de tu padre, Haydée?

La jóven se sonrió.

—Está aquí y aquí, dijo poniéndose la mano sobre los ojos y sobre el corazon.

—Y yo ¿dónde estoy? le preguntó sonriéndose Monte-Cristo.

—Tú... estás en todas partes.

Cojióle Monte-Cristo la mano para besársela; pero la cándida niña retiró la mano y presentó la frente.

—Ahora, Haydée, le dijo, ahora que sabes que eres libre, que eres dueña, que eres reina, puedes conservar tu trage ó variarlo como te parezca; estarás aquí mientras quieras estar; saldrás cuando quieras salir; tendrás siempre dispuesto un carruaje, y Ali y Myrto te acompañarán y estarán en todo á tus órdenes. Solo una cosa te pido.

—Dila.

—Guarda el secreto de tu nacimiento; no pronuncies una palabra sobre tu vida pasada, ni en ninguna ocasion pronuncies el nombre de tu ilustre padre, ni el de tu pobre madre.

—Ya te he dicho, señor, que á nadie veré.

—Escucha, Haydée: quizás esta reclusion oriental llegue á ser imposible en Paris. Prosigue acostumbrándote á la vida de nuestros países del Norte como has hecho en Roma, en Madrid, en Florencia y en Milan. Siempre te será eso útil, bien sigas viviendo aquí, ó bien te vuelvas á Oriente.

La jóven, levantando hácia Monte-Cristo sus grandes ojos húmedos, le respondió:

—¿O bien volvamos á Oriente quieres decir? ¿no es verdad, señor?

—Sí, hija mia, repuso Monte-Cristo. Harto sabes que no seré yo nunca el que te abandone. No es el árbol el que abandona á la flor, sino la flor la que abandona al árbol.

—Yo nunca te abandonaré, señor, dijo Haydée, pues estoy segura de que no podria vivir sin tí.

—¡Pobre niña! dentro de diez años yo seré viejo, y dentro de diez años tú serás jóven todavía.

—Mi padre tenia una barba muy larga y muy blanca, eso no me impedia amarle; mi padre tenia sesenta años y me parecia mas hermoso que todos los jóvenes del mundo.

—Pero veamos, dime, ¿crees acostumbrarte á vivir aquí?

—¿Te veré?

—Todos los dias.

—Pues bien: pídeme, señor, lo que quieras.

—Recelo que te fastidies.

—No, señor, porque por la mañana pensaré en que vas á venir, y por la noche me acordaré de que has venido. Además, cuando estoy sola tengo recuerdos muy dulces; vuelvo á ver cuadros inmensos, magnificos horizontes con el Pindo y el Olimpo en lontananza; y luego hay en mi corazon tres sentimientos que el que los tiene nunca se fastidia: tristeza, amor y gratitud.

—Eres, Haydée, en lo graciosa y lo poética digna hija del Epiro, y bien se ve que desciendes de aquella familia de diosas nacida en tu país. Vive tranquila, hija mia, que yo haré de modo que no pierdas tu juventud; pues si como á tu padre me amas, yo te amo como á mi hija.

—Te equivocas, señor, que no amaba yo á mi padre como te amo á tí. Este amor es otro amor. Mi padre ha muerto, y yo no he muerto, mientras si tú murieses me moriria.

Con sonrisa de profunda tristeza tendió Monte-Cristo la mano á la jóven, que imprimió en ella sus lábios como de costumbre.

Y así predispuesto á la entrevista que iba á tener con Morrel y su familia, salió el conde murmurando estos versos de Píndaro:

«Flor es la juventud que da el amor por fruto...
»¡Feliz el que la aspira despues de haberla visto madurar lentamente.»

—¿No eres tú mi señor? ¿No soy tu esclava?

Segun habia mandado, el carruaje estaba dispuesto.

Subió á él, y como siempre partió á galope.

CAPITULO XI.

LA FAMILIA DE MORREL.

Solo algunos minutos tardó en llegar el conde á la calle de Meslay.

La casa, que estaba blanqueada, era de un ver muy agradable: precedíala un corral pequeño con arriates llenos de hermosas flores.

En el conserje que le abrió la puerta reconoció el conde al anciano Cocles.

Pero como ya recordará el lector, Cocles solo tenia un ojo, ojo que en los nueve años trascurridos se habia debilitado tanto, que Cocles tampoco conoció al conde.

A fin de parar delante de la puerta, debian los carruajes dar un corto rodeo, porque no tropezasen con una fuentecita saltadora, magnificencia que era muy envidiada de todo el barrio, y ocasion de que llamáran á la casa un Versalles en miniatura.

Parece cosa escusada decir que en la pila de esta fuente bullia una multitud de peces de colores.

Además de cocinas subterráneas y cuevas, tenia la casa piso bajo, principal, segundo y sotavanco.

El jóven matrimonio la habia comprado con todas sus dependencias, es decir, con un vasto taller formado de dos pabellones al fondo de un jardin.

Al primer golpe de vista conoció Manuel que con esto podia especular, y reservándose la casa y dividiendo el jardin, construyó una pared que separaba á su familia de los talleres; de manera que por una mínima cantidad tenia casa para vivir, y casa tan segura como la del propietario mas escrupuloso del barrio de San German.



—¡Para el conde de Monte-Cristo! ¡Pues no hemos de estar visibles para él!

Las paredes del comedor estaban forradas de madera; las del salon de recibo de caoba y terciopelo azul, y las de la alcoba de limonero y damasco verde.

Además de estas piezas habia un despacho reservado para Manuel, que no despachaba nada, y un gabinete musical para Julia, que no sabia música.

El segundo piso pertenecia á Maximiliano enteramente.

Era una copia exacta de las habitaciones de su hermana. Solamente el comedor se habia trasformado en villar, adonde llevaba á sus amigos.

Cuando paró el carruaje del conde, estaba Maximi-

liano á la puerta del jardin, con un cigarro en la boca, inspeccionando el pienso que echaban á su caballo.

Abrió Cocles la puerta, como hemos dicho, y arrojándose Bautista de su asiento, preguntó si M. y Madama Herbault y M. Maximiliano Morrel estaban visibles para el conde de Monte-Cristo.

—¡Para el conde de Monte-Cristo! esclamó Maximiliano, tirando el cigarro y saliendo al encuentro de su visita. ¡Pues no hemos de estar visibles para él!—

para apercibir á Manuel, y recíprocamente, como dicen los alumnos de la escuela politécnica.

El rumor de los pasos hizo levantar la cabeza á una jóven de veinte á veinticinco años, que vestida con una bata de seda, se ocupaba asíduamente en cuidar un rosal magnífico.

Esta jóven era nuestra Julia, hoy Madama Manuel Herbault, como se lo habia pronosticado el representante de la casa de Thomson y French.

Penelon.

Gracias, mil gracias, señor conde, por no haber olvidado vuestra promesa.

Y apretó el jóven oficial la mano de Monte-Cristo tan cordialmente, que este no pudo dudar de lo sincero de su afeccion, conociendo claramente que le esperaban con impaciencia y le recibian con júbilo.

—Venid, venid, que quiero serviros de introductor, dijo Maximiliano. A un hombre como vos no le debe anunciar un criado. Mi hermana está en el jardin cuidando sus rosales, y mi hermano lee sus periódicos favoritos (*La Presse* y *Les Debats*) á seis pasos de ella, porque doquiera que se vea á Madama Herbault no hay sino mirar en una circunferencia de cuatro metros

El ver al forastero la arrancó un grito.

Maximiliano se echó á reir.

—No te alteres, hermania mia, le dijo, que aunque hace solo dos ó tres dias que el señor conde está en París, sabe lo que es una propietaria del Marais; y si no lo sabe, tú vas á demostrárselo.

—¡Ah caballero! dijo Julia, presentaros así es una traicion de mi hermano, que no me guarda el menor miramiento... ¡Penelon, Penelon!

Un anciano, que á la sazon escardaba un rosal de Bengala, puso en el suelo su azadon, y acercóse á Julia con el gorro en la mano, disimulando como mejor podia una mascada de tabaco que saboreaba su boca.



Madama Herbault.

Algunos mechones blancos brillaban entre sus cabellos negros, espesos todavía; su tez bronceada y la vivacidad de sus ojos revelaban al antiguo marinero, tostado al sol del Ecuador, curtido al soplo de las tempestades.

—Me llamabais, segun creo, señorita Julia, dijo: ya estoy aquí.

Penelon conservaba la costumbre de llamar señorita Julia á la hija de su patron, que nunca pudo avenirse á llamarla Madama Herbault.

—Penelon, le dijo Julia, id á avisar á Mr. Manuel la buena visita que nos llega, mientras Maximiliano conduce al salon á este caballero.

Luego añadió volviéndose á Monte-Cristo:

—Este caballero me permitirá que me ausente un minuto.

Y sin esperar la respuesta del conde, escapóse por detrás de unos árboles y entró en la casa.

—¡Ah mi querido Morrel! dijo Monte-Cristo, veo con dolor que estoy ocasionando en vuestra familia un gran trastorno.

—¡Callad! ¡callad! respondió Maximiliano riéndose. ¿Veis allá abajo al marido? Va tambien á trocar su bata por un gaban. ¡Oh! es que ya os conocian en la calle de Meslay! os ruego creais que ya estábais anunciado.

—Parece, caballero, que vuestra familia es muy dichosa, prosiguió Monte-Cristo respondiendo á su propio pensamiento.

—¡Oh! sí, yo os lo aseguro, señor conde. ¿Qué quereis? Nada les falta para ser dichosos. Jóvenes, alegres, enamorados y con veinticinco mil libras de renta, se figuran (aunque han visto muy de cerca inmensas fortunas) se figuran que poseen la de los Rosthschild.

—Poco son sin embargo veinticinco mil libras de renta, dijo Monte-Cristo con una dulzura tan suave, que penetró al corazon de Maximiliano como hubiera podido penetrar la de un padre amoroso. Poco son; pero no se darán con ellas por contentos nuestros jóvenes, y llegarán á ser millonarios, caballero... ¿Vuestro cuñado es médico... abogado...

—Era comerciante, señor conde, y seguia los negocios de mi pobre padre, que murió dejándonos quinientos mil francos por toda herencia. A mí me tocaba una mitad y á mi hermana la otra, porque solo éramos dos los hijos. Mr. Herbault, que se habia casado con Julia sin otro patrimonio que su probidad, su inteligencia de primer órden y su reputacion sin mancha, queriendo tener tanto como su esposa, ha seguido trabajando seis años, solo seis años, señor conde, hasta reunir doscientos cincuenta mil francos. Era espectáculo tiernísimo de ver, yo os lo juro, señor conde, el de estos dos jóvenes tan laboriosos, tan unidos, destinados por su capacidad á la mayor fortuna, y que sin haber querido cambiar en nada los usos de la casa paterna, han tardado seis años en hacer lo que hubiera hecho un innovador en mucho menos. Harto lo sabe Marsella, que colma de alabanzas tan rara abnegacion. Al cabo un dia vino Manuel á ver á su esposa, que acababa de solventar el último crédito, y le dijo:

—Julia, aquí está el último paquete de cien francos que acaba de entregarme Cocles, y que completa los doscientos cincuenta mil francos que habíamos puesto por límite á nuestras ganancias. ¿Vivirás contenta con lo poco que desde hoy vamos á tener? Escucha: la casa hace negocios al año por valor de un millon, y puede sacarles de ganancias cuarenta mil francos. De nuestra voluntad pende el que vendamos la clientela por trescientos mil francos dentro de una hora, pues en esta carta nos los ofrece Mr. Delaunay á cambio de nuestro fondo que quiere reunir con el suyo. ¿Qué te parece que hagamos?

—Amigo mio, respondió mi hermana, la casa de Morrel solo puede ser representada por un Morrel. Salvar el nombre de nuestro padre de los vaivenes de la fortuna ¿no vale bien trescientos mil francos?

—Así lo pensaba yo, respondió Manuel; pero queria sin embargo consultarte.

—Pues oye mi parecer, amigo mio. Nuestra cuenta está corriente; no tenemos ni un acreedor: con que podemos cerrar nuestra caja al fin de esta quincena. Cerrémosla pues.

Así se hizo al instante.

Eran las tres. A las tres y cuarto se presentó un cliente á asegurar el cargamento de dos navíos: era un negocio de quince mil francos seguros.

—Caballero, le dijo Manuel, os suplico que para eso os dirijais á Mr. Delaunay, que nosotros hemos dejado ya los negocios.

—¿Desde cuándo? le preguntó admirado el cliente.

—Desde hace un cuarto de hora.

—Y aquí teneis la causa, señor conde, prosiguió Maximiliano sonriendo, de que mi hermana y mi cuñado solo tengan veinticinco mil libras de renta.

Acababa apenas el jóven su relato, durante el cual se habia ido dilatando el corazon de Monte-Cristo, cuando volvió Manuel, restaurado por decirlo así, con un redingote y sombrero. Saludó como aquel que conoce la calidad de la persona que recibe, y luego haciendo dar al conde un corto rodeo entre macetas y rosales, le condujo á la casa.

El ambiente del salon estaba embalsamado con el sin número de flores que contenia un inmenso jarro de china.

A recibir al conde á la entrada se presentó Julia vestida ya y peinada elegantemente.

(¡En diez minutos habia hecho esta maravilla!!!)

Desde la sala se oia perfectamente el revoloteo de los pájaros de una pajarera inmediata.

Las ramas de los enebros y de las acacias entrando por los balcones se entrelazaban con las cortinas de terciopelo azul.

Todo en este delicioso retiro respiraba calma y felicidad, desde el canto de los pájaros hasta la sonrisa de los dueños.

Desde que entró en la casa se habia sentido el conde dominado de esta calma, con que despues de los primeros cumplidos quedóse mudo y embelesado, olvidándose de que se esperaba que abriese él la boca para reanudar la conversacion.

Apercibióse al fin de que tanto silencio rayaba en importuno, y esforzándose á salir de su éstasis dijo á Julia:

—Perdonadme, señora, perdonadme una emocion que debe admiraros, por lo acostumbrada que estais á esta paz y á esta felicidad que aquí se respira; pero es para mí cosa tan nueva la satisfaccion en un rostro humano, que no ceso un punto de miraros á vos y á vuestro marido.

—Somos con efecto muy felices, caballero, replicó Julia; pero tambien hemos sufrido por largo tiempo, y pocas personas habrán comprado su felicidad tan cara como nosotros.

En la fisonomía del conde se retrató la curiosidad mas viva.

—¡Oh! es una historia de familia, como el otro dia os lo dijo Chateau-Renaud, repuso Maximiliano. Este cuadro casero tendrá sin duda poco interés para vos, señor conde, para vos acostumbrado á desgracias ilustres, á venturas espléndidas. Empero como Julia acaba de decíroslo, aunque encerrados en esta reducida atmósfera, hemos sufrido mucho.

—¿Y Dios os ha dado tras el sufrimiento el consuelo, como hace con todos? le preguntó Monte-Cristo.

—Sí señor, respondió Julia: nadie mejor que nosotros puede decirlo, porque Dios hizo por nosotros lo que solo por sus elegidos hace; nos envió uno de sus ángeles.

Las megillas del conde se colorearon de rubor, y tosiendo para disimular su emocion púsose el pañuelo en la boca.

—Los que han nacido en poderosa cuna y no saben lo que es desear, añadió Manuel, ignoran qué felicidad es la felicidad de vivir; así como no conocen el precio de un cielo azul puro los que no han confiado su existencia á cuatro tablas en medio de una mar furiosa.

Levantóse Monte-Cristo, y sin responder nada, porque lo trémulo de su voz hubiera revelado la emocion que sentia, púsose á recorrer el salon precipitadamente.

—¿Os hace sonreir nuestra magnificencia, señor conde? le preguntó Maximiliano observándole con atencion.

—No, no, respondió Monte-Cristo pálido con estremo, y reprimiendo con una mano los latidos de su corazon, mientras con la otra señalaba al jóven un globo de cristal que cobijaba una bolsa de seda muellemente acostada en un almohadoncito de terciopelo negro.—Solo me preguntaba á mí mismo para qué servirá esa bolsa que del un lado paréceme que guarda un papel y del otro un diamante muy hermoso.

Tomando un continente grave respondió Maximiliano:

—Esa bolsa es, señor conde, el tesoro mas precioso de mi familia.

—El diamante es hermoso con efecto, replicó Monte-Cristo.

—¡Oh! mi hermano no os habla, señor conde, del valor de la piedra, y eso que está tasada en cien mil francos, sino quiere deciros que los objetos que esa bolsa guarda son reliquias del ángel que mentábamos há poco.

—Eso es lo que yo no sabria comprender, ni debo de preguntar, señora, replicó Monte-Cristo inclinándose. Disimulad: no ha sido mi intencion ser indiscreto.

—¡Indiscreto decís! ¡oh! al contrario: nos proporcionais, señor conde, una felicidad muy grande con la ocasion de hablar largo en este asunto. Si calláramos como un secreto la hermosa accion que recuerda ese bolsillo, no lo pondriamos así á la vista de todo el mundo. ¡Oh! así pudiéramos publicarla por todo el universo para que una emocion de nuestro ángel desconocido nos revelara su presencia.

—¡Ah!... ¿de veras? balbuceó Monte-Cristo con voz ahogada.

—Caballero, dijo Maximiliano levantando el fanal y besando religiosamente la bolsa de seda; esto ha pasado por la mano de un hombre que salvó á mi padre de la muerte, á nosotros de la ruina, y de la deshonra á nuestro nombre. Gracias á ese ángel, nosotros, pobres niños nacidos á la miseria y al llanto, podemos ver hoy á muchas personas deleitarse en nuestra felicidad.—Esta carta (y sacando Maximiliano un papel del bolsillo se lo presentó al conde) esta carta fué escrita por él un dia en que mi padre habia tomado una resolucion desesperada, y este diamante fué el dote que dió á mi hermana el generoso desconocido.

Abrió la carta Monte-Cristo y leyóla con indefinible espresion de felicidad.

Era la carta que ya conocen nuestros lectores, dirigida á Julia por Simbad el Marino.

—¿Desconocido decís? ¿con que no habeis conocido al hombre que os hizo este servicio?

—No, señor; nunca hemos tenido la fortuna de estrechar su mano. No será porque no le hayamos pedido á Dios esta merced, repuso Maximiliano; pero hay un hilo en esta misteriosa aventura que no hemos podido cojer aun; hilo conducido por una mano invisible, poderosa como la de un encantador.

—¡Oh! dijo Julia, yo no he perdido todavía la esperanza de besar alguna vez esa mano como beso esta bolsa que tocó ella. Há cuatro años estaba Penelon en Trieste:—Penelon, señor conde, es ese bravo marino que visteis con una azada en la mano, y que de contramaestre ha pasado á ser jardinero.—Estando pues Penelon en Trieste, vió en el muelle un inglés que iba á embarcarse en un yacth, y reconoció en él al que fué á casa de mi padre el 5 de junio de 1829, y me escribió esta carta el 5 de setiembre. Era él mismo, que Penelon lo asegura; pero no se atrevió á hablarle.

—¡Un inglés! articuló Monte-Cristo meditabundo é inquieto con las miradas de Julia: ¿un inglés decís?

—Si, repuso Maximiliano, un inglés que se presentó en nuestra casa como representante de la casa de Thomson y French de Roma. Por eso me conmoví todo, el otro dia cuando dijísteis en casa de M. de Morcef que Thomson y French eran vuestros banqueros. En nombre del cielo, señor conde, ¿habeis conocido á ese inglés? Repítoos que nuestra aventura pasó en 1829.

—¿Pero no me dijisteis tambien que la casa de Thomson y French habia negado siempre que tal servicio os hubiera hecho?

—Si.

—Entonces ¿no podia ser ese inglés algun hombre, que agradecido á vuestro padre por alguna buena accion olvidada ya de él mismo, tomara ese pretesto para sacarle de un apuro?

—Todo es de suponer, hasta un milagro, caballero.

—¿Cómo se llamaba? preguntó Monte-Cristo.

—No ha dejado otro nombre que el que firma esa carta:—Simbad el Marino,—respondió Julia mirando al conde con profundísima atencion.

—Eso evidentemente no es un nombre, sino un pseudónimo.

Viendo después que Julia le contemplaba con mas atencion aun, y como tratando de encontrar en su voz algun parecido ó cosa semejante, prosiguió:

—Veamos: ¿no es hombre de mi estatura, sobre poco mas ó menos, aunque quizás mas alto, algo mas delgado, muy encorbatinado y ajustado, y siempre con lápiz y cartera en ristre?

—¡Oh! ¿pero le conoceis? esclamó Julia brillando sus ojos de alegría.

—No, respondió Monte-Cristo; solamente supongo... he conocido á un tal lord Wilmore, que iba sembrando así generosidad por el mundo.

—¿Sin darse á conocer?

—Era un hombre muy raro: no creia en el agradecimiento.

—¡Oh! ¡qué infeliz, Dios mio! esclamó Julia con acento sublime juntando las manos. ¿En qué creia pues?

—No creia, cuando yo le conocí á lo menos, dijo Monte-Cristo, á quien esta voz salida del fondo del alma habia conmovido en estremo; pero desde entonces quizás haya tenido alguna prueba de que el agradecimiento existe.

—¿Y le conoceis, caballero? preguntó Manuel.

—¡Oh! si es que le conoceis, esclamó Julia, decid, decidnos: ¿podeis llevarnos, enseñárnosle, decirnos dónde está?—Maximiliano,—y tú, Manuel, si alguna vez le encontráramos, ¿es verdad que le hariamos creer en la gratitud?

Monte-Cristo sintió asomar dos lágrimas en sus ojos.

Con esto volvió á sus paseos por la sala.

—Caballero, en nombre del cielo, dijo Maximiliano, si sabeis algo de ese hombre, decídnoslo.

—¡Ay! dijo Monte-Cristo reprimiendo la conmocion de su voz; si vuestro bienhechor es lord Wilmore, recelo que ya nunca le encontreis, pues cuando me separé de él en Palermo partia para las comarcas mas fabulosas, tanto que estoy seguro de que no volverá.

—¡Ah caballero, qué cruel sois! esclamó Julia con horror.

Y sus ojos se bañaron en lágrimas.

—Señora, le dijo Monte-Cristo gravemente, devorando con sus miradas las dos líquidas perlas que corrian por las mejillas de Julia; señora, si lord Wil-

more hubiese visto lo que yo acabo de ver aquí, tendria apego aun á la existencia, porque las lágrimas que verteis le reconciliarian con el género humano.

Y tendió la mano á Julia, que le dió la suya fascinada por la voz y las miradas del conde.

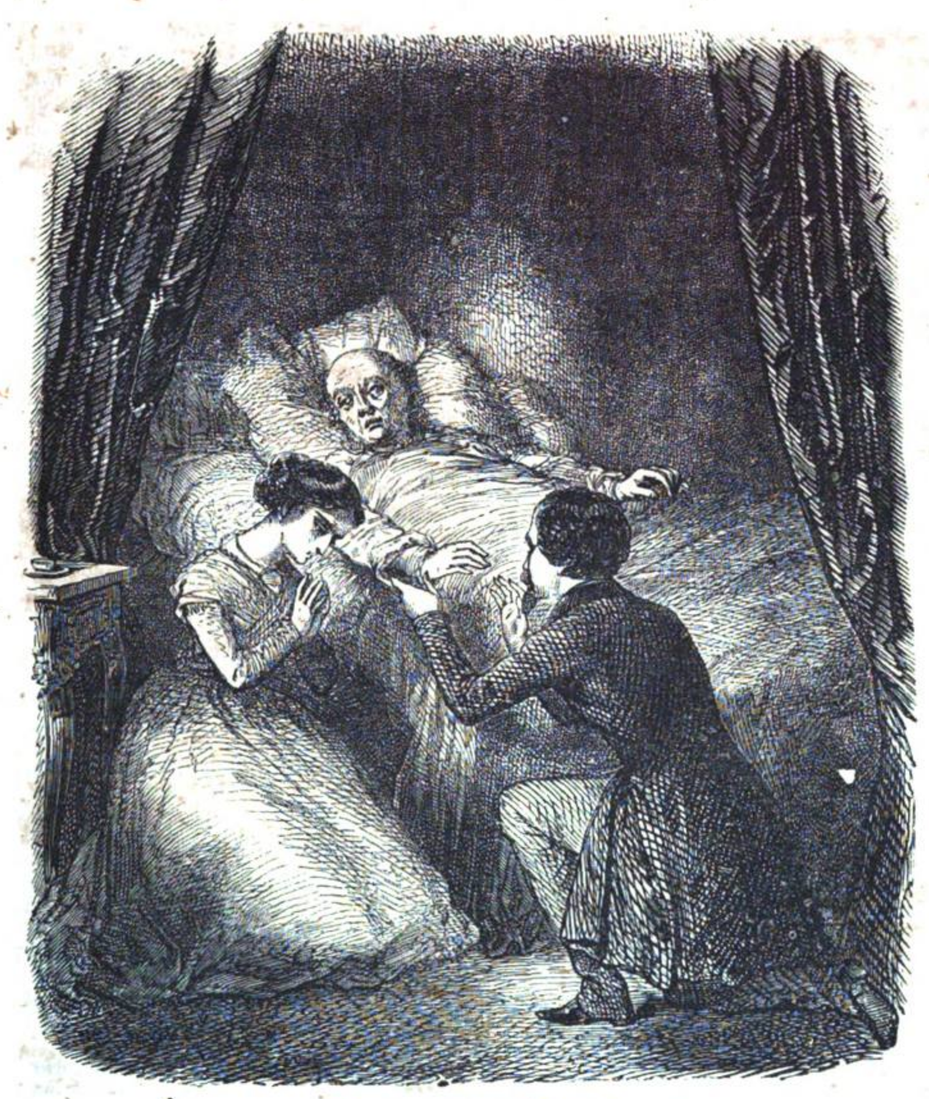
—¿Pero ese Lord Wilmore, dijo ella despues, asiéndose de la última esperanza, lord Wilmore tendria patria, familia, parientes? ¿era conocido en fin? ¿no podriamos...

zon. Acuérdate de lo que tantas veces nos dijo nuestro padre:—no es inglés nuestro bienhechor.

Monte-Cristo tembló de piés á cabeza.

—¿Con que vuestro padre os decia... repuso vivamente.

—Mi padre, caballero, veia un milagro en esta accion; creia que para favorecernos habia salido un muerto de la tumba. ¡Oh caballero! ¡qué supersticion tan sublime! Aunque yo no participase de ella, es-



—«¡Maximiliano, era Edmundo Dantés!»

—¡Oh! no vayan, señora, dijo el conde, las palabras que he dejado escapar á haceros construir castillos en el aire. Lord Wilmore no es probablemente el hombre que buscais: era amigo mio: yo poseia todos sus secretos: me hubiera contado ese.

—Qué, ¿nada os dijo? esclamó Julia.

—Nada.

—¿Ni una palabra que pudiera haceros suponer...

—Nunca.

—Sin embargo, vos le nombrásteis de repente.

—¡Ah! es que... en estos casos... se supone...

—Hermana mia, hermana mia, dijo Maximiliano viniendo en ayuda del conde, este caballero tiene ra-

taba muy lejos de intentar destruirla en su noble corazon. ¡Cuántas veces soñando en ella, pronunció en voz baja el nombre de un amigo querido y perdido! y cuando á la hora de la muerte la cercanía de la eternidad dió á su espíritu algo de la iluminacion de la tumba, este pensamiento que hasta entonces solo habia sido una duda, llegó á conviccion, y las últimas palabras que dijo fueron estas:

—«¡Maximiliano, era Edmundo Dantés!»

La palidez del conde, que por minutos se aumentaba, llegó con esto á ser terrible.

Toda su sangre refluia al corazon. Estaba imposibilitado de hablar.

Como si se hubiese olvidado de la hora que era, sacó su reloj, hizo á madama Herbault un saludo torpe y brusco, y apretando las manos á Manuel y á Maximiliano:

—Permitidme, señora, dijo, que venga á menudo á ponerme á vuestros piés. Vuestra casa me enamora, y quedo agradecidísimo á vuestra acojida, porque esta es la primera vez que desde há muchos años me olvido de mí mismo.

Y salió precipitadamente.

—¡Vaya que es un hombre singular este conde de Monte-Cristo! dijo Manuel.

—Sí, respondió Maximiliano; pero creo que tiene un corazon escelente, y estoy seguro de que nos quiere.

—A mí su voz me ha llegado al alma, dijo Julia, y dos ó tres veces me pareció que no era la primera vez que la oia.

CAPITULO XII.

PÍRAMO Y TISBE.

Un poco antes del estremo del barrio de San Honorato, detrás de un palacio notable entre los palacios notables de aquel barrio tan rico, se estiende un vasto jardin cuyos copudos castaños sobresalen por encima de la tapia, y dejan en primavera caer sus flores rojas y blancas en dos jarrones de piedra colocados paralelamente en dos pilastras que sostienen una cancela de hierro del tiempo de Luis XIII.

Esta grandiosa entrada está en desuso, á pesar de los magníficos geráneos que se ostentan en los dos jarrones meciendo al aire sus jaspeadas hojas y sus purpúreas flores; y está en desuso desde que los dueños del palacio—y esta fecha es harto larga—se han limitado á su posesion, á la del corral plantado de árboles que cae á la calle, y al jardin que la cancela cierra, cancela que en otro tiempo daba á un magnífico cercado anejo á la finca.

Pero habiendo tirado una línea el demonio de la especulacion, es decir, una calle al estremo de él, y habiendo recibido nombre la calle antes de nacer, gracias á un tarjeton de hierro bruñido, se creyó poder salir del cercado para edificar casas y chupar un tanto de sangre á esa magnífica arteria que se llama barrio de San Honorato.

Pero en cosas de especulacion el hombre propone y el dinero dispone.

La calle bautizada murió en pañales.

El comprador del cercado, despues de pagarlo perfectamente, no pudo encontrar quien se lo volviese á comprar por lo que él queria, y en espectativa de una alza que es infalible á la corta ó á la larga, y que le indemnizará ámpliamente sus pérdidas y su capital parado, se contentó con arrendarlo á unos hortelanos por quinientos francos anuales.

Esto es sacarle al dinero un medio por ciento, lo que no nos parece caro en los tiempos que corren, cuando hay tantas gentes que le sacan un cincuenta, y tantas otras que dicen que el dinero no produce absolutamente nada.

Sin embargo, como ya queda dicho, está condenada la puerta del jardin que caia en otro tiempo al cercado.

Hay mas aun: para que las miradas vulgares de los innobles hortelanos no penetren en el recinto aristocrático, se ha cubierto hasta la altura de seis piés con tablas toda la verja.

Bien que no estan las tablas tan juntas que no pueda un ojo furtivo deslizarse entre tabla y tabla.

Pero la casa en cuestion no teme las miradas indiscretas.

De la parte de la calle da entrada una puerta baja á este cercado que acaban de abandonar sus arrendatarios por estéril. Desde hace ocho dias, en vez de producir medio por ciento como antes, no produce nada.

De la parte de la casa los castaños de que ya hemos hablado coronan la cerca, aunque sin impedir á otros árboles frondosos el lanzar sedientos de aire sus ramas por los intervalos.

En un rincon donde el follaje es tan espeso que apenas la luz penetra, un gran banco de piedra y algunos asientos rústicos indican un lugar de reunion ó el retiro favorito de algun habitante de la casa, casa que solo dista cien pasos, y que se distingue confusamente entre nubes de verdura.

La eleccion de este asilo misterioso está en fin justificada por la ausencia del sol, por la frescura que allí se siente aun en los dias mas calorosos del verano, por los pájaros que lo pueblan, y el apartamiento de la calle y de la casa, es decir, de los negocios y del ruido.

Al anochecer de uno de los dias mas ardientes que hasta entonces hubiera regalado á París la primavera, veíase sobre aquel banco un libro, una sombrilla, un costurero y un pañuelo de batista á medio bordar. No lejos del banco, junto á la puerta, delante de las tablas, y con el ojo aplicado á la abertura que pudiéramos llamar claraboya, veíase tambien una jóven escudriñando el cercado desierto que ya conocemos.

Casi en el mismo punto se cerraba á la chita callanda la puerta del cercado, y un jóven alto, vigoroso, con una blusa de tela grosera y un casquete de terciopelo, pero cuya barba y cabellos negros peinados esmeradamente contrastaban algo con aquel traje popular, despues de una corta observacion para convencerse de que nadie le espiaba, pasó por esta puerta cerrándola en seguida y encaminóse á la cancela apresuradamente.

A la vista del que esperaba, aunque no con este traje probablemente, la jóven tuvo miedo y retrocedió un tanto.

Sin embargo, ya á través de las rendijas habia visto el jóven flotar su bata blanca y su cinturon, con esa mirada penetrante que solo tienen los enamorados.

Lanzóse pues á la empalizada, y poniendo la boca en una abertura:

—Valentina, dijo, no tengais miedo, que soy yo.

La jóven volvió á acercarse.

—¡Oh caballero! le dijo, ¿por qué habeis venido hoy tan tarde? ¿No sabeis que pronto iremos á comer? De harta diplomacia y harta destreza he necesitado para desembarazarme de mi madrastra que me vigila, de mi doncella que me espia, y de mi hermano que me atormenta, para venir aquí á ocuparme en este bordado que temo no acabar en mucho tiempo. Cuando os hayais disculpado de vuestra tardanza me esplicareis qué nuevo traje es ese que os ha dado gana de adoptar, y que ha sido causa de que yo al pronto no os conociera.

—Querida Valentina, dijo el jóven, harto convencida estais de mi amor para que me atreva á hablaros de él, y sin embargo, siempre que os veo necesito deciros que os adoro para que el eco de mis propias palabras acaricie dulcemente mi corazon cuando no os vea. Ahora os doy gracias por vuestra reñidura, que me encanta, porque prueba, no oso decir que me esperabais, sino que pensabais en mí. ¿Quereis saber la causa de mi tardanza y de mi disfraz? Voy á decírosla, y espero que me perdonareis. He emprendido un oficio.

—¡Un oficio!... ¿Qué quereis decir, Maximiliano? ¿Tan felices somos que podais tratar en burla nuestras cosas?

—¡Oh! Dios me libre de burlarme en esto que es mi vida; pero cansado de hacer el galan de capa y espada, sériamente aterrado de la idea que el otro dia me hicisteis concebir de que pudiera vuestro padre un dia hacerme encausar como ladron, lo que com-





—No tengais miedo, Valentina, soy yo.

prometeria el honor de todo el ejército francés, y asustado además de lo posible que es que llame la atencion el ver á un capitan de Spahis rondar este terreno donde no hay la ciudadela mas diminuta que bloquear ni el menor reducto que defender, me he hecho hortelano y he adoptado el traje de mi profesion.

—¡Qué locura!

—Al contrario, yo lo tengo por la cosa mas cuerda que haya hecho en mi vida, porque nos da seguridad.

—Esplicaos.

—He buscado al propietario de este cercado; y como habia cumplido su compromiso con los antiguos arrendadores, se lo he arrendado de nuevo. Toda esta alfalfa que veis aquí me pertenece, Valentina, y nada me impide hacer una cabaña y vivir á veinte pasos de vos. ¡Oh! no puedo contener mi júbilo y mi felicidad. ¿Comprendeis, Valentina, que estas cosas tengan precio? Es imposible; ¿no es verdad? Pues toda esta dicha, toda esta alegría por las cuales hubiese dado diez años de mi existencia me cuestan solo... ¿á que no adivinais cuánto? Quinientos francos anuales pagaderos por trimestres. Ea pues, desde hoy no haya recelos ni sobresaltos. Aquí estoy en mi casa; puedo arrimar una escalá á la pared y observar desde arriba; y sin que una patrulla venga á molestarme tengo el derecho de deciros que os amo, mientras no hiera vuestro orgullo esta palabra salida de boca de un pobre jornalero que gasta blusa y gorra.

Lanzó Valentina una esclamacion de inesperado gozo, y luego de repente:

—¡Ay Maximiliano! dijo con tristeza y como si una nube envidiosa hubiera venido á empañar el claro sol que alumbraba su corazon; ¡ay Maximiliano! ahora seremos ya demasiado libres; abusaremos de nuestra seguridad, y nuestra seguridad nos perderá.

—¡Que eso me digais, amiga mia, á mí que desde que os conozco os pruebo á cada instante que he subordinado mis pensamientos y mi vida á vuestra vida y á vuestros pensamientos! ¿Qué os ha hecho confiar en mí? ¿Mi honor, no es verdad? Cuando me dijísteis que un instinto vago os aseguraba de que corriais un gran peligro, puse al servicio vuestro mi adhesion, sin demanda de otra recompensa que la felicidad de serviros. Desde aquel tiempo ¿os he dado yo ocasion, ya por palabras, ya por acciones, de arrepentiros de haberme distinguido entre tantos como hubieran tenido á dicha el morir por vos? Digísteisme, pobre niña, que estábais tratada de casar con M. d'Epinay, que vuestro padre habia resuelto este matrimonio, lo que equivale á decir que era cosa hecha, pues todo lo que quiere M. de Villefort sucede infaliblemente. Pues bien: yo he permanecido en inaccion, esperándolo todo, no de mi voluntad ni de la vuestra, sino de los sucesos, de la Providencia, de Dios; y sin embargo vos me amais, y habeis tenido compasion de mí, Valentina, y me lo habeis dicho... Gracias por tan dulces palabras; solo os pido que me las repitais de cuando en cuando para que me hagan olvidarlo todo.

—Y eso que de tal manera os ha fortalecido, Maximiliano, hace mi vida á la vez dulce y desgraciada; tanto, que en algunas ocasiones me pregunto á mí misma qué me seria preferible, si el dolor que me causaban en otro tiempo los rigores de mi madrastra y su ciega prediletcion por su hijo, ó la felicidad llena de peligros que el veros me proporciona.

—¡De peligros! esclamó Maximiliano. ¿Pudísteis pronunciar una palabra tan dura y tan injusta? ¿Habeis visto tal vez esclavo mas sumiso que yo? Me habeis permitido, Valentina, que en ciertas ocasiones os dirija la palabra; pero en cambio me habeis prohibido seguiros, y obedezco. Desde que encontré el medio de penetrar en esta cerca, de hablar con vos á través de esta empalizada, y de hallarme en fin tan cerca de vos sin veros, ¿he tratado nunca, decídmelo, de tocar al pelo de vuestra ropa? ¿he dado nunca un paso para salvar esta pared, obstáculo ridículo á mi juventud y mis fuerzas? Nunca una queja de vuestro rigor; nunca un deseo en voz alta. He sido esclavo de mi palabra como un caballero de los tiempos primitivos. Confesad esto siquiera, si como yo me presumo no sois injusta.

—Es verdad, dijo Valentina, sacando por entre dos tablas uno de sus dedos afilados, que selló Maximiliano con su boca; es verdad, sois un amigo leal; pero en fin, no obrais sino con el sentimiento de vuestro interés, que bien sabeis, mi querido Maximiliano, que el dia que el esclavo se hiciera exigente tendria que perderlo todo. Me habeis brindado con amistad fraternal á mí que no tengo amigos; á mí, que estoy olvidada de mi padre; á mí á quien persigue mi madrastra, y que no tengo otro consuelo que ese anciano, mudo, petrificado, cuya mano no puede estrechar la mia, cuyos ojos solos pueden hablarme, y cuyo corazon sin duda palpita por mí con el único ardor que le queda. ¡Amarga burla de la suerte, que me hace enemiga y víctima de todos los que son mas fuertes que yo, y que por apoyo y amigo me da un cadáver! ¡Oh! en verdad, Maximiliano, que soy muy desdichada, os lo repito; y razon teneis en amarme por mí, que no por vos.

—Valentina, repuso el jóven con emocion profunda, no os diré que solo á vos ame en el mundo, porque tambien á mi hermano y á mi hermana los amo; pero con un amor dulce y tranquilo que en nada se asemeja al sentimiento que vos me inspirais. Cuando pienso en vos, mi sangre hierve, mi pecho se dilata, mi corazon se desborda; pero esta fuerza, este ardor, este poder sobrehumano solamente en amaros los emplearé hasta el momento en que me digais que los emplee en serviros. M. Franz d'Epinay estará ausente un año todavía, segun dicen: en un año ¡cuántas cosas favorables no pueden suceder! ¡cuántos acontecimientos no pueden secundarnos! Sigamos pues esperando, ¡que es tan bueno y tan dulce esperar! Pero vos, que me echais en cara mi egoismo, ¿qué habeis sido para mí? La hermosa y fria estátua de la Venus púdica. A cambio de esta adhesion, de esta ceguedad, de esta obediencia, ¿qué me habeis prometido? Nada ¿Qué me habeis concedido? Poca cosa. Me hablais de M. d'Espinay, suspirando á la idea de ser un dia suya. Veamos, Valentina, ¿y es eso todo lo que guardais en el corazon? ¡Será posible que yo os consagre mi existencia, que yo os dé mi alma, que yo os sacrifique hasta el latido mas insignificante de mi corazon; y cuando soy todo vuestro; cuando en voz baja me digo á mí mismo que moriria si os perdiera, ¿á vos no os horroriza la idea de ser de otro? ¡Oh Valentina! ¡Valentina! si yo estuviera en vuestro lugar; si yo me viese amado como vos veis que os aman, cien veces hubiera pasado ya la mano por esta rendija, y estrechando la del pobre Maximiliano le hubiese dicho:—«Vuestra, vuestra solo, Maximiliano, quiero ser en este mundo y en el otro.»

Valentina no respondió; pero el jóven oyóla suspirar y llorar.

La reaccion fué súbita en Maximiliano.

—¡Oh Valentina! ¡Valentina! esclamó, olvidad mis palabras si hay algo en ellas que pueda ofenderos.

—No, que teneis razon, respondió ella; ¿pero no veis que soy una pobre niña abandonada en una casa poco menos que estraña, porque mi padre es para mí poco menos que un estraño? Su voluntad se ha ido desde hace diez años doblegando dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, á la voluntad de hierro que pesa sobre mí. Nadie ve mis sufrimientos, porque no se los he confiado á nadie sino á vos. En apariencias, á los ojos del mundo, todos son buenos para mí, todos afectuosos; en realidad todos me son hostiles. El mundo dice:—M. de Villefort es harto grave y harto severo

para ser tierno con su hija; pero en cambio ha tenido ella la fortuna de encontrar en Madama de Villefort una segunda madre.—Pues bien, el mundo se equivoca. Mi padre me abandona indiferente, y mi madrastra me odia con tanto mas encarnizamiento, cuanto que lo disimula siempre con una sonrisa.

—¡Odiaros, Valentina! ¡y cómo puede odiaros!

—¡Ay amigo mio! dijo Valentina; debo de confesaros que este odio nace de un sentimiento casi natural. Adora en su hijo, mi hermano Eduardo.

—¿Y qué...?

—¡Qué estraño me parece á lo que nosotros decíamos lo que el mundo llama una cuestion de dinero! Y sin embargo, amigo mio, creo que este es el orígen de su odio. Como ella no es rica y como yo lo soy ya por parte de madre, sin contar con la herencia que me aguarda de Mr. y Madama de Saint-Meran, creo que mi madrastra tiene envidia ¡Oh Dios mio! si yo pudiese darle la mitad de esa fortuna y ocupar en casa de Villefort el puesto de una hija en casa de su padre, ¡con cuánto gusto lo haria!

—¡Pobre Valentina!

—Sí, me siento esclavizada, y me reconozco á par tan débil, que creo que estos lazos me sostienen y temo romperlos. Además mi padre no es un hombre cuyas órdenes puedan impunemente dejarse de cumplir: fuerte contra mí, lo seria tambien contra vos y aun contra el mismo rey, escudado como está por una reputacion purísima y una posicion casi inespugnable. ¡Oh Maximiliano! júroos que si no lucho, no es por mí sola, sino porque temo arrrastraros en mi caida.



Valentina.

—Pero ¿por qué desesperar así, y ver siempre el porvenir tanto negro? repuso Maximiliano.

—¡Ay amigo mio! porque lo juzgo por lo pasado.

—Sin embargo, si no soy un partido ilustre bajo el punto de vista aristocrático, no dejo bajo otros puntos de vista de tener lazos con el mundo en que vivís. Ya pasó el tiempo en que habia en Francia dos Francias: las mas altas familias monárquicas se han unido con las familias del imperio: la aristocracia de la lanza está ya confundida con la nobleza del cañon. Yo pertenezco á esta última; tengo en el ejército un

porvenir magnífico; poseo un caudal, aunque módesto, independiente, y es la memoria de mi padre en fin, objeto de veneracion en nuestra provincia, como la de uno de los comerciantes mas honrados que hayan existido nunca.—Digo nuestra provincia, Valentina, porque vos casi sois hija de Marsella.

—No me habléis de Marsella, Maximiliano, que ese solo nombre me recuerda á mi buena madre, ángel que todo el mundo echa de menos, y que despues de haber velado por su hija durante su corta permanencia en el mundo, vela aun por ella—yo al menos así lo espero—en su eternal permanencia en el cielo. ¡Oh! si viviera mi madre, yo nada temeria, Maximiliano; le diria que os amo, y ella os protegeria.

—¡Ay Valentina! repuso Maximiliano, si vuestra madre viviese, yo sin duda no os conoceria, porque habeis dicho que seriais dichosa si viviese, y Valentina dichosa me hubiera mirado con mucho desden desde la cumbre de su grandeza.

—¡Ah amigo mio! esclamó Valentina, ahora sois vos el injusto... pero decidme...

—¿Qué quereis que os diga? repuso Maximiliano viendo á la jóven vacilante.

—Decidme: ¿acaso en otro tiempo en Marsella hubo entre vuestro padre y el mio alguna ocasion de enojo?

—Nó, que yo sepa, respondió Maximiliano; aparte sin embargo que vuestro padre era mas que furibundo realista, y el mio adicto al emperador. Paréceme que esa sea la única diferencia que entre ellos haya existido. ¿Por qué me lo preguntais, Valentina?

—Voy á decíroslo porque debeis saberlo todo, respondió la jóven. El dia que salió en los periódicos vuestro nombramiento de oficial de la legion de honor, estábamos reunidos todos en el cuarto de mi abuelo Mr. Noirtier, y además Mr. Danglars, ya lo conoceis, ese banquero cuyos caballos á poco matan ayer á mi madre y á mi hermano. Yo leia un periódico á mi abuelo en voz alta, mientras el resto de la concurrencia hablaba del casamiento de la señorita de Danglars. Cuando llegué al párrafo referente á vos, párrafo que ya habia yo leido, pues desde la víspera me teníais anunciada tan fausta noticia, cuando llegué al párrafo, vuelvo á decir, me sentia muy dichosa... pero tan agitada de verme en la precision de pronunciar en voz alta vuestro nombre, que de seguro le hubiera omitido, á no ser por el temor de que se interpretara mal mi silencio. Recojí pues todas mis fuerzas, y leí.

—¡Querida Valentina!

—Escuchad: oir vuestro nombre, y levantar mi padre la cabeza, fué todo un punto. Estaba yo tan persuadida (ved si soy loca) de que á todo el mundo iba á hacer vuestro nombre el efecto de un trueno, que creí ver temblar á mi padre, y hasta á Mr. Danglars... (pero de este era una ilusion, estoy segura.)

—¡Morrel! dijo mi padre... Esperad. (Y frunció las cejas.) ¿Si pertenecerá á aquella familia de los Morrel de Marsella, á aquellos diabólicos bonapartistas que tanto nos dieron que hacer en 1815?

—Sí, respondió Danglars; creo que es hijo del antiguo armador.

—¿De veras? esclamó Maximiliano. ¿Y qué respondió vuestro padre, Valentina?

—¡Oh! una cosa atroz, que no me atrevo á decírosla.

—¡Bah! decidía, replicó Maximiliano.

—El emperador, repuso frunciendo las cejas, sabia colocar en su puesto á esos fanáticos, y los llamaba carne para el cañon, único nombre que merecian. Veo con placer que el nuevo gobierno pone en accion este saludable principio. Aunque no conserve las colonias de Argel para otra cosa, yo felicitaria al gobierno, y eso que nos cuestan un poco caras.

—Política harto brutal es con efecto, dijo Maximiliano; pero no os pongais colorada, querida amiga, por lo que dijo Mr. de Villefort: sobre este punto nada tenia mi buen padre que echar en cara al vuestro, pues á cada instante estaba diciendo:

—«¿Por qué el emperador que hace tantas cosas »buenas, no forma un regimiento de jueces y de abogados, y los manda siempre á la vanguardia?»

—Ya veis, querida amiga, que los partidos se plagian en lo pintoresco de la forma, y en la dulzura del fondo.—Pero ¿qué añadió Mr. Danglars á las palabras del procurador del rey?

—¡Oh! se echó á reir con esa risa chocarrera que le es peculiar, y que á mí me parece feroz. Poco despues se levantaron y se fueron. Solo entonces noté que mi abuelo estaba muy agitado. Tengo que advertiros, Maximiliano, que sola yo echo de ver las agitaciones del pobre paralítico. Desde luego comprendí que la conversacion que acababan de tener en su presencia—¡porque para nada tienen en cuenta á mi pobre abuelo!—le habia impresionado mucho, puesto que hablaron mal de su emperador, y segun parece, ha sido fanático imperialista.

—Es con efecto uno de los nombres mas célebres del Imperio, dijo Maximiliano. Ha sido senador, y como ya sabreis ó no sabreis, Valentina, tomó parte en casi todas las conspiraciones bonapartistas del tiempo de la Restauracion.

—Sí; aunque con mucho misterio, oigo hablar tal vez de cosas que me parecen estrañas. Mi abuelo bonapartista... mi padre realista... En fin, ¿qué quereis?...—volvíme hácia él, que me señaló con sus miradas el periódico.

—¿Qué teneis, buen papá? le dije. ¿Estais contento?

Con la cabeza me hizo señal de que sí.

—¿De lo que acaba de decir mi padre? le pregunté.

Me respondió que no.

—¿De lo que ha dicho M. Danglars?

Tambien me respondió que no.

—¿Acaso de que M. Morrel—no me atreví á decir Maximiliano—ha sido nombrado oficial de la legion de honor?

Me hizo seña de que sí.

—¿Querreis creerlo, Maximiliano? Él, que no os conoce, estaba contento porque habiais sido nombrado oficial de la Legion de Honor. Acaso es una manía, porque dicen que ha vuelto á ser niño; pero ¡cuánto le quiero por aquel *sí*!

—¡Qué cosa tan rara! esclamó Maximiliano. Vuestro padre me odia, mientras vuestro abuelo... ¡Qué afectos y qué odios los de los partidos!

—¡Chist! esclamó de repente Valentina; ocultaos, ocultaos, que vienen.

Maximiliano se abalanzó á un azadon y se puso á cavar la alfalfa desaforadamente.

—¡Señorita, señorita! gritó una voz detrás de los árboles. Madama de Villefort os llama; que hay visita.

—¡Visita! dijo Valentina muy agitada; ¿y quién es?

—Un gran señor, un príncipe; el conde de Monte-Cristo.

—Allá voy, dijo en voz alta Valentina.

Esta palabra hizo estremecerse del otro lado del jardin á aquel á quien el *allá voy* de Valentina servia siempre de despedida.

—¡Calle! esclamó Maximiliano pensativo apoyándose en el mango de su azadon. ¿Cómo conoce á M. de Villefort el conde de Monte-Cristo?

CAPITULO XIII.

TOXICOLOGIA.

Con efecto, el conde de Monte-Cristo era el que acababa de entrar en casa de M. de Villefort á pagarle la visita que le habia hecho.

Como se comprenderá claramente, toda la casa se puso en conmocion.

Madama de Villefort, que estaba sola en la sala cuando anunciaron al conde, mandó en seguida llamar á su hijo para que le reiterase sus protestas de gratitud; y el niño, que en dos dias no habia oido otra cosa que hablar de aquel gran personaje, se apresuró á acudir, no por obediencia á su madre ni por dar las gracias al conde, sino por curiosidad y por hacer alguna de aquellas observaciones que hacian esclamar á Madama de Villefort:

—A propósito, ¿qué hace tu hermana Valentina? dijo Madama de Villefort á Eduardo. Que la busquen; tendré el honor de presentarla al señor conde.

—¿Teneis una hija, señora? le preguntó Monte-Cristo. Debe de ser muy niña.

—Es hija de M. de Villefort, de su primer matrimonio, replicó la dama. Es ya jóven y hermosa.

—Pero melancólica, le interrumpió Eduardo arrancando para hacer un plumero á su gorra las plumas



Maximiliano se abalanzó á un azadon y se puso á cavar la alfalfa desaforadamente.

—¡Oh qué niño tan malo! pero debo de perdonarle, ¡porque tiene tanto talento!

Despues de los cumplidos de costumbre preguntó el conde por M. de Villefort.

—Hoy come en casa del señor canciller, respondió su esposa. Ahora mismo acaba de salir, y por cierto que sentirá mucho haberse privado del placer de veros.

Dos visitas que habian llegado á la sala un momento antes que el conde, y le devoraban con sus ojos, se retiraron cuando pasó el tiempo que á la vez exige la política y la curiosidad.

de la cola de un magnífico papagayo, que chillaba de dolor en su cimbel dorado.

Madama de Villefort se contentó con decir:

—¡Cállate, Eduardo!

Luego añadió:

—Casi tiene razon ese calaverilla, y no hace sino repetir lo que yo muchas veces digo con pena; porque la señorita de Villefort, á pesar de cuanto hacemos para distraerla, tiene un carácter muy triste y un humor muy taciturno, que tal vez perjudica á su hermosura.—Pero Eduardo, id á ver por qué no viene.

—Porque la buscan donde no está.

—¿Dónde la buscan?

—En el cuarto del abuelo Noirtier.

—¿Y creeis que no está allí?

—No, no, no está allí, respondió Eduardo cantureando.

—¿Pues dónde esta? Decidlo si lo sabeis.

—Debajo del castaño grande, prosiguió el maldito chiquillo, presentando al papagayo, á pesar de los gritos de su madre, un puñado de moscas vivas.



—La señorita de Villefort, mi hija política, dijo Madama de Villefort al conde.

Alargaba ya la mano Madama de Villefort para tirar del cordon de la campanilla, y decir á la doncella dónde encontraria á Valentina, cuando esta entró.

Parecia con efecto triste, y observándola atentamente se hubiesen podido notar en sus ojos huellas de lágrimas.

Valentina, que hemos presentado á nuestros lectores sin dársela á conocer, arrastrados por la viveza de la narracion, era una jóven de diez y ocho años, alta y esbelta, de cabellos castaños claros, de ojos azules oscuros, de aire en fin lánguido y lleno de aquella esquisita elegancia que caracterizaba á su madre. Sus manos blancas y afiladas, su cuello nacarado, y sus ojos jaspeados, por decirlo así, le daban á primera vista el aspecto de una de esas hermosas inglesas que pueden compararse poéticamente á cisnes que se miran en el espejo de un estanque.

Entró pues como decíamos, y viendo con su madre al estranjero de quien tanto habia oido hablar ya, saludóle sin ninguna de esas coqueterías de las jóvenes, sin bajar los ojos, y con una gracia en fin que redobló la atencion de Monte-Cristo, que se habia puesto de pié.

—La señorita de Villefort, mi hija política, dijo Madama de Villefort al conde, inclinándose un tanto en el sofá para designarle á Valentina con la mano.

—Y el señor conde de Monte-Cristo, rey de la China, emperador de la Cochinchina, dijo el diabólico muchacho, mirando á su hermana picarescamente.

Esta vez palideció Madama de Villefort, y tuvo que enfadarse con aquel Atila casero, que se llamaba Eduardo por mal nombre; pero el conde, por el contrario, miró al niño sonriéndose y como complacido, lo que puso el colmo á la alegría y entusiasmo de su madre.

—Señora, repuso el conde anudando la conversacion y mirando á intervalos á Madama de Villefort y á

Valentina, paréceme que he tenido el honor de veros antes á vos y á esta señorita. Estaba pensando en esto cuando entró esa señorita, y verla ha sido para mí un rayo de luz en un recuerdo confuso; perdonadme esta palabra.

—No es probable, caballero, porque Valentina gusta poco de la sociedad, y nosotros salimos rara vez, dijo la dama.

señora, ayudadme... ¿ó no os recuerdan nada las cosas que os digo?

—No, en verdad, respondió Madama de Villefort, y sin embargo, caballero, me parece que si os hubiera visto en alguna parte no se me hubiera borrado de la memoria.

—Quizás el señor conde nos haya visto en Italia, dijo tímidamente Valentina.

—¡Eduardo! ¡niño maldito! esclamó Madama de Villefort quitándole el libro ya mutilado.

—Es que no quiero yo decir que haya visto en las sociedades á esta señorita, y á vos y á esa monísima criatura. La sociedad parisiense me es por otra parte de todo punto desconocida, pues creo haber tenido ya el honor de deciros que hace muy pocos dias que estoy en París... No... permitidme que recuerde... esperad...

El conde se puso la mano en la frente como para coordinar sus recuerdos.

—No... es fuera de aquí... es... no sé donde... pero me parece este recuerdo inseparable del de un sol puro y una especie de fiesta religiosa... Esta señorita tenia en la mano un ramo de flores... el niño corria por un jardin tras un hermoso pavo real, y vos, señora, estabais sentada bajo un emparrado. Ayudadme,

—Con efecto... en Italia... es muy posible, dijo Monte-Cristo. ¿Habeis viajado por Italia, señorita?

—Hace dos años que fuimos los tres allá. Los médicos temian que yo enfermára del pecho, y me recetaron los aires de Nápoles. Pasamos por Bolonia, por Perusa y por Roma.

—¡Ah! es verdad, esclamó Monte-Cristo, como si esta simple indicacion hubiese bastado á fijar sus recuerdos. En Perusa fué donde nos reunió la casualidad el dia del Corpus en el jardin de la hostería de la Posta. Yo recuerdo, señora, haber tenido el honor de veros á los tres.

—Recuerdo, caballero, perfectamente Perusa y la hostería de la Posta y la funcion de que me hablais,



dijo Madama de Villefort; pero por mas que consulto mi memoria, y aun me avergüenzo de ella, no recuerdo haberos visto.

—¡Ni yo tampoco! Es cosa estraña, dijo Valentina alzando sus hermosos ojos á Monte-Cristo.

—¡Ah! yo me acuerdo, dijo Eduardo.

—Voy á ayudar á vuestra memoria, repuso el conde. Habia hecho un dia calorosísimo. Vos estábais esperando caballos de posta, que no llegaban á causa de la funcion. Esta señorita se internó en los bosques del jardin, y vuestro hijo tambien corriendo detrás del pájaro.

—Y lo atrapé, mamá, y le arranqué tres plumas de la cola, dijo Eduardo: ¿no lo recuerdas, mamá?

—Vos, señora, os quedásteis. ¿No recordais que estando sentada en un banco de piedra, y esta señorita y vuestro hijo ausentes, como dije, hablásteis largo tiempo con un desconocido?

—Sí, es verdad, murmuró la jóven poniéndose colorada... recuerdo que hablé con un hombre embozado en un capoton de lana... con un médico, segun creo.

—Justamente, señora; aquel hombre era yo. Hacía quince dias que habitaba en la hostería, donde habia curado á mi ayuda de cámara y al hostelero de la fiebre amarilla, de suerte que me tenian por un gran médico. Hablamos, señora, largo tiempo de cosas indiferentes, del Perusino, de Rafael, de las costumbres, de los trajes del país, y de la famosa aqua-tofana, cuyo secreto conservaban en Perusa algunas personas, segun os habian dicho.

—¡Ah! es verdad, ya me acuerdo, dijo vivamente Madama de Villefort.



—Veremos si cierra la puerta, murmuró para sí.

—El pormenor de lo que me dijísteis no lo sé, señora, repuso el conde con perfecta sangre fria; solo recuerdo perfectamente que teniéndome por médico como todo el mundo, me consultásteis sobre la salud de esta señorita.

—¿Pero seriais médico efectivamente cuando habiais curado algunos enfermos? dijo Madama de Villefort.

—Moliere ó Beaumarchais en mi lugar os responderián, señora, que justamente porque no lo era curé algunos enfermos, ó por mejor decir, curaron mis enfermos. Yo me contentaré con deciros que he estudiado algo á fondo la química y las ciencias naturales... pero solo como aficionado por supuesto.

En este momento dieron las seis.

—Ya son las seis, dijo Madama de Villefort vivamente agitada. ¿No vais, Valentina, á ver si come vuestro abuelo?

Levantóse Valentina, y saludando al conde salió de la estancia sin pronunciar una sola frase.

—¡Oh Dios mio! ¿si despedireis á esa señorita por mi causa? dijo Monte-Cristo despues de la marcha de Valentina.

—No tal, repuso la dama vivamente, sino porque á esta hora acostumbramos dar á M. Noirtier la triste comida que sostiene su triste existencia. ¿Sabeis ya, caballero, la deplorable situacion del padre de mi marido?

—Sí señora, ya me lo ha dicho M. de Villefort. ¿Está paralítico, no es verdad?

—¡Ay! sí. Falta completamente el movimiento al pobre anciano; solo el alma vela en aquella organizacion, pero temblorosa y lívida como una luz próxima á estinguirse. Disimuladme, caballero, si os distraigo con nuestras desgracias caseras. Os interrumpí cuando deciais que erais hábil químico.

—No decia yo tanto, señora, respondió el conde sonriéndose, sino todo lo contrario. He estudiado la química, porque resuelto á vivir en Oriente, quise seguir el ejemplo del rey Mitrídates.

—*Mithrídates, rex Ponticus*, dijo el aturdido chico, recortando los grabados de un magnífico album, el mismo que todas las mañanas se desayunaba con crema de veneno.

—¡Eduardo! ¡niño maldito! esclamó Madama de Villefort quitándole el libro ya mutilado; sois insoportable: nos aturdís. Idos con vuestra hermana al cuarto de papá Noirtier.

—Pues dame el album.

—¿Cómo el album?

—Sí, lo quiero.

—¿Por qué le habeis cortado las láminas?

—Por distraerme.

—Idos, idos.

—No me iré si no me se da el album, dijo arrellanándose en un sillon, fiel á su costumbre de no ceder nunca.

—Toma y déjanos en paz, dijo Madama de Villefort.

Y dió el album á Eduardo, acompañándole hasta la puerta.

El conde la seguia con la vista.

—Veremos si cierra la puerta, murmuró para sí.

Madama de Villefort cerró con mucho esmero la puerta detrás del niño.

El conde hizo como si no lo viese.

Despues la jóven, mirando en torno suyo, volvió á sentarse en su butaca.

—Permitidme que os advierta, señora, que sois muy severa con ese calaverilla de mis ojos, dijo el conde con aquella dulzura que ya conocemos en él.

—Es preciso tratarlo así, caballero, replicó Madama de Villefort con verdadero aplomo de madre.

—Sin duda estará estudiando á Cornelio Nepote, y le habeis interrumpido en una cita muy curiosa sobre el rey Mitrídates, cita que prueba que su maestro no ha perdido el tiempo con él, y que para su edad está muy adelantado.

—El hecho es, señor conde, prosiguió la madre dulcemente halagada, que tiene para el estudio una admirable disposicion. Aprende cuanto quiere; solo tiene un defecto, que es ser muy hecho de su gusto. Pero á propósito de lo que él decia, ¿creeis, señor conde, que Mitrídates tomase esas precauciones y que fuesen eficaces?

—Y tanto que lo creo; como que yo, señora, las he tomado tambien en Nápoles, en Palermo y en Smirna, es decir, en tres ocasiones, donde sin esa precaucion hubiera perdido el pellejo.

—¿Y os han salido bien?

—Perfectamente.

—¡Ah! es verdad: recuerdo que ya me habeis contado algo de eso en Perusa.

—¿De veras? dijo el conde con sorpresa admirablemente fingida. Yo no lo recordaba.

—Entonces os pregunté si los venenos obran igualmente y con igual energía en los hombres del Norte que en los del Mediodía; y vos me respondísteis que los temperamentos frios y linfáticos de los septentrionales no tienen la misma predisposicion que la naturaleza enérgica y poderosa de las gentes del Mediodía.

—Y es verdad, dijo Monte-Cristo. He visto á los rusos devorar sin resultado alguno sustancias vejetales que infaliblemente hubieran matado á un napolitano ó á un árabe.

—¿Con que creeis, segun eso, que entre nosotros seria el resultado mas seguro aun que en Oriente, y que entre nuestras nieblas y nuestras lluvias se acostumbraria mejor un hombre que en una latitud mas ardiente á esa absorcion progresiva del veneno?

—Así es la verdad; pero en el bien entendido que esa precaucion solo sirve contra el veneno á que uno se acostumbra.

—Sí, ya comprendo. ¿Y qué haríais por ejemplo para acostumbraros? ó por mejor decir, ¿cómo os habeis acostumbrado?

—Muy fácilmente. Suponed que sabeis de antemano el veneno que os van á dar... suponed que ese veneno sea... por ejemplo... la brucina...

—¿La brucina se saca de la angostura falsa (*brucena ferruginea*), no es verdad? dijo madama de Villefort.

—Justamente, señora, respondió Monte-Cristo; pero ya veo que tengo poco que enseñaros. Conocimientos tales son muy raros en las mugeres.

—¡Oh! lo confieso, repuso madama de Villefort, he tenido una aficion decididísima á las ciencias ocultas, que hablan á la imaginacion como la poesía, y se reasumen en cantidades como una ecuacion algebráica; pero suplicoos que prosigais: lo que decis me interesa con estremo.

—Pues bien, repuso Monte-Cristo, suponed que ese veneno sea, por ejemplo, brucina, y que tomais el primer dia un miligramo, y el segundo dos miligramos; á los diez dias tomareis ya un centigramo; y al cabo de veinte, aumentando otro miligramo, habreis tomado tres centígramos; es decir, una dosis que resistireis fácilmente, y que sería muy peligrosa para otro cualquiera que no hubiera tomado las precauciones que vos. Al cabo de un mes, en fin, bebiendo agua por la vasija en que vos bebais, morirá una persona, y sin otros síntomas en vos que un malestar insignificante.

—¿No conoceis otro contraveneno?

—No lo conozco.

—Muchas veces he leido y releido esa historia de Mitrídates, y la habia tomado por fabulosa, dijo madama de Villefort pensativa.

—No, señora; es verdad, porque la historia se desluzca; pero lo que me decís y lo que me preguntais no es sin duda otra cosa que un capricho, puesto que hace dos años me preguntásteis lo mismo sobre poco mas ó menos, y me dijisteis que hacia mucho que os daba en qué pensar esa historia de Mitrídates.

—Es verdad, caballero. En mi juventud mis dos estudios favoritos fueron la botánica y la mineralogía; y cuando supe despues que el uso de los simples esplicaba toda la historia de los pueblos y toda la vida de los hombres de Oriente, como esplican las flores todos sus pensamientos amorosos, sentí no ser varon, para hacerme un Flamel, un Fontana ó un Cabanis.

—Y tanto mas, señora, repuso Monte-Cristo, cuanto que los orientales no hacen solo del veneno una coraza, sino que tambien un puñal. En sus manos la ciencia llega á ser, no solo un arma defensiva, sino tal vez ofensiva. La una la emplean contra sus padecimientos físicos, la otra contra sus enemigos. Con el

opio, con la belladona, con la angostura, con el palo de culebra y el laurel cereza, duermen á aquellos que querrian despertarlos. No hay una muger egipcia, turca ó griega que no sepa en punto á química lo bastante á dar quince y falta á un médico, y en punto á psicologia, lo bastante para aturdir á un confesor.

—¿De veras? dijo madama de Villefort, cuyos ojos durante esta plática brillaban con fuego estraño.

ciertas la Bagdad y el Bassora de M. Galland? Los sultanes y los visires que rigen esas sociedades y que constituyen lo que se llama gobierno en Francia, ¿son efectivamente hombres por el estilo de los Haroun-al-Raschil y de los Giaffar, que no solo perdonan á un envenenador, sino que le nombran su primer ministro si el crímen es ingenioso, haciéndolo escribir en letras de oro para divertirse en sus ratos de fastidio?

—¿De veras? dijo el conde con sorpresa admirablemente fingida.

—Sí por Dios, señora, prosiguió Monte-Cristo. Los dramas secretos de Oriente se enlazan y se desenlazan de mil maneras, desde la planta que hace amar, hasta la planta que hace morir; desde el néctar que abre el cielo hasta el que abre el infierno. Tantas maneras hay, como caprichos y rarezas hay en la naturaleza humana física y moral. Mas diré aun: el arte do aquellos químicos sabe hermanar admirablemente el remedio y el mal con su necesidad de amor ó sus deseos de venganza.

—Pero, caballero, repuso la jóven, esos pueblos orientales donde habeis pasado una parte de vuestra existencia, ¿son tan fanáticos como sus cuentos? ¿Allí se puede suprimir á un hombre impunemente? ¿Son

—No, señora, lo fantástico no existe ni aun en Oriente. Allí tambien hay, aunque con otros nombres y otros trajes, comisarios de policía, jueces de instruccion, procuradores del rey y peritos. Allí á los criminales los cuelgan, los empalan y los decapitan con la mayor frescura; pero los criminales, como inteligentes que son, saben con hábiles combinaciones desorientar á la justicia humana, sobre asegurar el éxito de sus empresas. Entre nosotros cualquier imbécil, poseido del demonio, del odio ó de la avaricia, uno que quiere deshacerse de un enemigo ó de un pariente rico, se va á casa de un boticario, y diciéndole un nombre falso, que antes lo descubre que su verdadero nombre, sopretesto de que no le dejan los ra-



tones dormir, compra cinco ó seis grammas de arsénico; y si es mas diestro va á cinco ó seis boticas, con que mas fácilmente le reconocen. Cuando posee ya su específico, le administra á su enemigo ó á su pariente una *dósis* de arsénico que haria reventar á un elefante ó á un mastodonte, y que *hace* á la víctima dar desaforados gritos, que ponen en alarma todo el barrio. A esto acude una nube de polizontes y gendarmes; mandan llamar á un médico, que hace la autopsia, y halla en su estómago arsénico que se puede *cojer* á embozadas. A la mañana siguiente cien periódicos refieren el hecho con el nombre de la víctima y el del asesino. La noche anterior ya ha parecido el boticario ó los boticarios á decir:—Yo he vendido arsénico á ese caballero;—y antes que no reconocer al agresor reconocerán á veinte agresores. Entonces el necio delincuente es cojido, encerrado, interrogado, careado, condenado y guillotinado, ó si es mujer y de categoría, va á una reclusion perpétua. Así entendeis la química vosotros los septentrionales, señora. Sin embargo, Desrue era mas hábil, debo de confesarlo.

—¿Qué quereis, caballero? respondió sonriéndose la dama; hacemos lo que podemos. No todos poseen el secreto de *los* Médicis ó de los Borgias.

—¿Quereis sin embargo que os diga la causa de estas torpezas? repuso el conde encojiéndose de hombros; pues es que en vuestros teatros, segun lo que hasta ahora he *podido juzgar por la lectura* de las comedias que se representan, se ve frecuentísimamente á las personas oler un pomito ó morder la piedra de una sortija y caer muertos en el acto; cinco minutos después baja el telon y se dispersan los espectadores; quedan ignoradas por consiguiente las consecuencias del asesinato. No se ve nunca al comisario de policía con su escarapela, ni al cabo con sus cuatro soldados, y esto autoriza á muchos imbéciles á creer que así va todo. Salid un paso de Francia, id á Alepo ó al Cáiro, ó siquiera á Nápoles y Roma, y veréis *pasar* por la calle personas rollizas y sanas, que el Diablo cojuelo si os tomase por el estudiante de marras, podria deciros:—«Ese hombre está envenenado desde hace tres semanas y dentro de un mes se acabará de *morir* del todo.»

—¡Luego han encontrado el secreto de esa famosa agua-tofana que en Perusa me aseguraron se habia perdido? dijo madama de Villefort.

—¡Oh señora! ¡valgame Dios! ¿creeis que entre los hombres se pueda perder algo? Las artes cambian de asiento para dar la vuelta al mundo; las cosas cambian de nombre, y nada mas: el vulgo *no lo comprende* y hace mil reflexiones absurdas; pero el efecto siempre es el mismo, y los venenos obran sobre tal ó cual órgano: sobre el estómago uno, sobre el cerebro otro, sobre los intestinos otro. Pues bien, el veneno ocasiona una tos, esta tos una fluxion de pecho, ó cualquiera otra enfermedad de las que la ciencia reconoce, lo que no le impide ser de todo en todo mortal, y aunque no lo *fuese*, lo llegaría á ser con los remedios que le administran los cándidos médicos, químicos detestables en general, y que unas veces coadyuvarán á su desarrollo y otras lo alejarán casualmente, y aquí teneis á un hombre muerto con todas las reglas del arte: nada tiene la justicia que ver con él, como decia uno de mis amigos, químico famoso, el escelente abate Adelmonte, de Taormina en Sicilia, el cual habia estudiado muy á fondo estos fenómenos de su país.

—Eso es horrible, pero admirable, dijo la dama inmóvil en su arrobamiento. Confieso que tenia todas esas historias por invenciones de la edad media.

—Sin duda que lo son, pero perfeccionadas en nuestros tiempos. ¿Para qué habian de servir los siglos, los adelantos, las protecciones, los premios, las cruces y las medallas, sino para perfeccionar la sociedad? El hombre no ha de ser perfecto hasta que sepa crear y destruir como Dios: ya sabe destruir, señora, con que la mitad del *camino* tiene andado.

—De manera, repuso madama de Villefort volviendo tenazmente á su tema, de manera que los venenos de los Borgias, de *los* Médicis, de los Renes, de los Rugieros, y mas adelante del baron de Trenk probablemente, venenos de que tanto han abusado los dramas y *las* novelas....

—Eran pura y simplemente objetos de arte, señora, respondió el conde. ¿Creeis que el verdadero sabio ataca descaradamente al individuo mismo? No: la ciencia gusta de *los rodeos*, de las invenciones ingeniosas, de la imaginacion, si así se puede decir. Por ejemplo, el escelente abate Adelmonte de que há poco os hablaba, habia hecho esperiencias maravillosas bajo este punto de vista.

—¿De veras?

—Sí: una sola os citaré. Tenia un jardin hermosísimo lleno de legumbres, de flores y de árboles frutales. Entre las legumbres elegia la mas humilde de todas, una col por ejemplo, y por espacio de tres dias la regaba con una disolucion de arsénico. Al tercer dia la col enfermaba poniéndose amarilla: era la *ocasion* de cortarla. Para todo el mundo estaba madura, solo para el abate Adelmonte estaba envenenada. Entonces la llevaba á su cuarto, *cojia un conejo*—pues el abate Adelmonte tenia una coleccion de conejos, de gatos y de marranos de Indias tan buena como su coleccion de flores y de legumbres,—cogia un conejo, repito, y le daba á comer una hoja de la col, con que se moria. ¿Qué juez se atreveria á encontrar en esto nada malo? ¿ni qué procurador del rey ha pensado nunca en encausar *á los fondistas de Paris por los conejos*, los gatos y los marranos de Indias que matan? Ninguno. —Tenemos pues al conejo muerto, sin que la justicia se alarme. El abate Adelmonte hace que su cocinera le saque las tripas, y arroja á un basurero los intestinos; al basurero acude una gallina que picotea los intestinos; enferma y muere á la siguiente mañana. *Cuando está agonizando convulsiva*, pasa un *milano* (en el país de Adelmonte hay muchos milanos), se arroja al cadáver, se lo lleva, y sobre una roca se lo come. Tres dias despues, el pobre milano que desde aquel banquete no goza salud perfecta, en lo mas raudo de su vuelo se siente mareado, cae, y ¿donde viene á caer? al estanque de vuestra casa. Las anguilas, los sollos y *las murenas, que son golosas* como sabreis, se lo comen.... Pues bien: supongamos que al dia siguiente os sirvan á la mesa la anguila ó el sollo envenenados á la cuarta generacion, vuestro convidado se envenenará á la quinta, muriendo á los ocho ó diez dias de dolores de entrañas, de mal de corazon ó de ataques al píloro. Hecha la autopsia, dirán los médicos:

—«Este caballero ha muerto del tifus ó de un tumor en el hígado.»

—Pero esas circunstancias que tan perfectamente encadenais, dijo madama de Villefort, pueden faltar por la cosa mas mínima. El milano puede no pasar en buena ocasion por el basurero, ó puede no caer en el estanque.

—¡Ese es el arte justamente! para ser en Oriente un gran químico es necesario saber mandar á la casualidad; pero se la manda.

Madama de Villefort le escuchaba meditabunda.

Luego añadió:

—Pero el arsénico es indeleble: siempre aparece en el cuerpo humano, absórvalo como lo absorva, [illegible] es cantidad bastante á causar la muerte.

—Eso justamente, replicó Monte-Cristo, fué lo que dije yo al bueno de Adelmonte.

Reflexionó, se sonrió, y por toda respuesta dijo [illegible] un proverbio siciliano, que es tambien proverbio [illegible]cés, si no me equivoco:

—«Hijo mio, no se hizo el mundo en un dia, [illegible] siete. Volved el domingo.»



Al domingo siguiente volví. En vez de regar su col con arsénico, la habia regado con una disolucion de sal de estrignina (*strychnos colubrina*), como dicen los sabios. Esta vez la col no tenia apariencia ninguna de enfermedad; con que el conejo sin la menor desconfianza la comió, muriendo á los cinco minutos: comió la gallina el conejo, y tambien murió á la mañana siguiente. Entonces nosotros desempeñamos el papel de milanos, y abrimos la gallina. Esta vez habian desaparecido todos los síntomas particulares, y solo quedaban los generales. Ninguna lesion particular en los órganos: exasperacion del sistema nervioso y síntomas de congestion cerebral era cuanto se advertia. No habia muerto envenenada, sino de apoplegía. Harto sé que en las gallinas este caso es muy raro; pero en los hombres muy comun.

Cada vez iba poniéndose mas pensativa Madama de Villefort.

—¡Qué fortuna es, dijo, que solo puedan ser preparadas por químicos esas sustancias! porque si no, la mitad del género humano envenenaria á la otra mitad.

—Por químicos ó por personas aficionadas á la química, respondió Monte-Cristo negligentemente.

—Además el crímen es siempre crímen, por muy bien preparado que esté, repuso la dama saliendo aunque con mucho trabajo de sus meditaciones. Aunque escape á la investigacion humana, el ojo de Dios lo ve. En casos de conciencia los orientales son menos escrupulosos que nosotros, y han suprimido el infierno obrando como prudentes.

—Ese escrúpulo, señora, tan digno de una alma honrada como la vuestra, lo destruye muy fácilmente el raciocinio. Siempre estarán compendiadas las malas tendencias del humano pensamiento en esta paradoja de Juan Jacobo Rousseau:—Con levantar el dedo se mata á un mandarin que está distante cinco mil leguas. El hombre pasa su vida haciendo cosas por este estilo, y en imaginarlas gasta su inteligencia. —Pocas personas hallareis que vayan brutalmente á clavar un puñal en el corazon de su prójimo, ó que le administren para que desaparezca de la superficie del globo la cantidad de arsénico de que hablamos. Eso es verdaderamente una escentricidad ó una tontería. Para llegar á ese punto es preciso que la sangre suba á cuarenta grados, el pulso á noventa pulsaciones, y el alma se salga de sus ordinarios límites; pero si pasando del nombre al sinónimo como



Madama de Villefort quedóse pensativa.

hacemos en filología, llevais simplemente á cabo una eliminacion; si en vez de cometer un asesinato innoble, separais pura y simplemente de vuestro camino al que os estorba, y esto sin choque, sin violencia, sin el cortejo de dolores que, como llegan á convertirse en suplicio, hacen de la víctima un mártir y del que la inmola un carnicero en toda la estension de la palabra; si no hay sangre, ni quejidos, ni contorsiones, ni, sobre todo, esa instantaneidad del crímen que compromete, entonces se escapa al golpe de la justicia humana que solamente dice:—no turbes la sociedad.—Así proceden, así consiguen su objeto los orientales, hombres graves y flemáticos, que no hacen cuestiones de tiempo las cuestiones de cierta importancia.

—Queda la conciencia, dijo Madama de Villefort con voz temblorosa, y un suspiro ahogado.

—Sí; por fortuna, respondió Monte-Cristo, queda la conciencia; que si no, ¿adónde iriamos á parar? Tras toda accion un tanto enérgica, la conciencia es quien nos salva, proporcionándonos mil disculpas escelentes; tanto mas escelentes, cuanto que las hemos de apreciar nosotros mismos; pero aunque sean tales que nos hagan dormir tranquilos, un tribunal no lo creeria así al caer en sus manos nuestra vida.—A Ricardo III, por ejemplo, debió de servirle maravillosamente su conciencia después de la supresion de los dos hijos de Eduardo IV. El podia, con efecto, decir:—Esos dos hijos de un rey cruel y vengativo, que solo los vicios habian heredado de su padre, cosa que nadie mas que yo supo descubrir en sus inclinaciones infantiles, esos dos niños me impedian hacer la felicidad del pueblo inglés, que ellos hubieran hecho desgraciado, sin duda alguna.—Tambien á lady Macbeth le sirvió maravillosamente su conciencia, diga lo que diga Shakspeare, cuando intentó dar un trono, no á su marido, sino á su hijo. ¡Ah! el amor maternal es una virtud tan grande, un móvil tan poderoso, que es preciso perdonar las locuras que inspira; con que sin la conciencia hubiera sido muy desgraciada lady Macbeth después de la muerte de Duncan.

Madama de Villefort absorbia, por decirlo así, con avidez estas horribles frases, estas paradojas tremendas, que el conde pronunciaba con aquella irónica sencillez que le era peculiar.

Luego dijo después de un instante de silencio:

—¿Sabeis, señor conde, que sois un argumentador terrible, y que veis el mundo á una luz un tanto lívida? ¿Ese juicio os ha merecido la humanidad mirada á través de los alambiques y las retortas? Porque ya veo que teniais razon y que sois un hábil químico, pues aquel elixir que hicisteis tomar á mi hijo, y que tan pronto le volvió la vida...

—¡Oh! no os fieis, señora, repuso Monte-Cristo; una gota de aquel elixir pudo volverle á la vida; pero tres gotas hubieran agolpado la sangre á sus pulmones hasta el punto de ocasionarle palpitaciones de corazon, y un síncope algo mas grave que aquel que padecia; y diez gotas, en fin, la muerte. Ya visteis, señora, cómo le quité al momento aquellos pomos que habia tenido la imprudencia de cojer.

—¿Luego es un veneno terrible?

—No, Dios mio, no. Sentemos por principio que la palabra veneno no existe, puesto que la medicina usa los venenos mas violentos haciéndolos hasta remedios saludables, segun la manera de administrarlos.

—¿Qué era pues aquel licor?

—Una sábia composicion de mi amigo el abate Adelmonte, quien me enseñó á usarla.

—¡Oh! dijo Madama de Villefort, debe de ser un escelente antiespasmódico.

—¡Y tan escelente! señora, ya lo visteis, respondió el conde. Lo uso con mucha frecuencia, aunque siempre con tino, por supuesto, añadió sonriéndose.

—Ya lo creo, respondió Madama de Villefort en el mismo tono. De mí sé decir que soy tan nerviosa y susceptible de perder el conocimiento, que necesitaria de un doctor Adelmonte que me inventara un medio de respirar libremente, y de quitarme el temor que tengo de morir sofocada el dia menos pensado. Entre tanto, como un doctor por el estilo es muy difícil encontrarlo en Francia, y vuestro abate no estará probablemente dispuesto á hacer por mí un viaje á Paris, me sirvo de los antiespasmódicos de M. Planche, y la menta y las gotas de Hoffmann estan en mi casa á la órden del dia. Mirad estas pastillas que me hacen ex-profeso: contienen una dosis doble.

Abrió Monte-Cristo la cajita de concha que le presentaba la dama, y aspiró el olor de las pastillas con aire de inteligente.

—Son esquisitas, dijo; pero requieren de suyo la deglucion, cosa en algunas ocasiones imposible á las personas desmayadas. Prefiero mi específico.

—Yo tambien le preferiria seguramente, sobre todo desde que he podido ver sus resultados; pero sin duda es un secreto, y no soy bastante indiscreta para exigíroslo.

—Pero yo, señora, soy bastante galante para ofrecéroslo, dijo Monte-Cristo poniéndose de pié.

—¡Oh caballero!

—Tened una sola cosa presente, y es que en pequeña dosis sirve de remedio, y en dosis grande es un veneno. Una gota devuelve la vida, como ya lo visteis; pero cinco ó seis matarian infaliblemente, y de una manera tanto mas terrible, cuanto que ni siquiera alterarian el gusto del vino en que se disolvieran. Pero ¿qué es lo que hago, señora? Cualquiera diria que os doy consejos.

Acababan de dar las seis y media, y anunciaron á una amiga de Madama de Villefort, que venia á comer con ella.

—Si tuviese el honor de veros por tercera ó cuarta vez, señor conde, y no por la segunda, le dijo; si tuviese el honor de ser amiga vuestra, y no la dicha de ser simplemente vuestra agradecida, insistiria en que os quedáseis á comer sin desanimarme á la primera negativa.

—Mil gracias, señora, respondió Monte-Cristo; pero tengo un compromiso al que no puedo faltar. He ofrecido á una princesa griega, amiga mia, que no ha visto aun la *Grande Opera*, llevarla esta noche, y cuenta conmigo.

—Corriente, caballero; no olvideis mi receta.

—¿Cómo pues, señora? Para eso necesitaria olvidar la hora de conversacion que acabo de pasar con vos, y eso es imposible de toda imposibilidad.

Monte-Cristo saludó y salió.

Madama de Villefort quedóse pensativa.

—¡Qué hombre tan estraño! dijo. Paréceme que su nombre de pila debe de ser Adelmonte.

Para Monte-Cristo tambien el éxito habia sobrepujado á sus esperanzas.

—Vamos, decia por el camino, esta es buena tierra. Estoy convencido de que no se pierde aquí lo que se siembra.

Y al dia siguiente, fiel á su promesa, envió la receta consabida á Madama de Villefort.

CAPITULO XIV.

ROBERTO EL DIABLO.

La disculpa de la ópera era tanto mas oportuna, cuanto que aquella noche habia gran funcion en la Academia Real de Música.

Tras una enfermedad penosa volvia Levasseur á cantar el papel de Bertram, y como siempre, la partitura del maestro á la moda reunia á la sociedad mas elegante de Paris.

Como la mayor parte de los jóvenes de buenas casas, tenia Morcef su asiento de orquesta, y á su disposicion diez palcos de personas conocidas, sin contar su abono en el *palco de los leones*.

El asiento de Chateau-Renaud era el inmediato al suyo.

Beauchamp, como periodista, era rey del teatro, y en todas partes tenia asiento.

Luciano Debray tenia aquella noche á su disposicion el palco del ministro, y se lo habia ofrecido al conde de Morcef. Como se negára Mercedes á ir, el conde se lo envió á Danglars, anunciándole de paso que probablemente iria después á hacer una visita á la baronesa y á su hija, si se dignaban de aceptar su palco.

En lo que menos pensaron ambas fué en negarse. Nadie admite palcos regalados con tanto gusto como un millonario.

Danglars por su parte habia declarado que sus principios políticos y su cualidad de diputado de la oposicion le impedian ir al palco ministerial.

De resultas de esto escribió á Luciano la baronesa para que las acompañase, puesto que no podia ir á la ópera sola con su hija.

Con efecto, mucho se hubiera criticado el ver solas á las dos mugeres; pero nada habia que criticar en que Eugenia fuese á la ópera con su madre yel amante de su madre. Hay que tomar el mundo como es.

Cuando se levantó el telon el teatro estaba casi vacío.



Monte-Cristo saludó y salió.

Es costumbre de nuestra elegancia parisiense el llegar al teatro después de empezada la funcion, de lo que resulta que el primer acto, para los espectadores recien venidos, se pasa, no en mirar ó en ver la obra, sino en mirar á los espectadores que van llegando, y en oir el ruido de las puertas y las conversaciones.

—¡Calle! dijo de repente Alberto viendo abrirse un palco principal. ¡Calle! la condesa de G...

—¿Quién es esa condesa de G?... le preguntó Chateau-Renaud.

—¡Oh baron! ¡qué pregunta tan imperdonable! ¡Que pregunteis quién es la condesa de G.!...

—¡Ah! es verdad, repuso Chateau-Renaud: ¿aquella hermosa veneciana?...

—Justamente.

En esto la condesa, que habia visto á Alberto, cruzó con él un saludo acompañado de una sonrisa.

—¿La conoceis? dijo Chateau-Renaud.

—Sí, respondió Alberto. Franz me presentó á ella en Roma.

—¡Calle! Es verdad que ha habido hoy carreras. ¿Habiais apostado vos?

—Una miseria, cincuenta luises.

—¿Qué caballo ha ganado?

—*Nautilo*. Yo puse por él.

—Pero ¿no eran tres las carreras?

—Si. El premio del Jockey-Club... una copa de oro... Por cierto que ha pasado una cosa muy rara.

Obertura de *Roberto el Diablo*.

—¿Quereis hacer conmigo en París lo que hizo Franz con vos en Roma?

—Con mucho gusto.

—¡Silencio! gritó el público.

Los jóvenes prosiguieron su conversacion sin dárseles un ardite de la atencion que el patio queria poner en la música.

—Estaba en las carreras del campo de Marte, dijo Chateau-Renaud.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—¡Silencio! volvió á gritar el público.

—¿Qué? repitió Alberto.

—Que este premio lo han ganado un caballo y un jockey completamente desconocidos.

—Esplicádmelo.

—Nadie habia reparado en un caballo inscrito con el nombre de *Vampa*, y en un jockey inscrito con el de *Job*, cuando de repente se ha visto salir un magnífico alazan y un jockey como un puño, tan exageradamente diminuto, que hubo que meterle en los bolsillos veinte



libras de plomo, lo que no le impidió sin embargo llegar á la meta tres caballos (1) antes que *Ariel* y *Bárbaro* sus competidores.

—¿Y no se supo al fin á quién pertenecian caballo y jockey?

—No.

—¿Decís que el caballo estaba inscrito con el nombre de...

—*Vampa.*

—¡Ah! ¡ah! dijo Chateau-Renaud. Allí entran, vizconde, personas conocidas vuestras. ¿Cómo diablos mirais á la derecha? ¡Que ellas os estan mirando!

Volvióse con efecto Alberto, y se encontraron sus ojos con los de Madama Danglars, que le hizo un saludo con el abanico.

La señorita Eugenia por su parte apenas se dignó inclinar hácia la orquesta sus grandes ojos negros.

—En verdad que no os comprendo, mio caro, dijo



Mademoiselle Eugenia Danglars.

Chateau-Renaud. Aparte el mal nacimiento, aunque no creo que de esto se os importe mucho; aparte el mal nacimiento, repito, no se me alcanza qué falta le pongais á la señorita de Danglars. Es toda una hermosa chica.

—Muy hermosa ciertamente, dijo Alberto; pero confiésoos que en esto de hermosura gusto mas de la dulce, la suave, la femenina en una palabra.

—¡Oh juventud, juventud! dijo Chateau-Renaud, que como tenia treinta años usaba con Morcef de un tono paternal. Juventud, nunca estás satisfecha. ¿Con que, amigo, os dan una muger por el estilo de Diana Cazadora y no os contenta?

—Pues justamente por eso. Yo preferiria una muger parecida á la Venus de Milo ó á la de Capua. Es-

—Pues yo estoy mas adelantado que vos: yo sé quién es su dueño.

—¡Silencio! gritó el patio por tercera vez.

Pero esta con tan grande enojo, que los jóvenes conocieron que á ellos se dirigia.

Volvieron la cabeza para ver si alguno se atrevia á tomar sobre sí la responsabilidad de lo que ellos juzgaban una impertinencia; pero nadie reiteró los gritos, con que se volvieron hácia el escenario.

En este momento se abria el palco del ministro, pareciendo en él Madama Danglars, su hija y Luciano Debray.

(1) Hablando en términos hípicos esto quiere decir el espacio que ocupan tres caballos, ó el que puede recorrer uno en tres tiempos.

Diana Cazadora, siempre rodeada de sus ninfas, me asusta un tanto cuanto, y temo que un dia me trate como á Acteon.

Con efecto, examinando aunque ligeramente á la jóven, podia esplicarse uno el sentimiento que acababa de manifestar Morcef.

Era hermosa la señorita Danglars; pero como habia dicho Alberto, de una hermosura algo seca: sus cabellos, aunque de un negro magnífico, dejaban traslucir en sus ondas naturales, que se revelaban á la mano que queria imponerles su voluntad. Sus ojos, negros como su pelo, y adornados con un magnífico entrecejo, que no tenia otro defecto que el de arrugarse algunas veces, eran notables en particular por una espresion de firmeza estraña en las miradas de una muger; su nariz tenia exactamente las proporciones que un estatuario hubiese dado á la de Juno; solo su boca era grande, pero adornada en cambio con unos hermosos dientes, que hacian resaltar mas y mas unos labios, cuyo vivísimo carmin contrastaba con la palidez de su rostro. Por último, un lunar negro junto á la boca, mas largo que por lo comun lo son estos caprichos de la naturaleza, completaba en su fisonomía el pronunciado carácter que imponia á Morcef un tanto cuanto.

Lo demás de su cuerpo corria parejas con la cabeza que hemos intentado pintar.

Como Chateau-Renaud habia dicho, era Diana Cazadora; pero una Diana mas atrevida aun y de una belleza mas musculosa.

Por lo tocante á su educacion, si algo se le podia criticar, era, que como ciertos rasgos de su fisonomía, tenia algo del sexo masculino.

Hablaba dos ó tres idiomas, dibujaba con mucha facilidad, hacia versos y componia música.

De este último arte era en particular tan apasionada, que seguia estudiando con una de sus compañeras de colegio, jóven sin fortuna, pero con todas las dotes posibles para llegar á ser una gran artista, segun decian.

Tambien se aseguraba que un compositor célebre profesaba á esta última un cariño verdaderamente paternal, y la hacia dedicarse al estudio con la esperanza de que algun dia su voz le valiese reputacion y fortuna.

La posibilidad de que un dia perteneciese al teatro Luisa d'Armilly, tal era el nombre de la jóven, hacia que aunque la recibia en su casa, no saliera con ella en público la señorita de Danglars.

Sin embargo, aunque no ocupase la jóven en casa del banquero la posicion independiente de una amiga, ocupaba una posicion superior á la de las maestras vulgares.

Habia caido el telon.

Algunos segundos despues de la entrada de Madama Danglars en su palco, y gracias á la libertad en que los larguísimos entreactos dejan á los concurrentes de ir á hacer visitas ó á pasearse en el *foyer*, casi todos los asientos de orquesta se habian ido desocupando poco á poco.

Morcef y Chateau-Renaud habian sido de los primeros en abandonar los suyos.

Madama Danglars pensó al principio que Alberto salia del patio tan pronto por pasar á verlas, y se inclinó al oido de su hija para anunciarle esta visita; pero la jóven se contentó con menear la cabeza sonriéndose; y al mismo tiempo, como para probar que Eugenia tenia razon, apareció Morcef en un palco principal.

Era el palco de la condesa de G...

—¡Ah! ¿ya estais aquí, señor viajero? le dijo esta tendiéndole la mano con toda la cordialidad de una amiga antigua. Es mucha amabilidad en vos el haberme reconocido, y sobre todo el haberme hecho la primera visita con esta preferencia.

—Creed, señora, que á haber yo sabido que estábais en Paris y dónde viviais, no me hubiera retardado tanto; pero permitidme que os presente al señor baron de Chateau-Renaud, amigo mio, y uno de los pocos hidalgos que van quedando en Francia. Por él acabo de saber que habeis asistido á las carreras del Campo de Marte.

Chateau-Renaud saludó á la condesa.

—¿Vos habeis estado tambien, caballero? le dijo ésta vivamente.

—Sí señora.

—¿Y no podriais decirme, prosiguió con el mismo interés, á quién pertenecia el caballo que ha ganado el premio del Jockey-Club?

—No señora, respondió Chateau-Renaud. Acabo de hacer á Alberto la misma pregunta.

—¿Os interesa mucho, señora condesa, le preguntó Alberto, saber quién sea el dueño del caballo?

—Infinito. Figuraos... pero quizás lo sabreis, vizconde.

—Ibais, condesa, á contarnos algo, puesto que habeis dicho: figuraos...

—Pues sí. Figuraos que aquel precioso alazan y aquel diminuto jockey, vestido de color de rosa, habian simpatizado conmigo desde luego de tal modo, que estaba yo pereciéndome porque ganáran, como si hubiese apostado por ellos la mitad de mi fortuna; con que cuando los ví llegar á la meta, adelantando á sus contrarios tres caballos, me puse tan alegre que batí las palmas como una loca. ¡Juzgad pues de mi asombro cuando al volver á casa me encuentro en la escalera al diminuto jockey! Creí al principio que el vencedor de las carreras viviria por casualidad en mi misma casa; pero al abrir la puerta de mi sala lo primero que veo es la copa de oro ganada por el caballo y el jockey desconocidos. Dentro de la copa habia un papelito con estas palabras:

«A la condesa de G... lord Ruthwen.»

—Eso es, dijo Morcef.

—¿Cómo eso es? ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que es lord Ruthwen en persona.

—¿Qué lord Ruthwen?

—El nuestro, el vampiro, el del teatro de Argentina.

—¿De veras? ¿está aquí? esclamó la condesa.

—Sí señora.

—¿Y le veis? ¿vá á vuestra casa? ¿vais vos á la suya?

—Es mi íntimo amigo, y tambien M. de Chateau-Renaud tiene la honra de conocerle.

—¿Qué motivos teneis para creerle el vencedor de las carreras?

—Que su caballo estaba inscrito con el nombre de *Vampa*.

—Y eso ¿qué significa?

—¿No recordais el nombre del famoso bandido que me hizo prisionero?

—¡Ah!, ¡es verdad!

—¿Y de cuyo poder me sacó milagrosamente el conde?

—Sí, sí.

—Se llamaba *Vampa*. Ya veis cómo es él.

—Pero ¿por qué me ha enviado la copa de oro?

—Primeramente, señora condesa, porque yo le habia hablado mucho de vos, como podeis figurároslo, y luego porque le habrá agradado mucho hallar aquí una compatriota suya, y que esa compatriota se interese por su triunfo.

—¿Espero que no le habreis contado aquellas locuras que nosotros dijimos de él?

—No me atreveria á jurarlo: y esa manera de ofreceros la copa con el nombre de lord Ruthwen...

—Pero va á odiarme...

—¿Es conducta la suya de enemigo?
—No, lo confieso.
—Pues bien...
—¿Con que está en Paris?
—Sí.
—¿Y ha causado sensacion?
—Así, así, respondió Alberto; se habló de él ocho dias; pero luego nadie ha hablado de otra cosa que de la coronacion de la reina de Inglaterra, y del robo de los diamantes de *Mademoiselle Mars*.
—¡Qué bien se conoce que el conde es amigo vuestro! Así le tratais, querido mio, dijo Chateau-Renaud. No creais lo que Alberto dice, señora condesa. Al contrario, no se habla en Paris sino del conde de Monte-Cristo. *Debutó* regalando á Madama Danglars unos caballos que valian treinta mil francos; después salvó la vida á Madama de Villefort, y por último, ha ganado segun parece el premio de las carreras. Digo lo que diga Morcef, sostengo, señora, que en este momento el conde es el héroe de Paris, y que aun lo será dentro de un mes si sigue haciendo escentricidades, cosa que es en él segun parece el pan nuestro de cada dia.
—Es posible, dijo Morcef; pero mudemos de conversacion. ¿Quién ha tomado el palco del embajador de Rusia?
—¿Cuál? preguntó la condesa.
—Aquel principal de la columnata. Paréceme completamente restaurado.
—Con efecto, dijo Chateau-Renaud. ¿Habia alguien en el acto primero?
—¿Dónde?
—En el palco.
—No, repuso la condesa. No he visto á nadie. Con que volviendo á nuestra primera conversacion, ¿creeis que sea el conde quien ha ganado el premio?
—Estoy seguro.
—¿Y el que me ha enviado la copa?
—Sin duda alguna.
—Pero yo no le conozco, y me dán tentaciones de devolvérsela, dijo la dama.
—¡Oh! no hagais tal cosa, os enviaria otra tallada en un zafiro ó incrustada en un rubí, que es su manera favorita de hacer regalos.
En este momento anunció la campanilla que iba á empezar el acto segundo.
Alberto se levantó para volver á su asiento.
—¿Os volveré á ver? le preguntó la condesa.
—Si me lo permitís, vendré á informarme en los entreactos de si puedo seros en algo útil.
—Señores, dijo la condesa, en la calle de Rívoli, número 22, estoy visible para mis amigos todos los sábados por la noche. Sirvaos de aviso esto.
Los jóvenes la saludaron y se fuéron.
Al volver al patio vieron á todo el público de pié con los ojos clavados en un sitio solo.
Siguieron sus miradas la direccion general, yendo á fijarse en el antiguo palco del embajador de Rusia.
Un hombre de treinta y cinco á cuarenta años vestido de negro acababa de entrar en él con una señora vestida á la oriental.
Era la señora hermosísima, y su traje tan rico, que como ya queda dicho, todos los ojos se habian vuelto al instante á mirarla.
—Monte-Cristo y su griega, dijo Alberto.
Y eran con efecto el conde y Haydée.
Un instante después la jóven ocupaba toda la atencion, no solo del patio, sino del público en general.
Las mugeres sacaban el cuerpo fuera de sus palcos para ver brillar en la balaustrada del de la griega aquella lluvia de diamantes.
El segundo acto pasó en medio de ese rumor sordo que indica en las masas algun acontecimiento grave.
Nadie sin embargo pensó en gritar: ¡silencio!

Aquella muger tan jóven, tan bella, tan deslumbrante, era un espectáculo mas curioso de ver que la ópera.
Una seña de Madama Danglars indicó ahora á Alberto que se contaba con su visita en el entreacto siguiente.
Era hombre Morcef demasiado fino para hacerse esperar cuando le indicaban que era esperado: con que caido apenas el telon, se apresuró á subir.
Saludando á las dos damas, tendió la mano á Debray.
La baronesa le recibió con una sonrisa encantadora, y Eugenia con su frialdad habitual.
—Aquí teneis á un hombre desesperado, querido mio, que implora vuestra ayuda, le dijo Debray. Esta señora me está haciendo mil preguntas sobre el conde. Quiere que yo sepa de dónde viene, adónde va; y yo que no soy Cagliostro, á fé mia, para salir del paso le respondido:—Preguntádselo á Morcef que conoce á fondo á Monte-Cristo.—Entonces os hicieron seña.
—¿No es increible, dijo la baronesa, que quien tiene á su disposicion medio millon de fondos secretos esté tan poco al corriente en ciertas cosas?
—Señora, dijo Luciano, os ruego creais que si yo tuviese medio millon á mi disposicion, de otra manera lo emplearia que no en tomar informes del conde de Monte-Cristo, que no tiene á mis ojos otro mérito que el de ser mas rico que un nabab; pero ya cedo á Morcef el uso de la palabra: arreglaos con él.
—Un nabab no me hubiera de seguro enviado un tronco de caballos de treinta mil francos con cuatro diamantes en las orejas de cinco mil cada uno.
—¡Oh! los diamantes son su manía, dijo sonriéndose Morcef. Creo que como Potemkin, lleva siempre llenos de diamantes los bolsillos y los va sembrando por donde va, como sembraba sus chinas el enano Poucet.
—Habrá descubierto alguna mina, dijo Madama Danglars. ¿Sabeis que tiene contra el baron un crédito ilimitado?
—No lo sabia; pero así debia de suceder, respondió Alberto.
—¿Y que le ha anunciado que piensa estar un año en Paris y gastar seis millones?
—Es el Shah de Persia que viaja de incógnito.
—¿Habeis reparado cuán hermosa es aquella muger, señor Luciano? dijo Eugenia.
—En verdad, señorita, que no conozco á nadie tan justa como vos con las de vuestro sexo.
Luciano se caló los lentes.
—¡Divina! dijo.
—¿Sabe M. de Morcef quién es esa muger?
—Señorita, dijo Alberto, respondiendo á esta interpelacion casi directa: digoos que medio lo sé, como me sucede con todas las cosas del misterioso personaje que nos ocupa. Es griega.
—Fácil es de conocerlo en su traje, y no nos decís sino lo que ya sabe todo el teatro.
—Humillado me siento, señorita, con ser un *cicerone* tan ignorante, dijo Morcef; pero debo de confesar que solo hasta ahí llegan mis noticias. Sé además que es música, porque cierto dia que almorcé con el conde oí los sonidos de una guzla que solo de ella podian emanar.
—¿Recibe gentes vuestro conde? le preguntó madama Danglars.
—Y de una manera espléndida; yo os lo fio.
—Es preciso que obligue yo á M. Danglars á ofrecerle alguna comida ó algun baile, para que él nos dé las tornas.
—¡Cómo! ¿Ireis á su casa? le dijo riéndose Debray.
—¿Por qué no? Con mi marido...
—¡Si es soltero ese conde misterioso!
—Bien veis que no, dijo la baronesa riéndose á su vez y designándole á Haydée.
—Esa muger es una esclava, segun él mismo nos lo

ha dicho en vuestro almuerzo: ¿no lo recordais, Morcef?

—Confesad, mi querido Luciano, dijo Madama Danglars, que antes en toda su persona parece una princesa.

—De las *Mil y una noches.*

—No digo yo tanto; pero en fin, ¿qué es lo que caracteriza á las princesas? Los diamantes. Ella está empedrada.

—Aun lleva demasiados, dijo Eugenia. Sin tantos

—¿Está ya de vuelta la condesa de G.?... preguntó Madama Danglars.

—En este palco inmediato, casi en frente de nosotros, madre mia, dijo Eugenia. Es aquella señora de tan admirable pelo rubio.

—¿No sabeis lo que debiais de hacer, Alberto? dijo la baronesa.

—Mandad, señora.

—Ir á visitar al conde y traérnoslo.

—¿Para qué? dijo Eugenia.

Aquella muger tan jóven, tan bella, tan deslumbrante, era un espectáculo mas curioso de ver que la ópera.

estaria mas hermosa, dejando ver su cuello y sus muñecas, que son de una forma divina.

—¡Miren la artista! Ya se apasiona, dijo Madama Danglars.

—Yo amo todo lo bello, respondió Eugenia.

—Entonces ¿qué direis del conde? le preguntó Debray. Paréceme que no es mal mozo.

—¡El conde! repitió Eugenia, como si hasta entonces no hubiera pensado en mirarle, está demasiado pálido.

—Justamente en esa palidez consiste el secreto que buscamos, dijo Morcef. Ya sabeis que la condesa de G... sostiene que es vampiro.

—Para que hablemos con él. ¿No tienes curiosidad de verle?

—Ni pizca.

—¡Qué muchacha tan rara! murmuró la baronesa.

—¡Oh! sin eso vendrá probablemente, dijo Morcef. Mirad, señora; ya os ha visto, y os saluda.

La baronesa devolvió al conde su saludo acompañado de una sonrisa.

—Vamos, dijo Morcef, me sacrifico. Os dejo por ver si hay medio de hablarle.

—Es muy sencillo. Id á su palco.

—Pero no he sido presentado.

—¿A quién?

—A la hermosa griega.

—¿No decís que es una esclava?

—Sí... pero vos por el contrario asegurais que es una princesa. Presumo que cuando me vea salir de aquí saldrá él de su palco.

—Es muy posible: id.

—Ya voy.

Morcef saludó y salió.

Con efecto, cuando pasaba por delante del palco del conde, se abrió la puerta.

Dijo Monte-Cristo en árabe algunas palabras á Alí, que proseguia en el corredor, y tomó el brazo de Morcef.

Alí cerró la puerta del palco situándose delante de ella.

En torno al nubiano se habia formado un corro en el pasillo.

—A fé que vuestro París es una poblacion singular y vuestros parisienses un pueblo singular tambien, dijo Monte-Cristo. Cualquiera diria qua es la primera vez que ven un nubiano. Miradlos cómo cercan al pobre Alí, que no sabe lo que significa eso. Una cosa os puedo asegurar por mi parte, y es, que un parisiense puede ir á Túnez, á Constantinopla, á Bagdad ó al Cairo, sin que le asedien y le formen corros.

—Es que vuestros orientales tienen sentido comun, y no contemplan sino lo que vale la pena de ser contemplado; pero creedme, si Alí tiene esa popularidad, es porque os pertenece á vos, que en este momento sois el hombre á la moda.

—¿De veras? ¿Y á qué lo debo?

—¡A vos mismo, pardiez! Regalais troncos de mil luises; salvais á mugeres del procurador del rey; haceis correr con el nombre del mayor Black caballos de *pur-sang* y jockeis parecidos á titís, y ganais por último copas de oro y se las enviais á una dama.

—¿Y quién diablos os ha contado todas esas locuras?

—¡Toma! la primera, Madama Danglars que está rabiando por veros, ó mejor dicho, porque os vea la gente en su palco; la segunda, el periódico de Beauchamp, y la tercera mi propia imaginacion. Si quereis guardar el incógnito, ¿cómo llamais *Vampa* á vuestro caballo?

—¡Ah! es verdad, dijo el conde; cometí una imprudencia. Pero decidme: ¿no viene alguna que otra noche á la ópera el conde de Morcef? Le he buscado por todas partes con la vista y no le encuentro.

—Vendrá.

—¿Adónde?

—Al palco de la baronesa, segun tengo entendido.

—Aquella hermosa jóven que le acompaña ¿es su hija?

—Sí.

—Recibid mi enhorabuena.

Morcef se sonrió.

—Ya hablaremos de esto mas tarde y con mas despacio.—¿Qué me decís de la música?

—¿De qué música?

—De la que acabais de oir.

—Digo que me parece escelente para compuesta por un hombre y cantada por ruiseñores bípedos é implumes, como decia Diógenes.

—¡Ah! no parece, mi querido conde, sino que vos podais oir cuando os dé la gana los siete coros del Paraiso.

—Algo hay de eso, vizconde. Cuando quiero oir música admirable, música como no la ha oido ningun mortal, me duermo.

—Pues en ninguna parte mejor. Dormid, dormid, mi querido conde, que para eso se ha inventado la ópera.

—No en verdad, que es muy ruidosa vuestra orquesta. Para que yo me entregue al sueño de que os hablo, necesito silencio y calma, sin contar cierta preparacion...

—¡Ah! ¿el famoso hatchis?

—Justamente, vizconde. Cuando querais oir esa música, id á comer conmigo.

—Ya la he oido en un almuerzo, dijo Morcef.

—¿En Roma?

—Sí.

—¡Ah! era la guzla de Haydée. La pobre desterrada se entretiene á veces en tocarme aires de su país.

Morcef no insistió mas, ni el conde volvió á abrir la boca por su parte.

En esto sonó la campanilla.

—¿Me permitís?... dijo el conde encaminándose á su palco.

—¡Pues no faltaba mas!

—Mil cosas á la condesa de G... de parte de su vampiro.

—¿Y á la baronesa?

—Decidla que si me lo permite tendré el honor de ir á presentarla mis respetos.

El acto tercero dió principio.

En cumplimiento de su promesa, vino el conde de Morcef al palco de Madama Danglars.

No era el conde uno de esos hombres que *hacen efecto* en una reunion; con que solo se apercibieron de su llegada las personas en cuyo palco acababa de sentarse.

Monte-Cristo sin embargo lo divisó, y plegáronse sus labios con una sonrisa.

Haydée por su parte no veia nada mientras estaba levantado el telon. Como todas las naturalezas primitivas, le inspiraba adoracion cuanto hablase al oido y á los ojos.

El tercer acto concluyó como de costumbre.

Las señoritas Noblet, Julia y Leroux ejecutaron sus consabidas cabriolas.

Roberto Mario desafió al príncipe de Granada.

Por último, aquel majestuoso rey que tanto conoce el público, dió con su hija de la mano una vuelta á todo el escenario, para enseñar su manto de terciopelo.

En seguida cayó el telon, saliéndose al *foyer* y á los corredores toda la gente del patio.

Tambien el conde salió de su palco, y un momento después entraba en el de la baronesa.

Madama Danglars no pudo reprimir una esclamacion de sorpresa algo alegre.

—¡Ah! venid, venid, señor conde, esclamó, porque me corria prisa el añadir mis gracias verbales á las que ya os dí por escrito.

—¡Oh señora! dijo el conde, ¿aun recordais esa miseria? Yo la habia ya olvidado.

—Sí, pero lo que nadie olvida, señor conde, es que al dia siguiente habeis salvado á mi buena amiga Madama de Villefort del peligro en que la ponian aquellos mismos caballos.

—Ni aun por eso, señora, merezco gracias; que fué Alí mi nubio el afortunado salvador.

—¿Y fué tambien Alí, dijo el conde de Morcef, quien salvó á mi hijo de los bandidos romanos?

—No, señor conde, respondió Monte-Cristo estrechando la mano que el general le presentaba; no, que esta vez pido para mí ese mérito; pero ya me lo habeis celebrado, y en verdad que me avergüenzo de que tanto lo recordeis. Hacedme, señora baronesa, el honor de presentarme á vuestra hija.

—¡Oh! ya estais presentado, al menos de nombre, pues hace dos ó tres dias que solo de vos hablamos.—Eugenia, prosiguió la baronesa volviéndose á su hija, este caballero es el señor conde de Monte-Cristo.

El conde se inclinó.

La señorita de Danglars hizo un leve movimiento de cabeza.

—La jóven que os acompaña es admirablemente hermosa, señor conde, dijo Eugenia. ¿Es hija vuestra?

—No, señorita, respondió Monte-Cristo admirado de

aquella ingenuidad ó de aquel admirable aplomo: es una pobre griega que está bajo de mi tutela.

—¿Y se llama?...

—Haydée, respondió Monte-Cristo.

—¡Una griega! murmuró el conde de Morcef.

—Sí, conde, contestó Madama Danglars; ¿y decidme si en la corte de Alí-Tebelin, donde tan gloriosamente habeis servido, vísteis nunca un traje tan rico como el que lleva?

con los ojos, distinguió su cabeza pálida destacándose junto á la de Morcef.

Esto produjo en la jóven el efecto de la cabeza de Medusa.

Inclinóse un tanto hácia adelante como para devorarlos á los dos con una mirada, y casi al mismo tiempo se echó hácia atrás lanzando un grito, que aunque débil, lo oyeron las personas que estaban mas cercanas.

Alí abrió la puerta en seguida.



—¡Ah! venid, venid, señor conde...

—¡Ah! dijo Monte-Cristo. ¿Habeis militado en Janina, señor conde?

—He sido general inspector de las tropas del pachá, respondió Morcef, y mi modesta fortuna es hija de la generosidad del ilustre albanés; no lo oculto.

—Miradla pues, insistió Madama Danglars.

—¿Dónde, balbuceó Morcef?

—Mirad, dijo Monte-Cristo.

Y echando al conde el brazo al cuello sacó con él la cabeza fuera del palco.

En este momento Haydée, que buscaba al conde

—¡Calle! dijo Eugenia, ¿qué le acaba de pasar á vuestra pupila, señor conde? No parece sino que se haya puesto mala.

—Es verdad, respondió el conde; pero no os asusteis, señorita. Haydée es muy nerviosa, y por consiguiente muy sensible á los olores. Un perfume antipático basta para trastornarla; pero tengo aquí el remedio, añadió sacando un pomo de su bolsillo.

Y despues de saludar á la baronesa y á su hija, y de cruzar un apreton de manos con el conde y con Debray, salió del palco de Madama Danglars.

Cuando entró en el suyo aun estaba pálida Haydée, que al verle le cojió la mano.

El conde advirtió que las de la jóven estaban húmedas y heladas á par.

—¿Con quién hablabas allí, señor? le preguntó.

—Con el conde de Morcef, respondió Monte-Cristo: ha estado al servicio de tu ilustre padre, y confiesa deberle su fortuna.

—¡Miserable! esclamó la jóven; él fué el que le vendió á los turcos, y esa fortuna es el precio de su traicion. ¿No sabias tú esto ya, señor de mi alma?

—En Epiro oí contar algo de esa historia, dijo Monte-Cristo; pero ignoraba los detalles. Ven, hija mia, y me los dirás, que deben de ser curiosos.

—¡Oh, sí, vámonos, vámonos! Me parece que si siguiera viéndole cara á cara me moriria.

Y levantándose apresuradamente, se embozó en su albornoz de cachemira bordado de perlas, y salió del palco en el mismo momento en que se alzaba el telon.

—Ese hombre no hace nada como los demás hombres, dijo á Alberto la condesa de G... Mirad, oye religiosamente el tercer acto del *Roberto*, y se va cuando principia el cuarto.

CAPITULO XV.

ALZA Y BAJA.

Dias adelante vino Alberto de Morcef á hacer al conde una visita en su casa de los Campos Elíseos, convertida ya en palacio, como, gracias á su fortuna, hacia el conde con todas sus casas.



—¡Oh, sí, vámonos, vámonos! Me parece que si siguiera viéndole cara á cara me moriria.

Venia pues á renovarle las espresiones de gratitud de Madama Danglars, aunque ya habia el conde recibido una carta sobre el mismo asunto, firmada por Herminia de Servieux, baronesa de Danglars.

Acompañaba á Alberto Luciano Debray, que unió á las protestas de su amigo otras protestas, que si bien no eran oficiales de todo en todo, el conde que tenia tanta perspicacia no puso en duda su orígen.

Tambien se figuró que Luciano venia á verle á impulsos de un doble sentimiento de curiosidad, y que

esta curiosidad emanaba de la calle de la Chaussée-d'Antin.

Con efecto, podia el conde sospechar sin temor de engañarse mucho, que imposibilitada Madama Danglars de ver por sus mismos ojos la casa de un hombre que regalaba caballos de treinta mil francos, y que iba á la ópera con una esclava griega cargada con un millon en diamantes, habia comisionado á los ojos por donde acostumbraba ver para que le diesen algunos detalles sobre aquella casa.

Pero el conde no dejó entender que supusiera la menor correlacion entre la visita de Luciano y la curiosidad de la baronesa.

—¿Estais en relaciones muy íntimas con el baron Danglars? preguntó á Alberto.

—Sí, señor conde. ¿No recordais lo que os tengo dicho?

—¿Pero eso sigue?

—Como nunca, añadió Luciano. Es negocio concluido.

Y creyendo sin duda que esta palabra terciada en la conversacion le daba derecho para permanecer estraño á ella, calóse los lentes, y mordiendo el puño de oro de su baston, se puso á dar vueltas por la estancia, examinando las armas y los cuadros.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, á juzgar por las palabras que os oí, no sospechaba yo que eso se resolviera tan pronto.

—¿Qué quereis? las cosas marchan sin que uno se aperciba de ello, y cuando quiere volverse atrás ya tiene andado la mitad del camino. Mi padre y M. Danglars han servido juntos en España, mi padre en el ejército, y M. Danglars en la administracion. Allí fué donde mi padre, arruinado por la revolucion, y M. Danglars que nunca habia tenido bienes de fortuna, echaron los cimientos, mi padre á la suya política y militar que es muy notable, y M. Danglars á la suya bursátil y política, que es sorprendente.

—Sí, con efecto, dijo Monte-Cristo, creo que M. Danglars me habló de eso en la visita que le hice. ¿Y Eugenia? añadió lanzando una mirada á Luciano que ojeaba un album, ¿es bonita? pues creo recordar que se llama Eugenia.

—Muy bonita, ó por mejor decir muy bella, respondió Alberto; pero de una belleza que yo no sé apreciar. ¡Soy un pobre hombre!

—Hablais ya de ella como si estuviéseis casado.

—¡Oh! esclamó Alberto, mirando tambien en torno suyo para ver lo que Luciano hacia.

—¿Sabeis lo que se me antoja? dijo Monte-Cristo bajando la voz; se me antoja que no os entusiasma este enlace.

—La señorita de Danglars es demasiado rica para mí. Esto me asusta.

—¡Buena razon! dijo Monte-Cristo. ¿No sois vos rico tambien?

—Mi padre tiene unas cincuenta mil libras de renta sobre poco mas ó menos, y quizás me dará diez ó doce mil cuando me case.

—Es fortuna modesta, en particular para París, dijo el conde; pero todo en el mundo no es el dinero; y algo valen tambien un buen nombre y una elevada posicion. Vuestro nombre es célebre, vuestra posicion magnífica, y además el conde de Morcef es soldado, y el mundo gusta de ver unidas la integridad de Bayardo y la pobreza de Duguesclin. El desinterés es el sol mas hermoso que puede brillar en una espada noble. Por mi parte creo este matrimonio acertadísimo. La señorita Eugenia os enriquecerá, y vos la ennobleceréis.

Alberto meneó la cabeza, quedándose pensativo.

—Hay otra cosa, añadió.

—Confieso, repuso Monte-Cristo, que me cuesta trabajo el comprender tanta repugnancia hácia una jóven rica y hermosa.

—¡Oh! dijo Morcef, esta repugnancia, si hay tal repugnancia, no nace toda de mí.

—¿Pues de quién nace? Me habeis dicho que vuestro padre deseaba este matrimonio.

—De mi madre; y mi madre es la misma prudencia y la misma perspicacia. Sabed que esta union no la hace sonreir... tiene á los Danglars no sé qué prevencion...

—¡Oh! dijo el conde en tono algo forzado; eso se concibe muy bien. La señora condesa de Morcef, tan distinguida, tan aristocrática, de tan buen tono, se resiste á estrechar una mano plebeya y basta... es muy natural.

—No sé si será eso, respondió Alberto; pero lo que sé es que me parece que este matrimonio, si se lleva á efecto, la hará desgraciada. Ya deberíamos de habernos reunido há seis semanas para tratar estos asuntos; pero me asaltó una jaqueca...

—¿Verdadera? dijo el conde sonriéndose.

—¡Oh! y tan verdadera!.. sin duda el miedo... que se dilató la entrevista dos meses. Ya comprendereis que por ninguna razon tenemos prisa. Yo no he cumplido veintiun años todavía, y Eugenia solo tiene diez y siete; pero el nuevo plazo espira la semana próxima. Será preciso hacer algo. No podeis figuraros, mi querido conde, cuán apurado me veo... ¡Ah! ¡qué feliz sois con ser libre!

—Pues sedlo vos tambien. ¿Quién os lo impide?

—¡Oh! seria para mi padre un contratiempo muy sensible que no me casase yo con la hija de Danglars.

—Pues casaos, repuso el conde con un ademan de hombros muy estraño.

—Sí, dijo Morcef; pero seria para mi madre, no contratiempo, sino dolor.

—Entonces no os caseis, dijo el conde.

—Ya veré... ya pensaré... vos me aconsejareis, ¿no es verdad? Sacadme de este apuro si está en vuestra mano. ¡Oh! por no dar pesares á mi escelente madre hasta creo que reñiria con el conde.

Monte-Cristo volvió la cabeza.

Parecia conmovido.

—¡Eh! gritó á Debray que se habia sentado en un sillon al otro estremo de la sala con un lápiz en una mano y una cartera en la otra. ¡Eh! ¿qué haceis? ¿una copia del Pussino?

—¡Yo una copia! respondió tranquilamente el jóven. Soy harto amante de la pintura para eso. No señor, hago todo lo contrario; hago números.

—¿Números?

—Calculo—y esto os atañe á vos, vizconde, aunque por tabla,—calculo lo que la casa de Danglars ha ganado con la última alza de Haiti. De doscientos seis el papel subió en tres dias á cuatrocientos nueve, y el prudente banquero habia hecho mucho acopio á doscientos seis. Ha debido ganar trescientas mil libras.

—Ese no es su mejor golpe de fortuna, dijo Morcef. ¿No ha ganado un millon este año con el papel de España?

—Oid, querido mio, dijo Debray; el señor conde de Monte-Cristo que es italiano os dirá:

Danaro e santia
Metà della metà (1).

Y aun es mucho. Conque así, cuando oigo cosas por el estilo, me encojo de hombros.

—¿Pero no habeis dicho que en lo de Haiti... añadió Monte-Cristo.

—¡Oh! Haiti es otra cosa: Haiti es el ecarté del agiotaje francés. Hay quien juega al whist, al entre-cinco y al boston; pero todos se cansan al fin y vuelven al ecarté. M. Danglars ha vendido ayer á cua-


(1) De dinero y santidad
la mitad de la mitad.

trocientos seis y ha ganado trescientos mil francos: si espera á vender hoy, que han vuelto á bajar los fondos á doscientos cinco, en vez de ganar trescientos mil francos, hubiera perdido veinte ó veinticinco mil.

—¿Y por qué han bajado los fondos de cuatrocientos nueve á doscientos seis? preguntó el conde de Monte-Cristo. Suplícoos que dispenseis mi ignorancia en estas cosas bursátiles.

—Porque las noticias se suceden unas á otras, y no se parecen unas á otras, respondió Alberto sonriéndose.

—¡Diablo! esclamó el conde. ¡M. Danglars juega á ganar ó perder trescientos mil francos en un solo dia! Debe ser enormemente rico.

—No es él quien juega, esclamó Luciano vivamente; es Madama Danglars, muger verdaderamente intrépida.

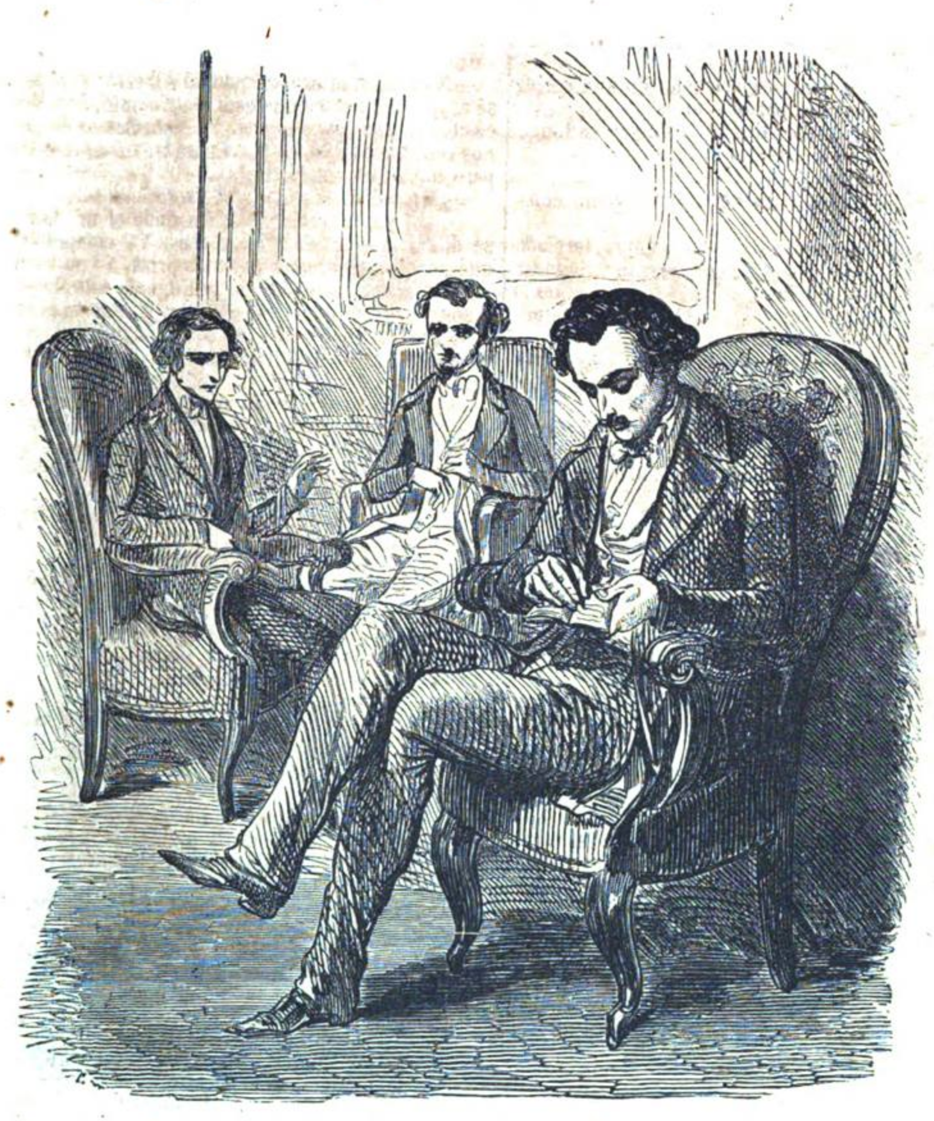
—Pero vos, Luciano, que sois razonable, y que conoceis la instabilidad de las noticias, vos que estais en la fuente de ellas, deberíais de impedírselo, dijo Morcef sonriéndose.

—¿Y cómo, cuando no puede lograrlo su mismo marido? le preguntó Debray. Ya conoceis el carácter de la baronesa. De nadie se deja influir, y hace siempre lo que le da la gana.

—¡Oh! ¡si yo estuviera en lugar vuestro! dijo Morcef.

—¿Qué haríais?

—La curaria radicalmente haciendo un favor á su futuro yerno.



Monte-Cristo volvió la cabeza.—Parecia conmovido.

—¿Cómo?

—Es cosa muy sencilla: dándole una leccion.

—¡Una leccion!

—Sí. Vuestra posicion de secretario del ministro os da en esto de noticias gran autoridad. Nunca abrís la boca sin que los corredores de bolsa se apresuren á estereotipar vuestras palabras. Hacedle con dos ó tres golpes perder cincuenta mil francos, y ella se hará precavida.

—No comprendo, balbuceó Luciano.

—Es muy fácil, añadió el jóven con una candidez que nada tenia de afectacion. Dadle el mejor dia una

noticia magnífica, un despacho telegráfico que vos solo podais saber... v. gr.—que ayer han visto á Enrique IV en casa de Gabriela.—Esto hará subir los fondos. Hará ella su jugada, y de seguro perderá cuando Beauchamp escriba en su periódico al dia siguiente:

«Se equivocan los que, suponiéndose bien infor»mados, aseguran que ayer se vió al rey Enrique IV »en casa de Gabriela. Esta noticia es completamente »inexacta. El rey Enrique IV no ha abandonado el »puente Nuevo.»

Luciano se echó á reir, pero forzadamente.

Aunque indiferente en apariencia, Monte-Cristo no habia perdido una sola palabra de esta conversacion, y su mirada escrutadora habia creido leer un secreto en el embarazo del secretario íntimo del ministro.

De este embarazo de Luciano, completamente inadvertido de Morcef, resultó que abreviase aquel su visita.

Era indudable que se hallaba mal allí.

Al acompañarle el conde á la puerta le dijo al oido algunas palabras, y él contestó:

—Bien, señor conde: acepto con mucho gusto.

Monte-Cristo volvió á reunirse con Alberto.

—Pensándolo bien, le dijo, ¿no creeis haber hecho mal en hablar así de vuestra futura suegra delante de Debray?

—Poco á poco, señor conde. No digais suegra todavía.

—¿La condesa se opone al matrimonio? ¿De veras? ¿No exagerais?

—Tanto que Madama Danglars va muy raras veces á mi casa, y que mi madre quizas no habrá ido dos veces á la suya.

—Entonces me atrevo á abriros mi corazon. Mr. Danglars es mi banquero. Mr. de Villefort me ha colmado de atenciones en premio del servicio que una dichosa casualidad me proporcionó el hacerle. En todo esto se deja entrever una lluvia de convites y comidas; con que por no imitarlos y hasta por tener el mérito de tomarles la delantera, proyecto reunir en mi casa de campo de Auteuil á M. y Madama Danglars y M. y Madama de Villefort. Si os invito á esta comida á vos y al conde y la condesa de Morcef, no habrá alguno que lo tome por una especie de entrevista matrimonial, ó á lo menos no lo juzgará así la señora condesa de Morcef, sobre todo si M. Danglars me hace el honor de venir acompañado de su hija? Entonces me cobrará ódio vuestra madre, lo que de ningun modo deseo, sino todo lo contrario, y suplícoos que se lo digais así siempre que se os presente ocasion.

—Agradézcoos, conde, á fé mia, dijo Morcef, el que me hableis con tanta franqueza, y acepto la esclusion que me proponeis. Decís que deseais ardientemente estar en buen predicamento con mi madre: pues ya lo habeis conseguido.

—¿Lo creeis así? le preguntó con interés Monte-Cristo.

—¡Oh! estoy seguro. Después que os separásteis el otro dia de nosotros, estuvimos mas de una hora hablando de vos; pero volvamos á nuestro asunto. Os aseguro que si mi madre supiera que la guardais esta atencion—y yo me atreveré á decírselo—os quedaria agradecidísima .. Bien que mi padre á su vez se pondria furioso.

El conde se echó á reir.

—Pues tomad precauciones, dijo á Morcef; pero ahora caigo en que no solo vuestro padre se pondrá furioso, sino que M. Danglars y su muger van á tenerme por un hombre grosero. Saben que nos vemos con cierta frecuencia, saben que sois el amigo mas antiguo que tengo en París, y no encontrándoos en mi casa me preguntarán el por qué no os he convidado. Siquiera inventad de antemano una disculpa que yo pueda darles, disculpa que tenga cierto aire de verdad, y que me la anuncieis en cuatro letras. Ya sabeis que solo los escritos hacen fé para los banqueros.

—Mas que eso haré, señor conde, respondió Morcef. Mi madre quiere ir á respirar los aires del mar. ¿Para qué dia aplazais vuestro convite?

—Para el sábado.

—Hoy es martes. Partiremos mañana á la noche, y pasado mañana temprano estaremos en Treport. ¿Sabeis, señor conde, que pocos hombres saben como vos proporcionar á cada uno lo que le conviene?

—¡Yo! me apreciais en mas de lo que valgo. Deseo simplemente daros gusto.

—¿Qué dia repartireis las esquelas?

—Hoy mismo.

—Bien. Corro á casa de Mr. Danglars á anunciarle que mañana salimos de París mi madre y yo. Como diré que no os he visto, ignoro absolutamente lo de vuestro convite.

—¡Loco que sois! ¿No acaba de veros aquí M. Debray?

—¡Ah! teneis razon.

—Decid por el contrario que os convidé sin ceremonia; pero que me habeis respondido que no podríais asistir por tener que marchar á Treport.

—Negocio concluido. ¿Y vos no ireis á ver á mi madre antes de mañana?

—Antes de mañana es difícil. Además os molestaría. Con los preparativos del viaje...

—Pues haced otra cosa; y ya no seriais un hombre escelente, sino divino.

—¿Qué haré para esa divinidad?

—¿Qué hareis?

—Sí. Deseo saberlo.

—Hoy sois libre como el aire, venid á comer conmigo. Estaremos en familia vos, mi madre y yo. Apenas habeis visto á mi madre, con que la juzgareis mas de cerca. Es muger notabilísima, tanto que solo una cosa siento, y es que no haya en el mundo otra muger igual con veinte años menos, que yo os juro que bien pronto habria condesa y vizcondesa de Morcef. A mi padre no le vereis, porque hoy no come en casa; con que venid. Hablaremos de viajes. Vos que habeis corrido el mundo entero nos contareis vuestras aventuras, y además la historia de la hermosa griega que fué con vos á la ópera la otra noche, y á la cual tratais como una princesa, aunque decís que es vuestra esclava. Solo hablaremos italiano y español. Con que vamos, ¿aceptais? mi madre os lo agradecerá.

—Mil gracias, respondió el conde. Tentador es el convite y siento no poder aceptarlo; pero no soy libre como creeis, que tengo una cita muy importante.

—¡Ah! tened en cuenta que acabais de enseñarme ahora mismo cómo en esto de convites se sale de apuros y compromisos. Necesito una prueba. Por fortuna no soy banquero como M. Danglars; pero sí mas incrédulo que él, os lo declaro.

—Voy á dárosla, dijo el conde.

Y tiró de la campanilla.

—¡Hum! refunfuñó Morcef. Con esta son dos veces que os negais á comer con mi madre. ¿Es cosa resuelta, conde?

Monte-Cristo se estremeció.

—¡Oh! no lo creais, le dijo; pero ya viene aquí mi prueba.

Bautista apareció quedándose en el dintel de la puerta.

—Yo no estaba prevenido de vuestra visita, ¿no es verdad?

—¡Cáspita! sois un hombre tan estraordinario que no lo aseguraria.

—¿Pero al menos no podria sospechar que me convidárais á comer?

—Es probable.

—Pues bien.—Oid, Bautista. ¿Qué os dije esta mañana cuando os llamé á mi despacho?

—Que al dar las cinco cerrara la puerta á todo el mundo, respondió el criado.

—¿Y qué mas?

—¡Oh! señor conde... murmuró Alberto.

—No, no, quiero absolutamente destruir esa reputacion misteriosa que me habeis formado, querido vizconde. Es muy difícil hacer eternamente el papel de Manfredo. Quiero vivir en un fanal, que todo el mundo me vea.—Proseguid, Bautista.

—Además, que solo recibiese al mayor Bartolomé Cavalcanti y su hijo.

—Ya lo oís: al mayor Bartolomé Cavalcanti, hombre de la nobleza mas antigua de Italia, tanto que el Dante fué su coronista... Ya recordareis ó no recordareis... en el décimo canto del *Infierno*... Además su hijo, escelente jóven de vuestra edad con corta diferencia, vizconde como vos, que hace su entrada en el mundo con los millones de su padre. El mayor me va á presentar esta tarde á su hijo Andrea, el contino, como decimos los italianos. Si tiene algun mérito le protegeré.... vos me ayudareis; ¿no es verdad?

—Sin duda. ¿Es algun antiguo amigo vuestro ese mayor Cavalcanti? le preguntó Alberto.

—No tal. Es un señor de muchas campanillas, muy político, muy modesto, muy mirado. En Italia hay muchos así: descendientes muy descendidos de las familias antiguas. Le he visto muchas veces ya en Florencia, ya en Bolonia, ya en Luca, y me ha dado parte de su venida. Las amistades de viaje son exigentes, que en todas partes reclaman de uno la afeccion que por casualidad les ha demostrado, como si el hombre civilizado que sabe pasar una hora con el primero que se le presenta, no tuviera siempre su mundo propio. Este buen Cavalcanti quiere volver á ver París, que solo lo vió de paso en tiempo del Imperio cuando iba á helarse á Moscow. Le daré una buena comida; me dejará aquí su hijo: le ofreceré vigilar su conducta: le dejaré hacer cuantas locuras quiera, y estamos en paz.



El mayor Cavalcanti.

—A las mil maravillas, dijo Alberto. Ya veo que

sois un Mentor inapreciable.—Adios pues. El domingo estaremos de vuelta.—A propósito... he recibido noticias de Franz.

—¡Ah! ¿de veras? dijo Monte-Cristo. ¿Le sigue gustando Italia?

—Creo que sí; pero os echa de menos. Dice que erais el sol de Roma, que sin vos está nublada. No sé; pero hasta me parece que dice que llueve.

—¿De veras?

—Como yo con la señorita de Danglars, repuso Alberto sonriéndose.

—¿Os reis?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me parece ver en él tantos deseos de casarse como en mí; pero en verdad, conde, que hablamos de las mugeres como las mugeres hablan de los hombres; y esto es imperdonable.

Andrea Cavalcanti.

—¿Vuelve á pensar mal de mí?

—Al contrario. Os cree fantástico en sumo grado, y por eso os echa de menos.

—¡Jóven apreciabilísimo! dijo Monte-Cristo. Me es vivamente simpático desde que le ví un dia buscando una comida cualquiera, y quiso aceptar la mia. ¿No es hijo del general d'Epinay?

—Sí.

—¿De aquel que fué asesinado en 1815?

—Por los bonapartistas.

—Justamente. ¡Cuánto le quiero! ¿No hay tambien con él cierto proyecto matrimonial?...

—Sí señor. Debe casarse con la señorita de Villefort.

Alberto se puso en pié.

—¿Os vais?

—¡Vaya una pregunta! Hace dos horas que os estoy molestando, ¡y teneis la cortesía de preguntarme aun si me voy! En verdad, conde, que sois todo un politicon. ¡Pues y vuestros criados! ¡Sobre todos el señor Bautista! Nunca he podido tener uno que se le parezca. No parece sino que todos los mios aprenden á ser criados en el Teatro francés, y justamente porque solo tienen que decir una palabra, vienen á decirla junto á la concha del apuntador. Con que si despedís á Bautista, tenedme presente.



—Hecho, vizconde.

—Esto no es todo: esperad. Espresiones mias á ese discreto Cavalcanti, vástago de los Cavalcantí; y si por casualidad proyectare casar á su hijo, buscadle una muger muy rica, muy noble —á lo menos por parte de madre,— y muy baronesa por parte de padre. Yo os ayudaré.

—¡Oh! ¡oh! repuso Monte-Cristo, ¿decís eso de corazon?

—Bien, señor, respondió.

—Necesito de vos, prosiguió el conde, para que todo lo prepareis á mi modo. La casa es muy hermosa, ó puede serlo.

—Seria preciso restaurarla toda, señor conde, porque el mueblaje está ya anticuado.

—Reponedlo todo, escepto el de la alcoba de damasco encarnado, que á esta no la tocareis absolutamente.



La casa de Auteuil.

—Sí.

—¡Cuidado! que el diablo las carga.

—¡Ah, conde! esclamó Alberto, ¡qué servicio me hariais! os querria cien veces mas si por vuestra mediacion siguiese soltero... siquiera diez años.

—Todo es posible, respondió Monte-Cristo gravemente.

Y despidiendo hasta la puerta á Alberto, volvió á su cuarto y dió tres golpes en el timbre.

Bertuccio entró en seguida.

—Señor Bertuccio, le dijo, ya sabeis que el sábado recibo en mi casa de Auteuil.

Bertuccio tembló imperceptiblemente.

Bertuccio se inclinó.

—Tampoco tocareis al jardin; pero del patio haced lo que os dé la gana. Hasta me agradará que quede desconocido.

—Haré cuanto pueda por contentar al señor conde. Sin embargo, mas tranquilo estaria si el señor conde quisiera decirme sus deseos en lo tocante á la comida.

—En verdad, mi querido señor Bertuccio, que desde que estais en Paris os vais alelando y acoquinando. ¿No me conoceis ya?

—Pero si vuestra escelencia me dijese á quién recibe ..

—No lo sé todavía, y tampoco vos necesitais saberlo. Lúculo come en casa de Lúculo.

Bertuccio se inclinó y salió de la estancia.

CAPITULO XVI.

EL MAYOR CAVALCANTI.

Ni el conde ni Bautista mintieron al anunciar á Morcef la visita del mayor italiano, que sirvió á Monte-Cristo de pretesto para rehusar su convite.

Acababan de dar las siete, y hacia ya dos horas que Bertuccio habia marchado á Auteuil en cumplimiento de las órdenes de su amo, cuando paró un fiacre á la puerta de la casa, escapándose acto continuo como vergonzoso, y dejando en el peristilo á un hombre de cerca de cincuenta y dos años, vestido con un gaban bordado de trencilla negra, uno de esos gabanes que segun parece no dejarán de gastarse nunca en Europa.

Un ancho pantalon de paño azul, unas botas en buen uso, aunque no muy limpias, guantes de ante, sombrero un tanto parecido al de los gendarmes, y un corbatin negro con ribete blanco que parecia una cadena; tal era el pintoresco trage de la persona que llegó al núm. 30 del camino de los Campos Elíseos preguntando por el conde de Monte-Cristo, y que como recibiese una respuesta afirmativa, entró y le dirigió á la antesala cerrando tras sí la puerta.

Su cabeza chica y angulosa, sus cabellos entrecanos, y su bigote espeso y rojo hicieron que Bautista le reconociese; pues de antemano sabia sus señas y estaba esperándole.



Bautista.

Con que apenas pronunció su nombre, cuando Monte-Cristo tuvo noticia de su llegada.

Introdujeron á la visita en el salon adornado con mas sencillez.

El conde, que ya estaba allí, le salió al encuentro con aire afable.

—¡Ah caballero! le dijo, bien venido seais: ya os esperaba.

—¿De veras me esperaba vuestra escelencia? le preguntó el italiano.

—Sí, tenia ya aviso de que llegaríais hoy á las siete.

—¡Llegaria! ¿Y teniais aviso?
—Sí señor.
—¡Ah! tanto mejor. Confieso que temia hubiesen descuidado esa precaucion.
—¿Cuál?
—La de avisaros.
—¡Oh! no.
—¿Pero estais seguro de no equivocaros?
—¡Vaya!
—¿Soy yo la persona que esperaba á las siete vuestra escelencia?
—Vos mismo. Cerciorémonos sin embargo.
—¡Oh! si me esperábais efectivamente, no vale la pena, dijo el italiano.
—¡Sí tal! ¡sí tal! respondió Monte-Cristo.
El italiano dió muestras de algun sobresalto.
—Veamos, dijo Monte-Cristo, ¿no sois el marqués Bartolomé Cavalcanti?
—Bartolomé Cavalcanti... eso es, repitió alegre el italiano.
—¿Mayor al servicio del Austria?
—¿Yo era mayor? le preguntó tímidamente el veterano.
—Sí, mayor, respondió Monte-Cristo. Es el nombre que se da en Francia al grado que teníais en Italia.
—Bueno, yo no lo pregunto sino por... ya comprendereis...
—Además, no venís á verme de motu propio... repuso Monte-Cristo.
—¡Oh! es cierto.
—Os recomienda uno...
—Sí.
—El escelente abate Busoni.
—Eso es, esclamó el mayor con alegría.
—Y traeis una carta...
—Tomadla.
—¡Pardiez! bien decia yo. Dadme acá.
Y abriendo la carta Monte-Cristo se puso á leerla.
El mayor le miraba con ojos espantados, que aunque tal vez los dirigia á examinar los muebles de la habitacion, tornaban infaliblemente á fijarse en su propietario.
—Está bien... ¡querido abate!...

»...el mayor Cavalcanti, digno patricio de Luca, »descendiente de los Cavalcanti de Florencia... prosi»guió leyendo Monte-Cristo. Tiene medio millon de »renta.»

El conde alzó los ojos del papel para saludar á su interlocutor.
—¡Medio millon! ¡Cáspita, señor Cavalcanti!
—¿Tengo medio millon?... preguntó el italiano.
—Aquí está escrito y debe de ser verdad, porque el abate Busoni conoce mas á fondo que nadie todos los grandes caudales de Europa.
—Sea medio millon, repuso el italiano; pero os aseguro que no creí que ascendiese á tanto.
—Porque teneis un ladron por mayordomo. ¡Cómo ha de ser, querido Cavalcanti! hay que tolerarlos...
—Acabais de iluminarme, añadió el italiano gravemente; le echaré á la calle.
Monte-Cristo continuó:

»...solo una cosa le faltaba para ser feliz.»

—¡Ay! sí, dijo el mayor exhalando un suspiro.

»...volver á encontrar un hijo querido...»

—¿Un hijo querido?

»...que en su juventud le robaron unos gitanos, ó »mas bien algun enemigo de su noble familia.»

—¡De cinco años, caballero! esclamó el mayor alzando los ojos al cielo con un profundo suspiro.
—¡Pobre padre! dijo Monte-Cristo.
Y prosiguió:

»...le devuelvo la esperanza, le devuelvo la vida, »señor conde, anunciándole que vos podreis hacer que »encuentre á ese hijo que busca en valde há quince »años.»

El italiano miró á Monte-Cristo con indefinible espresion de inquietud.
—Sí que puedo, murmuró el conde.
El mayor se serenó.
—¡Ah, ah! dijo, ¿con que era la carta verdadera en todo?
—¿Lo habeis podido dudar, querido Cavalcanti?
—¡Nunca! ¿Cómo pues? un hombre grave, un hombre revestido de carácter sagrado como el abate Busoni, habia de permitirse chanza semejante! Pero no lo habeis leido todo, escelencia.
—Es verdad, contestó Monte-Cristo; hay una postdata.
—Sí... repitió el italiano... hay una... postdata.

»Por no ocasionar á Cavalcanti el trastorno de re»cojer de su banquero fondos, le envio un billete de »dos mil francos para el viaje, y contra vos una letra »de cuarenta y ocho mil que aun me debeis.»

Vivamente ansioso el mayor, seguia con la vista los renglones de esta postdata.
—¡Bueno! se contentó con decir el conde.
—Ha dicho ¡bueno! murmuró el italiano. Con que, caballero... repuso.
—Con que... le preguntó Monte-Cristo.
—¿Con que la postdata?...
—La postdata...
—¿La acojeis tan favorablemente como el resto de la carta?
—¡Pues no! El abate Busoni y yo tenemos cuentas pendientes; no sé á punto fijo si lo que le debo son cuarenta y ocho mil libras; pero entre nosotros no se repara en miserias. ¡Ah! ¿tanta importancia dábais á esta postdata, querido señor Cavalcanti?
—Debo de confesaros, respondió el mayor, que como confiaba en la firma del abate Busoni, no me he provisto de fondos; de manera que á faltarme este recurso me hubiera visto muy apurado en París.
—Pero ¿un hombre como vos puede verse apurado en alguna parte? le preguntó Monte-Cristo. Vamos, vamos.
—No conociendo á nadie... murmuró el italiano.
—Pero os conocen á vos.
—¡Ah! sí, me conocen. De modo que...
—Acabad, querido Cavalcanti.
—De modo que me entregareis esas cuarenta y ocho mil libras.
—En cuanto me las pidais.
El mayor abrió unos ojos tamaños.
—Pero sentaos, le dijo Monte-Cristo; en verdad que no sé lo que me hago. Os tengo hace un cuarto de hora de pié.
—No os tomeis esa molestia.
El mayor acercó un silton y sentóse.
—¿Quereis tomar algo? le dijo el conde. ¿Un vaso de Jerez, de Oporto, de Alicante?
—De Alicante, puesto que me lo brindais. Es mi vino predilecto.
—Y el que yo tengo, superior. Con un bizcocho, ¿no es verdad?
—Con un bizcocho, puesto que me obligais.
Bautista apareció llamado por Monte-Cristo.
Este le salió al encuentro.
—¿Qué hay? le preguntó en voz baja.
—Ahí está el jóven, respondió el criado en el mismo tono.
—Bien. ¿Adónde le habeis llevado?
—Al salon azul, como ordenó su escelencia.
—Perfectamente. Traed vino de Alicante y bizcochos.

Bautista se fué.

—En verdad que me confunde causaros tanta molestia, dijo el italiano.

—No tal, respondió Monte-Cristo.

En esto volvió Bautista con vasos, vino y bizcochos.

Llenó un vaso el conde, y en otro echó solamente algunas gotas del licor rubicundo que contenia aquella botella, cubierta de telarañas y de todos los signos que nion, y teníais en fin todos los elementos de felicidad que un hombre puede tener?

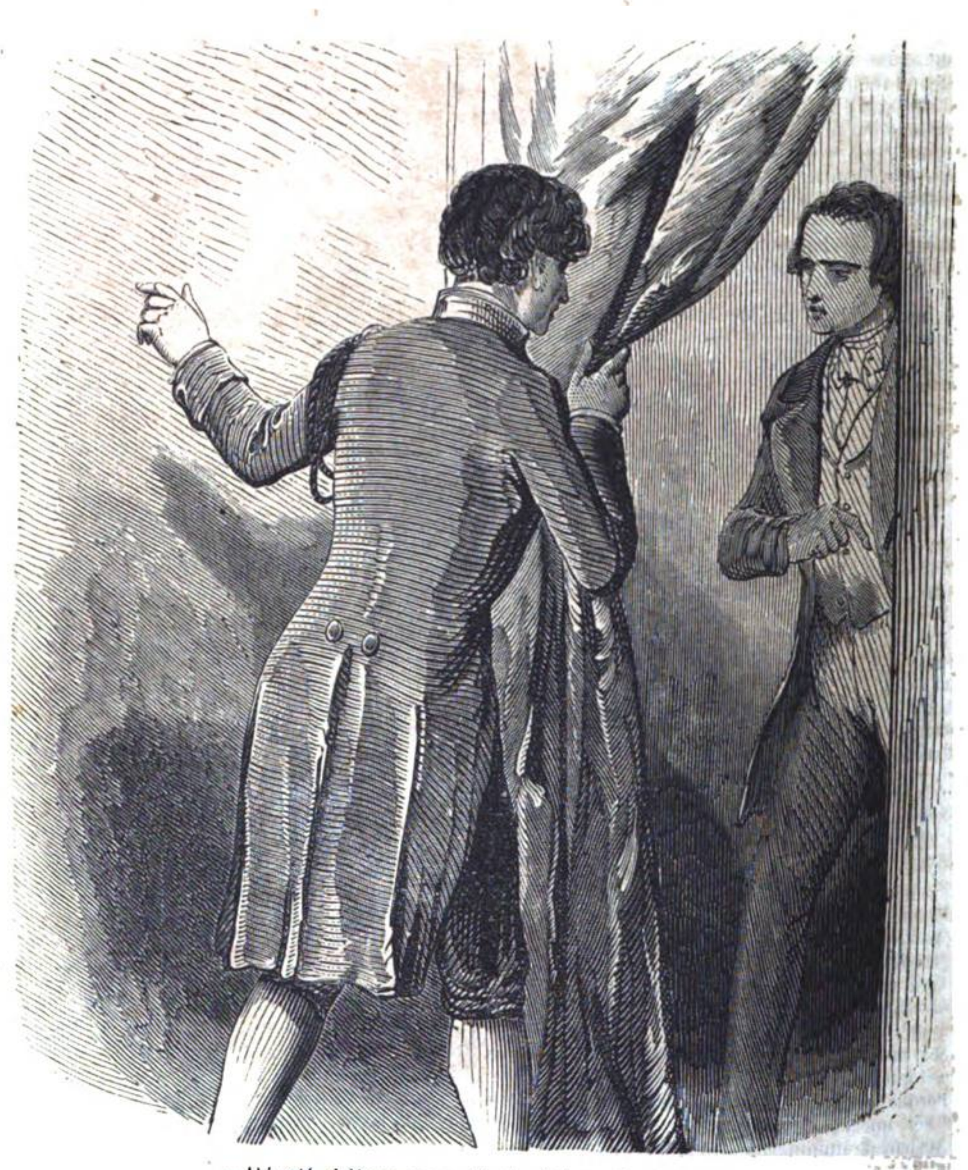
—Todos, escelencia, todos absolutamente, dijo el mayor tragándose un bizcocho.

—¿Y solo una cosa os faltaba?

—Una sola, respondió el italiano.

—¿Encontrar á vuesto hijo?

—¡Ah! murmuró el mayor tomando otro bizcocho. Era una falta grande.



—Ahí está el jóven, respondió el criado en el mismo tono.

pregonan la vejez del vino con mas seguridad que las arrugas la del hombre.

El mayor no vaciló en la eleccion, tomando el vaso lleno y un bizcocho.

El conde mandó á Bautista que pusiera el plato al alcance de la mano de su interlocutor, que empezó por probar el Alicante con el estremo de los labios, hizo un gesto de satisfaccion, é introdujo delicadamente en el vaso el bizcocho.

—¿Con que viviais en Luca, caballero, le dijo Monte-Cristo, y erais rico y noble, y gozábais de buena opi-

El digno italiano alzó los ojos al cielo procurando suspirar.

—Ahora veamos, mi querido señor Cavalcanti, prosiguió Monte-Cristo, ¿cómo teníais ese hijo tan llorado? Yo sabia que erais soltero.

—Así se creia generalmente, y aun yo mismo...

—Sí, y vos mismo habeis dado alas á ese rumor, añadió el conde. Cierto pecadillo de la juventud, que quereis ocultar...

Enderezóse el italiano, tomó el aire mas grave y mas digno que pudo, bajando los ojos al mismo tiempo,

sea para mayor edificacion, sea para ayudar á su fantasía, todo por supuesto mezclado con miradas de reojo al conde, que con una sonrisa que parecia impresa en sus lábios le demostraba siempre la misma bondadosa curiosidad.

—Sí, caballero, dijo; yo queria ocultar esta falta á los ojos del mundo.

—Pero no por vos, repuso Monte-Cristo, pues á nosotros ni nos quitan ni nos ponen...

—Patricia de Fiesola, señor conde, patricia de Fiesola.

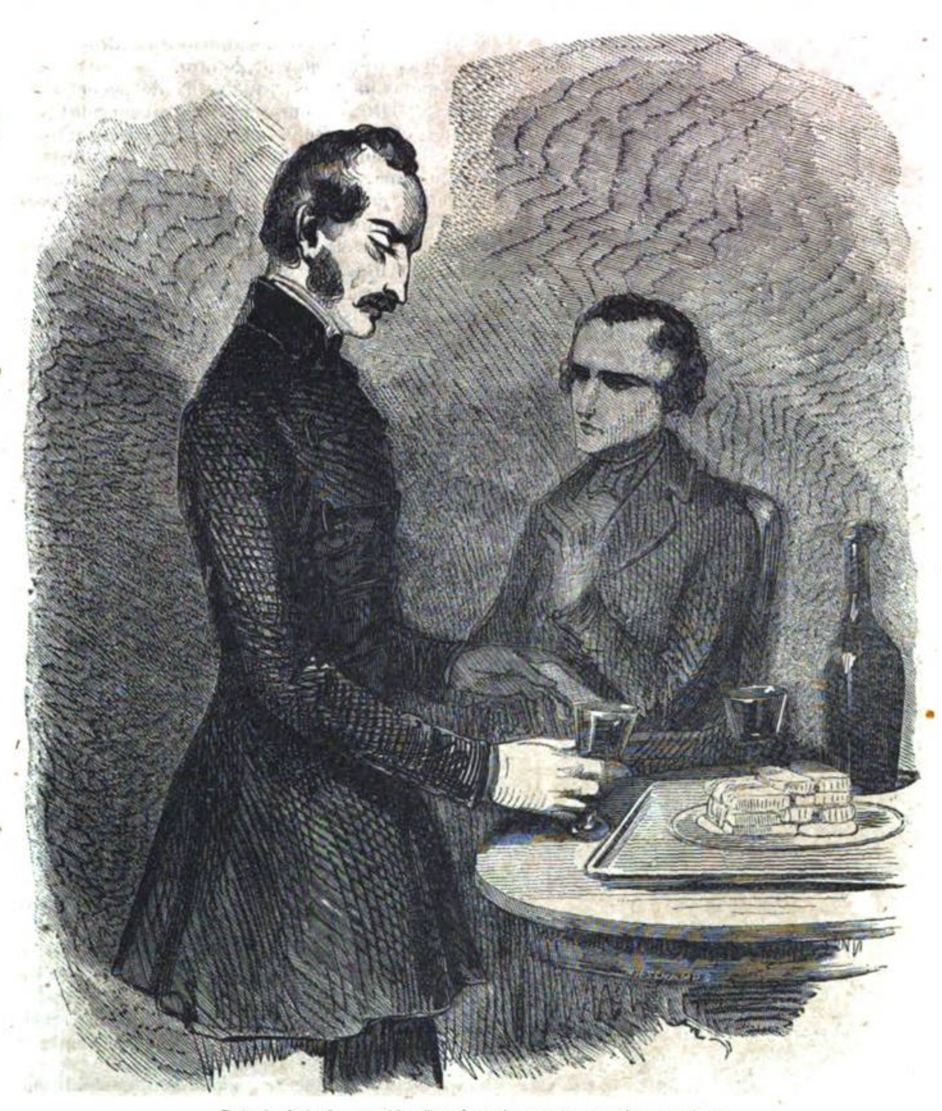
—¿Y que se llamaba...

—¿Deseais saber su nombre?

—¡Oh! repuso Monte-Cristo, es inútil que me lo digais, porque lo sé.

—El señor conde lo sabe todo, dijo el mayor inclinándose.

—¿Oliva Corsinari, no es verdad?



—Bebed, bebed, querido Cavalcanti, que la emocion os ahoga.

—¡Oh! no por mí ciertamente, respondió el mayor bajando la cabeza y sonriéndose.

—Sino por su madre, replicó el conde.

—¡Por su madre! esclamó el italiano cojiendo otro bizcocho. ¡Por su pobre madre!

—Bebed, bebed, querido Cavalcanti, que la emocion os ahoga, dijo Monte-Cristo escanciándole otro vaso de vino.

—¡Por su pobre madre! murmuró el italiano estudiando si con la fuerza de su voluntad podria vencer á la glándula lacrimal y mojar el rabo de su ojo con una lágrima ficticia.

—¿Que pertenecia, segun creo, á una de las primeras familias de Italia?

—Oliva Corsinari.

—¿Marquesa?

—Marquesa.

—¿Y al fin os casásteis, á pesar de la oposicion de su familia?

—¡Oh! sí; al fin nos casamos.

—¿Y traeis todos vuestros papeles en regla? añadió Monte-Cristo.

—¿Qué papeles?

—La partida de casamiento con Oliva Corsinari y la partida de bautismo del niño.

—¿La partida de bautismo del niño?

—Sí, de vuestro hijo Andrea Cavalcanti. ¿No se llama Andrea?

—Creo que sí, respondió el italiano.

—¡Cómo! ¿creeis?...

—¡Diantre! no me atrevo á asegurarlo. ¡Há tanto tiempo que le he perdido!

—Teneis razon, repuso Monte-Cristo. ¿Con que en fin, traeis esos papeles?

—Aunque con pena, os anuncio, señor conde, que como no me habian advertido que los trajese, no los traigo.

—¡Ah diablo! esclamó el conde.

—¿Tan necesarios eran?

—Indispensables.

El mayor se rascó el nacimiento del pelo.

—¡Ah! *per Bacco!* ¡indispensables! dijo.

—Sin duda, por si aquí dudase alguien de la validez de vuestro matrimonio, de la legitimidad de vuestro hijo.

—Teneis razon. Podia haber alguna duda.

—Seria perjudicial al jóven.

—Perjudicialísimo.

—Podria hacer que le fracasara algun enlace magnífico.

—¡*Oh peccato!*

—¡Y en Francia! ya comprendereis que aquí se mira eso mucho. No basta aquí, como en Italia, ir á un sacerdote á decirle:—nos amamos: casadnos.—En Francia hay matrimonio civil, y para casarse civilmente se necesitan documentos que atestigüen la identidad de las personas.

—¡Qué desgracia! ¡no haber traido yo esos papeles!

—Por fortuna yo los tengo, dijo Monte-Cristo.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Los teneis?

—Los tengo.

—¡Ah! sí que es fortuna, repuso el italiano, que por faltarle aquellos papeles creia perdido su viaje, temiendo sobre todo que tambien hubiese con esto algun obstáculo á lo de las cuarenta y ocho mil libras. ¡Ah! sí que es fortuna, sí, porque yo no lo hubiera pensado.

—Uno no piensa en todo; pero por fortuna el abate Busoni ha pensado por vos.

—Es un hombre precavido.

—¡Vaya! ¡mi buen abate!

—Es un hombre sin par, dijo el mayor. Y ¿os los ha enviado?

—Miradlos.

El mayor juntó las manos en muestra de admiracion.

—Os casásteis con Oliva Corsinari en la iglesia de San Pablo de Monte-Cattini: esta es la certificacion del cura.

—Sí, á fé mia, esta es, dijo el mayor mirándola asombrado.

—Y aquí teneis la partida de bautismo de Andrea Cavalcanti, dada por el cura de Saravezza.

—Todo está corriente, dijo el mayor.

—Tomad pues esos papeles, que yo para nada necesito, y dádselos á vuestro hijo, que los guardará como oro en paño.

—Ya lo creo. ¡Si los perdiese...

—Si los perdiese, ¿qué?... respondió Monte-Cristo.

—Si los perdiese, repuso el italiano, habria que escribir allá... y seria para largo el procurarse otros.

—Seria difícil, dijo Monte-Cristo.

—Casi imposible, añadió el italiano.

—Me alegro mucho de que comprendais el valor de esos papeles.

—Es decir que creo que no tienen valor.

—Ahora por lo que mira á la madre del jóven... añadió Monte-Cristo...

—Por lo que mira á la madre del jóven... repitió el mayor con inquietud...

—A la marquesa de Corsinari...

—¡Dios mio! esclamó el mayor, viendo que á cada paso le salia un tropiezo, ¿será que la necesitemos tambien á ella para algo?

—No señor, respondió Monte-Cristo; además ¿ella no ha...

—Sí, sí, repuso el mayor; ella ha...

—Pagado su tributo á la naturaleza...

—¡Ay! sí! añadió al punto el italiano.

—Lo supe, dijo Monte-Cristo: ha muerto hace diez años.

—Y aun lloro su muerte, caballero, dijo el mayor sacando del bolsillo un pañuelo á cuadros y limpiándose primero un ojo y luego otro.

—Somos mortales; ¿qué se ha de hacer? balbuceó Monte-Cristo. Ya comprendereis, mi querido Cavalcanti, que es inútil se sepa en Francia que hace quince años que estais separado de vuestro hijo. Esas historias de gitanos que roban á los niños no alcanzan mucho crédito entre nosotros. Decid que le enviásteis á educarse á un colegio de provincia, y quereis que complete su educacion en el mundo parisiense. Por eso habeis dejado á Via-Reggio, donde viviais desde la muerte de vuestra esposa. Con esto bastará.

—¿Lo creeis así?

—Sí señor.

—Está bien.

—Si se llegára á saber algo de esa separacion...

—¡Ah, sí! ¿Qué diré?...

—Que un preceptor infiel, vendido á los enemigo de vuestra familia...

—¿A los Corsinari?

—Eso es... Habia robado el niño para que vuestro nombre se estinguiese.

—Justo, puesto que es hijo único.

—Bien. Ahora que está todo arreglado, y renovadas vuestras ideas, no os dejarán á descubierto; ¿no sospechais que os preparo una sorpresa?

—¿Agradable? preguntó el italiano.

—¡Ah! dijo Monte-Cristo, ya veo que no se engañan los ojos ni el corazon de un padre.

—¡Hum! refunfuñó el mayor.

—¿Os lo han revelado indiscretamente, ó habeis adivinado que está ahí?

—¿Quién?

—Vuestro hijo, vuestro Andrea.

—Lo he adivinado, respondió el de Luca con la mayor flema del mundo. ¿Con que está aquí?

—Aquí mismo, respondió el conde. Ahora me anunció el ayuda de cámara su llegada.

—¡Ah! muy bien, muy bien, dijo el mayor tirando de las trencillas de su gaban.

—Comprendo vuestra emocion, amigo mio, repuso Monte-Cristo: hay que daros tiempo: quiero tambien preparar al jóven á esta entrevista tan deseada, porque me presumo que él esté no menos impaciente que vos.

—Ya lo creo, dijo Cavalcanti.

—Pues dentro de un cuarto de hora vendremos.

—¿Me le traereis? ¿Llevareis vuestra bondad hasta el punto de presentármele vos mismo?

—No, que estareis solos, señor mayor; no quiero ser obstáculo entre un padre y un hijo; pero tranquilizaos. Aunque callára en vos la voz de la sangre, no podriais equivocaros, pues entrará por esta puerta. Es un hermoso jóven rubio, quizá demasiado rubio, pero muy simpático; ya le vereis.

—A propósito, dijo el mayor, ya sabeis que no he traido mas que los dos mil francos que me envió el bueno del abate Busoni. Con esto he hecho el viaje, y...

—¿Y necesitais dinero?... Es muy justo, mi querido Cavalcanti. Tened á buena cuenta ocho billetes de á mil francos.

Los ojos del mayor brillaron como carbunclos.

—Lo que os quedo á deber son cuarenta mil francos, dijo Monte-Cristo.

—¿Quiere un recibo vuestra escelencia? dijo el mayor guardando los billetes en el bolsillo del pecho de su gaban.

—¿Para qué? respondió el conde.

—Para vuestra cuenta con el abate.

—Ya me dareis un recibo general cuando os pague los cuarenta mil francos. Entre hombres honrados no hay que andar con esas precauciones.

—Pero ¿qué me pongo ahora?

—Lo que teneis en vuestro equipaje.

—¡Cómo en mi equipaje! solo traigo un saco de noche.

—Eso será sin duda porque á los que han sido soldados les gusta andar con poca carga; pero...

—¡Ah! por eso será...

—Pero sois hombre precavido, y habeis enviado

Los ojos del mayor brillaron como carbunclos.

—¡Ah, sí! es verdad, entre hombres honrados... repitió el mayor.

—Una palabra, marqués, que será la última.

—Hablad.

—¿Me permitireis que os recomiende una cosa?

—¡Cómo así! Os lo suplico.

—No estaria de mas que os quitaseis ese redingote.

—¿De veras? dijo el mayor contemplando su traje con cierta complacencia.

—Eso se llevará en Via-Reggio todavía; pero en París hace tiempo que ha pasado la moda.

—¡Qué lástima! dijo el italiano.

—¡Oh! si os gusta, os le volvereis á poner cuando os vayais.

vuestra recámara delante, que ha llegado ayer á la fonda de los Príncipes, calle de Richelieu, donde pensais habitar.

—¿Con que en los baules...

—Presumo que habreis tenido la precaucion de que vuestro ayuda de cámara os guardase cuanto podais necesitar; uniformes y trajes de paisano. En las grandes solemnidades poneos el uniforme, sin olvidar vuestras cruces, que aunque los franceses se burlan de ellas, todos las llevan.

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡muy bien! esclamó el mayor, que iba de encanto en encanto.

—Ahora que vuestro corazon está preparado á las sensaciones demasiado fuertes, le dijo el conde, dis-

poneos, querido Cavalcanti, á volver á ver á vuestro hijo.

Y haciendo una graciosa cortesía al estático italiano, desapareció Monte-Cristo detrás de un tapiz.

CAPITULO XVII.

ANDREA CAVALCANTI.

Entró el conde en el salon inmediato designado por Bautista con el nombre de salon azul. Habia tambien allí un jóven de maneras desenvueltas y traje elegantísimo, que media hora antes se habia apeado de un coche de alquiler á la puerta.

A Bautista no le costó mucho trabajo reconocerle.

Era el mismo cuyas señas le habia dado su amo. Alto, pelo rubio, patilla corrida, ojos negros y tez blanquísima.

Cuando entró el conde en el salon, hallábase el jóven tendido negligentemente en el sofá, golpeando distraido en sus botas con un baston de junco y puño de oro.

Al punto que vió al conde se levantó.

—¿Sois el señor conde de Monte-Cristo? le preguntó.

—Sí, caballero, dijo este; y me presumo que tengo el honor de hablar al señor vizconde Andrea Cavalcanti.

—El vizconde Andrea Cavalcanti, repitió el jóven saludando con desenvoltura.

—¿Debeis de poseer una carta que os recomienda á mí? le preguntó Monte-Cristo.

—No os hablaba de ella, porque su firma me ha parecido estraña.

—Simbad el Marino, ¿no es así?

—Justamente; pero como yo no he conocido otro Simbad el Marino que el de las *Mil y una noches*...

—Este es uno de sus descendientes, un amigo mio riquísimo, un inglés original sobre toda ponderacion, un inglés casi loco, cuyo nombre verdadero es lord Wilmore.

—¡Ah! eso me lo esplica todo, dijo Andrea. Entonces todo se esplica... es el inglés que he conocido... sí... muy bien. Soy vuestro servidor, señor conde.

—Si es verdad lo que me haceis el honor de decirme, replicó sonriendo Monte-Cristo, espero tengais la bondad de darme algunos detalles sobre vos y vuestra familia.

—Con mucho gusto, señor conde, respondió él jóven con una prontitud que revelaba la solidez de su memoria. Soy el vizconde Andrea Cavalcanti, como acabais de decir, hijo del mayor Bartolomé Cavalcanti, descendiente de los Cavalcantis, inscritos en el libro de oro de Florencia. Nuestra familia, bastante rica aun, puesto que mi padre tiene medio millon de renta, ha venido muy á menos, y yo mismo fuí robado á la edad de cinco años por un ayo traidor, de manera que hace quince años que no veo al autor de mis dias. Desde que tengo uso de razon, desde que soy libre y dueño de mi albedrío, ando buscándole, pero en vano. Gracias á Dios, esta carta de vuestro amigo Simbad me anuncia que se halla en París, y me encamina á vos para que me deis mas pormenores.

—En verdad, caballero, que es vuestro relato interesantísimo, dijo el conde contemplando con satisfaccion sombría aquel garboso continente dotado de una belleza semejante á la del ángel malo. Habeis hecho bien en cumplir al pié de la letra las instrucciones de mi amigo Simbad, porque vuestro padre está aquí efectivamente y tambien os busca.

El conde, que desde su entrada no habia perdido al jóven de vista, estaba admirado de la fijeza de su mirada y de la seguridad de su voz; pero á estas palabras tan naturales—«Vuestro padre está aquí efectivamente, y tambien os busca»,—esclamó Andrea estremeciéndose:

—¡Mi padre! ¡mi padre aquí!

—Sin duda alguna, vuestro padre el mayor Cavalcanti, respondió Monte-Cristo.

Casi al mismo instante se borró del rostro del jóven aquella espresion de terror.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo: el mayor Bartolomé Cavalcanti. ¿Y decís, señor conde, que está aquí ese padre querido?

—Sí, caballero. Mas os diré, y es que ahora mismo acabo de separarme de él; que la historia que me ha contado de su hijo, en otro tiempo perdido, me ha conmovido mucho, pues á la verdad sus dolores, sus temores y sus esperanzas podrian dar asunto á un poema tiernísimo. Al cabo cierto dia recibió aviso de que los raptores de su hijo consentian devolvérselo, ó indicar donde se hallaba mediante una gruesa suma; por nada vaciló este padre amoroso, y envió la suma á la frontera del Piamonte con un pasaporte italiano. Vos estábais en el mediodía de Francia.

—Sí señor, respondió Andrea algo turbado. Yo estaba en el mediodía de Francia.

—En Niza os debia de esperar un carruaje

—Eso es, caballero. El mismo carruaje me llevó de Niza á Génova, de Génova á Turin, de Turin á Chambery, de Chambery á Pont-de-Beauvoisin, y de Pont-de-Beauvoisin á París.

—Bien. Él esperaba reunirse con vos en el camino; y por eso os habia trazado ese itinerario, que era el mismo que él traia.

—Pero si me hubiese encontrado, dijo Andrea, dudo de que me reconociese, porque desde que no nos vemos he variado mucho.

—¡Oh! la fuerza de la sangre... murmuró Monte-Cristo.

—Teneis razon, añadió el jóven. No me acordaba de la fuerza de la sangre.

—Una sola cosa da ahora en qué pensar al marqués de Cavalcanti, repuso Monte-Cristo, y es lo que hayais hecho durante vuestra separacion: cómo os han tratado vuestros perseguidores; si os han guardado todos los miramientos debidos á vuestro rango; si no os quėda por último de ese padecimiento moral, peor mil veces que todos los padecimientos físicos, alguna debilidad en las facultades que la naturaleza os ha prodigado tanto, y si creeis poder volver á ocupar y sostener dignamente en el mundo la posicion que os pertenece.

—Caballero, balbuceó aturdido el jóven, espero que ningun informe falso...

—Yo por mi parte he oido hablar de vos por primera vez á mi amigo Wilmore el filántropo, y por él supe que os habia encontrado en una situacion desgraciada, sin que sepa cuál, pues tampoco se lo pregunté, que no soy curioso. Cuando vuestras desgracias le han interesado, prueba que sois un jóven interesante. Díjome que queria devolveros la posicion que habiais perdido; que buscaria á vuestro padre, y que le encontraria; le ha buscado, le ha encontrado segun parece, pues está ahí, y por último, ayer me avisó vuestra llegada, dándome además instrucciones sobre vuestra fortuna. Sé que mi amigo Wilmore es un hombre original; pero como es al mismo tiempo hombre grave, y rico como una mina de oro, que puede tener originalidades sin que le arruinen, le he prometido seguir al pié de la letra sus instrucciones. Ahora, caballero, sin que os ofenda mi pregunta, pues me veré obligado á hacer con vos algunas veces las de padre, desearia saber si vuestras desgracias, desgracias independientes de vuestra voluntad, y que en nada disminuyen la consideracion que os guardo, os han hecho un tanto estraño á ese mundo donde vuestra



buena fortuna y vuestro nombre os destinaban á figurar tanto.

—Caballero, respondió el jóven recobrando su aplomo á medida que hablaba Monte-Cristo, sobre ese punto tranquilizaos: los raptores que me han tenido separado de mi padre, sin duda con el proyecto de venderme mas tarde á él, como lo han hecho al fin, hubieron de imaginarse que para sacar de mi buen partido necesitaban dejarme todo mi valor personal, y hasta aumentármelo si era posible. Por consecuencia he recibido una educacion bastante buena, y me han tratado los raptores de niños sobre poco mas ó menos como eran tratados en el Asia menor los esclavos, que sus dueños los hacian gramáticos, médicos ó filósofos, para venderlos mas caros en Roma.

Monte-Cristo sonrió satisfecho.

Al parecer no esperaba tanto de Andrea Cavalcanti.

—Además, repuso el jóven, si cometiese yo alguna falta de educacion, ó mas bien de trato de gentes, supongo que tendrian la indulgencia de escusármela, en gracia á los infortunios que desde mi nacimiento me han perseguido.

—Pues bien, vizconde, dijo con negligencia Monte-Cristo, vos hareis lo que querais, puesto que sois dueño de vos mismo; pero os aseguro que en vuestro lugar no diria á nadie una palabra de esas aventuras. Vuestra historia es una novela, y el mundo, que gusta de las novelas encuadernadas en tafilete, desconfia mucho de las que ve encuadernadas en pergamino vivo, aunque tengan cantos dorados, como podriais tenerlos vos. Esto será lo único que me tome la libertad de advertiros, señor vizconde. Apenas conteis á cualquiera vuestra historia, el mundo la tergiversará á su modo, y tendreis que adoptar el papel de Antony, cosa que va pasando de moda. Acaso lograreis escitar curiosidad; pero no todas las personas gustan de hacerse ocasion de observaciones y asunto de comentarios. Eso quizás os fastidiaria.



—¡Mi padre! ¡mi padre aquí!

—Creo que teneis razon, señor conde, respondió el jóven palideciendo á su pesar bajo la inflexible mirada de Monte-Cristo: ese es un inconveniente grave.

—¡Oh! no conviene tampoco exagerarlo mucho, no sea que por evitar una falta se cometa una locura. No; lo que debeis hacer es trazaros simplemente un plan

de conducta, y para un hombre de vuestro talento eso es cosa tanto mas sencilla, cuanto que conviene á vuestro interés. Todo lo que hay de oscuro en vuestra vida anterior, importa cubrirlo con relaciones y amistades honrosas.

Andrea perdió su aplomo visiblemente.

—Desde luego, prosiguió Monte-Cristo, me ofrezco á ser vuestro fiador; pero es en mi costumbre moral el dudar de mis mejores amigos, y aun tengo cierta necesidad de inculcar la duda en todos los corazones; con que así desempeñaria un papel que no está en mi cuerda, como dicen los cómicos, y me espondria á que me silbaran, lo que es inútil.

—Sin embargo, señor conde, dijo audazmente Andrea, en consideracion á lord Wilmore, que me ha recomendado á vos...

—Sí, repuso Monte-Cristo; pero lord Wilmore no me ha ocultado, querido Andrea, que vuestra juventud ha sido un tanto borrascosa. ¡Oh! no os pido una confesion general, añadió el conde notando el movimiento que hizo Andrea; esto sin contar que para que no necesiteis de nadie, se ha hecho venir de Luca á vuestro padre el marqués de Cavalcanti. Ahora vais á verle: es algo frio, algo seco; pero estas son consecuencias del uniforme militar. El que sepa que ha estado diez y ocho años al servicio del Austria, se lo disimulará todo. En general no somos exigentes con los austriacos. En una palabra, es un padre que para padre basta y sobra, os lo aseguro.

—¡Ah caballero! me tranquilizais. Hace tanto tiempo que estoy separado de él, que enteramente no le recordaba.

—Además, ya sabeis que la riqueza hace tolerables muchas cosas.

—¿Con que mi padre es tan rico?

—Millonario... tiene quinientas mil libras de renta.

—¿Entonces voy á encontrarme en una posicion... lisongera? preguntó Andrea con ansiedad.

—De las mas lisongeras, querido mio. Os dará quinientas mil libras anuales mientras esteis en Paris.

—Pues estaré siempre.

—¡Oh! ¿quién puede responder de lo futuro, querido mio? el hombre propone y Dios dispone.

Andrea exhaló un suspiro.

—Pero en fin, añadió, mientras esté en Paris, mientras alguna... circunstancia no me obligue á dejarlo, ¿tengo seguro ese dinero de que me hablais?

—Enteramente seguro.

—¿Asegurado por mi padre? preguntó Andrea sobresaltado.

—Bajo la fianza de lord Wilmore, que á peticion de vuestro padre os ha abierto un crédito de cinco mil francos mensuales en casa de M. Danglars, uno de los banqueros mas poderosos de Paris.

—¿Y piensa mi padre permanecer aquí mucho tiempo? tornó á preguntar con inquietud el jóven.

—Solo algunos dias, respondió Monte-Cristo; su empleo no le permite estar ausente mas de dos ó tres semanas.

—¡Oh padre querido! esclamó Andrea, regocijado visiblemente con perderlo tan pronto de vista.

—Con que no quiero retardar un instante vuestra entrevista, dijo el conde aparentando dar otra significacion á estas palabras. ¿Estais preparado á abrazar al digno marqués?

—¿Podeis dudarlo?

—Pues entrad en el salon, mi jóven amigo, que ahí os espera.

Hízole Andrea un profundo saludo, y entró en el salon.

Siguióle el conde con la vista, y viéndole desaparecer empujó un resorte cercano á un cuadro, el cual, separándose del marco le dejaba una abertura hábilmente disimulada, por donde ver sin ser visto.

Cerró la puerta Andrea detrás de sí, y acercóse al mayor, que se habia puesto de pié al oir sus pasos.

—¡Ah, padre y señor! esclamó Andrea en voz alta para que le oyese el conde á través de la puerta. ¿Sois vos?

—Buenos dias, querido hijo, respondió el mayor gravemente.

—Despues de tantos años de ausencia, ¡qué felicidad la de volvernos á ver!

—Con efecto, la ausencia ha sido larga.

—¿No nos abrazamos, señor? repuso Andrea.

—Como gusteis, hijo mio, contestó el mayor.

Y se abrazaron teatralmente, es decir, pasando uno y otro la cabeza como para mirar á la espalda.

—¿Con que nos volvemos á reunir? dijo Andrea.

—Nos volvemos á reunir, añadió el mayor.

—¿Para no volver á separarnos?

—Si tal. ¿No parece, hijo mio, sino que mireis á la Francia como á una segunda patria?

—El hecho es, dijo el jóven, que yo sentiré mucho salir de Paris.

—Pues ya comprendereis que yo no sé vivir fuera de Luca. Tan pronto como pueda vuelvo á Italia.

—Pero antes de marchar, querido padre, me entregareis sin duda los papeles que puedan atestiguar la familia á que pertenezco.

—Sin duda, pues á eso vengo justamente, y harto trabajo me ha costado el dar con vos para que vuelva á comenzar la tarea. De seguro me moriria antes.

—¿Con que los pápeles?...

—Tomadlos.

Cojió ávidamente Andrea la partida de casamiento y la suya de bautismo, y enteróse de todo con una ansiedad muy natural en un buen hijo, y con una rapidez que revelaba no poca costumbre de tales exámenes. Al acabar brilló en su frente una espresion indefinible de alegría, y contemplando al mayor con sonrisa estraña:

—¡Hola, hola! dijo en escelente toscano; ¿no hay galeras en Italia?

El mayor se quedó estupefacto.

—¿Por qué? le dijo.

—¿Impunemente se fabrican allí cosas por el estilo? Por menos que esto en Francia os enviarian, mi querido padre, á tomar cinco años los aires de Tolon.

—¿Se chancea? dijo el italiano procurando recobrar su continente majestuoso.

—Mi querido Cavalcanti, repuso Andrea trabando al mayor del brazo, ¿cuánto os dan por ser mi padre?

El mayor queria hablar.

—¡Chist! le dijo Andrea bajando la voz: voy á daros ejemplo de confianza. A mí me dan cincuenta mil francos anuales por ser hijo vuestro. Ya comprendereis que no seré yo el que niegue nunca que vos sois mi padre.

El mayor miró en torno con inquietud.

—Tranquilizaos, que estamos solos, le dijo Andrea, y hablamos además en italiano.

—Pues bien, repuso el mayor, á mí me dan de una vez cincuenta mil francos.

—Caballero Cavalcanti, esclamó Andrea, ¿creeis en los cuentos de hadas?

—En otro tiempo no creia; pero debo de creer ahora.

—¿Habeis tenido pruebas?

El mayor sacó de su bolsillo un puñado de oro.

—Palpables: ya lo veis.

—¿Luego pensais que debo de creer las promesas que me hacen?

—A ojos cerrados.

—¿Y que las cumplirá ese conde divino?

—De todo en todo; pero tenemos que hacer nuestro papel para llegar hasta ahí.

—¡Vaya!

—Yo, de padre tierno...

—Y yo de hijo respetuoso.

—Puesto que ellos quieren que descendais de mí...
—¿Quién son *ellos*?
—¡Diantre! Yo no lo sé... los que os escribieron. ¿No habeis recibido una carta?
—Sí.
—¿De quién?
—De cierto abate Busoni.
—¿A quien no conoceis?

»marquesa de Corsinari, hijo que os robaron á la edad »de cinco años.
»Se llama Andrea Cavalcanti.
»Porque no dudeis de la intencion del infrascrito »de seros útil, adjuntos encontrareis:
»Un bono de dos mil cuatrocientas libras toscanas »pagaderas en Florencia, en casa de M. Gozzi.
»Una carta de recomendacion para el conde de



Y se abrazaron teatralmente.

—A quien nunca he visto.
—¿Qué os decia?
—¿No me vendereis?
—Ya me guardaré de hacerlo. Nuestro interés es comun.
—Pues leed.
Y el mayor entregó al jóven una carta.
Andrea leyó en voz baja:

«Sois pobre, y os espera una vejez desgraciada.
»¿Quereis ser, si no rico, independiente al menos?
»Marchad al instante á París, y reclamad al conde »de Monte-Cristo, que vive en el camino de los Campos Elíseos, núm. 30, el hijo que tuvísteis de la »Monte-Cristo, y un crédito contra él de cuarenta y »ocho mil francos.
»Estad en casa del conde el 26 de mayo á las siete »de la tarde.

DEL ABATE BUSONI.»

—Esto es.
—¿Cómo esto es? ¿qué quereis decir? le preguntó el mayor.
—Que he recibido otra carta por el estilo.
—¿Vos?
—Sí, yo.
—¿Del abate Busoni?
—No.

—¿Pues de quién?

—De un inglés, de cierto lord Wilmore, que toma el nombre de Simbad el Marino.

—¿Y á quien sin duda conoceis tanto como conozco yo al abate?

—No tal, que estoy mas adelantado que vos.

—¿Le habeis visto?

—Una vez.

»Presentaos el 26 de mayo en casa del conde de »Monte-Cristo, camino de los Campos Elíseos, núm. 30, »á las 7 de la tarde, y preguntadle por vuestro padre.

»Sois hijo del marqués Bartolomé Cavalcanti y »de la marquesa Oliva Corsinari, como os lo probarán »ciertos papeles que os serán entregados por el mar»qués. Con ellos podreis presentaros bajo ese nombre »en el mundo parisiense.

Lord Wilmore.

—¿Dónde?

—Eso es justamente lo que no puedo deciros, pues sabríais entonces tanto como yo.

—¿Y qué os decia la carta?

—Leedla.

«Sois pobre y vuestro porvenir miserable. ¿Que»reis tener un nombre y ser libre, y ser rico?»

—¡Pardiez! esclamó el jóven contoneándose. Quieres se le dice á los muertos.

«Tomad una silla de posta que encontrareis en»ganchada al salir de Niza por la puerta de Génova. »Pasad por Turin, Chambery, y Pont-de-Beauvoisin.

»Una renta de cincuenta mil francos os permitirá »sostener vuestro rango.

»Adjunto es un bono de cinco mil libras, pagade»ras en Niza en casa del banquero M. Ferrea, y una »carta de recomendacion para el conde de Monte-Cris»to, encargado por mí de proveer á vuestras necesi»dades.

»Simbad el Marino.»

—¡Hum! refunfuñó el mayor. ¡Qué magnífico es esto!

—¿No es verdad?

—¿Habeis visto al conde?

—Acabo de separarme de él.

—¿Y lo ha ratificado?
—Todo.
—¿Y vais comprendiendo?
—No á fé mia.
—Todo esto huele á víctima.
—Ni vos ni yo lo seremos en ese caso.
—No ciertamente.
—Pues entonces...
—Poco nos importa, ¿eh?
—Eso queria yo decir. Sigamos pues fingiendo, y ayudémonos.
—Sea. Ya vereis cómo soy digno compañero vuestro.
—Ni un instante lo he puesto en duda, mi querido padre.
—Mucho me lisonjeais, mi querido hijo.
Monte-Cristo eligió este momento para entrar en el salon.
Al oir sus pasos abrazáronse los dos hombres, de manera que el conde los encontró abrazados.
—¡Hola, señor marqués! dijo Monte-Cristo; segun vuestra emocion habeis encontrado un hijo carísimo.
—¡Ah señor conde! me muero de alegría.
—¿Y vos, jóven?
—Yo me me ahogo de felicidad.
—¡Dichoso padre! ¡dichoso hijo! murmuró el conde.
—Una sola cosa me entristece, dijo el mayor, y es la precision que tengo de salir de París tan pronto.
—¡Oh mi querido Cavalcanti! repuso Monte-Cristo, espero que no partais antes que os haya presentado á algunos amigos.
—Estoy á vuestra disposicion, dijo el italiano.
—Ahora, jóven, confesaos.
—¿A quién?
—¡Toma! á vuestro padre. Decidle algo de la situacion de vuestro bolsillo.
—¡Diablo! esclamó Andrea. Tocais la cuerda mas sensible, señor conde.
—¿Lo oís, mayor? dijo Monte-Cristo.
—Ya se ve que lo oigo.
—Pero ¿comprendeis?
—Perfectamente.
—Dice que necesita dinero ese pobre hijo.
—¿Y qué quereis que haga?
—Que se lo deis.
—¿Yo?
—Sí, vos.
El conde se colocó entre ambos.
—Tomad, dijo á Andrea deslizándole en la mano un paquete de billetes de banco.
—¿Qué es esto?
—La respuesta de vuestro padre.
—¿De mi padre?
—Sí. ¿No le habeis dado á entender que necesitais dinero?
—Sí.
—Pues me encarga que os dé eso.
—¿A cuenta de mi renta?
—No, por estraordinario.
—¡Oh querido padre!
—¡Silencio! murmuró Monte-Cristo. Ya veis que no quiere que yo le descubra.
—Aprecio esa delicadeza, dijo Andrea metiéndose los billetes en el bolsillo de su pantalon.
—Está bien, repuso el conde. Ahora... idos.
—¿Y cuándo tendremos el honor de volveros á ver? le preguntó Cavalcanti.
—¡Ah! sí, repitió Andrea. ¿Cuándo tendremos ese honor?
—El sábado, si quereis... ¡Ah! sí... escuchad. El sábado doy una comida en mi casa de Auteuil, calle de la Fontaine, número 30, á muchas personas, y entre otras á M. Danglars, vuestro banquero, á quien os presentaré, porque es preciso que os conozca para pagaros todos los meses.
—¿De tiros largos? le preguntó el mayor en voz baja.
—Sí, uniforme, cruz y pantalon corto.
—¿Y yo? le preguntó Andrea.
—Vos con mucha sencillez. Pantalon negro, botas charoladas, chaleco blanco, frac negro ó azul, y corbata larga. Mientras menos pretensiones afecteis en vuestro traje, mejor efecto hará, siendo rico como lo sois.
—¿A qué hora podremos presentarnos? le preguntó el jóven.
—A eso de las seis y media.
—Está bien: no faltaremos, dijo el mayor cojiendo el sombrero.
Saludáronle los dos y fuéronse.
El conde se asomó á la ventana y los vió atravesar la calle cojidos del brazo.
—¡Qué dos pillos! murmuró. ¡Lástima que no sean verdaderamente padre é hijo!
Luego, tras un instante de reflexiones sombrías:
—Vamos, añadió, á casa de los Morrel, que tanto daño me hace el asco como el ódio.

CAPITULO XVIII.

EL CERCADO DE ALFALFA.

Es preciso que nos permitan los lectores trasladarnos al cercado que confina con la casa de M. de Villefort, y detrás de la tapia invadida por los castaños nos encontraremos á antiguos amigos nuestros.
Maximiliano ha llegado antes esta vez.
El es el que tiene pegado un ojo á la abertura de marras, y el que espia una sombra entre los árboles del jardin, ó el rechinar de una botita breve sobre la arena.
Al cabo se oyó aquel anhelado rechinar; pero en vez de una, fueron dos las sombras que aparecieron.
Una visita de Madama Danglars y Eugenia habia ocasionado la tardanza de Valentina, que para no faltar á su cita brindó á la jóven con dar un paseo por el jardin, por probar á Maximiliano que no era culpable en aquella detencion que le desesperaba sin duda.
El jóven lo comprendió así con esa intuicion peculiar á los amantes, y ensanchóse su corazon.
Además, aunque sin ponerse al alcance de la voz, dirigió Valentina su paseo de manera que pudiese Maximiliano verla pasar; y cada vez que iba y volvia, una mirada, desapercibida de su compañera y dirigida al otro lado de la tapia para que el jóven la recojiese, le decia:
—Tened paciencia, amigo mio. Ya veis que no es mia la culpa.
Y Maximiliano tenia con efecto paciencia, admirando á par cuánto contrastaban las dos amigas, aquella rubia de ojos lánguidos y talle flexible é inclinado como un sauce, y aquella morena de ojos altivos y talle enhiesto como un pino.
Escusado es decir que en esta comparacion todas las ventajas, á lo menos para el jóven, se reunian en Valentina.
Al cabo de una media hora de paseo se fuéron las dos amigas.
Maximiliano comprendió que Madama Danglars habia terminado su visita.
Con efecto, un instante despues volvió sola Valentina.
Temiendo que la espiasen sin duda, en vez de ir directamente á la tapia, la jóven se sentó en un banco despues de haber observado discretamente todas las avenidas y todos los follajes.
Tomadas estas precauciones, corrió ligera á la abertura.
—Buenos dias, Valentina, dijo una voz.

—Buenos dias, Maximiliano. Os he hecho aguardar; pero ¿habeis visto por qué?

—Sí, he conocido á la señorita de Danglars. Yo no os creia tan amiga de esa jóven.

—¿Y quién os ha dicho que seamos tan amigas, Maximiliano?

—Nadie; pero creo poderlo deducir de la manera con que ibais trabadas del brazo y con que hablábais. Pareciais dos compañeras de colegio haciéndose confidencias mútuas.

—Y con efecto, nos haciamos confidencias, dijo Valentina. Ella me confesaba su repugnancia á casarse con M. de Morcef, y yo por mi parte le confesaba que me tendré por muy desgraciada casándome con M. d'Epinay.

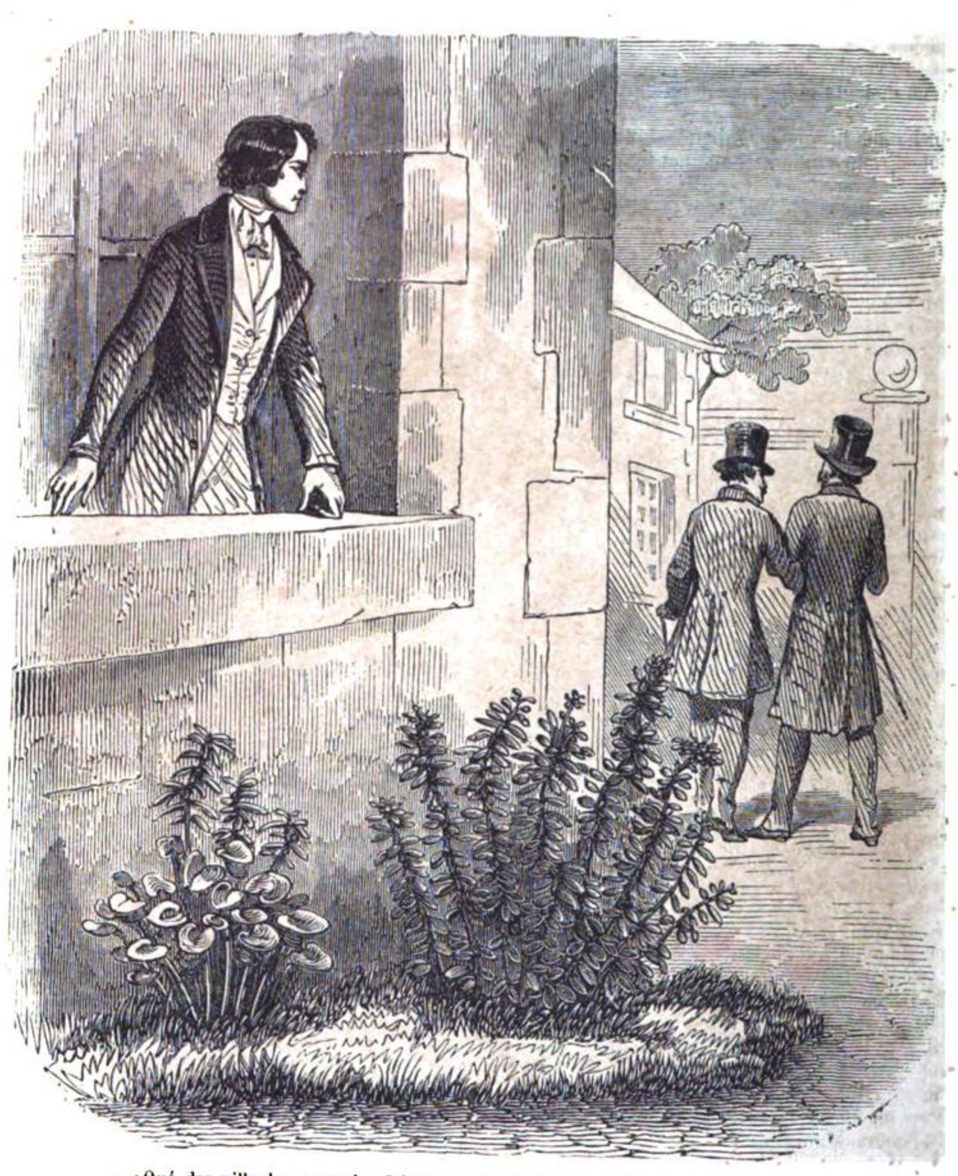
—¡Querida Valentina!

—Por eso, amigo mio, visteis que nos hablábamos con tanto abandono; porque pensando en el hombre que no puedo amar, pensaba yo en el que amo.

—¡Qué buena sois en todo, Valentina! Una cosa teneis que nunca tendrá la señorita de Danglars; el encanto indefinible, que es á las mugeres lo que el aroma á las flores y el sabor á las frutas; porque ni en una flor ni en una fruta es todo el ser hermosa.

—Es el amor el que os hace verme y juzgarme así, Maximiliano.

—No, Valentina, os lo juro. Oid: cuando os contemplaba á las dos, aunque hacia justicia al mérito de la señorita de Danglars, no comprendia que nadie se pudiese enamorar de ella.



—¡Qué dos pillos! murmuró. ¡Lástima que no sean verdaderamente padre é hijo!

—Es que yo estaba tambien allí, Maximiliano, y m presencia os hacia injusto.

—No: pero decidme... es simplemente una pregunta hija de la curiosidad, y de ciertas ideas que yo acá me he forjado sobre esa jóven.

—Antes de saberlas os digo que son injustas. Cuando se ponen los hombres á juzgarnos, nunca debemo de esperar indulgencia.

—Y añadid que vosotras mismas sois bien injustas unas para otras.

—Porque casi siempre preside la pasion á nuestros juicios. Pero volvamos á vuestra pregunta.

—¿Teme casarse la de Danglars con Morcef porque ame á otro?

—Os he dicho, Maximiliano, que no soy amiga de Eugenia.

—¡Oh Dios mio! aun sin ser amiga, se confian las jóvenes sus secretos. ¿No me confesareis que tam-

—¡Ah! dijo Maximiliano, tambien vos mirais.

—¿Quereis que me vaya?

—¡Oh! no, no, no; pero hablemos de vos.

—Sí, porque apenas podremos estar diez minutos juntos.

—¡Dios mio! esclamó consternado el capitan.

—Sí, Maximiliano, dijo melancólicamente Valentina. ¡Qué amiga teneis! ¡Qué vida os hago pasar, po-



...dirigió Valentina su paseo de manera que pudiese Maximiliano verla pasar.

bien vos le habeis preguntado esto mismo? ¡Ah! os veo sonreir.

—Para esto, Maximiliano, no vale la pena de que haya entre nosotros estas tablas.

—Vamos, ¿qué os ha dicho?

—Me ha dicho que no ama á nadie, respondió Valentina, y que detesta el matrimonio; que su mayor felicidad seria traer una vida libre é independiente, y que casi desearia que perdiera su padre su caudal, para hacerse artista, como su amiga Luisa d'Armilly.

—¡Ah! ¿lo veis?

—¿Y eso qué prueba? le preguntó Valentina.

—Nada, respondió Maximiliano sonriéndose.

—Entonces ¿por qué os sonreis? dijo Valentina.

bre Maximiliano! ¡vos tan digno de ser feliz! Creedme, siempre me lo estoy echando en cara.

—¿Y qué os importa, Valentina, si en esto encuentro yo felicidad? ¿si este esperar eterno lo creo pagado con veros cinco minutos, con dos palabras de vuestra boca, y con la conviccion profunda, eterna, de que Dios no ha creado dos corazones tan en armonía como los nuestros, y sobre todo que no los ha de haber reunido casi milagrosamente para separarlos?

—Bien, gracias, esperad por entrambos. Eso me hace medio dichosa.

—¿Qué os sucede, Valentina, que tan pronto me dejais?

—No lo sé. Madama de Villefort me ha rogado que

vaya á verla para un asunto, del cual depende, segun dice, una parte de mi fortuna. ¡Oh Dios mio! soy demasiado rica: que se apoderen de ella con tal que me dejen tranquila y libre. Me amareis como ahora siendo pobre, ¿no es verdad, Maximiliano?

—¡Oh! os amaré siempre. ¿Qué me importa la riqueza ó la pobreza, si mi Valentina está conmigo, y yo seguro de que nadie me la puede robar? Pero esa conversacion, Valentina; ¿no sospechais que pueda ser relativa al matrimonio?

—No lo creo.

—Sin embargo, escuchadme, Valentina, y no os asusteis. Mientras viva no seré de otra muger.

—¿Creeis tranquilizarme con eso, Maximiliano?

—¡Perdon! ¡qué brutal soy!—Pues queria deciros que el otro dia me encontré á M. de Morcef.

—¿Y qué?

—M. Franz es amigo suyo, como sabeis.

—Sí; ¿y qué?

—Ha recibido una carta en que le anuncia su próxima vuelta.

Valentina palideció, teniendo que apoyarse en la empalizada.

—¡Ah Dios mio! dijo, ¿si será para eso? Pero no; entonces no me llamaria Madama de Villefort.

—¿Por qué?

—¿Por qué?... no lo sé... pero me parece que Madama de Villefort, aunque no se opone resueltamente á este matrimonio, no le agrada mucho.

—¡Perdon, perdon, padre mio! Hagan de mí lo que quieran, nunca os abandonaré.

—¡Oh Valentina! aun creo que voy á adorarla.

—No os deis mucha prisa, Maximiliano, respondió la jóven sonriendo tristemente.

—Pues si no le gusta ese casamiento, quizás acojeria otra proposicion, aunque no fuera sino por impedirlo.

—No creais eso, Maximiliano; no son los [illegible] lo que á Madama de Villefort disgusta, sino el [illegible]monio.

—¡El matrimonio! Pues si tanto le disgusta, [illegible] se ha casado ella?

—No me comprendeis, Maximiliano. Cu[illegible] un año manifesté deseo de retirarme á un [illegible]



mi mismo padre habia consentido, sin duda instigado por ella, estoy segura; solo mi pobre abuelo me rogó que me quedara. ¡Oh Maximiliano! vos no podeis comprender qué espresion tenian los ojos del pobre viejo, que á nadie quiere en el mundo sino á mí, y que. —Dios me perdone si blasfemo,—de nadie es querido sino de mí. ¡Si supiéseis cómo me miró cuando supo mi resolucion, cuántos reproches habia en aquella mirada, cuánta y cuánta desesperacion en aquellas lágrimas mudas!... ¡Ah Maximiliano! sentí una cosa parecida al remordimiento, y caí á sus piés esclamando:—¡Perdon, perdon, padre mio! hagan de mí lo que quieran, nunca os abandonaré.—El entonces alzó los ojos al cielo... Mucho puedo sufrir, Maximiliano; pero aquella mirada de mi abuelo me recompensó con creces.

—¡Querida Valentina! sois un ángel, y no se me alcanza cómo, alanceando beduinos, á menos que Dios los haya tenido por lo que son, por infieles, cómo puedo haber merecido que os confiáseis á mí. Pero veamos, Valentina, ¿qué interés tiene Madama de Villefort en que no os caseis?

—¿No me habeis oido decir há poco que soy rica, muy rica, Maximiliano? Por parte de mi madre tengo cerca de cincuenta mil libras de renta, y mi abuelo y mi abuela el marqués y la marquesa de Saint-Meran deben dejarme otro tanto, sin contar que M. Noirtier da visiblemente á entender que me hará su única heredera. Resulta pues que en parangon conmigo mi hermano Eduardo, que nada espera por parte de madre, es enteramente pobre. Madama de Villefort adora en él con verdadero frenesí; y á entrar yo en un claustro, toda mi fortuna, concentrada en mi padre, que heredaria al marqués, á la marquesa y á mí, recaeria en su hijo.

—¡Oh qué estraña es en una jóven esa avaricia!

—Reparad que no es avara por sí, Maximiliano, sino por su hijo, y que le echais un defecto en cara que bajo el punto de vista del amor maternal es casi una virtud.

—Pero veamos, Valentina, ¿si cediéseis á Eduardo una parte de esa fortuna...

—¿Y cómo se hace una proposicion semejante, en particular á una muger que tiene siempre en la boca la palabra desinterés?

—Valentina, mi amor ha sido siempre para mí sagrado; y como todo lo sagrado, lo he encerrado en mi corazon cubriéndolo con un velo de respeto. Nadie en el mundo, ni aun mi hermana, sospecha este amor en mí: ¡tanto lo he callado! Valentina, ¿me permitís que se lo confie á un amigo?

Valentina se estremeció.

—¡A un amigo! repuso. ¡Oh Dios mio! Tiemblo, Maximiliano, al oiros hablar así. ¡A un amigo! ¿y quién es?

—Escuchadme, Valentina: ¿habeis sentido alguna vez una de esas simpatías irresistibles que hacen que al ver por la primera á una persona, creais conocerla desde há mucho tiempo, y os pregunteis dónde y cuándo la habeis visto, si bien, al no recordar ni lugar ni tiempo, llegais á creer que ha sido en un mundo anterior al nuestro, y que esta simpatía es un recuerdo que se despierta?

—Sí.

—Pues bien: eso fué lo que yo sentí al ver por primera vez á ese hombre estraordinario.

—¿Un hombre estraordinario?

—Sí.

—¿Luego hace mucho tiempo que le conoceis?

—Apenas ocho ó diez dias.

—¡Y llamais amigo á un hombre que conoceis hace ocho dias! ¡Oh Maximiliano! no os creia yo tan pródigo del dulce nombre de amigo.

—En lógica teneis razon, Valentina; pero digais lo que querais, nada destruirá en mí este sentimiento instintivo. Creo que ese hombre ha de mezclarse en todo lo bueno que me suceda en lo porvenir, porvenir que á veces creo que lo conoce su ojo profundo y lo dirige su poderosa mano.

—¿Luego es adivino? dijo Valentina sonriéndose.

—Creo á fé mia que adivina... el bien sobre todo.

—¡Oh! dijo tristemente la jóven, dadme á conocer á ese hombre, Maximiliano; que yo sepa de su boca si seré amada lo bastante para desquitarme de lo que he sufrido.

—¡Pobre amiga mia! ¡pero vos le conoceis!...

—¿Yo?

—Sí. Es el que salvó la vida á vuestra madrastra y á su hijo.

—¿El conde de Monte-Cristo?

—El mismo.

—¡Oh! esclamó Valentina, nunca puede ser amigo mio quien es tan amigo de mi madrastra.

—¡El conde amigo de vuestra madrastra, Valentina! Estoy seguro de que os equivocais: mi instinto no me habia de engañar en esto.

—¡Oh! si supiéseis, Maximiliano... Ya no es Eduardo el rey de esta casa, que es el conde. Halagado por Madama de Villefort, que ve en él el non plus de los conocimientos humanos; admirado ¿lo ois bien? admirado de mi padre, que dice que nunca ha oido con mas elocuencia formular ideas mas elevadas; idolatrado de Eduardo, que aunque le asustan sus grandes ojos negros, corre á él en cuanto le ve venir, y le abre la mano, donde siempre encuentra algun juguete magnífico, M. de Monte-Cristo no está aquí en casa de mi padre, ni en casa de Madama de Villefort, sino en su propia casa.

—Pues bien, Valentina, si todo eso es así, debeis de conocer ya ó conocereis bien pronto el efecto de su presencia. Si encuentra á Alberto de Morcef en Italia, es para salvarle de los bandidos; si conoce á Madama Danglar, es para hacerle un regalo régio; si pasan por su puerta vuestra madrastra y vuestro hermano, es para que su árabe les salve la vida. Evidentemente tiene el poder este hombre de influir sobre las cosas humanas. Nunca he visto gustos mas sencillos unidos á una magnificencia mas alta. Cuando se sonrie conmigo es tan dulce su sonrisa, que me olvido de lo amarga que la encuentran otros. ¡Oh! decidme, Valentina, ¿os ha sonreido á vos tambien de esa manera? Entonces sereis dichosa.

—¿A mí? dijo la jóven. ¡Oh Dios mio! ni siquiera me mira, Maximiliano, ó mas bien aparta los ojos de mí, si por casualidad paso junto á él. O no es generoso, ó no posee esa mirada profunda que lee en el fondo de los corazones y que erróneamente le atribuis; porque á haber sido generoso, viéndome triste y sola en esta casa, me hubiera protegido con su influencia; y puesto que segun decís hace el papel de sol, hubiera restaurado con sus rayos mi corazon. Decis que os ama, Maximiliano; ¿quién lo puede saber? Todos los hombres ponen buen talante á un oficial de cinco piés y ocho pulgadas, como vos, que tiene un bigote largo y un sable tremendo; pero creen poder sin temor desdeñar á una pobre niña que llora.

—¡Oh Valentina! os juro que os engañais.

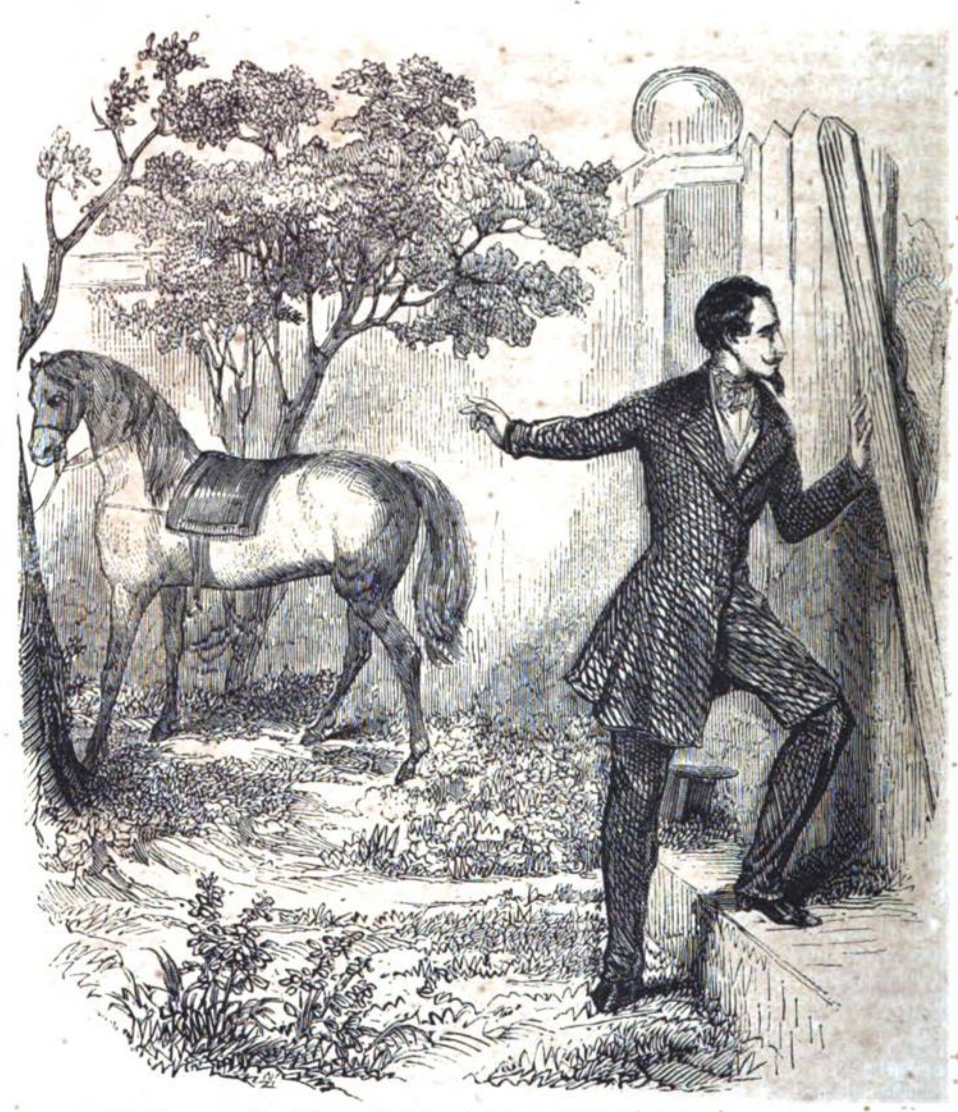
—A ser otra su idea, Maximiliano, si me tratara diplomáticamente, es decir, como hombre que quisiera cobrar en la casa grande influjo, de este ó del otro modo, siquiera una sola vez me hubiera honrado con esa sonrisa que tanto ponderais; pero no: me ha visto desgraciada, comprende que en nada le puedo servir, y ni siquiera me ha consagrado su atencion. ¿Quién sabe si hasta llegará á perseguirme cuanto pueda por agradar á mi padre, á Madama de Villefort ó á mi hermano? Habladme con franqueza: vos me habeis dicho que no soy una muger tan despreciable... ¡Ah! perdonadme, prosiguió la jóven notando el efecto que hacian á Maximiliano estas palabras; perdonadme; soy muy mala, y os digo cosas de

ese hombre que ni aun siquiera sabia que las abrigase mi pecho. No niego que exista esa influencia de que me hablais, y que la ejerza sobre mí; pero si la ejerce, es de un modo tan bastardo, que corrompe los buenos pensamientos.

—Está bien, Valentina, dijo Morrel suspirando; no hablemos mas en esto; nada le diré.

—¡Ay amigo mio! repuso Valentina, veo que os doy pena... ¡Oh! si pudiera estrecharos la mano y pediros perdon!... pero en fin, quiero dejarme convencer... decidme: ¿qué ha hecho por vos el conde de Monte-Cristo?

—Confiésoos, Valentina, que me poneis en grande apuro preguntándome lo que ha hecho por mí. Harto se me alcanza que nada ostensible ha hecho, pues como ya os lo dije, mi afecto es instintivo, que nada tiene de motivado. ¿Pero el sol ha hecho algo por mí? No: me calienta, y á su luz os veo, nada mas. ¿Y tal ó cual perfume ha hecho algo por mí? No, sino recrear agradablemente uno de mis sentidos; esto solo puedo decir cuando me preguntan por qué alabo un perfume. Mi amistad hácia él es tan estraña como la suya hácia mí. Una voz secreta me grita que no es solo casualidad lo que ocasiona este lazo imprevisto y recíproco. Entre sus acciones mas sencillas, entre sus pensamientos mas secretos y entre mis acciones y mis pensamientos, hallo yo correlacion. Pues todavía os vais á reir mas de mí, Valentina. Desde que conozco á este hombre, tengo la absurda creencia de que emana de él todo lo bueno que me sucede. Vais á decirme que he vivido treinta años sin necesitar de su proteccion pero ¿qué importa?... Oid un ejemplo: me ha convidado á comer el sábado; nada mas natural en el punto á que han llegado nuestras relaciones, ¿no es verdad? Pues bien, ¿qué he sabido despues? Vuestro padre y vuestra madre tambien estan convidados. Me encontraré con ellos, ¡y sabe Dios los resultados que tendrá esta entrevista para lo futuro! Estas circunstancias son al parecer muy naturales, y sin embargo, yo veo en ellas un no sé qué que me admira, y confio ciegamente. Presumo que Monte-Cristo, hombre singular que todo lo adivina, ha querido darme á conocer á M. y Madama de Villefort, y á veces trato de leer en sus ojos si ha adivinado nuestro amor.



—...mirad por entre las tablas, allá abajo atado á un árbol, el caballo nuevo en que he venido.

—Por visionario os tendria, mi buen amigo, dijo Valentina, y me inspiraria serios temores vuestro buen sentido, si no oyese de vuestra boca razones semejantes. ¡Qué! ¿veis algo mas que una casualidad en ese encuentro? Reflexionad un poco, Maximiliano. Mi padre, que nunca sale de sus costumbres, ha estado ya diez veces para negar á Madama de Villefort su compañía, y ella, que por lo contrario arde en deseos de ver en su casa á ese nabab estraordinario, ha conseguido con mucho trabajo arrastrarle allá. No, no, Maximiliano, después de vos, no tengo otro protector en el mundo que mi pobre abuelo, ¡un cadáver! ni otro apoyo que mi pobre madre, ¡una sombra!

—Siento que teneis razon, Valentina, y que está la lógica de vuestra parte, repuso Maximiliano; pero vuestra dulce voz, siempre tan poderosa, hoy no me convence.

—Ni la vuestra á mí tampoco, dijo Valentina, y confieso que si no teneis otro ejemplo que citarme...

—Otro tengo, respondió vacilante Maximiliano; pero me veo precisado á confesaros, Valentina, que es mas absurdo que el primero.

—Tanto peor, dijo la jóven sonriéndose.

—Y sin embargo, añadió el capitan, no es menos convincente para mí, hombre que soy de inspiracion y de sentimiento, y que he debido la existencia muchas veces, en los diez años que hace que milito, á esas voces interiores que nos aconsejan retroceder un tanto para que pase junto á nosotros la bala que venia á matarnos.

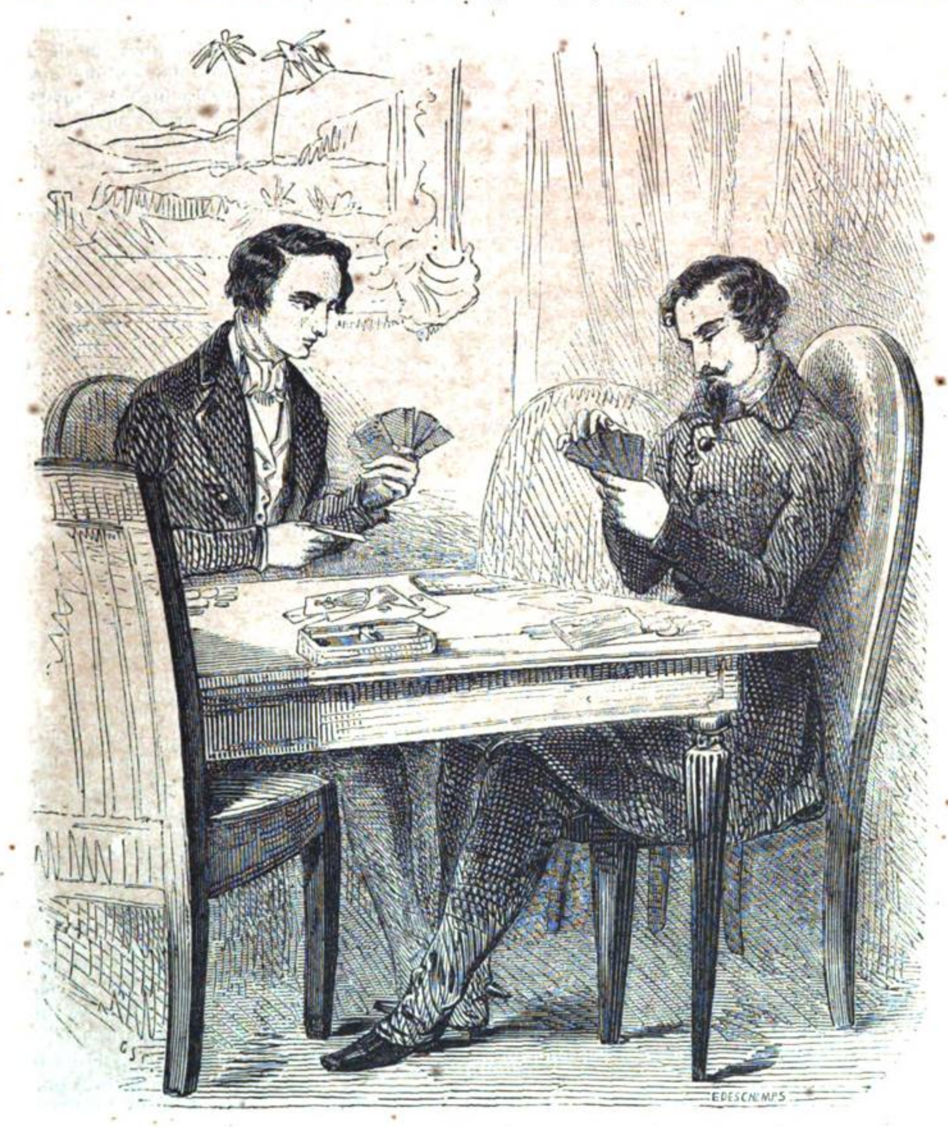
—¿Y por qué, Maximiliano, no se ha de atribuir á mis rezos esa desviacion de las balas? Cuando vais á la guerra, no es por mí ni por mi madre por quien rezo, que es por vos.

—Eso será desde que os conozco, dijo Maximiliano sonriéndose; pero ¿y antes que os conociera, Valentina?

—¡Ea! puesto que nada quereis deberme, infame, volvamos á ese ejemplo que á vos mismo os parece absurdo.

—Pues bien: mirad por entre las tablas, allá abajo atado á un árbol, el caballo nuevo en que he venido.

—¡Oh qué animal tan hermoso! esclamó Valentina.



...ocupó su puesto, jugamos, y yo gané...

¿Por qué no le trajisteis mas cerca de aquí? le hubiera yo hablado y me hubiera entendido.

—Es con efecto, como veis, un animal de mucho valor, dijo Maximiliano. Pues bien: ya sabeis, Valentina, que mi fortuna es muy limitada, y que soy un hombre verdaderamente económico. Habia yo visto en casa de un chalan ese magnífico *Medeah*, que es el nombre que le he puesto; pregunté su precio, y me respondieron que cuatro mil quinientos francos. Como comprendereis, debí ya de renunciar á que me pareciera hermoso, y salí con el corazon apretado, lo confieso, pues el animal me habia mirado tiernamente y me habia acariciado con su cabeza, caracoleando debajo de mí de la manera mas graciosa. Aquella misma tarde hallábanse reunidos en mi casa algunos amigos, M. de Chateau-Renaud, M. Debray, y otras cinco ó seis malas cabezas, que sois harto afortunada en no conocerlos, ni aun de nombre. Propusieron un entrecinco Yo no juego nunca, porque no soy ni bastante rico para poder perder, ni bastante pobre para desear ganar; pero como estaba en mi casa, ya comprendereis que no debia de hacer otra cosa que mandar por barajas, y así lo hice. Cuando nos sentábamos á la mesa llegó el conde de Monte-Cristo; ocupó su puesto, jugamos, y yo gané... apenas me atrevo á confesároslo, Valentina; gané cinco mil francos. A media noche nos separamos. No pude resistir á la impaciencia, tomé un cabriolé, y me fuí á casa del chalan. Llamé palpitante, febril... el que me abrió debió de tenerme por un loco. Apenas me abren, corro á la cuadra, miro el pesebre... ¡Oh fortuna! *Medeah* estaba comiendo su pienso. Cojo una silla, se la pongo yo mismo, le paso la brida al pescuezo... *Medeah* se prestaba á todo con mucho placer. Luego, alargando los cuatro mil quinientos francos al estupefacto chalan, vuelvo á mi casa, ó dicho mejor, me estoy toda la noche dando vueltas por los Campos Elíseos. Oid, oid... en el balcon del conde habia luz, y me pareció ver su sombra detrás de los visillos. Jurara, Valentina, que el conde supo que yo deseaba el caballo, y perdió de motu propio para que pudiera adquirirlo.

—Mi querido Maximiliano, sois novelesco en demasía, dijo Valentina, y no me amareis por mucho tiempo. Un hombre que así se lanza al mundo de la poesía no se acomoda con gusto á una pasion monótona como la nuestra... pero callad... ¡gran Dios! me llaman... ¿no ois?

—¡Oh Valentina! dijo Maximiliano, dadme á besar por la rendija uno de vuestros dedos tan siquiera.

—Maximiliano, hemos dicho que seriamos el uno para el otro dos voces, dos sombras.

—Como gusteis, Valentina.

—¿Sereis dichoso si hago lo que me pedís?

—¡Oh sí!

Al punto, subiéndose á un poyo, pasó Valentina por la abertura de la empalizada, no un dedo, sino toda la mano.

Exhaló el jóven un grito, y arrimándose á la empalizada, posó sus labios ardientes en aquella mano querida.

Pero en el mismo instante huyó la mano de entre las suyas, oyéndose á Valentina correr, asustada quizás de la emocion que habia sentido.

CAPÍTULO XIX.

M. NOIRTIER DE VILLEFORT.

Veamos ahora lo que habia sucedido en casa del procurador del rey despues de la visita de Madama Danglars y de su hija, y durante la conversacion de Valentina y Morrel.

M. de Villefort con su esposa habian entrado en la habitacion de su padre.

Despues de saludar al anciano y de despedir á Barrois, criado viejo que contaba á su servicio mas de veinticinco años, se sentaron á los lados de M. Noirtier.

Este, en su gran sillon de ruedas, donde le colocaban por la mañana y le levantaban por la noche, situado en frente de un espejo que reflejaba toda la habitacion permitiéndole ver, sin que hiciese un movimiento, cosa que fuera imposible, todo el que entraba ó salia, y lo que hacian en torno; M. Noirtier, repetimos, inmóvil como un cadáver, miraba con ojos inteligentes y animados á sus hijos, cuyo ceremonioso aspecto le anunciaba algun paso oficial inesperado.

La vista y el oido eran los dos sentidos que animaban todavía, como dos chispas fugaces, aquella materia terrestre preparada ya para la tumba casi en su totalidad. Mas aun: de los dos sentidos uno solo podia revelar esteriormente la vida interior que animaba á la estátua, y la mirada que declaraba esta vida interior parecia una de esas luces lejanas que en medio de la noche anuncian al viajero perdido en un desierto que hay otro ser que vela en aquel silencio y aquella oscuridad.

Así pues, en estos ojos negros del anciano Noirtier, ojos coronados de cejas tambien negras, al paso que todos sus cabellos, que le caian sobre la espalda, eran blancos; en estos ojos, como siempre se ve en los órganos del hombre que obran á costa de los demás órganos, se habian concentrado toda la actividad, toda la destreza, toda la energía y toda la inteligencia diseminadas en otro tiempo en los órganos restantes.

Faltábale ciertamente el ademan al brazo, el sonido á la voz, la accion al cuerpo; pero todo lo suplian aquellos ojos potentes: mandaba con los ojos, agradecia con los ojos.

Era en fin un cadáver con los ojos vivos, y nada á veces mas tremendo de ver que aquel rostro de mármol en cuya cúspide brillaba un rayo de cólera ó de alegría.

Tres personas solamente sabian comprender este lenguaje del pobre paralítico: Villefort, Valentina y el antiguo criado de que ya se ha hecho mencion.

Pero como Villefort solo veia á su padre muy raras veces, y eso cuando no podia pasar por otro punto; como cuando le veia no trataba de darle el gusto de comprenderle, toda la felicidad del viejo se encerraba en su nieta, y Valentina habia llegado á fuerza de adhesion, de amor y de paciencia á traducir á la primera mirada los pensamientos de Noirtier.

A este lenguaje mudo é ininteligible para otro cualquiera, respondia ella con toda su voz, con toda su fisonomía, con toda su alma; de suerte que pasaban los diálogos mas animados entre la jóven y el viejo; aquel viejo que ya era casi polvo, pero hombre aun de inmenso saber, de estraordinaria penetracion, y de una voluntad tan poderosa como puede serlo un alma enterrada en una materia que no la obedece ya.

Valentina pues habia resuelto el estraño problema de comprender lo que pensaba el anciano, y de hacerle comprender lo que ella pensaba; con que, gracias á este estudio, era muy raro que particularmente en las cosas comunes de la vida no acertase ella al punto mismo el deseo de aquel alma viviente, ó la necesidad de aquel cadáver medio insensible.

El criado, por su parte, como ya hemos dicho que hacia veinticinco años que le servia, era tan práctico en sus costumbres, que casi nunca tenia que pedirle Noirtier nada.

Por consiguiente, Villefort no necesitaba ni del uno ni de la otra para entablar con su padre la estraña conversacion que le llevaba allí.

Ya hemos dicho que tambien él comprendia el vocabulario del anciano, y si no lo usaba mas á menudo, era por desden y por indiferencia.

Dejó pues á Valentina bajar al jardin, despidió á

Barrois, y después de sentarse al lado derecho de su padre, mientras madama de Villefort se sentaba al izquierdo, le dijo:

—No os admire, señor, que Valentina no haya venido con nosotros y que haya despedido yo á Barrois, porque la conferencia que vamos á tener es de aquellas que no pueden tenerse en presencia de una jóven ó de un criado. Madama de Villefort y yo venimos á comunicaros una noticia.

La mirada del viejo siguió inmóvil.

Tomando á su vez la palabra Madama de Villefort, apresuróse á añadir:

—Nos imaginábamos, señor, que esta noticia os interesaria tanto mas, cuanto que al parecer es Valentina objeto de vuestra predileccion. Quédanos por deciros solamente el nombre de su futuro esposo, que es uno de los partidos mas brillantes que pudiera Valentina desear. Tiene fortuna, un nombre ilustre, y su



Barrois.

conducta y sus gustos pueden ser garantías de la felicidad de vuestra nieta. Su nombre no os debe de ser desconocido. Se llama M. Franz de Quesnel, baron d'Epinay.

Durante este preámbulo, el rostro de Noirtier permaneció impasible: los ojos de Villefort, por el contrario, se esforzaban á penetrar á lo mas profundo de su corazon.

—Madama de Villefort y yo estamos seguros de que os agradará esta noticia, prosiguió el procurador del rey con un tono helado que no admitia réplica.

Los ojos del anciano siguieron inmóviles: escuchaba solamente.

—Señor, vamos á casar á Valentina, repuso su hijo.

Una estátua de cera no se hubiese quedado mas fria que el semblante del anciano.

—Antes de tres meses se verificará el casamiento, añadió Villefort.

Durante el discurso de su muger, tenia fija Villefort su mirada en el viejo con mas atencion que nunca.

Cuando Madama de Villefort pronunció el nombre de Franz, temblaron los ojos de Noirtier, tan perfectamente conocidos de su hijo, y dilatándose sus pupilas como hubieran podido hacerlo unos labios para dejar paso á las palabras, dieron paso á un rayo fulminante.

El procurador del rey, que sabia la enemistad que en lo antiguo existió entre su padre y el padre de Franz, comprendió aquel rayo y aquella agitacion; pero dejó-

los pasar sin embargo como desapercibidos, y reanudando el discurso de su muger:

—Bien comprendeis, señor, le dijo, que importa que Valentina tome estado, puesto que ya raya en los diez y nueve años. Sin embargo, en nuestras discusiones no nos hemos olvidado de vos, asegurándonos de que el marido de Valentina se conformaria, si no á vivir con nosotros, que quizás molestaríamos á un matrimonio jóven, á vivir con vos á lo menos, con vos á

—¡Mucho calor hace aquí, y perjudica á M. Noirtier!

Luego tornó á su lado, pero no á sentarse.

—Este casamiento, añadió Madama de Villefort, agrada á M. d'Epinay y á su familia, que no se compone mas que de un tio y de una tia, puesto que murió su madre al darle á luz, y su padre fué asesinado en 1815, es decir, cuando apenas contaba el niño dos años. Es por consiguiente dueño de su albedrío.

Los ojos de Noirtier brotaron sangre.

quien Valentina prefiere, y que por vuestra parte le pagais al parecer tan tierna afeccion; y que viviriais á su lado, de manera que no se alterase ninguna de vuestras costumbres, solo que tuviéseis para cuidaros dos hijos en vez de uno.

Los ojos de Noirtier brotaron sangre.

Era evidente que pasaba algo terrible en el alma de aquel viejo; era evidente que el grito del dolor y de la cólera subia á su garganta, y no pudiendo estallar le ahogaba, porque su rostro se puso purpúreo y sus labios blancos.

Villefort abrió tranquilamente una ventana diciendo:

—Asesinato misterioso, dijo Villefort, cuyos autores han permanecido ignorados, aunque se haya sospechado de muchas personas, pero vagamente y sin dato alguno.

Noirtier hizo un esfuerzo tan grande, que se contrajeron sus labios como para reir.

—Ahora bien, prosiguió Villefort, los verdaderos culpables, los que saben que han cometido el crímen y que mientras vivan puede herirlos la justicia de los hombres y la de Dios cuando mueran, se creerian muy dichosos en nuestro lugar teniendo una hija que ofrecer á M. Franz d'Epinay para estinguir hasta la sospecha mas remota.

Noirtier se habia ido calmando con un poder que nadie hubiera supuesto en aquella organizacion incompleta.

—Sí, ya comprendo, respondió á Villefort con una mirada.

Y esta mirada rebosaba á par desden profundo é inteligente cólera.

Villefort por su parte respondió á esta mirada, que habia comprendido muy bien, con un encojimiento de hombros.

Luego hizo seña á su muger de que se levantara.

—Recibid, señor, mis respetos, dijo la dama. ¿Quereis que Eduardo venga á presentaros los suyos?

Era cosa convenida que el anciano manifestase su aprobacion cerrando los ojos, su negativa guiñándolos muchas veces, y que los levantase al cielo cuando deseaba alguna cosa.

Para llamar á Valentina cerraba solamente el ojo derecho.

Para Barrois el ojo izquierdo.

Al oir la proposicion de madama de Villefort guiñó los ojos vivamente.

Negativa tan clara hizo á la jóven morderse los labios.

—Entonces os enviaré á Valentina, le dijo.

—Sí, respondió el viejo cerrando los ojos con mucha viveza.

Saludáronle y salieron M. y Madama de Villefort mandando que llamasen á Valentina, que por su parte estaba ya prevenida de que aquel dia tendria que hacer con M. Noirtier.

Poco después de salir el matrimonio entró Valentina sonrosada aun de emocion.

Una mirada le bastó para comprender cuánto sufria su abuelo y cuánto tenia que decirla.

—¡Oh mi buen papá! ¿qué te ha sucedido? esclamó. ¿Estás enojado, no es verdad?

—Sí, respondió cerrando los ojos.

—¿Con quién? ¿con mi padre?—No.—¿Con Madama de Villefort?—No.—¿Conmigo?

El viejo hizo seña de que sí.

—¿Conmigo? replicó admirada Valentina.

El viejo repitió la seña.

—¿Qué te he hecho, querido papá? esclamó Valentina.

No hubo respuesta.

La jóven prosiguió:

—Como no te he visto en todo el dia, ¿te han dicho algo de mí?

—Sí, repuso con viveza la mirada del viejo.

—Veamos... déjame que piense... yo te juro, padre mio... ¡Ah! salian de aquí M. y Madama de Villefort, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y son ellos los que te han dicho esas cosas que te alteran? ¿Qué es? ¿quieres que vaya á preguntárselo para que pueda disculparme contigo?

—No, no, respondió la mirada.

—Pero me llenas de susto. ¡Dios mio! ¿qué habrán podido decirte?

Y se puso á cavilar.

—¡Oh! ya sé, dijo bajando la voz y acercándose mas al anciano. ¿Te han hablado por ventura de mi casamiento?

—Sí, replicó con enojo la mirada.

—Ya comprendo; ¿y te enfada mi silencio? ¡Oh! has de saber que me tenian prohibido decirte una palabra; ó mejor, que nada me habian dicho á mi misma, y que en cierto modo he sorprendido este secreto; por eso fuí tan reservada contigo. Perdóname, buen papá.

Vuelta á su inmovilidad la mirada, parecia como si dijese:

«No es solo tu silencio lo que me afflige.»

—¿Pues qué es? le preguntó la jóven. ¿Pensabas que te abandonaria y que el matrimonio me hiciese olvidadiza?

—No, dijo el anciano.

—¿Te han dicho que M. d'Epinay consentia en que viviésemos juntos?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estás enojado?

Los ojos de Noirtier tomaron una espresion de infinita dulzura.

—Sí, ya comprendo, dijo Valentina, por qué me quieres.

El viejo le hizo seña de que sí.

—¿Y temes que sea desgraciada?

—Sí.

—¿No quieres á M. Franz?

Los ojos repitieron tres ó cuatro veces:

—No, no, no.

—¿Entonces tendrás mucha pena?

—Sí.

—Pues bien, escucha, dijo Valentina hincándose de rodillas delante de Noirtier y echándole al cuello sus brazos, yo tengo tambien mucha pena, porque tampoco yo quiero á M. Franz d'Epinay.

Un rayo de júbilo pasó por los ojos del anciano.

—Cuando quise entrar en un convento, ¿no recuerdas que te enfadaste tanto conmigo?

Una lágrima humedeció la pupila árida del anciano.

—Pues era por librarme de ese casamiento que me desespera, añadió Valentina.

La respiracion de Noirtier se puso acelerada.

—¿Con que este casamiento te da pena, padre mio? ¡Oh! ¡si pudieras ayudarme! ¡si pudiéramos desbaratar ese proyecto! Pero tú no tienes fuerzas para luchar con ellos; tú, cuya imaginacion es tan viva, cuya voluntad es tan firme, eres tan débil ó mas que yo para luchar. ¡Ay! en tus tiempos de brios y de salud hubieras sido para mí un protector tan poderoso! pero hoy lo mas que puedes es comprenderme y alegrarte, ó entristecerte conmigo. Es un asomo de felicidad que Dios se ha olvidado de quitarme, cuando me quitó tantas otras.

Tomaron en esto los ojos de Noirtier tal espresion de malicia y profundidad, que creyó la jóven leer en ellos estas palabras:

—Te equivocas. Todavía puedo hacer mucho por tí.

—¿Puedes hacer algo por mí, buen papá? esclamó Valentina.

—Sí.

Y Noirtier alzó los ojos al cielo, que era lo convenido entre él y Valentina para espresar que deseaba algo.

—¿Qué quereis, papá? Veamos.

Y Valentina se puso á reflexionar un instante, demostrando sus pensamientos á medida que se le ocurrian, aunque á todos el viejo respondia constantemente:

—No.

—Hay que recurrir á los medios estraordinarios, pues tan torpe soy.

Y recitó una por una las letras del alfabeto desde la A hasta la N, interrogando al mismo tiempo la mirada del paralítico.

Al llegar á la N contestó que *sí*.

—¡Ah! dijo Valentina, lo que deseais empieza con N. Tenemos pues que habérnoslas con la N. Ea pues, ¿para qué necesitamos á la N? Na-ne-ni-no...

—Sí, sí, sí, respondió el viejo.

—¡Ah! *no*...

—Sí.

Fué Valentina á buscar un diccionario, que colocó en un atril delante de su abuelo.

Abriólo, y cuando vió la mirada del anciano fija en las hojas, empezó á correr su dedo vivamente de alto á bajo de las columnas.

La costumbre le habia hecho muy fácil esta tarea, como que hacia ya seis años que estaba Noirtier en aquella lamentable situacion; con que en adivinar su pensamiento era tan pronta como si lo hubiese buscado él mismo en el diccionario.

En la palabra *notario* le hizo seña Noirtier de que parase.

—*Notario*, repitió la jóven. ¿Deseas un notario, querido papá?

Corrió la jóven al cordon de la campanilla, y apareciendo un criado le ordenó rogase á M. ó Madama de Villefort que subieran al cuarto de su abuelo.

—¿Estás contento? le preguntó Valentina... sí... ya lo creo... ¡eh! no era tan fácil de adivinar eso.

Y la jóven sonrió á su abuelo como hubiera podido sonreir á un niño.

En esto entró M. de Villefort acompañado de Barrois.



...y cuando vió la mirada del anciano fija en las hojas, empezó á correr su dedo vivamente de alto abajo de las columnas.

El viejo le hizo señas de que era un notario lo que queria.

—¿Con que habrá que mandar venir un notario? tornó á preguntarle Valentina.

—Sí, respondió el paralítico.

—¿Ha de saberlo mi padre?

—Sí.

—¿Y tienes mucha prisa?

—Sí.

—Entonces lo mandaremos llamar en seguida. ¿Es eso todo lo que quieres?

—Sí.

—¿Qué quereis, señor? preguntó á su padre.

—Señor, mi abuelo quiere que venga un notario, dijo Valentina.

A tan estraña salida cruzó Villefort una mirada con el paralítico.

—Sí, dijo este con una energía que demostraba que con la ayuda de Valentina y del criado estaba dispuesto á salir triunfante de su empeño.

—¿Con que quereis un notario? repitió Villefort.

—Sí.

—¿Para qué?

Noirtier no respondió.

—¿Para qué necesitais del notario? tornó á esclamar Villefort.

La mirada del paralítico prosiguió inmóvil, y por lo tanto muda, lo que queria decir;

—Insisto en mi empeño.

—¿Para jugarnos alguna mala pasada, eh? dijo Villefort.

—Pero en fin, replicó Barrois, pronto á rebelarse con la pertinacia de los criados antiguos; pero en fin, cuando el señor quiere un notario, será porque lo necesite; con que voy á buscarle.

Barrois no reconocia otro amo que Noirtier, y no toleraba que su autoridad se pusiese tan siquiera en duda.

—Sí, quiero un notario, esclamó el viejo, cerrando los ojos audazmente en aire de desafío, como si dijera:

—Veremos si se atreven á negarme lo que pido.

—Vendrá un notario, puesto que absolutamente lo exigís; pero yo me disculparé con él y os disculparé á vos mismo, porque la escena va á ser altamente ridícula.

—No importa, dijo Barrois; voy á buscarle.

Y salió con aire de triunfo.

CAPITULO XX.

UN TESTAMENTO.

En el momento que salia Barrois, miró Noirtier á Valentina con aquel malicioso interés que tantas cosas anunciaba.

La jóven lo comprendió y Villefort tambien, pues su frente y sus cejas se arrugaron.

Tomó una silla, instalóse en la habitacion del paralítico, y esperó.

Noirtier miraba lo que hacia con absoluta indiferencia; pero con el rabo del ojo habia mandado á Valentina que permaneciese tambien allí, y que no tuviese cuidado.

Tres cuartos de hora después volvió Barrois con el notario.

—Caballero, le dijo Villefort pasadas las primeras ceremonias, quien os ha mandado llamar es M. Noirtier de Villefort, aquí presente. Una parálisis completa le impide el uso de sus miembros y de la voz; de suerte que nosotros solos, y eso con mucho trabajo, logramos tal vez comprender algo de sus pensamientos.

Noirtier recurrió á Valentina con una mirada tan grave, tan imperiosa, que la jóven respondió en el acto:

—Yo comprendo todo lo que mi abuelo quiere decir.

—Es verdad, añadió Barrois, todo, absolutamente todo, como yo se lo decia al señor notario por el camino.

—Disimuladme, caballero, y tambien vos, señorita, dijo el notario dirigiéndose á Villefort y á Valentina; pero esta es una de las ocasiones en que el agente público no puede partir de ligero sin atraerse inmensa responsabilidad. Para que un acta sea válida, la primera condicion es que el notario esté convencido de que ha interpretado fielmente la voluntad del dictante. Ahora bien, yo no puedo estar seguro de la aprobacion ó reprobacion de un cliente que no habla, y como á causa de su mutismo no se puede probar plenamente lo que le agrada ó lo que le desagrada, ejerceria ilegalmente mi cargo, que es en esta ocasion inútil y mas que inútil.

Y dió un paso para retirarse.

Una imperceptible sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del procurador del rey.

Noirtier de su parte miró á Valentina con tal espresion de dolor, que la jóven no pudo menos de colocarse entre el notario y la puerta.

—Caballero, le dijo, el lenguaje que yo hablo con mi abuelo es facilísimo de aprender; y así como lo comprendo yo, puedo en pocos minutos enseñaros á comprenderlo. Vamos á ver; ¿qué es lo que necesitais, caballero, para la absoluta tranquilidad de vuestra conciencia?

—Lo que se requiere para que nuestros actos sean válidos, señorita, respondió el notario; es decir, certidumbre de la aprobacion ó reprobacion. Se puede estar enfermo del cuerpo, pero es preciso que esté el espíritu sano.

—Pues bien, caballero; con dos signos adquirireis esa certidumbre, y la de que nunca ha estado mi abuelo en tan completo goce de su inteligencia como ahora. Falto de voz y de movimiento, M. Noirtier cierra los ojos cuando quiere decir que sí, y los guiña repetidamente cuando quiere decir que no. Ya sabeis lo bastante para hablar con él. Haced la prueba.

La mirada que lanzó el anciano á Valentina rebosaba tanta ternura y gratitud, que el mismo notario la comprendió.

—¿Habeis oido y comprendido, caballero, lo que dice vuestra nieta? le preguntó el notario.

Noirtier cerró dulcemente los ojos, volviendo á abrirlos poco después.

—¿Y aprobais lo que ha dicho? es decir, ¿los signos indicados por ella, son exactamente los mismos que os sirven para dar á entender lo que pensais?

—Sí, replicó el viejo.

—¿Sois vos quien me ha mandado llamar?

—Sí.

—¿Para hacer testamento?

—Sí.

—¿Y no quereis que me vaya sin hacerlo?

El paralítico cerró los ojos con viveza muchas veces.

—Ya le comprendeis, caballero; ¿es bastante para tranquilizar vuestra conciencia? le preguntó la jóven.

Pero antes que el notario respondiese, le llevó aparte Villefort.

—Caballero, le dijo, ¿creis que pueda un hombre soportar impunemente choque físico tan terrible como el que ha sufrido M. Noirtier de Villefort sin que padezca gravemente su organizacion moral?

—No es eso precisamente lo que me da en qué pensar, respondió el notario, sino cómo llegaremos á adivinar los pensamientos antes de provocar las respuestas.

—Ya veis que es imposible, dijo Villefort.

Valentina y el anciano oian la conversacion.

Fué tan fija y tan firme la mirada que ahora clavó Noirtier en Valentina, que exigia respuesta.

—No os inquieteis por eso, caballero, le dijo: por difícil que sea ó que os parezca adivinar el pensamiento de mi abuelo, yo os lo traduciré, yo, y de tal modo, que no os pueda quedar alguna duda. Hace seis años que vivo cuidando á M. Noirtier, y que diga él mismo si en esos seis años ninguno de sus deseos ha quedado sin satisfaccion porque yo no lo comprendiese.

—No, dijo el anciano.

—Probemos pues, repuso el notario. ¿Aceptais por intérprete á esta señorita?

El paralítico hizo seña de que sí.

—Bien. Veamos ahora, caballero, ¿qué es lo que quereis de mí y lo que quereis hacer?

Valentina fué nombrando hasta la T todas las letras del alfabeto.

En esta la detuvo la elocuente mirada del anciano.

—La letra T es la que indica este caballero, dijo el notario. No cabe duda.

—Esperad, añadió Valentina.

Y volviéndose hácia su abuelo, añadió:

—Ta... te...

El anciano la paró en la segunda sílaba.

Entonces Valentina cojió el diccionario, y ante el curial, que no la perdia de vista, se puso á señalar con el dedo las palabras.

Testamento señaló su dedo, detenido por una mirada de Noirtier.

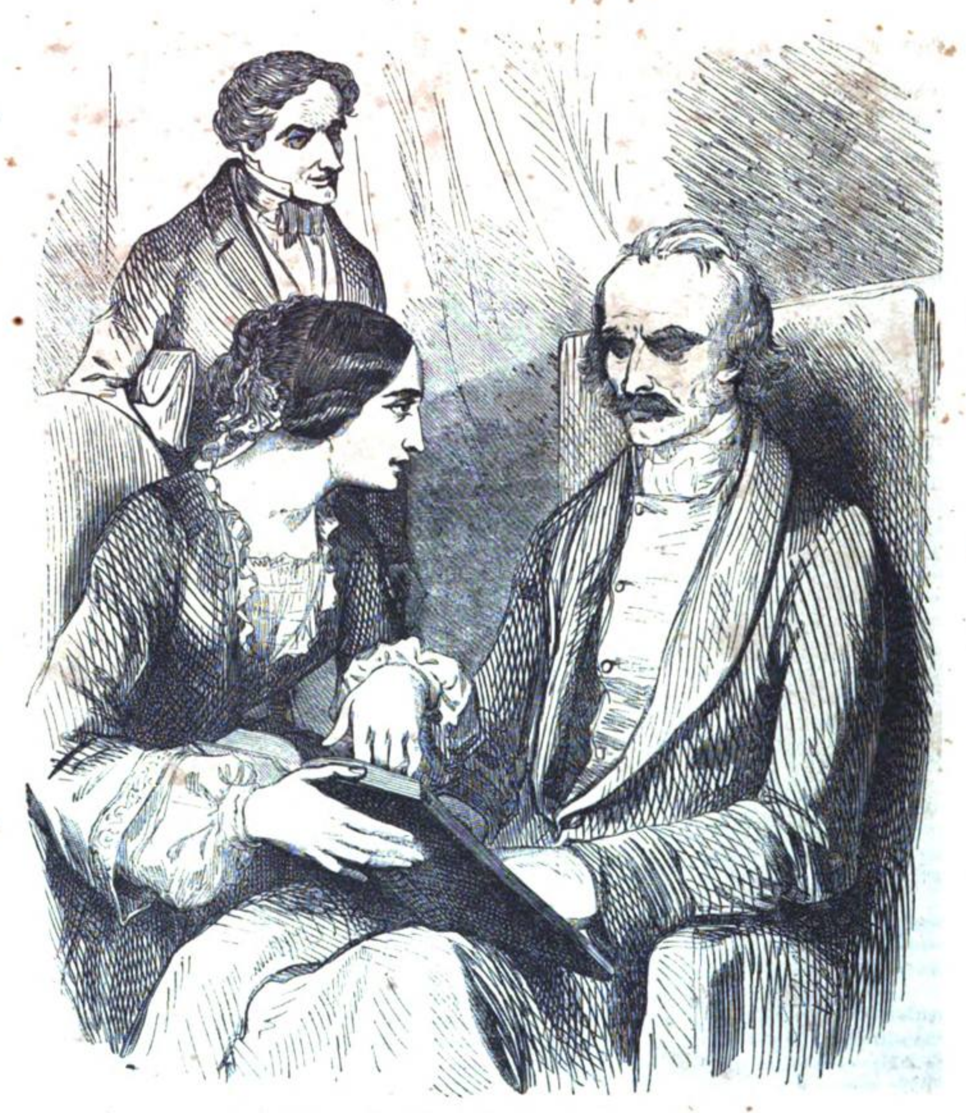


—Testamento, esclamó el notario. Es cosa clara: quiere testar.

—Sí, dijo Noirtier repetidas veces.

—¡Convenid en que esto raya en lo maravilloso! dijo el notario á Villefort, que estaba estupefacto.

—Con efecto, repuso este; y mas maravilloso todavía fuera el testamento, porque no concibo que los artículos vengan por si mismos á colocarse por su órden en el papel, palabra por palabra, sin la inteligente ayuda de mi hija; de lo que se deduce que Valentina estará demasiado interesada en el testamento para ser intérprete fiel de la voluntad de M. Noirtier de Villefort.



—Testamento, esclamó el notario. Es cosa clara: quiere testar.

—No, no, no, quiso decir el paralítico.

—¡Cómo! ¿no está Valentina interesada en vuestro testamento? dijo M. de Villefort.

—No, repuso Noirtier.

—Caballero, añadió el notario, que gustosísimo de asistir á tan pintoresca escena, pensaba contarla luego á sus amigos; caballero, nada me parece ahora tan fácil como lo que creia imposible há poco; y este testamento será simplemente un testamento místico, es decir, previsto por la ley, que lo autoriza como se lea en presencia de siete testigos, y el testador lo apruebe y lo cierre el notario delante de ellos tambien. En cuanto á su duracion será todo lo mas la de otro cualquiera. Las fórmulas son siempre las mismas, y por lo que toca á los pormenores, proporcionará la mayor parte el estado de los negocios del testador, estado que podreis manifestarnos vos mismo, puesto que habreis corrido con ellos. Además, para que sea inatacable la validez de esta acta, tomaremos todas las precauciones; me ayudará uno de mis cólegas, contra lo que es costumbre. ¿Estais contento, caballero? añadió el notario dirigiéndose al paralítico.

—Sí, respondió Noirtier, satisfecho de verse comprendido.

—¿Qué irá á hacer? se preguntó Villefort á sí mismo.

Su alta posicion le exigia tanta reserva, é ignoraba el objeto de su padre.

Volvióse pues para mandar que viniese otro nota-

rio; pero Barrois, que lo habia oido todo y que adivinaba la intencion de su amo, habia salido ya á cumplirla.

Con esto el procurador mandó subir á su esposa, y un cuarto de hora después toda la casa estaba reunida en la habitacion del paralítico.

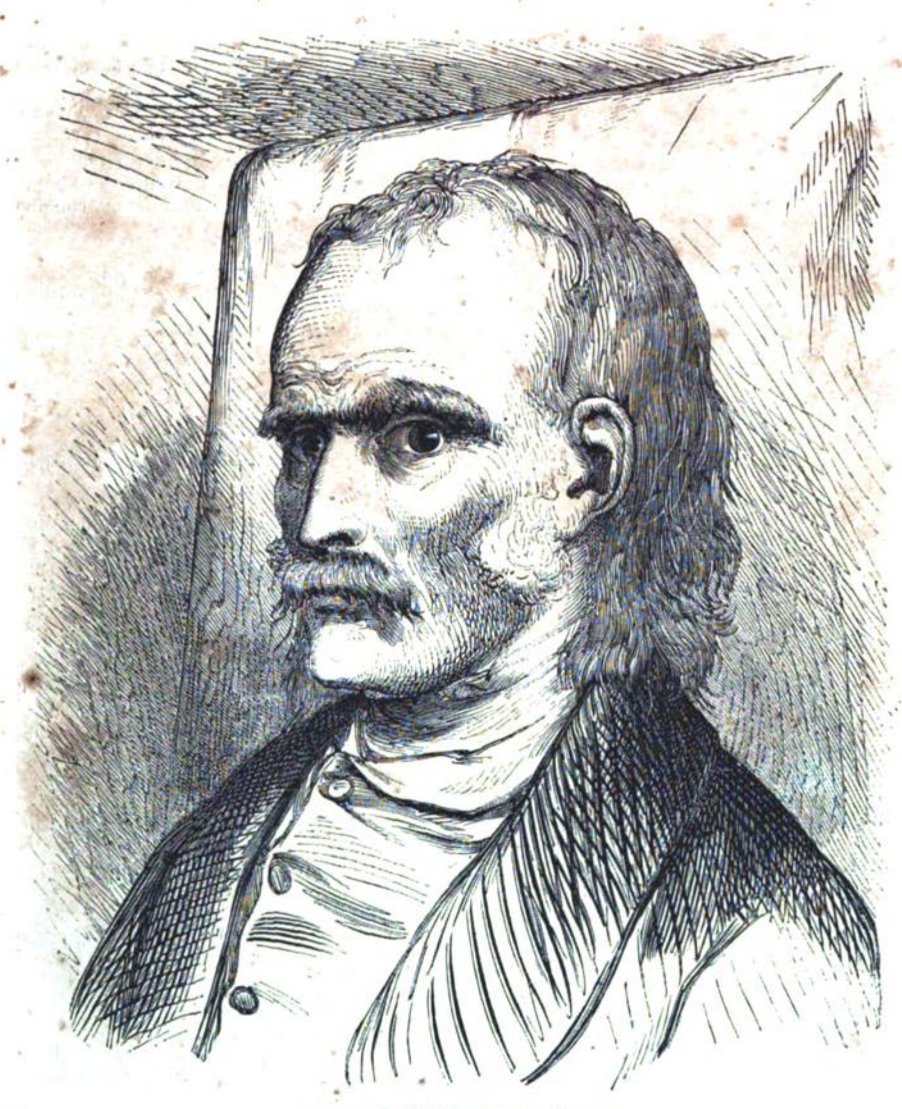
El segundo notario habia llegado ya.

Su cólega le esplicó en pocas palabras el asunto que los reunia.

Habia algo de solemne en este interrogatorio. Nunca habia sido tan palpable la lucha de la materia con el espíritu, que si no era un espectáculo sublime, como estábamos tentados de decirlo, era á lo menos curioso.

En torno á Villefort se habia juntado un corro.

El segundo notario, dispuesto á escribir, estaba sentado á una mesa, y el primero seguia delante del paralítico interrogándole.



Los ojos de Noirtier brotaron llamas.

Leyó á Noirtier una fórmula testamentaria, vaga y vulgar, y luego para comienzo, por decirlo así, de la consulta de su inteligencia, le dijo el primer notario:

—Cuando se hace testamento, caballero, es á favor de alguien ó contra alguien.

—Sí, contestó Noirtier.

—¿Teneis idea del total de vuestra fortuna?

—Sí.

—Voy á nombraros muchas cantidades de menor á mayor. Cuando llegue á la que creais igual á la vuestra, me detendreis.

—Sí.

—Vuestro caudal pasa de trescientos mil francos ¿no es verdad? le preguntó.

Noirtier hizo seña de que sí.

—¿De cuatrocientos mil? prosiguió el notario.

Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Quinientos mil?

La misma inmovilidad.

—¿Seiscientos mil, setecientos mil, ochocientos mil, novecientos mil?

Noirtier le hizo seña de que sí.

—¿Con que poseeis novecientos mil francos?

—Sí.

—¿En bienes inmuebles? le pregunto el notario.

Noirtier hizo seña de que no.

—¿En papel?

Noirtier hizo seña de que sí.

—¿Y teneis ese papel en vuestro poder?

Una mirada del anciano á Barrois hizo que este saliera de la estancia volviendo á poco con una cajita.

—¿Permitireis que se abra esa caja? preguntó el notario.

Noirtier hizo seña de que sí.

Abierta la caja, halláronse dentro novecientos mil francos en inscripciones del gran libro.

El primer notario las entregó una por una á su colega. La cuenta estaba cabal.

—Esto es, dijo. No hay duda de que su inteligencia está en todo su vigor y lucidez.

Luego, volviéndose al paralítico:

—Resulta pues, le dijo, que teneis novecientos mil francos de capital, que gracias á su colocacion deben de produciros cuarenta mil libras de renta sobre poco mas ó menos.

—Sí, dijo Noirtier.

—¿Y á quién quereis dejar esa fortuna?

—¡Oh, eso es indudable! dijo Madama de Villefort. La única persona á quien ama M. Noirtier es su nieta Valentina de Villefort; ella le cuida há seis años; ella ha sabido ganar su afecto y hasta su gratitud con amorosa ternura, y es justo que recoja el premio.

Los ojos de Noirtier brotaron llamas, como si no se dejase engañar por aquella fingida aquiescencia de Madama de Villefort á la intencion que le suponia.

—¿Será pues á la señorita Valentina de Villefort á quien dejeis estos novecientos mil francos? preguntó el notario, que creyendo faltarle solo esta cláusula para rematar el testamento, trataba sin embargo de asegurarse del consentimiento de Noirtier, y hacerlo constar por todos los testigos de escena tan estraña.

Valentina habia dado un paso hácia atrás llorando, con la vista fija en el suelo.

Contemplóla un instante el anciano con espresion de profunda ternura; y volviéndose luego al notario, guiñó los ojos de la manera mas significativa y terminante.

—¿Qué, no? repuso el notario. ¡Cómo! ¿no es á la señorita Valentina de Villefort á quien haceis vuestra heredera universal?

Noirtir hizo seña de que no.

—¿No os equivocais? ¿repetís que nó? esclamó el notario absorto.

—¡Nó! ¡nó! repitió Noirtier.

Valentina alzó la cabeza, asombrada no de su desheredamiento, sino de haber provocado el enojo que dicta estos actos casi siempre.

Pero el anciano la miró con tanta ternura, que no pudo menos de esclamar:

—¡Oh padre mio! ya veo que solo me quitais vuestra fortuna, y que me dejais vuestro corazon.

—¡Oh! sí... tenlo por seguro... decian los ojos del abuelo, cerrándose con una espresion que Valentina no podia desconocer.

—¡Gracias! ¡gracias!

Entre tanto habia nacido una esperanza en el corazon de Madama de Villefort.

—¿Entonces será á vuestro nieto Eduardo de Villefort á quien dejeis vuestro caudal, querido M. Noirtier? le preguntó.

El guiño de ojos fué terrible: casi ódio revelaba.

—No, repitió el notario. ¿Será á vuestro hijo, que está presente?

—No, repuso Noirtier.

Los notarios se miraban estupefactos uno á otro.

Villefort y su muger se poniau colorados, el uno de vergüenza y el otro de cólera.

—Pero ¿qué os hemos hecho, padre? le preguntó Valentina. ¿No nos quereis ya?

La mirada del anciano pasó rápidamente por su hijo y por su nuera, yendo á fijarse en Valentina con espresion de profunda ternura.

—Pues bien, añadió la jóven, si me quieres, padre, trata de hermanar con lo que haces tu cariño. Bien me conoces; bien sabes que nunca he pensado en tu caudal, sobre que dicen que soy rica, demasiado rica por parte de mi madre. Esplícate, pues.

La mirada ardiente de Noirtier se fijó en la mano de Valentina.

—¿Mi mano? repitió ella.

—Sí, dijo Noirtier.

—¡Su mano! repitieron todos los concurrentes.

—¡Ah, señores! dijo Villefort, ya veis que todo es inútil: mi pobre padre está loco.

—¡Oh ya comprendo! esclamó de repente Valentina. Hablas de mi matrimonio, ¿no es verdad?

—Sí, sí, sí, repitió tres veces el paralítico, lanzando un rayo á cada una que se levantaba su pupila.

—Tú no nos quieres á causa del matrimonio, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pero eso es absurdo, dijo Villefort.

—Disimuladme, caballero, dijo el notario: todo me parece muy lógico y muy natural.

—¿No quieres que me case con M. Franz d'Epinay?

—No, no quiero, gritaron los ojos del anciano.

—¿Y desheredais á vuestra nieta, esclamó el notario, porque no se casa á vuestro gusto?

—Sí, respondió Noirtier.

—¿De suerte que os heredaria á no ser por ese casamiento?

—Sí.

En torno al anciano reinó un profundo silencio.

Los dos notarios consultaban tan estraño caso.

Valentina miraba á su abuelo con sonrisa de gratitud y con las manos juntas.

Villefort se mordia los labios.

Madama de Villefort no podia reprimir un arrebato de alegría, que se reflejaba á su pesar en su rostro.

—Pero me parece que yo soy el único que debe juzgar de la conveniencia de esta union, dijo Villefort al fin. Único dueño de la mano de mi hija, quiero que se la dé á M. Franz d'Epinay, y se la dará.

Llorando Valentina cayó en una butaca.

—Caballero, dijo el notario, ¿qué pensais hacer de vuestro caudal, en caso de que ese casamiento se verifique?

El anciano permaneció inmóvil.

—¿Pensais disponer de él?

—Sí.

—¿A favor de algun otro miembro de vuestra familia?

—No.

—¿Será pues á favor de los pobres?

—Sí.

—Pero ya sabeis, añadió el notario, que la ley se opone á que despojeis enteramente á vuestro hijo.

—Sí.

—¿Solo dispondreis de la parte de que podeis disponer?

El viejo permaneció inmoble.

—¿Insistis en disponer del todo?

—Sí.

—Pero invalidarán vuestro testamento después que murais.

—No.

—Mi padre me conoce bien, dijo Villefort, y sabe que su voluntad será para mí sagrada. Comprende además que en mi posicion no puedo sostener un pleito con los pobres.

Los ojos de Noirtier espresaban triunfo.

—¿Qué decidís, caballero? preguntó el notario á Villefort.

—Nada, caballero. Mi padre sin duda está resuelto, y yo sé que no cambia de resolucion fácilmente. Re-

sígnome pues. Saldrán de la familia estos novecientos mil francos para enriquecer á los hospitales; pero no cederé al capricho de un viejo; obraré segun me dicte mi conciencia.

Y retiróse Villefort con su muger, dejando á su padre libre de testar como le diese la gana.

Aquel mismo dia quedó hecho el testamento.



...retiróse Villefort con su muger, dejando á su padre libre de testar como le diese la gana.

Aprobado por Noirtier, fuéronse á buscar los testigos, y en su presencia se cerró y depositó en casa de M. Deschamp, notario de la familia.

FIN DE LA TERCERA PARTE.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

CUARTA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

EL TELÉGRAFO.

Al volver á sus habitaciones M. y Madama de Villefort, supieron que el conde de Monte-Cristo habia venido á visitarlos, y los esperaba en el salon. Demasiado conmovida Madama de Villefort para dejarse ver de repente, entretúvose en la alcoba; pero mas seguro de sí mismo el procurador del rey, se encaminó al salon directamente.

Mas por dueño que fuese de sus emociones, por mucho y bien que compusiera su rostro, no logró borrar tanto la nube de su frente que no la reparara el conde, que estaba radiante de alegría.

—¡Oh Dios mio! le dijo después de las primeras cortesías, ¿qué teneis, señor de Villefort? ¿he llegado en mala ocasion? ¿acabais quizá de fulminar alguna sentencia de muerte?

Villefort hizo un esfuerzo para sonreirse.

—No, señor conde; aquí no hay mas víctima que yo, le dijo. Yo soy quien pierdo este pleito; y el azar, la terquedad y la locura quienes fulminan la sentencia.

—¿Qué quereis decir? repuso Monte-Cristo con un interés fingido perfectamente. ¿Os ha sucedido con efecto alguna desgracia?

—¡Oh señor conde! dijo Villefort con amarga calma, es cosa que ni vale la pena de ocuparnos, ni vale casi nada; es simplemente una pérdida de dinero.

—Con efecto, replicó Monte-Cristo, una pérdida de dinero es poco ó nada para vos, que á una fortuna grande reunís una filosofía elevada.

—Por eso no es lo que me preocupa la cuestion de dinero, aunque bien mirado, novecientos mil francos bien valen un pesar ó tan siquiera un disgusto; pero lo menos me lo parece, que estaba completamente paralítico, que había perdido todas sus facultades?

—Sí, sus facultades físicas, pues ni moverse puede ni hablar; y sin embargo piensa, desea y obra como veis. Hace cinco minutos que me he separado de él. En este instante se ocupa en dictar á dos notarios su testamento.

—¿Luego habla?

—Mucho mas que eso: se hace comprender.



...púsose á mirar como gozoso con la mayor atencion á Eduardo, que se entretenia en llenar de tinta el bebedero del papagayo.

lo que me apura sobre todas las cosas es el encarnizamiento de la suerte, de la casualidad, de la fatalidad... de... no sé cómo llamar á la mano que me asesta este golpe, destruyendo mis esperanzas y acaso el porvenir de mi hija por el capricho de un anciano, vuelto á la infancia.

—¿Cómo así? esclamó el conde. ¿Novecientos mil francos dijisteis? En verdad que la suma merece ser echada de menos hasta por un filósofo. ¿Y quién os ocasiona este disgusto?

—Mi padre, de quien ya os hablé en otra sazon.

—¡M. Noirtier! ¿de veras? ¿pues no me dijisteis, á

—¿Y cómo?

—Con los ojos: sus ojos siguen viviendo... y matando.

—Amigo mio, quizás exagerais la situacion, dijo Madama de Villefort, que acababa de entrar.

—Señora... dijo Monte-Cristo saludándola.

La dama le saludó á su vez, sonriéndose graciosamente.

—¿Qué es lo que me dice M. de Villefort? esclamó el conde. ¿Qué desgracia incomprensible...

—Incomprensible... esa es la palabra; añadió el procurador del rey encojiéndose de hombros.

—¿Y no hay medio de hacerle desistir?

—Sí tal, dijo Madama de Villefort: de mi marido depende que ese testamento, en vez de ser contrario, sea favorable á Valentina.

Viendo Monte-Cristo que los dos esposos comenzaban á hablar por parábolas, aparentó distraerse, y púsose á mirar como gozoso con la mayor atencion á Eduardo, que se entretenia en llenar de tinta el bebedero del papagayo.

—Querida mia, dijo Villefort en respuesta á su muger, ya sabeis que no gusto de hacer en mi casa el patriarca, y que nunca he creido que la suerte del mundo dependiese de un movimiento de mi cabeza. Sin embargo, importa que mis resoluciones se respeten por mi familia, y que el capricho de un viejo no destruya un proyecto formado por mí hace tantos años. Ya sabeis que el baron d'Epinay era amigo mio, y que nos conviene mucho una alianza con su hijo.

—¿Y creeis que Valentina esté de acuerdo con él? dijo Madama de Villefort. Ella se ha opuesto siempre á este enlace... y no me admirára que lo que acabamos de ver y oir fuera resultado de un plan hecho por los dos.

—Nadie, señora, renuncia así á un caudal de novecientos mil francos; creedme.

—Al mundo renunciaba ella cuando há un año queria hacerse monja.

—No importa, repuso Villefort. Este matrimonio debe verificarse, señora.

—¿Pese á la voluntad de vuestro padre? Eso es mas serio, dijo Madama de Villefort atacándole por otro flanco.



El telégrafo.

Aunque Monte-Cristo aparentaba no escuchar, ni una palabra perdia.

—Señora, repuso Villefort, puedo decir que nadie se me ha aventajado en respetar á mi padre, porque al sentimiento instintivo de la paternidad se unia en mí la conciencia de su superioridad moral; y porque en último término nuestro padre debe de sernos sagrado bajo dos punto de vista, como nuestro autor y como nuestro dueño; pero hoy debo de renunciar á reconocer superior la inteligencia de un viejo que impulsado del

—Testamento, esclamó el notario. Es cosa clara: quiere testar.

—Sí, dijo Noirtier repetidas veces.

—¡Convenid en que esto raya en lo maravilloso! dijo el notario á Villefort, que estaba estupefacto.

—Con efecto, repuso este; y mas maravilloso todavía fuera el testamento, porque no concibo que los artículos vengan por si mismos á colocarse por su órden en el papel, palabra por palabra, sin la inteligente ayuda de mi hija; de lo que se deduce que Valentina estará demasiado interesada en el testamento para ser intérprete fiel de la voluntad de M. Noirtier de Villefort.

—No, no, no, quiso decir el paralítico.

—¡Cómo! ¿no está Valentina interesada en vuestro testamento? dijo M. de Villefort.

—No, repuso Noirtier.

—Caballero, añadió el notario, que gustosísimo de asistir á tan pintoresca escena, pensaba contarla luego á sus amigos; caballero, nada me parece ahora tan fácil como lo que creia imposible há poco; y este testamento será simplemente un testamento místico, es decir, previsto por la ley, que lo autoriza como se lea en presencia de siete testigos, y el testador lo apruebe y lo cierre el notario delante de ellos tambien. En cuanto á su duracion será todo lo mas la de otro cualquiera. Las fórmulas son siempre las mismas, y por lo que toca á los pormenores, proporcionará la mayor parte el estado de los negocios del testador, estado que podreis manifestarnos vos mismo, puesto que habreis corrido con ellos. Además, para que sea inatacable la validez de esta acta, tomaremos todas las precauciones; me ayudará uno de mis cólegas, contra lo que es costumbre. ¿Estais contento, caballero? añadió el notario dirigiéndose al paralítico.

—Testamento, esclamó el notario. Es cosa clara: quiere testar.

—Sí, respondió Noirtier, satisfecho de verse comprendido.

—¿Qué irá á hacer? se preguntó Villefort á sí mismo.

Su alta posicion le exigia tanta reserva, é ignoraba el objeto de su padre.

Volvióse pues para mandar que viniese otro nota-

rio; pero Barrois, que lo habia oido todo y que adivinaba la intencion de su amo, habia salido ya á cumplirla.

Con esto el procurador mandó subir á su esposa, y un cuarto de hora después toda la casa estaba reunida en la habitacion del paralítico.

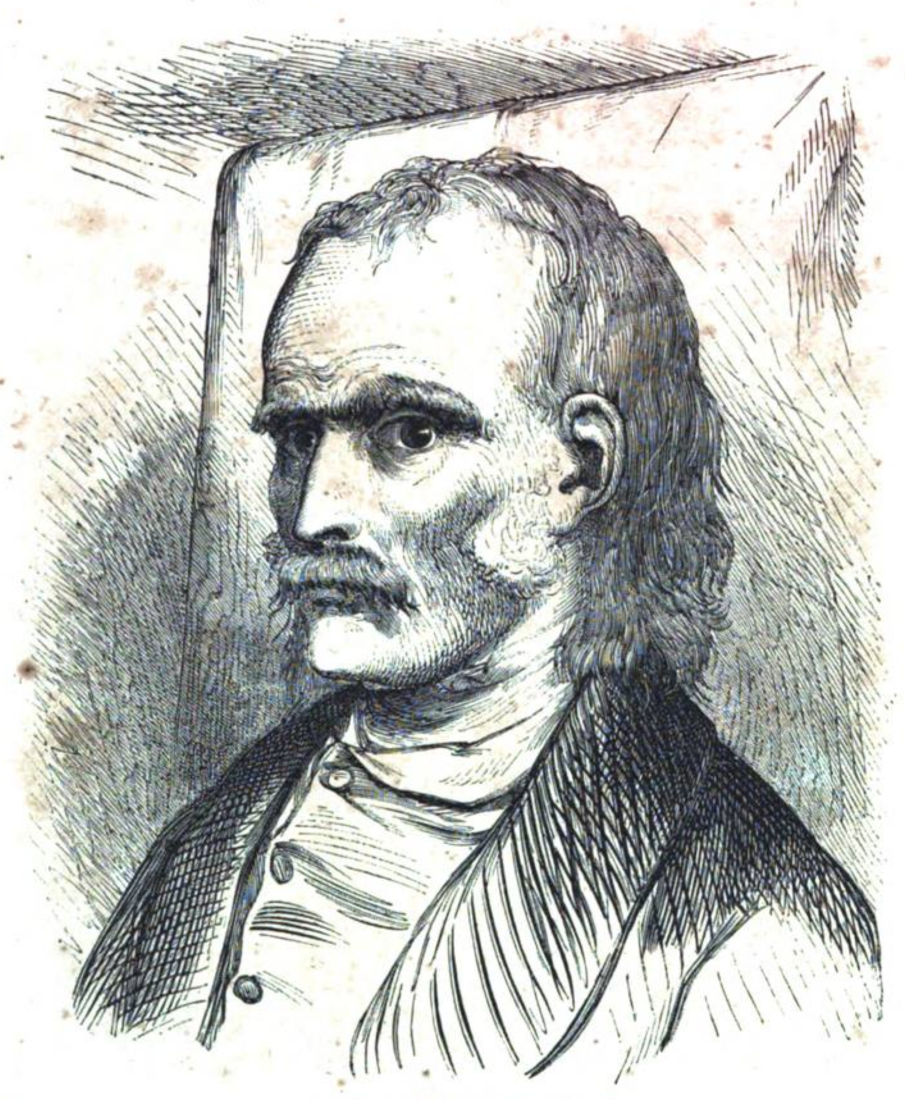
El segundo notario habia llegado ya.

Su cólega le esplicó en pocas palabras el asunto que los reunia.

Habia algo de solemne en este interrogatorio. Nunca habia sido tan palpable la lucha de la materia con el espíritu, que si no era un espectáculo sublime, como estábamos tentados de decirlo, era á lo menos curioso.

En torno á Villefort se habia juntado un corro.

El segundo notario, dispuesto á escribir, estaba sentado á una mesa, y el primero seguia delante del paralítico interrogándole.



Los ojos de Noirtier brotaron llamas.

Leyó á Noirtier una fórmula testamentaria, vaga y vulgar, y luego para comienzo, por decirlo así, de la consulta de su inteligencia, le dijo el primer notario:

—Cuando se hace testamento, caballero, es á favor de alguien ó contra alguien.

—Sí, contestó Noirtier.

—¿Teneis idea del total de vuestra fortuna?

—Sí.

—Voy á nombraros muchas cantidades de menor á mayor. Cuando llegue á la que creais igual á la vuestra, me detendreis.

—Sí.

—Vuestro caudal pasa de trescientos mil francos ¿no es verdad? le preguntó.

Noirtier hizo seña de que sí.

—¿De cuatrocientos mil? prosiguió el notario.

Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Quinientos mil?

La misma inmovilidad.

—¿Seiscientos mil, setecientos mil, ochocientos mil, novecientos mil?

Noirtier le hizo seña de que sí.

—¿Con que poseeis novecientos mil francos?

—Sí.

—¿En bienes inmuebles? le pregunto el notario.

recuerdo del ódio que tuvo al padre, se ensaña así con el hijo. Seria en mí cosa ridícula conformarme con sus caprichos. Proseguiré tratando á M. Noirtier con el mayor respeto; sufriré sin quejarme el castigo pecuniario que me impone; pero me mantendré en mi empeño irrevocablemente, y juzgue el mundo quién tiene razon. Por lo tanto casaré á mi hija con el baron Franz d'Epinay, no solo porque esta boda me parece conveniente, sino porque á la postre quiero casarla con quien se me antoja.

—¿Con que decís que M. Noirtier deshereda á Valentina porque va á casarse con el baron Franz d'Epinay? dijo Monte-Cristo, cuya aprobacion habia solicitado constantemente con sus miradas M. de Villefort.

—Sí señor; esa es la razon, dijo el procurador encogiéndose de hombros.

—La razon visible á lo menos, añadió la dama.

—La verdadera razon, señora. Creedme, yo conozco bien á mi padre.

—¿Y cómo se esplica eso? repuso la jóven. ¿Por qué M. Franz d'Epinay desagrada á M. Noirtier mas que otro?

—Con efecto, dijo el conde: yo tambien conozco á M. Franz d'Epinay. ¿No es hijo del general Quesnel, que fué hecho baron por Cárlos X?

—Justamente, respondió Villefort.

—Pues me parece un jóven sin tacha.

—Por lo mismo estoy segura de que es solo un pretesto, dijo Madama de Villefort. Los viejos son muy tiranos en sus afecciones, y M. Noirtier no quiere que su nieta se case.

—¿Pero no conoceis razon alguna para ese ódio? dijo el conde.

—¿Quién puede saber?...

—¿Quizás alguna antipatía política?

—Con efecto, mi padre y M. d'Epinay han vivido en los borrascosos tiempos cuyos últimos dias alcancé yo, repuso Villefort.

—¿No era bonapartista vuestro padre? añadió Monte-Cristo. Paréceme recordar que me habeis dicho eso ó cosa semejante.

—Mi padre fué jacobino antes que todo, repuso Villefort arrastrado por su emocion mas allá de los límites de la prudencia: el manto senatorial que Napoleon le echó sobre los hombros solo servia para disfrazarle, pero no para cambiarle. Cuando conspiraba no era por el emperador, sino contra los Borbones; porque lo mas tremendo de mi padre es que nunca ha luchado por utopias irrealizables, sino por cosas posibles, y que al triunfo de ellas aplicaba las terribles teorías de la Montaña, que no reparaban en pelillos.

—Pues ahí teneis la esplicacion, respondió Monte-Cristo. Se habrán encontrado en la arena política M. Noirtier y el general d'Epinay, pues este, aunque habia servido á Napoleon, era realista en el fondo... ¿No es el mismo que fué asesinado una noche al salir de un club bonapartista, adonde le habian llevado creyéndole de los suyos?

Villefort contempló al conde casi con miedo.

—¿Me equivoco? dijo Monte-Cristo.

—No señor; el mismo es, respondió la dama; y justamente por eso, por estinguir ódios antiguos, concibió mi esposo la idea de que se amasen dos jóvenes cuyos abuelos se aborrecian.

—¡Idea sublime! esclamó el conde. ¡Idea caritativa que el mundo entero deberia aplaudir! ¡Oh! ¡qué cosa tan digna de ver hubiera sido la señorita Noirtier de Villefort llamándose Madama Franz d'Epinay!

Villefort miró á Monte-Cristo tembloroso, como si quisiera leer en el fondo de su alma la intencion que le habia dictado aquellas frases.

Pero el conde conservaba la dulce sonrisa que parecia impresa en sus labios; de manera que tampoco esta vez, pese á lo profundo de su mirada, penetró el procurador del rey mas allá de la epidermis.

—Aunque sea para Valentina una desgracia grande el perder la herencia de su abuelo, repuso Villefort, no espero que M. d'Epinay se vuelva atrás por este contratiempo pecuniario. Conocerá que yo valgo mas que esa suma, puesto que la sacrifico al cumplimiento de mi palabra, y calculará que aun sin eso es rica Valentina por parte de su madre, cuyos bienes administran el marqués y la marquesa de Saint-Merant, sus abuelos maternos, que la quieren entrañablemente.

—Y que merecen tanto como M. Noirtier que ella los ame y los cuide, añadió Madama de Villefort. Además van á venir á París dentro de un mes lo mas tarde, y Valentina, despues de la leccion que acaba de llevar, no tendrá por qué enterrarse en vida, como hasta ahora lo ha hecho con M. Noirtier.

El conde escuchaba complacido la voz discordante de aquellas pasiones contrariadas y de aquellos intereses burlados.

—Pero me parece, repuso al cabo, y suplícoos me disimuleis lo que voy á decir, me parece que si M. Noirtier deshereda á Valentina por casarse con un hombre á cuyo padre él aborrecia, no puede echar en cara este defecto á mi querido Eduardito.

—¿No es verdad, esclamó Madama de Villefort con un acento imposible de pintar, no es verdad que eso es injusto y odioso? Mi pobre Eduardo tan nieto es de M. Noirtier como Valentina, y sin embargo, á no casarse con M. Franz la dejaria todos sus bienes; sin contar que Eduardo lleva tambien el nombre de la familia, y que Valentina es tres veces mas rica que él, aun desheredada por su abuelo.

Dado este golpe, se decidió Monte-Cristo á oir y callar.

—Basta, basta, señor conde, repuso Villefort; suplícoos que dejemos de hablar de estas miserias de familia. Cierto que mi fortuna va á aumentar la de los pobres, que son en el dia los verdaderos ricos; cierto que mi padre me habrá quitado sin razon una esperanza legítima; pero en cambio mi comportamiento será el de un hombre grave y leal. Yo habia prometido á M. d'Epinay la renta de ese capital; la tendrá aunque me cueste los sacrificios mayores.

—Sin embargo, repuso Madama de Villefort volviendo á la idea que tenia fija en su mente, quizá seria mejor contar el suceso francamente á M. d'Epinay y que él mismo rompa el compromiso.

—¡Oh! ¡eso seria una desgracia! esclamó M. de Villefort.

—¡Una gran desgracia! repitió Monte-Cristo.

—Sin duda, repuso Villefort conteniéndose; un casamiento así frustrado mancha siempre algo á la novia; y volverian además á cobrar cuerpo ciertos rumores que trataba yo de estinguir. Pero no. M. d'Epinay, si es hombre honrado, se creerá mas y mas comprometido con el desheredamiento de Valentina que antes, ó probaria que le guiaba la avaricia... ¡oh no! es imposible.

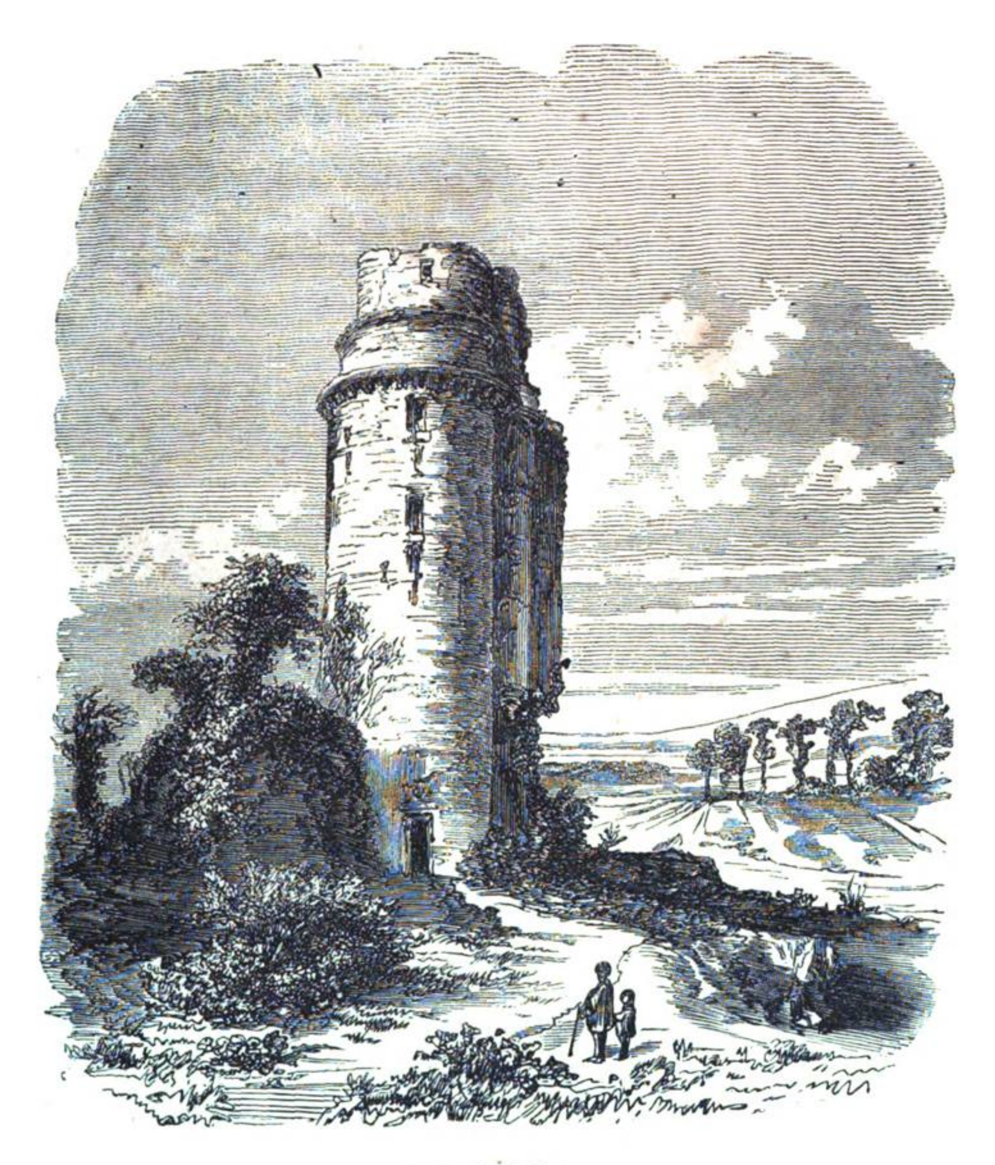
—Soy de la opinion de M. de Villefort, dijo Monte-Cristo clavando sus ojos en la dama; y si me creyera bastante amigo suyo para atreverme á darle un consejo, le aconsejaria que puesto que va á venir M. d'Epinay—á lo menos así se dice,—arregle este asunto de tal manera que no haya desarreglo posible. Así le pronostico un resultado que no podrá menos de honrarle mucho.

Trasportado de júbilo se levantó Villefort, mientras se ponia su muger un tanto pálida.

—¡Bien! dijo tendiendo la mano al conde; eso era lo que yo deseaba, y me apoyaré en vuestra opinion, que sois escelente consejero. Ea pues! que todos consideren lo sucedido como no sucedido, pues en nada altera nuestros proyectos.

—Caballero, le dijo el conde, á pesar de lo injusto que es, el mundo sabrá hacer justicia á vuestra resolucion; vuestros amigos estarán orgullosos de vos, y





La torre de Montlesy.

M. d'Epinay, aunque se tuviera que casar con Valentina sin dote, lo que no puede ser, tendria á mucha honra ingresar en una familia que por cumplir su palabra y su deber hace sacrificios de tal naturaleza.

Esto diciendo, se habia levantado el conde para irse.

—¿Ya nos dejais? le dijo Madama de Villefort.

—Tengo precision, señora; venia solamente á recordaros vuestra promesa del sábado.

—¿Temiais que la olvidásemos?

—Sois harto buena, señora; pero tiene M. de Villefort tan graves y tan urgentes ocupaciones...

—Mi marido ha empeñado su palabra, caballero, y ya acabais de ver que la cumple aunque lo pierda todo; ¿qué será cuando gana tanto?

—¿Y es la reunion en vuestra casa de los Campos Elíseos? le preguntó Villefort.

—No señor; es en el campo, y eso da mas valor á vuestro sacrificio, respondió el conde.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Dónde? ¿será cerca de Paris, no es verdad?

—Ahí detrás de la puerta: en Auteuil, á media legua de la barrera.

—¡En Auteuil! esclamó Villefort. ¡Ah! es verdad, que esta señora me dijo que viviais en Auteuil. ¿Y hácia qué lado?

—Calle de la Fontaine.

—¡Calle de la Fontaine! repuso Villefort con voz ahogada; ¿y en qué número?

—Número 28.

—¿Con que sois vos el que ha comprado la casa de M. de Saint-Merán? esclamó Villefort.

—¿De M. de Saint-Merán? ¿con que era suya mi casa? dijo el conde.

—Sí, repuso Madama de Villefort; ¿y creereis una cosa, señor conde?

—¿Qué?

—Os parece bonita aquella casa, ¿no es verdad?

—Preciosa.

—Pues nunca ha querido habitarla mi marido.

—¡Oh! no comprendo en verdad esa prevencion, dijo Monte-Cristo.

—No me gusta Auteuil, respondió el procurador del rey haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Pero no seré tan infeliz, dijo inquieto Monte-Cristo, que esa antipatía me prive el gusto de veros?

—No, señor conde... espero... Creed que haré todo lo posible, balbuceó Villefort.

—¡Oh! no admito escusas, respondió Monte-Cristo. El sábado os espero á las seis, y si faltáseis creería, ¿qué se yo? creeria que sobre mi casa pesa alguna tradicion horrible, alguna leyenda atroz.

—Iré, señor conde, iré, dijo Villefort vivamente.

—Gracias. Permitidme ahora que me despida.

—Dijísteis con efecto, señor conde, añadió Madama de Villefort, que teniais precision de dejarnos, y aun creo que íbais á decirnos la causa, cuando salió otra conversacion.

—No sé, señora, dijo Monte-Cristo, si me atreveré á confesar adonde voy.

—¡Bah! Confesadlo.

—Como un verdadero papanatas, voy, señora, á ver una cosa que me ha dado siempre mucho que pensar.

—¿Y qué es?

—Un telégrafo. ¡Diablo! Ya lo dije.

—¡Un telégrafo! repitió Madama de Villefort.

—Sí, un telégrafo. Muchas veces á orilla de un camino, sobre una eminencia, he visto á la luz del sol elevarse esos brazos negros y flexibles parecidos á las patas de un coleóptero gigante, y nunca los ví sin conmoverme, señora, porque calculaba que aquellos estraños signos, hendiendo el aire con precision, y llevando á trescientas leguas de distancia la ignota voluntad de un hombre sentado delante de una mes, á otro hombre sentado á otra mesa al fin de la linea, se dibujaban en lo opaco de las nubes ó en el azul del cielo por la sola fuerza de voluntad de este rey de los seres; y entonces creia riéndome en los silfos, en los gnomos y en los poderes ocultos. Nunca me se antojó ver de cerca esos insectos de vientre blanco y patas negras y flacas, porque temia descubrir debajo de sus alas de piedra al mezquino genio del hombre insoportable y pedante, repleto de ciencia ó de brujería; pero catad que de repente he sabido que el motor de cada telégrafo es un pobre diablo que gana mil doscientos francos al año, empleándose todo el dia, no en mirar al cielo como el astrónomo, ni al agua como el pescador, ni al paisaje como los tontos, sino á otro insecto de vientre blanco y patas negras, que es como si dijéramos su corresponsal, situado cuatro ó cinco leguas mas allá. Entonces me ha dado la curiosa tentacion de ver de cerca á esa crisálida viviente y de asistir al espectáculo que desde el fondo de su capullo da todos los dias á la otra crisálida, encojiendo y alargando sus cuerdas.

—¿Con que vais á eso?

—Sí.

—¿Y á qué telégrafo vais? ¿al del ministerio de lo Interior ó al del Observatorio?

—¡Oh! no; que allí me encontraría con personas que se empeñáran en hacerme comprender cosas que quiero ignorar, y que me esplicarian, mal mi grado, un misterio que no conocen. ¡No, voto á Dios! Quiero conservar las ilusiones que aun me quedan sobre los insectos, ya que he perdido tantas sobre los hombres. No iré al telégrafo del ministerio de lo Interior ni al del Observatorio. Lo que quiero ver es el telégrafo al aire libre, para hallar al hombre petrificado en su torre.

—Sois un gran señor muy singular, dijo el procurador del rey.

—¿Qué línea me aconsejais que estudie?

—¡Toma! la que trabaja mas en la actualidad.

—¿Será la de España?

—Sí: ¿quereis una carta del ministro para que os espliquen...?

—No: ¡si no quiero comprender nada! repuso Monte-Cristo. Desde el momento en que comprenda algo no habrá para mí telégrafo, sino un signo de un ministro trasmitido al prefecto de Bayona, y disfrazado con dos palabras griegas: —τηλε γράφειν.— Lo que yo quiero ver en toda su pureza, es el animal de patas negras y lenguaje horrible, tan digno de mi veneracion.

—Pues daos prisa, porque dentro de dos horas anochecerá y no vereis nada.

—¡Diablo! teneis razon. ¿Cuál es el mas cercano?

—El del camino de Bayona.

—Sea pues el del camino de Bayona.

—El de Chatillon.

—¿Y después del de Chatillon?

—Creo que el de la torre de Montlery.

—Gracias. Hasta la vista. El sábado os contaré mis aventuras.

A la puerta tropezó el conde con los dos notarios que acababan de desheredar á Valentina, y que iban gozosos por haber hecho un acta que no podia menos de honrarles.

CAPÍTULO II.

ARTE DE LIBRAR Á UN JARDINERO DE LOS LIRONES QUE LE ROEN SUS FRUTAS.

No aquella misma tarde, como dijo, sino al dia siguiente por la mañana, salió el conde de Monte-Cristo por la barrera del Infierno, tomó el camino de Orleans, y dejando á su espalda el pueblecito de Linas sin detenerse en el telégrafo que justamente en aquel mo-

mento agitaba sus descarnados brazos, llegó á la torre de Montlery, situada como todo el mundo sabe, en el punto mas elevado de la llanura de su nombre.

Apeóse al pié de la colina, y echando por un sendero circular de unas diez y ocho pulgadas de ancho, comenzó á subir la cuesta.

A la cima hallóse detenido por un vallado; pero buscando la puerta, no tardó en encontrarla.



Al incorporarse el hombre, á poco deja caer cesta, fresa y hojas.

Era una especie de rastrillo de madera que se cerraba con ayuda de un clavo y un cordel.

Descubrió el conde este mecanismo, y al momento se abrió la puerta.

Hallóse entonces en un jardinito de unos veinte piés de largo y doce de ancho. Cerrábalo de una parte el vallado á que pertenecia el ingenioso mecanismo que acabamos de describir con el nombre de puerta, y de la otra la vetusta torre ceñida de yedra en un fondo de alelíes.

Nadie hubiera dicho al verla tan adornada como una vieja que emperejilan sus nietos el dia de fiesta; nadie hubiera dicho que podria contar tantos dramas horribles, si uniese la voz á las orejas que tienen las paredes, segun un proverbio antiguo.

Veíase en este jardin un caminito de arena festoneado de boj, boj de color tan raro, que se alegrara de verlo Delacroix, el moderno Rúbens; y el tal camino tenia la forma de un 8, es decir, formaba espirales, de manera que hacia en un jardin de veinte piés un paseo de sesenta.

Nunca Flora, la amable deidad de los jardineros latinos, habia recibido culto tan minucioso y tan puro como el que se la tributaba en aquel cercado.

Con efecto, de los veinte rosales, ni en una hoja, ni en un tronco faltaban las huellas del moscon y del pulgon que arrasan las plantas en los terrenos húmedos.

Como que no era humedad lo que faltaba al jardin: bien lo revelaban el color negro de la tierra y el follaje opaco de los árboles. Además, la humedad artificial hubiera muy fácilmente reemplazado á la natural, gracias á una cuba llena de agua que se veia en un rincon del jardin, sirviendo de morada á una rana y un sapo, que

sin duda por incompatibilidad de temperamentos, estaban siempre vueltos de espaldas uno á otro á los dos estremos de la cuba.

En el sendero no se veia ni una hoja de musgo, ni un tronco parásito en los acirates.

No cuida con tanto esmero una jóven las plantas de sus macetas como cuidaba el jardin su dueño, hasta entonces invisible.

Detúvose Monte-Cristo después de haber cerrado la puerta con su clavo, y abarcó el cercado con una mirada.

—O el hombre del telégrafo tiene jardineros á destajo, ó es aficionado á la horticultura, dijo á media voz.

De repente tropezó con una cosa que estaba oculta detrás de un carreton lleno de plantas arrancadas.

Incorporóse el bulto lanzando una esclamacion de asombro, y hallóse Monte-Cristo frente á frente con un hombre de unos cincuenta años que estaba cojiendo fresas, y colocándolas en hojas de parra.

Las hojas de parra eran doce, y las fresas pocas menos.

Al incorporarse el hombre, á poco deja caer cesta, fresa y hojas.

—¿Recojeis vuestra cosecha? le dijo riéndose Monte-Cristo.

—Perdon, señor, respondió el hombre llevándose la mano á su gorra. Aunque no estoy arriba, acabo de bajar ahora.

—Que no os cause yo molestia, amigo mio, repuso el conde. Seguid cojiendo vuestras fresas si os queda alguna.

—Todavía me quedan diez, respondió el hombre, pues tengo cojidas once y tenia veintiuna, cinco mas que el año pasado; pero eso no os debe estrañar, pues la primavera ha sido calorosa y las fresas quieren calor. Por eso, en vez de diez y seis que tuve el año pasado, tengo este año como veis once ya cojidas, y esta doce, y esta trece, y esta catorce, y esta quince, y esta diez y seis, diez y siete, diez y ocho... ¡Dios mio! ¡me faltan dos! ayer las tenia; estoy seguro de que las tenia; que las conté muy bien. Habrá sido el hijo de la tia Simona el que me las ha escamoteado... esta mañana le he visto rondar por aquí. ¡Ah tunante! ¡robar en cercado! no sabe á lo que se espone.

—Con efecto, dijo Monte-Cristo, eso es grave; pero la juventud del reo os desarmará.

—Teneis razon, repuso el jardinero; y mas cuando no es eso lo peor que me sucede. Pero viniendo á otra cosa, caballero, quizás sois un jefe, ¡y os hago esperar asi!

Y con sus tímidos ojos parecia interrogar al conde y á su frac azul.

—Tranquilizaos, amigo mio, le dijo Monte-Cristo con aquella sonrisa que le hacia terrible y bondadoso á par, y que esta vez solo era bondadosa; no soy un jefe que venga á inspeccionaros, sino un simple viajero á quien conduce su curiosidad y que empieza á arrepentirse de haceros perder el tiempo.

—¡Oh! mi tiempo no es oro, repuso el buen hombre con sonrisa melancólica. Sin embargo, pertenece al gobierno, y no debo de perderle; pero me han hecho señal de que podia descansar una hora (y dirigió su vista á un reloj de sol, pues de todo habia en la torre de Montlery, hasta reloj de sol); ya veis, aun tenia diez minutos á mi disposicion; y además mis fresas estaban maduras, y con un dia mas... ¿pero creereis, caballero, que los lirones me las comen todas?

—A fé que no lo hubiera creido, respondió Monte-Cristo gravemente. Mala vecindad es la de los lirones, señor mio, en particular para nosotros que no los comemos en almibar como los romanos.

—¡Ah! ¿los romanos comian los lirones? esclamó el jardinero.

—Lo he leido en Petronio, repuso el conde.

—¿De veras? Pues no debe de ser buena comida, aunque se dice vulgarmente—gordo como un liron.— Y no es estraño, caballero, que esten los lirones gordos, porque todo el dia de Dios se lo pasan durmiendo, y solo despiertan por la noche, y eso para comer. Sabed que el año pasado tenia yo cuatro albaricoques, y me garfiñaron uno. Tambien tenia un bruño, uno solo, bien que es una fruta rara, y me comieron la mitad, y era un bruño soberbio. Nunca lo he comido como él.

—¿Con que lo comisteis? le preguntó Monte-Cristo.

—Es decir, la mitad que me quedaba. Era esquisito, caballero. ¡Oh! los tales bichos no se van á lo peor, ni mas ni menos que el hijo de la tia Simona, que me ha quitado las mejores fresas. Pero este año no me sucederá, no, prosiguió el horticultor, aunque tenga que pasar la noche en el jardin cuando vayan madurando mis frutas.

El conde habia visto ya lo bastante.

Cada hombre tiene su pasion que lo devora, como cada fruta su liron; la del hombre del telégrafo era la horticultura.

En seguida se puso á arrancar las hojas de una parra que impedian que le diese el sol á los racimos, con que se ganó el afecto de su amo.

—¿Y habeis venido á ver el telégrafo? le preguntó este.

—Sí; á no ser que esté prohibido por los reglamentos.

—¡Oh! no señor, respondió el jardinero, no lo prohiben porque no hay peligro en ello, pues nadie puede saber lo que decimos.

—Tengo entendido con efecto, repuso el conde, que esas señales las repetís sin comprenderlas vosotros mismos.

—Es verdad; y yo me alegro mucho, dijo riéndose el hombre del telégrafo.

—¿Por qué?

—Porque así no tengo responsabilidad. Así soy una máquina, y nada mas que una máquina. Si funciono, nada mas se me exige.

—¡Diablo! murmuró Monte-Cristo para sí, ¿habré dado con un hombre sin ambicion? Sería fatalidad.

—Van á cumplirse los diez minutos, caballero, dijo el hombre mirando á su reloj de sol. Vuelvo á mi puesto. ¿Gustais de subir conmigo?

—Vamos pues.

Y siguiendo á su guia entró Monte-Cristo en la torre, compuesta de tres pisos. En el de abajo mirábanse instrumentos de labranza, como azadas, rastrillos y regaderas arrimados á la pared. Ellos eran todo el mueblaje.

El segundo piso era la habitacion ordinaria, ó dicho mejor, nocturna del empleado.

Contenia modestos útiles de cocina, una cama, una mesa, dos sillas, una fuente de barro, y algunas yerbas secas colgadas del techo, yerbas en que el conde reconoció simientes de guisantes y judías de España, rotuladas todas con un esmero digno del botánico mas pulcro.

—¿Se necesita mucho tiempo para estudiar la telegrafia, caballero? le preguntó Monte-Cristo.

—No es lo penoso el estudio, sino el supernumerariato.

—Y el sueldo ¿cuánto es?

—Mil francos, caballero.

—¡Qué miseria!

—Sí; pero nos dan casa, como veis.

Monte-Cristo estuvo contemplando la habitacion.

—¡Si estará enamorado de su cuchitril! murmuró.

En esto subieron al piso tercero.

Allí vivia... el telégrafo.

Monte-Cristo estuvo contemplando los dos manubrios de hierro que servian al hombre para hacer andar la máquina.

—Esto es muy interesante, le dijo, pero á la larga os debe de parecer fastidioso.

—Sí, sobre todo al principio, que duele el pescuezo de tanto mirar á un lado y á otro; pero al fin se acostumbra uno al año ó á los dos, sin contar que tenemos tambien horas de huelga y dias de asueto.

—¿Dias de asueto?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Los dias de niebla.

—¡Ah! es verdad.

—Esos son mis disantos, y me los paso en el jardin plantando, podando y escardando. En fin se mata el tiempo.

—¿Y cuánto hace que estais aquí?

—Diez años, que con cinco de supernumerario hacen quince.

—¿Luego teneis...

—Cincuenta y cinco años.

—¿Y cuántos necesitais llevar de servicio para tener jubilacion?

—¡Ay señor! veinticinco años.

—¿Y de cuánto será la jubilacion?

—De cien escudos.

—¡Pobre humanidad! murmuró Monte-Cristo.

—¿Deciais, caballero... le preguntó el hombre.

—Que es muy interesante.

—¿Lo qué?

—Lo que me decís ¿Y nada absolutamente comprendeis de los signos telegráficos?

—Nada.

—¿Ni habeis tratado nunca de comprenderlos?

—Nunca. ¿De qué me serviria?

—Creo sin embargo que algunos signos se dirigen á vos espresamente.

—Sin duda.

—¿Y esos los comprendeis?

—Son siempre iguales.

—¿Y qué dicen?

—*No hay nada de nuevo... podeis descansar una hora... ó hásta mañana.*

—¡Qué cosa tan inocente! dijo Monte-Cristo; pero mirad, mirad, ¿no se empieza á mover vuestro corresponsal?

—Gracias. Es verdad.

—¿Y qué os dice? ¿Es cosa que comprendeis?

—Sí. Me pregunta si estoy dispuesto.

—¿Y le respondeis...

—Con un signo que tambien anuncia á mi corresponsal de la derecha que estoy dispuesto, é invita á mi corresponsal de la izquierda á prepararse á su vez.

—Es cosa ingeniosa, dijo el conde.

—Ya vereis, añadió con orgullo el hombre. Dentro de cinco minutos hablará.

—Entonces cuento con cinco minutos, que es mas tiempo del que necesito, dijo entre dientes. Señor mio, añadió, ¿me permitís que os haga una pregunta?

—Hacedla.

—¿Os gustan los jardines?

—Mucho, mucho.

—¿Y seriais feliz si en vez de un cercado de veinte pies, tuviéseis una posesion de dos fanegas?

—Caballero, la convertiria en un paraiso.

—¿Viviréis mal con vuestro sueldo de mil francos?

—Bastante mal; pero vivo.

—Sí; pero teneis un jardin miserable.

—¡Ah! es verdad que el jardin...

—Y además lós lirones os lo comen todo.

—Son mi pesadilla.

—Decidme: ¿si tuviéseis la desgracia de volver la cabeza cuando se moviese el corresponsal de la derecha...

—No lo veria.

—¿Y qué sucedería?

—Que no podria repetir sus signos.

—¿Y después?...

—Despues me multarian por no haberlos repetido.

—¿Y en cuánto os multarian?

—En cién francos.

—La décima parte de vuestro sueldo. ¡Vaya un lance!

—¡Ah! murmuró el empleado.

—¿Y os ha sucedido eso alguna vez? le preguntó Monte-Cristo.

—Una sola, caballero, una vez que yo estaba embebecido ingertando un rosal.

—Bien. Decidme ahora: y si os diese el capricho de cambiar algo de los signos ó de trasmitir unos en vez de otros?

—Entonces me despedirian, perdiendo el derecho á la jubilacion.

—¿Trescientos francos?

—Sí señor, cien escudos. Con que ya adivinareis que no lo haré.

—¿Ni aun por el sueldo de quince años? Vamos que bien vale la pena de pensarlo... ¿eh?

—¿Por quince mil francos?

—Sí.

—Caballero, me asustais.

—¡Bah!

—Caballero, ¿me quereis tentar?

—Justamente. ¡Quince mil francos! ¿comprendeis?

—Caballero, dejadme mirar á mi corresponsal de la derecha.

—Al contrario, no le mireis, y mirad aquí.

—¿Qué es éso?

—¡Cómo! ¿no conoceis estos papelitos?

—¡Billetes de banco!

—Justo. Quince.

—¿De quién son?

—Vuestros si los quereis.

—¡Mios! esclamó el empleado ahogándose.

—Sí, vuestros en absoluta propiedad.

—Caballero, que anda mi corresponsal de la derecha.

—Dejadle andar.

—Caballero, me habeis distraido y me van á imponer la multa.

—Que os costará cien francos. Ya veis cuánto os interesa tomar mis quince billetes.

—Caballero, el corresponsal de la derecha se impacienta y redobla sus signos.

—Dejadle y tomad.

Y el conde puso de por fuerza los billetes en la mano del buen hombre.

—Eso no es todo, le dijo. Con quince mil francos no podreis vivir.

—Tendré además mi destino.

—No, que lo perdereis, pues vais á hacer otro signo que no es el de vuestro corrèsponsal.

—¡Oh caballero! ¿qué me proponeis?

—Una niñada.

—A menos que se me obligue...

—Estoy seguro de obligaros.

Y sacó el conde del bolsillo otra porcion de billetes.

—Estos otros montan diez mil francos, le dijo, que con los quince que ya teneis hacen veinticinco mil. Con cinco mil francos comprareis una casita y dos fanegas de tierra; y con los veinte mil restantes os asegurareis mil francos de renta.

—¡Un jardin de dos fanegas!

—Y una renta de mil francos.

—¡Dios mio, Dios mio!

—Tomad pues.

Y tambien de por fuerza le hizo tomar los otros billetes.

—¿Qué debo de hacer?

—Una cosa bien fácil.

—Pues veamos...

—Repetir estos signos.

Monte-Cristo sacó del bolsillo un papel donde ha-

bia trazado tres signos, y números indicando el órden con que se habian de hacer.

—La operacion, como veis, no será larga.

—Sí, pero...

—Para eso tendreis ya bruños y algo mas.

El golpe surtió su efecto.

Febril, sudando la gota tan gorda, hizo el buen hombre en seguida los tres signos que le dió el conde, no obstante las dislocaciones tremendas de su corres-

El empleado examinaba, palpaba y contaba sus billetes.

Estaba de mil colores.

Al fin se lanzó á su cuarto á beber un vaso de agua: pero no pudo llegar á la fuente, pues cayó desmayado junto á sus judías secas.

Cinco minutos después de llegar al ministerio el parte telegráfico, mandó Debray que engancharan su cupé, y corrió á casa de Danglars.



Monte-Cristo sacó del bolsillo un papel, donde habia trazado tres signos.

ponsal de la derecha, que no comprendiendo aquella alteracion, creia que el bueno del horticultor se habia vuelto loco.

El corresponsal de la izquierda, por su parte, repitió concienzudamente los mismos signos, que llegaron á la postre al ministerio de lo Interior.

—Ahora ya sois rico, dijo el conde.

—Sí; pero ¡á qué precio! respondió el empleado.

—Oid, amigo mio, que no quiero que tengais remordimientos, añadió Monte-Cristo. Creedme, en lo que habeis hecho á nadie perjudicais, sino que por el contrario favoreceis los proyectos de Dios.

—¿Tiene vuestro marido cupones del empréstito español? preguntó á la baronesa.

—Ya lo creo! Seis millones nada menos.

—Pues que los venda á cualquier precio.

—¿Por qué?

—Porque D. Carlos se ha escapado de Bourges y ha vuelto á España.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Toma! dijo Debray encojiéndose de hombros, como sé yo las noticias.

La baronesa no esperó á que se lo repitiese.

Corrió al despacho de su marido, quien corrió á su

vez á casa de su agente de bolsa, mandándole que vendiese á cualquier precio.

Los fondos españoles bajaron tan pronto como se vió que Danglars los vendia.

Perdió el banquero quinientos mil francos; pero se deshizo de todos sus cupones.

Aquella tarde decia *El Mensajero*:

PARTE TELEGRÁFICO.

«El rey D. Carlos se ha escapado de Bourges, burlando la vigilancia en que se le tenia, y ha vuelto á entrar en España por la frontera de Cataluña.

»Barcelona se ha pronunciado por él.»

En toda la noche no se habló de otra cosa que de la prevision y de la fortuna de Danglars, que habia vendido sus cupones perdiendo solamente quinientos mil francos.

Los que conservaban papel ó compraron el de Danglars, tuviéronse por arruinados, y pasaron una noche muy mala.

A la mañana siguiente se leia en el *Monitor*:

«No tiene fundamento alguno la noticia dada ayer por el *Mensajero* de la fuga de D. Carlos y del pronunciamiento de Barcelona.

»Ni ha salido de Bourges el Pretendiente, ni se ha alterado en lo mas mínimo la tranquilidad de la Península.

»Un despacho telegráfico mal interpretado á causa de las nieblas ocasionó este error.»

Los fondos subieron doble de lo que habian bajado.

La caja de Danglars recibió un golpe de un millon; medio millon perdido, y medio dejado de ganar.

—¡Bueno! dijo Monte-Cristo á Morrel, que se hallaba en su casa cuando le anunciaron la estraña crísis bursátil de que Danglars habia sido víctima. ¡Bueno! acabo de hacer por veinticinco mil francos un descubrimiento por el cual hubiera dado hasta cien mil.

—¿Y qué habeis descubierto? le preguntó Maximiliano.

—El arte de librar á un jardinero de los lirones que le roen sus frutas.

CAPÍTULO III.

LOS FANTASMAS.

Al primer golpe de vista, examinada esteriormente, nada tenia de espléndida la casa de Auteuil, nada de lo que podia esperarse de una casa destinada al magnífico conde de Monte-Cristo; pero esta sencillez era capricho de su dueño, que habia mandado terminantemente que no se alterase lo esterior en lo mas mínimo. Para convencerse de esto no habia mas que examinar lo interior.

Con efecto, abierta la puerta, cambiaba el espectáculo.

M. Bertuccio se habia lucido mas que nunca en el buen gusto del adorno y en la prontitud de la ejecucion.

Como en otro tiempo el duque de Autin habia arrasado en una noche una calle de árboles que estorbaba á Luis XIV para mirar, así en tres dias M. Bertuccio habia plantado en el patio álamos y sicomoros traidos con sus enormes raices, que daban sombra á la fachada principal de la casa.

En aquel patio, en lugar de losas, medio ocultas por la yerba, se habia plantado aquella misma mañana una alfombra de musgo que parecia sembrado de perlas porque acababan de regarlo.

Las órdenes para todo esto emanaban del conde, que por sí mismo habia trazado á Bertuccio un croquis, en que estaban indicados el número y la situacion de los árboles, la forma y la situacion del musgo que debia reemplazar al antiguo enlosado.

La casa por dentro estaba desconocida, y hasta el mayordomo protestaba que la desconocia con aquellos atavíos de follaje.

No le hubiera desagradado al buen mayordomo hacer tambien reformas en el jardin; pero el conde se lo habia prohibido absolutamente.

Pero en desquite inundó de flores las antesalas, las escaleras y las chimeneas.

Lo que mejor declaraba la habilidad del mayordomo y la inteligencia del amo, para servir el uno y para hacerse servir el otro, era que aquella casa, desierta hacia veinte años y tan triste y tan negra la víspera, como empapada que estaba en ese desagradable olor que se puede llamar olor del tiempo, habia cobrado en un solo dia con el aire vital los perfumes preferidos de su amo, y hasta el grado de luz que le gustaba; era que al entrar en ella el conde se encontraba á la mano sus libros y sus armas; á la vista sus cuadros predilectos; en las antesalas los perros y los pájaros, cuyas caricias y cuyo canto preferia; y era en fin que toda ella, como si despertase de un profundo sueño, vivia y cantaba, semejante á esas casas que hemos habitado mucho tiempo, donde dejamos una parte de nuestra alma al tenerlas por desgracia que dejar.

Por el patio circulaban alegremente los criados.

Posesionábanse los unos de las cocinas y poblaban como si las hubieran habitado siempre aquellas escaleras restauradas la víspera; inundaban otros las cocheras, donde los arreos y las monturas estaban clasificadas y numeradas como si estuvieran allí desde mucho tiempo atrás, y llenaban á par las cuadras, donde los caballos, sujetos á sus pesebres, respondian con relinchos á los palafreneros que les hablaban con mucho mas respeto que hablan algunos criados á sus amos.

La biblioteca ocupaba dos salas y contenia sobre dosmil volúmenes.

Todo un estante era el destinado á las novelas modernas; y aunque se hubieran publicado la víspera, veíaselas ya ataviadas con magníficas encuadernaciones y cantos dorados.

A la otra parte de la casa, paralelo á la biblioteca, hallábase el invernadero, lleno de plantas raras que crecian en grandes macetas del Japon, y entre ellas, deleite al par de la vista y del olfato, veíase una mesa de billar que parecia abandonada por los jugadores un cuarto de hora antes.

El magnífico señor Bertuccio una sola habitacion habia respetado.

Por delante de esta habitacion pasaban los criados con curiosidad y Bertuccio con terror.

Estaba situada en el ángulo izquierdo del piso principal, y se subia á ella por la escalera grande y por otra secreta.

A las cinco en punto llegó el conde con Alí.

Bertuccio le esperaba con impaciencia é inquietud. Esperaba felicitaciones, y temia ver algun fruncimiento de cejas.

Bajó Monte-Cristo al patio, recorrió toda la casa, incluso el jardin, sin abrir la boca ni dar la mas leve muestra de aprobacion ó descontento.

Sin embargo, al entrar en su alcoba, situada en el estremo opuesto á la habitacion condenada, alargó la mano al cajon de un diminuto mueble de palo de rosa, que habia reparado ya la primera vez que visitó la casa, y dijo:

—Esto solo puede servir para guantes.

—Con efecto, escelencia, respondió Bertuccio entusiasmado; abridlo, y encontrareis guantes.

En los otros muebles halló el conde lo que esperaba hallar: esencias, cigarros y joyas.

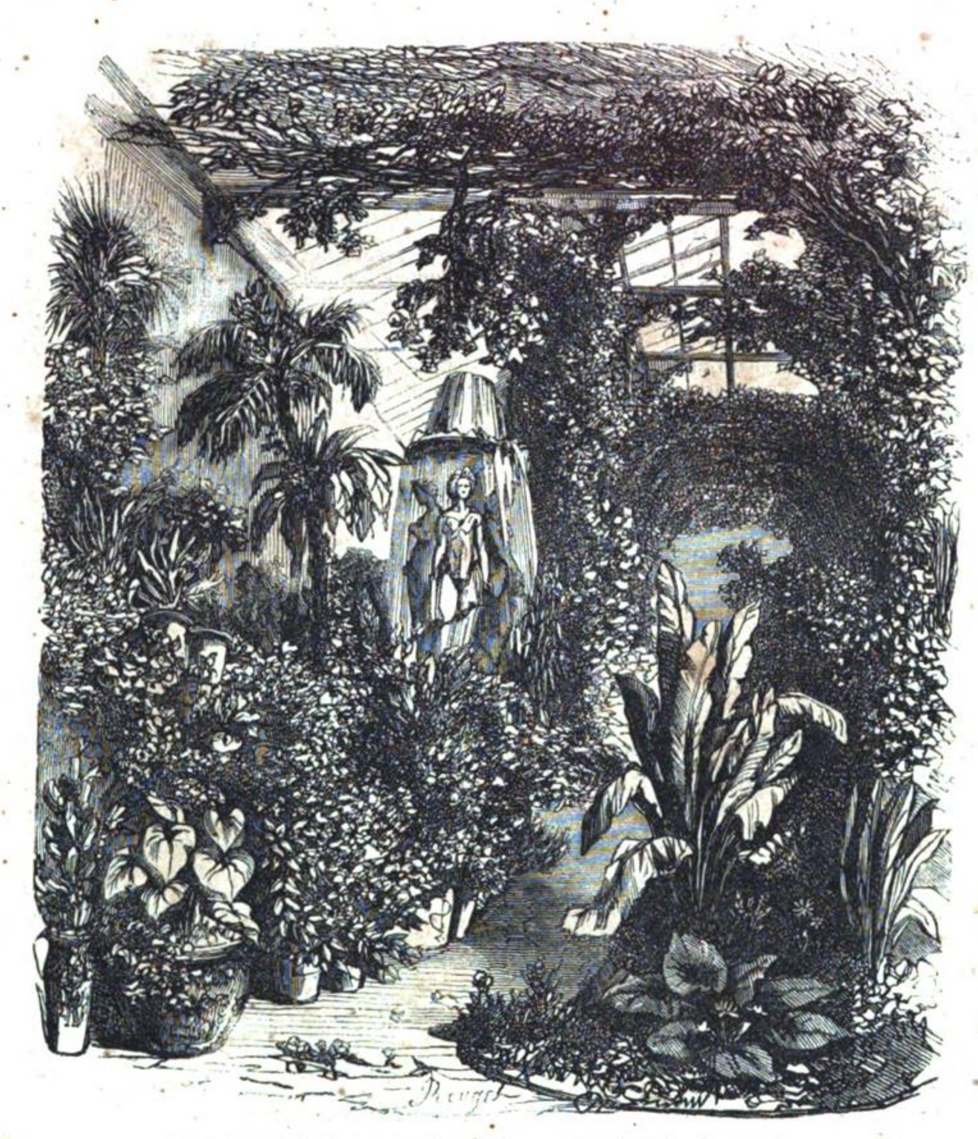
—Bien, dijo.

Y M. Bertuccio se retiró satisfecho: tanto era el poder y la influencia que ejercia aquel hombre en los que le rodeaban.

A las seis en punto se oyó trotar un caballo á la puerta principal.

Era nuestro capitan de spahis que llegaba en su *Medeah*.

Monte-Cristo, con la sonrisa en los labios, le esperaba en el peristilo.



A la otra parte de la casa hallábase el invernadero, lleno de plantas raras.

—Estoy seguro de que llego el primero, le gritó Morrel. Lo he hecho de propósito para estar solo un instante con vos. Julia y Manuel os envian por mi conducto un millon de espresiones.—¡Ah! ¿sabeis que esto es magnífico?—Decidme, conde, ¿me cuidarán el caballo bien vuestros criados?

—Descuidad, mi querido Maximiliano, que son hombres que lo entienden.

—Es que necesita que lo arropen. ¡Si viérais qué fuegos tiene! Es un rayo.

—Ya lo creo, pardiez! ¡Un caballo de cinco mil francos! dijo el conde en el tono en que un padre hablaria á su hijo.

—¿Sentís haberlos perdido? le preguntó Morrel con su sonrisa franca.

—¡Yo! ¡Dios me libre! Solo sentiria que el caballo no fuese bueno.

—Es tan bueno, mi querido conde, que M. de Chateau-Renaud, el primer caballista de Francia, y M. Debray, que monta los caballos árabes del ministerio, corren detrás de mí, y como veis les he sacado bastante delantera, mientras los caballos de Madama Danglars vienen á su famoso trote que hace seis leguas por hora.

—¿Con que vienen detrás de vos? le preguntó Monte-Cristo.

—Ahí los teneis.

Con efecto, en el mismo instante un cupé con los caballos espumantes y otros dos caballos de montar llegaron á la verja, que se abrió á su paso.

El cupé describió un círculo, viniendo á parar ante

el peristilo, seguido de cerca por los dos ginetes.

Debray en un instante se apeó y colocóse á la portezuela, ofreciendo su mano á la baronesa, que al bajar le hizo una seña imperceptible, que hubiera pasado desapercibida de otro que no fuese Monte-Cristo.

Pero como el conde nunca se descuidaba, parecióle ver una cartita blanca tan imperceptible como la seña, carta que pasó con una facilidad, hija de la costumbre, de las manos de Madama Danglars á las del secretario del ministro.

Detrás de su muger se apeó el banquero, pálido y como si saliera del sepulcro.

Lanzó en torno Madama Danglars una mirada breve y escrutadora, que solo Monte-Cristo pudo comprender, mirada que abarcó patio, peristilo y fachada de la casa, y luego dominando una ligera emocion, que le hubiera salido al rostro á ser su rostro de los que palidecen, subió al peristilo diciendo á Maximiliano:

—Si fuérais amigo mio, caballero, os preguntaria si vendeis vuestro caballo.

Morrel fingió una sonrisa muy parecida al gesto de un condenado, y volvióse á Monte-Cristo como para rogarle que le sacara de aquel apuro.

El conde le comprendió.

—¡Ah señora! dijo á la baronesa, ¿por qué no me haceis á mí esa pregunta?

—Porque de vos, caballero, nada se puede desear, sin que esté una segura de lograrlo, repuso la dama. Dejadme que me las haya con M. Morrel.

—Yo soy testigo, señora, respondió el conde, de que M. Morrel no puede, por desgracia, vender su caballo. Está comprometido su honor á conservarle.

—¿Cómo así?

—Tiene apostado que domará á *Medeah* en seis meses; y ya veis, baronesa, que si se deshiciera de él antes del plazo, no solamente perderia la apuesta, sino que se diria que le habia cobrado miedo al animal, cosa que no debe tolerar un capitan de spahis, ni aun por satisfacer el capricho de una muger bonita, cosa tambien que en mi opinion es de las mas importantes del mundo.

—Ya lo veis, señora... balbuceó Morrel dirigiendo al conde una sonrisa de gratitud.

—Paréceme, señora, dijo Danglars en tono acre mal disimulado, paréceme que no os faltan á vos caballos por ese estilo.

No solia Madama Danglars dejar sin respuesta tales arranques; pero ahora, con general asombro, hizo como si no comprendiese.

Sonrióse Monte-Cristo al apercibirse de aquella humildad estraña en ella, y á par le mostró dos inmensos jarrones de porcelana de la China, incrustados, por decirlo asi, de unas vejetaciones marinas, tan gordas y tan admirables, que la naturaleza solo podia tener tanta riqueza, tanta sávia y tanto talento.

La baronesa se quedó maravillada.

—¡Oh! le dijo, se podria plantar en cada una de estas vasijas un castaño de las Tullerías. ¿Cómo han podido cocerlas?

—¡Ah señora! respondió Monte-Cristo, no nos pregunteis tal cosa á nosotros, que solo sabemos hacer vidrio cristalizado y *sancti bonitti e baratti*. Esta obra pertenece á otro siglo; es una especie de obra de los genios del mar y de la tierra.

—¿A qué época podrá pertenecer?

—No lo sé á punto fijo; pero he oido decir que cierto emperador de la China hizo construir exprofeso un horno para cocer doce vasijas iguales á estas. De las doce dos no pudieron resistir á la accion del fuego, y se estallaron; pero las otras diez las hizo meter en el mar á trescientas brazas de hondura. El mar, que adivinó la intencion, echó sobre ellas su manto de algas, corales y conchas que petrificaron doscientos años de permanencia en aquella profundidad, pues una revolucion hundió al emperador que habia hecho aquel ensayo, dejando solo el proceso verbal que certificaba la existencia de las vasijas en el mar. Pareció á los doscientos años el proceso, y se determinó que las vasijas se sacaran, para lo cual bajaron buzos al fondo de la bahía en máquinas construidas exprofeso; pero de las diez solo se encontraron tres, pues sin duda las restantes las habia destruido el contínuo azotar de las olas. Me gustan porque me figuro que tal vez clavan sus miradas inmóviles en su fondo monstruos informes, horribles, semejantes á los que solo ven los buzos, y que ahí se han refugiado millares de pececillos huyendo de la voracidad de los grandes.

En este intervalo Danglars, que era poco amigo de curiosidades, se entretenia en deshojar maquinalmente las flores de un magnífico naranjo, y cuando dió fin de ellas dirigióse á un cactus, que menos amable que el naranjo, le picó los dedos.

Estremecióse pues y se frotó los ojos como si saliera de un sueño.

—Caballero, le dijo Monte-Cristo sonriéndose, vos que sois aficionado á cuadros y que los teneis magníficos, sin que sea recomendároslos, dignaos de examinar estos dos de Hobbema, este de Paul Potter, este de Mieris, estos dos de Gerardo Dow, y este Rafael, y este Van-Dyck, y este Zurbarán, y estos dos ó tres Murillos, que valen bien la pena de que los examineis.

—¡Calla! yo conozco este de Hobbema, dijo Debray.

—¿De veras?

—Sí, han venido á ofrecérselo al Museo de París.

—¿Qué, no lo tiene? añadió Monte-Cristo.

—No, y que se ha negado á comprarlo, á pesar de eso.

—¿Por qué? preguntó Chateau-Renaud.

—¡Miren qué pregunta! porque el gobierno no es bastante rico...

—¡Ah! dispensadme; pero hace ocho años que estoy oyendo decir cosas por el estilo sin que haya llegado á comprenderlas todavía.

—Ya las comprendereis, dijo Debray.

—No lo creo, repuso Chateau-Renaud.

—El mayor Bartolomé Cavalcanti y el vizconde Andrea Cavalcanti, dijo Bautista anunciando.

Una corbata de seda negra recien salida de la tienda, una barba recien afeitada, bigotes rojos, mirada tranquila, uniforme de mayor con tres placas y cinco cruces, y el aspecto en suma de un militar antiguo, tal apareció el mayor Bartolomé Cavalcanti, el ternísimo padre á quien ya conocemos.

A su lado, vestido de nuevo de piés á cabeza y con la sonrisa en los labios, apareció el vizconde Andrea Cavalcanti, el hijo respetuoso á quien tambien conocemos.

Los tres jóvenes que estaban hablando juntos no hacian sino mirar al padre y al hijo, deteniéndose más en este, como era natural.

—¡Cavalcanti! dijo Debray.

—Buen apellido, añadió Morrel.

—Sí, dijo Chateau-Renaud; estos italianos se llaman bien, pero se visten mal.

—Sois descontentadizo, Chateau-Renaud, repuso Debray; sus trajes estan muy bien hechos y son nuevos.

—Eso es justamente lo que les critico. Paréceme que ese caballero se viste hoy de elegante por primera vez.

—¿Quiénes son esos señores? preguntó Danglars al conde de Monte-Cristo.

—Ya lo habeis oido: los Cavalcanti.

—Eso no me dice mas que su nombre.

—Es verdad, que no estais al corriente de nuestra nobleza italiana. Quien dice Cavalcanti, dice familia de príncipes.

—¿Buen caudal? preguntó el banquero.

—Fabuloso.



—¿Y qué hacen?

—Procurar comérselo sin poder conseguirlo. Tambien tienen créditos contra vos, segun n e dijeron anteayer al presentárseme. Los he convidado con intencion de que os conozcan.

—Pero me parece que hablan el francés con mucha pureza, dijo Danglars.

—El hijo se ha educado en un colegio del Medio- á la bolsa y habrá perdido, y la pega con todos.

—¡Mr. y Madama de Villefort! gritó Bautista.

Y entraron las dos personas anunciadas.

A pesar de su dominio de sí mismo, era visible la conmocion de Villefort. Al estrechar su mano sintió Monte-Cristo que temblaba.

—Decididamente no hay como las mugeres para disimular, dijo el conde para sí mirando á Madama



...bajaron buzos al fondo de la bahía...

día, en Marsella ó por allí cerca. Vereis qué entusiasmado está...

—¿Con qué? preguntó la muger del banquero.

—Con las francesas, señora. Está resuelto á casarse en París.

—¡Vaya una idea que tiene! dijo Danglars encojiéndose de hombros.

Madama Danglars miró á su marido con un aire que en otros tiempos hubiera sido anuncio de tempestad; pero tampoco le contestó esta vez.

—Paréceme que el baron está hoy melancólico, dijo Monte-Cristo á Madama Danglars. ¿Anda quizás en candidatura para ministro?

—No, que yo sepa. Mas bien creo que habrá jugado Danglars, que sonreia al procurador del rey y abrazaba á su esposa.

Pasadas las primeras ceremonias, vió el conde que Bertuccio, que hasta entonces habia estado ocupado en los preparativos del banquete, se deslizaba á un saloncito lindante con el principal.

El conde se dirigió á su encuentro.

—¿Qué quereis, señor Bertuccio? le dijo.

—Su escelencia no me ha dicho el número de sus convidados.

—¡Ah! teneis razon.

—¿Cuántos cubiertos?

—Contad vos mismo.

—¿Han llegado ya todos?

—Sí.

Bertuccio dirigió su vista á través de la puerta entornada.

Monte-Cristo le tenia clavados sus ojos.

—¡Ah Dios mio! esclamó Bertuccio.

—¿Qué es eso? le preguntó el conde.

—Aquella muger... aquella muger...

—¿Cual?

—La del camisolin blanco... la que trae tantos diamantes...

—¿Madama Danglars?

—No sé como se llama; pero es ella; señor ¡es ella!

—¿Quién?

—La del jardin... la que estaba embarazada... la que se paseaba esperando... esperando...

Y Bertuccio se quedó con la boca abierta, pálido y con los cabellos erizados.

—¿Esperando á quién?

Bertuccio sin responder señaló á Villefort con el dedo, del mismo modo que Macbek señala á Banquo en la tragedia de Shakspeare.

—¡Oh! ¡oh! murmuraba, ¿le veis?

—¿A quién?

—El.

—¡El! ¿el procurador del rey, M. de Villefort? ciertamente que le veo.

—¿Pero no le maté?

—¿Qué es eso, os volveis loco, señor Bertuccio? dijo el conde.

—¿Con que no ha muerto?

—Ya estais viendo que no. En vez de herirle entre la sesta y sétima costilla izquierda, como acostumbran vuestros compatriotas, le habreis herido mas abajo ó mas arriba, y estos leguleyos, como veis, tienen el alma clavada en el cuerpo; ó mas bien lo que me contásteis no será cierto, sino un sueño, una alucinacion de vuestra fantasía. Os dormiríais con vuestra venganza mal digerida, os pesaria en el estómago, y deliraríais. ¡Vaya, vaya! calmaos y contad: M. y Madama de Villefort, dos: M. y Madama Danglars, cuatro; M. de Chateau-Renaud, M. Debray y M. Morrel, siete; M. Bartolomé Cavalcanti, ocho...

—¡Ocho! repitió Bertuccio.

—¡Esperad, esperad! ¡cuánta prisa teneis! ya os olvidábais de uno de mis convidados. ¡Qué diablo! volveos un poco á la izquierda... allí hay otro... M. Andrea Cavalcanti, que es aquel jóven de frac negro, que está mirando á la Vírgen de Murillo, y que ahora se vuelve hácia nosotros.

Esta vez lanzó Bertuccio un grito, que una mirada de Monte-Cristo ahogó en sus labios.

—¡Benedetto! ¡fatalidad! murmuró en voz baja.

—Las seis y media estan dando, señor Bertuccio, dijo el conde severamente. Esta es la hora en que mandé que se pusiera la mesa. Ya sabeis que no me gusta esperar.

Y Monte-Cristo volvió al salon donde sus convidados le esperaban, mientras Bertuccio volvia al comedor teniendo que apoyarse en las paredes.

Cinco minutos despues se abrieron las puertas del salon.

Bertuccio, haciendo un heróico y último esfuerzo, gritó desde allí:

—El señor conde está servido.

Monte-Cristo ofreció su brazo á Madama de Villefort.

—M. de Villefort, dijo al procurador del rey, hacedme el obsequio de dar el brazo á la señora baronesa de Danglars.

Obedecióle Villefort, y pasaron al comedor.

CAPITULO IV.

LA COMIDA.

Era evidente que al entrar en el comedor animaba un mismo sentimiento á todos los convidados.

Cada uno se preguntaba qué estraña influencia le habia conducido á aquella casa, y sin embargo, aunque todos se admirasen y aunque sintiesen estar allí, ninguno hubiera deseado no estar.

Y esto no obstante, una amistad tan nueva, la posicion escéntrica y aislada del conde, su colosal é ignorada fortuna, hacian en los hombres un deber la circunspeccion, y en las mugeres una ley de no entrar en aquella casa donde no habia mugeres para recibirlas; y sin embargo, hombres y mugeres habian olvidado circunspeccion y conveniencia; y aguijoneados de la curiosidad atropellaban por todo.

Ni aun Cavalcanti padre é hijo, el uno á pesar de su frialdad y el otro á pesar de su desfachatez, dejaban al parecer de reflexionar que se encontraban en compañía de personas á quien veian por la vez primera.

Madama Danglars habia hecho un gesto al ver que M. de Villefort le presentaba su brazo á invitacion del conde de Monte-Cristo, y los ojos de M. de Villefort se habian empañado bajo sus gafas de oro, al sentir el brazo de la baronesa apoyado en el suyo.

Ninguno de estos movimientos se le habia escapado al conde, y ya en la sola reunion de los indivíduos habia para el observador muchísimo interés.

M. de Villefort tenia á su derecha á Madama Danglars y á Morrel á su izquierda.

El conde estaba sentado entre Madama de Villefort y Danglars.

Lo restante de la mesa lo ocupaban, Debray, sentado entre Cavalcanti padre y Cavalcanti hijo, y Chateau-Renaud, sentado entre Madama de Villefort y Morrel.

La comida fué magnífica.

Monte-Cristo se habia propuesto destruir completamente la culinaria simetría parisiense dando mas alimento á la curiosidad de sus convidados que á su apetito.

Por consiguiente, la comida fué un festin oriental, pero oriental como podian serlo los festines de los cuentos árabes.

Todos los frutos que las cuatro partes del mundo vierten en el cuerno de la abundancia de Europa, veíanse colocados en pirámides, en vasijas de China y en copas del Japon.

Las aves mas raras con su brillante pluma, los monstruosos peces estendidos en fuentes de plata, todos los vinos del Archipiélago, del Asia menor y del Cabo, contenidos en botellas de formas raras cuyo aspecto enaltecia su delicado sabor, desfilaron como en las revistas que pasaba Apicio con sus convidados, por delante de aquellos parisienses que comprendian que se pudieran gastar en una comida mil luises, pero á condicion de que comerian perlas como Cleopatra, ó beberian oro derretido como Lorenzo de Médicis.

Viendo Monte-Cristo la admiracion general, se echó á reir y á burlarse descaradamente.

—Vosotros admitireis, señores, les dijo, que llegando á cierto grado de fortuna, lo supérfluo sea lo verdaderamente necesario; así como admitirán estas señoras, que á cierto grado de exaltacion no hay nada tan positivo como lo ideal. Ahora bien, siguiendo el órden lógico, ¿qué es lo maravilloso? Lo que no comprendemos. ¿Qué bien es el que mas deseamos? El que no podemos gozar. Por consiguiente mi mayor y mas constante estudio es ver cosas que no pueda comprender, y procurarme otras imposibles de tener. Con dos medios lo consigo: con el dinero y con la voluntad. Para realizar un capricho echo mano de la misma perseverancia—que vos, M. Danglars, para crear una

línea de caminos de hierro;—vos, M. de Villefort, para condenar á un hombre á muerte;—vos, M. Debray, para pacificar un reino;—vos, M. de Chateau-Renaud, para enamorar á una muger,—y vos, M. Morrel, para domar un caballo que se resiste al picador. Ved por ejemplo estos dos peces nacidos, el uno á cincuenta leguas de San Petersburgo, y el otro á cinco leguas de Nápoles; ¿no es verdad que es curioso reunirlos en una mesa?

—¿Qué peces son estos? preguntó Danglars.

—M. de Chateau-Renaud que ha vivido en Rusia os

—Justamente. El uno viene del Volga, y la otra del lago de Fusaro.

—¡Imposible! esclamaron todos los convidados á una voz.

—Eso es lo que me divierte, repuso Monte-Cristo. Yo soy como Neron, *cupitor imposibilium*, y catad que esto mismo es lo que á vosotros os divierte ahora; catad en fin lo que hace que esta carne, que acaso no será tan buena como la de la tenca ó el salmon, ahora os parezca esquisita, porque os imaginabais



La comida.

dirá el nombre del uno, respondió Monte-Cristo, y el señor mayor Cavalcanti, que es italiano, os dirá el nombre del otro.

—Este me parece un sterlet, dijo Chateau-Renaud.

—Habeis acertado.

—Y este una lamprea si no me equivoco, dijo Cavalcanti.

—Tambien. Ahora, M. Danglars, preguntad á estos señores dónde se pescan estos dos peces.

—¡Toma! dijo Chateau-Renaud, los sterlets solo se pescan en el Volga.

—Solo sé del lago de Fusaro que críe lampreas de este tamaño, añadió Cavalcanti.

el comerla imposible, y sin embargo la teneis ahí.

—¿Pero cómo se han podido traer estos peces á París?

—¡Oh! nada mas fácil. Los han traido cada uno en un gran tonel, lleno el uno de cañahejas y plantas del rio, y lleno el otro de juncos y légamo del lago; han venido en un carro hecho á propósito, viviendo así el sterlet doce dias y ocho la lamprea, y ambos estaban enteramente vivos cuando se apoderó mi cocinero de ellos para matarlos, el uno en leche, y en vino el otro. ¿Os resistís á creerlo, M. Danglars?

—Lo dudo al menos, respondió Danglars con su brutal sonrisa.

—Bautista, dijo Monte-Cristo, mandad que traigan el otro sterlet y la otra lamprea... ya sabeis, los que han venido en otros toneles y estan aun vivos.

Mientras Danglars abria sus espantados ojos la asamblea rompió en aplausos.

En esto aparecieron cuatro criados con dos toneles llenos de plantas marinas; en cada uno coleaba un pez semejante á los que habia sobre la mesa.

—Pero ¿por qué habeis traido dos de cada clase? le preguntó Danglars.

—Porque alguno podia morirse, respondió sencillamente Monte-Cristo.

—En verdad que sois un hombre prodigioso, dijo Debray. Bien hacen los filósofos en decir que es bueno ser rico.

—Y sobre todo tener ideas, añadió madama Danglars.

—¡Oh! no me atribuyais esta, señora, que los romanos la tuvieron antes que yo, pues cuenta Plinio que enviaban de Ostia á Roma con tiros de esclavos que los llevaban á la cabeza, peces de una clase que el llama *mulus*, y que segun nos lo pinta debe de ser la dorada. Tambien se tenia á lujo el poseerlos vivos, y era un espectáculo muy divertido el verlos morir, porque cambiaban de color tres ó cuatro veces como un arco-iris que se disipa, pasando por todas las gradaciones del prisma hasta que iban á parar á manos de los cocineros. Su agonía era un quilate de su mérito. Si no se le veia vivo, se le despreciaba muerto.

—Sí, dijo Debray; pero de Ostia á Roma no hay mas que ocho leguas.

—Es verdad, repuso Monte-Cristo; pero ¿de qué serviria el haber nacido mil ochocientos años después de Lúculo para no hacer mas que él?

Los dos Cavalcanti abrian los ojos desmesuradamente; pero tenian el buen acuerdo de callar.

—Todo eso está muy bien, dijo Chateau-Renaud; pero os confieso que lo que mas me admira es la admirable prontitud con que os sirven. ¿Es verdad, señor conde, que solo hace cinco ó seis dias que habeis comprado esta casa?

—Todo lo mas, respondió Monte-Cristo.

—Pues estoy seguro de que en ocho dias habrá sufrido una trasformacion completa; porque si no me equivoco, tenia la entrada por otra parte, y el patio estaba enlosado y desnudo, mientras en la actualidad es un magnífico jardin con árboles que no parece sino que tengan cien años.

—¿Qué quereis? respondió Monte-Cristo. Me gusta la sombra y el follaje.

—Con efecto, dijo Madama de Villefort, antiguamente la puerta daba al camino, y el dia que me salvásteis tan milagrosamente recuerdo que entramos en la casa por aquella misma puerta.

—Sí señora, dijo Monte-Cristo; pero después he preferido una entrada que me permitiese ver el bosque de Boloña á través de mi verja.

—¡En cuatro dias! ¡es un prodigio! esclamó Morrel.

—Es, con efecto, cosa prodigiosa hacer en cuatro dias una casa nueva de una vieja, dijo Chateau-Renaud, porque esta casa era muy vieja y muy triste. Yo recuerdo haberla visto por encargo de mi madre cuando M. de Saint-Merán la puso en venta hace dos ó tres años.

—¡M. de Saint-Merán! dijo Madama de Villefort. ¿Con que era suya esta casa antes que vos la compráseis, señor conde?

—Parece que sí, respondió Monte-Cristo.

—¿Cómo que parece? ¿Ignorais á quién habeis comprado esta casa?

—Sí, como que es mi mayordomo el que se ocupa en todas estas pequeñeces.

—Es verdad, dijo Chateau-Renaud, que hace lo menos diez años que estaba deshabitada, y era cosa muy triste verla con sus persianas corridas, sus puertas cerradas y lleno de yerba el patio. En verdad que á no pertenecer al suegro de un procurador del rey, se la hubiera creido una de esas casas malditas, donde se ha cometido algun crimen horroroso.

Villefort, que hasta aquí no habia probado siquiera las tres ó cuatro copas de esquisitos vinos que tenia delante, cogió ahora una al azar y la apuró de un sorbo.

Dejó Monte-Cristo pasar un instante, y luego dijo en medio del silencio que siguió á las palabras de Chateau-Renaud:

—Es cosa rara, señor baron, que yo haya tenido el mismo pensamiento la primera vez que entré aquí. Me pareció tan lúgubre esta casa, que nunca la hubiera comprado á no hacerlo mi mayordomo por mí. Probablemente el notario lo gratificaria al muy bribon...

—Es probable, añadió Villefort procurando sonreirse; pero creed que en el asunto yo no tengo parte alguna. M. de Saint-Merán quiso que esta casa, perteneciente al dote de su nieta, se vendiese, porque á seguir tres ó cuatro años mas deshabitada se hubiera venido abajo.

Esta vez fué Maximiliano el que se puso pálido.

—Hay sobre todo una alcoba, dijo Monte-Cristo, ¡qué alcoba! forrada de damasco encarnado como todas las alcobas, y muy sencilla en apariencia; pero no sé por qué... ¡me ha parecido tan dramática!...

—¿Por qué? le preguntó Debray.

—¿Se da uno por ventura cuenta de las cosas instintivas? replicó el conde. ¿No hay ciertos sitios donde parece que se respira naturalmente tristeza? ¿por qué? nadie lo sabe. Por una sucesion de recuerdos, por un capricho de la imaginacion que nos trasporta á otros lugares, á otras épocas que acaso no tienen la menor analogía con los lugares y las épocas en que nos encontramos. Tan verdad es esto, como que la tal alcoba me recuerda exactamente la de la marquesa de Gange ó la de Desdemona. Por vida mia que tengo de enseñárosla, puesto que hemos acabado de comer, y bajaremos á tomar el café al jardin. Después de la comida, el espectáculo.

É hizo un ademan como interrogando á sus huéspedes.

Levantóse Madama de Villefort, hizo otro tanto Monte-Cristo, y los demás siguieron su ejemplo.

Solo Villefort y Madama Danglars permanecieron un instante como clavados en sus sillas.

Mudos y helados se dirigian mil preguntas con los ojos.

—¿Habeis oido? dijo Madama Danglars.

—Es preciso ir, respondió Villefort levantándose y ofreciéndola el brazo.

Todos se habian desparramado ya por las habitaciones á impulsos de la curiosidad, pues pensaban con razon que la visita no se limitaria á la alcoba, y que al mismo tiempo se recorreria aquel caseron, convertido en palacio por Monte-Cristo.

El conde, que se habia quedado detrás esperando á los dos perezosos, así que á su vez salieron, cerró la marcha con una sonrisa, que á haberla podido sus convidados comprender, los espantára mucho mas que la consabida alcoba.

Comenzóse efectivamente por recorrer aquellas habitaciones á la oriental, con divanes y almohadones en vez de lechos, y pipas y armas en vez de muebles; otras atestadas de cuadros clásicos; y gabinetes, en fin, forrados de seda chinesca de caprichosos colores, fantásticos dibujos y maravilloso tejido.

Por último llegó la comitiva á la alcoba en cuestion.

Nada tenia de particular, sino es que aunque iba ya anocheciendo no estaba alumbrada, y que respiraba vejez, cuando todas las habitaciones tenian vestidos nuevos.

Estas dos causas bastaban á darle, con efecto, un aspecto lúgubre.

—¡Puf! esclamó Madama de Villefort: cierto que asusta.

Madama Danglars balbuceó algunas palabras que nadie pudo oir.

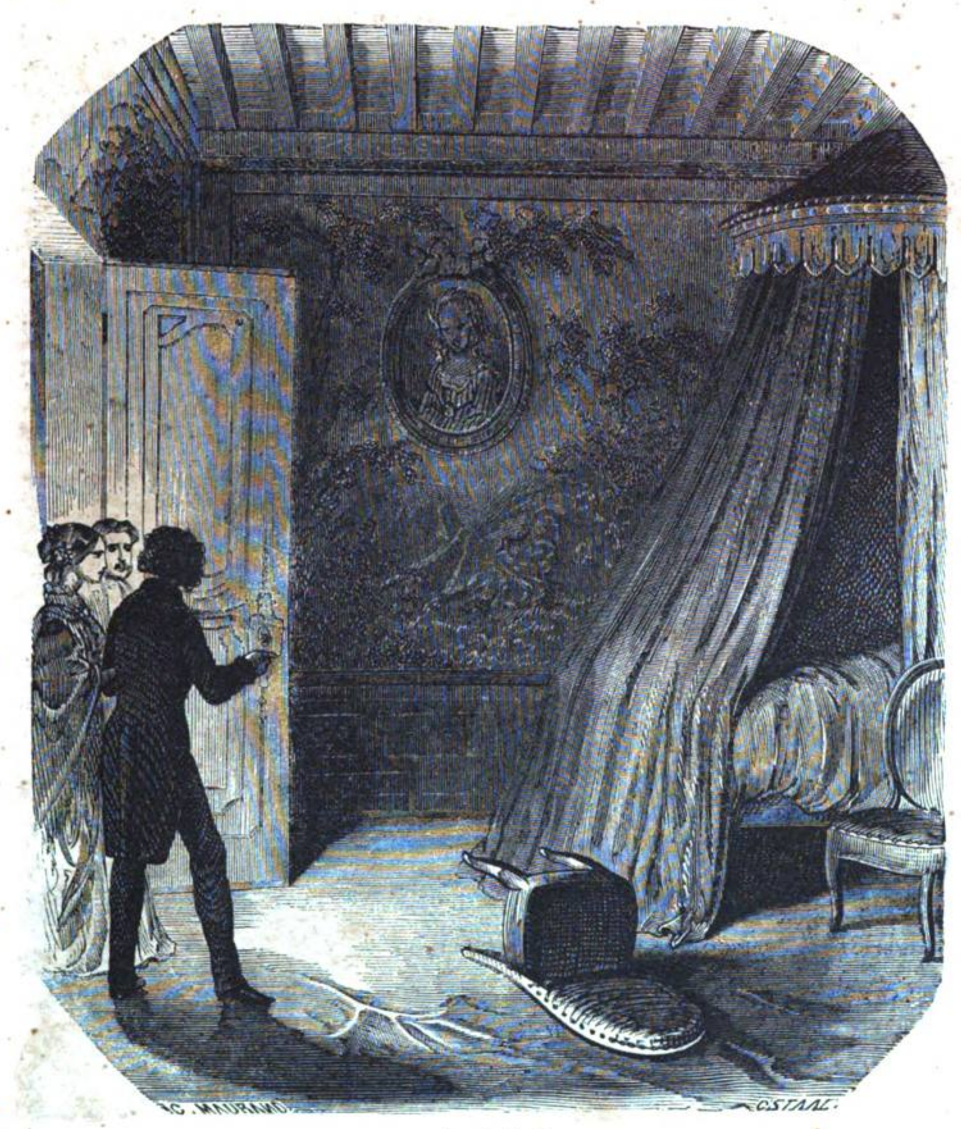
Cruzáronse muchas observaciones, quedando sentado que la alcoba tenia efectivamente un aspecto siniestro.

—¿Y hay algo mas? preguntó Debray, que no dejaba de alarmarse por la emocion de Madama Danglars.

—Sí; ¿qué mas hay? añadió el banquero, porque hasta lo presente confieso que no veo cosa que valga la pena. ¿Y vos, M. Cavalcanti?

—¡Ah! repuso este: nosotros tenemos en Pisa la torre de Ugolino; en Ferrara la prision del Tasso; y en Rímini la alcoba de Francesca y de Paolo.

—Sí; pero no teneis esta escalerilla, dijo Monte-



La alcoba.

—¿No es verdad? dijo Monte-Cristo. ¡Mirad qué rara es la posicion de esta cama! ¡qué pliegues tan sombríos! y estos dos retratos al pastel, descoloridos por la humedad, ¿no parece que dicen con su boca lívida y sus ojos desatentados:—¡lo que he visto!

Villefort se puso como un cadáver, y Madama Danglars cayó en una butaca junto á la chimenea.

—¡Oh! le dijo sonriéndose Madama de Villefort, ¿os atreveis á sentaros en esa butaca, donde quizás se haya cometido el crímen?

Madama Danglars se levantó al momento.

Cristo abriendo una puerta oculta en el tapiz. Miradla y decidme qué os parece.

—¡Qué torcida y que siniestra! dijo riéndose Chateau-Renaud.

—Lo cierto es, añadió Debray, que no sé si será que el vino de Chio me ponga melancólico; pero veo esta casa toda negra.

Morrel por su parte, desde que se habia hablado del dote de Valentina permanecia triste y sin despegar sus labios.

—Figuraos, dijo Monte-Cristo, á un Otelo ó á un

abate de Gange bajando paso entre paso una noche sombría y tempestuosa por esta escalera, con alguna carga lúgubre que quiere apartar de la vista de los hombres, si no de la de Dios...

A Madama Danglars le faltó poco para desmayarse en brazos de Villefort, que tambien tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

—¡Dios mio! ¿qué teneis, señora? esclamó Debray. ¡Qué pálida os poneis!

—No, no, prefiero quedarme aquí, repuso la dama.

—¿Pero es posible, señora, que sea cosa seria ese terror? la dijo Monte-Cristo.

—No señor, contestó Madama Danglars; pero teneis una manera de suponer las cosas, que dais á la ilusion el aspecto de la realidad.

—Pues si todo ello es pura imaginacion, dijo Monte-Cristo, ¿por qué no ha de poder uno figurarse esta alcoba, alcoba de una madre de familia honrada y



—¡Oh! ¿quién asegura que es un crimen? balbuceó Villefort haciendo el último esfuerzo.

—Lo que tiene es muy natural, dijo Madama de Villefort. M. de Monte-Cristo quiere que nos muramos de miedo, segun son de horribles las historias que nos cuenta.

—Sí... con efecto... dijo Villefort. Asustais á estas damas, señor conde.

—¿Qué teneis? dijo Debray en voz baja á Madama Danglars.

—Nada, nada, respondió esta haciendo un esfuerzo. Nada mas que falta de aire.

—¿Quereis bajar al jardin? preguntó Debray á Madama Danglars, presentándole su brazo y dirigiéndose á la escalera secreta.

buena? ¿este lecho con su colgadura de púrpura un lecho visitado por la casta Lucina, y esta escalera misteriosa la puerta por donde con mucho sigilo para no turbar el sueño reparador de la recien parida pasa el médico ó la nodriza, ó el mismo padre llevando en sus brazos al niño dormido?...

En vez de serenarse con tan dulce pintura, lanzó un gemido Madama Danglars y se desmayó.

—Esta señora se ha puesto mala, balbuceó Villefort. Quizás convendria llevarla á su coche...

—¡Y yo que no he traido mi pomito! añadió el conde.

—¡Yo tengo el mio, dijo Madama de Villefort.

Y alargóle un frasco lleno de un licor encarnado,

igual al que usó el conde con Eduardo tan prodigiosamente.

—¡Ah! esclamó Monte-Cristo al tomarle de manos de la dama.

—Sí, murmuró esta. Segun vuestras indicaciones, hice un ensayo...

—¿Y os salió bien?

—Así lo creo.

Cojió del brazo á Madama Danglars y la condujo al jardin, donde encontraron á M. Danglars tomando café con los dos Cavalcantis.

—¿De veras, señora, os he asustado yo tanto? preguntó Monte-Cristo.

—No señor, sino que como sabeis, la impresion que nos hacen las cosas es mayor ó menor segun el estado de nuestro espíritu.



En este momento se les acercó Madama de Villefort.

Entre tanto habian trasladado á Madama Danglars á la pieza inmediata.

Dejó Monte-Cristo caer en sus labios una gota de aquel líquido, y al momento volvió en sí.

—¡Oh! dijo, ¡qué sueño tan espantoso!

Villefort le apretó con fuerza la mano para hacerla comprender que no habia sido sueño.

Buscaron á Mr. Danglars; pero mal templado á las impresiones poéticas, habia bajado al jardin á hablar con M. Cavalcanti padre de un proyecto de ferro-carril de Liorna á Florencia.

Monte-Cristo al parecer estaba desesperado.

Villefort hizo por sonreirse.

—Y estando así, dijo, ya comprendereis que basta una suposicion, una quimera...

—Pues que lo creais ó no, añadió Monte-Cristo, tengo la conviccion de que se ha cometido un crímen en esta casa.

—¡Cuenta con lo que decís! dijo Madama de Villefort: mirad que tenemos aquí al procurador del rey.

—Puesto que es así aprovecharé la ocasion, repuso Monte-Cristo, para hacer mi declaracion en regla.

—¿Vuestra declaracion? repitió Villefort.

—Sí, en presencia de testigos.

—Todo eso es muy interesante, dijo Debray; y si en verdad hay crímen, vamos á hacer la digestion admirablemente.

—Sí que hay crímen, respondió Monte-Cristo. Venid por aquí, señores; venid, M. de Villefort, que para que á la declaracion no falte ningun requisito se ha de hacer á las autoridades competentes.

Cojió Monte-Cristo del brazo á Villefort, y estrechando á par con el suyo el de Madama Danglars arrastrólos al plátano mas sombrío del jardin.

Los demás convidados los seguian.

—Aquí, en este mismo sitio, dijo el conde golpeando la tierra con el pié, para rejuvenecer estos árboles caducos he mandado cavar y poner estiércol. Pues bien, al cavar mis trabajadores han desenterrado un cofrecito, ó mejor dicho, los restos de un cofrecito en que yacia el esqueleto de un niño recien nacido. Supongo que esto no lo creereis fantasmagoria.

Monte-Cristo sintió contraerse el brazo de Madama Danglars debajo del suyo, y agitarse convulsivo el del procurador del rey.

—¡Un niño recien nacido! ¡Diablo! esclamó Debray. Eso es mas sério.

—Luego no me equivocaba yo, dijo Chateau-Renaud, cuando hace poco sostenia que las cosas tienen alma y rostro como los hombres, y que llevan en su rostro pintada su alma. Esta casa estaba triste porque tenia remordimientos, y tenia remordimientos porque ocultaba un crímen.

—¡Oh! ¿quién asegura que es un crímen? balbuceó Villefort haciendo el último esfuerzo.

—¡Cómo! esclamó el conde de Monte-Cristo, ¿no es un crímen un niño enterrado vivo en un jardin? ¿Qué nombre le dais si no, señor procurador del rey?

—Pero ¿quién asegura que lo enterráran vivo?

—Si estaba muerto, ¿por qué lo enterraron? Nunca fué cementerio este jardin.

—¿Cómo se castiga en este pais á los infanticidas? preguntó el mayor Cavalcanti con candidez.

—Cortándoles la cabeza simplemente, respondió Danglars.

—¡Ah! se les corta la cabeza... repuso Cavalcanti.

—Ya lo creo. ¿No es así, M. de Villefort? le preguntó Monte-Cristo.

—Sí, señor conde, respondió este con un acento que nada tenia de humano.

Conociendo el conde que no podian resistir mas las personas á quien preparó esta escena, no quiso prolongarla, y dijo:

—Paréceme, señores, que nos olvidamos del café.

Y volvió á conducir á sus convidados á la mesa puesta sobre el césped.

—Vergüenza me da confesar mi flaqueza, señor conde, dijo Madama Danglars; pero esas historias tan horribles me han trastornado. Dejad que me siente.

Y cayó sobre una silla.

Saludóla Monte-Cristo, y acercóse á Madama de Villefort.

—Creo que Madama Danglars necesita otra vez de vuestro elixir, la dijo.

Pero antes que Madama de Villefort se acercara á su amiga, le habia el procurador del rey dicho á esta al oido:

—Tengo que hablaros.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho del tribunal, si os parece que es el sitio mas seguro.

—Iré.

En este momento se les acercó Madama de Villefort.

—Gracias, querida amiga, le dijo la baronesa procurando sonreirse: no era nada: ya me siento mejor.

CAPITULO V.

EL MENDIGO.

La noche iba cerrando.

Madama de Villefort habia manifestado deseo de regresar á Paris, deseo que no se habia atrevido á manifestar Madama Danglars, aunque era su situacion la que sabemos.

A ruegos de su muger, dió M. de Villefort la señal de marcha, ofreciendo un asiento en su landó á Madama Danglars.

En cuanto al banquero, embebido en una interesantísima conversacion industrial con M. Cavalcanti, no reparaba en nada de lo que sucedia en torno suyo.

Al pedir Monte-Cristo su pomo á Madama de Villefort, habia reparado que el procurador del rey se acercaba á Madama Danglars, y de sus situaciones respectivas dedujo lo que la habria dicho, aunque fué en voz tan baja que apenas le oia la misma Madama Danglars.

Así pues, no se opuso á determinacion alguna, dejando marchar á caballo á Morrel, Debray y Chateau-Renaud y á las dos damas en el landó de M. de Villefort.

Danglars, por su parte, cada vez mas satisfecho de Cavalcanti padre, le invitó á marchar con él en su cupé.

Andrea mientras tanto se acercó á su tilbury, que le esperaba delante de la puerta con su falso groom inglés, que para sujetar de la brida al enorme caballo cargado de hierro tenia que ponerse de puntillas.

No habia hablado Andrea mucho durante la comida, porque era un jóven de chispa, y temió decir alguna tontería á la faz de aquellos poderosos convidados, entre los cuales reparaba, no sin miedo quizás, que habia un procurador del rey.

En seguida le cojió por su cuenta M. Danglars, que con una rápida mirada al mayor, y la hospitalidad que le daba Monte-Cristo, creyó por seguro que se las habia con algun nabab venido á Paris á completar y perfeccionar la educacion de su hijo único.

Con indecible complacencia habia contemplado el enorme diamante que brillaba en el dedo meñique del mayor; pues este, como hombre cuerdo y esperto, habia convertido sus billetes de banco en una alhaja, temeroso de que se desvaneciesen como humo.

Luego á los postres, siempre á pretesto de industria y de viajes, se habia enterado del modo de vivir del padre y del hijo; y como sabian el padre y el hijo que en casa de Danglars era donde cobrarian el uno un crédito de 48,000 francos y el otro una renta anual de 50,000 libras, estuvieron amabilísimos con el banquero, llegando á tal punto su espansion, que á sus mismos criados les hubieran besado la mano, á no ser cosa mal vista.

Una cosa sobre todas puso el colmo á la consideracion ó veneracion, mejor dicho, que inspiraba Cavalcanti á Danglars.

Fiel el buen mayor al principio de Horacio: *nihil admirari*, se habia contentado, como hemos visto, con probar su erudicion, diciendo en qué lago se criaban las mejores lampreas, y comiéndose acto contínuo su racion sin despegar los labios.

De aquí dedujo Danglars que el ilustre descendiente de los Cavalcanti estaba familiarizado con los banquetes suntuosos, y que probablemente se alimentaria en Luca con truchas que le lleváran de Suiza y langostas que le llevaran de Bretaña, por medios tan costosos como los que habia usado el conde de Monte-Cristo para traer lampreas del Fusaro y sterlites del Volga.

Así pues, acojió el banquero con muchísima benevolencia estas palabras de Cavalcanti:

—Mañana, caballero, tendré el honor de haceros una visita, para que hablemos de negocios.

—Y yo, caballero, tendré á mucha honra el recibiros, respondió Danglars.

Con esto ofreció al mayor acompañarle á la fonda de los Príncipes, si no le importaba mucho el separarse de su hijo.

Cavalcanti habia respondido que desde mucho tiempo atrás hacia Andrea la vida de jóven, teniendo por consiguiente sus caballos y sus trenes con absoluta independencia de su padre; y que no habiendo venido juntos, no habia ningun inconveniente en que se marcharan separados.

El mayor habia pues subido al carruaje del banquero, que se sentó á su lado, mas y mas satisfecho cada vez de las ideas de órden y de economía de aquel buen señor, que dabaá su hijo sin embargo 50,000 francos anuales, lo que suponia un capital de 500 ó 600,000 libras de renta.

Andrea por su parte estiróse mucho, y dándose importancia empezó á reñir á su groom porque en vez de esperarle en el peristilo le esperaba á la puerta, haciéndole dar hasta su tilbury como cosa de treinta pasos.

Oyó el sermon el lacayuelo con la mayor humildad, y conteniendo con la brida izquierda los ímpetus del caballo, que estaba impaciente, alargó la derecha á Andrea, que ponia ya su bota de charol en el estribo.

En este momento sintió una mano apoyarse sobre su espalda.

Volvióse el jóven, creyendo que Danglars ó Monte-Cristo se habrian olvidado de decirle alguna cosa.

Pero en vez de estos personajes solo vió una figura estraña tostada por el sol, con una barba que podria servir de modelo á un artista, ojos brillantes como carbunclos, y una sonrisa burlona medio dibujada siempre en unos labios que dejaban entrever una dentadura blanca, completa, hambrienta y aguda como la de un caballo ó un lobo.

Un pañuelo á cuadros colorados cubria aquella cabeza de pelo crespo y empolvado, y una blusa hecha girones aquel cuerpo flacucho y huesoso, que no pa-

El mendigo.



recia sino que al andar debiese de hacer el ruido de un saco de nueces.

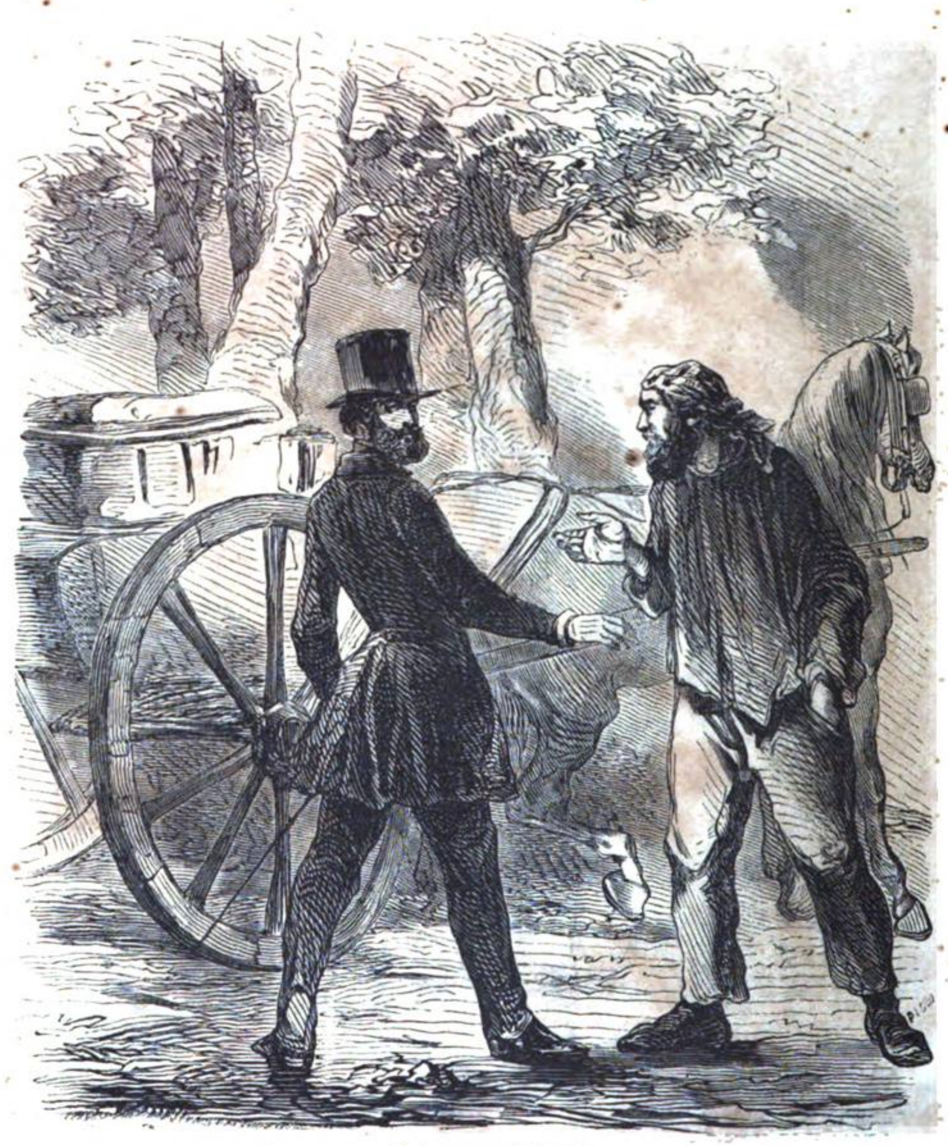
Y por último, la mano que se apoyó en su hombro, primera cosa que el jóven pudo distinguir, le pareció de un tamaño colosal.

¿Reconoció el jóven su semblante á la luz del farol del coche, ó le asustó solamente el horrible aspecto de su interlocutor? No sabremos decirlo; pero lo cierto es que retrocedió temblando.

fuerzo para que el criado no se apercibiese de su turbacion: ¿qué quereis? despachad pronto.

—Quisiera... quisiera... dijo en voz baja el hombre del pañuelo encarnado, quisiera que me evitarais el trabajo de volver á pié á París. Estoy muy cansado, y como no he comido tan bien como tú, apenas puedo andar.

Familiaridad tan estraña hizo al jóven estremecerse.



—¿Qué me quereis? le dijo.

—¿Qué me quereis? le dijo.

—Disimuladme, compañero, respondió el hombre llevándose la mano á la cabeza. Quizás os molesto; pero es porque tengo que hablaros.

—De noche no se pide limosna, dijo el groom haciendo un ademan como para librar á su amo de aquel importuno.

—Yo no pido limosna, mocito, dijo al criado el desconocido con una sonrisa irónica tan tremenda, que el muchacho retrocedió. Deseo únicamente decir dos palabras á vuestro amo, que me ha dado cierta comision hará unos quince dias.

—Veamos, dijo á su vez Andrea haciendo un es-

—Pero ¿sabremos al fin qué quereis? le preguntó.

—Pues quiero que me dejes subir á tu hermoso carruaje.

Andrea no respondió; pero se puso pálido.

—Sí tal, sí tal, añadió el hombre metiéndose las manos en los bolsillos y mirando al jóven provocativamente. Es una idea que me ha ocurrido... ¿Lo entiendes, Benedetto?

Este nombre hizo sin duda reflexionar al jóven, pues acercándose al groom le dijo:

—Efectivamente he dado á este hombre una comision cuyo resultado tiene que participarme. Idos á pié

hasta la barrera, y tomad allí un cabriolé para que no tardeis mucho en reuniros conmigo.

El criado se marchó sorprendido.

—Dejadme al menos llegar á la sombra, dijo Andrea.

—¡Oh! en cuanto á eso, descuida; yo mismo voy á llevarte á buen sitio, dijo el hombre del pañuelo á la cabeza.

Y cojiendo al caballo por el bocado, condujo el tilbury á un sitio donde efectivamente era imposible que nadie viese el honor que Andrea le dispensaba.

—¡Oh! le dijo, no lo hago por la vanagloria de ir en un carruaje magnífico, sino porque estoy muy cansado, y aun tambien porque tengo que hablar contigo de cierta cosa.

—Ea! subid, dijo el jóven.

Lástima que no hubiera sido de dia, porque hubiera sido muy curioso de ver aquel miserable arrellanado en los cojines del tilbury junto á su elegante conductor.

Sin despegar sus labios siguió Andrea hasta la última casa del barrio. Su compañero sonreia y callaba tambien como gozoso de verse en tan buen vehículo.

Fuera ya de Auteuil, miró Andrea en torno, sin duda para asegurarse de que nadie podria verlos ni oirlos, y parando su caballo y cruzándose de brazos, dijo vuelto hácia su acompañante:

—¡Veamos! ¿por qué venís á turbar mi tranquilidad?

—¿Y tú, hijo mio, por qué desconfias de mí?

—¿En qué desconfio yo de vos?

—¿En qué? ¡y me lo preguntas! Nos separamos en el puente del Var; me dices que vas á hacer un viaje por el Piamonte y por la Toscana, y... todo menos eso, vienes á París.

—¿Y eso á vos qué perjuicio os trae?

—Ninguno; espero, por lo contrario, que me traiga algun beneficio.

—¡Ah, ah! murmuró Andrea: ¿es decir que especulais conmigo?

—¡Ya me dices palabrotas!

—Es que os equivocaríais de medio á medio; tenedlo entendido, tio Caderousse.

—¡Oh! no te enfades, niño mio, no te enfades. Tú debes ya saber lo que es la desgracia; debes ya saber que la desgracia inspira celos. Te creia corriendo por el Piamonte y la Toscana, precisado á hacerte *faccino* ó *cicerone*, y te compadecia en el fondo de mi alma, como compadeceria á mi hijo... porque ya sabes que siempre te he llamado mi hijo.

—¿Y qué mas, qué mas?

—Ten paciencia, diablillo.

—Ya la tengo; pero... acabad.

—Y cata que te veo pasar por la barrera de los hombres buenos, con un groom, un tilbury, y vestidos nuevos flamantes. ¡Hola, hola! ¿Has descubierto alguna mina, ó te has hecho corredor de bolsa?

—¿Con que venís á confesar que estais celoso?

—No, que estoy contento; tan contento, que he querido darte la enhorabuena, niño mio; pero como mi traje no era decente, he tomado precauciones para no comprometerte.

—¡Vaya unas precauciones! dijo Andrea. ¡Y me habais delante de mi criado!

—¿Y qué quieres, hijo mio? Te hablo cuando puedo hablarte. Tienes un caballo como el viento, es muy ligero tu tilbury, y además, tú por naturaleza te escurres como una anguila. Si dejo escapar esta ocasion, me esponia á no verme en otra.

—Ya veis que no me escondo.

—¡Qué feliz eres! no puedo yo decir lo mismo, que tengo hartas razones para esconderme. Además, temia que no me reconocieras; pero eres un guapo chico; me has reconocido, añadió Caderousse con su sonrisa maligna.

—Veamos, ¿qué necesitais? dijo Andrea.

—Haces mal en no tutearme, Benedetto, que somos camaradas antiguos. Cuenta que así me vas á hacer exigente.

Esta amenaza amenguó la cólera del jóven, que puso el caballo al trote.

—Tú tambien haces mal, Caderousse, le dijo, en tratar así á un camarada antiguo, como decias hace poco. Tú eres marsellés, y yo soy...

—¿Sabes ya acaso de dónde eres?

—No, pero me he criado en Córcega. Tú eres viejo y tenaz; yo jóven y testarudo. Entre hombres como nosotros no se debe andar con amenazas, que todo debe de arreglarse amistosamente. ¿Es culpa mia que la suerte, que continúa siéndote enemiga, me sea buena á mí por el contrario?

—¿Con que es buena tu suerte? ¿Con que ese groom no es prestado, ni es prestado el tilbury, ni el traje que llevas puesto? Tanto mejor, dijo Caderousse con los ojos brillantes de codicia.

—¡Oh! harto bien lo sabrás tú cuando vienes á buscarme, dijo Andrea animándose por grados. Si llevara yo á la cabeza un pañuelo como el tuyo, y una blusa hecha girones, y unos zapatos rotos como los tuyos, no te acordarias de mí.

—Haces mal en despreciarme, mocito. Ahora que te he vuelto á encontrar nada me impide el vestir bien como otro cualquiera, puesto que conozco tu buen corazon. Si tienes dos trajes, me darás uno seguramente, así como yo te daba mi parte de pan y de legumbres cuando tenias hambre.

—Es verdad, dijo Andrea.

—¡Cómo devorabas! ¿Sigues teniendo el mismo apetito?

—Sí, respondió Andrea sonriéndose.

—¿Cómo habrás comido en casa de ese príncipe de donde sales!

—No es un príncipe, sino un conde simplemente.

—¿Un conde rico, eh?

—Sí; pero no te fies; me parece que tiene malas pulgas.

—¡Oh! descuida, que no tengo ningun proyecto sobre tu conde, y te lo dejaré á ti solo. Pero algo has de dar en cambio, ¿comprendes? añadió Caderousse con su sonrisa malvada.

—Veamos, ¿qué necesitais?

—Creo que con 100 francos al mes...

—Acaba.

—Viviria...

—¿Con 100 francos?

—Mal, ya puedes figurártelo; pero...

—Pero...

—Con 150 sería muy feliz.

—Toma 200, dijo Andrea.

Y alargó á Caderousse 10 luises de oro.

—Bueno, dijo este.

—Preséntate al portero al principio de cada mes, y te dará otro tanto.

—Vamos: ¡todavía quieres humillarme!

—¿Cómo?

—¿Quieres que me entienda con la canalla de escaleras abajo? No; quiero habérmelas contigo directamente.

—Pues sea. Pregunta por mí, y mientras yo cobre mi renta cobrarás tú la tuya.

—Vamos, vamos, veo que no me engañaba, y que eres un buen muchacho. Hace Dios bien en dartes suerte á los hombres como tú. Ea! cuéntame cómo ha sido este golpe.

—¿Para qué quieres saberlo? le preguntó Cavalcanti.

—¡Otra vez desconfias!

—Pues sabe que he encontrado á mi padre.

—¿Un padre verdadero?

—Mientras pague...

—Mientras pague creerás en él y le honrarás... es justo. ¿Cómo se llama tu padre?

—El mayor Cavalcanti.
—¿Y está contento de tí?
—Hasta lo presente paréceme que sí.
—¿Y quién te ha proporcionado ese encuentro?
—El conde de Monte-Cristo.
—¿El dueño de esa casa de donde sales?
—Sí.
—Oye: procura colocarme en su casa de cualquier modo.
—Bueno: le hablaré de tí; ¿pero qué vas á hacer entre tanto?
—¿Yo?
—Sí: tú.
—¿Llevas tu bondad hasta el punto de pensar en esto? dijo Caderousse.
—Paréceme, repuso Andrea, que puesto que tú te interesas tanto por mí, puedo yo á mi vez tomar algunos informes.
—Es justo. Oye... voy á alquilar una habitacion en una casa de buena nota, á vestir con decencia, á afeitarme todos los dias, y á ir á leer los periódicos al café. Por la noche iré al teatro á un asiento de la clase media, y tendré en fin todo el aire de un menestral retirado, que es mi sueño de oro.
—Vamos, es buen plan. Si lo ejecutas y eres cuerdo, todo irá á las mil maravillas.
—¡Vaya un predicador! ¿y tú qué vas á ser? ¿par de Francia?
—¡Oh! ¿quién sabe? respondió Andrea.
—¿Lo es quizás el señor mayor Cavalcanti?... pero por desgracia ya la pairía no es hereditaria.
—Nada de política, Caderousse... Ahora que tienes lo que necesitas, ahora que hemos llegado, baja del coche y vete.
—No tal, querido amigo.
—¿Cómo así?
—Reflexiona, hijo mio, que con un pañuelo encarnado á la cabeza, los piés casi desnudos, sin pasaporte ni documento alguno, y en el bolsillo 10 napoleones de oro, me echarian mano en la barrera inevitablemente, y para justificarme me veria precisado á decir que tú fuiste quien me dió estos napoleones; de aquí resultarian pesquisas, requisitorias; se sabria que me he venido de Tolon sin despedirme de nadie, y de justicia en justicia me llevarian otra vez á las orillas del Mediterráneo, para volver á ser el forzado presidiario 106... y ¡adios mi sueño de parecerme á un menestral retirado! No, hijo mio. Prefiero seguir honradamente en la capital.

Andrea frunció el ceño. Como él mismo habia dicho por alabarse, era un mala cabeza el hijo putativo del mayor Cavalcanti.

Detúvose un momento, lanzó en torno una mirada rápida, y acto contínuo deslizó inocentemente su mano en el bolsillo hasta tocar la culata de una pistola.

Pero entre tanto Caderousse, que no le perdia de vista, se llevaba la mano á la espalda, y abria con mucho tiento una navaja española de gran tamaño, que llevaba consigo siempre por lo que pudiera ocurrir.

Como se ve, los dos amigos eran dignos de comprenderse y se comprendieron. La mano de Andrea salió inofensiva del bolsillo para acariciar su bigote rubio.

—Buen Caderousse, vas á ser feliz, le dijo.
—Haré todo lo que me sea posible, respondió el posadero del puente de Gard cerrando la navaja.
—Volvamos pues á París. Pero ¿cómo pasarás la barrera sin que sospechen de tí? Paréceme que con ese traje mas espuesto vas en coche que á pié.
—Espera, espera, dijo Caderousse.

Y cogiéndole á Andrea el sombrero, y poniéndose el capoton de lacayo que el jóven habia dejado en su lugar, tomó la postura negligente de un cochero de buena casa, cuyo dueño dirige por sí mismo el carruaje.

—¿Y yo me voy á quedar con la cabeza desnuda? dijo Andrea.
—¡Psche! respondió Caderousse; hace un aire tan fuerte, que no es estraño que te haya llevado el sombrero.
—Acabemos pues, repuso Andrea.
—¿Qué te detiene? añadió Caderousse. No seré yo.
—¡Chist! dijo Cavalcanti.

Y pasaron la barrera sin el menor contratiempo.

En la primera travesía detuvo Andrea el caballo y se apeó Caderousse.

—¡Ah! dame el capote de mi criado y mi sombrero, le dijo Andrea.
—Tú no querrás que me constipe, respondió Caderousse.
—Pero ¿y yo?
—Tú eres jóven, y yo me voy haciendo viejo. Hasta la vista, Benedetto.

E internándose en las calles, desapareció.

—¡Ay! dijo Andrea exhalando un suspiro, no se puede ser completamente feliz en este mundo.

CAPÍTULO VI.

ESCENA CONYUGAL.

Los tres jóvenes se habian separado en la plaza de Luis XV; es decir, que Morrel habia echado por los boulevares, Chateau-Renaud por el puente de la Revolucion, y Debray habia seguido por el muelle.

Segun todas las probabilidades, Morrel y Chateau-Renaud volvieron á su hogar doméstico, como dicen aun en sus discursos los diputados que saben hablar, y los autores dramáticos que saben escribir; pero no le sucedió lo mismo á Debray.

Cuando llegó á la esquina del Louvre, tomando á la derecha, atravesó el Carroussel al trote largo, entró por la calle de Saint-Roch, y desembocando por la de la Michodiere llegó á la puerta de Madama Danglars en el momento en que el landó de M. de Villefort, después de dejar á este y á su esposa en el barrio de San Honorato, paraba para dejar en su casa á la baronesa.

Como amigo íntimo de la casa entró Debray en el patio, y dejando su caballo en poder de un criado, volvió á la portezuela á ofrecer el brazo á Madama Danglars.

Cerrada ya la puerta y hallándose en el patio solos la baronesa y Debray, preguntó este á aquella:

—¿Qué teneis, Herminia? ¿Por qué os puso tan mala aquella historia, ó mejor dicho, aquella fábula que nos contaba el conde?
—Porque esta tarde me sentia yo muy indispuesta, amigo mio, respondió la baronesa.
—No, Herminia, no me hareis creer eso, repuso Debray. Cuando llegásteis á casa del conde estábais, por el contrario, muy jovial y tranquila. M. Danglars sí que estaba mal humorado; pero ya sé yo el caso que haceis de sus malos humores. Alguien os ha hecho algo: decídmelo, pues ya sabeis que nunca sufriré que nadie os moleste.
—Os engañais, Luciano, tenedlo por seguro, añadió Madama Danglars. No ha pasado mas que lo que os digo, y además el estado de mi marido, del cual no creí que valiese la pena de hablaros.

Era evidente que Madama Danglars se hallaba bajo la influencia de una de esas irritaciones nerviosas de que las mugeres casi nunca saben darse cuenta á sí mismas, ó que como se habia presumido Debray, sentia alguna oculta emocion que no queria confesar.

Como perito en reconocer los nervios por elemento de la vida femenina, el jóven no insistió mas, esperando la oportunidad, ó bien de un nuevo interrogatorio, ó de una confesion de motu propio.



A la puerta de su gabinete encontró Madama Danglars á la señorita Cornelia.

La señorita Cornelia era la doncella de confianza de la baronesa.

—¿Qué hace mi hija? la preguntó.

—Ha estado estudiando toda la noche, acostándose después, respondió la doncella.

—Paréceme, sin embargo, que oigo su piano.



La señorita Cornelia.

—Es la señorita Luisa D'Armilly que toca mientras la señorita está acostada.

—Bien, dijo Madama Danglars. Venid á desnudarme.

Y entraron en la alcoba.

Debray se tendió en un sofá, y la baronesa pasó á su tocador con la doncella.

—Mi querido Luciano, dijo Madama Danglars á través de la puerta de cristales del tocador, ¿seguís quejoso de que Eugenia no os haga el honor de dirigiros la palabra?

—Señora, respondió Luciano, jugando con el perrito de la baronesa que le queria muchísimo por estar muy acostumbrado á verle en la casa; no soy yo solo el que se queja, señora, y creo haber oido el otro dia á M. de Morcef quejarse á vos misma de que no podia arrancar una palabra á su futura.

—Es verdad, dijo la baronesa; pero creo que todo cambiará una mañana de estas, y vereis entrar á Eugenia en vuestro despacho.

—¿En mi despacho?

—Es decir, en el del ministro.

—¿Y para qué?

—Para pediros que la contrateis en el teatro de la Opera. Nunca he visto tal pasion por la música. ¡Qué cosa tan ridícula en una persona del gran mundo!

Debray se sonrió.

—Pues bien, dijo, que vaya á verme con el consentimiento del baron y el vuestro, y la contrataremos, procurando que sea en una clase correspondiente á su mérito, aunque somos muy pobres para pagar un talento como el suyo.

—Idos, Cornelia, que ya no os necesito, dijo Madama Danglars.

Desapareció la jóven, y un instante después salió de su gabinete Madama Danglars con un elegantísimo traje de casa, viniendo á sentarse junto á Luciano.

Luego se quedó muy pensativa.

El jóven la contempló un instante silencioso.

—Veamos, le dijo al cabo, veamos, Herminia; responded francamente. Algo os preocupa, ¿no es verdad?

—Nada, respondió la baronesa.

Y sin embargo, como le costase mucho trabajo respirar, se levantó y fué á mirarse en un espejo.

—Estoy esta noche horrible, dijo.

Ya se levantaba Debray sonriéndose para ir á tranquilizar á la baronesa, cuando se abrió la puerta de repente apareciendo M. Danglars.

Debray volvió á sentarse.

Al ruido de la puerta se habia vuelto Madama Danglars, y al ver á su marido no tomó siquiera el trabajo de disimular su admiracion.

—Buenas noches, señora, dijo el banquero; buenas noches M. Debray.

La baronesa creyó sin duda que esta inesperada visita tenia por objeto reparar las amargas palabras que no habia dejado el baron de pronunciar en todo el dia.

Proveyóse pues de dignidad, y volviéndose á Luciano, sin responder á su marido:

—Leedme algo, señor Luciano, le dijo.

Debray, á quien al principio habia alarmado un tanto esta visita, se tranquilizó con la tranquilidad de la baronesa, y cogió un libro encuadernado en tafilete con adornos de oro.

—Disimuladme, dijo el baron; pero vais á fatigaros mucho, baronesa, con velar tan tarde. Son las once y M. Debray vive muy lejos.

Debray se quedó estupefacto, no porque Danglars no hubiese pronunciado aquellas palabras con la mayor calma y cortesanía, sino porque á través de aquella calma y de aquella cortesanía se vislumbraba cierto empeño no comun de hacer esta noche otra cosa que no la voluntad de su muger.



Luisa d'Armilly.

Tambien la baronesa quedó sorprendida, manifestando su admiracion á Danglars con una mirada que le hubiese dado mucho en qué pensar, á no tener los ojos fijos en un periódico, donde leia la cotizacion de la Bolsa.

La tal mirada pues se perdió completamente.

—Señor Luciano, dijo la baronesa, os declaro que no tengo pizca de sueño, y sí mil cosas que contaros; con que vais á pasar la noche oyéndome, aunque os durmais de pié.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, respondió Luciano flemáticamente.

—Mi querido M. Debray, dijo el banquero, os suplico que no os sacrifiqueis oyendo esta noche las locuras de Madama Danglars, pues harto tiempo tendreis mañana para oirlas; pero esta noche me la reservo para mí, y la consagraré, si me lo permitís, á hablar con mi esposa de asuntos muy graves.

El golpe era tan directo y caia tan de plano, que aturdió á Luciano y á la baronesa.

Interrogáronse ambos con los ojos como para ayudarse mútuamente contra aquella agresion; pero triunfó el poder irresistible del amo de la casa.

—No vayais á creer que os echo, mi querido Debray, continuó Danglars; no, ni por asomo; una circunstancia imprevista me obliga á tener esta misma noche una conversacion con la baronesa; y esto me sucede tan pocas veces, que no se me debe de guardar rencor.

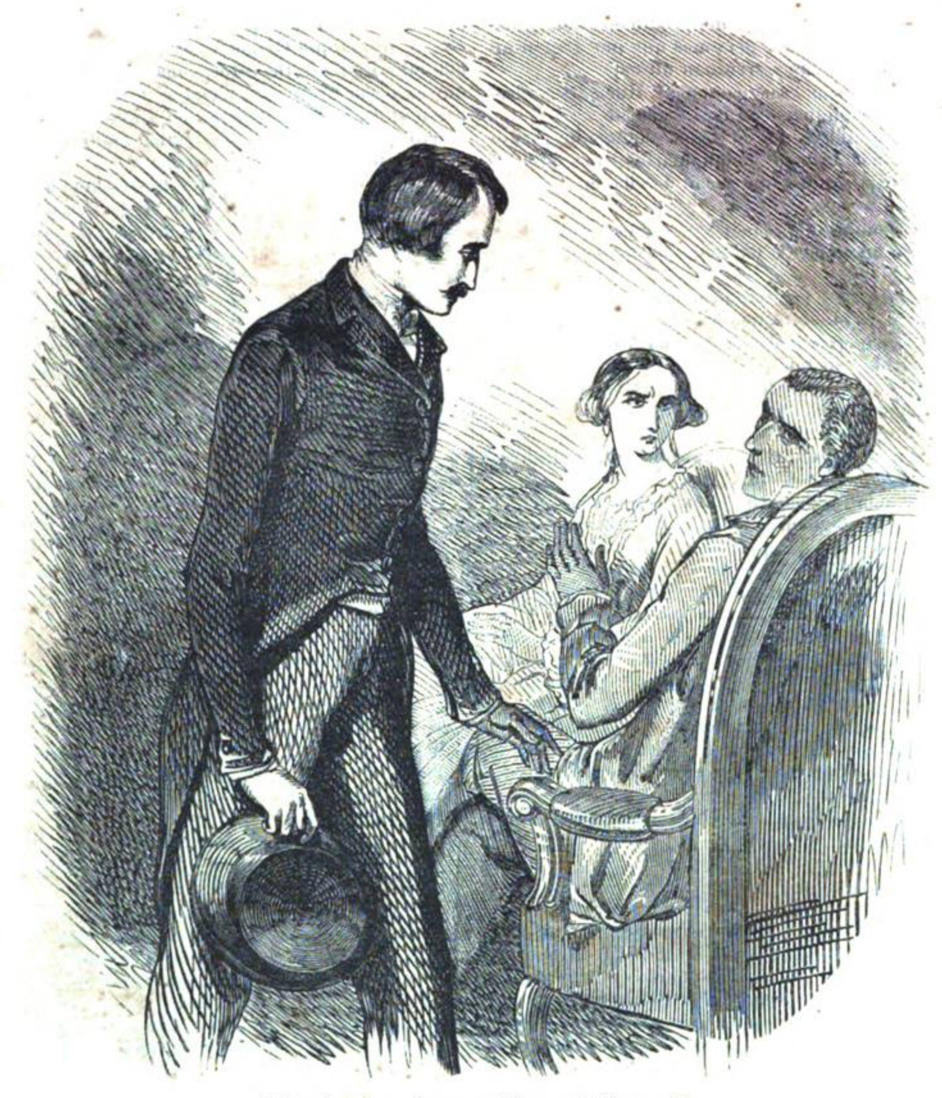
Balbuceó Debray algunas palabras, saludó, y salió tropezando con las paredes, como Mathan en *Atalia*.

—Es increible, dijo al cerrarse la puerta detrás de él. ¡Con cuánta facilidad nos vencen estos maridos, que nos parecen tan ridículos!

Después de la marcha de Luciano se instaló Danglars en el sitio que aquel ocupaba en el canapé, cerró el libro que permanecia abierto, y tomando un aire asaz pretencioso, prosiguió jugando con el perro.

Pero como el animal no le miraba con tanto cariño como á Debray, quiso morderle, y entonces Danglars, cogiéndole por el pescuezo, lo arrojó al otro lado de la estancia, cayendo sobre un sillon.

Exhaló el perro un ahullido al atravesar el espacio; pero al fin de su carrera ocultóse detrás de un almohadon, y absorto de aquel tratamiento, á que no estaba acostumbrado, permaneció inmóvil y mudo.



Balbuceó Debray algunas palabras, saludó, y salió.

—¡Cómo progresais, caballero! le dijo la baronesa sin inmutarse. Por lo comun no estais mas que grosero; pero esta noche estais brutal.

—Es que esta noche tengo peor humor que otros dias, respondió Danglars.

Herminia miró al banquero con soberano desden.

Casi siempre estas miradas exasperaban al orgulloso Danglars; pero esta noche apenas reparó en ella.

—¿Y qué me importa á mí de vuestro mal humor? respondió la baronesa irritada por la impasibilidad de

su marido. ¿Me importa á mí algo de vuestras cosas? Encerrad vuestros humores en vuestra caja ó consignadlos en vuestros libros, ó puesto que teneis corredores que os cuestan el dinero, haced que ellos los sufran.

—No tal, señora, respondió Danglars, no pienso seguir vuestros consejos, porque son vuestros. Creo que dice un poeta, que su caja es el Pacto'o del comerciante, y yo no quiero turbar el curso de mi Pactolo. Mis corredores son gente honrada que me gana mi capital, y á quien pago infinitamente menos que valen, tasándolos por lo que me producen. Con quien yo pegaré será con las personas que me gastan mi dinero y mis caballos y arruinan mi caja.

—¿Y quiénes son esas personas? Ruégoos, caballero, que os espliqueis con mas claridad.

—¡Oh! descuidad, que si hablo logogrifos, no os dejaré tomar el trabajo de adivinarlos. Los que arruinan mi caja son los que sacan de ella en una hora 700,000 francos.

—No os comprendo, caballero, repuso la baronesa tratando de disimular la emocion de su voz y el rubor de su rostro.

—Al contrario, me comprendeis muy bien, dijo Danglars; pero si continuan vuestras malas entendederas, os diré que acabo de perder 700,000 francos del empréstito español.

—¡Ah! ¿con que me haceis responsable á mí de esa pérdida? dijo la dama en tono de burla.

—¿Por qué no?

—¿Es culpa mia que hayais perdido 700,000 francos?

—A lo menos no es culpa mia.

—Acabemos, caballero; ya os tengo dicho que no me hableis de negocios, esclamó la baronesa en tono acre. Es un lenguaje que no aprendí, ni en casa de mi padres ni en la de mi primer marido.

—Ya lo creo, dijo Danglars. Como que ni unos ni otro tenian sobre qué caerse muertos.

—Razon de mas para que no haya aprendido el chapurrado bursátil que aquí me está desgarrando los oidos continuamente. Ese rumor de dinero que se cuenta y se vuelve á contar me es tan odioso, que solamente puedo compararlo con vuestra voz.

—¡Qué cosa tan estraña! dijo Danglars. ¡Y yo que habia creido que os interesábais mucho, ¡mucho! en mis operaciones.

—¡Yo! ¿Y quién os ha hecho creer tamaña tontería?

—Vos misma.

—¡Vaya una ocurrencia!

—Sin duda alguna.

—Quisiera que me dijéseis en qué ocasion.

—¡Oh! nada mas fácil. En el mes de febrero último me hablásteis de los fondos de Haití. Habiais soñado que acababa de entrar en el puerto del Havre un navío con la noticia de que cierto dividendo que se creia aplazado hasta las calendas griegas, iba á pagarse inmediatamente. Yo que conozco la lucidez de vuestros sueños, mandé por debajo de cuerda comprar todos los cupones que corrian de la deuda de Haití y gané 400,000 francos, de los cuales os entregué 100,000 religiosamente.

Habeis hecho de ellos lo que os ha dado la gana. Eso no me importa.

En marzo se trataba de la concesion de una línea de ferro-carril.

Tres sociedades se presentaban con iguales garantías, y vos me dijísteis que vuestro instinto, instinto que yo creo muy desarrollado en esto de especulaciones, aunque decís y asegurais que ni una palabra se os alcanza de ellas, me dijisteis que vuestro instinto os hacia sospechar que la que obtendria el privilegio seria la sociedad llamada del *Mediodía*.

Al instante me fuí á suscribir por las dos terceras partes de las acciones de esta sociedad. Con efecto, el privilegio le fué concedido, y segun vos preveiais, triplicóse el valor de las acciones, con lo que entró en mi caja un millon neto, del cual os dí 150,000 francos á título de albricias. ¿Cómo empleasteis aquellos 150,000 francos? tampoco me importa.

—Pero ¿adónde vais á parar, caballero? esclamó la baronesa, temblando de despecho.

—Paciencia, señora, que ya acabo.

—Me alegro mucho.

—En abril fuisteis á comer á casa del ministro. Se habló de España y oísteis una conversacion secreta. Tratábase de la espulsion de D. Carlos, con que compré muchos fondos españoles. La espulsion se verificó, y el dia que Carlos V pasó el Bidasoa gané yo 600,000 francos. De estos tomásteis 50,000 escudos, que eran vuestra parte, y que gastariais como os diese la gana; no os pido cuentas; pero no es por eso menos cierto que este año habeis recibido 500,000 libras.

—¿Y qué mas hay, caballero?

—Justamente. Eso mas que hay es lo negro.

—Teneis en verdad un modo de decir las cosas...

—Digo lo que pienso, y se acabó. Lo que hay mas es, que hace tres dias hablásteis de política con M. Debray, y creísteis entrever en sus palabras que D. Carlos habia vuelto á España. Vendo mi papel, corre la noticia, se introduce el pánico en la Bolsa, y ya no vendo, que malvendo. A la mañana siguiente salimos con que la noticia es falsa, y que he perdido 700,000 francos.

—¿Y bien?

—Y bien... puesto que yo os doy la cuarta parte de lo que gano, me debeis dar la cuarta parte cuando pierdo. La cuarta parte de 700,000 francos son 175,000.

—Pero eso es una estravagancia inconcebible, y no se me alcanza por qué mezclais en toda esta historia el nombre de M. Debray.

—Porque si por casualidad no teneis los 175,000 francos que os pido, pueden prestároslos vuestros amigos, y M. Debray lo es.

—¡Qué bochorno! esclamó la baronesa.

—¡Oh! nada de gestos, nada de gritos, nada de drama moderno, señora, ó me obligareis á decir que desde aquí estoy viendo á M. Debray embolsarse cerca de 500,000 libras que vos le habreis dado este año, y diciendo que al fin ha encontrado lo que no han podido nunca descubrir los mas hábiles jugadores, que es un juego en que se gana sin arriesgar nada, y no se pierde nada cuando se pierde.

La baronesa quiso hacer de las suyas.

—¡Miserable! esclamó, ¿os atreveriais á decir que ignorábais lo que ahora me echais en cara?

—Yo no os digo que supiera ni que ignorara: lo que os digo es: observad mi conducta desde hace cuatro años, que ni vos sois mi muger ni yo soy vuestro marido, y vereis si ha sido consecuente. Poco tiempo antes de nuestro rompimiento os entraron ganas de aprender música con aquel famoso barítono que habia debutado con tanto éxito en el teatro Italiano; y yo, por mi parte, tambien quise aprender á hacer piruetas con aquella bailarina que tantos aplausos habia alcanzado en Londres. Ambos aprendizajes, el vuestro y el mio, me vinieron á costar 100,000 francos, salvo error de pluma ó suma: 100,000 francos no me parece mucho dar, porque un matrimonio sepa bien á fondo, ella música y el baile. No despegué mis labios, porque es conveniente que en los matrimonios reine la armonía. Poco después os fastidiásteis del canto, y se os ocurrió la idea de estudiar diplomacia con el secretario de un ministro. Os dejé estudiarla. ¿Qué me importa á mí, siempre que pagueis de vuestro peculio las lecciones? Pero hoy echo de ver que las pagais del mio, y que vuestros estudios me pueden costar 700,000 francos mensuales. Alto allá, señora: esto no puede seguir así. O el diplomático da sus lecciones... de balde, y entonces le sufriré, ó no volverá á presentarse en esta casa: ¿lo ois, señora?



—¡Oh! eso es ya demasiado, caballero, esclamó Herminia sofocada. Pasais ya los límites de la bajeza.

—Pero veo con placer que no os quedais atrás, respondió el banquero, y que habeis obedecido voluntariamente á este axioma del Código: «la muger debe de seguir á su marido.»

—¡Injurias á mí!

—Teneis razon: hagamos punto, y hablemos friamente. Yo nunca me he mezclado en vuestros asuntos sino para bien vuestro: haced lo mismo vos. ¿Decís que nada teneis que ver con mi caja? Sea: contad pues con la vuestra, y no lleneis ni vacieis la mia. Además, ¿quién sabe si todo esto no es una intriga política? ¿Quién sabe si el ministro, furioso por verme en la oposicion, celoso del partido que tengo en las clases populares, no está de acuerdo con M. Debray para arruinarme?

—¡Vaya una presuncion!

—Es fundada. ¿Cuándo se ha visto una cosa por el estilo? ¿Una noticia telegráfica falsa... es decir, lo imposible? ¿Unos signos en todo diferentes, trasmitidos por los dos últimos telégrafos?... Eso se ha hecho espresamente por mí.

—Paréceme que no ignorais, caballero, dijo con mas humildad la baronesa, que ese empleado ha sido despedido, y que hasta se habló de formarle causa, y se dió órden de prenderle, órden que se hubiera cumplido á no escaparse el culpable, lo que prueba su crímen claramente... Ha sido un error...

—Que hace reir á los tontos, pasar una mala noche al ministro, y emborronar mucho papel á los empleados; pero á mí me cuesta setecientos mil francos.

—Puesto que la ocasion de todo eso es M. Debray, dijo de repente Herminia, ¿por qué me lo decis á mí? ¿Por qué acusais al hombre por conducto de la muger?

—¿Conozco yo acaso á M. Debray? repuso Danglars. ¿Quiero yo acaso conocerle? ¿quiero yo saber que da consejos? ¿quiero seguirlos? ¿danzo yo en todo eso? No, que sois vos.

—Pero me parece que puesto que para vos son las ventajas...

Danglars se encogió de hombros.

—¡Qué locas son en verdad las mugeres que se creen génios, porque han manejado una intriga de modo que no se hayan quedado al descubierto! Pero suponed que hubiérais ocultado á vuestro marido vuestros desórdenes, lo que es el A B C del arte, porque la mayor parte de los maridos no quieren ver, solo haríais una pálida copia de lo que hacen la mitad de vuestras amigas las mugeres del mundo. No estoy yo en el mismo caso. Yo siempre he tenido ojos. Desde diez y seis años acá me habreis quizá ocultado un pensamiento; pero no un paso, ni una accion, ni una falta. Vos en vuestro interior os vanagloriábais de vuestra destreza, y creeis firmemente engañarme; pero ¿qué resulta de mi táctica? Que desde M. de Villefort á M. Debray, ni uno solo de vuestros... amigos ha dejado de temblar en mi presencia; ni uno solo ha dejado de tratarme como al amo de la casa, única pretension que tengo; ni uno solo, en fin, se ha atrevido á deciros de mí lo que yo os digo en este momento. Permiso os doy para que me hagais odioso; pero no para que me hagais ridículo, y sobre todo os prohibo terminantemente que me dejeis sin blanca.

Hasta el punto en que sonó el nombre de Villefort, la baronesa habia estado haciendo de tripas corazon; pero al oir este nombre palideció, y levantándose como movida por un resorte estendió los brazos como para conjurar una fantasma, y dió tres pasos hácia su marido en actitud de arrancarle la otra parte de un secreto que no conocia, ó que quizás por un cálculo odioso, como eran por lo comun casi todos los del banquero, no queria revelar enteramente.

—¡M. de Villefort! ¿Qué significa eso? ¿qué quereis decir?

—Quiero decir que M. de Nargonne, vuestro primer marido, no siendo ni un filósofo, ni un banquero, ó quizás siendo ambas cosas, y viendo que no podia sacar ningun partido de un procurador del rey, ha muerto de disgusto ó de cólera al encontraros embarazada de seis meses, después de una ausencia de nueve. Soy brutal, y no solo lo sé, sino que me glorío de ello; es uno de los medios de que me valgo con buen éxito en mis operaciones comerciales. ¿Por qué en vez de matar, hizo que le matasen? Porque no tenia caja que salvar; pero yo me debo á mi caja. M. Debray, mi consócio, me hace perder setecientos mil francos. Que soporte su parte de pérdida y continuaremos jugando, ó si no que se declare en quiebra por sus ciento sesenta y cinco mil libras, y que haga lo que hacen los que quiebran, es decir, que huya. ¡Ah Dios mio! es un jóven sin par cuando sus noticias son verdaderas; pero cuando no lo son hay cincuenta en el mundo que valen mas que él.

Madama Danglars estaba aterrada; sin embargo, hizo un esfuerzo supremo para contestar á este último ataque.

Pero cayó desfallecida en un sofá pensando en Villefort, en la escena de la comida, en esta estraña série de desgracias que hacia algunos dias afligian su casa, cambiando en escandalosos debates la indecisa calma de su matrimonio.

Ni siquiera la miró Danglars, aunque ella hizo todos los esfuerzos posibles para desmayarse.

Abrió la puerta de la alcoba sin pronunciar una sola palabra, y entró en sus habitaciones; de modo que cuando Madama Danglars volvió en su acuerdo, pudo creer que habia tenido una pesadilla.

CAPÍTULO VII.

PROYECTOS MATRIMONIALES.

La mañana siguiente á esta escena, á la hora en que Debray, de paso á su despacho, tenia por costumbre hacer una corta visita á Madama Danglars, no se presentó en su casa.

A esta misma hora, esto es, al mediodía, Madama Danglars pidió su carruaje y salió.

Danglars, oculto detrás de las colgaduras, habia observado esta salida, que esperaba ya.

Dió órden de que le avisasen tan pronto como su muger volviese; pero á las dos aun no habia regresado.

A esta hora pidió sus caballos y dirigióse á la Cámara, donde se hizo inscribir para hablar contra los presupuestos.

Desde el mediodía hasta las cuatro, M. Danglars habia estado en su gabinete leyendo la correspondencia, entristeciéndose de cada vez mas y mas, acumulando sumas sobre sumas, y recibiendo, entre otras visitas, la del mayor Cavalcanti, que siempre con su frac azul y su política fria, se presentó exactamente á la hora señalada la víspera para terminar sus negocios con el banquero.

Al salir de la cámara, Danglars, que habia dado señales de una viva agitacion durante la sesion, y que habia hablado con mas acrimonia que nunca contra el ministerio, montó en su carruaje, ordenando al cochero que le condujese al camino de los Campos Elíseos, núm. 30.

Monte-Cristo estaba en su casa; pero tenia gente, y suplicóle á M. Danglars esperase un momento en el salon.

Mientras que el banquero esperaba, se abrió la puerta y vió entrar á un hombre en traje de abate, que en vez de esperar como él, y teniendo sin duda mas confianza en la casa, le saludó y entró en las habitaciones interiores.

Un momento después, la puerta por donde el sa-

cerdote habia entrado volvió á abrirse para dar paso á Monte-Cristo.

—Dispensadme, querido baron, le dijo; pero uno de mis mejores amigos, el abate Busoni, á quien habreis visto pasar, acaba de llegar á Paris. Hacia mucho tiempo que estábamos separados, y no he tenido valor para abandonarle tan pronto. Espero que en obsequio á la causa me escusareis de que os haya hecho esperar.

—No, ya me he curado por algun tiempo; se trata solamente de una quiebra en Trieste.

—¿De veras? ¿Seria por casualidad corresponsal vuestro Jacobo Manfredi?

—Justamente. Figuraos que teniamos negocios hace no sé cuánto tiempo por valor de ochocientos ó novecientos mil francos anuales. Nunca habíamos tenido una trabacuenta ni un retraso; era un buen hombre, que pagaba como un príncipe... cuando pagaba.



...vió entrar á un hombre en traje de abate.

—¿Por qué no? respondió Danglars, yo soy el que he elegido mala ocasion, y voy á retirarme.

—De ningun modo: por el contrario, sentaos. ¡Pero, Dios mio, qué teneis! Parece que estais preocupado; en verdad que me asustais. Un gran capitalista melancólico, es como los cometas, presagia siempre al mundo alguna gran desgracia.

—Lo que tengo, caballero, repuso Danglars, es que la desgracia me persigue hace muchos dias, y no recibo sino noticias malas.

—¡Ah Dios mio! dijo Monte-Cristo; ¿habeis sufrido otro descalabro en la Bolsa?

Formo sociedad con él dándole un millon, y de repente el diablo de Jacobo Manfredi suspende sus pagos.

—¿De veras?

—Es una fatalidad inaudita. Giro contra él seiscientas mil libras, que se me devuelven protestadas, y lo peor es que poseo unos cuatrocientos mil francos en letras de cambio, firmadas por él y pagaderas á fines del corriente en casa de su corresponsal de Paris. Hoy estamos á 30; envio mis cobradores y les contestan que el corresponsal ha desaparecido. Esto, junto con el negocio de España, me hace un bonito balance de fin de mes.

—¿Pero es verdadera pérdida vuestro negocio de España?

—Ya lo creo, setecientos mil francos redondos fuera de mi caja.

—¿Cómo habeis hecho semejante disparate, vos, un bolsista aguerrido?

—La culpa la tiene mi muger. Ha soñado que don Carlos habia entrado en España: cree en los sueños, y los atribuye al magnetismo; de modo que, segun su opinion, sus sueños no pueden menos de realizarse infaliblemente. En vista de esta conviccion, la permito jugar: tiene su caja y sus corredores aparte; juega y pierde. Es verdad que no es mi dinero, sino el suyo; pero ya comprendeis que cuando setecientos mil francos salen del bolsillo de la muger, siempre se apercibe de ello el marido... ¡Qué! ¿No lo sabiais?... ¡Pues ha dado poco que decir este negocio!

—Sí, es cierto; habia oido algo; pero ignoraba los detalles. Además, yo soy todo lo mas ignorante que puede ser un hombre en ágios de Bolsa.

—¿No jugais?

—¡Yo! ¿Y cómo quereis que juegue? Bastante tengo con arreglar mis cuentas. Me veria obligado, ó mi mayordomo en mi nombre, á tomar un comisionista y mozo de caja. Pero á propósito de España, me parece que no es solo la baronesa quien ha soñado la entrada de D. Carlos. ¿No han dicho los periódicos algo de eso?

—¿Creeis en los periódicos?

—No tal; pero tenia al *Mensagero* por una escepcion de la regla, que no anunciaba sino cosas ciertas, las noticias telegráficas.

—Pues por eso me parece inesplicable, replicó Danglars: la entrada de D. Carlos era efectivamente un parte telegráfico.

—De manera, añadió Monte-Cristo, que perdeis sobre poco mas ó menos un millon y setecientos mil francos.

—No hay poco mas ó menos, que es la cantidad verdadera.

—¡Diablo! Para una fortuna de tercer órden, dijo Monte-Cristo con aire de compasion, el golpe es duro.

—¡De tercer órden! contestó Danglars algo humillado; ¿qué diablos entendeis por tercer órden?

—Me esplicaré, prosiguió Monte-Cristo: yo divido las fortunas en tres clases. Fortuna de primer órden, de segundo y de tercero. Llamo fortuna de primer órden á la que se compone de tesoros, las tierras, las minas, las rentas sobre los Estados como la Francia, el Austria y la Inglaterra, siempre que estos tesoros, estas tierras ó estas rentas formen un total de unos cien millones. Llamo fortuna de segundo órden á las esplotaciones manufactureras, á las empresas en comandita, á los vireinatos y principados, no pasando de un millon setecientos mil francos de renta, y un capital de cincuenta millones; y llamo, en fin, fortuna de tercer órden á los capitales que producen intereses compuestos, á las ganancias que dependen de la voluntad de otro ó de la casualidad, ganancias que una quiebra ó una noticia telegráfica destruyen; las especulaciones eventuales sometidas al influjo de la fatalidad, que podria llamarse fuerza menor, comparada con la fuerza mayor, que es la fuerza natural, y que en junto forma un capital ficticio ó real de quince millones. ¿No es esta vuestra posicion sobre poco mas ó menos?

—Sí, respondió Danglars.

—De modo que con seis fines de mes como el presente, continuó impertérrito Monte-Cristo, una casa de tercer órden estaria agonizando.

—¡Oh! repuso Danglars con una sonrisa dolorosa, ¡no tanto! ¡no tanto!

—Pongamos siete meses, replicó Monte-Cristo en el mismo tono. Decidme: ¿habeis reflexionado alguna vez que un millon y setecientos mil francos multiplicado por siete, hacen doce millones sobre poco mas ó menos? ¿No? Haceis bien; porque con semejantes reflexiones, no comprometeriais nunca vuestros capitales, que son al banquero lo que la piel al hombre civilizado. Nuestros trajes, es decir, nuestro crédito, son mas ó menos suntuosos; pero cuando morimos, solo nos queda la piel; así al banquero al retirarse de los negocios solo le queda su capital efectivo, es decir, cinco ó seis millones á lo sumo, porque las fortunas de tercer órden solo son la tercera ó la cuarta parte de lo que representan, como la locomotora de un camino de hierro, entre el humo que la envuelve y agiganta, no es sino una maquina de mas ó menos fuerza. Pues bien, de estos cinco millones que forman vuestro capital efectivo, acabais de perder cerca de dos, que disminuyen en igual proporcion vuestra fortuna ó vuestro crédito; es decir, mi querido Danglars, que acaba de abrir vuestra piel una sangría que repetida cuatro veces os causaria la muerte. Tenedlo presente y bien presente, mi querido Danglars. ¿Necesitais dinero? ¿quereis que os lo preste yo?

—¡Qué mal calculista sois! esclamó Danglars, llamando en su auxilio á toda la filosofía y todo el disimulo del empirismo bursátil; á la hora presente el mismo dinero ha ingresado ya en mis cajas de resultas de otras especulaciones afortunadas. La sangre que me saca la sangría, me la devuelve la nutricion. He perdido en España una batalla, me han vencido en Trieste; pero mi armada de la India habrá tomado algunas galeras, y mis mineros de Méjico habrán descubierto alguna veta rica.

—Muy bien, muy bien; pero queda la cicatriz, y á la primera lesion volverá á abrirse.

—No, porque cuento con especulaciones seguras, prosiguió Danglars con su facundia insolente. Para arruinarse seria preciso que desaparecieran tres gobiernos.

—Eso se ha visto ya.

—Que faltasen las cosechas.

—Recordad las siete vacas gordas y las siete flacas.

—O que el mar se secase, como en los tiempos de Faraon; pero me quedaria el consuelo de que hay muchos mares, ó de que mis navíos se trasformasen en caravana.

—¡Tanto mejor! ¡tanto mejor! mi querido Danglars, dijo Monte-Cristo; veo que me he equivocado, y que perteneceis á las fortunas de segundo órden.

—Creo poder aspirar á esa honra, añadió el banquero con una de aquellas sonrisas estereotípicas que hacian á Monte-Cristo el efecto de las lunas de yeso en los cuadros de los malos pintores; y puesto que hablamos de negocios, añadió contentísimo de poder mudar de conversacion, decidme qué puedo hacer por M. Cavalcanti.

—¡Toma! darle dinero, si tiene un crédito contra vos, y si ese crédito os parece admisible.

—¡Escelente! Esta mañana se me ha presentado con una letra de 40,000 francos á la vista, del abate Busoni contra vos, y endosada por vos contra mí. Ya os figurareis que al instante le dí sus cuarenta billetes de á mil francos.

Monte-Cristo hizo un ademan que indicaba adhesion.

—Pero esto no es todo, añadió Danglars. Ha abierto á su hijo un crédito en mi casa.

—Sin que sea indiscrecion, ¿cuanto le da?

—Cinco mil francos mensuales.

—Sesenta mil francos al año... ya me lo figuraba yo, dijo Monte-Cristo. ¡Qué tacaños son esos Cavalcantis! ¿qué querrá que haga un jóven con cinco mil francos al mes?

—Pero ya os figurareis que si necesita de algunos miles mas...

—No se los deis, que el padre no os los abonaría en cuenta. Vos no conoceis á estos millonarios ultra-

montanos: son mas avaros que el de Moliére. ¿Y quién os ha girado ese crédito?

—¡Oh! la casa de Fenci, una de las mejores de Florencia.

—No me atrevo á decir que lo perderiais; pero ateneos en un todo al tenor de la letra.

—¿No teneis confianza en Cavalcanti?

—Le daria sobre su firma diez millones. ¡Oh! es de las fortunas de segundo órden de que os hablaba hace poco, mi querido Danglars.

—¡Parece mentira! tan sencillo! yo le tendria por un mayor y nada mas.

—Y no os quedárais corto, porque decís bien, su apariencia engaña. Cuando le ví por primera vez me pareció un subteniente retirado. Pero todos los italianos son así: parecen judíos, cuando no deslumbran como magos de Oriente.

—El jóven es mejor, dijo Danglars.

—Sí, un poco tímido quizás; pero no me ha parecido del todo mal. Me tenia con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque le veíais en mi casa poco tiempo después de su entrada en el mundo, segun me han dicho. Ha viajado con un maestro muy severo, que nunca le trajo á París.

—La nobleza italiana acostumbra casarse entre sí, ¿no es verdad? preguntó Danglars como quien no quiere la cosa. Gustan de reunir sus capitales.

—Así lo hacen por lo comun; pero Cavalcanti es un hombre originalísimo, que no hace nada como los demás. Nadie me quitará la idea de que trae su hijo Francia para casarle.

¡Oh! repuso Danglars con una sonrisa dolorosa, ¡no tanto! ¡no tanto!

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro.

—¿Y habeis oido hablar de su fortuna?

—No se habla allí de otra cosa. Unos, sin embargo, le hacen poderoso, y otros pobre, muy pobre.

—¿Y vuestra opinion particular cuál es?

—Pero no os fundeis en ella, que es puramente personal.

—Pues ya se sabe.

—Mi opinion es que todos estos antiguos *condottieri*—pues los Cavalcanti han mandado ejércitos y provincias,—mi opinion es que tienen enterrados mu



chos millones en sitios que solo dan á conocer á sus hijos primogénitos de generacion en generacion, y hallo la prueba en que todos son secos y amarillos como sus vetustos florines del tiempo de la república, de los cuales conservan una especie de reflejo á puro mirarlos.

—Bien, dijo Danglars; y eso es tanto mas presumible, cuanto que no se les conoce una pulgada de tierra.

—O por lo menos muy poca. Yo de mí sé decir que solo conozco á Cavalcanti un palacio en Luca.

—¡Ah! tiene un palacio! dijo Danglars riéndose; eso ya es algo.

—Sí; pero lo alquila al ministro de Hacienda, y él vive en un casucho cualquiera. Os repito que le tengo por muy avaro.

—No le adulais.

—Si apenas le conozco... creo que no pasan de tres las veces que le he visto en mi vida. Lo que sé de él, lo sé por el abate Busoni y por él mismo. Hablándome esta mañana de sus proyectos sobre su hijo, me dió á entender, que cansado de ver dormir su capital en Italia, que es un pais muerto, quisiera encontrar un medio de que le produjese algun bien en Inglaterra, ó en España ó Francia. Pero tened siempre en memoria, que aunque tengo la mayor confianza en el abate Busoni personalmente, no respondo de nada.

—No importa. Quédoos agradecido por haberme proporcionado tal cliente. Es un nombre que honrará mis libros de caja. Mi cajero está fuera de sí de orgullo, porque le he esplicado quién son los Cavalcanti. A propósito, conde, y esto es simplemente curiosidad, ¿cuando los italianos casan á sus hijos, les dan dote?

—Eso, segun y conforme. He conocido un príncipe italiano, rico como una mina de oro, y de una de las primeras familias de la Toscana, que cuando sus hijos se casaban á su gusto, les daba millones; y cuando se casaban á disgusto treinta escudos mensuales. Supongamos que se case Andrea á gusto del mayor; acaso le dará dos ó tres millones; ó si se casara, verbi gracia, con la hija de un banquero, se asociaria con su suegro; pero supongamos á par que se case á disgusto... Buenas noches. Monseñor Cavalcanti cierra su bolsa, y el bueno de Andrea se ve precisado á vivir como ciertos calaveras de Francia, levantando muertos, ó haciendo trampas en el juego.

—Ese muchacho se casará con una princesa de Baviera ó del Perú... pondrá muy altos los puntos...

—No, que todos los grandes señores ultramontanos suelen casarse con mugeres poco menos que de nonada; son como Júpiter, gustan de que las razas se crucen. Pero ¡calle! cuando me haceis tantas preguntas... ¿tendreis el proyecto de casar á Andrea, mi querido Danglars?

—No fuera mala especulacion á fé mia, dijo Danglars; y yo soy un especulador.

—Supongo que no será con vuestra hija; á menos que querais que el pobre Andrea muera á manos de Alberto.

—Alberto... sí... en lo que menos piensa él es en eso, dijo Danglars encojiéndose de hombros.

—Pero segun creo, está ya desposado con ella.

—No tanto. M. de Morcef y yo hemos hablado algunas veces de este matrimonio; pero Madama de Morcef y Alberto...

—¿A que vais á decirme que no es buen partido?

—Psch! en mi opinion vale tanto la señorita de Danglars como M. de Morcef.

—El dote de la señorita de Danglars será sin duda bueno... sobre todo si el telégrafo no vuelve á hacer de las suyas.

—¡Oh! no se trata solo del dote. Pero á propósito, decidme...

—¿Qué?

—¿Por qué no habeis convidado á Morcef y á su familia á vuestro banquete?

—Le convidé; pero me dijo que tenia que ir á Dieppe con su madre, á quien han recetado los aires del mar.

—Sí, repuso Danglars sonriéndose, le deben de sentar muy bien.

—¿Por qué?

—Porque son los aires que ha respirado en su juventud.

Monte-Cristo aparentó no comprender el epigrama.

—Pero en fin, repuso, aunque Alberto no sea tan rico como vuestra hija, no le podeis negar que lleva un nombre ilustre.

—Sea; pero el mio vale tanto como el suyo, dijo Danglars.

—Sí por cierto. Vuestro nombre es popular, y ha ennoblecido el título con que se le quiso ennoblecer; pero vuestra inteligencia es harto clara para que no comprendais que, gracias á ciertas preocupaciones, demasiado arraigadas para que sea posible destruirlas, nobleza de cinco siglos vale mas que nobleza de veinte años.

—Por eso justamente, replicó Danglars con una sonrisa que pretendia hacer sardónica, por eso preferiria yo Cavalcanti á Morcef.

—Pues yo supongo, dijo Monte-Cristo, que los Calvalcanti no se aventajen á los Morcef.

—¡Los Morcef! oid, mi querido conde, vos sois un hombre de mundo, ¿no es verdad?

—Tal me creo.

—¿Y entendido en heráldica?

—Un tanto.

—Pues reparad que el color de mis blasones es mas sólido que el de los suyos.

—¿Por qué así?

—Porque yo, si no soy baron de nacimiento, me llamo siquiera Danglars.

—¿Y qué mas?

—Mientras él no se llama Morcef.

—¡Cómo, no se llama Morcef!

—Ni por asomos.

—¡Quién lo creyera!

—A mí me han hecho baron, y por consiguiente lo soy; mientras él se ha hecho conde á sí mismo, de manera que no lo es.

—¡Imposible!

—Sabed, mi querido conde, prosiguió Danglars, que M. de Morcef es mi amigo, ó dicho mejor, mi conocido hace treinta años. Ya sabeis que yo tengo en muy poco mis pergaminos, puesto que nunca he olvidado mi origen.

—Prueba de una gran humildad ó de un orgullo muy grande, dijo Monte-Cristo.

—Pues bien, cuando yo era corredor de comercio, era Morcef un simple pescador.

—¿Y cómo se llamaba entonces?

—Fernando.

—¿Fernando á secas?

—Fernando Mondego.

—¿Estais seguro?

—¡Pardiez! me ha vendido mucho pescado para que yo lo olvide.

—Entonces, ¿por qué le dabais vuestra hija?

—Porque habiendo Fernando y Danglars salido de la nada, hoy ricos y nobles, son iguales en el fondo, salvo ciertas cosas que se han dicho de él y nunca de mí.

—¿Qué cosas?

—Nada.

—¡Ah! sí, ya comprendo. Me estais recordando que he oido pronunciar en Grecia ese nombre de Fernando Mondego.

—¿A propósito del asunto de Alí-Pachá?

—Justamente.

—Ahí teneis el misterio, repuso Danglars, y con-

confieso que hubiera dado algo por descubrirlo.
—No habreis tenido muchas ganas, que es bien fácil.
—¿Cómo?
—¿En Grecia tendreis sin duda corresponsales?
—¡Vaya!
—¿En Janina...
—En todas partes.
—Pues escribid á vuestro corresponsal de Janina, preguntándole qué parte ha tenido en la catástrofe de Alí-Tebelin un francés llamado Fernando.
—Teneis razon, esclamó Danglars levantándose. Hoy mismo escribiré.
—Hacedlo.
—Ya voy.
—¿Y si os contestan algo escandaloso?..
—Os lo participaré.
—Tendré mucho gusto en ello.
Lanzóse Danglars fuera de la estancia, y de un solo salto llegó á su coche.

CAPITULO VIII.

EL DESPACHO DEL PROCURADOR DEL REY.

Dejemos al banquero correr al trote largo, y sigamos á Madama Danglars en su escursion matutina.
Ya hemos dicho que á las doce y media habia salido en carruaje.
Dirigióse al barrio de San German, y tomando por la calle de Mazarino, paró en el pasaje del Puente-Nuevo.
Apeóse y atravesó el pasaje.
Iba vestida con mucha sencillez, como conviene á una muger de buen gusto que sale por la mañana.
En la calle de Guenegaud subió á un fiacre, diciendo al cochero:—á la calle de Harlay.
Apenas entró en el carruaje, sacó del bolsillo del vestido un velo negro muy tupido, lo colocó en su sombrero de paja y después se lo puso, notando con placer, mirándose en un espejito de bolsillo, que no se la podia descubrir mas que la blancura de su piel y la brillantez de sus pupilas.
Tomó el fiacre el camino del Puente Nuevo, entró por la plaza Dauphine en el patio de Harlay; pagóle Mad. Danglars al abrir la portezuela, y dirigiéndose á la escalera, que subió precipitadamente, llegó en un momento á la sala de los Pasos-Perdidos.
Por la mañana hay muchos negocios; pero hay mas negociantes en el Palacio de Justicia.
Los negociantes fijan poco su atencion en las mugeres.
Madama Danglars atravesó pues la sala de los Pasos-Perdidos sin ser reparada mas que de otras mugeres que esperaban á sus respectivos abogados.
Habia mucha gente en la antesala de M. de Villefort; pero la dama ni aun tuvo necesidad de dar su nombre. Al presentarse se levanta un portero, y acercándose á ella la preguntó si era la persona que el señor procurador del rey habia citado, y viendo que respondia afirmativamente, la condujo por un pasillo reservado al despacho de M. de Villefort.
El magistrado estaba escribiendo, sentado en un sillon y vuelto de espaldas á la puerta.
Abrióse la puerta, pronunció el portero estas palabras «entrad, señora,» y volvió la puerta á cerrarse sin que hiciese un solo movimiento.
Pero tan pronto como sintió que el portero se alejaba, se levantó con viveza, echó los cerrojos, corrió las cortinas, y registró todos los rincones del despacho.
Así que adquirió la certidumbre de que no podia ser visto ni oido, y por consecuencia su tranquilidad:
—Gracias, señora, dijo; gracias por vuestra exactitud.
Y la ofreció una silla, que Madama Danglars aceptó, porque su corazon latia con una violencia tal, que estaba próxima á ahogarse.
—Mucho tiempo hace, dijo el procurador del rey sentándose, y haciendo á su sillon describir un semicírculo para ponerse enfrente de Madama Danglars, mucho tiempo hace, señora, que no he tenido el placer de hablar á solas con vos, y con gran sentimiento mio nos encontramos ahora para entablar una conversacion bien penosa por cierto.
—Sin embargo, ya veis que he venido á vuestra primera llamada, aunque ciertamente esta conversacion sea para mí mucho mas penosa que para vos.
Villefort se sonrió amargamente.
—Es verdad, dijo, respondiendo mas bien á su pensamiento propio que á las palabras de Madama Danglars; es verdad: ¡todas nuestras acciones dejan en nuestra imaginacion rastros sombríos ó luminosos de nuestro pasado! Es verdad: todos los pasos que damos en nuestra vida se asemejan á la marcha del reptil sobre la arena, que siempre dejan una huella; mas ¡ay! esta huella es en muchos un raudal de lágrimas.
—¿Comprendeis mi emocion, no es verdad? Tranquilizadme pues; os lo suplico.
Esta habitacion por donde tantos culpables han pasado temblorosos y con vergüenza; este sillon donde á mi vez me siento con vergüenza y temblorosa... ¡Oh! necesito recurrir á toda mi razon para no ver en mí una muger muy culpable, y en vos un juez inflexible.
Villefort sacude la cabeza y suspira.
—Y yo, respondió el procurador del rey, yo me digo á mí mismo: no es tu sitio el sillon del juez, sino el banquillo del acusado.
—¡Vos! dijo Madama Danglars admirada.
—Sí, yo.
—Creo que vuestro puritanismo exagera vuestra situacion, dijo Madama Danglars, cuyos hermosos ojos se iluminaron con un resplandor fugitivo. Esas huellas de que hablábais hace un instante, las han trazado todas las juventudes ardientes. En el fondo de la copa de las pasiones, y aun en la del placer, hay siempre algunos remordimientos: por eso el Evangelio, ese manantial eterno de consuelo para los desgraciados, nos ha dado por sosten, á nosotras pobres mugeres, la admirable parábola de la Pecadora y de la muger adúltera. Así pues, os lo confieso, cuando vuelvo mis ojos á los delirios de mi juventud, espero que Dios me los perdone, porque tengo en mis muchos sufrimientos, si no la disculpa de mis faltas, al menos la compensacion. Pero vos, que sois hombre, ¿qué teneis que temer? Al hombre el mundo le disculpa, y el escándalo le ennoblece.
—Señora, replicó Villefort, bien me conoceis: no soy hipócrita, ó si lo soy, es porque tengo mis razones para serlo. Si mi frente es ceñuda, consiste en que pesan sobre ella muchas desgracias: si mi corazon es duro, consiste en que ha tenido que sufrir muchos choques. No era yo así en mi juventud; no era yo así la tarde de los desposorios, cuando estábamos todos sentados alrededor de una mesa de la calle del Corso en Marsella. Pero después he cambiado yo y todo lo que me rodea. Mi vida se ha gastado persiguiendo y destrozando los obstáculos que voluntaria ó involuntariamente, por su libre albedrío ó por casualidad, se encontraban colocados en mi camino. Muy raro es que lo que se desea ardientemente no sea ardientemente defendido por aquellos de quienes se desea obtener ó á quien se piensa arrancar. Así es que la mayor parte de las malas acciónes de los hombres se presentan á su propia vista disfrazadas bajo la especiosa forma de la necesidad; solo después es cuando se ve que hu-



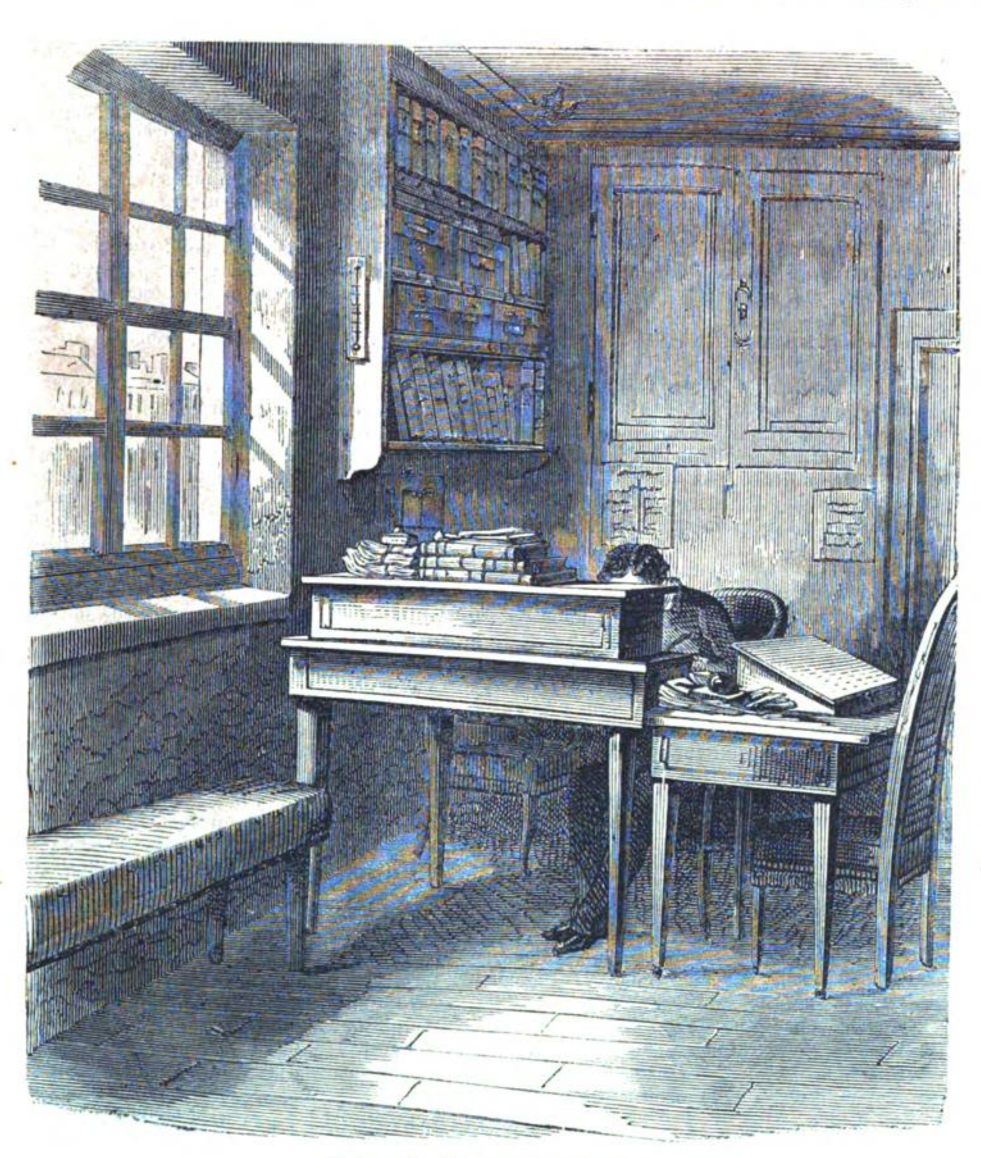
El Palacio de Justicia.

biera sido fácil evitar la mala accion cometida en un momento de exaltacion, de temor ó de delirio. El único medio bueno que hubiese sido fácil emplear, y que no se ha visto, porque uno estaba ciego, parece entonces natural y sencillo; y entonces nos decimos:—¿Cómo no he hecho esto en lugar de aquello? Vosotras las mugeres, por el contrario, rara vez os veis atormentadas de los remordimientos, porque rara vez la resolucion nace de vosotras mismas; vuestras desgracias porque aun no habeis llegado al término del sufrimiento.

—¡Dios mio! esclamó aterrada Madama Danglars; ¡pues qué! ¿hay mas todavía?

—Solo veis lo pasado, y en verdad que es harto sombrío... Pues bien: figuraos un porvenir mas sombrío aun, un porvenir... espantoso indudablemente... sangriento quizá.

Como la baronesa conocia lo dueño que era de sí



El despacho del procurador del rey.

os son casi siempre impuestas; vuestras faltas son casi siempre obra de otro.

—En todo caso, respondió Madama Danglars, confesad que si he cometido una falta, aunque sea personal, he recibido ayer tarde un castigo muy severo.

—¡Pobre muger! dijo Villefort estrechándole la mano; muy severo para vuestras fuerzas, porque dos veces estuvísteis ya á punto de sucumbir, y sin embargo...

—¿Qué?

—Debo deciros ahora... reunid todo vuestro valor, mismo Villefort, tan conmovida la puso su exaltacion, que abrió la boca para gritar; pero el grito se ahogó en su garganta.

—¿Cómo resucita ese pasado terrible? esclamó Villefort; ¿cómo del fondo de la tumba y de nuestros corazones donde dormia, ha salido cual un fantasma aterrador, para hacer palidecer nuestras mejillas y doblarse nuestras frentes?

—¡Ah! dijo Herminia, sin duda la casualidad...

—¡La casualidad! No, señora, no, nada tiene que ver con esto la casualidad.

—¡Cómo! ¿No es una casualidad, aunque fatal, la que ocasiona todo esto? ¿No es una casualidad que el conde de Monte-Cristo haya comprado esta casa? ¿No es una casualidad que haya hecho cavar el jardin? ¿No es una casualidad, por último, que el desgraciado niño haya sido encontrado debajo de los árboles?.. ¡Ah! mi corazon se hizo pedazos cuando el conde habló de aquel cadáver querido encontrado entre las flores.

—Pues bien; nada de eso ha sucedido, respondió Villefort en voz sorda. Esto es lo mas terrible que tengo que deciros. No hay tal cadáver, ni hay tal niño desenterrado. No debemos llorar, no debemos gemir; lo que debemos hacer es temblar.

—¿Qué quereis decir? esclamó Madama Danglars estremeciéndose.

—Que M. de Monte-Cristo no ha podido encontrar ni el esqueleto de un niño, ni los restos de un cajon, porque ni una cosa ni otra existian.

—¡Ni una cosa ni otra! repitió Madama Danglars fijando en el procurador del rey sus espantados ojos que indicaban el terror de que estaba poseida. ¡Ni una cosa ni otra! repetia aun, como quien trata de fijar por las palabras y la voz sus ideas próximas á trastornarse.

—No, dijo Villefort tapándose el rostro con las manos; no, mil veces no...

—¿Pero no fué allí donde depositásteis al pobre niño, caballero? ¿Por qué engañarme? Decid.

—Allí fué; pero escuchadme, escuchadme, señora, que vais á compadecerme, á mí que há veinte años llevo solo el peso del dolor que os voy á contar, sin que nunca haya pensado en haceros partícipe en él.

—¡Dios mio, me asustais! pero no importa; hablad; ya os escucho.

—Ya sabeis cómo terminó la dolorosa noche en que yaciais en el lecho del dolor casi moribunda, en aquella alcoba forrada de damasco encarnado, mientras que yo, tan agitado como vos, esperaba vuestro parto. Nació el niño, le recibí en mis brazos sin movimiento, sin respiracion, sin voz... le creimos muerto...

Madama Danglars hizo un movimiento rápido, como si quisiera lanzarse de la silla.

Pero Villefort la detuvo, juntando las manos como para implorar su atencion.

—Lo creimos muerto, repitió. Púsele en un cajoncito, que debia de ser su ataud, bajé al jardin, abrí un hoyo y le enterré apresuradamente.

Acababa apenas de cubrirlo de tierra, cuando el brazo del Corso se estendió sobre mí.

Ví una especie de sombra que se me aproximaba, y brilló una especie de relámpago.

Sentí un dolor agudo; quise gritar; pero un frio mortal corrió por todo mi cuerpo, y ahogóse la voz en mi garganta...

Caí moribundo, y me creí muerto.

Nunca olvidaré vuestro valor sublime, cuando vuelto en mí me arrastré espirante hasta el pié de la escalera, donde espirante vos tambien vinísteis en mi auxilio.

Era preciso ocultar á todo el mundo aquella terrible catástrofe.

Un duelo fué el pretesto de mi herida.

Contra todas las probabilidades nos guardaron el secreto.

Lleváronme á Versalles, donde estuve tres meses luchando entre la vida y la muerte.

Cuando parecia en fin que venciese en mí la vida, me recetaron los aires del Mediodía.

Cuatro hombres me condujeron de París á Chalons, no andando mas que seis leguas al dia. Madama de Villefort acompañaba mi litera en su carruaje.

En Chalons me embarcaron en el Saona; pasé despues el Ródano, y sin remar la barca siquiera, la corriente me llevó hasta Arlés. Allí volví á mi litera y á continuar mi camino hasta Marsella.

Mi convalecencia duró diez meses.

Ni volví á oir hablar de vos, ni me atreví á preguntar qué os habia sucedido.

A mi regreso á París supe que, viuda de M. de Nargonne, os habiais casado con M. Danglars.

¿En qué habia pensado yo desde que recobré el conocimiento? Siempre en lo mismo; siempre en el cadáver de aquel niño, que todas las noches veia en sueños salir del seno de la tierra y mecerse sobre su tumba, amenazándome con acciones y miradas.

Apenas llegué á París, comencé á informarme: nadie habia habitado desde que la dejamos nosotros; pero acababan de alquilarla por nueve años.

Fuí á ver al inquilino, fingí grandes deseos de que no pasase á manos estrañas una casa que pertenecia á los padres de mi muger, y le ofrecí una compensacion porque rompiese la escritura.

Me pidieron seis mil francos; diez ó veinte mil hubiese dado yo, si me los hubieran pedido.

Los llevaba en el bolsillo; hice que inmediatamente se firmase el contrato de cesion; y dueño ya de esta cesion tan deseada, partí á galope para Auteuil.

Nadie habia entrado en la casa desde que salí de ella.

Eran las cinco de la tarde. Subí á vuestra alcoba, y esperé que anocheciese.

Allí me volvieron á asaltar, mas amenazadores que nunca, los recuerdos que hacia un año me tenian en agonía continua.

El Corso que me declaró la *Vendetta*, que me siguió de Nimes á París, que se escondió en el jardin, que me hirió, que me vió cavar la tierra, y sepultar al niño, podia llegar á conoceros, y acaso os conoceria...

A ser esto así, ¿no os haria pagar un dia este secreto terrible?

¿No seria esto para él una venganza mas satisfactoria, cuando supiese que su puñalada no me causó la muerte?

Era pues indispensable, ante todo, hacer que desapareciesen las huellas de lo pasado, destruir toda prueba material, para que no existiese la realidad sino en mis recuerdos.

Por eso hice anular la escritura; por eso fuí á Auteuil; por eso esperaba.

Llegó la noche.

Estaba yo á oscuras en aquella alcoba; el viento hacia retemblar las vidrieras, detrás de las cuales creia ver escondida alguna persona que espiaba mis acciones.

Tal vez me estremecia creyendo oir detrás de mí, en el lecho, vuestros quejidos; y sin embargo, no me atrevia á volver la cara.

Mi corazon latia en lo mas hondo de mi pecho con tanta violencia, que creia que mi herida se renovaba: oí por último estinguirse lentamente todos los rumores del jardin, y comprendiendo que nada tenia que temer, que no podia ser visto ni oido, me decidí á bajar.

Escuchad, Herminia: me creo con tanto valor como otro cualquiera; pero cuando saqué del pecho la llave de la escalera, aquella llave que tanto queríamos los dos, y á la cual pusísteis un anillo de oro; cuando abrí la puerta; cuando á través de la ventana ví que la luz pálida proyectaba en la escalera de caracol un círculo luminoso semejante á un espectro, me así á la pared, y estuve á pique de gritar... me parecia que iba á volverme loco.

Al cabo pude sobreponerme á mi terror, y bajar los escalones... uno á uno.

Lo que no pude evitar fué que me temblasen las rodillas.

Iba agarrado fuertemente al pasa-manos, que si le hubiese abandonado un momento siquiera, de seguro me hubiera caido.

Al fin llegué á la puerta de abajo. Por la parte de afuera habia un azadon arrimado á la pared.

Me habia provisto de una linterna sorda; en medio del camino me paré á encenderla, continuándolo después.

Era á fines de noviembre: el follaje del jardin habia desaparecido; los árboles parecian esqueletos de brazos largos y descarnados, y las hojas secas crujian bajo mis piés.

Tal terror me dominaba, que al acercarme al sitio consabido saqué una pistola y la amartillé.

Siempre creia ver á través de los árboles al Corso.

Alumbré en torno con mi linterna: nadie habia.

Estaba solo: ningun rumor turbaba el silencio, sino el canto de una lechuza, canto agudo y lúgubre como si invocase á los fantasmas de la noche.

Colgué mi linterna de una rama desgajada que habia notado ya el año anterior en el mismo sitio donde me detuve para abrir el hoyo.

La yerba habia crecido mucho en el verano, y en el otoño nadie habia pensado en segarla.

Sin embargo, un sitio donde era menos espesa llamó mi atencion. Sin duda allí estuvo el hoyo; allí debia buscar.

Con que puse manos á la obra.

¡Llegó el momento que esperaba un año hacia!

A medida que iba trabajando, á medida que arrancaba matas de musgo, creia á cada momento que encontrase resistencia mi azadon; ¡pero nada! Y sin embargo, el hoyo que abrí era doble de grande que el primero.

Creí haber equivocado el sitio; me orienté; reconocí los árboles, y procuré renovar los pormenores que estaban mas impresos en mi imaginacion.

Una brisa fria y penetrante silbaba á través de los desnudos árboles; y sin embargo, gruesas gotas de sudor corrian por mi frente.

Recordé que habia sido herido en el momento en que pisoteaba la tierra para ocultar la fosa; recordé que al pisarla me apoyé en un árbol, y que detrás de mí habia una roca artificial que servia de poyo, porque al caer mi mano, que acababa de separarse del árbol, sintió la frescura de la piedra.

A mi derecha estaba el árbol, y el poyo detrás de mí.

Dejéme caer en la misma posicion; me levanté en seguida, y me puse á ensanchar la fosa; ¡pero nada! ¡Siempre nada! El cajoncito no estaba allí.

—¡No estaba allí el cajoncito! murmuró Madama Danglars, sofocada por el miedo.

—No creais que me limité á esta tentativa, prosiguió Villefort, sino que cavé todo aquel cuadro del jardin, ocurriéndoseme que el asesino desenterraria el cajon creyendo que guardaba algun tesoro, y se lo llevaria; pero apercibiéndose luego de su error, habria hecho otro hoyo para enterrarlo de nuevo... ¡Nada! Después me asaltó la idea de que era posible que no hubiese tomado tantas precauciones, y lo arrojase en cualquier rincon. En esta última hipótesis necesitaba que amaneciera para empezar mis pesquisas; con que subí á la alcoba y esperé.

—¡Oh Dios mio!

—Así que amaneció volví á bajar al jardin. Mi primera visita fué al hoyo, que esperaba encontrar á la luz del dia algunas huellas que en la oscuridad podian habérseme escapado. El hoyo que habia abierto tenia veinte piés de superficie por dos de profundidad. Un dia entero apenas bastará á un cavador para hacer lo que yo hice en una hora. Nada, no vi absolutamente nada. Entonces empecé á buscar el cajoncito con arreglo á la suposicion de que yacia oculto en cualquier rincon, rincon que en este caso debia de estar en el camino que conducia á la puerta. Pero esta nueva pesquisa fué tan inútil como la primera; y con el corazon ahogado volví al sitio primitivo, aunque sin esperanza.

—¡Oh! esclamó Madama Danglars; era cosa de volverse loco.

—Eso creí yo que iba á sucederme; pero no tuve tanta fortuna. Concentré mis fuerzas, y por consiguiente mis ideas, y me pregunté á mí mismo: ¿Para qué se habrá llevado el cadáver?

—Ya lo habeis dicho, replicó Madama Danglars; para tener una prueba...

—No, señora, no puede ser eso; no se guarda un cadáver todo un año; sino que se presenta al magistrado, é incontinenti se da la declaracion. Nada de esto habia sucedido.

—¿Pues entonces?... le preguntó Herminia pendiente de sus labios.

—Hay algo para nosotros mas terrible, mas fatal, mas espantoso que todo eso... El niño podia estar vivo, y el asesino pudo salvarlo.

—¡Mi hijo estaba vivo! esclamó la baronesa; ¡habeis enterrado vivo á mi hijo! ¡No estabais seguro de que estaba muerto, y lo enterrásteis sin embargo! ¡Ah!...

Al decir esto se habia puesto de pié, y en aire amenazador oprimia entre sus manos delicadas las del procurador del rey.

—¿Qué sé yo? Os digo esto como pudiera deciros cualquier otra cosa, respondió Villefort con una fijeza de miradas que aunque tan dueño de sí mismo, estaba á punto de pasar los límites de la desesperacion y la locura.

—¡Ah, hijo mio! ¡Pobre hijo mio! esclamó la baronesa cayendo en su silla y ahogando los sollozos con su pañuelo.

Villefort, reponiéndose, comprendió que para conjurar la tormenta maternal que se formaba sobre su cabeza, necesitaba hacer partícipe de su terror á Madama Danglars.

—Bien se os alcanzará que si mi suposicion es verdadera, dijo levantándose á su vez y aproximándose á la baronesa para hablarla en voz mas baja, somos perdidos. El niño vive; alguien sabe que vive; alguien posee nuestro secreto: y pues que habla Monte-Cristo delante de nosotros de un niño desenterrado de un sitio donde no podia estar, no hay duda de que él lo posee.

—¡Dios justo, Dios vengador! murmuró Madama Danglars.

Villefort no contestó sino con un grito ahogado...

—¿Pero el niño, el niño, caballero? repuso la obstinada madre.

—¡Oh cuánto le he buscado! respondió Villefort torciéndose los brazos. ¡Cuántas veces le he llamado en mis largas noches de insomnio! ¡Cuántas veces he deseado una riqueza real para comprar un millon de secretos á un millon de hombres, y encontrar el mio entre los suyos!

Al cabo, cierto dia que por la centésima vez tomaba el azadon, y por la centésima vez me preguntaba lo que el Corso podia haber hecho del niño, me ocurrió la idea de que al ver que estaba vivo lo habria arrojado al rio.

—¡Oh, imposible! esclamó Madama Danglars; se asesina á un hombre por venganza; pero no se mata á un niño á sangre fria.

—Puede ser, continuó Villefort, que le llevase al hospicio.

—¡Oh sí, sí! esclamó la baronesa, allí está mi hijo, caballero.

—Corrí al hospicio, y me dijeron que aquella misma noche, la noche del 20 de setiembre, habia sido depositado en el torno un niño envuelto en medio pañal de tela fina, partido como de propósito. La media toballa tenia media corona de baron y la letra H.

—Eso es, eso es! gritó Madama Danglars. Toda mi ropa estaba marcada así; M. de Nargonne era baron, y yo me llamo Herminia. ¡Gracias, Dios mio, mi hijo no ha muerto!

—No. No habia muerto.

—¡Y así me lo decís! ¿me lo decís sin temor de

que me mate la alegría? ¿Dónde está, dónde está mi hijo?

Villefort se encogió de hombros.

—¿Lo sé yo por ventura? repuso. ¿Creeis que si lo supiera, os haria pasar por todas estas gradaciones como un dramaturgo ó un novelista? ¡Ay! no lo sé. Hacia seis meses que una muger habia ido á reclamarlo presentando la segunda mitad del pañal. Dió todas las garantías que la ley exige en semejantes casos, y la fué entregado el niño.

—Pero debísteis de informaros de aquella muger; era preciso dar con ella.

—¿Y qué pensais que hice, señora? Fingí una causa criminal, encomendé su persecucion á los mas finos sabuesos, á los mas diestros agentes de la policía, que siguieron sus huellas hasta Châlons; pero las perdieron allí.

—¡Las perdieron!

—Sí, para siempre.

A cada período de esta narracion habia respondido Madama Danglars con un suspiro, un grito ó una lágrima.

—¿Es eso todo? ¿os habeis dado por satisfecho con esas diligencias?

—¡Oh! no; nunca he cesado de buscar, de informarme, de inquirir. Sin embargo, de dos ó tres años á esta parte he descansado un poco; pero hoy vuelvo á la carga con mas actividad, con mas perseverancia que nunca; y daré con ella, os lo aseguro, que ya no es la conciencia, que es el miedo el que me impulsa.

—Pero nada sabe el conde de Monte-Cristo, replicó Madama Danglars; de lo contrario me parece que no buscaria nuestra amistad.

—¡Oh! dijo Villefort, la maldad de los hombres es muy grande, puesto que es mas grande que la misericordia de Dios. ¿Notásteis sus miradas cuando nos hablaba?

—No.

—¿Pero le habeis observado alguna vez atentamente?

—¡Mi hijo estaba vivo! esclamó la baronesa.



—Sin duda. Es un hombre raro, y nada mas. Solo una cosa me llamó la atencion, y fué que á pesar de lo esquisito de su comida, no tocó á ninguno de los platos.

—Sí. Yo hice la misma observacion; y á haber sabido lo que ahora, tampoco probara la comida, creyendo que trataba de envenenarnos.

—Y os hubiérais llevado chasco; ya lo veis.

—Sí; pero creedme, ese hombre abriga algunos proyectos. Por esto quise veros; por esto quise hablaros; por esto quise poneros sobre aviso contra todo el mundo, y especialmente contra él. Decidme, prosiguió Villefort mirando á la baronesa con mas atencion que antes, ¿no habeis hablado á nadie de nuestras relaciones?

—A nadie absolutamente.

—Comprendeis, repuso afectuosamente Villefort, que cuando digo á nadie (perdonadme esta insistencia), quiero decir á nadie en el mundo. ¿No es verdad?

—Os comprendo perfectamente, respondió Madama Danglars ruborizándose, y os juro que á nadie he dicho una palabra.

—¿No acostumbrais á escribir por la noche los sucesos del dia? ¿No llevais un diario de vuestra vida?

—No; la paso en cosas frívolas, de que yo misma me olvido.

—¿No soñais nunca en voz alta?

—No recordais ya que tengo un sueño infantil.

El rubor subió al rostro de la baronesa, y la palidez al de Villefort.

—Es verdad, dijo en voz tan baja, que casi no se le oia.

—¿Qué resolveis? le preguntó la baronesa.

—Ya sé lo que tengo que hacer, respondió Villefort. Antes de ocho dias sabré quién es Monte-Cristo, de dónde viene, adónde va, y por qué razon habla delante de nosotros de niños desenterrados de su jardin.

Pronunció Villefort estas palabras con un acento que estremeciera á Monte-Cristo si hubiese podido oirlas.

Estrechó después la mano que la baronesa rehusaba darle, y la acompañó respetuosamente hasta la puerta.

Tomó Madama Danglars otro fiacre, que la condujo al pasaje, á cuya salida encontró su coche y su cochero, que la esperaba dormido tranquilamente en el pescante.

CAPÍTULO IX.

UN BAILE DE VERANO.

El mismo dia y á la misma hora que Madama Danglars pasaba con el procurador del rey la conversacion que acabamos de describir, un coche de camino entró en la calle de Helder, deteniéndose en el patio de la casa núm. 27.

Un momento después abrióse la portezuela y bajó Madama Morcef apoyada en el brazo de su hijo.

Apenas dejó Alberto á su madre en su habitacion, mandó que le dispusiesen un baño y enganchasen el carruaje, y después de tomado aquel, y vestido ya elegante, se encaminó á los Campos Elíseos á casa del conde de Monte-Cristo.

El conde le recibió con su sonrisa habitual.

Era una cosa estraña, que nunca se pudiera adelantar una línea en el corazon ó en el espíritu de este hombre.

Los que se empeñaban, por decirlo así, en forzar el paso de su intimidad, topábanse con una muralla.

Corria hácia él Morcef con los brazos abiertos; pero al verle, á pesar de su amistosa sonrisa, dejó caer los brazos, y apenas se atrevió á tenderle la mano.

Tomósela Monte-Cristo como siempre, pero sin estrechársela.

—Ya me teneis aquí, querido conde, le dijo Alberto.

—Sed bienvenido.

—Hace una hora que he llegado.

—¿De Dieppe?

—De Treport.

—¡Ah! es verdad.

—Mi primera visita es para vos.

—Mucha galantería es, dijo Monte-Cristo, como hubiera podido decir otra cosa.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡A mí me lo preguntais! ¡á un forastero!

—Yo me entiendo. Si os pregunto qué hay de nuevo, es como si os preguntara ¿qué habeis hecho por mí?

—¿Me habiais dejado algun encargo? esclamó el conde aparentando inquietud.

—Vamos, vamos, no hagais del indiferente, repuso Alberto. Hay quien asegura que existen conmociones simpáticas que atraviesan el espacio. Pues bien, en Treport yo he sentido una. Si no habeis trabajado por mí, habeis pensado en mí siquiera.

—Es posible, dijo Monte-Cristo. Con efecto, he pensado en vos; pero la corriente magnética de que era yo el hilo conductor, obraba independiente de mi voluntad, lo confieso.

—¿De veras? Suplícoos que me conteis...

—Es cosa muy sencilla. M. Danglars ha comido en mi casa.

—Harto lo sé, puesto que por evitar su presencia fué por lo que marchamos mi madre y yo.

—Pero ha comido aquí con M. Andrea Cavalcanti.

—¿El príncipe italiano?

—No exageremos. M. Andrea se da solamente el título de vizconde.

—¿Decís que se lo da?

—Lo digo.

—¿Pues no lo es?

—¿Qué sé yo? Él se lo da, y yo se lo doy. ¿No es lo mismo que si lo tuviera?

—¡Qué hombre tan estraño sois! ¿Y qué mas?

—¿De qué?

—¿Con que M. Danglars ha comido aquí?

—Sí.

—¿Con el vizconde Andrea Cavalcanti?

—Con el vizconde Andrea Cavalcanti, con el marqués su padre, con Madama Danglars, con M. y Madama de Villefort, y con otras personas apreciabilísimas, como M. Debray, Maximiliano Morrel... y además... ¡ah! M. de Chateau-Renaud.

—¿Y se habló de mí?

—Ni una palabra.

—Tanto peor.

—¿Por qué? Paréceme que con olvidaros no se hizo sino lo que deseabais.

—Mi querido conde, el no haber hablado prueba que se pensaba mucho en mí, y eso me desespera.

—¿Y qué os importa si la señorita Danglars no era del número de los que pensaban aquí? Bien que podia pensar en su casa.

—Seguro estoy de que no; ó si pensaba seria como yo pienso en ella.

—¡Qué simpatía tan viva! ¿con que os aborreceis mútuamente?

—Oid, repuso Morcef. Mucho me placeria que la señorita Danglars fuera muger para compadecerse del martirio que no sufro por ella, y me lo recompensara antes de la boda... En resúmen, creo que seria una querida escelente; pero esposa...

—¿Y es ese vuestro modo de pensar acerca de vuestra futura? dijo riéndose Monte-Cristo.

—¡Oh! sí, un poco brutal con efecto, pero exactísimo. Ahora bien, puesto que no se puede realizar este sueño; puesto que para llegar á cierto punto es preciso que la señorita Danglars se case conmigo, es decir, que



viva conmigo, que piense junto á mí, que cante junto á mí, que toque y haga versos á diez pasos de mí, y esto por toda la vida, me espeluzno de miedo. De una querida, conde, se separa uno; pero de una muger... ¡diablo! una muger es un censo irredimible que pesa siempre sobre nosotros de cerca ó de lejos... ¿Hay nada mas terrible que tener que sufrir siempre á la de Danglars aunque sea de lejos?

—¡Qué descontentadizo sois, vizconde!

—Sí, porque pienso con frecuencia en una cosa imposible.

—¿En qué?

—En encontrar una esposa como la que mi padre encontró.

Púsose pálido Monte-Cristo y miró á Alberto, jugando con dos pistolas magníficas cuyos gatillos probaba.

—¿Con que vuestro padre ha sido muy feliz? le dijo.

—Ya sabeis la opinion que tengo formada de mi madre, señor conde; que es un ángel del cielo. Aun permanece hermosa y espiritual como siempre y de un alma... ¡qué alma! En este instante llego de Treport; para otro hijo cualquiera, acompañar á su madre seria una complacencia, cuando no un fastidio; pero yo he pasado cuatro dias continuamente á su lado mas tranquilo y mas satisfecho ¿os lo confesaré? que con la hermosura mayor del mundo.

—Perfeccion que desespera, puesto que á todos los que os oyen les dais ganas de permanecer siempre solteros.

—Por eso justamente, repuso el jóven, porque sé que existe en el mundo una muger perfecta no tengo mucha prisa en casarme con la de Danglars. ¿Habeis reparado alguna vez como da nuestro egoismo brillantes colores á todo lo que nos pertenece? El diamante que brilla en el anaquel del joyero nos parece mas hermoso desde que pasa á ser nuestro; pero si la evidencia nos obliga á reconocer que hay otro mejor y que estamos condenados á llevar siempre aquel que es mas ínfimo, nos desesperamos materialmente.

—¡Qué vulgaridad! murmuró el conde.

—Por esto será el dia mas feliz de mi vida aquel en que reconozca Eugenia que yo soy un ente despreciable, que apenas tengo un centenar de miles de francos por cada uno de sus millones.

Monte-Cristo se sonrió.

—Otra cosa se me habia ocurrido, prosiguió Alberto. Franz se muere por las cosas escéntricas, y pensé hacer que se enamorara, á pesar suyo, de la señorita de Danglars; pero á la primera carta que le escribí en el mas misterioso de los estilos, me contestó imperturbable:

«Soy escéntrico, es verdad; pero mi escentricidad »no llega hasta faltar á mi palabra cuando la tengo »empeñada.»

—¡Eso sí que es amistad! dar á otro la muger que no queremos sino para querida.

Alberto se sonrió.

—A propósito, dijo, Franz va á llegar; pero á vos poco os importa, pues me parece que no le quereis.

—¡Yo! repuso Monte-Cristo. ¿De dónde diablos, vizconde, sacais que yo no quiero á Franz? Yo quiero á todo el mundo.

—Y yo estoy entre todo el mundo... Gracias...

—¡Oh! no nos confundamos, dijo Monte-Cristo. Quiero á todo el mundo como Dios nos manda querer á nuestro prójimo; como cristianos; pero solo aborrezco á ciertas personas... Volvamos á Franz d'Epinay. ¿Con que viene?

—Sí, llamado por M. de Villefort, que segun parece tiene tanta prisa por casar á Valentina como Danglars por casar á Eugenia. Decididamente debe de ser una situacion muy precaria la de los padres de muchachas solteras. No parece sino que les dé calentura matrimonial hasta que se deshacen de ellas.

—Pero M. d'Epinay no se parece á vos, puesto que sufre su desgracia resignado.

—Mas aun que resignado: lo toma por lo serio: se pone ya corbata blanca y habla de su familia. Sin contar que considera mucho á los Villefort.

—Consideracion merecida, ¿no es verdad?

—Ya lo creo. M. de Villefort ha pasado siempre por justo, aunque severo.

—¡Gracias á Dios, dijo Monte-Cristo, que existe alguien á quien no trateis como al pobre de ¡M. Danglars!

—Sin duda será porque no me veo comprometido á casarme con su hija, respondió Alberto riéndose.

—En verdad, querido, que sois fátuo sobre toda ponderacion.

—¡Yo!

—Sí, vos; pero tomad un cigarro.

—Con mucho gusto. ¿Y por qué soy fátuo?

—Porque no haceis sino murmurar y renegar de esa pobre chica. Dejad á los sucesos que sigan su curso, que quizás no sereis vos quien retire la palabra.

—¡Báh! dijo Alberto abriendo los ojos estremadamente.

—Sin duda, señor vizconde. No os han de echar el yugo al cuello de por fuerza. Hablemos serios, repuso Monte-Cristo en otro tono. ¿Deseais desbaratar ese proyecto?

—Daria 100,000 francos por desbaratarlo.

—Pues felicitaos, que M. Danglars está á dos dedos de dar doble por lo mismo.

—¿De veras? ¡qué fortuna! dijo Alberto; y sin embargo se oscureció un tanto su frente. Pero ¿tiene motivos M. Danglars?...

—Al fin te descubres, naturaleza orgullosa y egoista ¡Tú eres el hombre que hiere con una maza el amor propio de otro y no quiere que toquen al suyo con el dedo!

—No; pero me parece que M. Danglars...

—Debia de estar contentísimo de vos, ¿no es verdad? Pues bien, M. Danglars es un hombre de mal gusto, y está aun mas contento de otro hombre.

—¿De quién?

—No lo sé. Estudiad, observad, comprended ciertas alusiones, y echad vuestras cuentas.

—Bien. Ya comprendo.—Escuchad: mi madre... no, me equivoco, mi padre ha concebido la idea de dar un baile.

—¿Un baile en esta estacion?

—Los bailes de verano estan á la moda.

—Aunque no lo estuvieran, con darlos la condesa se pondrian.

—Convenido. Estos bailes son aristocráticos puros: las personas que en julio permanecen en París son legítimos parisienses. ¿Quereis encargaros de convidar á los Cavalcanti?

—¿Cuándo será ese baile?

—El sábado.

—M. Cavalcanti padre se habrá marchado ya.

—Pero queda el hijo. ¿Quereis encargaros de llevarle?

—No le conozco, vizconde.

—¿No le conoceis?

—No: hace tres ó cuatro dias que le vi por primera vez: no respondo de él.

—Pues en vuestra casa le recibis.

—Eso es otra cosa. Me lo ha recomendado un buen abate, que puede haber sido víctima de un engaño. Convidadle directamente; lo apruebo; pero no me pidais que os le presente. Si el dia de mañana se casara con la de Danglars, me acusariais de connivencia con él, y acaso me desafiariais. Yo mismo no sé si iré.

—¿Adónde?



—A vuestro baile.
—¿Por qué?
—En primer lugar, porque no me habeis convidado todavía.
—De propósito vengo á eso.
—Mucha amabilidad es; pero aun puedo tener algun obstáculo.
—En cuanto os diga una cosa, sereis bastante amable para sacrificarnos todos los obstáculos.
—Decidla.
—Mi madre os lo ruega.
—¿La señora condesa de Morcef? repuso Monte-Cristo estremeciéndose.
—Os advierto, conde, que mi madre tiene conmigo muchísima franqueza, y si no habeis sentido agitarse en vos las fibras simpáticas de que hablábamos hace poco, será porque os falten absolutamente, pues hace cuatro dias que solo de vos hablamos.
—¿De mí? ¿De veras?
—Ese es el privilegio de vuestra profesion de problema viviente.
—¡Ah! ¿Con que soy yo un problema tambien para vuestra madre? La creia en verdad harto razonable para dar en esos desvaríos.
—Problema, mi querido conde, problema para mi madre lo mismo que para todo el mundo; problema aceptado, pero no resuelto. Podeis estar tranquilos, que no os comprenden. Solo mi madre suele preguntar que cómo es posible que seais tan jóven, pues así como la condesa de G... os tiene por lord Ruthwen, creo que mi madre os tiene por Cagliostro ó por el conde de San German. Confirmadle esa opinion la primera vez que la veais, que no os será difícil, pues poseeis la piedra filosofal del uno y el talento del otro.
—Gracias por el aviso, dijo el conde sonriéndose. Procuraré ir prevenido á sostener mi papel.
—¿Luego ireis el sábado?
—Puesto que me lo ruega Madama de Morcef...
—Muy amable sois.
—¿Y M. Danglars?
—¡Oh! habrá ya recibido su triple invitacion por conducto de mi padre. Tambien procuraremos que asista el non plus de los jueces, M. de Villefort; pero desconfiamos.
—No se debe desconfiar de nada, dice el proverbio.
—¿Bailais, conde?
—¿Yo?
—Sí, vos. ¿Qué estraño seria que bailaseis?
—Con efecto, el que no ha llegado á los cuarenta... No, no bailo; pero me gusta ver bailar á los demás. ¿Y Madama de Morcef baila?
—Nunca. Hablareis, pues que tiene tanta gana de hablar con vos.
—¿De veras?
—Os lo aseguro. Y os declaro que sois el primer hombre que haya escitado la curiosidad de mi madre.
Alberto se levantó y cogió su sombrero.
El conde le acompañó hasta la puerta.
—Estoy riñéndome á mí mismo, dijo parándole en el rellano de la escalera.
—¿Por qué?
—Por mi indiscrecion en hablaros de M. Danglars.
—Al contrario, habladme, habladme siempre; pero en ese mismo sentido.
—Me tranquilizais. A propósito, ¿cuándo llega M. d'Epinay?
—Dentro de cinco ó seis dias á mas tardar.
—¿Y cuándo se casa?
—Tan pronto como lleguen M. y Madama de Saint-Meran.
—Traédmele pues en seguida, que aunque os presumais que no le quiero, os declaro que tendré sumo gusto en verle.
—Serán ejecutadas vuestras órdenes, señor.
—Hasta la vista.
—Hasta el sábado querreis decir, ¿no es verdad?
—¡Pues no! la palabra es palabra.
Siguió el conde con la vista á Alberto, saludándole con la mano, y al verle subir á su carruaje volvióse y se encontró cara á cara con Bertuccio.
—¿Qué hay? le preguntó.
—Ha ido al Palacio de Justicia, respondió el mayordomo.
—¿Y ha estado allí mucho tiempo?
—Hora y media.
—¿Ha vuelto á su casa?
—En derechura.
—Pues bien, mi querido señor Bertuccio, dijo el conde, si algun consejo tengo ahora que daros es que vayais á Normandía á comprar la posesion que os tengo encargada.
Saludóle Bertucio, y como sus deseos estaban en perfecta armonía con la órden recibida, salió de París aquella misma tarde.

CAPÍTULO X.

LAS AVERIGUACIONES.

M. de Villefort cumplió la palabra que habia dado á Madama Danglars, y sobre todo que se habia dado á sí mismo, averiguando cómo el conde de Monte-Cristo habia podido saber la historia de la casa de Auteuil.

Aquel mismo dia escribió á un cierto M. de Boville, que despues de haber sido inspector de cárceles gozaba de un alto empleo en la Direccion de policía, para adquirir las noticias que deseaba, y este le pidió un plazo de dos dias para averiguar qué personas pudieran dar los necesarios informes.

Pasados los dos dias, recibió M. de Villefort la nota siguiente:

«La persona llamada el conde de Monte-Cristo es »conocida en particular de lord Wilmore, rico es»tranjero que viene á París por temporadas, siendo »una de ellas la presente; y del abate Busoni, sacer»dote siciliano, que con obras de caridad ha adqui»rido en Oriente mucha fama.»

La respuesta de M. de Villefort fué una órden para que se inquiriesen noticias prontas y exactas de aquellos dos estranjeros.

Al dia siguiente por la tarde sus órdenes estaban cumplidas. Veánse los informes que recibió.

El abate, que solo estaria un mes en París, vivia detrás de San Sulpicio en una casita de un solo piso, compuesta de cuatro habitaciones, dos en la planta baja, y otras dos en la alta, de que era el único inquilino.

Las dos habitaciones bajas eran: un comedor con mesa, sillas y aparador de nogal, y un saloncito pintado de blanco, sin tapices ni siquiera un mal reloj por adorno. Conocíase que en sí mismo no gastaba el abate lo estrictamente necesario.

Bien que su estancia favorita era el salon de la planta alta, salon todo atestado de libros teológicos, con los cuales, al decir de su ayuda de cámara, se encerraba Busoni meses enteros.

No era pues una sala, que era una biblioteca.

Aquel ayuda de cámara era el que á traves de una especie de rejilla examinaba á los que iban á ver al abate, y cuando le eran desconocidos ó no tenia órden de recibirlos, respondia que su amo estaba fuera de París; respuesta que satisfacia á muchos por saber que Busoni viajaba con frecuencia y tal vez por grandes temporadas.

Por lo demás, que estuviese en París ó en el Cairo, el abate daba siempre limosna, siendo el criado quien en su nombre las distribuia á todas horas por la ventanilla.



La otra habitacion hermana de la biblioteca era una alcoba.

Una cama sin colgaduras, cuatro sillones, un canapé de terciopelo amarillo de Utrech, y su reclinatorio, componian todo el mueblaje.

Lord Wilmore vivia en la calle de la Fontaine Saint-George.

Era uno de esos ingleses que despilfarran su fortuna en viajes.

—Salió esta mañana y no ha vuelto, respondió el criado.

—Pudiera yo no darme por satisfecho con esa respuesta, dijo el hombre, porque vengo de parte de una persona para quien se debe de estar siempre en casa. Hacedme el favor de dar al abate...

—Os he dicho que no está, repitió el criado.

—Pues bien, cuando vuelva dadle esta carta y este oficio. ¿Habrá vuelto esta noche á las ocho?

—Ya os escucho, caballero, dije con un acento italiano de los mas pronunciados.

Su habitacion era una casa de huéspedes; pero solo pasaba en ella dos ó tres horas al dia, y la noche muy rara vez.

Una de sus escentricidades era no querer hablar en francés, aunque se aseguraba que lo escribia con propiedad y pureza.

A la mañana siguiente del dia en que recibió estos informes el procurador del rey, un hombre que se apeó de un carruaje en la esquina de la calle de Ferou vino á llamar á una puerta pintada de verde, preguntando por el abate Busoni.

—¡Oh! sin falta ninguna, á menos que se ponga á trabajar, que entonces seria lo mismo que si hubiera salido.

—Volveré pues á las ocho, dijo el hombre.

Y se retiró.

A la hora indicada volvió con efecto el mismo hombre en el mismo carruaje, carruaje que esta vez en lugar de detenerse en la esquina de la calle de Ferou se detuvo delante de la puerta verde.

Llamó el hombre, abriéronle y entró.

Por las demostraciones de respeto que el criado

le prodigaba, comprendió que su carta habia hecho efecto.

—¿Está en casa el señor abate? le preguntó.

—Sí señor, trabajando en su biblioteca, respondió el criado; pero os espera.

Subió el desconocido una escalera bastante mala, y delante de una mesa inundada de la luz que reconcentraba una pantalla enorme, dejando sumido en la oscuridad el resto de la habitacion, halló á Busoni en traje eclesiástico, cubierta la cabeza con uno de aquellos capuchones que gastaban los apergaminados sabios de la edad media.

—¿Es á M. Busoni á quien tengo el honor de hablar? le preguntó el desconocido.

—Sí señor, respondió el abate. ¿Sois la persona que de parte del señor prefecto de policía me anuncia M. de Boville, antiguo inspector de cárceles?

—Justamente, caballero.

—¿Uno de los comisarios de policía de Paris?

—Sí señor, respondió el desconocido con algo de vacilacion, y no poco de vergüenza.

Apretóse el abate los anteojos, que le cubrian, no solo la vista sino tambien parte de las mejillas, y volviendo á sentarse hizo al desconocido seña de que se sentara á su vez.

—Ya os escucho, caballero, dijo con un acento italiano de los mas pronunciados.

—La mision que traigo, señor abate, respondió el desconocido pesando cada una de sus palabras como si le costase trabajo pronunciarlas, es una mision confidencial para quien la cumple, y para la persona á quien se dirige.

El abate se inclinó.

—Vuestra probidad, señor abate, repuso el hombre, es tan conocida del señor prefecto de policía, que, como magistrado, desea saber de vos una cosa que interesa muchísimo á la seguridad pública, de que soy representante. Esperamos pues, señor abate, que ni la amistad ni consideracion alguna os muevan á ocultar la verdad á la justicia.

—Siempre, caballero, que lo que querais saber no ataña á los escrúpulos de mi conciencia, me teneis á vuestras órdenes; pero los secretos de la confesion, por ejemplo, que quedan entre la justicia de Dios y yo, no deben quedar entre la justicia humana y yo.

—¡Oh! estad tranquilo, señor abate, que en todo caso pondremos á cubierto vuestra conciencia.

A estas palabras inclinó el abate la pantalla, de manera que levantándose por el lado opuesto, alumbraba la luz de lleno el rostro del desconocido, mientras el suyo permanecia envuelto en la sombra.

—Con vuestro permiso, señor abate: esta luz me lastima los ojos, dijo el comisionado del prefecto.

El abate bajó la pantalla.

—Ya os escucho. Hablad.

—Vengamos al hecho. ¿Conoceis al señor conde de Monte-Cristo?

—¿Me presumo que hablareis de M. Zaccone?

—¡Zaccone!... ¿con que no se llama Monte-Cristo?

—Monte-Cristo es el nombre de una posesion, ó mejor dicho de una isla, no un nombre de familia.

—Pues bien; dejemos á un lado la cuestion de nombre, y puesto que M. de Monte-Cristo y M. Zaccone son una misma persona...

—Absolutamente la misma.

—Hablemos de M. Zaccone.

—Hablemos.

—Os preguntaba si le conoceis.

—Bastante.

—¿Qué es?

—Es hijo de un armador muy rico de Malta.

—Sí, ya lo sé, que así se dice; pero como ya comprendereis, la policía no puede darse por satisfecha con un se dice.

—Cuando lo que *se dice* es la verdad, repuso Busoni con una sonrisa muy afable, todo el mundo tiene que darse por satisfecho, y la policía tiene que hacer lo que todo el mundo.

—Pero ¿estais seguro de lo que decís?

—¿Cómo si estoy seguro?

—Reparad, señor abate, que yo no pongo en duda vuestra buena fé, sino que os pregunto simplemente si estais seguro.

—Como que he conocido á M. Zaccone, padre.

—¡Ah!

—Y en mi infancia he jugado muchas veces con su hijo en los astilleros de su casa.

—¿Pero ese título de conde...

—Ya sabeis que se compra.

—¿En Italia?

—En todas partes.

—¿Pero lo que se dice (siempre el se dice) de que sus riquezas son inmensas...

—¡Oh! inmensas, esa es la verdad, respondió el abate.

—¿Vos que le conoceis, cuánto le calculais?

—¡Oh! siempre tendrá de 150 á 200 mil libras de renta.

—Bastante es, dijo el desconocido; pero dicen que tres ó cuatro millones.

—Doscientas mil libras de renta, caballero, hacen justamente cuatro millones de capital.

—Pero se dice que esos tres ó cuatro millones son de renta.

—¡Oh! no es creible.

—¿Conoceis su isla de Monte-Cristo?

—Sí por cierto. Cualquiera que haya venido á Francia de Palermo, Nápoles ó Roma, la conocerá, puesto que habrá pasado junto á ella.

—Es una posesion encantadora, segun se asegura.

—Es una pura peña.

—¿Y por qué habrá comprado el conde una posesion por ese estilo?

—Porque todavía en Italia para ser conde se necesita tener un condado.

—De las aventuras juveniles de M. Zaccone ¿habreis sin duda oido hablar?

—¿De M. Zaccone, el padre?

—No, el hijo.

—¡Ah! De esa época no puedo asegurar nada, porque le perdí de vista.

—¿Ha hecho la guerra?

—Creo que sí.

—¿En qué arma ha servido?

—En la marina.

—¿No sois su confesor?

—No, caballero. Le tengo por luterano.

—Cómo luterano?

—Digo que le tengo; no lo afirmo. Además, ¿no hay en Francia libertad de cultos?

—Sin duda; y no es de sus creencias de lo que se trata, sino de sus acciones. En nombre del señor prefecto de policía os intimo que me digais cuanto sabeis.

—Pasa por hombre muy caritativo. Nuestro Santo Padre le ha hecho caballero de la órden de Cristo, órden que solo á los príncipes da, en recompensa de los eminentes servicios que ha hecho á los cristianos de Oriente. Tambien tiene cinco ó seis grandes cruces por servicios hechos á reyes y naciones.

—¿Y las lleva?

—No, pero se gloría de tenerlas, pues dice que le placen mas las recompensas otorgadas á los bienhechores de la humanidad, que no las otorgadas á sus destructores.

—¿Es un kuákero ese hombre?

—Justamente, un kuákero, aparte el traje, por supuesto.

—¿Se le conocen amigos?

—Sí, pues son todos los que le conocen.

—¿Tambien tendrá algun enemigo?

—Uno solo.
—¿Cómo se llama?
—Lord Wilmore.
—¿Dónde reside?
—En París en este momento.
—¿Y puede él darme mas noticias?
—Y muy interesantes, puesto que estaba en la India cuando Zaccone.
—¿Sabeis dónde vive?
—En la Chaussée-d'Autin; pero no sé la calle ni el número.
—¿Estais mal con él?
—Estamos algo frios, porque yo quiero mucho á Zaccone, y él le detesta.
—¿Y creeis, señor abate, que no haya venido antes de ahora á Francia el conde de Monte-Cristo?
—¡Ah! De eso os puedo responder con entera seguridad. No ha venido, puesto que hace seis meses se dirigió á mí para adquirir las noticias de París que deseaba. Yo, por mi parte, ignorando en qué época estaria aquí de vuelta, le recomendé á M. Cavalcanti.
—¿Andrea?
—No, el padre, Bartolomé.
—Esta bien, caballero. Una sola cosa tengo ya que preguntaros, y en nombre del honor, de la humanidad y de la religion, os ruego que me respondais francamente.
—Hablad, caballero.
—¿Sabeis con qué objeto ha comprado el conde de Monte-Cristo una casa en Auteuil?
—Sí por cierto, pues me lo ha dicho.
—¿Cuál es?
—El de fundar una casa de locos por el estilo de la que fundó en Palermo el baron de Pisani. ¿La conoceis?
—De fama, sí.
—Es un establecimiento magnífico.
Y con esto saludó el abate al desconocido como aquel que desea comprenda su interlocutor que no le disgustaria quedarse solo.
Sea que lo comprendiese así, ó sea que no tuviese mas que preguntar, el desconocido se levantó.
Busoni le acompañó hasta la puerta.
—Vos haceis limosnas considerables, y aunque dicen que sois rico, me atreveré á ofreceros algo para los pobres. ¿Os dignareis de aceptar mi ofrenda?
—Gracias, caballero; solo una cosa deseo en el mundo, y es que el bien que hago emane de mi solo...
—Pero...
—Es una resolucion irrevocable. Pero buscad, caballero, y encontrareis... ¡Cada hombre rico tiene en su camino hartas miserias que aliviar!
Y abriendo la puerta le saludó por última vez.
Saludóle tambien el desconocido, y marchó.
El carruaje le condujo directamente á casa de M. de Villefort.
Una hora después volvió á salir el carrruaje en direccion á la calle de la Fontaine-Saint George, parando en el núm. 5.
Allí vivia lord Wilmore.
El desconocido habia escrito al lord pidiéndole una cita, que este le dió para las diez.
Como llegase á las diez menos diez minutos, le respondieron que lord Wilmore, que era exacto y puntual por escelencia, no habia llegado aun, pero que seguramente llegaria á las diez.
La visita le esperó en la sala.
Esta sala nada tenia de particular, y era como todas las de las casas de huéspedes. Sobre la chimenea habia dos jarrones de porcelana de Sevres, un reloj con un amorcillo con el arco tirante, y un espejo. A cada lado del espejo veíanse dos láminas que representaban, la una á Homero con su lazarillo, y la otra á Belisario pidiendo limosna.
El papel de las paredes era oscuro, y los muebles tambien.

Tal era la sala de lord Wilmore.
Alumbraba una lámpara de cristal opaco que parecia puesta allí de propósito para los fatigados ojos del comisario de policía.
A los diez minutos dió el reloj las diez.
A la quinta campanada se abrió la puerta, apareciendo lord Wilmore.
Era el lord un hombre mas bien alto que bajo, con unas patillas rubias y escasas, color blanco, y cabellos grifos.
Iba vestido con toda la escentricidad inglesa, es decir, llevaba un frac azul con botones de oro y cuello muy alto, como los fraques de 1811; un chaleco de casimir blanco, y un pantalon de nankin que le llegaba á los tobillos, pero que, gracias á unas trabillas muy largas de la misma tela, no se arremangaban hasta el muslo.
Sus primeras palabras fuéron estas:
—Ya sabeis, caballero, que no sé hablar en francés.
—Sé al menos que no os gusta hablar en nuestro idioma, respondió el delegado del prefecto.
—Pero vos podeis hablarlo, porque lo comprendo, repuso lord Wilmore.
—Y yo, dijo el comisionado cambiando de idioma, yo hablo el inglés con bastante facilidad para poder sostener la conversacion. Con que no os molesteis, caballero.
—¡Hao! murmuró lord Wilmore con esa entonacion que solo poseen los hijos mas legítimos de la Gran Bretaña.
El comisionado le entregó una carta esplicativa.
Leyóla el lord con toda la flema inglesa, y luego dijo en inglés:
—Comprendo, comprendo.
Entonces empezó el interrogatorio.
Sobre poco mas ó menos fué igual al del abate Busoni.
Pero como lord Wilmore era enemigo del conde de Monte-Cristo, no usaba de las reticencias del abate; de manera que su interrogatorio fué mas lato.
Contando la juventud de Monte-Cristo, dijo que á los diez años habia entrado al servicio de uno de esos reyezuelos de la India que andan en guerra con los ingleses. Allí él, Wilmore, le habia encontrado por primera vez peleando en opuestas filas.
En aquella guerra habia sido Zaccone hecho prisionero, enviado á Inglaterra, y preso en los pontones, de donde se escapó á nado.
Entonces empezaron sus viajes, sus duelos, sus pasiones.
Acaeció en esto la insurreccion de Grecia, y tomó partido por los griegos.
En este intervalo habia descubierto una mina de plata en las montañas de la Tesalia; pero no se lo dijo á nadie.
Consolidado el gobierno griego después de la batalla de Navarino, pidió al rey Othon un privilegio para esplotar su mina, privilegio que le fué concedido.
De aquí su inmensa fortuna que, segun lord Wilmore, podia subir á uno ó dos millones de renta, fortuna que sin embargo podia agotarse agotándose la mina.
—Pero, ¿sabeis á qué ha venido á Francia? le preguntó el delegado del prefecto de policía.
—Viene á especular con los ferro-carriles; y como es además hábil químico y no menos escelente físico, ha inventado un nuevo telégrafo que desea plantear.
—¿Cuánto gastará anualmente, sobre poco mas ó menos?
—¡Oh! 5000 ó 6000 francos todo lo mas; que es muy avaro, respondió lord Wilmore.
Era evidente que el inglés hablaba así por ódio, y no sabiendo de qué acusar al conde, le acusaba de avaricia.



—¿Sabeis algo de la casa de Auteuil?

—Sí por cierto.

—¿Qué sabeis?

—¿Me preguntais con qué objeto la ha comprado?

—Sí.

—El conde es un especulador á quien arruinarán los ensayos y las utopias. Tiene la pretension de que en Auteuil y en las cercanías de la casa que acaba de comprar existe un manantial de aguas minerales que pueden rivalizar con las de Bagneres, de Luchon y de Cauterts. Su plan es hacer en esa casa un *bad-haus* como dicen los alemanes. Dos ó tres veces ha removido ya toda la tierra de su jardin en busca de las consabidas aguas, y como no ha dado con ellas, le vereis dentro de poco comprar las casas inmediatas á la suya. Ahora bien, como yo le aborrezco, espero que le arruine su ferro-carril, ó su telégrafo eléctrico, ó su esplotacion acuática. A todas partes le sigo por gozarme en su ruina, que es infalible mas tarde ó mas temprano.

—¿Y por qué le aborreceis? preguntó el delegado del prefecto.

—Porque á su paso por Inglaterra sedujo á la muger de un amigo mio, respondió lord Wilmore.

—Si tanto le aborreceis, ¿por qué no tratais de vengaros de él?

—Ya nos hemos batido tres veces, repuso el inglés. La primera á pistola, la segunda á florete, y la tercera á sable.

—¿Y qué resultado...

—La primera vez me rompió un brazo; la segunda



—Ya sabeis, caballero, que no sé hablar en francés.

me atravesó el pulmon, y la tercera me hizo esta herida.

Y bajándose el inglés el cuello de la camisa, que le llegaba hasta las orejas, enseñó al delegado una cicatriz al parecer reciente.

—De suerte que le aborrezco de todo corazon, y que de seguro morirá á mis manos, repitió el inglés.

—Pues no vais por buen camino, dijo el comisario.

—¡Hao! repuso el inglés; voy al tiro todos los dias, y Grisier viene todos los dias á mi casa.

Esto era todo lo que queria saber el agente, ó mas bien lo que podia decirle lord Wilmore.

Levantóse pues, y saludando al lord que le devolvió su saludo con la frialdad y tiesura inglesas, marchóse.

Después de haber oido cerrarse la puerta de la calle, volvió lord Wilmore á su alcoba, y en un abrir y cerrar de ojos perdió sus cabellos rubios, sus patillas y su cicatriz, para recobrar los cabellos negros y la tez pálida del conde de Monte-Cristo.

Bien que por su parte no fué el comisionado del prefecto quien le visitó, sino M. de Villefort en persona.

Aunque nada satisfactorio hubiese averiguado, tampoco habia averiguado nada alarmante; con que se tranquilizó un poco Villefort con estas dos visitas.

Y por primera vez después de la comida de Auteuil, durmió aquella noche con algun sosiego.

CAPITULO XI.

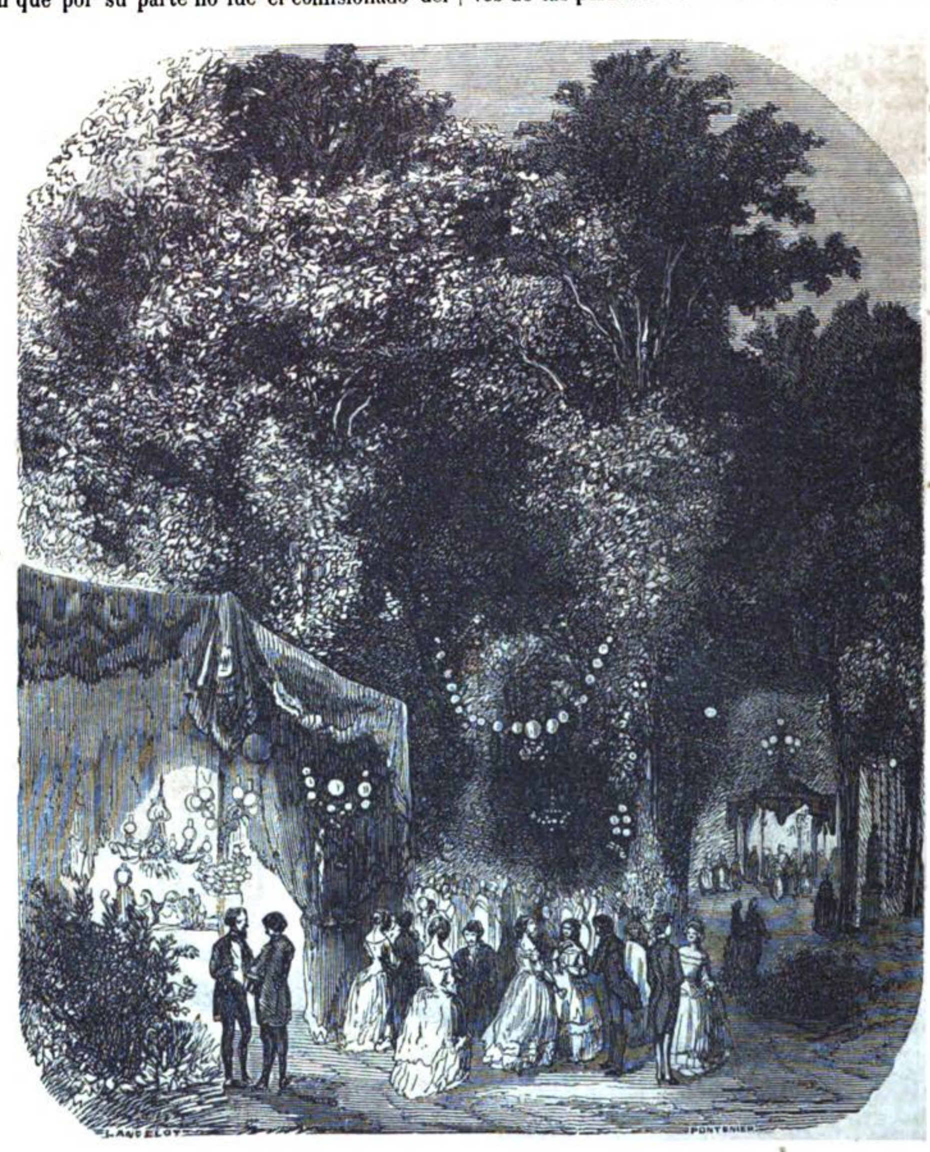
EL BAILE.

Corrian los dias mas calorosos del mes de julio, cuando llegó aquel sábado en que debia de verificarse el baile de M. de Morcef.

Eran las diez de la noche.

Los pomposos árboles del jardin del conde destacábanse en un cielo donde los últimos vapores de una tormenta que habia estado amagando todo el dia, dejaban entrever el espacio azul tachonado de estrellas.

En las salas del piso bajo oíase el son de la música y el rumor de las parejas que bailaban, pasando á través de las persianas torrentes deslumbradores de luz.



Las alamedas del jardin estaban iluminadas con faroles de colores.

A este punto el jardin estaba en poder de una docena de criados, á quien el ama de la casa acababa de mandar que sirviesen la cena, viendo que se serenaba el tiempo.

Hasta entonces habia estado en duda si se cenaria en el comedor ó en un cenador de lienzo preparado en el jardin.

El cielo con sus estrellas acababa de decidir la cuestion en favor del aire libre.

Las alamedas del jardin estaban iluminadas con faroles de colores al uso de Italia, y la mesa cargada de flores y de bujías, al uso de todas las naciones que entienden algo el lujo de la mesa, el mas raro de todos los lujos para el que lo busca completo.

Cuando después de haber dado sus últimas disposiciones entraba la condesa de Morcef en su sala, comenzaba á llenarse de convidados, atraidos, mas que por la buena posicion del conde, por la amabilidad de la condesa, pues todos estaban convencidos de que este baile, gracias á su buen gusto, tendria algo que valiese la pena de ser contado ó copiado.

Madama Danglars, á quien los sucesos que conoce el lector tenian sumamente inquieta, vacilaba en ir á aquel baile; pero por la mañana se habia cruzado su carruaje con el de Villefort, que haciéndole una seña le habia preguntado por la portezuela:

—¿Vais á casa de Madama de Morcef?

—No, que me siento muy mala, habia respondido Madama Danglars.

—Haceis mal, repuso Villefort con una mirada significativa. Seria muy conveniente que os vieran allí.

—¿Lo creeis? le preguntó la baronesa.

—Sí lo creo.

—En ese caso iré.

Y los dos carruajes prosiguieron tras esto sus caminos.

Madama Danglars se habia pues presentado, no solo hermosa, sino deslumbrante de lujo.

En el momento en que Mercedes entraba por una puerta entraba ella por la otra.

La condesa mandó á Alberto á recibirla.

Adelantóse el jóven, y haciendo á Madama Danglars los elogios de cajon y merecidos sobre su tocado, la dió el brazo para conducirla al sitio que quisiera elegir.

Alberto no hacia sino mirar á todos lados.

—¿Buscais á mi hija? le preguntó sonriéndose la baronesa.

—Confieso que sí, respondió Alberto. ¿Habreis tenido la crueldad de no traérnosla?

—No; tranquilizaos; encontró á la señorita de Villefort y se trabaron del brazo. Miradlas: allí vienen vestidas ambas de blanco, la una con un ramillete de camelias, y la otra con uno de *myosotis*. Pero decidme...

—¿Qué buscais vos? le preguntó Alberto sonriéndose.

—¿No vendrá esta noche el conde de Monte-Cristo?

—¡Diez y siete!

—¿Qué quereis decir?

—Que esto marcha, que sois la décimasétima persona que me hace la misma pregunta: ¡bien por el conde!... tengo que darle la enhorabuena.

—¿Y respondeis á todo el mundo como á mí?

—Teneis razon, que aun no os he contestado. Tranquilizaos, señora, veremos aquí al hombre á la moda; tenemos privilegio.

—¿Fuisteis ayer á la ópera?

—No.

—Él fué.

—¡De veras! ¿hizo alguna nueva originalidad?

—¿Puede vivir sin hacerlas? Figuraos que la Fanny Elssler bailaba el *Diablo cojuelo*: la princesa griega estaba entusiasmada. Después de la cachucha, metió en su ramillete una sortija magnífica, y se lo arrojó á la hermosa bailarina, que en el tercer acto volvió á salir con la sortija en el dedo, en muestra de agradecimiento.—¿Y su princesa griega vendrá?

—No: tendremos que pasarnos sin ella. Su posicion en casa del conde no está aun bien fijada.

—Vamos, dejadme aquí é id á saludar á Madama de Villefort, dijo la baronesa; se conoce que tiene grandes deseos de hablaros.

Saludó Alberto á Madama Danglars, y se aproximó á Madama de Villefort, que abria la boca á medida que él se acercaba.

—Apuesto, dijo Alberto sin dejarla hablar, á que sé lo que vais á decirme.

—Veamos, respondió Madama de Villefort.

—¿Si lo adivino, me lo confesareis?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Pues bien, ibais á preguntarme si habia venido el conde de Monte-Cristo, ó si le esperábamos.

—Os habeis equivocado; no me ocupaba de él en este momento. Iba á preguntaros si habeis tenido noticias de M. Franz.

—Sí, ayer.

—¿Y qué os dice?

—Que salia al mismo tiempo que su carta.

—Bien. ¿Y ahora el conde?

—Vendrá: estad tranquila.

—¿Sabeis que tiene otro nombre que el de Monte-Cristo?

—No, no lo sabia.

—Monte-Cristo es el nombre de una isla, y él tiene otro de familia.

—Nunca se lo he oido pronunciar.

—Pues bien, yo estoy mas adelantada que vos; se llama Zaccone.

—¿Es posible?

—Es maltés.

—Tambien lo creo.

—Hijo de un armador.

—¡Oh! en verdad que debíais de referir esas cosas en alta voz, y os aseguro que lograriais un éxito asombroso.

—Ha servido en la India, esplota una mina de plata en Tesalia, y viene á Paris para hacer en Auteuil un establecimiento de aguas minerales.

—Sea enhorabuena; ¡esas sí que son grandes noticias! ¿Me permitís que las publique?

—Sí; pero una á una y sin decir que salen de mí.

—¿Por qué?

—Porque es casi un secreto, sorprendido...

—¿A quién?

—A la policía.

—Entonces esas noticias corrian...

—Anoche en casa del prefecto. Paris estaba conmovido á la vista de un lujo tan inusitado, y ya os figurareis que la policía ha tomado informes.

—¡Bravo! No faltaba mas sino que prendiesen al conde por vago, so pretesto de que es demasiado rico.

—Eso le hubiera sucedido á no ser los informes favorables.

—¡Pobre conde! ¿y sabe el peligro en que ha estado?

—Creo que no.

—Entonces es una obra de caridad el advertírselo. Se lo diré así que llegue.

En este momento, un jóven de ojos vivos, cabellos negros y bigote retorcido saludó respetuosamente á Madama de Villefort.

Alberto le tendió la mano.

—Señora, dijo Alberto, tengo el honor de presentaros á M. Maximiliano Morrel, capitan de spahis, y uno de nuestros buenos y valientes oficiales.

—Ya he tenido el gusto de conocer á este caballero en Auteuil, en casa del conde de Monte-Cristo, respondió Madama de Villefort volviendo la cabeza á otra parte con una frialdad marcada.

Esta respuesta, y mas que todo el tono con que fué dada, oprimieron el corazon del pobre Morrel; pero le esperaba una compensacion. Al volverse vió una hermosa y blanca figura, cuyos azules ojos dilatados sin espresion aparente se fijaban en él, mientras un ramo de *myosotis* subia lentamente á sus labios.

Este saludo fué tan bien comprendido, que Morrel con la misma espresion de mirada aproximó el pañuelo á su boca, y las dos estátuas vivas, cuyo corazon latia con violencia bajo el mármol aparente de su rostro, separadas la una de la otra por toda la longitud de la sala, se olvidaron por un instante del mundo en su muda contemplacion.

Hubieran podido permanecer largo tiempo perdi-

dos el uno en el otro sin que nadie notase su arrobamiento, pues acababa de entrar el conde de Monte-Cristo.

Ya lo hemos dicho; fuese prestigio natural ó ficticio, llamaba el conde la atencion donde quiera que se presentaba. No era su frac negro, elegante sí, pero sencillo y sin condecoraciones; no era su chaleco blanco sin ningun bordado; no era su pantalon de botin que caia sobre un pié de la forma mas delicada; no era sus gestos un aire de astucia y de firmeza incomparable.

Además, el mundo parisiense es tan raro, que quizás no hubiera fijado su atencion en el conde, á no estar su misteriosa historia dorada por una fortuna inmensa.

Sea lo que quiera, avanzó el conde bajo el peso de cien miradas y á través de cien saludos hasta Madama de Morcef, que de pié delante de la chimenea adornada



Al volverse vió una hermosa y blanca figura.

esto lo que llamaba la atencion, sino su palidez, sus cabellos negros formando ondas, su rostro tranquilo y puro, su mirada investigadora y melancólica, su boca, en fin, de admirables y correctos perfiles, y que tan fácilmente tomaba la espresion del mas alto desden: esto era lo que hacia que todas las miradas se fijasen en él.

Podia haber hombres mas apuestos, pero era imposible encontrarlos mas significativos; permítasenos esta espresion. Todo tenia en el conde alguna significacion.

El hábito del pensamiento útil daba á sus facciones, á la espresion de su rostro, al mas insignificante de de flores, le vió aparecer en un espejo colocado enfrente de la puerta, y se preparó á recibirle.

Volvióse hácia él con una sonrisa afectada, en el momento en que él se inclinaba para saludarla.

Acaso creyó que el conde iba á hablar; acaso el conde creyó por su parte que iba ella á dirigirle la palabra, pues los dos permanecieron mudos. Sin duda les parecia una cosa vulgar é indigna de ambos, y después de haberse saludado mútuamente se dirigió Monte-Cristo á Alberto que le tendia la mano.

—¿Habeis visto á mi madre? le preguntó el jóven.

—Acabo de tener el honor de saludarla; pero aun no he visto á vuestro padre.

—Miradle; está hablando de política en aquel grupo de grandes celebridades.

—¡De veras! dijo Monte-Cristo: ¿son celebridades aquellos señores? Lo dudara á no decírmelo vos: ¿y de qué género? porque ya sabeis que hay celebridades de muchas clases.

—Hay primeramente un sabio, aquel señor alto y seco. Ha descubierto en los campos de Roma una especie de lagarto que tenia una vértebra mas que

—No es suyo el capricho, sino de la república; que como era muy mala artista, queriendo dar un uniforme á los académicos, encargó el modelo á David.

—¡Ah! ¿con que ese señor es académico?

—Hace ocho años que forma parte de la docta asamblea.

—¿Y cuál es su mérito principal?

—¿Su mérito? creo que clava alfileres en las cabezas de los conejos, que hace comer rubia á los pollos,



Un académico.

los otros, y vino á dar parte al Instituto de su descubrimiento. Mucha oposicion tuvo; pero al fin han convenido con él.

La vértebra hizo mucho ruido en el mundo sabio; y como su descubridor no era mas que caballero de la legion de honor, fué nombrado oficial.

—Enhorabuena, dijo Monte-Cristo; ¡gracias á Dios que veo una cruz concedida justamente! ¿Con que si descubre una segunda vértebra, le haran comendador?

—Es probable, respondió Morcef.

—Y ese otro que ha tenido el singular capricho de ponerse un frac azul bordado de verde, ¿quien es?

y que atraviesa con agujas la espina dorsal de los perros.

—¿Y por eso pertenece á la Academia de ciencias?

—No. A la Academia francesa.

—¿Pues qué tiene que ver con eso la Academia francesa?

—Voy á decíroslo: parece...

—¿Que sus esperimentos han hecho dar á la ciencia un gran paso?

—No; que escribe muy bien.

—Eso, dijo Monte-Cristo, debe halagar estraordinariamente el amor propio de los conejos á quien clava

alfileres en la cabeza; de los pollos cuyos huesos tiñe de encarnado, y de los perros cuya espina dorsal atraviesa.

Alberto se echó á reir.

—¿Y aquel otro?

—¡Ah! ¿Aquel?

—Sí, el tercero.

—¿El del frac azul?

—Sí.

—Es un cólega del conde, que acaba de hacer una oposicion furibunda al proyecto de que la cámara de los pares tenga uniforme: ha obtenido un gran triunfo en la tribuna; estaba mal con los periodistas liberales; pero su oposicion á los deseos de poder le ha reconciliado con ellos.

—Dicen que va á ser nombrado embajador.

—¿Y cuáles son sus títulos á la pairía?

—Ha hecho dos ó tres óperas cómicas, ha comprado cuatro ó cinco acciones del *Siglo*, y ha votado cinco ó seis años con el ministerio.

—¡Bravo! dijo riéndose Monte-Cristo; sois un escelente *cicerone*. Tengo que pediros un favor.

—¿Cuál?

—Que no me presenteis á esos señores, y que si quieren serme presentados, tengais la bondad de avisármelo.

En este momento sintió el conde que se apoyaba una mano en su brazo.

Volvió la cabeza, y hallóse con M. Danglars.

—¡Ah! ¿sois vos, baron? le dijo.

—¿Por qué me llamais baron? respondió Danglars: ya sabeis que no hago caso del título. No soy como vos, vizconde, que apreciais bastante el vuestro.

—Es verdad, replicó Alberto; pero debeis de tener presente que si yo no fuera vizconde no seria nada, al paso que vos aunque sacrifiqueis vuestro título de baron, os queda el de millonario.

—Que es el que me parece mejor en estos tiempos constitucionales.

—Desgraciadamente, dijo Monte-Cristo, no es tan fácil hacerse millonario como baron, par de Francia ó académico. Testigos los millonarios Franz y Poulmann, de Francfort, que acaban de quebrar.

—¿De veras? respondió Danglars palideciendo.

—Esta tarde he recibido la noticia por un correo. Tenia yo en su casa algunos fondos, cerca de un millon; pero afortunadamente me avisaron á tiempo, y exigí el reembolso hará un mes sobre poco mas ó menos.

—¡Oh Dios mio! esclamó Danglars. ¡Han girado contra mi casa doscientos mil francos!

—Pues ya estais advertido: su firma vale el cinco por ciento.

—Sí; pero demasiado tarde; he hecho honor á su firma.

—Bien, respondió Monte-Cristo, esos doscientos mil francos que van á reunirse...

—¡Chist! le interrumpió Danglars; no hableis de eso ahora... Y proximándose á Monte-Cristo añadió: sobre todo delante de M. Cavalcanti hijo.

Y tras estas palabras se volvió sonriendo hácia el jóven.

Morcef se separó del conde para hablar con su madre.

Danglars tambien le dejó para saludar á Cavalcanti hijo.

Con que Monte-Cristo se quedó solo un momento.

Entre tanto el calor comenzaba á ser intolerable.

Los criados circulaban por los salones con bandejas cargadas de frutas y helados.

Monte-Cristo con el pañuelo enjugó su rostro inundado de sudor; pero cuando le presentaron una bandeja, retrocedió sin tomar nada.

Madama de Morcef no le perdia de vista.

Advirtió que no tomó ni un helado, y hasta que habia retrocedido cuando se lo presentaron.

—Alberto, dijo al jóven, ¿habeis reparado una cosa?

—¿Qué, madre mia?

—Que el conde no ha querido comer nunca en casa de Morcef.

—Sí, pero ha almorzado conmigo; y almuerzo que fué su presentacion en el gran mundo.

—Vuestra casa no es la del conde, murmuró Mercedes: desde que está aquí no hago mas que observarle.

—¿Y qué?

—No ha tomado nada aun.

Es muy sóbrio.

Mercedes se sonrió tristemente.

—Reuníos á él, y cuando pase alguna bandeja insistid en que tome algo.

—¿Para él, madre mia?

—Hacedme ese favor, Alberto, repuso Mercedes.

Besó Alberto la mano de su madre y fué á colocarse al lado del conde.

Otra bandeja pasó por allí cargada de helados como las precedentes.

Mercedes vió á Alberto que brindaba con empeño al conde, y hasta le presentó un helado que él rehusó obstinadamente.

—El jóven volvió á reunirse con su madre, que estaba muy pálida.

—Ya veis como se negó, le dijo.

—Sí; pero ¿qué cuidado os da de eso?

—Alberto, la mugeres somos muy caprichosas. Hubiera visto con placer al conde tomar alguna cosa en mi casa, aunque no fuera sino un vaso de granada. Aunque puede ser que no se amolde á las costumbres francesas; puede ser que prefiera alguna cosa dada.

—¡No por Dios! le he visto comer de todo en Italia; quizás esté algo indispuesto.

—Por otra parte, dijo la condesa, como ha habitado casi siempre en climas cálidos, debe de ser menos sensible al calor que los demás.

—No lo creo así, pues antes se quejaba de mucho calor y decia que por qué habiendo abierto las vidrieras no hacian lo mismo con las persianas.

—En efecto; es un buen medio para asegurarme de si su abstinencia es cosa decidida.

Y salió del salon.

Un instante despues abriéronse las persianas, y pudo verse á través de las clemátidas y jazmines que adornaban los balcones, el jardin iluminado con faroles de colores y las mesas aparadas en cenador.

Dieron los concurrentes un grito de alegría, y sus pulmones comprimidos aspiraron con delicia el aire embalsamado que entraba á bocanadas.

En el mismo momento volvió á entrar Mercedes, mas pálida que cuando salió, pero con aquella calma que la hacia notable en ciertas ocasiones.

Fuése en derechura al grupo en cuyo centro estaba su marido, y le dijo:

—No detengais aquí á estos caballeros, señor conde; que si no juegan, querrán mejor bajar al jardin que ahogarse aquí.

—¡Ah señora! dijo un anciano general muy galante, héroe de las modas de 1809, ¿no iremos solos al jardin?

—Sea, respondió Mercedes; voy á daros el ejemplo.

Y volviéndose al conde de Monte-Cristo:

—Señor conde, le dijo, hacedme el honor de ofrecerme vuestro brazo.

El conde casi vaciló al oir estas palabras, y luego miró un instante á Mercedes.

Este instante fué un relámpago, y sin embargo, á Mercedes le pareció que duraba un siglo! Tantos pensamientos habia espresado Monte-Cristo con una sola mirada!

Y le ofreció su brazo.

Apoyóse en él Mercedes, ó por mejor decir, le rozó con su diminuta mano, y bajaron los dos por una de las escaleras del peristilo adornada de flores.

Detrás de ellos por la otra escalera se lanzaron al jardin con esclamaciones de alegría unas veinte personas.

CAPITULO XII.

EL PAN Y LA SAL.

Madama de Morcef entró con su acompañante bajo la bóveda de follaje formada por una alameda de tilos que conducia á un invernadero.

—Hacia en la sala mucho calor, ¿no es verdad, señor conde? le dijo.

—Sí, señora; y fué una escelente idea la vuestra de mandar abrir puertas y persianas.

Y esto diciendo, reparó el conde que temblaba la mano de Mercedes.

—Pero, ¿quizás tendreis frio, repuso, con ese traje tan leve y sin otros preservativos al cuello que ese chal de gasa?

—¿Sabeis adónde os llevo? dijo la condesa sin responder á la pregunta de Monte-Cristo.

—No, señora, repuso este; pero ya veis que no hago resistencia.

—Al invernadero que veis al fin de esta alameda.

Miró el conde á Mercedes como para interrogarla; pero ella prosiguió su camino sin despegar los lábios, imitándola Monte-Cristo.

Al fin llegaron al invernadero, lleno de frutas magníficas que desde principios de julio habian empezado á madurar, gracias á la temperatura que reinaba allí, calculada para reemplazar al sol, que tan poco se deja ver en nuestro suelo.



—¡Oh! ¡tambien! repuso Mercedes con doloroso acento. ¡Qué mala mano tengo!

La condesa soltó el brazo de Monte-Cristo para ir á coger á una cepa un racimo de moscatel.

—Tomad, señor conde, le dijo con una sonrisa tan triste, que hubiera sido fácil ver asomar una lágrima en el borde de sus párpados. Tomad, señor conde. Harto sé que las uvas de nuestra Francia no son comparables á las de Sicilia y Chipre; pero sereis indulgente con nuestra pobreeza.

El conde dió, inclinándose, un paso hácia atrás.

—¿Me desairais? dijo Mercedes con tembloroso acento.

—Ruégoos, señora, que me disimuleis, respondió Monte-Cristo; pero no cómo nunca moscatel.

Mercedes dejó caer al suelo su racimo.

De un árbol cercano colgaba un magnífico albérchigo aterciopelado y maduro ya por el calor artificial del invernadero.

Acercóse Mercedes á él, y lo cogió.

—Entonces... tomad este albérchigo, dijo al conde.

Pero hizo el mismo ademan negativo.

—¡Oh! ¡tambien! repuso Mercedes con tan doloroso acento que se conocia que ahogaba un sollozo. ¡Qué mala mano tengo!

Un silencio prolongado siguió á esta escena.

El albérchigo y el racimo yacian en el suelo.

—Tienen los árabes, señor conde, repuso al fin Mercedes con mirada suplicante, una costumbre tiernísima, que hace para siempre amigos á los que han comido bajo el mismo techo pan y sal.

—Conozco, señora, esa costumbre, respondió el conde; pero estamos en Francia y no en Arabia: en Francia no hay amistades eternas, así como no hay esa costumbre.

—Pero somos amigos, ¿no es verdad? repuso Mercedes con el seno palpitante y los ojos clavados en Monte-Cristo, cuyas manos estrechaba con las suyas casi convulsivamente.

Toda su sangre refluyó al corazon del conde, que se puso pálido como un muerto; subióle después á la garganta hasta invadir sus mejillas; con que sus ojos vagaron un instante por el vacío, como los de un hombre que se va á desmayar.

—Cierto, señora, que somos amigos. ¿Por qué no lo habiamos de ser? replicó.

Esta salida era tan diferente de la que deseaba Madama de Morcef, que volvió la cara á otro lado para exhalar un suspiro, que mas bien un gemido parecia.

—Gracias, le contestó.

Y siguió andando.

Sin pronunciar una sola palabra dieron la vuelta al jardin.

—¿Es verdad, caballero, esclamó de repente la dama tras aquel silencioso paseo, es verdad que habeis visto tanto, que habeis viajado tanto, y que habeis sufrido tanto?

—Sí, señora; he sufrido bastante, respondió el conde.

—¿Y sois ahora dichoso?

—Sin duda, porque nadie oye mis quejas.

—¿Y os dulcifica un tanto el alma vuestra presente dicha?

—Mi dicha presente es igual á mi desdicha pasada, respondió Monte-Cristo.

—¿No sois casado? le preguntó la condesa.

—¡Yo! ¡yo casado! repuso el conde tembloroso. ¿Quién ha podido deciroslo?

—Nadie; pero como os han visto llevar á la ópera á una jóven muy linda...

—Es, señora, una esclava que compré en Constantinopla; la hija de un príncipe que tengo por hija mia á falta de otras afecciones.

—¿Luego vivis solo?

—Vivo solo.

—¿No teneis una hermana... un hijo... un padre?

—No tengo á nadie en el mundo.

—¿Cómo podeis vivir así, sin lazos que os unan á la vida?

—No es culpa mia, señora. Amé en Malta á una jóven con quien iba á casarme, cuando la guerra vino á separarnos. Creí que me amara lo bastante para esperar, para serme fiel hasta la muerte; pero á mi vuelta me la encontré casada. Esta es la historia de todos los hombres que han pasado por la edad de los veinte años. Como era mi corazon quizás mas débil que ninguno, sufrí mas que hubieran sufrido otros en lugar mio.

La condesa se detuvo un momento, como si necesitara de esta pausa para respirar.

—Sí, dijo, sí... y aun guardareis ese amor en vuestro pecho...

—Solo se ama una vez.

—¿Y habeis vuelto á verla?

—Nunca.

—¡Nunca!

—No he vuelto á su país.

—¿A Malta?

—Sí, á Malta.

—¿Luego ahora está en Malta?

—Así lo creo.

—¿Y la habeis perdonado lo que os hizo padecer?

—A ella, sí.

—Pero ¡solo á ella! ¿seguís odiando á los que os separaron?

—No, señora. ¿Por qué los he de odiar?

La condesa se colocó frente á frente de Monte-Cristo.

Llevaba todavía en la mano un pedazo del racimo de uvas.

—Tomad, le dijo.

—No cómo nunca moscatel, señora, respondió el conde, como si habláran de esto por primera vez.

Mercedes arrojó las uvas con un gesto de desesperacion, murmurando:

—Es inflexible.

Monte-Cristo permaneció tan sereno como si tal reproche no cayera sobre él.

En este momento llegó Alberto á todo correr.

—¡Oh madre mia, qué desgracia! dijo.

—¿Qué? ¿qué sucede? le preguntó la condesa como volviendo á la realidad después de un sueño. ¿Una desgracia habeis dicho? Con efecto, deben suceder desgracias.

—M. de Villefort ha venido.

—¿A qué?

—A buscar á su muger y su hija.

—¿Por qué?

—Porque acaba de llegar á París la señora marquesa de Saint-Meran, con la noticia de que M. de Saint-Meran ha muerto al salir de Marsella, en la primer parada de postas. Madama de Villefort, que estaba muy alegre, no queria comprender ni creer esta noticia; pero Valentina, pese á las precauciones que tomó su padre, la comprendió á las primeras palabras, cayendo como herida de un rayo.

—Y ¿qué le es M. de Saint-Meran á la señorita de Villefort? preguntó Monte-Cristo.

—Su abuelo materno. Venia á apresurar el casamiento de Franz y de su nieta.

—¡Ah!

—Esto impide á Franz por ahora... ¿Por qué M. de Saint-Meran no será tambien abuelo de la de Danglars?

—¡Alberto, Alberto! dijo Madama de Morcef en tono de dulce reconvencion, ¿qué es lo que estais diciendo? ¡Ah, señor conde! vos á quien él considera tanto, decidle que ha hecho mal en hablar así.

Y dió algunos pasos adelante.

Miróla Monte-Cristo de una manera tan estraña, como admirado y meditabundo juntamente, que la dama volvió atrás.

Y cogiéndole la mano, y estrechando la de su hijo y enlazándolas ambas, esclamó:

—Somos amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh, señora! repuso el conde; no tengo la loca pretension de ser vuestro amigo, sino siempre vuestro respetuoso servidor.

Marchóse Mercedes con el corazon oprimido, y antes que hubiera dado diez pasos la vió el conde llevarse á los ojos el pañuelo.

—¿No estais en buena armonía mi madre y vos? le preguntó Alberto con asombro.



—Al contrario, repuso el conde, pues acaba de decir en vuestra presencia que somos amigos.

Y volvieron al salon, que acababan de abandonar Valentina y sus padres.

Escusado parece decir que Morrel habia salido detrás de ellos.

CAPITULO XIII.

MADAMA DE SAINT-MERAN.

Con efecto, en casa de Villefort acababa de pasar una escena lúgubre.

Después de la marcha al baile de las dos señoras, baile adonde todas las instancias de Madama de Villefort no lograron que fuera su marido, encerróse este como tenia por costumbre en su gabinete, con un monton de causas criminales que hubieran asustado al hombre mas trabajador, pero que en tiempos de calma apenas daban pasto á su incansable laboriosidad.

Pero esta vez las causas no eran sino pretesto. Villefort no se encerraba para trabajar, sino para reflexionar; y cerrando la puerta y dando órden de que no se le molestase sino por cosas de mucha importancia, sentóse en su sillon poniéndose á repasar de nuevo en su memoria todo lo que de siete dias á la fecha colmaba la copa de sus sombríos pesares y sus amargos recuerdos.

Y en vez de acometer á los legajos de papeles, abrió un cajon de su mesa que tenia un secreto, y sacó otro legajo, que eran sus notas personales, y entre ellas ordenados y clasificados en una especie de cifra que él solamente conocia, los nombres de todos aquellos que en su carrera política, en sus negocios de dinero, ó en sus asuntos del tribunal, se le habian declarado enemigos.

Era el número á la sazon tan formidable, que le hizo temblar; y sin embargo, por temibles ó poderosos que fuesen, le habian arrancado en otro tiempo una sonrisa, como sonrie el viajero cuando desde la cúspide de la montaña contempla á sus piés los agudos picos, las escabrosas veredas, y los precipicios tremendos que ha tenido que costear para llegar arriba.

Repasados una y mil veces aquellos nombres en su memoria, releidos, estudiados y comentados, meneó la cabeza Villefort, murmurando:

—No, no: ninguno de estos enemigos hubiera esperado hasta el presente para venir á aniquilarme con ese secreto. Como dice Hamlet, el ruido de las cosas mas ocultas en el seno de la tierra, sale á flor de cuando en cuando, y como los fuegos fosfóricos recorre los aires, pero son fuegos que solo alumbran un momento para estraviar. El corso habrá confesado mi secreto á algun sacerdote, que á su vez lo habrá contado; y sabiéndolo M. de Monte-Cristo, para adquirir mas detalles...

Pero ¿con qué objeto habia de adquirir mas detalles? proseguia Villefort después de un instante de reflexion. ¿Qué interés tiene M. de Monte-Cristo, ó sea M. Zaccone, hijo de un armador de Malta, esplotador de una mina de plata en Tesalia, que viene á Francia por primera vez, qué interés tiene en averiguar un hecho lúgubre, misterioso é inútil como este? De las noticias incoherentes que me han dado el abate Busoni y lord Wilmore, amigo el uno y enemigo el otro, solo una cosa deduzco clara, incontestable y palmaria; y es, que entre él y yo en ningun tiempo, en ninguna circunstancia ha podido haber el menor contacto.

Pero Villefort decia esto sin creerlo.

Lo mas terrible para él no era que el secreto se divulgase, pues podria negarlo ó concederlo.

Tampoco le importaba mucho de aquel *Mané Thecel, Phares*, que veia de repente en las paredes escrito con sangre; lo que le importaba era conocer el cuerpo de la mano que lo habia escrito.

En el momento en que se esforzaba á tranquilizarse á sí mismo, y cuando en lugar del brillante porvenir político que tal vez habia vislumbrado en sus sueños de ambicion, limitaba su mente al retiro y al reposo por temor de despertar á aquel enemigo dormido tantos años, rodó por el patio un carruaje, y oyéronse poco después en la escalera los pasos lentos de una persona de edad, y ayes y suspiros como los que fingen los criados para aparentar que toman parte en el dolor de sus amos.

Apresuróse á descorrer el cerrojo de su gabinete, y al punto, sin que la anunciasen, entró una señora anciana con el chal al brazo y el gorro en la mano.

Sus cabellos canos dejaban ver una frente amarillenta como el marfil sucio, y sus ojos, sombreados de profundas arrugas, desaparecian casi completamente con la agitacion del llanto.

—¡Oh caballero! dijo, ¡qué desgracia! Yo me moriré tambien... sí... yo me moriré.

Y cayendo en el sillon mas cercano á la puerta, prorumpió en sollozos.

En el dintel los criados, de pié y sin atreverse á penetrar, contemplaban al anciano Barrois, que como oyera aquel ruido en el cuarto de Villefort, corrió á reunirse con los otros criados.

Villefort se levantó para acercarse á su suegra, porque era ella la recienvenida.

—¡Dios mio! le preguntó, ¿qué es lo que pasa, señora? ¿Qué es lo que os trastorna así? ¿No os acompaña M. de Saint-Meran?

—M. de Saint-Meran ha muerto, respondió la marquesa sin preámbulos, sin espresion, y con una especie de estupor.

Villefort retrocedió un paso cruzando las manos.

—¡Muerto! balbuceó, ¡muerto! así!... ¡de repente!

—Hace ocho dias, continuó Madama de Saint-Meran, que subimos juntos al carruaje después de comer. M. de Saint-Meran estaba algo indispuesto hacia algunos dias; pero la idea de volver á ver á nuestra querida Valentina le daba valor; y á pesar de sus dolores, se obstinó en venir, cuando á seis leguas de Marsella, después de haber tomado las pastillas acostumbradas, le dió un sueño demasiado profundo para ser natural. Yo no me atrevia á despertarle; pero ví que su rostro se ponia encarnado, y que las arterias de sus sienes latian con una violencia desusada.

Sin embargo, como empezaba á anochecer y apenas se veia, le dejé dormir. De repente dió un grito comprimido y desgarrador, como un hombre que sufre una pesadilla, y dejó caer la cabeza hácia atrás. Llamé al ayuda de cámara, mandé parar al postillon, llamé á M. de Saint-Meran, le hice aspirar un reactivo... ¡Todo en vano! ¡Estaba muerto! Llegué á Aix al lado de un cadáver.

Villefort permaneció estupefacto, con la boca entreabierta.

—¿Llamariais á un médico sin duda?

—Al instante; pero como os dije, ya era demasiado tarde.

—Es verdad. Pero al menos podria deciros qué enfermedad causó su muerte.

—Así fué ¡Dios mio! Díjome que una apoplegía fulminante.

—¿Y qué hicísteis entonces?

—M. de Saint-Meran me habia dicho muchas veces que si moria lejos de Paris, deseaba que su cuerpo fuese conducido al panteon de su familia. Mandéle pues depositar en un ataud de plomo, y solo algunos dias le precedo.

—¡Pobre madre! Tantos cuidados después de un golpe como ese y á vuestra edad!

—Dios me ha dado fuerzas bastantes para llegar aquí. Por otra parte, mi querido marqués se hubiese



conducido en iguales circunstancias lo mismo que yo. Verdad es que desde que me he separado de él creo que estoy loca; verdad es que á mi edad es casi imposible el llorar; pero á pesar de esto, me parece que cuando se sufre tanto se debia poder llorar. ¿Dónde está Valentina, caballero? Ella es la que ocasiona nuestro viaje. Quiero verla.

Villefort pensó que seria doloroso responder que estaba en un baile.

Dejóla Villefort entregada á las criadas, mientras el viejo Barrois subia todo turbado á la habitacion de su amo, porque nada asusta tanto á los viejos como la muerte de otro de su edad.

Mientras Madama de Saint-Meran seguia arrodillada rezando desde el fondo de su corazon, envió Villefort por un carruaje de alquiler para ir él mismo á casa de Madama de Morcef en busca de su esposa y de su hija.



—¡Oh caballero! Yo me moriré tambien.

Dijo pues solamente á la marquesa que su nieta habia salido con su madrastra, y que iba él mismo á buscarlas.

—Al momento, al momento, os lo suplico, respondió la marquesa.

Ofreció Villefort el brazo á Madama de Saint-Meran, y la condujo á su habitacion.

—Procurad descansar, madre mia, la dijo.

Levantó la anciana la cabeza al oir estas palabras, y viendo á Villefort que la recordaba aquella hija tan querida, que revivia para ella en Valentina, se conmovió con el nombre de madre, echando á llorar y cayendo de rodillas en un sofá, donde ocultó su venerable cabeza.

Estaba tan pálido cuando apareció en la puerta, que Valentina corrió hácia el gritando:

—¡Oh padre mio! ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Vuestra abuela acaba de llegar, Valentina, respondió M. de Villefort.

—¿Y mi abuelo? le preguntó la jóven temblando.

La respuesta de M. Villefort fué presentar el brazo á su hija.

Ya era tiempo.

Presa Valentina de un vértigo, estaba á punto de caerse.

Madama de Villefort acudió en su auxilio apresuradamente, y ayudando á su marido á conducirla al carruaje, murmuraba:

—¡Cosa mas estraña! ¿Quién podria figurarse...

Y toda la familia se retiró desolada, dejando parte de su tristeza difundida en el resto de la reunion.

Al pié de la escalera encontró Valentina á Barrois que la estaba esperando.

—M. Noirtier desea veros esta noche, la dijo en voz baja.

—Decidle que iré á su habitacion asi que salga de la de mi abuela.

Con la delicadeza de su alma comprendió la jóven, que la persona que mas necesidad tenia de verla en aquellos momentos era Madama de Saint-Meran.

Valentina encontró á su abuela acostada.

Mudas caricias, gemidos dolorosos que desgarraban el corazon, suspiros entrecortados, lágrimas abrasadoras; tales fuéron los únicos detalles que es posible referir de esta entrevista, á la cual asistió Madama de Villefort, dando grandes señales de respeto á la pobre viuda, al menos en apariencia.

Al cabo de un instante dijo al oido á su esposo:

—Voy con vuestro permiso á retirarme. Creo que mi presencia aflige aun mas á la marquesa.

Madama de Saint-Meran la oyó.

—Sí, sí, dijo á Valentina al oido; que se vaya; pero quédate tú.

Madama de Villefort salió, quedándose Valentina sola al lado de la cama de su abuela, porque el procurador del rey, consternado con esta desgracia imprevista, siguió tambien á su muger.

Antes de esta escena habia subido Barrois á la habitacion de M. Noirtier.

Alarmado este con el ruido que habia en la casa, envió, como ya hemos dicho, á su criado á informarse.

A su vuelta, la mirada viva é inteligente del anciano le interrogó al punto.

—¡Ay de mí, señor! respondió Barrois; ha sucedido una desgracia muy grande: Madama de Saint-Meran acaba de llegar, y su marido ha muerto.

M. de Saint-Meran y Noirtier no habian tenido nunca amistad estrecha: pero ya se sabe el efecto que produce en un anciano la noticia de la muerte de otro.

Noirtier dejó caer la cabeza sobre el pecho como afligido, ó como quien reflexiona, y luego cerró un solo ojo.

—¿La señorita Valentina? le preguntó Barrois.

Noirtier hizo seña de que sí.

—Ya sabeis que está de baile, puesto que vino á despedirse de vos después de vestida.

Noirtier cerró otra vez el ojo izquierdo.

—¿Quereis verla?

El anciano hizo seña de que esto era lo que deseaba.

—Sin duda irán á buscarla á casa de M. Morcef: esperaré á que vuelva, y la diré que suba. ¿Es esto lo que deseais?

—Sí, respondió el paralítico.

Barrois esperó la vuelta de Valentina, y como hemos dicho ya, esplicóla el deseo de su abuelo.

En cumplimiento de él subió Valentina á la habitacion al salir de la de Madama de Saint-Meran, quien á pesar de su agitacion habia sucumbido al cansancio, y dormia con sueño intranquilo.

Al alcance de su mano habian puesto una mesa de noche con una jarra de naranjada, su bebida habitual, y un vaso.

Corrió Valentina á abrazar al anciano, que la miró tan tiernamente, que la jóven sintió sus ojos llenarse de lágrimas, cuando las creia agotadas ya.

El anciano continuó mirándola.

—Sí, sí, esclamó Valentina, quieres decirme que siempre me quedas tú, ¿no es verdad?

El anciano hizo seña de que efectivamente eso era lo que queria decir su mirada.

—¡Ay! por fortuna mia, repuso Valentina, ¡qué seria sí no de mí, gran Dios!

Era la una de la mañana.

Barrois, que tenia ganas de acostarse, advirtió al abuelo y á la nieta que tras un dia de emociones tan violentas les era el reposo necesario.

Noirtier no quiso decir que su reposo consistia en tener al lado á su nieta.

Despidióla pues; que con efecto el dolor y la fatiga la tenian transida.

Cuando á la mañana siguiente fué á ver á su abuela, la encontró acostada todavía. La fiebre no solo no cesaba, sino que por el contrario brillaban sus ojos con fuego sombrío; parecia presa de una violenta irritacion nerviosa.

—¡Oh Dios mio! ¿Sufrís mucho, abuelita? esclamó Valentina, notando todos estos síntomas.

—No, hija mia, no; pero esperaba con impaciencia tu llegada para mandar llamar á tu padre.

—¿A mi padre? le preguntó Valentina con inquietud.

—Sí, quiero hablarle.

Valentina no se atrevió á oponerse al deseo de su abuela, porque ignoraba su orígen. Un momento después entró M. de Villefort.

—Caballero, le dijo Madama de Saint-Meran sin andarse con rodeos, y como si temiera que la faltase tiempo, ¿segun me habeis escrito, pensais casar á esta niña?

—Sí señora, respondió Villefort; es mas que un pensamiento, es ya un compromiso.

—El que va á ser vuestro yerno ¿se llama M. Franz d'Epinay?

—Sí señora.

—Es hijo del general d'Epinay, que era de los nuestros, y que fué asesinado pocos dias antes de que el usurpador volviese de la isla de Elba?

—El mismo.

—¿No le repugna casarse con la nieta de un jacobino?

—Nuestras disensiones civiles han terminado felizmente, madre mia, repuso M. de Villefort. M. d'Epinay era casi un niño cuando murió su padre; conoce muy poco á M. Noirtier, y le verá si no con placer, con indiferencia al menos.

—¿Es partido ventajoso?

—Bajo todos conceptos.

—¿El jóven...

—Goza de la estimacion general.

—¿Es notable?

—Es uno de los hombres mas distinguidos que yo conozco.

Durante toda esta conversacion Valentina permaneció callada.

—Pues, caballero, añadió Madama de Saint-Meran despues de algunos segundos de reflexion, apresuraos, porque me queda poco tiempo de vida.

—¡A vos, señora! ¡á vos, madre mia! esclamaron á la par M. de Villefort y Valentina.

—Sé lo que digo, respondió la marquesa: es necesario darse prisa, para que ya que no tiene madre, pueda al menos su abuela darla su bendicion. Yo soy la única persona que le queda á esta niña por parte de mi pobre René, á quien tan pronto habeis olvidado, caballero.

—¡Ah señora! repuso Villefort, sin duda olvidais que era necesario dar una madre á esta niña que habia perdido la suya.

—Una madrastra no es una madre, caballero; pero no se trata de eso ahora, se trata de Valentina; dejemos tranquilos á los muertos.

Todo esto fué dicho con una volubilidad y un acento tan estraño, que parecia un delirio esta conversacion.

—Se hará como deseais, señora, dijo Villefort; y con tanta mas razon, cuanto que nuestros deseos estan acordes; y tan pronto como llegue á Paris M. d'Epinay...

—Abuelita, dijo Valentina, el ¿qué dirán?... el luto... ¿Querriais que se verificase una boda bajo tan tristes auspicios?

—Hija mia, le interrumpió vivamente la anciana, nada de razones fútiles que impiden á las almas débiles consolidar su porvenir. Yo tambien me casé junto al lecho de muerte de mi madre, y no por eso he sido desgraciada.

—¡Aun esa idea lúgubre! murmuró Villefort.

—¡Aun y siempre! Os digo que me voy á morir, ¿lo entendeis? y antes de abandonar este mundo quiero ver al futuro esposo de mi nieta; quiero mandarle que la haga feliz; quiero leer en sus ojos si piensa obedecerme; quiero conocerle en fin, prosiguió la marquesa con aire amenazador, para venir á reconvenirle desde el fondo de mi tumba si no es lo que debe de ser; lo que es necesario que sea.

—Señora, dijo Villefort, es preciso que procureis alejar de vuestra mente esas ideas exaltadas que rayan en locura. Los muertos caen en sus sepulcros para no volverse á levantar.

—Sí, sí, abuelita, cálmate, añadió Valentina.

—Y yo, caballero, os digo que os equivocais del todo al todo. Esta noche he tenido un sueño espantoso: creíame dormida como si mi alma se hubiera separado ya del cuerpo; esforzábame á abrir los ojos, y se cerraban á pesar mio; y sin embargo... á vos sobre todo os parecerá increible lo que voy á decir. Con los ojos cerrados ví en el mismo sitio que vos ocupais, viniendo de ese rincon donde cae la puerta del tocador de Madama de Villefort, ví entrar sin ruido una forma blanca.

Valentina lanzó un grito.

—Era sin duda que la calentura os trastornaba, dijo Villefort.

—Dudad, si os place; pero yo estoy bien segura de lo que digo: ví una forma blanca; y como si Dios temiese que recusara el testimonio de uno solo de mis sentidos, oí moverse mi vaso... mirad... el mismo que esta ahí sobre la mesa.

—Pero eso, abuelita, seria un sueño.

—Tan no era sueño, que alargué la mano hácia la campanilla, y al ver este movimiento desapareció la sombra. A poco entró la criada con una luz.

—¿Y no veriais á nadie?

—Las sombras no se dejan ver sino de los que deben verlas. Era el alma de mi marido. Pues bien: si su alma viene á buscarme, ¿porqué no ha de venir la mia á defender á mi nieta? Paréceme que el parentesco es mas directo.

—¡Oh señora! esclamó M. de Villefort, conmovido á su pesar hasta el fondo de su pecho; ¡oh señora! no deis cabida en vuestra mente á tan lúgubres ideas; vivireis con nosotros, y vivireis mucho tiempo, feliz, amada, obsequiada, y con nuestra ternura os haremos olvidar...

—¡Nunca, nunca! repuso la marquesa. ¿Cuándo viene M. d'Epinay?

—Le esperamos de un momento á otro.

—Pues bien: así que llegue avisadme. Apresurémonos, apresurémonos. ¡Ah! tambien quisiera ver á un notario para asegurarme de que todos nuestros bienes pasarán á manos de Valentina.

—¡Oh madre mia! murmuró Valentina posando sus labios en la abrasada frente de su abuela, ¿quereis matarme? pero ¡Dios mio, teneis calentura! No urge llamar á un notario, sino á un médico.

—¿Un médico? dijo la enferma encogiéndose de hombros; si no tengo nada! únicamente tengo sed.

—¿Qué bebeis?

—Lo de siempre; naranjada. Alárgame el vaso que está encima de la mesa, Valentina.

Llenó Valentina un vaso de naranjada, y cogiólo con cierto temor para dárselo á su abuela, porque era el mismo que ella pretendia haberlo tocado la sombra.

La marquesa lo bebió de un solo trago.

Después volvióse en su almohada repitiendo:

—¡El notario, el notario!

M. de Villefort salió, y Valentina sentóse junto á la cama de su abuela.

La pobre niña necesitaba para sí el médico que habia recomendado á la anciana.

Encarnada como una amapola, con la respiracion entrecortada y fatigosa, su pulso latia con tanta violencia como si tuviese calentura.

Pensaba en la desesperacion de Maximiliano, cuando le dijese que Mad. de Saint-Meran, en vez de ser su protectora, obraba sin saberlo como su mayor enemiga.

Mas de una vez se le ocurrió á Valentina confesárselo todo á su abuela; y no hubiera vacilado un momento, si Maximiliano Morrel se llamara Alberto de Morcef ó Raoul de Chateau-Renaud; pero Morrel era de orígen plebeyo, y Valentina sabia el desprecio con que la orgullosa marquesa de Saint-Meran miraba á todos los que no eran nobles.

Su secreto pues habia sido siempre ahogado en su corazon al ir á revelarlo, por la triste certeza de que lo confesaria en vano, y que una vez conocido por su padre y por su abuela, todo se perdia.

Pasaron dos horas así.

Anunciaron al notario.

Aunque lo anunciaron en voz baja, Madama de Saint-Meran se incorporó.

—¿El notario? dijo; que venga, que venga.

El notario, que estaba á la puerta, entró.

—Vete, Valentina, dijo Madama de Saint-Meran; quiero estar sola con el señor.

—Pero, abuela...

—Vete, vete.

Besó la jóven la frente de su abuela, y salió limpiándose los ojos con el pañuelo.

Al llegar á la puerta, el ayuda de cámara la dijo que el médico la esperaba en la sala.

Valentina bajó al punto.

El médico era amigo de la familia, y uno de los mas hábiles facultativos de la época. A Valentina sobre todo la queria mucho por haberla visto nacer.

Tenia una hija de su misma edad, pero habida en una madre ética; y por consiguiente tenia á su padre en contínuo sobresalto.

—¡Oh querido M. d'Avrigny! dijo Valentina, os esperábamos con impaciencia. Pero ante todo, ¿cómo estan Magdalena y Antonieta?

Magdalena era la hija de M. d'Avrigny, y Antonieta su sobrina.

M. d'Avrigny se sonrió tristemente.

—Antonieta muy bien, le contestó; y Magdalena así, así... Pero me habeis enviado á buscar, hija mia. Supongo que no será vuestro padre, ni Madama de Villefort los que necesiten de mis cuidados. En cuanto á vos, aunque no pueda curaros radicalmente de vuestros nervios, presumo que no necesitais de mí sino para aconsejaros que no dejeis á vuestra cabeza irse á pájaros.

Valentina se ruborizó.

Llevaba M. d'Avrigny la ciencia de adivinar hasta un punto casi fabuloso, porque era uno de esos médicos que tratan siempre la parte física por la moral.

—No, repuso Valentina, os llamamos para mi pobre abuela. Sabeis ya la desgracia que nos ha sucedido, ¿no es verdad?

—No sé nada, respondió M. d'Avrigny.

—¡Ay de mí! añadió Valentina reprimiendo sus sollozos, ¡mi abuelo ha muerto!

—¿M. de Saint-Meran?

—Sí.

—¿De repente?

—De una apoplegía fulminante.

—¿De una apoplegía? repitió el médico.

—Sí. De manera que mi pobre abuela con este golpe fatal ha concebido la idea de que su marido, de quien nunca se habia separado, la llama; y dice que va á reunirse con él. ¡Oh, M. d'Avrigny! os recomiendo mi pobre abuela.

—¿Dónde está?

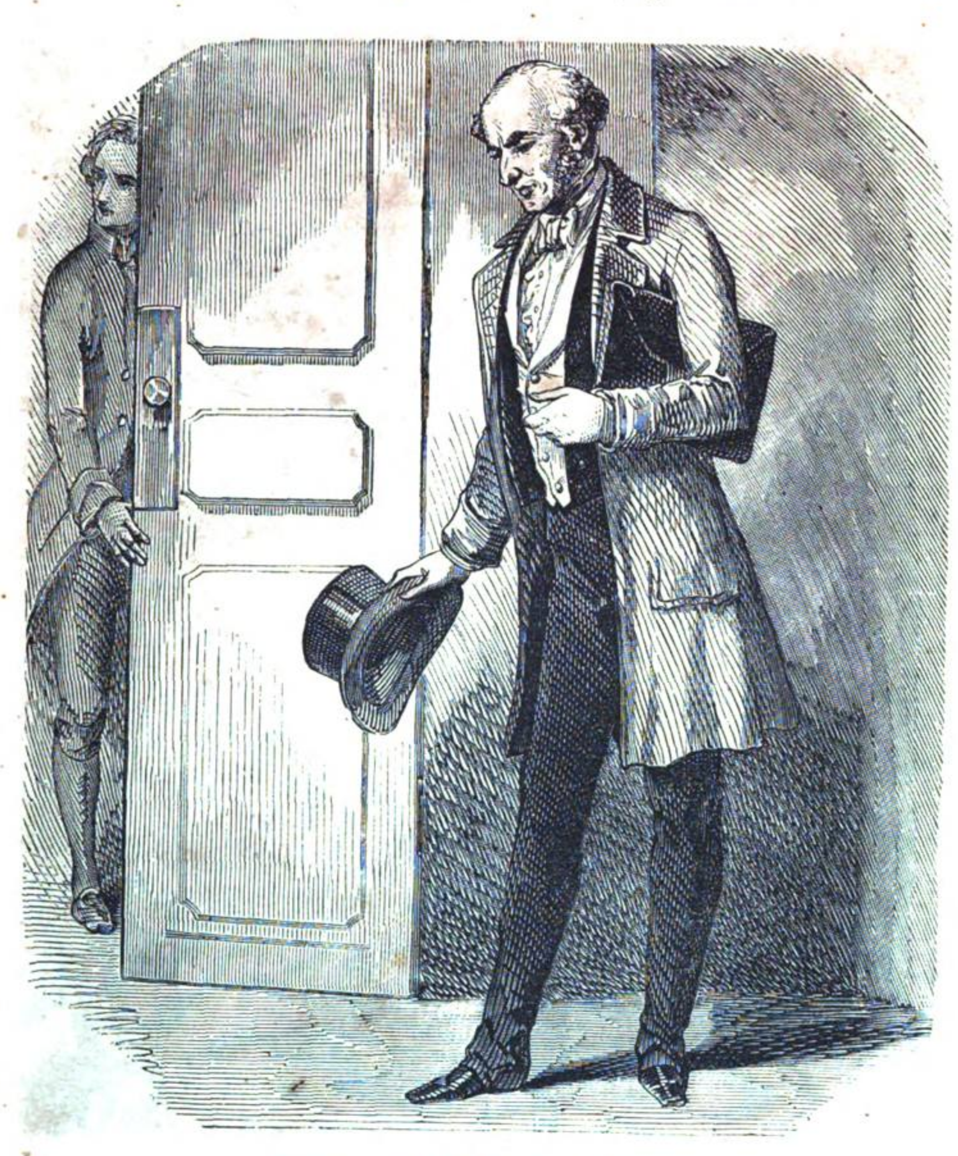
—En su alcoba, con el notario.

—¿Y M. Noirtier?

—Siempre lo mismo: siempre su imaginacion habia visto entrar un fantasma en su habitacion y que oyó el ruido que hacia al tocar su vaso.

—¡Es particular! dijo el médico. No sabia yo que Madama de Saint-Meran padeciese tales alucinaciones.

—Es la primera vez que la he visto así, repuso Valentina, y esta mañana me dió miedo, porque creí que estaba loca; y mi padre, ya sabeis que mi padre no es un hombre vulgar, pues bien, mi padre mismo me pareció conmovido con estremo.



El notario, que estaba á la puerta, entró.

despejada; pero siempre inmóvil, siempre mudo.

—Y siempre igual su amor á vos, ¿no es verdad?

—Sí, respondió Valentina suspirando; cada dia me quiere mas.

—¡Y quién no os querria!

Valentina se sonrió tristemente.

—Y vuestra abuela ¿qué tiene?

—Una agitacion nerviosa singular; un sueño agitado y estraño. Suponia esta mañana que durante su sueño su alma se cernia sobre su cuerpo mirándolo dormir. Esto era delirio sin duda. Además decia que

—Vamos á verla: lo que decís me causa estrañeza suma.

El notario, que bajaba, advirtió á Valentina que su abuela quedaba sola.

—Subid, dijo al doctor la jóven.

—¿Y vos?

—Yo no me atrevo; me prohibió que os mandase llamar; y además, como habeis dicho, estoy agitada, indispuesta, y voy á dar un paseo por el jardin para reponerme.

Estrechó el doctor la mano á Valentina, y mien-

tras él subia á ver á su abuela, bajó la jóven el peristilo.

Creemos no tener necesidad de decir cuál era el sitio del jardin que Valentina preferia.

Después de dar dos ó tres vueltas por el parterre que rodeaba la casa, y después de coger una rosa para ponérsela en la *cintura ó en el pelo*, solia dirigirse á la alameda sombría que remataba en el banco, y desde el banco dirigirse á la verja.



—¡Ay de mí! añadió Valentina, ¡mi abuelo ha muerto!

Pero segun su costumbre, esta vez Valentina dió dos ó tres paseos entre las flores, aunque sin coger ninguna.

El duelo de su corazon, que no habia podido aun desahogar, rechazaba aquel adorno sencillo.

Luego se encaminó á la *alameda*.

A medida que avanzaba la parecia oir á una voz pronunciar su nombre, y se detuvo admirada.

Entonces llegó la voz á su oido mas perceptible, y conoció que era la de Maximiliano.

CAPÍTULO XIV.

LA PROMESA.

Era Morrel con efecto que desde la víspera estaba fuera de sí. Con ese instinto solo peculiar á los amantes y á las madres, adivinó que á consecuencia de la llegada de Madama de Saint-Meran y de la muerte del marqués, iba á suceder *en casa* de Villefort alguna cosa importante para su cariño.

Como vamos á ver, sus presentimientos se habian ya realizado, y no era *inquietud* solamente la que le conducia á la verja tan agitado y tembloroso.

Pero Valentina ignoraba que Morrel la esperase, pues nunca solia venir á aquella hora, y fué puramente una feliz casualidad, ó mejor, una feliz simpatía la que la llevó al jardin.



M. de Villefort presencia los tristes detalles de esta dolorosa entrevista.

Así que Morrel la divisó, se puso á llamarla, y ella corrió á la reja.

—¡Vos á estas horas! esclamó.

—Sí, pobre amiga mia, respondió Morrel. Vengo á traer y á saber malas noticias.

—Esta casa es la mansion de la desgracia, repuso Valentina. Hablad, Maximiliano, hablad, que ya la suma de los dolores no puede ser mayor.

—Querida Valentina, dijo Morrel procurando reponerse de su propia emocion para hablar en el tono conveniente, suplícoos que me escucheis con atencion, pues todo lo que á deciros voy es muy solemne. ¿Cuándo piensan casaros?

—Oid, Maximiliano, repuso Valentina; nada quiero ocultaros.

Esta mañana han hablado de mi casamiento; y mi abuela, con cuyo apoyo creia yo poder contar, no solo no se opone, sino que desea con impaciencia verlo realizado; de suerte que lo único que lo retarda es la ausencia de M. d'Epinay; con que al dia siguiente de su llegada se firmarán los contratos.

Un penoso suspiro se exhaló del pecho del jóven, que dirigia á par á Valentina una triste mirada.

—¡Dios mio! murmuró en voz baja, ¡cuán penoso es oir decir tranquila á la muger que amamos:—«El momento de vuestro suplicio se acerca; dentro de pocas horas se verificará; pero no importa; es preciso que se verifique, y yo por mi parte no me opondré.»—Pues bien; puesto que solo se espera á M. d'Epinay para firmar el contrato; puesto que sereis suya al otro dia de su llegada, mañana será ese dia, porque acaba de llegar.

Valentina lanzó un grito.

—Estaba yo hace una hora en casa del conde de Monte-Cristo, prosiguió Morrel, y hablábamos él del dolor de vuestra familia, y yo del vuestro, cuando oimos el ruido de un carruaje que paraba en el patio. Atended: hasta ahora no creia yo en los presentimientos, Valentina; pero ahora debo ya de creer.

Al ruido del carruaje un frio mortal se apoderó de mí; luego oimos pasos en la escalera. Los retumbantes pasos del comendador no causáran tan grande espanto á Don Juan como el que á mí me causaron aquellos.

Al fin la puerta se abrió, entrando primero Alberto de Morcef; y ya empezaba á dudar de mí mismo, ya creia haberme engañado, cuando detrás de él entró otro jóven, que al verle el conde de Monte-Cristo esclamó:—¡Ah! ¡El señor baron Franz d'Epinay!—De todo mi valor necesité para contenerme. Quizás palideciese; quizás temblase; pero estoy seguro de que la sonrisa no huyó de mis labios. Cinco minutos después me retiré tan trastornado, que ignoro lo que hablaron en aquel intervalo.

—¡Pobre Maximiliano! dijo Valentina.

—¡Ea, Valentina! respondedme, en la inteligencia de que vuestra respuesta me va á dar la muerte ó la vida. ¿Qué pensais hacer?

Valentina bajó la cabeza: no podia sufrir mas.

—Escuchadme, prosiguió Morrel; no es esta la vez primera que yo pienso en la situacion en que nos encontramos; es grande, inmensa, decisiva. No creo que sea esta ocasion de abandonarnos á un dolor estéril; eso es bueno para los pacatos, que sufren sin murmurar, y beben sus propias lágrimas. Sin duda el Señor se lo pagará en el cielo; pero el que se siente con fuerzas para luchar, no pierde un tiempo precioso, y sin tregua devuelve á la fortuna el golpe que acaba de asestarle. ¿Teneis fuerzas para luchar contra la desgracia, Valentina? Decídmelo, porque solo á preguntároslo vine.

Valentina se estremeció, mirando á Morrel con ojos asustados.

La idea de desobedecer á su padre, á su abuela, á toda su familia, en fin, ni siquiera habia cruzado por su imaginacion.

—¿Qué decís, Maximiliano? le preguntó; ¡á eso llamais una lucha! ¡Oh! ¡llamadlo mejor un sacrilegio! ¡Qué! ¿Habia de desobedecer á mis padres? ¿Habia de resistir á los deseos de mi moribunda abuela?... ¡Imposible!

Morrel hizo un movimiento.

—Vuestro corazon es demasiado noble, prosiguió Valentina, para no comprenderme; y la prueba de que me comprendeis, querido Maximiliano, es que os veo silencioso. ¡Luchar yo! ¡Dios me libre! No, no; guardo todas mis fuezas para luchar contra mí misma; para beber mis lágrimas como decís; pero afligir á mi padre, turbar los últimos instantes de mi abuela, ¡eso nunca!

—Teneis razon, repuso flemáticamente Morrel.

—¡Con qué tono decís eso, Dios mio! esclamó la jóven resentida.

—Os lo digo como un hombre que os admira, señorita, replicó Morrel.

—¡Señorita! esclamó Valentina, ¡señorita! ¡oh qué egoista sois! veis mi desesperacion, y haceis sin embargo alarde de no comprenderla.

—Os engañais; que antes por el contrario la comprendo perfectamente.

No quereis contrariar á M. de Villefort; no quereis desobedecer á vuestra abuela, y mañana firmareis el contrato que debe de uniros á vuestro futuro.

—Pero, ¿puedo hacer otra cosa, Dios mio?

—No debeis recurrir á mí, señorita, porque soy mal juez en esta causa, y mi egoismo me cegaria, respondió Morrel, cuya ronca voz y crispados puños indicaban su exasperacion creciente.

—¿Qué me hubiéseis propuesto, Morrel, si me encontrarais propicia á vuestros deseos? Vamos, responded. No se trata ya de decirme:—«haceis mal,»—sino de aconsejarme.

—¿Me preguntais eso con toda formalidad, Valentina? ¿deberé de aconsejaros?

—Sí por cierto, mi querido Maximiliano; porque si son buenos vuestros consejos, los seguiré; que ya sabeis en cuánto tengo á las personas que me son queridas.

—Valentina, dijo Morrel, acabando de separar una tabla que estaba ya desunida, dadme vuestra mano en prenda de que me perdonais mi cólera; pues habeis de saber que tengo la cabeza trastornada, y que desde hace una hora me estan asaltando las ideas mas estrañas... ¡Oh! si no siguiérais mi consejo...

—¿Cuál es en fin?

—Oidlo, Valentina.

Alzó la jóven las manos al cielo y exhaló un suspiro.

—Soy libre y bastante rico para vivir con vos, repuso Maximiliano. Júroos que sereis mi esposa antes que toquen mis labios vuestra frente.

—Me haceis temblar, murmuró la jóven.

—Seguidme, prosiguió Morrel; os llevaré á casa de mi hermana, que es digna de ser hermana vuestra; y luego nos embarcaremos para Argel, para Inglaterra, ó para América, si no os parece mejor que nos retiremos á alguna provincia hasta que nuestros amigos venzan la oposicion de vuestra familia.

Valentina meneó la cabeza.

—Ya lo esperaba yo, Maximiliano, dijo; es un consejo de loco, y seria yo mas loca aun que vos, si al momento no os detuviese con esta sola palabra:—imposible, Morrel, imposible!

—¿Con que cumpliréis vuestro destino tal como la suerte os lo depara y sin procurar evitarlo? dijo Morrel volviendo á su tristeza.

—Sí, aunque me cueste la vida.

—Pues bien, Valentina, vuelvo á repetiros que teneis razon, y que con efecto yo soy un loco y vos me probais que la pasion ciega á los hombres mas sensatos. Gracias pues os sean dadas á vos que raciocinais desapasionadamente. Mañana quedareis sin remedio alguno

desposada con M. Franz d'Epinay, y no con esas formalidades teatrales inventadas para desenlazar las comedias, y que se llaman la firma del contrato, sino que sereis su esposa de propia voluntad.

—¡Todavía me desesperais, Maximiliano! ¡todavía me herís mas y mas! dijo Valentina: Decidme: ¿qué haríais si una hermana vuestra diera oidos á un consejo como ese?

—Señorita, repuso Morrel con una sonrisa amarga, soy egoista, como habeis dicho muy bien, y en mi cualidad de egoista no pienso en lo que harian otros en mi caso, sino en lo que yo he de hacer. Solo pienso que hace un año que os conozco; que desde el dia que os conocí he puesto en vuestro amor todas mis esperanzas de ventura; que llegó un dia en que me dijísteis que me amábais, y que desde aquel dia puse en vos mi porvenir. Esto pienso solamente; y me digo á mí mismo que la situacion ha variado, que creí ganar el cielo, y que lo he perdido. A los jugadores les sucede todos los dias que pierden, no solo lo que tienen, sino tambien lo que no tienen.

Pronunció Morrel estas palabras con absoluta tranquilidad.

Miróle un instante Valentina con sus grandes ojos escrutadores, procurando que los de Morrel no penetrasen la agitacion que ya reinaba en su pecho.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que vais á hacer? le preguntó.

—Voy, señorita, á tener la honra de despedirme de vos poniendo por testigo á Dios que me oye y que lee en el fondo de mi alma, de que os deseo una existencia bastante tranquila y bastante feliz para que ni siquiera tengais tiempo de acordaros de mí.

—¡Oh! murmuró Valentina.

—Adios, Valentina, adios, dijo Morrel inclinándose.

—¿Adónde vais? gritó la jóven pasando la mano á través de la empalizada y cogiendo por el frac á Maximiliano, cuya calma le parecia imposible fuese real. ¿Adónde vais?

—Voy en busca de un medio para no causar á vuestra familia otro disgusto, y á dar un ejemplo que puedan seguir todos los amantes honrados que se encuentran en mi posicion.

—Antes de separarnos, Maximiliano, me habeis de decir lo que vais á hacer.

El jóven se sonrió tristemente.

—¡Oh! ¡hablad, hablad! dijo Valentina.

—¿Habeis mudado de resolucion?

—¡Es imposible! bien sabeis que es imposible! esclamó la jóven.

—Entonces, adios, Valentina.

Agitó Valentina la verja con una fuerza de que no se la hubiera creido capaz, y como seguia Morrel alejándose, sacó las dos manos y esclamó juntándolas:

—¿Qué vais á hacer? ¡quiero saberlo! ¿adónde vais?

—¡Oh! tranquilizaos, respondió Maximiliano deteniéndose á pocos pasos de la puerta; tranquilizaos; que no es mi intento exigir á otro hombre la responsabilidad de las desgracias que guarda la suerte para mí solo. Otro os amenazaria con buscar á M. Franz y provocarle y batirse con él: eso seria una locura. ¿Qué tiene M. Franz que ver con todo esto? Por la primera vez en su vida me ha visto esta mañana; quizás ya lo habrá olvidado, y quizás no supiese siquiera que yo existia cuando sus miras particulares han decidido á vuestras respectivas familias á casaros al uno con el otro. Nada pues tengo que echar en cara á M. Franz, y os juro que no será de él de quien me vengue.

—¿Pues entonces de quién os vengareis? ¿de mí?

—¿De vos, Valentina? ¡Oh! ¡Dios me libre! La muger es sagrada; la muger que amamos es santa.

—¿De vos mismo, desgraciado, de vos mismo?

—Yo soy el culpable, ¿no es verdad? dijo Morrel.

—¡Maximiliano! gritó Valentina; venid aquí; yo lo quiero.

Acercóse Maximiliano sonriéndose dulcemente con su manera habitual, y aparte su palidez, se le hubiera creido en su estado normal.

—Oidme, mi querida, mi adorada Valentina, dijo con voz melodiosa y grave: las personas como nosotros que nunca han concebido un pensamiento de que tengan que avergonzarse delante de las gentes, delante de su familia, ó delante de Dios; las personas como nosotros pueden leer mútuamente en sus corazones como en un libro abierto. No soy romántico; no soy un héroe melancólico como Manfredo ó Antony; pero sin palabras, sin protestas, sin juramentos, he puesto en vos mi vida: me faltais: razon teneis para obrar así; os lo dije y os lo repito; pero en fin, me faltais, y me falta la vida. Desde que os separais de mí, Valentina, quedo solo en el mundo. Mi hermana es feliz con su marido; su marido no es mas que mi cuñado; es decir, un hombre ligado á mí solo por las conveniencias sociales. Nadie pues necesita de mi vida, que es ya inútil en la tierra. Oid pues lo que pienso hacer. Esperaré hasta el último minuto á que os hayais casado, porque no quiero perder ni la sombra de una de esas casualidades que el azar nos proporciona tal vez; porque al cabo de aquí á allá puede morirse M. Franz; en el momento de vuestro matrimonio puede caer un rayo sobre el altar... Al condenado á muerte todo le parece posible, y para él entran en la esfera de lo posible hasta los milagros. ¡Como que se trata de la salvacion de su vida! Esperaré pues hasta el último momento; y cuando mi desgracia sea cierta, sin remedio, sin esperanza, escribiré una carta á mi cuñado y otra al prefecto de policía dándole parte de mi designio, y en el fondo de cualquier bosque, en cualquier baluarte, á orillas de cualquier arroyo, me saltaré la tapa de los sesos, tan cierto como que soy hijo del hombre mas honrado que ha habido nunca en Francia.

Un temblor convulsivo agitó todos los miembros de Valentina.

Soltóse de la verja que tenia agarrada con las manos, y sus brazos cayeron á plomo, y dos gruesas lágrimas de sus hermosas pupilas.

El jóven permaneció delante de ella con aire resuelto y lúgubre.

—¡Oh! ¡por piedad! ¡por piedad! esclamó Valentina: vivireis, ¿no es cierto?

—No por mi honor, repuso Maximiliano; pero, ¿qué os importa á vos? habreis cumplido vuestro deber, y os quedará la conciencia limpia.

La jóven cayó de rodillas, oprimiéndose el corazon que se le saltaba.

—Maximiliano, murmuró, Maximiliano, mi amigo, mi hermano en la tierra, mi verdadero esposo en el cielo, yo te suplico que hagas lo que yo, que vivas sufriendo... quizás nos reuniremos algun dia.

—¡Adios, Valentina! repitió Morrel.

—¡Dios mio! dijo Valentina alzando las manos al cielo con espresion sublime; ya veis que he hecho todo lo posible por ser hija obediente. He rogado, suplicado, implorado... todo en balde. Pues bien, añadió enjugándose las lágrimas y recobrando su firmeza, no quiero morir de remordimientos; prefiero morir de vergüenza. Vivireis, Maximiliano, vivireis, y no seré de nadie sino vuestra. ¿A qué hora? ¿cuándo? ¿ahora mismo? Hablad: mandad: estoy pronta.

Morrel, que habia vuelto á dar algunos pasos para marcharse, se acercó á la empalizada, y pálido de júbilo, fuera de sí, tendiendo sus dos manos á Valentina la dijo:

—Valentina, querida amiga, no me habeis de hablar así si no quereis que me muera. ¿Por qué os he de deber á la violencia, si me amais como yo os amo? ¿Será que por compasion querais que viva? En ese caso prefiero morir.

—En razon, murmuró Valentina, ¿quién es la única persona que me ama en la tierra? Él. ¿Quién me



ha consolado en todos mis dolores? Él. ¿En quién se reconcentran todas mis esperanzas? ¿en quién se desahoga mi corazon destrozado? En él, en él, siempre en él. Pues bien: tienes razon ahora, Maximiliano; te seguiré; abandonaré la casa paterna; lo abandonaré todo. ¡Oh! ¡qué ingrata soy! añadió Valentina sollozando: lo abandonaré todo, hasta á mi pobre abuelo que olvidaba ya.

razon, porque mi padre me maldecirá; sí, conozco muy bien su corazon inflexible que no perdona nunca. Así escuchadme, Maximiliano: si por arte, ó por ruego, ó por casualidad ¿qué se yo? en fin, si por un medio cualquiera logro retardar el casamiento, ¿esperareis, no es verdad?

—Sí, os lo juro, como vos me jurais que no se verificará ese casamiento aborrecible, y que aunque os



La jóven cayó de rodillas, oprimiéndose el corazon que se le saltaba.

—No, no le abandonarás, repuso Maximiliano. Dices que al parecer tu abuelo demuestra simpatía por mí; pues bien, antes de huir se lo cuentas todo, y su consentimiento te servirá para con Dios de egida. Luego, al instante que nos casemos, se vendrá él con nosotros, y en lugar de un nieto tendrá dos. Ya me has dicho cómo te habla y cómo le respondes: bien pronto aprenderé yo ese tiernísimo lenguaje de los signos. Sí, Valentina, sí: te juro que en vez de la desesperacion que nos espera, es la felicidad lo que te prometo.

—¡Oh! repara, Maximiliano, cuánto es tu poder sobre mí. Casi me haces creer en lo que me dices, y sin embargo lo que me dices no tiene sombra siquiera de

arrastren ante el magistrado ó ante el sacerdote, direis siempre :—¡No!

—Lo juro, Maximiliano, por lo que hay mas sagrado para mí en el mundo, por la memoria de mi madre.

—Esperemos entonces, dijo Morrel.

—Sí, esperemos, repuso Valentina, cuyo corazon respiraba con esta idea. ¡Hay tantas cosas que pueden salvar á seres tan desgraciados como nosotros!

—Fio de vos, Valentina, dijo Morrel. Todo lo que hagais estará bien hecho; pero si desoyendo vuestras súplicas exigen vuestro padre ó Madama de Saint-Meren que mañana se firme el contrato...

—Entonces... teneis mi palabra, Morrel.

—En vez de firmar...

—Vengo á buscaros y huimos; pero hasta entonces no tentemos á Dios, Morrel; no nos veamos. Es un milagro, es cosa providencial que no nos hayan sorprendido todavía. Si nos sorprendieran, si averiguasen cómo nos vemos, perderíamos el último recurso.

—Teneis razon, Valentina; pero ¿cómo he de saber...

—Por el notario M. Deschamps.

—Sea, dijo Valentina; y yo á mi vez os digo:—Maximiliano, cuanto hagais estará bien hecho.

—¡Oh!

—¿Y qué? ¿Estais contento de vuestra esposa? dijo la jóven tristemente.

—Adorada Valentina, poco decir es decir que sí.

—Pues decidlo siempre.

Valentina se habia acercado, ó por mejor decir, habia

...recibió por el correo una carta que reconoció ser de Valentina.

—Le conozco.

—Y por mí misma, que os escribiré. Creedlo, Maximiliano. Este casamiento me es tan odioso como á vos.

—¡Bien! Gracias, Valentina mia, repuso Morrel. Todo pues está ya dicho. A la hora que me anuncieis vengo aquí, saltais la pared en mis brazos, cosa que os será muy facil; un coche os esperará á la puerta del cercado; subimos, y os acompañaré á casa de mi hermana. Allí, desconocidos, si os conviene, ó con pompa si lo quereis así, tendremos la conciencia de nuestra fuerza y de nuestra voluntad, y no nos dejaremos matar como corderos.

acercado sus labios á la empalizada, de manera que el perfumado aliento de sus palabras llegaba á los labios de Morrel pegados á la empalizada por el lado opuesto.

—Hasta la vista, dijo Valentina desprendiéndose de este goce inefable; hasta la vista.

—¿Con que tendré una carta vuestra?

—Sí.

—Gracias, querida esposa, gracias.

Sonó el rumor de un beso furtivo é inocente, y Valentina se alejó á carrera bajo los tilos.

Estuvo escuchando Morrel hasta los últimos rumores de su traje que rozaba las hojas, de su pié que hacia re-



chinar la arena, y alzó los ojos al cielo con una sonrisa inefable para darle gracias porque le permitia ser amado así.

Luego se marchó tambien.

Todo lo que quedaba de tarde, toda la noche y la mañana siguiente estuvo esperando en su casa sin recibir noticia alguna.

En fin, al otro dia á las diez de la mañana, cuando ya se preparaba á ir á ver al notario M. Deschamps, recibió por el correo una carta que reconoció ser de Valentina, aunque nunca habia visto su letra.

Estaba concebida en estos términos:

«Ni lágrimas, ni súplicas, ni ruegos han alcanzado »nada.

»Ayer estuve por espacio de dos horas en la iglesia »de San Felipe-du-Roule rogando á Dios desde el fondo »de mi alma....

»Dios es insensible como los hombres, y la firma del »contrato será esta noche á las nueve.

»Solo tengo una palabra, como solo tengo un cora»zon. Mi palabra os está empeñada, Morrel, y mi cora»zon es vuestro.

»Esta noche pues, á las nueve menos cuarto en la »verja.

»Vuestra esposa,

»VALENTINA DE VILLEFORT.

»P. D. Mi pobre abuela va de mal en peor. Ayer su »exaltacion era casi delirio; hoy su delirio es casi locura.

»Me amareis mucho, ¿no es verdad, Morrel, para hacerme olvidar que la he abandonado en esta situacion?

»Creo que ocultan á mi abuelo Noirtier que esta noche es la firma del contrato.»

Morrel no se contentó con las noticias que le daba Valentina.

Fuése á casa del notario, que le confirmó la noticia de que el contrato se firmaría á las nueve.

Luego se fué á casa de Monte-Cristo.

Allí supo mas todavía.

Franz habia ido á anunciar al conde aquella solemnidad.

Madama de Villefort, le habia escrito por su parte, rogándole la escusara de no convidarle; pero la muerte de M. de Saint-Meran y el estado de su viuda echaban sobre esta reunion un velo de tristeza, de que no queria hacer partícipe á una persona como el conde, á quien deseaba todo género de felicidades.

Franz habia sido presentado la víspera á Madama de Saint-Meran, que se habia levantado de la cama para esta ceremonia, volviendo en seguida á acostarse.

Fácil es de comprender que Morrel se hallaba en un estado de agitacion que no podia ocultarse á un ojo tan escrutador como el del conde. Así pues, Monte-Cristo estuvo con él mas afectuoso que nunca, tanto que dos ó tres veces estuvo tentado el jóven de confesárselo todo.

Pero el recuerdo de la promesa que habia hecho á Valentina mantuvo su secreto en el fondo del corazon.

Veinte veces leyó aquel dia la carta de Valentina.

Era la primera vez que le escribia ¡y en qué ocasion!

Y á cada vez que la leia renovaba su juramento de hacer á Valentina dichosa.

Con efecto, ¡qué autoridad no tiene la jóven que toma una resolucion tan enérgica! ¡qué no merece de aquel á quien se lo sacrifica todo!

Ella debe de ser para su amante el primero y el mas digno objeto de su culto.

Debe de ser reina y muger á la par, y no es un alma bastante para agradecerla y amarla.

Con inesplicable agitacion pensaba Morrel en el momento en que Valentina llegase á decirle:—Ya me teneis aquí, Maximiliano, vuestra soy.

¡Qué bien preparada tenia la fuga!

Dos escalas estaban ocultas entre la alfalfa del cercado; el cabriolé lo debia de conducir el mismo Maximiliano, sin lacayo ninguno y sin luz. Solamente al torcer la primera esquina se encenderia el farol, no hiciese el diablo que por sobra de precauciones cayeran en manos de la policía.

Temblores convulsivos agitaban de cuando en cuando todo el cuerpo de Morrel.

Pensaba en el momento en que arrimado á la pared ayudaria á bajar á Valentina, y en el momento en que veria en sus brazos abandonada y temblorosa á aquella muger que solo habia tocado y besado en la mano.

Pero cuando llegó la tarde, cuando conoció Morrel que se acercaba la hora, tuvo necesidad de estar solo. Su sangre hervia. Una simple pregunta, la sola voz de un amigo le hubieran exasperado. Encerróse en su habitacion y procuró leer: pero sus ojos resbalaban sobre las páginas sin comprender nada, y arrojó el libro, acabando por ponerse á trazar por centésima vez su plan, sus escalas y su cercado.

Al fin se acercó la hora.

Nunca los amantes han dejado á los relojes andar su camino tranquilamente.

Tanto atormentó Morrel al suyo, que á las seis señalaba ya las ocho y media.

Díjose entonces que ya era tiempo de marchar, pues aunque las nueve era la hora de la firma del contrato, segun todas las probabilidades Valentina no esperaria al último momento.

Por consiguiente, despues de haber salido Morrel de la calle de Meslay á las ocho y media de su reloj, llegó al cercado cuando daban las ocho en la iglesia de San Felipe-du-Roule.

El caballo y el cabriolé fuéron escondidos en las ruinas de una casita donde acostumbraba Morrel esconderse.

Poco á poco fué disipándose la luz, y el follaje del jardin convirtiéndose en informes sombras.

Salió entonces Morrel de su escondite, y con el corazon palpitante vino á mirar á la abertura de la empalizada; pero no habia nadie.

Dieron las ocho y media.

Otra media hora pasó esperando.

Morrel se paseaba á lo largo de su posesion, y á intervalos, cada vez mas cortos, venia á mirar por la abertura.

El jardin se iba oscureciendo mas y mas, y en vano se afanaba por distinguir entre las tinieblas un vestido blanco; en vano se afanaba por distinguir en el silencio el ruido de los pasos.

A través del follaje se veia el edificio, sombrío y sin ninguno de los caractéres de una casa donde se verifica cosa tan importante como la firma de un contrato matrimonial.

Consultó Morrel su reloj, que señalaba las nueve y tres cuartos; pero casi al mismo tiempo el otro reloj que habia ya oido dos ó tres veces, rectificó el error del suyo dando las nueve y media.

Llevaba una media hora mas de espera que la fijada por Valentina, que le habia citado para las nueve, mas bien antes que despues.

Momento terrible fué aquel para el jóven. Cada campanada caia en su corazon como un martillo de plomo.

El mas débil rumor entre las hojas, el menor susurro del viento, atraian su atencion y bañaban de sudor su frente. Entonces, todo tembloroso, aplicaba su escala á la pared, y para no perder tiempo subia el primer escalon.

En medio de estas alternativas de temor y de esperanza que dilataban y oprimian su pecho, dieron las diez en San Felipe.

—¡Oh! murmuró aterrado Morrel; es imposible que dure tanto tiempo la firma de un contrato, á menos que suceda algo imprevisto. He calculado lo que duran todas las formalidades... y algo pasa.

Y tan pronto se paseaba delante de la verja como iba á apoyar su frente abrasada en los helados hierros. ¿Se habria desmayado Valentina después de la ceremonia, ó habrian descubierto su proyectada fuga?

Estas eran las dos únicas hipótesis que el jóven podia aceptar, desesperantes ambas.

La idea en que se fijó fué que en medio de su misma fuga le habrian faltado fuerzas á Valentina y habria caido desmayada en el jardin.

—¡Oh! á ser así, esclamó lanzándose á la escala, la perderia y por mi culpa.

El demonio, que le habia inspirado este pensamiento, no le abandonó, de modo que al cabo de un instante, por la fuerza del raciocinio se trocó en conviccion su duda.

Tratando sus ojos de penetrar la sombra siempre creciente, se figuraban distinguir un objeto al parecer humano.

Atreviése á llamar, y creció su tormento con parecerle oir un quejido inarticulado.

Al mismo tiempo dió el reloj las diez y media. Era imposible esperar mas tiempo. Las sienes de Maximiliano latian violentamente; espesas nubes pasaban por sus ojos; con que trepó al postre á la tapia, yde un salto estuvo en el jardin.

Se hallaba en casa de Villefort, y habia entrado en ella por escalamiento... un instante pensó en las consecuencias que podria tener semejante; accion pero no era tiempo de retroceder.

Y anduvo unos diez pasos hasta internarse en una calle de árboles.



...montóse en la tapia, y de un salto estuvo en el jardin.

En un minuto se plantó al estremo de la calle. Desde allí se descubria la casa.

Entonces se convenció de una cosa que habia ya sospechado, y es, que en lugar de las luces que creia ver brillar en cada ventana, cosa natural en los dias de ceremonia, no se distinguia mas que la inmensa mole negruzca velada aun por una gran cortina sombría que proyectaba una nube interpuesta delante de la luna.

De cuando en cuando pasaba una luz como perdida, por delante de tres ventanas del piso principal, ventanas pertenecientes á las habitaciones de M. de Saint-Meran.

Otra luz permanecia inmóvil detrás de unas cor-

tinas encarnadas, que eran de la alcoba de Madama de Villefort.

Adivinólo Morrel todo esto. Mil veces, para seguir á Valentina con su pensamiento á cualquier hora del dia, mil veces, repetimos, habia hecho que la jóven le describiera minuciosamente su casa; de modo que sin haberla visto, casi se puede asegurar que la conocia como su propio dueño.

Mas aun le asustó aquella oscuridad y aquel silencio, que la ausencia de Valentina.

Despavorido, loco de dolor, resuelto á arrostrarlo todo por volverla á ver y asegurarse de la desgracia que presagiaba, cualquiera que fuese, llegó á una plazoleta en que remataba la calle de árboles, y se disponia á atravesar con toda la rapidez posible el parterre, donde podrian descubrirle, cuando un rumor de voces bastante lejano aun, pero aproximado por el viento, llegó á sus oidos.

Dió al oirlo un paso hacia atrás, porque ya habia salido fuera de las ramas y de los árboles; y volviéndose á internar en ellas, permaneció oculto en la sombra inmóvil y mudo como una estátua.

Su resolucion estaba tomada: si la que hallaba era Valentina y venia sola, la avisaria con una palabra; si venia acompañada, la veria al menos y se aseguraria de que no le habia sucedido desgracia alguna; si eran estraños, en fin escucharia algunas palabras de su conversacion, y llegaria á comprender aquel misterio, tan incomprensible para él.

Ddesembarazóse la luna al fin de la nube que la cubria, y vió Maximiliano aparecer en la puerta de la escalinata á Villefort seguido de un hombre vestido de negro. Entrambos bajaron y se adelantaron hácia la plazoleta. Aun no habian andado cuatro pasos, y ya Morrel habia reconocido al doctor d'Avrigny en el hombre vestido de negro.

Al verlos dirigirse hácia donde él estaba, retrocedió maquinalmente hasta encontrar el tronco de un sicomoro, detrás del cual se ocultó.

A los pocos momentos cesó de crujir la arena bajo los piés del procurador del rey y del doctor d'Avrigny.

—¡Ah querido doctor! dijo Villefort; el cielo se declara contra mi casa. ¡Qué muerte tan horrible! ¡qué agonía! No procureis consolarme: ¡ay! no hay consuelo para semejante desgracia; la llaga es demasiado viva y demasiado profunda. ¡Muerta! ¡muerta!

Un sudor frio heló la sien del jóven, y sus dientes chocaron unos con otros. ¿Quién habia muerto en aquella casa que el mismo Villefort maldecia?

—Caballero Villefort, respondió el médico con un acento que aumentó el terror del jóven, no os he traido aquí para consolaros sino para todo lo contrario.

—¿Qué quereis decir? le preguntó asombrado el procurador del rey.

—Quiero decir que además de la desgracia que os acaba de suceder, sucede otra mas terrible quizá.

—¡Oh Dios mio! murmuró Villefort cruzando las manos; ¿qué me vais á decir?

—¿Estamos solos, amigo mio?

—¡Oh! sí, solos. ¿Pero qué significan tales precauciones?

—Significan que tengo que haceros una declaracion terrible, repuso el doctor. Sentémonos.

Villefort cayó sobre el banco, y el doctor permaneció de pié enfrente de él, con una mano apoyada sobre su hombro.

Morrel, helado de espanto, sostenia su frente con una mano, y con la otra apretaba su corazon, cuyos latidos temia que se oyesen.

—¡Muerta! ¡muerta! repetia en su pensamiento.

Y él mismo se sentia morir.

—Hablad, doctor; ya escucho, dijo Villefort. Herid; á todo estoy preparado.

—Madama de Saint-Meran era sin duda de provecta edad, pero gozaba de una salud escelente.

Morrel respiró por primera vez después de diez minutos de agonía.

—El pesar la ha matado, dijo Villefort; sí, el pesar ¡doctor! Aquella costumbre que tenia de vivir al lado del marqués hace mas de cuarenta años...

—No, no es el pesar, mi querido Villefort, repuso el médico. El pesar puede matar, aunque son muy raros los casos; pero no mata en un dia, ni mucho menos en una hora, ni en diez minutos.

Villefort no respondió nada; pero levantó la cabeza, que hasta entonces habia tenido baja, y miró al doctor con asombro.

—¿Habeis permanecido á su lado durante su agonía? le preguntó M. d'Avrigny.

—Sin duda, respondió el procurador del rey: vos me dijisteis que no me alejase.

—¿Habeis notado los síntomas de su enfermedad?

—Seguramente: ha tenido tres accesos consecutivos y cada vez mas graves... Cuando vos llegásteis, hacia algunos minutos que apenas podia respirar; entonces tuvo una crisis que yo tomé por un simple ataque de nervios; pero no empecé á espantarme sino cuando la ví incorporarse sobre su lecho, con los miembros y el cuello crispados. Viendo tan alarmantes síntomas, os miré, y en vuestro rostro conocí que la cosa era mas grave de lo que yo creia. Pasada la crisis, busqué vuestros ojos; pero no los encontré. La tomábais el pulso, contábais sus latidos, y empezó la segunda crisis, que fué mas terrible que la primera; reprodujéronse los mismos movimientos nerviosos, y sus labios se amorataron y se contrajo su cara.

A la tercera espiró.

Desde el final de la primera reconocí que era el tétanos; vos me confirmásteis en esta opinion.

—Sí, delante de todo el mundo, repuso el doctor; pero ahora estamos solos.

—¿Qué vais á decirme, Dios mio?

—Que los síntomas del tétanos y del envenenamiento con materias vejetales son absolutamente los mismos.

M. de Villefort se levantó... y tras un instante de inmovilidad y de silencio, volvió á caer sobre el banco.

—¡Oh Dios mio! señor doctor, dijo, ¿pensais bien en lo que me estais diciendo?...

Morrel no sabia si soñaba ó estaba despierto.

—Escuchad, dijo el doctor, conozco la importancia de mi declaracion y el carácter del hombre á quien se la hago.

—¿Hablais al amigo... ó al magistrado? le preguntó Villefort.

—Al amigo, al amigo en este momento. La relacion que existe entre los síntomas del tétanos y los síntomas del envenenamiento con sustancias vejetales es tan parecida, que si fuera preciso no vacilaria en asegurarlo bajo mi firma. Así pues, os lo repito, no es al magistrado sino al amigo á quien advierto que tres cuartos de hora he estudiado la agonía, las convulsiones, la muerte de Madama de Saint-Meran; y que no solamente me atrevo á decir que ha muerto envenenada, sino que aseguraria qué veneno la ha matado.

—¡Doctor, doctor!

—Todo fue, como habeis visto, una série de soñolencias interrumpidas por crisis nerviosas, escitaciones cerebrales... Madama de Saint-Meran ha sucumbido á causa de una dósis violenta de brucina ó de estricnina, que le han administrado por casualidad ó por error sin duda.

Villefort cogió una mano del doctor.

—¡Oh, es imposible! dijo, ¡yo sueño, Dios mio, yo sueño! ¡Es muy cruel oir decir semejantes cosas á un hombre como vos! En nombre del cielo, os lo suplico querido doctor, decidme que podeis engañaros...

—Sin duda... puede ser... pero...

—¿Pero...



—Yo no lo creo.

—Doctor, apiadaos de mí. Hace algunos dias me estan sucediendo cosas tan inauditas, que creo voy á volverme loco.

—¿Ha visto algun otro mas que nosotros á Madama de Saint-Meran?

—Nadie.

—¿Han ido á buscar á la botica alguna medicina que no fuese recetada por mí?

—Ninguna.

—¿Tenia enemigos Madama de Saint-Meran?

—Que yo sepa, no.

—¿Tenia alguien interés en su muerte?

—¡No, Dios mio, no! Mi hija es su única heredera... Valentina... ¡Oh! si pudiese ocurrirme tal pensamiento, me daria de puñaladas para castigar á mi corazon de haber podido abrigarlo.

—¡Oh! esclamó á su vez M. d'Avrigny, querido amigo, no quiera Dios que yo pueda acusar á nadie; no hablo mas que de un accidente, ¿comprendeis? ¡de un error! Pero accidente ó error, el caso es que mi conciencia me remordia y necesitaba comunicaros lo que pensaba. A vos os toca informaros.

—¿Sobre quién? ¿cómo? ¿de qué?...

—Veamos. ¿No ha podido engañarse Barrois y haberla dado alguna pocion preparada para su amo?

—¿Para mi padre?

—Sí.

—¿Pero cómo podia envenenar á Madama de Saint-Meran una pocion preparada para mi padre? Le hubiera envenenado á él tambien.

—No señor; nada mas sencillo. Bien sabeis que en ciertas enfermedades los venenos son un remedio: la parálisis es una de estas. Hará unos tres meses, que después de haber hecho todo cuanto podia para devolver el movimiento y la palabra á M. Noirtier, me decidí á intentar el último medio: hace cosa de tres meses, repito, le trato por la brucina; así pues, en la última bebida que le receté entraban seis centígramos, que no ejercen accion sobre los órganos paralizados de M. Noir-

¡Es muy cruel oir decir semejantes cosas á un hombre como vos!

tier, y á los cuales además está ya acostumbrado; seis centígramos bastan para matar á otra persona cualquiera.

—Mi caro doctor, entre las habitaciones de M. Noirtier y las de Madama de Saint-Meran no hay comunicacion alguna, y nunca Barrois entraba en las de mi suegra. Os confieso en fin, doctor, que aunque os tenga por el hombre mas hábil y sobre todo mas recto del

—No del veneno, que yo no he dicho tanto. Nos convenceremos de la exasperacion del sistema nervioso, reconoceremos la asfixia patente, palmaria, y os diremos:—Señor de Villefort! si esto ha sucedido por negligencia, vigilad á vuestros criados; si por ódio, vigilad á vuestros enemigos.

—¡Oh Dios mio! ¿qué es lo que me proponeis, d'Avrigny? respondió abatido Villefort: en cuanto otro mas



El doctor d'Avrigny.

mundo, aunque en todas ocasiones sea para mí vuestra inteligencia un guia seguro é infalible como el sol, á pesar de todo esto, repítoos, doctor, que necesito recurrir á este axioma:—*errare humanum est.*

—Escuchad, Villefort, le dijo el médico, ¿hay entre mis cólegas alguno en quien tengais tanta fé como en mí?

—¿Por qué me lo preguntais? ¿Adónde vais á parar?

—Llamadle: le diré lo que he visto, lo que he observado, y haremos la autopsia.

—¿Y encontrareis las huellas del veneno?

que vos posea el secreto, será preciso instruir una causa, y una causa en mi casa... ¡imposible! Sin embargo, añadió el procurador dominándose y mirando con inquietud al médico, si lo quereis, si lo exigís, lo haré. Con efecto, quizás deba yo de seguir la pista al misterio este: mi posicion me lo ordena. Pero vedme, doctor, ya en el estado mas triste del mundo. ¡Tal escándalo en mi casa tras tanto dolor! ¡Oh! mi muger y mi hija se morirán; y yo, doctor, y yo... Ya sabeis que un hombre no llega á mi altura, que un hombre no ha sido veinticinco años procurador del rey sin haberse he-

cho muchos enemigos. Los mios son numerosos. Público este suceso, será para ellos un triunfo, y una vergüenza para mí. Doctor, perdonadme estas ideas mundanas. Si fuéseis un sacerdote no me atreveria á hablaros así; pero sois hombre, conoceis á los hombres.... Doctor, doctor, nada me habeis dicho, ¿no es verdad?

—Mi querido Villefort, respondió el doctor conmovido, mi principal deber es la humanidad. Hubiera salvado á Madama de Saint-Meran, á bastarme los recursos de la ciencia; pero ya ha muerto y me debo á los vivos. Enterremos este secreto en lo mas recóndito de nuestros corazones. Si alguien lo vislumbra, permitiré que se achaque á ignorancia mia el guardar yo silencio. Sin embargo, caballero, indagad, indagad activamente, porque acaso no será esta la última víctima... y cuando hayais encontrado al culpable, si lo encontrais, yo seré quien os diga:—Magistrado, haced vuestra voluntad.

—Gracias, gracias, dijo Villefort con indecible alegría. Nunca tuve mejor amigo que vos.

Y como si temiese que d'Avrigni se arrepintiera, levantóse y se lo llevó hácia la casa.

Como si necesitára respirar, sacó Morrel su cabeza de entre los árboles, y la luna pudo alumbrar aquel rostro tan pálido, que parecia el de un fantasma.

—Dios, murmuró, me protege de un modo evidente, pero terrible! y Valentina! pobre alma mia! ¿resistirá tantos dolores?

Y esto diciendo, miraba alternativamente al balcon de cortinas encarnadas y á los tres de cortinas blancas.

La luz habia desaparecido del primero casi completamente.

Sin duda Madama de Villefort habia apagado su luz, dejando solo la lamparilla.

Por el contrario, al otro estremo del edificio vió abrirse uno de los tres balcones.

Una bujía, colocada sobre la chimenea, proyectó en el jardin sus pálidos reflejos, y una sombra vino un instante á ponerse de codos en el balcon.

Morrel se estremeció.

Creia haber oido sollozar.

No era estraño que aquel alma, tan enérgica por lo comun, pero turbada y exaltada ahora por las dos pasiones mas fuertes, el amor y el terror, se hubiera debilitado hasta el punto de forjar quimeras y supersticiones.

Aunque fuera imposible que Valentina le distinguiese, oculto como él se hallaba, creyó que le llamaba la sombra.

Su conturbado espíritu se lo dijo, y su corazon ardiente se lo repitió.

Este doble error formaba una realidad irresistible, y en uno de esos inesplicables ímpetus de la juventud salió de su escondite, y en dos brincos, á riesgo de que lo vieran, á riesgo de asustar á Valentina, ó de arrancarle un grito que pusiese en alarma á toda la casa, atravesó el parterre lleno de luna, que lo trasformaba en un lago blanco é inmenso, y ganando la alameda de naranjos que enfilaba con el edificio, subió rápidamente los escalones del peristilo y empujó la puerta, que se abrió al momento.

Valentina no le habia visto.

Sus ojos, clavados en el cielo, seguian el curso de una nubecilla plateada, que al disiparse en el éter tomaba los contornos de una sombra.

Su alma poética y exaltada le decia que era el alma de su abuela.

Entre tanto Morrel habia atravesado las antesalas, y llegaba á la escalera.

Sus pasos no podian oirse, porque estaba entapizada.

Habia llegado además el jóven á un punto tal de exaltacion, que no le hubiese asustado la presencia del mismo procurador del rey. A suceder esto, su resolucion estaba tomada.

Se iba á él directamente y se lo confesaba todo, rogándole que le disimulára y aprobase aquel amor que le unia con su hija y á su hija con él.

Morrel estaba loco.

Por fortuna nadie le vió.

Entonces fué cuando pudo aprovecharse á las mil maravillas de las noticias que tenia del interior de la casa.

Al llegar á lo alto de la escalera se detuvo como para orientarse; pero un sollozo cuyo acento conocia le indicó el camino que debia de seguir.

Una puerta entreabierta dejaba llegar á él los reflejos de una luz y los ecos del sollozo.

Empujó la puerta y entró.

En el fondo de una alcoba yacia el cadáver cubierto con un sudario que dibujaba sus formas; cadáver mas horrible de ver á Maximiliano, desde que la casualidad le hizo posecdor de aquel tremendo secreto.

De rodillas junto á la cama, medio oculta en un gran sillon, trémula y agitada por los sollozos, yacia Valentina con las manos juntas por detrás de la cabeza, que no se le veia.

Habia abandonado el balcon que aun estaba abierto, y rezaba en alta voz con acento que hubiera conmovido al pecho mas duro.

Salian las palabras de sus labios rápidas, incoherentes, ininteligibles: tanto el dolor secaba su garganta y la oprimia.

La luna, penetrando á través de las persianas, hacia palidecer la luz artificial, y daba un colorido muy mas fúnebre á aquel cuadro de desolacion.

Morrel no pudo resistirlo.

No era nada piadoso; no era nada blando de corazon; pero Valentina llorosa, afligida y retorciéndose los brazos en su presencia, era un espectáculo superior á sus fuerzas.

Lanzó un suspiro, murmuró un nombre, y una cabeza anegada en lágrimas y enrojecida por los reflejos del sillon, una cabeza semejante á la de la Magdalena del Correggio, se incorporó permaneciendo vuelta hácia él.

Valentina no pareció asombrarse de verle; que no hay emociones intermediarias en un corazon tan henchido de penas.

Morrel le alargó la mano.

Por toda disculpa de no haberle cumplido su palabra, le señaló Valentina el cadáver, y tornó á sollozar.

Ni uno ni otro se atrevian á hablar en aquel sitio.

Parecia que la muerte, oculta en algun rincon, les recomendase el silencio con un dedo sobre los labios.

Valentina fué la primera que se atrevió.

—¿Cómo habeis venido aquí, amigo mio? le dijo. ¡Ay! ¡con cuánto placer os vería, á no haberos abierto la puerta la muerte!

—Valentina, respondió Morrel con temblorosa voz y juntas las manos, desde las ocho y media os estaba esperando, y como no veníais, lleno de inquietud salté la pared, penetré en el jardin, y algunas voces que hablaban de la fatal ocurrencia...

—¿Qué voces? dijo Valentina.

Estremecióse Morrel, recordando la conversacion del doctor y de Villefort, y pareciéndole ver á través del sudario los brazos contraidos, el cuello torcido y los amoratados labios de Madama de Saint-Meran.

—Las voces de vuestros criados, respondió.

—Pero llegar hasta aquí es perdernos, amigo mio, dijo Valentina sin miedo y sin enojo.

—Perdonadme, respondió Morrel en el mismo tono; me iré.

—No, dijo Valentina, que os encontrarian; quedaos aquí...

—¿Pero y si vienen...

La jóven meneó la cabeza.

—Nadie vendrá; descuidad, eso nos lo fia.

Y señalaba el cadáver.

—Pero decídme, repuso Morrel, ¿qué ha pasado con M. d'Epinay?

—Llegó á firmar el contrato cuando mi abuelo exhalaba el último suspiro.

—¡Ay! dijo Morrel con un sentimiento de júbilo egoista, pues calculaba que aquella muerte retardaria el matrimonio de su amada.

—Lo que redobla mi dolor, prosiguió Valentina como

—Acompañando al doctor, añadió Morrel.

—¿Cómo sabeis que es el doctor? le preguntó Valentina admirada.

—Lo presumo, dijo Morrel.

Valentina le miró atentamente.

En esto se oyó cerrar la puerta de la calle.

Villefort además cerró con llave la del jardin, y volvió á subir la escalera.

...le señaló Valentina el cadáver.

para castigar en el acto á Maximiliano, lo que lo redobla, es que mi pobre abuela al morir mandó que el matrimonio se llevase á efecto lo mas pronto posible. ¡Dios mio! ella tambien creyendo protegerme se declaraba mi enemiga.

—Escuchad, dijo Morrel.

Y ambos guardaron silencio.

Oyóse abrir una puerta, y pasos en el corredor y en la escalera.

—Es mi padre, que sale de su gabinete, dijo Valentina.

En la antesala se detuvo un momento como si vacilase entre volver á su cuarto ó entrar en la alcoba de la difunta.

Morrel se ocultó detrás de una cortina.

La jóven no hizo un movimiento siquiera.

Parecia que aquel dolor supremo la hiciese desdeñar los peligros vulgares.

M. de Villefort entró en su cuarto al fin.

—Ahora ya no podeis salir ni por la puerta del jardin ni por la de la calle, dijo Valentina.

Morrel la contemplaba asombrado.

—Ya no teneis mas que una salida franca y libre, añadió la jóven, y es la del cuarto de mi abuelo.

Y se levantó añadiendo:

—Venid.

—¿Adónde? le preguntó Maximiliano.

—Al cuarto de mi abuelo.

—¡Yo al cuarto de M. Noirtier!

—Sí.

—¿Lo habeis pensado bien, Valentina?

Y atravesando el corredor bajó por una escalerilla que conducia al cuarto de Noirtier.

Maximiliano la seguia de puntillas.

En la meseta encontraron á Barrois.

—Cerrad la puerta y no dejeis entrar á nadie, le dijo Valentina.

Y entró delante.

Noirtier permanecia en su sillon con los ojos clavados ávidamente en la puerta y atento al menor ruido



...yo le amo, y no seré de nadie sino suya.

—Hace mucho que lo pienso. Solo este amigo tengo en el mundo, y los dos le necesitamos. Venid.

—Cuenta con lo que haceis, Valentina, prosiguió el jóven vacilando en obedecerla. Ha caido la venda de mis ojos, y reconozco que ha sido una verdadera locura el venir aquí. ¡Estais vos misma en vuestro juicio, querida mia!

—Sí, respondió Valentina, y solo un escrúpulo me asalta. Dejar solo el cadáver de mi pobre abuela, que he tomado á mi cargo el custodiar.

—La muerte es de suyo sagrada, Valentina, dijo Morrel.

—Sí, repuso la jóven; y además tardaré poco. Venid.

pues su criado le tenia al corriente de todo lo que pasaba.

Al ver á Valentina se dilataron sus ojos.

En el andar y en la actitud de la jóven habia algo de grave y solemne que chocó al anciano.

Y su mirada, de brillante que era, se trocó en interrogadora.

—Querido padre, dijo Valentina en voz breve, escúchame bien. Ya sabes que mi abuela ha muerto hace una hora, y que escepto tú ya no tengo en el mundo quien me ame.

Los ojos de Noirtier tomaron una espresion de infinita ternura.

—¿Conque á tí solo, no es verdad, debo de confiar mis penas y mis esperanzas?

El paralítico hizo señas de que sí.

Valentina trabó á Morrel de la mano.

—Mira bien pues á este caballero, dijo.

El viejo clavó en Morrel sus ojos escrutadores, un tanto admirado.

—Es, añadió la jóven, M. Maximiliano Morrel, hijo de aquel honrado comerciante de Marsella, de quien sin duda habrás oido hablar.

—Sí, contestó el viejo.

—Es un nombre sin tacha que está en camino de ilustrar Maximiliano, pues á los treinta años es ya capitan de spahis y oficial de la legion de honor.

El anciano hizo seña de que lo recordaba.

—Pues bien, abuelito, dijo Valentina arrodillándose delante de él y señalándole con una mano al jóven, yo le amo, y no seré de nadie sino suya. Si me obligan á casarme con otro, me dejaré morir ó me mataré.

Los ojos del paralítico espresaban todo un mundo de pensamientos tumultuosos.

—Tú tambien amas á M. Maximiliano Morrel, ¿no es verdad, abuelito? le preguntó la jóven.

—Sí, respondió el anciano inmoble.

—¿Y puedes tú protegernos contra la voluntad de mi padre, á nosotros que somos tambien tus hijos?

Noirtier fijó en Maximiliano su inteligente mirada como para decirle:

—Segun y conforme.

Morrel lo comprendió todo.

—Señorita, dijo, á la habitacion de vuestra abuela os llama un deber sagrado. ¿Quereis permitirme un instante el honor de hablar con M. Noirtier?

—Sí... sí... eso es, dijeron los ojos del anciano.

Y luego miró á Valentina con inquietud.

—¿Quieres decir, abuelito, que cómo te comprenderá?

—Sí.

—¡Oh! descuida. Hemos hablado tanto de tí, que él sabe ya cómo nos componemos tú y yo.

Y volviéndose luego á Maximiliano con una sonrisa encantadora, aunque impregnada de profunda tristeza, añadió:

—Sabe tanto como yo sé.

Levantóse Valentina, acercó una silla para Morrel, encargó á Barrois que no dejase entrar á nadie, y después de abrazar á su abuelo tiernamente y despedídose de su amante, salió de la estancia.

Al punto Morrel, para probar al anciano que poseia entera la confianza de Valentina y todos sus secretos, cogió el diccionario, papel y pluma, y los colocó sobre una mesa en que ardia una lámpara.

—Pero antes, dijo, permitidme, caballero, contaros quien soy yo, cómo me he enamorado de Valentina, y cuáles son mis proyectos.

—Ya os escucho, dijo Noirtier con los ojos.

Era un espectáculo harto imponente el de aquel anciano, cadáver en apariencia, y que era sin embargo el único apoyo, el único protector, el único juez de dos amantes jóvenes, y hermosos y fuertes.

Su rostro, de una nobleza y austeridad notables, imponia mucho á Morrel, que principió temblando su relacion.

Contóle cómo habia conocido y cómo habia amado á Valentina, y cómo ella, aislada por la desgracia, habia acogido y pagado su amor.

Díjole cuál era su nacimiento, su posicion y su fortuna, y mas de una vez al interrogar la mirada del paralítico, esta mirada le respondia:

—Bien, bien, proseguid.

—Ahora, dijo Morrel terminando la primera parte de su narracion, ahora que os he contado, caballero, mi amor y mis esperanzas, ¿debo tambien de contaros nuestros proyectos?

—Sí, contestó el anciano.

—Pues bien; oidlos.

Y aquí le contó cómo un cabriolé estaba esperándole en el cercado, cómo trataba de robar á Valentina y llevarla á casa de su hermana y unirse á ella, y esperar respetuosamente el perdon de M. de Villefort.

—No, dijo Noirtier.

—¿No? repuso Maximiliano; ¿no es eso lo que se debe hacer?

—No.

—¿Luego no aprobais este proyecto?

—No.

—Pues otro medio hay, añadió Morrel.

La mirada interrogadora del viejo le preguntó:

—¿Cuál?

—Iré, prosiguió Maximiliano, iré á buscar á M. d'Epinay—y me alegro de poder deciros esto en ausencia de Valentina,—iré á buscarle, y haré de modo que le obligue á portarse como debe.

La mirada de Noirtier proseguia interrogándole.

—¿Qué haré?

—Sí.

—Oidlo. Iré á buscarle, como decia, le diré los lazos que me unen á Valentina; y si es hombre de delicadeza, la probará renunciando él mismo á la mano de su prometida, y mi amistad y mi gratitud serán eternas para él; pero si se niega, si el interés ó un orgullo ridículo le hacen persistir, después de probarle que á quien desaira es á mi muger, que Valentina me ama y no puede amar á nadie sino á mí, me batiré con él dándole todas las ventajas posibles, y le mataré ó me matará: si le mato, no se casará con Valentina; y si me mata á mí, estoy seguro de que Valentina no se casará con él.

El anciano contemplaba con indecible satisfaccion aquella noble y sincera fisonomía en que se iban revelando todos los sentimientos que su voz esplicaba, dándoles la espresion de su hermoso rostro esa vida que el colorido dá al dibujo.

Sin embargo, cuando acabó Morrel de hablar cerró Noirtier los ojos repetidas veces, que era como sabemos, su manera de decir que no.

—¿No? repitió Morrel. ¿Conque desaprobais el segundo proyecto, como habeis desaprobado el primero?

—Sí, lo desapruebo, repuso el anciano.

—¿Pues qué he de hacer, caballero? le preguntó Morrel. Las últimas palabras de Madama de Saint-Meran recomendaron que la boda fuese pronto. ¿Debo dejar...

Noirtier permaneció inmóvil.

—Sí, ya comprendo, dijo Morrel; debo esperar.

—Sí.

—Pero cualquiera dilacion nos pierde. Entregada á sí misma Valentina, es débil y la obligarán como á un niño. Habiendo entrado aquí milagrosamente para saber lo que pasa, llegado milagrosamente á vuestra presencia, no puedo en razon esperar que tales milagros se repitan. Creedme: no hay otro medio que uno de los que os propongo, y perdonad esta arrogancia á mis pocos años. Decidme pues cuál de los dos preferís. ¿Autorizais á Valentina á confiarse á mi honor?

—No.

—¿Preferís que yo me las haya con M. d'Epinay?

—No.

—¡Pero Dios mio! ¿De quién nos ha de venir el socorro que esperamos, del cielo?

Los ojos del anciano se sonrieron, que era lo que acostumbraba al oir hablar del cielo.

Siempre quedaba algo de ateismo en el jacobino de 1793.

—¿De la casualidad? añadió Morrel.

—No.

—¿De vos?

—Sí.

—¡De vos!

—Sí, repitió el anciano.

—¿Comprendeis bien mi pregunta, caballero? Disimulad que insista, pues mi vida está pendiente de vuestra respuesta. ¿Nos vendrá de vos la salvacion?

—Sí.

—¿Estais seguro?

—Sí.

—¿Respondeis de ello?

—Sí.

Y en la mirada que así respondia afirmativamente brillaba tanta firmeza, que era imposible dudar de la voluntad, cuando no del poder de aquel anciano.

—Gracias, ¡oh! gracias. ¿Pero cómo, á menos que un milagro de Dios os devuelva la palabra y la accion, cómo podreis vos agarrotado en esa silla, vos mudo é inmóvil, cómo podreis oponeros á ese matrimonio?

Una sonrisa dilató el rostro del anciano, sonrisa estraña, que al fin eran los ojos solamente los que se sonreian.

—¿Conque debo esperar? le preguntó el jóven.

—Sí.

—¿Y el contrato?...

La misma sonrisa de antes.

—¿Quereis darme á entender que no se firmará?

—Sí.

—¡Conque ni siquiera se firmará el contrato! esclamó el jóven. ¡Oh! perdonadme, caballero, que siempre es permitido dudar de las grandes venturas. ¿No se firmará el contrato?

—No, repuso el paralítico.

A pesar de esto Morrel no se convencia.

Era tan estraña aquella promesa de un viejo impotente, que en vez de emanar de la fuerza de voluntad, podia ser hija de debilidad de la razon.

¿No es natural que el loco, ignorante de su locura, pretenda hacer imposibles?

Habla el débil del peso que levanta, el tímido de los valientes con quien lucha, el pobre de los tesoros que maneja, y todo el mundo en fin se cree en su orgullo superior.

Fuera que comprendiese Noirtier la indecision del jóven, ó que no tuviese mucha fé en la docilidad que habia demostrado, le miró fijamente.

—¿Qué quereis, caballero? ¿que os renueve mi promesa de no hacer nada? le preguntó Morrel.

La mirada de Noirtier permaneció fija y firme, como dando á entender que no le satisfacia una promesa; y luego pasó del rostro á la mano.

—¿Quereis que lo jure, caballero? le preguntó el jóven.

—Sí, lo quiero, respondió el paralítico con la misma solemnidad.

Morrel comprendió que daba mucha importancia á aquel juramento, y estendiendo la mano, dijo:

—Juro por mi honra esperar vuestra resolucion para habérmelas con M. d'Epinay.

—Bien, dijeron los ojos del anciano.

—¿Mandais ahora que me retire, caballero? le preguntó Morrel.

—Sí.

—¿Sin ver á Valentina?

—Sí.

Morrel le hizo seña de que estaba pronto á obedecerle.

—Y ahora, prosiguió Morrel, ¿permitís á vuestro nieto que os abrace como os ha abrazado vuestra nieta?

La espresion de los ojos de Noirtier no dejaba duda alguna.

El jóven posó los labios en su frente en el mismo sitio donde le habia besado Valentina.

Luego saludó al anciano por segunda vez, y fuése.

En la meseta encontró á Barrois que le esperaba de órden de Valentina.

Y guiado por él llegó Maximiliano por un oscuro pasadizo á una puertecilla que daba al jardin.

De un salto se plantó en la reja.

De otro trepó la pared, y con ayuda de su escala, en un minuto se encontró en el cercado, donde le esperaba el cabriolé.

Abrumado de emociones, pero con el pecho mas tranquilo, llegó á media noche á la calle de Meslay, se tendió en la cama, y durmió como si estuviera aletargado por los vapores del vino.

CAPITULO XV.

EL MAUSOLEO DE LA FAMILIA DE VILLEFORT.

Dos dias después á las diez de la mañana se veia reunida una multitud considerable á la puerta de M. de Villefort, y una inmensa fila de carruajes se estendia por todo el barrio de San Honorato y la calle de la Pepiniere.

Entre estos carruajes habia uno de forma particular, y que parecia haber hecho un largo viaje.

Era una especie de furgon pintado de negro, y habia acudido de los primeros á la cita.

Todo el mundo trataba de saber qué era aquello, y se averiguó que por una coincidencia estraña, encerraba aquel carruaje el cuerpo del marqués de Saint-Meran, y que los concurrentes al entierro acompañarian á dos cadáveres.

La concurrencia era grande, porque M. de Saint-Meran, señor de los mas celosos y fieles al rey Luis XVIII y á Carlos X, habia conservado muchos amigos, que juntos á los de Villefort, hacian muy numeroso el cortejo fúnebre.

Advertidas al punto las autoridades, consintieron en que se hiciesen los dos entierros á la par.

A un segundo carruaje, adornado con la misma pompa funeral, se trasportó la caja que en el furgon yacia.

Ambos cuerpos debian de ser enterrados en el cementerio del Padre Lachaise, donde desde mucho tiempo atrás habia hecho construir Villefort un mausoleo para toda su familia.

Ya lo ocupaba la pobre René, y al cabo de diez años venian á reunírsele su padre y su madre.

Siempre curioso y siempre aficionado á los entierros, vió el pueblo de Paris en silencioso recogimiento pasar aquel cortejo, acompañando á su última morada á dos nombres de los mas célebres de la antigua aristocracia por su apego á las tradiciones y á las costumbres de otra época.

En un mismo carruaje iban Beauchamp, Alberto y Chateau-Renaud, hablando de aquella muerte casi repentina.

—A mi vuelta de Argel, decia Chateau-Renaud, ví el año pasado en Marsella á Madama de Saint-Meran, y parecióme destinada á vivir cien años, pues su cabeza estaba muy firme, su salud era perfecta, y su actividad prodigiosa siempre. ¿Qué edad tendria?

—Sesenta y seis años, respondió Alberto, segun me ha dicho Franz. Pero no es la edad lo que la ha matado, sino el dolor de haber perdido al marqués. Parece que desde su muerte habia quedado muy trastornada, y no habia vuelto á recobrar enteramente la razon.

—Pero en fin, ¿de qué ha muerto? preguntó Beauchamp.

—De una congestion cerebral ó de apoplegía fulminante... ¿no viene á ser lo mismo?

—Con corta diferencia.

—¡De apoplegía! dijo Beauchamp; eso es inverosímil. Aunque sola una vez en mi vida, yo he visto tambien á Madama de Saint-Meran, y recuerdo que era baja, seca y de una constitucion mas bien nerviosa que sanguínea. Muy raras son las apoplegías ocasionadas por el dolor en personas como la marquesa.

—En suma, dijo Alberto, sea cualquiera el médico ó la enfermedad que la haya matado, ya tenemos á M. de Villefort, ó mas bien á su hija Valentina, ó mas bien á

nuestro amigo Franz, en posesion de una magnífica herencia, que segun mis noticias asciende á ochenta mil libras de renta.

—Herencia que casi se doblará á la muerte del viejo jacobino Noirtier.

—¡Vaya un abuelo duro de pelar! dijo Beauchamp. *Tenacem propositi virum.*

—No parece sino que se proponga enterrar á todos sus herederos... y se sale con la suya. Bien se conoce en él al antiguo convencional de 93 que decia á Napoleon en 1814:

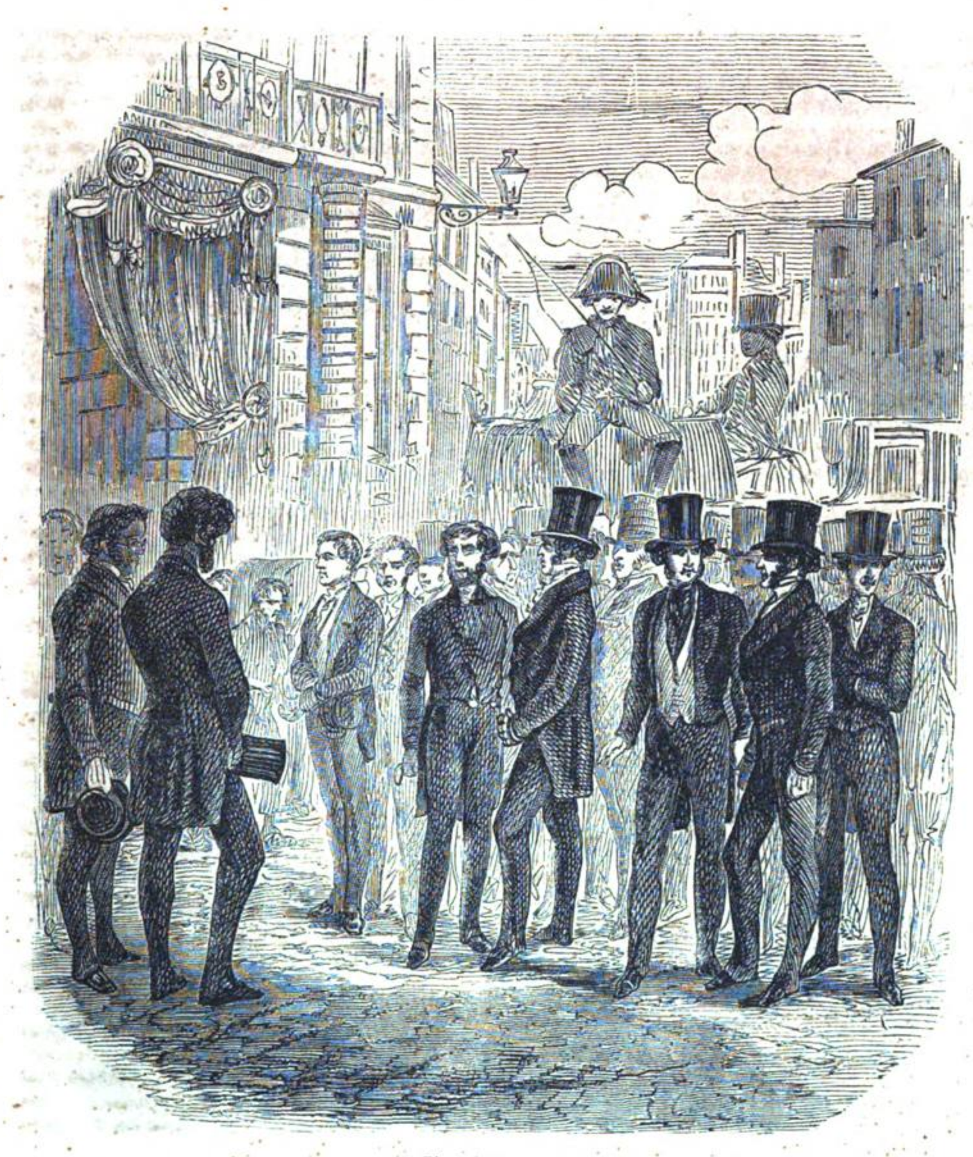
«Decae vuestro prestigio, porque el imperio fran»cés es un árbol jóven abrumado por su escesivo fo»llaje. Tomad por tutor á la República; tornemos á los »campos de batalla con una buena constitucion, y yo »os prometo quinientos mil soldados, otro Marengo »y otro Austerlitz.

»Las ideas no mueren, señor. Tal vez dormitan; »pero despiertan mas vigorosas que antes.»

—Para él los hombres son como las ideas, dijo Alberto. Solo una cosa deseo saber, y es cómo se arreglará Franz con un abuelo que no puede pasarse sin su nieta. Pero... ¿dónde está Franz?

—En el primer coche, con M. Villefort, que le considera ya como de la familia.

En cada uno de los carruajes que formaban el acompañamiento, se hablaba de lo mismo sobre poco mas ó menos. Todos se admiraban de aquellas dos muertes tan próximas entre sí y tan súbitas; pero nadie sospechaba siquiera el terrible secreto que en su paseo nocturno habia revelado M. d'Avrigny á M. de Villefort.



El entierro.

Una hora después llegaron á la puerta del cementerio.

El tiempo estaba en calma, pero nublado, y por ende muy en armonía con aquella lúgubre ceremonia.

Entre los grupos que se dirigieron al mausoleo de la familia, reconoció Chateau-Renaud á Morrel que habia venido solo en un cabriolé.

Estaba muy pálido, y no se reunió con nadie.

—¿Vos aquí? le dijo Chateau-Renaud trabándole del brazo. Si conoceis á M. de Villefort, ¿cómo es que nunca os haya visto yo en su casa?

—No es M. de Villefort á quien conozco, sino Madama de Saint-Meran á quien conocia, respondió Morrel.

En este punto se les reunió Alberto acompañado de Franz.

Esforzóse pues á no dejar traslucir nada en su rostro, y saludó á Franz reprimiéndose.

—La señorita de Villefort estará muy triste, preguntó Debray á Franz.

—¡Oh! con estremo, respondió este. Esta mañana me costó trabajo conocerla.

Estas palabras, al parecer tan sencillas, destrozaron el corazon de Morrel.



...y saludó á Franz reprimiéndose.

—El sitio es malo, dijo el primero; mas no importa; que no somos supersticiosos. Caballero Morrel, permitidme que os presente á M. Franz d'Epinay, escelente compañero de viaje con quien he visitado toda la Italia. Querido Franz, te presento á M. Maximiliano Morrel, escelente amigo que he adquirido en tu ausencia, y cuyo nombre oirás en mi boca siempre que tenga que hablar de corazon, de talento y de amabilidad.

Morrel estuvo un momento indeciso.

Preguntóse si no era punible hipocresía saludar casi amistosamente al hombre á quien atacaba por debajo de cuerda; pero se le acordaron su juramento y la gravedad de la ocasion.

¡Aquel hombre habia visto á Valentina! ¡habia hablado con ella!

Su sangre ardiente estuvo para hacerle faltar á su juramento.

De pronto cogió el brazo de Chateau-Renaud y le arrastró al mausoleo, ante cuya puerta acababan de depositar los dos cadáveres los enterradores.

—¡Magnífica habitacion! dijo Beauchamp; palacio que lo mismo sirve para el verano que para el invierno. Aquí habitareis vos tambien cuando os llegue la hora, mi querido Franz, porque pronto sereis de la familia. Yo, como filósofo, deseo solamente una casita de campo, un sepulcro modesto á la sombra de los árboles, y no

una mole por ese estilo que aplaste mis huesos. A la hora de la muerte diré á los que me rodeen lo que Voltaire escribia á Piron: —«*Eorus*,»— y negocio concluido.. Vamos, Franz, ¡valor! que vuestra muger hereda.

—En verdad que sois, Beauchamp, insoportable, dijo el jóven. La política os tiene acostumbrado á reiros de todo, porque los hombres políticos no creen en nada; pero cuando teneis, Beauchamp, el honor de tratar con simples mortales, y la fortuna de separaros momentáneamente de la política, procurad recoger vuestro corazon que os dejais en la antesala de la cámara de los diputados ó de los pares.

—¡Bah! ¿Qué es la vida? repuso Beauchamp, un descanso en la antesala de la muerte.

—Al primer dolor de cabeza que tengais será otra cosa, dijo Alberto.

Y se retiró con Franz á un lado, dejando á Beauchamp proseguir con Debray sus disertaciones filosóficas.

El mausoleo de la familia de Villefort era un cuadrilongo de mármol blanco de unos veinte piés de altura. El interior estaba dividido en dos habitaciones, correspondiente una á la familia de Saint-Meran y la otra á la de Villefort. Cada una tenia su puerta independiente de la otra.

En este mausoleo no se veian como en tantos otros esos innobles nichos donde la economía encierra á los muertos con inscripciones que los asemejan al anaquel de un comerciante. Lo único que por la puerta de bronce se divisaba era una piececita severa y lúgubre, separada del verdadero enterramiento por una pared.

En esta pared era donde se veian las dos puertas de que hablábamos há poco, pertenecientes á los Villefort y á los Saint-Meran.

Allí podia el dolor esplayarse con entera libertad, sin que los paseantes livianos, que hacen de una visita al Padre Lachaise una romería ó una cita amorosa, viniesen á turbar con sus cantos, sus gritos ó sus carreras la muda contemplacion ó el rezo bañado en lágrimas.

Los dos atahudes entraron en el mausoleo de la derecha, que era el de la familia de Saint-Meran, siendo colocados allí en unas andas provisionales.

Solo entraron en el santuario Villefort, Franz y algunos parientes de los mas cercanos.

Como las ceremonias religiosas se habian verificado á la puerta, y como no habia discursos que pronunciar, los concurrentes se diseminaron al punto.

Chateau-Renaud, Alberto y Morrel se fuéron por un lado, y Debray y Beauchamp por otro.

Maximiliano se detuvo á la puerta del cementerio con un pretesto cualquiera.

Viendo á Franz y á Villefort salir juntos en uno de los coches del duelo, concibió tristes sospechas de aquella entrevista.

Al regresar él á París en el mismo carruaje en que iban Chateau-Renaud y Alberto, ni siquiera oyó una palabra de las que hablaron.

Con efecto, al tratar Franz de separarse de M. de Villefort, le habia dicho éste:

—¿Cuándo os volveré á ver, señor baron?

—Cuando gusteis, caballero, habia respondido Franz.

—Lo mas pronto posible.

—Estoy á vuestras órdenes. ¿Quereis que regresemos juntos?

—Si no os causa molestia...

—Ninguna.

Así fué como el futuro suegro y el futuro yerno subieron á un mismo carruaje, y con verlos pasar Morrel, concibió justamente sospechas graves.

Villefort y Franz volvieron al barrio de San Honorato.

Sin hablar á nadie, ni aun á su muger y á su hija, entró con el jóven en su gabinete el procurador del rey, é indicándole que se sentara, le dijo:

—Debo de recordaros, señor d'Epinay, y la ocasion no es acaso tan inoportuna como á primera vista parece, porque la obediencia á los muertos es la primera ofrenda que se ha de depositar sobre su tumba; debo pues de recordaros el deseo que anteayer manifestaba Madama de Saint-Meran en su lecho de agonía de que no se retarde el matrimonio de Valentina. Ya sabeis que los negocios de la difunta estan en toda regla; el notario me ha enseñado los documentos que permiten hacer de una manera definitiva el contrato matrimonial. Podeis verle vos mismo y hacer que os los enseñe tambien. Se llama M. Deschamps, y vive en la plaza de Beauveau, en el barrio de San Honorato.

—Caballero, respondió Franz, creo que no es esta ocasion para que Valentina, sumida como está en el dolor, piense en casarse; y temeria...

—El deseo mas vivo de Valentina, le interrumpió Villefort, es cumplir la última voluntad de su abuela. Conque os respondo de que por su parte no habrá obstáculo ninguno.

—En ese caso, caballero, respondió Franz, podeis obrar como gusteis, pues de la mia tampoco habrá obstáculo ninguno. Mi palabra está empeñada y la cumpliré, no solo con gusto, sino creyéndome dichoso.

—Entonces nada nos detiene, dijo Villefort. Hace tres dias que se debió firmar el contrato; conque todo lo hallaremos dispuesto. Podemos firmarle hoy mismo.

—¿Y el duelo?... dijo vacilante Franz.

—Descuidad, caballero, que nunca se olvidan en mi casa las conveniencias sociales, repuso Villefort. Valentina podrá retirarse los tres meses del luto rigoroso á sus tierras de Saint-Meran,—y digo sus tierras porque ya son suyas. Allí se celebrará si os parece el matrimonio civil dentro de ocho dias, sin fausto, sin pompa. Otro de los deseos de Madama de Saint-Meran era que su nieta se casase en aquella posesion. Luego podreis vos volver á París, y vuestra esposa se quedará con su madrastra hasta cumplir el luto.

—Como gusteis, caballero, dijo Franz.

—Pues hacedme el favor de esperar media hora, repuso M. de Villefort. Valentina bajará á la sala. Mandaré llamar á M. Deschamps; leeremos y firmaremos el contrato en seguida, y esta misma tarde Madama de Villefort acompañará á Valentina á sus tierras, adonde iremos á buscarlas nosotros dentro de ocho dias.

—Una sola cosa tengo que pediros, caballero, dijo Franz.

—¿Cuál?

—Deseo que Alberto de Morcef y Raoul de Chateau-Renaud presencien la firma del contrato, pues ya sabeis que son mis testigos.

—Media hora basta para avisarlos. ¿Quereis mandarles un recado? ¿Quereis ir en su busca vos mismo?

—Prefiero eso.

—Os espero pues dentro de media hora, baron. Valentina estará dispuesta.

Franz le saludó y salió.

Acto continuo mandó Villefort que avisasen á Valentina de que tenia que bajar á la sala dentro de media hora, puesto que iban á venir el notario y los testigos de M. d'Epinay.

Esta noticia inesperada produjo mucha sensacion en la casa.

Madama de Villefort no queria creerla, y Valentina se quedó como herida de un rayo.

Miró en torno suyo en demanda de apoyo, é iba ya á bajar al cuarto de su abuelo, cuando tropezó en la escalera con M. de Villefort, que cogiéndola del brazo la condujo á la sala.

En la antesala estaba Barrois, y Valentina le lanzó al paso una mirada de desconsuelo.

Un instante después de Valentina entró Madama de Villefort con Eduardo.

Se conocia que tambien le habia tocado su parte en los dolores de la familia.



Estaba pálida y al parecer agitadísima.

Sentóse, colocó á Eduardo sobre sus rodillas, y de vez en cuando estrechaba á su corazon, con movimientos casi convulsivos, á aquel niño en quien parecia reconcentrada su vida entera.

Pronto se oyeron rodar por el patio dos carruajes.

El uno era el del notario, y el otro el de Franz y sus amigos.

...como siempre estaba inclinada hácia su hijo, era imposible leer en su rostro las emociones de su corazon.

Un instante después se hallaban reunidos todos en el salon.

Estaba tan pálida Valentina, que se distinguian claramente las venas azules de sus sienes.

Franz no podia dominar una emocion vivísima.

Chateau-Renaud y Alberto se miraban uno á otro.

La ceremonia que acababa de terminar no les parecia mas triste que la que iba á comenzar.

Madama de Villefort se habia colocado á la sombra de un cortinon de terciopelo, y como siempre estaba inclinada hácia su hijo, era imposible leer en su rostro las emociones de su corazon.

M. de Villefort impasible como siempre.

Después de arreglar sobre la mesa los papeles, y de sentarse en su sillon con la parsimonia de su clase, se volvió el notario á Franz poniéndose los anteojos.

—¿Sois vos el llamado M. Franz de Quesnel, baron d'Epinay? le preguntó, aunque lo sabia perfectamente.

—Sí señor, respondió Franz.

El notario se inclinó.

—Debo de advertiros, caballero, de parte de M. de Villefort, que vuestro proyectado matrimonio con la señorita de Villefort ha cambiado las intenciones de su abuelo con respecto á ella, puesto que se despoja enteramente de toda la fortuna que debia dejarle en herencia. Me apresuraré á añadir, prosiguió el notario, que no teniendo el testador derecho á despojarse mas que de una parte de su fortuna, y habiéndose despojado de toda, no resistirá el testamento á un litigio y será declarado nulo.

—Sí, repuso Villefort; pero advierto de antemano á M. d'Epinay, que mientras yo viva nunca será atacado el testamento de mi padre, porque mi posicion me impide semejante escándalo.

—Siento mucho, caballero, dijo Franz, que se haya suscitado esta cuestion en presencia de la señorita Va-



lentina. Nunca he tratado de informarme de su fortuna, que por limitada que sea, será siempre mayor que la mia. Lo que mi familia ha buscado en este enlace es honra; lo que yo busco, es felicidad.

Valentina hizo un imperceptible ademan de gracias, mientras corrian por sus mejillas dos lágrimas silenciosas.

—Además, caballero, dijo Villefort dirigiéndose á su futuro hijo, aparte la pérdida material, nada hay en esa accion que os hiera, pues se esplica por lo débil de la razon de M. Noirtier. Lo que le desagrada no es que Valentina se case con vos, sino que se case. Cualquiera otro marido le hubiese desagradado lo mismo. La vejez es egoista, caballero, y la señorita de Villefort le hacia á M. Noirtier unos servicios que no podrá hacerle la señora baronesa d'Epinay. La triste situacion en que se encuentra mi padre nos obliga á no hablarle sino muy rara vez de cosas sérias, y estoy enteramente convencido de que á estas horas, aunque recuerde que su nieta se casa, habrá olvidado ya el nombre del que va á ser su nieto.

Acababa apenas M. Villefort de pronunciar estas palabras y de acogerlas Franz con una genuflexion, cuando se abrió la puerta de la sala, pareciendo Barrois.

—Señores, dijo con voz firme y estraña en un criado que se dirige á sus amos en ocasion tan solemne; señores, M. Noirtier de Villefort desea hablar en el acto con M. Franz de Quesnel, baron d'Epinay.

Así como el notario, para mejor identificar la persona, le daba tambien Barrois todos sus títulos.

Tembló Villefort, dejó su esposa á Eduardo deslizarse de su falda, y levantóse Valentina pálida y muda como una estátua.

Alberto y Chateau-Renaud cruzaron otra mirada.

El notario miró á Villefort.

—Es imposible, respondió este. M. d'Epinay no puede salir ahora de la sala.

—Pues ahora, repuso Barrois, con la misma firmeza, ahora mismo es cuando mi amo M. Noirtier desea hablar de asuntos muy importantes con M. Franz.

—¿Habla ya el abuelito Noirtier? esclamó Eduardo con su habitual impertinencia.

Pero ni siquiera hizo reir á Madama de Villefort. Tan preocupados estaban todos los ánimos, y tan solemne era la ocasion.

—Decid á M. Noirtier que lo que quiere es imposible, repuso Villefort.

—En ese caso M. Noirtier previene á estos señores que va á hacer que lo traigan aquí.

La admiracion no tuvo ya límites.

Una especie de sonrisa se dibujó en el rostro de Madama de Villefort; y Valentina, como á pesar suyo, alzó los ojos al cielo para darle gracias.

—Valentina, le dijo su padre, llegaos á ver qué nuevo capricho es ese de vuestro abuelo.

La jóven dió en seguida algunos pasos hácia la puerta; pero Villefort mudó de parecer.

—Esperad, yo iré con vos, repuso.

—Disimuladme, caballero, dijo Franz á su vez, si opino que siendo yo á quien llama M. Noirtier, me toca á mí ante todo acceder á sus deseos; esto sin contar que me alegraré de poder presentarle mis respetos, ya que no he tenido otra ocasion.

—¡Oh! no os molesteis, dijo Villefort con visible sobresalto.

—Disimuladme, caballero, repuso Franz, como aquel que ha tomado su resolucion. No quiero perder esta ocasion de probar á M. Noirtier cuánto se equivoca si siente hácia mí alguna repugnancia, repugnancia que sea la que sea, estoy decidido á vencerla con mi cariño.

Y sin dejarse detener mas por Villefort, levantóse Franz y siguió á Valentina que ya bajaba la escalera, alegre como el náufrago que toca tierra bajo sus piés.

M. de Villefort los siguió á entrambos.

Alberto y Chateau-Renaud cruzaron otra mirada que denotaba mas asombro que las dos primeras.

CAPITULO XVI.

EL ESTRACTO.

Noirtier los estaba esperando, vestido de negro é instalado en su sillon.

Cuando vió dentro de la estancia á las tres personas que se figuraba vendrian, miró á la puerta, que cerró en el acto su ayuda de cámara.

—Tened entendido, dijo Villefort en voz baja á Valentina, que no podia disimular su júbilo, tened entendido que si M. Noirtier quiere deciros algo que impida vuestra boda, os prohibo comprenderle.

Valentina se ruborizó, pero no respondió nada.

Villefort acercóse á Noirtier.

—Aquí teneis á M. Franz d'Epinay, dijo. Le habeis mandado llamar, y accede á vuestros deseos. Hace tiempo que todos deseamos esta entrevista, y celebraré que os pruebe cuán infundada era vuestra oposicion al matrimonio de Valentina.

Noirtier solo respondió con una mirada que dejó á su hijo frio como el mármol.

En seguida hizo seña á Valentina de que se acercara.

En un instante, gracias á los medios de que acostumbraba valerse en sus conversaciones, pronunció la palabra *llave*.

Consultó entonces la mirada del paralítico, que se fijó en una consola colocada entre los dos balcones.

Abrió el cajon, y efectivamente habia una llave.

Después de hacerle seña de que era aquella la llave que pedia, los ojos del paralítico se dirigieron á una cómoda antigua olvidada en un rincon hacia muchos años, y que se creia no encerrase sino papeles inútiles.

—¿Abro la cómoda? preguntó Valentina.

—Sí, respondió el viejo.

—¿Y los cajones?

—Sí.

—¿Los de los dos lados?

—No.

—¿El de en medio?

—Sí.

Abrióle Valentina, y sacó un legajo de papeles.

—¿Es esto lo que quereis, abuelito? le preguntó.

—No.

Y sacó sucesivamente otros papeles hasta quedar el cajon completamente vacío.

—Ya no hay nada, dijo.

Los ojos de Noirtier estaban clavados en el diccionario.

—Sí, os comprendo, murmuró la jóven.

Y repitió una tras otra las letras del alfabeto.

En la S la detuvo Noirtier.

Abrió la jóven el diccionario, y hojeólo hasta dar con la palabra *secreto*.

—¡Ah! tiene un secreto, dijo.

—Sí, respondió Noirtier.

—¿Y quién lo conoce?

Noirtier miró á la puerta por donde habia salido el criado.

—¿Barrois? le preguntó su nieta.

—Sí.

—¿Es necesario que le llame?

—Sí.

Valentina salió á llamar á Barrois.

En este intervalo la impaciencia inundaba de sudor la frente de Villefort, y Franz estaba estupefacto.

Al fin vino el criado.

—Barrois, le dijo Valentina, mi abuelo me ha mandado coger de esta consola una llave, abrir aquella cómoda, y sacar un cajon; pero el cajon tiene un secreto que vos conoceis, segun parece: abridlo.

Barrois miró á su amo.

—Obedeced, dijeron aquellos ojos tan inteligentes.

Barrois obedeció.

Abrióse un doble fondo del cajon, y apareció un legajo atado con una cinta negra.

—¿Es esto lo que quereis, señor? le preguntó Barrois.

—Sí, contestó Noirtier.

—¿A quién se deben de entregar estos papeles? ¿á M. de Villefort?

«Para que después de mi muerte se deposite en casa de mi amigo el general Durand, quien á su vez, cuando muera, legará á su hijo este legajo, con encargo especial de conservarle como papeles de la mas alta importancia.»

—Y bien, caballero, ¿qué quereis que haga de estos papeles? preguntó Franz.



Abrióse un doble fondo del cajon, y apareció un legajo atado con una cinta negra.

—No.

—¿A la señorita Valentina?

—No.

—¿A M. Franz d'Epinay?

—Sí.

Admirado Franz, se levantó y dió un paso hácia el viejo.

—¿A mí, caballero? le preguntó.

—Sí.

Recibió pues el legajo de manos de Barrois, y dirigiendo la vista á la cubierta, leyó:

—Sin duda que los conserveis como estan, dijo el procurador del rey.

—No, no, repuso vivamente Noirtier.

—¿Deseais quizás que los lea? le preguntó Valentina.

—Sí, respondió el anciano.

—Ya lo ois, señor baron, repuso Valentina, mi abuelo os ruega leais ese papel.

—Entonces, sentémonos, porque hay para rato, dijo Villefort con impaciencia.

—Sentaos, dijo la mirada de Noirtier.

Villefort lo hizo así; pero Valentina permaneció á

su lado apoyada en su sillon, y Franz de pié, con el legajo misterioso en la mano.

—Leed, dijeron los ojos del anciano.

Franz arrancó la cubierta.

Un silencio sepulcral reinaba en la habitacion.

Franz empezó á leer:

«Estracto del acta de una sesion celebrada el 5 de febrero de 1815 en el club bonapartista de la calle de Santiago.»

Franz se detuvo.

—¡El 5 de febrero de 1815! ¡aquel dia fué asesinado mi padre!

Valentina y Villefort permanecieron mudos.

Los ojos del anciano dijeron claramente:

—Proseguid.

—¡Al salir de aquel club desapareció mi padre! añadió Franz.

La mirada del anciano siguió diciendo:

—Leed.

Y Franz prosiguió:

»Los abajo firmados, Luis Jacobo Beaurepaire, teniente coronel de artillería; Esteban Duchampy, general de brigada, y Claudio Lecharpal, director de aguas y bosques,

»Declaran:

»Que el 4 de febrero de 1815 se recibió una carta de la isla de Elba recomendando á la benevolencia y á la confianza del club bonapartista al general Flavio de Quesnel, que habiendo servido al emperador desde 1804 hasta 1815, debia de ser afecto al napoleonismo, á pesar del título de baron que Luis XVIII acababa de conceder á sus tierras d'Epinay.

»Por consiguiente se le escribió rogándole que asistiese á la sesion del siguiente dia 5.

»La carta no indicaba ni la calle, ni el número de la casa del club, ni tampoco estaba firmada; pero anunciaba al general, que si queria estar dispuesto, se le iria á buscar á las nueve de la noche.

»Las sesiones se verificaban de nueve á doce.

»A las nueve el presidente del club se presentó en casa del general que estaba ya dispuesto.

»Díjole el presidente que una de las condiciones de su presentacion era que por siempre ignorase el lugar de la reunion, y que se dejara vendar los ojos, jurando que no intentaria levantarse la venda.

»Aceptó la condicion el general de Quesnel, y prometió por su honra no tratar de enterarse adonde se le conducia.

»Tenia el general preparado su carruaje; pero díjole el presidente que era imposible servirse de él, puesto que seria inútil vendar los ojos al amo si el cochero podia ver y reconocer las calles por donde pasaba.

—»¿Qué haremos pues? le preguntó el general.

—»Ahí tengo yo mi coche, dijo el presidente.

—»¿Tan seguro estais de vuestro cochero, que le confiais un secreto que os parece imprudencia confiar al mio?

—»Nuestro cochero es un miembro del club, repuso el presidente. Nos conducirá un consejero de Estado.

—»Entonces, dijo riéndose el general, corremos otro peligro: el de volcar.

»Consignamos este chiste en prueba de que el general no se vió obligado en lo mas mínimo á ir á la sesion, sino que fué por su gusto.

»Ya metidos en el carruaje, recordó el presidente al general la promesa que habia hecho de dejarse vendar los ojos.

»El general no se opuso, y una gasa, prevenida con este objeto, le tapó los ojos.

»Por el camino creyó apercibirse el presidente de que el general se esforzaba á ver por debajo de su venda y le recordó el juramento.

—»¡Ah! es verdad, dijo el general.

»El carruaje se detuvo en una travesía de la calle de Santiago.

»El general bajó apoyado en el brazo del presidente, cuya categoría ignoraba, teniéndole solo por un miembro del club.

»Pasada la travesía, subieron á un piso principal y entraron en la sala de las sesiones.

»La sesion habia comenzado ya.

»Prevenidos los miembros del club de la especie de presentacion que se iba á verificar aquella noche, habian acudido todos.

»Al llegar al medio de la sala se invitó al general á que se quitase la venda.

»Hízolo así en seguida, y pareció admirarle mucho hallar tantas caras conocidas en una sociedad cuya existencia no habia sospechado hasta entonces.

»Interrogósele sobre sus ideas; pero se contentó con responder que las cartas de la isla de Elba las habrian revelado...»

Franz se interrumpió diciendo:

—Mi padre era realista y no habia necesidad de interrogarle sobre sus ideas, harto conocidas.

—Y de ahí venian mis relaciones con vuestro padre, mi querido Franz, respondió Villefort. Fácilmente se relacionan los que tienen la misma opinion política.

—Leed, siguió diciendo la mirada del anciano.

Franz continuó:

«Tomó entonces la palabra el presidente para escitar al general á esplicarse con mas lisura; pero de Quesnel respondió que lo que deseaba ante todo era saber lo que se le queria.

»Entonces se le comunicó aquella carta de la isla de Elba que le recomendaba al club como hombre con quien se podia contar.

»Un párrafo entero hablaba de la vuelta probable de la isla de Elba, y anunciaba otra carta con mas detalles al arribo del *Faraon*, barco del armador Morrel de Marsella, y cuyo capitan estaba enteramente á la devocion del emperador.

»Durante la lectura, el general, con quien se creia poder contar como uno de tantos, dió por el contrario muestras visibles de descontento y repugnancia.

»Terminada la lectura, permaneció silencioso y fruncido el ceño.

—»Y bien, ¿qué decís de esta carta, señor general? le preguntó el presidente.

—»Digo que hace bien poco tiempo que se ha prestado juramento al rey Luis XVIII, para violarlo ya por el exemperador.

»Esta respuesta era harto clara para que se dudase todavía de sus opiniones.

—»General, dijo el presidente, para nosotros no hay rey Luis XVIII, como no hay ex-emperador. Para nosotros no hay mas que S. M. el emperador y rey, alejado de Francia hace diez meses por violencia y con traicion.

—»Disimuladme, señores, repuso el general, si para mí hay un rey Luis XVIII, aunque no lo haya para vosotros, puesto que él me ha hecho baron y mariscal de campo, y nunca olvidaré que ambos títulos los debo á su feliz vuelta á Francia.

—»Caballero, ¡cuenta con lo que decís! esclamó el presidente levantándose y en tono muy serio. Vuestras palabras nos hacen ver claramente que se han engañado con vos en la isla de Elba, y nos han engañado á nosotros. El haberos leido esa carta prueba que se confiaba en vos, y eso os honra. Sin embargo, nos equivocábamos: un título y un grado os afilian al nuevo órden de cosas, que queremos nosotros destruir. No os obligaremos á ser de los nuestros, que á nadie obligamos contra su conciencia y su voluntad; pero sí os obligaremos á proceder como hombre de honor, y esto aunque sea contra vuestra voluntad.

—»¡Y llamais proceder como hombre de honor, conocer vuestras maquinaciones y no revelarlas! A eso lo



llamo ser vuestro cómplice. Ya veis que soy mas franco que vosotros...»

—¡Ah padre mio! dijo Franz interrumpiéndose: ya comprendo por qué te asesinaron.

Valentina no pudo menos de lanzar una mirada á Franz.

Estaba hermoso en su entusiasmo filial.

policía. Ya comprendereis que seria muy cómodo eso de ponerse una máscara para sorprender los secretos de las personas, y no tener luego sino quitarse la máscara para perder á los que se han fiado de vos. No, no: vais á decirnos francamente si estais por el rey de casualidad que nos manda, ó por S. M. el emperador.

—»Soy realista, respondió el general. He prestado juramento á Luis XVIII, y cumpliré mi juramento.



Al llegar al medio de la sala se invitó al general á que se quitase la venda.

Detrás de él se paseaba Villefort muy agitado.

Noirtier observaba con los ojos las emociones de cada uno, conservando su actitud digna y severa.

Franz siguió leyendo:

—«Caballero, dijo el presidente, se os ha rogado que viniéseis al club; no se os ha traido de por fuerza; se os ha propuesto vendaros los ojos, y vos accedísteis. Al satisfacer esta doble solicitud, bien se os alcanzaba que no nos ocuparíamos en afirmar el trono de Luis XVIII, pues para eso no nos ocultáramos con tanto afan á la

»Acompañó á estas palabras un murmullo general, y pudo conocerse en las miradas de muchos miembros del club, que trataban de hacer á M. d'Epinay arrepentirse de sus imprudentes palabras.

»El presidente volvió á levantarse, é impuso silencio.

—»Caballero, dijo, sois un hombre harto grave y harto sesudo para no comprender las consecuencias de la situacion en que nos encontramos unos y otros frente á frente, y vuestra misma franqueza nos dicta las condiciones que debemos poneros. Vais á jurar por vuestra honra, que no revelareis nada de lo que habeis oido.

»El general esclamó poniendo mano á la espada:

—»Para hablar de honra empezad por no desconocer sus leyes, y no impongais nada por la fuerza.

—»Y vos, caballero, repuso el presidente con una calma acaso mas terrible que la cólera del general, oid un consejo que voy á daros: no pongais mano á la espada.

»El general tendió en torno sus miradas, como si empezase á sentir inquietud.

»Sin embargo, todavía no cejó, y reuniendo todas sus fuerzas, dijo:

—»No juraré.

—»Entonces... morireis, respondió tranquilo el presidente.

»M. d'Epinay se puso con estremo pálido, y miró otra vez en torno.

»Algunos miembros del club cuchicheaban entre sí, y sacaban armas debajo de sus capas.

—»Tranquilizaos, general, dijo el presidente, que estais entre hombres de honor, que agotarán para convenceros todos los recursos antes que dejarse llevar de arrebatos estremos; pero tambien estais entre conspiradores, como lo habeis dicho vos mismo; poseeis nuestro secreto, y es necesario que nos lo devolvais.

»Un silencio muy significativo siguió á estas palabras; y como el general no respondiese nada, gritó el presidente á los ugieres:

—»Cerrad la puerta.

»El mismo silencio lúgubre sucedió á estas palabras.

»Entonces se adelantó el general, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, esclamó:

—»Tengo un hijo, y debo pensar en él al mirarme entre asesinos.

—»General, dijo con nobleza el jefe de la reunion, un hombre solo tiene siempre derecho á insultar á cincuenta, que es el privilegio de los débiles. Empero hace mal en usar de ese derecho. Creedme, general, jurad y no nos insulteis.

»Vencido otra vez d'Epinay por la superioridad del presidente, vaciló un minuto; pero al fin acercándose á su mesa le preguntó:

—»¿Cuál es la fórmula?

—»Oid:

»Juro por mi honor no revelar á nadie en el mundo, sea quien sea, lo que he visto y oido el 5 de febrero de 1815 entre nueve y diez de la noche, y declaro merecer la muerte si falto á mi juramento.

»Asaltó al general al parecer un estremecimiento nervioso que le impidió responder por espacio de algunos segundos; hasta que al fin, venciendo una manifiesta repugnancia, pronunció el juramento que le exigian; pero en voz tan baja que apenas se oyó; con que muchos miembros exigieron que lo repitiese en voz mas clara y distinta, lo que hizo.

—»Deseo retirarme. ¿Estoy libre al fin? preguntó el general.

»Levantóse el presidente, y designando tres miembros para que le acompañáran, subió con el general al coche, despues de haberle vendado los ojos.

»Entre los tres conspiradores estaba el cochero que los habia traido.

»Los otros miembros del club se separaron silenciosamente.

—»¿Adónde quereis que os conduzcamos? le preguntó el presidente.

—»Adonde quiera que pueda estar libre de vuestra presencia, respondió el general.

—»Cuidado, caballero, repuso el presidente, que aquí no estais en el club: aquí os las habeis con hombres solos, aislados. No los insulteis, si no quereis ser responsable del insulto.

»Pero en lugar de comprender este lenguaje, respondió d'Epinay:

—»Tan valiente sois en el coche como en el club, por la sencilla razon de que cuatro hombres pueden siempre mas que uno solo.

»El presidente mandó parar el coche.

»Pasaban justamente por el barrio de los Olmos y por el sitio en que está la escalera que baja al rio.

—»¿Por qué mandais parar aquí? le preguntó el general.

—»Porque habeis insultado á un hombre, caballero, respondió el presidente, y ese hombre no quiere dar un paso mas sin pediros una leal reparacion.

—»Nueva manera de asesinar, dijo el baron encogiéndose de hombros.

—»Menos palabras, caballero, respondió el presidente, si no quereis que os tome á vos por uno de esos hombres de que hace poco hablabais, cobardes que se amparan de la debilidad como de un escudo. Sois un hombre solo; otro hombre os responderá; llevais una espada al cinto; yo tengo otra en este baston; no teneis padrino; uno de estos caballeros lo será. Ahora, si os place, podeis quitaros la venda.

»Al momento se arrancó el general la gasa que tenia sobre los ojos, esclamando:

—»Al fin voy á saber con quién me bato...

»Y abrieron la portezuela y bajaron los cuatro.»

Franz volvió á interrumpirse en su lectura, para limpiar el sudor que inundaba su frente.

Era cosa horrible de ver aquel hijo, que pálido y tembloroso, leia en alta voz los pormenores hasta entonces ignorados de la muerte de su padre.

Valentina tenia juntas las manos como si estuviese rezando.

Noirtier miraba á Villefort con un aire casi sublime de desprecio y de orgullo.

Franz prosiguió:

«Era, como hemos dicho, el 5 de febrero.

»Hacia tres dias que helaba sin cesar; de suerte que la escalera estaba resbaladiza, y como el general era grueso y alto, tuvo el presidente que cederle para bajar el lado del pasamano.

»Los dos testigos los seguian.

»La noche estaba oscura, y la tierra que media entre la escalera y el rio, húmeda de nieve y de rocio. Por el fondo se veia pasar el agua negra y sorda, arrastrando témpanos de hielo.

»Uno de los testigos fué á buscar una linterna á un barco de los que hacen el comercio de carbon, y á la luz de esta linterna se examinaron las armas.

»La espada del conspirador, que era simplemente como él habia dicho un estoque, era cinco pulgadas mas corta que la de su adversario y no tenia guarnicion.

»El general d'Epinay propuso que se echaran suertes sobre las espadas; pero el presidente respondió que él era el que habia provocado, y que la provocacion dejaba entender que cada uno se sirviese de sus armas.

»Los testigos trataron de insistir; pero el presidente les impuso silencio.

»Púsose en el suelo la linterna, colocáronse los adversarios el uno enfrente del otro, y comenzó el duelo.

»A las ráfagas de luz brillaban las espadas como relámpagos.

»En cuanto á los hombres, apenas se los veia; tan densa era la sombra.

»El general pasaba por una de las primeras espadas del ejército; pero se vió tan acosado desde los primeros golpes, que tuvo que salirse de línea; y al hacerlo, se cayó.

»Los testigos le tuvieron por muerto; pero el presidente, que estaba seguro de no haberle tocado, le ofreció la mano para que se levantara.

»Esto, en vez de calmarle, irritó tanto al general, que cerró á su vez con su contrario.

»Pero su contrario no salia de línea ni un punto siquiera. Recibíale en su guardia, y tres veces tuvo el general que retroceder por haberse espuesto mucho, y volver á la carga.



»A la tercera vez cayó de nuevo.

»Los testigos creyeron que se habia resbalado como antes; sin embargo, al ver que no se levantaba, se acercaron y procuraron volverle á poner de pié; pero el que le habia cogido por el cuerpo, sintió en su mano un calor húmedo.

»Era sangre.

»El general, que estaba casi desmayado, recobró sus sentidos.

Leyó Franz estas últimas frases con voz tan ahogada, que apenas se le oyeron, y despues hizo una pausa, pasándose la mano por los ojos como para apartar una nube.

Pero despues de esta pausa, continuó:

«El presidente volvió á subir la escalera; despues de haber metido su espada en el baston. Un rastro de sangre marcaba en la nieve su camino.

...y á la luz de una linterna se examinaron las armas.

—»¡Ah! murmuró, me envian un espadachin... un maestro de armas...

»Sin responder se acercó el presidente al testigo que tenia la linterna, y levantándose la manga, mostró su brazo pasado de dos estocadas; y luego desabrochándose la levita y el chaleco, mostró una tercera herida en el costado.

»Y sin embargo, no habia lanzado un suspiro.

»Acometió la agonía al general d'Epinay, y espiró á los cinco minutos...»

»Aun no habia llegado al fin de la escalera, cuando oyó en el agua un rumor sordo.

»Era el cuerpo del general, que acababan los testigos de arrojar al rio, despues de [illegible] muerte.

»Ha sucumbido pues el general [illegible] ley, y no en una emboscada [illegible] muracion.

»En fé de lo cual firmamos [illegible] que llegue un dia en que alguno [illegible]



escena terrible se vea acusado de asesinato con premeditacion ó de felonía.

»Firmado:

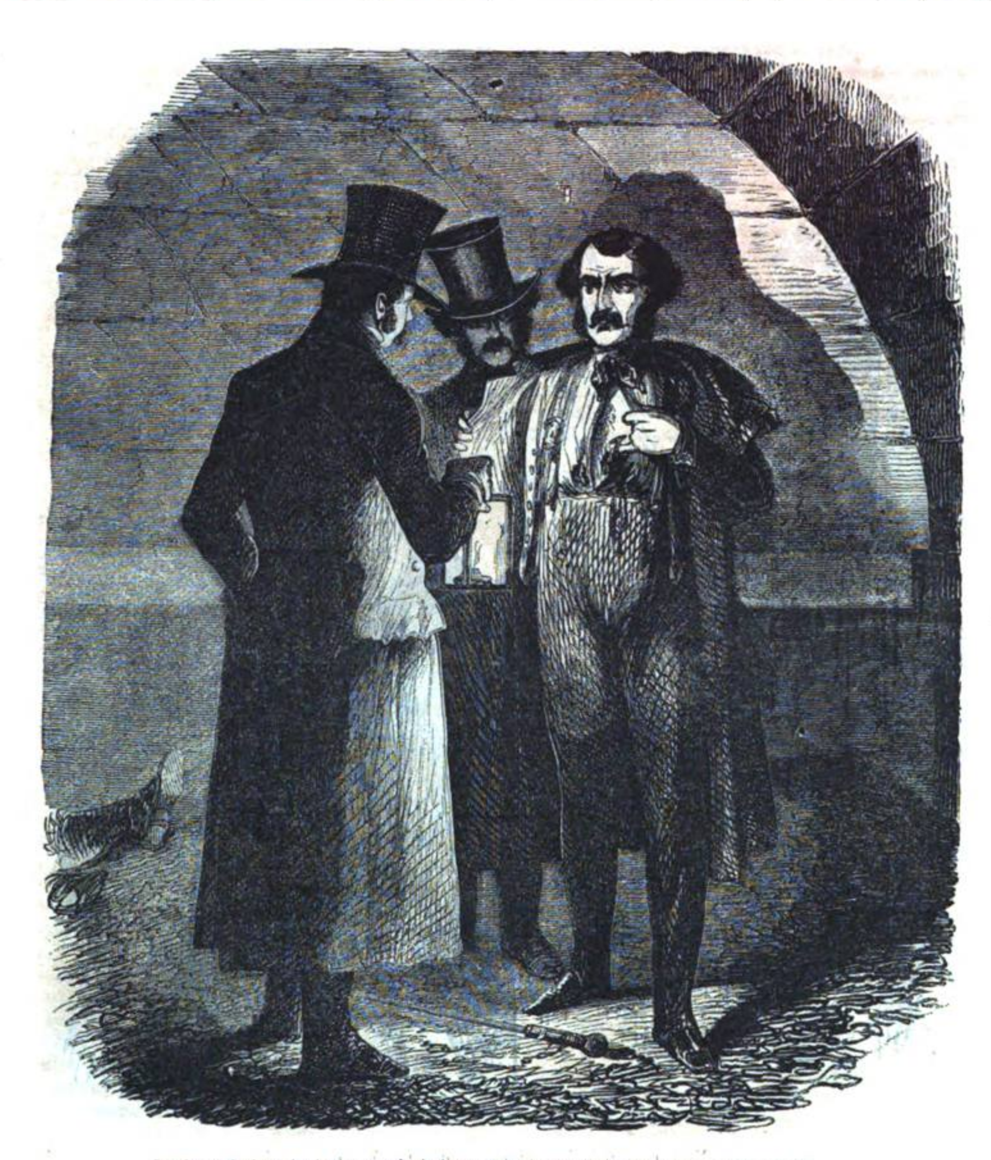
»BEAUREGARD, DUCHAMPY y LECHARPAL.»

Cuando Franz terminó esta lectura tan tremenda para un hijo; cuando Valentina, pálida de emociones, se enjugó una lágrima; y cuando Villefort, temblando y la respuesta del anciano, y que muchas veces habia reparado dos cicatrices en su muñeca, retrocedió espantada.

—En nombre del cielo, señorita, dijo Franz dirigiéndose á su futura, unid vuestras súplicas á las mias; sepa yo el nombre del que me dejó huérfano á los dos años.

Valentina permaneció inmóvil y muda.

—Caballero, creedme, dijo Villefort, no prolongueis



...desabrochándose la levita y el chaleco mostró una tercera herida en el costado.

escondido en un rincon, trataba de aplacar al implacable anciano con miradas suplicantes, dijo Franz á Noirtier:

—Puesto que conoceis, caballero, esta terrible historia en todas sus partes; puesto que la habeis hecho certificar con tan honrosas firmas; puesto que tanto os interesais por mí al parecer, aunque sea el dolor la única prueba que hayais dado de vuestro interés, decidme el nombre del presidente del club: ¡conozca yo al fin al que mató á mi padre!

Villefort, como perdido el seso, buscaba el pestillo de la puerta.

Valentina, que habia comprendido antes que nadie esta horrible escena. Los nombres han quedado ocultos de propósito. Mi padre mismo no conoce á ese presidente; y si le conoce, no sabria decirlo. Los nombres propios no estan en el diccionario.

—¡Oh desdicha! esclamó Franz. La única esperanza que me ha sostenido durante esa lectura dándome fuerzas para terminarla, fué la de saber siquiera el nombre del que mató á mi padre. ¡Caballero! ¡Caballero! esclamó volviéndose á Noirtier, en nombre del cielo haced lo que podais... procurad indicarme... darme á entender...

—Sí, respondió Noirtier.

—¡Oh señorita! ¡señorita! esclamó Franz, vuestro abuelo hace señas de que puede indicarme... Ayudadme vos que le comprendeis...

Noirtier miró el Diccionario.

Franz lo cogió con un temblor nervioso, y pronunció sucesivamente las letras del alfabeto hasta la Y.

En esta letra le hizo seña el viejo de que parara.

—¿Y? repitió el jóven.



Vos, M. Noirtier! ¿Sois vos el que mató á mi padre?

Y su dedo corria señalando las palabras; pero á todas respondia Noirtier con un signo negativo.

Valentina ocultaba su cabeza entre las manos.

Al cabo llegó Franz á la palabra *Yo*.

—Sí, dijo Noirtier.

—¡Vos! esclamó Franz erizándosele los cabellos, ¡vos, M. Noirtier! ¿Sois vos el que mató á mi padre?

—Sí, respondió Noirtier, clavando en el jóven una mirada majestuosa.

Franz cayó en un sillon falto de fuerzas.

Villefort abrió la puerta y echó á correr, porque le asaltaba la idea de ahogar aquel soplo de existencia que sostenia al tremendo anciano.

CAPITULO XVII.

LOS PROGRESOS DEL HIJO DE CAVALCANTI.

Entre tanto habia marchado el mayor Cavalcanti á continuar sus servicios, no en el ejército de S. M. el emperador de Austria, sino en la ruleta de los baños de Luna, adonde era uno de los *griegos* mas asiduos.

Escusado parece decir que se habia llevado consigo hasta el último ochavo de la cantidad que se le dió por su viaje, y por la manera majestuosa con que habia representado su papel de padre.

Andrea habia pues heredado del baron todos los documentos que certificaban que tenia el honor de ser hijo del marqués Bartolomé Cavalcanti y de la marquesa Leonora Corsinari.

Con esto se hallaba ya nuestro jóven anclado, por decirlo así, en la sociedad parisiense, que con tanta facilidad recibe á los estranjeros, no como ellos son, sino como les da la gana de ser.

Por otra parte, ¿qué es lo que en París se exige á un jóven? Que chapurree el francés, que vista á la moda, que juegue mucho y que pague en oro.

Esto es menos difícil á un estranjero que á un parisiense.

Andrea pues habia conquistado en quince dias una posicion muy buena; le llamaban señor conde; asegurábase que tenia cincuenta mil libras de renta, y se hablaba de los inmensos tesoros de su *señor* padre, enterrados en las canteras de Saravezza.

Un sabio que oyó hablar de esta circunstancia, declaró haber visto las canteras en cuestion, dando así mucho peso á las suposiciones de la gente, suposiciones que desde aquel momento tomaron la consistencia de la realidad.

Tal era pues el estado de la sociedad parisiense, cuando el conde de Monte-Cristo fué una noche á visitar á Danglars.

El banquero habia salido; pero los criados invitaron al conde con ver á la señora baronesa, invitacion que aceptó.

Desde la comida de Auteuil y los sucesos que produjo, nunca oia la baronesa pronunciar el nombre del conde de Monte-Cristo sin una especie de temblor nervioso.

Si á su nombre no seguia la presencia, se hacia mas intensa la sensacion dolorosa; pero si sucedia lo contrario, su rostro franco y abierto, sus ojos brillantes, su amabilidad y su galantería, alejaban de Madama Danglars hasta la última sombra de recelo, pareciéndole imposible que un hombre tan amable y seductor en apariencia pudiese abrigar contra ella malévolos designios; esto sin contar que los corazones mas corrompidos no creen en el mal sino haciéndolo hijo de un interés cualquiera; el mal inútil y sin causa les repugna por anómalo.

Cuando penetró Monte-Cristo en el gabinete, en que ya una vez hemos introducido á nuestros lectores, y donde la baronesa, aunque inquieta en el fondo, contemplaba unos dibujos que le alargaba Eugenia después de haberlos mirado á su vez con el hijo de M. Cavalcanti, produjo su presencia el acostumbrado efecto, y la baronesa le recibió sonriéndose, aunque todavía conmovida por el anuncio de su nombre.

El conde por su parte abarcó toda la escena con una mirada.

Junto á la baronesa, casi acostada en una butaca, veíase á Eugenia.

Cavalcanti estaba de pié.

Vestido de negro de piés á cabeza, como un héroe de Goëthe, con zapatos de charol y medias de seda blanca, se pasaba el jóven por sus cabellos rubios su mano blanca y esmeradamente cuidada, donde brillaba un diamante, que á pesar de los consejos de Monte-Cristo, el vanidoso no habia podido resistir al deseo de ponérselo.

Acompañaban á este movimiento miradas matadoras dirigidas á la señorita Danglars, y suspiros enviados en la misma direccion.

La señorita Danglars... como siempre, hermosa, fria y burlona.

No se le escapaban ni los suspiros ni las miradas de Andrea.

Y sin embargo, parecia que resbalasen sobre la coraza de Minerva, coraza, que segun algunos filósofos, cubria tal vez el pecho de Safo.

Saludó Eugenia con frialdad al conde, y aprovechándose de la conversacion se retiró á su estudio, desde donde dos voces frescas y simpáticas, unidas á los acordes del piano, hicieron conocer al conde de Monte-Cristo que la señorita Danglars habia preferido á su compañía y á la de Cavalcanti la compañía de Luisa d'Armilly, su maestra de canto.

Entonces fué cuando, aunque absorto al parecer en la conversacion de Madama Danglars, pudo el conde advertir los aspavientos de Andrea Cavalcanti, sus idas y venidas á la puerta del gabinete que no se atrevia á traspasar, y sus arranques de admiracion.

A poco rato entró el banquero.

Su primera mirada fué á la verdad para Monte-Cristo; pero la segunda para Andrea.

En cuanto á su muger, la saludó de esa manera que saludan ciertos maridos á sus mugeres, manera que los solteros no comprenderán hasta que se publique un código muy estenso del matrimonio.

—Qué! ¿no os han invitado esas señoritas á cantar con ellas? preguntó Danglars á Andrea.

—¡Ay, no señor! respondió el jóven exhalando un suspiro mucho mas notable que los otros.

Entonces se adelantó Danglars á la puerta del gabinete, y la abrió.

Las dos jóvenes estaban sentadas al piano en una misma silla.

Estaban tocando á dos manos, cosa á que por capricho se habian acostumbrado, y en la cual eran escelentes.

La señorita d'Armilly, que se veia formando con Eugenia, gracias al marco de la puerta, uno de esos cuadros vivos que son tan comunes en Alemania, la señorita d'Armilly era de muy notable hermosura, ó dicho mejor, gentileza.

Delgada y rubia como una hada, sus cabellos caian en hermosos bucles en torno á su garganta un poco larga, como las que suele dar á sus vírgenes Perugino; sus ojos parecian fatigados.

Decíase que su pecho era muy débil, y que como la Antonia del *violon de Cremona*, se moriria cantando.

Monte-Cristo lanzó una breve mirada de curiosidad á aquel templo del arte.

Era la primera vez que veia á la señorita d'Armilly, de quien tanto habia oido hablar en la casa.

—¿Qué, estamos escluidos nosotros? preguntó el banquero á su hija.

Y llevó al jóven al gabinete.

Fuese de intento, ó por casualidad, entornó la puerta detrás de Andrea, de modo que Monte-Cristo y Madama Danglars no pudiesen ver nada desde donde estaban sentados.

Pero como el banquero habia seguido á Andrea, la baronesa, al parecer, no hizo alto en esta circunstancia.

Poco tiempo después oyó el conde resonar la voz de Andrea, acompañando al piano una cancion corsa.

Mientras escuchaba el conde sonriéndose esta cancion, que le hacia olvidarse de Andrea para recordarle á Benedetto, alababa Madama Danglars la fortaleza de alma de su marido que aquella misma mañana acababa de perder trescientos ó cuatrocientos mil francos de resultas de una quiebra de Milan.

Y con efecto, el elogio era justo, porque si el conde no lo hubiera sabido por la baronesa ó por alguno de los medios que tenia de saberlo todo, el semblante del baron nada le hubiese revelado.

—¡Bueno! Ya oculta lo que pierde, pensó Monte-Cristo. Hace un mes se alababa de ello.

Y luego añadió en alta voz:

—¡Oh señora! M. Danglars conoce tan bien la Bolsa, que ganará por un lado lo que se le vaya por otro.

—Veo que participais del error comun, dijo Madama Danglars.

—¿Y cuál es ese error? le preguntó Monte-Cristo.

—Que M. Danglars juega, cuando por lo contrario no juega nunca.

—¡Ah! sí, es verdad... recuerdo que M. Debray me ha dicho... á propósito, ¿qué ha sido de M. Debray? Hace tres ó cuatro dias que no le veo.



—Ni yo, dijo Madama Danglars con un aplomo maravilloso; pero habeis comenzado una frase...

—¿Cuál?

—Que M. Debray os habia dicho...

—¡Ah sí! M. Debray me ha dicho que sois vos la dominada del demonio del juego.

—En otro tiempo he tenido ese gusto; pero ya no, respondió la dama.

—Justamente, dijo Monte-Cristo como si no la hubiese reparado, justamente se habla de un buen negocio hecho ayer con los bonos de Nápoles.

—No tengo bonos, ni los he tenido nunca, replicó la baronesa vivamente; pero en verdad, señor conde, que esto es ya demasiado hablar de Bolsa; parecemos agentes de cambio. Hablemos un poco de esos pobres Villefort tan atormentados al presente por la fatalidad.



—¿Qué, estamos escluidos nosotros? preguntó el banquero á su hija.

—Pues haceis mal, señora. La fortuna es muy veleta; y si yo fuera muger y la casualidad me hubiera hecho muger de un banquero, aunque tuviese confianza en la buena suerte de mi marido (porque ya sabeis que en esto de especulaciones todo consiste en suerte ó en desgracia); pues bien, aunque tuviese confianza en la suerte de mi marido, empezaria siempre por asegurarme un capital independiente, aunque para adquirirlo tuviese que colocar mi dinero en manos para él desconocidas.

Madama Danglars se ruborizó á pesar suyo.

—¿Pues qué les pasa? dijo Monte-Cristo con admirable candidez.

—Ya lo sabreis. Después de haber perdido á M. de Saint-Meran, acaban de perder á la marquesa.

—¡Ah! es verdad, repuso Monte-Cristo, ya lo supe; pero como dice Claudio á Hamlet, esa es una ley de la naturaleza; sus padres habian muerto antes que ellos y los habian llorado; ellos morirán antes que sus hijos, y sus hijos los llorarán.

—Pero eso no es todo.

—¿Cómo que no es todo?

—No; ya sabreis que iban á casar á su hija...
—Con M. Franz d'Epinay. ¿Se habrá deshecho la boda?
—Ayer mañana, segun parece, les alzó Franz su compromiso.
—¡Ah! ¿De veras?.. ¿y se sabe el por qué?
—No.
—¿Qué me anunciais, señora? ¡Dios mio! ¿Y cómo recibe M. de Villefort tantas desgracias?
—¿Por qué? dijo el banquero. Si es príncipe, hace mal en no estar orgulloso. A cada cual lo que es suyo. No me gusta que nadie reniegue de su orígen.
—¡Oh! vos sois demócrata puro, dijo Monte-Cristo sonriéndose.
—Ved á cuanto os esponeis, dijo en esto la baronesa. Si viniese por casualidad M. de Morcef, encontraria á M. Cavalcanti en una habitacion donde él, prometido de Eugenia, no ha logrado nunca entrar.



La baronesa se levantó al punto.

—Como siempre, como filósofo.
En este momento volvió Danglars solo.
—¿Qué es eso? dijo su muger. ¿Dejais á M. Cavalcanti con Eugenia?
—¿Y la señorita d'Armilly no es nadie? repuso el banquero.
Y volviéndose á Monte-Cristo:
—Qué jóven tan escelente es el príncipe Cavalcanti! ¿no es verdad, señor conde? Solo me ocurre... ¿es de veras príncipe?
—Yo no lo aseguro, respondió Monte-Cristo. Me han presentado su padre como marqués; él como conde; pero creo que no hace alarde de su título.
—Haceis bien en decir por casualidad, repuso el banquero, pues no parece en verdad sino que sea la casualidad quien siempre nos le trae: tan raro es verle en nuestra casa.
—En fin, si viniese y encontrase á Andrea con nuestra hija, podria disgustarle.
—¡Oh! Cómo os equivocais! M. Alberto no nos hace el honor de tener celos de su futura, que no la ama lo bastante para eso. Además, ¿qué me importa que se disguste ó no?
—Sin embargo, á la altura en que nos hallamos...
—Sí, á la altura en que nos hallamos... ¿quereis saber á qué altura nos hallamos? En el baile de su madre

bailó una sola vez con Eugenia, mientras Cavalcanti bailó tres, y ni siquiera él reparó en esto.

—El señor vizconde Alberto de Morcef, dijo anunciando el ayuda de cámara.

La baronesa se levantó al punto.

Iba ya á pasar al gabinete para juntarse con su hija, cuando Danglars la detuvo por el brazo.

—Dejad, le dijo.

Su muger le miró asombrada.

Monte-Cristo aparentó no haber visto este juego escénico.

En esto entró Alberto muy alegre y muy guapo.

Saludó á la baronesa con aplomo, al banquero con familiaridad, y al conde con cariño.

Luego, volviéndose á la baronesa:

—¿Me permitís, señora, la dijo, preguntaros cómo sigue la señorita Danglars?

—Muy bien, caballero, respondió al punto el baron: en este momento está cantando en su estudio con M. Cavalcanti.

Alberto no perdió su aire tranquilo é indiferente.

Acaso sentia algun despecho interior; pero vió que Monte-Cristo le clavaba sus miradas.

—M. Cavalcanti, dijo, tiene una escelente voz de tenor, y la señorita Eugenia una magnífica voz de soprano, sin contar que toca el piano como Thalberg. Debe de ser un concierto divino.

—El hecho es, repuso Danglars, que se adúan admirablemente.

Alberto aparentó no haber comprendido este equívoco, tan grosero sin embargo, que Madama Danglars se ruborizó.

—Yo tambien, prosiguió el jóven, soy tal cual músico, al decir de mis maestros, y sin embargo ¡cosa estraña! nunca he podido hacer el duo á ninguna voz, y á los sopranos mucho menos.

Danglars soltó una sonrisita que significaba:

—Pícate, pícate.

Y luego añadió, esperando sin duda llegar al punto que deseaba:

—Pues mi hija y el príncipe han sido ayer objeto de la admiracion general. ¿No estabais ayer aquí, M. de Morcef?

—¿Qué príncipe? le preguntó Alberto.

—El príncipe Cavalcanti, repuso Danglars, empeñado siempre en dar este título á Andrea.

—¡Ah! disimuladme, dijo Alberto; ignoraba que fuese príncipe. ¿Conque el príncipe Cavalcanti ha cantado ayer con la señorita Eugenia? En verdad que debió ser cosa divina, y siento en el alma no haberlos oido. Pero no pude aceptar vuestro convite, porque tuve que acompañar á Madama de Morcef á casa de la baronesa de Chateau-Renaud, donde cantaban los alemanes.

Después tras un momento de silencio, añadió:

—¿Me será permitido presentar mis respetos á la señorita Danglars?

—¡Oh!... esperad... esperad... dijo el baron deteniendo al jóven... ¿No ois qué cavatina tan deliciosa? ta, ta, ta, ti, ta, ti, ta... ¡sublime! ¡divino!.. ya acaba... esperad un momento... ¡bravo! ¡bravo! ¡bravo!

Y se puso á aplaudir frenéticamente.

—Con efecto, dijo el vizconde, es sublime, y dificulto que nadie comprenda la música de su pais mejor que el príncipe Cavalcanti... príncipe habeis dicho, ¿no es verdad? Aunque si no es príncipe lo harán el mejor dia, que eso es fácil en Italia. Pero volviendo á nuestros músicos, deberiais proporcionarnos un placer, querido Danglars, que es rogar á vuestra hija y al príncipe Cavalcanti que canten otra cosa, por supuesto sin prevenirles que hay aquí gente de fuera de casa. ¡Es una cosa tan deliciosa oir la música desde lejos, oculto en un rincon, sin ser visto, sin ver, y por consiguiente sin estorbar al artista que puede así entregarse á los trasportes arrebatados de su inspiracion!...

Esta vez se vió Danglars vencido en flema por el jóven.

Y llamó aparte á Monte-Cristo.

—¿Qué os parece el galan? le dijo.

—¡Cáspita! frio de toda frialdad, respondió el conde; pero estais comprometido...

—Sí que estoy comprometido, pero es á casar á mi hija con un hombre que la quiera, y no con quien no la quiere. ¿No le veis frio como el mármol, orgulloso como un pavo real? Si fuese siquiera tan rico como Cavalcanti, vaya en gracia... Yo no he consultado á mi hija aun; pero si tuviese buen gusto...

—¡Oh! repuso Monte-Cristo, no sé si me ciega la amistad; pero os aseguro que M. de Morcef es un jóven incomparable, que hará dichosa á vuestra hija, y que será algo en el mundo con el tiempo... porque en fin, la posicion de su padre es magnífica.

—¡Hum! refunfuñó Danglars.

—¿Por qué esa duda?

—¡Siempre me ocurre que su pasado es tan oscuro! tan...

—Pero el pasado del padre nada tiene que ver con el hijo.

—Sí tal, sí tal.

—Veamos... no seais terco. Hace un mes os parecia escelente esa boda. Ya comprendereis que yo debo de estar desesperado, pues en mi casa fué donde visteis á ese Cavalcanti, á quien no conozco, os lo repito.

—Yo lo conozco y basta, repuso Danglars.

—¿Le conoceis? ¿Habeis pedido informes?...

—No hay necesidad de eso. A primera vista sabe uno con quien trata. Es rico además.

—Yo no lo aseguro.

—¿Pues no le fiais?

—Cincuenta mil libras, una miseria.

—Tiene una educacion...

—¡Hum! refunfuñó el conde á su vez.

—Es gran músico.

—Todos los italianos lo son.

—Vamos, conde, no le haceis justicia.

—Sí, confieso que me duele el que conociendo vuestro compromiso con los Morcef quiera abusar de su fortuna, haciendo el tercero en discordia.

Danglars se echó á reir, y dijo:

—¡Oh! qué puritano sois! Eso se ve en el mundo todos los dias.

—Sin embargo, no podeis romper así con los Morcef, mi querido Danglars, que cuentan con esta boda.

—¿Cuentan?

—¡Vaya!

—Pues que se espliquen terminantemente. Vos que tan buena posicion teneis en la casa, deberíais indicárselo al padre, mi querido conde.

—¿Y de dónde sacais que yo tenga buena posicion?

—Lo he conocido la noche del baile... ¡Vaya! la condesa, la altiva Mercedes, la desdeñosa catalana, que apenas se digna de saludar á sus amigos mas antiguos, os cogió del brazo, os llevó al jardin, y á sitios donde nadie os viera, y no volvió sino media hora después.

—¡Ah, baron, baron! nos impedís oir, dijo Alberto. En un melómano como vos, eso es una barbarie.

—Bien, bien, señor satírico, dijo Danglars.

Y volviéndose á Monte-Cristo:

—¿Conque os encargais de decir eso al padre?

—Sí, si es empeño vuestro.

—Que salgamos del paso de una vez; que esta entrevista sea definitiva. Que me pida á mi hija; que señale la época del matrimonio; que declare sus condiciones de dinero; en fin, que nos arreglemos ó rompamos; ya me entendeis. No mas dilaciones.

—Bien, daré ese paso.

—No os diré que aguarde al conde con placer; pero al fin le aguardo. Ya sabeis que los banqueros son esclavos de su palabra.

Y exhaló Danglars un suspiro como los que exhalaba Andrea media hora antes.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! gritó Morcef parodiando al banquero y aplaudiendo el final de la cavatina.

Empezaba ya Danglars á mirar al vizconde de reojo, cuando entraron á traerle un recado en secreto.

—Esperadme, que al punto vuelvo, dijo á Monte-Cristo. Quizás dentro de poco tenga algo nuevo que deciros.

Y salió de la estancia.

La baronesa aprovechó su ausencia para abrir la puerta del estudio de su hija, y se vió levantarse como un autómata á Andrea, que estaba sentado al piano con Eugenia.

Saludóla Alberto sonriéndose, y ella sin turbarse lo mas mínimo le devolvió el saludo con su frialdad acostumbrada.

Cavalcanti fué el que se turbó mas á las claras.

Morcef, á quien saludó, le devolvió su saludo con un aire impertinente.

Y acto contínuo empezó á deshacerse en elogios de la voz de Eugenia, y á demostrar su sentimiento por no haber podido asistir al concierto de la noche anterior.

Entregado Cavalcanti á sí mismo, tuvo que ponerse á hablar con Monte-Cristo.

—Vamos, dijo Madama Danglars, basta de música, y tomemos el té.

—Ven, Luisa, dijo Eugenia á su amiga.

Y pasaron á la sala próxima, donde efectivamente estaba servido el té.

Cuando ya empezaban á dejar las cucharillas en las tazas, segun la costumbre inglesa, volvióse la puerta á abrir, y entró Danglars visiblemente agitado.

Monte-Cristo fué el que mas reparó en ello, é interrogó al banquero con sus miradas.

—Acabo de recibir mi correo de Grecia, dijo Danglars.

—¡Ah! ¿os llamaban para eso? repuso el conde.

—Sí.

—¿Cómo está el rey Oton? le preguntó Alberto muy sériamente.

Miróle de reojo Danglars sin responderle, y Monte-Cristo volvió la cara á otro lado para ocultar la espresion de piedad que se pintó en ella, aunque desapareciendo en seguida.

—Nos iremos juntos, ¿no es verdad? preguntó Alberto al conde.

—Sí, respondió este.

Nada comprendia el jóven de las miradas del banquero: conque volviéndose al conde, que las habia comprendido perfectamente, le preguntó:

—¿Habeis reparado cómo me mira?

—Sí; ¿pero encontrais algo de particular en su mirada?

—¡Y tanto! ¿Qué querrá decir con sus noticias de Grecia?

—¿Cómo quereis que lo sepa yo?

—Porque supongo que tendreis relaciones en aquel pais.

Monte-Cristo se sonrió como aquel que quiere ahorrarse una respuesta.

—Miradle, hácia vos viene, dijo Alberto. Voy á decir cuatro cosas á Eugenia sobre su traje, para que él tenga tiempo de hablar con vos.

—Si vais á elogiarla, elogiadle la voz siquiera, dijo Monte-Cristo.

—No tal: eso es lo que hace todo el mundo.

—Mi querido vizconde, llevais la fatuidad hasta la impertinencia.

Alberto se dirigió á Eugenia con la sonrisa en los labios.

Entre tanto Danglars se acercó al conde y le dijo al oido:

—Vuestro consejo era escelente: se encierra una historia horrible en estas dos palabras.—Fernando.—Janina.

—¡Bah! respondió Monte-Cristo.

—Sí, ya os lo contaré; pero llevaos al vizconde, que en este momento su presencia me embaraza mucho.

—Es lo que haré, puesto que quiere acompañarme. ¿Seguís en la idea de que hable al padre?

—Mas que nunca.

—Bien.

El conde hizo una seña á Alberto.

Y después de saludar á las señoras, salieron ambos, el vizconde recibiendo con la mayor indiferencia los desprecios de Eugenia, y Monte-Cristo reiterando á Madama Danglars sus consejos sobre la prevision que deben tener en asegurarse su porvenir las mugeres de los banqueros.

Cavalcanti quedó dueño del campo de batalla.

CAPITULO XVIII.

HAYDÉE.

Apenas habria el carruaje vuelto la esquina del *bulevar*, cuando Alberto se volvió hácia el conde lanzando una carcajada harto estrepitosa para no ser un tanto violenta.

—Y bien, le dijo, ahora os pregunto lo que el rey Carlos IX preguntaba á Catalina de Médicis después de la matanza de San Bartolomé:—¿Qué tal he desempeñado mi papel?

—¿Pero de qué se trata? le preguntó Monte-Cristo.

—De la instalacion de mi rival en casa de Danglars.

—¿Qué rival?

—¡Pardiez! Vuestro protegido M. Andrea Cavalcanti.

—¡Oh! nada de bromas pesadas, vizconde. Yo no protejo en ningun modo á Cavalcanti, y mucho menos con M. Danglars.

—Eso os lo reñiria yo si el jóven necesitara de protectores; pero por fortuna mia puede pasarse sin ellos.

—¿Cómo? ¿Creeis que hace la corte...

—Os lo aseguro; asesta unos ojos entreabiertos, exhala unos suspiros... ¡Oh! pretende la mano de la orgullosa Eugenia.

—¿Qué importa, si ella solo piensa en vos?

—No digais eso, mi querido conde. Por los dos lados he salido hoy perdiendo.

—¿Cómo por los dos lados?

—Sí. Eugenia apenas me ha contestado, y su confidenta Luisa mucho menos.

—Pero el padre os adora, dijo Monte-Cristo.

—¿Él? Todo lo contrario.

—Los celos indican cariño.

—Sí; pero yo no tengo celos.

—Él, sí.

—¿De quién, de Debray?

—No; de vos.

—¿De mí? Apuesto á que antes de ocho dias me cierra la puerta de su casa.

—Os engañais, mi querido vizconde.

—Una prueba

—¿La exigís?

—La exijo.

—Estoy comisionado para dar un paso definitivo con vuestro padre.

—¿Comisionado por quién?

—Por el baron mismo.

—¡Oh! dijo el jóven con toda la astucia de que era susceptible; no hareis eso, ¿no es verdad?

—Os engañais, Alberto; lo haré, porque lo he prometido.

—Vamos, dijo Alberto suspirando, no parece sino que tengais empeño en verme casado.

—Tengo empeño en estar bien con todo el mundo;

pero á propósito de Debray, no le veo por casa de Danglars.

—Está reñido.

—¿Con la baronesa?

—No, con el baron.

—¿Ha conocido algo?

—¡Ah! qué broma!

—¿Creeis que él lo supiese? dijo Monte-Cristo con admirable candidez.

iniciado. Preguntádselo á M. Cavalcanti cuando sea de la familia.

El coche paró.

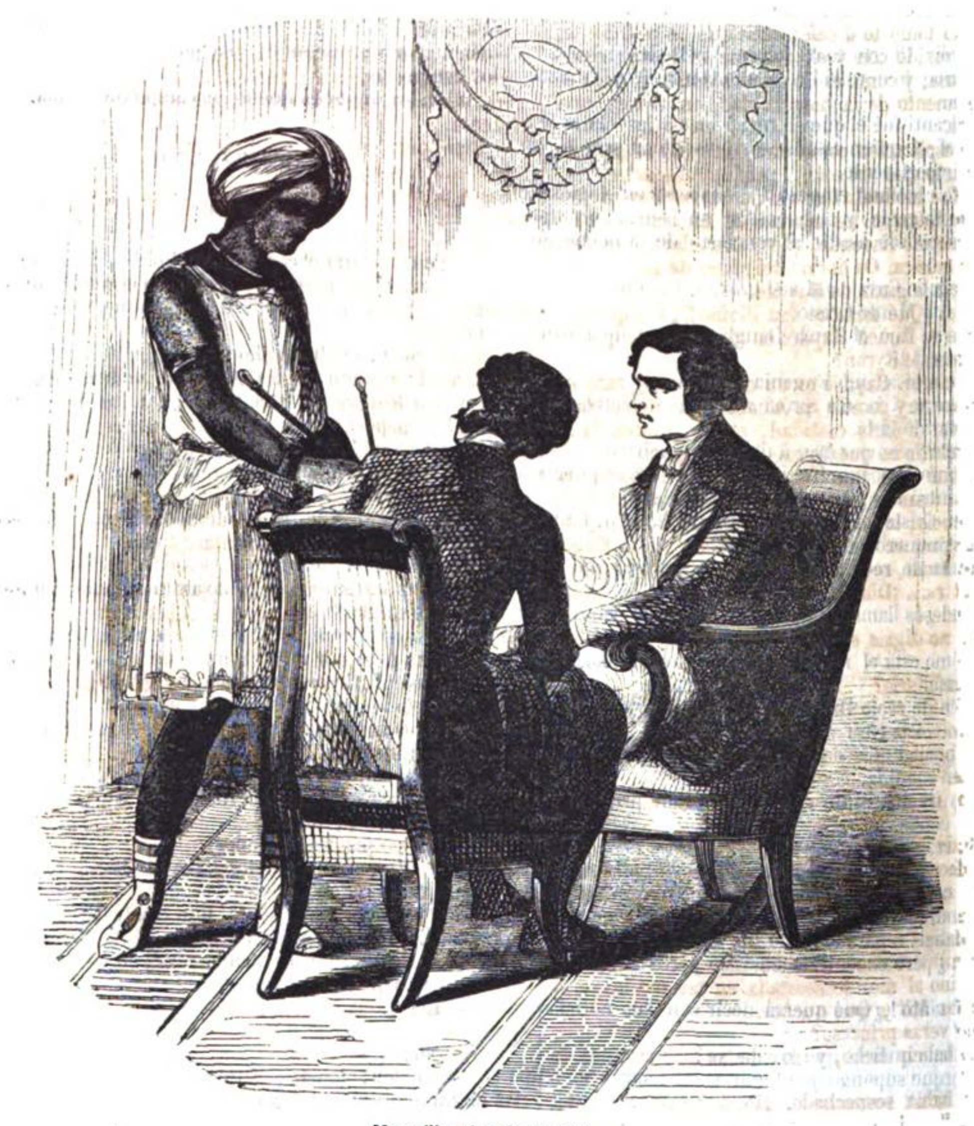
—Ya hemos llegado, dijo Monte-Cristo. Subid, que no son mas que las diez y media.

—Con mucho gusto.

—Mi carruaje os llevará luego.

—No, gracias. Mi cupé ha debido seguirnos.

—Con efecto, allí está, dijo el conde apeándose.



¡Maravilloso! esclamó el jóven.

—Já, já! ¿Pero de dónde salís, mi querido conde?

—Del Congo, si os parece.

—No es bastante lejos aun.

—¿Conozco yo acaso esta sociedad?

—¡Eh! Los maridos son lo mismo en todas partes. Con estudiar en cualquier país al individuo, conoceis ya la raza.

—Pues entonces, ¿qué ha podido descomponer á Danglars y á Debray? Se entendian tan bien al parecer, dijo Monte-Cristo volviendo á su aire cándido.

—Eso toca á los misterios de Isis en que yo no estoy

Y entraron en la casa.

El salon estaba iluminado.

—Vais á hacernos té, Bautista, dijo Monte-Cristo.

Bautista salió sin responder.

Dos segundos despues tornó con el té en una bandeja, que como las comidas de las comedias de mágia parecia salir de debajo de la tierra.

—Lo que mas admiro en vos, mi querido conde, dijo Morcef, no son vuestras riquezas, que acaso habrá personas mas ricas que vos; no vuestro talento, que Beaumarchais no tendria mas, pero tenia tanto; es vuestro

modo de haceros servir al minuto, al segundo, sin súplica, como si la campanilla con que llamais dijese vuestros deseos y estuviera preparado siempre cuanto podais desear.

—Lo que decís es verdad. Conocen mis costumbres. Vais á ver un ejemplo. ¿Mientras bebeis el té, no deseais hacer algo?

—¡Pardiez! deseo fumar.

Monte-Cristo se acercó al timbre y dió un golpe.

Un segundo después se abrió una puerta secreta, apareciendo Alí con pipas llenas de tabaco.

—¡Maravilloso! esclamó el jóven.

—No, sino muy natural. Alí sabe que acostumbro fumar cuando tomo té ó café; sabe que he pedido té; sabe que he venido con vos; oye que le llamo; comprende la causa; y como es de un país donde la pipa es el primer elemento de la hospitalidad, en vez de una pipa trae dos.

—Es una esplicacion como otra cualquiera; pero no es menos cierto que vos solo... ¡Ah! qué escucho!

Y Morcef se inclinaba hácia la puerta por donde efectivamente penetraron los acordes de un instrumento.

—A fé, querido vizconde, que esta noche no os deja un punto la música. Os librais del piano de la de Danglars, para oir la guzla de Haydée.

—¡Haydée! ¡Qué nombre tan divino! ¿Conque hay mugeres que se llamen Haydée en alguna parte que no sea los poemas de Byron?

—Sí por cierto. Haydée es un nombre muy raro en Francia, pero muy comun en Albania y en Epiro. Haydée es como si dijéseis castidad, pudor, inocencia... nombre de bautismo que llamais los europeos.

—¡Oh! ¡qué cosa tan divina! esclamó Alberto. Si nuestras francesas se llamáran la señorita Bondad, la señorita Silencio, la señorita Caridad cristiana!.. ¡Oh! si la de Danglars en vez de llamarse Clara María Eugenia como se llama, se llamara Castidad, Pudor, Inocencia... Danglars... ¡Diablo! ¡qué mal efecto haria en las amonestaciones!

—¡Loco! no digais eso tan alto, que Haydée puede oiros.

—¿Y se enfadaria?

—No tal, dijo el conde con su aire altivo.

—¿Es bondadosa?

—No por bondad, por deber. Un esclavo no se enfada con su amo.

—Vamos, no digais eso vos. ¿Qué, hay esclavos todavía?

—Sin duda, pues Haydée es mi esclava.

—Con efecto, vos no haceis nada ni teneis nada como los demás. ¡Esclava del conde de Monte-Cristo! En Francia es una posicion. Segun el oro que manejais, ese destino debe valer diez mil escudos al año.

—¡Diez mil escudos! Muchos mas tenia la pobre niña, que vino al mundo acostada en tesoros mayores que los de las *Mil y una noches*.

—¿Es de veras princesa?

—Vos lo habeis dicho, y una de las mas grandes de su país.

—Ya lo habia sospechado. ¿Pero cómo una gran princesa ha llegado á ser vuestra esclava?

—¿Cómo llegó á ser Dionisio el Tirano maestro de escuela? Los azares de la guerra, querido vizconde, caprichos de la fortuna.

—¿Y su nombre es un secreto?

—Para todo el mundo, sí; pero no para vos, que sois amigo mio, y lo callareis si me prometeis callarlo, ¿no es verdad?

—¡Oh! palabra de honor.

—¿Conoceis la historia del pachá de Janina?

—¿De Alí-Tebelin? Sin duda, pues á su servicio hizo mi padre su carrera.

—Es verdad. No me acordaba.

—Y bien. ¿Qué es Haydée de Alí-Tebelin?

—Hija simplemente.

—¡Cómo! ¡hija de Alí-Pachá?

—Y de la hermosa Vasiliki.

—¿Y es esclava vuestra?

—Sí.

—¿Cómo pues?

—¡Toma! Un dia que pasaba por el mercado de Constantinopla, la compré.

—¡Qué esplendidez! Con vos, querido conde, no se vive, que se sueña. Ahora... es una indiscrecion lo que voy á pediros...

—Hablad.

—Puesto que salís con ella, puesto que la llevais á la ópera...

—Seguid.

—Bien puedo atreverme á pediros...

—Conmigo podeis atreveros á todo.

—Pues bien, querido conde, presentadme á vuestra princesa.

—Bien, pero con dos condiciones.

—Desde luego las acepto.

—La primera es, que á nadie confesareis esta presentacion.

—Bien. Lo juro.

Y Alberto estendió el brazo.

—La segunda es, que no le direis que vuestro padre ha servido al suyo.

—Lo juro tambien.

—Bien. Sé que sois hombre de honor.

El conde volvió á dar en el timbre, y entró Alí.

—Avisa á Haydée, le dijo, que voy á tomar el café con ella, y hazle entender que le pido me permita presentarle á un amigo mio.

Alí se inclinó y salió.

—Conque es cosa convenida; nada de preguntas directas, caro vizconde. Si deseais saber algo, preguntadmelo á mí, y yo se lo preguntaré á ella.

—Convenido.

Alí volvió por tercera vez, dejando el tapiz levantado para indicar á su amo y á Alberto que podian pasar.

—Entremos, dijo Monte-Cristo.

Alberto se pasó una mano por los cabellos, y otra por el bigote.

Cogió el conde el sombrero, púsose los guantes, y entró delante de Alberto en la habitacion que guardaba Alí como un centinela avanzado, y defendian las tres ayudas de cámara francesas al mando de Myrto.

Haydée esperaba en la primera habitacion, que era la sala, con los ojos dilatados por la sorpresa, pues era la primera vez que otro hombre que no Monte-Cristo penetraba allí.

Estaba en un rincon sentada en un sofá con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y se habia hecho una especie de nido con los almohadones de seda oriental rayada y bordada.

A su lado yacia el instrumento que la denunció al vizconde.

Estaba hermosísima así.

Al ver á Monte-Cristo se incorporó con aquella sonrisa de hija y de amante, que solo ella poseia.

Acercósele Monte-Cristo y le tendió la mano, donde ella puso un beso, como tenia de costumbre.

Alberto se quedó junto á la puerta, fascinado por aquella estraña beldad que veia por primera vez, y de la cual en Francia no podia formarse idea.

—¿A quién me traes? preguntó la jóven á Monte-Cristo en romaico. ¿Me traes un hermano, un amigo, un simple conocido, ó un enemigo?

—Un amigo, respondió el conde en el mismo idioma.

—¿Su nombre?

—El vizconde Alberto. Es el mismo que salvé en Roma.

—¿En qué lengua quieres que le hable?

Monte-Cristo se volvió á Alberto.

—¿Sabeis el griego moderno? le preguntó.

—¡Ay! ni siquiera el griego antiguo, respondió el jóven. Nunca Homero y Platon han tenido mas pobre ni mas descuidado aprendiz.

—Entonces, dijo Haydée, probando que entendia la pregunta del conde y la respuesta de Alberto, entonces hablaré en francés ó en italiano... por supuesto si mi señor quiere que hable.

Monte-Cristo reflexionó un instante.

aproximase, mientras iba Alí á ejecutar sus órdenes.

Monte-Cristo señaló á Alberto dos almohadones, y cogiendo cada cual el suyo, los acercaron á una especie de velador cargado de flores naturales, de estampas y de piezas de música.

Alí volvió trayendo el café y las pipas.

En cuanto á Bautista, no ponia los piés en aquella parte de la casa.

Acercósele Monte-Cristo y le tendió la mano, donde ella puso un beso.

—Habla en italiano, le dijo.

Y volviéndose á Alberto, añadió:

—Es lástima que no sepais ni el griego moderno ni el antiguo, que Haydée habla admirablemente, porque se verá obligada á hablaros en italiano, lo que quizás os dé una falsa idea de ella.

Y esto diciendo hizo una seña á Haydée.

—Bien venido seas, tú, que vienes con mi amo y señor, dijo la jóven en buen toscano, con ese dulce acento romano que hace á la lengua del Dante tan sonora como la de Homero.—Alí, café y pipas.

É hizo con la mano seña á Alberto de que se

El vizconde rehusó la pipa que le presentaban.

—¡Oh! tomadla, tomadla, le dijo Monte-Cristo. Haydée es casi tan civilizada como una parisiense, y si le desagrada el habano, es porque los malos olores no le gustan; pero ya sabeis que el tabaco de Oriente es un perfume.

Las tazas estaban preparadas.

Solamente para el jóven se habia añadido un azucarero.

Monte-Cristo y Haydée tomaban el licor árabe á la manera de los árabes, es decir, sin azúcar.

Alargó Haydée la mano, y cogiendo con la punta de





Wasiliki.

sus rubicundos y afilados dedos la taza de porcelana del Japon, la llevó á sus labios con el sencillo deleite de quien toma una cosa que le place.

Al mismo tiempo entraron dos mugeres con bandejas llenas de helados y sorbetes, que colocaron sobre dos mesitas destinadas á este objeto.

—Mi caro amigo, y vos signora, dijo Alberto en italiano, perdonad mi asombro, mi estupefaccion. Estoy aturdido, y es natural. Encuentro aquí el Oriente, el Oriente verdadero, no por desgracia como yo lo he visto, sino como lo he soñado en el seno de Paris. Hace un momento oia cruzar los omnibus y gritar á los cafeteros ambulantes... ¡Oh signora! ¡que no sepa yo hablar el griego! Vuestra conversacion y todo este aparato fantástico harian que me acordase de esta noche eternamente.

—Tambien hablo el italiano lo bastante para hablar con vos, caballero, dijo Haydée con tranquilidad; y si tanto os gusta el Oriente, haré todo lo posible porque le encontreis aquí.

—¿De qué puedo hablar? preguntó Alberto en voz baja á Monte-Cristo.

—De lo que querais. De su país, de su juventud, y de sus recuerdos, y luego si quereis, de Roma, de Nápoles ó de Florencia.

—¡Oh! seria una cosa indigna hablar á una griega de lo que se hablaría á una parisiense. Dejadme hablarla de Oriente.

—Hacedlo, pues, que es la conversacion que mas le gusta.

Alberto se volvió hácia la jóven.

—¿A qué edad ha salido de Grecia la signora? le preguntó.

—A los cinco años, respondió Haydée.

—¿Y recordais vuestra patria? repuso Alberto.

—Con solo cerrar los ojos vuelvo á ver todo lo que he visto. Hay dos miradas, la del cuerpo y la del alma; la del cuerpo puede olvidar alguna vez; pero la del alma, nunca.

—¿Y cuál es la época mas lejana de que os acordeis?

—Cuando empezaba á andar. Mi madre, que se llamaba Vasiliki, (Vasiliki quiere decir real, añadió la jóven irguiendo la cabeza), mi madre me cogia de la mano, y cubiertas ambas con nuestro velo, y poniendo en la bolsa todo el oro que poseíamos, íbamos á pedir limosna para los presos, murmurando:—«El que da á los pobres presta al Eterno.»—Luego, cuando se llenaba nuestra bolsa volvíamos á palacio, y sin decir nada á mi padre, enviábamos todo el dinero que nos habian dado tomándonos por pobres, al egúmeno del convento, que lo repartia entre los presos.

—Y en aquella época, ¿qué edad teníais?

—Tres años, dijo Haydée.

—¿Luego os acordais de todo lo que os ha pasado desde la edad de tres años?

—De todo.

—Conde, dijo Morcef á Monte-Cristo en voz baja, debíais dejarla que nos contase algo de su historia. Me habeis prohibido hablarla de mi padre; pero así quizás me hablará ella, y no podeis figuraros cuánto deseo oir su nombre pronunciado por tan linda boca.

Volvióse Monte-Cristo hácia Haydée, y con un movimiento de cejas que indicaba á la jóven pusiese mucha atencion en lo que él iba á hacer, la dijo en griego:

—Πατρος μεν ατην, μη δε ονομα προδοτου και προδοσιαν, ειπε ημιν (1).

Haydée exhaló un profundo suspiro, y por su frente pura pasó una sombra.

—¿Qué le decíais? preguntó Morcef al conde en voz baja.

—Le repito que sois amigo mio, y que no tiene por qué recatarse de vos.

(1) Traduccion al pié de la letra.—De tu padre la suerte, pero no la traicion ni el nombre del traidor, cuéntanos.

—Quedamos, dijo Alberto, en que vuestro primer recuerdo es esa cuestacion piadosa á beneficio de los presos. ¿Cuál es el otro?

—¿El otro? Me veo á la sombra de los sicomoros, cerca de un lago cuya superficie temblorosa y tersa como un espejo distingo aun. Contra el sicomoro mas viejo y copudo estaba sentado mi padre, y mi madre á sus piés, y yo, tierna criatura, sentada tambien en almohadones, jugaba con su barba blanca que le llegaba hasta el pecho, y con el puño de diamantes del *cangiar* que llevaba á la cintura. De vez en cuando venia un albanés á decirle algunas palabras, en que no reparaba yo, y á las cuales respondia él siempre en el mismo tono:—Matale-ó-déjale.

—¡Qué cosa tan rara, dijo Alberto, es oir esto en boca de una jóven y fuera del teatro, teniendo que decir: ¡esto no es ficcion!—¿Y cómo os parece la Francia teniendo llena la imaginacion de ese país tan poético y esos recuerdos tan fantásticos?

—Creo que la Francia es un hermoso país, respondió Haydée; pero la veo ya con ojos de muger, mientras mi patria, que solo he visto con ojos de niña, me parece por el contrario siempre cubierta de un velo sombrío ó resplandeciente, segun que la recuerdo como patria dulce ó como lugar de amargos sufrimientos.

—¿Y cómo habeis podido sufrir siendo tan jóven? dijo Alberto cayendo en la vulgaridad, á pesar suyo.

Haydée volvió los ojos á Monte-Cristo, que haciéndole una seña imperceptible, murmuró:

—Ειπε (1).

—Nada como los recuerdos compone el fondo del alma; y aparte los dos que acabo de citaros, todos los de mi juventud son tristes.

—Hablad, hablad, signora, que juro escucharos con el mayor interés, dijo Alberto.

—¿Quereis que pase á mis otros recuerdos? le preguntó la jóven.

—Os lo suplico.

—Tenia yo cuatro años cuando una noche me despertó mi madre. Estábamos en el palacio de Janina. Cogióme de los almohadones en que yo dormia, y al abrir los ojos ví los suyos inundados de lágrimas.

Sin decir una palabra me llevó consigo.

Al verla llorar, iba yo á llorar tambien.

—¡Silencio, niña! me dijo.

En otras ocasiones, pese á los consuelos de mi madre, caprichosa como todos los niños, hubiera seguido llorando; pero en esta ocasion era tal el acento de terror de la pobre Vasiliki, que al momento callé.

Ibamos corriendo.

Bajamos una escalera muy larga.

Delante de nosotros bajaban tambien, ó por mejor decir, se precipitaban todas las mugeres de la servidumbre de mi madre cargadas de cofres, de saquitos, de joyas y de bolsas.

Seguia á aquellas mugeres una guardia de veinte hombres armados de largos fusiles y de pistolas, y vestidos con ese traje que se conoce en Europa desde que la Grecia ha vuelto á ser nacion.

Era muy siniestra de ver, creedme, prosiguió la jóven meneando la cabeza y poniéndose pálida á este solo recuerdo, era muy siniestra de ver aquella inmensa fila de esclavas y de mugeres medio dormidas aun, ó á lo menos yo me lo figuraba, yo, que quizás creia dormidas á mis compañeras porque no estaba bien despierta.

Por el fondo corrian unas sombras gigantescas dibujándose en el techo á la temblorosa luz de las teas.

—«¡Qué se den prisa!» dijo una voz allí.

Y todo el mundo se inclinó como las espigas de un sembrado agitadas por el viento.

A mí aquella voz me hizo temblar de gozo.

Era la de mi padre.

Iba el último, vestido con su traje esplendoroso,

(1) Cuenta.

armado con la carabina que le regaló vuestro emperador, y apoyado en su favorito Selim. Custodiaba nuestra marcha como un pastor conduce á sus ovejas.

Mi padre, dijo Haydée irguiendo la cabeza, era un hombre ilustre que la Europa ha conocido con el nombre de Alí-Tebelin, Pachá de Janina, y hasta la Turquía ha temblado delante de él.

Sin saber por qué se estremeció Alberto al oir estas palabras, pronunciadas con un acento indefinible de orgullo y de dignidad. Parecióle que brillaba en los ojos de la doncella algo siniestro y terrible, cuando semejante á una Pitonisa que evoca un espectro, despertó el recuerdo de aquella sangrienta figura que por su terrible muerte se hizo gigantesca á los ojos de la Europa contemporánea.

—Pronto se detuvo nuestra marcha, prosiguió Haydée. Habiamos acabado de bajar la escalera, y nos hallábamos á orillas de un lago. Mi madre me estrechaba contra su pecho palpitante, y á dos pasos detrás de nosotros ví á mi padre mirando en torno suyo con inquietud.

Cuatro escalones de mármol nos faltaban para llegar á una barca que se mecia en el lago.

Desde donde estábamos se veia una masa negra proyectarse en medio del lago. Era el kiosco, y allá íbamos.

Parecíame que estaba muy lejos, sin duda á causa de la oscuridad.

Entramos en la barca.



Alí-Tebelin, Pachá de Janina.

Recuerdo que los remos no hacian ningun ruido al cortar el agua, y que me incliné hácia ellos para mirarlos.

Estaban forrados con los cinturones de nuestros Palícaros.

Aparte los remeros, los que íbamos en la barca éramos, las mugeres, mi padre, mi madre, Selim y yo.

Los palícaros se habian quedado á la orilla arrodillados en el último escalon, y preparados á una resistencia tenaz caso de que fuesemos perseguidos.

Nuestra barca iba ligera como el viento.

—¿Por qué va tan de prisa? la pregunté á mi madre.

—Calla, hija mia, me respondió; es que huímos.

Yo no lo pude comprender.

¿Por qué mi padre huia? ¿él, tan poderoso; él, que hacia huir á los demás; él, que habia tomado por divisa.

Me odian, luego me temen?

Y con efecto, mi padre huia.

He sabido despues que la guarnicion de Janina, cansada del servicio, que era muy penoso... resolucion de retirarse al asilo que tenia preparado de mucho tiempo atrás, y que llamaba Kataphygion, es decir, refugio.

—¿Y recordais el nombre de ese oficial, señora? le preguntó Alberto.

Monte-Cristo cambió con la jóven una mirada rápida como el rayo, que pasó desapercibida de Morcef.

—No, no lo recuerdo, dijo ella; pero quizás lo recordaré mas tarde, y os lo diré.

Iba vestido con su traje.... apoyado en su favorito Selim.

Aquí Haydée clavó su mirada espresiva en Monte-Cristo, á quien no dejaba un punto de mirar.

—Decíais, signora, repuso Alberto, que ponia suma atencion en las palabras de la jóven; decíais, signora, que la guarnicion de Janina, cansada del servicio...

Haydée prosiguió su relato con lentitud, como el que inventa ó suprime.

—Se habia vendido al seraskier Kourchid, enviado por el sultan para apoderarse de mi padre. Entonces mi padre, despues de enviar al sultan un oficial francés en quien tenia depositada toda su confianza, tomó la

Iba Alberto á pronunciar el nombre de su padre, cuando Monte-Cristo levantó el dedo en señal de que callara.

El jóven recordó su juramento y calló.

—Al kiosco era adonde íbamos.

Un piso bajo adornado de arabescos y bañado por el lago y un primer piso; esto era lo único que se veia del palacio.

Pero prolongándose debajo de la isla, habia un inmenso subterráneo, adonde nos condujeron á mi madre, á mí y á nuestras mugeres, y donde yacian en



monton sesenta mil bolsas y doscientos barriles. En las bolsas habia veinticinco millones de oro, y en los barriles treinta mil libras de pólvora.

Al pié de estos velaba dia y noche Selim, el favorito de que he hablado, con una lanza, á cuya punta habia una mecha encendida.

Su consigna era, á una señal de mi padre, prender fuego á la pólvora.

Recuerdo que nuestros esclavos, enterados de este inminente peligro, pasaban dias y noches rezando, gimiendo y llorando.

Todavía se me figura estar viendo al jóven soldado, de tez bronceada y ojos como carbunclos; y cuando á mí descienda el ángel de la muerte, estoy segura de reconocer á Selim.

No puedo asegurar cuánto tiempo vivimos así; que en aquella época ignoraba yo lo que era el tiempo.

Algunas veces, pero raras, nos llamaba mi padre á Vasiliki y á mí á la azotea del palacio.

Aquellas eran mis horas de recreo, pues en el subterráneo solo veia fantasmas llorosas y la inflamada lanza de Selim.

Sentado mi padre delante de un gran boquete, escudriñaba el horizonte con mirada sombría, interrogando cada punto negro que se dibujaba en el lago, mientras mi madre, casi tendida á su lado, apoyaba en su espalda su cabeza, y yo jugaba á sus piés admirando, con ese candor de la infancia que engrandece los objetos, las fragosidades del Pindo, que se elevaba en el horizonte, los castillos de Janina, destacándose blancos y angulosos entre las aguas azules del lago, y las inmensas arboledas de un verdor negruzco, abrazadas á la montaña como la yedra, arboledas que desde lejos parecen musgo, y desde cerca son abetos gigantes y mirtos inmensos.

Una mañana nos llamó mi padre. Le encontramos tranquilo, pero mas pálido que de costumbre.

—Paciencia, Vasiliki, que hoy todo acabará; hoy llega el firman del Señor y se decide mi suerte. Si bien, volveremos triunfantes á Janina; si mal, esta noche huiremos.

—¿Pero, y si no nos dejan huir? dijo mi madre.

—Descuida, respondió Alí sonriendo. Selim y su lanza me responden de ellos. Bien quisieran que yo muriese; pero no querrian morir conmigo.

Mi madre solo respondió con suspiros á estos consuelos, que no le salian á mi padre del corazon.

Luego le preparó el agua helada, que bebia con mucha frecuencia, pues desde que se retiró al kiosko le devoraba una fiebre ardiente; perfumó su blanca barba y encendió su pipa, cuyo humo le tenia horas enteras distraido viéndolo disiparse en el aire.

De repente hizo un movimiento tan brusco que me llenó de terror.

Y sin quitar los ojos del punto en que primero los habia fijado, pidió un catalejo.

Alargósele mi madre, poniéndose mas blanca que el estuco en que se apoyaba.

La mano de mi padre temblaba, que yo lo ví.

—¡Una barca! ¡dos... tres... cuatro!... murmuró.

Y se levantó, cogió sus armas, y cebó de pólvora (lo recuerdo perfectamente) la cazoleta de sus pistolas.

—Vasiliki, dijo á mi madre con visible sobresalto, este instante va á decidir de nosotros; dentro de media hora sabremos la respuesta del sublime emperador. Retírate al subterráneo con Haydée.

—Yo no quiero separarme de vos, dijo Vasiliki. Quiero morir con vos, si morís, dueño mio.

—Idos con Selim, gritó mi padre.

—Adios, señor, murmuró Vasiliki, obedeciendo y petrificada como si viera la muerte.

—Llevaos á Vasiliki, dijo mi padre á su palícaros.

Pero de mí se olvidaban, y corrí hácia él tendiéndole las manos. Vióme, se inclinó, y selló mi frente con sus labios.

¡Oh! aquel beso, que fué el último, lo siento en mi frente todavía.

Al bajar distinguimos, á través del enrejado de la azotea, las barcas que venian por el lago, y que si antes parecian puntos negros, iban pareciendo ya pájaros raspando la superficie de las olas.

Entre tanto veinte palícaros, sentados á los piés de mi padre y ocultos por el enmaderado, espiaban con fulminantes ojos la llegada de los barcos, teniendo siempre dispuestos sus largos fusiles incrustados de oro y nácar.

El suelo estaba sembrado de cartuchos.

Mi padre miraba á su reloj y se paseaba con angustia.

Todo esto lo reparé al separarme de mi padre después de su último beso.

Vasiliki y yo atravesamos el subterráneo.

Selim, que estaba en su puesto, nos sonrió tristemente.

Fuimos á buscar almohadones al otro estremo del subterráneo, y nos sentamos junto á Selim.

En los grandes peligros se buscan unos á otros los corazones que se aman; y yo, aunque niña, conocia instintivamente que nos amagaba un gran peligro.

Alberto habia oido contar muchas veces los últimos momentos del bajá de Janina; pero no á su padre, que no hablaba de ellos nunca.

Tambien habia leido relaciones de su muerte; pero esta lamentable elegía, reviviendo y tomando voz en la persona de su hija, contada de tal manera y por tal boca, le causaba á la vez un placer y un horror inesplicables.

En cuanto á Haydée, entregada á sus terribles recuerdos, habia hecho una corta pausa. Su frente, como una flor que se inclina ante la tempestad, habia caido sobre la mano por su propio peso, y sus ojos, estraviados, parecia como si viesen aun en el horizonte el verde Pindo y las azules aguas del lago de Janina, mágico espejo en que se reflejaba el cuadro sombrío que iba trazando.

Monte-Cristo la miraba con indefinible espresion de interés y de piedad.

—Prosigue, hija mia, le dijo en lengua romaica.

Levantó Haydée la frente como si la sacaran de un sueño las sonoras palabras que acababa de pronunciar Monte-Cristo, y prosiguió:

—Eran las cuatro de la tarde; y aunque el sol brillaba fuera en todo su esplendor, en el subterráneo estábamos sumidas en las tinieblas.

Una sola luz brillaba allí como una estrella temblorosa en el fondo de un cielo negro: la mecha de Selim.

Mi madre era cristiana y rezaba.

Selim repetia de tiempo en tiempo estas palabras sacramentales:

—¡Dios es grande!

Mi madre alimentaba alguna esperanza.

Al bajar creia haber reconocido entre la gente de las barcas al francés que se habia enviado á Constantinopla, y en quien tenia depositada mi padre toda su confianza, sabiendo que los soldados del sultan francés son por lo comun nobles y generosos.

Acercóse á la escalera, y se puso á escuchar.

—Ya se acercan, dijo. ¡Quiera Dios que traigan la paz y la vida!

—¿Qué temes, Vasiliki? respondió Selim con su voz dulce y fiera á la vez. Si no nos traen la vida, les daremos la muerte.

Y atizaba el fuego de su lanza con un ademan diabólico.

Pero yo, que era tan niña y tan cándida, tenia miedo de aquel valor, pareciéndome feroz é insensato, y me asustaba de aquella muerte horrible entre las llamas y el espacio.

Mi madre se hallaba dominada de las mismas emociones, pues yo la sentia temblar.





Janina.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamé. ¿Es que vamos á morir?

Y á mi voz redoblaron sus súplicas y sus lamentos los esclavos.

—Niña, me dijo Vasiliki en voz baja, Dios te libre de llegar á desear esa muerte que tanto temes hoy.

Luego en voz mas baja:

—Selim, dijo, ¿cuál es la órden del Señor?

—Si me envia su puñal, es que el sultan se niega á recibirle en su gracia, y entonces doy fuego; y si me envia su anillo, es que el sultan le perdona.

—Amigo, le dijo mi madre, cuando llegue el recado del Señor, si es el puñal, en vez de matarnos á todos con esa muerte horrible, te presentaremos la garganta para que nos mates con aquel mismo puñal.

—Sí, Vasiliki, respondió Selim tranquilamente.

De repente oimos como si fueran gritos descompasados.

Nos pusimos á escuchar; eran gritos de alegría.

Entre ellos descollaba el nombre del francés repetido por nuestros palícaros.

Era evidente que traia la respuesta del sultan, y respuesta favorable.

—¿No recordais ese nombre? dijo Morcef muy dispuesto á ayudar á la memoria de la jóven.

Monte-Cristo le hizo una seña.

—No lo recuerdo, respondió.

El ruido crecia, y oyéronse pasos cercanos que bajaban los escalones de la caverna.

Selim preparó su mecha.

Pronto una sombra apareció en la penumbra azulada que proyectaba la luz del dia al penetrar hasta allí.

—¿Quién eres? esclamó Selim. Seas quien seas, no des un paso mas.

—¡Gloria al sultan! dijo la sombra. Se concede amnistía completa al visir Alí; y no solo se le hace merced de la vida, sino que se le devuelven su fortuna y sus bienes.

Mi madre exhaló un grito de júbilo estrechándome contra su corazon.

—¡Tente! le dijo Selim, viendo que se disponia á salir ya de la caverna. Bien sabes que necesito el anillo.

—Es verdad, dijo mi madre.

Y cayó de rodillas, levantándome hácia el cielo como si al rogar á Dios por mí quisiera acercarme á él.

Por segunda vez cortó Haydée su narracion á impulsos de una emocion tal, que caia á gotas el sudor de su frente pálida, y su voz parecia no poder atravesar su garganta seca.

Escanció Monte-Cristo en un vaso un poco de agua helada, y se lo presentó, diciéndole con una dulzura en que se traslucia algo de mandato:

—¡Valor, hija mia!

Haydée prosiguió enjugándose los ojos y la frente.

—En este intervalo, nuestros ojos, acostumbrados á lo oscuro, habian reconocido al enviado del pachá: era amigo.

Selim tambien le habia reconocido; pero él solo una cosa sabia: obedecer.

—¿En nombre de quién vienes? le preguntó.

—Vengo en nombre de nuestro señor Alí-Tebelin.

—Puesto que vienes en nombre de Alí, ¿sabes lo que debes traerme?

—Sí, respondió el emisario, te traigo su anillo.

Y al mismo tiempo elevó su mano sobre la cabeza; pero estaba demasiado lejos y no habia suficiente luz para que desde el sitio en donde estábamos reconociese Selim el objeto que le presentaba.

—No veo lo que tienes, dijo.

—Acércate ó yo me acercaré, contestó el mensajero.

—Ni lo uno ni lo otro, repuso el jóven soldado. Coloca el objeto que me enseñas en el mismo sitio donde estás, bajo ese rayo de luz, y apártate hasta que yo lo haya visto.

—Sea, dijo el mensajero.

Y se apartó después de colocar el objeto en el sitio indicado.

Nuestro corazon palpitaba, porque el objeto nos parecia efectivamente un anillo. ¿Empero seria el anillo de mi padre?

Sin soltar su lanza se acercó gozoso Selim é inclinóse á cogerlo.

—¡El anillo del señor! dijo besándolo; está bien.

Y poniendo la mecha en el suelo la apagó con el pié.

El mensajero, exhalando un grito de júbilo, dió una palmada.

Al punto llegaron corriendo cuatro soldados del seraskier Kourchid, y Selim cayó herido de cuatro puñaladas.

Cada uno le habia dado una.

Ébrios con su crímen, aunque todavía pálidos de terror, se desbandaron por el subterráneo, registrando por todas partes por si hubiera mas fuego, y abalanzándose á los sacos de oro.

En este intervalo me habia cogido mi madre en sus brazos, y saltando y escurriéndose por sinuosidades solo de nosotras conocidas, llegó á una escalera secreta del kiosco, donde reinaba un tumulto horrible.

Las salas bajas estaban enteramente llenas de los Tchodoars de Kourchid, es decir, de nuestros enemigos.

En el momento en que mi madre iba á abrir la puertecilla secreta, oimos retumbar terrible y amenazadora la voz del pachá.

Mi madre pegó su oido á las junturas de las tablas, y por casualidad enfrente de mí habia una abertura, por donde miré.

—¿Qué quereis? decia mi padre á los que le presentaban un papel con letras de oro.

—Lo que queremos, respondió uno de ellos, es comunicarte la voluntad de su alteza. ¿Ves este firman?

—Lo veo, dijo mi padre.

—Pues bien, lee... pide tu cabeza.

Lanzó mi padre una carcajada mas terrible que si hubiera sido una amenaza, y apenas se habria apagado cuando dos tiros salieron de sus pistolas, matando á dos hombres.

Los palícaros, que estaban acostados en torno á mi padre, pegada la cara al suelo, se levantaron é hicieron fuego.

La habitacion se llenó de humo.

En el mismo instante comenzó el fuego del otro lado, viniendo las balas á romper las tablas inmediatas á nosotros.

¡Oh! ¡qué hermoso estaba y qué grande el visir Alí-Tebelin, mi padre, en medio de las balas, con la cimitarra en la mano y el rostro negro de pólvora! ¡Cómo huian sus enemigos!

—¡Selim, Selim! guardian del fuego, gritaba, cumple tu deber.

—¡Selim ha muerto! respondió una voz que parecia salir de las profundidades del kiosco, y tú eres perdido, mi señor Alí.

Sonó al mismo tiempo una detonacion sorda, y la pared voló en pedazos en torno á mi padre.

Los Tchodoars tiraban á través del entarimado del suelo.

Tres palícaros cayeron heridos de bajo á alto por tres heridas que les taladraron el cuerpo.

Rugió mi padre como un leon, y metiendo los dedos por los agujeros que habian hecho las balas, arrancó una tabla entera.

Pero por la misma abertura salieron á la par veinte disparos, y el fuego, parecido al de cráter de un volcan, apoderóse del mueblaje, que devoró en un momento.

En medio de aquel espantoso tumulto y de aquella espantosa gritería, dos tiros que los ahogaron á todos, y dos gritos desgarradores sobre toda ponderacion, me helaron de espanto.

Aquellas dos esplosiones habian herido á mi padre de muerte; y él era el que habia lanzado aquellos dos gritos.

Sin embargo, permanecia de pié, agarrado á un balcon.

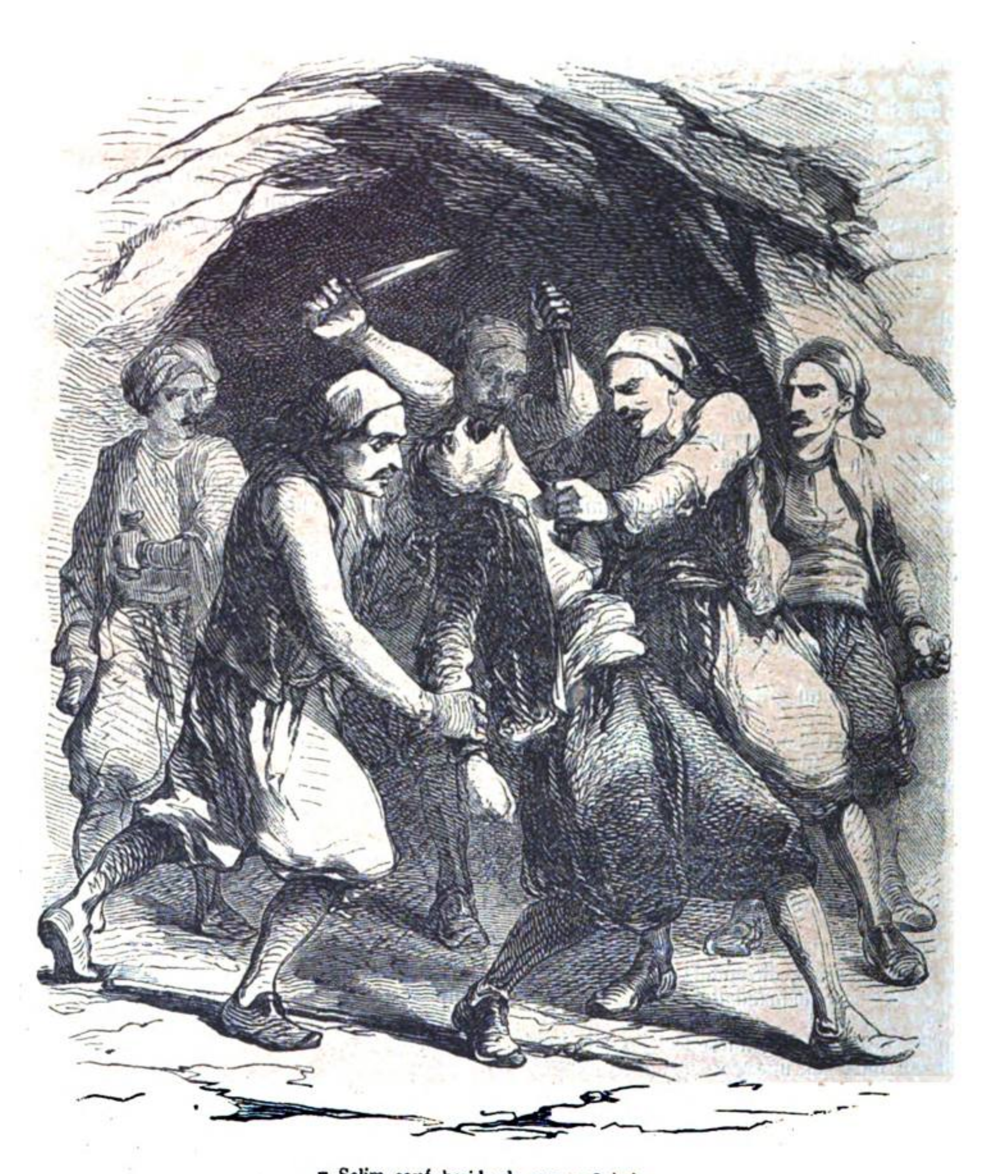
Mi madre queria echar la puerta abajo para ir á morir con él; pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Sentíme rodar por el suelo; era que mi madre caia desmayada.

La jóven exhaló un suspiro, y miró al conde como para preguntarle si estaba satisfecho de su obediencia.

Levantóse Monte-Cristo, vino á ella, le cogió la mano y la dijo en romaico:

—Descansa, querida mia, y piensa que hay un Dios que castiga á los traidores.



...y Selim cayó herido de una puñalada.

En torno á mi padre los palícaros se revolcaban con las convulsiones de la agonía. Dos ó tres que quedaban vivos, se escaparon por los balcones.

Al mismo tiempo crugió el entarimado desmoronándose.

Alí cayó sobre una rodilla.

Veinte brazos se estendieron hácia él armados de sables, de pistolas y de puñales; veinte golpes hirieron á la vez á una sola víctima, y desapareció mi padre en un torbellino de fuego atizado por aquellos demonios, como si se abriera bajo sus piés.

—¡Qué historia tan horrible, conde! dijo Alberto asustado de la palidez de Haydée. Ahora siento haber sido tan indiscreto y tan cruel.

—No es nada, dijo Monte-Cristo.

Y poniendo luego la mano sobre la cabeza de la jóven:

—Haydée es una muger de corazon, repuso, y muchas veces le ha servido de consuelo el referir sus desgracias.

—Porque mis desgracias me recuerdan tus beneficios, respondió la jóven vivamente.

Alberto la miró con curiosidad, porque no habia referido aun lo que él mas deseaba saber; es decir, cómo llegó á ser esclava del conde de Monte-Cristo.

Haydée leyó en las miradas del conde y en las de Alberto el mismo deseo.

Y prosiguió:

—Al volver mi madre en sí, nos hallábamos en presencia del seraskier.

—No, respondió Haydée; no se atrevió á tanto, y nos vendió á unos comerciantes de esclavos que iban á Constantinopla. Atravesamos la Grecia, y llegábamos ya moribundas á la Puerta imperial, cuajada de curiosos que se abrian para hacernos plaza, cuando mi madre sigue con los ojos la direccion de sus miradas, lanza un grito, y cae, señalándome una cabeza clavada encima de la puerta, con un letrero que decia:



¡Oh! qué hermoso estaba el visir Alí-Tebelin, mi padre!...

—Matadme, le dijo; pero respetad á la viuda de Alí.

—No es á mí á quien debes dirigirte, respondió Kourchid.

—¿Pues á quien?

—A tu nuevo amo.

—¿Cuál es?

—Míralo.

Y nos señaló á uno de los que mas habian contribuido á la muerte de mi padre, añadió la jóven con sombría cólera.

—¿Y desde entonces fuísteis propiedad de aquel hombre? le preguntó Alberto.

«Esta es la cabeza de Alí-Tebelin, pachá de Janina.»

En medio de mi dolor procuré levantar á mi madre; pero ¡estaba muerta!

Me llevaron al bazar.

Compróme un rico armenio; me puso maestros que me instruyeran, y cuando cumplí trece años, me vendió al sultan Mahmoud.

—Al cual se la compré yo, dijo Monte-Cristo, por otra esmeralda igual á la que me sirve de caja para mis pastillas del hatchis.

—¡Oh! tú, mi señor, tú eres bueno, dijo besándole la mano; y me tengo por muy dichosa en pertenecerte.

Alberto estaba estupefacto.

—Apurad vuestra taza de café, que la historia se ha acabado, le dijo el conde.

CAPÍTULO XIX.

NOS ESCRIBEN DE JANINA.

Salió Franz tan trastornado de la habitacion de M. Noirtier, que hasta Valentina se habia compadecido de él.

Villefort, que no habia abierto la boca sino para pronunciar palabras incoherentes, escapándose de allí en seguida, recibió dos horas después la siguiente carta:

«Con las revelaciones de esta mañana no puede su- »poner M. Noirtier de Villefort que sea posible una »alianza entre su familia y la de M. Franz d'Epinay.

»M. d'Epinay recuerda con horror que M. de Ville- »fort, que al parecer tenia noticia de los sucesos con- »tados esta mañana, no se lo haya prevenido en nin- »gun modo.»

El que hubiera visto al magistrado en este momento, abrumado por aquel golpe, no hubiera creido que lo previese.

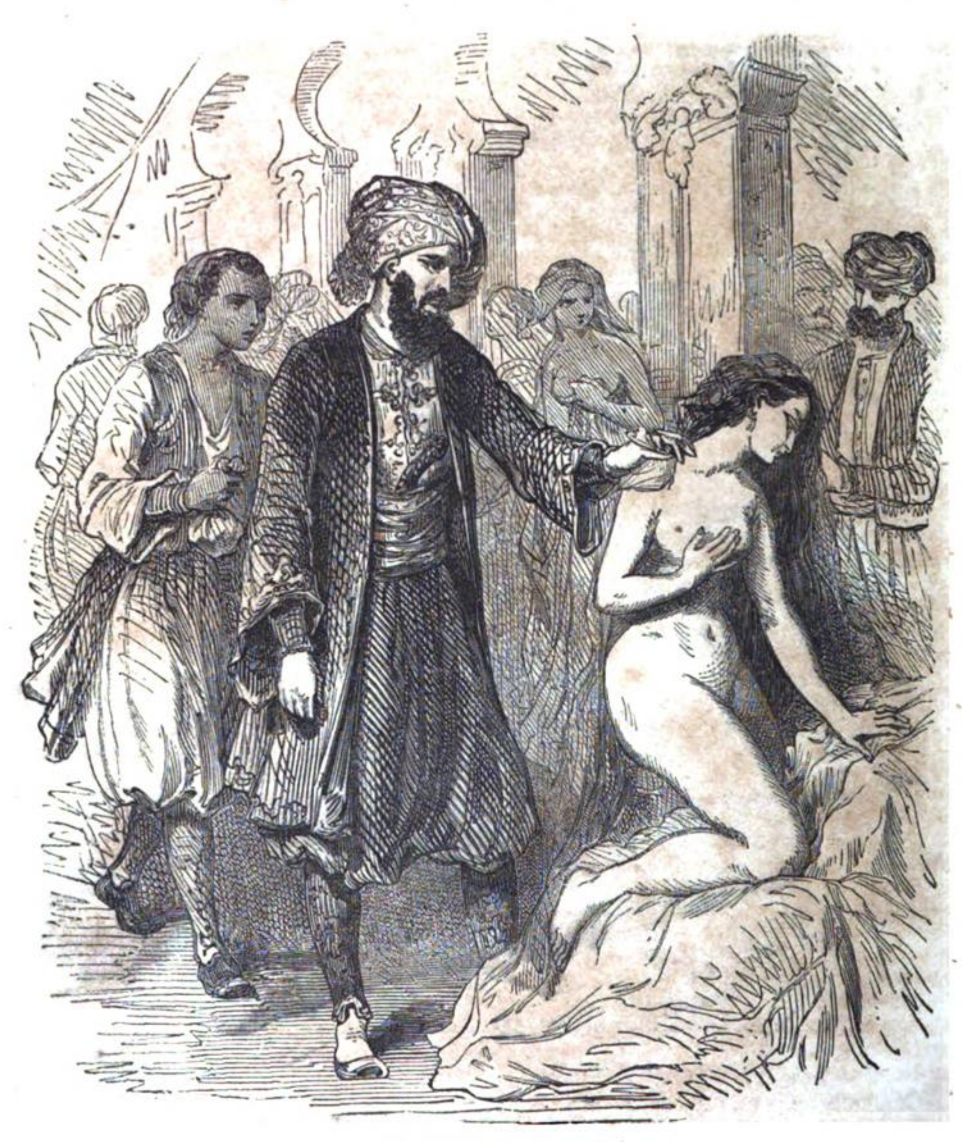
Con efecto, nunca sospechó él que su padre pudiera llevar la franqueza ó mas bien la claridad, hasta el punto de referir semejante historia.

Bien que Noirtier, desdeñando como desdeñaba las opiniones políticas de su hijo, nunca se habia tomado el trabajo de aclarar á sus ojos aquel suceso; de manera que Villefort habia creido siempre que el general de Quesnel ó el baron d'Epinay, segun se le quiera llamar con el nombre que él se habia conquistado ó con el que le habian concedido, el general, repetimos, habia muerto asesinado, y no en un duelo leal.

Esta carta tan dura de un jóven tan respetuoso era mortal para el orgullo de un hombre como Villefort.

Acababa de retirarse á su gabinete, cuando entró su muger.

El llamar á Franz M. Noirtier, habia de tal manera



Me llevaron al bazar.

admirado á todo el mundo, que la posicion de Madama de Villefort, sola con el notario y los testigos, se hacia por momentos mas y mas crítica.

Conque la dama tomó su partido, y salió tambien anunciando que iba á enterarse de aquellos misterios.

El procurador del rey se contentó con decirle que á consecuencia de una esplicacion entre él, M. Noirtier y M. d'Epinay, se desbarataba el matrimonio de Valentina.

Muy difícil era decir esto á los concurrentes: conque Madama de Villefort les dijo solo, que habiendo tenido M. Noirtier al principio de la conferencia una especie de ataque de apoplegía, la firma del contrato se aplazaba como era natural.

Aunque falsa, llegaba esta noticia de una manera tan singular y en una ocasion tan rara, que todos los circunstantes se miraron asombrados, y se retiraron sin decir una palabra.

Entre tanto, Valentina, dichosa y asustada á par, despues de abrazar de gratitud al débil anciano que acababa de romper de un solo golpe una cadena que ya le parecia indisoluble, le habia pedido permiso para retirarse á su cuarto, permiso que Noirtier le concedió con los ojos.

Pero en vez de subir á su cuarto, tomó Valentina el corredor, y saliendo por la puerta secreta se lanzó al jardin.

En medio de tantos sucesos, un terror sordo oprimia su corazon incesantemente.

Esperaba de un momento á otro ver aparecer á Maximiliano pálido y amenazador, como el laird de Ravenswood aparece en el contrato de Lucía de Lammermoor.

Con efecto, ya era tiempo de que acudiese á la verja.

Morrel, que habia comprendido lo que iba á pasar viendo á Franz salir del cementerio con M. de Villefort, los habia seguido, y despues de verlos entrar juntos, habia visto salir al jóven para volver acompañado de Alberto y Chateau-Renaud.

Ya no le quedaba duda.

Y resuelto á todo se metió en su cercado, seguro de que al primer momento que Valentina tuviera suyo vendria á buscarle.

No se equivocaba.

Pegados sus ojos á las tablas, vieron con efecto á la jóven, que sin tomar ninguna de las precauciones de costumbre corria á su encuentro.

A la primera mirada se tranquilizó Morrel.

A la primera palabra desfalleció de gozo.

—¡Salvados! esclamó Valentina.

—¡Salvados! repitió Morrel, no dando crédito á tanta felicidad. ¿Salvados por quién?

—Por mi abuelo. ¡Oh! amadle mucho, Maximiliano.

Morrel juró amar al anciano con toda su alma, juramento que en esta ocasion le costaba muy poco, pues no se contentaba ya con amarle como á un amigo ó como á un padre, sino que le adoraba como á un Dios.

—¿Pero cómo ha sido eso? preguntóla. ¿De qué medio se ha valido?

Abria ya la boca Valentina para contárselo todo, cuando recordó cuán terrible era aquel secreto, y que no pertenecia á su abuelo solamente.

—Mas tarde os lo contaré, respondió.

—¿Cuándo?

—Cuando sea vuestra esposa.

Esto era llevar la conversacion á un punto que ponia á Morrel muy fácil de contentar; conque le pareció que era bastante saber y bastante fortuna para un dia.

Sin embargo, no consintió en marcharse sin que Valentina le prometiera dejarse ver á la mañana siguiente.

Valentina se lo prometió.

Todo á sus ojos habia mudado de aspecto, y menos difícil le era ahora creer que se casaria con Maximiliano, que creer una hora antes que no se casaria con Franz.

En este intervalo habia subido Madama de Villefort al cuarto de Noirtier.

El anciano la miró con aquellos ojos sombríos y severos que solo tenia para ella.

—Caballero, le dijo la dama, no necesito deciros que el matrimonio de Valentina ya no se lleva á cabo, puesto que fué aquí mismo...

Noirtier permaneció impasible.

—Pero lo que no sabeis, caballero, prosiguió Madama de Villefort, es que yo me he opuesto siempre á ese matrimonio, que se verificaba á pesar mio.

Noirtier miró á su hija política como hombre que espera una aclaracion.

—Ahora bien: puesto que ese matrimonio que tambien os repugnaba á vos, no se efectua, yo vengo á dar un paso que ni M. de Villefort ni Valentina pueden dar.

Los ojos de Noirtier preguntaron qué paso era.

—Vengo á suplicaros, caballero, como la única persona que tenga derecho á hacerlo, puesto que á mí nada me interesa, vengo á suplicaros que devolvais á vuestra nieta, no vuestro cariño, que siempre lo ha poseido, sino vuestra fortuna.

Los ojos de Noirtier permanecieron un instante como inciertos. Sin duda calculaba las causas de aquella peticion, sin acertar á comprenderlas.

—¿Puedo esperar, caballero, le dijo Madama de Villefort, que vuestras intenciones esten en armonía con la súplica que acabo de haceros?

—Sí, respondió Noirtier.

—En ese caso me retiro agradecida y contenta.

Y saludando al anciano, se marchó.

Con efecto, á la mañana siguiente mandó Noirtier llamar al notario.

Rompióse el primer testamento, y se hizo otro por el cual dejaba todos sus bienes á Valentina, á condicion de que nunca la separarian de él.

Algunas personas calcularon entonces que la señorita de Villefort, heredera de sus abuelos los marqueses de Saint-Meran, y reconciliada con M. Noirtier, poseeria con el tiempo muy cerca de trescientas mil libras de renta.

Mientras sucedia todo esto en casa de Villefort, el conde de Morcef habia recibido la visita del conde de Monte-Cristo, y para demostrar á Danglars su afeccion se ponia su uniforme de teniente general cargado con todas sus cruces y pedia sus mejores caballos.

Así aderezado, se dirigió á la Chausse d'Antin, haciéndose anunciar á Danglars, que en aquella sazon se ocupaba en su arqueo de fin de mes.

No era aquella la sazon mas oportuna de visitar al banquero, desde algunos meses atrás.

Conque al ver á su antiguo amigo tomó Danglars su aire majestuoso y se tendió á la larga en su sillon.

Morcef, tan altivo de comun, tenia un aspecto risueño y afable.

Por consiguiente, casi seguro como lo estaba de que sus palabras iban á ser bien acogidas, desechando la etiqueta y yéndose al fondo del asunto, le dijo:

—Aquí me teneis, baron. Hace mucho tiempo que nos estamos recordando nuestro antiguo compromiso...

Morcef esperaba que estas palabras desarrugarian el ceño de su amigo, ceño que atribuia á su silencio en aquel asunto; pero por el contrario, el rostro de Danglars, cosa inverosímil, se puso mas frio y mas impasible que nunca.

Esta fué la causa de que el general no acabase su oracion.

—¿Qué compromiso, señor conde? le preguntó el banquero, como si buscara vanamente en su memoria la clave de lo que el general queria decirle.

—¡Oh! ¿sois formalista y me recordais que esto debe hacerse con arreglo al ceremonial consagrado? Muy bien, muy bien. Disimuladme. Como solo tengo un



hijo, y como es la primera vez que pienso en casarlo, soy aprendiz todavía. Vamos, me ensayaré.

Y levantándose con una sonrisa forzada, hizo á Danglars una profunda reverencia, y le dijo:

—Tengo, señor baron, la honra de pediros la mano de la señorita Eugenia Danglars, vuestra hija, para mi hijo el vizconde Alberto de Morcef.

Pero en vez de acoger Danglars estas palabras con la benevolencia que él conde tenia derecho á esperar de él, frunció las cejas, y sin invitarle á que se sentara, aunque permanecia de pié, le dijo:

—Antes de responderos, señor conde, necesito pensarlo bien.

—¡Pensarlo! repuso Morcef mas y mas absorto, ¿no habeis tenido tiempo de pensarlo en ocho años que hace hablamos de esta boda por primera vez?

—Todos los dias suceden cosas, señor conde, respondió Danglars, que hacen que se vuelva á pensar lo mas pensado.

—¿Cómo así? esclamó Morcef. No os comprendo, baron.

—Quiero decir, caballero, que las circunstancias han... desde hace quince dias...

—Permitid que os interrumpa. ¿Estamos haciendo una comedia?

—¿Una comedia?

—Sí; espliquémonos categóricamente.

—No lo deseo yo menos.

—¿Habeis visto al conde de Monte-Cristo?

—Le veo muy á menudo; que es amigo mio, respondió Danglars contoneándose.

—Pues bien, una de las últimas veces que le visteis le dijisteis que yo parecia olvidadizo, irresoluto en esto de la boda.

—Es verdad.

—Pues bien, aquí me teneis. Ni olvidadizo ni irresoluto soy, bien lo veis, puesto que vengo á intimaros el cumplimiento de vuestra promesa.

Danglars no respondió.

—¿Tan pronto habeis mudado de parecer, añadió el conde, ó provocásteis este paso mio para tener el gusto de humillarme?

Danglars comprendió que á seguir la conversacion en aquel terreno, podia tener muy mal fin para él.

—Señor conde, le dijo, comprendo perfectamente que mi reserva os admire; pero tened entendido que yo soy el primero en lamentarla; tened entendido que me la imponen circunstancias imperiosas.

—Esas son palabras vanas, señor mio, que podrian satisfacer á un cualquiera; pero el conde de Morcef no es un cualquiera; y cuando un hombre como él viene á buscar á otro hombre, á recordarle su palabra empeñada, y este hombre falta á su palabra, el conde de Morcef tiene derecho á exigir que se le dén siquiera razones.

Danglars era cobarde; pero no queria parecerlo.

El tono del conde le hirió en lo mas vivo.

—No son razones lo que me falta, repuso.

—¿Qué quereis decir?

—Que las tengo; pero difíciles de dar.

—Ya comprendereis que vuestras reticencias no pueden satisfacerme, replicó Morcef. De todo esto una cosa deduzco terminante y clara, y es que os negais á la boda.

—No señor; aplazo simplemente mi resolucion, dijo el banquero.

—¿Supongo que no tendreis la presuncion de creer que yo tolere vuestros caprichos, aguardando humildemente que me devolvais vuestro favor?

—Pues si no podeis esperar, señor conde, olvidemos nuestros proyectos.

Morcef se mordió los labios hasta hacerse sangre, por no dejarse llevar del impulso de su carácter soberbio.

Comprendiendo que en aquella ocasion se pondria en ridículo, se habia ya dirigido á la puerta de la sala, cuando mudando de parecer volvió atrás.

Un pensamiento acababa de pasar por su mente, dejando en ella una vaga inquietud á pesar de su ofendido orgullo.

—Veamos, mi querido Danglars, dijo al baron; hace muchos años que nos conocemos, y por consiguiente debemos tener ciertos miramientos el uno para el otro. Me debeis una esplicacion, y es justo que yo sepa siquiera á qué debe mi hijo la pérdida de vuestro afecto.

—No es cosa que atañe al vizconde: nada mas puedo deciros, caballero, respondió Danglars, que rayaba en la impertinencia, al paso que Morcef en la dulzura.

—¿Pues á quien atañe? esclamó el conde con la voz alterada y el rostro pálido.

Danglars, que no se le escapaba ninguna de estas alteraciones, clavó en él una mirada mas audaz que lo que solian ser las suyas.

—Agradecedme que no me esplique mas, dijo.

Un temblor nervioso, hijo sin duda de la cólera reprimida, agitaba todo el cuerpo de Morcef.

—Tengo derecho, repuso haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, tengo derecho á exigir que os espliqueis. ¿Será Madama de Morcef la que os disguste? ¿Será que mi fortuna os parezca poca? ¿Serán mis opiniones, por contrarias á las vuestras?

—Nada de eso, caballero, repuso Danglars, y nunca mereceria perdon, porque harto sabia todo eso cuando me comprometí. No os devaneis los sesos, pues me avergüenzo de obligaros á hacer este exámen de conciencia. No pasemos adelante; creedme. Adoptemos el término medio de aplazar la boda, que ni es un rompimiento ni un compromiso. Nadie nos corre, por otra parte. Mi hija tiene diez y siete años y vuestro hijo veintiuno. Entre tanto anda el tiempo, con el tiempo vendrán los sucesos... las cosas que hoy parecen oscuras se ven mañana ó al otro tan claras como la luz del dia... y tambien en un solo dia suelen desvanecerse las calumnias mayores...

—¿Calumnias decís, caballero? esclamó Morcef poniéndose lívido. ¡Me calumnian á mí!

—Señor conde, repítoos que no hablemos mas.

—¿Conque tengo que sufrir tranquilamente vuestra repulsa?

—Para mí es mas dolorosa que para nadie. Sí, mas dolorosa para mí que para vos, porque yo contaba con honrarme con esta boda; y una boda así deshecha, hace siempre mas daño á la novia que al novio.

—Está bien, caballero; no hablemos mas, dijo Morcef.

Y salió de la habitacion rompiendo sus guantes de rabia.

El banquero reparó que ni una sola vez se habia atrevido á preguntarle si era por causa suya personal por lo que retiraba su palabra.

Aquella noche tuvo una larga conferencia con muchos amigos, y Andrea Cavalcanti, que habia permanecido constantemente en la sala de las mugeres, se marchó el útimo de casa del banquero.

A la mañana siguiente pidió Danglars los periódicos al despertarse.

Al punto se los entraron.

Separó tres ó cuatro y cogió *El Imparcial*, que era el dirigido por Beauchamp.

Abriólo con nerviosa rapidez, pasó desdeñosamente el artículo de fondo, y al llegar al *Correo estranjero*, se detuvo con maligna sonrisa en una correspondencia que empezaba así:

«Nos escriben de Janina...»

—Bueno, dijo después de haberlo leido. Este artículo sobre el coronel Fernando me ahorrará de dar esplicaciones al conde de Morcef.

A aquella misma hora, es decir, á las nueve en punto de la mañana, Alberto de Morcef, vestido de negro, abotonado hasta la barba, breve en el decir y

agitado en el andar, se presentó en la casa de los Campos Elíseos.

—El señor conde acaba de salir hace media hora sobre poco mas ó menos, le dijo el portero.

—¿Se ha llevado á Bautista? le preguntó Morcef.

—No, señor vizconde.

—Pues llamadle, que le quiero hablar.

Fué el portero en persona á buscar al ayuda de cámara, y un instante después volvieron juntos.

—Amigo mio, le dijo Alberto, ruégoos que disimuleis mi indiscrecion; pero quiero preguntaros á vos mismo si vuestro amo ha salido efectivamente.

—Sí señor, respondió Bautista.

—¿Para mí tambien?

—Sabiendo con cuanto gusto recibe mi amo al señor vizconde, me guardaría bien de confundirle en una medida general.

—Tienes razon, porque tengo que hablarle de un asunto muy grave. ¿Crees que tarde en volver?

—No señor, porque ha pedido el almuerzo para las diez.

—Bien. Pues entonces voy á dar una vuelta por los Campos Elíseos, y á las diez estaré aquí. Si vuelve él antes que yo, dile que le suplico me espere.

—No lo olvidaré, señor.

Dejó Alberto á la puerta del conde el cabriolé de plaza que habia traido, y fué á pasearse á pié.

Al pasar por la alameda de las Viudas, creyó reconocer el carruaje del conde, parado á la puerta del tiro de pistola de Gosset.

Acercóse, y después de haber reconocido los caballos, reconoció tambien al cochero.



Un temblor nervioso agitaba todo el cuerpo de Morcef.

—¿Está en el tiro el conde? le preguntó.

—Sí señor, respondió el cochero.

Con efecto, desde que Alberto estaba allí, habia oido algunos tiros acompasados.

Y entró.

A la puerta del jardin se hallaba el mozo.

—¿Querrá esperar un instante el señ r vizconde? le dijo.

—¿Por qué, Felipe? le preguntó Alberto, que como abonado al tiro se admiraba de aquel obstáculo incomprensible.

—Porque la persona que está dentro tiene tomado

el tiro para él solo y nunca tira delante de nadie.

—¿Ni delante de vos, Felipe?

—Ya lo veis, puesto que estoy á la puerta.

—¿Y quién le carga las pistolas?

—Su criado.

—¿Un nubio?

—Un negro.

—El es.

—¿Conoceis á ese caballero?

almorzar, con que me vine á pasear entre tanto, y he conocido vuestros caballos y vuestro carruaje.

—Eso me hace concebir la esperanza de que vengais á pedirme de almorzar.

—Gracias. No se trata de almorzar ahora. Acaso almorzaremos luego, aunque en mala compañía. ¡Pardiez!

—¿Qué me decís?

—Me bato hoy, querido conde.

El tiro de pistola.

—Vengo á buscarle; es amigo mio.

—Entonces la cuestion varía; le avisaré.

E impulsado por su propia curiosidad, entró Felipe en el tiro.

Un segundo después apareció Monte-Cristo á la puerta.

—Dispensadme que os persiga hasta aquí, querido conde, le dijo Alberto; pero empezaré por deciros que contienen la culpa vuestros criados, y que la indiscrecion es solo mia. Fuí á vuestra casa, donde me dijeron que estábais de paseo; pero que volveríais á las diez á

—¿Por qué?

—¡Toma! ¡por batirme!

—Ya lo comprendo; ¿pero por

bate por muchas cosas; ya lo

—Por cosas de honor.

—¡Ah! eso es grave.

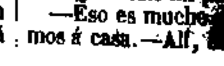
—Tan grave, que

—¿Cuál?

—Que seáis mi

—Eso es mucho

mos á casa.—Alí,



Y volviéndose las mangas del frac pasó el conde al vestíbulo que precede al tiro, vestíbulo donde acostumbran los tiradores lavarse las manos.

—Entrad, señor vizconde; vereis qué cosa tan diabólica, le dijo Felipe.

Alberto entró.

A las láminas negras donde se colocan los blancos, estaban pegados naipes.

Al pronto creyó Morcef que era una baraja completa, puesto que habia desde *as* hasta *diez*.

—¡Ah! ¡ah! dijo, ¿estabais jugando, conde?

—No, estaba haciendo una baraja.

—¿Cómo?

—Esas cartas que veis ahí eran ases y doses; pero mis balas las han hecho treses, cincos, seises, sietes, ochos, nueves y dieces.

Alberto se aproximó.

Con efecto, las balas habian hecho lo que el conde decia, y con líneas y distancias perfectamente exactas é iguales.

Al acercarse al blanco habia visto además Alberto dos ó tres golondrinas, que habiendo cometido la imprudencia de pasar por encima del tiro, habian muerto á manos del conde.

—¡Diablo! murmuró Morcef.

—¿Qué quereis, vizconde? respondió Monte-Cristo limpiándose las manos con la tohalla que Alí le presentaba; de algun modo he de pasar mis ratos de ócio; pero venid.

Y subiendo ambos al cupé de Monte-Cristo, en un momento llegaron al núm. 30.

Monte-Cristo llevó á Morcef á su gabinete, y le señaló una butaca.

Ambos se sentaron.

—Hablemos ahora tranquilamente, dijo el conde.

—Ya veis que estoy tranquilo.

—¿Con quién os quereis batir?

—Con Beauchamp.

—¡Con un amigo vuestro!

—Siempre se bate uno con amigos.

—Pero se necesita razon.

—Tengo una.

—¿Qué os ha hecho?

—En su periódico de ayer tarde... pero tomadlo. Leed.

Y alargó á Monte-Cristo un periódico donde se leian estas palabras:

«Nos escriben de Janina:

»Ha llegado á nuestra noticia un hecho hasta ahora »ignorado ó por lo menos misterioso.

»Los castillos que defendian la ciudad, fueron en»tregados á los turcos por un oficial francés, en quien »Alí-Tebelin tenia depositada su confianza y que se lla»maba Fernando.»

—¿Y qué hay en esto que os ofenda? preguntó el conde al vizconde.

—¿Cómo qué hay?

—Sí. ¿Qué os importa á vos de que los castillos de Janina fueran entregados por un oficial francés llamado Fernando?

—Tanto me importa, cómo que mi padre el conde de Morcef se llama Fernando.

—¿Y servia á Alí-Pachá?

—Es decir, combatia por la independencia de los griegos. En eso está la calumnia.

—¡Ah! hablemos en razon, querido vizconde.

—No deseo yo otra cosa.

—Decidme si podeis, ¿quién diablos sabe en Francia que el oficial Fernando sea el mismo conde de Morcef? ¿Quién se acuerda á estas horas de Janina, que segun creo fué tomada en 1822 ó 1823?

—En eso justamente hallo la perfidia yo. Se ha dejado pasar tiempo, y hoy se resucitan acontecimientos olvidados para manchar una alta reputacion. Pues bien: yo, heredero del nombre de mi padre, no quiero que lo anuble la mas ligera mancha. Enviaré á Beauchamp dos testigos, y pues su periódico ha publicado esta noticia, él se retractará.

—Beauchamp no se retractará.

—Entonces nos batiremos.

—Tampoco os batireis, porque os responderá que quizás habria en el ejército griego cincuenta oficiales que se llamasen Fernando.

—A pesar de esa respuesta nos batiremos. ¡Oh! quiero que esa calumnia se desvanezca... ¡Mi padre! un soldado tan noble, de carrera tan brillante...

—O bien escribirá en su periódico:

«Tenemos fundados motivos para creer que este »Fernando no tiene nada de comun con el señor conde »de Morcef, que tambien se llama Fernando.»

—No me contentaré con eso. Necesito una retractacion completa.

—¿Y vais á enviarle vuestros padrinos?

—Sí.

—Haceis mal.

—¿Es decir que me negais el favor que os he pedido?

—Ya sabeis mis ideas sobre el duelo. ¿No recordais que en Roma os hice mi profesion de fé?

—Sin embargo, querido conde, esta mañana, ahora mismo, os he encontrado en una ocupacion poco en armonía con esas ideas.

—Porque es preciso no ser absoluto, mi caro amigo. El que vive entre locos debe tambien de hacer sus ensayos de locura. De un momento á otro algun delirante, que no tenga para armarme camorra mayor motivo que el que vos teneis para armársela á Beauchamp, puede enviarme sus padrinos é insultarme en un sitio público, y en ese caso tendré que matar al delirante.

—¿Conque dais por sentado que os batiríais?

—¡Vaya!

—Entonces, ¿por qué quereis que yo no me bata?

—No digo que no debais batiros; sino que el duelo es una cosa muy grave que hay que pensarla mucho.

—¿Lo ha pensado él mucho para insultar á mi padre?

—Si lo ha hecho impensadamente, y lo confiesa, no debeis quererle mal.

—¡Oh querido conde! sois demasiado indulgente.

—Y vos demasiado rigoroso. Veamos... Supóngo... tened presente lo que digo: supongo... no os vayais á enfadar conmigo tambien.

—Ya os escucho.

—Supongo que la noticia es cierta...

—Un hijo no debe admitir semejante suposicion, cuando se trata del honor de su padre.

—¡Oh Dios mio! ¡en esta época se admiten tantas cosas!

—Ese es justamente el vicio de la época.

—¿Teneis la pretension de reformarla?

—Sí, en lo que esté á mi alcance.

—¡Qué fatuidad, amigo mio!

—Soy así.

—¿Y sois tambien inaccesible á los buenos consejos?

—No, cuando vienen de un amigo.

—¿Me creeis vuestro?

—Sí.

—Pues antes de enviar vuestros padrinos á Beauchamp, informaos.

—¿De quién?

—De Haydée, por ejemplo.

—¡Mezclar una muger en este asunto! ¿para qué puede servirme?

—Para declararos, por ejemplo, que vuestro padre no tuvo la menor culpa en la ruina y muerte del suyo, ó informaros si por desgracia...

—Ya os he dicho, conde, que no puedo admitir semejante suposicion.

—¿Conque desaprobais este medio?

—Sí.

—¿Rotundamente?

—Rotundamente.

—Entonces, oid mi último consejo.
—Que sea el último.
—¿No lo quereis oir?
—Al contrario; os lo pido.
—No envieis vuestros padrinos á Beauchamp.
—¡Cómo!
—Id á buscarle vos mismo.
—Eso es contra la costumbre.
—Vuestro asunto se sale de la esfera de lo vulgar.
—Veamos. ¿Y por qué debo yo de ir en persona?
—Para que todo quede entre los dos.
—Esplicaos.
—Sí haré. Si Beauchamp está dispuesto á retractarse, es preciso dejarle el mérito de la espontaneidad, puesto que no por eso deja de lograrse la retractacion, que es lo que importa. Si por el contrario se niega, tiempo teneis de enterar á dos estraños del asunto.
—No serán dos estraños; serán dos amigos.
—Los amigos de hoy son los enemigos de mañana.
—¡Oh!
—Testigo Beauchamp.
—Conque...
—Os recomiendo la prudencia.
—¿E insistís en que debo ir en persona?
—Sí.
—¿Solo?
—Solo. Cuando se quiere obtener algo del amor propio de un hombre, es preciso ahorrar á su amor propio hasta la sombra de una humillacion.
—Creo que teneis razon.
—¡Ah! me alegro mucho.
—Iré solo.
—Mejor hariais en no ir.
—Eso es imposible.
—Pues id, que siempre es eso mejor que lo que pensábais hacer.
—Pero veamos; si á pesar de todas las precauciones se verifica el duelo, ¿sereis mi padrino?
—Mi querido vizconde, respondió Monte-Cristo con suma gravedad, motivos teneis para saber que en todo tiempo y lugar estoy á vuestra disposicion; pero el favor que me pedís sale de la esfera de los que yo puedo haceros.
—¿Por qué?
—Acaso lo sabreis un dia.
—Pero entre tanto...
—Reclamo para mi secreto vuestra indulgencia.
—Bien. Nombraré á Franz y á Chateau-Renaud.
—Nombrad á Franz y á Chateau-Renaud. ¡Buena idea!
—Pero en fin, si llego á batirme ¿me dareis una leccion de espada ó de pistola?
—No, es imposible.
—¡Qué hombre tan raro sois! ¿Conque no quereis mezclaros en nada?
—En nada absolutamente.
—Pues no hablemos mas. Adios.
—Adios, vizconde.
Morcef tomó su sombrero, y salió.
A la puerta encontró su cabriolé.
Reprimiendo su cólera como mejor pudo, se dirigió á casa de Beauchamp.
Allí le dijeron que estaba en la redaccion.
Con que se dirigió á la redaccion.
Hallábase Beauchamp en un gabinete oscuro y empolvado, como son desde *ab initio* todas las redacciones de los periódicos, cuando le anunciaron á Morcef.
Dos ó tres veces se hizo repetir el anuncio.
Mal convencido todavía, esclamó:
—Entrad.
Y entró Alberto.
Lanzó Beauchamp un grito de sorpresa al ver á su amigo flotando en aquel mar de papeles, y evitando con insegura planta los legajos de periódicos que llenaban, no ya el suelo, sino hasta la mitad de la pared.

—Por aquí, por aquí, querido Alberto, le dijo tendiéndole la mano: ¿qué viento os trae? ¿Os habeis perdido por estos barrios, y venís simplemente á pedirme de almorzar? Haced lo primero por encontrar una silla. Mirad, allí, en aquel ricon, junto á esa maceta, única cosa que me recuerda aquí que hay en el mundo otras hojas que no las de papel.
—Del vuestro es del que vengo á hablaros, Beauchamp, dijo Alberto.
—¿Vos? ¿Qué quereis?
—Una rectificacion.
—¡Una rectificacion! ¿Y sobre qué? Pero sentaos.
—Gracias, respondió el jóven por segunda vez con una ligera genuflexion.
—Esplicaos.
—Una rectificacion sobre un hecho que ataca al honor de una persona de mi familia.
—¡Eso es imposible! dijo Beauchamp sorprendido. ¿A qué aludís?
—A la correspondencia de Janina.
—¿De Janina?
—Sí, de Janina. En verdad que aparentais no saber de lo que se trata.
—Palabra de honor...—¡Bautista, un número de ayer! gritó Beauchamp.
—Es inútil: aquí traigo el mio.
Beauchamp leyó muy admirado:
«Nos escriben de Janina, etc., etc.»
—Ya comprendereis que el hecho es grave, dijo Morcef cuando el periodista acabó su lectura.
—¿Es pariente vuestro ese oficial?
—Sí, dijo Alberto poniéndose como la grana.
—¿Pues qué quereis que haga para daros gusto? le preguntó Beauchamp con dulzura.
—Quisiera que retractáseis la noticia, mi querido Beauchamp.
El periodista le miró con una atencion que demostraba no poca benevolencia.
—Veamos, dijo; esto es para hablarlo despacio; porque una retractacion siempre es cosa grave. Sentaos; volveré á leer estas cuatro ó cinco líneas.
Sentóse Alberto, y Beauchamp volvió á leer con mas atencion los renglones acriminados por su amigo.
—Ya lo veis, dijo Alberto con voz firme y hasta provocadora; se ha insultado en vuestro periódico á un pariente mio y quiero una retractacion.
—¿Quereis?
—Sí, quiero.
—Permitidme que os diga, caro vizconde, que olvidais las fórmulas...
—No quiero recordarlas, repuso el jóven poniéndose de pié. Deseo la retractacion de una noticia que ayer habeis dado, y la obtendré. Sois bastante amigo mio, continuó mordiéndose los labios al ver que Beauchamp por su parte comenzaba á erguir su cabeza desdeñosa; sois bastante amigo mio para comprender, así lo espero á lo menos, mi tenacidad en esta ocasion.
—Si soy amigo vuestro, Morcef, acabareis por hacérmelo olvidar con palabras por ese estilo... pero veamos: no pasemos á mayores todavía... estais irritado... fuera de vos... ¿qué grado de parentesco teneis con ese Fernando?
—Es mi padre simplemente, M. Fernando Mondego, conde de Morcef, antiguo militar que se ha hallado en veinticinco batallas, y cuyas nobles cicatrices se pretenden ocultar con impuro lodo.
—¡Es vuestro padre! repuso Beauchamp. Entonces la cuestion varía... Concibo vuestra indignacion, querido Alberto. Volvamos á leer.
Y volvió á leer la noticia, pesando las palabras.
—¿Pero de dónde sacais que este Fernando sea vuestro padre? preguntó á su amigo.
—De ninguna parte; ya lo sé; pero otras personas lo supondrán, y por eso quiero que se desmienta la noticia.

A la palabra *quiero*, alzó Beauchamp los ojos para mirar á Morcef, volviendo á bajarlos en seguida y quedándose un instante pensativo.

—Desmentireis la noticia; ¿no es verdad, Beauchamp? añadió el vizconde con cólera de cada vez en aumento, aunque concentrada.

—Sí, respondió Beauchamp.

—Enhorabuena, repuso Alberto.

—Caballero, dijo, puesto que ya hablamos de caballero á caballero, si habeis venido á pedirme esa satisfaccion, debísteis hacerlo desde luego, y no hablarme de amistad y de otras cosas inútiles como las que he tenido la paciencia de escucharos. ¿Es en este terreno dónde quereis la cuestion?

—Sí, como no retracteis tan infame calumnia.

—Nada de amenazas, M. Fernando Mondego, vizcon-



Alberto se vengó en un monton de periódicos, destrozándolos á bastonazos.

—Pero cuando esté seguro de que es falsa.

—¡Cómo!

—Sí, la cosa vale la pena de que se averigüe, y yo la averiguaré.

—¿Pero qué os parece que haya que averiguar en esto, caballero? dijo Alberto perdiendo ya los estribos. Si no creeis que sea mi padre, decidlo al punto y claramente; si creis lo contrario, dadme satisfaccion de esa creencia.

Beauchamp miró á Alberto con aquella sonrisa que le era peculiar, y que de todas las pasiones parecia hija.

de de Morcef; no se las sufro á mis enemigos, con menos razon se las sufriré á mis amigos. ¿Quereis en resúmen que yo desmienta la noticia sobre el coronel Fernando, noticia en que no he tomado parte alguna, bajo palabra de honor?

—Sí, lo quiero, respondió Alberto cuya cabeza empezaba á trastornarse.

—Y de lo contrario ¿nos batiremos? añadió Beauchamp con la misma calma.

—Sí, repuso Alberto alzando la voz.

—Pues aquí teneis mi respuesta, caballero. Esa noticia no se ha insertado por mí, que ni siquiera yo la

conocia; pero con este paso me habeis llamado la atencion sobre ella, atencion que durará hasta que se desmienta ó se confirme.

—Caballero, dijo Alberto levantándose, voy á tener el honor de enviaros mis padrinos, con quien discutireis el sitio y las armas.

—Esta bien, caballero.

—Y esta tarde, si os place, ó mañana á mas tardar, nos batiremos.

—¡No tal; no tal! Yo acudiré al terreno cuando sea preciso; y en mi opinion (tengo derecho á darla por ser el provocado) en mi opinion, repito, no es tiempo aun. Sé que tirais muy bien la espada; yo la tiro regularmente; sé que de seis blancos acertais tres por lo comun; esa es mi habilidad sobre poco mas ó menos; y sé en fin que un duelo entre nosotros será muy grave, porque vos sois valiente, y porque... yo lo soy tambien. No quiero pues esponerme á mataros ó á que me mateis sin razon. Voy á reasumir la cuestion y ca-te-gó-ri-ca-mente. ¿Tanto os importa esta retractacion que me matareis si no la hago, aunque os haya dicho, y os repita, y os afirme por mi honor, que nada sabia de eso, y que se necesita ser un adivino como vos para figurarse que este Fernando sea el señor conde de Morcef?

—¡Sí, me importa! ¡lo quiero!

—Pues bien, caballero, consiento en batirme con vos; pero exijo un plazo de tres semanas. Dentro de tres semanas me encontrareis dispuesto á deciros:—Sí, el hecho es falso, y me retracto; ó—si, el hecho es cierto. —Y saco las espadas ó las pistolas á vuestra eleccion.

—¡Tres semanas! esclamó Alberto. Tres semanas son tres siglos que viviré deshonrado.

—Si hubiérais seguido siendo amigo mio, os diria: —Paciencia, amigo.—Pero os habeis hecho mi enemigo, y os diré:—¿Qué me importa, caballero?

—Pues sea dentro de tres semanas, dijo Morcef; pero tened presente que dentro de tres semanas no habrá plazo ni subterfugio que pueda dispensaros...

—M. Alberto de Morcef, dijo Beauchamp levantándose á su vez, no tengo derecho para tiraros por el balcon hasta dentro de tres semanas; es decir, dentro de veinticuatro dias, y vos no teneis derecho hasta entonces para insultarme. Estamos á 29 de agosto; conque será ese dia el 21 de setiembre. Hasta entonces evitémosnos el imitar á dos dogos que se ladran mútuamente estando atados y distantes.

Y saludándole el periodista gravemente le volvió la espalda, y entró en su imprenta.

Alberto se vengó en un monton de periódicos, destrozándolos á bastonazos, y después salió del gabinete no sin mirar dos ó tres veces á la puerta de la imprenta.

Cuando después de haber apaleado á los inocentes periódicos atravesaba Morcef el boulevard apaleando á su caballo, apercibió á Morrel que con los brazos caidos y los ojos chispeantes pasaba por delante de los baños chinos yendo hácia la Magdalena y como si viniese de la puerta de San Martin.

—¡Ah! ¡qué hombre tan dichoso! dijo Alberto.

Por casualidad no se equivocaba.

FIN DE LA CUARTA PARTE.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

PARTE QUINTA.

CAPITULO PRIMERO.

LA LIMONADA.

Con efecto, Morrel era muy feliz.

M. Noirtier acababa de enviarle á llamar, y él tenia tanta prisa por saber la causa, que no habia querido tomar un cabriolé, fiándose mas de sus dos piernas que de las cuatro de un caballo de plaza; conque salió corriendo de la calle de Meslay en direccion al barrio de San Honorato.

Andaba Maximiliano á paso de gimnasta, y Barrois le seguia como Dios le daba á entender.

Morrel tenia treinta y un años, y Barrois sesenta.

Morrel estaba ciego de amor, y Barrois abrumado de calor.

Aunque tan distintos por la edad y por los intereses, se parecian estos dos hombres á las dos líneas superiores del triángulo; separadas por su base, se juntan en la cima.

La cima era Noirtier, que habia mandado á llamar á Maximiliano, encargándole que acudiera con prisa, encargo que Morrel cumplia al pié de la letra con no poca desesperacion de Barrois.

Morrel al llegar no sudaba, porque el amor presta alas; pero Barrois que hacia mucho tiempo que no estaba enamorado, sudaba la gota tan gorda.

El anciano introdujo á Morrel por la puerta secre-

ta, cerró después la del gabinete, y pronto el crugir de la seda anunció la llegada de Valentina.

Seductora estaba la jóven con su traje de luto.

De buena gana hubiera escusado Morrel la entrevista con el abuelo; pero oyóse rodar su sillon, y apareció en la puerta.

Acogió Noirtier con una mirada de benevolencia las protestas de gratitud que le prodigaba Maximiliano por la maravillosa salvacion de que le eran deudores su amada y él, y luego la mirada del jóven interrogó sobre la ocasion de aquella cita á Valentina, que en su timidez se habia sentado lejos hasta que la obligáran á hablar.

Su abuelo la miró tambien.

—¿Debo decir lo que me habeis encargado? le preguntó la jóven.

—Sí, respondió Noirtier.

—Caballero Morrel, repuso volviéndose á su amante que la devoraba con los ojos; mi buen abuelo me está diciendo hace tres dias una porcion de cosas para vos, y hoy os manda llamar para que os las repita; os las repetiré pues, sin alterar en lo mas mínimo sus intenciones, puesto que me ha elegido por intérprete.

—¡Oh! hablad, señorita, hablad, que os escucho impaciente, respondió el jóven.

Valentina bajó los ojos, pareciéndole esto á Morrel un buen augurio.

Solo era débil la jóven cuando era feliz.

—Mi abuelo, dijo, quiere abandonar esta casa, y ya se ocupa Barrois en buscarle otra decente.

—Pero, ¿y vos, señorita, vos que sois tan amada y tan necesaria á M. Noirtier? le preguntó el jóven.

—Yo no le abandonaré, respondió Valentina; es cosa convenida entre él y yo. Tendré mi habitacion junto á la suya. En cuanto al consentimiento de mi padre, lo alcanzaré ó no lo alcanzaré; si lo alcanzo, desde ahora iré á vivir con mi abuelo; y si no lo alcanzo, esperaré diez meses, que es lo que me falta para ser mayor de edad. Entonces seré libre, independiente, y...

—¡Y... añadió Morrel.

—Y con autorizacion de mi abuelito cumpliré la promesa que os tengo hecha.

Pronunció Valentina estas palabras en voz tan baja, que no las hubiera oido Maximiliano á no tener en ello tan vivo interés.

—¿No es lo que he dicho vuestro modo de pensar, abuelito? preguntó la jóven á Noirtier.

—Sí, respondió el anciano.

—Viviendo en casa de mi abuelo, añadió Valentina, M. Morrel podrá ir á verme, puesto que nos servirá de escudo la presencia de tan buen protector. Si el lazo que nuestros dos corazones, quizá ignorantes ó caprichosos, habian empezado á formar, nos parece que presenta garantías de felicidad para lo futuro (pues dicen ¡ay! que los corazones escitados por los obstáculos, se enfrian cuando les faltan), entonces podrá M. Morrel pedirme á mí misma.

—¡Oh! esclamó Morrel tentado de arrodillarse ante el anciano como á un Dios, y ante Valentina como á un ángel; ¡oh! ¿qué he hecho yo para merecer tanta felicidad?

—Hasta entonces, prosiguió la jóven con su voz pura y severa, respetaremos las conveniencias sociales, y hasta la voluntad de nuestras familias, siempre que esta voluntad no tienda á separarnos para siempre. En una palabra, porque una palabra lo dice todo; esperaremos.

—Y yo, caballero, juro cumplir los sacrificios que esa palabra me impone, no con resignacion, sino con placer, dijo Maximiliano.

—Conque nada de imprudencias, amigo mio, añadió Valentina con una mirada muy dulce para el corazon del jóven. No comprometais á la que desde hoy se cree destinada á llevar pura y dignamente vuestro nombre.

Morrel se puso la mano sobre el corazon.

El paralítico los miraba á entrambos con ternura.

Barrois, que permanecia en el fondo como hombre para quien no hubiera secretos, se sonreia enjugándose las gruesas gotas de sudor que caian de su frente.

—¡Oh! dijo Valentina, ¡que calor tiene el buen Barrois!

—¡Oh! señorita, repuso Barrois, es que he andado muy aprisa; pero M. Morrel andaba mas aprisa que yo; debo hacerle esa justicia.

Barrois fijó sus ojos en una bandeja que contenia un vaso y una botella de limonada.

Lo que faltaba en la botella se lo habia bebido Mr. Noirtier media hora antes.

—Toma, buen Barrois, dijo la jóven; pues veo que miras la botella con ojos ávidos.

—La verdad es que me muero de sed, respondió Barrois, y de buena gana beberia un vaso de limonada á vuestra salud.

—Bébelo pues, dijo Valentina, y vuelve pronto.

Llevóse Barrois la bandeja, y apenas llegaba al corredor, vióselo á través de la puerta que no habia cerrado, beberse de un trago el vaso de limonada que Valentina le escanció.

Despedíanse ya los dos amantes en presencia de Noirtier, cuando se oyó la campanilla de la escalera de Villefort.

Esto anunciaba una visita.

Valentina miró el reloj.

—Es mediodía, dijo. Sin duda será el doctor, porque hoy es sábado.

Noirtier hizo seña de que con efecto él debia de ser.

—Vendrá aquí: conque es preciso que se vaya M. Morrel, ¿no es verdad, abuelito?

—Sí, respondió el anciano.

—¡Barrois! dijo Valentina llamándole, ¡Barrois, venid!

Y oyóse la voz del anciano que respondia:

—Voy, señorita.

—Barrois os acompañará hasta la puerta, dijo Valentina á Morrel, y tened presente una cosa, caballero oficial, y es que mi abuelo os encarga no deis ningun paso que pueda comprometernos.

—He prometido esperar, y esperaré, respondió el jóven.

En este momento entró Barrois.

—¿Quién ha llamado? le preguntó Valentina.

—El doctor d'Avrigny, dijo Barrois temblándole las piernas.

—¿Qué teneis, Barrois? le preguntó Valentina.

El viejo no respondió.

Miraba á su amo con ojos vagarosos, y con su mano crispada buscaba un apoyo para seguir de pié.

—¡Va á caerse! esclamó Maximiliano.

Con efecto, su temblor se aumentaba por grados.

Sus facciones, alteradas por los movimientos convulsivos de los músculos faciales, indicaban un ataque nervioso de los mas intensos.

Viéndole tan alterado, se deshacia Noirtier en miradas; miradas en que se leian inteligibles y palpitantes todas las emociones del corazon humano.

Barrois dió algunos pasos hácia el paralítico.

—¡Ah Dios mio, Dios mio! Señor, dijo, ¿qué tengo? yo estoy malo... no veo... mil hierros encendidos me taladran el cerebro... ¡Oh! no me toqueis... no me toqueis...

Con efecto, los ojos se le saltaban, la cabeza se le caia hácia atrás, y el resto del cuerpo se le contraia.

Valentina lanzó un grito de susto.

Morrel la cogió en sus brazos como para defenderla de algun peligro ignorado.

—¡Señor d'Avrigny! ¡señor d'Avrigny! gritó Valentina con voz ahogada: ¡socorro, venid!

Revolvióse Barrois, dió tres pasos hácia atrás, tropezó, y vino á caer á los piés del paralítico, en cuyas rodillas apoyó las manos murmurando:

—¡Mi amo, mi buen amo!

En este momento apareció Villefort atraido por los gritos.

Soltó Morrel á Valentina casi desmayada, y andando de espaldas se escondió en un rincon, cubriéndose con una cortina.

Pálido Villefort como si hubiera visto á sus piés una serpiente, clavaba sus ojos en el desdichado moribundo.

Estupefacto Villefort, no podia apartar los ojos de este cuadro que le llamó la atencion desde el punto de su entrada.

A Morrel no le habia visto.

Tras un instante de muda contemplacion, instante en que pudo vérsele palidecer y erizársele los cabellos, esclamó lanzándose hácia la puerta:

—¡Doctor! ¡doctor! ¡venid! ¡venid!

—¡Señora! ¡señora! gritó Valentina á su madrastra,



¡Mi amo, mi buen amo!

Noirtier ardia en impaciencia y terror, volando su alma al socorro de aquel pobre viejo, mas su amigo que su criado.

Veíase palpable la lucha de la vida y la muerte en la hinchazon de sus venas y en la contraccion de los músculos que en torno á sus ojos conservaban vida.

Descompuesto el semblante, sanguinolentos los ojos, y el pescuezo caido hacia atrás, yacia Barrois en el suelo, golpeándolo con sus manos, mientras sus piernas, contraidas y dobladas, parecia que antes pudieran romperse que volver á su primitivo estado.

Manaba de sus labios una ligera espuma, y respiraba con mucha dificultad.

tropezando con las paredes; venid, venid pronto y traed vuestro pomito.

—¿Qué hay? esclamó la voz metálica y reprimida de Madama de Villefort.

—¡Oh! venid, venid.

—¿Pero dónde está el médico, dónde? gritaba Villefort.

Madama de Villefort bajaba muy despacio.

Oíanse bajo sus piés crugir los escalones.

En una mano traia un pañuelo, con el cual se limpiaba el rostro, y en la otra un pomito de sales inglesas.

Al llegar á la puerta, su primera mirada fué para

Noirtier, cuyo rostro, aparte las emociones naturales en tal circunstancia, anunciaba una salud perfecta. Su segunda mirada fué para el moribundo.

Púsose pálida, y sus miradas saltaron por decirlo así del criado al amo.

—En nombre del cielo, señora, ¿dónde está d'Avrigny? Entró en vuestro cuarto... ¡Oh! ya lo veis; es una apoplegía; sangrándole se le podria salvar.

—¿Ha comido recientemente? preguntó Madama de Villefort eludiendo la pregunta.

—No se ha desayunado, siquiera, dijo Valentina; pero ha corrido mucho por hacer un recado del abuelito. Solo á la vuelta bebió un vaso de limonada.

—¡Oh! ¿y por qué no bebió vino? dijo Madama de Villefort; la limonada es mala.

—La limonada estaba ahí, á la mano, preparada para mi abuelo. El pobre Barrois tenia sed y bebió lo que encontró mas cerca.

Madama de Villefort se estremeció.

Noirtier no la perdia de vista un instante.

—¡Tiene el pescuezo tan corto! dijo la dama.

—Señora, vuelvo á preguntaros en nombre del cielo, ¿dónde está d'Avrigny? tornó á esclamar Villefort.

—En la alcoba de Eduardo, que anda un poco indispuesto, respondió Madama de Villefort no pudiendo eludir mas tiempo la pregunta.

Villefort corrió á la escalera para ir en persona á buscarle.

—Tomad, dijo su madrastra á Valentina, dándole el pomito; sin duda le sangrarán... Vuelvo á mi cuarto, pues no puedo soportar la vista de la sangre.

Y siguió á su marido.

En esto salió Morrel del rincon en que estaba oculto y donde nadie le habia visto, gracias al azoramiento de todos.

—Marchaos al momento, Maximiliano, le dijo Valentina, y esperad á que yo os avise.

Morrel consultó al paralítico.

Este, que conservaba toda su presencia de ánimo, le hizo seña de que sí.

Estrechó pues á su corazon la mano de Valentina, y fuése por el pasillo secreto.

Al mismo tiempo entraban por la otra puerta Villefort y el médico.

Barrois empezaba á volver en sí.

Pasada un tanto la crisis, recobraba, aunque torpemente, la palabra, incorporándose sobre una rodilla.

D'Avrigny y Villefort le colocaron en una butaca.

—¿Qué mandais, doctor?

—Que traigan agua y éter. ¿Los habrá en casa?

—Sí.

—Que vayan á buscar al momento aceite de trebentina y emético.

—Id, dijo Villefort.

—Y ahora que se retire todo el mundo.

—¿Y yo tambien? preguntó Valentina tímidamente.

—Vos sobre todo, dijo con aspereza el médico.

Miró Valentina con asombro á d'Avrigny, y besando á su abuelo en la frente, se marchó.

El doctor cerró la puerta en seguida con aire lúgubre.

—Mirad, mirad, doctor, ya vuelve. El ataque es pasajero.

D'Avrigny se sonrió con aire lúgubre.

—¿Cómo os sentís, Barrois? preguntó al enfermo.

—Un poco mejor.

—¿Podreis beber esta agua eterizada?

—Probaré á hacerlo; pero no me toqueis.

—¿Por qué?

—Porque me parece que si me tocárais, aunque fuera solo con la yema del dedo, me repetiria el ataque.

—Bebed.

Cogió Barrois el vaso, y acercándolo á sus amoratados labios, bebió una mitad sobre poco mas ó menos.

—¿Dónde os duele? le preguntó el doctor.

—En todas partes. Siento una especie de calambre horrible.

—¿Y desvanecimientos?

—Tambien.

—¿Y zumbido en los oidos?

—Espantoso.

—¿Cuándo habeis empezado á sentir eso?

—Ahora mismo.

—¿De repente?

—Como un rayo.

—Y ayer ni anteayer ¿nada?

—Nada.

—¿Ni insomnios, ni pesadez?

—Nada.

—¿Qué habeis comido hoy?

—Nada. Solo he bebido un vaso de la limonada del amo.

É hizo Barrois una seña, designando á Noirtier, que inmóvil en su sillon contemplaba esta horrible escena sin perder un movimiento ni una sola palabra.

—¿Dónde está esa limonada? preguntó vivamente e médico.

—Abajo en la botella.

—¿Dónde es abajo?

—En la cocina.

—¿Quereis, d'Avrigny que vaya á buscarla? le preguntó Villefort.

—No, quedaos aquí, y procurad que beba el enfermo lo que queda de ese vaso de agua.

—Pero ¿la limonada?...

—Yo mismo voy por ella.

Abrió la puerta d'Avrigny, y de un solo salto llegó á la escalera; esponiéndose á atropellar á Madama de Villefort que bajaba tambien á la cocina.

La dama lanzó un grito.

Pero d'Avrigny ni por esas reparó en ella.

Iba tan abstraido por una idea esclusiva, que saltando los tres ó cuatro escalones últimos, corrió á la cocina donde apercibió sobre una mesa la botella con una cuarta parte de su líquido.

Lanzóse a cogerla como un águila sobre su presa, y palpitante de emocion volvió á subir al cuarto bajo.

Madama de Villefort subia otra vez lentamente la escalera en direccion á su cuarto.

—¿Es esta la botella? preguntó d'Avrigny al enfermo.

—Sí señor.

—¿Es esta misma la limonada que habeis bebido?

—Sí señor.

—¿Qué gusto le encontrabais?

—Amargo.

Vertió el doctor algunas gotas de limonada en la palma de la mano, aspiróla con sus lábios, y despues de haberse enjuagado la boca como se hace para probar el vino, arrojó el buche á la chimenea.

—Es la misma, dijo. ¿Habeis bebido vos de ella tambien? preguntó á Noirtier.

—Sí, respondió el anciano con los ojos.

—¿Y le habeis encontrado el mismo sabor amargo?

—Sí.

—¡Ah, señor doctor! ¡ya me vuelve á dar! gritó Barrois. ¡Dios mio! tened piedad de mí.

El médico corrió á socorrerle.

—¿Viene el emético, Villefort?

Villefort salióse afuera, gritando:

—¡El emético! ¡el emético! ¿lo han traido ya?

Nadie respondió.

El terror mas lúgubre reinaba en toda la casa.

—Si tuviese un medio de introducirle aire en los pulmones, dijo d'Avrigny mirando en torno suyo, quizás se lograria impedir la asfixia. Pero nada, ¡nada!

—¡Oh señor! gritaba Barrois. ¿Me dejareis morir así? ¡Oh! me muero, Dios mio, me muero.

—¡Una pluma; ¡una pluma! gritó el doctor.

En esto vió una sobre la mesa.

Trató pues de introducirla en la boca del enfermo, que en medio de sus convulsiones hacia mil esfuerzos vanos para vomitar; pero tenia tan fuertemente contraidas las quijadas, que la pluma no pudo pasar.

El segundo ataque nervioso que sufrió Barrois fué mayor que el primero.

Se habia caido del sillon al suelo, donde estaba batallando y despedazándose.

—Sí.

—¿Fuísteis vos quien le aconsejó beber de ella?

—No.

—¿Fué Mr. de Villefort?

—No.

—¿Su esposa?

—No.

—¿Entonces seria Valentina?



Abrió la puerta d'Avrigny, y de un solo salto llegó á la escalera, esponiéndose á atropellar á Madama de Villefort que bajaba tambien á la cocina.

Dejóle el doctor entregado á este acceso, que no podia aminorarle en modo alguno, y corrió á Noirtier.

—¿Cómo os sentís? le dijo vivamente y en voz baja: ¿bien?

—Sí.

—¿Ligero de estómago ó pesado? ¿Ligero?

—Sí.

—¿Cómo al tomar la píldora que os he recetado para todos los domingos?

—Sí.

—¿Fué Barrois quien hizo vuestra limonada?

—Sí.

Un suspiro de Barrois, y una convulsion que le hacia rechinar los dientes, llevaron á su lado á Mr. d'Avrigny.

—Barrois, le dijo, ¿podeis hablar?

El anciano balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Haced un esfuerzo, amigo mio.

Barrois abrió sus ojos inyectados de sangre.

—¿Quién hizo la limonada?

—Yo.

—¿Y se la trajísteis en seguida á vuestro amo?

—No.
—Entonces ¿la dejaríais en alguna parte?
—En la repostería, porque me llamaron.
—¿Y quien la trajo aquí?
—La señorita Valentina.
D'Avrigny se dió una palmada en la frente.
—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! murmuró.
—¡Doctor! ¡doctor! gritó Barrois sintiéndose próximo á un tercer taque.
—¿Pero no traen el emético? esclamó d'Avrigny.
—Aquí teneis un vaso ya preparado, dijo Villefort apareciendo.
—Preparado ¿por quién?
—Por el mancebo de la botica, que ha venido conmigo.
—Bebed.
—¡Imposible, doctor... es ya tarde... la garganta se me cierra... yo me ahogo. ¡Oh! .. mi corazon... mi cabeza... ¡Oh, qué infierno! ¿durarán mucho estos dolores?
—No, no, amigo mio; repuso d'Avrigny. Pronto no os dolerá nada.
—¡Ah! os comprendo... esclamó el desgraciado. ¡Dios mio! ¡tened piedad de mi!
Y lanzando un grito, cayó de espaldas á plomo.
D'Avrigny le puso una mano sobre el corazon, y acercó un espejo á sus lábios...
—¿Y bien?... le preguntó Villefort.
—Id á la cocina á decir que al punto me traigan jarabe de violetas.
Villefort bajó en seguida.
—No os asusteis, Mr. Noirtier, porque me lleve al enfermo á otra habitacion para sangrarle. Estos ataques son en verdad un espectáculo tremendo.
Y cogiendo á Barrois por debajo de los brazos le arrastró á una pieza cercana, volviendo á poco á la de Noirtier, á apoderarse del resto de la limonada.
El paralítico cerraba á la sazon el ojo derecho.
—Llamais á Valentina, ¿no es verdad? Voy á decir que la llamen
Villefort súbia ya la escalera.
D'Avrigny le encontró en el corredor.
—¿Qué hay? le preguntó aquel.
—Venid, le dijo d'Avrigny.
Y le llevó á la habitacion donde estaba Barrois.
—¿Sigue sin conocimiento? preguntó el procurador del rey.
—Ya ha muerto.
Retrocedió Villefort dos pasos, llevóse las manos á la cabeza, y con palpable compasion, dijo mirando al anciano:
—¡Muerto tan pronto!
—Muy pronto, ¿no es verdad? repuso d'Avrigny; pero eso no debe admiraros. M. y Madama de Saint-Meran murieron tambien muy pronto. Se muere muy pronto en vuestra casa, Mr. de Villefort.
—¿Qué? esclamó el magistrado con horror y consternacion. ¿Seguís en esa idea horrible?
—Siempre, siempre, repuso d'Avrigny con solemnidad; no me ha abandonado un solo instante; y para convenceros de que esta vez no me equivoco, oidme bien, Mr. de Villefort.
Villefort temblaba como un azogado.
—Hay un veneno que mata casi sin dejar huella alguna. Yo lo conozco muy bien, porque le he estudiado en todos los accidentes, y en todos los fenómenos que produce. Acabo de reconocer los efectos de ese veneno en el pobre Barrois, como ya los habia reconocido en Madama de Saint-Meran. Hay un medio infalible de reconocer su presencia: al papel de tornasol enrojecido por un ácido le vuelve el color azul, y al jarabe de violeta lo tiñe de verde. No tenemos papel de tornasol; pero esperad... ya me traen el jarabe de violeta.
Con efecto, en el corredor se oian pasos.
Entreabrió el doctor la puerta, tomó de manos de la criada un vaso en cuyo fondo se veian dos ó tres cucharadas de jarabe, y volvió á cerrar la puerta.
—Mirad, dijo al procurador del rey, cuyo corazon palpitaba tan fuertemente que se le podia oir; mirad en este vaso jarabe de violeta, y en esta botella la limonada de que Mr. Noirtier y Barrois han bebido una parte. Si la limonada es pura é inofensiva, el jarabe conservará su color; pero si está envenenada, el jarabe se pondrá verde. ¡Mirad!
Y esto diciendo, echó el doctor lentamente en el vaso algunas gotas de limonada. En el mismo instante se empezó á formar en el fondo del vaso una especie de nubecilla, que primero fué azulada, luego del color de záfiro pasó al de ópalo, y del de ópalo al verde esmeralda.
Este último color fué el que conservó.
El esperimento no permitía dudar.
—El pobre Barrois ha sido envenenado con augustura falsa ó con nuez de San Ignacio, dijo d'Avrigny. Ahora lo sostendría ante Dios y los hombres.
Nada contestó Villefort; pero con los ojos desencajados, y alzando las manos al cielo cayó en un sillon como herido de un rayo.

CAPITULO II.

LA ACUSACION.

Mr. d'Avrigny hizo volver en sí al magistrado, que parecia otro cadáver mas en aquella estancia lúgubre.
—¡Oh! la muerte está en mi casa, esclamó Villefort.
—Decid mas bien el crímen, respondió el médico.
—¡No puedo esplicaros, Mr. d'Avrigny lo que siente mi alma en este momento! es espanto, es dolor, es locura.
—Sí, dijo el facultativo con imponente calma; pero creo que ya es tiempo de que obremos; creo que ya es tiempo de que pongamos un dique á este torrente de mortalidad. Por mi parte no me siento poderoso á guardar mas tiempo un secreto como este, sin la esperanza de lograr bien pronto venganza para la sociedad y para las víctimas.
Villefort lanzó en torno suyo una mirada sombría, murmurando:
—¡En mi casa! ¡en mi casa!
—Ea, magistrado, sed hombre, dijo Avrigny. Intérprete de la ley, inmolad al culpable. Honra será vuestra.
—¡Me haceis temblar, doctor! ¡Inmolar!
—Esa es la palabra..
—¿Sospechais de alguien?
—No sospecho de nadie. La muerte llama á vuestra puerta; entra, y se dirige con un tino particular, no á tientas, sino de habitacion en habitacion. Pues bien, yo sigo sus pasos, reconozco su huella, y adoptando la sabiduría de los antiguos, camino atientas, porque la amistad que me une á vuestra familia, y mi respeto hácia vos son dos vendas sobre mis ojos; pero...
—¡Hablad! ¡hablad! tendré valor.
—Pues bien, caballero, en vuestra casa, quizás en el seno de vuestra familia, teneis uno de esos espantosos fenómenos como solo produce uno cada siglo Locusta y Agripina, viviendo en una misma época, son una escepcion que prueba la furia con que se empeñó la Providencia en perder al imperio romano, manchado por tantos crímenes. Bruneguilde y Fredegunda son los efectos de la penosa labor de una civilizacion infantil; cuando el hombre se ensayaba á dominar al espíritu, aunque fuese por el ángel de las tinieblas. Aquellas mujeres habian sido ó eran jóvenes y hermosas. Visto se habia florecer en su frente, ó florecia aun, la flor de la inocencia, la misma que florece en la frente de la criminal que hay en vuestra casa.

Villefort exhaló un grito, y juntando las manos, miró al doctor con gesto suplicante.

Pero este, implacable, prosiguió:

—«Averigua á quién aprovecha el crímen,» dice un axioma de jurisprudencia

—¡Ay de mí, doctor! esclamó Villefort. ¡Cuántas veces no han engañado á la justicia de los hombres esas palabras funestas! Yo no sé, pero me parece que este crímen...

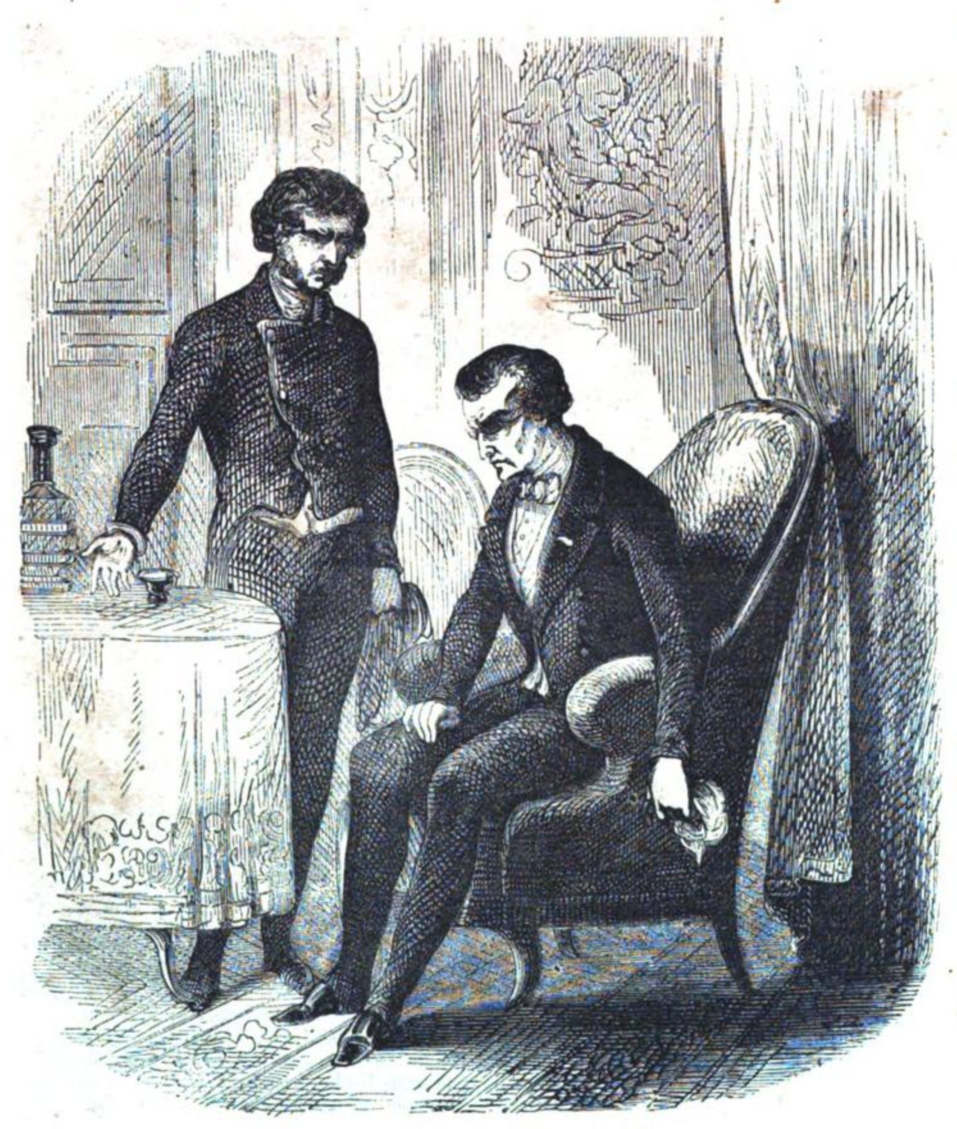
—¡Ah! ¿Conque confesais que hay crímen?

—Sí, lo confieso. ¿Qué quereis? no puedo pasar por otro punto. Pero dejadme proseguir. Me parece, repito, que este crímen recae sobre mí solo y no sobre las víctimas. Estas desgracias misteriosas paréceme que anuncian una desgracia, y grande, para mí.

—¡Oh! murmuró el doctor; este es el hombre; el mas egoista de todos los animales, el mas personal de todas las criaturas; que cree siempre que la tierra gira, que brilla el sol y que la muerte mata por él, y solo por él... hormiga maldiciendo de Dios encaramada en una paja. Qué, ¿los que han perdido la vida nada perdieron? ¿Mr. de Saint-Merán, Madama de Saint-Merán, Mr. Noirtier...

—¡Cómo! ¿Mr. Noirtier?...

—Sí. ¿Es posible creais que á quien se queria matar fuera ese pobre criado? No, no. Como el Polonio de Shakspeare, ha muerto por otro. Era Noirtier el que debia beber la limonada. Noirtier es el que la ha bebido en el órden lógico de las cosas; Barrois no la ha bebido sino por accidente, y aunque sea Barrois el muerto, era Noirtier el que debia morir.



Villefort... cayó en un sillon, como herido del rayo.

—Pero ¿cómo entonces mi padre no ha sucumbido?

—Os lo he dicho ya una noche en el jardin, despues de la muerte de Madama de Saint-Merán. Porque su cuerpo está acostumbrado á ese veneno; porque la dosis, insignificante para él, era mortal para otro; y porque, en fin, nadie sabe, ni el mismo asesino, que desde hace un año estoy combatiendo con la brucina la paralisis de Mr. Noirtier, mientras él no ignoraba, como se lo ha confirmado la esperiencia, que la brucina es un veneno muy activo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Villefort retorciéndose los brazos.

—Seguid los pasos del criminal. Mata primero á Mr. de Saint-Merán.

—¡Oh, doctor!

—Lo jurára. Lo que me han dicho de los síntomas conviene perfectamente con lo que he observado yo propio.

Villefort cesó de replicar, exhalando un gemido.

—Oidme bien.

—¡Ay! no pierdo una sola palabra, ni una sola, balbuceó Villefort.

—Mr. Noirtier habia hecho en otro tiempo testamento contra vos, contra vuestra familia, á favor de los pobres, en una palabra. Mr. Nortier, pues, obtiene perdon, porque nada se espera de él; pero apenas rompe su primer testamento, apenas hace el segundo, por temor de que haga el tercero se le asesta el golpe. Hizo el testamento anteayer, segun creo; ya veis que no se duerme en las pajas el criminal.

—¡Oh, perdon, Mr. de Avrigny!

—Nada de perdon, caballero. La mision del médico en la tierra es sagrada; para cumplirla es para lo que ha estudiado las fuentes de la vida y las misteriosas tinieblas de la muerte. Cuando se comete un crimen, y Dios, horrorizado sin duda, aparta sus ojos del criminal, al médico le toca decir:—Ese es.

—¡Perdon para mi hija! murmuró Villefort.

—Vos mismo la habeis nombrado..... ¡vos! ¡su padre!

—¡Perdon para Valentina! Escuchad..... eso es imposible. Mejor quisiera acusarme á mí mismo. ¡Valentina! ¡un corazon tan puro! ¡un alma tan cándida!

—No haya perdon, señor procurador del rey. El crímen está patente. La señorita de Villefort empaqueta por su propia mano las medicinas que se remiten á Mr. de Saint-Merán, y Mr. de Saint-Merán muere.

La Señorita de Villefort prepara las bebidas de madama de Saint-Merán, y Madama de Saint-Merán muere.

La señorita de Villefort coje de manos de Barrois, á quien se envia fuera de casa, la botella de la limonada que el anciano suele tomar por las mañanas, y solo se salva el anciano por un milagro.

La señorita de Villefort es la culpable.

Valentina Villefort es la envenenadora.

Señor procurador del rey, os denuncio á la señorita de Villefort... cumplid vuestro deber.

—Doctor, ya no resisto... ya no me defiendo. ¡Os creo! pero tened piedad de mi vida, ¡piedad de mi honor!

—Señor de Villefort, repuso el médico con violencia creciente, hay ocasiones en que yo paso todos los límites de la necia circunspeccion humana. Si hubiese vuestra hija cometido solo el primer crimen, y yo la viera meditar el segundo, os diria:—Corregidla, castigadla; que pase en un cláustro el resto de su vida, llorando y rezando.—Si hubiera cometido un segundo crimen, os diria:—Tomad, Mr. de Villefort: este veneno no tiene antídoto conocido: obra rápido como el pensamiento, mortal como el rayo. Dadle este veneno, encomendando su alma á Dios, y salvad así vuestro honor y vuestra vida, porque á vos es á quien ella aborrece; y ya la veo acercarse á vuestro lecho con sus sonrisas hipócritas y sus traidores halagos. ¡Ay de vos, Villefort, si no os apresurais á herirla antes que os hiera!—Esto os diria si solo hubiese envenenado á dos personas; pero ha presenciado ya tres agonías, se ha arrodillado junto á tres cadáveres... ¡Al verdugo la envenenadora! ¡al verdugo! ¡al verdugo! ¿Me recordais vuestro honor? Si haceis lo que os aconsejo, la inmortalidad os espera.

Villefort cayó de rodillas.

—Oid, murmuró, no tengo esa fortaleza que vos teneis; fortaleza que no tendriais si en lugar de mi hija Valentina se tratase de vuestra hija Magdalena.

El doctor se puso pálido.

—Doctor, todo hombre, todo hijo de mujer nace para sufrir y morir. Doctor, sufriré y esperaré la muerte.

—Cuidado que vuestra muerte será lenta, dijo d'Avrigny. Cuidado que la vereis acercarse á vos despues de haber herido á vuestro padre, á vuestra esposa, á vuestro hijo quizás.....

Villefort, sofocado, estrechó la mano del médico, esclamando:

—¡Escuchadme! socorredme!, compadecedme! No, mi hija no es criminal. Llevadnos á todos ante los jueces, y os repetiré:—No, mi hija no es criminal... no mora el crímen en mi casa... no quiero que entre, ¿lo entendeis? porque cuando entra el crímen en una casa, es como la muerte, que nunca entra sola. Escuchad: ¿qué os importa á vos de que yo muera asesinado? ¿sois vos amigo mio? ¿sois hombre? ¿teneis corazon?... no.... sois... un médico. Pues bien, os lo repito: mi hija no será entregada por mi misma mano á la del verdugo... ¡Ah qué idea! ¡esta idea me tortura, me devora, y quisiera arrancarme el pecho! ¿Y si os engañais, doctor? ¿Y si otra, que no Valentina, fuese la criminal? Y si un dia, pálido como un espectro, viniese yo á deciros:—¡Asesino! ¡tú has matado á mi hija!—Si tal llegare á suceder... soy cristiano, Mr. d'Avrigny; pero me suicidaria.

—Bien, esperaré, dijo el doctor, despues de un instante de silencio.

Villefort le miró como si dudase aun de sus palabras.

—Empero, continuó Mr. d'Avrigny con voz lenta y solemne; empero si cae enferma alguna persona de vuestra familia, si vos mismo os sentis herido de muerte, no me llameis, porque no vendré. Me resigno á partir con vos este secreto terrible; pero no quiero que la vergüenza y el remordimiento entren en mi casa y se apoderen de mi conciencia, como el crímen y la desdicha se van á apoderar de la vuestra.

—¿Conque me abandonais, doctor?

—Sí, porque no puedo seguiros mas lejos sin que me detenga el cadalso. No faltará una declaracion que sirva á esta trajedia de desenlace. Adios.

—Doctor, os ruego...

—Todos los horrores de que está mi imaginacion llena, me hacen vuestra casa odiosa y fatal. Adios, caballero.

—Una palabra, una palabra solamente, doctor. Os retirais dejándome en tan horrorosa situacion, situacion que vuestras revelaciones me han hecho mas crítica. ¿Qué diremos de la muerte instantánea de ese pobre criado?

—Teneis razon; acompañadme.

El doctor salió delante y M. de Villefort detrás.

Inquietos los demás criados poblaban los corredores y las escaleras por donde debia pasar el médico.

—Caballero, dijo éste á Villefort en voz bien alta para que todos lo oyesen, el pobre Barrois hacia una vida muy sedentaria de algunos años á esta parte. Acostumbrado en otro tiempo á correr con su amo media Europa á caballo ó en carruaje, le ha matado este servicio monótono alrededor de un sillon. La sangre se le habia hecho pesada. Como estaba bien alimentado, y tenia un pescuezo gordo y corto, le ha atacado una apoplegia fulminante. Se me ha llamado tarde.—Apropósito, añadió en voz baja, tirad el jarabe de violetas donde nadie lo vea.

Y sin añadir una palabra mas, sin darle la mano á Villefort, salió d'Avrigny escoltado por las lágrimas y las lamentaciones de todos los de la casa.

Aquella misma tarde, después de haberse reunido en la cocina y de hablar largamente entre sí, vinieron todos los criados á pedir á Madama de Villefort permiso para marcharse.

Y no lograron detenerlos ni súplicas ni ofertas.

A todo respondian:

—Queremos irnos, porque está la muerte en esta casa.

Y se fueron al fin, protestando lo que sentian dejar

á tan buenos amos, y sobre todo á la señorita Valentina, tan buena, tan caritativa, tan dulce.

Al oir esto miró Villefort á Valentina.

Estaba llorando.

¡Cosa estraña! á través de la emocion que este llanto le causaba, miró tambien á Madama de Villefort, pareciéndole que una sonrisa fugitiva y sombría plegaba sus delgados labios, como esos meteoros siniestros que vemos deslizarse entre las nubes de un cielo tempestuoso.



Villefort cayó de rodillas.

CAPITULO III.

LA VIVIENDA DE UN PANADERO RETIRADO.

La tarde misma del dia en que el conde de Morcef salió de casa de Danglars con una vergüenza y una ira, que deja comprender la frialdad con que le trató el banquero, M. Andrea Cavalcanti, con los cabellos relucientes, retorcido el bigote, guante blanco y muy ceñido, entró, casi de pié en su coche, en el patio del banquero.

Apenas habria pasado diez minutos en el salon, cuando halló medio de conducir á Danglars al hueco de una ventana, y allí, después de un preámbuo muy ingenioso, le espuso los tormentos que sufria después de la marcha de su noble padre.

Desde aquella marcha dijo que habia encontrado en la familia del banquero, familia que le honrara hasta el punto de recibirle como á hijo, todas las garantias de felicidad que el hombre debe de preferir á los caprichos de la pasion; y que hasta la pasion misma habia tenido la dicha de beberla en los hermosos ojos de la señorita Danglars.

Danglars le oia con la mas profunda atencion.

Hacia ya dos ó tres dias que esperaba esta declaracion, y cuando llegó al fin se puso su rostro tan radiante, como se habia puesto de lúgubre al escuchar á Morcef.

Sin embargo, no quiso acoger la proposicion del

jóven sin hacerle algunas observaciones puramente de conciencia.

—Caballero Andrea, le dijo, sois muy jóven todavía para pensar en casaros.

—No tal, caballero, repuso Cavalcanti; á mí por lo menos no me lo parece. En Italia los grandes señores se casan jóvenes por lo comun: es una costumbre lógica. La vida es tan deleznable, que se debe coger á la felicidad por los cabellos cuando pasa á nuestro lado.

tar desde el dia de mi casamiento. Segun mis cálculos, esto debe de ser la cuarta parte de las rentas de mi padre.

—Yo, dijo Danglars, siempre he tenido intencion de dar á mi hija quinientos mil francos de dote. Además, es mi única heredera.

—Pues bien, repuso Andrea, ya veis que la cosa marcha. Suponiendo que mi deseo no sea rechazado por la señora baronesa ó por Eugenia, nos encontrare-



—Queremos irnos, porque está la muerte en esta casa.

—Ahora pues, caballero, dijo Danglars, dando por sentado que vuestros proyectos, tan honrosos para mí, agraden á mi esposa y á mi hija, ¿con quién trataremos la cuestion de intereses? Esta cuestion á mi parecer es muy importante, y solo los padres la saben tratar de un modo conveniente á la felicidad de sus hijos.

—Caballero, mi padre es un hombre razonable y sabio, que preveyendo sin duda el caso probable de que yo deseara establecerme en Francia, me ha dejado al partir, además de todos los documentos de familia, una carta en que me asegura, si la eleccion que hago le parece buena, ciento cincuenta mil libras de renta á con-

mos pues con ciento setenta y cinco mil libras de renta. Supongamos una cosa: supongamos que yo logre que el marqués, en lugar de pagarme la renta me dé el capital íntegro (esto no es fácil, ya lo sé, pero es posible), vos nos manejaríais estos dos ó tres millones, que en manos hábiles pueden producir el diez por ciento.

—Yo solo tomo el dinero á un cuatro y hasta á un tres y medio, repuso Danglars; pero á mi yerno se lo tomaria al cinco y á partir ganancias.

—Pues corriente, caro suegro, replicó Andrea dejándose llevar de los arrebatos vulgares, que á pesar de sus esfuerzos brillaban de cuando en cuando á través de su aristocrático barniz.

Pero reprimiéndose acto contínuo, añadió:

—¡Oh! dispensadme, caballero. Ya veis; la esperanza sola me vuelve loco. ¿Qué seria la realidad?

—Pero hay, dijo Danglars, que por su parte no advertia como esta conversacion, desinteresada en un principio, venia al fin á girar sobre negocios; pero hay una parte de vuestra fortuna que no puede negaros vuestro padre.

—¿Cuál? le preguntó el jóven

—La procedente de vuestra madre.

—¡Ah! sí, la procedente de mi madre, Leonora Corsinari.

—¿Y á cuánto puede ascender?

—Asegúroos por mi fé, caballero, que nunca he parado mientes en tal cosa. La calculo, sin embargo, en dos millones lo menos.

Estas palabras causaron á Danglars la alegre agonía que causa al avaro el encontrar su perdido tesoro, y al hombre próximo á ahogarse el encontrar bajo sus pies tierra sólida en vez del vacío que iba á tragarle.

—Y bien, caballero, repuso Andrea saludándole con respetuosa ternura, ¿podré esperar?...

—Esperad, caballero, dijo Danglars; teniendo por seguro que si ningun obstáculo impide su marcha por vuestra parte, este es negocio concluido.

—¡Ah! ¡me colmais de placer! esclamó Andrea.

—Pero ¿cómo es, dijo Danglars reflexionando, que el conde de Monte-Cristo, vuestro protector en el mundo parisiense, no haya venido con vos á dar este paso?

Andrea se sonrojó imperceptiblemente.

—Vengo de su casa, dijo. Es sin disputa un hombre completo; pero raro sobre toda ponderacion. Ha aprobado mis ideas, hasta me ha dicho que no creia que mi padre vacilase en darme el capital en vez de la renta, brindándome con su influyente apoyo para conseguirlo; pero me declaró que nunca habia tomado ni tomaria sobre sí la grave responsabilidad de hacer una demanda de matrimonio. Debo sin embargo hacerle la justicia de confesar, que se ha dignado añadir que si en alguna ocasion ha deplorado esta repugnancia era en esta, pues cree que nuestra union promete ser feliz bajo todos aspectos. Tambien por otra parte me ha dicho, que aunque no quiere hacer nada oficialmente, se reserva el responderos si le consultais

—¡Ah! bien.

—Ahora, añadió Andrea sonriéndose con la mayor dulzura, acabo de hablar al suegro y me dirijo al banquero.

—Veamos, ¿qué le quereis? dijo Danglars riéndose á su vez.

—Pasado mañana tengo que cobrar en vuestra caja unos cuatro mil francos; pero el conde ha comprendido que el mes en que voy á entrar debe acarrearme gustos superiores á mi sueldecillo de muchacho; y aquí teneis un abonaré de veinte mil francos que me ha, no diré dado, sino ofrecido. Como veis, está firmado por él. ¿Os conviene?

—Traedme un millon como este, que os los tomo todos, dijo Danglars metiéndose el abonaré en el bolsillo. Decidme á la hora que estais mañana en casa, y mi cajero pasará á llevaros los veinticuatro mil francos.

—A las diez de la mañana. Mientras mas temprano, mejor, pues quisiera ir al campo.

—Bien, á las diez. ¿Seguis en la fonda de los Príncipes?

—Sí.

A la mañana siguiente, con una exactitud que hacia honor al banquero, estaban los veinticuatro mil francos en casa del jóven, que salió efectivamente, dejando doscientos francos para Caderousse.

El objeto principal de esta salida de Andrea era ahorrarse de ver á su peligroso amigo; con que á la noche volvió lo mas tarde posible.

Pero apenas puso el pié en la fonda, le salió al encuentro el portero con su gorra en la mano.

—Caballero, le dijo, aquel hombre ha venido.

—¿Qué hombre? le preguntó Andrea negligentemente, como si lo hubiese olvidado, cuando todo lo contrario sucedia.

—El hombre á quien V. E. da ese sueldo todos los meses.

—¡Ah! sí, el antiguo criado de mi padre. ¿Y le habeis dado los doscientos francos que os dejé para él?

—Sí, escelentísimo señor.

Andrea hacía que le diesen escelencia.

—Pero no ha querido tomarlos, añadió el portero.

Andrea se puso pálido.

Pero como era de noche nadie lo pudo advertir.

—¡Cómo! ¿No ha querido tomarlos? dijo con voz un tanto conmovida.

—No, pues queria hablar á V. E. Le dige que habiais salido, y aún insistió; pero como si al fin se convenciera me entregó esta carta que traia preparada de antemano.

—Veamos, dijo Andrea.

Y á la luz del farol de su coche, leyó:

«Ya sabes dónde vivo: te espero mañana á las nueve.»

Interrogó Andrea el sobre de la carta, queriendo adivinar si habian penetrado su contenido ojos indiscretos; pero estaba cerrada de tan estraña manera, con un lujo tal de dobleces, que para leerla hubiera sido preciso romper el sobre, que estaba completamente intacto.

—Está bien, dijo al portero. ¡Pobre hombre! ¡es un alma de Dios!

El portero quedó edificado con estas palabras y no sabiendo á quién admirar mas, si al amo jóven ó al criado viejo.

—Desenganchad pronto y subid á mi cuarto, dijo al lacayo Andrea.

Y en un segundo llegó á su cuarto y quemó la esquela de Caderousse, haciendo luego desaparecer hasta las cenizas.

Al acabarse esta operacion llegó el criado.

—Tú eres, Pedro, de la misma estatura que yo, le dijo.

—Tengo esa honra, escelencia, respondió el lacayo.

—¿No te han traido ayer una librea nueva?

—Sí señor.

—Ando persiguiendo á una modistilla, á quien no quiero decir mi título ni mi clase. Préstame tu librea, y dame tus papeles, para que en caso de necesidad pueda pasar la noche en una posada para dormir.

Pedro obedeció.

Cinco minutos después salia Andrea de la fonda de los Príncipes completamente disfrazado, y tomando un cabriolé se hacia conducir á Picpus, á la posada del Caballo Rojo.

A la mañana siguiente salia de la posada como habia salido de la fonda, es decir, sin que nadie le conociera, bajó al barrio de San Antonio, y tomando por el *Boulevar* hasta la calle de Menilmontant se detuvo á la puerta de la tercera casa de la izquierda, buscando á quién preguntar, porque no habia portero.

—¿A quién buscais, buen mozo? le preguntó la frutera de enfrente.

—A Mr. Pailletin, respondió Andrea.

—¿Un panadero retirado?

—Justamente. ¿Vive aquí?

—En el fondo del patio, á la izquierda, piso tercero.

Siguió Andrea el camino indicado, y en el piso tercero vió colgando de un cordon una pata de liebre, de la cual tiró con tan mal humor, que en el sonido de la campanilla se conocia.

Un segundo después apareció el rostro de Caderousse en el ventanillo de la puerta.

—¡Ah! dijo, eres puntual.

Y descorrió el cerrojo.

—¡Pardiez! esclamó Andrea al entrar.

Y arrojó su gorro de lacayo, que anduvo rodando por el suelo.

—Vamos, vamos, no te enfades, dijo Caderousse, Para que veas cómo pensaba en tí, mira qué buen almuerzo tendremos. Platos todos que te gustan: ¡pardiez!

Andrea aspiró con efecto los groseros aromas de la pirámide de frutas sobre una hoja de col, colocada artísticamente en un plato de porcelana.

—¿Qué te parece, mocito? dijo Caderousse. Ejem, ejem... ¡qué olorcillo! Ya sabes que yo era un gran cocinero en otro tiempo... ¿Recuerdas cómo te chupabas los dedos con mis platos? Tú, tú el primero, que entonces no los despreciabas, si la memoria no me es infiel.

Y Caderousse se puso á mondar unas cebollas.



—Está bien, dijo al portero. ¡Pobre hombre! ¡es un alma de Dios!

cocina, aromas que no dejaban de tener atractivo para un estómago hambriento.

Esa e a menestra de manteca fresca y de ajo, que caracteriza la cocina provenzal de la clase baja.

Tambien olia á pescado frito con pimienta y clavo.

Estos olores salian de dos platos cubiertos que humeaban en dos hornillas, y de una cacerola que hervia en el hogar.

En la habitacion inmediata vió ademas Andrea una mesa bastante bien servida, con dos cubiertos, dos botellas de vino selladas, la una de lacre verde y la otra de encarnado, una gran botella de aguardiente, y una

—¡Bravo! bravó! dijo Andrea aparentando buen humor. ¡Pardiez! si para almorzar contigo me traes á tu casa, llévete el diablo.

—Hijo mio, dijo Caderousse sentenciosamente, comiendo se habla. Y ademas, ingrato, ¿no te da gusto ver á tu amigo? Yo por mi parte lloro de alegría.

Caderousse lloraba efectivamente.

Pero hubiera sido difícil asegurar si era la alegría ó la cebolla lo que le arrancaba aquellas lágrimas.

—Cállate, hipócrita, dijo Andrea. ¡Tú quererme á mí!

—Sí, te quiero, y el diablo me lleve si es mentira,

respondió Caderousse. Bien se me alcanza que es una debilidad; pero una debilidad mas fuerte que yo.

—Lo que no impide que me hayas hecho venir para alguna perfidia.

—Vamos, vamos, dijo Caderousse limpiando en su mandil un cuchillo descomunal; si yo no te quisiera, ¿soportaria la vida miserable á que me tienes condenado? Reflexiona un poco. Traes el traje de tu criado, luego tú tienes un criado; yo no lo tengo, y me veo en

—Para verte, hijo mio.

—¿Para verme? ¿y á qué fin? ¿no hemos arreglado ya todas nuestras condiciones?

—¿Acaso hay, caro amigo, testamento sin codicilo? respondió Caderousse. Pero en fin, tú has venido lo primero á almorzar; ¿no es esto? Pues bien, siéntate, y empecemos por estas sardinas y esta manteca fresca. ¡Ah! estás mirando mi habitacion, mis cuatro sillas de paja, y mis cuadros de á tres francos.... ¡Demontre!



—A Mr. Pailletin, respondió Andrea.

la precision de mondar mis legumbres por mí mismo. Tú haces ascos á mi comida, porque comes en la mesa redonda del hotel de los Príncipes ó en el café de París. Pues bien, yo podria tener tambien un criado y un tilbury; yo tambien podria comer donde me diese la gana. ¿Y sabes por qué no lo hago? por no causar un disgusto á mi pobre Benedetto. Vamos, confiesa que yo podria...

Y una mirada perfectamente inteligible terminó la frase de Caderousse.

—Supongamos, pues, que me quieres, dijo Andrea. Entonces, ¿por que me exiges que venga á almorzar contigo?

¿qué quieres? esto no es la fonda de los Príncipes.

—Veo que al presente estás disgustado y no eres dichoso, cuando solo deseabas pasar por un menestral retirado.

Caderousse exhaló un suspiro.

—¿Qué tienes que replicar? ¿no has visto tu sueño realizado?

—Tengo que replicar que es solo un sueño. Un menestral retirado suele ser rico y tener rentas, Benedetto mio.

—Tú tambien tienes rentas.

—¿Yo?

—Sí, puesto que te traigo tus doscientos francos.

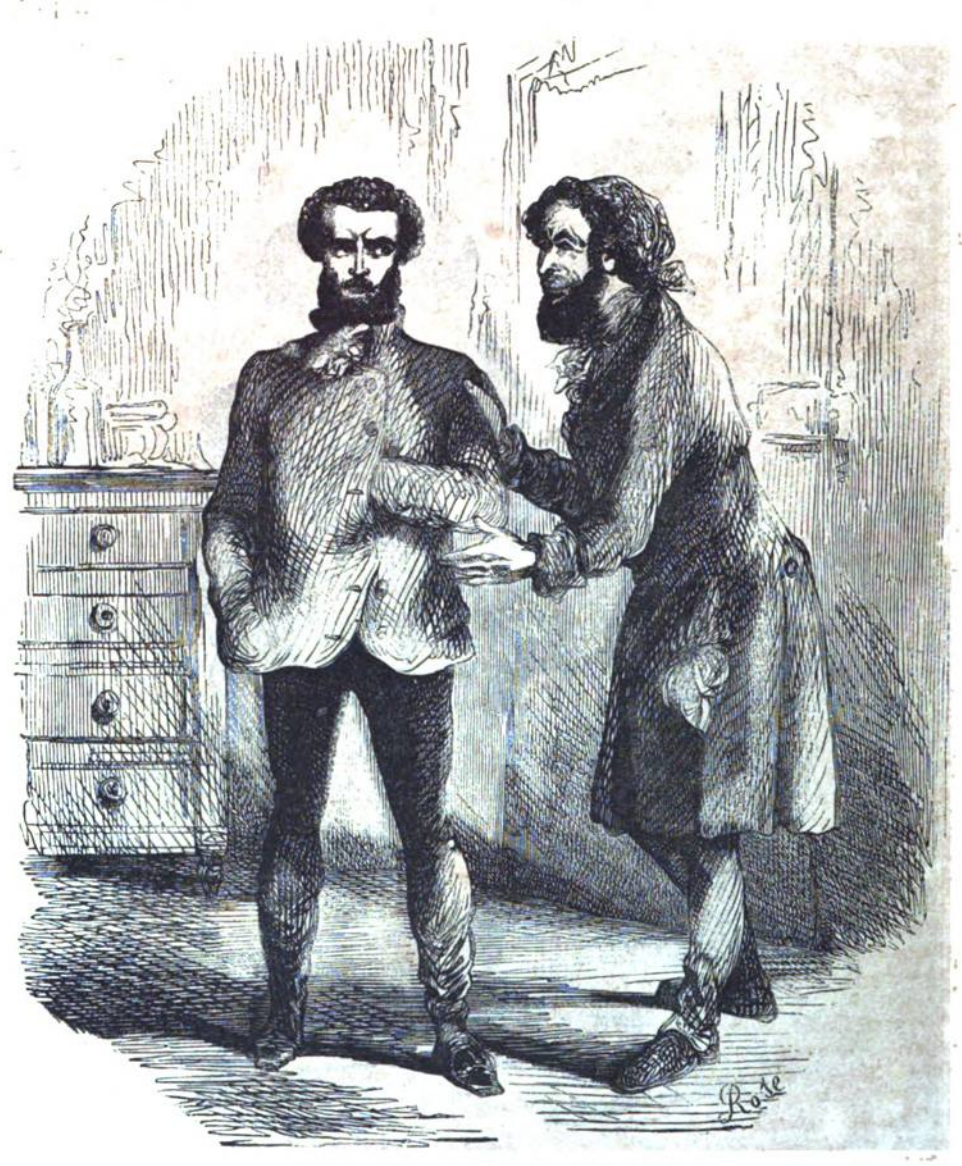
Caderousse se encogió de hombros.

—Es humillante, dijo, recibir así el dinero de mala gana, dinero efímero, que me puede faltar el dia menos pensado. Ya comprenderás que tengo que vivir muy económicamente para hacer algunos ahorros por si la prosperidad desaparece. ¡Ay amigo mio! la fortuna es inconstante, como decia el capellan del... del regimiento.

—¡Ah Caderousse! la envidia te hace ver visiones.

—Bien sabe uno lo que se dice, Benedetto mio; y acaso llegue el dia en que se ponga uno tambien su traje de los domingos, y vaya á llamar á una de esas casas. Entre tanto siéntate y comamos.

Y dándole el ejemplo, se puso Caderousse á almorzar vorazmente, elogiando todos los platos que presentaba á su huésped.



—Vamos, vamos, no te enfades, dijo Caderousse.

Harto bien sé que la tuya es inmensa, picarillo. Vas á casarte con la hija de Danglars.

—¡Cómo! ¡de Danglars!

—Sí por cierto; de Danglars. ¿O quieres que diga del baron Danglars? Sería como si digese del conde Benedetto. Danglars es amigo mio, y si no tuviera tan mala memoria deberia de convidarme á tu boda.... puesto que él asistió á la mia... Sí, sí, á la mia. No estaba tan orgulloso entonces. Como que solo era dependiente de Mr. Morrel. Mas de una vez he comido con él y con el conde de Morcef.... ¡y tanto! Ya ves que tengo muy buenos conocimientos, y que si quisiese cultivarlos nos encontraríamos en unos mismos salones.

Este al parecer tomó su partido.

—¡Ah compadre! esclamó Caderousse, ¿parece que te vas reconciliando con tu antiguo cocinero?

—Sí á fé mia, respondió Andrea, que como jóven y vigoroso, se dejaba dominar del apetito en aquella situacion.

—Y qué, ¿te gusta, eh?

—Tanto, que no comprendo cómo un hombre que se cuida tan bien puede creer mala su vida.

—¡Ah! respondió Caderousse, es que toda mi felicidad me la acibara un solo pensamiento.

—¿Cuál?

—Que vivo á espensas de un amigo, yo que he

ganado siempre mi vida honrada y santamente.

—¡Oh! ¡oh! que no te quite eso el sueño, dijo Andrea. Yo tengo para los dos.

—No importa. Créeme; á fin de mes tengo siempre remordimientos.

—¡Buen Caderousse!

—Tanto, que ayer no quise cobrar los doscientos francos.

—Sí, porque querias hablarme; pero ese remordimiento ¿es sincero?

—Sincero. Además, me habia ocurrido una idea.

Andrea tembló, que siempre le hacian temblar las ideas de Caderousse.

—Es una vida miserable vivir siempre pensando en el fin de mes.

—¡Quiá! respondió el jóven filosóficamente, decidido á ver venir á su interlocutor; ¿cómo pasa nuestra vida sino esperando? Yo, por ejemplo, no hago otra cosa, y tengo paciencia.

—Sí, porque en vez de esperar doscientos francos miserables, esperas cinco ó seis mil, ó diez mil, ó acaso doce, que ya eres tú buen truchiman. Allá cuando estábamos juntos, siempre tenias tus huchas y tus cuartejos, que ocultabas al pobre de Caderousse. Por fortuna el amigo Caderousse tenia unos ojos de lince.

—¡Ea! ya estás divagando; ya no sabes hablar sino de lo pasado, dijo el jóven. ¿A qué viene eso?

—¡Ah! tú tienes veintiun años y puedes olvidar lo pasado; yo tengo cincuenta, y por precision lo he de recordar. Pero no importa: volvamos al asunto.

—Volvamos.

—Quiérote decir que si yo estuviera en tu lugar...

—¿Qué?

—Realizaria.

—¡Cómo! ¿realizarias...

—Sí; pediria un semestre adelantado, so pretesto de que para ser elegible iba á comprar una posesion, y luego con mi semestre, desapareceria.

—Mira, mira, no está mal pensado eso, dijo Andrea.

—Mi querido amigo, replicó Caderousse, cóme á mi mesa y sigue mis consejos, que no te irá mal, ni física ni moralmente.

—Oye, repuso Andrea, ¿y por qué no sigues tú mismo ese consejo? ¿por qué no realizas un semestre ó un año, y te retiras á Bruselas? En vez de parecer un hortelano retirado, parecerás un banquero quebrado en el pleno ejercicio de sus funciones.

—Pero, ¿cómo diablos quieres que yo me retire con mil doscientos francos?

—¡Ah Caderousse! dijo Andrea. ¡Qué exigente te vas haciendo! Hace dos meses te estabas muriendo de hambre.

—El hambre viene comiendo, dijo Caderousse enseñando sus dientes como un mono que se rie, ó un tigre que ruge. Así pues, tengo un plan, añadió comiendo un enorme bocado de pan, con aquellos mismos dientes que conservaba tan blancos y tan agudos, á pesar de la edad.

Los planes de Caderousse asustaban al jóven mas aun que sus ideas, pues sus ideas no eran mas que el gérmen, y el plan era la realizacion.

—Veamos el plan, que debe ser cosa buena, dijo.

—¿Por qué no lo ha de ser? ¿De quién era aquel plan que nos ayudó á escaparnos de Tolon, eh? De mí, sin duda ninguna. Y no seria tan malo cuando ahora nos vemos aquí.

—No digo eso, repuso Andrea. Algunas veces piensas bien; pero en fin, sepamos tu plan.

—Vamos á ver, prosiguió Caderousse, ¿podrás tú, sin desembolsar un ochavo, hacer que yo tenga quince mil francos?... digo mal; quince mil no son bastantes; no volveré á ser hombre honrado por menos de treinta mil francos.

—No, respondió secamente Andrea, no puedo.

—Segun parece, no me has comprendido, respondió friamente Caderousse. Te he dicho, sin desembolsar un ochavo.

—¿No querrás que robe, para echarlo todo á perder, lo tuyo y lo mio, y que nos vuelvan á llevar á Tolon?

—¡Oh! á mí eso no me da cuidado, respondió Caderousse. Soy un hombre particular, que tal vez echo de menos á aquellos camaradas; mientras tú, que no tienes corazon, quisieras no volverlos á ver nunca.

Esta vez Andrea, mas bien que temblar, se puso pálido.

—Nada de barbaridades, Caderousse, dijo.

—No, no, tranquilízate, Benedetto; pero indícame un medio de ganar esos treinta mil francos sin mezclarte en nada. Tú te limitarás á dejarme obrar.

—Pues yo veré .. yo pensaré, dijo Andrea.

—Pero entre tanto, me subirás el sueldo á quinientos francos, ¿no es verdad? Se me ha puesto en la cabeza tomar una criada.

—Bien, tendrás tus quinientos francos, repuso Andrea; pero abusas, Caderousse, y eso ya es mucho exigir de mí...

—¡Bah! tú cobras de cajas que no tienen fondo.

No parecia sino que el jóven esperase aquí á su compañero, segun el rayo de sus ojos, que en honor de la verdad se estinguió en seguida.

—¡Ah! es verdad, respondió Andrea. Mi protector es un ángel para mí.

—¡Buen protector! dijo Caderousse. ¿Cuánto te da al mes?

—Cinco mil francos, dijo Andrea.

—Tantos miles como cientos me das tú á mí, repuso Caderousse. En verdad que se necesita ser bastardo para tener tanta fortuna. ¡Cinco mil francos al mes!... ¿Qué se puede hacer con tanto dinero?

—¡Psche! se gasta bien pronto. Por lo tanto, yo, como tú, quisiera tener un capital.

—Un capital... sí, ya comprendo. Todo el mundo quisiera tener un capital.

—Sí, yo tendré uno.

—¿Y quién te lo dará? ¿tu príncipe?

—Sí, mi príncipe. Por desgracia tengo que esperar.

—Esperar... ¿á qué? preguntó Caderousse.

—A su muerte.

—¿A la muerte de tu príncipe?

—Sí.

—Esplícate.

—Porque me deja en su testamento...

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¿Cuánto?

—Quinientos mil francos.

—¡Nada menos!

—Lo que te digo.

—Eso es imposible.

—¿Eres amigo mio, Caderousse?

—¡Hasta la muerte, hasta la eternidad!

—Voy á confiarte un secreto.

—Habla.

—Pero...

—En cuanto á eso, descuida. Seré mudo.

—Pues bien, creo...

Andrea se detuvo mirando en torno.

—No temas nada ¡pardiez! estamos solos.

—Creo que he encontrado á mi padre.

—¿A tu verdadero padre?

—Sí.

—¿Qué no es Cavalcanti?

—No, puesto que ese se ha marchado. El verdadero, como tú dices.

—Y ese padre... es...

—Es.... el conde de Monte-Cristo.

—¡Bah!

—Así comprenderás que todo se esplica. Segun parece, está imposibilitado de reconocerme; pero hace que

me reconozca M. Cavalcanti, á quien da por esto cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos por ser tu padre! Por la mitad lo hubiera yo sido; por veinte mil, por quince mil... ¿Cómo no te acordaste de mí, ingrato?

—¿Lo sabia yo acaso? Eso se ha arreglado mientras estábamos nosotros allá...

—¡Ah! es verdad. ¿Y dices que en su testamento...

—Me deja quinientas mil libras.

—¿Estás seguro?

—Me lo ha enseñado; pero eso no es todo.

—¿Hay codicilo?

—Es probable.

—¿Y en ese codicilo?...

—Me reconoce.

—¡Oh! ¡escelente padre! ¡escelentísimo padre! ¡escelente y escelentísimo padre! dijo Caderousse haciendo dar vueltas á un plato en la punta de su dedo.

—Dime aun que tengo secretos para ti.

—No; y esta confianza te honra á mis ojos. ¿Y tu príncipe ó tu padre es rico, riquísimo?

—Ya lo creo. No sabe lo que tiene.

—¿Es posible?

—Mira si yo lo sabré que entro en su casa á todas horas. El otro dia estando yo allí le llevó un mozo de caja cincuenta mil francos en una cartera. Ayer le llevó un banquero cien mil francos en oro.

Caderousse estaba soliviantado.

Parecíale que las palabras del jóven sonaban á dinero, y que oia caer cascadas de luises.

—¿Y vas tú á esa casa? preguntó cándidamente al jóven.

—Cuando se me antoja.

Caderousse quedóse un instante pensativo.

Era de presumir que germinaba en su imaginacion algun pensamiento profundo.

Luego esclamó de repente:

—¡Cuánto daria yo por ver todo eso! Debe ser cosa magnífica.

—¡Magnífica! repitió Andrea.

—¿No vive en el camino de los Campos Elíseos?

—Número 30.

—¡Ah! repitió Caderousse, ¡número 30!

—Sí, una casa muy bonita, entre patio y jardin... no conoces otra cosa.

—Puede; pero no es el esterior lo que me preocupa, sino el interior. ¿Qué hermosos muebles, eh?

—¿Has visto alguna vez las Tullerías?

—No.

—Pues aun está mejor adornada esa casa.

—Oye, Andrea, ¡qué dulce será bajarse cuando ese conde de Monte-Cristo deje caer su bolsa!

—No hay que tomarse ese trabajo, respondió Andrea, pues allí anda el dinero como las frutas en una huerta.

—Oye: debias llevarme un dia.

—No es posible. ¿A qué título?

—Tienes razon; pero ya me has metido en ganas, y es indispensable que yo vea eso. No me faltará un medio.

—Nada de atrocidades, Caderousse.

—Me presentaré como limpia-suelos.

—Está entapizada toda la casa.

—¡Demonio! ¿Conque tengo que contentarme con verla en mientes?

—Es lo mejor; créeme.

—Procura al menos hacérmela comprender.

—¿Cómo?

—Nada mas fácil. ¿Es grande?

—Ni muy grande, ni muy chica.

—Pero la distribucion de las habitaciones...

—Para hacer un croquis necesitaria papel y tintero.

—Tómalos, dijo al punto Caderousse.

Y cogió de una cómoda antigua tintero y papel.

—Trázamelo bien, hijo mio.

Andrea cogió la pluma con una sonrisa imperceptible.

—La casa, como te digo, está entre patio y jardin... ¿Ves? Así.

Y tiró Andrea las líneas del jardin y del patio.

—¿La tapia es alta?

—No; ocho ó diez piés lo mas.

—¡Qué imprudencia! dijo Caderousse.

—En el patio grandes macetas de naranjos, bosquecillos y flores.

—¿Y no hay lazos como los que usan los pastores para cazar lobos?

—No.

—¿Y las cuadras?

—A los dos lados de la verja: aquí, mira.

Y Andrea siguió tirando líneas en su croquis.

—Veamos el piso bajo, dijo Caderousse.

—En el piso bajo, comedor, dos salas, billar, escalera en el vestíbulo, y escalera secreta.

—¿Y ventanas?

—Ventanas magníficas, tan rasgadas y tan hermosas, que creo que un hombre como tú cabria por cada uno de sus cristales.

—¿Y para qué diablos sirven las escaleras teniendo tales ventanas?

—¿Qué quieres? lujo.

—¿Y tienen puertas de madera?

—Sí; pero Monte-Cristo es hombre tan original, que nunca las cierra, porque le gusta ver el cielo por la noche.

—¿Y los criados dónde se acuestan?

—¡Oh! ellos tienen su casa aparte. Figúrate el hermoso pabellon que hay á la derecha de la entrada, con destino á almacen de los atalajes y arreos de coches y caballos. Pues sobre ese pabellon estan las habitaciones de los criados, y allí van á parar las campanillas de los amos.

—¡Diablo! ¡campanillas!

—¿Qué dices?

—Nada. Que cuesta muy caro el poner las campanillas, sin que sirvan para nada.

—En otro tiempo se paseaba un perro por el patio toda la noche; pero se lo han llevado á la casa de Auteuil; ya sabes, á aquella adonde tú fuiste.

—Sí.

—Ayer mismo se lo decia yo al conde:—Eso es una imprudencia, porque cuando os marchais á Auteuil llevándoos los criados, la casa queda sola.

—Y él te preguntaria:—¿Y qué?

—¿Y qué? le dije yo, que os roban el mejor dia.

—¿Y qué te respondió?

—¿Qué me respondió?

—Sí.

—Me respondió:—¿Qué me importa que me roben?

—¿Hay, Andrea, en la casa algun mueble mecánico?

—¿Cómo?

—Sí, algun baul de esos que cogen al ladron en una trampa, y luego tocan una pieza de música. Me han dicho que en la última esposicion habia de esos muebles.

—No; lo único que hay es una cómoda de caoba que siempre tiene puesta la llave.

—¿Y no le roban?

—No; todos sus criados son fielísimos.

—En aquella cómoda debe de haber mucho dinero, ¿eh?

—Quizás... nadie sabe lo que hay.

—¿Y dónde está?

—En el piso principal.

—Trázame el plano del piso principal, como me has trazado el del piso bajo.

—Es fácil.

Y Andrea volvió á coger la pluma.

—Mira, antesala y sala. A la derecha de la sala, biblioteca con gabinete ó despacho; á la izquierda alcoba

y gabinete. En este gabinete es donde está la famosa cómoda ..

—¿Y un balcon en el gabinete?

—Dos: aquí y aquí.

Y Andrea señaló dos balcones en la línea del gabinete que hacia el ángulo de su croquis, formando un cuadro mas pequeño adjunto al cuadro grande de la alcoba.

—Si se me antoja, sí; que estoy en su casa como en la mia.

Miró Caderousse al jóven como para arrancarle la verdad del fondo del corazon; pero Andrea sacó una petaca del bolsillo, y se puso á fumar tranquilamente un cigarro habano.

—¿Cuándo quieres los quinientos francos? preguntó á Caderousse.



—Trázamelo bien, hijo mio.

Caderousse se quedó pensativo.

—¿Y va muy amenudo á Auteuil? le preguntó.

—Dos ó tres veces por semana. Mañana, por ejemplo, pasará allí el dia y la noche.

—¿Estás seguro?

—Como que me tiene convidado á comer.

—¡Qué vida! ¡eso se llama vivir! dijo Caderousse. Casa en la poblacion, casa en el campo.

—Ese privilegio tienen los ricos.

—¿Irás á comer con él?

—Probablemente.

—Y cuando vas, ¿sueles dormir allí?

—Ahora mismo, si los traes ahí.

Andrea sacó del bolsillo veinticinco luises.

—¡Oro! gracias, dijo Caderousse.

—¿No los quieres?

—Los estimo mucho; pero no los quiero.

—Ganas en el cambio, imbécil. Con el oro se gana.

—Eso es: y luego el cambiante hace seguir al amigo Caderousse, y le echan mano, y será preciso que diga qué arrendatarios son los que le pagan sus rentas en oro. Nada de indiscreciones, hijo mio. Plata, plata, con el busto de cualquier rey. Cualquiera puede tener un napoleon; pero oro...

—Ya comprenderás que no traigo aquí quinientos francos en plata, pues me hubiera tenido que acompañar un criado.

—Pues déjaselos á tu portero, que es un hombre escelente, y yo pasaré á recogerlos.

—¿Hoy?

—No, mañana. Hoy no tengo tiempo.

—Bien; mañana, antes de marcharme á Auteuil, se los dejaré.

—Me acordaré de los amigos... no te digo mas.

—Sí. ¡Como tienes tan buena memoria!

—¡Qué quieres! ¡Creí que me ibas á hacer exigencias!

—¡Yo! ¡Qué idea! ¡yo, que al contrario, voy á darte un consejo ami-toso!

—¿Cuál?

—Que dejes aquí el diamante que llevas en el dedo. ¿Quieres perdernos, hijo, con esas tonterías?

Y acercándose Caderousse al balcon, pasó el diamante sobre el cristal.

—¿Puedo contar con ellos?

—De seguro.

—Es que voy á tomar desde luego la criada que te he dicho.

—Tómala; pero no doy mas, ¿entiendes? ¿no me atormentarás ya?

—Nunca.

Caderousse se habia puesto tan sombrío, que temió Andrea tener que apercibirse de este cambio, y redobló su alegría y su desenfado.

—¡Qué satisfecho estás! le dijo Caderousse. No parece sino que hayas cogido ya la herencia.

—No, por desgracia... pero el dia que la coja...

—¿Qué?

—¿Por qué? esclamó Andrea.

—¡Cómo! te pones librea, te disfrazas de criado, ¿y conservas en tu dedo un diamante de cuatro á cinco mil francos?

—¡Diablo! ¡qué bien calculas! ¿Por qué no te haces tasador?

—¡Oh! soy perito en diamantes. ¡Como que los he tenido!

—Y puedes vanagloriarte de ello, dijo Andrea, que sin enojarse como temia Caderousse de esta nueva exigencia, le entregó la sortija prontamente.

Púsose á mirarla Caderousse tan de cerca, que Andrea conoció claramente que examinaba si era de ley.

—Es falsa, dijo Caderousse.



—¿Te chanceas? esclamó el jóven.

—No te enfades. Vamos á verlo.

Y acercándose Caderousse al balcon, pasó el diamante sobre el cristal.

El cristal rechinaba.

—¡*Confiteor!* dijo Caderousse poniéndose la sortija en su dedo meñique; me equivoqué; pero los plateros son tan ladrones, é imitan las piedras tan bien, que nadie se atreve á robar sus tiendas. Este es otro ramo de industria paralizado.

—¿Has acabado ya? ¿Tienes alguna otra cosa que pedirme? le preguntó Andrea. ¿Necesitas mi traje? ¿Quieres mi gorra? No te detengas, que aun estamos á tiempo.

—No. En el fondo eres un buen camarada. No te detengo mas: procuraré curarme la ambicion.

—¡Cuenta que al vender el diamante no te suceda lo que temias te sucediese con el oro!

—No lo venderé; tranquilízate.

—No, de aquí á pasado mañana, dijo para sus adentros el jóven.

—¡Picarillo afortunado! murmuró Caderousse. Ahora vuelves á tus coches, á tus lacayos, á tu novia.

—Sí, dijo Andrea.

—Espero que me hagas un buen regalo cuando te cases con la hija de mi amigo Danglars.

—Ya te dije que eso es un capricho que se te ha puesto en la cholla.

—¿Cuánto es la dote?

—Pero si digo...

—¿Un millon?

Andrea se encogió de hombros.

—Sea un millon, añadió Caderousse; nunca tendrás tanto como yo te deseo.

—Gracias, dijo el jóven.

—Te lo digo de todo corazon, repuso Caderousse con su sonrisa forzada.

—Espera te compañaré.

—No te tomes ese trabajo.

—Sí tal.

—¿Por qué?

—Porque hay en la puerta cierto secreto.. una medida de precaucion que he creido deber tomar. Es una cerradura estraña, corregida y aumentada por Gaspar Caderousse. Ya te haré una por el estilo cuando seas capitalista.

—Gracias, dijo Andrea. Te avisaré con ocho dias de anticipacion.

Con esto se separaron.

Caderousse permaneció en el descanso de la escalera, hasta que vió á su camarada, no solo bajar los tres tramos, sino atravesar el patio.

Entonces se metió en su casa precipitadamente, cerró la puerta con mucho cuidado, y se puso á estudiar como un arquitecto profundo el plano que Andrea le habia hecho.

—Creo, dijo, que al bueno de Benedetto no le disguste heredar, y que el que adelante el dia de cobrar sus quinientos mil francos no será su peor amigo.

CAPITULO IV.

FRACTURA Y ESCALAMIENTO.

La mañana siguiente á la conversacion que acabamos de referir, partió con efecto el conde de Monte-Cristo á Auteuil, acompañado de Alí, de muchos criados y de algunos caballos que iba á probar.

La causa de esta ausencia, en la cual no pensaba el conde la víspera, y Andrea menos que él, era la vuelta de Bertuccio de Normandía, trayendo noticias de la casa y de la corbeta.

La casa estaba ya dispuesta, y la corbeta, anclada hacia ocho dias en una ensenada, con su tripulacion, compuesta de seis hombres, después de haber llenado todas las formalidades exigidas por la ley, se hallaba en disposicion de volver á hacerse á la vela.

Alabó el conde el celo de Bertuccio, invitándole á prepararse á marchar próximamente, pues su permanencia en París no debia prolongarse mas de un mes.

—Ahora, le dijo, quizás necesite ir en una noche de París á Treport; conque quiero tener escalonados en el camino ocho tiros para andar las cincuentas leguas en diez horas.

—Como vuecelencia habia ya manifestado ese deseo, respondió Bertuccio, los caballos estan dispuestos. Yo mismo los he comprado y colocado en los sitios mas cómodos, es decir, en las poblaciones donde no acostumbran detenerse los viajeros.

—Está bien, añadió Monte-Cristo; seguiré aquí un dia ó dos: conque obrad en consecuencia.

Cuando se preparaba Bertuccio á salir á dar sus órdenes, abrió la puerta Bautista, trayendo una carta en una bandeja de plata sobredorada.

—¿A qué venís? le preguntó el conde viéndole cubierto de polvo. No recuerdo haberos llamado.

Bautista sin responder le presentó la carta.

—Importante y urgente, dijo.

El conde abrió la carta y leyó:

«Se previene al conde de Monte-Cristo que esta »misma noche se introducirá un hombre en su casa de »los Campos Elíseos, á robarle unos papeles que cree »guardados en la cómoda del gabinete.

»Sabido es que el conde de Monte-Cristo es harto »valiente para recurrir á la intervencion de la policía, »intervencion que pudiera comprometer muchísimo al »que le da este aviso.

»Sea por una abertura, que desde la alcoba caiga »al gabinete, sea oculto en el gabinete, podrá el señor »conde hacerse justicia á sí mismo.

»Muchos criados y precauciones visibles alejarian de »seguro al malhechor, perdiendo Monte-Cristo esta »ocasion de conocer á un enemigo que la casualidad ha »hecho descubrir á la persona que le da este aviso, »aviso que quizás no podria segundar, si, malograda »esta ocasion, el criminal buscase otra.»

La primera idea del conde fué creer esta carta un lazo tendido por los mismos ladrones, lazo grosero que le indicaba un peligro mediano para esponerle á otro mas grave.

Iba pues á enviar la carta á un comisario de policía, á pesar del encargo, ó quizás á causa del encargo del amigo anónimo, cuando le ocurrió la idea de que el golpe podia venir con efecto de algun enemigo particular suyo, enemigo que él solo conociese, y del cual pudiera él solo sacar partido, como hizo Fiesco del moro que habia intentado asesinarle.

Ya conocemos al conde.

Escusado parece decir que su alma audaz y vigorosa se crecia con los obstáculos, con esa energía característica de los hombres superiores.

Gracias á la vida que habia traido, y á su resolucion de no retroceder por nada, el conde habia llegado á encontrar placeres esquisitos en la lucha que emprendia á veces con la naturaleza, que es Dios, y con el mundo, que puede bien pasar por el diablo.

—No quieren robarme los papeles, dijo, quieren matarme. No son ladrones, son asesinos. No quiero yo que el prefecto de policía se entrometa en mis cosas particulares. Soy bastante rico para no necesitar su ayuda.

El conde volvió á llamar á Bautista, que habia salido después de entregarle la carta.

—Vais á volver á París, le dijo, y traereis aquí á todos los criados que quedan allá. Necesito de todos en Auteuil.

—¿Pero no ha de quedar nadie en la casa, señor conde? le preguntó Bautista.

—Sí tal, el portero.

—El señor conde recordará que la portería está lejos de la casa.

—¿Y qué?

—Que podrian robar toda la casa sin que el portero oyese el menor ruido.

—¿Quién?

—¿Quién habia de ser? ladrones.

—Sois un bobo, señor Bautista. Los ladrones que dejáran mi casa en cruz y cuadro, no me desagradarian nunca tanto como un servicio mal hecho.

Bautista se inclinó.

—Ya me entendeis, dijo el conde. Traeros á vuestros camaradas desde el primero hasta el último; pero que todo permanezca en su estado habitual; solo cerrareis las ventanas del piso bajo.

—¿Y las del principal?

—Ya sabeis que esas no se cierran nunca.

Tambien mandó el conde decir que comeria en su cuarto, y que solo queria que le sirviese Alí.

Comió con su calma y su sobriedad habituales, y despues, haciendo seña á Alí de que le siguiese, salió por la puerta secreta, internóse en el bosque de Boloña como si fuera de paseo, tomó naturalmente el camino de Paris, y á la caida de la tarde se encontró enfrente de su casa de los Campos Elíseos.

Todo estaba oscuro.

Solo una luz muy débil brillaba en el cuarto del portero, distante de la casa unos cuarenta pasos, como habia dicho Bautista.

Arrimóse á un árbol Monte-Cristo, y con aquellos ojos que tan raramente se equivocaban, sondeó las hileras de árboles, examinó los pasajeros, y observó hasta las calles próximas por si estaba emboscado alguno.

A los diez minutos de observacion convencióse de que no le espiaba nadie.

Corrió en seguida con Alí á la puerta secreta, y por la escalera de los criados, cuya llave tenia, entró en su alcoba sin descorrer una cortina, sin que el mismo portero se apercibiese de que la casa que creia sola albergaba á la sazon á su principal habitante.

En la alcoba hizo el conde á Alí seña de que se quedase, y él pasó al gabinete, que estuvo examinando.

Todo estaba en su sitio.

Y tambien la cómoda con la llave puesta.

Dióla dos vueltas, la cogió y se la guardó, y volviendo á la alcoba quitóle á la puerta los anillos del cerrojo.

En este intervalo ponia Alí sobre la mesa las armas que le habia pedido el conde.

Eran una carabina pequeña y un par de pistolas de dos cañones.

Armado así el conde disponia de la vida de cinco hombres.

Eran las nueve y media sobre poco mas ó menos.

Tomaron el conde y Alí á toda prisa un pedazo de pan y un vaso de vino español, y luego Monte-Cristo separó uno de los cuadros móviles, que le permitian ver desde una pieza, otra.

Tenia á la mano sus pistolas y una carabina, y Alí, en pié á su lado, empuñaba una de esas hachas árabes de cortas dimensiones que no han variado de forma desde las cruzadas.

Por uno de los balcones de la alcoba, balcon paralelo al del gabinete, podia Monte-Cristo observar la calle.

Así pasaron dos horas.

Reinaba la oscuridad mas profunda, y sin embargo, Alí, gracias á su naturaleza salvaje, y el conde, gracias á una cualidad que habia adquirido, distinguian hasta las oscilaciones mas leves de los árboles del patio.

La tibia luz del portero se habia apagado hacia ya tiempo.

Era de inferir que el ataque, si con efecto se proyectaba un ataque, se verificaria por la escalera del piso bajo, no por los balcones.

En la opinion de Monte-Cristo los malhechores querian su vida, no su dinero.

Y por consiguiente se dirigirian á su alcoba, bien por la escalera secreta, ó bien por el balcon del gabinete.

Conque instaló á Alí delante de la puerta de la alcoba, y siguió él vigilando el gabinete.

En el reloj de los Inválidos dieron las once y tres cuartos.

El viento de Oeste traia en sus húmedas alas la vibracion lúgubre de las tres campanadas.

Al estinguirse el eco de la última creyó el conde oir un ligero ruido del lado del gabinete.

A este primer ruido, ó mas bien á este roce, siguió otro y luego otro.

Al cuarto ya sabia el conde á qué atenerse.

Una mano firme y ducha se ocupaba en cortar el cristal de la vidriera con un diamante.

El conde sintió palpitar su corazon con mas violencia.

Por muy endurecidos, por muy acostumbrados que esten los hombres al peligro, comprenden siempre por el temblor de su carne y por el de su corazon la diferencia enorme que existe entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecucion.

Sin embargo, Monte-Cristo solo hizo una seña para prevenir á Alí.

Comprendiendo este que el peligro estaba de la parte del gabinete, dió un paso para acercarse á su amo.

Monte-Cristo ardia en deseos de saber quiénes eran sus enemigos, y cuántos.

El balcon en que se trabajaba caia enfrente de la abertura por donde observaba el conde la habitacion.

Sus ojos pues se fijaron en él.

Y vió dibujarse una sombra, aunque muy vaga, en la oscuridad.

Luego uno de los cristales se puso muy opaco, como si le aplicasen un papel de la parte de afuera, y luego crujió sin caer.

Por la abertura pasó un brazo á buscar el pestillo.

Un segundo despues giró la puerta, y entró un hombre.

Estaba solo.

—¡Vaya un pícaro atrevido! murmuró el conde.

En este momento sintió que Alí le tocaba ligeramente en la espalda.

Volvióse, y Alí le señaló el balcon de la pieza en que estaban, balcon que caia á la calle.

Conociendo la esquisita delicadeza de los sentidos de su fiel criado, dirigióse el conde al balcon, y vió con efecto un hombre, que separándose del hueco de una puerta, se subia sobre un guarda-canton, para ver lo que pasaba en la casa.

—Bueno, dijo el conde. Son dos: el uno obra, y el otro espia.

Hizo seña á Alí de que no perdiese de vista al hombre de la calle, y volvió á observar al del gabinete.

Dentro ya de la habitacion, estendia los brazos como para orientarse.

Al fin parecia que habia llegado á conocer el terreno.

Dos eran las puertas del gabinete: á ambas le echó los cerrojos.

Al acercarse á la alcoba, creyendo Monte-Cristo que iba á entrar, preparó sus pistolas; pero al oir el ruido de los cerrojos comprendió que aquello solo era una precaucion.

Ignorando el vigilante nocturno que el conde se habia tomado el trabajo de quitar los anillos á los cerrojos, se creia ya completamente libre y tranquilo como en su propia casa.

Entonces sacó de sus hondos bolsillos una cosa que

el conde no pudo distinguir, la puso sobre un velador, y en seguida se fué derecho á la cómoda, palpando y registrando el sitio de la cerradura, donde no encontró la llave, contra lo que esperaba.

Pero el ladron era hombre prevenido, y lo habia previsto todo.

Pronto oyó Monte-Cristo el ruido de hierro con hierro que produce el manojo de llaves de diferentes formas que llevan los cerrajeros cuando se les manda llamar para abrir una puerta, manojo al cual llaman los ladrones *ruiseñor*, sin duda por el placer que les causa su canto nocturno.

—¡Ah! ¡ah! murmuró el conde con una sonrisa de desagrado, es ladron efectivamente.

El hombre entre tanto no acertaba á elegir en la oscuridad la llave que le conviniera.

Y recurrió al objeto que habia colocado sobre el velador.

Tocó un resorte, y acto continuo una luz pálida, aunque bastante viva, lanzó sus reflejos sobre las manos y el rostro del ladron.

—¡Calla! esclamó de repente el conde retrocediendo sorprendido, es...

Alí blandió su hacha.

—No te muevas, le dijo en voz baja su amo; no te muevas, y deja el hacha, que las armas son ya inútiles.

Y luego añadió algunas palabras bajando la voz mucho mas, porque aunque débil, la esclamacion que le habia arrancado la sorpresa, bastó para hacer temblar al hombre que se habia quedado en la actitud de un amolador de tijeras y navajas.



Un segundo despues giró la puerta, y entró un hombre.

Sin duda era una órden lo que le habia dado Monte-Cristo á Alí, porque en seguida se alejó este de puntillas, descolgando de una percha inmediata un traje negro y un sombrero triangular.

En este intervalo se habia quitado Monte-Cristo precipitadamente su gaban, su chaleco y su camisa, pudiendo verse sobre su pecho, á través del rayo de

luz que pasaba por las rendijas de la puerta, una de esas finísimas cotas de malla que usaban los guerreros antiguos. La última cota, en esta Francia donde no se tiene miedo á los puñales, la llevó quizás el rey Luis XVI queriendo resguardarse el pecho, y luego murió por la garganta.

La cota desapareció al punto bajo una larga sotana, como los cabellos del conde bajo una peluca de tonsura sacerdotal.

El sombrero triangular, colocado sobre la peluca, acabó de convertir á Monte-Cristo en abate.

Entre tanto el hombre, no oyendo ya rumor alguno, habia vuelto á la carga, y mientras el conde se ocupaba en su metamorfósis, se iba él derecho á la cómoda, cuya cerradura empezaba á crugir á impulso del ruiseñor.

—Bueno! murmuró el conde, que sin duda confiaba en algun secreto de cerrajería desconocido al criminal, por hábil que fuese: ¡bueno! Trabajo tienes para algunos minutos.

Y se aproximó al balcon.

El hombre del guarda-canton se habia apeado, y seguia paseándose por la calle; pero, ¡cosa singular! en vez de ocuparse de la gente que pudiera venir, bien por el camino de los Campos Elíseos, bien por el barrio de San Honorato, solo se ocupaba, al parecer, de lo que sucedia en casa del conde, teniendo todos sus ademanes por objeto ver el gabinete en particular.

Súbito dióse Monte-Cristo una palmada en la frente, y vagó en sus labios entreabiertos una sonrisa silenciosa.

Y acercándose á Alí, le dijo en voz baja:

—Quédate aquí en la oscuridad, y oigas lo que oigas, pase lo que pase, no entres si yo no te llamo por tu nombre.

Alí hizo con la cabeza seña de que comprendia y obedecería.

Entonces sacó Monte-Cristo del armario una bugía encendida, y en el momento en que el ladron se hallaba mas afanado procurando abrir la cerradura, abrió él la puerta blandamente, cuidando de que la luz alumbrase de lleno su propio rostro.

Se abrió la puerta tan despacio, que el ladron no oyó el ruido.

Pero admiróse en estremo al ver la habitacion iluminada de repente.

Y volvió la cara.

—Buenas noches, querido Caderousse, dijo Monte-Cristo. ¿Qué diablos haceis aquí á estas horas?

—¡El abate Bussoni! esclamó Caderousse.

Y no comprendiendo cómo habia podido entrar aquel fantasma, puesto que habia él mismo cerrado las puertas, dejó caer el manojo de llaves y quedó inmóvil y estupefacto.

El conde fué á colocarse entre la puerta y Caderousse, cortándole así su única retirada.

—¡El abate Bussoni! repetia Caderousse fijando en Monte-Cristo sus ojos desencajados.

—El abate Bussoni soy, sin duda, el mismo en persona, repuso Monte-Cristo, y celebro que os acordeis de mí, querido Caderousse, porque eso prueba que teneis buena memoria, pues si no me equivoco ¡va á hacer diez años que no nos vemos.

Esta calma, está ironía, llenaron á Caderousse de un terror vertiginoso.

—¡El abate! ¡El abate! murmuró crispando los puños y rechinando los dientes.

—¿Conque tratamos de robar al conde de Monte-Cristo?

—Señor abate... murmuró Caderousse procurando acercarse al balcon que el conde le interceptaba sin piedad; señor abate... yo no sé... os ruego... os juro...

—Un cristal cortado, prosiguió el conde, una linterna sorda, un ruiseñor, una cómoda á medio forzar... todo esto habla muy claro.

Sin fuerzas Caderousse para respirar siquiera, buscaba un rincon donde esconderse, un agujero por donde escaparse.

—Vamos, dijo el conde; ya veo que sois siempre el mismo, señor asesino.

—Señor abate, puesto que todo lo sabeis, sabreis que no fuí yo sino la Carconte.... Consta en la causa, y la prueba es que me condenaron solo á galeras.

—Habreis cumplido vuestra condena, puesto que os hallo haciendo méritos para os vuelvan á sentenciar.

—No, señor abate. Me libertó una persona...

—¡Gran servicio hizo á la sociedad esa persona!

—¡Ah! dijo Caderousse, yo le habia dado palabra...

—¿Conque estais prófugo de presidio? le interrumpió el abate.

—¡Ay! sí, respondió Caderousse muy azorado.

—Mala reincidencia... Ya no ireis á presidio, sino á la horca. ¡Tanto peor! Diábolo, como dicen en mi país los que hablan mal.

—Señor abate, un momento de ofuscacion...

—Todos los criminales dicen lo mismo.

—La necesidad....

—No hableis de eso, dijo Bussoni desdeñosamente; la necesidad puede obligarnos á pedir limosna ó á robar un pan; pero no á forzar una cómoda en una casa que se cree deshabitada. Cuando el joyero Joannes os acababa de entregar cuarenta y cinco mil francos por el diamante que yo os di; cuando le matásteis para quedaros con el diamante y el dinero, ¿era tambien por necesidad?

—¡Perdon, señor abate! dijo Caderousse. Me habeis salvado una vez, salvadme otra.

—No me toca á mí eso.

—¿Estais solo, señor abate? esclamó Caderousse juntando las manos en ademan de súplica. ¿Estais solo ó teneis ocultos á los gendarmes que me hayan de prender?

—Estoy solo, enteramente solo, dijo el abate, y todavía tendré compasion de vos, y os dejaré ir libre, aun calculando las desgracias que eso pueda producir, si me decís la verdad completa.

—¡Ah señor abate! esclamó Caderousse juntando las manos y dando un paso hácia Monte-Cristo; con razon puedo llamaros mi salvador.

—¿Conque asegurais que os han libertado de presidio?

—A fé de Caderousse, señor abate.

—¿Quién fué?

—Un inglés.

—¿Cómo se llamaba?

—Lord Wilmore.

—Le conozco. Yo sabré si mentís.

—Os digo la pura verdad, señor abate.

—¿Os protege ese inglés?

—No á mí, sino á un jóven corso que era mi compañero de cadena.

—¿Cómo se llamaba ese corso?

—Benedetto.

—Ese es un nombre.

—No tenia apellido. Era cunero.

—¿Conque el jóven se escapó con vos?

—Sí.

—¿Cómo?

—Estábamos trabajando en Saint-Mandrier, cerca de Tolon... ¿Habeis visto Saint-Mandrier?

—Sí.

—Pues bien, de doce á una, durante la siesta...

—¡Compadezca Vd. á los forzados que duermen la siesta! dijo el abate.

—No siempre se ha de trabajar; no es uno perro.

—Por fortuna de los perros, añadió el abate.

—Mientras los compañeros dormian, nos separamos un poco, limamos nuestros hierros con una lima que nos habia proporcionado el inglés, y emprendimos la fuga á nado.

—¿Y qué ha sido de Benedetto?

—No lo sé.

—Debíais saberlo.

—No en verdad. Nos hemos separado en las islas de Hyeres.

Y para dar mas peso á su negativa, dió Caderousse otro paso hácia el abate, que permaneció en su lugar inmóvil y tranquilo.

—¡Mentís! le dijo Bussoni con acento de irresistible autoridad.

—Pues bien, sí, repuso Caderousse. Benedetto es hoy hijo de un gran señor.

—¿Cómo puede ser eso?

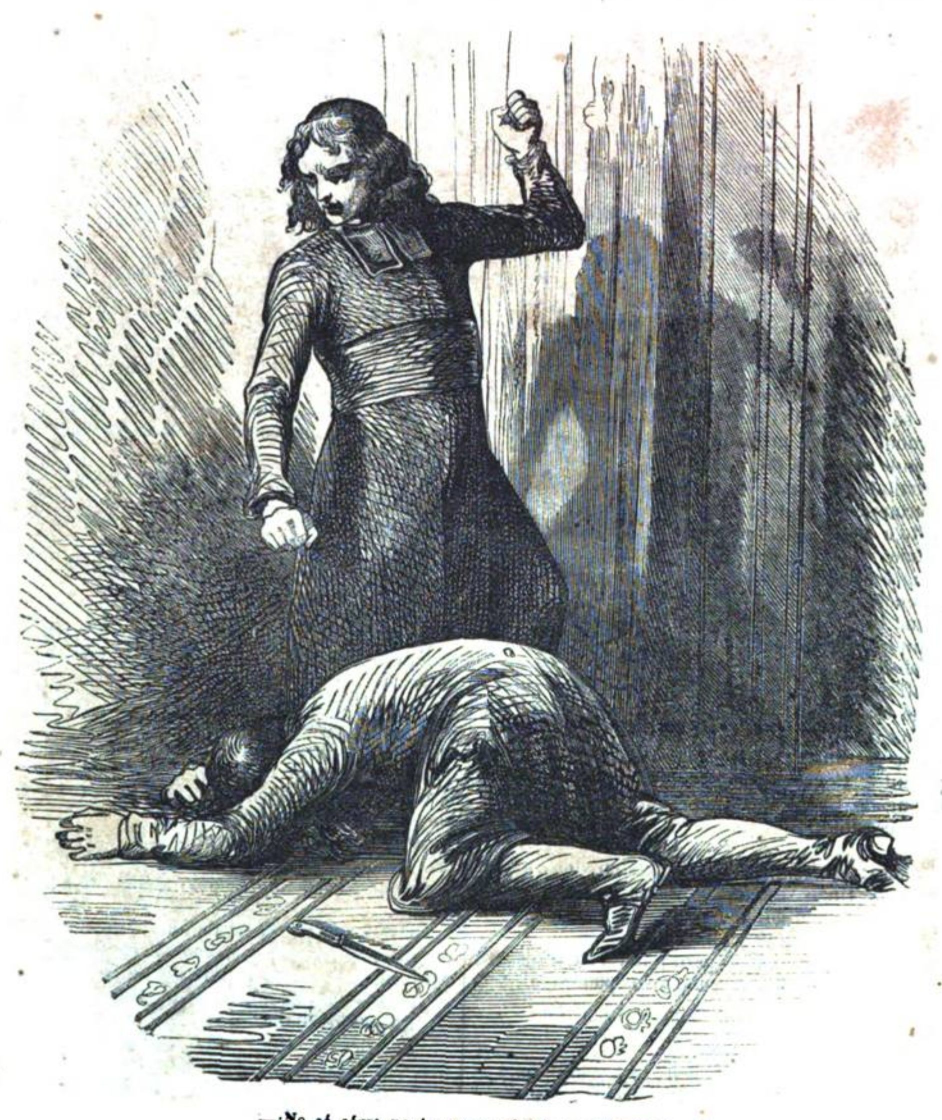
—Hijo natural.

—¿Y cómo se llama ese gran señor?

—El conde de Monte-Cristo; el mismo dueño de esta casa.

—¡Benedetto hijo del conde! repuso Monte-Cristo admirado á su vez.

—Preciso es creerlo, puesto que el conde le ha pro-



—¡No sé cómo no te rompo el cráneo, miserable!

—¡Señor abate!

—¡Mentís! ese hombre es vuestro amigo todavía, y acaso vuestro cómplice.

—¡Señor abate!

—¿Cómo habeis vivido desde que salisteis de Tolon? Responded.

—Como Dios me ha dado á entender.

—¡Mentís! repitió el abate con acento mas imperativo aun.

Caderousse le miraba espantado.

—Habeis vivido del dinero que él os daba, prosiguió el conde.

porcionado un padre falso, puesto que le da cuatro mil francos mensuales, y le deja quinientos mil francos en su testamento.

—¡Ah! ah! murmuró el abate comprendiéndolo ya todo; y mientras hereda, ¿qué nombre lleva ese jóven?

—Andrea Cavalcanti.

—¿Conque es ese jóven que mi amigo Monte-Cristo recibe en su casa el que va á casarse con la de Danglars?

—Justamente.

—¡Y vos lo consentís, miserable! ¡vos que conoceis su vida y su deshonra!

—¿Y por qué he de impedir á mi camarada hacer fortuna? dijo Caderousse.

—Teneis razon. No os toca á vos, sino á mí, avisar á Danglars.

—¡No hagais tal cosa, señor abate, porque vais á arruinarnos!

—¿Y creeis que por no arruinar á dos miserables como vosotros pueda yo hacerme cómplice de esa infamia, de ese crímen?

—¡Señor abate! murmuró Caderousse acercándose á él mas y mas.

—Se lo diré todo.

—¿A quién?

—A M. Danglars.

—¡Fuego de Dios! esclamó Caderousse sacando de entre su chaleco una navaja abierta y clavándosela al conde en medio del pecho; no dirás ya nada, abate.

Pero con gran asombro de Caderousse, en vez de penetrar en el pecho del conde, resbaló embotada la navaja.

Al mismo tiempo cogió el conde con la mano izquierda el puño del asesino, y se lo retorció con tal fuerza, que soltó su mano el arma, y él lanzó un grito doloroso.

Pero sin detenerse el conde por este grito, siguió retorciéndole el brazo hasta que, dislocado enteramente, cayó el bandido de rodillas, y luego dió con su cabeza en el suelo.

Púsole el conde el pié sobre la cabeza, y dijo:

—¡No sé cómo no te rompo el cráneo, miserable!

—Perdon! perdon! gritó Caderousse.

El conde separó el pié.

—Levántate, le dijo.

Caderousse se incorporó.

—¡Voto á brios! ¡qué fuerza teneis, señor abate! dijo acariciando su brazo molido todo por las tenazas de carne que le habian sujetado: ¡voto á brios! ¡qué fuerza!

—¡Silencio! Dios me la da para domar una bestia feroz como tú. ¡Yo vengo en nombre de Dios, recuérdalo siempre, miserable! y perdonando en este momento, obedezco tambien á los designios de Dios.

—¡Puf! dijo Caderousse, que no tenia hueso sano.

—Coge esa pluma y ese papel, y escribe lo que voy á dictarte.

—No sé escribir.

—¡Mientes! Coge la pluma.

Subyugado Caderousse por aquella superioridad, sentóse y escribió:

«Caballero: el hombre que recibís en vuestra casa »y á quien destinais vuestra hija, es un antiguo forzado »que se escapó conmigo de Tolon.

»El era el número 59 y yo el 58.

»Se llamaba Benedetto; pero ignora su verdadero »nombre, porque no ha conocido á sus padres.»

—Firma, añadió el conde.

—Pero ¿quereis perderme?

—Si quisiera perderte, imbécil, te llevaria ahora al primer cuerpo de guardia. Además, cuando llegue esa carta á su destino, probablemente nada tendrás que temer.—Fírmala.

Caderousse la firmó.

—El sobre:—*Al señor baron Danglars, banquero, calle de la Chaussée-d'Antin.*

Caderousse escribió el sobre.

El abate se guardó la carta.

—Ahora, vete, le dijo.

—¿Por dónde?

—Por donde has venido.

—¿Quereis que salga por el balcon?

—¿No has entrado?

—¿Me vais á jugar, señor abate, alguna mala pasada?

—¡Imbécil!

—¿Por qué no me abrís la puerta?

—Por no despertar al portero.

—Decidme, señor abate, que no quereis que muera.

—Yo quiero lo que quiera Dios.

—Pero juradme que no me hareis nada cuando vaya bajando.

—¡Qué necio y qué cobarde eres!

—¿Qué quereis hacer de mí?

—Yo soy el que te lo pregunto. Traté de hacerte dichoso, y solo te hice asesino.

—¡Señor abate! ponedme á prueba por última vez, dijo Caderousse.

—Sea, respondió el conde. Ya sabes que soy hombre de palabra.

—Sí, respondió Caderousse.

—Pues bien: si vuelves á tu casa sano y salvo...

—A no ser de vos, ¿de quién tengo que temer?

—Si vuelves á tu casa sano y salvo, deja á Paris, sal de Francia, y donde quiera que vayas, como vivas honradamente, te daré una pension; porque si vuelves á tu casa sano y salvo...

—¿Qué? le preguntó Caderousse tembloroso.

—Creeré que Dios te ha perdonado, y te perdonaré yo tambien.

—Como sois cristiano que me haceis morir de miedo, balbuceó Caderousse reculando.

—Ea, ¡vete! dijo el conde señalándole el balcon.

Poco tranquilo todavía, pasó Caderousse la pierna por el balcon y puso el pié en la escala.

Y se detuvo temblando.

—Baja, dijo el abate cruzándose de brazos.

Caderousse fué comprendiendo que nada tenia que temer, y bajó.

Entonces el conde salió con la bugía al balcon, de manera que pudo verse desde los Campos Elíseos aquel hombre que bajaba por una escala alumbrado por otro hombre.

—¿Qué haceis, señor abate? dijo Caderousse. Si pasara una patrulla...

Y apagó la luz de un soplo.

Y siguió bajando; pero no estuvo completamente tranquilo hasta que sintió bajo sus piés la tierra del jardin.

Monte-Cristo volvió á su alcoba, y abarcando en una rápida ojeada el jardin y la calle, vió primeramente á Caderousse, que despues de haber bajado daba un rodeo por el jardin para plantar su escala al otro estremo, es decir, en el sitio opuesto de aquel por donde habia bajado.

Pasando luego del jardin á la calle, vió al hombre que parecia esperar, correr paralelamente á colocarse detras del ángulo por donde iba á bajar Caderousse.

Trepó este por la escala muy despacio, y al llegar á los últimos escalones asomó la cabeza por la barda, para convencerse de que la calle estaba desierta.

Ni se veia á nadie, ni se oia ningun ruido.

En los Inválidos dió la una.

Entonces se puso Caderousse á caballo sobre la tapia, y tirando de la escala, la colocó del lado opuesto, preparándose despues á bajar, ó dicho mejor, á deslizarse por los largueros, maniobra ejecutada con una destreza que probó la práctica de Caderousse en estas cosas.

Pero una vez abandonado su punto de apoyo, no podia detenerse; y en vano fué que viera á un hombre salir de la oscuridad en el momento en que él llegaba á la mitad del camino; y en vano fué que viera amenazarle un brazo cuando llegaba al suelo.

Antes que hubiera podido defenderse, el brazo le hirió en la espalda con tanta fuerza, que soltó la escala gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

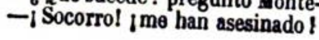
Casi en el mismo instante recibió otro golpe en el vacío, y cayó gritando:

—¡Al asesino, al asesino!

En fin, cuando yacia ya en tierra, cogióle el asesino por los cabellos y asestóle al pecho una tercera puñalada.

Esta vez quiso Caderousse seguir gritando; pero solo pudo lanzar un gemido, y dejó correr los tres arroyos de sangre que salian de sus heridas.

Viendo el asesino que ya no gritaba, levantóle la cabeza cogiéndola por los cabellos.



...asestóle al pecho una tercera puñalada.

El herido tenia los ojos cerrados y la boca contraida.

Creyéndole muerto, el asesino dejó caer la cabeza y desapareció.

Entonces Caderousse se incorporó sobre un codo, y con voz moribunda, haciendo un esfuerzo supremo, se puso á gritar:

—¡Al asesino! yo me muero. ¡Venid, señor abate, venid!

Este lúgubre grito hendió las tinieblas de la noche.

Abrióse la puerta de la escalera secreta, y luego la del jardin, apareciendo con luces Alí y su amo.

CAPITULO V.

La mano de Dios.

Caderousse seguia gritando con voz lastimosa:

—Señor abate, ¡socorro, socorro!

—¿Qué sucede? preguntó Monte-Cristo.

—¡Socorro! ¡me han asesinado!

—Ya estamos aquí. ¡Valor!

—¡Ah! llegais tarde, llegais á verme morir. ¡Qué puñaladas! ¡cuánta sangre!

Y se desmayó.

Cogieron al herido Alí y su amo, y le trasportaron á una habitacion.

Hizo Monte-Cristo seña á Alí de que le desnudara, conque pudo reconocer las tres heridas tremendas que tenia.

—¡Dios mio! murmuró. Vuestra venganza se hace esperar muchas veces; pero es para que sea mas completa.

Alí miró á su amo como para preguntarle lo que tenia que hacer.

—Ve en busca del señor procurador del rey Villefort, que vive en el barrio de San Honorato, y tráele aquí. Al salir despierta al portero para que vaya á llamar á un médico.

Alí salió, dejando al abate con Caderousse, que seguia desmayado.

Cuando volvió á abrir los ojos el herido, mirábale el conde con piedad sombría, sentado á algunos pasos de él, y en la agitacion de sus labios parecia que rezase.

—¡Un cirujano, señor abate, un cirujano! dijo Caderousse.

—Ya lo han ido á buscar, respondió el abate.

—Harto sé que no podrá salvarme la vida; pero si podrá darme fuerzas para que tenga tiempo de prestar la declaracion.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi asesino.

—¿Le conoceis?

—¿Que si le conozco? ¡Si es Benedetto!

—¿El jóven corso?

—Sí.

—¿Vuestro compañero de presidio?

—Sí. Despues de haberme trazado el plano de la casa del conde, con la esperanza sin duda de que yo le matase y ser su heredero, ó que él me matase á mí y le librara de un testigo importuno, me ha esperado en la calle y me ha asesinado.

—Al mismo tiempo que envié á buscar al médico, envié á buscar al procurador del rey.

—¡Llegará tarde, llegará tarde! murmuró Caderousse. Conozco que se me vá toda la sangre.

—Esperad, dijo Monte-Cristo.

Y salió, volviendo poco después con un frasquito.

Los ojos del moribundo, con su fijeza horrible, no se habian en su ausencia apartado un punto de la puerta por donde adivinaba instintivamente que le iba á llegar socorro.

—¡Despachaos, señor abate, despachaos! dijo. Conozco que me voy á desmayar otra vez.

Monte-Cristo vertió en los labios del moribundo tres ó cuatro gotas del licor que contenia el frasco.

Caderousse exhaló un suspiro.

—¡Oh! murmuró, me dais la vida... ¡mas, mas!...

—Dos gotas mas os matarian, respondió el abate.

—¡Oh! que venga alguien á quien pueda yo denunciar ese miserable.

—¿Quereis que yo escriba vuestra declaracion y la firmeis?

—Sí, sí... repuso Caderousse, brillando sus ojos con la idea de esta venganza póstuma.

Monte-Cristo se puso á escribir:

«Muero asesinado por el corso Benedetto, mi compañero de cadena en Tolon, que tenia el núm. 59.»

—¡Daos prisa! dijo Caderousse; daos prisa, ó no podré firmar.

Monte-Cristo le presentó la pluma, y él, reuniendo todas sus fuerzas, firmó, y volvió á caer en la cama, diciendo:

—Lo demás lo direis vos, señor abate. Direis que se apropia el nombre de Andrea Cavalcanti; que vive en la fonda de los Príncipes; que... ¡Ah Dios mio! ¡ah Dios mio! yo me muero.

Y desmayóse por segunda vez.

Hízole el abate respirar el aroma del frasquito, con que volvió en sí.

Su deseo de venganza no le habia abandonado durante el desmayo.

—¡Ah! ¿Direis todo eso, no es verdad, señor abate?

—Todo eso y algo mas.

—¿Qué mas direis?

—Diré que sin duda os habia trazado el plano con la esperanza de que os matase el conde; diré que habia avisado al conde en una carta; y diré que estando ausente el conde, yo recibí la carta y yo tomé á mi cargo el recibiros.

—Y lo guillotinarán, ¿no es verdad? dijo Caderousse. ¿Me prometeis que lo guillotinarán? Esa esperanza me hará morir mas tranquilo.

—Diré, prosiguió el conde, que venia detrás de vos, que os estuvo observando, y que al veros salir corrió al rincon á esconderse.

—¿Eso lo visteis vos?

—Recordad mis palabras:—«Si vuelves á tu casa sano y salvo, creeré que Dios te ha perdonado, y te perdonaré yo tambien.»

—¿Y no me lo avisásteis? esclamó Caderousse, procurando incorporarse sobre un codo. ¿Sabíais que me iban á matar al salir de aquí, y no me lo avisásteis?

—No, porque yo veia en Benedetto la justicia de Dios, y hubiera creido cometer un sacrilegio oponiéndome á los designios de la Providencia...

—¡Justicia de Dios! No me hableis de eso, señor abate. Si hubiera justicia de Dios, mejor que nadie sabeis vos que algunas personas recibirian castigo y no lo reciben.

—¡Paciencia! dijo el abate con un tono que hizo temblar al moribundo. ¡Paciencia!

Caderousse le miró con asombro.

—Además, prosiguió el abate, Dios es misericordioso para todos como lo ha sido para ti: es padre antes que juez.

—¡Ah! ¿creeis en Dios? dijo Caderousse.

—Si tuviese la desgracia de no haber creido hasta ahora, al verte creeria en él, dijo Monte-Cristo.

Caderousse amenazó al cielo con sus crispados brazos.

—Oye, dijo el abate estendiendo las manos sobre el moribundo como recomendándole que tuviese fé; oye lo que ha hecho por ti ese Dios que no quieres reconocer en tu última hora. Te habia dado salud, fuerza, trabajo seguro, hasta amigos, y una vida, en fin, tal como se la puede presentar al hombre para ser dichoso con la tranquilidad de la conciencia y la satisfaccion de los deseos naturales. En vez de esplotar estos dones del Señor, dones que no concede sino muy raramente en toda su plenitud, oye lo que has hecho: te has dejado guiar de tu capricho; te has entregado á la embriaguez, y en la embriaguez vendiste á uno de tus mejores amigos.

—¡Socorro! esclamó Caderousse. Yo no necesito ahora un sacerdote, sino un médico. Quizás mi herida no sea mortal y pueda salvarme.

—Estás herido de muerte; y tanto, que sin las tres gotas de licor que acabo de darte, á estas horas habrias ya espirado. Oyeme pues.

—¡Ah, de qué modo tan estraño cumplís vuestro sacerdocio! Desesperais á los moribundos en vez de consolarlos.

—Escucha, prosiguió el abate. Cuando vendiste á tu amigo, Dios empezó, no á castigarte, sino á prevenirte. Caiste en la miseria; tuviste hambre. Habias pasado envidiando la mitad de una vida que pudiste pasar adquiriendo, y ya soñabas con el crímen, dándote á tí mismo por disculpa la necesidad, cuando Dios hizo por tí un milagro, enviándote por mi conducto una fortuna, que era para tí brillante, pues nunca habias tenido nada. Pero aquella fortuna inesperada, increible, no te fué ya bastante en el mismo punto en que la poseiste. Quieres doblarla, ¿y por qué medio? por un asesinato. La doblas, y entonces te la quita Dios, entregándote á la justicia humana.

—No fuí yo, sino la Carconte, quien quiso matar al judío, balbuceó Caderousse.

—Tienes razon, respondió Monte-Cristo. Por eso Dios, siempre, no diré justo, porque su justicia esta vez te hubiera dado la muerte, siempre misericordioso,



permitió que ablandaras á tus jueces y que te dejasen con vida.

—¡Pardiez! para sentenciarme á trabajos forzados... ¡Vaya una blandura!

—Sin embargo, miserable, por blandura la tuviste. Tu corazon menguado, que temblaba á la idea de la muerte, latió de júbilo al recibir una vergüenza eterna, porque dijiste como todos los forzados:—En el

Caderousse se iba debilitando visiblemente.

—¡Agua! dijo: tengo sed... ¡yo me quemo!

Monte-Cristo le alargó un vaso de agua.

—¡Infame Benedetto! murmuró Caderousse devolviéndole el vaso. En todo este tiempo podrá escaparse.

—Nadie se escapará. Yo te lo digo, Caderousse... ¡Benedetto será castigado!

—Entonces vos sereis tambien castigado por no ha-



Caderousse amenazó al cielo con sus crispados brazos.

presidio hay puertas, y en el sepulcro no.—Y tenias razon, porque la puerta del presidio abrióse para tí de una manera inesperada. Visita á Tolon un inglés que habia hecho voto de librar á dos hombres de la cárcel; su eleccion recae en tí y en tu compañero; baja del cielo para tí una segunda fortuna; vuelves á encontrarte con dinero y con tranquilidad; puedes volver á la vida de todos los hombres, tú, que estabas condenado á la muerte de los forzados; y entonces, miserable, entonces tientas á Dios por tercera vez.—No tengo bastante, dices, cuando nunca habias tenido nada;—y cometes un tercer crímen, sin razon y sin disculpa. Dios se ha cansado; Dios te castiga.

ber cumplido vuestros deberes de sacerdote, dijo Caderousse. Debísteis de impedir que Benedetto me matára.

—¡Yo! repuso el conde con una sonrisa que heló de espanto al moribundo. ¡Yo impedir que te matára Benedetto, justamente cuando acababas de embotar tu puñal en la cota de malla que me cubre el pecho! Sí.. quizás, si te hubiera visto arrepentido y humilde, quizás impidiera que Benedetto te matase; pero te vi orgulloso y sanguinario, y dejé que se cumpliera la voluntad de Dios.

—¡Yo no creo en Dios! refunfuñó Caderousse. Ni tú tampoco crees; y si lo dices, ¡mientes!

—Calla! respondió el abate, ó harás que salgan de tus venas las últimas gotas de sangre... ¡Ah! no crees en Dios, y mueres herido por Dios! no crees en Dios, y Dios, que no pide mas que una palabra, una oracion, una lágrima para perdonar; Dios que pudo dirigir el puñal del asesino de modo que te matára en el acto... Dios, repito, te ha dado un cuarto de hora para arrepentirte... vuelve en tí, miserable, y arrepiéntete.

—¡No, no! dijo Caderousse; no me arrepiento. No hay Dios; no hay providencia; no hay mas que casualidad.

—Hay providencia, hay Dios, repuso Monte-Cristo; y la prueba es que tú yaces en esa cama desesperado, renegando de Dios; y que yo estoy delante de tí, rico, dichoso, sano y salvo, é implorando á ese Dios en el cual procuras no creer, y en quien sin embargo crees en el fondo de tu alma.

—¿Pues quién sois vos? le preguntó Caderousse fijando en el conde sus empañados ojos.

—Mírame bien, dijo Monte-Cristo cogiendo una luz y acercándosela al rostro.

—El abate... el abate Bussoni.

Monte-Cristo quitóse la peluca que le desfiguraba, y dejó caer los hermosos cabellos que circundaban tan graciosamente su rostro pálido.

—¡Oh! dijo Caderousse aterrado; si esos cabellos no fueran negros, diria que erais inglés, que erais lord Wilmore.

—No soy ni el abate Bussoni, ni lord Wilmore, dijo Monte-Cristo. Mírame mejor; consulta tus primeros recuerdos...

Tenian estas palabras del conde una vibracion magnética, que reavivó los ofuscados sentidos del moribundo por última vez.

—¡Oh! con efecto, dijo: paréceme que en otro tiempo os he visto... os he conocido...

—Sí, Caderousse, sí; me has conocido.

—Pues entonces, ¿quién sois? Y si me habeis visto y me habeis conocido, ¿por qué me dejais morir?

—Porque nada puede salvarte, Caderousse; porque son mortales tus heridas. A ser posible salvarte hubiera visto en esto una misericordia del Señor; y hubiera procurado, te lo juro por la tumba de mi padre, hubiera procurado volverte á la vida y al arrepentimiento.

—¡Por la tumba de tu padre! repitió Caderousse, animado por un fuego supremo é incorporándose para ver mas de cerca á aquel hombre que pronunciaba un juramento sagrado á todos los hombres.—¿Pues quién eres?

El conde no habia dejado un punto de observar los progresos de la agonía.

Comprendió que este efluvio de existencia era el postrero, y acercándose al moribundo con una mirada tranquila y triste á la vez, le dijo al oido:

—Soy... soy...

Y abriéndose apenas sus labios dejaron escapar un nombre pronunciado en voz tan baja, que no parecia sino que el mismo conde temiera oirlo.

Caderousse, que se habia puesto de rodillas, estendió los brazos, hizo un esfuerzo para retroceder, y alzando las manos al cielo murmuró:

—¡Dios mio! Dios mio! perdóname por haber renegado de tí! Cierto que existís; cierto que sois el padre de los hombres en el cielo y su juez en la tierra. ¡Señor! Dios mio! yo os he desconocido mucho tiempo. ¡Señor! Dios mio! perdonadme. ¡Señor! recibid mi alma.

Y cerrando los ojos cayó de espaldas Caderousse, exhalando el último grito y el último suspiro.

La sangre se coaguló en los labios de sus profundas heridas.

¡Habia muerto!

—¡*Uno!* dijo misteriosamente el conde con los ojos fijos en el cadaver desfigurado por tan tremenda agonía.

Diez minutos despues llegaron el médico y el procurador del rey, acompañado el uno por el portero y el otro por Alí, siendo recibidos por el abate Bussoni, que rezaba á la cabecera del muerto.

CAPÍTULO VI.

BEAUCHAMP.

En quince dias no se habló en París de otra cosa que de aquella audaz tentativa de robo hecha en casa del conde de Monte-Cristo.

El moribundo habia firmado una declaracion que indicaba por su asesino á Benedetto, con que la policía soltó en su busca á todos sus alanos.

El puñal de Caderousse, la linterna sorda, el manojo de llaves y su vestido, menos el chaleco, que no pudo encontrarse, fuéron depositados en la escribanía.

El cuerpo fué llevado á la Morgue.

Dijo el conde á todo el mundo que aquella aventura habia pasado estando él en su casa de Auteuil, y que no sabia por consecuencia otra cosa que lo que le habia contado el abate Bussoni, que aquella misma noche, por una casualidad, le habia pedido permiso para pasar la en su casa buscando ciertos libros en la biblioteca.

Solo Bertuccio se ponia pálido cada vez que pronunciaban en su presencia el nombre de Benedetto; pero no habia motivo alguno para que nadie reparase en la palidez del ayuda de cámara.

Llamado Villefort para certificar el crímen, habia reclamado la causa, y la activaba con aquel apasionado ardor que ponia en todas las causas criminales ocasionadas á que él luciera sus dotes oratorias.

Pero habian pasado tres semanas sin que las diligencias mas activas hubiesen tenido resultado alguno, y ya se empezaba á olvidar la tentativa de robo y el asesinato del ladron por su cómplice, para ocuparse del próximo casamiento de la señorita de Danglars con el conde Andrea Cavalcanti.

Este proyecto era ya tan público, como que se recibia al jóven en casa del banquero á título de futuro.

Se habia escrito á M. Cavalcanti, padre, que aprobó la idea, y que con mucho pesar de no poder salir de Parma, donde el servicio le retenia, declaraba consentir en darle el capital de ciento cincuenta mil libras de renta.

Era cosa convenida que los tres millones se colocarian en casa de Danglars, que los manejaria bien. Algunas personas intentaron que el jóven concibiese dudas de la solidez de la posicion de su futuro suegro, que desde algun tiempo atrás esperimentaba en la Bolsa grandes reveses; pero el jóven, con un desinterés y una confianza sublime, desechó todos aquellos informes, teniendo la delicadeza de no decir al baron ni una palabra de ellos.

Con esto, figúrese cómo el baron adoraria al conde Andrea Cavalcanti.

No le sucedia lo mismo á Eugenia.

En su instintiva aversion al matrimonio, habia acogido á Andrea como un medio de deshacerse de Alberto; pero ahora que Andrea iba ya pretendiendo mucho, empezaba á sentir hácia él verdadera aversion.

Quizás el baron lo habria conocido; pero como solo podia atribuir á capricho aquella repulsion, aparentó no comprenderla.

Entre tanto casi habia pasado el plazo pedido por Beauchamp.

Morcef pudo apreciar en su justo valor el consejo que le habia dado Monte-Cristo de dejar rodar la bola.

Nadie habia tomado acta de la noticia del periódico, ni se habia pensado siquiera reconocer al oficial que vendió los castillos de Janina en el noble conde que tomaba asiento en la Cámara de los pares.

No por eso desaparecia el insulto á Alberto, pues las líneas del periódico encerraban seguramente la intencion de ofenderle.

Además, el modo que Beauchamp tuvo de terminar la conferencia, habia dejado en su corazon un recuerdo muy amargo.

Conque acariciaba en su imaginacion la idea de este duelo, del cual esperaba, si lo consentia Beauchamp, ocultar la razon hasta á los mismos padrinos.

A este por su parte no se le habia vuelto á ver desde el dia en que Alberto le hizo aquella visita, y todos los que preguntaban por él averiguaban que habia emprendido un corto viaje.

¿Adónde? Nadie lo sabia.

Una mañana despertó á Alberto un criado anunciándole á Beauchamp.

Frotóse Alberto los ojos, mandó que le introdujeran en el gabinete del piso bajo, y vistiéndose apresuradamente bajó á su encuentro.

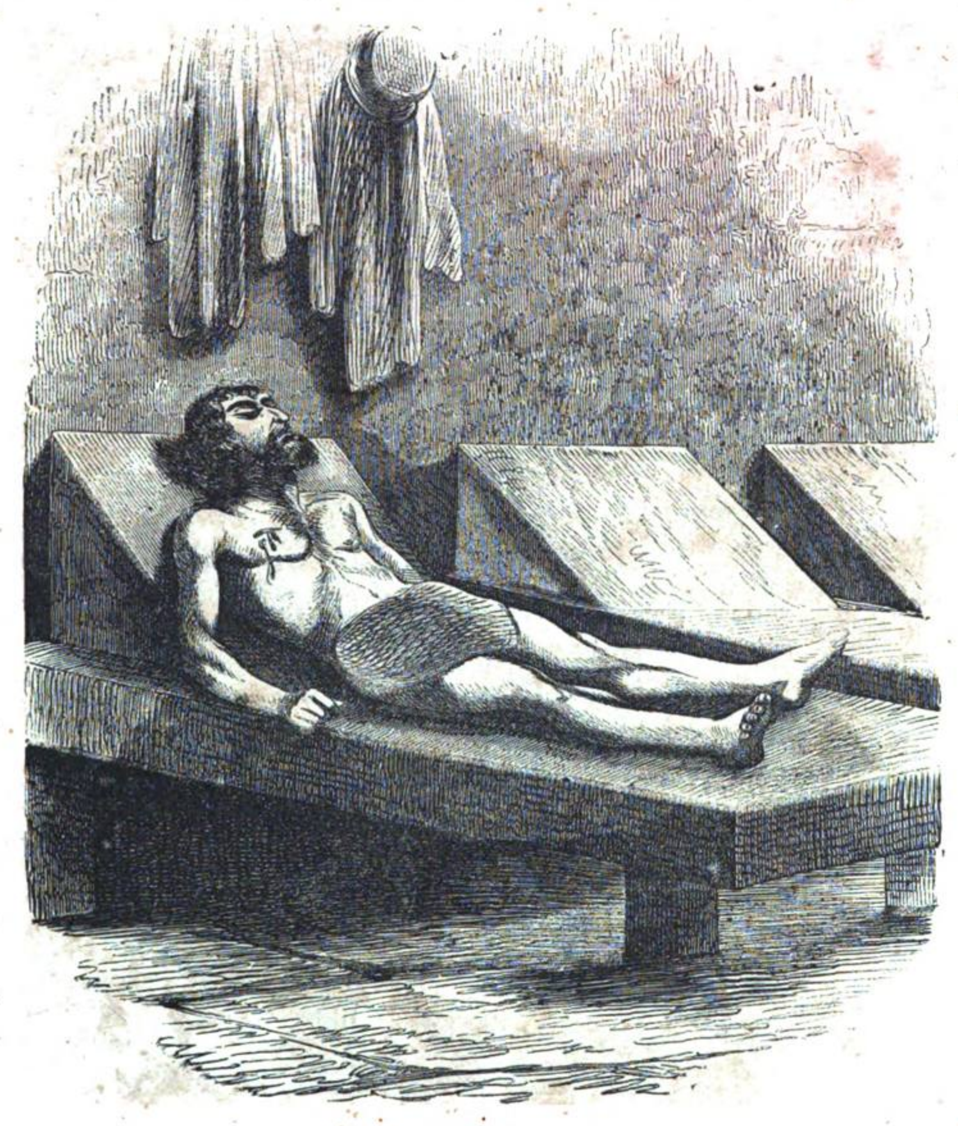
Beauchamp se paseaba á lo largo de la habitacion.

Al verle se d-tuvo.

—El paso que dais presentándoos en mi casa antes que tenga yo tiempo de haceros una visita, me parece buen augurio, caballero, dijo el vizconde. Veamos; decid al punto. ¿Qué es lo que me toca hacer? Tenderos la mano, diciéndoos:—confesad un error y conservadme un amigo? O bien debo preguntaros simplemente:—¿Qué armas elegis?

—Alberto, dijo Beauchamp con una tristeza que dejó al jóven estupefacto, sentémonos primeramente y hablemos.

—Paréceme por el contrario, caballero, que debeis responderme antes de sentaros.



La Morgue.

—Hay circunstancias, Alberto, dijo el periodista, en que lo único difícil es la respuesta.

—Yo voy á hacerla fácil, repitiéndoos la pregunta: ¿Quereis retractaros, sí ó no?

—Morcef, nadie se contenta con responder sí ó no á preguntas que interesan al honor, á la posicion social, á la vida de un hombre como el teniente general Morcef.

—¿Pues qué se hace en ese caso?

—Lo que he hecho yo: decir:—Alberto, ni el dinero, ni el tiempo, ni la molestia son nada cuando se trata de la reputacion y de los intereses de toda una familia: decir: necesito algo mas que probabilidades; necesito certeza para batirme á muerte con un amigo: decir: si cruzo la espada, ó si descargo la pistola contra un hom-

bre cuya mano he estado estrechando por espacio de tres años, es preciso que sepa al menos por qué lo hago, para que salga al campo con el corazon tranquilo y con esa conciencia que necesita el hombre para encomendar á su brazo la salvacion de su vida.

—Y bien, ¿qué quiere decir eso? esclamó Alberto impaciente.

—Quiere decir que llego ahora mismo de Janina.

cual maté por librarme de él, ya comprendereis que no me hubiera tomado ese trabajo; pero he creido que os debia esta prueba de consideracion. He tardado ocho dias en ir, ocho en volver; he pasado cuatro de cuarentena, y he permanecido allí cuarenta y ocho horas, lo que hace justamente las tres semanas que os pedí de plazo. Llegué anoche, y aquí me teneis.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuántos circunloquios, Beau-

Colérico Alberto, hizo ademan de lanzarse sobre el escritor.

—¿De Janina vos?

—Sí.

—¡Imposible!

—Aquí está mi pasaporte, querido Alberto. Mirad los *refrendos*:—Génova—Milan—Venecia—Trieste—Delvino y Janina.—¿Dareis crédito á la policía de una república, de un reino, y de un imperio?

Alberto pasó admirado su vista desde el pasaporte á Beauchamp.

—¿Conque habeis estado en Janina? le dijo.

—Si hubiérais sido, Alberto, un estraño, un desconocido, un simple lord como aquel inglés que hace tres ó cuatro meses vino á pedirme una satisfaccion, y al

champ! ¡Cuánto tardais en decirme lo que ansío por saber!

—Es que, Alberto, á la verdad...

—No parece sino que vacileis.

—Sí, tengo miedo.

—¡Teneis miedo de decir que vuestro corresponsal os habia engañado? ¡Oh! nada de amor propio, Beauchamp. Nadie puede poner en duda vuestro valor.

—¡Oh! no es eso, murmuró el periodista. Al contrario...

Alberto palideció estremadamente.

Quiso hablar; pero la frase espiró en sus labios.

—Amigo mio, dijo Beauchamp en tono afectuosísi-



mo; creed que tendria á dicha daros completa satisfaccion, y que os la daria con toda mi alma; pero ¡ay!

—¿Qué?

—La noticia era cierta.

—¡Cómo! ¿ese oficial francés...?

—Sí.

—¿Ese Fernando?

—Sí.

Las firmas estaban legalizadas por el cónsul francés.

Alberto, vacilante, cayó abrumado sobre un sillon.

Esta vez era imposible dudar.

El apellido estaba allí, escrito con todas sus letras.

Después de un intervalo de doloroso silencio, hinchóse su corazon y las venas de su cuello, y un torrente de lágrimas se agolpó á sus ojos.

Beauchamp, que con profunda compasion habia



—¡Ah! dijo, ¡qué corazon tan noble!

—Ese traidor que vendió los castillos del hombre á quien servia... era...

—Perdonadme que os lo diga, amigo mio. Era vuestro padre.

Colérico Alberto, hizo ademan de lanzarse sobre el escritor; pero éste le detuvo, mas bien con una mirada dulce que con un brazo estendido hácia adelante.

—Tomad las pruebas, dijo sacando un papel del bolsillo.

Alberto lo desdobló.

Era una certificacion de cuatro notables de Janina, que declaraban que Fernando Mondego, coronel instructor al servicio de Alí-Tebelin, habia vendido el castillo de Janina por la suma de dos mil bolsas.

visto al jóven ceder al paroxismo de su dolor, acercóse mas á él.

—Alberto, le dijo, ahora me comprendeis, ¿no es verdad? He querido verlo todo, juzgarlo todo por mí mismo, esperando que la esplicacion seria favorable á vuestro padre, con que podria hacerle completa justicia. Los informes que he tomado concuerdan, por el contrario, en que ese oficial instructor, ese coronel al servicio de Alí-Pachá no era otro que el conde de Morcef. Entonces he vuelto, recordándome el honor que me haciais de llamarme vuestro amigo, y vine á veros...

Alberto, sepultado en el sillon, se cubria los ojos con las manos, como si quisiese que ni la luz los viese.

—Vine á veros, continuó Beauchamp, para deciros: Alberto, en estos tiempos de accion y de reaccion, las faltas de los padres no deben caer sobre los hijos. Pocas personas, Alberto, han pasado por las revoluciones de esta época, sin que ostente alguna mancha de lodo ó de sangre su uniforme de soldado ó su toga de jurisconsulto. Nadie en el mundo, Alberto, ahora que tengo ya todas las pruebas, ahora que soy poseedor del secreto, nadie puede obligarme á un duelo que estoy seguro os rechazaria vuestra conciencia como un crímen; pero lo que vos no podeis exigir de mí, yo vengo á ofrecéroslo ¿Quereis que desaparezcan estas pruebas, estas certificaciones que yo solo poseo? ¿Quereis que quede entre los dos este secreto terrible? Confiado á mi palabra de honor, nunca saldrá de mis labios. Decid, Alberto, ¿lo quereis, lo quereis, amigo mio?

Alberto se arrojó en brazos de Beauchamp.

—¡Ah! dijo, ¡qué corazon tan noble!

—Tomad, repuso Beauchamp entregándole los papeles.

Cogiólos Alberto con mano temblorosa, estrujólos, y pensó en romperlos; pero temiendo que el menor átomo arrebatado por el aire, viniera algun dia á manchar su frente, acercóse á la bujía, que estaba siempre encendida para los cigarros, y los quemó cuidadosamente.

—¡Querido amigo, escelente amigo! murmuraba al mismo tiempo.

—Olvídese todo como una pesadilla, dijo el escritor; bórrese todo como esas postreras chispas que circulan entre la pavesa; disípese todo como ese humo.

—Sí, sí, repuso Alberto, y quede solo la eterna amistad que desde hoy consagro á mi salvador, amistad que mis hijos trasmitirán á los vuestros; amistad que me recuerde á todas horas que la sangre de mis venas, la vida de mi cuerpo, el honor de mi nombre, todo os lo debo á vos; porque si se hubiera divulgado semejante cosa, ¡oh Beauchamp! os declaro que me saltaria la tapa de los sesos... No, no, ¡pobre madre! la hubiera asesinado este golpe! No me suicidaria; me espatriaria.

—¡Querido Alberto! murmuró Beauchamp.

Pero pronto abandonó el jóven este júbilo intempestivo, y por decirlo así ficticio, para caer en tristeza mas profunda aun.

—Vamos, le preguntó Beauchamp, ¿qué pensais ahora, amigo mio?

—Pienso, dijo Alberto, que se me ha hecho pedazos un sentimiento en el fondo del corazon. Oid, Beauchamp: no renuncia uno tan fácilmente á ese respeto, á esa confianza, á ese orgullo que inspira á un hijo el intachable nombre de su padre. ¡Oh Beauchamp, Beauchamp! ¿Cómo veré yo al mio desde hoy? ¿Retiraré mi frente cuando quiera sellarla con sus labios? ¿Retiraré mi mano cuando quiera estrecharla con la suya? ¡Ay Beauchamp!; soy el mas desdichado de los hombres! ¿Y mi madre? ¡pobre madre mia! dijo Alberto mirando á través de sus lágrimas el retrato de su madre. ¡Si sabes esto, cuánto habrás sufrido!

—¡Valor, amigo mio! esclamó Beauchamp cogiéndole entrambas manos.

—¿Pero de quién procedia aquella primera noticia inserta en vuestro periódico? dijo de repente el jóven. ¡Entreveo en todo esto un enemigo oculto, un odio invisible.

—Razon en mi abono, dijo Beauchamp. ¡Valor, Alberto! que no revele el semblante vuestra emocion. Ocultad ese dolor como oculta la nube en su seno la muerte y el rayo, secreto fatal que no se concibe hasta que cae y mata. Reservad vuestras fuerzas, amigo mio, para el momento en que caiga.

—¿Conque creeis que esta no sea cosa terminada? dijo Alberto con horror.

—Yo nada creo, amigo mio; pero todo es posible. A propósito...

—¿Qué? le preguntó Alberto, viendo que vacilaba en proseguir.

—¿Seguís tratando de casaros con la de Danglars?

—¿Por qué me haceis esa pregunta en la ocasion presente, Beauchamp?

—Porque á mi entender el desechar ó el realizar este proyecto tiene relacion con lo que nos ocupa.

—¡Cómo! dijo Alberto sonrojándose, ¿creeis que M. Danglars...

—Os pregunto solamente el estado en que se halla ese negocio. ¡Qué diablo! No deis á mis palabras otro valor que el que yo quiero darles, ni otra intencion que la que tienen.

—Está el compromiso roto, dijo Alberto.

—Bien, respondió Beauchamp.

Y viendo que el jóven recaia en su tristeza, le dijo:

—Oid, Alberto, si quereis creerme, salgamos. Una vuelta por el bosque de Boloña á caballo ó en carruaje os distraerá. Almorzaremos juntos en cualquiera parte, y luego os ireis vos á vuestros negocios y yo á los mios.

—Corriente, repuso Alberto; pero salgamos á pié. Me parece que el cansarme un poco me sentaria bien hoy.

—Sea, dijo Beauchamp.

Y salieron á pié en direccion al *boulevar*. En la Magdalena dijo Beauchamp:

—Puesto que estamos tan próximos, vamos á ver al conde de Monte-Cristo, que él os distraerá. Es un hombre escelente para tranquilizar los espíritus, porque nunca hace preguntas; y á mi entender, las personas que no preguntan son las que mejor consuelan.

—Vamos, contestó Alberto. Yo le quiero mucho.

CAPITULO VII.

EL VIAJE.

Monte-Cristo exhaló una esclamacion de alegría, al ver juntos á los dos jóvenes.

—¡Ah! dijo, ¿qué hay? ¿Espero que todo se habrá arreglado?

—Sí, dijo Beauchamp. Era un rumor absurdo que se ha desvanecido por sí mismo, y que si reapareciera me tendria por primer adversario.

—Alberto os dirá que eso fué lo que yo le aconsejé, repuso el conde. Aquí me veis, añadió, terminando la mañana mas execrable que haya pasado en mis dias.

—¿Qué haceis? dijo Alberto. ¿Creo que ordenais vuestros papeles?

—¿Mis papeles? No, á Dios gracias. Mis papeles siempre están en un órden maravilloso, por la sencilla razon de que no los tengo. Son los de M. Cavalcanti.

—¿De M. Cavalcanti? le preguntó Beauchamp.

—Si: ¿no sabeis, dijo Alberto, que el conde protege ese jóven?

—Poco á poco, respondió Monte-Cristo. Yo no protejo á nadie, y á Cavalcanti mucho menos.

—Y que va á casarse con la de Danglars en lugar mio; lo que, añadió Alberto procurando sonreirse, lo que, como podeis imaginaros, Beauchamp, me afecta cruelmente.

—¿Cómo? ¿Cavalcanti se casa con la de Danglars? esclamó Beauchamp.

—¿Pero de dónde salís? repuso Monte-Cristo. ¿De dónde salís, señor periodista, marido del rum rum y del «se dice» y esposo de la murmuracion? No se habla en París de otra cosa.

—¿Y sois vos el que hace este casamiento, conde? le preguntó Beauchamp.

—¡Chiton, señor noticiero! no vayais á decir en letras de molde semejante cosa. ¡Yo hacer un casamiento! No: ya me conoceis. Al contrario, me he opuesto firmemente, y hasta me he negado á pedir á la novia.

—¡Ah! ya caigo, por miramiento á nuestro amigo, añadió Beauchamp.

—¿Por mí? esclamó el jóven. No á fé mia. El conde me hará la justicia de declarar aquí que siempre le he estado suplicando que destruya ese proyecto, que por fortuna está ya destruido. El conde porfía que no es á él á quien debo agradecérselo; conque elevaré, como los antiguos, un altar *Deo ignoto*.

—Tan cierto es que no me lo debeis agradecer á mí, dijo Monte-Cristo, como que estoy algo frio con el suegro y con el jóven. Solo Eugenia, la cual, sea dicho de paso, no me parece que tenga mucha vocacion al matrimonio, solo Eugenia es la que me ha conservado su afecto, gracias á lo antimatrimonial que me ha visto. Sí: á pesar de cuanto se diga, no conozco á ese jóven. Se dice que es rico y de buena familia; pero todo eso no pasa de un *se dice*. Mil veces le he repetido esto mismo á Danglars; pero el italiano le ha sorbido los sesos. He llegado hasta á darle parte de una cosa para mí muy grave, y es, que ó su nodriza cambió al niño Andrea por otro, ó se le robaron unos gitanos, ó su ayo lo perdió; una cosa en fin por este estilo. Lo que yo puedo asegurar es que su padre lo perdió de vista por espacio de muchos años, y sabe Dios qué habrá hecho en ese tiempo de vida aventurera. De ninguna de mis reflexiones se ha hecho caso. Me encargaron que le escribiese al mayor pidiéndole ciertos papeles, papeles que son estos justamente. Voy á enviárselos, como Pilatos, lavándome las manos.

—¿Qué talante os pone la señorita d'Armilly, á vos que le quitais su discípula? preguntó Beauchamp.

—¡Diablo! se marcha á Italia. Madama Danglars me ha hablado de ella, pidiéndome cartas de recomendacion para los *impresari*, y la he dado una para el director del teatro Valle, que me debe algunos favores. Pero ¿qué teneis, Alberto? Os veo apesadumbrado. ¿Cuánto va que sin conocerlo estais enamorado de la de Danglars?

—No, respondió Alberto sonriéndose tristemente.

—Lo que es en vuestro estado ordinario no estais, prosiguió Monte-Cristo. ¿Qué teneis? Decídmelo.

—Tengo jaqueca, respondió Alberto.

—En ese caso, yo sé de un remedio infalible.

—¿Cuál es? le preguntó el jóven.

—Mudar de sitio.

—¿De veras? dijo Alberto.

—Sí. Ahora justamente estoy contrariado, y mudo de sitio.

—¿Vos contrariado, conde? esclamó Beauchamp. ¿Y por qué?

—¡Pardiez! ¡como si no fuera nada! Yo quisiera veros con una causa criminal en vuestra casa.

—¿Qué causa criminal?

—¡Toma! La que Mr. de Villefort está instruyendo contra mi asesino; un presidiario desertor de Tolon, segun parece.

—¡Ah! es verdad, repuso Beauchamp. Lo he leido en los periódicos. ¿Qué casta de pájaro era ese Caderousse?

—Parece que era un provenzal, de quien Mr. de Villefort ha oido hablar cuando estaba en Marsella, y aun Danglars recuerda haberle visto. El procurador del rey ha tomado este negocio muy á pechos; tambien parece que ha interesado muchísimo al prefecto de policía, y gracias á su interés, que yo les agradezco en el alma, me estan remitiendo aquí á cada instante todos los malhechores que atrapa la policía en Paris, so pretesto de que son los asesinos de Caderousse; de lo cual resulta, que si esto sigue, dentro de tres meses no habrá ladron ni asesino en toda la Francia que no pueda andar á ciegas por mi casa. Por esto pues he resuelto abandonársela toda entera, é irme todo lo mas lejos que pueda. Venid conmigo, vizconde.

—Con mucho gusto.

—¿Cosa hecha?

—Sí: ¿pero adónde vamos?

—Ya os lo he dicho: adonde el aire es puro, y el rumor adormece; adonde el hombre, por mas orgulloso que sea, se ve pequeño y se siente humilde. A mí me gusta esta humillacion; á mí á quien llaman, como á Augusto, señor del universo.

—¿Pero adónde vais, en fin?

—Al mar, vizconde, al mar. Ya sabeis que soy marino. En mi infancia me he dormido en los brazos del viejo Océano y en el seno de la hermosa Anfitrite; he jugado con el manto verde del uno y el vestido azul de la otra; y amo al mar, como puede amarse á una muger; y cuando no la veo en mucho tiempo, me fastidio.

—Vamos, conde, vamos.

—¿Al mar?

—Sí.

—¿Aceptais?

—Acepto.

—Pues bien, vizconde, esta noche os espera en mi patio una silla de posta, en la cual puede uno ir tendido como en la cama. Cuatro cabemos; Mr. Beauchamp, ¿quereis ser de la partida?

—Gracias: vengo del mar.

—¿Del mar?

—Sí. Acabo de hacer un viajecillo á las islas Borromeas.

—¿Qué importa? Venid, dijo Alberto.

—No, Morcef. Ya comprendereis que cuando me niego debe ser imposible. Además, añadió, importa mucho que me quede en Paris, aunque no sea sino para vigilar la correspondencia del periódico.

—¡Qué buen amigo sois! dijo Alberto. Sí, teneis razon; vigilad, Beauchamp, y á ver si descubrís al enemigo oculto que ha hecho esa revelacion.

Despues de la marcha del periodista, dijo el conde:

—¡Qué jóven tan guapo es ese Beauchamp!

—¡Oh, sí! y hombre de corazon, yo os lo aseguro. Le quiero con toda mi alma. Pero ahora que estamos solos, aunque la presencia de Beauchamp nada impedia, ¿adónde vamos?

—A Normandía, si quereis.

—¡Magnífico! Viviremos en el campo, ¿no es verdad? ¿solos? ¿aislados?

—En compañía de caballos para correr, perros para cazar, y un barco para pescar.

—Eso es lo que yo deseo. Voy á avisar á mi madre, y vuelvo á ponerme á vuestras órdenes.

—¿Os dejará? le preguntó Monte-Cristo.

—¡Dejarme! ¿qué?

—Venir á Normandía.

—¿Pues no soy libre?

—Para ir adonde os dé la gana, y solo, ya lo sé, puesto que os encontré en Italia campando por vuestro respeto.

—Pues entonces...

—Pero para ir con el hombre que se llama el conde de Monte-Cristo...

—Teneis poca memoria, conde.

—¿Cómo así?

—¿No os he dicho ya cuánto simpatiza mi madre con vos?

—La muger varía con mucha frecuencia, ha dicho Francisco I. La muger es la ola del mar, ha dicho Shakspeare. El uno era un gran rey, y el otro un gran poeta; y ambos debian de conocer á fondo á la muger.

—A la muger, sí; pero mi madre no es la muger, sino una muger.

—Dispensad que un pobre estranjero no comprenda las sutilezas de vuestro idioma.

—Quiero decir que mi madre es avara de sus sentimientos; pero cuando los llega á conceder, es para siempre.

—¿De veras? dijo Monte-Cristo suspirando. ¿Y creeis que me haya hecho el honor de concederme otro sentimiento que no sea una absoluta indiferencia?

—Ya os lo he dicho, y os lo repito, prosiguió el vizconde. Debeis de ser realmente un hombre estraño, un hombre superior.

—¡Oh!

—Sí, porque mi madre participa, no de la curiosidad, sino del interés que inspirais á todo el mundo. Cuando estamos solos no hablamos sino de vos.

—¿Y os aconseja que desconfieis de este Manfredo?

—Al contrario. Me dice:—Morcef, creo que el conde tiene un gran corazon. Hazte querer de él.

Monte-Cristo volvió la cara y exhaló un suspiro.

—¡Ah! dijo, ¿es eso cierto?

—Con esto, ya concebireis, prosiguió el jóven, que en vez de oponerse á este viaje, lo aprobará con alma y vida, puesto que es seguir al pié de la letra sus consejos..

—Idos pues, dijo Monte-Cristo. Hasta la tarde. Si estais aquí á las cinco, llegaremos allí á media noche ó á la una.

—¿A Treport?

—A Treport ó á sus inmediaciones.

—¿Solo empleais ocho horas en andar cuarenta leguas?

—Y es bastante, dijo Monte-Cristo.

—Decididamente sois el hombre de los prodigios, y llegareis, no solo á superar á los caminos de hierro, sino lo que es mas difícil aun, sobre todo en Francia, á andar mas que el telégrafo.

—Conque sed exacto, vizconde, que necesitamos siete ú ocho horas.

—Descuidad, que todo lo que tengo que hacer se reduce á los preparativos de ordenanza.

—Entonces hasta las cinco.

—Hasta las cinco.

Después de haberle hecho sonriendo un signo de despedida, quedóse un momento el conde pensativo y como absorto en una meditacion profunda.

Pasándose al fin la mano por la frente, como para desechar sus pensamientos, acercóse al timbre y dió dos golpes.

Al momento entró Bertuccio.

—Maese Bertuccio, le dijo, ya no es mañana ni pasado mañana, como habia pensado en un principio, cuando marcho á Normandía; es esta noche. De aquí á las cinco teneis mas tiempo del que necesitais. Avisa á los palafreneros de la primera parada. Me acompaña M. de Morcef.

Obedeció Bertuccio, y al momento despachó un criado á Pontoise con el aviso de que la silla de posta pasaria á las seis en punto.

El palafrenero de Pontoise envió acto contínuo un aviso igual al de la parada siguiente, y este al otro, y seis horas después todos los tiros estaban preparados.

Antes de marchar subió el conde al cuarto de Haydée á despedirse, á decirle adonde iba, y á poner á sus órdenes toda la casa.

Alberto fué puntual.

El viaje, triste al principio, fué pronto alegre, gracias al efecto que produce la rapidez.

Morcef no tenia idea de rapidez semejante.

Monte-Cristo le dijo:

—Con vuestra posta, que hace dos leguas por hora, y con esa ley estúpida que prohibe á un viajero adelantar á otro sin pedirle permiso, y que hace que un viajero enfermo ó poltron tenga derecho á encadenar en su carrera á los viajeros sanos y alegres, no hay viaje posible. Yo por mi parte evito este inconveniente viajando con postillon propio y con caballos propios. ¿No es verdad, Alí?

Y sacando la cabeza por la portezuela lanzó el conde un grito incitador que daba alas á los caballos.

Ya no corrian, volaban.

El carruaje iba como un rayo por el camino real, y los pasajeros se quedaban mirando aquel meteoro chispeante.

Alí, repitiendo el grito de su amo, sonreia enseñando sus blancos dientes, estrechando en sus robustas manos las espumantes riendas, y aguijoneando á los caballos, cuyas hermosas crines azotaba el viento. Alí, el hijo del desierto, encontrábase en su elemento, y con su cara negra, sus ardientes ojos y su albornoz de nieve, parecia en medio del polvo que iba el carruaje levantando, el genio del Simoun y el Dios del huracan.

—Esta es una voluptuosidad para mí desconocida, esclamó Alberto; la voluptuosidad de la rapidez.

Y las últimas arrugas de su frente desaparecian como si el aire que hendia se las llevara.

—Pero ¿de dónde diablos sacais estos caballos? preguntó al conde Alberto. ¿Los haceis ex-profeso?

—Justamente, dijo Monte-Crito. Hará seis años encontré en Hungría un famoso caballo padre, célebre por su ligereza, y lo compré... no sé en cuánto, pues fué Bertuccio quien pagó. Aquel mismo año tuvo treinta y dos hijos. A esa raza, descendiente del húngaro, es á la que ahora vamos á pasar revista. Todos son iguales, todos son negros, sin una sola mancha, á escepcion de una estrella en la frente, porque á este hijo privilegiado del Pegaso se le han elegido las yeguas á propósito, como se eligen las favoritas para los sultanes.

—¡Magnífico! Pero decidme, conde, ¿qué haceis de tantos caballos?

—Ya lo veis; viajo con ellos.

—¿Pero siempre no viajareis?

—Cuando ya no los necesite, los venderá Bertuccio. Por cierto que está empeñado en que ha de ganar en ellos treinta ó cuarenta mil francos.

—Pero no habrá en Europa rey bastante rico para comprarlos.

—Entonces los venderá á algun simple visir de Oriente, que vaciará sus arcas para pagarlos, y que volverá á llenarlas administrando palos á sus vasallos en las plantas de los piés.

—¿Quereis, conde, que os diga un pensamiento que me ocurre?

—Decidlo.

—Después de vos, debe de ser Mr. Bertuccio el hombre mas rico de toda Europa.

—Os engañais, vizconde. Estoy seguro que si le poneis cabeza abajo, no se le encuentra un real.

—¿Y cómo así? preguntó el jóven. ¿Es un fenómeno Mr. Bertuccio? ¡Ah querido conde! no lleveis muy allá lo maravilloso, porque os prevengo que no os creeré.

—No me habléis de lo maravilloso nunca, Alberto. Números y razon. Tened presente este dilema. Un mayordomo roba; pero, ¿por qué roba?

—¡Diablo! Por instinto, porque está en su naturaleza, respondió Alberto; roba, por robar.

—Os equivocais. Roba, porque tiene mujer, hijos, y ambiciones para sí y para su familia; y roba, sobre todo, porque no está seguro de tener siempre aquel amo, y quiere asegurarse un porvenir. Ahora bien: Bertuccio es solo en el mundo; gasta de mi dinero sin decírmelo, y está además seguro de no dejarme nunca.

—¿Por qué?

—Porque yo no encontraría otro mejor.

—Errais en un círculo vicioso, el de las probabilidades.

—¡Oh! no tal; giro en el de las certezas. Buen criado es para mí aquel sobre el cual tengo derecho de vida ó muerte.

—¿Y teneis ese derecho sobre Bertuccio? le preguntó Alberto.

—Sí, respondió el conde friamente.

Hay palabras que cierran la conversacion como con una puerta de hierro; y el *sí* del conde era una de estas palabras.

El resto del viaje se hizo con la misma rapidez.

Los treinta y dos caballos, repartidos en ocho tiros, corrieron sus cuarenta y siete leguas en ocho horas.

A media noche pararon á la puerta de un hermoso parque.



El portero estaba de pié, y la verja abierta.

Habia sido avisado por el palafrenero del último tiro.

Eran las dos y media de la mañana

En la habitacion preparada para Morcef, encontró éste el baño y la cena que le esperaban.

Para servirle se hallaba allí el criado que habia venido en la zaga del carruaje.

la proa una bandera con las armas de Monte-Cristo, armas que r presentaban una montaña de oro en mar azul con una cruz de gules, lo cual podia aludir del mismo modo á su nombre, que recordaba el calvario hecho por la pasion de Nuestro Señor Jesucristo una montaña mas preciosa que el oro, que á la infame cruz santificada por su sangre divina, ó á algun recuerdo personal de sufrimiento y regeneracion envuelto en las



La corbeta.

Bautista, que habia venido en la delantera, se hallaba sirviendo al conde.

Tomó Alberto su baño, cenó, y se acostó.

Toda la noche estuvo arrullando su sueño el ruido melancólico de las ruedas.

Al levantarse se fué derecho á la ventana, la abrió, y encontróse en un terradillo, que daba por delante al mar, y por detrás á un hermoso parque lindante con un bosque.

En una ensenada próxima se balanceaba una corbeta de estrecha quilla y de gentil apostura, llevando á

sombras de lo pasado de aquel hombre misterioso.

En torno á la goleta vogaban algunos barquillos pe tenecientes á los pescadores de la comarca, y que parecian vasallos humildes que esperasen las órdenes de su reina.

Allí como en todas partes donde hacia asiento Monte-Cristo, aunque fuera dos dias solamente, estaba organizada la existencia de una manera agradable y cómoda, existencia que con esto se hacia hermosa y dulce desde aquel punto mismo.

En su antesala encontró Alberto dos escopetas

magníficas y todos los arreos necesarios á un cazador.

Una habitacion del piso bajo estaba destinada á todas esas ingeniosas máquinas que los ingleses, grandes pescadores porque tienen mucha paciencia y no menos amor al *dolce far niente*, han pretendido en vano hacer adoptar á los rutinarios pescadores de Francia.

Todo el dia se pasó entre la caza y la pesca, ejercicios en que sobresalia Monte-Cristo notablemente.

Matáronse en el parque diez ó doce faisanes, pescáronse otras tantas truchas en los lagos, comióse en un kiosko con vistas al mar, y se tomó en la biblioteca el té.

A la caida de la tarde del tercero dia, fatigado Alberto con esta vida, que parecia un juego á Monte-Cristo, dormitaba en una butaca al pié de la ventana, mientras el conde, acompañado de su arquitecto, trazaba el plan de un invernadero que queria construir, cuando el ruido de un caballo que venia á escape por el camino hizo levantar al jóven la cabeza.

Púsose á mirar por la ventana, y con desagradable sorpresa vió llegar al patio á su ayuda de cámara, que no habia querido que le acompañase por no abusar de la amistad del conde.

—¡Florentino aquí! esclamó saltando de la silla. ¿Si estará mala mi madre?

Y se lanzó á la puerta.

Siguióle Monte-Cristo con los ojos, viéndole acercarse al criado, que sudoroso y sin aliento aun, sacó del bolsillo una cajita cerrada.

—¿De quién es esta carta? le preguntó vivamente Alberto

La cajita contenia un periódico y una carta.

—¿De quién es esta carta? le preguntó vivamente Alberto.

—De M. Beauchamp, respondió Florentino.

—¿Luego es Beauchamp quien os envia?

—Sí señor. Mandóme ir á su casa, me dió dinero para el viaje y un caballo de posta, y me hizo prometerle que no me detendria un punto hasta haberos visto y hablado. En quince horas he hecho el camino.

Alberto abrió temblando la carta.

A las primeras líneas lanzó un grito y cogió el periódico con visible agitacion.

De repente nubláronse sus ojos, pareció que sus piernas se negáran á sostenerle, y próximo á caer



apoyóse en Florentino, que le alargó un brazo.

—¡Pobre jóven! murmuró Monte-Cristo en voz tan baja, que él mismo no la hubiera podido oir. ¡Está escrito que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion!

En este intervalo habia Alberto recobrado sus fuerzas, y acabando la lectura de la carta sacudió sus cabellos húmedos, y arrugó en sus manos carta y periódico.

—Florentino, dijo: ¿está vuestro caballo en disposicion de volver á París?

—Es, como veis, un jacucho de mala muerte.

—¡Dios mio! ¿Y qué aspecto tenia mi casa cuando la dejásteis?

—Bastante tranquilo; pero al volver de la de M. Beauchamp encontréme á la señora llorando. Habia preguntado por mí para que la dijese cuándo regresariais. Digela entonces que iba á ponerme en camino para buscaros de órden de M. Beauchamp, y su primer impulso fué detenerme; pero después de un instante de reflexion, repuso:

—Sí, Florentino, sí; id, y que vuelva.

—Ya voy, madre mia, ya voy, dijo Alberto; y ¡ay del infame!... pero ante todo es necesario partir.

Y regresó á la habitacion, donde habia dejado á Monte-Cristo.

No era ya Alberto el mismo hombre: cinco minutos habian bastado para obrar en él un cambio bien triste.

Habia salido en su estado normal, y volvia con la voz alterada, el rostro manchado de rosetones febriles, brillantes los ojos bajo las pupilas escandecidas, y vacilante en el andar como un hombre ébrio.

—Conde, le dijo, os doy gracias por vuestra hospitalidad, y hubiera deseado gozarla mucho mas tiempo; pero me es indispensable volver á París.

—¿Qué ha sucedido?

—Una gran desgracia: mas permitidme que marche, pues se trata de cosas preferibles á la existencia. Nada de preguntas, conde, os lo suplico. Dadme un caballo.

—Mis cuadras estan á vuestra disposicion, vizconde, dijo Monte-Cristo; pero vais á fatigaros muchísimo corriendo la posta á caballo. Tomad una berlina, un cupé, cualquier carruaje.

—No, que eso me detendria, sin contar que necesito ese cansancio que os asusta, y que me será provechoso.

Alberto dió, sin direccion fija, algunos pasos, como el que está herido de un balazo, yendo á caer en una silla junto á la puerta.

Monte-Cristo no reparó esta segunda debilidad, porque se habia asomado á la ventana, gritando:

—¡Alí! un caballo para M. de Morcef. ¡Pronto, pronto, que tiene prisa!

Estas palabras volvieron á Alberto en sí.

Y se lanzó fuera de la estancia seguido del conde.

—¡Gracias! murmuró el jóven saltando sobre la silla. Vos, Florentino, volvereis á París tan pronto como podais. ¿Tengo que pronunciar alguna consigna para que me den caballos?

—Nada mas sino entregar el que montais. Al punto os ensillarán otro.

Iba ya Alberto á partir, cuando se detuvo.

—Acaso os parecerá estraña mi partida, acaso os parecerá loca, dijo, pues no comprendereis cómo algunos reglones de un periódico pueden desesperar á un hombre. Tomad, añadió arrojándole el periódico, leed eso; pero que sea cuando yo me haya marchado, para que no veais mi rubor.

Y mientras el conde recogia el periódico, hundió él las espuelas que acababan de asegurar á sus botas en el flanco del corcel, que admirado de que hubiese ginete que creyera necesitar de tamaño estimulante, partió como una flecha.

Siguió el conde á Alberto con ojos de compasion infinita, y solamente cuando le vió perderse en el espacio tornó sus miradas al periódico, leyendo lo que sigue:

«Aquel oficial francés al servicio de Alí, pachá de Janina, de quien se ocupó hace tres semanas *El Imparcial*, y que no solamente entregó los castillos de Janina sino que tambien vendió á su bienhechor á los turcos, se llamaba con efecto Fernando en aquella época, como decia nuestro apreciable cólega; pero después añadió á su nombre un título de nobleza y el nombre de una posesion.

»Hoy se llama el conde de Morcef, y toma asiento en la Cámara de los Pares.»

Así pues, el terrible secreto que Beauchamp habia guardado con tanta generosidad, reaparecia como un fantasma aterrador, y otro periódico, cruelmente informado, publicaba á la mañana siguiente al viaje de Alberto á Normandía, las cortas líneas que pusieron al pobre jóven á dos dedos de perder el juicio.

CAPITULO VIII.

LA ACUSACION.

A las ocho de la mañana cayó Alberto como un rayo en casa de Beauchamp.

El ayuda de cámara estaba sobre aviso, é introdujo á Morcef en el cuarto de su amo, que acababa de entrar en el baño.

—¿Qué hay? le preguntó Alberto.

—Os esperaba, mi pobre amigo, respondió Beauchamp.

—Pues ya me teneis aquí. Escuso deciros, Beauchamp, que os creo harto noble y harto honrado para haber dicho una palabra siquiera de esto á nadie en el mundo; no, amigo mio. Además, vuestro mensaje me garantiza vuestro afecto. Conque no perdamos el tiempo en preámbulos. ¿Sospechais de dónde viene el golpe?

—Ahora os lo diré en dos palabras.

—Sí; pero ante todo, me debeis, amigo mio, la historia de esta abominable traicion con todos sus detalles.

Beauchamp refirió al jóven, abrumado de vergüenza y de dolor, los hechos siguientes que reproducimos al pié de la letra.

La antevíspera de aquel dia por la mañana apareció el artículo en otro periódico diferente del *Imparcial*, cosa que daba al asunto mucha mas gravedad, por ser aquel periódico ministerial declarado.

Estaba almorzando Beauchamp cuando reparó en la noticia.

En seguida mandó traer un cabriolé y corrió á la redaccion.

Aunque profesaba unas doctrinas políticas enteramente contrarias á las del director del periódico acusador, era Beauchamp íntimo amigo suyo, cosa que sucede con harta frecuencia, ó por mejor decir, casi siempre.

Cuando llegó á la redaccion, hallábase el director leyendo su propio periódico, muy complacido al parecer con cierto artículo de fondo sobre los azúcares, que era sin duda alguna de su cosecha.

—¡Pardiez! esclamó Beauchamp, puesto que teneis vuestro periódico en la mano no necesito deciros lo que me trae.

—¿Sois por ventura partidario de la caña de azucar? le preguntó el periodista ministerial.

—No, respondió Beauchamp, ni siquiera soy voto en la cuestion. Es otra cosa lo que me trae.

—¿Qué os trae?

—El artículo sobre Morcef.

—¿No es verdad que es muy curioso?

—Tan curioso, que os esponeis á una demanda de calumnia, demanda de la cual no me parece que saldreis bien librado.

—No creais tal cosa. Hemos recibido todas las pruebas de nuestro aserto, y estamos seguros de que M. de Morcef no dirá esta boca es mia. Además se hace un

servicio al país denunciándole á los miserables que son indignos de la honra que les dispensa.

Beauchamp se quedó sin saber qué decir.

—Pero ¿quién os ha proporcionado esas pruebas? le preguntó. Porque mi periódico, que fué el que dió la señal de alarma, tuvo que callar por falta de ellas, y ya veis que nosotros estamos mas interesados que los ministeriales en desenmascarar á M. de Morcef, porque es par de Francia, y porque nosotros somos de la oposicion.

—¡Oh! es cosa bien sencilla. No hemos buscado el escándalo, sino que el escándalo nos ha buscado á nosotros. Ayer llegó un hombre de Janina trayéndonos un legajo formidable, y como vaciláseinos en aceptar el papel de acusadores, nos anunció que otro periódico lo aceptaría en ese caso. Ya sabeis, Beauchamp, lo que es una noticia importante, conque no quisimos perder esta. Ahora ya está dado el golpe, golpe que resonará en toda Europa.

Beauchamp comprendió que no le quedaba otro remedio que bajar la cabeza, y marchose desesperado á enviar el aviso á Morcef.

Pero lo que no pudo escribir á Alberto, porque las cosas que vamos á contar pasaron después de la marcha de Florentino, es que aquel mismo dia reinaba grande agitacion en la alta Cámara.

Todos los pares habian acudido antes de la hora de la sesion, y hablaban entre sí del triste suceso que iba á fijar la atencion pública sobre uno de los miembros mas distinguidos de aquella ilustre corporacion.



¿No es verdad que es muy curioso?

Leíase el artículo en voz baja, se comentaba, y cada cual ponia de su parte en la murmuracion todo lo posible.

El conde de Morcef no era querido entre sus colegas.

Como todos los adversarios, se habia visto obligado para sostenerse en aquella altura, á hacer alarde de un orgullo sin límites.

La aristocracia de la sangre se burlaba de él.

La del talento le repudiaba.

Las glorias puras le despreciaban instintivamente.

El conde se hallaba pues en la crítica situacion de una víctima expiatoria.

Designado ya por el dedo del Señor para el sacrificio, todos se disponian á gritar: ¡crucifícalo!

Esto, solo el conde lo ignoraba.

En primer lugar no estaba suscrito al periódico que habia publicado la noticia; y en segundo lugar habia pasado la mañana escribiendo cartas y probando un caballo con su picador.

Llegó pues á la hora acostumbrada, erguida la cabeza, audaz la mirada, insolente en la actitud, y apeándose de su carruaje entró en el salon sin reparar las vacilaciones de los ugieres y los saludos tibios de sus cólegas.

Cuando llegó á la Cámara, estaba ya abierta la sesion hacia media hora.

Aunque estuviese el conde, como ya hemos dicho, ignorante de todo lo que habia pasado, su actitud audaz pareció á todos mas intolerable que nunca, y su presencia en aquel sitio de tal modo pareció ofensiva á aquella asamblea, celosa de su honra, que todos vieron en ella una cosa inconveniente, muchos una fanfarronada, y algunos un insulto.

Era evidente que la Cámara entera ardia en deseos de entablar el debate.

El periódico acusador circulaba de mano en mano.

Pero como siempre sucede, cada cual vacilaba en tomar sobre sí la responsabilidad del ataque.

Por último, uno de los honorables pares, enemigo declarado del conde de Morcef, subió á la tribuna con una solemnidad que anunciaba que habia llegado el momento.

Reinó un silencio terrible.

Solo Morcef ignoraba la causa de la profunda atencion que esta vez se prestaba á un orador que por lo comun no era oido de la Cámara con placer.

Dejó el conde tranquilamente pasar el preámbulo, por el cual el orador daba á entender que iba á hablar de una cosa tan grave, tan sagrada y tan vital para la Cámara, que pedia atencion á todos sus oyentes.

Cuando pronunció las primeras palabras sobre Janina y el coronel Fernando, palideció el conde de Morcef de tal manera, que todos sus cólegas, cuyas miradas estaban fijas en él, sintieron un estremecimiento de horror.

Distínguense las heridas morales de las otras en que se ocultan, pero no se cierran; siempre dolorosas, siempre brotando sangre, permanecen vivas en el fondo del corazon.

La lectura del artículo acabó en medio de aquel mismo silencio, turbado esta vez por un grito, que cesó tan pronto como el orador pareció dispuesto á reanudar su discurso.

Hacíase paladin del honor de M. de Morcef y del de toda la Cámara, honor que pretendia defender provocando este debate sobre cuestiones personales, siempre enojosas.

El fin de su discurso fué pedir que se nombrase una comision indagatoria que confundiese la calumnia antes que tomase cuerpo, y vengando á M. de Morcef, le restableciese en el pedestal que le habia levantado la opinion pública.

Dejó á Morcef tan abrumado y tembloroso aquella inmensa é inesperada calamidad, que apenas pudo balbucear algunas palabras, mirando á sus compañeros con ojos vagos.

Esta timidez, que lo mismo podia ser hija del asombro del inocente, que de la vergüenza del culpable, le ganó algunas simpatías.

Los hombres verdaderamente generosos estan siempre dispuestos á ser compasivos, cuando la desgracia de su enemigo pase los límites de su ódio.

El presidente puso á votacion la proposicion.

Votóse nominalmente, y fué aprobada.

En seguida se le preguntó al conde cuánto tiempo necesitaba para preparar su defensa.

Morcef habia recobrado su antiguo valor al sentirse vivo despues de golpe tan tremendo.

—Señores pares, respondió, ataques como el que me dirigen en este momento enemigos desconocidos y que permanecen sin duda en la sombra de su oscuridad, no ha de tardarse tiempo en rechazarlos, sino al punto mismo; con un rayo, por decirlo así, debo responder al relámpago que me deslumbró un instante. Fuérame dado por toda defensa verter mi sangre para probar á mis cólegas que soy digno de sentarme en estos bancos!

El efecto de estas palabras fué muy favorable.

—Pido, añadió el conde, que las averiguaciones se hagan lo mas pronto posible, y yo mismo proporcionaré á la Cámara todos los documentos necesarios.

—¿Qué dia fijais? le preguntó el presidente.

—Desde hoy mismo me pongo á disposicion de la Cámara, respondió el conde.

El presidente agitó la campanilla, preguntando:

—¿Es de parecer la Cámara que esta averiguacion se verifique hoy mismo?

—Sí, fué la respuesta unánime.

Nombróse una comision de doce pares, para que examináran los documentos que iba á presentar Morcef.

Esta comision debia reunirse por primera vez á las ocho de la noche en el salon de sesiones.

Si se creia necesario otras sesiones, se verificarian en el mismo sitio y á la misma hora.

Tomada esta resolucion, pidió Morcef permiso para retirarse.

Tenia que preparar los documentos reunidos por él desde mucho tiempo atrás para hacer frente á esta tormenta, prevista por su cauteloso é indomable carácter.

Tal fué la relacion que Beauchamp hizo al jóven, relacion que nosotros á nuestra vez hemos hecho á los lectores, con la única diferencia de que la suya tuvo sobre la nuestra la ventaja de la animacion de las cosas vivas sobre la frialdad de las muertas.

Alberto le escuchó temblando, ora de esperanza, ora de cólera, y de vergüenza tal vez, porque gracias á la declaracion de Beauchamp, sabia que su padre era culpable, y se preguntaba á sí mismo cómo siendo culpable podria probar su inocencia.

Al llegar al punto que nos hallamos, Beauchamp se detuvo.

—¿Y qué mas? le preguntó Alberto.

—¡Mas! repitió Beauchamp.

—Sí.

—Amigo mio, esa palabra me obliga á una cosa horrible.

—Nada os detenga.

—¿Os empeñais en saber lo demás?

—Es preciso absolutamente que lo sepa, amigo mio, y prefiero saberlo de vuestra boca.

—Pues bien, repuso Beauchamp, valor, Alberto; nunca habeis necesitado tanto.

Alberto se pasó la mano por la frente para asegurarse de sus propias fuerzas, como aquel que en vísperas de un desafío ensaya su coraza y examina la punta de su espada.

El infeliz se creia fuerte, porque confundia su fiebre con la energía.

—Proseguid, dijo.

—Aquella noche todo París estaba en espectativa, añadió Beauchamp. Unos creian que vuestro padre desvaneceria la acusacion con solo presentarse; otros aseguraban que no se presentaria; y aun no faltaba quien afirmase haberle visto marchar á Bruselas, y aun hubo quien fuera á preguntar á la policía si era verdad el rumor de que el conde de Morcef habia sacado pasaporte.

—Os confesaré, prosiguió Beauchamp, que hice todos los esfuerzos del mundo para conseguir de uno de

los miembros de la comision, jóven par amigo mio, el ser introducido en una especie de tribuna.

A las siete de la noche vino á buscarme, y antes que nadie llegara, recomendóme á un portero, que me encerró en un cuartito estrechísimo.

Ocultábame una columna, y como gracias á la oscuridad no podia vérseme, pude abrigar la esperanza de ver y oir sin perder una sílaba la terrible escena que iba á pasar.

A las ocho en punto habian llegado ya todos los pares.

M. de Morcef entró el último.

Llevába en la mano algunos papeles, y su continente parecia tranquilo.

Contra su costumbre, su actitud era sencilla, y su traje severo; y segun la de los militares antiguos, llevaba el frac abotonado hasta arriba.

Su presencia produjo el mejor efecto.

La comision no se componia de sus enemigos, y algunos de sus miembros vinieron á dar la mano al conde.

Alberto sintió partírsele el corazon al oir todos estos detalles, y sin embargo, en medio de su dolor, habia tambien algo de gratitud.

Hubiera querido poder abrazar á aquellos hombres que habian dado á su padre una prueba tal de afecto en situacion tan crítica para su honra.

En este momento entró un ugier con una carta para el presidente.

—M. de Morcef tiene la palabra, dijo el presidente al abrir la carta.

Empezó el conde su apología, y os confieso, Alberto, prosiguió Beauchamp, que estuvo elocuente y habilísimo.

Los documentos que presentó probaban que el visir de Janina le habia honrado con su confianza hasta el último momento, puesto que le comisionó para una negociacion de vida ó muerte con el mismo sultan.

Mostró el anillo, signo de mando entre los turcos, con el cual sellaba por lo comun sus cartas Alí-Pachá, y que le habia dado para que pudiese á su vuelta penetrar hastá él, aunque estuviera en el harem, y fuera la hora que fuera del dia ó de la noche.

Por desgracia, añadió que su negociacion habia fracasado, y que al volver á defender á su bienhechor hallósele muerto.

Pero era tan grande la confianza que Alí-Pachá depositaba en él, que al morir le habia confiado su sultana favorita y su hija.

Estas palabras hicieron temblar á Alberto, trayéndole á la memoria toda la relacion de Haydée, y haciéndole recordar todo lo que la hermosa griega le habia dicho de aquel mensaje, de aquel anillo, y de la manera que habia sido vendida y esclavizada.

—¿Y qué efecto hizo el discurso del conde? preguntó con ansiedad Alberto.

—Confieso que me conmovió, repuso Beauchamp, así como á toda la concurrencia.

Entre tanto el presidente fijó los ojos como con descuido en la carta que acababan de traerle, y desde las primeras líneas púsose á leer con mas atencion.

Leyóla dos veces, y mirando fijamente á Mr. de Morcef, le dijo:

—¿Habeis confesado, señor conde, que el visir de Janina os confió á su mujer y á su hija?

—Sí señor, respondió Morcef; pero en esto como en todo, me perseguia la desgracia. A mi vuelta, Vasiliki y su hija Haydée habian desaparecido.

—¿Las conoceis?

—Mi intimidad con el Pachá, y la ciega confianza que en mi fidelidad tenia, me permitieron verlas mas de veinte veces.

—¿Sabeis por ventura lo que ha sido de ellas?

—Sí señor. He oido decir que sucumbieron á sus pesares, y acaso tambien á su miseria. Cómo yo no era rico, y como corria mi vida mucho peligro, no pude, con gran pesar mio, consagrarme á buscarlas.

El presidente frunció las cejas imperceptiblemente.

—Señores, dijo, ya habeis oido y seguido al señor conde de Morcef en sus esplicaciones.—Señor conde, ¿podeis presentar algun testigo que apoye la declaracion que acabais de hacer?

—¡Ay! no señor, respondió el conde. Todos los que rodeaban al visir y que me conocieron en su corte han muerto, ó andan errantes por el mundo. Yo solo, solo por lo menos entre mis compatriotas, he sobrevivido á aquella espantosa guerra. Solo poseo las cartas de Alí-Tebelin, y ya os las he presentado Solo poseo su anillo, prenda de su voluntad, y aquí le teneis. La prueba mas convicente que pueda yo aducir contra este ataque anónimo, es la falta de todo testigo contra mi palabra de hombre honrado y la pureza de mi vida militar.

Un murmullo de aprobacion oyóse en toda la asamblea.

—En este momento, Alberto, estaba ganada la causa de vuestro padre, si no hubiese sobrevenido ningun incidente. Solo faltaba ya proceder á la votacion, cuando el presidente tomó la palabra para decir:

—Presumo que no os desagrade, señores, ni á vos, señor conde, oir á un testigo muy importante, segun asegura, y que acaba de presentarse de motu propio. Segun todo lo que nos ha dicho el conde, es de inferir que este testigo esté llamado á probar la perfecta inocencia de nuestro cólega. Hé aquí la carta que acabo de recibir. ¿Deseais que os la lea, ó resolveis que se pase á otra cuestion sin hacer alto en este incidente?

Mr. de Morcef se puso pálido, y sus manos crispadas clavéronse en los papeles que tenia delante y que crugieron entre sus dedos.

La comision optó por la lectura.

En cuanto al conde, estaba distraido y no tenia tampoco voto en la cuestion.

Por lo tanto procedió el presidente á la lectura de esta carta:

«Señor presidente:

»Yo puedo proporcionar los datos mas positivos á la comision encargada de examinar la conducta que el teniente general conde de Morcef observó en Epiro y Macedonia.»

El presidente hizo una corta pausa.

Morcef se puso pálido.

El presidente interrogó al auditorio con una mirada.

—Continuad, esclamaron de todas partes.

El presidente prosiguió:

«Yo me hallaba en el sitio donde murió Alí-Pachá. Yo presencié su muerte.

»Yo sé el paradero que han tenido Vasiliki y Haydée.

»Póngome á las órdenes de la comision, y hasta reclamo el honor de ser oido.

»Cuando os entreguen esta carta me hallaré en el vestíbulo de la Cámara de los Pares.»

—¿Y quién es ese testigo, ó dicho mejor, ese enemigo? preguntó el conde con una voz, en la que era fácil advertir una alteracion profunda.

—Vamos á saberlo, respondió el presidente. ¿La comision opina que se debe oir á ese testigo?

—Sí, sí, respondieron al par todas las voces.

El ugier fué llamado de nuevo.

—Ugier, le preguntó el presidente, ¿hay alguien esperando en el vestíbulo?

—Sí, señor presidente.

—¿Quién es?

—Una mujer acompañada de un criado.

Los pares se miraron unos á otros.

—Que entre esa mujer, dijo el presidente.

El ugier volvió cinco minutos despues.

—Todos los ojos estaban clavados en la puerta, y yo



Hermoso dia para mí el que me presenta ocasion de vengar á mi padre.

mismo, prosiguió Beauchamp, participaba de la ansiedad del público.

Detrás del portero venia una mujer cubierta de piés á cabeza con un velo.

Solo por las formas y por los perfumes que exhalaba se podia inferir que era una mujer jóven y elegante; pero nada mas.

El presidente suplicó á la desconocida que se descubriese, y entonces se pudo ver que iba vestida á la griega, y que era hermosísima.

—¡Ah! dijo Morcef, era ella.

—¿Quién es ella?

—Haydée.

—¿Quién os lo há dicho?

—¡Ah! lo adivino. Pero proseguid, Beauchamp, proseguid. Ya veis que estoy tranquilo, y sin embargo debe estar próximo el desenlace.

—M. de Morcef, continuó Beauchamp, miraba á aquella mujer con sorpresa mezclada de terror: para él era la vida ó la muerte lo que iba á salir de aquella boca divina, y para los demás era una aventura tan estraña y tan curiosa, que la salvacion ó la pérdida de M. de Morcef no entraba ya en este suceso sino como elemento secundario.

El presidente ofreció con la mano un asiento á la jóven; pero ella respondió con un ademan, que permaneceria de pié. En cuanto al conde, habia vuelto á caer en su asiento, y era evidente que sus piernas se negaban á sostenerle.

—Señora, dijo el presidente, habeis escrito á la comision para ilustrarla en esto de Janina, y hasta aseguráis que habeis sido testigo ocular de los sucesos.

—Y con efecto lo fui, respondió la desconocida con voz profundamente triste y sonora, como todas las voces orientales.

—Sin embargo, respondió el presidente, permitidme que os diga que debíais ser entonces muy jóven.

—Tenia cuatro años; pero como aquellos sucesos eran para mí de suma importancia, no hay detalle ni particularidad que se haya borrado de mi memoria.

—¿Pero qué importancia tenian para vos aquellos sucesos? ¿y quién sois vos para que os hayan producido tan profunda impresion?

—Tratábase de la vida ó de la muerte de mi padre, respondió la jóven. Yo me llamo Haydée, hija de Alí-Tebelin, pachá de Janina, y de Vasiliki, su favorita.

El modesto y altivo rubor que enrojeció las mejillas de la jóven, el fuego de sus ojos y la majestad de esta revelacion, produjeron en la asamblea un efecto inesplicable.

En cuanto al conde, no le abrumara mas un rayo que abriese bajo sus plantas un abismo.

—Señora, dijo el presidente inclinándose con respeto, permitidme una simple pregunta, que no arguye desconfianza de modo alguno, y que será la última. ¿Podeis justificar lo que decís?

—Sí lo puedo, caballero, dijo Haydée sacando de debajo del velo una bolsita de seda perfumada; aquí teneis mi partida de nacimiento, escrita por mi padre y firmada por sus principales servidores; y aquí teneis tambien mi partida de bautismo, legalizada con el sello del gran primado de Macedonia y de Epiro, pues mi padre consintió en que fuese educada en la religion de mi madre; aquí teneis, en fin (y este es sin duda el documento mas importante), el acta de venta que de mi persona y la de mi madre hizo al mercader armenio El-Kobbir el oficial francés, que en sus infames relaciones con la Puerta, se habia reservado entre el botin la hija y la mujer de su bienhechor, las cuales las vendió por la suma de mil bolsas, ó sean cuatrocientos mil francos, poco mas ó menos.

Una palidez terrible coloreó las mejillas del conde de Morcef, y sus ojos se inyectaron de sangre al oir aquellas imputaciones, que fueron acogidas por la Cámara con lúgubre silencio.

Tranquila Haydée, aunque mas amenazadora en su tranquilidad que lo hubiera parecido otra mujer en su ira, alargó al presidente el contrato, escrito en árabe.

Como era de inferir que alguno de los documentos que se presentasen estuviera escrito en árabe, en romaico ó en turco, se habia avisado al intérprete de la Cámara, y se le mandó venir.

Uno de los nobles pares, que se habia familiarizado con el árabe en la sublime campaña de Egipto, cotejaba en el pergamino el documento siguiente, que leia el traductor en voz alta:

«Yo, El-Kobbir, mercader de esclavos y proveedor del harem de S. A., confieso haber recibido del señor francés conde de Monte-Cristo, para entregarla al sublime emperador, una esmeralda tasada en dos mil bolsas, precio de una jóven esclava, de edad de once años, llamada Haydée, hija reconocida del difunto señor Alí-Tebelin, pachá de Janina, y de Vasiliki, su favorita; cuya esclava, así como su madre, que murió al llegar á Constantinopla, vendiómelas hace siete años un coronel francés llamado Fernando Mondego, que estaba al servicio de Alí-Tebelin.

»La referida compra la hice por cuenta de S. A., que me habia comisionado al efecto, por la suma de mil bolsas.

»Dado en Constantinopla, con autorizacion de S. A., el año 1247 de la Égira.

»Firmado,

»El-Kobbir.

»El presente contrato, para que tenga toda fé, crédito y autenticidad, irá sellado con el sello imperial, que el vendedor se obliga á conseguir.»

Con efecto, junto á la firma del comerciante veíase el sello del sublime emperador.

A esta lectura siguió un silencio terrible. La vida del conde estaba reconcentrada en los ojos, que clavados como á pesar suyo en Haydée, parecian de fuego y de sangre.

—Señora, dijo el presidente, ¿no podremos tambien oir al conde de Monte-Cristo, que segun creo reside en París con vos?

—Caballero, respondió Haydée, el conde de Monte-Cristo, mi segundo padre, se halla en Normandía hace tres dias.

—Pues entonces, señora, repuso el presidente, ¿quién os ha aconsejado que deis este paso, paso que la Cámara os agradece, y que es muy natural teniendo en cuenta vuestro nacimiento y vuestras desgracias?

—Caballero, respondió Haydée, este paso me lo aconsejaron mi respeto y mi dolor. Aunque cristiana, ¡Dios me lo perdone! siempre he deseado vengar la muerte de mi ilustre padre. Cuando puse el pié en Francia por primera vez, cuando supe que el traidor vivia en París, abrí mis ojos y mis oidos á todo rumor, á toda noticia suya. Vivo retirada en la casa de mi noble protector; pero vivo así porque amo el silencio y la soledad, que me permiten vivir á solas con mi imaginacion y mi aislamiento; pero el conde de Monte-Cristo me colma de paternales atenciones, y aunque de lejos, no ignoro nada de lo que pasa en el mundo. Todos los periódicos los leo; toda la música, todos los libros y todos los grabados que se publican los recibo, y así fué como observando la vida de los demás sin confundirme con ellos, supe lo que habia pasado esta mañana en la Cámara de los Pares, y lo que debia pasar esta noche..... Entonces os escribí.

—¿Conque el conde de Monte-Cristo nada tiene que ver con este paso? le preguntó el presidente.

—Lo ignora completamente, caballero, y hasta recelo que lo desapruebe cuando lo sepa: sin embargo, prosiguió la jóven alzando al cielo su mirada ardiente, hermoso dia es para mí el que me presenta ocasion de vengar á mi padre.

Durante este diálogo el conde no habia despegado siquiera sus lábios. Sus cólegas le miraban, compadeciendo sin duda interiormente aquella fortuna, destruida al perfumado soplo de una mujer.

Su desgracia iba poco á poco dibujándose en su fisonomía con rasgos siniestros.

—M. de Morcef, dijo el presidente, ¿reconoceis á esta señora por hija de Alí-Tebelin, Pachá de Janina?

—No, respondió Morcef, haciendo un esfuerzo para levantarse; esto es una intriga de mis enemigos.

Haydée, que tenia sus ojos clavados en la puerta como si esperase á alguien, volvióse bruscamente, y al ver al conde de pié, exhaló un grito terrible.

—¡No me conoceis! esclamó. Pues bien, yo sí; yo por fortuna te reconozco. Tú eres Fernando Mondego, el oficial francés que instruia á las tropas de mi noble padre; tú fuiste el que entregó los castillos de Janina; tú, el que, enviado á Constantinopla para tratar directamente con el Sultan de la vida ó de la muerte de tu protector, trajiste un firman falso que le otorgaba completa amnistía. Tú, el que, provisto de ese firman, conseguiste el anillo del Pachá, que debia hacerte obedecer de Selim, el guardian del fuego. Tú, el que asesinaste á Selim. Tú, el que nos vendió á mi madre y á mí al comerciante El-Kobbir. ¡Asesino! ¡Asesino! Aun tienes manchada la frente con la sangre de tu amo. Miradle todos.

Habiánse pronunciado estas palabras con tal entusiasmo y con tal acento de verdad, que todos los ojos se fijaron en la frente del conde, y aun él mismo se llevó la mano como si hubiera sentido en ella tibia aun la sangre de Alí.

—¿Reconoceis positivamente á M. de Morcef por el mismo oficial Fernando Mondego?

—¿Que si lo reconozco? esclamó Haydée. ¡Oh madre mia! Tú me dijiste:—eras libre; tenias un padre que te amaba, y un porvenir casi de reina. Mira bien á este hombre; él es quien te ha hecho esclava; él es quien ha clavado la cabeza de tu padre á la punta de una pica; él, quien nos ha vendido; él, quien nos ha entregado. Mira bien su mano derecha, que tiene una profunda cicatriz; si te olvidases de su rostro, le reconocerias por esa mano, donde han caido una á una las monedas de oro de El-Kobbir.—¿Que si le reconozco? ¡Oh! que diga él mismo ahora si no me reconoce.

Cada palabra caia como una guillotina sobre Morcef, é iba aniquilando su energía. Al oir las últimas, escondió pronta é involuntariamente en su pecho la mano, donde con efecto tenia una herida, y cayó en su asiento abismado de desesperacion.

Esta escena habia soliviantado los espíritus de la Cámara, como al poder del viento del Norte se ven correr las hojas desprendidas del tronco.

—No os dejeis abatir, señor conde de Morcef, dijo el presidente. La justicia de la Cámara es suprema, y como la de Dios, igual para todos los hombres: no os dejaremos vencer por vuestros enemigos sin daros armas para defenderos. ¿Quereis que se oigan nuevos testigos? ¿Quereis que mande á Janina dos miembros de esta Cámara? Hablad; hablad.

Morcef no respondió.

Todos los miembros de la comision se miraron entre sí sobrecogidos de terror.

Era tan enérgico y tan violento el carácter del conde, que se necesitaba un golpe muy seguro para que no lo rechazase.

Era de inferir tambien que á este silencio, parecido al sueño, sucediera un despertar parecido al rayo.

—Y bien, le preguntó el presidente, ¿qué decidís?

—Nada, dijo el conde levantándose y con voz sorda.

—¿Luego la hija de Alí-Tebelin ha dicho con efecto la verdad? repuso el presidente. ¿Luego es ella con efecto el testigo terrible á quien nunca el criminal se atreve á responderle—*no*? ¿Luego habeis cometido todos los crímenes de que se os acusa?

El conde paseó en torno suyo una mirada, cuya espresion hubiera ablandado á los tigres; pero no podia desarmar á los jueces.

Después levantó los ojos hácia la bóveda, apartándolos de allí en seguida como si temiese que la bóveda se abriera para dejarle ver ese segundo tribunal que se llama Cielo, y ese segundo juez que se llama Dios.

En esto, con un ademan brusco, arrancóse los botones del frac que le estaba ahogando, y salió de la Cámara como un loco.

Oyéronse un momento retumbar sus pasos lúgubremente en la sonora bóveda, y luego el ruido del carruaje que le llevaba estremeció el pórtico del santuario de las leyes.

Restablecido el silencio, el presidente dijo:

—Señores, ¿queda convencido M. de Morcef de felonía, de traicion y de villanía?

—Sí, respondieron unánimemente todos los honorables pares.

Haydée, que habia permanecido hasta el fin de la sesion, oyó pronunciar la sentencia del conde sin que su fisonomía demostrase el menor asomo de júbilo ó de piedad.

Echóse el velo sobre el rostro, y saludando majestuosamente á los representantes de la nacion, salió de la Cámara con aquel paso con que Virgilio veia andar á las diosas.

CAPITULO IX.

LA PROVOCACION.

—Entonces, prosiguió Beauchamp, me aproveché del silencio y de la oscuridad para salir de la Cámara sin que me viesen. El portero que me habia introducido me condujo por un corredor á una puertecilla que cae á la calle de Vaugirad. Salí con el alma satisfecha y destrozada al par. Perdonadme esta espresion, Alberto. Destrozada por lo tocante á vos; satisfecha por la nobleza de aquella jóven, que así vengaba á su padre. Sí, Alberto, venga de donde venga esta revelacion, tengo para mí que puede venir de un enemigo; pero que ese enemigo es el agente de la Providencia.

Alberto, que tenia oculta su cabeza entre las manos, alzó el rostro encarnado de vergüenza y bañado de lágrimas, y cogiendo el brazo de Beauchamp le dijo:

—Amigo mio, mi vida ha llegado á su fin. Réstame solo, no decir, como vos que este golpe emana de la Providencia, sino averiguar el hombre que me persigue con su ódio. Cuando lo averigüe, cuando le conozca, mataré á ese hombre ó ese hombre me matará. Ahora bien, cuento con la ayuda de vuestra amistad, Beauchamp, si el desprecio no la ha destruido en vuestro corazon.

—¡El desprecio, amigo mio! ¿Qué culpa teneis vos de esta desgracia? No; por fortuna no estamos ya en aquel tiempo en que una injusta preocupacion hacia á los hijos responsables de las acciones de sus padres. Repasad vuestra vida, Alberto; sois jóven, es verdad; ¿pero fué nunca mas pura que vuestra aurora, la aurora de un hermoso dia? No, Alberto, creedme; sois jóven, sois rico; salid de Francia. Todo se olvida pronto en esta gran Babilonia de versátil y tumultuosa existencia. Dentro de tres ó cuatro años volvereis casado con alguna princesa rusa, y nadie se acordará de lo pasado ayer, ni mucho menos de lo que pasó hace diez y seis años.

—Gracias, querido Beauchamp, gracias por la intencion que os dicta esas palabras; pero esto no puede quedar así. Ya os he manifestado mi deseo; y si es preciso cambiaré ahora el nombre de deseo en el de voluntad. Ya comprendereis, que interesado como estoy en este negocio, no puedo verlo por el mismo prisma que vos. Lo que os parece á vos de un orígen providencial, á mí me parece de un orígen menos puro. Os confieso



que la Providencia me parece muy estraña á todo esto, y estraña, por fortuna mia, pues en lugar de la invisible é impalpable mensajera de los premios y de los castigos celestiales, tropezaré con un ser palpable y visible en quien vengar ¡oh, sí, yo os lo juro! todo lo que estoy sufriendo desde hace un mes. Beauchamp, necesito volver á la vida humana y material, y si sois todavía mi amigo, como decís, me ayudareis á encontrar la mano que me ha descargado este golpe.

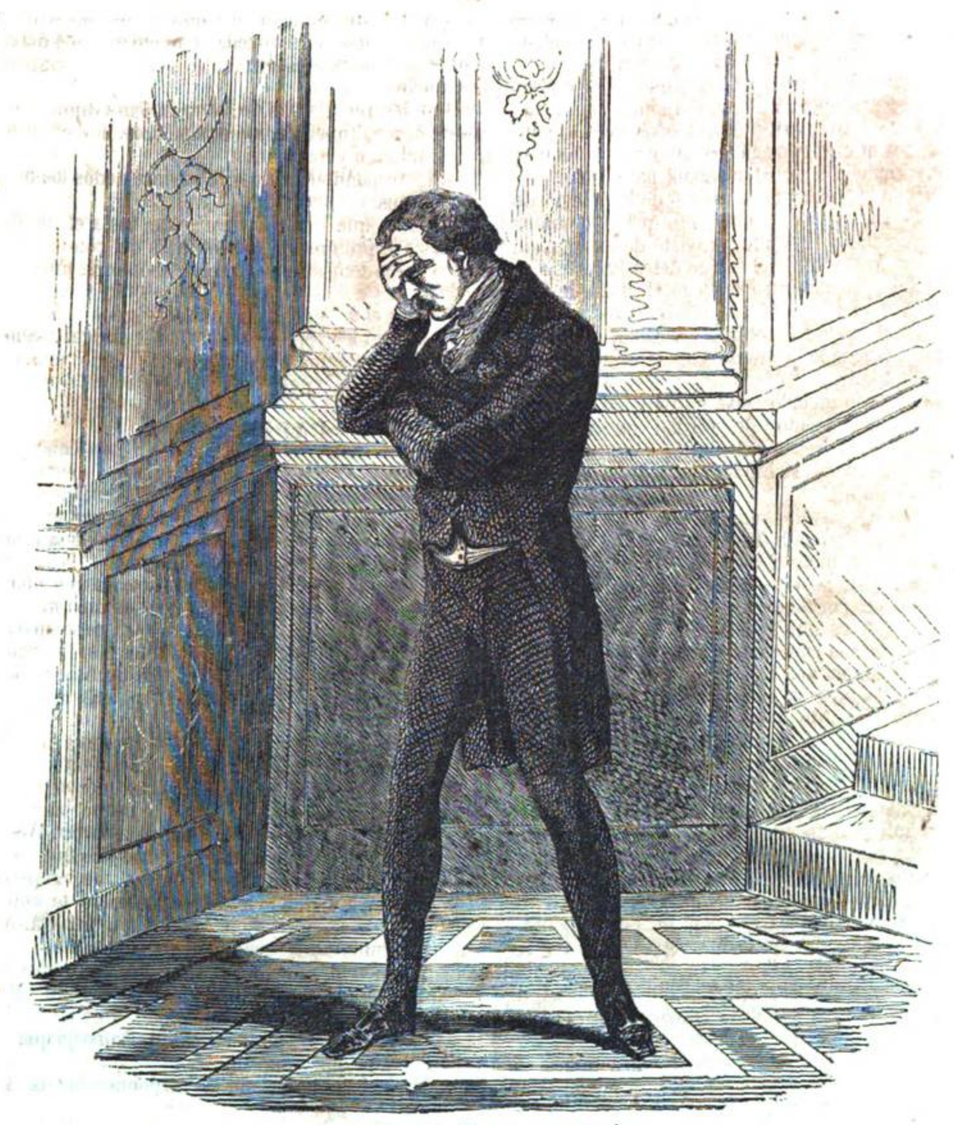
—No digo, Alberto, que esto sea verdad; pero es lo menos un rastro de luz en las sombras de la noche. Siguiendo este rastro quizá llegaremos al fin.

—Hablad: ya veis que me muero de impaciencia.

—Voy á contaros lo que no os quise decir á mi vuelta de Janina.

—Hablad.

—Hé aquí lo que ha pasado, Alberto. Para tomar mis informes, me dirigí naturalmente al banquero



...y salió de la Cámara como un loco.

—Sea pues, dijo Beauchamp. Si os empeñais absolutamente en que baje á la tierra, bajaré; si os empeñais en buscar á un enemigo, lo buscaré con vos; y lo encontraré, porque mi honor está casi tan interesado como el vuestro en que le encontremos.

—Pues bien: entonces, Beauchamp, empecemos nuestras pesquisas al instante mismo, sin tardanza. Cada minuto es una eternidad para mí. El denunciador no está castigado aun; acaso espera no serlo nunca; y si lo espera, por mi honor se engaña.

—Escuchadme, Morcef.

—¡Ah Beauchamp! Veo que sabeis algo: me volveis la vida.

mas célebre de la poblacion: á la primera palabra que pronuncié, antes que el nombre de vuestro padre saliese de mis labios, me dijo:

—¡Ah! sí: ya adivino lo que os trae.

—¿Por qué? le pregunté yo.

—Porque hace apenas quince dias que me han hecho varias preguntas sobre el mismo asunto.

—¿Quién?

—Un banquero, que es mi corresponsal en París.

—¿Cómo se llama?

—M. Danglars.

—¡Él! esclamó Alberto. Él con efecto profesa á mi pobre padre el ódio y los celos mas viles del mundo.

Él, que se cree popular, y que no perdona al conde de Morcef el haber sido nombrado par de Francia. ¡Calle! El haberse vuelto atrás en lo de casamiento... sin razon ninguna... sí, él es.

—¡Informaos, Alberto (pero no os irriteis antes de tiempo); informaos, y si el hecho es cierto...

—¡Oh! sí, es cierto, esclamó el jóven. Él me pagará todo lo que he sufrido.

—Considerad, Morcef, que es un hombre ya viejo.

—Respetaré su edad como él ha respetado el honor de mi familia. Si odiaba á mi padre, ¿por qué no se ha entendido con él solo? ¡Oh! no; tiene miedo de encontrarse con un hombre cara á cara.

—Alberto, yo no os condeno, sino que os contengo. Alberto, sed prudente.

—¡Oh! nada temais, Beauchamp. Además, vos me acompañareis, pues cosas tan solemnes se deben de tratar en presencia de testigos. Antes que acabe este dia, si M. Danglars es culpable, habrá dejado de existir ó yo habré muerto. Sí, Beauchamp, quiero hacer á mi honor un funeral digno de él.

—Pues bien, Alberto, cuando se toman resoluciones como esa, se deben poner al instante en ejecucion. ¿Quereis ir á casa de M. Danglars? Vamos al punto.

Con efecto, enviaron á buscar un cabriolé.

Al entrar en casa del banquero, vieron á la puerta el carruaje y el criado de Andrea Cavalcanti.

—Esto se presenta bien, dijo Alberto con voz lúgubre. Si M. Danglars no quiere batirse conmigo, le mataré á su yerno. Un Cavalcanti debe batirse.

Cuando anunciaron al jóven, el banquero, que estaba enterado de los sucesos de la víspera, quiso cerrarle su puerta.

Pero ya era tarde, pues habia seguido al lacayo.

Aunque Alberto oyó dar la órden, empujó la puerta y penetró, seguido de Beauchamp, hasta el gabinete del banquero.

—Caballero, esclamó este, ¿no es uno dueño de recibir ó no recibir en su casa á quien le acomode? Paréceme que os olvidais de la cortesía.

—No señor, respondió Alberto friamente. Hay circunstancias, y vos os hallais en una de estas, en que es preciso, para no ser tachado de cobarde, recibir en su casa á ciertas personas.

—¿Qué me quereis pues, caballero?

—Quiero, dijo Morcef acercándose sin reparar en Cavalcanti que estaba de espaldas á la chimenea, quiero proponeros una cita en un lugar solitario, donde nadie nos estorbe durante diez minutos, nada mas que diez minutos, y donde de nosotros dos quede uno solo.

Danglars se puso pálido.

Cavalcanti hizo un movimiento.

Alberto se volvió hácia el jóven.

—¡Oh! venid si quereis, señor conde, le dijo. Teneis derecho á venir, puesto que sois casi de la familia, y yo doy citas de esta clase á todos los que las quieran aceptar.

Cavalcanti miró con aire estupefacto á Danglars que, haciendo un esfuerzo, se levantó y vino á colocarse entre los dos jóvenes.

El ataque de Alberto á Andrea acababa de colocarle en otro terreno, y esperaba que la visita del jóven tendria otra causa que la que se habia figurado.

—¡Ah caballero! le dijo á Alberto; si venís á buscar camorra con M. Cavalcanti solo porque le he preferido á vos, os prevengo que haré intervenir en este asunto al procurador del rey.

—Os equivocais, caballero, dijo Morcef con una sonrisa sombría. No me acuerdo para nada del casamiento; y si me dirijo á M. Cavalcanti, es por parecerme que estuvo tentado á intervenir en esta discusion. En cuanto á que busco camorra á todo el mundo, teneis razon, M. Danglars; pero tranquilizaos, que os doy á vos la preferencia.

—Caballero, respondió Danglars, pálido de cólera y de miedo; os aviso que cuando tengo la desgracia de encontrar en mi camino un perro rabioso, le mato; y muy lejos de creerme culpable, creo haber hecho un servicio á la sociedad.

Ahora bien; si estais rabioso y quereis morderme, sabed que os mataré sin piedad. ¡Vaya! ¿Tengo yo la culpa de que vuestro padre se haya deshonrado?

—Sí, miserable, esclamó Alberto; tú tienes la culpa.

Danglars retrocedió un paso diciendo:

—¿La culpa yo? ¿Estais loco? ¿Sé yo acaso la historia griega? ¿He viajado yo siquiera por ese país? ¿He aconsejado yo á vuestro padre que entregase los castillos de Janina y vendiese.....

—Silencio! gritó Alberto con voz sorda. No, no sois vos quien directamente ha causado esta desgracia, sino quien la ha provocado hipócritamente.

—¡Yo!

—Sí, vos. ¿De dónde ha salido esa revelacion?

—Paréceme que el periódico os lo ha dicho, de Janina.

—¿Quién ha escrito á Janina?

—¿A Janina?

—Sí. ¿Quién ha escrito pidiendo informes de mi padre?

—Paréceme que todo el mundo puede escribir á Janina.

—Sin embargo, una persona sola ha escrito.

—¿Una sola?

—Sí. Y esa persona sois vos.

—Yo he escrito sin duda alguna; pero me parece que cuando uno casa á su hija con un jóven, puede tomar informes de la familia de ese jóven, cosa que es no solo un derecho, sino tambien un deber.

—Habeis escrito, caballero, sabiendo de antemano la respuesta que recibiriais.

—¿Yo? Os juro, esclamó Danglars con una confianza y un aplomo, que acaso nacian mas bien que de su miedo, del interés que le inspiraba el pobre jóven; os juro que por mí nunca hubiera pensado escribir á Janina. ¿Sabia yo acaso la catástrofe de Alí-Pachá?

—Pues entonces, alguien os aconsejó que escribieseis.

—Sí por cierto.

—¿Os lo aconsejaron?

—Sí.

—¿Quién? Acabad.

—¡Pardiez! nada mas sencillo. Hablando yo de la vida pasada de vuestro padre, y diciendo que siempre se habia ignorado el orígen de su fortuna, esa persona me preguntó dónde habia hecho vuestro padre esa fortuna, y yo le respondí:—en Grecia.—Entonces ella me dijo:—pues escribid á Janina.

—¿Quién os ha dado ese consejo?

—¡Pardiez! vuestro amigo el conde de Monte-Cristo.

—¿El conde de Monte-Cristo os aconsejó que escribieseis á Janina?

—Sí: ¿quereis ver mi correspondencia? os la enseñaré.

Alberto y Beauchamp cruzaron una mirada.

—Caballero, dijo entonces Beauchamp, eso me parece una acusacion al conde que está ausente de París, y que no se puede defender en este momento.

—Yo no acuso á nadie, caballero, respondió Danglars. Yo digo y repetiré en presencia del conde de Monte-Cristo lo que acabo de decir en vuestra presencia.

—¿Y sabe el conde la respuesta que habeis recibido?

—Se la he enseñado.

—¿Sabia que el nombre de mi padre era Fernando y su apellido Mondego?

—Sí, se lo habia dicho yo hacia mucho tiempo. Por otra parte, en este asunto no he hecho sino lo que otro cualquiera haria en mi lugar, y aun mucho menos.

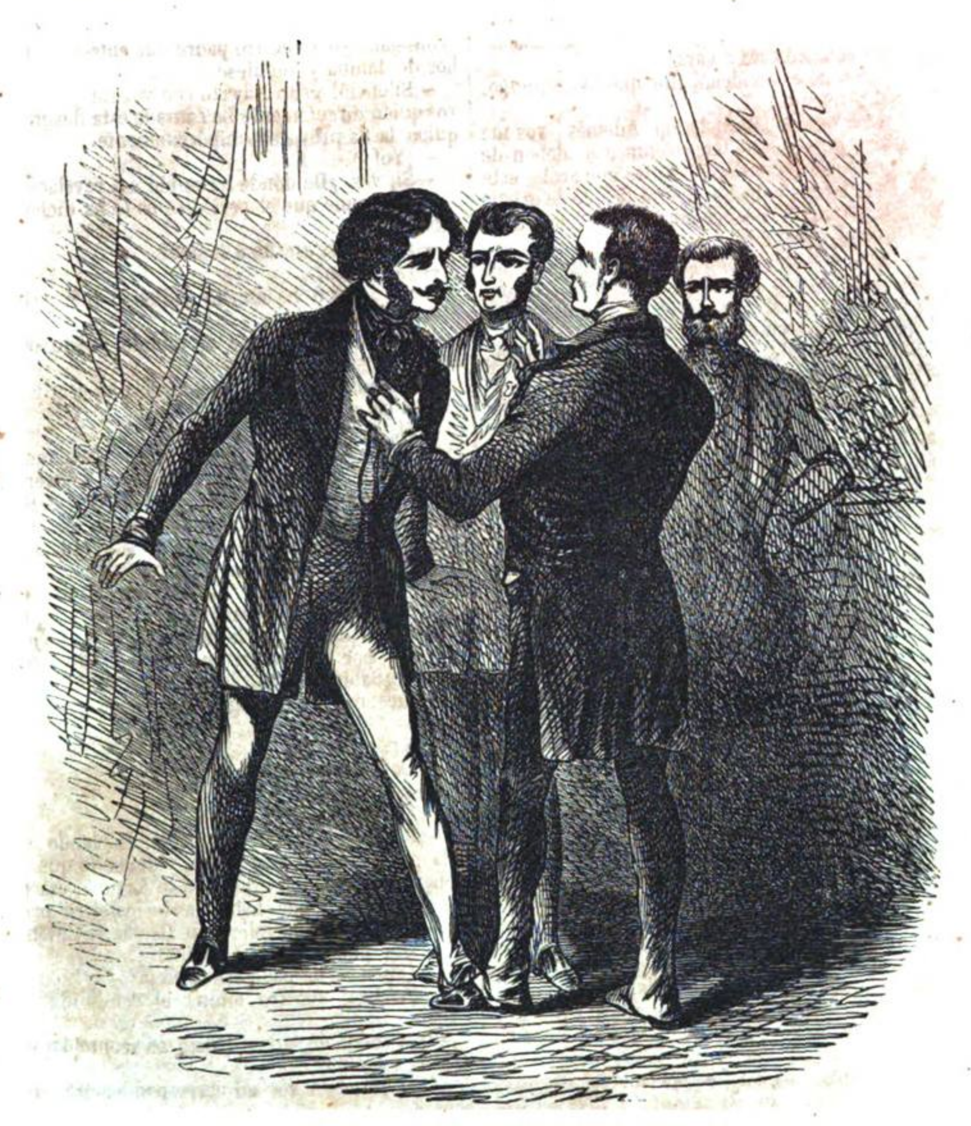


Cuando á la mañana siguiente, escitado por M. de Monte-Cristo, vino vuestro padre á pedirme oficialmente mi hija, como se suele hacer cuando se quiere salir del paso, se la negué, es verdad, se la negué rotundamente; pero sin esplicaciones ni escándalos. Con efecto, ¿á qué conducia el escándalo? La honra ó la deshonra de M. de Morcef, ¿qué me importan á mí? Eso no haria ni bajar ni subir la Bolsa.

Monte-Cristo lo sabia todo, puesto que habia comprado la hija de Alí-pachá.

Por esto aconsejó á Danglars que escribiese á Janina.

Conocida la respuesta, habia accedido al deseo de Alberto de ser presentado á Haydée, y una vez en presencia de la jóven, habia hecho que recayese la conversacion sobre la muerte de Alí (dando sin duda á la griega, en las palabras romaicas que pronunció, instrucciones para que en su relato no reconociese Morcef á su padre).



—Si, miserable, esclamó Alberto; tú tienes la culpa.

Además, ¿no habia suplicado á Morcef que no pronunciase el nombre de su padre en presencia de la jóven?

Por último, ¿no se habia llevado á Alberto á Normandía en el mismo momento en que iba á estallar la bomba?

Ya era imposible dudar. Todo esto era un cálculo: Monte-Cristo sin duda alguna estaba de acuerdo con los enemigos de su padre.

Alberto se abochornó. Ya no era posible dudar. Danglars se defendia con bajeza; pero con la seguridad de un hombre que dice, si no toda, al menos una parte de la verdad, y no por conciencia, sino por miedo.

Además, ¿qué era lo que buscaba Morcef?

No era seguramente la mayor ó menor culpabilidad de Danglars ó de Monte-Cristo, sino un hombre que respondiese de la ofensa ligera ó grave; un hombre que se batiese, y era evidente que Danglars no se batiria.

Luego, algunos detalles olvidados ó desapercibidos se iban haciendo visibles á sus ojos ó presentes á su memoria.

Alberto llamó á Beauchamp aparte y le comunicó todas estas ideas.

—Teneis razon, dijo este. M. Danglars no ha hecho aquí sino el papel de instrumento. Al conde de Monte-Cristo es á quien debeis pedir una esplicacion.

Alberto se volvió á sus interlocutores.

—Ya comprendereis, caballero, dijo á Danglars, que esta despedida no es definitiva: réstame saber si son justas vuestras inculpaciones, y ahora mismo voy á averiguarlo en casa del conde de Monte-Cristo.

Y saludando al banquero salió con Beauchamp, sin hacer caso ninguno de Cavalcanti.

Acompañólos Danglars hasta la puerta, y allí repitió á Alberto sus protestas de que no le animaba ningun odio personal contra M. de Morcef.

CAPITULO X.

EL INSULTO.

A la puerta del banquero paró Beauchamp á Morcef.

—Escuchadme, le dijo. Hace poco, en casa de M. Danglars, os manifesté que á quien debeis pedir satisfaccion era al conde de Monte-Cristo.

—Sí, y á su casa vamos.

—Reflexionad un instante, Morcef.

—¿Qué quereis que reflexione?

—La gravedad de ese paso.

—¿Es mas grave que el de ir á casa de M. Danglars?

—Sí. M. Danglars es un banquero, y ya sabeis que los banqueros saben demasiado el capital que arriesgan para batirse fácilmente. El otro, por el contrario, es un caballero, á lo menos en apariencias. ¿No temeis encontrar en el caballero al valiente?

—Soló temo una cosa, y es encontrar un hombre que no se bata.

—¡Oh! tranquilizaos, dijo Beauchamp, este se batirá. Yo tambien temo una cosa, y es que se bata demasiado bien: tenedlo presente.

—Amigo mio, dijo Morcef con una sonrisa hermosa, eso es lo que yo le pido al cielo. Lo mejor que me puede suceder es morir por mi padre. Eso nos salvaría á todos.

—Vuestra madre se moriria.

—¡Pobre madre! dijo Alberto pasándose la mano por los ojos, bien lo sé; pero mas vale que muera de dolor que de vergüenza.

—¿Estais decidido, Alberto?

—Sí.

—Vamos pues. ¿Pero creeis que haya regresado?

—Debia volver algunas horas despues que yo, y de seguro habrá vuelto.

Subieron pues al carruaje, y se hicieron conducir á la avenida de los Campos Elíseos, núm. 30.

Beauchamp queria bajar solo; pero le dijo Alberto que saliéndose este asunto de la esfera comun, les era tambien permitido apartarse un tanto de las leyes del duelo.

Era tan santa la causa que el jóven defendia, que Beauchamp no podia hacer otra cosa que prestarse enteramente á sus deseos.

Cedió pues y se contentó con seguirle.

Alberto llegó en un salto desde la portería al peristilo.

Bautista fué quien le recibió.

Con efecto, el conde acababa de llegar; pero estaba en el baño, y habia ordenado que no se recibiese á nadie, fuera quien fuera.

—¿Y despues del baño? preguntó el jóven.

—Se pondrá á comer.

—¿Y despues de comer?

—Dormirá una hora.

—¿Y despues?

—Irá á la ópera.

—¿Estais seguro?

—Completamente seguro; como que ha dicho que esté preparado el carruaje para las ocho en punto.

—Eso era todo lo que queria saber, repuso Alberto.

Y luego, volviéndose á Beauchamp, añadió:

—Si teneis algo que hacer, hacedlo ahora mismo. Si teneis alguna cita esta noche, dejadla para mañana. Ya comprendereis que cuento con vos para ir á la ópera; si podeis, traedme á Chateau-Renaud.

Aprovechó Beauchamp la licencia de Alberto, y separóse de él ofreciéndole volver á buscarle á las ocho menos cuarto.

Al regresar á su casa mandó decir Alberto á Franz, Morrel y Debray que desearia verlos en la ópera aquella misma noche.

Despues fué á hacer una visita á su madre, que desde los sucesos de la víspera habia cerrado su habitacion á todo el mundo.

Encontróla acostada, transida de dolor y muerta de vergüenza.

La vista de su hijo produjo en Mercedes el efecto que era de esperar.

Estrechó la mano de Alberto, y se deshizo en lágrimas.

Sin embargo, estas lágrimas la aliviaron mucho.

Alberto permaneció un instante de pié y mudo junto á su madre.

En su rostro pálido y en sus cejas fruncidas era fácil leer, que su deseo de venganza iba creciendo mas y mas en su corazon.

—Madre mia, dijo Alberto, ¿sabeis si M. de Morcef tiene algun enemigo?

Mercedes tembló, reparando que el jóven habia dicho M. de Morcef, y no mi padre.

—Amigo mio, respondió, las personas que se hallan en la posicion del conde tienen muchos enemigos que no conocen: además, ya sabeis que los enemigos conocidos no son los mas peligrosos.

—Sí, ya lo sé; por eso recurro á vuestra perspicacia. Sois, madre mia, una mujer tan superior, que nada se os escapa.

—¿Por qué me decis eso?

—Porque la noche de nuestro baile, por ejemplo, reparásteis que M. de Monte-Cristo no habia querido tomar nada en nuestra casa.

Mercedes, incorporándose temblorosa sobre su brazo calenturiento, esclamó:

—¿Qué tiene que ver M. de Monte-Cristo con la pregunta que me haceis?

—Ya sabeis, madre mia, que M. de Monte-Cristo es casi un oriental, y los orientales, para no perder su libertad en esto de venganzas, no comen ni beben nunca en casa de sus enemigos.

—¿M. de Monte-Cristo nuestro enemigo? ¡Qué decís, Alberto! repuso Mercedes, poniéndose mas blanca que la sábana que la cubria; ¿quién os ha dicho eso? Estais loco, Alberto. M. de Monte-Cristo no ha tenido para nosotros sino atenciones delicadísimas; él os ha salvado la vida; vos mismo nos lo habeis presentado. ¡Oh! yo os ruego, hijo mio, que si tal idea os asalta, la deseches al momento; y si alguna recomendacion, mejor diré, si alguna súplica tengo que haceros, es que sigais bien con él.

—Madre mia, replicó el jóven, ¿teneis alguna razon para decirme que siga bien con ese hombre?

—¡Yo! esclamó Mercedes poniéndose encarnada con la misma rapidez con que se habia puesto pálida, y volviendo casi al mismo tiempo á ponerse mas pálida que antes.

—Sí, sin duda, repuso Alberto; ¿y esa razon es que ese hombre no pueda hacernos daño?

Mercedes se estremeció, y clavando en su hijo una mirada escrutadora, repuso:

—Me hablais de una manera estraña, y traeis unas ideas muy singulares. ¿Qué os ha hecho el conde? Hace tres dias estabais con él en Normandía; hace tres dias

le miraba yo y vos mismo le mirabais como vuestro mejor amigo.

Una sonrisa irónica entreabrió los labios de Alberto.

Mercedes reparó esta sonrisa, y con su doble instinto de mujer y de madre lo adivinó todo; pero revistiéndose de prudencia y de fortaleza, disimuló su turbacion y sus temores.

No quiero, Alberto, haceros esclavo de la piedad filial.

Alberto hizo como que no oia. Saludó á su madre y se fué.

Apenas acababa el jóven de cerrar la puerta, llamó Mercedes á un criado de confianza, y le encargó que siguiera á Alberto adonde quiera que fuese aquella noche, y viniera á contárselo al punto ella.



Estrechó la mano de Alberto, y se deshizo en lágrimas.

Alberto dejó languidecer la conversacion; pero al cabo de un instante la renovó la condesa.

—Veníais, dijo, á preguntarme cómo estoy, y os respondo francamente que no me siento muy bien. Deberíais, Alberto, instalaros aquí, y hacerme compañía; necesito no estar sola.

—Madre mia, respondió el jóven, bien podeis figuraros con cuánto gusto me pondria á vuestras órdenes, si un negocio importante y urgentísimo no me obligara á separarme de vos toda la noche.

—Está bien, repuso Mercedes exhalando un suspiro.

Luego llamó á su doncella, y aunque estaba muy débil, hizo que la vistiese para estar prevenida á todo evento.

La mision del criado no era difícil de cumplir.

Alberto volvió á su habitacion, donde estuvo vistiéndose de una manera elegante, pero grave.

Beauchamp llegó á las ocho menos diez minutos.

Se habia visto con Chateau-Renaud, que le habia prometido encontrarse en el gran teatro antes de empezar la funcion.

Subieron pues ambos al cupé de Alberto, que, como

no tenia ninguna razon para ocultar adonde iba, dijo al lacayo en voz alta:

—A la ópera.

Era tal su impaciencia, que acudia antes de levantarse el telon.

Chateau-Renaud estaba en su butaca.

Como Beauchamp le habia contado todo, Alberto no tenia que darle ninguna esplicacion.

La conducta de aquel hijo, tratando de vengar á su padre, era tan natural, que Chateau-Renaud no intentó disuadirle de modo alguno, contentándose con renovarle sus protestas de que estaba á su disposicion.

Debray no habia llegado aun; pero Alberto sabia que faltaba á la ópera muy rara vez.

El jóven anduvo errante por el teatro hasta que se alzó el telon, con la esperanza de encontrar á Monte-Cristo, bien en el corredor, ó bien en la escalera.

La campanilla le llamó á su asiento, y vino á colocarse entre Beauchamp y Chateau-Renaud.

Pero sus ojos no se apartaron un punto de aquel palco de las columnas que, durante todo el primer acto, parecia que se empeñase en permanecer cerrado.

Por último, cuando Alberto consultaba su reloj por centésima vez al principio del acto segundo, abrióse la puerta del palco, y Monte-Cristo, vestido de negro, vino á apoyarse en la barandilla para mirar al patio.

Morrel le acompañaba, buscando con los ojos á su hermana y á su cuñado.

Apercibiólos al fin en un palco segundo, y les hizo una seña.

Al dirigir el conde su mirada circular al patio, distinguió una cabeza pálida y unos ojos chispeantes, que no parecia sino que se empeñasen en llamarle la atencion.

Fácilmente reconoció á Alberto; pero la espresion de su alterada fisonomía fué sin duda causa de que hiciera como si no le hubiese visto.

Sin ningun síntoma que revelase su pensamiento secreto, se sentó; y sacando los gemelos del estuche, se puso á mirar del otro lado.

Pero aunque aparentaba no verle, el conde no perdia de vista á Alberto. Y cuando cayó el telon al final del acto segundo, su mirada segura é infalible acompañó al jóven, que salia del patio con sus dos amigos.

Un momento despues apareció la misma cabeza pálida entre las cortinas de un palco principal que estaba enfrente del suyo.

El conde veia acercarse la tormenta; y cuando sintió girar la llave en la cerradura de su palco, aunque hablase con Morrel con rostro risueño, sabia ya á qué atenerse y estaba preparado á todo.

La puerta se abrió.

Hasta entonces no volvió la cara Monte-Cristo, y vió á Alberto lívido y tembloroso.

Detrás de él se hallaban Beauchamp y Chateau-Renaud.

—¡Calle! esclamó con aquella política de benevolencia que solia distinguir su saludo del de los hombres vulgares; aquí tenemos á mi compañero de viaje. Buenas noches, M. de Morcef.

Y el rostro de este hombre, tan dueño de sí mismo, demostraba la mas perfecta cordialidad.

Solo entonces recordó Morrel la carta que habia recibido del vizconde rogándole, sin otra esplicacion, que se viese con él en la ópera, y comprendió que iba á pasar allí alguna escena terrible.

—No venimos aquí á cambiar saludos hipócritas ni falsas muestras de amistad, dijo Morcef. Venimos, señor conde, á pediros una esplicacion.

Entre los dientes apretados del jóven apenas pudieron pasar estas palabras, pronunciadas con voz temblorosa.

—¿Una esplicacion en la ópera? dijo el conde con aquel tono tranquilo y aquella mirada penetrante que revelaban en él al hombre dueño siempre de sí mismo. Aunque estoy poco familiarizado con las costumbres parisienses, nunca hubiera creido, caballero, que fuese en este sitio donde se pidieran las esplicaciones.

—Sin embargo, dijo Alberto, cuando las personas se guardan hasta el punto de que no se las puede ver, bajo el pretesto de que estan en el baño, en la mesa ó en la cama, preciso es dirigirse á ellas donde quiera que se las encuentre.

—No es difícil encontrarme á mí, repuso Monte-Cristo; pues si no me engaña mi memoria, ayer mismo estuvisteis en mi casa.

—Ayer, caballero, repuso el jóven, que iba por instantes perdiendo la cabeza, estuve en vuestra casa porque no sabia quién erais.

Y al pronunciar estas palabras, habia Alberto alzado la voz de modo que pudieran oirle, así las personas de los palcos inmediatos como las que pasaban por el corredor.

Con efecto, las de los palcos volvieron la cabeza, y las que pasaban se pararon detrás de Beauchamp y Chateau-Renaud al ruido de esta disputa.

—¿De dónde salís, caballero? le preguntó Monte-Cristo sin la menor emocion. Me parece que no estais en vuestro juicio.

—Siempre tendré juicio bastante, dijo furioso el jóven, si comprendo vuestras perfidias y logro haceros comprender que quiero vengarlas.

—Yo soy el que no os comprendo, caballero, respondió Monte-Cristo; y aunque os comprendiese, siempre seria vuestro proceder un desacato. Aquí estoy en mi casa, caballero, y yo solo tengo derecho á alzar la voz sobre los demás. Salid de aquí.

Y el conde señaló la puerta con un admirable gesto de mando.

—¡Ah! yo os haré salir de vuestra casa, repuso Alberto arrugando en sus manos convulsivas un guante, que el conde no perdia de vista.

—Bien, bien, dijo flemáticamente Monte-Cristo, veo que venís á provocarme; pero os voy á dar un consejo, que debeis tener muy presente. Es una mala costumbre armar estos escándalos, porque el escándalo no les conviene á ciertas personas, señor de Morcef.

Este nombre produjo en el auditorio un murmullo de admiracion.

El nombre de Morcef circulaba de boca en boca desde el dia anterior.

Alberto comprendió la alusion mejor que nadie, é hizo un ademan como para lanzarle al conde el guante á la cara; pero Morrel le sujetó por el brazo, mientras que Beauchamp y Chateau-Renaud le sujetaban por detrás, temiendo que la escena pasase los límites de una provocacion.

Pero Monte-Cristo, sin levantarse, inclinando solamente su silla, alargó la mano y arrancó al jóven de entre sus crispados dedos el guante arrugado y húmedo.

—Caballero, gritó con voz terrible, tengo vuestro guante por arrojado, y os lo devolveré con una bala. Ahora, salid de aquí, ó llamaré á mis criados para que os echen.

Trastornado, fuera de sí, dió Alberto dos pasos hácia atrás.

Morrel aprovechó esta ocasion para cerrar la puerta del palco.

Monte-Cristo volvió á coger sus gemelos, y se puso á mirar como si nada acabase de suceder.

Aquel hombre tenia un corazon de bronce y un rostro de mármol.

Morrel se inclinó para preguntarle al oido:

—¿Qué le habeis hecho?

—¿Yo? Nada... á lo menos personalmente, respondió Monte-Cristo.

—Sin embargo, este estraño suceso debe tener alguna esplicacion.

—La aventura del conde de Morcef exaspera al pobre jóven.



—¿Habeis tomado en ella alguna parte?

—Es por Haydée por quien ha sido la Cámara instruida de la traicion de su padre.

—Con efecto, dijo Morrel, me han dicho, aunque yo no he querido creerlo, que esa esclava griega que he visto con vos en este mismo palco, era hija de Alí-Pachá.

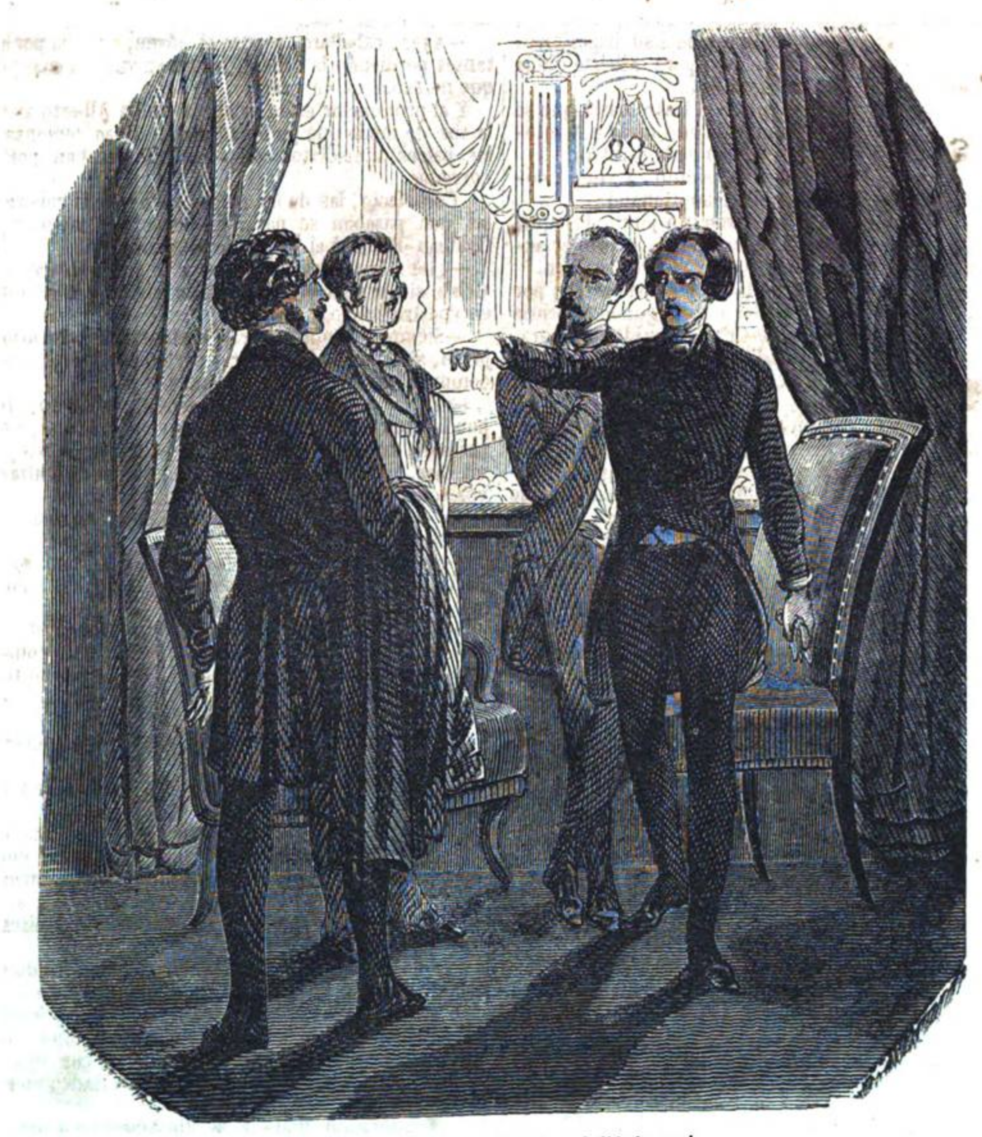
—Pues es cierto.

como que estais aquí, y yo os estrecho la mano en este momento, le mataré mañana antes de las diez. Eso será lo que haga.

Morrel cogió á su vez la mano de Monte-Cristo, y tembló al sentirla tranquila y fria.

—¡Ah, conde, conde! murmuró, ¡le quiere tanto su padre!

—¡No me digais eso! esclamó Monte-Cristo con el pri-



...estoy en mi casa, caballero... Salid de aquí.

—¡Oh Dios mio! esclamó Morrel, ¡ya lo comprendo todo! Esta escena ha sido premeditada.

—¿Cómo?

—Alberto me ha escrito que viniese esta noche á la ópera; seria para que presenciase esta provocacion.

—Es probable, dijo Monte-Cristo con su imperturbable serenidad.

—¿Y qué hareis de él?

—¿De quien?

—De Alberto.

—¿De Alberto? repuso Monte Cristo en el mismo tono. ¿Me preguntais que haré, Maximiliano? Tan cierto

mer impulso de cólera que al parecer hubiera sentido en toda la noche: así le haré sufrir.

Estupefacto Morrel, soltó la mano de Monte-Cristo.

—¡Conde, conde! murmuró.

—Querido Maximiliano, le interrumpió el conde, reparad de qué manera tan admirable canta Duprez esta frase:

O Matilde! ídolo de mi alma.

Yo adiviné el primero el mérito de Duprez, y le aplaudí en Nápoles el primero. ¡Bravo, bravo!

Morrel comprendió que era inútil decir una palabra mas

Casi al mismo tiempo cayó el telon, que se habia alzado al final de la escena de Alberto.

En esto llamaron á la puerta.

—Entrad, dijo Monte-Cristo, sin que su voz revelase la mas ligera emocion.

Beauchamp entró.

—Buenas noches, M. Beauchamp, dijo como si viese al periodista por primera vez aquella noche; sentaos.

Beauchamp saludó y sentóse.

—Caballero, dijo al conde, como habreis visto, acompañaba yo hace poco á M. de Morcef.

—Lo que quiere decir, repuso Monte-Cristo sonriéndose, que probablemente vendreis de comer con él. Lo que me prueba, M. Beauchamp, que sois mas sóbrio que el vizconde.

—Convengo, caballero, dijo el periodista, en que Alberto ha hecho mal dejándose llevar de sus arrebatos, y vengo á pediros mil perdones por mi propia cuenta. ¿Por mi propia cuenta, lo entendeis? Cumplida ya esta formalidad, os digo, caballero, que os creo harto cortés para que os negueis á darme algunas esplicaciones acerca del asunto de Janina, y luego añadiré dos palabras sobre la jóven griega....

Monte-Cristo hizo con la boca y con los ojos un ademan que significaba silencio.

—Ea, añadió sonriéndose, ya estan destruidas todas mis esperanzas.

—¡Cómo así! le preguntó Beauchamp.

—Sin duda alguna. Os apresurais á hacerme una reputacion de escentricidad; os empeñais en que sea un Lara, un Manfredo, un lord Ruthwen, y luego, pasado vuestro furor, destruís el tipo y tratais de hacerme un hombre vulgar, tan vulgar, que me pedís esplicaciones. Vaya, vaya, ¿quereis reiros, M. Beauchamp?

—Sin embargo, repuso Beauchamp con altanería, hay ocasiones en que la probidad manda....

—Caballero Beauchamp, le interrumpió aquel hombre estraño, el que manda al conde de Monte-Cristo es solo el conde de Monte-Cristo; conque hacedme el gusto de no hablarme una palabra mas de eso. Hago lo que quiero, M. Beauchamp, y creedme, siempre está bien hecho.

—Caballero, respondió el jóven, á los hombres de honor no se les paga con esa moneda. El honor necesita garantías.

—Yo soy una garantía viva, caballero, repuso Monte-Cristo impasible, pero con los ojos chispeantes y amenazadores. Ambos tenemos en nuestras venas sangre que deseamos verter, y esta es nuestra mútua garantía. Llevad al vizconde esta respuesta, y decidle que mañana antes de las diez habré visto correr la suya.

—Solo me resta, añadió el escritor, estipular las condiciones del duelo.

—Eso me es indiferente, caballero, dijo el conde de Monte-Cristo; y era inútil venir á distraerme á la ópera por una cosa tan nimia. En Francia se baten á la espada ó á la pistola. En Ultramar á la carabina, y en Arabia al puñal. Decidle á vuestro ahijado, que por ser en todo escéntrico, le dejo la eleccion de armas, aunque soy el insultado, y que lo aceptaré todo sin discusion. Todo: ¿lo entendeis bien? Todo, hasta el combate echando suertes, cosa que es siempre estúpida; pero conmigo la cuestion varía, porque estoy seguro de ganar.

—¿Seguro de ganar? repitió Beauchamp mirando al conde con ojos desencajados.

—Sí por cierto, repuso Monte-Cristo encogiéndose un tanto de hombros; de lo contrario no me batiria con M. de Morcef. Le mataré, es indispensable, y así sucederá. Esta noche dejadme en mi casa cuatro letras con las armas, la hora y el sitio, pues no me gusta hacerme esperar.

—A pistola, á las ocho de la mañana, en el bosque de Vincennes, dijo Beauchamp perdiendo su aplomo, y no sabiendo si se las habia con un fanfarron ó con un hombre sobrenatural.

—Está bien, caballero, dijo Monte-Cristo. Ahora que todo está arreglado, dejadme oir la ópera, y decid á vuestro amigo Alberto que no vuelva esta noche, pues se pondria muy en ridículo con sus brutalidades de mal gusto. Que se vaya á casa, y que duerma.

Beauchamp salió del palco lleno de asombro.

—Ahora, dijo Monte-Cristo volviéndose á Morrel, cuento con vos; ¿no es verdad?

—Sí por cierto, respondió el jóven, podeis disponer de mí. Sin embargo...

—¿Qué?

—Seria importante, conde, que supiese yo la verdadera causa.

—Es decir que os negais.

—No tal.

—La verdadera causa, Maximiliano, dijo el conde, ni aun ese mismo jóven la sabe, y camina á tientas en este negocio. La verdadera causa solo la conocemos Dios y yo; pero os doy mi palabra de honor, Maximiliano, de que Dios, que la conoce, estará de nuestra parte.

—Eso basta, dijo Morrel. ¿Quién es vuestro segundo testigo?

—No conozco á nadie en Paris á quien quiera hacer ese honor, si no sois vos, Maximiliano, y vuestro cuñado Manuel. ¿Creeis que Manuel se preste á hacerme este servicio?

—Os respondo de él como de mí mismo.

—Pues ya estamos corrientes. Mañana á las siete en mi casa.

—No faltaremos.

—¡Silencio! Ya se alza el telon. Tengo la costumbre de no perder una sola nota de esta ópera. ¡Es una música tan divina la de *Guillermo Tell!*

CAPITULO XI.

LA NOCHE.

Segun su costumbre, esperó el conde de Monte-Cristo á que Duprez hubiese cantado su famoso—*seguidme*,—y entonces se levantó y salió.

Maximiliano separóse de él á la puerta, renovándole la promesa de acudir por la mañana á su casa, á las ocho en punto acompañado de Manuel.

Luego subió en su cupé, siempre tranquilo y sonriéndose.

Cinco minutos despues llegaba á su casa.

Sin embargo, solo el que no le conociera podria equivocarse al oirle decir al nubio al entrar:

—Alí, mis pistolas de marfil.

Alí trajo la caja á su amo, que se puso á examinar las armas con una atencion muy natural en un hombre que va á confiar su vida á un pedazo de hierro y de plomo.

Eran aquellas pistolas de una hechura particular. Monte-Cristo las habia mandado hacer para tirar al blanco en sus habitaciones. Bastaba una cápsula para despedir la bala, y de la pieza inmediata nadie hubiera podido figurarse que el conde, como se dice en términos técnicos, se ocupaba en entretener la mano.

En el momento en que cogia el arma y buscaba el punto en una placa de hierro que le servia de blanco, abrióse la puerta del gabinete, y entró Bautista.

Pero antes que abriese la boca apercibió el conde, á través de la puerta que habia quedado entornada, una mujer que habia seguido á Bautista, y que cubierta con un velo permanecia de pié en la penumbra de la habitacion inmediata.

Vió al conde con una pistola en la mano, vió dos espadas sobre la mesa, y no pudo contenerse.

Bautista consultaba á su amo con los ojos.

El conde le hizo una seña, y salió, cerrando la puerta tras sí.

—¿Quién sois, señora? dijo el conde á la tapada.

Lanzó la desconocida una mirada en torno para



convencerse de que estaba sola, é inclinándose luego como si se quisiera arrodillar, y juntando las manos con acento de desesperacion, esclamó:

—¡Edmundo! ¡no matareis á mi hijo!

Dió el conde un paso atrás, exhaló un grito, y dejó caer el arma.

—¿Qué nombre es ese que habeis pronunciado, madama de Morcef? dijo.

—El vuestro, esclamó esta levantándose el velo; el vuestro, que quizá sea yo la única que no le he olvidado. Edmundo, no es Madama de Morcef quien os busca, es Mercedes.

—Mercedes ha muerto, señora, dijo Monte-Cristo, y no conozco á nadie que se llame así.

—Mercedes vive, caballero, y Mercedes se acuerda de vos; porque ella fué la única que os reconoció en el mismo punto de veros, y aun sin veros, por vuestra voz, Edmundo, al solo acento de vuestra voz; y desde entonces os sigue paso á paso, os vigila, os teme, y no ha necesitado averiguar de qué mano ha partido el golpe que acaba de herir á M. de Morcef.

—Fernando querreis decir, señora, dijo Monte-Cristo con amarga ironía. Puesto que estamos recordando nuestros nombres, recordémoslos todos.

Habia pronunciado Monte-Cristo este nombre de Fernando con tal espresion de odio, que á Mercedes se le heló de espanto la sangre en las venas.

—Ya veis, Edmundo, que no me equivocaba, esclamó. Ya veis que tengo razon para deciros: ¡perdonad á mi hijo!

—¿Y quién os ha dicho, señora, que yo quiera mal á vuestro hijo?

—Nadie ¡Dios mio! nadie; pero una madre posee la doble vista. Lo he adivinado todo. Le he seguido esta noche á la ópera, y he visto todo lo que ha hecho.

—Si lo habeis visto todo, señora, habreis visto que el hijo de Fernando me ha insultado públicamente, dijo Monte-Cristo con una calma terrible.

—¡Oh! ¡por piedad!

—Habreis visto, prosiguió el conde, que á poco me arroja su guante á la cara, si uno de mis amigos, M. Morrel, no le detiene el brazo.

—Escuchadme. Mi hijo ha adivinado tambien. Mi hijo os atribuye todas las desgracias que estan cayendo sobre su padre.

—Confundís las espresiones, señora, dijo Monte-



Alí trajo la caja á su amo.

Cristo. No son desgracias; es un castigo. No soy yo quien abate á M. de Morcef; es la Providencia que le castiga.

—¿Y por qué os apropiais vos las atribuciones de la Providencia? esclamó Mercedes. ¿Por qué os acordais vos de lo que ella olvida? ¿Qué os importan, Edmundo, á vos Janina y su visir? ¿Qué teneis vos que ver con que Fernando Mondego haya vendido á Alí-Tebelin?

—Por lo mismo, señora, respondió Monte-Cristo, este asunto debe zanjarse entre el oficial francés y la hija de Vasiliki. Teneis razon; no me importa: y si he jurado vengarme, no será del oficial francés, ni del conde de Morcef; será del pescador Fernando, marido de Mercedes la catalana.

—¡Ah, caballero! respondió la condesa, ¡qué venganza tan terrible por una falta que la fatalidad me hizo cometer! Sí, la culpable soy yo, Edmundo; y si de alguien debeis vengaros, es de mí, que no tuve fuerzas para luchar contra vuestra ausencia y mi aislamiento.

—¿Pero por qué estaba yo ausente? esclamó Monte-Cristo. ¿Por qué estabais vos aislada?

—Porque os habian preso, Edmundo; porque os habian encarcelado.

—¿Y por qué me habian preso? ¿por qué me habian encarcelado?

—Lo ignoro, dijo Mercedes.

—Sí, lo ignorais, señora. Así lo espero al menos; pero yo voy á decíroslo. Me habian preso, me habian encarcelado, porque la víspera misma del dia en que iba á casarme con vos, un hombre llamado Danglars habia escrito bajo el emparrado de la Reserva esta carta, que el pescador Fernando se encargó de echar al correo.

Y dirigiéndose Monte-Cristo á una cómoda, sacó de uno de sus cajones un papel, que habia perdido ya su color primitivo, y cuya tinta estaba tambien descolorida.

Era la carta de Danglars al procurador del rey, carta que el dia que pagó los doscientos mil francos á M. de Boville, habia arrancado el conde de Monte-Cristo, disfrazado de comisionista de la casa de Thonsom y French, del espediente de Edmundo Dantés.

Mercedes leyó con espanto las siguientes líneas:

«Un amigo del trono y de la religion participa al señor procurador del rey, que un tal Edmundo Dantés, segundo del *Faraon*, que arribó esta mañana de Smirna, después de haber tocado en Nápoles y en Porto-Ferrajo, ha recibido de Murat una carta para el usurpador, y de éste otra carta para la junta bonapartista de Paris.

»Fácilmente se tendrá la prueba de su crímen prendiéndole, porque la carta se hallará en su poder, ó en casa de su padre, ó en su camarote, á bordo del *Faraon*.»

—¡Oh Dios mio! esclamó Mercedes pasándose la mano por la frente bañada de sudor; y esta carta...

—La he comprado en doscientos mil francos, señora, dijo Monte-Cristo; pero fué muy barata, puesto que me permite hoy disculparme á vuestros ojos.

—¿Y el resultado de esta carta?

—Ya lo sabeis, señora, ha sido mi prision. Pero lo que no sabeis, señora, es el tiempo que ha durado esa prision. Lo que no sabeis, es que he permanecido catorce años á un cuarto de legua de vos, en un calabozo del castillo de If. Lo que no sabeis es que cada dia de esos catorce años he renovado el juramento de venganza que habia hecho el primer dia; y sin embargo, yo ignoraba que os habiais casado con Fernando, mi denunciador, y que mi padre habia muerto de hambre.

—¡Justo Dios! esclamó Mercedes vacilante.

—Pero lo he sabido al salir de la prision, catorce años después de mi entrada; y por esto, y por Mercedes viva, y por mi padre muerto, he jurado vengarme de Fernando, y me vengo...

—¿Y estais seguro de que ha hecho eso el infeliz Fernando?

—Lo ha hecho como lo digo, señora. Además, eso no es mayor crímen que el haberse pasado á los ingleses siendo francés adoptivo; haber peleado contra los españoles siendo español de nacimiento, y siendo soldado de Alí haber vendido y asesinado á Alí. En comparacion de esto, ¿qué es la carta que acabais de leer? Una venganza amorosa que debe perdonarle, lo confieso y lo comprendo, la mujer que se ha casado con él; pero que no le perdona el hombre que se iba á casar con ella. Pues bien: los franceses no se han vengado del traidor: los españoles no han fusilado al traidor: Alí, al hundirse en la tumba, ha dejado impune al traidor; pero yo, vendido, asesinado, hundido tambien en una tumba, he salido de ella por la gracia de Dios: debo á Dios una venganza: para vengarme me envia, y aquí estoy.

La pobre mujer bajó la cabeza y las manos, dobláronse sus piernas, y cayó de rodillas.

—Perdonad, Edmundo, murmuró. Perdonad por mí, que os amo todavía.

La dignidad de la esposa ahogó el grito de la amante y de la madre.

Su frente se inclinó hasta el suelo.

El conde se apresuró á levantarla.

Sentada luego en un sillon, pudo á través de sus lágrimas contemplar el pálido rostro de Monte-Cristo, en que el dolor y el ódio imprimian un carácter amenazador.

—¡Qué no aniquile esa raza maldita! murmuraba; ¡qué desobedezca á Dios, que me ha enviado para su castigo! ¡Imposible, señora, imposible!

—Edmundo, dijo la pobre madre recurriendo á todos los medios. ¡Dios mio! cuando yo os llamo Edmundo, ¿por qué no me llamais Mercedes?

—¡Mercedes! repitió Monte-Cristo, ¡Mercedes! Pues bien, sí, todavía me es dulce pronunciar ese nombre, y esta es la primera vez desde hace mucho tiempo que sale de mi boca tan claro y tan sonoro. ¡Oh! ¡Mercedes! Yo he pronunciado vuestro nombre entre los suspiros de la melancolía, entre los gemidos del dolor, entre la rabia de la desesperacion. Lo he pronunciado muerto de frio, acurrucado sobre la paja de mi calabozo. Lo he pronunciado devorado por el calor, revolcándome sobre las losas de aquel pestífero suelo. Mercedes, es preciso que me vengue, porque he sufrido catorce años; he llorado catorce años, y he maldecido catorce años. Os lo repito, Mercedes, es preciso que me vengue.

Y temiendo el conde ceder á los ruegos de aquella á quien habia amado tanto, llamaba á sus recuerdos en ayuda de su ódio.

—Vengáos, Edmundo, esclamó la pobre madre; pero vengáos de los culpables; vengáos de él; vengáos de mí; pero no os venguéis de mi hijo.

—Está escrito en el libro Santo, respondió Monte-Cristo:—«las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y hasta la cuarta generacion.»—Si el mismo Dios ha dictado esas palabras á su profeta, ¿por qué he de ser yo mejor que Dios?

—Porque Dios tiene en su mano el tiempo y la eternidad, lo que no tienen los hombres.

Monte-Cristo exhaló un suspiro que parecia un rugido, y cogióse á manos llenas sus hermosos cabellos negros.

—Edmundo, prosiguió Mercedes con los brazos tendidos hácia el conde, Edmundo, desde que os conozco he adorado vuestro nombre, y he respetado vuestra memoria. Edmundo, amigo mio, no me obligueis á borrar esta imágen noble y pura que á todas horas se refleja en el espejo de mi corazon. ¡Si supiéseis, Edmundo, cuántas súplicas he dirigido por vos al cielo, así cuando os esperaba vivo como cuando os creí muerto! ¡Ay! sí, ¡muerto! Yo creia ver vuestro



cadáver encerrado en el fondo de algun sombrío subterráneo, ó ver vuestro cuerpo precipitado á uno de esos abismos, donde los carceleros entierran á los presos que mueren, ¡y lloraba! ¿Qué podia hacer yo por vos, Edmundo, sino llorar ó rezar? Por espacio de diez años he tenido todas las noches un mismo sueño: díjose que habíais querido huir; que habíais ocupado el puesto de otro preso; que os habíais metido en el sudario de un muerto; que os habian arrojado vivo desde lo alto del castillo de If, y que solo el grito que exhalásteis al estrellaros en las rocas, habia revelado el *quid pro quo* á vuestros enterradores, ó por mejor decir, á vuestros verdugos. Pues bien, Edmundo, os juro por la salvacion de ese hijo que aquí me trae, que por espacio de diez años he visto en mis sueños, sobre la punta de una roca, unos hombres que balanceaban un bulto informe. Por espacio de diez años he oido todas las noches un grito terrible que me hacia despertar temblando y helada. ¡Oh! ¡sí, Edmundo! Creedme: por muy criminal que sea, yo tambien he sufrido mucho.

—¿Habeis sentido morir á vuestro padre en vuestra ausencia? esclamó Monte-Cristo hundiéndose las manos en los cabellos; ¿habeis visto á la mujer que amábais tender la mano á vuestro rival, mientras batallábais vos en el fondo del abismo?

—No, le interrumpió Mercedes; pero he visto al hombre que amaba dispuesto á ser el asesino de mi hijo.

Pronunció Mercedes estas palabras con un dolor tan convincente, con un acento de desesperacion tan grande, que arrancaron un sollozo desgarrador al conde.

El leon estaba domado. El vencedor estaba vencido.

—¿Qué pedís? le preguntó. ¿Que vuestro hijo viva? pues bien, vivirá.

Mercedes exhaló un grito que hizo asomar dos lágrimas en las pupilas de Monte-Cristo; pero estas dos lágrimas desaparecieron casi al instante, pues Dios sin duda habia mandado un ángel á beberlas, por ser á sus ojos mas preciosas que las perlas mas ricas de Guzarate y Ofir.

—¡Oh! esclamó Mercedes cogiendo la mano del conde y llevándosela á los labios, ¡oh! ¡gracias, gracias, Edmundo! Ya te veo tal como siempre te he soñado, tal como siempre te amé. Ahora puedo decirlo.

—Tanto mas, señora, respondió Monte-Cristo, cuanto que el pobre Edmundo no tendrá mucho tiempo para ser amado de vos. El muerto vuelve á la tumba; el fantasma vuelve á las tinieblas.

—¿Qué decís, Edmundo?

—Digo que es preciso morir, puesto que vos lo mandais, Mercedes.

—¡Morir! ¿Quién dice tal cosa? ¿quién habla de morir? ¿por qué os asaltan esas ideas?

—Supongo no os figurareis que insultado públicamente, en presencia de todo un teatro, en presencia de vuestros amigos y de vuestro hijo, provocado por un niño que se vanagloriará de mi perdon como de una victoria, no os figurareis, repito, que abrigue yo un instante el deseo de vivir. Lo que yo he tenido en mas, Mercedes, después de vos, es á mí mismo; es decir, mi dignidad; es decir, esta fuerza que me hacia superior á los demás hombres. Esta fuerza era mi vida; con una palabra la destruis, y muero.

—Pero ese duelo no se verificará, Edmundo, puesto que vos perdonais.

—Se verificará, señora, dijo solemnemente Monte-Cristo. Solo que en vez de la sangre de vuestro hijo, que debia correr, será la mia la que corra.

Mercedes lanzó un grito abalanzándose al conde; pero de repente se contuvo.

—Edmundo, dijo, hay un Dios que está sobre nosotros. Puesto que vos vivís, y puesto que os he vuelto á ver, á él me confio desde el fondo de mi corazon; y mientras su apoyo se manifiesta, descanso en vuestra palabra. Habeis dicho que mi hijo viviria; ¿no es cierto que vivirá?

—Vivirá, señora, dijo Monte-Cristo, admirado de que sin mas esclamaciones, sin mas muestras de sorpresa, hubiera aceptado Mercedes el heróico sacrificio que le hacia.

Mercedes le tendió la mano.

—Edmundo, dijo llenándosele los ojos de lágrimas, ¡qué hermoso es! ¡qué grande, lo que acabais de hacer! ¡qué sublime haber tenido piedad de una pobre madre que venia á vos con todos los elementos desencadenados contra sus esperanzas! ¡Ay! mas me han envejecido los pesares que los años, y ya no puedo recordar á mi Edmundo con una mirada ó con una sonrisa, aquella Mercedes que en otro tiempo pasaba tantas horas contemplándola. ¡Oh, sí, creedme, Edmundo! Os dije que he sufrido mucho, y os lo repito. Es muy triste ver pasar la vida sin un placer, sin una esperanza sola. Pero esto prueba que la vida no acaba en el mundo. No, no acaba. Lo conozco en esto que le queda todavía á mi corazon. ¡Oh! os lo repito, Edmundo, es hermoso, es sublime, es grande el perdonar como vos habeis perdonado.

—Si eso decís, Mercedes, ¿qué diríais si supiéseis la estension del sacrificio que os hago? Suponed ¡que el Ser Supremo, después de haber creado el mundo, después de haber fertilizado el caos, se hubiese detenido á la mitad de la creacion para ahorrar á un ángel las lágrimas que un dia debian arrancar nuestros crímenes á sus ojos inmortales; suponed que después de haberlo preparado todo y de haberlo fecundado todo, en el momento de admirar su obra, Dios hubiese apagado el sol y lanzado al mundo en la noche eterna; suponed esto, y tendreis una idea... pero no: ni aun así podreis formaros una idea de lo que pierdo con perder la vida en esta ocasion.

Mercedes miró al conde con un aire que demostraba á la par su asombro y su gratitud.

Monte-Cristo reclinó la frente en sus manos ardorosas, como si no pudiera soportar el peso de sus ideas.

—Edmundo, murmuró Mercedes, ya solo tengo que deciros una palabra.

El conde se sonrió con amargura.

—Edmundo, continuó, ya veis que aunque mi frente está pálida, mis ojos abatidos, y mi hermosura marchita; ya veis que si Mercedes no se parece á aquella Mercedes, su corazon es el mismo que en otro tiempo. Adios pues, Edmundo; ya nada tengo que pedir al cielo. Os he vuelto á ver tan noble y tan grande como érais... Adios, adios, y.... gracias.

Pero el conde no respondia.

Abrió ella la puerta del gabinete, y desapareció antes que el conde hubiese vuelto del profundo y doloroso letargo en que le habia sumido la pérdida de su venganza.

Daba la una el reloj de los Inválidos, cuando el carruaje que llevaba á Madama de Morcef, arrancando de los Campos Elíseos, hizo levantar la cabeza al conde de Monte-Cristo.

—Insensato, murmuró, ¿por qué no me arranqué el corazon el dia que resolví vengarme?

CAPITULO XII.

EL ENCUENTRO.

Después de la marcha de Mercedes todo quedó en silencio en casa de Monte-Cristo. Paróse el curso de su pensamiento, y aletargóse su enérgico espíritu como el cuerpo se aletarga después de un cansancio grande.

—¡Qué! se decia á sí mismo, mientras las lámparas y las bujías se iban apagando tristemente, y esperaban con impaciencia los criados en la antesala, ¡qué! el

edificio levantado tan lentamente, edificado con tantos trabajos, cae de un solo golpe, de una sola palabra, de un solo soplo. ¡Qué! ese yo que me parecia algo; ese yo que me tenia tan orgulloso; ese yo que yo habia visto tan pequeño en los calabozos del castillo de If, y que supe hacerlo tan grande, ¿será mañana un puñado de polvo? ¡Ay! No es la muerte del cuerpo lo que me apesadumbra; esa destruccion del principio vital, ¿no es el ¿era adecuada á mi voluntad y no á mi poder, y tengo que abandonarla á la mitad de mi camino?

¡Oh! ¡Si llegaré á ser fatalista! ¡yo, á quien habian hecho providencial catorce años de desesperacion y diez de esperanza!

Y todo esto, Dios mio, porque mi corazon, que yo creia muerto, solo estaba aletargado; porque ha despertado; porque ha latido, y porque cedo al dolor de



—¡Oh! esclamó Mercedes cogiendo la mano del conde y llevándosela á los labios.

punto de reposo á que todo tiende, á que aspira todo desgraciado? ¡No es esa tranquilidad de la materia por la cual he suspirado tan largo tiempo, y á la cual me encaminaba por la senda dolorosa del hambre cuando Faria se apareció en mi calabozo? ¿Qué es la muerte para mí? Un paso mas en la calma, y acaso dos en el silencio. No, no es la vida lo que siento perder; son mis proyectos, elaborados tan lentamente; lo que siento es que la Providencia, que yo me imaginaba que los protegia, era su enemigo! Dios no quiere que se cumplan.

Esta carga que yo he arrastrado, tan pesada casi como el mundo; esta carga que yo creí poder llevarla hasta el fin, ¿era adecuada á mi deseo y no á mi fuerza? este latido, que me arranca del fondo del pecho la voz de una mujer!

—Y sin embargo, prosiguió el conde abismándose mas y mas en sus reflexiones sobre aquel mañana terrible que habia aceptado Mercedes.

Sin embargo, es imposible que esa mujer de corazon tan noble, haya consentido por egoismo en dejarme matar así en lo mas vigoroso de mi poder y de mi existencia.

Es imposible que ella lleve hasta ese punto el amor ó mas bien el delirio maternal.

Hay virtudes que exageradas son crímenes.

No; ella tendrá preparada alguna escena patética,

irá á arrojarse entre las espadas, y será ridículo allí, lo que era sublime aquí.

Y el rubor del orgullo coloreaba la frente del conde.

—¡Ridículo! repetia, ¡y el ridículo caerá sobre mí! yo ridículo... Vamos, prefiero la muerte.

Y á fuerza de exagerarse así los sucesos que podian ocurrir al dia siguiente, sucesos á los cuales se habia condenado á sí mismo, prometiendo á Mercedes dejar vivir á su hijo, el conde llegó á decirse:



—Haidée, dijo, ¿habeis leido?

—Tontería, tontería. No es generosidad colocarse así como una masa inerte á la boca de una pistola. Nunca creerá ese jóven que mi muerte es un suicidio, y sin embargo, importa al honor de mi memoria (¡no es vanidad, Dios mio, no es vanidad! sino un justo orgullo simplemente), importa al honor de mi memoria que se sepa que he consentido yo de motu propio, por mi libre alvedrío, en detener mi brazo ya levantado para herir, y en herirme á mí mismo con este potente brazo. Esto importa, y esto haré.

Y cogiendo una pluma, sacó un papel de un cajon secreto de su bufete, y escribió al final de este papel, que era el testamento que hizo á su llegada á París, una especie de codicilo, donde daba á entender su muerte á las personas menos perspicaces.

—Hago esto, ¡gran Dios! dijo con los ojos alzados al cielo, tanto por vuestro honor como por el mio. Diez años hace que me tengo, ¡oh gran Dios! por ministro de vuestra venganza, y no quiero que otras personas tan miserables como ese Morcef; no quiero que un Danglars, un Villefort; no quiero que ese mismo Morcef pueda figurarse que la casualidad le ha libertado de su enemigo; quiero que sepan, por el contrario, que la Providencia, que ya habia decretado su castigo, ha sido enmendada por el solo poder de mi voluntad, y el castigo que evitan en este mundo les espera en el otro; pues lo único que han hecho es cambiar el tiempo por la eternidad.

Mientras vogaba el conde por el mar de estas lúgubres ideas, pesadilla del hombre á quien despierta el dolor, vino la aurora á pintarse en los cristales y á iluminar bajo sus manos el papel azul donde acababa de trazar esta suprema justificacion de la Providencia.

Eran las cinco de la mañana.

De repente llegó á su oido un ligero rumor.

Y creyó oir una cosa semejante á un suspiro.

Volvió la cabeza, miró en torno suyo, y no habia nadie.

Sin embargo, el ruido proseguia, y bastante claro para que á la duda sucediese la certidumbre en el ánimo del conde.

Entonces se levantó, y abriendo la puerta con cuidado vió á Haydée tendida en un sillon con los brazos y su hermosa cabeza pálida caida hácia atrás. Se habia colocado así á través de la puerta, para que el conde no pudiera salir sin verla; pero el sueño, que tanto poder tiene sobre la juventud, la habia sorprendido al fin.

El ruido que hizo la puerta al abrirse no pudo despertar á Haydée.

Monte-Cristo clavó en ella una mirada llena de dulzura y de pesar.

—Ella recuerda que tiene un hijo, murmuró, y yo he olvidado que tengo una hija.

Luego, sacudiendo tristemente la cabeza, añadió:

—¡Pobre Haydée! ¡Ha querido verme! ¡ha querido hablarme! Habrá temido, ó habrá adivinado algo. ¡Oh! no puedo partir sin decirla adios! no puedo morir sin confiársela á alguien!

Y esto diciendo, volvió á su sitio muy despacio, y escribió debajo de las anteriores líneas:

«Lego á Maximiliano Morrel, capitan de spahis, é hijo de mi antiguo patron Pedro Morrel, armador de Marsella, la suma de veinte millones, de los cuales dará una parte á su hermana Julia y á su cuñado Manuel—por supuesto, si no cree que este aumento de fortuna perjudique á su felicidad.

»Los veinte millones estan enterrados en mi gruta de Monte-Cristo. Bertuccio sabe el secreto.

»Si su corazon está libre, y quiere casarse con Haydée, hija de Alí-pachá de Janina, á quien yo he criado con el amor de un padre, y que me ha querido á mí con filial ternura, cumplirá, no diré mi última voluntad, sino mi último deseo.

»El presente testamento ha hecho ya á Haydée heredera del resto de mi fortuna, que consiste en tierras, papel de la deuda inglesa, austriaca y holandesa, y moviliario de mis diferentes palacios y casas. Deducidos los veinte millones, así como las mandas que dejo á mis criados, podrá ascender todavía á sesenta millones.»

Al escribir este último renglon, oyó un grito detrás de sí, que hizo caer la pluma de sus manos.

—Haydée, dijo, ¿habeis leido?

Con efecto, la jóven, despertada por la luz de la aurora, que habia llegado hasta sus pupilas, se levantó y acercóse á Monte-Cristo sin que él oyese sus ligeros pasos, ahogados además por las alfombras.

—¡Oh señor de mi alma! dijo juntando las manos; ¿por qué escribis á esta hora? ¿Por qué me legais toda vuestra fortuna, señor de mi alma? ¿Vais á separaros de mí?

—Voy á hacer un viaje, ángel querido, dijo Monte-Cristo con indecible espresion de melancolía y ternura. Y si me sucediese una desgracia...

El conde se detuvo.

—Y bien, ¿qué? le preguntó la jóven con un acento de autoridad desconocido para él, y que le hizo estremecerse.

—Si me sucede alguna desgracia, repuso Monte-Cristo, quiero que mi hija sea dichosa.

Haydée meneó tristemente la cabeza.

—¿Pensais en morir, señor de mi alma? le preguntó.

—Es un pensamiento saludable, hija mia, dice el sabio.

—Pues bien, si morís, dejad á otros vuestra fortuna, porque si morís... yo no necesitaré de nada.

Y cogiendo el papel, lo hizo cuatro pedazos, que arrojó en medio del salon.

Después, como hubiese agotado todas sus fuerzas, esta energía, tan poco comun á una esclava, cayó, no dormida, sino desmayada al suelo.

Inclinóse hácia ella Monte-Cristo, alzóla en sus brazos, y contemplando aquella hermosa tez pálida; aquellos hermosos ojos cerrados, y aquel hermoso cuerpo inanimado y como abandonado, le asaltó por la primera vez la idea de que Haydée quizá le amara de un modo diferente que como una hija ama á su padre.

—¡Ay! murmuró con profundo desaliento. Todavía podia haber sido dichoso.

Después llevó á la jóven á su habitacion, la entregó desmayada á sus doncellas, y volviendo al gabinete, que cerró esta vez con llave, púsose á copiar el testamento destruido.

Cuando acababa, oyóse en el patio el ruido de un cabriolé.

Acercóse Monte-Cristo á la ventana, y vió á Maximiliano y á Manuel.

—Bueno, dijo, ya era tiempo; y cerró cuidadosamente su testamento.

Como un instante después oyese ruido de pasos en la antesala, dirigióse á abrir por sí mismo.

Morrel apareció.

Habia adelantado la hora cerca de veinte minutos.

—Vengo, señor conde, le dijo, demasiado temprano quizás; pero os confieso francamente que no he podido dormir un minuto, y que lo mismo les ha sucedido á todos los de casa. Necesitaba yo veros fuera de una situacion crítica para tranquilizarme á mí mismo.

Monte-Cristo no pudo ser indiferente á esta prueba de afecto, y tendió al jóven, no la mano, sino los brazos.

—Morrel, le dijo con voz conmovida: hermoso dia es para mí este en que me veo amado de un hombre como vos. Buenos dias, Manuel. ¿Venís conmigo al fin, Maximiliano?

—¡Pardiez! repuso el jóven; ¿lo habiais podido dudar?

—¿Y si no tuviese razon?

—Oid. Ayer, durante toda aquella escena de la provocacion, os estuve contemplando. Toda esta noche la he pasado pensando en vuestra calma, y me he dicho á mí mismo que la justicia está de vuestra parte, ó no es cierto que se puede hacer ningun estudio sobre la fisonomía del hombre.

—Sin embargo, Morrel, Alberto es vuestro amigo.

—Simple conocido, conde.

—Le visteis por primera vez el dia en que me visteis á mí.

—Es verdad; pero ¿qué quereis? si vos no me lo recordárais, yo no me acordaria.

—Gracias, Morrel.

Luego, dando un golpe sobre el timbre:

—Toma, le dijo á Alí, que entró en seguida. Haz que lleven esto á casa de mi notario. Es mi testamento, Maximiliano. Muerto yo, ireis á enteraros de él.

—¡Muerto vos! ¿qué decís? esclamó el capitan.

—Es preciso preverlo todo, querido amigo. ¿Pero qué habeis hecho ayer después que nos separamos?

—Estuve en el café de Tortoni, donde encontré á Beauchamp y á Chateau-Renaud, como me figuraba. Os confieso que los iba buscando.

—¿Para qué? ¿No estaba ya todo arreglado?

—Oid, conde; el asunto es grave, inevitable.

—¿Lo dudábais?

—No. La ofensa ha sido pública, y todo el mundo habla ya de ella.

—¿Y bien?

—Esperaba hacer cambiar las armas; sustituir la espada á la pistola.

—¿Y lo habeis conseguido? le preguntó vivamente

Monte-Cristo con una imperceptible sombra de esperanza.

—No; porque sabian lo diestro que sois en la espada.

—¡Bah! ¿quién lo ha dicho?

—Los maestros de armas, á quienes habeis desarmado.

—¿Conque no lo habeis conseguido?

—No.

Y luego, volviéndose hácia Monte-Cristo, añadió:

—Conde, por el cielo, no mateis á Alberto. El desgraciado tiene madre.

—Es justo, dijo Monte-Cristo, y yo no la tengo.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono, que hizo temblar á Morrel.

—Sois el ofendido, conde.

—Sin duda; ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que tirais el primero.

A cada tiro se ponia Morrel mas pálido.

—¿Me habeis visto alguna vez tirar la pistola? dijo el conde.

—Nunca.

—Pues bien, aun tenemos tiempo. Mirad.

Monte-Cristo cogió las pistolas, y pegando al blanco un *as* de la baraja francesa, de cuatro tiros le quitó sucesivamente las cuatro ramas.

A cada tiro se ponia Morrel mas pálido.

Examinó las balas con que Monte-Cristo habia hecho aquella maravilla, y vió que no eran mas gruesas que los balines comunes.

—Es cosa que asusta, dijo. Mirad, Manuel.

—¿Tiro yo el primero?

—¡Oh! eso lo he obtenido, ó mas bien exigido. Bastantes concesiones les hemos hecho para que ellos nos hagan esta.

—¿Y á cuántos pasos?

—A veinte.

Una sonrisa tremenda pasó por los labios del conde.

—Morrel, le dijo, no olvideis lo que habeis visto.

—Por lo mismo, repuso el jóven, solo fio en vuestra conmocion para salvar á Alberto.

—¡Yo conmoverme! dijo Monte-Cristo.

—O en vuestra generosidad. Seguro como lo estais

de vuestro tiro, os puedo decir una cosa, que seria ridícula si se la dijese á otro.

—¿Cuál?

—Rompedle un brazo; heridle, pero no le mateis.

—Sabed al fin una cosa, Morrel, dijo el conde. No necesito que me animen á salvar á M. de Morcef. Os anuncio de antemano, que M. de Morcef se salvará; y tanto, que volverá tranquilo con sus amigos, mientras yo...

—¡Vos! ¿qué?

—¡Oh! la cuestion varía. A mí, me traerán.

—¡Vaya! esclamó el jóven fuera de sí.

—Lo mismo que os lo digo, mi querido Morrel. Alberto me matará.

Maximiliano miró al conde como aquel que no comprende lo que se le dice.

—¿Qué os ha sucedido, conde, desde ayer por la noche?

—Lo que le sucedió á Bruto después de la batalla de Filipo. He visto un fantasma.

—¿Y ese fantasma?...

—Me ha dicho, Morrel, que he vivido ya bastante.

Maximiliano y Manuel cruzaron una mirada.

Monte-Cristo sacó su reloj.

—Vámonos, dijo, que ya son las siete y cinco minutos, y la cita es á las ocho en punto.

Un carruaje los esperaba ya enganchado.

Monte-Cristo subió á él con sus testigos.

Al atravesar el corredor, detúvose el conde delante de una puerta como para escuchar, y Maximiliano y Manuel, que por discrecion habian dado algunos pasos mas adelante, creyeron oirle responder á un sollozo con un suspiro.

A las ocho en punto llegaron al lugar de la cita.

—Somos los primeros, dijo Morrel sacando la cabeza por la portezuela.

—Disimúleme este caballero, repuso Bautista, que habia seguido á su amo con un terror indecible. Creo distinguir un coche allá abajo entre los árboles.

Monte-Cristo saltó ligeramente del carruaje, y dió la mano á Manuel y al capitan para ayudarlos á bajarse.

Maximiliano se quedó con la mano del conde entre las suyas.

—Así me gusta, dijo, así me gusta ver esta mano de un hombre, que fia su existencia á la justicia de su causa.

—Con efecto, dijo Manuel, veo dos jóvenes que se estan paseando en actitud de esperar.

Monte-Cristo llamó á Morrel, no aparte, sino á dos ó tres pasos de su cuñado.

—Maximiliano, le preguntó, ¿está libre vuestro corazon?

Morrel miró á Monte-Cristo con asombro.

—No os pido una confidencia, querido amigo, sino que os hago una pregunta. Responded sí ó no, que es todo lo que deseo.

—Amo á una jóven, conde.

—¿La amais mucho?

—Mas que á mi vida.

—Vamos, dijo Monte-Cristo, esa es otra esperanza perdida.

Y luego murmuró exhalando un suspiro:

—¡Pobre Haydée!

—Conde, esclamó Morrel, en verdad que si os conociese menos, os creeria menos bravo de lo que sois.

—¿Porque suspiro pensando en una persona á quien voy á abandonar? ¡Ah, Morrel! No es un soldado quien debiera ser tan poco entendido en cosas de valor. ¿Sentiré por eso dejar la vida? ¿Vivir ó morir qué puede importarme á mí, que he pasado veinte años entre la vida y la muerte? Por lo demás, estad tranquilo. Esta debilidad, si es debilidad, la tengo con vos solo. Harto sé que el mundo es una tertulia, de donde es preciso salir política y honradamente, ó dicho mejor, saludando y pagando sus deudas de juego.

—Enhorabuena, dijo Morrel. Eso se llama hablar. A propósito, ¿habeis traido vuestras armas?

—¿Yo? ¿Para qué? Espero que esos señores traerán las suyas.

—Voy á informarme, dijo Morrel.

—Pero nada de negociaciones, ¿me entendeis?

—¡Oh! descuidad.

Morrel adelantóse hácia Beauchamp y Chateau-Renaud.

Estos al verle dieron tambien algunos pasos hácia él.

Los tres se saludaron, si no con afabilidad, á lo menos con cortesía.

—¡Cómo! señores, dijo Maximiliano, no veo á M. de Morcef.

—Esta mañana, respondió Chateau-Renaud, nos avisó que no se reuniria con nosotros sino sobre el terreno.

—¡Ah! esclamó Morrel.

Beauchamp sacó su reloj.

—Las ocho y cinco minutos, dijo. No hay todavía tiempo perdido, M. Morrel.

—¡Oh! no lo decia por eso, respondió Maximiliano.

—Además, le interrumpio Chateau-Renaud, aquí llega un carruaje.

Con efecto, un carruaje avanzaba á trote largo por uno de los caminos que conducian á aquel sitio.

—Sin duda vendreis provistos de pistolas, señores, dijo Morrel. Mi ahijado declara renunciar al derecho que tiene de servirse de las suyas.

—Hemos previsto esa delicadeza de parte del conde, respondió Beauchamp, y he traido unas pistolas que compré hace ocho ó diez dias, creyendo que me sirviesen para un caso semejante. Estan enteramente nuevas, y no han servido á nadie todavía. ¿Quereis verlas?

—¡Oh, M. Beauchamp! dijo Morrel inclinándose. Cuando vos me asegurais que M. de Morcef no conoce esas armas, ¿no es cierto que inferís que me basta vuestra palabra?

—Caballero, dijo Chateau-Renaud, no era Morcef quien venia en ese carruaje, sino Franz y Debray.

Con efecto, los dos jóvenes vinieron á reunirse con el grupo.

—¿Vos aquí, señores? dijo Chateau-Renaud, cambiando con cada uno de ellos un apreton de manos. ¿Qué casualidad os trae?

—Alberto, dijo Debray, nos ha rogado esta mañana que viniésemos aquí.

Beauchamp y Chateau-Renaud se miraron admirados.

—Señores, dijo Morrel, creo comprender esto.

—Veamos: ayer á mediodia recibí una carta de Alberto que me suplicaba fuese á la ópera.

—Y yo tambien, dijo Debray.

—Y yo tambien, dijo Franz.

—Y yo, añadieron Chateau-Renaud y Beauchamp.

—Deseaba que presenciáseis la satisfaccion como presenciásteis el insulto, dijo Morrel.

—Sí, respondieron los jóvenes; segun todas las probabilidades habeis adivinado, M. Morrel.

—Pero á todo esto, Alberto no viene, murmuró Chateau-Renaud; diez minutos se retarda ya.

—Allí viene á caballo, dijo Beauchamp, y á escape, seguido de su criado.

—¡Qué imprudencia! dijo Chateau-Renaud, venir á caballo para batirse á pistola... ¡Yo que le tenia tan bien aleccionado!

—Y además, reparad, dijo Beauchamp, que trae cuello de picos, desabrochado el frac, y chaleco blanco. ¿Por qué no se habrá hecho una señal en el estómago, y así seria mas sencillo el matarle?

En este intervalo, Alberto habia llegado á diez pasos del grupo que formaban los cinco jóvenes.

Paró su caballo, saltó á tierra, y arrojó la brida al brazo de su criado.

En seguida se incorporó con ellos.

Estaba pálido, y tenia los ojos hinchados y sonrosados.

Era fácil adivinar que no habia dormido un minuto en toda la noche.

En toda su fisonomía reflejábase una sombra de triste gravedad, que no era comun en él.

—Gracias, señores, dijo, por haber accedido á mi invitacion. Creed que os agradezco en el alma esta prueba de amistad.

Al acercarse Morcef, habia retrocedido Maximiliano algunos pasos.

—A vos tambien, caballero Morrel, dijo Alberto, van dirigidas mis demostraciones de gratitud. Acercaos pues, que no estais aquí de sobra.

—Caballero, dijo Maximiliano, acaso ignoreis que soy padrino del conde de Monte-Cristo.

—No lo sabia de seguro, pero me lo figuraba. Tanto mejor. Mientras mas hombres de honor haya aquí, mas satisfecho quedaré.

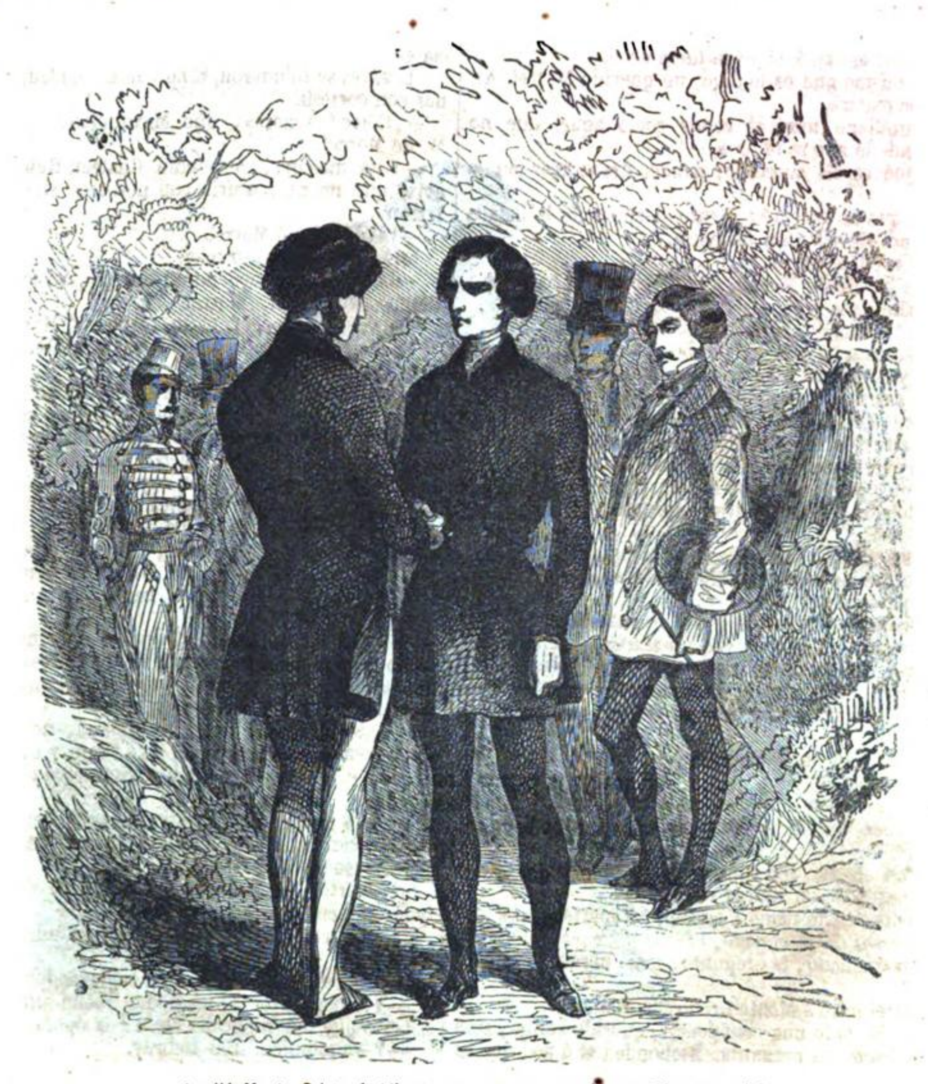
—Caballero Morrel, dijo Chateau-Renaud, ya podeis anunciar al conde de Monte-Cristo que ha llegado M. de Morcef, y que estamos á su disposicion.

Morrel hizo un movimiento como para cumplir aquel encargo.

Al mismo tiempo Beauchamp sacaba la caja de las pistolas.

—Un momento, señores, dijo Alberto; tengo que hablar dos palabras con el señor conde de Monte-Cristo.

—¿En secreto? le preguntó Morrel.



...tendió Monte-Cristo á Alberto una mano, que éste cogió y estrechó.

—No señor, delante de todos.

Los padrinos de Alberto se miraron sorprendidos.

Franz y Debray cambiaron algunas palabras en voz baja; y Morre, gozoso con aquel inesperado incidente, se dirigió á buscar al conde, que se estaba paseando con Manuel entre los árboles.

—¿Qué me quiere? le preguntó Monte-Cristo.

—Lo ignoro, pero desea hablaros.

—¡Oh! dijo Monte-Cristo, que no tiente al Señor, que no me insulte otra vez.

—No creo que sea esa su intencion, dijo Morrel.

El conde se dirigió al grupo, acompañado de Maximiliano y de Manuel.

Su rostro tranquilo hacia un contraste estraño

con el alterado rostro de Alberto, que se acercaba por su parte seguido de sus cuatro camaradas

A tres pasos el uno del otro, se detuvieron Alberto y el conde.

—Acercaos, caballeros, dijo Alberto. Deseo que no se pierda ni una palabra de las que voy á tener el honor de decir al señor conde de Monte-Cristo, pues por estraño que mi discurso os parezca, deseo que repitais todas mis palabras á quien quiera oirlas.

Y, yo, su hijo, os doy las gracias por no haber hecho mas.

Un rayo que hubiese caido en medio de los espectadores de esta inesperada escena, no los hubiera admirado tanto como aquella retractacion de Alberto.

En cuanto á Monte-Cristo, sus ojos se habian alzado al cielo lentamente con una espresion de gratitud infinita, y no cesaba de admirar cómo aquel fogoso jóven, cuyo valor habia conocido cuando la aventura



...corrió á abrazarse á Mercedes.

—Ya os escucho, dijo el conde.

—Caballero, dijo Alberto con voz temblorosa primeramente, pero que se fué tranquilizando poco á poco. Caballero, yo os acusaba de haber divulgado la conducta de M. de Morcef en Epiro, pues por culpable que fuese el conde de Morcef, no os creia con derecho á castigarle; pero hoy, caballero, sé que teneis ese derecho. No es la traicion de Fernando Mondego con Alí-Pachá lo que me obliga á disculparos tan pronto, es la traicion del pescador Fernando con vos; son las desgracias increibles que aquella traicion os acarreára. Por eso lo digo; por eso lo proclamo en voz muy alta. Sí, caballero, habeis tenido razon en vengaros de mi padre de los bandidos romanos, pudo plegarse á tan súbita humillacion.

Reconoció en esto la influencia de Mercedes, y comprendió cómo aquel corazon tan noble no se habia opuesto á un sacrificio que ella sabria que iba á ser inútil.

—Ahora, caballero, dijo Alberto, si os parecen bastantes las escusas que acabo de daros, os ruego que me alargueis vuestra mano. Despues del mérito tan raro de la infalibilidad, que parece ser el vuestro, el primero de todos los méritos, en mi opinion, es saber confesar sus faltas. Esta confesion me toca á mí. Yo obraba bien, segun los hombres; pero vos obrábais

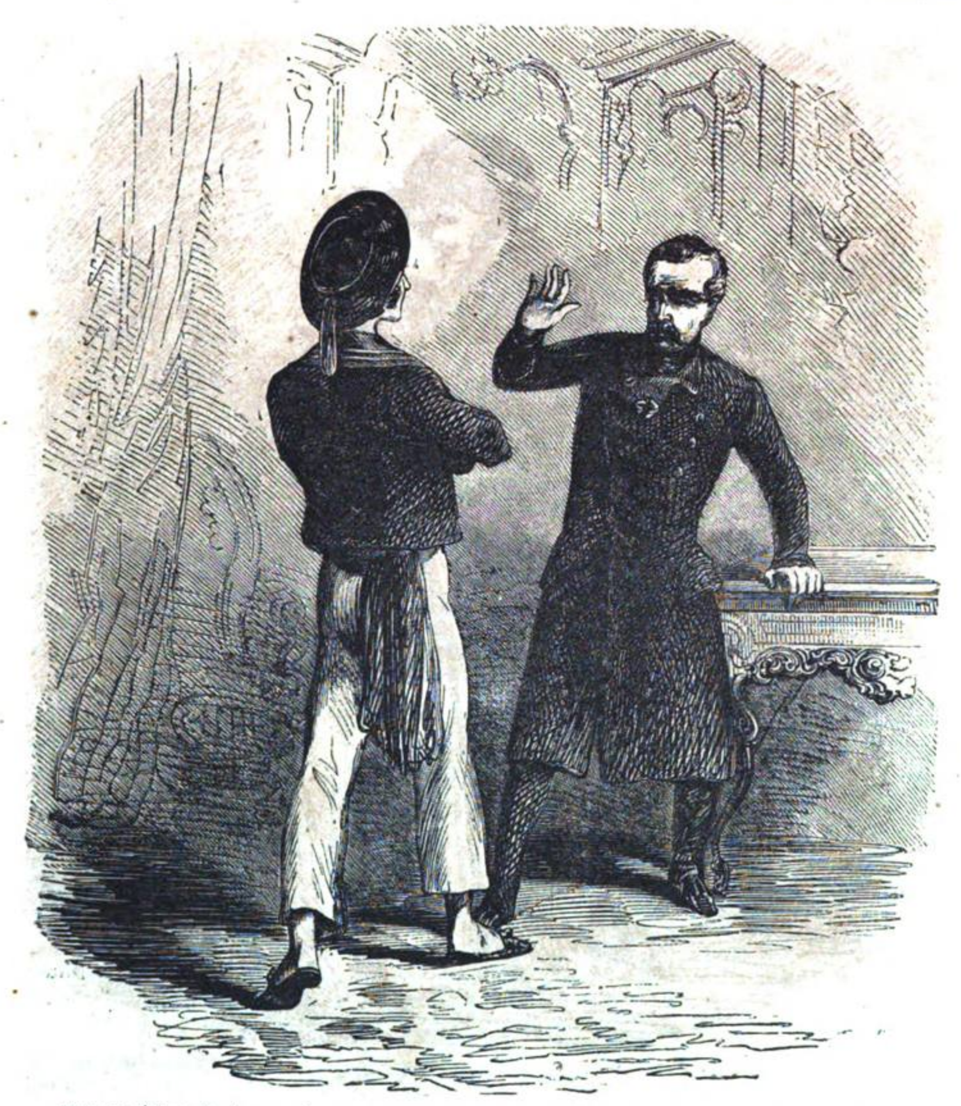
bien, segun Dios. Solo un ángel podia salvarnos á uno de nosotros de la muerte, y el ángel ha bajado del cielo, si no para hacer de nosotros dos amigos, ¡ay! la fatalidad lo hace imposible, á lo menos dos hombres que se estiman.

Húmedos los ojos, palpitante el pecho y la boca entreabierta, tendió Monte-Cristo á Alberto una mano, que éste cogió y estrechó con un sentimiento parecido á un terror respetuoso.

—Con efecto, respondió el baron. Lo que Alberto acaba de hacer es, ó muy miserable, ó muy hermoso.

—Veamos qué quiere decir esto, preguntó Debray á Franz. El conde de Monte-Cristo deshonra á M. de Morcef, y sin embargo tiene razon á los ojos de su hijo. Yo por mi parte confieso, que aunque hubiese en mi familia diez Janinas, solo á una cosa me creeria obligado, á batirme diez veces.

Monte-Cristo, con la frente inclinada, los brazos



...y no se detuvo hasta encontrar una mesa que sirviese de punto de apoyo á su crispada mano.

caidos y abrumado en fin por el peso de veinte y cuatro años de recuerdos, no pensaba ni en Alberto, ni en Beauchamp, ni en Chateau-Renaud, ni en ninguno de los presentes.

Pensaba en aquella mujer valerosa que habia venido á pedirle la vida de su hijo, y á quien él habia ofrecido la suya; en aquella mujer que acababa de salvarle con la confesion terrible de un secreto de familia, capaz de matar para siempre en el corazon del jóven el sentimiento de la piedad filial.

—¡Siempre la Providencia! murmuró. ¡Oh! hasta hoy no he estado seguro de ser agente de la Providencia.

—Caballeros, dijo, M. de Monte-Cristo se digna disculparme; yo habia obrado con él precipitadamente, y la precipitacion es mala consejera. Ahora mi falta está ya reparada, y espero que el mundo no me creerá cobarde por haber hecho lo que mi conciencia me ha aconsejado que hiciese. Pero en todo caso, si alguien interpretase mi conducta malamente, añadió el jóven alzando la cabeza y como si dirigiese un reto á sus amigos y á sus enemigos, yo procuraré reformar la opinion pública.

—¿Qué ha pasado esta noche? preguntó Beauchamp á Chateau-Renaud; me parece que hacemos aquí un papel muy triste.

CAPITULO XIII.

LA MADRE Y EL HIJO.

Saludó el conde de Monte-Cristo á los cinco jóvenes con una sonrisa melancólica y llena de dignidad, volviendo después á subir en su carruaje con Manuel y Maximiliano.

Alberto, Beauchamp y Chateau-Renaud quedaron solos en el campo de batalla.

El jóven dirigió á sus padrinos una mirada, que sin ser tímida parecia preguntarles su opinion acerca de lo que acababa de suceder.

—Permitid que os felicite, querido amigo, dijo Beauchamp rompiendo el primero la marcha, ó porque tuviese mas sensibilidad ó menos disimulo. Vaya un desenlace inesperado en un lance tan desagradable.

Alberto permaneció silencioso y reconcentrado en sí mismo.

Chateau-Renaud se contentaba con sacudirse con el baston el polvo de las botas.

—¿No nos vamos? dijo después de aquel silencio embarazoso.

—Cuando gusteis, respondió Beauchamp; pero dejadme que felicite á M. de Morcef. Ha dado pruebas hoy de una generosidad tan caballeresca!... tan rara!...

—¡Oh! sí, dijo Chateau-Renaud.

—Es cosa magnífica, continuó Beauchamp, tener sobre sí mismo un dominio tan grande.

—Seguramente. Yo no me creo capaz de ello, dijo Chateau-Renaud con una frialdad muy significativa.

—Creo, señores, repuso Alberto interrumpiéndoles, que no habeis comprendido que entre M. de Monte-Cristo y yo ha pasado algo muy grave...

—¡Sí tal! ¡sí tal! dijo Beauchamp al punto. Pero nuestros calaveras no estan templados á la altura de vuestro heroismo, y tarde ó temprano tendriais que esplicárselo de una manera poco conveniente á la salud de vuestro cuerpo y á la duracion de vuestra vida. ¿Quereis que os dé un consejo amistoso? Idos á Nápoles, á la Haya ó á San Petersburgo, paises tranquilos, donde se entiende el honor de una manera muy diferente á la de nuestros ligeros cascos franceses. Una vez allí, no hagais alarde de tirador de pistola, ni menos de espadachin. Haced que os olviden, para volver á Francia dentro de algunos años, ó con la sangre elada ya, ó bastante respetable en esto de ejercicios académicos para reconquistar vuestra tranquilidad. ¿No es verdad que tengo razon, M. de Chateau-Renaud?

—Ese es mi parecer exactamente, dijo el caballero. Nada atrae tantos duelos serios como un duelo sin resultado.

—Gracias, señores, respondió Alberto. Seguiré vuestros consejos, no porque vosotros me los dais, sino porque mi intencion era salir de Francia. Igualmente os agradezco el favor que acabais de hacerme sirviéndome de padrinos, favor que queda tanto mas grabado en mi corazon, cuanto que, después de las palabras que acabo de oir, solo de él me acuerdo.

Chateau-Renaud y Beauchamp se miraron entre sí.

La emocion que sentian era igual en ambos, y el acento con que Morcef acababa de pronunciar sus últimas palabras era tan enérgico, que su posicion se fué haciendo mas crítica.

—Adios, Alberto, dijo de repente Beauchamp, tendiendo con negligencia la mano al jóven, sin que este al parecer saliese de su letargo.

Con efecto, nada respondia á la oferta de aquella mano.

—Adios, dijo á su vez Chateau-Renaud, conservando en la mano izquierda su junquillo y saludándole con la derecha.

Los labios de Alberto se entreabrieron apenas para murmurar:—adios.

Su mirada era mas significativa, y encerraba todo un poema de cólera reprimida, de altivo desprecio y de generosa indignacion.

Después que sus dos padrinos subieron al carruaje, permaneció algun tiempo en su actitud inmóvil y melancólica.

Luego de repente, desatando su caballo del arbolillo donde le ató su criado, saltó ligero sobre la silla, y echó á galope por el camino de Paris.

Un cuarto de hora después entraba en el palacio de la calle de Helder.

Al apearse del caballo, parecióle apercibir el pálido rostro de su padre, oculto tras las cortinas de su alcoba.

Volvió á otro lado Alberto la cabeza exhalando un suspiro, y entró en su habitacion.

Allí no pudo menos de lanzar una postrera mirada á todas aquellas riquezas, que le habian hecho la vida tan dulce y tan feliz en su niñez.

Por última vez miró aquellos cuadros, cuyas figuras parecian sonreirle, y cuyos paisajes se animaban al parecer con mas vivos colores.

Luego arrancó de su marco el retrato de su madre, arrollándolo para poderlo guardar, y dejando negro y vacío el cuadro de oro que le rodeaba.

Después se puso á colocar en órden sus hermosas armas turcas, sus escelentes escopetas inglesas, sus porcelanas del Japon, sus medallones de bronce, cincelados por Feucheres ó Barye, y registrando todos los armarios, dejó las llaves puestas en cada uno, echó en un cajon de su cómoda, dejándolo abierto, todo el dinero que poseia aumentado con sus alhajas, é hizo en fin un inventario exacto y preciso de todo, colocando este inventario en el sitio mas visible de una mesa, después de haber desembarazado esta mesa de los papeles que la cubrian.

Al principio de esta tarea habia entrado su criado, á pesar de la órden espresa que de no hacerlo tenia.

—¿Qué quereis? le preguntó Morcef, con un acento mas de tristeza que no de enojo.

—Perdon, señor, dijo el ayuda de cámara. Me habíais prohibido que os viniese á interrumpir; pero como me ha llamado el señor conde de Morcef...

—¿Y bien? le preguntó Alberto.

—No he querido ir sin tomar antes vuestras órdenes.

—¿Por qué?

—Porque sin duda sabrá el señor conde que yo os he acompañado al desafío.

—Es probable, dijo Alberto.

—Y si ahora me llama, es indudablemente para hacerme preguntas sobre lo que haya pasado. ¿Qué le diré?

—La verdad.

—¿Entonces le diré que no se ha verificado el desafío?

—Le direis que he pedido mil perdones al conde de Monte-Cristo.

El criado se marchó, después de hacerle una reverencia.

Alberto volvió á proseguir su inventario.

Cuando ya lo terminaba, llamóle la atencion el ruido de los caballos que relinchaban en el patio, y el de un coche que conmovia los cristales.

Asomóse al balcon y vió marchar á su padre en su carruaje.

Apenas se cerró detrás del conde la puerta del palacio, cuando Alberto se dirigió á las habitaciones de su madre, y como no habia nadie allí que le anunciara, penetró hasta su alcoba, deteniéndose á la puerta con el corazon oprimido por lo que veia y adivinaba.

Como si animara á aquellos dos cuerpos una misma alma, hacia Mercedes en su cuarto lo que acababa Alberto de hacer en el suyo.

Todo estaba ya en órden; los trajes, las joyas, la ropa blanca, y el dinero.



La condesa iba cerrando los cajones, y reuniendo las llaves con el mayor cuidado.

Al ver el jóven todos estos preparativos, los comprendió, y esclamando ¡madre mia! corrió á abrazarse á Mercedes.

El pintor que acertara á reproducir la espresion de estas dos figuras, haria sin duda un cuadro magnífico.

Con efecto, todas estas apariencias de energía, que mismo. Es preciso que desde hoy viva yo sin nombre y sin fortuna. Es preciso que para empezar el aprendizaje de esta penosa existencia, pida prestado á un amigo el pan que he de comer desde hoy hasta el dia en que sepa ganarlo. Así pues, mi buena madre, ahora mismo voy á casa de Franz á pedirle prestada la pequeña suma que creo necesitar.

—¡Tú! ¡pobre hijo mio! esclamó Mercedes. ¡Tú su-



Noirtier miró á su nieta con aire interrogador.

no asustaban á Alberto por sí mismo, le asustaban por su madre.

—¿Qué haciais? le preguntó.

—¿Qué haciais vos? le preguntó ella.

—¡Oh madre mia! esclamó Alberto conmovido hasta el punto de no poder hablar; vos no estais en el mismo caso. Vos no podeis haber resuelto lo que yo he resuelto; pues vengo á deciros que me despido de vuestra casa... y de vos.

—Yo tambien, Alberto, respondió Mercedes, yo tambien me despido. Sin embargo, contaba con que mi hijo me acompañaria. ¿Me habré equivocado?

—¡Madre mia! dijo Alberto con firmeza; no puedo haceros partícipe de la suerte que me destino á mi frir miserias! ¡Tú hambre! ¡Oh! no digas eso, porque destruirías todos mis proyectos.

—Pero no los mios, respondió Alberto. Soy jóven, soy fuerte, me creo con valor, y desde ayer he aprendido lo que puede la voluntad. ¡Oh madre mia! hay personas que han padecido tanto ó mas que yo, y que no solo no se han muerto, sino que han adquirido una fortuna, edificada sobre las ruinas de todas las promesas de felicidad que el cielo les habia hecho, y sobre los despojos de todas las esperanzas que Dios les habia dado. Esto apredí, madre mia: hombres he visto de esta clase, y sé que desde el fondo del abismo, donde los habia lanzado su enemigo, se han levantado con tanto brio y con tanta gloria, que han dominado

á su antiguo vencedor, y le han bundido á su vez. No, madre mia, no; desde hoy rompo con lo pasado, sin aceptar de él ni aun mi nombre, porque ya comprendereis... ¿no es verdad, madre mia, que comprendeis que vuestro hijo no debe llevar el nombre de quien tiene que humillarse de vergüenza ante las gentes?

—¡Alberto! ¡hijo mio! murmuró Mercedes; si mi corazon hubiera sido mas fuerte, ese consejo te hubiera yo dado. Tu conciencia habló cuando mi voz callaba. Escucha pues á tu conciencia, hijo mio. Tenías amigos, Alberto; rompe con ellos momentáneamente, pero no pierdas la esperanza, en nombre de tu madre. Todavía es hermosa la existencia á tu edad, pues apenas tienes veintidos años, y como un corazon tan puro como el tuyo necesita un nombre sin tacha, adopta el de mi padre, que se llamaba Herrera. Yo te conozco, Alberto; en cualquier carrera que sigas brillará tu nombre dentro de poco tiempo. Entonces, amigo mio, volverás á aparecer en el mundo mas brillante aun con tus desgracias pasadas; y si esto no puede ser así á pesar de mis previsiones, déjame á lo menos esa esperanza; á mí, que no tendré ya otro pensamiento; á mí, que no tengo otro porvenir; á mí, para quien comienza la muerte en la puerta de esta casa.

—Haré lo que deseais, madre mia, dijo el jóven. ¡Sí! ya participo de vuestras esperanzas. No nos perseguirá la cólera del cielo, ¡á vos tan pura y á mí tan inocente! Pero puesto que estamos resueltos, obremos con presteza. Hace media hora que M. de Morcef ha salido de casa. La ocasion, como veis, viene de perlas á evitarnos escándalos y esplicaciones.

—¡Os espero, hijo mio! respondió Mercedes.

Alberto corrió en seguida al boulevard, de donde trajo un fiacre que debia conducirlos fuera del palacio.

Alberto recordaba cierta casa de huéspedes de la calle de los Santos Padres, donde Mercedes podria alojarse modesta, pero decentemente.

En el momento en que el fiacre se paraba á la puerta, y cuando Alberto se apeaba ya, acercóse un hombre á él y le entregó una carta.

Alberto reconoció á Bertuccio.

—Del conde, dijo el mayordomo.

Alberto cogió la carta, y la leyó.

Despues de haberla leido, buscó con los ojos á Bertuccio, pero se habia marchado durante la lectura.

Entonces Alberto, con las lágrimas en los ojos y estallando el pecho de emocion, volvió al cuarto de Mercedes, y sin pronunciar una sola palabra le presentó la carta.

Mercedes leyó lo siguiente:

«Alberto: dándoos á entender que he penetrado el proyecto que estais á punto de realizar, creo daros tambien á entender que comprendo la delicadeza.

»Ya sois libre; vais á abandonar el palacio del conde, y á retiraros á vuestra casa con vuestra madre, que es ya libre tambien como vos. ¡Pero reflexionad, Alberto, que le debeis mas de lo que podeis pagarle, pobre y noble corazon!

»Guardad para vos las luchas, reclamad para vos los sufrimientos; pero ahorradle esa primera miseria que acompañará inevitablemente vuestros pasos, porque ella no merece ni por asomo la desgracia que hoy la oprime, ni la Providencia quiere que pague el inocente por el culpable.

»Sé que vais ambos á abandonar la casa de la calle de Helder sin llevaros nada. No trateis de averiguar cómo lo he sabido; básteos saber que lo sé.

»Escuchad, Alberto.

»Hace veinticuatro años volvia yo á mi patria, muy alegre y muy orgulloso.

»Tenia yo una novia, Alberto, una jóven santa en quien adoraba, y le traia á mi novia ciento cincuenta luises, ahorrados á costa de penosísimos trabajos. Este dinero era para ella, para ella venia destinad por mí, que sabiendo lo pérfido que es el mar, lo enterré en el jardinito de la casa que habitaba mi padre en Marsella en la alameda de Meilhan.

»Vuestra madre, Alberto, conoce muy bien esta pobre casita de mis amores.

»Al venir á Paris ahora últimamente, he pasado por Marsella y he ido á ver aquella casa que guarda recuerdos tan dolorosos.

»Por la noche me puse á cabar con una azada en el sitio donde habia yo enterrado mi tesoro.

»La cajita de hierro estaba en el mismo sitio todavía; nadie la habia tocado.

»Se halla en el rincon que cubre con su sombra una magnífica higuera, plantada por mi padre el dia en que yo nací.

»Pues bien, Alberto, aquel dinero que en otro tiempo debió contribuir á la vida y á la tranquilidad de aquella mujer que yo adoraba, hoy por un azar estraño y doloroso encuentra el mismo destino.

»¡Oh! comprended bien mi pensamiento; comprendedme bien á mí, que podria ofrecer millones á esa pobre mujer, y que le devuelvo solamente el pedazo de pan negro olvidado en mi pobre casa desde el dia en que me separaron de mis amores.

»Sois, Alberto, un hombre generoso; pero quizás os ciegue el orgullo ó el rencor.

»Si rehusais mi oferta, si pedís á otro lo que yo tengo derecho á ofreceros, diré que es poca generosidad en vos rehusar la vida de vuestra madre, que os ofrece un hombre, cuyo padre murió de hambre y de desesperacion por culpa del vuestro.»

Terminada esta carta, Alberto se quedó pálido é inmóvil esperando la decision de su madre.

Mercedes dirigió al cielo una mirada de inefable espresion.

—Acepto, dijo; él tiene derecho á pagar la dote que yo lleve á un convento.

Y poniéndose la mano sobre el corazon, cogióse del brazo de su hijo, y con paso quizás mas seguro de lo que esperaba ella misma, dirigióse á la escalera.

CAPITULO XIV.

EL SUICIDIO.

Entre tanto Monte-Cristo habia vuelto tambien á la poblacion con Manuel y Maximiliano.

La vuelta fué alegre.

Manuel no disimulaba su júbilo por haber visto sucederse la paz á la guerra, y proclamaba en voz alta sus ideas filantrópicas.

Reclinado Morrel en un rincon del carruaje, dejaba evaporarse en palabras la alegría de su cuñado, y guardaba en sí mismo una alegría tambien sincera, pero que solo brillaba en sus miradas.

En la barrera del Trono se encontraron á Bertuccio, que los esperaba allí inmóvil como un centinela.

Monte-Cristo sacó la cabeza por la portezuela, cambió con él algunas palabras en voz baja, y el mayordomo desapareció.

—Señor conde, dijo Manuel al llegar á la Plaza Real, hacedme el favor de dejarme á la puerta de mi casa, á fin de que mi mujer no esté un solo momento mas inquieta por vos ni por mí.

—Si no fuese ridículo hacer alarde del triunfo, dijo Morrel, invitaria al señor conde á entrar en nuestra casa; pero él sin duda tendrá tambien corazones sobresaltados que tranquilizar. Ya hemos llegado, Manuel. Saludemos á nuestro amigo, y dejémosle proseguir su marcha.

—Un momento, señores, dijo Monte-Cristo; no vayais á privarme de una vez de mis dos compañeros. Entrad vos, Manuel, á tranquilizar á vuestra encantadora esposa, á quien dareis mil afectos de mi parte, y

acompañadme vos, Morrel, á los Campos Elíseos.

—Me viene á las mil maravillas, dijo Maximiliano, porque tengo que hacer en vuestro barrio, conde.

—¿Te esperaremos para almorzar? le preguntó Manuel.

—No, respondió el jóven.

Volvióse á cerrar la portezuela, y el carruaje prosiguió su camino.

—¿Veis cómo yo os he proporcionado una dicha? dijo Morrel cuando se halló solo con el conde. ¿No habeis pensado en ello?

—Sí tal, dijo Monte-Cristo. Por eso os quisiera tener siempre á mi lado.

—Es milagroso, continuó Morrel, respondiendo á su propio pensamiento.

—¿Lo qué? dijo Monte-Cristo.

—Lo que acaba de pasar.

—Sí, respondió el conde sonriéndose. Esa es la palabra: milagroso.

—Porque en fin, Alberto es valiente, repuso Morrel.

—Muy valiente, dijo el conde. Le he visto dormir con el puñal levantado sobre su cabeza.

—Y yo sé que se ha batido dos veces, y bien, dijo Morrel. Conciliad esto con la conducta de esta mañana.

—Siempre vuestra influencia, repuso Monte-Cristo sonriéndose.

—La fortuna de Alberto, dijo Morrel, es no ser militar.

—¿Por qué?

—¡Escusas en el campo! dijo el jóven meneando la cabeza.

—Vamos, dijo el conde con dulzura, no vayais, Morrel, á caer en las preocupaciones de los hombres vulgares. ¿No confesareis que puesto que Alberto es valiente, no puede ser cobarde? ¿que es preciso que haya tenido alguna razon para hacer lo que ha hecho esta mañana, y que por lo tanto su conducta es mas bien heróica que otra cosa?

—Sin duda, sin duda, respondió Morrel; pero yo digo como los españoles: hoy ha sido menos valiente que ayer.

—Almorzareis conmigo, ¿no es verdad, Morrel?

—No. A las diez os dejo.

—¿Era vuestra cita para almorzar?

Morrel se sonrió, meneando la cabeza.

—Pero en fin, en alguna parte habeis de almorzar.

—¿Y si no tengo hambre? dijo el jóven.

—¡Oh! murmuró el conde. No conozco mas que dos sentimientos que quiten así el apetito; el dolor (y como por fortuna os veo muy alegre, no puede ser ese) y el amor. Ahora bien: segun lo que me habeis dicho de vuestro corazon, me es permitido creer...

—Conde, no digo que no, repuso Morrel.

—¿Y no me lo contais, Maximiliano? replicó el conde con un tono tan vivo, que revelaba el interés que tenia en conocer el secreto.

—Esta mañana os he demostrado que tenia corazon, ¿no es verdad, conde?

Monte-Cristo, por toda respuesta, tendió la mano al jóven capitan.

—Pues bien, desde que este corazon no está con vos en el bosque de Vincennes, está en otra parte, donde lo voy ahora á buscar.

—Id pues, caro amigo, dijo el conde lentamente; pero si encontrais algun obstáculo, acordaos por favor, de que yo tengo en el mundo algun poder; de que me gusta emplearlo en provecho de las personas que me son queridas, y que yo os quiero mucho, Morrel.

—Bien, dijo el jóven; me acordaré de eso como los niños egoistas se acuerdan de sus padres cuando necesitan de ellos. Cuando necesite de vos, y acaso ese momento llegará, me dirigiré á vos, conde.

—Bien, os cojo la palabra. ¡Adios!

—Hasta la vista.

En esto habian llegado á la casa de los Campos Elíseos.

Monte-Cristo abrió la portezuela.

Bertuccio le esperaba en el peristilo.

Morrel desapareció por la avenida de Marigny, y Monte-Cristo se dirigió ligeramente á Bertuccio.

—¿Qué hay? le preguntó.

—Va á abandonar su casa.

—¿Y su hijo?

—Florentino, su ayuda de cámara, crée que va á hacer lo mismo.

—Venid.

Monte-Cristo se llevó á Bertuccio al gabinete, donde escribió la carta que ya hemos visto, y se la entregó al mayordomo.

—Id á llevarla pronto, le dijo, y de paso avisad á Haydée que he vuelto.

—Aquí me teneis, dijo la jóven, que habia bajado al ruido del carruaje con el rostro radiante de alegría por ver al conde sano y salvo.

Bertuccio se marchó.

Todos los trasportes de una hija que vuelve á ver á su padre, todos los delirios de una amante que vuelve á ver á su amante, los sintió Haydée en los primeros momentos de este regreso, que esperaba con tanta impaciencia.

La alegría de Monte-Cristo no era ciertamente menos grande porque fuese menos espansiva. La alegría, para los corazones que han sufrido mucho, es lo que el rocío para las tierras abrasadas por el sol. Corazones y tierras absorven esta lluvia bienhechora sin dejarlo conocer esteriormente.

Desde algunos dias atrás iba Monte-Cristo comprendiendo una cosa que en muchos años no se habia atrevido á creer, y era, que habia para él dos Mercedes en el mundo, y que aun podia ser dichoso.

Confundíanse ávidamente sus ojos henchidos de felicidad en las miradas húmedas de Haydée, cuando se abrió la puerta repentinamente.

El conde frunció el ceño.

—M. de Morcef, dijo Bautista, como si este solo nombre encerrase su disculpa.

Con efecto, el rostro del conde se serenó.

—¿Cuál? ¿el conde ó el vizconde? preguntó Monte-Cristo.

—El conde.

—¡Dios mio! esclamó Haydée, ¿no se ha acabado eso todavía?

—Yo no sé si se habrá acabado, mi querida hija, dijo Monte-Cristo cogiéndola las manos; pero lo que yo sé es, que nada tienes que temer.

—Sin embargo, ese miserable...

—No puede nada sobre mí, Haydée, dijo Monte-Cristo. Cuando habia que temer era cuando iba á batirme con su hijo.

—Nunca podrás figurarte, señor de mi alma, lo que yo he sufrido, dijo la jóven.

Monte-Cristo se sonrió.

—Te juro por la tumba de mi padre, dijo estendiendo las manos sobre la cabeza de la jóven, que si sucede alguna desgracia no será á mí.

—Te creo, señor de mi alma, como si Dios me hablase, dijo Haydée presentando su frente al conde.

Monte-Cristo puso en aquella frente tan pura y tan hermosa un beso, que hizo palpitar á la vez dos corazones, el uno con violencia, y el otro sordamente.

—¡Oh Dios mio! murmuró el conde.

Y acompañando á la hermosa griega hácia una escalera secreta, añadió dirigiéndose á Bautista:

—Haced entrar en el salon al señor conde de Morcef.

Una palabra sobre esta visita, esperada quizás de Monte-Cristo, pero inesperada para nuestros lectores.

Mientras Mercedes, como dejamos dicho, hacia en su cuarto la especie de inventario que Alberto habia hecho en el suyo; mientras clasificaba sus joyas, cer-

raba sus armarios y reunia las llaves para dejar todas las cosas en órden, no habia reparado que una cabeza pálida y siniestra venia de vez en cuando á mirar por los cristales de una puerta que daba al corredor.

Desde allí no solo se podia ver, sino que se podia oir.

El que así curioseaba sin ser visto ni oido probablemente, vió y oyó todo lo que pasaba en el cuarto de Madama de Morcef.

Desde aquella puerta se trasladó el hombre de rostro pálido á la alcoba del conde de Morcef, y levantó con mano temblorosa los visillos de un balcon que daba al patio.

Así permaneció diez minutos inmóvil, mudo, escuchando los latidos de su propio corazon.

Para él era sin duda mucho diez minutos.

Entonces fué cuando Alberto, al volver de su desafío, divisó á su padre que espiaba su regreso detrás de una cortina, y volvió la cabeza á otro lado.

Los ojos del conde se dilataron de una manera espantosa.

Él sabia que el insulto de Alberto á Monte-Cristo habia sido terrible, y que un insulto semejante ocasiona un duelo á muerte en todos los paises del mundo.

Volviendo Alberto, como volvia, sano y salvo, quedaba vengado el conde.

Un indecible acceso de alegría iluminó aquel rostro lúgubre, como un último rayo de sol antes de perderse en las nubes, que parecen mas que su lecho, su tumba.

Pero ya hemos dicho que esperó en vano que el jóven subiese á su habitacion á darle cuenta de su triunfo.

Bien se comprende que un hijo no quiera ver á su padre, cuyo honor va á vengar; pero vengado ya el honor de ese padre, ¿por qué el hijo no venia á arrojarse en sus brazos?

Entonces fué cuando el conde, no pudiendo ver á Alberto, envió al criado en su busca.

Ya sabemos que Alberto le autorizó para no ocultarle nada.

Diez minutos después apareció en el peristilo el general Morcef con un gaban negro, pantalon negro, guantes negros y corbatin militar.

Segun parece, habia dado órdenes anteriores, pues apenas llegó al último escalon, cuando salió de la cuadra su carruaje enganchado, y vino á pararse ante él.

Tambien vino su ayuda de cámara á colocar en el carruaje un paletot, donde iban envueltas dos espadas.

Después, cerrando la portezuela, se colocó junto al cochero.

—A los Campos Elíseos, casa del conde Monte-Cristo, dijo el general. A escape.

Los caballos crugieron al latigazo.

Cinco minutos después paraba el coche en casa de Monte-Cristo.

Abrió M. de Morcef la portezuela por sí mismo, y moviéndose aun el carruaje, saltó como un jóven, llamó, y en un momento desapareció con su criado por la puerta entreabierta.

Un segundo después anunciaba Bautista al conde de Monte-Cristo, el conde de Morcef.

Y Monte-Cristo, llevando á Haydée á sus habitaciones, daba órden de que se hiciese entrar al conde en el salon.

Por tercera vez recorría el general el salon en toda su longitud cuando, al volverse, vió en la puerta al conde de Monte-Cristo.

—¡Ah! ¡es M. de Morcef! dijo tranquilamente el conde. Creia haber oido mal.

—Sí, yo mismo soy, respondió Morcef con una contraccion de lábios tan tremenda, que le impedia articular claramente las palabras.

—Solo me resta saber, dijo Monte-Cristo, la causa que me proporciona el honor de ver tan temprano al conde de Morcef.

—Esta mañana, ¿habeis tenido un duelo con mi hijo? le preguntó el general.

—¿Lo sabeis? respondió el conde.

—Y sé tambien que mi hijo tenia muy buenas razones para batirse con vos, y hacer todo lo que pudiese por mataros.

—Con efecto, las tenia muy buenas; pero ya veis, caballero, que á pesar de esas razones no me ha matado, y ni siquiera se ha batido.

—Y sin embargo, os miraba como el autor de la deshonra de su padre, como la causa de la espantosa ruina que en este momento cae sobre mi casa.

—Es verdad, caballero, repuso Monte-Cristo con su calma terrible. Causa secundaria y no principal.

—Sin duda le habreis dado alguna disculpa ó alguna esplicacion.

—No le he dado ninguna esplicacion, y él es el que me ha dado disculpas.

—¿Pero á qué atribuis esa conducta?

—Probablemente á la conviccion de que habia en todo esto un hombre mas culpable que yo.

—¿Y quién era ese hombre?

—Su padre.

—Sea; dijo el conde poniéndose pálido. Pero ya sabeis que el culpable no gusta de que se lo echen en cara.

—Lo sé... Por eso no me coge de nuevas lo que está sucediendo.

—¡Esperábais que mi hijo fuese un cobarde! esclamó el conde.

—M. Alberto de Morcef no es un cobarde, dijo Monte-Cristo.

—Un hombre que tiene una espada en la mano, un hombre que á la punta de esa espada tiene un enemigo mortal, ese hombre es un cobarde si no se bate.

—Presumo, caballero, repuso Monte-Cristo friamente, que no habreis venido aquí á contarme vuestros resentimientos de familia. Eso, id á decírselo á Alberto, que él sabrá responderos acaso.

—¡Oh! no, no, replicó el general con una sonrisa que se disipó en el acto. Teneis razon, no he venido á eso. He venido á deciros que yo tambien os tengo por enemigo mio. He venido á deciros que os aborrezco instintivamente, que me parece que os he conocido siempre, y que en fin, puesto que los jóvenes de este siglo no se baten, á nosotros nos toca hacerlo... ¿Es esa vuestra opinion, caballero?

—Absolutamente. Cuando os dije que preveia lo que sucede, hablaba de esta visita vuestra.

—Tanto mejor... ¿Teneis hechos vuestros preparativos?

—Los tengo siempre, caballero.

—¿Sabeis que nos batiremos hasta que muera uno de los dos? dijo el general rechinando los dientes de rabia.

—Hasta que muera uno de los dos, respondió el conde de Monte-Cristo con un ligero movimiento de cabeza.

—Vamos pues, no necesitamos de testigos.

—Con efecto, dijo Monte-Cristo, son inútiles, porque nos conocemos tan bien...

—Al contrario, dijo el conde, no nos conocemos.

—¡Bah! repuso Monte-Cristo con la misma flema desesperante. Vamos por partes. ¿No sois vos el soldado Fernando, que se desertó la víspera de la batalla de Waterloo? ¿No sois el teniente Fernando, que fué espía en España del ejército francés? ¿No sois el coronel Fernando, que engañó, vendió y asesinó á su bienhechor Alí? Y todos estos Fernandos juntos, ¿no son el teniente-general conde de Morcef y Par de Francia?

—¡Oh miserable! esclamó el general, herido de estas palabras como por un hierro candente. ¡Miserable! ¡que me echas en cara mi deshonra en el momento acaso que vas á matarme! ¡No! yo no he dicho que te fuese desconocido. Yo sé bien, demonio, que has penetra-



do en la noche del pasado, y que has leído, ignoro á qué luz, cada página de mi vida; pero quizás en mi oprobio hay todavía mas honor en mí, que en tí bajo tus pomposas apariencias! ¡No, no! Ya sé que me conoces. ¡Yo soy el que no te conozco, aventurero cosido de oro y de pedrerías! En París te haces llamar el conde de Monte-Cristo. En Italia, Simbad el Marino. En Malta, qué sé yo, lo he olvidado. Pero lo que yo te pregunto es tu nombre real; tu nombre verdadero es el que yo y que sintiendo crugir sus dientes y faltarle las piernas, retrocedió un paso, y no se detuvo hasta encontrar una mesa que sirviese de punto de apoyo á su crispada mano.

—Fernando, le gritó, de mis cien nombres solo uno necesitaria pronunciar para aniquilarte; pero ese nombre lo adivinas, ¿no es verdad? ó si no lo adivinas lo recuerdas, porque á pesar de mis pesares y de mis sufrimientos, te enseño hoy un rostro rejuvenecido por el

Mi vocacion era ser artista.

Quiero saber entre tus cien nombres, para poderlo pronunciar en el combate cuando te hunda mi espada en el corazon.

El conde de Monte-Cristo palideció de una manera terrible; sus ojos lánguidos se iluminaron con un fuego devorador, y dando un salto hácia el gabinete inmediato á sus habitaciones, en menos de un segundo se arrancó su corbata, su gaban y su chaleco, y se puso una chaqueta y un sombrero de marino, bajo el cual cayeron en bucles sus largos cabellos negros.

Y así volvió tremendo, implacable, con los brazos cruzados adonde estaba el general, que no habia comprendido la causa de su desaparicion, que le esperaba, placer de la venganza; un rostro que debes haber visto muchas veces en sueños después de tu casamiento... con Mercedes, que era mi novia.

Caida la cabeza hácia atrás, estendidos los brazos y fija la mirada, devoró el general en silencio este espectáculo terrible.

Buscando después la pared como punto de apoyo, se deslizó por ella lentamente hasta la puerta, por donde salió de espaldas, dejando escapar este solo grito lúgubre, lamentable, desgarrador:

—¡Edmundo Dantés!

Luego, exhalando unos suspiros que nada tenian de humano, arrastróse hasta el peristilo de la casa; atra-

vesó el patio como un hombre borracho, y cayó en brazos de su ayuda de cámara, murmurando con inintelígible voz:

—¡A casa! ¡á casa!

Por el camino, el aire fresco y la vergüenza que le causaba la curiosidad de sus criados le pusieron en situacion de coordinar sus ideas.

Pero el camino fué corto, y á medida que se acercaba á su casa ibanse renovando todos los dolores del conde.

A algunos pasos de la casa mandó parar y se apeó.

La puerta estaba abierta de par en par.

Un fiacre, sorprendido de que lo llamasen á aquella mansion magnífica, estaba parado en medio del patio.

El conde lo miró con espanto, pero sin atreverse á hacer ninguna pregunta, y se lanzó á su habitacion.

Dos personas bajaban la escalera, y por no encontrarse con ellas, apenas tuvo tiempo para meterse en un gabinete.

Era Mercedes, del brazo con su hijo.

Los dos abandonaban aquella casa.

Oculto el desgraciado conde tras la cortina de damasco, los vió pasar junto á sí, y aun le rozó algun tanto el vestido de seda de Mercedes, y sintió tambien en su rostro el tibio acento de estas palabras, pronunciadas por su hijo:

—¡Valor, madre mia! ¡Venid, venid! que ya no es esta nuestra casa.

Las palabras se estinguieron y los pasos se alejaron.

El general se incorporó, con sus crispados dedos clavados en la cortina de damasco.

Comprimia el sollozo mas horrible que haya salido nunca del pecho de un padre, abandonado á la par por su mujer y por su hijo.

Poco tiempo despues oyó cerrar la portezuela de hierro del fiacre, y la voz del cochero y el ruido de las ruedas conmovieron todos los cristales de la casa.

Entonces se lanzó á su habitacion para ver por última vez todo lo que habia amado en el mundo; pero el carruaje partió sin que Mercedes ni Alberto sacasen la cabeza por la portezuela para dar á aquella casa solitaria, á aquel padre y aquel esposo abandonado la última mirada, un adios y un suspiro; es decir, el perdon.

En el mismo momento en que el carruaje se perdia de vista resonó un tiro, y una bocanada de humo negro salió por los cristales de la ventana, cristales que habia roto la esplosion.

CAPITULO XV.

VALENTINA.

Fácilmente se adivina lo que Morrel tenia que hacer, y dónde era su cita.

Así pues, al separarse de Monte-Cristo se dirigió lentamente á casa de Villefort.

Hemos dicho lentamente, porque Morrel tenia á su disposicion mas de media hora para andar quinientos pasos. Pero á pesar de esto se habia apresurado á separarse de Monte-Cristo, deseando hallarse solo con sus pensamientos.

El sabia muy bien la hora en que Valentina, que presenciaba el almuerzo de Noirtier, estaba segura de que no la interrumpiese nadie.

Noirtier y Valentina le habian concedido dos visitas por semana, y Maximiliano venia á usar de su derecho.

Cuando llegó, ya le esperaba Valentina.

Inquieta y casi trastornada le trabó de la mano y llevóle á presencia de su abuelo.

Esta inquietud, llevada casi hasta el trastorno como lo diremos, era hija del ruido que habia hecho en la sociedad la aventura de Morcef, y de que tambien se sabia (el mundo lo sabe todo) la aventura de la Opera.

Nadie dudaba en casa de Villefort de que fuese un desafío la consecuencia forzosa de esta aventura.

Valentina habia adivinado con su instinto de mujer que Morrel sería padrino de Monte-Cristo, y conociendo el valor del jóven y la profunda amistad que profesaba al conde, temia que no supiese contenerse en los límites de su papel secundario.

Ya se comprenderá la avidez con que fueron pedidos, dados y recibidos los detalles y las noticias, y Maximiliano pudo leer un júbilo indecible en los ojos de su amada cuando supo que aquel tremendo negocio habia tenido un desenlace no menos feliz que inesperado.

—Ahora, dijo Valentina haciendo seña á Morrel de que se sentara junto al anciano, y sentándose tambien ella en el taburete en que apoyaba los pies, ahora hablemos un poco de nuestros asuntos. Ya sabeis, Maximiliano, que mi abuelito tuvo un instante la idea de abandonar esta casa.

—Sí, dijo Maximiliano, recuerdo ese proyecto, y por cierto que lo aplaudí yo mucho.

—Pues seguid aplaudiendo, Maximiliano, dijo Valentina, porque mi abuelito insiste.

—¡Bravo! esclamó Maximiliano.

—¿Y sabeis qué razon da? repuso Valentina.

Noirtier miraba á su nieta para imponerle silencio; pero Valentina no miraba á Noirtier.

Sus ojos, sus miradas, sus sonrisas, todo era para Maximiliano.

—¡Oh! esclamó este, cualquiera que sea la razon que dé M. Noirtier, la declaro y la tengo por buena.

—¡Escelente! dijo Valentina. Presume que los aires del barrio de San Honorato no son buenos para mí.

—Con efecto, podria tener muy bien razon M. Noirtier, añadió Maximiliano. Hace quince dias que me parece que se va alterando vuestra salud.

—Un poco, es verdad, respondió Valentina. Por eso mi abuelito se ha constituido en médico, y como él lo sabe todo, tengo mucha confianza en él.

—Pero en fin, ¿es cierto que estais indispuesta? le preguntó Morrel vivamente.

—¡Oh Dios mio! Eso no se llama estar indispuesta. Siento un malestar general; pero nada mas. He perdido el apetito, y me parece que mi estómago sostiene una violenta lucha para acostumbrarse á alguna cosa.

Noirtier no perdia ni una palabra siquiera de Valentina.

—¿Y qué tratamiento seguís para ese mal desconocido?

—¡Oh! es muy sencillo, dijo Valentina. Tomo todos los dias una cucharada de la medicina que traen para mi abuelo, y cuando digo una cucharada, es porque empecé por una, pero ya tomo cuatro. Mi abuelo pretende que esa medicina es una panacea.

Y Valentina se sonreia al decir esto, pero con una sonrisa algo triste y dolorosa.

Maximiliano, ébrio de amor, la contemplaba en silencio.

Muy hermosa estaba, pero su palidez habia tomado un colorido *mas mate*, sus ojos brillaban con un fuego mas ardiente que de costumbre, y sus manos, que eran blancas como el nacar, parecian ahora de cera.

Desde Valentina alzó el jóven sus ojos á Noirtier.

Este, con aquella estraña y profunda inteligencia que tenia, consideraba á la jóven estática en su amor.

Pero él tambien, como Maximiliano, observaba las huellas de un sufrimiento sordo tan poco visible, que habia pasado de todos desapercibido, menos del padre y del amante.

—Pero esa medicina de que tomais cuatro cucharadas, ¿no es la que han recetado á M. Noirtier?

—Ya sé que es muy amarga, dijo Valentina, tan amarga, que todo lo que bebo despues me parece que tiene el mismo sabor.

Noirtier miró á su nieta con aire interrogador.

—Sí, abuelito, como lo digo, respondió Valentina. Ahora mismo, antes de bajar á verte, he tomado un va-

so de agua con azúcar, y mira, dejé la mitad porque me pareció que amargaba.

Noirtier se puso pálido, é hizo seña de que queria hablar.

Valentina se levantó á coger el diccionario.

Noirtier la seguia con espresion de vivísima angustia.

Con efecto, las mejillas se le iban coloreando, y la sangre se le subia á la cabeza.

—¡Calle! esclamó sin perder su buen humor. ¡Es cosa rara! ¡un mareo! ¿Si será el sol, que me ha dado en los ojos?

Y se apoyó en la puerta del balcon.

—Está nublado, dijo Morrel, aun mas inquieto con la ansiedad de Noirtier que con la indisposicion de Valentina.

Y corrió á sostenerla.

La jóven se sonrió de aquel sobresalto.

—Tranquilízate, abuelito, dijo á Noirtier. Tranquilizaos, Maximiliano. No es nada, ya pasó; pero escuchad. ¿No es el ruido de un carruaje lo que se oye en el patio?

Y abriendo la puerta de Noirtier, corrió á la ventana del corredor, volviendo al poco tiempo.

—Sí, dijo. Son Madama Danglars y su hija, que vienen á hacernos una visita. Adios, me voy corriendo, porque si no vendrian á buscarme; ó mas bien hasta la vista, Maximiliano. Quedaos con mi abuelito, que os prometo no tardar mucho.

Morrel la siguió con los ojos, vióla cerrar la puerta, y la oyó subir la escalerilla que conducia á las habitaciones de Villefort.

En cuanto ella desapareció, Noirtier hizo seña á Morrel de que cogiese el diccionario.

Morrel obedeció.

Aleccionado por Valentina, se habia acostumbrado ya á comprender al anciano.

Sin embargo, no era tanta su costumbre que no tardase diez minutos en pasar revista á casi todas las letras del alfabeto, y en encontrar cada una de las palabras que componian este pensamiento:

«Buscad el vaso y la botella, que estan en la habitacion de Valentina.»

Morrel llamó en seguida al criado que habia reemplazado á Barrois, y le dió esta órden en nombre de Noirtier.

El criado volvió un instante despues.

La botella y el vaso estaban enteramente vacíos.

Noirtier hizo seña de que queria hablar.

—¿Por qué estan vacíos el vaso y la botella? preguntó. Valentina ha dicho que solo habia bebido medio vaso.

En la traduccion de esta pregunta se tardaron otros cinco minutos.

—No lo sé, dijo el criado; pero la doncella está en la habitacion de la señorita Valentina, y quizás ella los habrá vaciado.

—Preguntádselo, dijo Morrel, traduciendo esta vez el pensamiento de Noirtier por su mirada.

El criado salió, volviendo al poco tiempo.

—La señorita Valentina, dijo, ha pasado por su habitacion al ir á la de Madama de Villefort, y como tenia sed, ha bebido al pasar lo que tenia el vaso. En cuanto á la botella, la ha vaciado el niño Eduardo para hacer un estanque á sus pajaritos.

Noirtier alzó sus ojos al cielo, como el jugador que pone á una carta todo lo que posee.

Desde entonces se fijaron en la puerta los ojos del anciano, y no abandonaron esta direccion.

Las que Valentina habia visto eran con efecto Madama Danglars y su hija.

Los criados las habian conducido á la habitacion de Madama de Villefort, y por esto Valentina habia pasado por su habitacion, que estaba paralela á la de su madrastra, no habiendo entre las dos mas separacion que el dormitorio de Eduardo.

Las dos mujeres entraron en la sala con esa especie de tiesura oficial que hace presagiar una comunicacion.

Esto se conoce muy pronto entre las personas de la misma clase social.

Madama de Villefort respondió con solemnidad á esta solemnidad.

En este momento entró Valentina, y volvieron los saludos y las reverencias.

—Querida amiga, dijo la baronesa, mientras las dos jóvenes se estrechaban las manos; vengo con Eugenia á anunciaros, á vos primero que á nadie, el próximo casamiento de mi hija con el príncipe Cavalcanti.

Danglars habia seguido llamándole príncipe.

El banquero popular creia que príncipe sonaba mejor que conde.

—Entonces, permitidme que os dé la mas cordial enhorabuena, respondió Madama de Villefort. El príncipe Cavalcanti me parece un jóven dotado de raras cualidades.

—Escuchad, dijo la baronesa sonriéndose. Hablando como amigas os diré, que el príncipe no nos parece todavía todo lo que puede ser y será. Hay algo en él de ese estranjerismo que nos hace á nosotros los franceses reconocer al primer golpe de vista á un noble italiano ó aleman. Sin embargo, anuncia buen corazon y talento penetrante; y en cuanto á las conveniencias, M. Danglars asegura que su fortuna es majestuosa. Son sus propias palabras.

—Añadid además, señora, dijo Eugenia hojeando el album de Madama de Villefort, añadid que teneis á ese jóven una inclinacion particular.

—No necesito preguntaros si participais de ella, dijo Madama de Villefort.

—¿Yo? ni pizca, señora, respondió Eugenia con su aplomo ordinario. Mi vocacion no era hacerme esclava de los cuidados de una casa ó de los caprichos de un hombre, fuese quien fuese. Mi vocacion era ser artista, y libre por consiguiente de cuerpo y alma.

Eugenia pronunció estas palabras con un acento tan vibrante y tan firme, que Valentina se ruborizó.

La temerosa jóven no podia comprender aquella naturaleza enérgica, que parecia desprovista de la timidez y de todos los atributos femeninos.

—Por lo demás, continuó Eugenia, puesto que estoy destinada á casarme de grado ó por fuerza, debo dar gracias á la Providencia que me procuró los desdenes de M. Alberto de Morcef; si no estaria casada á estas horas con un hombre sin honor.

—Es muy cierto, dijo la baronesa con ese estraño candor que algunas veces se nota en las damas de tono, candor que no puede hacerle perder por completo su roce con la clase media. Oh! es muy cierto. Si los Morcef no hubieran vacilado, mi hija se casaba con el vizconde. El general tenia mucho interés en ello, y hasta habia venido á rogar á M. Danglars que se diera prisa. De buena nos hemos librado.

—¿Pero acaso recae el deshonor del padre sobre el hijo? repuso Valentina tímidamente. M. Alberto no tiene nada que ver con esas traiciones del general.

—¡Oh, sí! querida amiga, dijo la implacable jóven. Alberto reclama y merece su parte de deshonor. Despues de haber provocado ayer en la Opera á M. de Monte-Cristo, le ha pedido hoy mil perdones sobre el terreno.

—¡Imposible! dijo Madama de Villefort.

—¡Ah querida amiga! y tan verdad como es, repuso Madama Danglars con ese mismo candor de que ya hemos hecho mérito. Lo sé por M. Debray que estaba presente.

Valentina sabia tambien la verdad, pero no respondió.

Lanzada al mar de sus recuerdos por una palabra, se habia trasladado con su imaginacion al cuarto de Noirtier, donde la esperaba Maximiliano.



Durante esta especie de éstasis, Valentina habia dejado de tomar parte en la conversacion.

Hasta imposible le hubiera sido repetir lo que se habia hablado en los últimos diez minutos.

De repente la sacó de su abstraccion la mano de Madama Danglars, que se apoyaba en su brazo.

—¿Qué es eso, señora? dijo Valentina estremeciéndose como se hubiera estremecido á un contacto eléctrico.

—Es, mi querida Valentina, dijo la baronesa, que sin duda os debeis de sentir mala.

—¡Yo! esclamó la jóven pasándose la mano por su abrasada frente.

—¡Sí! miraos en este espejo. Os habeis puesto pálida y colorada sucesivamente tres ó cuatro veces en un minuto.

—Con efecto, esclamó Eugenia, estás muy pálida.

—¡Oh! no te asustes, Eugenia. Estoy así hace algunos dias.

Y aunque la jóven no era taimada, comprendió que se le presentaba una ocasion de marcharse.

Madama de Villefort vino tambien en su ayuda.

—Retiraos, Valentina, le dijo, realmente estais enferma, y estas señoras os disimularán. Bebed un vaso de agua pura, y os pasará eso.

Valentina abrazó á Eugenia, saludó á Madama Danglars, que ya se habia levantado para salir, y se marchó.

—Esta pobre niña me tiene con mucho cuidado, dijo Madama de Villefort después de la marcha de Valentina, y no me admiraria que le sucediese algo grave.

Entre tanto Valentina, en una especie de exaltacion de que no acertaba á darse cuenta, habia atravesado la habitacion de Eduardo, sin responder á una picardigüela del niño, y por su habitacion habia llegado á la escalera.

Iba bajando los escalones, y ya solo le faltaban los tres últimos.

Llegaba ya á su oido la voz de Morrel, cuando de repente le pasó una nube por los ojos, faltáronle los piés, perdieron sus manos la fuerza para agarrarse al pasa-mano, y rodó los tres últimos escalones.

Morrel dió un salto, y abriendo la puerta encontró á Valentina tendida en el suelo.

Ligero como el rayo la cogió en sus brazos y la sentó en un sillon.

...encontró á Valentina tendida en el suelo.



Valentina abrió los ojos.

—¡Qué torpe soy! dijo con febril volubilidad. Ni aun andar sé. ¡Pues no me olvidaba de que habia tres escalones antes de llegar al descanso!

—¿Os habeis herido quizás? esclamó Morrel. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

Valentina miró en torno suyo, y al ver el espanto de que se hallaba poseido Noirtier, le dijo procurando sonreirse:

—Tranquilízate, abuelito. No es nada, no es nada. Se me fué la cabeza...

—¡Otro mareo! esclamó Morrel juntando las manos. ¡Oh! ¡cuidaos, Valentina! ¡cuidaos! yo os lo suplico.

—¡Ca! no, dijo Valentina. Os repito que ya pasó, y que no era nada. Ahora, dejadme daros una noticia. Dentro de ocho dias se casa Eugenia, y dentro de tres habrá una especie de festin, una comida de boda, á la cual estamos convidados todos, mi padre, Madama de Villefort y yo... segun he creido comprender.

—¿Cuándo nos llegará á nosotros ese dia? ¡Oh Valentina! vos que tanto influjo teneis sobre vuestro abuelo, haced que responda *pronto*.

—¿Luego contais conmigo? le preguntó Valentina, para estimular la lentitud de mi abuelito, y despertar su memoria.

—Sí, esclamó Morrel; ¡daos prisa, Dios mio! mientras no seais mi esposa, Valentina, siempre me parecerá que voy á perderos.

—¡Oh! respondió la jóven haciendo un movimiento convulsivo; eso es demasiado temor en un oficial, en un soldado que nunca conoció el miedo, segun dicen. ¡Ah! ¡ah!

Y prorrumpió en una carcajada dolorosa y ardiente, retorciéronse sus brazos, cayó su cabeza hácia atrás y quedóse sin movimiento.

El grito de terror que Dios encadenaba en los labios de Noirtier, salió de su mirada.

Morrel comprendió que se trataba de pedir socorro.

Y se colgó al cordon de la campanilla.

La doncella, que estaba en la habitacion de Valen-



La doncella y el criado acudieron á la par.

tina, y el criado, que habia reemplazado á Barrois, acudieron á la par.

Estaba Valentina tan pálida, tan fria y tan inanimada, que sin escuchar lo que les decian, dominólos el miedo que poblaba esta casa maldita, y se lanzaron por los corredores pidiendo socorro.

Madama Danglars y Eugenia terminaban en este momento su visita, y aún tuvieron tiempo de saber la causa de este rumor.

—Bien os lo habia yo dicho, esclamó Madama de Villefort. ¡Pobre niña!

CAPITULO XVI.

LA CONFESION.

En el mismo instante oyóse la voz de M. de Villefort que gritaba desde su despacho:

—¿Qué hay?

Morrel consultó con una mirada á Noirtier, que acababa de recobrar toda su sangre fria, y que con otra mirada le indicó el gabinete donde ya otra vez se habia ocultado en una circunstancia parecida.

Solo tuvo tiempo el jóven para coger su sombrero.

Oíanse ya en el corredor los pasos del procurador del rey.

Precipitóse Villefort en la habitacion, corrió á Valentina, y la tomó en sus brazos gritando:

—¡Un médico! M. d'Avrigny!... ó si no mejor es que vaya yo mismo.

Y se lanzó fuera de la habitacion.

Morrel salió por la otra puerta.

Acababa de ser herido en el corazon por un recuerdo espantable.

Asaltaba á su memoria aquella conversacion que entre Villefort y el médico habia oido la noche que murió Madama de Saint-Merán.

Los síntomas de Valentina, aunque en un grado menos temible, eran los mismos que precedieron á la muerte de Barrois.

Al mismo tiempo parecíale que zumbaban en su oido aquellas palabras que Monte-Cristo le habia dicho hacia apenas dos horas:

—Para cualquier cosa que necesiteis, Morrel, acudid á mí, que puedo algo.

Mas rápido que el pensamiento dirigióse pues desde el barrio de San Honorato á la calle de Matignon, y de la calle de Matignon á la avenida de los Campos Elíseos.

Entre tanto llegaba M. de Villefort en un cabriolé de plaza á la puerta de M. d'Avrigny.

Tiró de la campanilla con tanta violencia, que el portero vino á abrirle atolondrado.

Villefort se precipitó por la escalera, sin tener fuerzas para decirle nada.

El portero, que le conocia, le dejó pasar, advirtiéndole solamente:

—En su gabinete, señor procurador del rey, en su gabinete.

Villefort empujaba, ó dicho mejor se precipitaba ya por la puerta.

—¡Ah! dijo el doctor, ¿sois vos?

—Sí, dijo Villefort cerrando la puerta detrás de él. Sí, doctor, soy yo, que vengo á preguntaros á mi vez si estamos solos. Doctor, mi casa está maldita.

—¡Qué! dijo el médico con aparente frialdad, pero con profunda emocion interior, ¿teneis algun otro enfermo?

—Sí, doctor, sí, esclamó Villefort arrancándose con mano convulsiva un mechon de cabellos.

En aquel momento la mirada de d'Avrigny significaba:

—Ya os lo habia pronosticado.

Luego, sus labios pronunciaron lentamente estas palabras:

—¿Quién va pues á morir en vuestra casa? ¿qué nueva víctima va á acusarnos de débiles en presencia del Señor?

Un sollozo doliente desgarró el corazon de Villefort, que acercándose al médico y cogiéndole de un brazo, le dijo:

—Es Valentina, doctor. Esta vez le toca á Valentina.

—¡Vuestra hija! esclamó d'Avrigny lleno de dolor y de sorpresa.

—Ya veis que os engañábais, murmuró el magistrado. Venid á verla, y en su lecho de dolor pedidle que os perdone vuestras sospechas.

—Siempre que me habeis avisado, siempre era tarde, dijo M. d'Avrigny. Sin embargo, voy; pero démonos prisa, caballero. Con los enemigos que hay en vuestra casa no se puede perder tiempo.

—¡Oh! esta vez, doctor, no tendreis que echarme en cara mi debilidad. Descubriré al asesino y lo castigaré.

—Tratemos de salvar á la víctima antes de pensar en vengarla. Venid.

El cabriolé que habia traido á M. de Villefort volvió á llevarlos á entrambos, en el mismo momento en que Morrel, por su parte, llamaba á la puerta del conde de Monte-Cristo.

El conde se hallaba en su gabinete leyendo con suma atencion una carta muy urgente que acababa de enviarle Bertuccio.

Al oir anunciar á Morrel, que le habia abandonado dos horas antes, levantó el conde la cabeza.

Para él como para el conde habian pasado sin duda muchas cosas en estas dos horas; pues el jóven, que se habia separado de él con la sonrisa en los labios, volvia con el rostro alterado.

Levantóse pues, y salió al encuentro de su amigo.

—¿Qué hay, Maximiliano? le preguntó. Estais pálido y teneis la frente bañada de sudor.

Morrel se dejó caer sobre un sillon.

—He venido muy de prisa, dijo, porque tengo que hablaros.

—¿Estan todos buenos en vuestra familia? le preguntó el conde con un tono de afectuosa benevolencia, cuya sinceridad no hubiese nadie puesto en duda.

—¡Gracias! conde, ¡gracias! dijo el jóven embarazado visiblemente para empezar su conversacion. En mi familia no hay novedad ninguna.

—Tanto mejor. ¿Teneis algo que decirme? prosiguió el conde mas y mas inquieto.

—Sí, dijo Morrel. Vengo á vos desde una casa donde acaba de entrar la muerte.

—¿Venis de casa de M. de Morcef? le preguntó Monte-Cristo.

—No, dijo Morrel. ¿Ha muerto alguien en casa de M. de Morcef?

—El general acaba de suicidarse, respondió Monte-Cristo.

—¡Oh! ¡qué desgracia! esclamó Maximiliano.

—No para la condesa ni para Alberto, dijo Monte-Cristo; pues vale mas un padre y un esposo muerto, que un padre y un esposo deshonrado. La sangre lava la deshonra.

—¡Pobre condesa! dijo Maximiliano. A ella es á quien yo compadezco sobre todo. ¡Una mujer tan noble!

—Compadeced tambien á Alberto, Maximiliano, porque es digno hijo de la condesa, creedme. Pero volvamos á vos. Decíais que veniais á verme; ¿tendré la fortuna de que necesiteis de mí?

—Sí, necesito de vos; es decir, creo como un insensato que podríais socorrerme en una circunstancia en que solo Dios me puede socorrer.

—Hablad sin embargo.

—¡Oh! dijo Morrel, no sé en verdad si me es permitido revelar un secreto semejante; pero la fatalidad me obliga á ello, no menos que la necesidad.

Morrel se detuvo vacilante.

—¿Creeis que os amo? dijo Monte-Cristo cogiéndole una mano al jóven afectuosamente.

—¡Oh! eso me anima, y además una cosa me dice aquí (Morrel se puso la mano sobre el corazon) que no debo tener secretos para vos.

—Teneis razon, Morrel. Dios es quien habla así á vuestro corazon, y vuestro corazon es quien os habla.

—¿Me permitireis, conde, enviar á Bautista de parte

—Sí, ya voy á quedarme un poco mas tranquilo.

—Pues sabed que espero, dijo el conde sonriéndose.

—Y yo hablo. Escuchad.—Una noche me hallaba en un jardin escondido entre los árboles; nadie podia figurarse que yo estaba allí. Dos personas pasaron á mi lado; permitid que calle sus nombres provisionalmente. Iban hablando en voz baja; pero yo tenia tanto interés, que no perdí ni una sola de sus palabras.

—Sí, doctor, esclamó Villefort arrancándose con mano convulsiva un mechon de cabellos.

vuestra á llevar un recado á una persona á quien vos conoceis?

—Si yo estoy á vuestra disposicion, ¿no lo han de estar mis criados?

—¡Oh! es que no podré vivir mientras que no sepa con seguridad que ella está mejor.

—¿Quereis que llame á Bautista?

—No. Voy á hablarle yo mismo.

Morrel llamó á Bautista, y le dijo algunas palabras en voz baja.

El ayuda de cámara se marchó corriendo.

—¿Está ya hecho eso? le preguntó Monte-Cristo á Morrel viéndole entrar de nuevo.

—Lúgubre es el prólogo, Maximiliano, á juzgar por vuestra palidez y vuestro estremecimiento.

—¡Oh! sí, muy lúgubre, amigo mio! Acababa de morir una persona en aquella casa, y una de las dos, cuya conversacion yo oia, era su dueño, y la otra el facultativo. El primero iba confiando al segundo sus temores y sus penas, porque era la segunda vez que en un solo mes venia la muerte rápida é imprevista á visitar aquella casa, que parecia designada á la cólera del cielo por algun ángel esterminador.

—¡Ah! ¡ah! dijo Monte-Cristo mirando al jóven fijamente y dando á su sillon un movimiento imperceptible, de modo que él quedase oculto en la sombra, mien-



tras la luz daba de lleno en el rostro de Morrel.

—Sí, prosiguió este; la muerte habia entrado dos veces en aquella casa en un solo mes.

—¿Y qué decia el médico? le preguntó Monte Cristo.

—Decia... que esta muerte no era natural, y era preciso atribuirla...

—¿A qué?

—Al veneno.

—¿De veras? dijo Monte-Cristo con aquella ligera tos que en los momentos supremos le servia para ocultar ya su rubor, ya su palidez, ya la atencion misma con que escuchaba. ¿De veras, Maximiliano? ¿oísteis todo eso?

—Sí, querido conde. Lo oí, y el doctor añadió, que si se repitiese tan funesto acontecimiento, se creeria obligado á recurrir á la justicia.

Monte-Cristo escuchaba ó aparentaba escuchar con la calma mas perfecta.

—Pues bien, añadió Maximiliano; la muerte ha venido por tercera vez, y ni el amo de la casa ni el mismo médico han desplegado sus labios. Quizás la muerte va á venir por cuarta vez. Conde, ¿á qué creeis que me obliga el descubrimiento de este secreto?

—Paréceme, querido amigo, que contais una aventura que sabe todo el mundo de memoria. Yo conozco la casa donde habeis oido eso, ó conozco por lo menos una muy parecida; una casa en donde hay un jardin, un padre de familia y un médico; una casa donde ha habido tres muertes estrañas y repentinas. Pues bien, miradme. Yo no he interceptado confidencia ninguna, y sin embargo lo sé todo tan bien como vos, sin que tenga por eso escrúpulo de conciencia. ¿Qué me importa á mí? Decís que no parece sino que un ángel esterminador haya designado esa casa á la cólera del cielo. ¿Quién os dice que esa suposicion no es una verdad? No veais las cosas que no quieren ver los que tienen interés en verlas. Si es la justicia y no la cólera de Dios la que se cierne sobre esa casa, Maximiliano, volved la cabeza y dejad pasar á la justicia de Dios.

Morrel se estremeció.

El acento del conde tenia algo de lúgubre y de solemne al par.

—Además, prosiguió cambiando de acento de tal modo, que parecia que estas últimas palabras no salian de la boca del mismo hombre; además, ¿quién nos dice que esa catástrofe no se repetirá?

—Se repite, conde, esclamó Morrel; se repite, y por eso vengo á buscaros.

—Bien; ¿qué quereis que yo haga, Morrel? ¿quereis que avise al procurador del rey?

Pronunció Monte-Cristo estas últimas palabras con tanta claridad y con una acentuacion tan vibrante, que Morrel se levantó de repente esclamando:

—¡Conde! ¡Conde! ¿Sabeis de quién hablo, no es verdad?

—Perfectamente, mi buen amigo, y voy á probároslo poniendo los puntos sobre las íes, ó dicho mejor, dándoles sus nombres á las personas. Una noche os habeis estado paseando por el jardin de M. de Villefort; y de lo que me habeis contado, deduzco que fué la noche que murió Madama de Saint-Merán. Oísteis á M. de Villefort hablar con M. d'Avrigny de la muerte de M. de Saint-Merán, y de la no menos estraña de la marquesa. M d'Avrigny decia, que creia en un envenenamiento y aun en dos envenenamientos, y aquí teneis cómo vos, hombre honrado por escelencia, os ocupais desde aquel mismo instante en consultar á vuestro corazon y en echar la sonda en vuestra conciencia para saber si debeis revelar este secreto ó callarlo. Ya no estamos en la edad media, amigo mio: ya no hay ningun Saint Edhme, ni jueces francos: ¿qué diablos vais á pedir á esas personas? Conciencia, ¿qué me quieres? como dice Sterne. Bá, querido mio, dejadlos dormir, si duermen; dejadlos sufrir en sus insomnios si tienen insomnios; y dormid por el amor de Dios, vos, que no teneis remordimientos que os quiten el sueño.

En las facciones de Morrel se pintó un dolor inconcebible, y cogiendo la mano de Monte-Cristo, le dijo:

—Pero la catástrofe se va á repetir.

—¡Y qué importa! respondió el conde admirado de aquella insistencia que no comprendia, y mirando á Maximiliano con mas atencion. Dejad que se repita. Es una familia de Atridas condenada por Dios, y han de sufrir su sentencia. Van todos á desaparecer como esos castillos que fabrican los niños con naipes, que al soplo de su creador caen unos tras otros, y caerian aunque hubiese doscientos. Hace tres meses cayó M. de Saint-Merán. Hace dos meses cayó Madama de Saint-Merán. El otro dia, Barrois. Hoy, el anciano Noirtier ó la jóven Valentina.

—¡Lo sabiais! esclamó Morrel en un acceso tal de terror, que hizo estremecer á Monte-Cristo; á él, que hubiera permanecido impasible aunque el cielo se hundiese. ¡Lo sabiais, y no lo revelábais!

—¿Y qué me importa? repuso Monte-Cristo encogiéndose de hombros. ¿Conozco yo acaso á esas gentes, ni debo yo perder á uno por salvar al otro? No á fe mia; porque no tengo preferencia ninguna entre el culpable y la víctima.

—Pero yo, esclamó Morrel ahogándose de dolor, yo la amo.

—¿La amais? ¿á quién? esclamó Monte-Cristo dando un salto y estrechando las dos manos, que Morrel elevaba al cielo retorciéndoselas.

—Yo amo perdidamente; yo amo como un insensato, como aquel que daria toda su sangre por ahorrarle una lágrima. Amo á Valentina de Villefort, á quien estan asesinando en este momento. ¡Lo entendeis? La amo, y pregunto á Dios y á vos cómo podré salvarla.

Monte-Cristo soltó un grito salvage, del que solo pueden formarse idea los que hayan oido rugir al leon herido.

—¡Desgraciado! esclamó retorciéndose los brazos á su vez. ¡Desgraciado! ¡amas á Valentina! ¡amas á ese vástago de una raza maldita!

¡Nunca habia visto Morrel una cólera semejante!

¡Nunca habia visto chispear una mirada tan terrible como aquella!

¡Nunca el genio del terror, que tantas veces se le habia aparecido en los campos de batalla y en las noches homicidas de Argel, habia derramado en torno suyo reflejos mas siniestros!

Y retrocedió espantado.

En cuanto á Monte-Cristo, después de estas emociones y de estas palabras, cerró un momento los ojos como deslumbrado por un fuego interno.

En este momento se reconcentró en sí mismo con tanto poder, que se veia apaciguarse poco á poco la agitacion ondulosa de su pecho henchido de tempestades, como después de la tormenta se ven apaciguarse, bajo los rayos del sol, las olas turbulentas y espumosas.

Medio minuto sobre poco mas ó menos duraria este silencio, este recogimiento y esta lucha.

Después levantó el conde su frente pálida.

—Ved, amigo mio, dijo con voz casi tranquila, cómo Dios sabe castigar por su indiferencia á los hombres mas orgullosos y frios delante de los terribles espectáculos que les proporciona. Yo, que espectador [illegible] é impasible miraba desarrollarse esta [illegible] yo, que semejante al ángel malo, me reia del [illegible] hacen los hombres ayudado del secreto (y el [illegible] fácil de guardar para los ricos y los poderosos [illegible] que á mi vez me siento mordido, y mord[illegible] zon por esa serpiente, cuya marcha [illegible]

Morrel exhaló un gem[illegible]

—Vamos, vamos, [illegible] jas como esa. Sed homb[illegible] za, porque estoy a[illegible]

Morrel meneó la [illegible]



—Os digo que tengais esperanza, ¿me comprendeis? esclamó Monte-Cristo. Sabed que nunca miento, y que nunca me equivoco. Ahora es mediodia, Maximiliano; dad gracias al cielo de haber venido á mediodia, en vez de venir esta tarde ó mañana por la mañana. Escuchad, pues, lo que voy á deciros. Ahora es mediodia; si Valentina no ha muerto hasta ahora, no morirá.

—¡Dios mio! esclamó Morrel. ¡Si yo la he dejado moribunda!!...

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó Morrel, me espantais, conde, con esa sangre fria. ¿Podeis algo contra la muerte? ¿Sois mas que un hombre? ¿Sois un ángel? ¿Sois un Dios?

Y aquel jóven, que no habia retrocedido ante ningun peligro, retrocedia ante Monte-Cristo poseido de terror.

Pero el conde le miró con una sonrisa tan melancólica y tan dulce á la vez, que Maximiliano sintió sus ojos llenarse de lágrimas.



—¡Desgraciado! ¡jamas á ese vástago de una raza maldita!

Monte-Cristo reclinó su frente sobre sus manos.

¿Qué pasó entonces en aquella cabeza, tan preñada de secretos horribles?

¿Qué le dijo á aquel espíritu tan implacable y tan humano á la vez el ángel de la luz ó el ángel de las tinieblas?

¡Solo Dios lo sabe!

Levantó la frente Monte-Cristo, y esta vez estaba tranquila como la de un niño que despierta.

—Maximiliano, dijo, volved tranquilo á vuestra casa, y os encargo que no deis un paso ni aun dejeis salir á vuestro rostro la sombra de un pesar. Yo os enviaré noticias; idos.

—Algo puedo, amigo mio, respondió el conde. Idos necesito estar solo.

Subyugado Morrel por aquel prodigioso ascendiente que Monte-Cristo ejercia sobre todo lo que le rodeaba, no trató siquiera de resistirlo.

Marchóse, pues, después de estrechar la mano de. conde.

Sin embargo, á la puerta se detuvo para esperar á Bautista, á quien vió venir corriendo por la esquina de la calle de Matignon.

Entre tanto Villefort y d'Avrigny habian corrido tambien.

A su llegada, Valentina no habia recobrado aun e.

conocimiento, y el médico la examinó con el cuidado que aconsejaban las circunstancias, y con la profundidad que le aconsejaba el secreto de que era dueño.

Pendiente Villefort de su mirada y de sus labios, esperaba el resultado de su reconocimiento.

Noirtier, mas pálido que la jóven y mas ansioso que el mismo Villefort, lo esperaba tambien, y todo en él se hacia inteligencia y sensibilidad.

Al cabo d'Avrigny dejó escapar lentamente estas palabras:

—Aun vive.

—¡Aun! esclamó Villefort. ¡Oh, doctor! ¡qué terrible palabra habeis pronunciado!

—Y la repito, dijo el médico. Vive aun, lo que me sorprende mucho.

—¿Pero se ha salvado? le preguntó el padre.

—Sí, puesto que vive.

En este momento la mirada de d'Avrigny se encontró con la de Noirtier.

Brillaba en aquella mirada una alegría tan estraordinaria y un pensamiento tan rico y tan fecundo, que el médico se quedó admirado.

Dejó caer en su sillon á la jóven, cuyos labios se dibujaban apenas en su semblante, tan pálidos y tan blancos estaban, y quedóse inmóvil mirando á Noirtier, que no parecia sino que esperase y fuese comentando todos los movimientos del doctor.

—Caballero, dijo este entonces al procurador del rey, hacedme el gusto de llamar á la doncella de Valentina.

En seguida que Villefort cerró la puerta tras sí, acercóse el médico á Noirtier.

—¿Teneis algo que decirme? le preguntó.

El anciano cerró los ojos espresivamente, que era, como lo recordará el lector, el único signo afirmativo que podia hacer.

—¿A mí solo?

—Sí, respondió Noirtier.

—Bien; me quedaré con vos.

En este momento volvió Villefort con la doncella. Detrás de la doncella venia Madama de Villefort.

—¿Qué ha hecho esta querida niña? esclamó al entrar. Salió ahora de mi cuarto, y aunque se quejaba de estar algo mala, no creí que fuese cosa seria.

Y la jóven, con las lágrimas en los ojos y con todas las muestras de afecto, acercóse á Valentina y le cogió una mano.

D'Avrigny, que seguia mirando á Noirtier, vió dilatarse y redondearse sus ojos, palidecer y temblar sus mejillas, y empaparse en sudor su frente.

—¡Ah! murmuró involuntariamente, siguiendo la direccion de los ojos de Noirtier, es decir, fijando los suyos en Madama de Villefort, que repetia:

—Mejor estará en su cama esta pobre niña. Venid, Fanny, y la acostaremos.

M. d'Avrigny, que veia en esta proposicion un medio de quedarse solo con Noirtier, hizo con la cabeza una seña afirmativa; pero prohibió que tomase nada la enferma que no fuese recetado por él.

Lleváronse pues á Valentina, que habia recobrado el conocimiento, pero que se hallaba incapaz de obrar y casi de hablar, por lo destrozado que estaban sus miembros de resultas de aquel accidente.

Sin embargo, tuvo fuerzas para saludar con una mirada á su abuelito, á quien parecia que con llevársela le arrancaban el alma.

D'Avrigny siguió á la enferma, escribió su receta, y mandó á Villefort que tomase un cabriolé para ir en persona á la botica á hacerla preparar en su presencia, traerla por sí mismo y esperarle en la alcoba de su hija.

Después de haber renovado el encargo de que no dejasen tomar á Valentina nada, bajó otra vez al cuarto de Noirtier, cerró la puerta cuidadosamente, y después de asegurarse de que nadie le escuchaba, dijo:

—Veamos, ¿sabeis algo sobre esa enfermedad de vuestra nieta?

—Sí, respondió el anciano con los ojos.

—Oid. No tenemos tiempo que perder. Voy á preguntaros, y vos me respondereis.

Noirtier le hizo seña de que estaba dispuesto á responderle.

—¿Habeis previsto lo que ha sucedido hoy á Valentina?

—Sí.

Reflexionó un instante el médico, y acercándose mas y mas á Noirtier, añadió:

—Perdonadme lo que voy á deciros, pero en la terrible situacion en que nos encontramos ningun indicio se debe despreciar. ¿Visteis morir al pobre Barrois?

Noirtier alzó los ojos al cielo.

—¿Sabeis de qué murió? le preguntó d'Avrigny poniéndole la mano sobre el hombro.

—Sí, respondió el anciano.

—¿Creeis que su muerte haya sido natural?

Una cosa parecida á una sonrisa se dibujó en los labios inertes de Noirtier.

—¿Luego os ha ocurrido la idea de que fué envenenado?

—Sí.

—¿Y creeis que ese veneno estuviera destinado para él?

—No.

—Ahora bien, ¿creeis que la misma persona que mató á Barrois queriendo matar á otro, sea la que hoy mata á Valentina?

—Sí.

—¿Y morirá tambien? añadió d'Avrigny clavando en Noirtier una mirada profunda, y observando el efecto que esta frase producia al anciano.

—No, respondió este con un aire de triunfo, que hubiera desvanecido todas las conjeturas del adivino mas hábil.

—¿Luego teneis esperanzas? dijo d'Avrigny sorprendido.

—Sí.

—¿Qué esperanza teneis?

El anciano dió á entender con los ojos que no podia contestar.

—Ah! es verdad, murmuró d'Avrigny. ¿Esperais que el asesino se canse?

—No.

—Entonces ¿esperais que el veneno no le haga efecto á Valentina?

—Sí.

—¿Luego yo no os digo nada nuevo, añadió el doctor, al deciros que acaban de intentar envenenarla?

El anciano hizo seña con los ojos de que no le quedaba duda ninguna.

—Entonces, ¿cómo esperais que Valentina se salve?

Noirtier fijó con obstinacion sus miradas en un mismo sitio, y siguiendo d'Avrigny aquella direccion, notó que se fijaban en una botella que contenia la medicina que tomaba él todas las mañanas.

—¡Ah! ¡ah! dijo d'Avrigny iluminado por un rayo de luz, ¿habreis tenido la idea?...

Noirtier no le dejó acabar.

—Sí, sí, dijo.

—¿De prepararla contra el veneno?...

—Sí.

—¿Acostumbrándola poco á poco á él?

—Sí, sí, repitió Noirtier, gozoso de verse comprendido.

—En efecto. Vos me habeis oido decir que la brucina entraba en las medicinas que os receto.

—Sí.

—Y acostumbrándola á ese veneno, habeis querido neutralizar los efectos del otro.

Noirtier demostró la misma alegria y el mismo triunfo.

—¡Y lo habeis logrado! esclamó d'Avrigny. Sin esa precaucion, Valentina hubiera muerto hoy, sin que pudiéramos siquiera socorrerla; muerta sin misericordia

porque ha sido tan violento el ataque... pero por fortuna ya le pasó, y esta vez al menos no morirá Valentina.

Una alegría sobrehumana dilató los ojos del anciano, que se alzaron al cielo con espresion de infinita gratitud.

En este momento entró Villefort.

—Tomad, doctor, le dijo: aquí teneis lo que habeis pedido.



Lleváronse pues á Valentina.

—¿Han preparado esta medicina delante de vos?

—Sí, respondió el procurador del rey.

—¿No la habeis dejado un punto de la mano?

—No.

Avrigny cogió la botella, y vertiendo en la palma de la mano algunas gotas, las aspiró.

—Bien, dijo: subamos al cuarto de Valentina, donde daré mis instrucciones á todo el mundo; instrucciones, M. de Villefort, que vos hareis que nadie falte á ellas.

En el momento que d'Avrigny entraba en la habitacion de Valentina acompañado de Villefort, un sacerdote italiano, de apariencia severa y hablar tranquilo y resuelto, alquilaba para su uso la casa inmediata á la del procurador del rey.

Nadie pudo saber en virtud de qué transaccion los tres vecinos de la casa se mudaron á las dos horas.

Pero se dijo en el barrio que la casa estaba denunciada porque amenazaba ruina; lo que no impedia al nuevo inquilino establecerse en ella con sus modestos muebles á las cinco de aquella misma tarde.

Este trato se hizo por tres, seis ó nueve años, y el nuevo inquilino pagó seis meses adelantados, segun la costumbre establecida.

Este nuevo inquilino, que como hemos dicho era italiano, se llamaba il signor Giacomo Busconi.

Llamáronse inmediatamente obreros, y aquella misma noche los raros transeuntes que pasaban por la calle veian con sorpresa á los carpinteros y albañiles ocupados en revocar la vetusta casa.

CAPITULO VII.

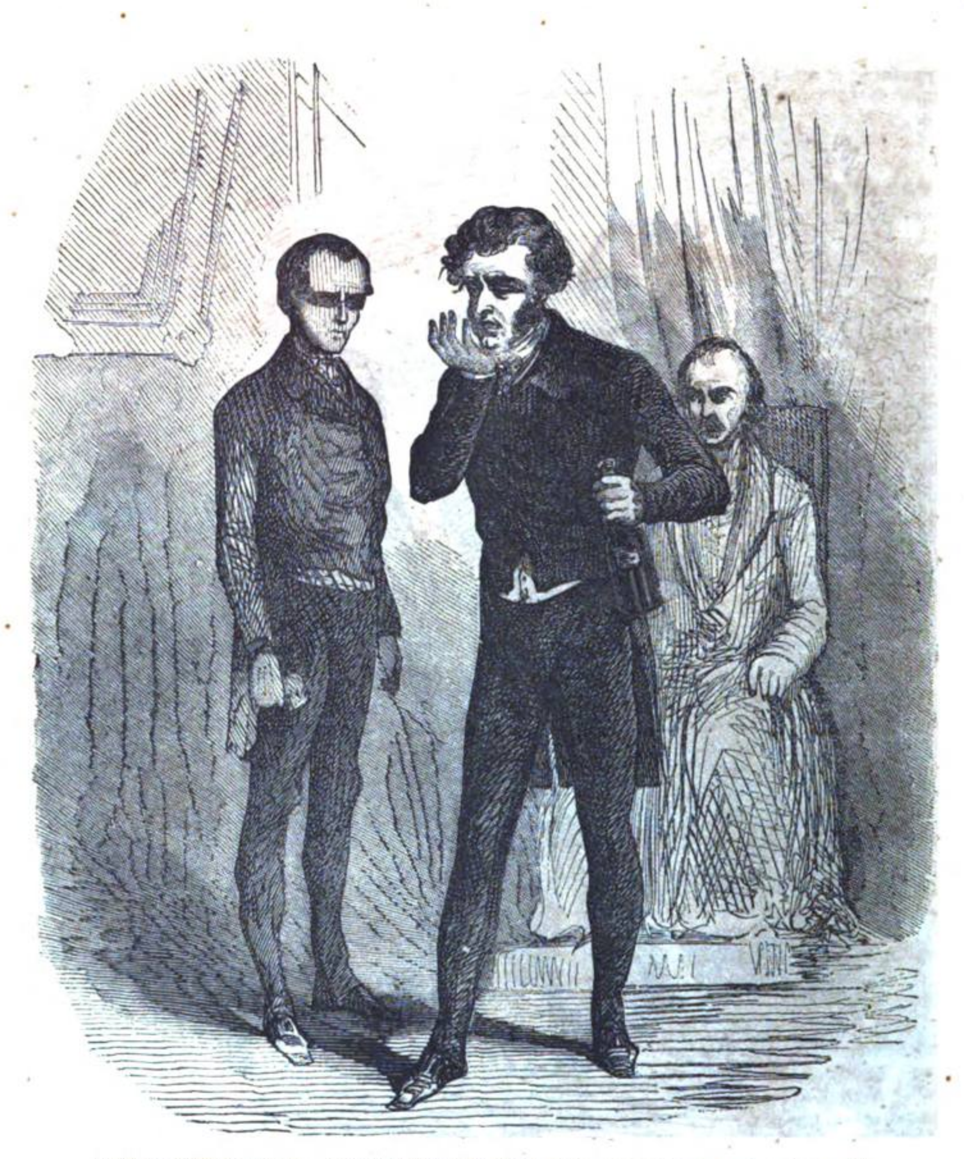
EL PADRE Y LA HIJA.

Ya hemos visto en el capítulo anterior que Madama Danglars venia á anunciar oficialmente el próximo casamiento de la señorita Eugenia Danglars con M. Andrea Cavalcanti.

Cuando se agotó su paciencia, llamó á su ayuda de cámara.

—Esteban, le dijo: ved para qué me ha encargado la señorita Eugenia que viniese á esperarla en el salon, y ved tambien por qué me hace esperar tanto tiempo.

Exhalada esta nube de mal humor, recobró el baron alguna calma.



Avrigny cogió la botella, y vertiendo en la palma de la mano algunas gotas, las aspiró.

Este anuncio oficial, que indicaba ó parecia indicar una resolucion tomada por todos los interesados en este gran negocio, habia sido precedido de una escena de que debemos dar cuenta á nuestros lectores.

Rogámosles pues que retrocedan un paso y se trasporten la misma mañana de este dia de tan grandes catástrofes, á aquel hermoso salon tan lleno de dorados y molduras, que ya les hemos dado á conocer, y que hacia el orgullo de su propietario M. Danglars

Con efecto, en este salon y á eso de las diez de la mañana, pensativo y visiblemente inquieto, estaba su amo mismo mirando á todas las puertas, y deteniéndose á cada ruido que oia.

Con efecto, la señorita Danglars al despertarse habia pedido una audiencia á su padre, designando el salon dorado para verificarla.

La singularidad de esta peticion y su carácter oficial sobre todo, habian sorprendido bastante al banquero, que inmediatamente accedió al deseo de su hija yendo á esperarla al salon.

Esteban volvió bien pronto de su embajada.

—La doncella de la señorita me ha anunciado, que su ama estaba acabando su tocador, y que no tardará en venir.

Danglars hizo un ademan que indicaba estar satisfecho.

Con el mundo y con sus criados hacia alarde el baron de padre débil y bondadoso.

Esta era la faz del papel que se habia impuesto en la comedia popular que estaba representando. Era una careta que habia adoptado y que creia convenirle, como convenia á los perfiles de las máscaras del teatro antiguo tener el labio risueño y remangado, mientras el lado izquierdo tenia el labio caido y lloron.



—Voy á deciros, caballero, por qué no quiero casarme con el conde Andrea Cavalcanti.

Apresurémonos á decir, que en la vida íntima el labio remangado y risueño bajaba al nivel del labio caido y lloron de manera que la mayor parte del tiempo desaparecia el hombre bonachon, quedando solo el marido brutal y el padre tiránico.

—¿Por qué diablos esta loca, que quiere hablarme segun parece, murmuraba Danglars, no vendrá simplemente á mi gabinete, y sobre todo por qué quiere hablarme?

Daba vueltas por la vigésima vez en su imaginacion á este pensamiento alarmante, cuando se abrió la puerta apareciendo Eugenia con un vestido de satin negro de flores, peinada sencillamente y puesta de guantes como si se tratarade ir á ocupar su sitio en el teatro italiano.

—Y bien, Eugenia, ¿qué hay? esclamó su padre, ¿y por qué me citais aquí cuando tan bien estaríamos en mi gabinete?

—Teneis razon en todo, caballero, respondió Eugenia indicando á su padre que podia sentarse; acabais de presentar dos cuestiones que reasumen de antemano toda la conversacion que vamos á tener. A entrambas pues os responderé, y contra la costumbre, á la segunda primero, por ser la menos complicada. He elegido, caballero, el salon para nuestra cita con objeto de evitar las impresiones desagradables y las influencias del gabinete de un banquero. Aquellos libros de caja por muy dorados que estén; aquellos armarios cerrados como puertas de castillos; aquellos montones de billetes de banco, que vienen de no sé

sabe dónde, y aquella multitud de cartas que vienen de Inglaterra, de Holanda y de España, de las Indias, de la China y del Perú, ejercen por lo general un influjo muy estraño sobre los padres de familia, haciéndoles olvidar que hay en el mundo un interés mas grande y mas sagrado que la posicion social y la opinion de sus corresponsales. He elegido pues este salon, donde podeis ver sonriéndose y dichosos en sus magníficos cuadros vuestro retrato, el mio, el de mi madre, y otra porcion de paisajes pastorales y tiernísimos. Yo fio mucho en las impresiones esteriores, lo que quizás es un error, sobre todo tratándose de vos; pero ¿qué quereis? si no me quedasen algunas ilusiones, no seria artista.

—Muy bien, respondió Danglars, que habia escuchado el discurso con imperturbable sangre fria, aunque sin comprender una palabra, absorto y ocupado como hombre lleno de pensamientos profundos, en buscar el hilo de su propia idea entre las ideas de su interlocutor.

—Ya está aclarado ó poco menos el segundo punto, dijo Eugenia sin la menor turbacion, y con aquel aplomo enteramente varonil que la caracterizaba. Ya está aclarado, y me parece que quedais satisfecho con la esplicacion. Volvamos ahora al primer punto. Me preguntais ¿por qué os he pedido esta entrevista? Voy á decíroslo en dos palabras, caballero, por qué no quiero casarme con el conde Andrea Cavalcanti.

Danglars dió en su sillon un salto que le hizo levantar al cielo los ojos y los brazos á la vez.

—Sí señor, prosiguió Eugenia siempre tranquila, Ya veo que os admirais, porque desde que anda entre manos este negocio, no he manifestado la menor oposicion, segura como lo estoy siempre de que cuando llegue el momento sabré oponer francamente á las personas que no me han consultado y á las cosas que no me gustan, una voluntad franca y resuelta. Sin embargo, esta vez mi tranquilidad, mi pasibilidad, como dicen los filósofos, tenia otro orígen, pues hija sumisa y tierna (una ligera sonrisa entreabrió los purpúreos labios de la jóven) estaba aprendiendo á obedecer.

—¿Y bien? le preguntó Danglars.

—He aprendido, caballero, respondió Eugenia, todo lo que está en mi mano; y á pesar de los esfuerzos que he hecho sobre mí misma, me siento incapaz de obedecer.

—Pero en fin, dijo Danglars, que como hombre secundario parecia abrumado por el peso de esta lógica implacable, que revelaba tanta premeditacion y tanta fuerza de voluntad; ¿y la causa de esa negativa, Eugenia? ¿y la causa?

—La causa, replicó la jóven, ¡oh! no es que ese hombre sea mas feo ó mas tonto ó mas desagradable que otro cualquiera. M. Andrea Cavalcanti, para los que miran en los hombres la cara y el talle, puede pasar por un buen mozo. Tampoco es la causa que haya conseguido llegar á mi corazon mas ó menos que otro cualquiera; esa seria una disculpa de colegiala, que yo creo indigna de mí. Yo no amo á nadie, caballero, absolutamente á nadie. Bien lo sabeis; y no veo por qué razon, sin una necesidad absoluta, iria á cargar mi vida con un compañero eterno. Por ventura, ¿no dice el sábio: «nada de mas» y en otra parte, «llevadlo todo con vosotros mismos?» Me han enseñado estos dos aforismos en latin y en griego, que el uno es de Fedro y el otro de Bias, si no me engaño. Pues bien, mi querido padre, en el naufragio de la vida, pues la vida no es mas que un naufragio eterno de nuestras esperanzas, echo á la mar mi bagaje inútil, y me quedo con mi voluntad, dispuesta á vivir enteramente sola, y por lo tanto, enteramente libre.

—Desgraciada! desgraciada! murmuró Danglars poniéndose pálido, porque conocia por una larga esperiencia la solidez del obstáculo que se le presentaba tan repentinamente.

—¿Desgraciada me llamais, caballero? no en verdad, repuso Eugenia, y me parece esa esclamacion afectada y teatral. Dichosa, por el contrario, porque ¿qué me falta? Las gentes me encuentran bella, lo que es algo para tener en el mundo buena acogida; me gustan las buenas acogidas, porque desarrugan los ceños, y me parecen entonces menos feas las personas que me rodean. Tengo además algun talento y cierta sensibilidad relativa que me permite sacar de la existencia comun lo que encuentro de bueno en ella, para apropiárselo á la mia, como hace el mono cuando rompe una nuez verde para sacarle lo que contiene en su seno. Soy tambien rica, porque vos poseeis uno de los mejores capitales de Francia, porque soy vuestra hija única, y porque vuestra tenacidad no se parece á la de los padres de comedia, que desheredan á sus hijas porque no quieren darles nietos. Además, la previsora ley os ha quitado el derecho de desheredarme, ó á lo menos os ha quitado el poder de obligarme á ser esposa de fulano ó de mengano. Así pues, bella, adornada de algun talento, como dicen las óperas cómicas, y rica... esa es la felicidad, caballero: ¿por qué pues me llamais desgraciada?

Viendo Danglars á su hija risueña y altiva hasta rayar en insolente, no pudo reprimir un movimiento de brutalidad, que fué de palabra, eso sí, pero que fué una sola palabra.

Bajo el peso de la interrogadora mirada de su hija, en vista de aquel hermoso entrecejo negro tan arrugado, volvió sobre sí con prudencia y se calmó en seguida, á impulsos de la mano de hierro de la circunspeccion.

—Con efecto, hija mia, respondió sonriéndose, sois todo eso, que os lisongeais de ser, escepto una sola cosa. No quiero deciros cuál; prefiero que la adivineis.

Eugenia miró á Danglars muy sorprendida de que se le negase uno de los florones de la corona de orgullo que acababa de ceñirse con tanta soberbia.

—Hija mia, prosiguió el banquero, acabais de esplicarme perfectamente cuáles son los sentimientos que presiden á las resoluciones de una hija como vos, cuando resuelve no casarse. Ahora me toca á mí deciros cuáles son los motivos de un padre como yo, cuando resuelve que su hija se case.

Eugenia hizo una reverencia, no como hija sumisa que escucha, sino como contrincante que espera dispuesto á discutir.

—Hija mia, prosiguió Danglars, cuando un padre ruega á su hija que tome esposo, siempre tiene una razon cualquiera. A unos los domina la manía de que hablásteis há poco, de verse revivir en sus nietos; empezaré por deciros que no tengo esa debilidad, y que los placeres de la familia me son casi indiferentes. Bien puedo confesarle esto á una hija, que es bastante filósofa para comprender esta indiferencia, y no creerla un crímen.

—Enhorabuena, dijo Eugenia, me gusta que hablemos francos.

—¡Oh! repuso Danglars, ya veis que aunque en tesis general no participe de vuestro amor á la franqueza, me someto á ella cuando creo que las circunstancias me convidan. Continuaré pues. Os he propuesto un marido, no por vos, porque á la verdad no me acordaba de vos para nada en aquel momento (pues os gusta la franqueza, ahí va esa); sino porque yo necesitaba que tomáseis lo mas pronto posible aquel marido, por ciertas combinaciones comerciales que tengo ahora entre manos.

Eugenia hizo un ademan de disgusto.

—Así es ni mas ni menos, hija mia; y no me querais mal por esto, pues vos me obligais á ello. Ya comprendereis que muy á pesar mio os hago estas esplicaciones aritméticas, á una artista como vos, que teme entrar en el despacho de un banquero para percibir en él (así creo que dicen los filósofos) impresiones des-

agradables y sensaciones antipoéticas. Pero en ese gabinete, donde sin embargo os dignásteis entrar anteayer para pedirme los mil francos que os tengo señalados mensualmente para vuestros caprichos, sabed, señorita, que se aprenden muchas cosas, aun para enseñanza de las personas que no quieren casarse. Allí se aprende, por ejemplo, y yo os lo enseñaré en este salon por respetos á vuestra sensibilidad nerviosa, se aprende que el crédito de un banquero es su vida física y moral; que el crédito sostiene al hombre como el soplo anima al cuerpo; y todavía no he olvidado un escelente discurso que acerca de esto me pronunció un dia M. de Monte-Cristo. Allí se aprende que, á medida que el crédito se retira, el cuerpo queda cadáver; y que esto debe suceder en muy poco tiempo al banquero que tiene el honor de ser padre de una hija tan entendida en cosas de lógica.

Pero Eugenia, en vez de dejarse vencer, se envalentonó con este golpe, y dijo:

—¡Arruinado!...

—Esa es la palabra, hija mia, la palabra propia, repuso Danglars conservando en su ruda fisonomía la sonrisa del hombre sin corazon, pero no sin chispa; ¡arruinado!... eso es.

—¡Ah! esclamó Eugenia.

—¡Sí, arruinado! Ya sabeis ese secreto horrible, como dicen los poetas trájicos. Ahora, hija mia, sabed de mi boca cómo podeis aminorar esa desgracia, no diré por mí, sino por vos.

—¡Oh! esclamó Eugenia; mal fisonomista sois, caballero, si os figurais que es por mí por quien deploro esa catástrofe. ¡Arruinada yo!... ¿Qué me importa? ¿No puedo yo como la Pasta, como la Malibran, ó como la Grissi, adquirir lo que nunca me hubiéseis dado vos, por mucha que fuese vuestra fortuna? ciento ó ciento cincuenta mil libras de renta, que solo á mí misma me deberia, y que en vez de venir á mis manos, como esos pobres doce mil francos que me dais, á trueque de miradas furibundas y de reproches sobre mi prodigalidad, vendrian acompañadas de aclamaciones, de aplausos y de coronas; y aunque para tanto yo no tuviese talento, como me lo prueba ahora vuestra sonrisita, ¿no me quedaria siempre este precioso amor á la independencia, que será siempre para mí de tanto precio como los mayores tesoros, y que me domina tanto como el instinto de la conservacion? ¡No! no lo siento por mí, que sabré siempre buscarme la vida. Siempre me quedarán mis lápices, mis libros y mi piano, que son cosas que no cuestan caras, y que siempre podré adquirir. Si acaso pensais que lo siento por Madama Danglars, os equivocais tambien. O yo me engaño de un modo grosero, ó mi madre ha tomado todas sus precauciones contra la catástrofe que os amenaza. Presumo que ella se ha puesto al abrigo, y por cierto que no la habrá distraido de hacer fortuna el velar por mi juventud, porque á Dios gracias me ha dejado siempre toda mi independencia, bajo el pretesto de que me gusta la libertad. ¡Oh, no señor! Desde mi infancia he visto pasar en torno mio muchas cosas, y las he comprendido todas demasiado bien para que la desgracia me haga una impresion mayor que la que debe hacerme. Desde que me conozco, no he sido amada de nadie; tanto peor. Esto me ha conducido á no amar á á nadie; tanto mejor. Aquí teneis mi profesion de fé.

—Es decir, repuso Danglars pálido de corage, aunque no por su amor paternal ofendido; es decir, señorita, ¿que insistis en consumar mi ruina?

—¿Vuestra ruina? ¿Yo consumarla? dijo Eugenia. ¿Qué quereis decir? No os comprendo.

—Tanto mejor; porque eso me deja un rayo de esperanza. Escuchad.

—Ya escucho, dijo Eugenia mirando á su padre tan fijamente, que éste tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar los ojos.

—M. Cavalcanti, continuó Danglars, se casa con vos, trayendo de dote tres millones, que coloca en mi casa.

—¡Ah! muy bien, dijo Eugenia con soberano desprecio y arrollando sus guantes uno sobre otro.

—¡Pensais que emplearé mal esos tres millones! esclamó Danglars. Nada de eso. Esos tres millones estan destinados á producir lo menos diez. He obtenido en compañía de otro banquero la concesion de un camino de hierro, única industria que en nuestros dias presenta esas probabilidades fabulosas de éxito inmediato, que Law aplicó en otro tiempo á un Misisipí ideal para los buenos parisienses, eternas víctimas de las especulaciones. Por mi cálculo se debe hoy poseer una millonésima de rails, como en otro tiempo se poseia una fanega de tierra en Friche á las orilas del Ohio. Es una colocacion de fondo hipotecario, que como veis, es un progreso, puesto que se tendrán lo menos diez, quince, veinte ó cien libras de hierro á cambio del dinero. Dentro de ocho dias debo yo depositar por mi cuenta cuatro millones, que como os digo, producirán diez ó doce.

—Pero en aquella visita que os hice anteayer, caballero, repuso Eugenia, visita de que os dignais acordaros, os ví embolsar (es el término técnico, ¿no es verdad?) cinco millones y medio, cantidad que me enseñásteis en dos billetes del Tesoro, admirándoos de que un papel de tanto valor no me deslumbrase lo mismo que un relámpago.

—Sí, pero esos cinco millones y medio no son mios, sino que son solamente una prueba de la confianza que inspiro. Mi título de banquero popular me ha valido la confianza de los hospitales, y esos cinco millones y medio pertenecen á los hospitales. En otro tiempo cualquiera no yo vacilaria en servirme de ellos; pero hoy se saben ya las grandes pérdidas que he tenido, y como os decia, empieza el crédito á retirarse de mí. De un momento á otro puede la Administracion reclamar su depósito, y si lo tengo empleado en otra cosa, me veo en la precision de hacer una quiebra vergonzosa. No creais que desprecio yo las quiebras; pero sí las quiebras que arruinan, y no las que enriquecen. Conque os caseis con M. Cavalcanti, y tome yo los tres millones de la dote, ó solo conque se crea que voy á tomarlos, se asegura mi crédito y se restablece mi fortuna, que de un mes ó dos á esta parte parece víctima de una fatalidad inconcebible. ¿Me comprendeis?

—Perfectamente. ¿Luego me poneis en prenda de tres millones, no es verdad?

—Mientras mayor es la suma, mas lisonjera es para vos, pues os da una idea de vuestro mérito.

—¡Gracias, gracias! Una palabra para concluir, caballero. ¿Me prometeis serviros de la dote de M. Cavalcanti sin tocar á la cantidad? Esta no es cuestion de egoismo, sino de delicadeza; quiero ayudaros á restablecer vuestra fortuna, pero no ser cómplice en la ruina de otro.

—Cuando os digo, esclamó Danglars, que con esos tres millones...

—¿Creeis salir del paso sin tocar á los tres millones?

—Así lo espero; pero siempre á condicion de que ese matrimonio consolide mi crédito.

—¿Podreis pagar á M. Cavalcanti los quinientos mil francos que me dais de dote?

—Los tomará al volver de la Alcaldía.

—Bien.

—¿Cómo *bien*? ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que me pedís mi firma, y me dejais libre absolutamente, ¿no es verdad?

—Absolutamente.

—Entonces, ¡bien! Como os decia, estoy dispuesta á casarme con M. Cavalcanti.

—Pero, ¿qué intentais?

—Ah! ese es mi secreto. ¿Qué seria de mi superioridad sobre vos, si teniendo el vuestro, os fiase el mio?

Danglars se mordió los labios.

—¿Conque estais dispuesta á hacer las visitas que son absolutamente indispensables?

—Sí, respondió Eugenia.

—¿Y á firmar el contrato dentro de tres dias?

—Sí.

—Entonces, á mi vez os digo: ¡bien!

Y estrechó Danglars la mano de su hija; pero cosa estraordinaria, ni el padre se atrevió á decirle—gracias, hija mia,—ni la hija tuvo una sonrisa para su padre.

—¿Está terminada la conferencia? preguntó Eugenia levantándose.

Danglars hizo seña con la cabeza de que no tenia mas que decir.

Cinco minutos después tocaba el piano la señorita D'Armilly, y Eugenia Danglars cantaba la maldicion de Brabantio á Desdemona.

Al fin de la pieza entró Esteban á anunciar que el carruaje estaba enganchado, y que la baronesa esperaba á Eugenia para hacer visitas.

Con efecto, ya las hemos visto en casa de Villefort, de donde salieron para proseguir su tarea.



Cinco minutos después tocaba el piano la señorita D'Armilly, y Eugenia Danglars cantaba.

CAPITULO XVIII.

EL CONTRATO.

Tres dias después de la escena que acabamos de referir, á las cinco de la tarde del dia fijado para la firma del contrato de Eugenia Danglars y de Andrea Cavalcanti, á quien se obstinaba el banquero en llamar príncipe, cuando una brisa fresca agitaba todas las hojas del reducido jardin situado delante de la casa del conde de Monte-Cristo, en el momento en que este se preparaba para salir, y mientras sus caballos le esperaban piafando, retenidos por el cochero sentado en el pescante hacia un cuarto de hora, el lujoso faeton que hemos visto ya muchas veces y en particular la noche de Auteuil, vino á describir un semicírculo, lanzando en el peristilo á M. Andrea Cavalcanti, tan ataviado y deslumbrante como si se fuera á casar con una princesa.

Con aquella familiaridad que le era habitual se informó de la salud del conde, y subiendo con ligereza el

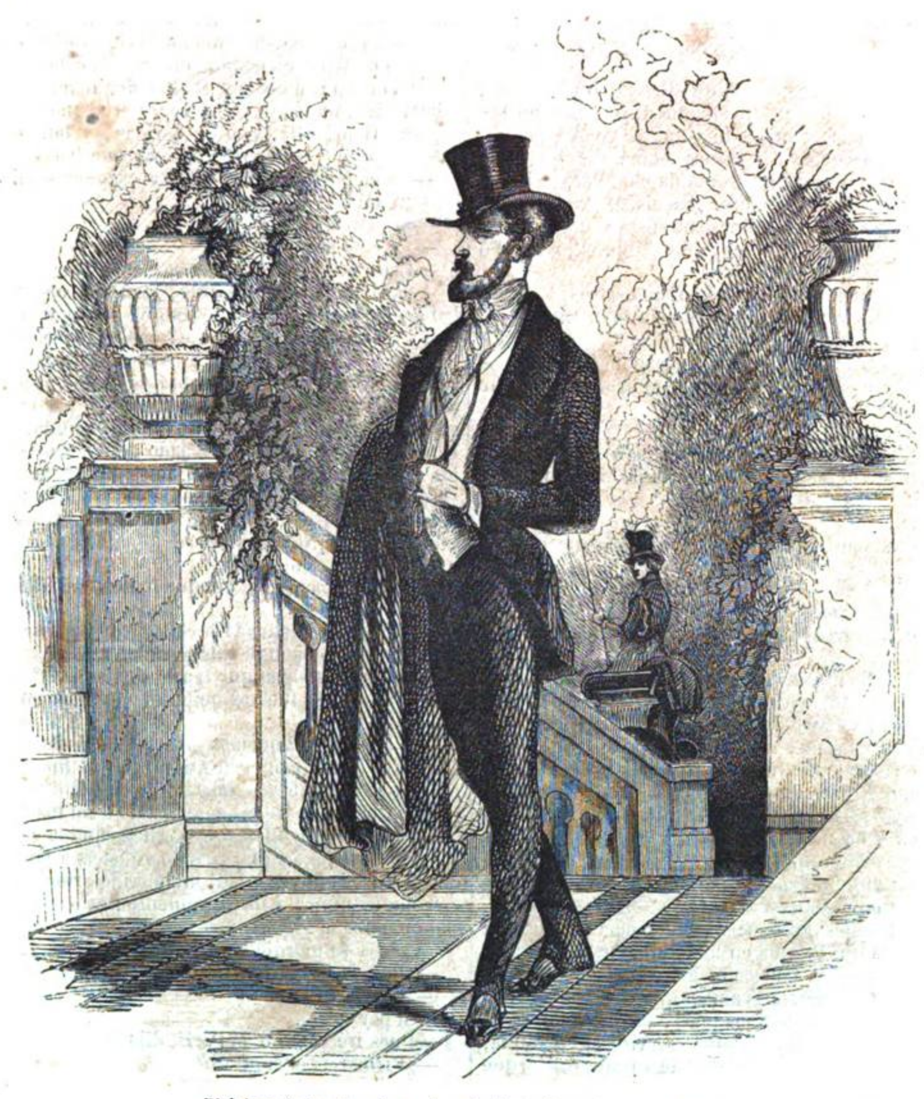
primer piso, le encontró á él mismo en lo alto de la escalera.

Monte-Cristo se detuvo al ver al jóven.

En cuanto á Andrea, se habia lanzado ya, y cuando él se lanzaba, nada le detenia.

—Buenos dias, M. de Monte-Cristo, dijo al conde.

—¡Ah! ¡M. Andrea! respondió éste con voz un tanto burlona. ¿Cómo estais?



El lujoso faeton lanzó en el peristilo á M. Andrea Cavalcanti.

—Perfectamente, como veis. Vengo á hablar con vos de mil cosas; pero ante todo, ¿salíais ó entrábais?

—Salia, caballero.

—Entonces, por no retardaros, subiré con vos á vuestro carruaje si me lo permitís, y Tom nos seguirá con mi coche.

—No, repuso el conde con una imperceptible sonrisa de desprecio, pues no tenia muchas ganas de que le viesen acompañado del jóven. No, prefiero daros audiencia aquí, querido M. Andrea; se habla mejor en una sala, y no hay lacayos que cojan nuestras palabras al vuelo.

Entró pues el conde en un saloncito del piso principal, y sentándose y cruzando las piernas hizo seña al jóven de que se sentara tambien.

Andrea afectó el aire mas satisfecho del mundo.

—Ya sabeis, querido conde, le dijo, que la ceremonia es esta noche. A las nueve se firma el contrato en casa del suegro.

—¡Ah! ¿De veras? dijo Monte-Cristo.

—¡Cómo! ¿Es una noticia para vos? ¿no estabais avisado por M. Danglars?

—Sí, dijo el conde. Ayer he recibido una carta suya, pero no indicaba la hora.

—Es muy posible que el suegro cuente con la fama.

—¡Ea! ya sois dichoso, M. Cavalcanti, dijo Monte-Cristo. Vuestro matrimonio es de los mas convenientes que se os pudieran presentar: y cuenta que la Danglars es bonita.

—Sí, respondió Cavalcanti con aire de modestia.

—Y sobre todo es muy rica, á lo menos segun dicen, añadió Monte-Cristo

—¿Creeis que sea muy rica? replicó el jóven.

—Sin duda alguna. Hay quien dice que M. Danglars oculta la mitad de lo que tiene.

—¡Y confiesa quince ó veinte millones! dijo Andrea con una mirada deslumbrante de alegría.

—Sin contar, añadió Monte-Cristo, que está en vísperas de emprender una especulacion algo conocida ya en los Estados-Unidos y en Inglaterra; pero nueva en Francia.

—Sí, sí, ya sé de lo que quereis hablar. Del camino de hierro, cuya concesion acaba de obtener.

—Justamente. Es opinion general que ganará lo menos diez millones en ese negocio.

—¿Diez millones? ¿Lo creeis así? ¡Qué cosa tan magnífica! dijo Cavalcanti meciéndose al arrullo de estas palabras doradas.

—Sin contar, repuso Monte-Cristo, que toda esa fortuna irá á parar á vuestras manos de justicia, puesto que la señorita Danglars es hija única. Además, vuestra fortuna propia, á lo menos segun me ha dicho vuestro padre, es casi igual á la de ella. Pero dejemos aparte estos asuntos de dinero. ¿Sabeis, M. Andrea, que habeis manejado el del casamiento lista y hábilmente?

—No muy mal, no muy ma', dijo el jóven. Yo habia nacido para diplomático.

—Pues os harán diplomático. Como sabeis, la diplomacia no se aprende; es una ciencia de instinto... ¿Y el corazon le habeis entregado tambien?

—Mucho lo temo en verdad, respondió Andrea exactamente en el mismo tono con que habia oido decir esta frase en el teatro.

—¿Y os aman?

—Preciso es creerlo así, puesto que se casan conmigo, dijo Andrea con una sonrisa de triunfo. Pero no olvidemos una cosa muy importante.

—¿Cuál?

—Que me han ayudado estraordinariamente en este negocio.

—¡Bah!

—Os lo aseguro.

—¿Quién os ha ayudado? ¿las circunstancias?

—No: vos.

—¿Yo?... No digais eso, príncipe, dijo Monte-Cristo recalcando el título con afectacion. ¿Qué he podido hacer por vos? ¿No bastaban vuestro nombre, vuestra posicion social y vuestro mérito?

—No, repuso Andrea, no. Y digais lo que digais, señor conde, yo sostengo que la posicion de un hombre como vos, ha hecho mas que mi nombre, mi posicion social y mi mérito.

—Os engañais completamente, caballero, dijo Monte-Cristo comprendiendo la perfidia del jóven y la intencion de sus palabras. Yo no os he otorgado mi proteccion, sino despues de conocer la influencia y la fortuna de vuestro padre. Porque en fin, ¿quién me ha proporcionado la dicha de conoceros á vos y al ilustre autor de vuestros dias, personas ambas que yo no habia visto nunca? dos buenos amigos mios, lord Wilmore y el abate Bussoni. ¿Quién me animó á serviros de garantía, y hasta á patrocinaros? el nombre de vuestro padre, que tan conocido es y tan honrado en toda Italia. Personalmente no os conozco.

Esta calma, este perfecto aplomo hicieron comprender á Andrea, que por lo presente le tenia sujeto una mano mas musculosa que la suya, mano de que no podria desasirse con facilidad.

—¿Pero de veras, dijo, posee mi padre una gran fortuna, señor conde?

—Parece que sí, respondió Monte-Cristo.

—¿Sabeis si ha llegado ya la dote que me tiene prometida?

—He recibido la carta de aviso.

—¿Y los tres millones?...

—Los tres millones estan en camino, segun todas las probabilidades.

—¿Conque los tomaré en efecto?

—¡Pardiez! repuso el conde. Me parece que hasta la fecha no os ha faltado dinero nunca.

Andrea se quedó de tal manera sorprendido, que no pudo menos de permanecer un momento meditabundo.

—Ahora solo me falta, caballero, dijo saliendo de su abstraccion, haceros una súplica, á la cual, como comprendereis, no renunciaré de modo alguno, aun cuando supiera que os desagradaba.

—Hablad, dijo Monte-Cristo.

—Gracias á mi fortuna, he trabado relaciones con una porcion de personas notables, y al menos por ahora tengo muchos amigos; pero casándome como me caso á la faz de todo el mundo parisiense, debo hallarme sostenido por un nombre ilustre, y á falta de la mano paternal debe conducirme al altar una mano poderosa. Ahora bien, mi padre no viene á París, ¿no es verdad?

—Es viejo, está lleno de heridas, y tan achacoso, que se pone á la muerte cada vez que hace un viaje.

—Lo comprendo. Voy pues á esponeros mi deseo.

—¿A mí?

—Sí, á vos.

—¿Y cuál es?

—Claro está; que le reemplaceis.

—¡Ah! mi querido Andrea, ¿tan mal me conoceis, habiendo tenido las relaciones que hemos tenido, que me pedis una cosa semejante? pedidme medio millon prestado; y aunque sea un préstamo rarísimo, lo sentiré mucho menos, bajo palabra de honor. Sabed pues, y creia habéroslo dicho ya, que en su participacion, sobre todo moral, en las cosas de este mundo, nunca el conde de Monte-Cristo ha dejado de tener los escrúpulos ó diré mejor las supersticiones de un hombre de Oriente. ¡Presidir un matrimonio yo! ¡yo, que tengo un serrallo en el Cairo, otro en Smirna, y otro en Constantinopla!... ¡Nunca! ¡nunca!

—¿Conque os negais?

—Rotundamente; y aunque fuéseis mi hijo me negaria.

—¡Ah! ¡qué fatalidad! esclamó Andrea desalentado; ¿y cómo me compongo entonces?

—¿No habeis dicho que teneis cien amigos?

—Sí; pero vos fuisteis quien me presentó en casa de Danglars.

—No tal. Rectifiquemos los hechos. Yo fuí quien os convidé á comer con él en Auteuil, y vos fuisteis quien os presentásteis á vos mismo: la cuestion varía.

—Sí; pero vos habeis contribuido á mi matrimonio.

—¿Yo? En ningun modo. Os ruego que lo creais así. Recordad lo que os dije cuando vinísteis á suplicarme que pidiera la novia.—Oh! mi querido príncipe, yo no contribuyo nunca á un casamiento; es cosa resuelta conmigo mismo.

Andrea se mordió los labios.

—¿Pero ireis al menos?

—¿Irá todo París?

—Sí por cierto.

—Pues iré como todo París, dijo el conde.

—¿Firmareis el contrato?

—No veo en ello ningun inconveniente, y mis escrúpulos no llegan hasta ahí.

—En fin, puesto que no quereis concederme mas, debo darme por contento. Pero una palabra, conde, que será la última.

—¿Cómo?

—Un consejo.

—Cuidado, que pedir un consejo es pedir mas que un servicio.

—¡Oh! este podeis dármele sin comprometeros.

—Hablad.

—La dote de mi mujer es de quinientas mil libras.

—Eso mismo me ha dicho M. Danglars.

—¿La debo recibir, ó debo dejarla en poder del notario?

—Oid como suelen pasar estas cosas cuando se quieren hacer con decencia. Los dos notarios se citan la noche del contrato para la mañana siguiente ó el otro

dia; entonces cambian las dos dotes, dándose mútuamente recibo. Despues, cuando se celebra el matrimonio, ponen los millones á vuestra disposicion, como jefe de la casa.

—Es que... dijo Andrea con cierta inquietud mal disimulada; yo creia haberle oido decir á mi suegro, que su intencion era colocar nuestros fondos en ese famoso camino de hierro de que hablábais poco hace.

—Pues bien, repuso Monte-Cristo; ese es un medio, segun asegura todo el mundo, de que tripliqueis en un año vuestro capital. El señor baron Danglars es buen padre, y sabe hacer negocios.

—Vamos, dijo Andrea, todo sale bien, escepto vuestra negativa, que me llega al corazon.

—Atribuidla solamente á escrúpulos muy naturales en estas circunstancias.

—Pues hágase vuestra voluntad, repuso Andrea. Hasta la noche á las nueve.

—Hasta la noche.

Y á pesar de una ligera resistencia de Monte-Cristo, cuyos labios se pusieron blancos, pero conservaron no obstante su sonrisa ceremoniosa, Andrea le cogió la mano, estrechósela, y subiendo á su coche, desapareció.

Las cuatro ó cinco horas que le quedaban hasta las nueve las empleó Andrea en correr de visita en visita con objeto de escitar á los amigos de que habia hablado, acudir á casa del banquero con todo el lujo de sus trenes, deslumbrándolos con promesas de acciones de ferro-carril, que despues han arruinado á tantas personas, y en las cuales tenia entonces Danglars la iniciativa.

Con efecto, á las ocho y media de la noche el gran salon de Danglars, la galería inmediata y los otros salones del mismo piso, se hallaban llenos de una perfumada multitud atraida mas que por la simpatía, por esa irresistible necesidad de ir donde va todo el mundo.

Un académico diria que las reuniones del gran mundo son jardines que atraen mariposas inconstantes, laboriosas abejas, y zánganos zumbones.

Escusado parece decir que la casa estaba resplandeciente de bujías, y que la luz bañaba á mares las molduras doradas, las colgaduras de seda y todo aquel mueblaje de mal gusto, que no tenia en su favor mas que su riqueza.

La señorita Eugenia estaba vestida con la mas elegante sencillez.

Una bata de seda blanca; una rosa blanca medio perdida entre sus cabellos de ébano, componian todos sus adornos, sin ninguna joya. Solamente en sus ojos podíase leer una perfecta seguridad, destinada á desmentir lo que aquel cándido traje tenia para ella de vulgarmente virginal.

A treinta pasos de allí hablaba Madama Danglars con Debray, Beauchamp y Chateau-Renaud.

Debray habia vuelto á la casa en albricias de esta solemnidad; pero como todo el mundo, y sin ningun privilegio particular.

Rodeado M. Danglars de diputados y de burócratas, les esplicaba una nueva teoría de contribuciones, que esperaba establecer cuando la fuerza de las cosas obligase á la corte á ofrecerle el ministerio de Hacienda.

Cogido del brazo Andrea de uno de los mas flamantes abonados de la ópera, le esplicaba con mucha impertinencia, puesto que tenia necesidad de ser atrevido para parecer tranquilo, sus proyectos de vida futura, y los progresos de lujo que con sus ciento setenta y cinco mil libras de renta pensaba hacer en el buen tono parisiense.

Bullia la muchedumbre en los salones como un flujo y un reflujo de turquesas, de rubíes, de esmeraldas, de ópalos y de diamantes. Como siempre, se echaba de ver que eran las mujeres mas viejas las que estaban mas adornadas, y las mas feas las que se exponian al público con mas obstinacion. Si habia algun hermoso lirio blanco ó alguna rosa suave y perfumada, era preciso irla á buscar en algun rincon, oculta y guardada por una madre de turbante turco, ó por una tia con plumas de ave del Paraiso. A cada instante, en medio de tantas risas y de tanto tumulto, la voz de los porteros lanzaba un nombre conocido en la Hacienda, respetado en las armas ó ilustre en las letras; nombre que era acogido con un débil movimiento de los grupos.

Mas para uno que tenia el privilegio de agitar aquel Océano de ondas humanas, ¡cuántos eran acogidos con indiferencia y con desden!

En el momento en que el reloj, que representaba á Endimion dormido, señalaba las nueve en su esfera de oro, y cuando la campana, fiel reproductor del pensamiento maquinal, resonaba nueve veces, resonó á su vez el nombre del conde de Monte-Cristo, y como impulsada por la llama eléctrica, agolpóse á la puerta toda la reunion.

Venia el conde vestido de negro con su habitual sencillez.

Su chaleco blanco contorneaba su ancho y noble pecho, y su corbata negra parecia de una frescura singular; tanto resaltaba sobre el pálido mate de su tez

Por toda alhaja llevaba una cadena de reloj tan fina, que apenas se distinguia sobre el piqué blanco del chaleco.

Al instante mismo se formó un círculo en torno á la puerta.

A la primera mirada distinguió el conde á Madama Danglars en un estremo del salon, á M. Danglars en el otro, y á Eugenia delante de él.

Primeramente se acercó á la baronesa, que estaba hablando con Madama de Villefort, que habia venido sola, porque Valentina seguia enferma; y sin torcer su camino, pues todo el mundo le abria paso, se dirigió desde la baronesa á Eugenia, cumplimentándola en términos tan breves y tan reservados, que le dieron mucho que pensar á la orgullosa artista.

A su lado se hallaba la señorita Luisa d'Armilly, que aprovechó aquella ocasion para dar gracias al conde por las recomendaciones que le habia dado para Italia, recomendaciones que segun dijo, pensaba aprovechar al momento.

Al separarse de las jóvenes, hallóse junto á Danglars, que se habia acercado á darle la mano.

Cumplidos estos tres deberes sociales, paróse Monte-Cristo, paseando en torno suyo esa mirada segura que poseen las personas del gran mundo, y sobre todo las de gran talento, mirada que parece decir:

—Ya he hecho mi deber, que hagan ahora los demás el suyo.

Andrea, que se hallaba en una sala contigua, sintió esta especie de sacudimiento que habia impreso Monte-Cristo á la multitud, y corrió á saludar al conde, hallándole completamente cercado.

Se disputaba todo el mundo sus palabras, como sucede siempre con las personas que hablan poco, y que nunca dicen una palabra sin valor.

En este momento hicieron su entrada triunfal los notarios, viniendo á colocar sus sombreros galoneados sobre el terciopelo bordado de oro que cubria la mesa preparada para la firma del contrato.

Uno de los notarios se sentó, permaneciendo el otro de pié.

Ibase á proceder á la lectura del contrato, que debia ser firmado por medio París, presente á esta solemnidad.

Cada uno ocupó su sitio, ó mas bien las mujeres formaron círculo, mientras los hombres, mas indiferentes con el *estilo enérgico*, como dice Boileau, hacian mil comentarios sobre la agitacion febril de Andrea, la atencion de M. Danglars, la impasibilidad de Eugenia, y la manera fria y desdeñosa con que trataba la baronesa este importante negocio.

Leyóse el contrato en medio de un profundo silencio.



Pero acabada la lectura, volvió á empezar el rumor en los salones, y doble si es posible de lo que era antes.

Aquellas sumas brillantes, aquellos millones que doraban el porvenir de los dos jóvenes, y que venian á completar la exposicion quê se habia ya hecho en una pieza esclusivamente destinada á este objeto, de las joyas y de los diamantes de la recien casada, habian resonado con todo su prestigio en el corazon de la envidiosa asamblea.

Ya eran dobles los encantos de Eugenia Danglars á los ojos de los jóvenes, y aun habia quien dijese que eclipsaba al sol.

En cuanto á las mujeres, parece escusado decir que no creian necesitar aquellos millones para ser hermosas, aunque envidiaban aquellos millones.

Andrea, obsequiado, cuplimentado y adulado por sus amigos, empezaba á creer en la realidad de su sueño, y estaba á punto de perder la cabeza.

El notario cogió solemnemente la pluma, y elevándola sobre la multitud, dijo:

—Señores, se va á firmar el contrato.

El baron debia firmar el primero; después el apoderado de M. Cavalcanti padre; después la baronesa, y después los futuros cónyuges, como se dice en el abominable estilo que solo tiene curso en papel sellado.

El baron cogió la pluma y firmó, siguiendo el apoderado.

La baronesa se acercó cogida del brazo de Madama de Villefort.

—Amigo mio, dijo empuñando la pluma, ¿no es cosa esto que desespera? Un incidente sobrevenido en esa causa de asesinato y de robo de que ha estado para ser víctima M. de Monte-Cristo, nos priva de tener aquí á M. de Villefort.

—¡Oh Dios mio! esclamó Danglars en el mismo tono con que hubiera dicho: ¡me es indiferente!

—Temo ser yo, dijo Monte-Cristo acercándose, la causa involuntaria de esa ausencia.

—¡Cómo vos, conde! dijo Madama Danglars firmando. Si es así, cuidado, conde, que no os lo voy á perdonar nunca.

Andrea aplicó el oido.

—No seria sin embargo falta mia, dijo el conde, y voy á probarlo.

Todos escucharon con avidez.

Iba á hablar el conde de Monte-Cristo, que tan rara vez despegaba sus labios.

—Ya recordareis, dijo el conde en medio del silencio mas profundo, que fué en mi casa donde murió aquel infeliz que venia á robarme, y que al salir de mi casa fué asesinado, segun se cree, por su mismo cómplice.

—Sí, dijo Danglars.

—Pues bien, para prestarle los primeros auxilios, se le habia despojado de sus vestidos, arrojándolos en un rincon, donde después los recogió la justicia. Pero al apoderarse del gaban y del pantalon para depositarlos en la escribanía, se olvidaron del chaleco.

Andrea se puso muy pálido, y lentamente se fué á colocar junto á la puerta.

Veia aparecer en el horizonte una nube que, á su parecer, traia tempestad.

—Pues bien, prosiguió el conde, hoy se ha encontrado ese chaleco todo lleno de sangre y agujereado en el sitio del corazon.

Las señoras exhalaron un grito y dos ó tres se prepararon á desmayarse.

—Me lo trajeron; nadie podia adivinar de dónde venia aquel harapo; solo yo pensaba que era probable fuese el chaleco de la víctima. De repente mi ayuda de cámara, registrando con disgusto y precaucion la fúnebre reliquia, sintió un papel en el bolsillo y lo sacó. Era una carta dirigida, ¿á quién direis? á vos, baron.

—¡A mí! esclamó Danglars.

—¡Oh, sí! á vos. He conseguido leer vuestro nombre á través de la sangre de que la carta estaba manchada, respondió Monte-Cristo, en medio de las esclamaciones de sorpresa que todo el mundo hacia.

—¿Pero cómo puede impedir eso á M. de Villefort... dijo Madama Danglars mirando á su marido con inquietud.

—Es muy sencillo, señora, respondió Monte-Cristo. Ese chaleco y esa carta eran lo que se suele llamar piezas de conviccion, y carta y chaleco se los he enviado al señor procurador del rey. Ya comprendereis, mi querido baron, que la via legal es la mas segura en materia criminal. ¿Quién sabe si tramaban algo contra vos?

Andrea miró fijamente á Monte-Cristo, y desapareció en el segundo salon.

—Es muy posible, dijo Danglars. ¿No era el muerto un antiguo forzado?

—Sí, respondió el conde. Un antiguo forzado que se llamaba Caderousse.

Danglars palideció un tanto.

Andrea pasó del segundo salon á la antesala.

—Pero firmad, firmad, dijo Monte-Cristo. Ahora caigo en que mi cuento ha puesto en conmocion á todo el mundo, y pido sinceramente perdon de ello á la señora baronesa y á la señorita Danglars.

La baronesa que acababa de firmar, le volvió la pluma al notario.

—Señor príncipe Cavalcanti, dijo este, señor príncipe Cavalcanti, ¿dónde estais?

—¡Andrea! ¡Andrea! repitieron muchos jóvenes, que habian llegado ya con el noble italiano al grado de intimidad de llamarle por su nombre.

—Llamad al príncipe: avisadle que le toca firmar, gritó Danglars á un portero.

Pero en el mismo instante refluyó al salon principal la concurrencia, asustada como si acabase de entrar en las otras habitaciones algun mónstruo horrible: *querens quem devoret*.

Habia, con efecto, razon para retroceder, asustarse y gritar.

Un oficial de gendarmes colocaba dos soldados á la puerta de cada habitacion, y se dirigia á Danglars precedido de un comisario de policía adornado con su faja.

Madama Danglars lanzó un grito y se desmayó.

Danglars, que se creia siempre amenazado (ciertas conciencias nunca estan tranquilas), Danglars presentó á sus convidados un semblante descompuesto por el miedo.

—¿Qué hay, caballero? preguntó Monte-Cristo adelantándose al comisario.

—¿Cuál de vosotros, señores, se llama Andrea Cavalcanti? repuso el comisario sin contestar á la pregunta del conde.

Un grito de estupor resonó en los ángulos de la sala.

—¿Pero quién es ese Andrea Cavalcanti? esclamó Danglars casi loco.

—Un antiguo forzado, prófugo de Tolon.

—¿Y qué crímen ha cometido?

—Se le acusa, dijo el comisario con su voz impasible, de haber asesinado á un tal Caderousse, compañero suyo de presidio en otro tiempo, en el momento en que salia de casa del conde de Monte-Cristo.

El conde paseó una mirada rápida en torno suyo.

Andrea habia desaparecido.

CAPÍTULO XIX.

EL CAMINO DE BÉLGICA.

Algunos instantes después de la escena de confusion ocasionada en los salones de M. Danglars por la inesperada presencia de los gendarmes y la revela-



cion que le habia seguido, la magnífica casa se habia quedado desierta con una prontitud solo comparable á la que hubiera producido un caso de cólera-morbo entre la misma concurrencia.

En algunos minutos se habian apresurado todos á retirarse, ó mas bien á huir por todas las puertas, por todas las escaleras, y por todas las salidas, pues era esta una de las ocasiones en que no se deben dar esos consuelos vulgares que hacen tan importunos á los mejores amigos en las grandes desgracias.

Solo quedaba en la casa Danglars, encerrado en su despacho, haciendo su declaracion á la justicia; en el gabinete que ya conocemos, Madama Danglars muerta de susto, y Eugenia, que con mirada altiva y sonrisa desdeñosa se habia retirado á su habitacion con su inseparable compañera Luisa d'Armilly.

En cuanto á los numerosos criados, mas numerosos este dia que otros, porque se les habia agregado, para mayor brillo de la fiesta, los reposteros y los camareros del café de París, volviendo contra sus amos la cólera de lo que ellos llamaban afrenta suya, formaban grupos en el comedor, en las cocinas y en sus habitaciones, cuidándose poco del servicio, que por otra parte se hallaba, como es natural, interrumpido.

Entre estos diversos personajes agitados de intereses tan diversos, dos solos merecen que nos ocupemos de ellos. La señorita Eugenia Danglars y la señorita Luisa d'Armilly.



—¿Cuál de vosotros, señores, se llama Andrea Cavalcanti?

La primera, como dejamos dicho, se habia retirado altiva, desdeñosa, y con el aire de una reina ultrajada, seguida de su compañera, mas pálida y mas conmovida que ella.

Al llegar á su habitacion Eugenia cerró la puerta por dentro, mientras Luisa caia abrumada sobre una silla.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! murmuró; ¡qué cosa tan horrible! ¡quién hubiera podido figurárselo! ¡M Andrea Cavalcanti un asesino!... ¡un presidiario!... ¡un prófugo de Tolon!..

Una sonrisa irónica agitó los lábios de Eugenia.

—Yo estaba predestinada, dijo: me libro de Morcef, para caer en manos de Cavalcanti!

—¡Oh! no confundas al uno con el otro, Eugenia.

—Calla! Todos los hombres son unos infames, y me alegro de poder aborrecerlos y algo mas!... Ahora los desprecio.

—¿Qué vamos á hacer? le preguntó Luisa.

—¿Qué vamos hacer?

—Sí.

—Lo que debíamos hacer dentro de tres dias... marcharnos.

—¿Conque sigues en la misma idea, aunque ya no te casas?

—Escucha, Luisa, me da horror esta vida del mundo, ordenada, acompasada, reglteada como nuestro papel de música: lo que yo siempre he deseado, lo que siempre he ambicionado, es la vida de artista, la vida libre, independiente, donde uno depende de sí mismo, y solo tiene que dar cuentas á sí mismo. ¿Para qué nos hemos de quedar? Para que dentro de un mes traten otra vez de casarme, ¿con quién?... con M. Debray quizás, como ya se trató en tiempos. No, Luisa, no: la aventura de esta noche me servirá de disculpa. Yo no la buscaba; pero puesto que Dios me la proporciona me alegro mucho.

—¡Qué valiente eres! dijo la jóven rubia á su morena amiga.

—¿No me conoces todavía? vamos, Luisa, hablemos de nuestros asuntos. La silla de posta ..

—Por fortuna está comprada desde hace tres dias.

—¿La has hecho llevar al sitio donde debemos ocuparla?

—Sí.

—¿Y nuestro pasaporte?

—Tómalo.

Eugenia, con su aplomo habitual, desdobló el papel y leyó:

«M. Leon d'Armilly, de edad de veinte años, de profesion artista, cabellos negros y ojos negros... le acompaña una hermana suya.»

—Perfectamente. ¿Cómo has conseguido este pasaporte?

—Al ir á pedir al conde de Monte-Cristo cartas para los directores de los teatros de Roma y de Nápoles, le manifesté mi temor de viajar como mujer. Comprendiólo perfectamente, se puso á mi disposicion para procurarme un pasaporte de hombre, y dos dias despues recibí este, donde solo he tenido que añadir de mi letra, *le acompaña una hermana suya*.

—Bien, bien, dijo Eugenia con alegría, solo nos falta hacer los baules.

—Reflexiónalo bien, Eugenia.

—Oh! ya lo tengo reflexionado todo. Estoy fastidiada de no oir hablar de otra cosa que de arqueos, de fines de mes, de alza, de baja, de fondos españoles, y de papel de Haiti. En vez de esto, Luisa ¿me comprendes? en vez de esto, el aire de la libertad, el canto de los pájaros, las llanuras de Lombardía, los canales de Venecia, los palacios de Roma, y la playa de Nápoles. ¿Cuánto poseemos, Luisa?

La jóven rubia sacó de una cómoda una carterita con llave, la abrió, estuvo contando billetes de banco, y dijo:

—Veintitres mil francos.

—Y otro tanto lo menos en perlas, en diamantes y en joyas, dijo Eugenia. Somos ricas: con cuarenta y cinco y mil francos tenemos para vivir dos años, como princesas ó cuatro decentemente. Pero antes de seis meses, tú con la música y yo con mi voz, habremos duplicado nuestro capital. Vamos, encárgate del dinero, y yo me encargo de la cajita de las joyas, para que si una de nosotras tuviese la desgracia de perder su tesoro, la otra conservase siempre el suyo. Ahora, á arreglar el equipaje. Démonos prisa, al equipaje.

—Espera, dijo Luisa yendo á escuchar á la puerta de Madama Danglars.

—¿Qué es lo que temes?

—Que nos sorprendan.

—Está cerrada la puerta.

—Nos pueden mandar abrirla.

—Que lo manden. No abriremos.

—Eres una verdadera amazona, Eugenia.

Y las dos jóvenes se pusieron con prodigiosa actividad á meter en un baul todos los objetos que pudieran necesitar en su viaje.

—Ahora, dijo Eugenia, mientras yo cambio de traje, cierra tú el baul.

Luisa procuró con todas sus fuerzas bajar la tapa del baul.

—No puedo, dijo, no tengo bastantes fuerzas. Ciérralo tú.

—Es justo, respondió Eugenia riéndose; me olvidaba de que yo soy Hércules, y tú la pálida Omfale.

Y poniendo la jóven la rodilla sobre la tapa, enarcó sus brazos blancos y musculosos hasta que se juntaron los dos bordes del baul, y pudo la señorita d'Armilly ponerle el candado.

Terminada esta operacion, abrió Eugenia una cómoda, cuya llave tenia en el bolsillo, y sacó de ella una manta de seda de viaje.

—Toma, le dijo á su compañera, ya ves que he pensado en todo; con esta manta no tendrás frio.

—¿Pero y tú?

—Yo no tengo nunca frio, ya lo sabes. Además, con este gaban de hombre...

—¿Te vas á vestir aquí?...

—Sin duda alguna.

—¿Pero tendrás tiempo?

—No te asustes, cobarde. Todo el mundo anda preocupado con el gran suceso. Además, ¿qué estraño es que permanezca yo encerrada en mi habitacion, cuando me creen sumida en la tristeza y el desconsuelo?

—Es verdad, me tranquilizas.

—Ven, ayúdame.

Y de la misma cómoda de donde habia sacado á manta que cubria ya las espaldas de Luisa d'Armilly, sacó un traje completo de hombre, desde los botines hasta el gaban, y una provision de ropa blanca, donde si bien no habia nada supérfluo, se encontraba todo lo necesario.

Con una prontitud que indicaba que no era la primera vez que sin duda por juego se habia vestido de hombre, calzóse Eugenia los botines, se puso un pantalon y una corbata, se abotonó hasta la barba un chaleco cerrado, y se puso una levita que ceñia perfectamente su delgado y flexible talle.

—¡Oh! ¡estás muy bien! ¡estás muy bien! dijo Luisa mirándola con admiracion. Pero esos hermosos cabellos negros, esas trenzas magníficas que hacian suspirar de envidia á todas las mujeres, ¿estarán bien debajo de un sombrero de copa alta como el que veo allí?

—Vas á verlo, dijo Eugenia.

Y cogiendo con su mano izquierda la robusta trenza, que apenas sus dedos abarcaban, cogió con la derecha unas tijeras largas, y pronto al impulso del acero, rechinó aquella rica y espléndida cabellera, cayendo á los piés de la jóven, que tenia inclinado el cuerpo hácia atrás para no mancharse la levita.

Cortada ya la trenza mayor, pasó Eugenia á las de los rizos, que fué cortando sucesivamente sin dar muestra del menor sentimiento; por el contrario, sus ojos adquirieron mas fuego y mas alegría que de costumbre bajo sus cejas negras como el ébano.

—¡Oh! ¡qué lástima de cabellos! dijo Luisa con dolor.

—Bah! ¿No estoy mucho mejor así? esclamó Eugenia guardando sus antiguos bucles, que habian adornado su cabeza. ¿No te parezco mas hermosa así?

—¡Oh! tú siempre eres hermosa! esclamó Luisa. Pensemos ahora adonde vamos.

—A Bruselas, si te parece. Iremos por Bruselas, Liejay, Aix-la-chapelle; subiremos el Rhin hasta Strasburgo; atravesaremos la Suiza, y bajaremos á Italia por el San Gotardo. ¿Qué te parece el itinerario?

—Muy bueno.

—¿Qué miras?

—Te miro á tí; estás seductora, y cualquiera creería que cometes conmigo un rapto.



—¡Oh! ¡qué lástima de cabellos! dijo Luisa con dolor.

—¡Voto á cribas! Tendrian razon.

—¡Eugenia, creo que has votado!

Y las dos jóvenes, á quien creian sumidas en la desesperacion, la una por su propia cuenta y la otra por amor de su amiga, prorumpieron en carcajadas, al paso que iban borrando las huellas mas visibles del desórden, que como es natural habia acompañado á sus preparativos de fuga.

Apagando después las luces, con ojo avizor y oido atento abrieron las dos fugitivas la puerta del tocador que daba á la escalera de los criados, y bajó Eugenia delante, sosteniendo con un brazo el baul, que apenas podia sostener por el otro lado Luisa d'Armilly con sus dos manos.

Estaba el patio desierto.

En esto dieron las doce.

El portero velaba aun.

Acercóse Eugenia despacito, y vió al digno suizo dormido en un sillon en el fondo de su chiribiti'.

Volvióse hácia donde estaba Luisa, cogieron el baul que habian puesto un instante en el suelo, y siguiendo la sombra proyectada por la pared, llegaron á la portería.

Escondió Eugenia á Luisa en el rincon de la puerta de modo que el portero no la viese si se le antojaba despertar, y luego, presentándose de lleno á la luz de la lámpara que alumbraba el patio, gritó con su hermosa voz de contralto, dando golpes en la vidriera:

—Abrid la puerta.

El portero se levantó como lo habia previsto Eugenia, y aun dió algunos pasos para conocer á la persona que salia; pero viendo á un jóven que golpeaba

impaciente la punta de su bota con el baston, le abrió sobre la marcha.

En seguida Luisa se deslizó como una culebra por la puerta entreabierta.

Eugenia, tranquila al parecer, aunque es probable que su corazon latiese mas de lo comun, salió tambien detrás de ella.

Pasaba un mozo de cordel á quien cargaron con el baul, é indicándole como punto adonde se dirigian la calle de la Victoria, núm. 36, echaron á andar detrás de aquel hombre, cuya presencia tranquilizaba á Luisa.

Eugenia, por su parte, era valerosa como una Judit ó una Dalila.

Al fin llegaron al número indicado.

Dióle Eugenia algunas monedas al mozo de cordel, y despues de haber llamado á una puerta le despidió.

Esta puerta era la de una modista, que estaba avisada de antemano.

—Mandad al portero, dijo Eugenia, que haga salir el carruaje de la cuadra, y enviadle á buscar caballos á la casa de postas. Aquí teneis cinco francos para el pobre por la incomodidad que le damos.

—En verdad que te admiro y casi te respeto, dijo Luisa.

La modista la miraba con asombro; pero como se habia convenido en darle veinte luises, no hizo la menor observacion.

Un cuarto de hora despues volvia el portero con el postillon y los caballos: enganchóse al momento, y se colocó el baul sobre la cubierta de la silla.

—Aquí está el pasaporte, dijo el postillon. ¿Adónde vamos, paisano?

—Camino de Fontainebleau, respondió Eugenia con voz casi masculina.

—¿Qué es lo que dices? le preguntó Luisa.

—Hombre precavido vale por dos, dijo Eugenia. Esta mujer, á quien damos veinte luises, puede descubrirnos por cuarenta. En el boulevard cambiaremos de direccion.

Y la jóven saltó al carruaje casi sin tocar al estribo.

—Siempre tienes razon, Eugenia, dijo la maestra de canto colocándose junto á su amiga.

Un cuarto de hora despues el postillon, que ya habia variado de camino, pasaba sacudiendo su látigo por la verja de la barrera de San Martin.

—¡Ah! dijo Luisa respirando fuerte; ya estamos fuera de Paris.

—Sí, querida mia, respondió Eugenia; ya está consumado el rapto.

—Sin violencia, añadió Luisa.

—Haré valer eso como circunstancia atenuante, repuso Eugenia.

Estas últimas palabras se perdieron en el ruido que hacia el carruaje corriendo por el camino de la Villete.

M. Danglars no tenia ya hija.

CAPITULO XX.

LA POSADA DE LA CAMPANA Y DE LA BOTELLA.

Dejemos ahora á Eugenia Danglars y su amiga correr por el camino de Bruselas, y volvamos al pobre Andrea Cavalcanti, atajado por la desgracia en el vuelo de su fortuna.

Pese á su edad algo avanzada, M. Andrea Cavalcanti era un jóven de mucha chispa y de mucha inteligencia.

Ya le vimos á los primeros rumores que llegaron al salon irse acercando poco á poco á la puerta, atravesar una ó dos habitaciones y desaparecer al fin.

Una circunstancia nos olvidamos mencionar, y sin embargo no debe omitirse, y es que en una de las habitaciones que atravesó era donde se hallaban espuestos los regalos de boda de su futura, aderezos de diamantes, chales de cachemira, encajes de Valenciennes, velos de Inglaterra, y toda esa coleccion de objetos tentadores, que con su nombre solo hacen palpitar de júbilo el corazon de las mujeres.

Lo que prueba que Andrea era no solamente un jóven de chispa y de inteligencia, sino que tambien estaba dotado de esquisita prevision, fué que al pasar por esta pieza se apoderó de las alhajas mas ricas.

Con este *vademecum*, Andrea se sintió mas ligero para saltar por la ventana y escaparse de las uñas de los gendarmes.

Alto y fornido como un gladiador antiguo, musculoso como un espartano, corrió Andrea por espacio de un cuarto de hora sin saber adónde iba, y con el solo objeto de alejarse del sitio donde á poco mas le atrapan.

Habiendo empezado, como empezó á correr, en la calle de Montblanc, se encontró sin saber cómo en la calle de Lafayette con ese instinto del campo que tienen los ladrones, como tiene el conejo el instinto de la cueva.

Allí se detuvo sofocado y sin poder respirar.

Estaba enteramente solo, y tenia á su izquierda el cercado de San Lázaro, que es un vasto desierto, y á su derecha la ciudad de Paris.

—¿Soy perdido? se preguntó á sí mismo.

—No. Si puedo poner en juego una suma de actividad superior á la de mis enemigos. Mi salvacion se ha hecho pues una cuestion de piernas.

En este momento distinguió, subiendo del barrio de la Poissonniere, un cabriolé de plaza que parecia dirigirse á las estremidades del barrio de San Dionisio, donde sin duda estacionaba ordinariamente.

—Hé, amigo, le gritó Benedetto.

—¿Qué hay, compadre? le preguntó el cochero.

—¿Está cansado vuestro caballo?

—Así, así. No ha hecho nada en todo el santo dia. Solo cuatro malas carreras, y veinte cuartos de propinas, que hacen siete francos, es todo cuanto tengo que darle al amo.

—¿Quereis añadir estos veinte francos á esos siete?

—Con mucho gusto, compadre, que veinte francos no son de despreciar. Veamos qué hay que hacer para eso.

—Una cosa bien fácil; por supuesto si no está cansado vuestro caballo.

—Os repito que irá como el viento. Ahora lo que falta saber es por dónde ha de ir.

—Por Louvres.

—¡Ah! ¡ya! ya comprendo. Alguna broma...

—Justamente. Se trata de reunirme con un amigo, con quien debo cazar mañana en la Chapelle-en-Serral. Debia esperarme aquí con su cabriolé hasta las once y media; pero como son las doce se habrá cansado de esperar, y se habrá marchado solo.

—Es probable.

—¿Quereis ver si lo alcanzamos?

—No deseo otra cosa.

—Si no lo alcanzamos de aquí á Bourges os daré veinte francos, y si no lo alcanzamos de aquí á Louvres, treinta.

—¿Y si lo alcanzamos?

—Cuarenta, dijo Andrea, que habia estado un momento indeciso, pero que calculó que nada le costaba prometer.

—Está bien, dijo el cochero. Subid, y en marcha.

Subió Andrea al cabriolé, que en una rápida carrera atravesó el barrio de San Dionisio, costeó el de San Martin, atravesó la barrera, y enfiló con la interminable Villette.

En nada se pensaba menos que en encontrar aquel amigo quimérico: empero de cuando en cuando pidiánse á los pasageros noticias de un cabriolé verde con un caballo vayo oscuro, y como el camino de los Paises Bajos está lleno siempre de cabriolés, y las

nueve décimas partes son verdes, llovian las señas y las noticias á cada paso.

Siempre le acababan de ver pasar y solo quinientos pasos, doscientos ó ciento le llevaba de delantera.

Y cuando se le encontraba al fin, no era el mismo.

Una vez el cabriolé fué adelantado á su vez, pero por un carruaje que llevaban raudamente á galope cuatro caballos de posta.

—¡Ah! se dijo Cavalcanti á sí mismo; ¡si yo tuviese ese carruaje y esos caballos, y sobre todo el pasaporte que habrán necesitado para tomarlos!...

Y suspiró profundamente.

El carruaje aquel era el que llevaba á la señorita Danglars y á la d'Armilly.

—¡En marcha, en marcha! dijo Andrea. No podemos ya tardar en encontrarle.

Y el pobre caballo volvió á tomar el trote monótono que habia seguido, y llegó á Louvres todo lleno de espuma.

—Decididamente, dijo Andrea, no encontraré á mi amigo y mataré vuestro caballo. Así pues, mejor es que me detenga. Aquí teneis vuestros treinta francos. Voy á acostarme al Caballo-Rojo, y tomaré un asiento en el primer carruaje que pase.

Y después de haber puesto seis piezas de cinco francos en manos del cochero, saltó ligeramente al camino.

El cochero guardó al momento la suma, y volvió á tomar el de París.

Aparentó Andrea entrar en el Caballo-Rojo, pero después de haberse parado un instante en la puerta; cuando oyó perderse en el horizonte el ruido del cabriolé, prosiguió su camino á paso gimnástico andando como cosa de dos leguas.

Allí se detuvo. Debia hallarse muy cerca de la Chapelle-en-Serval, adonde habia dicho que iba.

No era el cansancio lo que hacia á Andrea detenerse, sino la necesidad de tomar una resolucion ó de adoptar un plan.

Subir á una diligencia, era imposible; tomar asiento en el correo, lo mismo.

Para viajar de una manera ó de otra es indispensable el pasaporte.

Permanecer en el departamento del Oise, es decir, uno de los mas llanos y mas vigilados de toda la Francia, era imposible tambien, imposible sobre todo á un hombre como Andrea perito en asuntos criminales.

Sentóse pues en un contrafoso, dejó caer la cabeza entre las manos, y se puso á reflexionar.

Diez minutos después levantó la cabeza. Su resolucion estaba tomada.

Llenó de polvo todo un lado del gaban, que habia tenido tiempo de descolgar de la antesala para ponérselo sobre el frac, y metiéndose en la Chapelle-en-Serval, fué á llamar resueltamente á la puerta de la única posada que habia.

El posadero vino á abrir.

—Amigo mio, dijo Andrea, iba yo de Mortefontaine á Semlis, cuando mi caballo hizo un recorte y me despidió por las orejas. Necesito llegar á Compiegne esta misma noche, por no causar un grave disgusto á mi familia. ¿Tendreis un caballo que alquilarme?

Un posadero siempre tiene un caballo, bueno ó malo.

El de la Chapelle-en-Serval llamó al mozo de cuadra, y mandándole ensillar el *blanco*, despertó á su hijo, que era un niño de siete años, para que montase á la grupa y pudiese volver con el caballo.

Dió Andrea veinte francos al posadero y al sacarlos del bolsillo dejó caer una tarjeta.

Esta tarjeta era de uno de sus amigos del café de París, de modo que el posadero, cuando la recogió después de la marcha de Andrea, convencióse plenamente de que habia alquilado su caballo al señor conde de Mauleon, calle de Saint-Dominique, núm. 25.

Era el nombre y las señas que se leian en la tarjeta.

El blanco no andaba de prisa, pero sí con paso igual y sostenido.

En tres horas y media hizo Andrea las nueve leguas que le separaban de Compiegne.

Daban las cuatro en el reloj de la casa de ayuntamiento, cuando llegó á la plaza donde paran las diligencias.

En Compiegne hay una escelente fonda, que recordarán todos los que hayan estado en ella siquiera una sola vez.

Andrea, que habia pasado allí una noche en una de sus espediciones á las cercanías de París, se acordó de la fonda de la Campana y de la Botella.

Orientóse, pues; vió á la luz de un reverbero la muestra de la puerta, y despidiendo al niño á quien dió toda las monedas pequeñas que le quedaban, fué á llamar á la puerta, reflexionando con mucha razon que podia disponer de tres ó cuatro horas, y que lo mejor era prepararse á las fatigas futuras con un buen sueño y una buena cena.

El que vino á abrir fué un criado.

—Amigo mio, le dijo Andrea, vengo de Saint-Germain-du-Bois, y contaba tomar la diligencia que pasa á media noche; pero me he perdido como un tonto, y hace ya cuatro horas que doy vueltas por el bosque. Dadme, pues, una de esas lindas habitaciones que caen al patio, y haced que me suban un pollo frio y una botella de vino de Burdeos.

El mozo no concibió sospecha ninguna.

Andrea hablaba con el mayor aplomo, tenia el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos de su gaban.

Su trage elegante, su barba fresca y sus lujosas botas le daban con efecto el aire de un caballero extraviado, como él decia.

Mientras preparaba el mozo su habitacion, se levantó la posadera. Acogióla Andrea con su mejor sonrisa, y le preguntó si no podia tener el cuarto número 3, que habia ocupado la última vez que habia pasado por Compiegne.

Por desgracia el número 3 lo tenia tomado un jóven que viajaba con su hermana.

Andrea lo sintió muchísimo al parecer, y solamente le consoló la posadera asegurándole que el número 7 que se le estaba preparando era exactamente igual al número 3. Y calentándose los piés y hablando de las últimas carreras de caballos de Chantilly, esperó que viniesen á anunciarle que su habitacion estaba dispuesta.

No sin razon habia hablado Andrea de aquellos lindos cuartitos que caen al patio. El patio de la posada de la Campana con su triple hilera de corredores que le dan el aspecto de un teatro, y con sus jazmines y sus clemátidas, que trepan á lo largo de sus esbeltas columnas como una decoracion natural, es una de las entradas mas bonitas que hayamos visto en todos los paradores del mundo.

El pollo era nuevo, y el vino viejo.

Andrea se sorprendió de comer con tanto apetito como si no le hubiera sucedido nada.

Luego se acostó, y casi al mismo instante se quedó dormido con ese sueño implacable que asalta siempre al hombre de veinte años, aunque tenga remordimientos.

Nos creemos en la obligacion de confesar que Andrea hubiera podido tener remordimientos, pero no los tenia.

Hé aquí cuál era su plan, plan que le habia inspirado la mayor parte de su seguridad.

Se levantaba con el alba, salia de la fonda despues de haber pagado religiosamente su cuenta, ganaba el bosque, compraba la hospitalidad de un campesino bajo pretexto de hacer estudios de pintura; agenciábase un trage de leñador y una montera, y arrojaba, en fin, la piel del elegante para cubrirse con la del obrero.

Despues con las manos llenas de tierra, ennegrecidos los cabellos con un peine de plomo y tostada la tez por

una preparacion cuya receta debia á sus antiguos conocidos de presidio, iba de bosque en bosque acercándose á la frontera mas próxima, andando de noche, durmiendo de dia, y no llegando á los lugares habitados sino para comprar un pan cuando le hiciera falta.

Una vez pasada la frontera, convertia Andrea sus diamantes en dinero, que reunidos á unos diez ó doce billetes de banco que llevaba siempre consigo por si fuer-

En toda imaginacion bien organizada la idea dominante, pues siempre hay una, es la primera que se ocurre al dispertar, así como fué la última que se ocurrió al dormir.

Aun no habia abierto los ojos Andrea cuando se apoderó de él su pensamiento dominante, diciéndole que habia dormido demasiado.

Saltó de la cama y se dirigió á la ventana.



Vista de Chantilly.

te, se encontraba todavía poseedor de unas cincuenta mil libras, cantidad no despreciable para su filosofía.

Además contaba con el interés que tenian los Danglars en echarle tierra al asunto.

Hé aquí la razon por qué, á pesar de su cansancio, se durmió Andrea tan pronto y tan profundamente.

Para despertarse mas temprano no habia cerrado las puertas de la ventana, contentándose con echarle el cerrojo á la de la habitacion y con dejar abierta sobre su mesa de noche una navaja de exquisito temple, que llevaba siempre consigo.

A eso de las siete de la mañana un rayo de sol brillante y tibio despertó á Andrea dándole en el rostro.

Un gendarme pasaba á la sazon por el patio.

El gendarme es uno de los objetos mas extraordinarios que existen en el mundo, aun para los hombres que no tienen por qué temer.

Mas para las conciencias apocadas y que tienen razon para serlo, lo amarillo, lo azul y lo blanco de que se compone su uniforme son colores muy horribles de ver.

—¿Por qué estará ahí ese ese gendarme? se preguntó Andrea á sí mismo.

Pero luego se respondió á sí mismo, con esa lógica que los lectores han podido ya admirar en él:

—Nada mas natural que un gendarme en una posada... pero vistámonos.

Y el jóven se vistió con una ligereza, que no le habia podido hacer perder su ayuda de cámara en el tiempo de vida elegante que habia pasado en Paris.

—¡Bueno! decia Andrea vistiéndose. Esperaré que se vaya, y entonces me iré yo.

Y al decir esto, ya con las botas y la corbata puesta se acercó de puntillas á la ventana, y levantó por segunda vez el visillo de muselina.

Miró en torno suyo con ansiedad; pero su habitacion, como todas las de este piso, solo tenia salida á la galería exterior, descubierta á todas las miradas.

—¡Soy perdido! fué su segundo pensamiento.

Con efecto, para un hombre que se hallase en la situacion de Andrea, la prision significaba los jueces, la sentencia y la muerte; muerte sin misericordia y sin tardanza.



Un tercer gendarme á caballo y carabina en ristre, hacia centinela á la puerta de la calle.

No solo no se habia marchado el primer gendarme, sino que el jóven vió un segundouniforme azul, amarillo y blanco al pié de la escalera, única por donde podia bajar, mientras un tercer gendarme á caballo y carabina en ristre, hacia centinela á la puerta de la calle, única por donde podia salir.

Este gendarme era lo mas significativo del mundo, porque detrás de él se extendia un semicírculo de curiosos, que bloqueaban herméticamente la puerta de la posada.

—A mí me buscan, fué el primer pensamiento de Andrea.

Y se puso pálido hasta el nacimiento del pelo.

Por un instante se oprimió convulsivamente la cabeza entre las manos.

En este instante estuvo á pique de volverse loco.

Pero bien pronto de aquel mundo de pensamientos que bullian en su cabeza, surgió un pensamiento de esperanza, dibujándose una pálida sonrisa en sus labios amoratados y en sus mejillas contraidas.

Lanzó otra mirada en torno suyo; los objetos que buscaba se hallaban reunidos sobre el mármol de un velador. Eran papel, tinta y pluma.

Mojó, pues, la pluma y escribió con mano á quien mandaba ser firme, las siguientes palabras:

«No tengo dinero para pagar; pero no soy pillo, y

dejo en prenda este alfiler, que vale diez veces mas que el gasto que he hecho.

»Perdónenme el haberme escapado al romper el alba, porque estoy lleno de vergüenza.»

Quitóse el alfiler de la corbata y lo puso sobre el papel. Hecho esto, en vez de dejar pasados los cerrojos, los descorrió, entreabriendo tambien la puerta como si hubiese salido de la habitacion olvidándose de cerrarla. Y deslizándose por la chimenea, como hombre acostumbrado á este género de gimnasia, cerró la portezuela de hierro, borró con sus piés las huellas que dejaba en las cenizas, y empezó á escalar el tubo combado que le ofrecia la única esperanza de salvacion.

En este mismo momento el primer gendarme que habia visto Andrea subia la escalera precedido del comisario de policía y sostenido por el segundo gendarme, que estacionaba al pié de la escalera, el cual podia esperar tambien refuerzo del que estacionaba á la puerta de la calle.

Veamos á qué circunstancia debia Andrea esta visita, que sentia tanto no recibir.

Al amanecer habian maniobrado los telégrafos en todas direcciones, y cada poblacion, prevenida casi inmediatamente, habia despertado á sus autoridades y lanzado á la fuerza pública en persecucion del asesino de Caderousse.

Compiegne, sitio real, Compiegne, poblacion frecuentada de los cazadores y bien guarnecida siempre de tropas, está tambien muy provista de autoridades, de gendarmes y de comisarios de policía.

Las visitas domiciliarias empezaron al punto que llegó la órden telegráfica, y siendo la principal de la poblacion la fonda de la Campana y de la Botella, empezaron por ella naturalmente.

Además, por relacion de los centinelas que habian estado de guardia aquella noche en la casa de Ayuntamiento (la casa de Ayuntamiento está contigua á la posada de la Campana), por relacion de los centinelas, repetimos, se sabia que se habian apeado en la fonda muchos viajeros aquella noche.

El centinela que habia sido relevado á las seis de la mañana recordaba tambien que en el momento en que empezaba su centinela, es decir, á las cuatro y algunos minutos, habia visto á un jóven montado en un caballo blanco, llevando á la grupa un chico del pueblo, cuyo jóven se apeó en la plaza y despidiendo al chico y al caballo, fué á llamar á la fonda de la Campana, donde habia entrado.

Sobre este jóven, pues, que de una manera tan singular y tan tarde llegó, recaian todas las sospechas.

Ahora bien, este jóven no era otro que Andrea.

Provistos, pues, de estos datos, se encaminaban hácia el cuarto de Andrea el comisario de policía y el gendarme, que era un sargento.

La puerta estaba entornada.

—¡Oh! oh! dijo el sargento, zorro viejo ya encanecido en el servicio: ¡qué mala señal es una puerta abierta! mejor quisiera verla cerrada y tapiada.

Con efecto, la carta y el alfiler dejado por Andrea sobre la mesa confirmaron ó mas bien apoyaron la triste verdad.

Andrea se habia escapado.

Decimos apoyaron, porque el sargento no era hombre que se contentase con una sola prueba.

Miró en torno suyo, escudriñó la cama, desdobló las cortinas, abrió los armarios, y se detuvo, en fin, en la chimenea.

Gracias á las precauciones de Cavalcanti, las cenizas no guardaban ninguna huella de su paso.

Sin embargo, la chimenea era una salida, y en aquellas circunstancias toda salida debia ser objeto de seria investigacion.

El sargento hizo que le trajesen leña y paja; limpió la chimenea como si fuese un mortero, y encendió lumbre.

Las paredes crugian.

Una columna opaca de humo se lanzó por los tubos, subiendo al cielo como la lava de un volcan; pero no vió caer al reo, como esperaba.

Es que Andrea en lucha desde la niñez con la sociedad, valia tanto como un gendarme, aunque este gendarme hubiese llegado á la respetable graduacion de sargento; y previendo el incendio, se habia salido al tejado, y estaba acurrucado al pié del tubo.

Por un instante concibió la esperanza de haberse salvado, porque oyó al sargento llamar á sus dos gendarmes y decirles en voz alta:

«No está:»

Pero alargando el pescuezo, vió que los dos gendarmes en vez de retirarse, como era de inferir á tal anuncio, redoblaban su atencion por el contrario. Andrea á su vez se puso á mirar en torno.

La casa de Ayuntamiento, colosal edificio del siglo XVI, se elevaba á su derecha como una muralla lúgubre.

Por las ventanas y demás aberturas de este edificio se podian ver los mas ocultos rincones del techo de la posada como desde la cima de una montaña se puede ver todo el valle.

Andrea comprendió que iba á aparecer al punto la cabeza del sargento en alguna de aquellas ventanas.

Si lo descubrian era hombre perdido.

Una persecucion sobre el tejado no le ofrecia probabilidades de buen éxito.

Resolvió, pues, volver á bajar, pero no por el mismo camino que trajo, sino por otro semejante.

Buscó con los ojos una chimenea que no exhalase humo, acercóse á ella gateando por el tejado y desapareció por el cañon sin que le hubiera visto nadie.

En el mismo instante una ventana de la casa de la Villa daba paso á la cabeza del sargento.

Esta cabeza permaneció algunos minutos inmóvil como los relieves de piedra que decoran el edificio, y luego desapareció exhalando un profundo suspiro de disgusto.

Tranquilo y digno como la ley de quien era representante, pasó el sargento entre la multitud reunida en la plaza sin responder á sus mil preguntas, y volvió á entrar en la fonda.

—¿Qué hay? le preguntaron á la par los dos gendarmes.

—Es seguro, hijos mios, respondió el sargento, que el tunante se ha alejado de nosotros esta mañana bien temprano, pero enviarémos gente por el camino de Villers-Coterets y de Noyon y se hará una batida por el bosque, donde lo encontrarémos indudablemente.

Acababa apenas el honrado funcionario de dar á luz este adverbio sonoro con esa entonacion que es peculiar á los gendarmes, cuando un profundo grito de terror acompañado de un redoble de campanillas resonó en el patio de la fonda.

—¡Oh! oh! ¿qué es eso? exclamó el sargento.

—¡Vaya una prisa que tiene ese viajero! dijo el fondista. ¿En qué número llaman?

—En el número 3.

—Corre, muchacho.

En este momento redoblaron los gritos y el campanilleo.

El mozo de la fonda echó á correr.

—No vayas, dijo el sargento deteniéndole. El que llama me parece que lo que pide no es un criado, y vamos á servirle un gendarme; ¿quién hay en el núm. 3?

—El jóven que llegó anoche en silla de posta con su hermana y que pidió un cuarto con dos camas.

La campanilla resonó por tercera vez con angustiosa entonacion.

—¡A mí, señor comisario! gritó el sargento; seguidme de puntillas.

—Esperad un instante, dijo el dueño de la fonda. El número 3 tiene dos escaleras, una exterior y otra interior.

—Bueno, dijo el sargento, yo iré por la interior, que pertenece á mi rango. ¿Están cargadas las carabinas?

—Sí, señor sargento.

—Pues bien, vigilad vosotros el exterior, y si quiere huir, fuego en él. Segun dice el telégrafo es un gran criminal.

El sargento seguido del comisario desapareció en seguida por la escalera interior acompañado del run run, que habia producido en la concurrencia sus revelaciones sobre Andrea.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Andrea habia bajado perfectamente hasta los dos tercios de la chimenea, pero al llegar allí le faltó un pié, y á pesar del apoyo de sus manos, se escurrió con mas ligereza y sobre todo con mas ruido que el que él deseaba.

A estar sola la habitacion esto nada hubiera importado, pero por desgracia estaba habitada.

Dos mujeres se hallaban durmiendo en una cama.

El ruido las despertó.

Sus miradas se fijaron en el punto de donde venia el ruido y vieron aparecer un hombre.

Una de las dos mujeres, la que era rubia, fué la que lanzó el grito terrible que habia alarmado á toda la casa, mientras que la otra, que era morena, se agarró al cordon de la campanilla tirando de él con todas sus fuerzas.

Como se ve, Andrea andaba de Heródes á Pilatos.



—¡Por piedad! no llameis, salvadme!

—¡Por piedad! gritó pálido fuera de sí, sin ver á las personas á quien invocaba, ¡por piedad! no llameis, ¡salvadme! Yo no quiero haceros daño.

—¡Andrea! ¡el asesino! gritó una de las dos jóvenes.

—¡Eugenia! ¡señorita Danglars! murmuró Cavalcanti, pasando del espanto al estupor.

—¡Socorro! Socorro! gritó Luisa d'Armilly, cogiendo el cordon de la campanilla de las manos inertes de Eugenia y llamando con mas fuerza.

—¡Salvadme! me persiguen! dijo Andrea juntando las manos, ¡no me entregueis por piedad!

—¡Ya es tarde! ya suben, dijo Eugenia.

—Pues bien, escondedme en cualquiera parte, y decid que habeis tenido miedo sin motivo, disiparéis las sospechas y me salvaréis la vida.

Las dos mujeres abrazadas y acurrucándose entre la ropa de la cama permanecieron mudas á aquella voz suplicante.

Todas sus repugnancias y todas su preocupaciones luchaban en su imaginacion.

—Pues bien, sea, dijo Eugenia. Tomad el camino que habeis traido, infeliz, y marchaos, que nada diremos.

—¡Aquí está! aquí está! gritó una voz desde afuera. ¡Aquí está, yo le veo!

Con efecto el sargento habia visto á Andrea por el ojo de la llave, de pié y en actitud suplicante.

Un tremendo culatazo hizo saltar la cerradura, y otros dos los cerrojos.

La puerta cayó hecha pedazos.

Corrió Andrea á la otra puerta que daba á la galería del patio y la abrió decidido á arrojarse por allí.

Los dos gendarmes le pusieron al pecho sus carabinas.

Andrea se detuvo.

Pálido, de pié y con el cuerpo inclinado un tanto hácia atrás seguia empuñando su crispada mano la inútil navaja de que ya hemos hecho mérito.

—¡Huid! huid! gritó la señorita d'Armilly, en cuyo corazon iba entrando la piedad á medida que iba saliendo el miedo. Huid pues.

—¡O mataos! dijo Eugenia con el tono y la actitud de una de aquellas vestales que en el circo romano ordenaban con el dedo al gladiador victorioso que rematase á su moribundo adversario.

Andrea se estremeció y miró á la jóven con una sonrisa de desprecio, que probaba que su corrupcion no comprendia esta sublime ferocidad del honor.

—¡Matarme! dijo arrojando la navaja, y ¿para qué!

—¡Vos lo habeis dicho! exclamó Eugenia; os ¡van á condenar á muerte! ¡os van á ejecutar como al último de los criminales!

—¡Bah! repuso Cavalcanti, cruzandose de brazos, tengo amigos.

El sargento se adelantó hacia él, sable en mano.

—¡Envainad! envainad seo valiente, que no hay por qué hacer esos alardes puesto que yo me rindo.

Y tendió sus manos á las esposas.

Las dos jóvenes contemplaban aterradas aquella horrible metamorfosis del hombre de mundo que se arrancaba la careta y volvia á ser presidiario.

Andrea se volvió hácia ellas, y con una sonrisa de impudencia dijo:

—¿Teneis algun encargo que darme para vuestro padre, señorita Eugenia? porque, segun parece, vuelvo á Paris.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh! oh! dijo Andrea, no hay por qué avergonzarse, que yo no os echo en cara el haber venido tras de mí en silla de posta... ¿no era ya casi vuestro marido?

Y despues de esta broma salió Andrea, dejando á las dos fugitivas entregadas á su vergüenza y á los comentarios de la multitud.

Una hora despues subian á su carruaje vestidas ambas de mujer.

Se habia cerrado la puerta de la fonda para librarlas de las miradas indiscretas; pero no por eso dejaron de pasar cuando la puerta volvió á abrirse, entre dos hileras de curiosos, cuyos ojos chispeaban y murmuraban los labios.

Eugenia bajó las persianas, pero si bien no veia, seguia oyendo y llegaban hasta ella los murmullos.

—¡Oh! ¿por qué el mundo no ha de ser un desierto? exclamó arrojándose en los brazos de Luisa d'Armilly con los ojos animados de aquella rabia que hacia desear á Neron que el pueblo romano solo tuviese una cabeza para poder cortarsela de un solo golpe.

A la mañana siguiente se apeaban las dos en el Hôtel de Flándes, en Bruselas.

Desde la víspera se hallaba Andrea en la Conserjería.

CAPITULO XXI.

LA LEY.

Ya hemos visto con cuánta calma pudieron las dos amigas verificar su trasformacion y su fuga, porque cada cual se hallaba ocupado en sus propios asuntos para acordarse de los demás.

Dejarémos al banquero, bañada en sudor la frente ante el fantasma de la bancarrota, alinear las enormes columnas de su pasivo, y sigamos á la baronesa, que despues de haber permanecido un instante abrumada por el golpe que acababa de recibir, fuése en busca de su consejero ordinario Luciano Devray.

Porque la baronesa fiaba efectivamente en este matrimonio para abandonar una tutela que con una hija del carácter de Eugenia no dejaba de ser embarazosa; pues en esta especie de contrato tácito que sostiene la gerarquía interior de las familias, la madre no tiene realmente dominio sobre la hija sino á condicion de ser á todas horas para ella ejemplo de sabiduría y tipo de perfeccion.

Ahora bien, madama Danglars temia la perspicacia de Eugenia y los consejos de Luisa d'Armilly.

Habia sorprendido ciertas miradas desdeñosas, lanzadas por su hija Devray, miradas que al parecer significaban que conocia todo el misterio de sus relaciones amorosas y pecuniarias.

Pero una interpretacion mas sagaz y mas profunda le hubiese demostrado, por el contrario, que Eugenia detestaba á Devray, no porque fuese una piedra de escándalo en la casa paterna, sino simplemente porque lo colocaba en la categoría de aquellos bípedos que Diógenes pretendia que no se llamasen hombres, y que Platon designaba con la perifrasis de animales de dos piés sin plumas.

Mad. Danglars desde su punto de vista, y por desgracia cada cual tiene en esto mundo su punto de vista propio que le impide conocer el de los demás, Mad. Danglars, repetimos, sentia que hubiese fracasado el matrimonio de su hija, no por que fuese conveniente, no porque hubiera podido hacer feliz á Eugenia, sino porque le devolvia su libertad.

Corrió, pues, como íbamos diciendo, á casa de Devray, que despues de haber asistido á la firma del contrato y al escándalo subsiguiente, se apresuró á retirarse á su reunion, donde hablaba con algunos amigos del suceso que á aquella hora era el objeto de las conversaciones de esa poblacion eminentemente murmuradora que se llama la capital del mundo civilizado.

En el momento que Mad. Danglars vestida de negro y cubierta con un velo subia la escalera del cuarto de Devray, á pesar de haberle dicho el portero que no estaba en casa, Devray se ocupaba en rechazar las insinuaciones de un amigo que pretendia probarle que despues del escándalo terrible de aquella noche era deber suyo como amigo de la casa casarse con Eugenia Danglars y con sus dos millones.

Devray se defendia como aquel que desea ser vencido, porque mas de una vez se le habia ocurrido la idea espontáneamente.

Como conocia á Eugenia y su carácter independiente y altivo, tomaba de vez en cuando una actitud completamente defensiva, diciendo que era imposible aquella union, y dejándose halagar sordamente por esa idea mala, que al decir de todos los moralistas preocupa sin cesar al hombre mas probo y mas puro velando en el fondo de su alma como el diablo vela detrás de la cruz.

El té, el juego, la conversacion, interesante como vemos, puesto que se discutian tan graves intereses, duraron hasta la una de la madrugada.

Entre tanto Mad. Danglars, introducida por el ayuda de cámara de Luciano, le esperaba siempre cubierta y llena de ansiedad entre dos jarrones de flores, que le habia enviado ella misma por la mañana, y que Devray, justo es decirlo, habia colocado y cuidado con inocencia de su hija y en su fidelidad á la casa paterna.

Vuelta á su cuarto, púsose á escuchar á la puerta de Eugenia, y como no oyese ningun ruido trató de entrar, pero estaban echados los cerrojos.

Mad. Danglars creyó que Eugenia fatigada con las terribles emociones de aquella noche se habria acostado y estaria durmiendo.



La señorita Eugenia, respondió la doncella, entró en su habitacion con la señorita Luisa.

un esmero, que le hizo á la pobre mujer perdonarle su ausencia.

Cansada de esperar inútilmente, se volvió á su casa á las once y cuarenta minutos.

Las damas de cierta clase se parecen á las grisetas enamoradas en que nunca vuelven á su casa despues de las doce de la noche.

La Baronesa entró en su casa con la misma precaucion que Eugenia acababa de tomar para salir, y con el corazon oprimido subió velozmente la escalera de su habitacion, contigua como sabemos á la de Eugenia.

Tanto temia provocar comentarios; tan firmemente creia, pobre mujer, siquiera en esto respetable, en la

Despues llamó á la doncella para interrogarla.

—La señorita Eugenia, respondió la doncella, entró en su habitacion con la señorita Luisa. Luego tomaron el té juntas, y me despidieron diciéndome que no me necesitaban ya.

Desde entonces la doncella había permanecido en el comedor, y como los demás criados, creia que las dos jóvenes se hallaban en su habitacion.

Acostóse, pues, Mad. Danglars, sin asomo siquiera de sospecha; y tranquila sobre los individuos, se fijó su imaginacion en los sucesos.

A medida que sus ideas se iban aclarando iba tambien tomando mas proporciones la escena del contrato.

No era un escándalo ya, era una desvergüenza; no era un bochorno, era una ignominia.

Entonces, á pesar suyo, recordó la baronesa que no habia tenido piedad para la pobre Mercedes, herida hácia poco tiempo en su esposo y en su hijo de una humillacion tan grande como aquella.

—Eugenia, se dijo á si misma, está perdida ya y nosotros tambien. Este suceso, tal como lo presentarán las lenguas murmuradoras, va á cubrirnos de oprobio para siempre, porque en una sociedad como la nuestra ciertos ridículos son llagas vivas, sangrientas, incurables.

—¡Qué felicidad, murmuraba, que Dios le haya dado á Eugenia ese carácter raro que tantas veces me ha hecho temblar!

Y llena de gratitud levantaba los ojos al cielo, cuya misteriosa Providencia lo dispone todo de antemano para los sucesos que han de venir, y de un defecto y hasta de un vicio hace tal vez una felicidad.

Luego su pensamiento atravesó el espacio como el pájaro tendiendo sus alas sobre un abismo, y se detuvo en Andrea Cavalcanti.

Era sin duda un miserable, un ladron, un asesino, pero tenia unas maneras que indicaban una educacion regular, si no distinguida.

Andrea se habia presentado en el mundo con la apariencia de una gran fortuna y el apoyo de nombres muy honrosos.

¿Cómo ver claro en este dédalo? ¿A quién dirigirse para salir de esta posicion cruel?

Debray, á quien habia acudido en el primer impulso de la mujer que busca la ayuda del hombre á quien ama y que á veces la pierde; Debray solo le podia dar consejos; á otra persona mas poderosa era á quien debia dirigirse.

Entonces pensó la baronesa en Villefort.

M. de Villefort fué quien mandó prender á Cavalcanti. M. de Villefort fué quien despiadadamente introdujo la vergüenza y el sobresalto en su familia, como si hubiera sido una familia extraña.

Pero no, reflexionándolo bien, no era el Procurador del Rey un hombre despiadado, era un juez esclavo de sus deberes, un amigo leal y firme, que brutalmente sí, pero con mano segura habia introducido el escalpelo en la corrupcion. No era un verdugo, que era un cirujano, un cirujano que habia querido librar á los ojos del mundo el honor de los Danglars de la ignominia de aquel jóven perdido, que habian presentado al mundo como su yerno.

Desde el momento que obraba así M. de Villefort, amigo de la familia Danglars, no era de suponer que hubiese sabido nada de antemano ni que se hubiese prestado á ninguno de los manejos de Andrea.

La conducta, pues, de Villefort, reflexionándolo bien, aparecia á los ojos de la baronesa bajo un punto de vista que era para los dos muy ventajoso.

Pero allí debia detenerse la inflexibilidad del Procurador del Rey.

Al dia siguiente iria á verle y obtendria de él, si no que faltase á los deberes de magistrado, á lo menos que diese á la indulgencia toda la posible latitud.

La baronesa invocaria lo pasado, evocaria sus recuerdos y le suplicaria en nombre de un tiempo culpable, pero dichoso.

M. de Villefort le echaria tierra al negocio (y para esto lo único que tenia que hacer era volver los ojos á otro lado) ó á lo menos dejaria huir á Cavalcanti, y solo perseguiria al crímen en esa sombra de criminal que se llama el prófugo.

Solo entonces pudo dormirse mas tranquila.

Por la mañana se levantó á las nueve, y sin llamar á su doncella, sin dar señal alguna de vida, se vistió con la misma sencillez que la víspera; bajó la escalera y fué hasta la calle de Provenza, donde subió en un fiacre y se hizo conducir á casa de Villefort.

Hacia un mes que esta casa maldita presentaba el aspecto lúgubre de un lazareto donde se hubiera declarado la peste.

Una parte de las habitaciones estaban cerradas interior y exteriormente, y las otras solo se abrian un instante para que entrase el aire.

Entonces se veia aparecer en los balcones la cabeza demacrada de algun lacayo, y luego volvian á cerrarse como la lápida de un sepulcro, y los vecinos se decian en voz baja:

—¿Verémos hoy salir algun otro ataud de la casa del Procurador del Rey?

Mad. Danglars sintió un escalofrio al aspecto de esta vivienda lúgubre.

Bajó de su carruaje, y con las rodillas vacilantes se acercó á la puerta y llamó.

Solo á la tercera vez que agitó la campanilla, cuyo son lúgubre parecia participar tambien de la tristeza general, apareció un portero entreabriendo la puerta lo bastante para dejar paso á las palabras.

Vió una mujer, una mujer de mundo y elegante, y sin embargo la puerta permaneció casi cerrada.

—¡Abrid! dijo la baronesa.

—Primeramente, señora, ¿quién sois? le preguntó el portero.

—¿Quién soy? bien me conoceis.

—Nosotros no conocemos á nadie, señora.

—¿Estáis loco, amigo mio? exclamó la baronesa.

—¿De parte de quién venís?

—¡Oh! esto es ya demasiado.

—Señora, dispensadme, es nuestra consigna. ¿Cómo os llamais?

—La señora baronesa de Danglars. Ya me habeis visto diferentes veces.

—Es muy posible. Y ¿qué quereis?

—¡Oh, qué cosa tan extraña! yo me quejaré á Monsieur de Villefort de la impertinencia de sus criados.

—Señora, no es impertinencia, sino precaucion. Nadie entra aquí sin órden de M. de Avrigny ó sin haber hablado con el señor Procurador del Rey.

—Pues bien, justamente es al Procurador del Rey á quien yo tengo que ver.

—¿Para asunto urgente?

—Bien podeis figurároslo, puesto que no he subido ya á mi carruaje. Acabemos, tomad esta targeta y llevádsela á vuestro amo.

—¿Esperaréis mi vuelta?

—Sí.

El portero cerró la puerta, dejando en la calle á Madama Danglars.

Bien que no tuvo que esperar mucho tiempo.

Volvióse á abrir la puerta un instante despues lo suficiente para darle paso, y se cerró detrás de ella.

Al llegar al patio el portero, sin perder de vista la puerta, sacó un pito del bolsillo é hizo una señal.

El ayuda de cámara de M. de Villefort apareció en el peristilo.

—Disimulad, señora, á este pobre hombre, dijo saliendo al encuentro de la baronesa; pero sus órdenes son terminantes, y M. de Villefort me ha encargado diga á la señora que no podia menos de hacer lo que ha hecho.

En el patio se hallaba tambien un vendedor, á quien habian introducido con las mismas precauciones y cuyas mercancías estaban examinando.

La baronesa subió el peristilo, profundamente impresionada por aquella tristeza que ensanchaba por decirlo así el círculo de la suya, y guiada siempre por el ayuda de cámara entró en el gabinete del magistrado sin que su guia la perdiese de vista.

Por muy abstraida que estuviese Mad. Danglars en sus pensamientos, parecióle tan indigna la recepcion que la habia hecho toda la servidumbre, que empezó por quejarse.

Pero Villefort levantó su cabeza abrumada por el do-

lor y la miró con una sonrisa tan triste, que espiraron las quejas en sus labios.

—Disimulad á mis criados un terror de que yo no puedo acusarlos. Sospechosos ellos, han llegado á sospechar de todo el mundo.

Mad. Danglars habia oido hablar muchas veces del terror que le confesaba el magistrado; pero nunca hubiera podido creer que llegase á tal extremo si no lo hubiera visto por sus propios ojos.

—¡Vos tambien, dijo la dama, vos tambien sois desgraciado!

—Sí, señora, respondió el Procurador del Rey.

—¿Entonces me compadeceréis?

—Sinceramente, señora.

—Y ¿comprendeis lo que me trae?

—¿Venís á hablarme de lo que os pasa; no es verdad?

—Sí, una desgracia espantosa.

—Es decir, ¡un contratiempo!

—¿Un contratiempo? exclamó la baronesa.

—¡Ay, señora! respondió el Procurador del Rey con su calma imperturbable. He llegado á no llamar desgracias sino á las cosas que no tienen remedio.

—¿Pero creeis, caballero, que esto llegará á olvidarse?

—Todo se olvida, señora, dijo Villefort. El casamiento de vuestra hija se verificará mañana, si no se verifica hoy, ó dentro de ocho dias, si no se verifica mañana. Y en cuanto á temer el porvenir de la señorita Eugenia, no creo que sea tal vuestra idea.



—¿He venido á ver á un amigo?

Mad. Danglars miró á Villefort asombrada de aquella tranquilidad casi burlesca.

—¿He venido á ver á un amigo? le preguntó con un aire de dolorosa dignidad.

—Ya sabeis que sí, señora, respondió Villefort coloreándosele un tanto las mejillas.

Con efecto, esta respuesta era alusiva á otros sucesos que no los que ahora los ocupaban á entrambos.

—Pues bien, entonces, dijo la Baronesa, sed mas afectuoso, mi querido Villefort. Habladme como amigo

y no como magistrado, y cuando yo me creo profundamente desgraciada, no me digais que debo estar contenta.

Villefort inclinóse y dijo:

—Hace tres meses, señora, que siempre que oigo hablar de desgracias he adquirido la enojosa costumbre de pensar en las mias, y entonces espontáneamente se verifica en mi espíritu la egoista operacion del para-



Villefort extendió la mano hácia un gran crucifijo.

lelo. Esta es la causa de que vuestras desgracias me parezcan un contratiempo comparadas con las mias. Esta es la cáusa de que comparada con mi funesta posicion, me parezca la vuestra envidiable. Pero si mis palabras os contrarían, hagamos punto. Deciais, señora...

—Vengo á saber de vos, amigo mio, repuso la Baronesa, en qué estado está el asunto de ese impostor.

—¡Impostor, señora! repuso Villefort; decididamente ya es una manía en vos eso de atenuar ciertas cosas. ¡Impostor M. Andrea Cavalcanti, ó mas bien Benedetto! os engañais, señora. Benedetto es simplemente un asesino.

—No niego la justicia de vuestra rectificacion, caballero; pero cuanto mas severo seais con ese desgraciado, mas daño haréis á nuestra familia. ¡Olvidadle por un momento, y en lugar de perseguidle dejadle huir!

—Venis tarde, señora. Se han dado ya las órdenes.

—Pues bien, si le prenden... ¿creeis qué le prenderán?

—Así lo espero.

—Pues si le prenden, escuchad. Siempre he oido decir que la cárcel regenera. Dejadle en la cárcel.

El Procurador del Rey hizo movimiento negativo.

—A lo menos hasta que mi hija se case, añadió la Baronesa.

—Imposible, señora. La justicia tiene sus formalidades...

—¿Tambien para mí? dijo la Baronesa medio seria y medio riyéndose.

—Para todos, respondió Villefort; y para mí mismo como para los demás.

—¡Ah! añadió la Baronesa sin traducir en palabras

el pensamiento que acababa de revelar con esta exclamacion.

Villefort la miró con aquellos ojos que sondaban hasta los pliegues mas recónditos.

—Sí, repuso, ya sé lo que quereis decir. ¡Aludís á los rumores terribles que corren por el mundo de que no son naturales esas muertes que desde hace tres meses me están vistiendo de luto! ¡esa muerte de que acaba de escapar Valentina como por milagro!

—No pensaba yo en eso, dijo Mad. Danglars vivamente.

—Sí, pensabais, señora, y con justicia, porque no podiais hacer otra cosa que pensar, y os deciais en voz baja: —«Tú que persigues al crímen, responde: ¿por qué en torno tuyo quedan tantos crímenes impunes?...»

La Baronesa palideció.

—Eso era lo que os deciais, ¿es verdad, señora?

—Pues bien, sí, lo confieso.

—Voy á responderos.

Villefort aproximó su butaca á la silla de madama Danglars.

Luego apoyando sus dos manos en la mesa y tomando una entonacian mas sorda que de costumbre, añadió:

—Hay crímenes que quedan impunes porque no se conoce á los criminales, y se teme castigar á un inocente en vez del verdadero culpable; pero cuando esos criminales sean conocidos, os juro por el Dios vivo (y Villefort extendió la mano hácia un gran crucifijo colocado en frente de su mesa), os juro, señora, que morirán. Despues del juramento que acabo de hacer y que cumpliré, señora, ¡atreveos á pedirme gracia para ese miserable!

—¿Y quién os asegura, caballero, que sea tan criminal como se dice? respondió Mad. Danglars.

—Aquí teneis su proceso: Benedetto condenado primeramente á cinco años de galeras por falsificacion cuando solo contaba diez y seis años. El jóven, como veis, prometia. Luego prófugo; luego asesino.

—¿Y quién es ese desgraciado?

—¿Quién lo sabe? Un vagabundo, un corso.

—¿No ha sido reclamado por nadie?

—Por nadie. No se conocen sus parientes.

—¿Y aquel hombre que vino de Luca?

—Otro pillo como él; ¡quizás su cómplice!

La Baronesa juntó las manos.

—¡Villefort murmuró con su voz dulce y cariñosa.

—Por Dios, señora, respondió el Procurador del Rey con una firmeza que tenia algo de sequedad; por Dios, no me pidais nunca gracia para un culpable. ¿Quién soy yo? la ley. ¿Y acaso la ley tiene ojos para ver vuestra tristeza? ¿acaso la ley tiene oidos para oir vuestra dulce voz? ¿acaso la ley tiene memoria para explicarse á sí misma vuestros delicados pensamientos? No, señora. La ley ordena, y cuando la ley ha ordenado, hiere. Me diréis que soy un ser viviente, y no un código, un hombre, y no un volúmen; miradme, señora, y mirad en torno mio. ¿Me han tratado los hombres como hermano? ¿Me han amado á mí? ¿Me han perdonado ámí? ¿Ha pedido álguien gracia para M. de Villefort, y se ha concedido á ese álguien la gracia que pedia para M. de Villefort? no, no; ¡lastimado y siempre lastimado! ¿Persistis, mujer, es decir sirena, en hablarme con esa mirada expresiva y encantadora que me recuerda que debo tener rubor... sí, rubor por lo que vos sabeis, y acaso, acaso por lo que no sabeis?... Pero, en fin, desde que yo mismo he faltado, y quizás mas que los otros, he desabrochado los vestidos de esos otros para encontrar la úlcera, y la he encontrado siempre, diré mal, he encontrado con placer, con delicia, ese sello de la debilidad ó de la perversidad humana; porque cada hombre que yo encontraba culpable, cada culpable que yo castigaba me parecia una prueba viva de que no soy una horrible excepcion. ¡Ay! ay! ¡Todo el mundo es malo, señora! Probémoselo y castiguemos al malo.

Pronunció Villefort estas últimas palabras con una rabia febril, que daba á su lenguaje una feroz elocuencia.

—¿Pero decís que ese jóven, repuso Mad. Danglars, acudiendo al último recurso, decís que es un huérfano abandonado de todos?

—Tanto peor, señora; ó mas bien dicho, tanto mejor. Así lo ha dispuesto la Providencia para que nadie llore por él.

—¡Eso es encarnizarse con el débil, caballero!

—¡Débil que asesina!

—Su deshonra recae sobre mi casa.

—¿No tengo yo la muerte en la mia?

—¡Oh, caballero! exclamó la baronesa. Sois despiadado para los demás. Pues tened presente lo que os digo. Nadie tendrá piedad de vos.

—Sea, dijo Villefort levantando sus brazos al cielo con ademan amenazante.

—Aplazad al menos la causa de ese infeliz si lo prenden. Eso nos concederá seis meses para olvidar.

—No tal, dijo Villefort. Tengo cinco dias aun. La causa está ya corriente, y cinco dias es mas tiempo del que necesito. Además, señora, no comprendeis que yo tambien tengo que olvidar; y cuando trabajo, y trabajo noche y dia, hay momentos en que no me acuerdo de nada, y entonces soy feliz, como lo son los muertos, es verdad; pero eso es preferible á sufrir tanto.

—Ya que se ha escapado, caballero, dejadle. La inercia es una clemencia fácil.

—Ya os he dicho que era tarde. El telégrafo ha maniobrado al amanecer, y á estas horas...

—Señor, dijo entrando el ayuda de cámara, un dragon trae este oficio del ministro del Interior.

Villefort cogió la carta y abrióla pricipitadamente.

Mad. Danglars se estremeció de terror y Villefort de alegría.

—¡Preso! exclamó este. Le han preso en Compiegne: ya es asunto concluido.

Mad. Danglars se puso de pié pálida y fria.

—¡Adios, caballero! dijo.

—¡Adios, señora! repuso el procurador del rey acompañándola hasta la puerta casi contento.

—Vamos, dijo despues volviendo á su despacho y golpeando el oficio con el dorso de la mano derecha, tenia una falsificacion, tres robos y dos incendios, solo me faltaba un asesinato, y ya está aquí. Buena será la sesion.

FIN DE LA QUINTA PARTE.



EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

PARTE SEXTA.

CAPITULO PRIMERO.

LA APARICION.

Como se lo habia dicho el procurador del Rey á Madama Danglars, Valentina no estaba restablecida aun.

Abrumada por los padecimientos, tenia que guardar cama y en su habitacion fué donde supo de boca de Mad. de Villefort los sucesos que acabamos de referir, ó sea la fuga de Eugenia, la prision de Andrea Cavalcanti, ó dicho mejor de Benedetto, y la acusacion de asesinato entablada contra él.

Pero estaba tan débil Valentina que no le hicieron estas noticias todo el efecto que le hubieran hecho en su estado habitual.

Con efecto, solo le quedaron algunas ideas vagas, algunas formas indecisas confundidas con las extrañas ideas y los fantasmas fugitivos que nacian en su cerebro enfermo, ó pasaban delante de sus ojos; y pronto se borró todo para dejar que recobrasen sus fuerzas las sensaciones personales.

Durante el dia, la presencia de Noirtier conservaba á Valentina en el mundo real. El anciano hacia que le llevasen al cuarto de su nieta, y permanecia allí cubriéndola con su paternal mirada.

Tambien Villefort á su vez cuando volvia del tribunal pasaba una hora ó dos entre su padre y su hija.

A las seis se retiraba Villefort á su gabinete.

A las ocho llegaba M. de Avrigny trayendo por sí mismo la medicina que habia de tomar la jóven por la noche.

Luego se llevaban á Noirtier.

Una enfermera elegida por el doctor reemplazaba á todo el mundo, no retirándose sino á las diez ó las once que Valentina se dormia.

Al bajar entregaba las llaves de la habitacion de Valentina al mismo M. de Villefort, de manera que no se podia entrar en el cuarto de la enferma sino atravesando la habitacion de Mad. de Villefort y la del niño Eduardo.

Todas las mañanas venia Morrel al cuarto de Noirtier á saber cómo estaba Valentina.

¡Pero cosa extraña! cada dia iba estando menos inquieto.

Valentina por su parte, aunque dominada por una exaltacion nerviosa, iba tambien mejor.

¿No le habia dicho Monte-Cristo cuando corrió á su casa fuera de sí que Valentina estaba salvada si dentro de dos horas no moria?

Ahora bien, habian pasado cuatro dias y Valentina no habia muerto.

La exaltacion nerviosa de que hemos hablado perseguia á Valentina hasta en sus sueños, ó dicho mejor, en el estado de somnolencia que sucedia á sus insomnios.

Entonces era cuando en el silencio de la noche y de la semioscuridad que dejaba reinar la lamparilla cubierta con su tubo de alabastro y colocada sobre la chimenea, veia pasar esas sombras que pueblan la mente de los enfermos y que la fiebre agita con sus temblodoras alas.

Entonces le parecia ver, ora á su madrastra que la amenazaba, ora á Morrel que le tendia los brazos, ora á otras personas casi extrañas á su vida habitual, como el conde de Monte-Cristo. En estos momentos de delirio no habia cosa, ni aun los muebles, que no pareciese móvil y errante, durando esto hasta las dos ó las tres de la mañana, hora en que un sueño de plomo venia á apoderarse de la jóven

La noche que siguió al dia en que supo Valentina la fuga de Eugenia y la prision de Benedetto, noche en que, despues de haberse confundido un instante con las sensaciones de su propia existencia, empezaban á salir poco á poco estos sucesos de su imaginacion; despues de la retirada sucesiva de Villefort, de Noirtier y de Avrigny, cuando daban las once en San Felipe de Roule y la enfermera habiendo puesto á la mano de Valentina la pocion preparada por el doctor y cerrado la puerta del cuarto, escuchaba temblorosa en la cocina, donde se habia retirado, los comentarios de los criados y llenaba su imaginacion de las lúgubres historias que rodaban por las antesalas del procurador del Rey desde tres meses atrás; una escena inesperada pasaba en aquella habitacion cerrada herméticamente.

Hacia diez minutos, sobre poco mas ó menos, que se habia retirado la enfermera.

Valentina, presa hacia una hora de la calentura que todas las noches le asaltaba, dejaba á su cabeza indómita proseguir á su capricho ese trabajo activo, monotono é implacable del cerebro que se gasta en reproducir sin cesar los mismos pensamientos y las mismas imágenes.

De la mecha de la lamparilla se lanzaban mil y mil reflejos de extrañas oscilaciones, cuando de repente á su agitada luz creyó Valentina ver abrirse su biblioteca situada junto á la chimenea, sin que los goznes de la puerta hicieran el menor ruido.

En otra ocasion cualquiera hubiese Valentina tirado del cordon de la campanilla pidiendo socorro; pero nada podia admirarle en la situacion en que se encontraba ya.

Tenia la conviccion de que todas las visiones que le rodeaban eran hijas de su delirio, conviccion que habia adquirido al ver por la mañana que no quedaba rastro alguno de todos aquellos nocturnos fantasmas que la luz desvanecia.

Detrás de la puerta apareció una figura humana.

Gracias á su fiebre, estaba Valentina harto familiarizada con estas apariciones para asustarse.

Lo único que hizo fué abrir extremadamente los ojos esperando reconocer á Morrel.

El fantasma siguió avanzando hácia su lecho, y luego se detuvo escuchando, al parecer, con atencion profunda.

En este momento cayó sobre su rostro un reflejo de la lamparilla.

—¡No es él! murmuró la jóven.

Y convencida de que estaba soñando, esperó que aquel hombre, como sucede en los sueños, desapareciese ó se cambiase en otro personaje.

Tocóse el pulso sin embargo, y sintiéndolo palpitar con violencia, recordó que el mejor medio de que desapareciesen estas visiones importunas era beber. La frescura de la bebida, compuesta además con el objeto de calmar las agitaciones de que Valentina se habia quejado al doctor, le renovaba las sensaciones del cerebro, aminorando á la par la fiebre; de manera que cuando bebia sufria menos instantáneamente.

Valentina alargó, pues, la mano para coger el vaso de la copa de cristal donde estaba metido.

Pero cuando sacaba de la cama su brazo sudoroso, la aparicion dió con mas ligereza que nunca dos pasos hácia ella, llegando á colocarse tan cerca que pudo oir su respiracion y creyó sentir la presion de su mano.

Esta vez la ilusion ó mas bien la realidad, sobrepujaba á todo lo que Valentina habia sentido hasta entonces.

Empezó á creerse muy despierta y muy viva, y convenciéndose de que estaba en su razon, echóse á temblar.

La presion que habia sentido tenia por objeto detenerle el brazo.

Valentina lo retiró lentamente.

Entonces la vision, cuyas miradas no podian apartarse de ella, y que mas bien parecian protectoras que amenazantes, la vision cogió el vaso y acercándose á la lamparilla se puso á contemplar el licor como si juzgase de su trasparencia y lucidez.

Pero esta primera prueba no le bastó.

El hombre, ó mas bien el fantasma, pues andaba tan despacio que el tapiz ahogaba el ruido de sus pasos, cogió del vaso una cucharada y la bebió.

Valentina contemplaba esta escena con un profundo estupor.

Creia firmemente que todo se iba á disipar para hacer plaza á otra escena.

Pero en vez de evaporarse como una sombra, acercóse el hombre á ella y alargándole el vaso le dijo:

—Bebed ahora.

Valentina tembló.

Era la primera vez que una de sus visiones le hablaba con voz humana.

Abrió la boca para exhalar un grito, pero el hombre se puso el dedo sobre los labios.

—¡El conde de Monte-Cristo! murmuró Valentina.

El espanto que se pintó en sus ojos, el temblor de sus manos y el rápido ademan que hizo para acurrucarse entre las sábanas, demostraban la última lucha de la duda contra la conviccion.

La presencia del conde de Monte-Cristo en su cuarto y á tal hora, su entrada misteriosa, fantástica é inexplicable por una pared, parecian cosas imposibles á la trastornada razon de Valentina.

—¡No llameis! ¡no os asusteis! dijo el conde. No conserveis en el fondo del corazon ni sombra de sospecha ni inquietud; el hombre que teneis delante de vuestros ojos (porque esta vez, Valentina, no es una ilusion lo que estáis viendo), ese hombre es el padre mas tierno y el amigo mas respetuoso con quien podiérais soñar.



Valentina nó supo qué responder.

Le daba tanto miedo aquella voz que le revelaba la presencia de un sér real, que temia asociar á ella la suya; pero su mirada temerosa queria decir:—«Si son puras vuestras intenciones ¿por qué estais aquí?»

El Conde comprendió con su maravillosa sagacidad todo lo que pasaba en el corazon de la jóven.

—¡Escuchadme, ó mas bien, miradme! le dijo. Ved mis ojos encarnados y mi rostro mas pálido que de cos-

—Sí.

—Con efecto, caballero, acabais de hablar de vigilancia y de proteccion. ¿Sois médico por ventura?

—Sí; y el mejor que el cielo pudiera enviaros en este momento, creedme.

—¿Decís que habeis velado? le preguntó Valentina inquieta, ¿donde? ¡Yo no os he visto!

El Conde extendió la mano en direccion á la biblioteca y respondió:



—¡Silencio! hija mia, he dicho y repito veneno y muerte.

tumbre. Es que hace cuatro noches que velo por vos, y os protejo y os conservo á nuestro amigo Maximiliano.

Un torrente de alegre sangre subió al punto á las mejillas de la enferma, porque el nombre que acababa Monte-Cristo de pronunciar le quitaba toda la desconfianza que al principio le inspiró.

—¡Maximiliano! repitió Valentina, tan dulce le parecia este nombre, ¡Maximiliano! ¿luego os lo ha confesado todo?

—Todo. Me ha dicho que vuestra vida era la suya, y le he prometido que viviriais.

—¿Le habeis prometido que viviria?

—Yo estaba oculto detrás de aquella puerta que dà á una casa vecina, la cual tengo alquilada.

Valentina por un impulso de púdica altivez volvió los ojos á otro lado, y dijo con supremo terror:

—Lo que habeis hecho, caballero, es una locura increible, y la proteccion que me dispensais se parece mucho á un insulto.

—¡Valentina! respondió el conde, las únicas cosas que he visto en esta prolongadada vigilia han sido lá siguientes. Las personas que venian á vuestra casa, los alimentos que os servian, las medicinas que os daban; y luego cuando esas medicinas me parecian peli-

grosas entraba aquí como acabo de entrar, vaciaba vuestro vaso, y sustituia al veneno un brebaje bien hecho, que en vez de la muerte que os preparaban, hacia circular la vida por vuestras venas.

—¡El veneno! ¡la muerte! exclamó Valentina, creyéndose otra vez asaltada de una alucinacion febril, ¿qué estáis diciendo, caballero?

—¡Silencio! hija mia, dijo Monte-Cristo llevándose otra vez el dedo á los labios. He dicho y repito veneno y muerte, pero bebed esto primero.

Sacó el conde del bolsillo un frasquito que contenia un licor encarnado y vertió en el vaso algunas gotas de él.

—Despues que bebais esto no tomeis nada mas en toda la noche.

Valentina alargó la mano.

Pero apenas tocó el vaso, volvió á retirarla con terror.

Monte-Cristo cogió el vaso, bebió la mitad y le presentó el resto á Valentina, que se lo bebió sonriéndose.

—¡Oh, sí! dijo: reconozco en esta el sabor de esa agua que bebo por la noche, agua que dá á mi pecho algo de frescura y á mi imaginacion algo de tranquilidad. ¡Gracias, caballero, gracias!

—Así habeis vivido cuatro noches, Valentina, dijo Monte-Cristo. Pero ¿cómo he vivido yo? ¡Oh! ¡qué horas tan crueles me habeis hecho pasar! Qué tormentos tan horribles me habeis hecho sufrir! Cuando veia verter en vuestro vaso el mortal veneno, temia que tuviéseis tiempo de beberlo antes que yo de verterlo en la chimenea.

—¿Decís, caballero, repuso Valentina en el colmo del terror, que habeis sufrido mil tormentos viendo verter en mi vaso el veneno mortal? Si eso es así, ¿habeis visto á la persona que lo vertia?

—Sí.

Valentina se incorporó en la cama, y acomodándose sobre el pecho mas blanco que la nieve la batista bordada de la camisa húmeda aun con el sudor del delirio, al cual empezaba á mezclarse el sudor del espanto mas helado aun, repitió:

—¡La habeis visto!

—Sí, respondió el conde por segunda vez.

—¡Es horrible lo que me decís, caballero! ¡es infernal lo que quereis hacerme creer. ¡Que! en casa de mi padre, en mi misma alcoba, en mi lecho del dolor se piensa asesinarme! ¡Oh! retiraos caballero! ¡Tentais mi conciencia! ¡Blasfemais de la bondad divina! ¡Eso es imposible! Eso no puede ser!

—¿Sois acaso la primera á quien esa mano hiere, Valentina? ¿No habeis visto caer junto á vos á M. de Saint-Meran, á Mad. de Saint-Meran y á Barrois? ¿No hubiérais visto caer tambien á M. Noirtier si el plan curativo que sigue hace tres años no le hubiese protegido contra el veneno con el uso del veneno?

—¡Oh Dios mio! dijo Valentina. Por eso sin duda hace un mes que mi abuelito exige que pruebe yo todas sus medicinas.

—¿Tienen un gusto amargo, exclamó Monte-Cristo, como el de la cáscara de naranja medio seca?

—Sí, sí.

—Entonces todo se explica, dijo el conde. El tambien sabe que hay aquí quien envenena, y aun quizá lo conoce. Os ha precavido contra la sustancia mortal que ha venido á embotarse en este principio de costumbre; por eso vivís todavía, cosa que yo no me explicaba habiendo sido envenenada hace cuatro dias con un veneno que por lo comun no perdona.

—Pero ¿quién es el asesino? ¿quién el envenenador?

—A mi vez yo os pregunto, ¿no habeis visto entrar á nadie en vuestro cuarto por la noche?

—Sí por cierto. Muchas veces he visto pasar unas como sombras que se acercaban y se alejaban y desaparecian, y yo las creia visiones de mi delirio, tanto, que ahora mismo cuando entrásteis vos, estuve mucho tiempo figurándome que soñaba.

—¿Conque no conoceis á la persona que quiere acabar con vuestra vida?

—No, dijo Valentina. ¿Hay alguien que desee mi muerte?

—Vais á conocerlo ahora, repuso el conde aplicando el oido.

—¡Cómo! exclamó Valentina mirando con horror en torno suyo.

—Porque esta noche no teneis calentura ni delirio, porque esta noche estáis bien dispierta, y porque están dando las doce, que es la hora de los asesinos.

—¡Dios mio! Dios mio! murmuró Valentina, limpiándose con la mano el sudor que caia de su frente.

Con efecto, estaban dando las doce, y cada lenta y triste campanada parecia que cayese sobre el corazon de la jóven.

—Valentina, prosiguió Monte-Cristo, reunid vuestras fuerzas, sujetad vuestro corazon en el pecho, ahogad vuestra voz en la garganta, fingid que estáis durmiendo, ¡y ya veréis, ya veréis!

Valentina cogió la mano del conde.

—¡Me parece que oigo ruido! le dijo. Retiraos.

—¡Adios! ó mas bien hasta la vista, respondió el conde.

Despues sonriéndose de una manera tan triste y tan paternal, que se quedó la jóven penetrada de gratitud, dirigióse de puntillas á la biblioteca.

Pero antes de cerrar la puerta volvióse hácia la cama y añadió:

—Ni un gesto, ni una palabra.... que os crea dormida, porque si no os mataria antes que yo tuviese tiempo de acudir.

Y con este horrible consejo desapareció el conde cerrando la puerta silenciosamente.

Valentina se quedó sola.

CAPITULO II.

LOCUSTA.

Otros dos relojes mas atrasados que el de San Felipe de Roule dieron las doce á diferentes distancias.

Despues todo quedó en silencio, excepto el rumor de algunos carruajes lejanos.

Valentina concentró toda su atencion en el reló de su alcoba, que señalaba hasta los segundos.

Púsose á contar estos segundos, y reparó que por cada uno daba dos latidos su corazon, y sin embargo, dudaba todavía.

La inofensiva Valentina no se podia figurar que nadie deseara su muerte. ¿Por qué? ¿con qué objeto? ¿qué mal habia hecho ella que pudiera acarrearle un enemigo?

Una sola idea, una idea terrible tenia á su espíritu exaltado, y era que existia en el mundo una persona que habia intentado asesinarla é iba á intentarlo otra vez.

No habia temor de que se durmiese.

Si esta vez cansado el asesino de la ineficacia del veneno apelaba al puñal como habia dicho Monte-Cristo... y si el conde no tenia tiempo de acudir... y si se hallaba en su última hora... y si no volvia á ver á Maximiliano...

Este último pensamiento, que á la par la ocasionaba una palidez lívida y un sudor helado, puso á Valentina á pique de coger el cordon de la campanilla y pedir socorro.

Pero á través de la puerta de la biblioteca creia ver brillar el ojo del conde, aquel ojo que tanto pesaba sobre su memoria, y que cuando pensaba en él la ponia tan vergonzosa, que se preguntaba á sí misma si podria nunca la gratitud borrar el penoso efecto de la indiscreta amistad del conde.

Veinte minutos, veinte eternidades pasaron así, y luego otros diez mas.

Al fin la péndola adelantándose un segundo acabó por dar una campanada.

En este mismo momento un rumor inperceptible como si rascaran con el dedo la puerta de la biblioteca dió á entender á Valéntina que el conde estaba alerta, y le aconsejaba que hiciese lo mismo.

Con efecto, del lado opuesto, es decir, en la habitacion de Eduardo pareciòle á Valentina que oia crugir la alfombra.

—Valentina, dijeron en voz muy baja.

La jóven se estremeció hasta el fondo del corazon, pero no respondió.

—¡Valentina! repitió la misma voz.

El mismo silencio...

Valentina habia prometido no despertarse.

Despues todo quedó inmóvil.

Sin embargo, Valentina oyó el rumor casi imperceptible de un licor que caiaen el vaso queacababa de beber.



.....una mujer que echaba en su vaso un licor preparado de antemano.

Aplicó el oido reteniendo su respiracion casi ahogada, levantóse el picaporte, y se abrió la puerta.

Valentina, que se habia incorporado sobre el codo, solo tuvo tiempo para dejarse caer ocultando sus ojos bajo el brazo.

Temblorosa, agitada, oprimido el corazon por un espanto indescriptible, esperó los sucesos.

Una persona se acercó á la cama rozando con las colgaduras.

Valentina reunió sus fuerzas para exhalar ese murmullo acompasado de la respiracion que anuncia un ueño tranquilo.

Entonces se atrevió á abrir los ojos por debajo del brazo, y pudo ver que una mujer cubierta con un peinador blanco echaba en su vaso un líquido que traia en una redomita.

En este corto instante ó Valentina contuvo demasiado su respiracion, ó hizo sin duda algun movimiento; porque asustada la mujer se inclinó sobre la cama para asegurarse de si efectivamente dormia.

Era Mad. de Villefort.

Al reconocer Valentina á su madrastra acometióla un temblor tan grande, que hizo moverse la cama.

En seguida se deslizó por la pared Mad. de Villefort, y

oculta detrás de las colgaduras de la cama, estuvo espiando hasta los menores movimientos de Valentina.

Esta recordó las terribles palabras de Monte-Cristo.

Ya se habia figurado ver brillar una especie de puñal inmenso y puntiagudo en la mano que tenia desocupada su madrastra.

Llamando entonces en su ayuda toda la fuerza de su voluntad, esforzóse Valentina á cerrar los ojos; pero este acto, el mas medroso de nuestros sentidos, acto tan fácil y tan sencillo por lo comun, era casi imposible en este momento por los esfuerzos que hacia la curiosidad para conservar abiertas las pupilas y convencerse de la verdad entera.

Convencida entre tanto Mad. de Villefort por el silencio que empezaba á dejar oir la respiracion de Valentina, convencida, repetimos, de que ésta dormia, alargó otra vez el brazo, y quedando medio oculta entre la colgadura amontonada á la cabecera de la cama, acabó de echar en el vaso de Valentina el contenido de la redoma.

Despues se retiró sin que el menor ruido revelase su ausencia á la jóven.

Solo habia visto desaparecer el brazo, aquel brazo fresco y torneado de una mujer de veinte y cinco años, jóven y hermosa, y que sin embargo traia la muerte.

Es imposible explicar las sensaciones de Valentina en este minuto y medio que permaneció en su alcoba Mad. de Villefort.

El dedo que arañaba la puerta de la biblioteca sacó á la jóven de aquel estado de consternacion en que se hallaba sumergida, muy semejante al anonadamiento.

Levantó la cabeza con mucho trabajo y vió abrirse por segunda vez la puerta apareciendo el conde de Monte-Cristo.

—¿Dudais aun? le preguntó este.

—¡Oh Dios mio! murmuró la jóven.

—¿Habeis visto?

—¡Ay!

—¿Habeis conocido?

Valentina exhaló un suspiro.

—Sí, respondió, pero no puedo creerlo.

—¿Luego quereis morir y matar á Maximiliano?

—¡Dios mio! ¡Dios mio! repitió la jóven casi trastornada. Pero ¿no puedo abandonar esta casa y salvarme?

—La mano que os persigue, Valentina, os alcanzará en todas partes; á fuerza de oro seducirá á vuestros criados, y la muerte se presentará á vuestros ojos bajo todos los aspectos, ya en el agua que bebais en la fuente, ya en la fruta que cojais en el árbol.

—Pero ¿no habeis dicho que la precaucion de mi abuelito me precavia del veneno?

—Contra un veneno sí, y ese no empleado en dósis grande. Cambiarán de veneno y aumentarán la dósis.

El conde cogió el vaso é introdujo en él sus labios.

—¡Calle! ya lo han hecho, dijo. Ya no es la brucina con lo que os envenenan, sino con un simple narcótico. Reconozco el gusto del alcohol donde lo han disuelto. Si hubieras bebido lo que Mad. de Villefort acaba de echaros en este vaso ¡Valentina! ¡Valentina! no habia remedio para vos.

—Pero ¿por qué me persigue ¡Dios mio? exclamó la jóven.

—¡Cómo! ¿tan dulce, tan buena, tan incrédula sois para el mal, que no habeis comprendido, Valentina?

—No, repuso la jóven. Si nunca le he hecho daño.

—Pero sois rica, Valentina; pero teneis doscientos mil francos de renta, y esos dos cientos mil francos se los quitais á su hijo.

—¡Cómo así! mi fortuna nada tiene que ver con la suya, y me viene de mis abuelos.

—Sin duda, y por eso murieron M. y Mad. de Saint-Moran, para que heredáseis de vuestros abuelos. Por eso desde el dia en que os hizo su heredera, M. Noirtier fué condenado; y por eso ahora os llega la vez á vos, y debeis morir, Valentina, para que vuestro padre os herede, y vuestro hermano, que será entonces hijo único, herede á vuestro padre.

—¡Eduardo! ¡pobre niño! ¡por él se cometen tantos crímenes!

—¡Ah, lo vais comprendiendo ya!

—¡Dios mio! que no recaigan las penas sobre él.

—¡Sois un ángel, Valentina!

—Pero ¿ha renunciado ya á matar á mi abuelo?

—Se ha reflexionado que muerta vos, á menos que le desheredase, venia la fortuna naturalmente á vuestro hermano, y se ha pensado que siendo el crímen á la larga inútil, era doblemente peligroso cometerlo.

—¡Y tal combinacion ha salido de la cabeza de una mujer! ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

—Acordaos de Perusa, del emparrado de la posada del Correo y del hombre de la capa parda á quien interrogaba vuestra madrastra sobre el agua tophana. Pues bien, desde aquella época existe en su imaginacion todo este infernal proyecto.

—¡Oh caballero! respondió la jóven deshaciéndose en lágrimas, si eso es así, ya veo que estoy condenada á morir.

—No, Valentina, no, porque he previsto todos los complots, y porque nuestra enemiga está vencida, puesto que está adivinada. No: viviréis, Valentina, para amar y ser amada. Viviréis para ser feliz y hacer feliz á un noble corazon. Mas para vivir, Valentina, es necesario que tengais en mí completa confianza.

—Mandad, caballero, ¿qué debo hacer?

—Tomar ciegamente lo que yo os dé.

—¡Oh! Dios me es testigo, exclamó Valentina, que si yo fuera sola preferiria el dejarme morir!

—No confiaréis este secreto á nadie, ni aun á vuestro padre.

—Mi padre nada tiene que ver con este horrible complot, dijo Valentina juntando las manos, ¿no es verdad, caballero?

—No, y sin embargo vuestro padre, que tan acostumbrado está á las acusaciones jurídicas, debia figurarse que no eran naturales esas muertas que sucedian en su casa. Vuestro padre es el que ha debido velar por vos; él debia estar á estas horas en el sitio que yo ocupo; él deberia ya haber vertido este vaso, y él deberia ya haberse armado contra el asesino.

¡Espectro contra espectro! murmuró en voz baja, terminando la frase.

—Caballero, dijo Valentina, yo haré todo lo posible por vivir, porque hay dos séres en el mundo que se moririan si yo me muriese, mi abuelo y Maximiliano Morrel.

—Velaré por ellos como he velado por vos.

—Pues bien, disponed de mí, dijo Valentina.

Y luego añadió en voz baja:

—¡Dios mio! Dios mio! ¡qué va á ser de mí!

—Suceda lo que suceda, Valentina, no os asusteis. Si os poneis muy mala y perdeis la vista, el oido y el tacto, nada temais; si os despertáseis sin saber en dónde estáis, no tengais miedo, aunque al despertaros os encontraseis en un sepulcro ó en un ataud. Conservad siempre vuestra sangre fria, y decid en todas esas ocasiones: en este momento vela por mí un amigo, un padre, un hombre que quiere mi felicidad y la de Maximiliano.

—¡Ay! ay! ¡qué extremidad tan terrible!

—¿Preferís, Valentina, denunciar á vuestra madrastra?

—Mejor quisiera morir cien veces... ¡oh sí, morir!

—No, no moriréis, y suceda lo que suceda, no os quejaréis y esperaréis, ¿no es verdad, Valentina?

—Pensaré en Maximiliano.

—Sois mi hija, Valentina; solo yo puedo salvaros y os salvaré.

Valentina juntó las manos en el colmo del terror, porque veia el momento llegado, y se incorporó para



—¡Sois un ángel, Valentina!

rezar, murmurando palabras sin correlacion, y olvidándose de que sus blancas espaldas no tenian mas velo que su larga cabellera y que se veia palpitar su corazon bajo el fino encaje de su bata de dormir.

Apoyó el conde dulcemente la mano en el brazo de la jóven, y subiendo hasta su garganta la colcha de terciopelo, le dijo con sonrisa paternal:

— Creed en mí, hija mia, como creeis en la bondad de Dios y en el amor de Maximiliano.

Era evidente que Valentina le interrogaba con los ojos.

— Sí, respondió el conde.

Valentina se llevó la pastilla á la boca y la tragó.

—Ahora hasta la vista, hija mia. Voy á procurar dormir, porque ya estáis salvada.

— Idos pues, dijo Valentina; sucédame lo que me suceda, os prometo no tener miedo.

Monte-Cristo conservó largo tiempo sus ojos fijos en la



—Hasta la vista, hija mia..... ya estáis salvada.

Valentina clavó en él una mirada de gratitud, y desde entonces se hizo dócil como un niño.

Entonces el conde sacó del bolsillo de su chaleco la cajita de esmeralda, y levantando la tapa de oro, echó en la mano de Valentina una pastilla redonda del grueso de un guisante.

Valentina la tomó con la otra mano y miró al conde atentamente.

En la fisonomía de este intrépido protector se reflejaban un poder y una majestad divinos.

jóven, que se iba durmiendo poco á poco, vencida por el poder del narcótico que acababa de darle.

Entonces tomó el vaso, y vertiendo las tres cuartas partes del licor en la chimenea para que se pudiese creer que Valentina se las habia bebido, lo volvió á colocar sobre la mesa de noche.

Y luego desapareció por la puerta de la biblioteca despues de lanzar la última mirada á Valentina, que se dormia con la confianza y el candor de un ángel que se duerme á los piés del Eterno.

CAPITULO III.

VALENTINA.

La lamparilla seguia ardiendo sobre la chimenea de Valentina y gastando las últimas gotas de aceite que sobrenadaban sobre el agua todavía.

Ya un círculo mas rojizo coloreaba el alabastro del globo. Ya la llama mas viva lanzaba sus últimos chisporroteos, que parecen en los séres inanimados las últimas convulsiones de la agonía, comparables, como se han comparado muchas veces, con las de las pobres criaturas humanas.

Una luz pálida y siniestra venia á teñir de ópalo las cortinillas blancas y las sábanas de la jóven.

Se habian extinguido todos los rumores de la calle, y era terrible el silencio en el interior.

Abrióse entonces la puerta y una cabeza que conocemos ya, se reflejó en el espejo colocado delante de la puerta.

Era Mad. de Villefort que venia á ver el efecto de su medicina.

Detúvose en el dintel escuchando sin duda el chisporroteo de la lámpara, único ruido perceptible en aquella habitacion que parecia desierta, y despues se acercó de puntillas á la mesa para ver si estaba vacío el vaso de Valentina.

Como dejamos dicho, tenia aun la cuarta parte del líquido.

Cogiólo Mad. de Villefort, vertiólo en las cenizas de la chimenea, que removió despues para facilitar la absorcion, y luego lavó cuidadosamente el vaso, enjugándolo con su propio pañuelo y volviendo á colocarlo sobre la mesa de noche.

.....volvió á su cuarto con el sudor de la angustia.

Cualquiera que viese entonces el interior de aquella habitacion hubiera podido conocer cuánto [illegible] le costaba á Mad. de Villefort fijar sus ojos en [illegible] y acercarse á la cama.

Aquella luz lúgubre, aquel silencio, [illegible] poesía de la noche armonizaban sin [illegible] de su conciencia, y la envenenadora se [illegible] obra.

Al fin se atrevió, y separando las [illegible] en la cabecera de la cama y [illegible]

La jóven no respiraba [illegible]



cerrados no dejaban escapar ni un átomo de ese soplo que se llama vida.

Sus labios blancuzcos habian dejado de temblar. Sus ojos, sobrenadando en un vapor de color violeta, que parecia habérsele filtrado bajo la piel, formaban una especie de nube blanca en el sitio donde el globo levantaba la pupila, y sus largas cejas negras se destacaban admirablemente en un cutis como la cera.

crispacion nerviosa, y el puño, de una forma tan pura, apoyábase algo contraido en la caoba de la cama. Las yemas de los dedos las tenia azuladas.

En sentir de Mad. de Villefort no habia ya duda. Ya estaba consumada la obra terrible; la última en que tenia que pensar.

La envenenadora estaba ya demás en la habitacion.

Retrocedió, pues, con tantas precauciones, que se



— ¡Socorro! ¡socorro!

Mad. de Villefort estuvo contemplando aquel rostro de una expresion tan elocuente en su inmovilidad.

Aventuróse entonces, y levantando la ropa de la cama, le puso la mano sobre el corazon.

¡Estaba helado!

Lo único que latía bajo su mano era la arteria de sus propios dedos.

Retiró su mano toda temblorosa.

Un brazo de Valentina caia fuera de la cama.

Desde el codo hasta el hombro parecia aquel brazo modelado por el de las gracias de German Pillon; pero el antebrazo se hallaba ligeramente alterado por una

comprendia á primera vista cuánto le asustaba el crugir de sus piés sobre la alfombra; pero al retroceder tenia aun levantada la colgadura de la cama absorviendo el espectáculo de la muerte, que tiene tambien su atraccion mientras la muerte no llega á ser la descomposicion y solo es la inmovilidad; mientras es un misterio, y no es asco todavía.

Los minutos pasaban y Mad. de Villefort no podia abandonar la colgadura, que tenia suspendida como un sudario sobre la cabeza de Valentina.

Entonces pagó su tributo al éxtasis.

El éxtasis del crímen debe ser el remordimiento.

A esta sazon redobló la lamparilla su chisporroteo.

Mad. de Villefort dejó caer temblando la colgadura.

En este momento se apagó la lamparilla y quedó sumida la alcoba en espantosa oscuridad.

El reló dió las cuatro y media.

Aterrada la envenenadora por estas conmociones sucesivas, dirigióse á tientas á la puerta y volvió á su cuarto con el sudor de la angustia.

La oscuridad duró dos horas mas.

Poco á poco una luz opaca invadió la habitacion filtrándose por las persianas.

Poco á poco tambien fué luego aclarándose la luz y dando forma y color á los objetos y á los cuerpos.

Entonces se oyó en la escalera la tos de la enfermera, que entró en la alcoba de Valentina con una taza en la mano.

Para un padre ó para un amante la primera mirada hubiera sido decisiva. Para ellos Valentina estaba muerta. Para aquella mujer mercenaria solo estaba dormida.

—Bueno, dijo acercándose á la mesa de noche, se ha bebido una parte de la medicina, puesto que el vaso está casi vacío.

Acercóse luego á la chimenea, reanimó el fuego, instalóse en su butaca y aunque se acababa de levantar, se aprovechó del sueño de Valentina para dormir algunos instantes mas.

El reló la despertó dando las ocho.

Asombrada entonces de aquel sueño tenaz de la jóven, asustada de aquel brazo que caia fuera de la cama, acercóse á ella y solo entonces reparó cuán frios estaban aquellos labios y cuán helado aquel pecho.

Trató de reunir al brazo con el cuerpo, pero el brazo no la obedeció sino con esa tremenda tiesura que no podia engañar á una enfermera.

Lanzó un horrible grito y salió á la puerta gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

—¡Cómo socorro! respondió desde el primer escalon de la escalera la voz de M. d'Avrigny.

Era la hora en que el doctor acostumbraba hacer su visita.

—¡Cómo socorro! exclamó la voz de Villefort saliendo precipitado de su gabinete. ¿No habeis oido, doctor, pedir socorro?

—Sí, sí, subamos pronto, respondió d'Avrigny, al cuarto de Valentina.

Pero antes que el médico y el padre entraran, los criados que se hallaban en el mismo piso, bien en las habitaciones ó bien en los corredores, habian entrado en la alcoba, y viendo á Valentina pálida é inmóvil sobre su cama, alzaban las manos al cielo y vacilaban sus piernas como heridos de un vértigo.

—¡Llamad á Mad. de Villefort! ¡despertadla! gritó el procurador del rey desde la puerta de la habitacion, en la cual no se atrevia á entrar.

Pero en vez de obedecerle, los criados contemplaban á M. d'Avrigny que habia corrido á Valentina y que la levantaba en sus brazos murmurando:

—¡Tambien esta!... ¡Dios mio! Dios mio! ¡cuándo os cansaréis!

Villefort se lanzó á la alcoba.

—¿Qué decis? exclamó levantando las manos al cielo. ¡Doctor!... Doctor!...

—¡Digo que Valentina está muerta! respondió d'Avrigny con voz solemne y terrible.

M. de Villefort cayó abrumado sobre la cama de Valentina como si se le hubieran roto las piernas.

A las palabras del doctor y á los gritos del padre salieron huyendo los medrosos criados y lanzaron sordas imprecaciones.

Oyéronse por las escaleras y los corredores sus pasos precipitados y luego un gran rumor en los patios.

Poco despues se extingió este ruido.

Desde el primero hasta el último habian abandonado casa maldita.

En este momento Mad. de Villefort levantó el tapiz saliendo medio vestida con su bata de mañana.

Permaneció un instante inmóvil como quien quiere preguntar y llamando á sus ojos algunas lágrimas rebeldes.

De repente dió un paso ó mas bien un salto hácia adelante, alargando los brazos á la mesa de noche.

Acababa de ver al médico inclinarse curiosamente sobre esta mesa y coger el vaso que ella estaba segura de haber vertido.

El vaso contenia una tercera parte del líquido, justamente la misma que habia ella arrojado á las cenizas.

El espectro de Valentina le hubiera causado menos terror á la envenenadora.

Sí, aquel líquido tiene el mismo color que el que ella echó en el vaso de Valentina, y bebió esta.

Sí, es el veneno que no puede equivocarse á los ojos de M. d'Avrigny, y que M. Avrigny contempla atentamente.

Es, con efecto, un milagro que Dios ha hecho, sin duda para que quede á pesar de las precauciones del asesino, una huella, una prueba, un denunciador del crímen.

Mientras la dama permanecia inmóvil como la estatua del terror, mientras Villefort con la cabeza oculta entre las sábanas del lecho mortuorio no veia nada de lo que pasaba en torno suyo, acercóse el médico al balcon para examinar mejor el contenido del vaso y saborear una gota que cogió en la yema del dedo.

—¡Ah! murmuró, no es brucina. Veamos lo que es.

Entonces corrió á uno de los armarios de la habitacion de Valentina, armario trasformado en botiquin, y sacando un frasco de ácido nítrico dejó caer algunas gotas en el licor blancuzco, que al punto se cambió en una especie de sangre amoratada.

—¡Ah! murmuró d'Avrigny con el horror del juez que descubre la verdad y la alegría del sabio que resuelve un problema.

Mad. de Villefort volvió un instante en sí.

Sus ojos lanzaron llamas, que se apagaron al punto, buscó la puerta con la mano y desapareció con paso vacilante.

Un momento despues oyóse un ruido lejano como de un cuerpo que cae al suelo.

Pero nadie reparó en esto.

Villefort seguia anonadado; solo M. d'Avrigny habia seguido con los ojos á Mad. de Villefort y habia observado su repentina salida.

Levantó el tapiz de la alcoba de Valentina, y á través de la de Eduardo, lanzó una mirada á la habitacion de Mad. de Villefort, á quien vió tendida en el suelo sin movimiento.

—Id á socorrer á Mad. de Villefort, dijo á la enfermera. Id, que debe estar mala.

—Pero ¿y la señorita Valentina? balbuceó esta.

—Valentina no necesita ya de nadie, repuso d'Avrigny, porque Valentina está muerta.

—¡Muerta, muerta! exclamó Villefort en el parasismo de un dolor tanto mas profundo cuanto que era nuevo, desconocido, inverosímil en este corazon de bronce.

—¡Muerta! exclamó una tercera voz, ¿quién dice que Valentina ha muerto?

Volvieron la cabeza los dos hombres, y distinguieron en la puerta á Morrel pálido y trastornado.

Hé aquí lo que habia sucedido.

A su hora acostumbrada y por la puertecilla que conducia al cuarto de Noirtier, se presentó el jóven en casa de Villefort.

Contra la costumbre, encontró la puerta abierta y no tuvo necesidad de llamar.

Entró.

En el vestíbulo esperó un instante á que se presentase un criado que le introdujese en la habitacion de Noirtier, pero nadie se presentó.



—Digo que Valentina está muerta, respondió d'Avrigny.

Ya sabemos que los criados habian huido todos de la casa.

Aquel dia no tenia Morrel ningun motivo particular de sobresalto. Confiaba en la promesa de Monte-Cristo de que Valentina viviria, promesa que hasta entonces le habia sido cumplida fielmente.

Todas las noches le daba el conde muy buenas noticias, que confirmaba luego Noirtier por la mañana.

Sin embargo, esta soledad le extrañó mucho.

Pero su inquietud iba en aumento.

—¡Estáis preocupado! prosiguió Morrel, ¿necesitais alguna cosa? ¿queréis que llame á alguno de los criados?

—Sí, dijo Noirtier.

Morrel se colgó del cordon de la campanilla, pero ni por esas acudió nadie.

Volvióse hácia Noirtier, cuya palidez y cuya angustia iban creciendo extraordinariamente, y le preguntó:



—¡Muerta! ¿quién dice que Valentina ha muerto?

Llamó por segunda vez y por tercera, pero el mismo silencio le respondia.

Entonces se decidió á subir.

La puerta de Noirtier estaba abierta como las demás.

La primera cosa que vió Morrel fué al anciano en su sillon y en su sitio habitual.

Sus dilatados ojos demostraban, al parecer, un espanto interior, confirmado mas y mas por la palidez extraña de sus facciones.

—¿Cómo estáis, caballero? le preguntó el jóven no sin que se le oprimiese el corazon.

—Bien, respondió el anciano con su consabido cerrar de ojos; bien.

—Pero ¿por qué no vienen? ¡Dios mio! ¿hay álguien enfermo en la casa?

Los ojos de Noirtier estuvieron á punto de saltarse de sus órbitas.

—Pero ¿qué teneis? añadió Morrel, me asustais. ¡Valentina!... ¡Valentina!...

—Sí, sí, hizo Noirtier con los ojos.

Abrió Maximiliano la boca para hablar, pero no pudo decir una sola palabra.

Apoyóse en la pared para no caer, y señaló la puerta con la mano.

—Sí, sí, añadió Noirtier.

Lanzóse Maximiliano á la escalerilla, que subió en un

vuelo, y mientras tanto parecia que Noirtier le gritase con los ojos: — «¡mas de prisa, mas de prisa!»

Un minuto bastó al jóven para atravesar muchas piezas solitarias como toda la casa y llegar á la de Valentina.

No tuvo que empujar la puerta, porque estaba de par en par.

El primer ruido que oyó fué un sollozo.

Y como á través de una nube, vió una figura negra arrodillada y confundida en un monton de paños blancos.

El recelo y el temor le clavaron en la puerta.

Entonces fué cuando oyó una voz que decia: — Valentina está muerta — y una segunda voz que respondia como un eco:

—¡Muerta! Muerta!

CAPITULO IV.

MAXIMILIANO.

Villefort se incorporó casi avergonzado de que le hubieran sorprendido en aquel acceso de dolor.

La terrible profesion que ejercia desde los veinte y cinco años, habia llegado á hacer de él mas ó menos que un hombre.

Su *mirada*, perdida un instante, se fijó en Morrel á quien dijo:

— ¿Quién sois, caballero... vos, qué olvidais que no se entra así en una casa habitada por la muerte? ¡Salid caballero, salid!

Pero Morrel permanecia inmóvil.

No acertaba á apartar sus ojos de aquel espectáculo terrible, de aquel lecho en desórden y de la pálida figura que lo ocupaba.

— ¡Salid! ¿lo entendeis? gritó Villefort, mientras Avrigny se acercaba por su lado para hacer salir á Morrel.

Este miró con aire trastornado aquel cadáver, aquellos dos hombres, toda aquella habitacion lúgubre, pareció vacilar un instante y abrió la boca.

No encontrando una palabra que responder, á pesar del torbellino de fatales ideas que invadia su cerebro, volvióse despues por el mismo camino con las manos en la cabeza y en una situacion tal, que Villefort y d'Avrigny distraidos un instante de sus pensamientos, cruzaron una mirada que queria decir:

— ¡Está loco!

Pero antes que hubiesen pasado cinco minutos oyóse crugir la escalera bajo un peso considerable, y se vió á Morrel que con fuerza sobre humana traia en sus brazos á Noirtier al piso principal.

Al llegar á lo alto de la escalera puso Morrel el sillon en el suelo y lo llevó rodando rápidamente á la alcoba de Valentina.

Toda esta maniobra la ejecutó con una fuerza duplicada por su frenética exaltacion.

Pero lo que habia terrible en esta escena era la figura de Noirtier, acercándose á la cama de Valentina empujado por Morrel; la figura de Noirtier, cuya inteligencia desplegaba todos sus recursos, y cuyos ojos reunian todo su poder para suplir á las demás facultades.

Así pues, este rostro pálido, esta mirada llameante fueron para Villefort una aparicion tremenda.

Siempre que se habia hallado en contacto con su padre, siempre habia pasado alguna cosa terrible.

—¡Ved lo que han hecho! gritó Morrel con una mano apoyada todavía en el respaldo del sillon y señalando con la otra mano á Valentina. ¡Ved lo que han hecho, padre mio; ved!

Villefort retrocedió un paso mirando asombrado á aquel jóven que le era casi desconocido, y que llamaba padre á Noirtier.

En este momento toda el alma del anciano se reconcentró en los ojos, que se inyectaron de sangre.

Luego las venas de su garganta se hincharon, y cubrió sus mejillas y su frente una tinta azulada como la que invade la piel del epiléptico.

A esta explosion interior de toda la naturaleza solo le faltaba un grito; grito que salió, por decirlo así, de todos sus poros, horrible en su mutismo, desgarrador en su silencio.

Avrigny se precipitó al anciano haciéndole respirar un violento revulsivo.

— ¡Caballero! respondió entonces Morrel estrechando la mano inerte del paralítico. ¡Me pregunten quien soy y qué derecho tengo para entrar aquí! Oh! ¡vos que lo sabeis, decidlo, decidlo!

Y se extinguió la voz del jóven entre sollozos.

En cuanto al anciano, agitaba tanto su pecho al respirar, que se le hubiera creido presa de las agitaciones que preceden á la agonía.

Al fin vinieron las lágrimas á humedecer sus ojos, mas dichoso en esto que el jóven, que sollozaba sin llorar.

No pudiendo inclinarse su cabeza, cerráronse sus ojos.

— Decid, prosiguió Morrel con voz ahogada, decid que yo era su amante, decid que ella era mi noble amiga y mi único amor sobre la tierra. ¡Decid!... decid!... que ese cadáver me pertenece.

Y dando el jóven el terrible espectáculo de una gran fortaleza vencida, cayó lentamente de rodillas junto á aquella cama que asian con violencia sus crispadas manos.

Era tan penetrante este dolor, que Avrigny volvió la cara para ocultar su emocion, y Villefort sin pedir mas explicaciones, atraido por ese magnetismo que nos inclina á las personas que han amado lo que lloramos perdido, tendió su mano al jóven.

Pero Morrel nada veia. Habia cogido una de las manos heladas de Valentina, y no pudiendo llorar mordia las sábanas de la cama.

Por espacio de algun tiempo no se oyó mas en aquella habitacion que los sollozos, las imprecaciones y las oraciones.

Sin embargo, un ruido los dominaba á todos.

Era la respiracion ronca y desgarradora, que parecia ir rompiendo uno á uno todos los resortes de la vida en el pecho de Noirtier.

Al fin Villefort que era el que mas se dominaba de todos, despues de haber cedido algun tiempo por decirlo así su puesto á Maximiliano, tomó la palabra.

— Caballero, dijo á Morrel, decís que amabais á Valentina y que ella os amaba á vos. Yo ignoraba estos amores, y sin embargo, os perdono como padre, porque veo que vuestro dolor es grande y verdadero. Además, en mi corazon hay tambien un dolor demasiado grande para que pueda la cólera tener cabida.

Pero ya lo veis, el ángel que esperabáis ha abandonado la tierra. ¡En este momento está adorando al Señor, y solo espera adoraciones de los hombres! Despedíos, caballero, de los tristes despojos que deja olvidados aquí abajo, estrechad por última vez esa mano que esperábais poseer, y separaos de ella para siempre. Valentina solo necesita ya un sacerdote que la bendiga!

— Os engañais, caballero, respondió Morrel incorporándose sobre una rodilla y herido el corazon por un dolor mas agudo que todo lo que habia sentido hasta entonces ¡Os engañais caballero! muerta Valentina como ha muerto, no solo necesita un sacerdote sino tambien un vengador. Enviad á buscar el sacerdote que yo seré el vengador.

— ¿Qué quereis decir, caballero? murmuró Villefort temblando á esta nueva inspiracion del delirio de Morrel.

— Quiero decir, caballero, que en vos hay dos hombres, prosiguió Maximiliano. El padre ha llorado ya bastante; empiece ahora su oficio el Procurador del rey.

Los ojos de Noirtier centellearon, y d'Avrigny se acercó al grupo.

—¡Caballero! prosiguió el jóven observando con la vista los sentimientos que se revelaban en el rostro de los circunstantes. ¡Yo bien sé lo que digo, caballero! ¡Y vos sabeis tambien como yo lo que voy á decir «¡Valentina ha muerto asesinada!»

Villefort bajó la cabeza.

Noirtier como á d'Avrigny; pero en vez de hallar apoyo en el padre y en el médico, solo obtuvo una mirada tan inflexible como la de Morrel.

—Sí, hizo el anciano con los ojos.

—¡Es cierto! dijo d'Avrigny.

—¡Caballero! replicó Villefort, procurando luchar contra esta triple voluntad y contra su propia emocion. ¡Caballero, os equivocais! ¡en mi casa no se cometen



Se vió á Morrel que con fuerza sobre humana traia en sus brazos á Noirtier al piso principal.

Avrigny dió un paso mas.

Noirtier hizo con los ojos una señal afirmativa.

—Ahora bien, caballero, prosiguió el jóven, en los tiempos que alcanzamos no desaparece del mundo una criatura, aunque no sea jóven, aunque no sea hermosa, aunque no sea adorable como Valentina, no desaparece violentamente sin que se le pida cuenta á alguien de su desaparicion. ¡Vamos! señor procurador del rey, añadió Maximiliano con agitacion creciente, yo os denuncio el crimen, buscad al asesino!

Y con sus ojos implacables interrogaba á Villefort que por su parte suplicaba tambien con los ojos asi á

crímenes... la fatalidad me persigue... Dios me está probando... cosa horrible es... pero aquí no se asesina á nadie!

Los ojos de Noirtier centellearon de cólera, y d'Avrigny abrió la boca para hablar.

Morrel alargó el brazo como ordenando que callasen.

—¡Y yo os digo que aquí se asesina! exclamó Morrel bajando la voz sin que perdiera nada de su vibracion terrible. ¡Yo os digo que con esta van ya cuatro víctimas en cuatro meses! yo os digo que hace cuatro dias se trató de envenenar por primera vez á Valentina, proyecto que fracasó, gracias á las precauciones de

M. Noirtier! Yo os digo que se ha duplicado la dosis ó se ha cambiado de veneno para alcanzar esta vez el triunfo! Yo os digo en fin, que todo esto lo sabeis tambien como yo, puesto que este caballero que está presente os lo previno ya como médico y como amigo.

—¡Oh! ¡qué delirio, caballero! dijo Villefort procurando vanamente salirse del círculo en que se sentia encerrado.

—¡Delirio! exclamó Morrel. Yo apelo al mismo monsieur d'Avrigny. Preguntadle, caballero, si recuerda todavía las palabras que pronunció en vuestro jardin, en el jardin de esta misma casa la noche de la muerte de Mad. Saint-Meran, cuando creyéndoos solos los dos, hablabais de aquella muerte trágica, en la cual esa fatalidad que invocais y Dios á quien acusais injustamente, solo tienen parte por una razon... por haber creado al asesino de Valentina!

Villefort y d'Avrigny se dirigieron una mirada.

—¡Sí, sí, recordadlo! prosiguió Morrel; porque aquellas palabras que creiais sepultadas en el silencio y en la soledad resonaron en mis oidos. ¡Ciertamente que aquella misma noche viendo yo la culpable complacencia de M. de Villefort con los suyos, debí descubrírselo todo á la justicia, y así no hubiera sido, como lo soy en este momento, cómplice de tu muerte, Valentina! ¡mi adorada Valentina! ¡pero el cómplice se hará vengador! ¡Este cuarto crímen es flagrante y está palpable á los ojos de todos! ¡Si tu padre te abandona, Valentina mia, yo te juro perseguir al asesino!

Y esta vez como si la naturaleza se hubiera ablandado al fin de aquella vigorosa organizacion, próxima á estallar, ahogáronse en la garganta las últimas palabras de Morrel, rompió su pecho en sollozos; sus lágrimas, por tanto tiempo rebeldes inundaron sus mejillas, y cayó anonadado llorando junto al lecho de Valentina.

Entonces le llegó al médico su vez.

—Yo tambien, dijo con voz solemne, *yo tambien* me uno á M. Morrel para pedir justicia de este crímen, porque mi corazon se subleva á la idea de que mi cobarde *tolerancia ha* envalentonado al asesino.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! murmuró Villefort abatido.

Volvió Morrel á levantar la cabeza, y dijo leyendo en los ojos del anciano, animados de un fuego sobrenatural:

—¡Oid, oid! M. Noirtier quiere hablar.

—Sí, respondió Noirtier con una expresion tanto mas terrible cuanto que todas sus impotentes facultades estaban concentradas en sus ojos.

—¿Conoceis al asesino? le preguntó Morrel.

—Sí, respondió el anciano.

—¿Y vais á guiarnos en nuestras pesquisas? añadió el jóven. ¡Oigamos, M. d'Avrigny, oigamos!

Noirtier dirigió al *capitan* para fijar su atencion una sonrisa melancólica, una de aquellas dulces sonrisas que tantas veces habian hecho feliz á Valentina.

Luego habiendo atraido hácia sí, por valernos de esta frase, los ojos de su interlocutor, volvió los suyos hácia la puerta.

—¿Quereis que me vaya? exclamó con dolor Morrel.

—Sí, respondió el anciano.

—¡Ay, caballero! ¡tened piedad de mí!

Los ojos del anciano prosiguieron con tenacidad clavados en la puerta.

—¿Y podré volver al menos? le preguntó Morrel.

—Sí.

—¿Debo irme solo?

—No.

—¿A quién debo llevarme? ¿al señor procurador del rey?

—No.

—¿Al facultativo?

—Sí.

—¿Deseais quedaros solo con M. de Villefort?

—Sí.

—¿Pero podrá entenderos?

—Sí.

—¡Oh! dijo Villefort casi contento de que la conferencia se verificase á solas; ¡oh! tranquilizaos, que yo comprendo muy bien á mi padre.

Y al pronunciar estas palabras con la alegre expresion que ya hemos reparado, chocaban con violencia los dientes del procurador del rey.

Cogió M. d'Avrigny á Morrel del brazo, y le arrastró á la habitacion inmediata.

Desde entonces reinó en toda la casa un silencio mas profundo que el de la muerte.

Pasado un cuarto de hora, oyóse un paso vacilante, y apareció Villefort á la puerta de la sala donde se hallaban Avrigny y Morrel, absorto el uno en sus pensamientos y el otro fuera de sí.

—Venid, les dijo, llevándolos otra vez á la habitacion de Valentina.

Miró el jóven atentamente á Villefort, y reparó que estaba lívido y tenia la frente amoratada. Una pluma que tenia en las manos se iba cayendo á pedazos á puro retorcerla y estrujarla.

—Señores, dijo con voz ahogada al médico y á Morrel: empeñadme vuestra palabra de honor de que este secreto no saldrá de nosotros.

Sus dos interlocutores hicieron un movimiento de horror.

—Os lo suplico, añadió el procurador del rey.

—Pero el culpable... dijo Morrel, el asesino... el asesino...

—Se hará justicia, caballero, estad seguro, repuso Villefort. Mi padre me ha revelado su nombre. Mi padre tiene tanta sed de venganza como vos, y sin embargo, os suplica como yo que guardeis este secreto. ¿Es verdad, padre mio?

—Sí, respondió Noirtier resueltamente.

Morrel murmuró una exclamacion de espanto y de incredulidad.

—¡Oh, caballero! dijo el procurador del rey cogiéndole por un brazo. Cuando mi padre, hombre inflexible como sabeis, os dirige esta súplica es porque sabe que Valentina quedará vengada, y vengada terriblemente. ¿No es verdad, padre mio?

El anciano hizo seña de que sí.

Villefort prosiguió.

—El me conoce, y á él le tengo empeñada mi palabra. Tranquilizaos, pues, señores. Tres dias, solo tres dias os pido, que es menos de lo que os pediria la justicia, para tomar del asesinato de mi pobre hija una venganza que haga temblar á los hombres de corazon mas duro. ¿No es verdad, padre mio?

Y al decir esto rechinaba los dientes y sacudia la mano paralítica de Noirtier.

—¿Se cumplirá todo *lo* prometido, M. Noirtier? le preguntó Morrel, al paso que Avrigny le hacia con los ojos la misma pregunta.

—Sí, respondió Noirtier con una mirada de alegría siniestra.

—Jurad, pues, señores, dijo Villefort trabando las manos de Avrigny y de Morrel, jurad que tendréis compasion de mi pobre honra, y que dejaréis el vengarla á mi cargo.

Avrigny volvió la cara y murmuró un sí muy débil; pero Morrel arrancó su mano de la del magistrado, y precipitándose á la cama imprimió sus labios en los helados labios de Valentina, y huyó de allí exhalando los gemidos de un alma desesperada.

Ya hemos dicho que habian desaparecido todos los criados.

Vióse, pues, forzado M. de Villefort á rogar á d'Avrigny que diese todos esos pasos que acompañan á la muerte en las grandes poblaciones, y sobre todo á la muerte con circunstancias tan sospechosas.

En cuanto á Noirtier, era terrible de contemplar aquel

dolor sin movimiento, aquella desesperacion sin gesto, y aquellas lágrimas sin voz.

Villefort volvió á su gabinete; d'Avrigny fuese en busca del médico de la alcaldía, cuyas funciones son reconocer los cadáveres, y al cual se le llama con mucha propiedad el médico de los muertos.

Noirtier no quiso abandonar á su nieta.

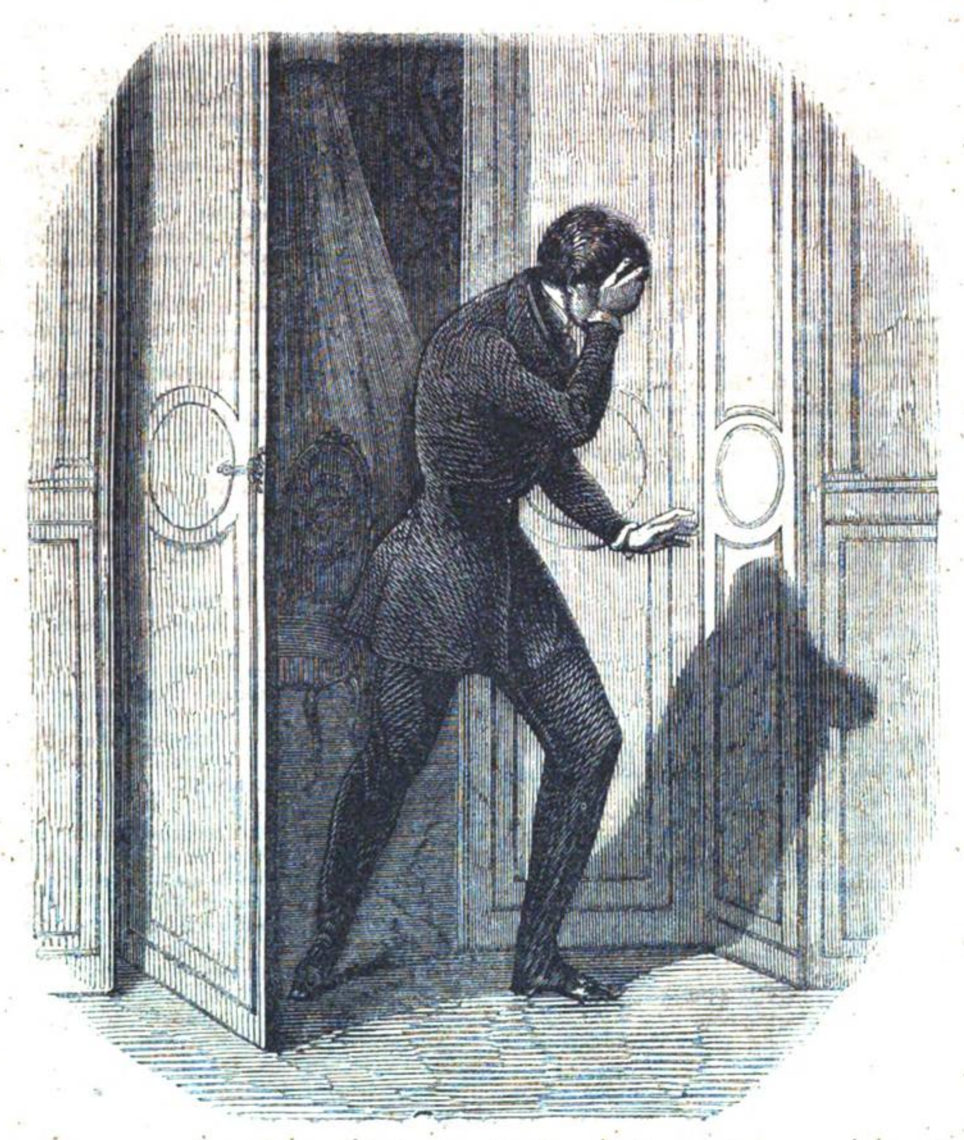
Al cabo de media hora volvió con su colega monsieur d'Avrigny.

—¡Oh! dijo suspirando d'Avrigny. ¡Pobre jóven! ¡está muerta y bien muerta!

—Sí, respondió lacónicamente el médico dejando caer la sábana que cubria el rostro de Valentina.

Del lado de Noirtier oyóse un sordo estertor; volvióse d'Avrigny y vió que los ojos del anciano centelleaban, con que comprendió que queria ver á su nieta.

Acercóse á la cama, y mientras el médico de los muertos se lavaba en agua clorurada los dedos que ha-



Y huyó de allí exhalando los gemidos de un alma desesperada.

Como se habia cerrado la puerta de la calle porque el portero habia huido tambien con los demás criados, tuvo Villefort que ir á abrir por sí mismo.

Pero en el descanso de la escalera se detuvo falto de valor para entrar en la alcoba mortuoria.

Los dos doctores penetraron solos.

Noirtier estaba junto á la cama pálido como Valentina é inmóvil y mudo como ella.

El médico de los muertos se acercó con la indiferencia del hombre que pasa entre cadáveres la mitad de su vida, levantó la sábana que cubria á la jóven y le entreabrió los labios solamente.

bian tocado los labios de la difunta, descubrió aquel tranquilo y pálido rostro, que parecia el de un ángel dormido.

Una lágrima que asomó en el rabo del ojo de Noirtier fué las gracias que recibió el buen doctor.

El médico de los muertos extendió su certificacion en el ángulo de una mesa en la misma alcoba de Valentina, y cumplida esta postrera formalidad, salió acompañado por el doctor.

Al oirlos bajar el procurador del rey salió á la puerta de su gabinete, dió las gracias al médico en pocas palabras, y volviéndose á d'Avrigny le dijo:

—Ahora solo falta el sacerdote.

—¿Deseais que venga alguno determinadamente? le preguntó d' Avrigny.

—No, respondió Villefort. Id á buscar al que viva mas cerca.

—El que vive mas cerca, dijo el médico, es un buen abate italiano que se ha mudado aquí á la casa próxima. ¿Quereis que le avise al pasar?

—Avrigny, dijo Villefort, hacedme el obsequio de acompañar á este caballero. Aquí teneis la llave para que podais entrar y salir cuando os plazca. Traed al sacerdote, y encargaos de instalarle en la habitacion de mi pobre hija.

—¿Quereis hablarle, amigo mio?

—Quiero estar solo. Vos me disculparéis con él, ¿no es verdad? Un sacerdote debe comprender todos los dolores, hasta el dolor paternal.

Y dando M. de Villefort una llave maestra á d' Avrigny, saludó por última vez al médico desconocido, y volvió á su gabinete donde se puso á trabajar.

Para ciertas organizaciones el trabajo es el remedio de todos los males.

En el momento en que salian á la calle vieron á la puerta de la casa próxima á un hombre vestido de sotana.

—Ese es el abate de que os hablé, dijo el médico de los muertos á d' Avrigny.

Avrigny se acercó al eclesiástico.

—Caballero, le dijo, ¿tendréis la bondad de hacer un gran servicio á un padre desgraciado, al señor procurador del rey, que acaba de perder á su hija?

—¡Ah, caballero! respondió el sacerdote con un acento italiano de lo mas pronunciado, ¡sí, ya sé que la muerte vive en esta casa!

—Entonces no necesito deciros cuál es el género de servicio que espera de vos.

—Ya iba yo á ofrecerme, caballero, dijo el abate. Es nuestra mision salir al encuentro de los deberes.

—Es una jóven.

—Sí, ya lo sé; que se lo he oido decir á los criados que salian huyendo de la casa. He sabido que se llamaba Valentina, y he rezado ya por ella.

—¡Gracias, gracias, caballero! dijo d'Avrigny, y pues habeis empezado ya á ejercer vuestro santo ministerio, dignaos continuar. Venid á sentaros á la cabecera de la difunta, y toda una familia desgraciada os quedará agradecidísima por ello.

—Voy, caballero, respondió el abate, y me atrevo á asegurar que pocas oraciones habrá tan ardientes como la mia.

Cogió d' Avrigny al abate por la mano, y sin encontrar á Villefort, que seguia encerrado en su gabinete, le acompañó hasta la habitacion de Valentina, de la cual no debian apoderarse los enterradores hasta la noche siguiente.

Al entrar en la alcoba se encontró la mirada de Noirtier con la del abate; y sin duda creyó el primero hallar en ella algo de extraño, porque ya no abandonó ni un punto al abate.

Avrigny recomendó al sacerdote no solo la muerta sino tambien el vivo, y el sacerdote prometió á d'Avrigny rezar por Valentina y cuidar de Noirtier.

Sin duda para no ser interrumpido en sus oraciones y para que no fuese molestado Noirtier en su dolor, enseguida que se marchó d'Avrigny echó los cerrojos de la puerta por donde acababa de salir, y aun la de la otra que daba á la habitacion de madama de Villefort.

CAPITULO V.

LA FIRMA DE DANGLARS.

El dia siguiente amaneció triste y nublado.

Los enterradores habian desempeñado su fúnebre oficio durante la noche y depositado el cuerpo de Valentina sobre la cama, y cosido en el sudario que encierra lúgubremente á los difuntos prestándoles cierta cosa que se pudiera llamar la igualdad de la muerte y el último testimonio del lujo que tenian en vida.

Aquel sudario no era otra cosa que una magnífica pieza de batista, que habia comprado la jóven quince dias antes.

Aquella noche hombres llamados con este objeto habian trasportado á Noirtier desde la habitacion de Valentina á la suya propia, notándose, contra todo lo que se esperaba, que el anciano no habia presentado ninguna dificultad en alejarse del cadáver de su nieta.

El abate Busoni habia velado hasta el amanecer retirándose á su casa sin llamar á nadie.

A las ocho de la mañana llegó d' Avrigny.

Habia encontrado á Villefort, que iba al cuarto de Noirtier para saber cómo habia pasado el anciano la noche.

Encontráronle en el gran sillon que le servia de cama durmiendo con un sueño tranquilo y casi sonriéndose.

Los dos se detuvieron admirados á la puerta.

—Ved, dijo d' Avrigny á Villefort que contemplaba á su padre dormido, ved como la naturaleza sabe calmar los dolores mas vivos. No se dirá por cierto que M. Noirtier no amaba á su nieta, y sin embargo, está dormido.

—Teneis razon, respondió Villefort con sorpresa; está durmiendo, lo que es muy extraño, porque la menor contrariedad le tenia antes despierto noches enteras.

—El dolor le tiene abrumado, replicó d' Avrigny.

Y ambos volvieron pensativos al gabinete del procurador del rey.

—Yo no he dormido, dijo Villefort señalando á d'Avrigny su cama intacta. El dolor no me abruma á mí. Hace dos noches que no me acuesto; pero en cambio ved mi mesa. ¡Cuánto he trabajado en esos dos dias con sus noches! He ojeado toda esa causa, he anotado la acusacion del asesino Benedetto... ¡oh, trabajo, trabajo! mi pasion, mi alegría, mi frenesí; á tí te toca abrumar á todos mis dolores.

Y esto diciendo estrechó convulsivamente la mano del doctor.

—¿Necesitais de mí? le preguntó este.

—No, respondió Villefort. Solo os ruego que volvais á las once, porque á las doce es... el entierro. ¡pobre hija mia!... pobre hija mia!...

Y volviendo á ser hombre el procurador del rey alzó los ojos al cielo y exhaló un suspiro.

—¿Recibiréis vos mismo á las gentes?

—No. Tengo un primo que se encarga de ese triste deber. Yo trabajaré, doctor, porque cuando trabajo lo olvido todo.

Con efecto, no habia llegado aun á la puerta el facultativo y ya se habia puesto á trabajar el procurador del rey.

En el peristilo encontró d' Avrigny al pariente de quien Villefort le habia hablado, personaje insignificante en esta historia así como en la familia; uno de esos séres que nacen destinados á ser útiles á los demas.

Era puntual, y vestido de negro con un crespon en el brazo venia á casa de su primo con una cara de circunstancias, que pensaba abandonar tan pronto como las circunstancias pasasen.

A las once llenóse el patio de carruajes fúnebres, y la calle de San Honorato empezó á hervir en murmullos de la muchedumbre que con la misma avidez acoge la alegría que la tristeza de los ricos, y que lo mismo corre á un entierro pomposo, que al casamiento de una duquesa.

Poco á poco se llenó la sala, llegando los primeros algunos de nuestros antiguos conocidos, como Debray, Chateau-Renaud, Beauchamp, y despues todas las notabilidades del foro, de la literatura y del ejército, porque M. de Villefort ocupaba, mas que por su posicion

por su mérito, uno de los primeros puestos en el mundo parisiense.

El primo se hallaba á la puerta para hacer los honores á todo el mundo, siendo un gran consuelo para los indiferentes (justo es decirlo) el ver un rostro indiferente, que no exigia de los demás falsas lágrimas ni tristes demostraciones, como hubiese hecho un padre, un hermano ó un amante.

— Habia hablado con ella una ó dos veces en el baile de Mad. Morcef. Me habia parecido encantadora, aunque un tanto melancólica. Y la madrastra ¿sabeis dónde está?

— Ha ido á pasar el dia con la mujer de ese caballero que hace los honores.

— ¿Quién es ese?

— ¿Quién?



Poco á poco se llenó la sala.

Los conocidos se convocaban por señas y se reunian en grupos.

En uno de estos grupos se hallaban Devray, Chateau-Renaud y Beauchamp.

— ¡Pobre jóven! dijo Devray, pagando tributo á aquel doloroso suceso, como lo hacian á pesar suyo todos los concurrentes. ¡Pobre jóven! tan rica! tan hermosa! ¿lo hubiérais esperado vos, Chateau-Renaud, cuando la vimos hace... ¿cuánto tiempo hace? lo mas tres semanas ó un mes en la firma de aquel contrato, que al fin no se firmó.

— No á fe mia, dijo Chateau-Renaud.

— ¿La conociais?

— El que nos hace los honores. ¿Es diputado?

— No, respondió Beauchamp. Yo tengo por mi desgracia que ver á los miembros de la Cámara diariamente, y me es desconocida su catadura.

— ¿Habeis hablado de esta muerte en vuestro periódico?

—Aunque el artículo no es mio, hemos hablado hoy; pero me temo que no le agrade mucho á M. de Villefort; pues segun creo, se dice en él que si en otra casa cualquiera que no fuese la del procurador del rey hubieran sucedido cuatro muertes seguidas, le hubieran dado mucho que pensar al señor procurador del rey.

—Por otra parte, dijo Chateau-Renaud, el doctor

d'Avrigny que es médico de mi madre, asegura que está desesperado.

—¿Qué es lo que buscais, Devray?

—Busco al conde de Monte-Cristo, respondió el jóven.

—Al venir aquí le encontré en el boulevar, dijo el periodista. Creo que piensa ya en marcharse, pues iba á casa de su banquero.

—¿A casa de su banquero? ¿no es su banquero Danglars? preguntó Chateau-Renaud á Devray.

—Creo que sí, respondió algo turbado el secretario íntimo; pero el conde de Monte-Cristo no es el único que falta aquí. Tampoco veo á Morrel.

—¿Morrel? exclamó Chateau-Renaud. ¿Acaso los conoce? Creo que solo ha sido presentado á Madama de Villefort.

—No importa. Ha debido venir, dijo Devray. ¿De qué hablará sino esta noche? este entierro es el único objeto de las conversaciones. Pero ¡chist! aquí llega el ministro de Justicia y de Cultos, que se va á creer obligado á pronunciarle su discursito fúnebre al primo de marras.

Y los tres jóvenes se aproximaron á la puerta para oir el discurso del ministro de Justicia.

Beauchamp habia dicho la verdad.

Al dirigirse á la casa mortuoria se habia encontrado á Monte-Cristo, que por su parte se dirigia á casa de Danglars en la Chaussée d'Antin.

El banquero vió desde su ventana entrar al conde en el patio, y le salió al encuentro con aire triste pero afectuoso.

—¿Venís á darme el pésame, conde? dijo tendiéndole la mano. La desgracia está en mi casa, tanto que cuando llegásteis estaba preguntándome á mí mismo si habré deseado mal al pobre Morcef, en cuyo caso se justificaria el proverbio aquel «de quien mal desea, mal le sucede.» Pues bien, os aseguro bajo mi palabra que no le he deseado mal á Morcef. Quizás era demasiado orgulloso para un hombre salido como yo de la nada; pero cada uno tiene sus defectos. ¡Ah! ¡conde! conde! Los hombres de nuestra generacion.... pero disimuladme, vos no sois de nuestra generacion... vos sois un jóven. Los hombres de nuestra generacion, como os decia, no son afortunados este año. Testigo nuestro puritano procurador del rey; testigo Villefort que acaba tambien de perder á su hija. Recapitulemos, pues: —Villefort, como deciamos, pierde toda su familia de una manera extraña.—Morcef se deshonra y muere.—Yo estoy en ridículo por la pillada de Benedetto, y además...

—Además ¿qué? le preguntó el Conde.

—¡Ay! lo ignorais segun eso.

—¿Alguna nueva desgracia?

—Mi hija...

—¿Eugenia?

—Nos abandona.

—¡Dios mio! ¿qué me decís?

—La verdad, mi querido conde. ¡Qué dichoso sois sin mujer y sin hijos!

—¿Lo creeis así?

—¡Vaya!

—¿Con que decis que Eugenia?...

—No ha podido soportar la afrenta que ese miserable nos ha hecho, y me ha pedido permiso para viajar.

—¿Y se ha marchado al fin?

—La otra noche.

—¿Con Mad. Danglars?

—No, con una parienta; pero no por eso volverá mas pronto; pues dudo que con el carácter que tiene, consienta nunca mi Eugenia en volver á Francia.

—¡Qué se le ha de hacer, mi querido baron! ¡Disgustos caseros! disgustos que serian insoportables para un pobre diablo que mirase á su hija como á su única *fortuna*, pero que son soportables para un millonario como vos. Digan lo que digan los filósofos, los hombres prácticos les darán siempre en esto un mentís. ¡Sí, el dinero consuela de muchas cosas! y vos debeis consolaros mas pronto que nadie si recurris á la virtud de este bálsamo omnipotente; vos que sois el rey de los negocios, el punto de reunion de todos los poderes.

Danglars lanzó al Conde una mirada oblicua para conocer si se burlaba ó si hablaba en serio.

—Sí, por cierto, repuso. Si la fortuna consuela, yo debo consolarme, porque soy rico.

—Tan rico, mi querido baron, que vuestra fortuna se parece á las pirámides; el que quiere demolerlas no se atreve, y el que se atreve no puede.

Danglars se sonrió de la crédula confianza del conde.

—Eso me recuerda, dijo, que cuando entrásteis, estaba haciendo cinco pagarés, y tenia ya firmados dos. ¿Me permitiréis que haga los otros tres?

—Hacedlos, mi querido baron; hacedlos.

Hubo un instante de silencio, en cuyo intervalo solo se oyó el crugir de la pluma del banquero. Monte-Cristo miéntras tanto contemplaba las molduras doradas del techo.

—¿Bonos de España? le preguntó Monte-Cristo ¿de Haiti ó de Nápoles?

—No, respondió Danglars sonriéndose con su aire de poder. Bonos al portador sobre el Banco de Francia. Mirad, Sr. conde, vos que sois el emperador del dinero como yo soy el rey, ¿habeis visto muchos pedazos de papel de este tamaño que valgan un millon cada uno?

Monte-Cristo tomó en la mano, como para pesarlas, las cinco cuartillas de papel que le presentaba orgullosamente Danglars, y leyó lo que sigue:

«El señor regente del Banco se servirá pagar á mi *órden* y de los fondos depositados por mí, la suma de un millon, valor en cuenta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, dijo Monte-Cristo. ¡cinco millones! ¡Diablo! qué modo de contar, señor Creso.

—Así hago yo los negocios, respondió Danglars.

—Es cosa que maravilla, sobre todo, si, como no dudo, se paga esta cantidad al contado.

—Se pagará, dijo Danglars.

—Bueno es tener un crédito por ese estilo. En verdad que solo en Francia se ven estas cosas. ¡Valer cinco millones cinco cuartillas de papel! es preciso verlo para creerlo.

—¿Lo dudais?

—No.

—Decis eso con un tono... Tomaos el trabajo de llevar mi cajero al Banco, y le veréis salir con la misma cantidad en billetes del Tesoro.

—No á fe mia, dijo Monte-Cristo doblando los cinco billetes; es cosa que vale la pena de que haga yo la experiencia por mí mismo. Mi crédito en vuestra casa era de seis millones; he tomado nueve cientos mil francos, con que me debeis cinco millones y cien mil francos. Tomo, pues, vuestras cinco cuartillas de papel, que creo buenas solo por ver en ellas vuestra firma, y aquí teneis un recibo general de seis millones, que salda nuestra cuenta. Le traia preparado de antemano, porque debo deciros que hoy me hace falta dinero.

Y con una mano se metia Monte-Cristo en el bolsillo los cinco billetes, y con la otra le alargaba al banquero su recibo.

Un rayo que cayese á los piés de Danglars no le hubiera causado un terror mas grande.

—¡Cómo! señor conde... balbuceó, ¿os quedais con ese... dinero? No puede ser... disimuladme. Se lo debo á los Hospicios... es un depósito que estoy comprometido á devolver hoy por la mañana.

—Eso es diferente, repuso Monte-Cristo. Yo no tengo empeño en que sean precisamente estos billetes; pagadme en otros valores. Solo habia tomado estos para poder decir por ahí que la casa de Danglars, sin aviso ninguno, sin pedirme siquiera cinco minutos de plazo, me habia pagado cinco millones al contado, cosa que admiraria á todo el mundo. Aquí teneis vuestros valores; pero, os lo repito, dadme otros.

Y alargaba los cinco billetes á Danglars, que livido y trastornado tendió en su primer impulso la mano para cogerlos, como un ave de rapiña saca la garra por los alambres de su jaula para coger la carne que le van á arrebatar.

De repente mudó de opinion, y haciendo un gran esfuerzo se contuvo.

Despues se le vió sonreir y serenarse poco á poco.

— ¿Al fin vuestro recibo tambien es dinero? dijo.

billetes, señor conde; pero ya sabeis que no hay nadie tan formalista como un banquero. Destinaba esa cantidad á los hospicios, y hubiera creido robarlos no dándoles esa precisamente, como si un millon no fuera igual á otro millon. Disimuladme.

Y se echó á reir ruidosamente, pero con risa nerviosa.

— Disimulo y guardo, respondió Monte-Cristo metiendo en su cartera los billetes.



—¡Diablo! que modo de contar, señor Creso.

— Y tanto. Si estuviéseis en Roma, la casa de Thomsom y French os lo pagaría lo mismo que vos me habeis pagado á mí ahora.

— Disimuladme, señor conde, disimuladme.

— ¿Puedo, pues, guardar este dinero?

— Sí, respondió Danglars, limpiándose el sudor, guardadlo, guardadlo.

Monte-Cristo volvió á meter los cinco billetes en el bolsillo con esa intraducible expresion de fisonomía que quiere decir:

—Pensadlo bien. Aun teneis tiempo para arrepentiros.

— Decididamente no, dijo Danglars. Guardad mis

—Pero nos queda un pico de cien mil francos, dijo Danglars.

— ¡Bagatela! respondió Monte-Cristo. El tanto por ciento de comision debe ascender á eso con corta diferencia. Quedaos pues con los cien mil francos, y estamos en paz.

— ¿Hablais formalmente, conde? dijo Danglars.

— Yo nunca gasto chanzas con los banqueros, replicó Monte-Cristo con una seriedad que rayaba en impertinencia, y se dirigió á la puerta en el mismo momento en que el ayuda de cámara anunciaba á M. de Boville, administrador general de Hospicios.

— Parece que he llegado á tiempo para aprovecharme de vuestros pagarés, puesto que se los disputan.

Danglars palideció por segunda vez, y dióse prisa en despedir al conde.

Monte-Cristo cambió un saludo ceremonioso con M. de Boville, que esperaba de pié en la antesala, y que fué introducido en el gabinete del banquero inmediatamente despues.

Al ver la cartera que llevaba en la mano el administrador de los Hospicios, una ligera sonrisa iluminó el rostro del conde, por lo comun tan serio.

A la puerta encontró su carruaje, y se hizo llevar al Banco inmediatamente.

En este intervalo Danglars, disimulando su emocion, salia al encuentro del Administrador general.

Excusado parece decir que la sonrisa y la amabilidad estaban estereotipadas en su fisonomía.

— Buenos dias, mi querido acreedor, le dijo, porque apostára algo á que venís como acreedor.

— Lo habeis adivinado, señor baron, dijo M. de Boville. En mi persona se os presentan los hospicios, y las viudas y los expósitos vienen á pediros por mi mano una limosna de cinco millones.

— Compadezca usted á los huérfanos, dijo Danglars. ¡Pobres niños!

— Aquí, pues, me teneis en su nombre, dijo M. de Boville. ¿Ayer habréis recibido una carta mia?

— Sí.

— Pues aquí me teneis con el recibo.

— Mi querido M. de Boville, dijo Danglars, las viudas y los huérfanos tendrán, si os parece á vos, la bondad de esperar veinte y cuatro horas, puesto que M. de Monte-Cristo, á quien acabais de ver salir de aquí... le habéis visto, no es verdad?

— Sí, ¿y qué?

— Se llevaba los cinco millones.

— Pero ¿como ha sido eso?

— El conde tenia en mi casa un [illegible] abierto por la casa de Thom[illegible] ha venido á pedirme cinco [illegible] he dado en bonos contra el [illegible] de tengo depositados [illegible]

Monte-Cristo cambió un saludo ceremonioso con M. de Boville.



réis que temo vaya á pensar mal de mi casa el regente del Banco por verme sacar diez millones en un mismo dia. En dos dias ya es otra cosa, añadió Danglars sonriéndose.

—¡Vamos! vamos! dijo M. de Boville con el tono de la mas completa incredulidad, ¡cinco millones á ese caballero que acaba de salir, y que me saludó al pasar, como si yo le conociese!

—Quizás os conocerá él sin que vos le conozcais; el conde de Monte-Cristo conoce á todo el mundo.

—¡Cinco millones!

—Aquí teneis su recibo. Ved y tocad, como santo Tomás.

Cogió M. de Boville el papel que le presentaba Danglars, y leyó:

«He recibido del señor baron Damglars la cantidad de cinco millones y cien mil francos, que le reembolsará cuando se lo exija la casa de Thomson y French, de Roma.»

—¡Y que es verdad! dijo M. de Boville.

—¿Conoceis la casa de Thomson y French?

—Sí, respondió el Administrador general. He tenido en otro tiempo con ella un negocio de doscientos mil francos.

—Es una de las mejores casas de Europa, dijo Danglars, echando sobre la mesa negligentemente el recibo que le acababa de devolver M. de Boville.

—¡Y solo sobre vuestra casa tenia cinco millones! ¿es algun nabab ese conde de Monte-Cristo?

—No lo sé; pero traia tres créditos ilimitados. Uno contra mí, otro contra Rothschild, y otro contra Laffitte. Como veis, añadió Danglars, me ha dado á mí la preferencia, dejándome cien mil francos de comision.

M. de Boville hizo todas las demostraciones de asombro posibles.

—Tendré que hacerle una visita, dijo. Quiero obtener de él alguna fundacion piadosa para los hospitales.

—¡Oh, tenedla ya por segura! solo sus limosnas ascienden mensualmente á mas de veinte mil francos.

—¡Magnífico! además le citaré el ejemplo de Mad. de Morcef y de su hijo.

—¿Qué ejemplo?

—Que han dado á los hospicios toda su fortuna.

—¿Qué fortuna?

—La suya; la del difunto general Morcef.

—Y ¿por qué?

—Porque no quieren una fortuna tan mal adquirida.

—¿Y de qué van á vivir?

—La madre se retira á una provincia, y el hijo va á ser soldado.

—Vaya unos escrúpulos, dijo Danglars.

—Ayer he firmado el acta de donacion.

—Y ¿cuánto poseian?

—Poco; un millon y doscientos ó trescientos mil francos; pero volvamos á nuestros millones.

—Corriente, dijo Danglars con el tono mas natural del mundo. ¿Tanto os urge ese dinero?

—Sí, mañana tenemos arqueo.

—¿Mañana? Y ¿por qué no lo habeis dicho desde el principio? ¿A qué hora es el arqueo?

—A las dos.

—Pues enviad á las doce, dijo Danglars sonriéndose.

M. de Boville no respondia, sino que se contentaba con menear la cabeza y darle vueltas á la cartera entre las manos.

—Pensándolo bien, dijo Danglars, podeis hacer otra cosa mejor.

—¿Qué queréis que haga?

—El recibo del conde de Monte-Cristo es dinero; llevadselo á Rothschild ó á Laffite, que ellos os lo tomarán al instante.

—¿Aunque cobrable en Roma?

—Sí, por cierto. Solo os costará un descuento de cinco ó seis mil francos.

El Administrador dió un salto hácia atrás.

—¡No á fe mia! prefiero esperar á mañana. ¡Qué modo teneis de arreglar las cosas!

—Creí por un instante, disimuladme, dijo Danglars con soberana impudencia, creí que teniais que cubrir algun pequeño déficit...

—¡Ah! exclamó el Administrador.

—Nada mas comun; y en ese caso se hace un sacrificio.

—No, á Dios gracias, dijo M. de Boville.

—Entonces hasta mañana, ¿no es verdad, mi querido Administrador?

—Sí, hasta mañana, pero sin falta.

—¿Eso lo diréis por broma, por supuesto? enviad al medio dia, y tendré ya avisado al Banco.

—Vendré yo mismo.

—Mejor, así tendré el gusto de veros.

Y se dieron la mano.

—A propósito, dijo M. de Boville, ¿no vais al entierro de la pobre hija de Villefort? me lo he encontrado en el camino.

—No, dijo el banquero. Me tiene algo en ridículo todavía el asunto de Benedetto, y no me doy á luz.

—Haceis mal. ¿Teneis vos acaso la culpa?

—El que lleva un nombre sin mancha como el mio es muy susceptible, mi querido Administrador.

—Todo el mundo os compadece, creedme, y sobre todo á vuestra hija.

—¡Pobre Eugenia! murmuró Danglars lanzando un profundo suspiro. ¿Sabeis que va á entrar monja?

—No le sabia.

—¡Ay! por desgracia es verdad! á la mañana siguiente al suceso se decidió á marchar con una religiosa amiga suya en busca de un convento bien severo, ya de Italia, ya de España.

—¡Oh, es terrible!

Despues de esta exclamacion se retiró M. de Boville, dando muestras al padre del mas profundo sentimiento.

Pero no bien estuvo fuera cuando Danglars con una energía de expresion, que solo comprenderán los que hayan visto á Frederik representando el Roberto Macaire, exclamó:

—¡Imbecil!

Luego metiendo el recibo de Monte-Cristo en una cartera añadió:

—Ven á medio dia, que ya estaré léjos de aquí.

Encerrándose luego con llave en su despacho, vació todos los cajones de su mesa, reunió unos cincuenta billetes de á mil francos, quemó diferentes papeles, puso otros en sitio donde se pudieran ver, y escribió una carta, cuyo sobre decia así:

«A la señora baronesa de Danglars.»

—Esta noche, murmuró, la dejaré yo mismo sobre su tocador.

Y luego sacando del cajon un pasaporte repuso:

—Bueno, vale por dos meses todavía.

CAPITULO VI.

EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

Con efecto, M. de Boville habia encontrado el acompañamiento que llevaba Valentina á su última morada.

El tiempo estaba sombrío y nebuloso. Un aire tibio aun, pero mortal ya para las hojas secas, las arrancaba de las ramas de los árboles arrastrándolas á los piés de la muchedumbre inmensa que llenaba los boulevares.

Parisiense puro M. de Villefort miraba al cementerio del Padre Lachaise como el único digno de recibir los despojos mortales de una familia parisiense. Los demás le parecian cementerios de aldea, casas de huéspedes de la muerte.

Solo en el Padre Lachaise podia estar alojado como en su casa un muerto de buen tono.

Como ya hemos visto, habia comprado allí un enterramiento perpetuo, que tanta prisa se daban á llenar todos los miembros de su familia.

En el frontis del mausoleo se leia : — «*Familia de Saint-Meran y Villefort.*» porque tal habia sido el deseo de la pobre Renée, madre de Valentina.

Hácia el Padre Lachaise, pues, era donde se encaminaba el lujoso entierro del barrio San Honorato, que atravesó todo Paris, y tomando por el barrio del Temple y por los boulevares exteriores, llegó al fin al cementerio.

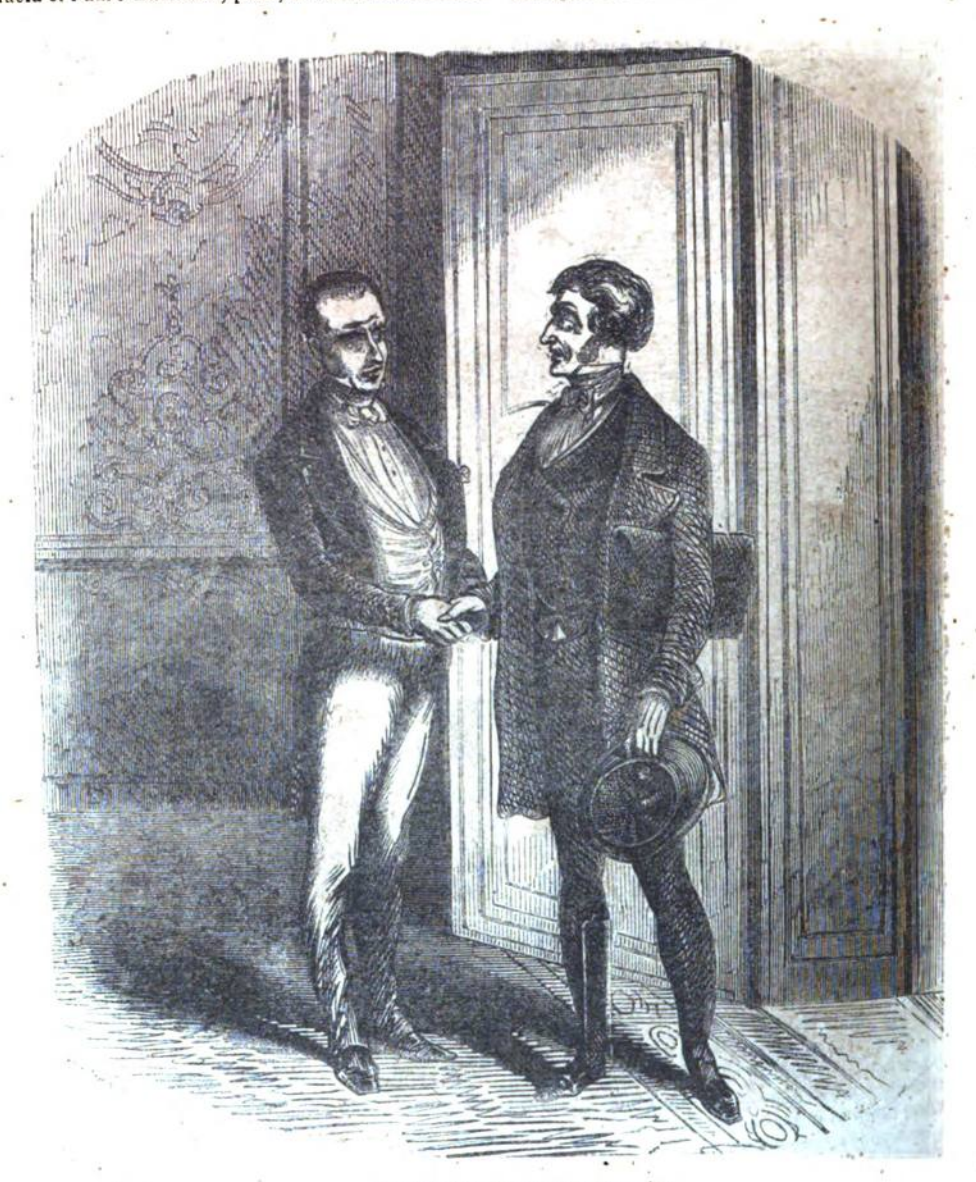
Mas de cincuenta carruajes propios seguian á los veinte carruajes de duelo, y detrás de aquellos cincuenta iban á pié mas de quinientas personas.

Casi todos eran jóvenes á quienes habia sorprendido la muerte de Valentina, y que, pese al vapor glacial del siglo y al prosaismo de la época, se sentian dominados por la poética influencia de aquella hermosa y casta jóven arrebatada al mundo en flor.

A la salida de Paris vióse llegar á todo escape un carruje de cuatro caballos, que se detuvieron de repente estirando como resortes de acero sus nerviosas piernas.

Era el conde de Monte-Cristo que se apeó y vino á confundirse con la multitud que seguia á pié el carro fúnebre.

Chateau-Renaud le vió, y apeándose de su cupé, vino en seguida á reunírsele.



—Buenos dias, mi querido acreedor.

Beauchamp tambien se apeó.

El conde no hacia otra cosa que mirar con la mayor atencion por todos los claros que la concurrencia le dejaba.

—¿Dónde está Morrel? preguntó. ¿Quién de vosotros le ha visto, señores?

—Ya nos hemos hecho la misma pregunta en la casa mortuoria, dijo Chateau-Renaud, porque ninguno de nosotros le ha visto.

El conde guardó silencio, pero siguió mirando á todas partes.

Al fin llegaron al cementerio.

La penetrante mirada de Monte-Cristo sondó en seguida aquellos bosques de pinos y de cipreses, y bien pronto se tranquilizó, porque habia visto deslizarse una sombra y sin duda acababa de reconocer al que buscaba.

Ya se sabe lo que es un entierro en aquella magnífica mansion. Los grupos negros diseminados por las blancas veredas, el silencio del cielo y de la tierra turbado solo por el rumor de las hojas arrancadas de los árboles; y luego el canto melancólico de los sacerdotes, al cual se junta aquí y allí un suspiro exhalado detrás de una mata de flores por alguna mujer abismada en su dolor y con las manos juntas...

La sombra que habia reparado Monte-Cristo atravesó rápidamente el parterre, situado detrás de la tumba de Abelardo y Eloisa, y vino á colocarse con los ayudantes de la muerte á la cabeza de los caballos que arrastraban el carro fúnebre, llegando con la misma ligereza al sitio elegido para la sepultura.

Cada uno de los concurrentes se ocupaba en mirar algo.

Monte-Cristo solo miraba aquella sombra invisible para todos los que no estaban muy próximos.

Por dos veces salió el conde de las filas para observar si aquel hombre tenia en las manos algun arma.

Cuando se detuvo el cortejo reconocióse que aquella sombra era Morrel, que con su gaban negro abrochado hasta la barba, su rostro lívido, sus mejillas hundidas, y su sombrero abollado en sus manos convulsivas se habia arrimado á un árbol situado en una eminencia que dominaba el mausoleo, de modo que no perdiese ninguno de los detalles de la fúnebre ceremonia que se iba á verificar.



Morrel.... se habia arrimado á un árbol.

Todo pasó como es costumbre que pase.

Algunos hombres, que como siempre eran los menos sensibles, pronunciaron discursos alusivos.

Los unos se dolian de aquella muerte prematura; y otros ponderaban el dolor de su padre, sin que faltase orador tan ingenioso que descubriese que aquella jóven habia implorado mas de una vez á M. de Villefort por los culpables sobre cuya cabeza tenia éste suspendida la espada de la justicia.

Agotáronse por último las metáforas floridas y los períodos dolorosos, parodiando de todas las maneras posibles los versos de Malherbe á Duperier.

Monte-Cristo no escuchaba ni veia nada, ó por mejor decir solo veia á Maximiliano, cuya inmovilidad y cuya calma eran un espectáculo terrible para el que podia eer lo que pasaba en el corazon del jóven oficial.

—¡Calle! dijo de repente Beauchamp á Devray. ¡Allí está Morrel! ¿por qué diablos se habrá metido allí?

—No lo sé, respondió Monte-Cristo sin saber lo que respondia, ocupado como se hallaba en vigilar á Morrel, cuyas mejillas se iban animando como sucede á aquellos que contienen su respiracion.

—Ya se han acabado los discursos. Adios, señores, dijo el conde bruscamente.

Y dió la señal de marcha sin que se supiese por donde.

Terminada la ceremonia fúnebre, tomaron los concurrentes el camino de Paris.



Morrel inclinó su frente hasta tocar con la piedra y murmuró: «Oh! Valentina!»

Y se lo hicieron reparar á Chateau-Renaud.

—¡Qué pálido está! dijo este estremeciéndose.

—Tiene frio, replicó Devray.

—No tal, dijo lentamente Chateau-Renaud, lo que creo es que está conmovido. Maximiliano es un hombre muy impresionable.

—¡Ba! repuso Devray; ¡si apenas conocia á Valentina de Villefort! vos mismo lo habeis dicho.

—Es verdad. Sin embargo, ahora recuerdo que en el baile de Mad. de Morcef bailó tres veces con ella... ya sabeis, conde, de qué baile hablo; de aquel en que vos hicísteis tanto efecto.

Solo Chateau-Renaud buscó un instante con los ojos á Morrel; pero mientras habia estado observando el conde que se alejaba, Morrel habia cambiado de sitio, de manera que Chateau-Renaud, despues de buscarle vanamente con los ojos, siguió á Devray y á Beauchamp.

Monte-Cristo se habia metido en un bosquecillo y oculto detrás de un mausoleo, espiaba á Morrel, que poco á poco se habia ido acercando al de su amada á medida que lo abandonaban los curiosos y los enterradores.

Estuvo Morrel mirando en torno suyo lenta y vagamente; pero en el momento en que abrazaba su mirada

la parte del círculo opuesta á la suya, acercóse Monte-Cristo ocho ó diez pasos mas sin que él le viera.

El jóven cayó de rodillas.

Alargado el cuello, fijos y dilatados los ojos y dobladas las piernas como para lanzarse á la primera señal, continuaba el conde acercándose á Morrel, que inclinando la frente hasta tocar con la piedra, abrazó la verja con ambas manos murmurando:

—¡Oh Valentina!

El conde sintió partírsele el corazon al oir estas palabras.

Dió un paso mas, y tocándole en la espalda, dijo á Morrel:

—¡Ah! ¿sois vos, querido amigo? os andaba buscando.

Monte-Cristo esperaba quejas y recriminaciones, pero se engañó; pues volviéndose Maximiliano hácia él, le dijo con calma aparente:

—Ya veis... estaba rezando.

El conde examinó á Morrel de piés á cabeza con su mirada escrutadora, exámen que le dejó mas tranquilo.

—¿Quereis que os lleve á Paris en mi carruaje?

—No, gracias.

—En fin, ¿deseais algo?

—Dejadme rezar.

El conde se alejó sin replicar palabra, pero fué para colocarse en nuevo escondite, desde donde no perdia ni un solo gesto de Morrel, quien al fin se levantó y limpiándose las rodillas blanqueadas por la piedra, tomó el camino de Paris sin volver la cabeza una sola vez, y bajó lentamente por la calle de la Roquete.

El conde despidió su carruaje, que estaba parado en el Padre Lachaisse, y le siguió á cien pasos.

Maximiliano atravesó el canal y entró por los boulevares en la calle de Meslay.

Cinco minutos despues de cerrarse la puerta detrás de él volvia á abrirse para Monte-Cristo.

Julia se hallaba á la entrada del jardin contemplando atentamente á maese Penelon, que tomando por lo serio su profesion de jardinero, estaba plantando unos rosales de Bengala.

—¡Ah, señor conde de Monte-Cristo! exclamó Julia con aquella alegría que manifestaban todos los miembros de la familia siempre que Monte-Cristo hacia una visita á la calle de Meslay.

—¿No acaba de entrar Maximiliano, señora? le preguntó el conde.

—Sí, creo haberle visto pasar, repuso la jóven; pero os suplico que llameis á Manuel.

—Disimuladme, señora, replicó Monte-Cristo; pero es indispensable que al momento suba á la habitacion de Maximiliano. Tengo que decirle una cosa de la mas alta importancia.

—Id pues, repuso la jóven acompañándole con su divina sonrisa hasta que desapareció por la escalera.

En un momento subió Monte-Cristo los dos pisos que le separaban de Maximiliano, y al llegar al descanso se paró á escuchar.

Ningun ruido se oia.

Como en la mayor parte de las casas antiguas habitadas por un solo inquilino, la puerta de entrada era solo una vidriera, pero no tenia puesta la llave.

Maximiliano se habia encerrado por dentro, siendo imposible ver lo que hacia á causa del cortinon de seda encarnada que cubria la puerta.

La ansiedad del conde se revelaba en su vivísimo color encarnado, síntoma de emocion nada comun en este hombre impasible.

—¿Qué haré? murmuró.

Y se puso á reflexionar un instante.

—¿Llamaré ó no? muchas veces el ruido de una campanilla, es decir de una visita, apresura la resolucion de los que se hallan en el caso en que debe hallarse Maximiliano, y entonces al ruido de la campanilla responde otro ruido.

Monte-Cristo tembló de piés á cabeza, y como en él las resoluciones eran hechos, dió un codazo á uno de los cristales de la vidriera, y metiendo la mano por el agujero levantó la cortina y pudo ver á Maximiliano, que sentado delante de su mesa con una pluma en la mano acababa de estremecerse al ruido del cristal roto.

—No es nada, dijo el conde; disimuladme, querido amigo, me he resbalado y he roto ese cristal, y por lo tanto aprovecho esta ocasion para entrar en vuestro cuarto. ¡No os molesteis, no os molesteis!

Y pasando el brazo por el vidrio roto, abrió la vidriera.

Morrel se levantó evidentemente contrariado, mas que para recibir á Monte-Cristo para cerrarle el paso.

—Vuestros criados tienen la culpa, á fe mia, dijo Monte-Cristo limpiándose el codo. Los suelos están relucientes como espejos.

—¿Os habeis hecho daño, caballero? le preguntó Morrel friamente.

—No lo sé. ¿Pero qué haciais? ¿estábais escribiendo?

—¿Yo?

—Teneis los dedos llenos de tinta.

—Es verdad, respondió Morrel. Estaba escribiendo, cosa que, aunque militar, hago muchas veces.

Monte-Cristo dió algunos pasos por la habitacion, lo que obligó á Maximiliano á dejarle pasar, aunque no sin que le siguiese.

—¿Estábais escribiendo? repuso Monte-Cristo con tenacidad importuna.

—Ya he tenido el honor de decíroslo, dijo Morrel.

El conde lanzó una mirada en torno suyo.

—¡Las pistolas sobre la mesa! murmuró señalándoselas á Morrel con el dedo.

—Tengo que hacer un viaje, dijo Maximiliano.

—Amigo mio, murmuró Monte-Cristo con acento de infinita dulzura.

—¡Caballero!

—Amigo mio, mi querido Maximiliano, nada de resoluciones extremas; yo os lo suplico.

—¡Yo resoluciones extremas! repuso Morrel encogiéndose de hombros. Y ¿por qué un viaje se ha de llamar resolucion extrema?

—Maximiliano, dijo Monte-Cristo, arranquémonos cada uno nuestra máscara. Maximiliano, no me engañais con esa tranquilidad, así como yo no os engaño con mi frívola solicitud. Harto comprenderéis ¿no es verdad? que para hacer lo que he hecho, para haber roto un cristal, para haber violado el secreto de la habitacion de un amigo, comprenderéis, repito, que es preciso que yo tenga una inquietud real ó mas bien una conviccion terrible. Quereis mataros, Morrel.

—¡Bueno, bueno! balbuceó Morrel extremeciéndose; ¿de dónde sacais esas ideas, señor conde?

—Os digo que quereis mataros, prosiguió Monte-Cristo en el mismo tono, y aquí teneis la prueba.

Y acercándose á la mesa levantó el papel blanco con que el jóven habia cubierto su comenzada carta, y tomó esta carta.

Morrel lanzóse á quitársela de las manos, pero Monte-Cristo lo preveia, y cogiendo á Morrel por el puño, le sujetó como la cadena de acero sujeta el resorte de una máquina en medio de su evolucion.

—¡Ya veis que queriais mataros! dijo el conde; aquí está escrito.

—¡Y bien! exclamó Morrel pasando sin transicion de la apariencia de la calma al extremo de la violencia. ¡Y bien! aunque eso fuera así, aunque hubiera yo resuelto volver contra mí el cañon de esa pistola, ¿quién me lo impediria? ¿quién tendria valor para impedírmelo? ¡Cuando yo diga: todas mis esperanzas están destruidas, mi corazon despedazado, mi vida agostada y seca, y solo hay en torno mio disgusto y duelo, porque la tierra se ha convertido para mí en cenizas, y toda voz humana me desgarra los oidos! cuando yo diga: por compasion se me debe dejar morir, porque si no me de-

jais morir perderé la razon, me volveré loco!.. veamos, caballero, hablad; cuando yo diga todo esto, cuando se vea que lo digo con angustia y vertiendo lágrimas de mi corazon, ¿habrá quien me responda:—os equivocais! ¿habrá quien me impida ser el mas desgraciado de los hombres? ¡Decid, caballero, decid! ¿tendréis vos ese valor?

—Sí, Morrel, respondió Monte-Cristo con una voz, cuya calma contrastaba de un modo extraño con la exaltacion del jóven. Sí, yo seré.

—¡Vos! exclamó Morrel con expresion creciente de cólera y de reproche; ¡vos, que me habeis alimentado de una esperanza absurda! ¡vos, que me contuvísteis, arrullásteis y adormecísteis con vanas promesas, cuando yo podia con alguna resolucion extrema ó con algun escándalo salvarla ó á lo menos verla morir en mis brazos! ¡vos, que afectais tener todo los recursos de la inteligencia, todo el poder de la materia! vos, que desempeñais ó aparentais desempeñar el papel de la Providencia, y que no habeis podido siquiera dar un contraveneno á una jóven envenenada! ¡Ah, caballero! ¡os aseguro que me inspiraríais compasion si no me inspiráseis horror!

—¡Maximiliano!...

—Sí, ¿no me dijísteis que me arrancase la máscara? pues bien, me la arranco. ¡Sí! cuando me seguísteis al cementerio respondí á vuestras preguntas, porque mi corazon es bondadoso... cuando entrásteis aquí os dejé entrar... Pero puesto que ya abusais, puesto que venis á insultarme á esta habitacion, donde me hallaba sepultado como en mi tumba, puesto que me traeis un nuevo tormento, á mí que creia haberlos agotado todos, ¡conde de Monte-Cristo, mi falso bienhechor! ¡conde de Monte-Cristo, el salvador universal... ya estais satisfecho! vais á ver morir á vuestro amigo...

—¡Ya veis que queriais mataros! dijo el conde; aquí está escrito.

Y Morrel, agitados los labios con la sonrisa de la locura, se lanzó por segunda vez á las pistolas.

Pálido como un espectro Monte-Cristo, pero con mirada deslumbrante, extendió la mano sobre aquellas armas, diciendo al insensato:

— Y yo os repito que no os mataréis.

— ¡Impedídmelo pues! replicó Morrel haciendo un postrer esfuerzo, que como el primero vino á estrellarse en el brazo de hierro de Monte-Cristo.

— Os lo impediré.

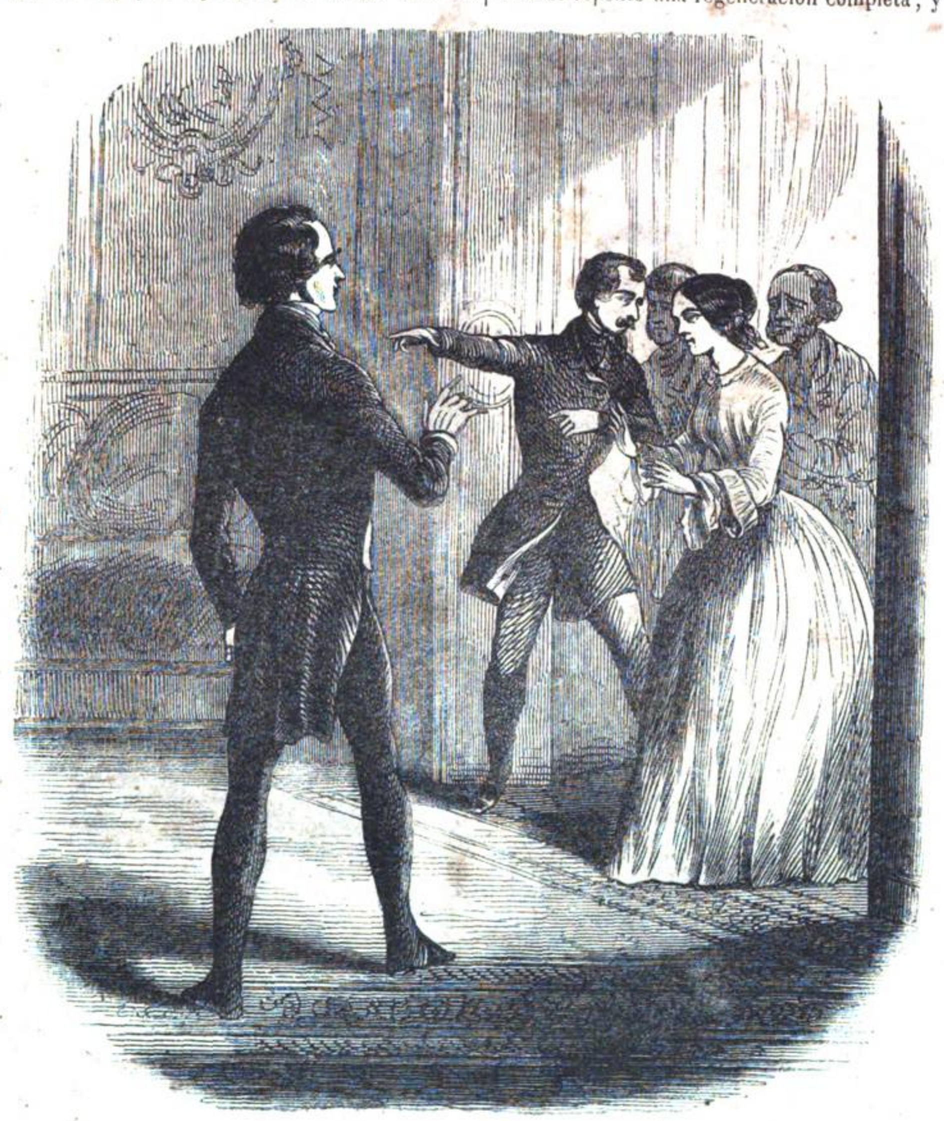
— Pero ¿quién sois vos, exclamó el jóven, para abrogaros tan tiránico derecho sobre criaturas libres y pensadoras?

— ¿Quién soy yo? repuso Monte-Cristo. Oid. Yo tu jóven hermana y el *Faraon* al viejo Morrel; porque yo soy, en fin, Edmundo Dantes, en cuyas rodillas jugabas cuando niño.

Maximiliano retrocedió otro paso, vacilante, trastornado, fuera de sí.

De repente sus fuerzas le abandonaron, y exhalando un agudo grito, cayó de rodillas á los piés del conde.

Luego en aquella admirable naturaleza se obró tambien de repente una regeneracion completa, y levan-



— ¡De rodillas! ¡de rodillas! ¡es el salvador de nuestro padre!..

soy el único hombre que tenga derecho en el mundo para deciros:

«Morrel, no quiero que muera hoy el hijo de tu padre.»

Y Monte-Cristo majestuoso, trasfigurado, sublime, se adelantó con los brazos cruzados hácia el jóven, que fascinado á pesar suyo por la impasibilidad de aquel hombre, retrocedió un paso balbuceando:

— ¿Por qué hablais de mi padre? por qué mezclais el recuerdo de mi padre á lo que me pasa hoy?

— Porque yo soy aquel que salvó la vida á tu padre un dia que se quiso suicidar como tú te quieres suicidar hoy; porque yo soy aquel que envió el bolsillo á tándose y saltando de la habitacion, precipitóse por la escalera, diciendo á voz en grito:

— ¡Julia! Julia! ¡Manuel! Manuel!

Monte-Cristo quiso á su vez lanzarse á detenerle, pero Maximiliano se hubiera dejado matar antes que abandonase el pestillo de la puerta con que impedia salir á Monte-Cristo.

A los gritos de Maximiliano acudieron asustados Julia, Manuel y algunos otros criados.

Cogiólos Morrel de la mano, y volviendo á abrir la puerta, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

— ¡De rodillas! ¡de rodillas! ¡es el salvador de nuestro padre! es el bienhechor! es...

Iba á decir Edmundo Dantes.

Pero el Conde le detuvo cogiéndole del brazo.

Julia se precipitó á besar la mano del conde, abrazóle Manuel como á un Dios tutelar, y Maximiliano cayó otra vez de rodillas tocando al suelo con su frente.

Entonces aquel hombre de bronce sintió dilatarse su corazon, una llamarada devoradora subió de su garganta á sus ojos é inclinando la cabeza, echó á llorar.

Durante algunos minutos hubo en aquella estancia un concierto de lágrimas y gemidos, que debió parecer sublime á los ángeles mas cercanos al Señor.

Apenas empezó á recobrarse Julia de la emocion que habia sentido, lanzóse por la escalera, corrió á la sala con júbilo infantil, y alzó el globo de cristal que cubria la bolsa del desconocido de las alamedas Meilhan.

En este intervalo decia Manuel al conde con voz entrecortada.

—¡Oh, señor conde! ¿Cómo oyéndonos hablar tan á menudo de nuestro bienhechor desconocido, cómo viéndonos rodear su memoria de tanta gratitud y tanta veneracion habeis esperado hasta hoy para descubriros? ¡ oh! ha sido una crueldad con nosotros, y aun me atreveria á decir con vos mismo.

—Escuchad, amigo mio, dijo el conde, y bien puedo llamaros así, porque sois mi amigo sin saberlo vos desde hace once años. El descubrimiento de este secreto se debe á un gran suceso, que es preciso que ignoreis. Dios me es testigo de que deseaba guardarlo siempre en el fondo de mi corazon; pero vuestro hermano Maximiliano me lo acaba de arrancar con una violencia de que estoy seguro se arrepiente ya.

Y viendo luego que Maximiliano se habia arrojado en un sillon, aunque permaneciendo casi de rodillas, añadió Monte-Cristo en voz baja apretando la mano á Manuel de una manera muy significativa:

—Vigiladle.

—¿Por qué? le preguntó admirado el jóven.

—No puedo decíroslo, pero vigiladle.

Paseó Manuel una mirada circular por toda la habitacion, y al distinguir asustado las pistolas de Maximiliano se las señaló á Monte-Cristo con un ademan imperceptible.

Monte-Cristo bajó la cabeza.

Manuel dió un paso para apoderarse de las pistolas.

—Dejadlas, dijo el conde.

Y dirigiéndose luego á Morrel le tomó una mano.

A las tumultuosas emociones que por un momento habian agitado el corazon del jóven habia sucedido un estupor profundo.

En esto subió Julia con el bolsillo de seda y dos lágrimas brillantes en sus mejillas como dos gotas de matinal rocío.

—¡Aquí está la reliquia! dijo, y no creais que nos sea menos cara desde que hemos encontrado á nuestro salvador.

—Hija mia, respondió Monte-Cristo poniéndose colorado, permitidme que recoja este bolsillo, pues desde que conoceis mis facciones solo quiero que me recordeis por el afecto que os suplico me concedais.

—¡Oh! dijo Julia apretando la bolsa contra su corazon, os suplico que no me la quiteis, porque algun dia podréis abandonarnos, y desgraciadamente nos abandonaréis, ¿no es verdad?

—Lo habeis adivinado, señora, respondio Monte-Cristo. Dentro de ocho dias habré abandonado este país, donde vivian dichosas tantas personas que merecian la venganza del cielo, mientras mi padre espiraba de hambre y de dolor.

Al anunciar su próxima marcha tenia Monte-Cristo fijos sus ojos en Morrel, notando que estas palabras «habré abandonado este país» no le sacaban de su letargo.

Entonces comprendió que iba á sostener una última lucha con el dolor de su amigo, y trabando de las manos á Julia y Manuel, les dijo con la dulce autoridad de un padre:

—Suplícoos, amigos mios, me dejeis solo con Maximiliano.

Como esto para Julia era un medio de conservar la preciosa reliquia que olvidaba ya Monte-Cristo, llevóse apresuradamente á su marido diciéndole:

—Dejémoslos.

El conde se quedó solo con Morrel, que proseguia inmóvil como una estatua.

—Vamos, le dijo, tocándole en la espalda con su dedo de fuego, ¿volverás á ser hombre, Maximiliano?

—Sí, ¡porque ya vuelvo á sufrir!

El conde arrugó la frente entregándose, al parecer, á una sombría vacilacion.

—¡Maximiliano, Maximiliano! le dijo, esas ideas que alimentas son indignas de un cristiano.

—¡Oh! tranquilizaos, amigo mio, respondió Morrel levantando la cabeza y sonriendo al conde con una triteza inefable. No buscaré la muerte ya.

—Con que nada de armas, nada de desesperacion, ¿no es así? repuso Monte-Cristo.

—Sí, porque tengo para curarme de mis dolores una cosa mejor que el cañon de una pistola y la punta de un puñal.

—¿Qué es lo que teneis, pobre loco?

—Tengo mi dolor que me matará.

—Amigo mio, prosiguió Monte-Cristo con una melancolía igual á la suya; amigo mio, escuchadme. Cierto dia en un arrebato de desesperacion igual al tuyo, puesto que me inspiraba una resolucion igual, quise suicidarme como tú.

Un dia tu padre desesperado igualmente quiso tambien suicidarse.

Si le hubiesen dicho á tu padre en el momento en que dirigia á su frente el cañon de la pistola,

Si me hubiesen dicho á mí en el momento en que despreciaba el pan de los presos, pan que no habia probado en tres dias,

Si nos hubiesen dicho, en fin, á los dos en aquel momento supremo:

Vivid, que llegará un dia en que seais dichosos y en que bendigais la vida;.

Viniese de donde viniese aquella voz, la hubiésemos oido con la sonrisa de la duda ó con la angustia de la incredulidad, y sin embargo, ¡cuántas veces tu padre estrechándote en sus brazos habrá bendecido la vida, y cuántas veces yo mismo...

—¡Ah! exclamó Morrel interrumpiendo al conde, ¡vos solo habiais perdido vuestra libertad; mi padre solo habia perdido su fortuna; pero ¡yo he perdido á Valentina!

—¡Mírame, Morrel! dijo Monte-Cristo con aquella solemnidad que en algunas ocasiones le hacia tan grande y tan persuasivo; ¡mírame, Morrel! no tengo lágrimas en los ojos, ni fiebre en las venas, ni en el corazon latidos fúnebres, y sin embargo, Maximiliano, te estoy viendo sufrir á tí, á quien amo como podria amar á mi propio hijo! ¿Y eso no te dice, Maximiliano, que el dolor es como la vida y que hay siempre un mas allá que todos desconocemos? Ahora bien, te suplico, te mando que vivas, Maximiliano, en la conviccion de que algun dia me darás las gracias por haberte conservado la existencia.

—¡Dios mio! exclamó el jóven; ¿qué me decís, conde? ¡cuidado con lo que decís! ¡Quizás no habeis amado nunca!

—Niño, murmuró el conde.

—Con verdadero amor, yo me entiendo. Veidme á mí: soy soldado desde que soy hombre, y llegué á los veinte y nueve años sin amar, porque ninguno de los sentimientos que abrigué hasta entonces merecia el nombre de amor... Pues bien, á los veinte y nueve años vi á Valentina, y hace dos que la amo, y hace dos que estoy leyendo las virtudes de la esposa y de

hija escritas por la misma mano del Señor en aquel corazon abierto como un libro para mí. Conde, con Valentina me esperaba una felicidad infinita, inmensa, increible, una felicidad demasiado grande, demasiado completa, demasiado divina para este mundo; y pues este mundo no me la ha dado, dicho se está, conde, que no queda para mí sobre la tierra sino amargura y desesperacion.

—Os he dicho queespereis, Morrel, repitió el conde.

—Entonces os repitiré yo tambien: —cuenta con lo que decís, —repuso Morrel, porque si tratais de convencerme y si me convenceis, me haréis perder el juicio, porque me haréis creer que puedo volver á ver á Valentina.

El conde se sonrió.

—¡Amigo mio! ¡padre mio! exclamó Morrel exaltado, os repito que cuenta con lo que decís, porque me asusta el ascendiente que sobre mí vais adquiriendo. Cuenta con vuestras palabras, porque ya mis ojos se reaniman y resucita mi corazon. Cuenta con lo que decís, porque me haréis creer en cosas sobrenaturales. Si me mandáseis levantar la piedra que cubre el sepulcro de la hija de Jairo, obedeceria; si me mandáseis marchar sobre las aguas como el apóstol, obedeceria.

—Espera, amigo mio, respondió el conde.

—¡Ah! dijo Morrel cayendo desde el cielo de su exaltacion al abismo de su tristeza. ¡Ah! os estais divirtiendo conmigo como esas madres cariñosas ó por mejor decir egoistas que calman los dolores del niño con palabras dulces, porque sus gritos las molestan. No, amigo mio, no debí deciros que repararais en vuestras palabras; nada temais, enterraré con tanto cuidado mi dolor en el fondo de mi pecho, lo hundiré tanto, que no creais siquiera que exista ya... ¡adios, adios, amigo mio!

—Al contrario, le dijo el conde. Desde este momento, Maximiliano, vas á vivir conmigo, no me abandonarás, y dentro de ocho dias habrémos salido de Francia.

—¿Y me seguís diciendo que espere?

—Te digo que esperes, porque sé un medio de curarte.

—Conde, me entristeceis mas si es posible; porque creeis mi dolor un dolor vulgar, y quereis consolarme con un medio vulgar como son los viajes.

Y Morrel meneó la cabeza con desdeñosa incredulidad.

—¿Qué quieres que te diga? repuso Monte-Cristo; tengo fe en mis promesas, déjame hacer la experiencia.

—Conde, estais prolongando mi agonía.

—¡Ah! ¿con qué tan débil es tu corazon, que no tienes fuerza para conceder á tu amigo algunos dias para la prueba que intenta? ¿Sabes tú de cuánto es capaz el conde de Monte-Cristo? ¿sabes tú que él domina á muchos poderes de la tierra? ¿sabes tú que tiene bastante fe religiosa para obtener milagros de aquel que ha dicho que con la fe puede el hombre levantar una montaña? Pues bien, espera ese milagro; espéralo, ó si no...

—¿O si no? repitió Morrel.

—O si no Maximiliano, te llamaré ingrato.

—Conde, tened compasion de mí.

—Tanto te compadezco, Maximiliano, tanto, tanto, que si no te curas dentro de un mes, dia por dia, hora por hora, ten presentes mis palabras, Maximiliano; te colocaré yo mismo en frente de tus pistolas cargadas y de una copa del mas seguro veneno de Italia... veneno mas seguro y mas pronto, créeme, que el que ha matado á Valentina.

—¿Me lo prometeis?

—Sí, porque yo soy hombre tambien como te he dicho, y he querido morir y muchas veces despues que la desgracia dejó de perseguirme he soñado con las delicias del eterno sueño.

—¡Oh! ¿me prometeis eso de seguro? exclamó Maximiliano loco de alegría.

—No te lo prometo, te lo juro, dijo Monte-Cristo tendiéndole la mano.

—Dentro de un mes, bajo palabra de honor, si no me he consolado, ¿me dejaréis dueño de mi vida y no me llamaréis ingrato haga lo que haga?

—Dentro de un mes, dia por dia, Maximiliano, hora por hora, y esta fecha es sagrada, —aunque no sé si has pensado que estamos á 5 de setiembre, y que hoy hace diez años que salvé á tu padre.

Morrel cogió las manos del conde y las besó.

El conde le dejó obrar como si comprendiese que merecia esta adoracion.

—Dentro de un mes, continuó Monte-Cristo, hallarás sobre la mesa donde estémos sentados uno y otro buenas armas y una muerte dulce; pero en cambio ¿me prometes esperar hasta entonces y vivir?

—Os lo juro á mi vez, repuso Maximiliano.

Monte-Cristo atrajo al jóven á su corazon, estrechándole largo tiempo.

—Desde ahora mismo, le dijo, vas á vivir en mi casa. Ocuparás la habitacion de Haydeé, y al menos mi hijo reemplazará á mi hija.

—¡Haydeé! repitió Morrel. ¿Pues qué ha sido de ella?

—Se ha marchado anoche.

—¿Te abandona?

—Va á esperarme... disponte, pues, á reunirte conmigo en los Campos Elíseos, y hazme salir de aquí sin que me vean.

Bajó Maximiliano la cabeza y obedecióle como un niño ó como un apóstol.

CAPITULO VII.

LAS PARTICIONES.

El piso principal de aquella casa de la calle de San German de los Prados que habia elegido Alberto de Morcef para su madre estaba alquilado á un personaje muy misterioso.

Este personaje era un hombre cuya cara no habia podido ver ni aun el portero mismo, porque en invierno llevaba una de esas corbatas encarnadas que usan los cocheros elegantes para esperar á sus amos á la salida de los teatros, y en verano se sonaba las narices precisamente en el momento en que pasaba por la portería donde pudiera ser visto.

Bueno será decir que, contra todas las costumbres establecidas, nadie espiaba á este inquilino, y que el rumor que corria de que era un alto personaje de mucha influencia habia hecho respetar su misterioso incógnito.

Por lo comun sus visitas eran fijas, aunque algunas veces las adelantase ó las retrasase; pero casi siempre, así en invierno como en verano, tomaba á las cuatro de la tarde posesion de su vivienda, en la cual nunca pasaba la noche.

En invierno á las tres y media la discreta criada que cuidaba de la habitacion subia á encender la chimenea.

En verano á las tres y media subia la misma criada con refrescos y sorbetes.

A las cuatro, como hemos dicho, llegaba el misterioso personaje.

Veinte minutos despues paraba un coche á la puerta, y una mujer vestida de negro ó de azul oscuro, pero cubierta siempre con un espeso velo, pasaba como una sombra por la portería y subia la escalera sin que crugiesen los escalones bajo sus ligeros piés.

Nunca sucedió que se le preguntara adónde iba.

Su rostro, como el del desconocido, era, pues, un misterio para los porteros, porteros modelos, y únicos quizá en la inmensa cofradía de los porteros de Paris que fuesen capaces de tan rara discrecion.

Excusado parece decir que la dama solo subia al piso principal, que llamaba á la puerta de una manera

extraña, que la puerta se abria y volvia á cerrarse herméticamente tras ella... etc., etc.

Para salir de la casa se repetia la misma maniobra. Salia primero la desconocida, siempre cubierta con su velo, y subiendo al carruaje, se marchaba, unas veces por un lado de la calle y otras por otro. Veinte minutos despues le llegaba su vez al desconocido, que salia embozado en su corbata ó con el pañuelo en las narices.



Monte-Cristo atrajo al jóven á su corazon estrechándole largo tiempo.

Al dia siguiente de la visita que hizo á Danglars el conde de Monte-Cristo, dia del entierro de Valentina, llegó el personaje misterioso á las diez de la mañana en vez de llegar á las cuatro de la tarde.

Casi al mismo tiempo y sin guardar el intervalo ordinario, paró á la puerta un carruaje de alquiler, y la dama del velo subió rápidamente la escalera.

La puerta se abrió y volvió á cerrarse, pero antes que se cerrara habia exclamado la señora:

—¡Oh Luciano! ¡oh amigo mio!

De manera que el portero, que sin querer habia oido esta exclamacion, supo entonces por primera vez que su inquilino se llamaba Luciano; mas como era un portero modelo, juró no decírselo ni aun á la misma portera.

—¿Qué hay, amiga mia? preguntó aquel cuyo nombre habia revelado la dama en su prisa ó en su turbacion.

—¿Puedo contar con vos, amigo mio?

—Sí, por cierto; ya lo sabeis; pero ¿qué hay? Vuestra carta de esta mañana me ha causado una ansiedad terrible; aquella precipitacion, aquel desórden de vuestra letra... Vamos, ó tranquilizadme ó anunciadme desde luego lo que haya.

—¡Un gran suceso, Luciano! dijo la dama clavando en el jóven una mirada escrutadora. M. Danglars se ha marchado anoche.

—¿Se ha marchado? ¿y adónde?

—Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿lo ignorais? ¿luego se ha marchado para no volver?

—Sin duda alguna. A las diez de la noche le condujo su carruaje á la barrera de Charenton, donde encontró

una silla de posta, y subió á ella con su ayuda de cámara, diciéndole á su cochero que iba á Fontainebleau.

—¿Y qué decís de eso?

—Esperad, amigo mio. Me habia dejado una carta.

Y la baronesa sacó del bolsillo una carta abierta ya que le presentó á Devray.

Antes de leerla vaciló el jóven un instante como si tratase de adivinar lo que contenia ó mas bien como si se decidiese de antemano á adoptar una resolucion, fuera el que fuera el contenido de la carta.

Pasados algunos segundos sin duda ya tenia en esto ideas fijas, pues se puso á leerla.

Véase cuál era el contenido de aquella carta que tanta turbacion causó á Mad. Danglars.

«Señora y fiel esposa mia.»

Sin calcular lo que hacia se detuvo Devray para mirar á la baronesa, que se puso muy colorada, y le dijo:

—Seguid leyendo.

«Cuando recibais esta carta no tendréis ya marido.

»¡Oh! no os alarmeis por lo serio, pues la ausencia de vuestro marido será sobre poco mas ó menos como la ausencia de vuestra hija, pues á esa hora me hallaré yo en uno de los treinta ó cuarenta caminos que conducen al extranjero.

»Os debo explicaciones sobre esto, y como sois mujer que las comprenderá perfectamente, voy á dároslas.

»Escuchad pues. Esta mañana tuve que hacer un reembolso de cinco millones. Inmediatamente despues debia hacer otro de otros cinco; pero este lo aplazo para mañana.

»Hoy me marcho para evitar ese mañana, que me seria muy desagradable... ¿Me comprendeis, mi amada y queridísima esposa?

»Creo que me comprendeis, porque estais tan al corriente de mis negocios como yo mismo, y aun mas que yo mismo, pues si se tratára de saber qué paradero ha tenido mas de la mitad de mi fortuna yo no lo podria decir; y estoy seguro, por el contrario, de que vos lo acertaríais, porque las mujeres tienen un instinto privilegiado... y hasta lo inexplicable lo explican ellas por un álgebra particular de su invencion.

»Yo que solo sabia de números, no sé nada desde el momento que mis números me han engañado.

»¿Os ha admirado alguna vez, señora, la prontitud de mi caida? ¿os ha deslumbrado algo el fuego en que se han derretido mis talegas? Yo confieso que solo he visto fuego; mas espero que vos habréis encontrado entre las cenizas algun oro.

»Esta esperanza me consuela al alejarme de vos, esposa prudentísima, sin que mi conciencia me eche en cara este abandono.

»Os quedan amigos; os quedan las cenizas en cuestion, y para colmo de fortuna os queda la libertad que me apresuro á devolveros.

»Sin embargo, señora, ha llegado el momento de que entremos en explicaciones íntimas.

»Mientras esperé que trabajáseis por nuestra fortuna, que era la de nuestra hija, cerré los ojos filosóficamente; pero como habeis hecho de esa fortuna una inmensa ruina, no quiero servir de cimiento á la fortuna de otro.

»Cuando me casé con vos érais rica, pero poco honrada... Perdonadme esta franqueza, pues no me creo precisado á dulcificar mi lenguaje, puesto que esta carta la leerémos nosotros dos solos probablemente.

»He aumentado nuestra fortuna, que por espacio de quince años ha ido siempre en alza hasta el momento en que misteriosas catástrofes para mí incomprensibles todavía, vinieron á luchar con ella cuerpo á cuerpo, sin que pueda yo decir si he tenido ó no la culpa.

»Vos, señora, solo habeis pensado en aumentar la vuestra, y tengo la conviccion moral de que lo habeis conseguido. Os dejo, pues, como os tomé; rica, pero poco honrada.

»¡Adios! Yo tambien pienso desde hoy trabajar por mi propia cuenta.

»Creed que os quedo muy agradecido al ejemplo que me habeis dado y que voy á seguir.

»Vuestro afectísimo esposo

EL BARON DANGLARS.»

La baronesa habia estado observando á Devray durante esta larga y penosa lectura, viéndole mudar de color dos ó tres veces, á pesar del dominio que tenia sobre sí mismo.

Despues de acabada, volvió á cerrar la carta lentamente y se quedó pensativo.

—¿Y bien?... le preguntó Mad. Danglars con una ansiedad que se comprende fácilmente.

—Y bien, señora, repitió Devray maquinalmente, ¿qué idea os inspira esa carta?

—Es muy sencillo. Me inspira la idea de que monsieur Danglars se ha marchado lleno de sospechas...

—Sin duda. ¿Pero es eso todo lo que teneis que decirme?

—¡No os comprendo! dijo Devray con una frialdad inconcebible.

—Se ha marchado para siempre: para no volver mas.

—¡Oh! no creais eso, baronesa, repuso Devray.

—Os repito que no vuelve, le conozco bien, es un hombre que no varía nunca en sus resoluciones, sobre todo si son hijas del interés. Si me hubiese creido útil para algo, me hubiera llevado consigo; cuando me deja en Paris, claro está que nuestra separacion puede coadyuvar á sus proyectos, que es irrevocable... y que soy libre para siempre, añadió Mad. Danglars con el mismo tono suplicante.

Pero en vez de responder Devray, la dejó en aquella ansiedad de miradas y de pensamiento.

—¿Qué, no me respondeis, caballero? dijo al fin la dama.

—Solo una pregunta tengo que haceros. ¿Qué pensais hacer?

—Eso iba yo á preguntaros, respondió la baronesa con el corazon palpitante.

—¡Ah! ¿es un consejo lo que me pedis? dijo Devray.

—Sí, un consejo es lo que os pido, repuso la baronesa angustiada.

—Entonces si es un consejo lo que me pedís, respondió el jóven friamente, lo que os aconsejo es que viajeis.

—¡Qué viaje! murmuró Mad. Danglars.

—Sí, por cierto. Como dice M. Danglars, sois rica y libre; una ausencia de Paris os es absolutamente necesaria, despues del doble escándalo del casamiento de Eugenia y la desaparicion de M. Danglars. Importa solamente que todo el mundo os crea pobre y abandonada, porque nadie perdonaría á la mujer de un banquero quebrado la opulencia y el lujo. En el primer caso, basta con que os quedeis quince dias en Paris repitiendo á todo el mundo que estais abandonada y contando á vuestras mejores amigas, que lo irán luego á contar por todas partes, cómo se ha verificado ese abandono. Luego saldréis de vuestra casa dejando en ella vuestras joyas y hasta vuestros muebles para que todo el mundo ensalce vuestro desprendimiento y os entone alabanzas. Entonces se os creerá abandonada y pobre, porque yo solo conozco vuestra situacion íntima, y estoy dispuesto á daros cuentas como asociado leal.

La baronesa pálida, aterrada, habia escuchado este discurso con tanto horror y tanta desesperacion como Devray lo habia pronunciado con indiferencia y calma.

—¡Abandonada, repitió, y bien abandonada, caballero! sí, teneis razon, nadie lo dudará.

Estas fueron las únicas palabras que pudo responder á Devray aquella mujer tan altiva y tan violenta.

—Pero rica, muy rica, prosiguió Devray sacando su cartera y extendiendo sobre la mesa los papeles que contenia.

Mad. Danglars le dejó hacer, ocupándose solamente en apagar los latidos de su corazon y en contener las lágrimas que sentia agolparse á sus ojos; pero, en fin, el sentimiento de la dignidad triunfó sobre ella, y si no pudo al fin contener su corazon, logró al menos no derramar una lágrima.

—Señora, dijo Devray, hace seis meses sobre poco mas ó menos que estamos asociados.

Pusísteis en fondo cien mil francos.

En abril fué cuando se verificó nuestra asociacion.

En mayo empezaron nuestras operaciones.

En mayo ganamos cuatrocientos mil francos.

En junio, nuevecientos mil.

En julio aumentamos nuestro capital con un millon y setecientos mil francos (fué como sabeis el mes de la deuda española).

En agosto perdimos á principios de mes trescientos mil francos, pero el dia quince nos desquitamos, y á fin de mes habiamos tomado ya la revancha; porque nuestras cuentas desde el dia en que nos asociamos hasta ayer que las he cerrado presentan un activo de dos millones y cuatrocientos mil francos; es decir, un millon y doscientos mil francos para cada uno de nosotros.

Ahora, prosiguió Devray cotejando sus cuentas con el método y la tranquilidad de un agente de cambio, tenemos ochenta mil francos, que importa el interés acumulado de esta suma.



Aquí teneis, señora, ochocientos billetes de á mil francos cada uno.

—Pero ¿qué quiere decir eso de intereses, le interrumpió la baronesa, puesto que nunca habeis dado á interés nuestro dinero?

—Suplícoos me disimuleis, señora, dijo friamente Devray; como tenia amplios poderes vuestros, lo di á interés. Resulta, pues, que la mitad de las ganancias importan cuarenta mil francos, que juntos con los cien mil que pusísteis en fondo primeramente hacen en todo agregados á vuestra suma total un millon trescientos cuarenta mil francos.

Ahora bien, señora, prosiguió Devray, he tenido la precaucion de convertir en papel vuestro dinero antes de ayer. Como veis no hace mucho tiempo, y parecia

que me diese el corazon que iba á tener que rendiros cuentas muy pronto. Ahí teneis vuestro dinero, la mitad en billetes de Banco, y la otra mitad en bonos al portador.

Y digo ahí, señora, porque como yo no creyese mi casa bastante segura ni á ningun notario bastante discreto, y como las escrituras hablan mas alto aun que los notarios, y como, en fin, vos no teneis derecho á comprar ni poseer nada fuera de la comunidad conyugal, he guardado esa cantidad, hoy vuestro única fortuna, en un cofrecito que está en el fondo de este armario, y para mayor seguridad he hecho yo mismo el oficio de albañil. Ahora, continuó Devray abriendo el armario y sacando la caja, aquí teneis, señora, ochocientos billetes de á mil francos cada uno, que abultan por cierto tanto como un libro en folio. Unamos á ellos este cupon de veinte y cinco mil francos; y para el resto, que importa, segun creo, ciento diez mil francos, aquí teneis una letra contra mi banquero, que como no es M. Danglars, la pagará á la vista, podeis estar segura.

Mad. Danglars cogió maquinalmente la letra á la vista, el cupon y el legajo de billetes. ¡Qué poco parecia esta inmensa fortuna extendida allí sobre la mesa!

Y con los ojos secos, pero inflamado el pecho por los sollozos, la reunió y encerró en la cajita, puso el cupon y la letra en su cartera, y de pié, pálida y en la mayor ansiedad, esperó una dulce palabra que la consolase de ser tan rica.

Pero esperó en vano.

—Ahora os espera una vida magnífica, dijo Devray. Teneis unas sesenta mil libras de renta; fortuna enorme para una mujer que no podrá gastar trenes ni abrir casa lo menos hasta dentro de un año. Esto sin contar que si os parece insuficiente vuestra parte, en gracia á lo pasado, podréis tomar lo que gusteis de la mia, por supuesto á título de préstamo y teniendo presente que todo lo que poseo es un millon y sesenta mil francos.

—Gracias, caballero, respondió la baronesa, gracias. Ya comprenderéis que con lo mio tengo mas de lo necesario á una mujer que no piensa salir al mundo, á lo menos en mucho tiempo.

Devray se quedó un momento admirado; pero volvió en sí é hizo un gesto que podia traducirse por la fórmula mas cortés de expresar esta idea:

—Como gusteis.

Hasta entonces quizás habia conservado Mad. Danglars alguna esperanza; pero cuando vió el desdeñoso gesto que acababa de escapársele á Devray y la mirada oblicua que le acompañó, así como la reverencia profunda y el significativo silencio de que fué seguido, levantó la cabeza, abrió la puerta y sin furor, sin arrebato, pero tambien sin vacilar, lanzóse á la escalera desdeñando hasta hacer un último saludo al que la dejaba marcharse de aquel modo.

—Esos son castillos en el aire, dijo Devray al quedarse solo. Seguirá viviendo en su casa, leerá novelas y jugará á las cartas, ya que no puede jugar á la bolsa.

Y cogiendo su libro, borró con el mayor cuidado las cantidades que acababa de pagar.

—Un millon y sesenta mil francos me queda, dijo. ¡Lástima que se haya muerto Valentina de Villefort! me convenia bajo todos conceptos, y me hubiera casado con ella.

Y flemáticamente, segun su costumbre, esperó á que pasasen veinte minutos de la marcha de Mad. Danglars para marcharse á su vez.

Estos veinte minutos los pasó haciendo números con el reló al lado.

Aquel personaje diabólico que con mas ó menos fortuna hubiera creado toda imaginacion satírica, á no cogerle Lesage la delantera en una obra maestra; aquel diablo cojuelo que le quitaba el techo á las casas para ver lo que pasaba dentro, hubiera tenido un placer muy singular quitándole el techo á la casa de la calle de San German de los Prados en el momento en que Devray echaba sus cuentas.

Encima de esta habitacion donde acababan de repartirse dos millones y medio, habia otra habitacion con inquilinos conocidos nuestros y que han desempeñado un papel harto importante en los sucesos que acabamos de referir, para que no nos interese algo el volverlos á encontrar.

En aquella habitacion se hallaban Mercedes y Alberto.

Mercedes habia cambiado mucho en pocos dias; y no porque aun en los tiempos de su mayor fortuna hubiera ella abusado del orgulloso fausto que rompe con todas las condiciones y hace que no se conozca á una mujer cuando se la ve en trage mas sencillo; ni mucho menos porque hubiese caido en el estado de encogimiento que lleva consigo la miseria, no; Mercedes estaba cambiada, porque no brillaban ya sus ojos; porque no sonreia su boca, y porque, en fin, un perpetuo temor ahogaba en sus labios las palabras que en otro tiempo estaban siempre dispuestas en su inspirada imaginacion.

No era la pobreza lo que agotaba la imaginacion de Mercedes, ni la falta de valor lo que la hacia insufrible su pobreza. Caida de la especie de cielo en que vivia; perdida en la nueva esfera que habia elegido, como esas personas que salen de un salon espléndidamente iluminado para pasar á las tinieblas de repente, Mercedes parecia una reina que, trocando su palacio por una cabaña y reducida á lo extrictamente necesario, no se reconoce á sí misma ni en los platos de barro que tiene que llevar á la mesa por su propia mano, ni en el jergon que ha reemplazado á su lecho.

Con efecto, la bella catalana ó la noble condesa no tenia ya aquella mirada altiva ni aquella encantadora sonrisa; porque al fijar sus ojos en todo lo que le rodeaba, solo veia ocasiones de tristeza.

La habitacion estaba empapelada, pero con uno de esos papeles oscuros que eligen con preferencia los propietarios económicos, porque es el que se ensucia menos.

El suelo no estaba entapizado.

Los muebles pertenecian á ese falso lujo que llama la atencion y obliga á la vista á fijarse en él; pero que por lo mismo que es chillon y macarrónico, destruye la armonía que es tan necesaria á los que están acostumbrados á vivir en una casa elegante.

Allí vivia Mad. de Morcef desde que habia abandonado la suya.

Aquel silencio eterno la mareaba, como marea al viajero el asomarse á la boca de un abismo.

Conociendo que Alberto la miraba á hurtadillas á cada instante para conocer el estado de su corazon, tenia siempre en los labios una sonrisa monótona, que á falta de ese fuego tan dulce de la sonrisa de los ojos, hace el efecto de una simple reverberacion de la luz, es decir, de una luz sin calor.

Alberto por su parte estaba preocupado, y le tenia lleno de fastidio un resto de lujo que le impedia pertenecer enteramente á su condicion actual.

Queria salir sin guantes, y le parecian sus manos demasiado blancas.

Queria salir á pié, y le parecian sus botas demasiado flamantes.

Entre tanto, aquellas dos criaturas tan nobles y tan inteligentes, reunidas por el indisoluble lazo del amor maternal y filial, habian llegado á comprenderse sin hablar de nada y á economizar todos los preámbulos que se deben suprimir entre amigos para que resulte esa verdad material de que depende la vida.

Alberto, en fin, habia podido decir á su madre, sin hacerla ponerse pálida:

—No tenemos dinero, madre mia.

Nunca Mercedes habia conocido la miseria de toda verdad.

En su juventud hablaba tal vez de pobreza: pero pobreza no es miseria, así como falta y necesidad son dos sinónimos entre los cuales hay un mundo de distancia.

Mercedes en los Catalanes necesitaba mil cosas, pero nunca le faltaban ciertas otras.

Mientras las redes estaban en buen estado, se pescaba.

Mientras habia pescado que vender, habia hilo para componer las redes.

Pero tenia á su hijo. La exaltacion de un cariño quizás exagerado los habia sostenido hasta entonces en una esfera superior.

La exaltacion es casi el entusiasmo, y el entusiasmo nos hace insensibles á las cosas de la tierra.

Pero el entusiasmo se habia calmado, y era preciso ir bajando poco á poco de la esfera de los sueños al mundo de las realidades. Era preciso, en fin, volver á lo positivo, despues de haber agotado lo ideal.

En aquella habitacion se hallaban Mercedes y Alberto.

Además, viviendo enteramente aislada con un solo amor que para nada entraba en los detalles materiales de la existencia, cada uno pensaba solo en sí mismo.

Con lo poco que tenia, Mercedes se trataba entonces todo lo mejor posible.

Hoy tenia que mirar por dos personas y sin elemento ninguno.

Iba á llegar el invierno.

En aquella habitacion fria y sin tapices no tenia Mercedes lumbre, cuando su casa era un puro calorífero desde las antesalas hasta los gabinetes.

No tenia ni siquiera una flor humilde, cuando su casa era un invernadero florido siempre á precio de oro.

—Madre mia, decia Alberto en el [illegible] que bajaba la escalera Mad. Danglars, [illegible] tras riquezas, si os parece, pues [illegible] para arreglar mis planes.

—¡Total, nada! dijo Mercedes [illegible] lorosa.

—Sí tal, madre mia. Total, [illegible] ro; y tengo la pretension de [illegible] esos tres mil francos [illegible]

—¡Niño! dijo Merced[illegible]

—¡Ay, madre mia! [illegible] el jóv[illegible] por desgracia harto [illegible] que vale! ¡Tres mil franc[illegible]



sobre ella he fundado un porvenir seguro, eterno!

—Decid, amigo mio, ¿aceptamos esos tres mil francos? dijo Mercedes poniéndose colorada.

—Es cosa convenida, respondió Alberto con tono firme. Los aceptamos con tanta mayor razon, cuantó que no los tenemos; pues, como sabeis, están enterrados en el jardin de la casita de las alamedas de Meilhan. Con doscientos francos irémos ambos á Marsella, añadió Alberto.

—¿Con doscientos francos? repitió Mercedes.

—¡Oh! ya he ido á enterarme á las diligencias y á los vapores, y tengo hecho mi cálculo. Teneis asiento en la berlina. Ya veis, madre mia, que os trato como á una reina. Cuesta treinta y cinco francos.

Alberto cogió una pluma y se puso á escribir.

Berlina treinta y cinco francos.	35
De Chalons á Lyon vais en vapor, seis fr. .	6
De Lyon á Aviñon, tambien por vapor, diez y seis fr.	16
De Aviñon á Marseila, siete fr.	7
Gastos de viaje, cincuenta fr.	50
Total. . . .	114

—Pongamos ciento veinte, añadió Alberto sonriéndose. Ya veis que soy generoso, madre mia.

—Pero, ¿y tú, pobre Alberto?

—¿No habeis visto que me reservo ochenta francos? Un jóven, madre mia, no necesita comodidades; sobre que yo sé ya lo que es viajar.

—¡Si, en silla de posta y con ayuda de cámara!

—De todas maneras, madre mia.

—Sea pues, dijo Mercedes. ¿Pero y esos doscientos francos?

—Aquí están, y además otros doscientos. He vendido mi reloj por cien francos, y la cadena y los sellos por trescientos. ¡Qué fortuna! la cadena y los sellos valian tres veces mas que el relo. Siempre lo superfluo está sobre lo indispensable. ¡Ya somos ricos! puesto que en lugar de ciento catorce francos para vuestro viaje teneis doscientos cincuenta.

—Pero algo deberémos en esta casa.

—Treinta francos, que los pagaré yo de los ciento cincuenta que me quedan. Ya veis que nado en la abundancia, puesto que en rigor solo necesito *ochenta francos* para mi viaje. Pero no hemos acabado aun. ¿Qué decis de esto, madre mia?

Y Alberto sacó de una cartera con broches de oro, resto de sus antiguos caprichos ó quizás tierno recuerdo de alguna de aquellas mujeres misteriosas y tapadas que iban á llamar á la puerta secreta de que hablamos al principio; Alberto sacó de la cartera un billete de mil francos.

—¿Qué es eso? le preguntó Mercedes.

—Mil francos, madre mia... ¡oh, cabales!

—¿Y de dónde te vienen?

—Escuchad, madre mia, y no os conmovais demasiado.

Y Alberto se levantó para abrazar á su madre, parándose despues á contemplarla.

—¡No podeis figuraros, madre mia, cuán hermosa os encuentro! dijo el jóven con profunda ternura filial. Sois en verdad la mas hermosa, así como sois la mas noble de las mujeres.

—¡Querido hijo! murmuró Mercedes procurando en vano contener una lágrima que asomaba al borde de su pupila.

—¡Solo os faltaba ser desgraciada para cambiar mi amor en adoracion!

—No soy desgraciada, porque tengo á mi hijo y nunca lo seré mientras lo tenga.

—Justamente en eso empieza la prueba, dijo Alberto. ¿No recordais, madre mia, lo que hemos convenido?

—¿Hemos convenido en algo? le preguntó Mercedes.

—Sí, hemos convenido en que vos viviréis en Marsella, y yo marcharé á Africa á conquistarme un nombre en lugar del que he dejado.

Mercedes exhaló un suspiro.

—Así, pues, madre mia, desde ayer estoy enganchado en los spahis, añadió el jóven bajando los ojos con cierta vergüenza, pues no sabia cuán sublime era su humillacion. O mas bien he creido que mi cuerpo era mio y que podia venderlo; con que desde ayer he reemplazado á un quinto. Me he vendido, como se dice vulgarmente, añadió procurando sonreirse, y me he vendido mas caro de lo que creia valer, es decir en dos mil francos.

—¿Con que estos dos mil francos..? dijo Mercedes estremeciéndose.

—Es la mitad de la cantidad, madre mia. La otra me la darán dentro de un año.

Mercedes alzó los ojos al cielo con una expresion que nadie sabria pintar, y las dos lágrimas que retenia en sus ojos corrieron silenciosas por sus mejillas.

—¡El precio de su sangre! murmuró.

—Si me matan, sí, dijo riéndose Morcef; pero te aseguro, madre mia, que estoy decidido á defender mi pellejo á capa y espada. Nunca he tenido tantas ganas de vivir como ahora.

—¡Dios mio! Dios mio! volvió á murmurar Mercedes.

—Además, ¿por qué han de matarme? ¿Acaso han matado á Lamoriciere, ese Ney del mediodia? ¿acaso han matado á Changarnier? ¿acaso han matado á Bedeau ni á Morrel, á quien conocemos nosotros? ¡Figuraos, madre mia, cuál no será vuestro júbilo cuando vuelva yo con mi uniforme bordado! Os confieso que creo que me ha de sentar muy bien; y que he elegido ese regimiento por coquetería.

Mercedes suspiró, aunque procuraba sonreirse.

Aquella santa madre comprendia que no le estaba bien á ella dejar á su hijo todo el peso del sacrificio.

—Con que ya teneis, madre mia, repuso Alberto, cuatro mil francos asegurados. Con esos cuatro mil francos prodréis vivir dos años.

—¿Lo crees?... dijo Mercedes.

Estas palabras se escaparon á la condesa con dolor tan verdadero, que no se le escapó á Alberto su verdadera significacion. Sintió oprimirsele el pecho, y cogiendo la mano de su madre y estrechándola tiernamente, dijo:

—Si, viviréis, madre mia.

—¡Viviré! exclamó Mercedes; pero no te has de marchar, hijo mio.

—Me marcharé, madre mia, repuso Alberto con voz tranquila y firme. Me amais demasiado para dejarme vivir ocioso é inútil.

—Tú obrarás segun tu voluntad, hijo mio. Yo obraré segun la de Dios.

—No segun mi voluntad, madre mia, sino segn la razon y la necesidad. Somos dos criaturas desesperadas, ¿no es verdad? ¿Qué es hoy la vida para nosotros? ¡nada! ¿Qué es la vida para mí? ¡oh! poca cosa sin vos, madre mia, creedlo. Porque sin vos os juro que hubiera renunciado á esta vida el dia que dudé de mi padre y renegué de mi nombre. Pero en fin, vivo; y si me prometeis esperar, y si dejais á mi cargo vuestra futura dicha, doblaréis mi fuerza. Entonces iré á buscar al gobernador de Argel que tiene un corazon leal y sobre todo, esencialmente soldado; le contaré mi triste historia, le rogaré que vuelva de vez en cuando sus ojos hácia mí, y si me cumple su palabra, si observa mi proceder, antes de seis meses ó soy oficial ó he muerto. Si soy oficial, está asegurada vuestra suerte, madre mia, porque tendré dinero para vos y para mí; y además un nuevo nombre, del cual estarémos los dos orgullosos, porque será vuestro nombre verdadero. Si muero... madre mia, si muero podréis morir vos como os plazca, y nuestras desgracias tendrán un término.

—Bien está, respondió Mercedes con su noble y elo-

cuente mirada. Tienes razon, hijo mio. Probemos á ciertas personas que nos observan y que esperan nuestras acciones para juzgarnos, probémoslas que somos al menos dignos de compasion.

—Pero desechad esas ideas fúnebres, mi querida madre, exclamó el jóven. Somos, ó podemos ser muy dichosos todavia. Vos sois á la vez una mujer de talento y de resignacion, yo he logrado ser sencillo de gustos y sin pasiones, así lo espero. Una vez en el servicio, ya soy rico. Una vez en casa de M. Dantes, ya estais tranquila. Probemos, madre mia, probemos.

— Sí probemos, hijo mio, respondió Mercedes. Tú debes vivir, tú debes ser dichoso.

— Con que ya tenemos hechas nuestras particiones, añadió el jóven afectando una tranquilidad extraordinaria. Hoy mismo nos podemos marchar, pues ya sabeis que tengo tomado vuestro billete.

— Pero ¿y el tuyo, hijo mio?

— Yo debo quedarme aquí tres ó cuatro dias aun; es un ensayo de separacion, al cual necesitamos irnos acostumbrando. Además me son indispensables algunas recomendaciones y algunas noticias sobre el Africa. En Marsella me uniré con vos.

— Sea pues, dijo Mercedes envolviéndose en el único chal que habia conservado, y que por casualidad era una cachemira negra de mucho valor. ¡Vámonos! ¡vámonos!

Recogió Alberto sus papeles á toda prisa; llamó para pagar los treinta francos que debia al amo de la casa, y ofreciendo el brazo á su madre, bajó la escalera.



Devray subió los dos escalones que le separaban de su interlocutor para darle un enérgico apreton de manos.

Una persona bajaba delante de ellos. Esta persona volvió la cara al oir el crugido de la seda.

— ¡ Devray! murmuró Alberto.

— ¡ Vos, Morcef! respondió el secretario íntimo deteniéndose en el escalon en que se encontraba.

La curiosidad venció en Devray al deseo de guardar el incógnito, sin contar que ya estaba conocido.

Era, con efecto, una cosa excitante el encontrar en esta casa oscura á aquel jóven, cuya desgracia acababa de hacer tanto ruido en Paris.

— ¡ Morcef! repitió Devray.

Y apercibiendo luego en la penumbra el velo negro

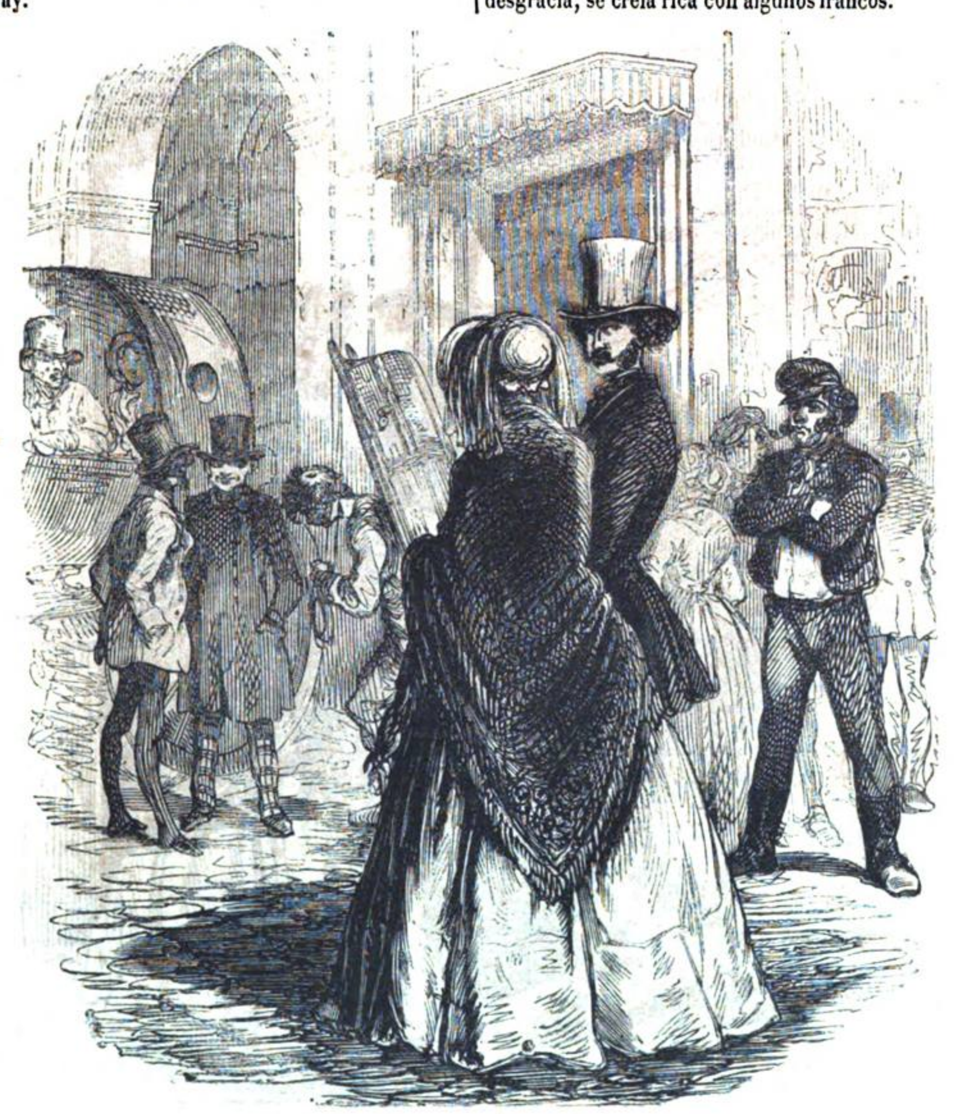
y el perfil, jóven aun, de Mercedes, añadió sonriéndose:

— Disimuladme, Alberto; ya os dejo.

Alberto comprendió el pensamiento de Devray.

— Madre mia, dijo volviéndose á Mercedes, este caballero es M. Devray, antiguo amigo mio y secretario del ministro de lo Interior.

—¡Cómo antiguo! ¿qué queréis decir? balbuceó Devray.



El patio de las Mensajerias.

—Lo digo, M. Devray, respuso Alberto, porque hoy ya no tengo amigos ni debo tenerlos. Os quedo, sin embargo, agradecido por haberos dignado conocerme.

Devray subió los dos escalones que le separaban de su interlocutor para darle un enérgico apreton de manos.

—Creed, mi querido Alberto, dijo con toda la emocion que era susceptible de sentir, creed que me ha afectado mucho vuestra desgracia, y que me pongo á vuestra disposicion en todo y para todo.

— Gracias, amigo, dijo Alberto sonriéndose; pero en medio de esta desgracia somos aun bastante ricos para no necesitar de nadie. Vamos á dejar á Paris, y despues de pagado nuestro viaje, nos quedan aun cinco mil francos.

Devray se ruborizó; llevaba en su cartera un millon, y por poco poética que fuese su cabeza matemática, no pudo menos de reflexionar que la misma casa encerraba hacia poco dos mujeres, de las cuales una, deshonrada con justicia, salia pobre con millon y medio, mientras la otra, herida injustamente pero sublime en su desgracia, se creia rica con algunos francos.

Este paralelo le quitó hasta la cortesanía, abrumóle aquel ejemplo filosófico, y balbuceando algunas palabras vulgares, bajó rápidamente la escalera.

Aquel dia los empleados del ministerio que estaban á sus órdenes á duras penas le pudieron aguantar el mal humor.

Pero aquella tarde compró una bonita casa situada en el boulevard de la Magdalena, y que producia cincuenta mil libras de renta.

Al dia siguiente á la hora en que Devray firmaba la escritura, es decir, á las cinco de la tarde, Mad. de Morcef, despues de abrazar tiernamente á su hijo y de ser

tiernamente abrazada por él, subia á la berlina de la diligencia.

Un hombre estaba oculto en el patio de las mensajerías — Laffitte, en aquellas ventanas del entresuelo que están encima del despacho de billetes.

Desde allí vió subir á Mercedes, vió marchar á la diligencia y alejarse á Alberto.

Entonces se pasó la mano por la frente cargada de dudas, murmurando:

—¡Ay de mí! ¿cómo les devolveré á esos dos inocentes la felicidad que les he quitado?

Dios me ayudará.

CAPITULO VIII.

LA LEONERA.

Uno de los departamentos de la cárcel de la Fuerza, aquel donde van á parar los presos mas comprometidos y peligrosos se llama el patio de San Bernardo.

En su lenguaje enérgico los presos le han llamado la Leonera, probablemente porque aquellos leones tienen dientes que muerden tal vez las rejas y mas á menudo á los guardas.

Es una cárcel en la cárcel.

Las paredes tienen un espesor doble que las otras. Todos los dias viene un cerrajero á examinar las macizas rejas, y en la estatura hercúlea, en las miradas frias é incisivas de los guardas se conoce que han sido elegidos para reinar allí por el terror y la actividad de la inteligencia.

El patio de este departamento está cerrado por unas enormes paredes, sobre las cuales se desliza el sol oblicuamente hasta que se decide á penetrar en aquel abismo de tinieblas morales y físicas.

Allí se ven errantes desde que tocan diana, pensativos, melancólicos y pálidos, los hombres que la justicia tiene cogidos entre sus brazos de hierro.

Allí pasan horas enteras hablando en grupos de á dos y mas á menudo solos, y clavando sin cesar sus miradas en la puerta que se abre para llamar á alguno de ellos ó para vomitar en el abismo una nueva escoria arrojada por la sociedad.

El patio de San Bernardo tiene su locutorio particular.

Es un cuadrilongo cerrado por dos rejas paralelas, separadas unas de otras tres piés, para que las visitas no puedan darles la mano ú otras cosas á los presos.

Este locutorio es sombrío, húmedo y horrible sobre toda comparacion, particularmente cuando se piensa en los tremendos secretos que se han deslizado por aquellas rejas oxidándolas y gastándolas.

Pese á lo espantoso de este sitio, es el paraíso adonde vienen á desahogarse en una sociedad anhelada y saboreada aquellos hombres que tienen contados sus dias.

¡Es tan raro el que sale de la Leonera para otra parte que no sea la barrera de Santiago, los trabajos forzados ó el presidio!

En este patio que acabamos de describir, cuyas paredes sudaban una humedad fria, paseábase con las manos en los bolsillos un jóven á quien miraban con mucha curiosidad los habitantes de la Leonera.

Hubiera podido pasar por un hombre elegante, gracias al buen corte de su frac, si no estubiera hecho girones, á pesar de que no tenia mucho uso.

El paño fino y sedoso en los sitios bien conservados recobraba fácilmente su lustre bajo la mano cariñosa del preso que pugnaba por dejarle nuevo.

El mismo cuidado ponia en abrocharse una camisa de batista, que habia cambiado considerablemente de color desde su entrada en la cárcel, y en pasar sobre sus botas charoladas la punta de un pañuelo marcado con dos iniciales debajo de una corona heráldica.

Algunos vecinos de la Leonera contemplaban con visible interés los arranques de coquetería del preso.

—¡Calle! decia un ladron. Mirad al príncipe que se está hermoseando.

—De suyo él es hermoso, respondió otro; y si tuviese siquiera un peine y pomada, eclipsaria á todos los que gastan guante blanco.

—Su frac debe ser muy nuevo, y sus botas relucen como un espejo. A nosotros nos debe alhagar mucho tener un camarada de tan buen tono, y los pícaros gendarmes no tienen perdon de Dios. ¡Envidiosos! ¡haber destrozado un frac como ese!

—¡Parece que tiene mucha fama, dijo otro; y que ha hecho todo lo que hay que hacer... y en grande. ¡Y venir á la cárcel tan jóven! ¡oh, magnífico!

El que era objeto de esta abominable admiracion parecia que saborease los elogios ó el vapor de los elogios, porque las palabras no podia oirlas.

Terminado su tocador acercóse al postiguillo del chiribitil del guarda y le dijo:

—Vamos, prestadme veinte francos, que pronto los cobrareis. Conmigo no se corre peligro ninguno. Pensad que mis parientes tienen mas millones que vos francos... Vamos, prestádmelos para alquilar una habitacion y una bata. Me humilla mucho estar siempre de frac y de botas. ¡Qué frac para un príncipe Cavalcanti!

El cabo le volvió la espalda encogiéndose de hombros.

Sin embargo, no le hicieron reir estas palabras como á otro cualquiera le hubieran hecho, porque aquel hombre habia oido muchas por el estilo, ó por mejor decir, habia oido siempre la misma cosa.

—Sois un hombre sin corazon, dijo Andrea, y yo haré que os quiten el destino.

Estas palabras hicieron volver al guarda, que ahora lanzó una sonora carcajada.

Los presos se acercaron y formaron corro.

—Os digo, prosiguió Andrea, que con esa despreciable cantidad podré procurarme una habitacion y un traje para recibir de una manera decente la ilustre visita que espero de un momento á otro.

—¡Tiene razon! ¡tiene razon! gritaron los presos. ¡Pardiez! ¡bien se ve que es un hombre como hay pocos!

—Pues bien, prestadle vosotros los veinte francos, dijo el cabo. ¿A caso no debeis ese favor á un camarada?

—Yo no soy camarada de esa gente, dijo el jóven con orgullo. No me insulteis, que no teneis derecho para tanto.

Los ladrones se miraron unos á otros con sordos murmullos, y una tempestad, ocasionada tanto por la provocacion del guarda como por las palabras de Andrea, comenzó á zumbar en torno del preso aristocrático.

El guarda seguro de hacer el *quos ego* cuando estuvieran las olas mas agitadas, las dejaba subir poco á poco para jugarle una mala pasada al pedigüeño importuno y tener un rato de solaz en su pesado empleo.

Ya los ladrones se iban acercando á Andrea gritando unos:

—¡El zapateado! ¡el zapateado!

(Cruel operacion que consiste en hartar de golpes, no de zapatos, sino de zapatones claveteados, al compañero que cae en desgracia).

Otros proponian la anguila, diversion que consiste en llenar de arena, de piedras y de monedas de dos cuartos, cuando las tienen, un pañuelo retorcido, que descargan luego sobre las espaldas y la cabeza del paciente.

—Azotémosle, dijeron algunos; azotemos á ese hombre honrado.

Pero volviéndose Andrea á ellos, cerró un ojo, infló el carrillo con la lengua é hizo ese castañeteo de labios que equivale entre los bandidos á mil signos de inteligencia cuando no pueden hablar.

Era un signo masónico que le habia enseñado Caderousse.

Los presos reconocieron en él á un amigo, y renunciaron á sus pañuelos.
El zapato claveteado volvió al pié del cabeza de motin.
Y acto continuo oyéronse algunas voces decir que aquel caballero tenia razon, que podia ser honrado á su manera y que los presos querian dar ejemplo de libertad de conciencia.
El motin se disolvió.

réis si se puede tratar á un Cavalcanti como á un hombre ordinario.
Y atravesando el patio como una sombra negra, se precipitó Andrea por el postiguillo entreabierto, dejando estupefactos á sus camaradas y al guarda mismo.
Con efecto, le llamaban al locutorio, cosa que no debe admirar, así como no admiraba á Andrea, porque desde su entrada en la Fuerza, en vez de aprovecharse el taimado jóven como los demás presos del beneficio de



El guarda de la Leonera.

Sorprendióle esto tanto al guarda, que cogió en seguida por las manos á Andrea y se puso á registrarle, atribuyendo á algun ademan mas significativo el súbito cambio de los habitantes de la Leonera.
Andrea le dejó hacer, pero no sin protestar.
De repente sonó una voz por el postiguillo.
—¡Benedetto! gritó un inspector.
El guarda soltó su presa.
—¡Me llaman! dijo Andrea.
—¡Al locutorio! repuso la voz.
—Bien veis que vienen á visitarme. ¡Ah! ya conoce-

escribir para hacer que lo reclamasen, habia guardado el silencio mas estóico.
—¡Evidentemente, decia para sí, me protege algun poderoso! Todo me lo prueba. Esta fortuna súbita, esta facilidad con que he vencido los obstáculos, una familia improvisada; un nombre ilustre, que ha venido á ser de mi propiedad, la lluvia de oro que ha caido sobre mí, las alianzas mas magníficas que se han deparado á mi ambicion... Un desden de mi fortuna, una ausencia de mi protector, me han perdido, sí; pero no para siempre. Me han retirado la mano momentá-

neamente, pero deben volvérmela á tender y ampararme en el momento en que me crea próximo á hundirme en el abismo. ¿Por qué me he de arriesgar á cualquier resolucion imprudente que acaso me haria perder á mi protector? Dos medios tiene de sacarme bien de este trance. Una fuga misteriosa comprada á precio de oro ó el untarle la mano á los jueces para que me absuelvan.

Esperemos, pues, para hablar y para obrar, á adquirir pruebas de que me han abandonado totalmente, y entonces...

Andrea habia concebido un plan muy hábil, pues era intrépido en el ataque y rudo en la defensa. Habia soportado la miseria de la prision y las privaciones de todo género; pero poco á poco habia vuelto á despertarsele en el instinto natural, ó mas bien la costumbre, y sentia verse desnudo y asqueroso y hambriento, y se le hacia el tiempo largo.

A estas enojosas reflexiones se hallaba entregado, cuando le llamó al locutorio la voz del inspector. Su corazon saltó de júbilo. Era demasiado temprano para que la visita fuese del juez de la causa, y demasiado tarde para que fuese del director de la cárcel ó del médico; con que era, pues, la visita que estaba esperando.

Detrás de las rejas del locutorio distinguió Andrea con sus ojos dilatados por una ávida curiosidad el rostro sombrío é inteligente de Bertuccio, que contemplaba tambien con dolorosa admiracion las ferradas puertas, las rejas y la sombra que se agitaba detrás de los barrotes.



Los presos reconocieron en él á un amigo, y renunciaron á sus pañuelos.

—¡Ah! murmuró Andrea.

—¡Buenos dias, Benedetto! dijo Bertuccio con su voz hueca y sonora.

—¡Vos! ¡vos! exclamo el jóven mirando con espanto en torno suyo.

—¡No me conoces, pobre niño! dijo Bertuccio.

—¡Silencio! ¡silencio! repuso Andrea, que sabia lo fino que tienen el oido aquellas paredes.

—¿Quisieras hablar conmigo á solas, no es verdad? le preguntó Bertuccio.

—¡Oh! ¡si! dijo Andrea.

—Está bien.

Y metiéndose la mano en el bolsillo, hizo Bertuccio seña á un guarda que se veia detrás de los cristales del postiguillo.

—Leed, le dijo.

—¿Qué es eso? le preguntó Andrea.

—La órden de llevarte á una habitacion y dejarme solo contigo.

—¡Oh! murmuró Andrea fuera de sí de alegría.

Pero replegándose en seguida se dijo á sí mismo:

—¡Tambien el protector desconocido! no me han olvidado. Puesto que desean hablarme en secreto, los tengo en mi poder. Bertuccio es emisario de mi protector.

Conferenció el guarda un momento con su superior, y luego vino á abrir las dos puertas de la reja conduciendo á Andrea, que estaba mudo de alegría, á una habitacion del piso principal con vistas al patio.

La habitacion estaba blanqueada con cal como se usa en las cárceles, y tenia un aspecto de alegría que al preso le pareció deslumbrador.

Una sarten, una cama, una silla y una mesa eran todo su mueblaje.

Bertuccio se sentó en la silla, y Andrea se arrojó sobre la cama.

El guarda que los habia acompañado se retiró.

—¿Vamos, qué tienes que decirme? le preguntó el mayordomo.

—¿Y vos? le preguntó Andrea.

—Habla tú primero.

—¡Oh, no! algo tendréis que decirme, pues habeis venido á buscarme.

—Pues bien, sea. ¿Con que has continuado tus fechorías? ¿con que has robado? ¿con que has asesinado?

—Si para decirme eso me habeis hecho subir á una habitacion particular, mas valiera que no os hubieseis molestado. Todo eso lo sé yo. Otras cosas no sé, y de esas hablarémos si os place. ¿Quién os envia?

—¡Oh, oh! mucha prisa es esa, M. Benedetto.

—De prisa y al asunto. Sobre todo ahorrémonos palabras inútiles. ¿Quién os envia?

—Nadie.

—¿Cómo sabeis que estoy preso?

—Hace mucho tiempo que te he reconocido en el insolente jóven que corria á caballo con tanta gracia por los Campos Elíseos.

—¿Los Campos Elíseos?... que te quemas, como dicen en un juego de prendas. Los Campos Elíseos... Vaya, hablemos de mi padre si quereis.

—¿Pues quién soy yo?

—Vos sois mi padre adoptivo.... pues no creo, ni puedo creer que vos seais quien me ha dado á gastar en cuatro ó cinco meses diez mil francos; no creo que vos seais quien me ha proporcionado un padre italiano y caballero, ni quien me abrió la entrada en el gran mundo convidándome en Auteuil á cierto banquete que creo estar saboreando aun con la mejor sociedad de Paris, con cierto Procurador del rey, cuya amistad hice mal en no cultivar, pues me seria utilísima en este momento; y no creo, en fin, que seais vos quien me fiaba uno ó dos millones cuando me sucedió el fatal accidente... Hablad, pues, hablad, estimado corso...

—¿Qué quieres que te diga?

—Yo te ayudaré. Hace poco hablabas de los Campos Elíseos, mi digno padre adoptivo.

—¿Y qué?

—Qué en los Campos Elíseos vive un señor muy rico, muy rico.

—¿En cuya casa has robado y asesinado, no es verdad?

—Creo que sí.

—¿El conde de Monte-Cristo?

—Vos le habeis nombrado, como dice Racine. Y bien, debo arrojarme en sus brazos y estrecharle á mi corazon gritando—¡padre mio! padre mio!—como dice otra comedia.

—No andemos con bromas, respondió Bertuccio gravemente. Nunca pronuncieis aquí ese nombre como osasteis pronunciarlo ahora.

—¡Ba! dijo Andrea algo aturdido de la solemnidad de Bertuccio. ¿Por qué?

—Porque el que lleva ese nombre está muy protegido por el cielo para ser padre de un miserable como vos.

—¡Palabrotas!...

—Que serán hechos si no os reportais.

—¿Amenazas á mí? no las temo... y diré...

—¿Creeis habéroslas con pigmeos de vuestra calaña? dijo Bertuccio con tono tan tranquilo y mirada tan segura, que Andrea se sobresaltó sinceramente. ¿Creeis habéroslas con vuestros compañeros de Tolon, ó con vuestras cándidas víctimas de Paris? Benedetto, os tiene cogido una mano terrible; mano que puede abrirse fácilmente para vos. Aprovechaos. No jugueis con el rayo de que se despoja por un instante, pero que puede volver á empuñar si tratais de estorbarla en sus movimientos.

—¡Mi padre!... quiero saber quién es mi padre, dijo el testarudo jóven. Moriré si es preciso en la demanda, pero lo sabré. ¿Qué me importa á mí el escándalo? es para mi reputacion... anuncios... como dice Beauchamp el periodista. Pero vosotros, hombres del gran mundo, siempre teneis algo que perder en el escándalo, pese á vuestros millones y á vuestros títulos... Con que ¿quién es mi padre?

—A decírtelo vengo.

—¡Ah! exclamó Benedetto con los ojos radiantes de alegría.

En este momento se abrió la puerta y entró un mozo á decir á Bertuccio:

—Disimulad, caballero, el juez está esperando al preso.

—Es para terminar mi interrogatorio, dijo Andrea á su padre adoptivo. ¡Maldito importuno!

—Volveré mañana, dijo Bertuccio.

—Bueno, repuso Andrea. Señores gendarmes, estoy á vuestra disposicion. ¡Ah! caballero, dejadle al alcaide una docena de escudos para que me dén lo que necesite.

—Así se hará, replicó el mayordomo.

Andrea le tendió la mano, pero Bertuccio metió la suya en el bolsillo para sacar el dinero.

—Eso es lo que yo queria decir, repuso Andrea procurando sonreirse, pero subyugado, sin embargo, por la extraña tranquilidad de Bertuccio.

—¿Me habré equivocado? se decia á sí mismo al subir al carruaje oblongo y cerrado con hierros, que se llama la *ensaladera* en el idioma carcelario. Allá verémos. Hasta mañana, añadió volviéndose á Bertuccio.

—¡Hasta mañana! respondió el mayordomo.

CAPITULO IX.

EL JUEZ.

Bien se recordará que el abate Bussoni se habia quedado solo con Noirtier y que uno y otro se constituyeron en guardianes del cuerpo de Valentina.

Acaso las exhortaciones cristianas del abate, acaso su dulce caridad ó su elocuencia persuasiva habian vuelto al anciano todo su valor, porque desde sus conferencias con el sacerdote en vez de la desesperacion que se habia apoderado de él primeramente, todo en Noirtier revelaba una gran resignacion y una calma, increible para los que recordasen el profundo afecto que habia profesado á Valentina.

M. de Villefort no habia vuelto á ver al anciano desde aquella mañana.

Toda la casa se habia renovado. El ayuda de cámara de Villefort era nuevo y nuevo tambien el de Noirtier.

Al servicio de Mad. de Villefort habian entrado dos mujeres.

Desde el portero hasta el lacayo todas las caras eran nuevas, que interponiéndose, por decirlo así, entre los diferentes amos de esta casa maldita, habian interceptado los relaciones ya bastante frias que los ligaban.

Además, los tribunales iban á abrirse dentro de dos ó tres dias, y encerrado Villefort en su gabinete, proseguia con febril actividad la causa entablada contra el asesino de Caderousse.

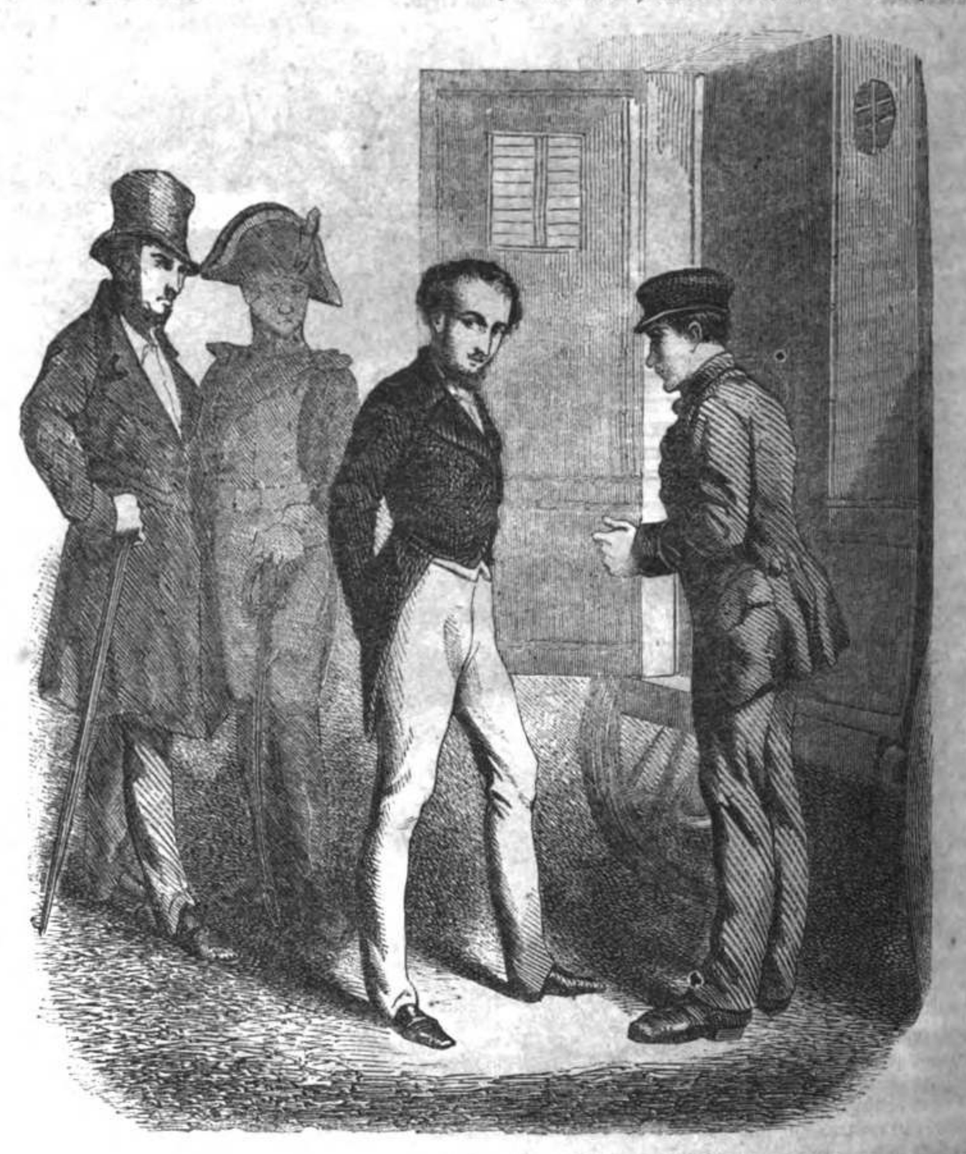
Este suceso, como todos aquellos en que se hallaba mezclado el conde de Monte-Cristo, habia hecho mucho ruido en el mundo parisiense.

Las pruebas no eran convincentes, puesto que todas se reducian á algunas palabras escritas por un forzado moribundo antiguo compañero del reo, que podia acusar á su compañero por odió ó por venganza.

Sin embargo, el juez tenia ya formado su juicio y el procurador del rey, que habia adquirido la terrible conviccion de que Benedetto era culpable, debia hallar en esta dificil victoria uno de esos goces de amor propio, que eran los únicos que despertasen ya un tanto las fibras de su helado corazon.

La causa corria que volaba, gracias al trabajo incesante de Villefort que queria inaugurar con ella las próximas sesiones del tribunal. Así pues, se habia visto obligado á aislarse mas que nunca para no responder á la inmensa cantidad de pedidos que se le hacian de billetes para la sesion.

Como habia pasado tan poco tiempo desde la muerte de Valentina, nadie se admiraba de ver á su padre tan absorto en su deber, es decir, en la única distraccion que podian sus pesares encontrar.



—¿Me habré equivocado? se decia á sí mismo al subir á la *ensaladero*.

Una sola vez, que fué la mañana siguiente al dia en que Benedetto recibió la segunda visita de Bertuccio, visita en que este debió darle á conocer á su padre; la mañana siguiente, repetimos, fué la única vez en que Villefort vió á M. Noirtier. Era en una ocasion en que el magistrado, cansado de trabajar, habia bajado al jardin de su casa, y sombrío, abatido por un pensamiento implacable, iba cortando con su baston las largas y moribundas ramas de los rosales que bordaban las ve-

redas, así como Tarquino cortaba con su baston las cabezas de las amapolas mas elevadas.

Ya en mas de una ocasion habia llegado al fondo del jardin, ó sea á la famosa verja que daba al cercado de Morrel, hoy solitario, y volvia por la misma vereda con el mismo paso y con los mismos gestos, cuando sus ojos se dirigieron maquinalmente hácia la casa donde se oia el rumor de los alegres juegos de su hijo, que habia venido del colegio para pasar el domingo y el lúnes con su madre.

fundo Villefort de las impresiones de aquel rostro que le era tan conocido, se apartó un tanto de la línea que seguia para ver la persona á quien miraba su padre.

En un bosquecillo de tilos, cuyas ramas estaban ya casi desnudas, vió á Mad. de Villefort que, sentada con un libro en la mano, interrumpia de vez en cuando su lectura para sonreirle á su hijo ó devolverle su pelota que él arrojaba obstinadamente desde la sala al jardin.

Villefort se puso pálido porque comprendia el deseo del viejo.



... Eduardo se hacia muy de rogar...

Al hacer este movimiento vió en uno de los balcones á M. de Noirtier, que se habia hecho trasladar en su sillon allí para gozar de los últimos rayos de un sol caliente aun, que venia á saludar las moribundas flores de las enredaderas y de las viñas silvestres que trepaban hasta el balcon.

Los ojos del anciano estaban clavados, por decirlo así en un punto que Villefort solo imperfectamente distinguia.

Rebosaba tanto odio y tanta impaciencia, era tan salvaje aquella mirada de Noirtier, que conocedor pro-

Noirtier seguia mirando, pero de repente su mirada pasó de la mujer al marido, siendo el mismo Villefort quien tuvo que sufrir el ataque de aquellos tremendos ojos que al cambiar de direccion habian cambiado tambien de lenguaje, sin perder por esto nada de su expresion amenazadora.

Extraña á todas estas pasiones cuyos encontrados fuegos pasaban sobre su cabeza, Mad. de Villefort tenia en este momento en la mano la pelota de su hijo, haciéndole seña de que viniese á buscarla con un beso. Pero Eduardo se hacia muy de rogar, pues probablemente

no le pareceria la maternal caricia recompensa suficiente al trabajo que iba á costarle. Al fin se decidió, y saltando desde la ventana sobre unas matas de heliotropos y de reinas margaritas, corrió á Mad. de Villefort sudando por todos sus poros.

Mad. de Villefort le limpió la frente, púsole en ella un beso y despidió al niño con su pelota en una mano y un puñado de bombones en la otra.

Villefort se acercó á la casa atraido por un invencible iman como se acerca á la serpiente el pájaro.

A medida que se acercaba, los ojos de Noirtier le iban siguiendo, y parecia que tomasen sus pupilas un grado tal de incandescencia, que Villefort se sentia devorado por su fuego hasta el fondo del corazon.

Con efecto, en aquella mirada se leia un sangriento reproche á la par que una amenaza terrible.

Despues los ojos y la pupila de Noirtier se dirigieron al cielo como si recordase á su hijo un juramento olvidado.

—Está bien, caballero, replicó Villefort desde abajo; tened un dia mas de paciencia, que yo cumpliré lo prometido.

El anciano, al parecer, tranquilizóse con estas palabras, y volvió los ojos á otro lado con indiferencia.

Desabrochóse Villefort violentamente el gaban, que le estaba ahogando, pasóse por la frente su mano lívida y volvió á su despacho.

Aquella noche se pasó tranquila. Todo el mundo se acostó y durmió como de costumbre.

Solo Villefort, tambien como de costumbre, no se acostó á la hora que los demás, deteniéndose hasta las cinco de la mañana en revisar los últimos interrogatorios hechos la víspera por los jueces, en cotejar las declaraciones de los testigos y en poner mas claras ciertas ideas de su acusacion, que era una de las mas enérgicas y mas hábiles que hasta entonces habia hecho.

A la mañana siguiente lúnes, debia verificarse la primera sesion del tribunal.

Villefort vió amanecer, y la luz azulada de una aurora siniestra y nebulosa vino á destacar sobre el papel los renglones que habia escrito con tinta roja.

Habiase quedado dormido un instan‛e n ‛entras lanzaba su bujía los últimos reflejos, y se despertó con los dedos húmedos y colorados como si los tuviera llenos de sangre.

Abrió el balcon y vió una gran lista de color de fuego atravesada en el horizonte.

Mas allá de la verja de los castaños, en el cercado de alfalfa, subia al cielo una alondra lanzando al aire sus gorgeos matutinos.

La brisa húmeda de la aurora inundó la cabeza de Villefort y refrescó su memoria.

—Hoy será, dijo haciendo un esfuerzo, hoy será cuando el hombre que va á empuñar la espada de la justicia hiera á todos los que sean criminales.

Y á pesar suyo sus miradas fueron á buscar el balcon donde habia visto la víspera á su padre. Estaba cerrado.

Sin embargo, tenia tan presente la imágen de Noirtier, que se dirigió al balcon como si hubiera estado abierto, y murmuró como si viese al anciano amenazador:

—Sí, sí, tranquilízate.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y dió en esta postura algunos pasos por el gabinete, hasta que al fin se arrojó vestido sobre un canapé, menos para dormir que para dar descanso á sus miembros destrozados por la fatiga y por el frio del trabajo que penetra hasta la médula de los huesos.

Poco á poco se fueron despertando todos los de la casa.

Villefort oyó desde su gabinete los rumores sucesivos que constituyen, por decirlo así, la vida de las casas; las puertas que rechinaban al abrirse; la campanilla de Mad. de Villefort que llamaba á su doncella, y los primeros gritos del niño que se levantaba alegre como se levantan por lo comun los niños.

Villefort llamó á su vez, acudiendo su nuevo ayuda de cámara, que entró con los periódicos y una jícara de chocolate.

—¿Qué me traeis? le preguntó Villefort.

—Una jícara de chocolate.

—Yo no la he pedido. ¿Quién se cuida tanto de mí?

—La señora. Me ha dicho que como hablaríais hoy mucho en la causa de ese asesino, necesitábais cobrar fuerzas.

Y el criado colocó sobre la mesa situada junto al canapé, mesa atestada de papeles como las demás, la jícara de chocolate y se marchó.

Villefort estuvo un instante contemplando la jícara con aire sombrío, y luego de repente la cogió con un movimiento nervioso y se la bebió de un solo trago.

No parecía sino que creyese que aquel chocolate era mortífero y llamára á la muerte para librarse de un deber algo mas difícil que morir. Despues se levantó y se puso á pasear por el gabinete con una especie de sonrisa que hubiera asustado á quien la hubiese visto.

El chocolate era inofensivo, y no sintió nada M. de Villefort.

A la hora del almuerzo no pareció á la mesa.

El ayuda de cámara volvió al gabinete.

—La señora, dijo, os avisa que acaban de dar las once y que la audiencia es á las doce.

—¿Y qué mas? repuso Villefort.

—La señora se ha vestido. Está ya dispuesta, y pregunta si os acompañará.

—¿Adónde?

—Al tribunal.

—¿Para qué?

—La señora dice que desea asistir á esta sesion.

—¡Ah! ¡lo desea! repuso Villefort con un acento casi terrible.

El criado retrocedió un paso añadiendo:

—Si deseais salir solo, voy á decírselo á la señora.

Villefort permaneció un instante mudo clavándose los dedos en su pálida mejilla sombreada por una barba negra como el ébano.

—Decid á la señora, respondió al fin, que deseo hablarla, y que la ruego me espere en su cuarto.

—Bien, señor.

—Volved luego á vestirme y afeitarme.

—Al instante.

El ayuda de cámara desapareció en efecto para volver á poco tiempo á afeitar á Villefort y vestirle de negro solemnemente. Terminadas estas operaciones, le dijo:

—La señora ha dicho que os esperaba despues que estuviéseis vestido.

—Allá voy.

Y con las causas debajo del brazo y el sombrero en la mano, se dirigió Villefort á la habitacion de su mujer.

A la puerta se detuvo un instante para limpiarse el sudor que inundaba su frente lívida.

Despues empujó la puerta.

Mad. de Villefort estaba sentada en una otomana ojeando con impaciencia periódicos y libros que Eduardo se apresuraba á hacer pedazos antes que su madre acabara de leerlos. Estaba completamente vestida para salir; y tenia puestos ya los guantes y preparado el sombrero sobre un sillon.

—¡Ah! ¡vos aquí, caballero! dijo con voz natural y tranquila. ¡Dios mio! ¡qué pálido estais! ¿Habeis trabajado tambien toda la noche? ¿por qué no habeis venido á almorzar con nosotros? En resúmen, ¿me llevaréis á la audiencia, ó iré yo sola con Eduardo?

Como se ve, Mad. de Villefort habia multiplicado las preguntas para obtener alguna respuesta.

Pero Villefort permanecia mudo y frio como una estatua.

—Eduardo, dijo al fin fijando en el niño una mira-

da imperiosa, id á jugar á la sala, que tengo que hablar con vuestra madre.

Mad. de Villefort tembló de ver aquella frialdad, aquella resolucion y aquellos aprestos preliminares tan extraños.

Eduardo habia levantado la cabeza para mirar á su madre, pero viendo que ella no confirmaba la órden de Villefort, habia vuelto á su trabajo, que era cortar las cabezas á unos soldados de plomo.

—¡Eduardo! gritó M. de Villefort con voz tan dura, que el niño dió un salto sobre la alfombra; Eduardo; ¿me entendeis? idos.

El niño, á quien este tratamiento le era poco comun, se puso pálido, aunque no sabrémos decir si de cólera ó de miedo.

Dirigióse su padre á él, le cogió por un brazo, y dándole un beso en la frente, le dijo:

—¡Vete, hijo mio, vete!

Eduardo se marchó al fin.

M. de Villefort le echó el cerrojo á la puerta.

—¡Dios mio! murmuró la jóven mirando á su marido con ansiedad y dirigiéndole una sonrisa, que heló la impasibilidad de Villefort.

—Señora, dijo claramente y sin preámbulos colocándose entre su mujer y la puerta; señora, ¿dónde teneis el veneno que por lo comun usais?

Mad. de Villefort sintió lo que debe sentir la alondra cuando ve al milano enarcar la garra sobre su cabeza.

Un sonido ronco, ahogado, que no era un grito ni un suspiro, se exhaló del pecho de Mad. de Villefort, que se puso pálida hasta la lividez.



—Señora ¿dónde teneis el veneno que por lo comun usais?

—Caballero, dijo, no comprendo...

Y como se habia incorporado en un paroxismo de terror, dejóse caer en el sofá en un segundo paroxismo mas fuerte sin duda que el primero.

—Os preguntaba, continuó Villefort con voz perfectamente tranquila, ¿en qué sitio guardais el veneno con el cual habeis matado á mi suegro M. de Saint-Meran, á mi suegra, á mi hija Valentina y á Barrois?

—¡Ah! caballero, ¿qué decís? exclamó Mad. de Villefort juntando las manos.

—A vos no os toca interrogarme, sino responderme.

—¿Como esposo ó como juez? balbuceó Mad. de Villefort.

—¡Como juez, señora; como juez!

Era un espectáculo triste la palidez de aquella mujer, la angustia de su mirada y el temblor de todo su cuerpo.

—¡Ah! ¡caballero! murmuró. ¡Ah! ¡caballero!

Y esto fué todo.

—¿No respondeis, señora? exclamo el terrible interrogador; y luego añadió con una sonrisa mas tremenda aun que su cólera:

—Bien es verdad que no negais.

Mad. de Villefort hizo un movimiento.

—Ni podriais negarlo, añadió el procurador del rey extendiendo la mano hácia ella como para cogerla en nombre de la justicia. Habéis cometido esos crímenes con impudente destreza, pero destreza que no podia engañar sino á las personas que por amor á vos estaban ciegas. Desde la muerte de Mad. de Saint Meran supe yo que habia en mi casa un envenenador, porque me lo dijo M. d'Avrigny. Despues de la muerte de Barrois mis sospechas, Dios me perdone, recayeron sobre un ángel, mis sospechas, que aun en donde no hay crímen, están sin cesar alerta en el fondo de mi corazon; pero despues de la muerte de Valentina no ha habido ya duda para mí, señora, y no solamente para mí, sino tampoco para los demás; de manera que vuestro crímen, conocido hoy de dos personas, pero sospechado de muchas, va á ser público; y como os decia hace poco, señora, no es un marido el que os habla, sino un juez.

La jóven se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh! caballero! no os fieis de las apariencias, balbuceó.

—¿Seréis cobarde? exclamó Villefort con voz despreciativa. Con efecto, siempre he reparado que los envenenadores son cobardes. ¿Seréis cobarde vos, que habeis tenido el espantoso valor de ver morir en vuestra presencia á dos ancianos y á una jóven?

—¡Caballero! ¡caballero!

—¿Seriais cobarde, prosiguió Villefort con exaltacion creciente, seriais cobarde vos, que habeis contado uno á uno los minutos de cuatro agonías? ¿vos, que habeis combinado vuestros infernales planes y habeis preparado vuestro infames brebajes con una habilidad y una precision verdaderamante milagrosas? vos, que lo habeis combinado todo tambien, ¿os habréis olvidado de calcular una sola cosa, adónde os conduciria la revelacion de vuestros crímenes? ¡Oh! ¡eso es imposible! ¡Oh! sin duda habréis guardado algun veneno mas dulce, mas sutil y mas activo que los demás para libraros del castigo que os espera... A lo menos habréis hecho esto.

Mad. de Villefort cayó de rodillas retorciéndose las manos.

—¡Ya lo sé! ya lo sé! prosiguió el procurador del rey. Ya sé que confesais, pero la confesion hecha á los jueces, la confesion hecha en el último extremo cuando no se puede ya negar, no disminuye en nada el castigo del culpable.

—¡El castigo! exclamó Mad. de Villefort. ¡El castigo! ya habeis pronunciado dos veces esa palabra.

—Sin duda; y porque fuéseis cuatro veces culpable, ¿creiais poder libraros? porque seais la mujer del que castiga ¿habeis creido libraros del castigo? No, señora, no. Sea ella quien sea, el cadalso espera á la envenenadora; sobre todo, si como os decia hace poco, la envenenadora no ha tenido la precaucion de conservar para sí algunas gotas de su veneno mas seguro.

Mad. de Villefort lanzó un grito salvaje, y un terror asqueroso y horrible de ver se pintó en sus facciones descompuestas.

—¡Oh! ¡no temais el cadalso, señora! dijo el juez. Yo no quiero deshonraros, porque seria deshonrarme á mí mismo. Al contrario, si me habeis entendido bien, comprenderéis que no debeis morir en el cadalso.

—No os he entendido; ¿qué quereis decir? balbuceó la pobre mujer completamente aterrada.

—Quiero decir que la esposa del primer magistrado de la capital no manchará con su infamia un nombre intachable hasta hoy, y no deshonrará á la vez á su marido y á su hijo.

—¡No! no!

—¡Bien, señora! Esa será una buena accion que de antemano os agradezco.

—¿Me agradeceis que?...

—Lo que acabais de decir.

—¿Qué he dicho yo? tengo perdida la cabeza. No comprendo nada ¡Dios mio!

Y se puso de pié con los cabellos en desorden y los labios espumantes.

—Habeis contestado, señora, á esta pregunta que os hice al entrar?—¿Dónde está el veneno de que acostumbrais serviros?

Mad. de Villefort levantó los brazos al cielo estrechando sus manos una en otra.

—¡No! no! murmuró ¡Vos no podréis querer eso!

—Lo que yo no quiero, señora, respondio Villefort, es que murais en un cadalso; ¿lo entendéis?

—¡Oh! ¡perdon! perdon!

—Lo que yo quiero es que se haga justicia. Estoy en la tierra para castigar, señora, añadió con una mirada chispeante. A cualquiera otra mujer, aunque fuese una reina, la enviaria el verdugo; pero con vos seré misericordioso. A vos os digo: —¿no es verdad, señora, que habeis reservado algunas gotas de vuestro veneno mas dulce y mas activo?

—¡Oh! perdonadme, caballero! ¡dejadme vivir!

—¡Era cobarde! dijo Villefort.

—¡Pensad que soy vuestra mujer!

—Sois una envenadora,

—¡En nombre del cielo!

—No, no.

—¡En nombre del amor que me habeis tenido!

—No, no,

—¡En nombre de nuestro hijo! ¡ah! dejadme vivir por nuestro hijo!

—Os repito que no. Si os dejase vivir acaso un dia le matárais á él como á los demás.

—¡Yo matar á mi hijo! exclamó aquella madre salvaje lanzándose á Villefort. Yo matar á mi Eduardo ¡ah!

Y una risa espantosa, risa de demonio, risa de loca, terminó la frase perdiéndose en un sollozo desgarrador.

Mad. de Villefort habia caido á los piés de su marido, que se acercó á ella.

—Pensadlo bien, señora, le dijo. Si á mi vuelta no se ha hecho justicia, os denuncio por mí propia boca y os prendo por mis propias manos.

La dama le oia palpitante, abatida, solo sus ojos vivian en ella animados de un fuego terrible.

—Ya me entendeis, repitió Villefort, voy al tribunal á pedir la pena de muerte contra un asesino... Si á mi vuelta os encuentro viva, dormiréis esta noche en la Conserjería.

Mad. de Villefort exhaló un suspiro, dilatáronse sus nervios y cayó sobre la alfombra.

El procurador del rey sintió al parecer un impulso de piedad, y mirándola menos severamente é inclinándose un tanto hacia ella, le dijo lentamente:

—¡Adios, señora, adios!

Esta despedida cayó sobre Mad. de Villefort como la mortal cuchilla, y se desmayó.

El procurador del rey salió del gabinete cerrando la puerta con llave.



—Si á mi vuelta os encuentro viva, dormireis esta noche en la Conserjería.

CAPITULO X.

EL TRIBUNAL.

La causa de Benedetto habia producido en Paris una gran sensacion.

Concurrente asiduo al café de Paris, al boulevard de Gante y al bosque de Boloña, el falso Cavalcanti se habia granjeado una multitud de amigos durante su permanencia en la capital y los dos ó tres meses que habia durado su esplendor.

Los periódicos publicaron una biografía del preso con los mas curiosos detalles sobre su vida elegante y su vida de presidio, llenando de curiosidad á todo el mundo, y en particular á los que habian conocido personalmente al príncipe Andrea Cavalcanti, que estaban decididos á todo por ver en el banco de los acusados á M. Benedetto, el asesino de su compañero de cadena.

Para muchas personas era Benedetto, si no una víctima, á lo menos un error de la justicia.

Como habian visto en Paris á M. Cavalcanti, padre, esperaban que apareciese el dia menos pensado reclamando á su primogénito.

Muchas personas que no habian oido hablar nunca del famoso gaban con que se presentó en casa del conde de Monte-Cristo, se habian dejado fascinar por el aire digno, la caballerosidad y la ciencia de mundo que habia demostrado el antiguo patricio, que preciso es confesarlo, era un señor perfecto cuando no hablaba y echaba cuentas.

Tambien por lo que atañe al acusado muchas personas recordaban haberle visto tan amable, tan apuesto y tan pródigo, que preferian creer primero que en sus crímenes en las intrigas de algun enemigo de esos que se encuentran por el mundo, donde una gran fortuna proporciona el medio de hacer el bien ó el mal á la altura de lo maravilloso.

Todo el mundo corrió á aquella sesion del tribunal, unos á saborear el espectáculo, y otros á comentarlo. Desde las siete de la mañana se arremolinaba el pueblo á la puerta, y una hora antes de abrirse la sesion estaba ya la sala llena de privilegiados.

Los dias en que se ven causas célebres, una sala de audiencia se parece antes y despues de la llegada de los magistrados á un salon donde se encuentran muchas personas conocidas, que se juntan cuando están bastante cerca para no perder sus sitios, y se hacen señas cuando estan separadas por un gran número de curiosos, de abogados y de gendarmes.

Hacia uno de esos magníficos dias de otoño que desquitan tal vez á los franceses de la falta ó de la poca duracion del verano.

Las nubes que habia visto por la mañana M. de Villefort se habian disipado como por encanto, y dejaban brillar en toda su pureza uno de los últimos y de los mejores dias del mes de setiembre.

Beauchamp, uno de los reyes de la prensa periódica, que por consiguiente tenia su trono en todas partes, miraba á derecha é izquierda hasta que apercibió á Chateau Renaud y Devray, que acababan de seducir á un alguacil para que se pusiera detrás de ellos en vez de delante, como tenia derecho á ponerse.

El digno ministro de justicia se habia figurado quiénes eran el secretario del ministro y el millonario, y se mostraba finísimo con ellos, permitiéndoles hasta que fuesen á visitar á Beauchamp bajo promesa de que les guardaria sus sitios.

—¡Hola! dijo Beauchamp. ¿Venimos á ver á nuestro amigo?

—Sí, respondió Devray. Venimos á ver á ese digno príncipe. ¡Al diablo todos los príncipes italianos!

—¡Un hombre que habia tenido al Dante por genealogista; un hombre cuya nobleza se remontaba á la Divina Comedia!

—¡Nobleza de cuerda! dijo flemáticamente Chateau-Renaud.

—¿Será condenado, no es verdad? preguntó Devray á Beauchamp.

—A vos es á quien debe hacerse esa pregunta, querido amigo, respondió el periodista. Vos conoceis mejor que nosotros estas cosas de tribunales. ¿Habeis visto al presidente en la última reunion que ha dado vuestro ministro?

—Sí.

—¿Qué os ha dicho?

—Una cosa que va á admiraros.

—Pues hablad pronto, querido amigo. ¡Hace tanto tiempo que no me admiro de nada!

—Me ha dicho que Benedetto, á quien miramos como un fénix de sutileza, como un jigante de astucia, es solo un pilluelo muy subalterno, muy cándido é indigno de las experiencias que se harán probablemente despues que muera en sus órganos frenológicos.

—Sin embargo, repuso Beauchamp, hacia medianamente el papel de príncipe.

—Para vos, Beauchamp, que detestais á los pobres príncipes y que os gusta que tengan malas maneras; pero no para mí, que huelo á la legua á los caballeros y conozco al vuelo á las buenas familias como un verdadero huron heráldico.

—Segun eso, ¿no habeis creido nunca en su principado?

—No.

—Sin embargo, os aseguro, dijo Devray, que á cualquiera otro que no fuéseis vos le daba un petardo... yo lo he visto en casa de los ministros...

—Sí, repuso Chateau-Renaud, como si los ministros de ahora entendiesen algo de nobleza.

—Es bueno eso, Chateau-Renaud, respondió Beauchamp riéndose. La frase es corta, pero agradable. Os pido permiso para usarla en mi revista de Paris.

—Usadla, pues, mi querido Beauchamp, dijo Chateau-Renaud; os doy mi frase por lo que vale.

—Si yo he hablado con el presidente, dijo Devray á Beauchamp, vos habeis debido hablar con el procurador del rey.

—¡Imposible! Hace ocho dias que M. de Villefort no se deja ver de nadie, y es muy natural: esa sucesion extraña de disgustos domésticos coronada por la muerte extraña de su hija...

—¿La muerte extraña? ¿qué decis, Beauchamp?

—Sí, sí, haceos el ignorante so pretesto de que ignorais lo que pasa entre la nobleza de toga, dijo Beauchamp aplicándose el lente al ojo y obligándole á sostenerse solo.

—Querido mio, dijo Chateau-Renaud, permitidme que os diga que en esto de lentes no sois tan diestro como Devray. Devray, dadle una leccion á Beauchamp.

—¡Calle! dijo el periodista. ¡Es ella! no me equivoco.

—¿Quién?

—¡Es ella!

—¿Quién es ella?

—Y decian que se habia marchado.

—¿Eugenia Danglars? preguntó Chateau-Renaud. ¿Habrá vuelto ya?

—No, su madre.

—¿Mad. Danglars?

—Vamos, eso es imposible, dijo Chateau-Renaud. Diez dias despues de la fuga de su hija y tres despues de la quiebra de su marido...

Devray se puso un tanto colorado, y siguió la direccion de los ojos de Beauchamp.

—¡Ba! dijo. Es una mujer cubierta con un velo; una dama desconocida; alguna princesa extranjera; quizás la madre del príncipe Cavalcanti. Pero Beauchamp, me parece que deciais ó ibais á decir cosas muy interesantes.

—¿Yo?

—Sí, ¿no hablábais de la muerte extraña de Valentina?

—¡Ah! sí, es verdad. Pero ¿cómo no habrá venido Mad. de Villefort?

—¡Pobre ángel! dijo Devray. Sin duda estará ocupada en componer hilas para los hospitales y en hacer cosméticos para ella y para sus amigas. ¿No sabeis que en esta diversion gasta dos ó tres mil escudos anuales? pero volviendo á lo que decíais, ¿cómo no habrá venido Mad. de Villefort? La hubiera yo visto con mucho placer, porque es señora que me gusta mucho.

—Y yo la detesto, dijo Chateau-Renaud.

—¿Por qué?

—Qué se yo. ¿Por qué se quiere? ¿por qué se detesta? la detesto por antipatía.

—O por instinto.

—Quizás... Pero volvamos á lo que deciais, Beauchamp.

—Pues bien, señores, repuso este, ¿no teneis curiosidad de saber por qué se muere con tanta frecuencia en casa de Villefort?

—¿Con tanta frecuencia?

—¡Qué frase tan bonita! dijo Chateau-Renaud.

—En San Simon la he leido.

—Y es lo que sucede en casa de Villefort.

—Yo confieso, repuso Devray, que no pierdo de vista esa casa vestida luto desde hace tres meses, y ante ayer mismo me hablaba de eso la señora á propósito de Valentina.

—¿Quién es la señora? preguntó Chateau-Renaud.

—¡La mujer del ministro, pardiez!

—¡Ah! disimuladme. Yo no voy á casa de los ministros... dejo ese honor á los príncipes... como Cavalcanti.

—¡Ah, baron! Si no teneis piedad de nosotros, vais á abrasarnos como un segundo Júpiter.

—No diré nada mas, dijo Chateau-Renaud; pero tened vosotros piedad de mí y no me repliqueis.

—Procuremos terminar nuestro di logo, Beauchamp. Os decia, pues, que la señora me pidió anteayer noticias sobre esto, dádmelas vos, y yo se las daré á ella.

—Pues bien, señores, si se muere con tanta frecuencia en casa de Villefort (repito la frase) es porque hay en ella un asesino.

Los dos jóvenes se estremecieron, pues ya les habia ocurrido la misma idea mas de una vez.

—¿Y quién es ese asesino? le preguntaron ambos.

—El niño Eduardo.

Una carcajada de sus dos interlocutores no logró desconcertar en modo alguno al preopinante, que prosigió:

—Sí, señores, Eduardo; niño fenomenal que mata ya como si fuera su padre ó su madre.

—¿Es una broma?

—Nada de eso. Ayer he tomado un criado que salia de casa de Villefort, escuchadme bien.

—Ya escuchamos.

—Por cierto que voy á despedirle mañana porque come atrozmente para desquitarse del ayuno á que le condenaba el miedo allá. Pues bien, parece que el bueno del niño ha logrado, no se sabe cómo, echarle la garra á alguna droga de la que hace uso de cuando en cuando contra las personas que le disgustan. Primeramente fueron el abuelito y la abuelita de Saint-Meran los que le desagradaron... les propinó tres gotas de su elixir.... con tres gotas basta. Despues fué el bueno de Barrois, antiguo criado del abuelito Noirtier, que de cuando en cuando solia reñirle al picarillo de que hablamos... el picarillo le propinó tres gotas de su elixir. Lo mismo le sucedió á la pobre Valentina, que no le reñia, pero le inspiraba celos; propinóle otras tres gotas de su elixir, y negocio concluido.

—¿Pero qué cuento nos estais contando? dijo Chateau-Renaud.

—Sí, repuso Beauchamp. ¿Un cuento del otro mundo, no es verdad?

—Es absurdo, dijo Devray.

—¡Qué diablo! repuso Beauchamp, preguntádselo á mi criado, ó por mejor decir, al que mañana dejará de ser mi criado. Esos rumores corrian por la casa.

—¿Pero esa bebida dónde esta?

—El niño la oculta.

—¿Y de dónde la ha cogido?

—Del laboratorio de su madre.

—¿Luego su madre tiene venenos en su laboratorio?

—¿Lo sé yo acaso? me estais haciendo preguntas dignas de un procurador del rey. Os repito lo que me han dicho, os cito el autor; ¿puedo hacer mas? el pobre diablo no comia de miedo.

—¡Es increible!

—No, amigo mio; no tan increible. El año pasado hemos visto á un niño de la calle de Richelieu que se entretenia en matar á sus hermanos y á sus hermanas clavándoles un alfiler en la oreja cuando estaban durmiendo. La generacion que viene detrás de nosotros es muy precoz, amigo mio.

—Apuesto, dijo Chateau-Renaud, á que no creeis ni una palabra de lo que estais diciendo; pero ¿como no se ve por aquí el conde de Montecristo?

—Está fastidiado, dijo Devray. Además, no querrá darse al público habiendo sido como ha sido engañado por ambos Cavalcantis, que segun parece, trajeron para él cartas y letras falsas, de manera que les ha dado unos cien mil francos sobre sus títulos y sus tierras.

—A propósito, Chateau-Renaud, le preguntó Beauchaup, ¿cómo está Morrel?

—Tres veces he ido á su casa, respondió el caballero, sin encontrarle ninguna. Sin embargo, su hermana no está inquieta ni mucho menos, y me ha dicho sin alterarse en lo mas mínimo que hace dos ó tres dias que no le ve, pero que está segura de que lo pasa bien.

—¡Ah! ya caigo, dijo Beauchamp. El conde de Monte-Cristo no puede venir.

—¿Por qué?

—Porque es actor en el drama.

—¿Tambien él ha asesinado á alguien? preguntó Devray.

—No, sino al contrario, á él es á quien quisieron asesinar. Ya sabeis que al salir de su casa fué cuando el amigo Benedetto asesinó al bueno de Caderousse, y ya sabeis tambien que en su casa fué donde se encontró el famoso chaleco con la carta que vino á impedir la firma del contrato. ¿Veis el chaleco? allí está todo ensangrentado sobre la mesa, como prueba convincente.

—¡Ah! bien.

—¡Silencio, señores! Ya vienen los jueces. Cada uno á su sitio.

Con efecto, en el pretorio se oia un gran ruido.

El alguacil llamo con un—¡eh!—enérgico á sus dos protegidos, y apareciendo el ujier á la puerta de la sala de deliberaciones, gritó con aquella voz estropajosa que tenian ya los ujieres en tiempo de Beaumarchais.

«El tribunal, señores.»

CAPITULO XI.

LA ACUSACION.

Los jueces tomaron asiento en medio del silencio mas profundo.

Los jurados ocuparon á su vez sus sitios respectivos.

M. de Villefort, objeto de la atencion y casi de la admiracion general, sentóse cubierto en su sillon, paseando en torno suyo una mirada tranquila.

Todo el mundo contemplaba con asombro aquella fisonomía grave y severa, cuya impasibilidad no altera-

ban los dolores paternales, siendo casi objeto de terror aquel hombre insensible á las emociones de la humanidad.

—Gendarmes, traed al reo, dijo el presidente.

Estas palabras activaron mas y mas la atencion del público, fijándose todos los ojos en la puerta por donde iba á entrar Benedetto.

Pronto se abrió esta puerta y apareció el acusado.

Igual fué la impresion que hizo en todo el mundo, y á nadie engañó la expresion de su fisonomía.



—¡Silencio, señores! ya vienen los jueces.

En sus facciones no se advertia la menor huella de esa emocion profunda que hace refluir la sangre al corazon y palidecer la frente y las mejillas.

Ningun estremecimiento agitaba sus manos colocadas graciosamente, la una en su sombrero y la otra en la abertura de su chaleco de piqué blanco.

Sus ojos estaban tranquilos y hasta brillantes.

Al entrar en la sala lo primero que hizo el jóven fué pasear una mirada por los jueces y los espectadores, deteniéndose mas en el presidente y sobre todo en el procurador del rey.

Junto á Andrea se colocó su defensor, nombrado de oficio; (porque Andrea no habia querido ocuparse de estos detalles, á los cuales no daba al parecer importancia alguna;) jóven abogado, cuyo rostro revelaba una emocion infinitamente mas grande que la del mismo preso.

El presidente pidió en seguida la lectura de la acusacion, escrita, como ya sabemos, por la pluma hábil é implacable de Villefort.

Durante esta lectura, que fué larga y que para otro hubiera sido penosísima, la atencion pública no dejó de fijarse un punto en Andrea, que sostuvo su peso con la grandeza de alma de un espartano.

Nunca Villefort habia escrito una pieza tan concisa ni tan elocuente.

El crímen estaba presentado en ella con los colores mas vivos.

Los ancecedentes del preso, su trasfiguracion y sus actos desde la edad mas tierna estaban trazados con aquellos rasgos que el talento, la experiencia y el conocimiento del corazon humano podian inspirar á una inteligencia tan elevada como la del procurador del rey.

El preámbulo solo perdia para siempre á Benedetto en

la opinion pública, mientras la ley le castigaba mas materialmente.

Andrea no prestó la menor atencion á aquella lluvia de cargos que caia sobre él.

M. de Villefort, que le examinaba con frecuencia y que sin duda proseguia en él los estudios psicológicos que tantas veces habia tenido ocasion de hacer en otros acusados, M. de Villefort, repetimos, no pudo lograr una sola vez que bajara los ojos por mas profunda y mas fija que fuese la mirada que le dirigia.

Terminada la lectura, dijo el presidente:

—Acusado, decid vuestro nombre y apellido.

Andrea se puso de pié.

—Disimuladme, señor presidente, respondió con voz enteramente tranquila, si veo que vais á establecer un órden de preguntas que yo no podré seguir. Tengo la pretension, que á mí me toca justificar mas tarde, de ser una excepcion á los reos comunes. Dignaos, pues, permitirme seguir un órden diferente en las respuestas, que no por eso dejaré de responder á todo.

El presidente miró sorprendido á los jurados, que miraron al procurador del rey.

Todos los circunstantes demostraron tambien mucha sorpresa.

Pero Andrea no sintió emocion alguna.

—¿Vuestra edad? dijo el presidente, ¿responderéis á esta pregunta?

—A esa, como á las otras, responderé, señor presidente, pero á su tiempo.

—¿Vuestra edad? repitió el magistrado.

—Tengo veinte y un años, ó dicho mejor, los tendré dentro de pocos dias, puesto que nací la noche del 27 al 28 de setiembre de 1817.

M. de Villefort, que estaba tomando una nota, levantó la cabeza al oir esta fecha.

—¿Donde nacisteis? continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de Paris, respondió Benedetto.

M. de Villefort levantó por segunda vez la cabeza, y mirando á Benedetto como si mirase la cabeza de Medusa, se puso lívido.

En cuanto á Benedetto, se pasó graciosamente por la boca la punta bordada de un pañuelo de finísima batista.

—¿Vuestra profesion? siguió preguntándole el presidente.

—Primero fuí falsario, respondió Andrea con la mayor tranquilidad del mundo; despues pasé á ser ladron, y últimamente me he hecho asesino.

Un murmullo ó mas bien una tempestad de indignacion y de sorpresa, estalló en todos los ángulos de la sala.

Los mismos jueces se miraron estupefactos, y los jurados manifestaron el mayor disgusto por aquel cinismo, que nadie esperaba de un jóven elegante.

M. de Villefort se llevó una mano á la frente, que primero pálida, se habia ido poniendo despues encarnada y sudorosa.

De repente se levantó mirando en torno suyo como un hombre trastornado. Le faltaba aire.

—¿Buscais alguna cosa, señor procurador del rey? le preguntó Benedetto con sonrisa afable.

M. de Villefort no respondió y volvió á sentarse, ó mas bien á dejarse caer en su asiento.

—Y ahora, acusado, ¿consentís en decir vuestro nombre? le preguntó el presidente. La brutal afectacion con que enumerais vuestros diferentes crímenes calificándolos de profesion, la especie de honra que aparentais darles, cosas que el tribunal debe reprenderos severamente en nombre de la moral y del respeto que á la humanidad se debe, esa es quizás la razon que os ha hecho hasta ahora retardar vuestro nombre, pues quereis que vaya precedido de sus legítimos títulos.

—¡Parece increible cómo me habeis adivinado el pensamiento, señor presidente! dijo Benedetto con voz graciosa y elegantes maneras. Con ese objeto efectivamente os rogué que invirtiéseis el órden de las preguntas.

El estupor llegó á su colmo.

En las palabras del acusado no habia farsa ni cinismo.

Conmovido el auditorio, presentia que aquella nube negra encerraba algun rayo.

—Acabemos, ¿cuál es vuestro nombre? dijo el presidente.

—No puedo decir mi nombre, porque no lo sé; pero sí sé el de mi padre, y puedo decíroslo.

Un mareo doloroso cegó á Villefort.

Viéronse caer de sus mejillas apresuradas y gruesas gotas de sudor sobre los papeles que revolvia con mano convulsiva y trastornada.

—Decid entonces el nombre de vuestro padre, repuso el presidente.

Ni un soplo ni un aliento turbaba el silencio de aquella inmensa asamblea. Todo el mundo se hallaba en espectativa.

—Mi padre es procurador del rey, respondió Andrea tranquilamente.

—¡Procurador del rey! repitió estupefacto el presidente, sin reparar el trastorno de la fisonomía de Villefort. ¡Procurador del rey!...

—Sí, y puesto que quereis saber su nombre, voy á decíroslo, se llama Villefort.

La explosion, contenida tanto tiempo por respeto á la justicia, estalló como una tormenta.

El tribunal mismo no pensó siquiera en reprimir las emociones de la multitud.

Las interjecciones, las injurias dirigidas á Benedetto que permanecia impasible; los gestos enérgicos, las acciones de los gendarmes, el jolgorio de la canalla que en toda asamblea numerosa sube á flor de agua en los momentos de turbacion y de escándalo... todo esto duró cinco minutos antes que los magistrados y los ujieres lograran restablecer el órden.

En medio de este ruido oyóse gritar al presidente:

—¡Os estais burlando de la justicia, acusado! ¿osaríais dar á vuestros conciudadanos el espectáculo de una corrupcion sin igual, aun en esta época que nada deja desear en punto á corrupcion?

Ocho ó diez personas rodeaban al procurador del rey, medio muerto en su sitio, consolándole, animándole y dándole otras pruebas de celo y de simpatía.

La calma se habia restablecido ya en la sala, á escepcion de un sitio donde se agitaba y cuchicheaba un grupo asaz numeroso.

Decíase que acababa de desmayarse una mujer allí, y que habiéndole hecho respirar algunos perfumes, habia vuelto en su acuerdo.

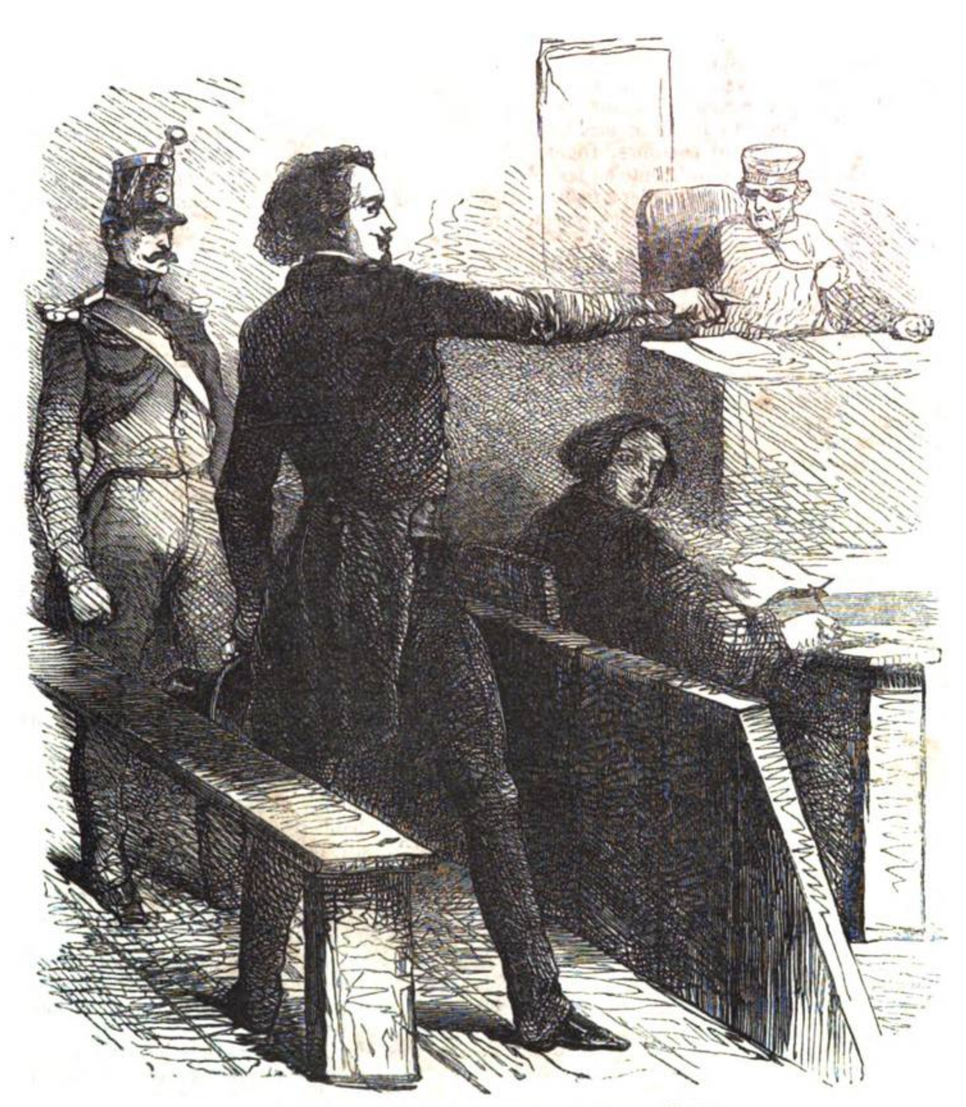
Durante este tumulto habia Benedetto vuelto la cara á la asamblea riéndose, y despues se apoyó con una mano sobre el respaldo de su banco, permaneciendo así en actitud graciosa.

—Señores, dijo, no quiera Dios que trate yo de insultar al tribunal, armando un escándalo inútil en presencia de tan respetable público. Se me pregunta qué edad tengo, y la digo; se me pregunta dónde he nacido, y respondo; se me pregunta mi nombre, y no puedo decirlo, porque mis padres me han abandonado; pero puedo, sin decir mi nombre, porque no lo tengo, decir el de mi padre. Ahora bien, repito que mi padre se llama M. de Villefort, y estoy dispuesto á probarlo.

Tenia la voz del jóven un aplomo, una conviccion, una energía, que redujeron el tumulto á silencio.

Todas las miradas se fijaron un momento en el procurador del rey, que permanecia en su silla inmóvil como aquel á quien el rayo acaba de convertir en cadáver.

—Señores, prosiguió Andrea imponiendo silencio con la voz y con el ademán, debo daros la prueba y la explicacion de mis palabras.



—...puesto que quereis saber su nombre, se llama Villefort.

—Pero en el curso de la causa, exclamó irritado el presidente, habeis declarado llamaros Benedetto y ser huérfano y natural de Córcega.

—En la causa dije lo que me convenia, porque no quise que se atenuara ó se impidiese, como no se hubiera dejado de hacer, la solemne declaracion que en este momento hago. Repito ahora que nací en Auteuil la noche del 27 al 28 de setiembre de 1817, y que soy hijo del señor procurador del rey Villefort. ¿Quereis mas detalles? voy á dároslos...

Nací en el piso principal de la casa número 28 de la calle de la Fontaine, en una alcoba forrada de damasco encarnado.

Mi padre me cogió en sus brazos, diciendo á mi madre que yo estaba muerto; me envolvió en un pañal marcado con una H y una N, y me llevó al jardin donde me enterró vivo.

Un estremecimiento nervioso agitó á toda la concurrencia, viendo que crecia el aplomo del reo á medida que el terror de M. Villefort.

—Pero ¿cómo sabeis esos detalles? le preguntó el presidente.

—Voy á decíroslo, señor presidente. En el jardin en donde acababa mi padre de enterrarme se habia introducido aquella misma noche un hombre que le odiaba mortalmente, y le espiaba hacia mucho tiempo para tomar de él una venganza corsa.

Aquel hombre que estaba oculto entre los árboles, viendo á mi padre enterrar una cajita, le asestó una puñalada en medio de esta operacion; y creyendo despues que la cajita contenia algun tesoro, abrió el hoyo y me encontró vivo todavía. Aquel hombre me llevó al Hospicio.

Tres meses despues su hermana hizo el viaje de Rogliano á Paris para venir á buscarme, donde me reclamó como hijo suyo; y aquí teneis cómo, aunque nací en Auteuil, me he educado en Córcega.

Hubo un momento de silencio; pero un silencio tan profundo, que, sin la ansiedad que respiraban los pechos, hubiera parecido la sala vacía.

—Continuad, dijo la voz del presidente.

—Por cierto que pude, prosiguió Benedetto, ser feliz con aquellas honradas gentes que me adoraban; pero mi natural perverso triunfó de todas las virtudes que ellos pugnaban por inculcarme. Crecí en el mal y llegué al crímen. Un dia, que renegaba yo de Dios por haberme hecho tan malo y por haberme dado tan perro destino, me dijo mi padre adoptivo:

—«No blasfemes, desgraciado, porque Dios te ha dado el ser sin cólera. El crímen es de tu padre y no tuyo; de tu padre, que te consagró al infierno si morias; y á la miseria, si algun milagro te volvia á la vida.»

—Desde entonces cesé de blasfemar, pero maldije á mi padre; y por esto pronuncié aquí las palabras que me habeis reprochado, señor presidente; por esto causé el escándalo que hace aun estremecerse á esta asamblea. Si es un crímen mas, castigadme; pero si os he convencido de que desde el nacer mi destino es doloroso, amargo, fatal, compadecedme.

—Pero ¿y vuestra madre? le preguntó el presidente.

—Mi madre me creia muerto. Mi madre no es culpable; no he querido saber su nombre, y no la conozco.

En este momento un grito penetrante, terminado en un sollozo, resonó en medio del grupo que rodeaba á una mujer, como hemos dicho, y que cayó en un violento ataque de nervios, teniendo que llevársela del pretorio.

Al atravesar entre la multitud, apartóse un tanto el velo espeso que la cubria, pudiendo reconocerse á Mad. Danglars.

A pesar de la ofuscacion de sus sentidos enervados, á pesar de los gritos que desgarraban su oido, á pesar de la especie de locura què turbaba su cerebro, Villefort la conoció y se puso de pié.

—¡Las pruebas! ¡las pruebas! dijo el presidente. Recordad, acusado, que ese tejido de horrores necesita apoyarse en pruebas, y de las mas convincentes.

—¡Pruebas! dijo Benedetto riéndose, ¿quereis pruebas?

—Sí.

—Pues mirad á M. de Villefort, y pedirme pruebas aun.

Todo el mundo se volvió hácia el procurador del rey, que bajo el peso de aquellas mil miradas, se adelantó al comedio del tribunal vacilante, con los cabellos en desórden y amoratado el rostro por la presion de sus dedos.

En toda la asamblea circuló un prolongado murmullo de asombro.

—Me piden pruebas, padre mio, dijo Benedetto, ¿quereis que las dé?

—No, no, es inútil, balbuceó M. de Villefort con voz ahogada.

—¡Cómo inútil! exclamó el presidente. ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, exclamó el procurador del rey, que en vano lucharia con el golpe mortal que me abruma. ¡Me hallo, señores bajo la espada de un Dios vengador! ¡Sí, lo reconozco! no se necesitan pruebas. Todo lo que acaba de decir ese jóven es verdad.

Un silencio sombrío y pesado como el que precede á las grandes catástrofes de la naturaleza envolvió en su manto á todos los concurrentes, que tenian los cabellos erizados de horror.

—¿Será posible, M. de Villefort, exclamó el presidente, que no estéis alucinado? ¿será posible que goceis de vuestras plenas facultades? Bien se concibe que una acusacion tan extraña, tan inesperada, tan terrible haya conturbado vuestro espíritu. Volved en vos.

El procurador del rey meneó la cabeza. Sus dientes castañeteaban con violencia como los de un hombre devorado por la fiebre; y sin embargo, era mortal su palidez.

—Gozo de todas mis facultades, señor presidente, respondió. Solo el cuerpo sufre, y eso se concibe. Me reconozco culpable de todo lo que ese jóven ha dicho contra mí, y desde ahora mismo quedo en mi casa á disposicion del procurador del rey que me suceda.

Y esto diciendo con voz sorda y casi ahogada, dirigióse Villefort á la puerta que le abrió maquinalmente el ujier de servicio.

La asamblea quedó muda y consternada por aquella confesion, que tan terrible desenlace hacia á las diferentes peripecias que habian agitado últimamente á la alta sociedad de Paris.

—Que vengan, dijo Beauchamp, que vengan ahora á decirme que el drama no está en la naturaleza.

—Yo, dijo Chateau-Renaud, preferiria la muerte de M. de Morcef. Un pistoletazo es dulce en comparacion de semejante catástrofe.

—Y mata además, añadió Beauchamp.

—¡Y yo, que habia abrigado un momento, murmuró Devray, la idea de casarme con su hija!.. Ha hecho bien en morirse la pobre niña.

—Se levanta la sesion, señores, dijo el presidente, y se traslada á la próxima sesion la vista de la causa. Hay que instruirla de nuevo y confiarla á otro magistrado.

Andrea por su parte siempre tranquilo y ahora mucho mas interesante, salió de la sala escoltado por los gendarmes, que involuntariamente le trataban con mas miramiento.

—¿Qué pensais de esto, buen hombre? preguntó Devray al alguacil metiéndole un luis en la mano.

—Que no faltarán circunstancias atenuantes, respondió el alguacil.

CAPITULO XII.

EXPIACION.

M. de Villefort vió abrirse ante él la multitud, aunque era muy compacta. Son tan venerables los grandes dolores, que ni aun en los tiempos mas pervertidos hay ejemplo de que el primer impulso de las muchedumbres no haya sido simpático á las grandes catástrofes.

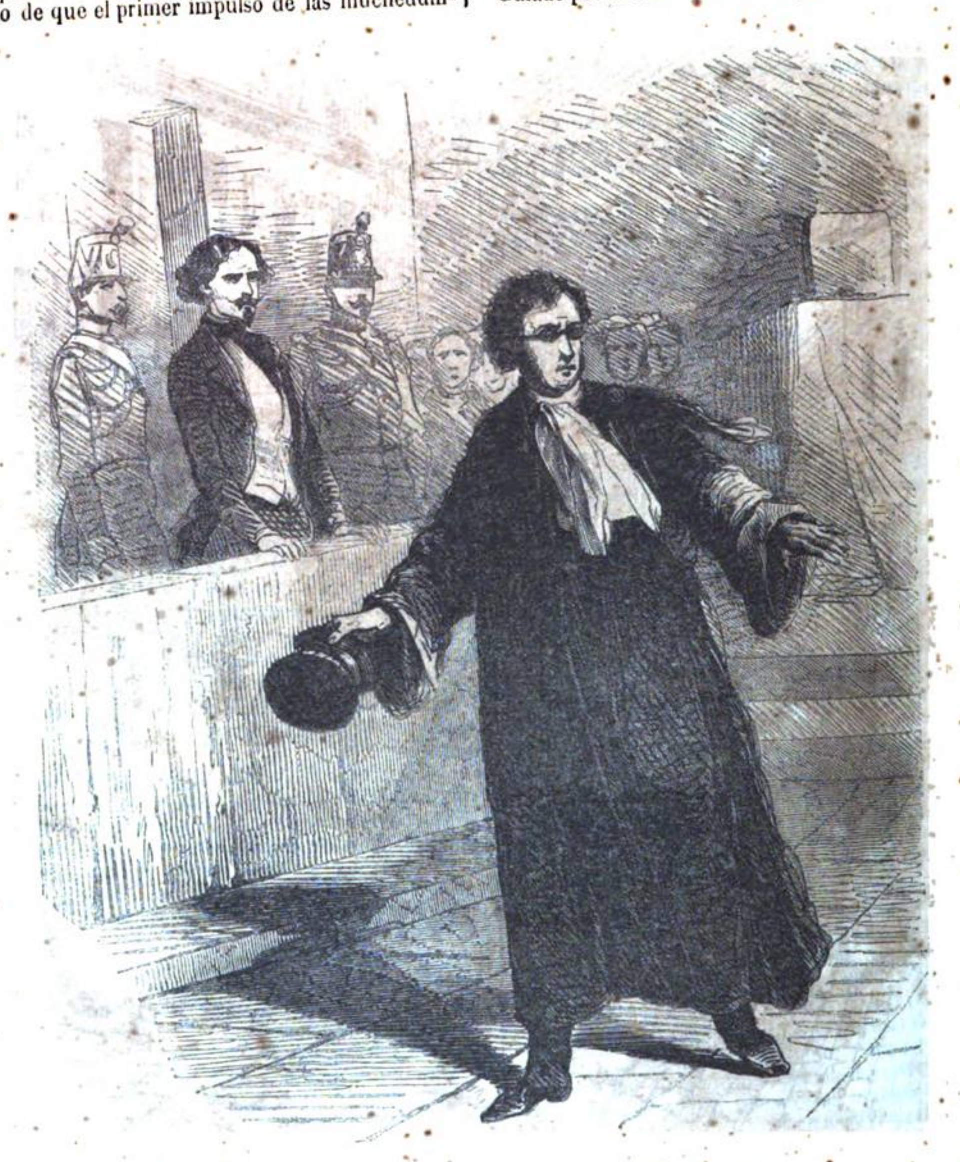
Muchos motines han asesinado á personas odiadas del pueblo; pero rara vez un infeliz, aunque fuese criminal, ha sido insultado por los que asistian á su sentencia de muerte.

Atravesó, pues, Villefort la muchedumbre de espectadores, de guardias y de alguaciles reconocido culpable, pero protegido por su dolor.

Hay situaciones que los hombres comprenden con su instinto, pero no pueden comentarlas con su talento; en estos casos el poeta mas grande es el que exhala el grito mas vehemente y el mas natural. La multitud encuentra en este grito todo un libro, y tiene razon para contentarse con él, y mas razon aun para creerlo sublime, si es verdadero.

Por otra parte, seria muy dificil pintar el estado de estupor en que Villefort salió del tribunal, aquella fiebre que hacia latir sus arterias, hinchaba sus venas hasta ponerlas estallantes é iba disecando cada miembro de aquel cuerpo mortal con diferentes dolores.

Guiado por el hábito solamente, deslizóse Villefort por los largos corredores arrancándose de su espalda la toga magistral, no por conveniencia, sino porque le era una carga insufrible, una túnica de Nesso fecundísima en torturas.



—¡Me hallo, señores, bajo la espada de un Dios vengador!

Llegó vacilante al patio de la Delfina, distinguió su carruaje, despertó al cochero, y abriendo la portezuela por sí mismo, dejóse caer en los cogines, señalando con el dedo la direccion del barrio de San Honorato.

El cochero agitó el látigo.

Todo el peso de su fortuna destruida acababa de caer sobre la cabeza de Villefort. Este peso le aplanaba. No sabia las consecuencias, no las habia medido,

pero las sentia, y tenia á Dios en el fondo del corazon.

—¡Dios! murmuraba sin saber lo que decia; ¡Dios! Dios!

Y solo veia á Dios detrás de aquella catástrofe.

El coche iba que volaba; al revolverse Villefort en los cogines, sintió que le molestaba una cosa. Llevó la mano allí, y era un abanico, que se le habria quedado olvidado á Mad. de Villefort.

y supremo, quizás se prepararia á morir en aquel momento mismo, puesto que habia ya pasado una hora desde su sentencia.

Sin duda en aquel momento estaria evocando en su memoria todos sus crímenes y pidiendo perdon á Dios y escribiendo una carta para pedírselo humillada á su virtuoso marido, perdon que ella compraba con su muerte.



... despertó al cochero, y abrió la portezuela por sí mismo.

Este abanico le trajo un recuerdo, que fué un relámpago en medio de la noche.

Villefort pensó en su mujer...

—¡Oh! exclamó como si le atravesase el corazon un hierro candente.

Con efecto, desde hacia una hora solo se presentaba á sus ojos una faz de su miseria, y de repente se le presentaba otra no menos terrible; acababa de representar con ella el juez inexorable, acababa de condenarla á muerte, y ella abrumada por el remordimiento, por el terror y por la vergüenza que acababa de inspirarle con la elocuencia de su irreprochable virtud; ella, pobre mujer, débil é indefensa contra un poder absoluto

Villefort lanzó un segundo grito de dolor y de rabia.

—¡Ah! exclamó dando vueltas sobre los cogines del carruaje; ¡esa mujer no ha sido criminal hasta que se ha contagiado en mí! ¡Yo sudo el crímen por todos mis poros! ella se ha contagiado en el crímen como se contagia el hombre en el tifus ó en el cólera; ¡y yo la castigo!... Yo me he atrevido á decirle—arrepentíos y morid!—¡Yo! ¡yo! ¡Oh, no, vivirá, me seguirá, vamos á huir, á salir de Francia! ¡á correr mientras haya tierra para nosotros! ¿Y le hablaba yo de cadalso? ¡Gran Dios! ¿cómo me he atrevido á pronunciar ese nombre? ¡Si á mí tambien me espera el cadalso! ¡huirémos, sí, me confesaré á ella! todos los dias le diré humillándo-

me que yo tambien he cometido un crímen. ¡Oh, alianza del tigre y de la serpiente! ¡oh mujer digna de un marido como yo! ¡Es preciso que ella viva! ¡es preciso que mi infamia amengüe la suya!

Y Villefort hundió mas bien que bajó la persiana delantera del carruaje para gritar con una voz que hizo estremecerse al cochero:

—¡Mas aprisa! ¡mas aprisa!

Como arrebatados por el miedo, volaron los caballos hasta casa.

—¡Sí, sí! repetia Villefort á medida que se acercaba, ¡es preciso que esa mujer viva! ¡es preciso que se arrepienta y que crie á mi hijo, á mi pobre hijo, único que con el indestructible anciano haya sobrevivido á la destruccion de mi familia! ¡Ella le amaba, y por él ha hecho todo esto! ¡no se debe desesperar nunca del corazon de una madre que ama á su hijo! ¡Ella se arrepentirá! y como nadie sabrá que ha sido culpable, los crímenes cometidos en mi casa, crímenes de que empieza á ocuparse el mundo, se olvidarán dentro de poco, ó si los recuerda algun enemigo... añadiré ese enemigo á la lista de mis crímenes. ¡Uno, dos ó tres mas, qué importan! Mi mujer se salvará, llevándose oro en abundancia, y sobre todo llevándose á su hijo léjos de este abismo, donde me parece que nos vamos á hundir el mundo y yo. ¡Ella vivirá, y será dichosa todavía, puesto que todo su amor está concentrado en su hijo y su hijo no la abandonará! ¡y habré yo hecho una buena accion, cosa que alivia el alma!

Y el procurador del rey respiró mas libremente que hasta allí.

El carruaje paró en el patio de su casa.

Villefort dió un salto desde el estribo al peristilo.

Viendo á los criados sorprenderse de su pronta vuelta, se puso á observar atentamente su fisonomía, sin observar otra cosa en ella que la sorpresa.

Pasó por delante de la habitacion de Noirtier, y por la puerta entreabierta parecióle distinguir dos sombras; pero no se ocupó siquiera de la persona que pudiese estar con su padre, porque su inquietud le llamaba mas allá.

—Vamos, dijo subiendo la escalerilla que conducia á la habitacion de su mujer y á la alcoba vacía de Valentina; vamos, nada está cambiado aquí.

Ante todo cerró la puerta de la escalera.

—Es preciso que nadie venga á estorbarnos, dijo; es preciso que pueda yo hablarla libremente y acusarme en su presencia y contárselo todo.

Acercóse á la puerta, puso la mano sobre el pestillo de cristal, y la puerta cedió.

—No está cerrada. ¡Oh! muy bien, murmuró.

Y entró en el saloncito donde se le hacia la cama á Eduardo todas las noches; porque aunque estaba en un colegio, venia el niño á dormir á casa, pues su madre no habia querido separarse de él enteramente.

Villefort abrazó con una mirada todo el saloncito.

—¡No hay nadie! dijo. Sin duda estará en su alcoba.

Y se lanzó á la puerta, pero tenia echado el cerrojo, lo que le hizo detenerse temblando.

—¡Eloisa! gritó.

Y parecióle oir mover un mueble.

—¡Eloisa! repitió.

—¿Quién está ahí? preguntó la voz de aquella á quien llamaban.

A Villefort le pareció que esta voz era mas débil que de costumbre.

—¡Abrid! ¡abrid! soy yo.

Pero á pesar de esta órden y á pesar del tono de angustia con que la habia dado, no abrieron.

Villefort echó abajo la puerta de una patada.

A la entrada de la habitacion veíase á Mad. de Villefort de pié, pálida, con las facciones contraidas y mirándole con ojos de una fijeza terrible.

—¡Eloisa! ¡Eloisa! ¿qué teneis?

La jóven le alargó una mano contraida y lívida.

—¡Ya está hecho eso! ¿Qué mas quereis? dijo con una voz que parecia destrozarle la garganta.

Y cayó cuan larga era sobre la alfombra.

Villefort corrió á ella y le cogió una mano.

Esta mano estrechaba convulsivamente un frasquito de cristal con boquilla de oro.

¡Mad. de Villefort estaba muerta!

Lleno de horror Villefort retrocedió tres pasos, y se puso á contemplar el cadáver.

—¡Mi hijo! exclamó de repente. ¿Dónde está mi hijo? ¡Eduardo! Eduardo!

Y se lanzó fuera de la habitacion gritando:

—¡Eduardo! Eduardo!

Iba pronunciando este nombre con tal acento de angustia, que los criados acudieron.

—¿Dónde está mi hijo? les preguntó Villefort. ¡Que se lo lleven de casa! que no vea...

—No está abajo, señor; respondió el ayuda de cámara.

—Sin duda estará jugando en el jardin. Buscadlo, buscadlo.

—No, señor; la señora llamó á su hijo hará cosa de media hora, y el niño entró en su cuarto, de donde no ha vuelto á salir.

Un sudor helado inundó la frente de Villefort; vaciláronle los piés, y sus ideas empezaron á dar vueltas en su cabeza como las ruedas de un reloj descompuesto.

—¡En el cuarto de la señora! murmuró... ¡en el cuarto de la señora!..

Y volvió lentamente por el camino que habia traido, limpiándose el rostro con una mano, y apoyándose en las paredes con la otra.

Para entrar en el gabinete tenia que pasar sobre el cadáver de su mujer.

Para llamar á Eduardo tenia que despertar los ecos de aquella habitacion convertida en sepulcro; hablar era violar el silencio de la tumba.

Villefort tenia la lengua pegada á la garganta.

—¡Eduardo! ¡Eduardo! balbuceó.

El niño no respondia.

¿Dónde estaba, pues, aquel niño que segun decian los criados habia entrado en la habitacion de su madre y no habia vuelto á salir?

Villefort dió un paso hácia adelante.

El cadáver de Mad. de Villefort estaba atravesado en la puerta del gabinete, donde debia hallarse Eduardo indispensablemente.

Parecia un centinela que velase con los ojos fijos y abiertos, y plegados los labios con horrible y espantosa ironía.

Detrás del cadáver la *portiera*, levantada un tanto, dejaba entrever una parte del gabinete, donde se distinguia un piano y el brazo de un divan de seda azul.

Dió Villefort dos ó tres pasos adelante, y vió á su hijo tendido en el divan.

El niño estaba durmiendo sin duda alguna.

El infeliz sintió un arrebato de júbilo indecible, y un rayo de pura luz bajó á aquel infierno donde se revolvia.

Solo le faltaba ya pasar sobre el cadáver, entrar en el gabinete, coger al niño en sus brazos y huir con él léjos, muy léjos.

Villefort no era ya aquel hombre cuya excesiva corrupcion le hacia tipo del hombre civilizado; era un tigre herido de muerte, que al morder por última vez deja sus dientes clavados en la víctima.

Ya no tenia miedo á las preocupaciones, sino á los fantasmas.

Tomando vuelo y saltando sobre el cadáver como si saltara un horno ardiendo, cogió al niño en sus brazos, estrechándole, moviéndole, llamándole.

El niño no respondia.

Pegó sus labios ávidos á sus mejillas, y sus mejillas estaban lívidas y heladas.



Tocóle uno á uno todos sus miembros... estaban tiesos y helados.

Púsole la mano sobre el corazon... ¡su corazon no latia! ¡el niño estaba muerto!

Del pecho de Eduardo cayó un papel doblado.

Aterrado Villefort, se dejó caer sobre sus rodillas, escapándosele el niño de los brazos y yendo á parar junto á su madre.

—¡Dios! ¡siempre Dios!

Aquellas dos víctimas le horrorizaban, y se sentia fascinado por aquella soledad poblada con dos cadáveres.

Antes le sostenia la rabia, inmensa facultad de los hombres de temple, y la desesperacion, virtud suprema de la agonía, que hizo á los Titanes escalar el cielo, y á Ayax amenazar á los dioses.



—¡Ya está hecho eso! ¿qué masquereis?

Villefort cogió el papel, y reconociendo la letra de su mujer lo leyó avidamente.

Véase lo que decia:

«Ya veis si soy buena madre, puesto que por mi hijo he sido criminal.

»Una buena madre no se va de este mundo sin su hijo.»

Villefort no acertaba á dar crédito á sus ojos ni á su razon, y arrastrándose hasta el cuerpo de Eduardo, lo estuvo examinando otra vez con la atencion que la leona examina á su cachorro muerto.

Despues lanzó su pecho un grito desgarrador, y murmuraba:

Villefort rindió la frente al peso de los dolores.

Incorporóse sobre sus rodillas, sacudió sus cabellos empapados en sudor y erizados de espanto, y aquel hombre que nunca habia tenido compasion de nadie, fuese en busca de su padre para tener una persona á quien contar su desgracia, alguna persona con quien llorar.

Bajó, pues, la escalera que ya conocemos, y entró en el cuarto de Noirtier.

Al entrar Villefort, Noirtier escuchaba con toda la atencion y toda la afectuosidad que le permitia su parálisis al abate Bussoni, reposado y frio como de costumbre.

Al ver al abate, Villefort se llevó la mano á la fren-

te. Todo lo pasado se le vino á la memoria, como una de esas olas donde la cólera del mar levanta mas espuma que en las otras. Recordó la visita que le habia hecho al abate á los dos dias del banquete de Auteuil y la visita que el abate le habia hecho á él el dia de la muerte de Valentina.

—¡Vos aquí, caballero! le dijo. ¡Solo venis á esta casa cuando viene la muerte!

Bussoni se incorporó, y viendo la alteracion del rostro del juez y el fuego feroz de sus ojos, comprendió ó creyó comprender que estaba ya terminada la escena del tribunal.

Las demás catástrofes las ignoraba completamente.

—Yo he venido aquí á rezar junto al cadáver de vuestra hija, respondió Bussoni.

—Y hoy ¿á qué venís?

—Vengo á deciros que me habeis pagado ya bastante vuestra deuda, y que desde ahora pienso pedir á Dios que se dé por satisfecho como yo me doy.

—¡Dios mio! dijo Villefort retrocediendo espantado, ¡esa voz no es la del abate Bussoni!

—No.

El abate se quitó su peluca tonsurada y sacudió la cabeza, con que sus largos cabellos negros dejando de estar comprimidos, cayeron sobre su espalda y circundaron su pálido rostro.

—Es el conde de Monte-Cristo, exclamó Villefort, saltándosele los ojos de las órbitas.

—Tampoco soy ese, señor procurador del rey, evocad vuestros recuerdos... mas léjos, mas léjos.



—¡Vos aquí, caballero! le dijo. ¡Solo venis á esta casa cuando viene la muerte!

—¡Esa voz!... esa voz ¿dónde la he oido yo por primera vez?

—La habeis oido por primera vez en Marsella hace veinte y tres años, el dia de vuestro casamiento con Renee de Saint-Meran.

—¡No sois el abate Bussoni! ¡no sois Monte-Cristo! ¡Dios mio! ¡pues entonces sois ese enemigo oculto, implacable y mortal que me persigue! Yo he hecho algo contra vos en Marsella. ¡oh, maldicion!

—Si, eso es, dijo el conde cruzando los brazos sobre su ancho pecho. Recuerda, recuerda.

—Pero ¿qué te he hecho yo? respondió Villefort, cu-

yo pensamiento tocaba ya en ese límite donde se confunde la razon y la demencia. ¿Qué te he hecho yo? ¡habla, habla!

—Me habeis condenado á una muerte lenta y horrorosa, habeis matado á mi padre, y me habeis robado el amor con la libertad y la fortuna con el amor.

—¿Quién sois? ¿quién sois, pues, Dios mio?

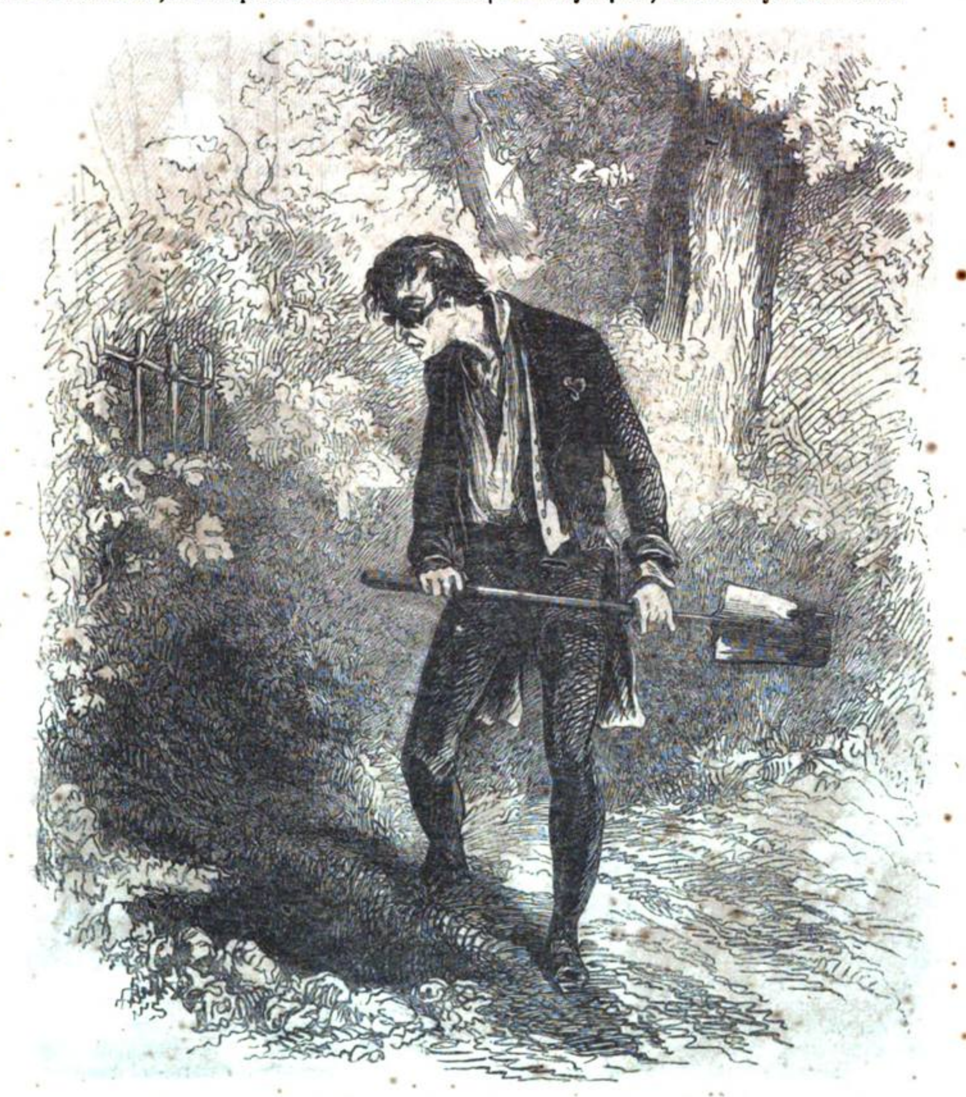
—Soy el espectro de un infeliz á quien encerrásteis en un calabozo del castillo de If; á ese espectro que al fin salió de la tumba, Dios le puso la máscara del conde

Monte-Cristo palideció ante aquel horrible espectáculo, comprendiendo que acababa de pasar los límites de la venganza, y que no podia ya decir:

—¡Dios está por mí y conmigo!

Con inexplicable angustia lanzóse sobre el cuerpo del niño, le abrió los ojos, le tomó el pulso y se metió con él en la alcoba de Valentina cerrándola por dentro con llave.

—¡Mi hijo! exclamó Villefort, ¡se lleva el cadáver de mi hijo! ¡Oh, maldicion y muerte en tí!



—¡Tampoco es aquí! ¡tampoco es aquí! decia, y se iba á cabar mas léjos.

de Monte-Cristo y lo cubrió de diamantes y de oro para que no le reconociérais hasta hoy.

—¡Ah! ¡Ya te conozco! ¡ya te conozco! Tú eres...

—Yo soy Edmundo Dantes.

—¡Tú eres Edmundo Dantes! exclamó el procurador del rey cogiéndole por un brazo. Pues entonces, ven.

Y le arrastró por la escalera, y Monte-Cristo le seguia ignorando el sitio adonde le llevaba, pero presintiendo alguna nueva catástrofe.

—¡Mira, mira, Edmundo Dantes! ¿estás bien vengado? exclamó enseñándole los cadáveres de su mujer y de su hijo.

Y quiso lanzarse tras de Monte-Cristo; pero como si estuviera soñando, sintió que sus piés echaban raices; dilatáronse sus ojos hasta desgarrar sus órbitas; sus dedos vueltos del revés se fueron clavando en las manos hasta teñirse en sangre, y por las venas de sus sienes subieron torrentes de sangre á llenar la cavidad ya estrecha de su cráneo y ahogar su razon en un diluvio de fuego.

Esta fijeza duró algunos minutos hasta que se verificó aquel horrible cambio.

Entonces lanzó un grito seguido de una carcajada, y se precipitó por la escalera.

Un cuarto de hora despues volvió á abrirse la habi-

tacion de Valentina, apareciendo el conde de Monte-Cristo pálido, con los ojos hundidos, el pecho sofocado y con toda su fisonomía, en fin, tan noble y tan tranquila por lo comun, dolorosamente trastornada.

Llevaba en sus brazos al niño, que no habia podido volver á la vida á pesar de todos los medios que empleó.

Dobló una rodilla y lo colocó religiosamente junto á su madre con la cabeza sobre el pecho de esta.

Luego salió de la habitacion, y encontrando á un criado en la escalera le preguntó:

—¿Dónde está M. de Villefort.

El criado sin responderle extendió la mano hácia el jardin.

Bajó el conde el peristilo, y al llegar al jardin vió en medio de un círculo de criados á M. de Villefort que con una azada en la mano, cababa con un afan que mas bien parecia rabia.

—¡Tampoco es aquí! ¡tampoco es aquí! decia, y se iba á cabar mas léjos.

Monte-Cristo se acercó á él, y en voz baja y en tono casi humilde murmuró:

—Caballero, habeis perdido un hijo, pero...

Villefort que no habia oido ni entendido, le interrumpió diciendo:

—¡Oh! yo lo encontraré. Aunque decís que no está, yo lo encontraré, aunque tuviera que estarlo buscando hasta el dia del juicio.

Monte-Cristo retrocedió aterrado y murmurando:

—¡Oh, está loco!

Y como si hubiese temido que se le cayeran encima las paredes de aquella casa maldita, salió á la calle, dudando por primera vez si tendria derecho para hacer lo que habia hecho.

—¡Oh! ¡basta, basta! dijo, salvemos al último.

Al volver á casa Monte-Cristo encontró á Morrel, que andaba por las habitaciones silencioso como una sombra que espera el momento fijado por Dios para volver á la tumba.

—Disponeos, Maximiliano, que mañana salimos de Paris, le dijo sonriéndose.

—¿No teneis ya nada que hacer aquí? le preguntó el jóven.

—Nada... y quiera Dios que no haya hecho demasiado, respondió Monte-Cristo.

CAPITULO XIII.

LA MARCHA.

Los acontecimientos que acababan de suceder tenian preocupado á todo Paris.

Manuel y su mujer estaban hablando de ellos con una sorpresa muy natural en su saloncito de la calle de Meslay, hallando cierta correlacion entre aquellas tres catástrofes tan súbitas como inesperadas de Morcef, de Danglars y de Villefort.

Maximiliano, que habia venido á hacerles una visita, los escuchaba ó mas bien asistia á su conversacion dominado por su insensibilidad habitual.

—En verdad que no parece, decia Julia, si no que esas personas tan ricas y tan felices ayer, se hubieran olvidado de dar al genio del mal parte en su fortuna y en su felicidad, y que este, como las hadas picarescas de los cuentos de Perrault, cuando se olvidan de convidarlas á alguna boda ó á algun bautizo, se haya aparecido de repente para vengarse de ese olvido fatal.

—¡Cuántos desastres! decia Manuel, pensando en Morcef y en Danglars.

—¡Cuántos sufrimientos! decia Julia, acordándose de Valentina y no queriendo nombrarla en presencia de su hermano por instinto de mujer.

—Si es Dios quien los castiga, decia Manuel, será sin duda porque Dios, que es la bondad suma, no habrá encontrado en la vida pasada de esas gentes nada que debiese atenuar la pena, y sin duda esas gentes estaban malditas.

—Tu juicio es muy temerario, amigo mio, dijo Julia. Cuando mi padre con la pistola en la mano se disponía á saltarse la tapa de los sesos, si alguna persona hubiera dicho: —ese hombre merece lo que le pasa— ¿no se hubiera equivocado?

—Sí, pero Dios no permitió que nuestro padre sucumbiese, como no permitió á Abrahan que sacrificase á su hijo. Así al patriarca como á nosotros, le envió un ángel que cortase las alas de la muerte en la mitad del camino.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando sonó la campana, que era la señal que daba el portero de la llegada de alguna visita.

Casi en el mismo instante abrióse la puerta del salon apareciendo el conde de Monte-Cristo.

Los dos jóvenes lanzaron un solo grito de alegría.

—Maximiliano, dijo el conde, sin que reparase al parecer las diferentes impresiones que su presencia producia; Maximiliano, vengo á buscaros.

—¿A buscarme? dijo Morrel como despertando de un sueño.

—Sí, repuso Monte-Cristo. ¿No hemos convenido en que vendrias conmigo, y no os avisé ayer que estuviérais dispuesto?

—Dispuesto me teneis, dijo Maximiliano. Habia venido á despedirme de ellos.

—Y ¿adónde vais, señor conde? le preguntó Julia.

—Primero á Marsella, señora.

—¿A Marsella? repitieron á la par los dos jóvenes.

—Sí, y os quito vuestro hermano.

—¡Ay, señor conde! dijo Julia, devolvédmele curado.

Morrel volvió la cara para ocultar una viva emocion.

—¿Con que habeis echado de ver que está algo enfermo? dijo el conde.

—Sí, y temo que se fastidie con nosotros, respondió Julia.

—Yo le distraeré, repuso el conde.

—Ya estoy pronto, dijo Maximiliano. ¡Adios, Manuel! ¡adios, Julia!

—¡Cómo adios! exclamó la jóven. Te marchas así de repente sin pasaporte, sin...

—Esos detalles son los que hacen mas enojoso el viajar, dijo Monte-Cristo. Estoy seguro de que Maximiliano ha tomado ya todas esas precauciones, puesto que se lo recomendé.

—Ya tengo pasaporte y hechos los baules, respondió Morrel con su monótona tranquilidad.

—Muy bien, dijo Monte-Cristo sonriéndose. Reconozco en eso la exactitud de un buen militar.

—¿Y así nos abandonais? dijo Julia, ¿sin concedernos un dia, ni una hora?

—Tengo el carruaje á la puerta, señora. Necesito estar en Roma dentro de cinco dias.

—Pero Maximiliano no irá á Roma, dijo Manuel.

—Yo iré donde quiera llevarme el señor conde, repuso el jóven sonriéndose tristemente. Le pertenezco un mes aun.

—¡Oh, Dios mio! ¡Cómo dice eso, señor conde!

—Maximiliano me acompaña. Descuidad en mí, dijo el conde con su afabilidad persuasiva.

—¡Adios, hermana mia! ¡adios, Manuel! repuso Maximiliano.

—¡Me parte el corazon con esa indiferencia! dijo Julia. ¡Maximiliano! ¡Maximiliano! tú nos ocultas algo!

—Ba, respondió Monte-Cristo. Veréis cómo vuelve alegre y dichoso.

Maximiliano lanzó á Monte-Cristo una mirada de desden y casi de ira.

—Vámonos, dijo el conde.

—Antes que os vayais, señor conde, repuso Julia, permitidme os diga todo lo que el otro dia...

—Señora, replicó Monte-Cristo cogiéndole las ma-

nos, cuanto podais decirme no equivaldrá nunca á lo que yo leo en vuestros ojos, á lo que ha pensado vuestro corazon y sentido el mio. Como los bienhechores de novela, yo hubiera debido marcharme sin volveros á ver, pero esa virtud era superior á mis fuerzas, porque soy un hombre débil y vanidoso, que me hace mucho bien la mirada húmeda y tierna de mis semejantes. Así pues, me marcho llevando el egoismo hasta el punto de deciros que no me olvidéis, amigos mios, porque probablemente no me volveréis á ver.

—¡No volveros á ver! exclamó Manuel, mientras caian por las mejillas de Julia dos gruesas lágrimas. No volveros á ver no es perder á un hombre, *sino* á un Dios que se vuelve al cielo despues de haber aparecido en la tierra para hacer bien.

—No digais eso, repuso vivamente Monte-Cristo, no digais nunca eso, amigos mios. Los dioses nunca hacen mal; los dioses se paran donde quieren pararse, y nunca la casualidad los vence, sino que son ellos por el contrario los que vencen á la casualidad. ¡No, Manuel, no! yo soy un hombre, y vuestra admiracion es tan injusta como sacrílegas vuestras palabras.

Y llevando á sus labios la mano de Julia, que se precipitó en sus brazos, tendió á Manuel la otra mano.

No sabiendo cómo separarse de aquella casa, nido de la felicidad, llevóse haciéndole una seña á Maximiliano, insensible y consternado como estaba despues de la muerte de Valentina.



Julia se precipitó en sus brazos, y tendió á Manuel la otra mano.

—Volvedle á mi hermano la alegría, le dijo Julia al oido.

Monte-Cristo le apretó la mano como se la habia apretado once años antes en la escalera de la casa de Marsella.

—¿Seguís teniendo confianza en Simbab el marino? le preguntó.

—¡Oh, sí!

—Pues entonces dormid en paz y confiad en el Señor.

Como ya hemos dicho, la silla de posta esperaba á

la puerta con cuatro caballos vigorosos, que piafaban de impaciencia.

En el peristilo esperaba Alí cubierto el rostro de sudor como si acabase de echar una carrera muy larga.

—¿Has estado en casa del viejo? le preguntó el conde en árabe.

Alí hizo seña de que sí.

—Y ¿has desplegado la carta á sus ojos como te lo mandé?

—Sí, respondió tambien el esclavo respetuosamente.

—Y ¿qué te ha dicho? ó mejor, ¿qué ha hecho?

Alí se colocó á la luz de manera que su amo pudiese verle bien, é imitando con inteligencia la fisonomía del anciano, cerró los ojos como hacia Noirtier para decir que sí.

—Bien, acepta, dijo Monte-Cristo. Vámonos.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el carruaje se puso en movimiento y los caballos iban echando chispas.

Maximiliano se acomodó en un rincon sin decir una sola palabra.

Así pasó media hora.

De repente paró el carruaje.

El conde acababa de tirar del cordon de seda que correspondia al dedo de Alí.

El nubio se apeó para abrir la portezuela.

La noche estaba estrellada y hermosa.

Hallábanse en lo mas alto de la cuesta de Villejuif, punto de donde Paris parece un lúgubre mar, agitando sus millones de luces semejantes á olas fosfóricas, olas con efecto mas apasionadas, mas móviles, mas ruidosas y mas furibundas que las del Océano irritado; olas que no conocen la calma, olas que están siempre en lucha, siempre espumantes, siempre haciendo *remolinos*.

El conde se quedó solo, y á una señal suya se adelantó el carruaje algunos pasos. Entonces con los brazos cruzados contempló largo tiempo aquel horno, donde van á descomponerse, fundirse y modelarse todas las ideas que lanza el revuelto torbellino para agitar al mundo.

Luego que abarcó bien con su potente mirada esa Babilonia que lo mismo hace soñar á los poetas religiosos que á los satíricos mas materialistas, murmuró inclinando la cabeza y juntando las manos como si rezara:

—Menos de seis meses hace, oh gran ciudad, que entré yo por tus puertas conducido á mi parecer por el espíritu del Señor que hoy me da el triunfo. Solo á Dios que puede leer en mi corazon, le he confiado el secreto de mi venida, y solo él sabe que me retiro *sin* odio y sin orgullo, pero no sin pesar. Solo él sabe que no ha sido por mí ni por causas *frívolas* por lo que he hecho uso del poder que me habia confiado. ¡Oh gran ciudad! en tu seno palpitante he encontrado lo que buscaba; minero laborioso he removido tus entrañas para hacer salir de ellas el mal. ¡Mi obra esta yá terminada! ¡mi mision está cumplida! ¡Adios, Paris, adios! ya no puedes brindarme con placeres ni con dolores.

Paseó otra vez su mirada semejante á la de un genio nocturno por la inmensa *llanura*, y pasándose la mano por la frente, volvió á subir al carruaje, que se cerró tras él, desapareciendo bien pronto del otro lado de la cuesta en un torbellino de polvo y de ruido.

Dos leguas anduvieron sin pronunciar una sola palabra.

Morrel estaba abstraido, y Monte-Cristo le contemplaba.

—Morrel, le dijo, ¿os arrepentiréis de haberme seguido?

—No, señor conde; pero dejar á Paris...

—Si yo hubiese creido que la felicidad os esperaba, Morrel, os hubiera dejado en Paris.

—En Paris reposa Valentina, y dejar á Paris es perderla por segunda vez.

—Maximiliano, dijo el conde, los amigos que hemos perdido no están enterrados en la tierra, sino en nuestro corazon. Dios lo quiere así para que siempre nos acompañen. Yo tengo dos amigos que me acompañan siempre de este modo. Uno es el que me dió la vida, y otro el que me dió la inteligencia. Sus almas viven en mí. En la duda los consulto, y si algun bien he hecho á sus consejos lo debo. Consultad la voz de vuestro corazon, Morrel, y preguntadle si debeis seguir poniéndome tan mala cara.

—Amigo mio, dijo Maximiliano, la voz de mi corazon es muy triste, y solo me augura desgracias.

—Propio es de los espíritus débiles ver todas las cosas á través de un velo negro. Vuestra alma está triste, por eso esta vuestro cielo tempestuoso.

—¡Es muy posible! dijo Maximiliano.

Y volvió á caer en su abstraccion.

El viaje se hizo con aquella maravillosa rapidez que era una de las mayores muestras del poder del conde.

Pasaban las poblaciones como sombras.

Los árboles agitados por los primeros vientos del otoño parecian gigantes de larga cabellera que viniesen á saludarlos y huyesen en seguida.

A la mañana siguiente llegaron á Chalons, donde los esperaba el vapor del conde.

Sin perder un minuto se trasportó á bordo el carruaje con los dos viajeros.

El barco estaba construido para navegaciones largas, tanto, que parecia una piragua india; con sus dos ruedas, semejantes á dos alas, volaba sobre el agua como un ave de paso.

El mismo Morrel se sentia dominado del vértigo de la rapidez, y á veces el viento que azotaba sus cabellos parecia que fuese á borrar por un instante las nubes de su imaginacion.

A medida que el conde se alejaba de Paris una serenidad casi sobre humana le iba envolviendo como una aureola.

Parecia un desterrado que vuelve á su patria.

Pronto apareció á sus ojos Marsella la blanca, la vivaracha; Marsella, la hermana de Tiro y de Cartago, y su sucesora en el imperio del Mediterráneo; Marsella, que cuanto mas envejece mas jóven es.

Para los dos viajeros eran espectáculos muy fecundos en recuerdos aquella Torre Redonda, aquel fuerte de San Nicolás, aquella casa de ayuntamiento de Puget y aquel puerto y aquellos muelles de piedra, donde los dos habian jugado siendo niños.

De comun acuerdo desembarcaron ambos en la Canneviere.

Un navio se daba á la vela para Argel.

Los fardos, los pasajeros reunidos sobre cubierta y la multitud de parientes y amigos que al despedirse gritaban y lloraban, espectáculo siempre conmovedor aun para los que lo presencian todos los dias, ni aun tanto movimiento pudo distraer á Maximiliano de una idea que se le habia ocurrido al punto que puso el pié en las largas losas del muelle.

—Mirad, dijo á Monte-Cristo cogiéndole el brazo, aquí estaba mi padre cuando entró en el puerto el *Faraon*. Aquí aquel buen hombre á quien salvábais de la muerte y de la deshonra se arrojó en mis brazos; aun siento la impresion de sus lágrimas en mis mejillas, y no lloraba solo por cierto, que muchas personas lloraban tambien al verle.

Monte-Cristo se sonrió.

—Yo estaba allí, dijo á Morrel señalándole la esquina de una calle.

Al mismo tiempo y en la direccion que indicaba el conde oyóse un gemido doloroso, y se vió á una mujer que hacia señas á un pasajero del navio.

La mujer estaba cubierta con un velo.

Monte-Cristo la siguió con los ojos con una emocion que Morrel hubiera reparado fácilmente, si por su parte no hubiera tenido fijos los ojos en el navio.

—¡Oh! no me equivoco, exclamó Morrel, aquel jóven que saluda con su chacó, aquel jóven vestido de uniforme es Alberto de Morcef.

—Sí, dijo Monte-Cristo. Yo le habia ya conocido.

—¿Pues no estábais mirando al lado opuesto?

El conde se sonrió como cuando no queria responder, y sus ojos volvieron á fijarse en la tapada, que desapareció por la esquina de una calle.

Entonces se volvió á Maximiliano y le dijo:

—Mi querido amigo, ¿no teneis nada que hacer en este país?

—Tengo que llorar sobre la tumba de mi padre, respondió Morrel sordamente.

—Pues bien, idme á esperar allá bajo; yo me reuniré con vos.

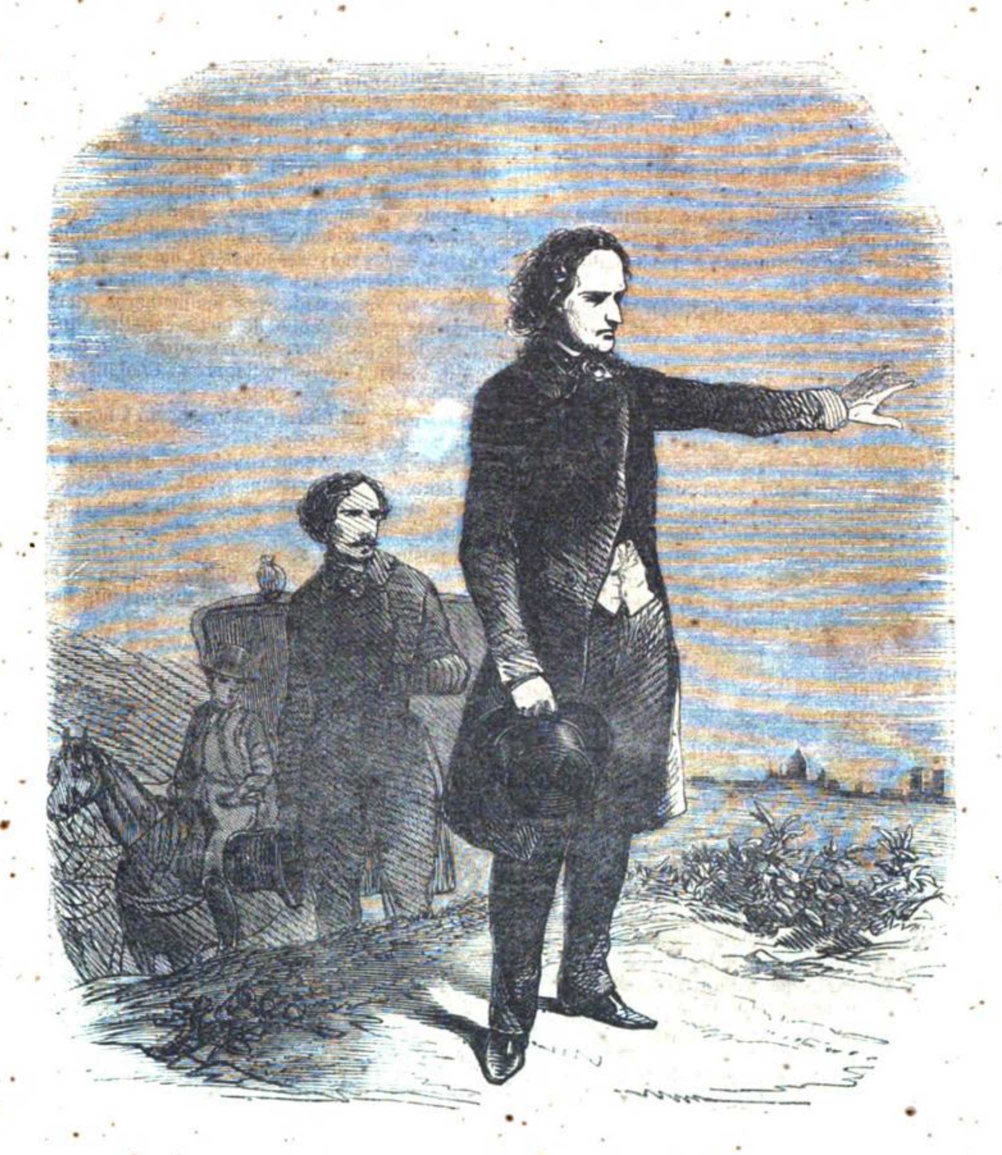
—¿Os separais de mí?

—Sí.... yo tambien tengo que hacer una piadosa visita.

Morrel dejó caer su mano en la mano que el conde le tendia, y con un movimiento de cabeza de inexplicable melancolía se separó de él dirigiéndose hacia el éste de la villa.

Monte-Cristo dejó alargarse á Maximiliano, permaneciendo en el mismo sitio hasta que le vió desaparecer, que entonces se encaminó á las alamedas de Meilhan y hácia la casita que desde el principio de esta historia conocen nuestros lectores.

La casa se elevaba aun á la sombra de la gran alameda de tilos, que sirve de paseo á los marselleses desocupados, tapizada de grandes parras que trepan por la piedra ennegrecida por el ardiente sol del mediodía.



—¡Mi mision está cumplida! ¡Adios Paris, adios!

Dos escalones de piedra ya muy gastados conducen á la puerta de entrada.

Esta casa encantadora á pesar de su vejez, y alegre, á pesar de su aparente miseria, era sin duda la misma que en otro tiempo habitó el padre de Dantes. Solo que el anciano vivia en la boardilla, y el conde habia puesto la casa entera á disposicion de Mercedes.

Allí fué donde entró la mujer cubierta con el velo

que Monte-Cristo vió alejarse del navío. En el momento en que el conde aparecia en la esquina de la calle cerraba ella la puerta de manera que la volvió á ver en el momento de perderla de vista.

Para él aquellos gastados escalones eran antiguos conocidos. Mejor que nadie sabia él abrir aquella vetusta puerta, que por toda cerradura tenia un clavo.

Así pues, pudo entrar en la casa sin llamar, sin avisar; como un amigo, como un vecino.

Al fin de un corredor empedrado veíase un jardinito rico de sol y de luz, el mismo donde Mercedes encontró en el sitio indicado la cantidad que el conde tuvo la delicadeza de hacerle creer que estaba enterrada hacia veinte y cuatro años.

Desde la puerta se veian los primeros árboles de un jardin. A su llegada misma oyó Monte-Cristo un suspiro que parecia un sollozo, suspiro que guió á su mirada, y en un banco coronado de jazmines de Virgínia vió á Mercedes sentada, inclinada y llorando.

Se habia levantado el velo, y sola en presencia de Dios, oculto el rostro entre las manos, daba libre salida á sus suspiros y á sus sollozos, contenidos tanto tiempo por la presencia de su hijo.

Monte-Cristo dió algunos pasos hácia ella, y la arena crugió bajo sus piés.

Mercedes levantó la cabeza y lanzó un grito de espanto al ver á un hombre.

—Señora, dijo Monte-Cristo, no está en mi mano traeros la felicidad, pero os ofrezco consuelo. ¿Os dignaréis aceptarlo viniendo de un amigo como yo?

—Soy con efecto bien desgraciada, respondió Mercedes. Sola en el mundo... solo tenia á mi hijo, y ese me acaba de dejar.

—Ha hecho bien, señora, replicó el conde. Tiene un noble corazon, y ha comprendido que todos los hombres deben un tributo á su patria, unos sus talentos, otros su industria y otros su sangre. Si se hubiera quedado con vos gastara su vida inútilmente sin poder acostumbrarse á vuestros dolores. La impotencia hubiera agriado su carácter, mientras ahora se hará grande y fuerte luchando con la adversidad y cambiándola en fortuna. Dejadle, señora, mirar por vuestro porvenir, y me atrevo á aseguraros que está en buenas manos.

—¡Oh! dijo la pobre mujer meneando tristemente la cabeza, ¡esa fortuna de que hablais, y que pido á Dios le dé desde el fondo de mi alma, no la gozaré yo, no! ¡Han muerto tantas cosas en mí y en torno mio, que me siento próxima á la tumba! ¡Habeis hecho bien, señor conde, en traerme al sitio donde he sido tan dichosa! ¡Donde uno ha sido dichoso es donde debe morir!

—¡Ay de mí, señora! dijo Monte-Cristo; todas vuestras palabras caen amargas y candentes sobre mi corazon; tanto mas amargas y mas candentes cuanto que teneis razon para odiarme. Yo he sido la causa de todos vuestros males; si me compadecieseis en vez de acusarme, me haríais mucho mas desgraciado aun....

—¡Odiaros! ¡acusaros, Edmundo! ¡odiar! ¡acusar al hombre que ha salvado la vida á mi hijo! Porque vuestra intencion era ¿no es verdad? matarle á M. de Morcef ese hijo que tan orgulloso le tenia! ¡Oh! miradme y veréis si hay en mí la apariencia siquiera de un reproche.

El conde levantó los ojos para fijarlos en Mercedes, que medio incorporada en su asiento le alargó las dos manos.

—¡Oh! ¡miradme! prosiguió con acento de profunda melancolía. ¡Miradme, que hoy se puede soportar el brillo de mis ojos! ¡Ya pasó aquel tiempo en que venia yo á sonreir á Edmundo Dantes, que me esperaba allá arriba á la ventana de la boardilla donde vivia su anciano padre! —¡Desde aquel tiempo han pasado dias muy dolorosos, que han abierto un abismo entre aquel tiempo y yo! ¡Acusaros, Edmundo! ¡odiaros, amigo mio! ¡No! ¡á quien yo acuso, á quien yo odio es á mí misma! ¡oh! ¡qué miserable soy! exclamó juntando las manos y levantando los ojos al cielo. ¡Qué bien castigada hé sido! ¡teniendo religion, inocencia y amor, como tienen los ángeles, dudé de Dios, miserable de mí!

Monte-Cristo dió un paso hácia ella y le alargó la mano silenciosamente.

—¡No! dijo Mercedes retirando la suya; ¡no me toqueis, amigo mio! ¡Me habeis perdonado á mí, y sin embargo entre todos aquellos de quienes os vengásteis, yo era la mas culpable! Los demás obraban por odio, por avaricia ó por egoismo; yo obré por cobardía; ellos deseaban, y yo tenia miedo. ¡No, Edmundo, no estrecheis mi mano! Conozco que estais meditando alguna frase afectuosa, no la digais, guardadla para otra mujer, yo no soy digna de ella... ¡Mirad... (y se levantó el velo de repente). ¡Mirad, la desgracia ha encanecido mis cabellos! ¡mis ojos han vertido tantas lágrimas, que los rodea un círculo amoratado; mi frente se llena de arrugas... ¡Vos, por por el contrario, Edmundo, vos estais siempre jóven, siempre hermoso, siempre altivo, porque habeis tenido fe, porque habeis tenido fuerza, porque habeis confiado en Dios, y Dios os ha sostenido! ¡Yo he sido cobarde! yo he renegado, y Dios me abandona!

Y se deshizo en lágrimas.

Al choque de los recuerdos se hacia pedazos su corazon de mujer.

Monte-Cristó le cogió la mano y se la besó respetuosamente.

Pero á ella no se le pudo ocultar que aquel beso era frio, como el que pudo haber dado el conde á la mano de una santa.

—Hay existencias predestinadas, prosiguió Mercedes, que con la primera falta destruyen todo su porvenir. Cuando os creí muerto debí morirme, porque ¿de qué me ha servido llevar eternamente en mi corazon luto por vos? de hacer de una mujer de treinta y nueve años, una mujer de cincuenta y nada mas. ¿De qué ha servido que habiéndoos conocido yo sola entre todo el mundo, haya salvado á mi hijo solamente? ¿no era tambien mi deber salvar al hombre que habia adoptado por esposo por mas culpable que fuese? Y sin embargo, le he dejado morir... ¿qué digo, Dios mio? ¡he contribuido á su muerte con mi cobarde insensibilidad, no recordándome á mi misma, ó no queriendo recordarme que fué por mí por quien se hizo perjuro y traidor. ¿De qué ha servido, por último, que yo haya acompañado á mi hijo hasta aquí, si aquí lo abandono y le dejo marchar solo, y aun lo entrego al clima devorador de Africa? ¡Oh, sí! os repito que he sido cobarde. He renegado de mi amor, y como los renegados llevo la desgracia conmigo.

—No, Mercedes, no, repuso Monte-Cristo. Teneos á vos misma en mejor opinion. Sois una noble y santa mujer y me habeis desarmado con vuestro dolor; pero detrás de mí estaba Dios invisible y enojado; yo era solo su ministro, y él no quiso detener el rayo que habia salido de mi mano. ¡Oh, yo os juro por ese Dios á cuyos piés me humillo todos los dias desde hace diez años, juro que os habia hecho el sacrificio de mi vida, y con ella el de mis proyectos! Te lo digo con orgullo, Mercedes; Dios miró por mí y he vivido. ¡Examinad lo pasado, examinad lo presente; sondad lo porvenir y os convenceréis de que soy instrumento del Señor! Las desgracias mas tremendas, los sufrimientos mas crueles, el abandono de todos los que me amaban, la persecucion de todos los que no me conocian, á esto se reduce la primera parte de mi vida. De repente en pos de la cautividad, de la soledad y la miseria me vino el aire, la libertad y una fortuna tan desmesurada, tan prodigiosa, que á no ser ciego he debido creer que Dios me la enviaba con muy grandes designios. Desde entonces me pareció esta fortuna un sacerdocio, desde entonces no ha habido en mí ni un solo pensamiento



para esta vida, cuyas dulzuras habeis saboreado vos, pobre mujer, algunas veces... ni una hora de tranquilidad, ni una. Yo me sentia impulsado como la nube de fuego que pasa por el cielo para ir á quemar las ciudades malditas; y como esos capitanes aventureros que se embarcan para una expedicion ó un viaje peligroso, preparaba yo los víveres, cargaba las armas, acumulaba medios de ataque y de defensa, acostumbrando mi cuerpo á los ejercicios mas violentos, mi alma á los

camino, ¡esa ha debido admiraros, Edmundo! Así como hay un abismo entre lo pasado y yo, así hay un abismo entre vos y los demás hombres; y mi tormento mayor es comparar, Edmundo, porque no hay nadie sobre la tierra que valga tanto como vos, nadie que se parezca á vos. Ahora, Edmundo, despidámonos y separémonos.

—Antes que os deje, Mercedes, decidme, ¿qué deseais?



Monte-Cristo la cogió la mano y se la besó respetuosamente.

choques mas rudos, enseñando mi brazo á matar, mis ojos á ver sufrir y mi boca á sonreir á los espectáculos mas terribles; de bueno, de confiado, de cándido que era me he hecho vengativo, artero, malo ó mas bien impasible como la fatalidad sorda y ciega, y me lancé en el camino que se me abria, y atravesé el espacio y llegué á donde queria llegar. ¡Ay! ¡tristes de los que encontré en mi camino!

—¡Basta, Edmundo! basta, dijo Mercedes. Creed que la única que ha sabido conoceros, ha sabido comprenderos tambien; así, pues, Edmundo, la que ha sabido conoceros y comprenderos, la que hubiérais destruido vos como vidrio frágil á encontrarla en vuestro

—Solo deseo una cosa, Edmundo, que mi hijo sea dichoso.

—Rogad al Señor, que tiene en sus manos la vida de los hombres, que aleje la muerte de él, que yo me encargo de lo demás.

—Gracias, Edmundo.

—Pero ¿y vos, Mercedes?

—Yo no necesito de nada. Yo vivo entre dos tumbas; la una es la de Edmundo Dantes, muerto hace mucho tiempo. Yo le amaba; no sienta bien esta palabra en mis labios marchitos; pero mi corazon recuerda todavía, y por nada en el mundo quisiera perder esta memoria del corazon. La otra es de un hombre á quien ha

matado Edmundo Dantes; apruebo la muerte, pero debo rezar por el muerto.

—Vuestro hijo será dichoso, repitió el conde.

—Entonces yo seré tambien tan dichosa como puedo serlo.

—Pero en fin, ¿qué haréis?

Mercedes se sonrió tristemente.

—Si os dijera que viviria en este país como la Mercedes de otro tiempo, es decir, trabajando, no lo creeríais. Yo solo sé rezar, pero no necesito trabajar, puesto que el tesoro encerrado por vos se ha encontrado en el mismo sitio que lo dejásteis; tratarán de averiguar quién soy; se preguntarán las gentes qué hago; ignorarán cómo vivo; pero ¿qué importa? ese será un secreto entre Dios, vos y yo.

—Mercedes, dijo el conde, yo no puedo reñiros; pero habeis exagerado vuestro sacrificio abandonando toda la fortuna de M. de Morcef. La mitad era vuestra de derecho por vuestra economía y vuestra vigilancia.

—Adivino lo que vais á proponerme, Edmundo; pero no puedo aceptarlo, porque mi hijo me lo prohibiria.

—Por lo mismo me guardaré muy bien de hacer por vos nada que no tenga de antemano la aprobacion de M. de Morcef. Yo sondearé sus intenciones y me someteré á ellas; pero si él aceptase lo que yo quiero hacer, ¿le imitaríais sin repugnancia?

—Ya sabeis, Edmundo, que yo no soy mujer de cálculo; no tengo resolucion mas que para no resolverme nunca. De tal manera me han agitado las borrascas del mundo, que he perdido la voluntad y estoy en las manos de Dios, como el pájaro entre las garras del águila. El no quiere que yo muera, puesto que vivo. Si me envía socorros los tomaré, porque así será su voluntad.

—Cuenta, señora, dijo Monte-Cristo, que Dios no quiere que se le adore así; Dios quiere que se le comprenda y que se discuta su poder, que para eso nos ha dado el libre albedrío.

—¡Desgraciado, no me hableis así! exclamó Mercedes. Si yo creyera que Dios me habia dado libre albedrío, ¿qué me quedaria para no caer en la desesperacion?

Monte-Cristo palideció un tanto y bajó la cabeza abrumado por aquella vehemencia del dolor.

—¿No quereis, le dijo, tendiéndole la mano, no quereis despediros de mí hasta la vista?

—Al contrario, hasta la vista me despido de vos, repúsole Mercedes, señalándo el cielo con solemnidad. Esto es probaros que espero todavía.

Y despues de haber estrechado la mano del conde en su mano temblorosa, se lanzó Mercedes á la escalera, donde desapareció.

Entonces Monte-Cristo salió lentamente de la casa en direccion al puerto.

Mercedes no le vió salir, aunque estaba á la ventana de la boardilla del anciano Dantes. Sus ojos buscaban en el horizonte el navío que se llevaba á su hijo por alta mar, no sin que su acento, como á pesar suyo murmurase:

—¡Edmundo! Edmundo!

CAPITULO XIV.

LO PASADO.

El conde salió con el alma oprimida de aquella casa, donde dejaba á Mercedes para no volverla á ver probablemente.

Desde la muerte de Eduardo estaba muy cambiado Monte-Cristo.

Al llegar á la cúspide de su venganza por la vereda lenta y tortuosa que habia seguido, habia visto del otro lado de la montaña el abismo de la duda.

Habia mas aun. Aquella conversacion que acababa de tener con Mercedes habia despertado tantos recuerdos en su corazon, que estos mismos recuerdos necesi-ban ser combatidos; un hombre del temple del conde no puede dejarse dominar mucho tiempo de la melancolía, de esa melancolía que dá cierta aparente originalidad á los hombres vulgares y mata á los superiores.

El conde se dijo á sí mismo que para haberse llegado á inspirar casi desden á si propio era preciso que hubiera cometido algun error de calculo.

—No puedo, dijo, equivocarme así, sino juzgando mal lo pasado. ¡Que! el fin que me he propuesto ¿seria un fin absurdo? ¡Que! ¿Habré andado diez años por un camino errado? ¡Que! ¿bastará una hora para probar al arquitecto que la obra de sus ilusiones era una obra, si no imposible, á lo menos sacrílega?

No quiero acostumbrarme á esta idea.

Lo que le falta á mis razonamientos de hoy es la apreciacion exacta de lo pasado, porque vuelvo á ver ese pasado desde el otro extremo del horizonte.

Con efecto, á medida que se vive, lo pasado se vá borrando como se borra el paisaje que se deja atrás cuando se camina.

Hoy me sucede lo que á las personas que se creen heridas en sueños; que miran y sienten su herida, y no se acuerdan de haberla recibido.

¡Vamos, pues, hombre regenerado! [illegible], rico estravagante; vamos, dormilon despierto; vamos, visionario omnipotente; vamos, millonario [illegible], vuelve á contemplar por un instante el espectáculo de tu vida miserable y hambrienta; vuelve á pasar por los caminos por donde te lanzó la fatalidad, [illegible] condujo la desgracia y te recibió la desesperacion; [illegible] diamantes, harto oro y harta felicidad se [illegible] hoy en el espejo donde Monte-Cristo mira á Dantes; [illegible] esos diamantes, guarda ese oro, borra esos [illegible]... rico vuelve á ser pobre; libre vuelve á ser preso; [illegible] vuelve á ser cadáver.

Y esto diciendo echó Monte-Cristo por la calle de la Caiserie, era la misma por donde [illegible] cuatro años antes le habia llevado un gendarme.

Aquellas casas de aspecto animado y [illegible] estaban aquella noche sombrías, mudas y cerradas.

—¡Y son sin embargo las mismas! [illegible] Monte-Cristo; solo que entonces era de noche y ahora es de dia. El sol es el que las pone alegres.

Y bajando al muelle por la calle de San Lorenzo, se dirigió á la Consigna, que era el punto del puerto donde se habia él embarcado.

Un barco de paseo con su toldo de [illegible] al mismo tiempo.

Monte-Cristo llamó al patron, que [illegible] empezó á remar hácia él con la prisa de [illegible] marineros que ven en lontananza una buena pr[illegible]

El tiempo estaba magnífico y el [illegible] una especie de diversion.

El sol bajaba al horizonte flameante y encarnado hundiéndose en las olas que parecian de fuego.

Tersa la mar como un espejo, rizábanla solamente aquí y allí los saltos de los pececillos que perseguidos por algun enemigo oculto pedian su salvacion á otro elemento.

Allá en el horizonte por último veíanse pasar blancos y graciosos como aves de paso los barcos pescadores que se volvian á las islas Martigues, ó los barcos mercantes que iban á Córcega ó á España.

A pesar de aquel cielo tan hermoso, á pesar de aquellos barcos y de aquella luz dorada que inundaba el paisaje, embozado el conde en su capa iba recordando [illegible] á uno todos los detalles de aquella terrible noche; aquella luz única y aislada que ardia en los Catalanes; aquella vista del castillo de If, que era adonde [illegible] vaba; aquella lucha con los gendarmes cuando [illegible] arrojar al mar, su desesperacion cuando se vió [illegible] y la sensacion fria del cañon de la carabina [illegible] su sien como un anillo de hielo.

Y poco á poco, como esos manantiales que seca el estío y que á la llegada del otoño empiezan [illegible]

humedecerse y á destilar gota á gota, sintió el conde de Monte-Cristo caer en su pecho gota á gota aquella antigua hiel que habia inundado en otro tiempo el corazon de Edmundo Dantes.

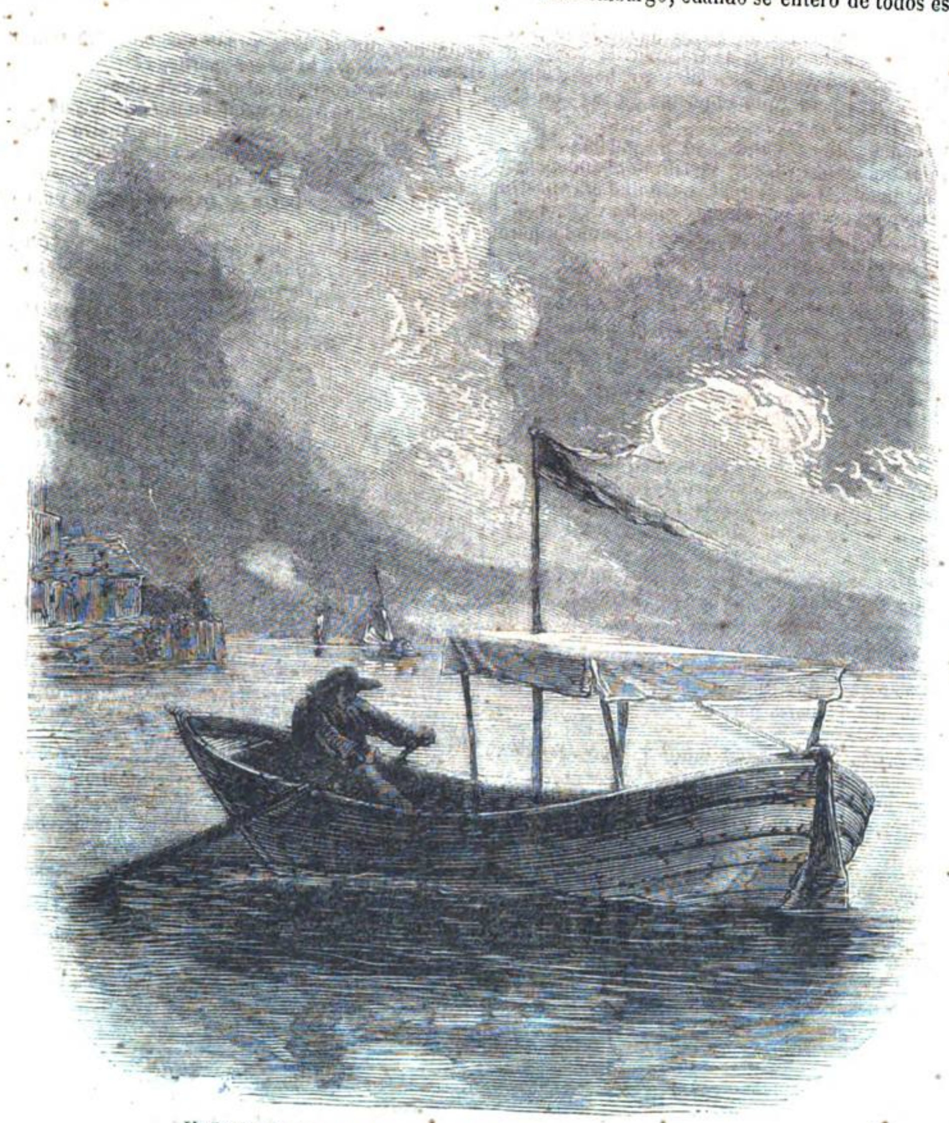
Y ya no hubo para él cielo hermoso, ni barcas graciosas, ni luz ardiente. Velóse el cielo con fúnebre crespon, y le hizo temblar la vista del negro gigante que se llama el castillo de If, como si se le apareciera de repente un enemigo mortal.

Cada golpe de remo que agitaba la espuma del mar le traia un millon de pensamientos y recuerdos.

Desde la revolucion de julio no habia ya presos en el castillo de If, ocupando solo sus cuerpos de guardia un destacamento para impedir el contrabando.

A la puerta esperaba un conserje á los curiosos para enseñarles aquel monumento de terror que habia venido á ser un monumento de curiosidad.

Y sin embargo, cuando se enteró de todos estos por-



Un barco de paseo con su toldo de tela pasaba al mismo tiempo.

En esto llegó la barca.

El conde retrocedió instintivamente hasta el otro extremo de ella.

En vano el patron le dijo con la voz mas dulce que pudo:

—Ya abordamos, caballero.

Monte-Cristo recordaba que en aquel mismo sitio, por aquella misma roca le habian arrastrado sus guardas violentamente, aguijoneándole con la punta de una bayoneta para que subiera la rampa.

El camino, que le habia parecido tan largo en otro tiempo á Dantes, le pareció ahora bien corto á Monte-Cristo.

menores, cuando se vió bajo aquella bóveda sombría, cuando bajó aquella escalera negra para ir á los calabozos que habia pedido ver, una palidez helada inundó su frente y un sudor frio le llegó hasta el corazon.

Preguntó si habia quedado algun carcelero del tiempo de la Restauracion, pero á todos se les habia dado ya el retiro ó tenian otros empleos en la actualidad.

El portero que le acompañaba solo estaba allí desde 1830.

Condujéronle á su propio calabozo, donde volvió á ver aquella luz negruzca que se filtraba por el estrecho respiradero y el sitio donde estaba su cama, cama que habia desaparecido de allí mucho tiempo hacia, y

detrás de la cama, tapada ya pero visible aun, la abertura que hizo el abate Faria.

Sintió Monte-Cristo que sus piernas se debilitaban, y tuvo que sentarse en un banco de madera.

—¿Se cuentan algunas historias de este castillo además del envenenamiento de Mirabeau? preguntó el conde. ¿Hay alguna tradicion sobre esta lúgubre morada, ó se duda que hayan nunca sido encerradas aquí criaturas humanas?

—Sí señor, dijo el conserge. El carcelero Antonio me contó una tradicion de este mismo calabozo en que estamos.

Monte-Cristo se estremeció.

Aquel Antonio habia sido su carcelero.

Ya casi habia olvidado su nombre, pero al oirlo pronunciar volvió á verle en su imaginacion tal como era, con su barba larga, su trage pardo y su manojo de llaves, cuyo rumor le pareció al conde oirlo todavía.

Volvió la cara y creyó verle en la sombra del corredor, sombra que hacia mas oscura la luz de la antorcha que llevaba el portero.

—¿Quereis que os la cuente? le preguntó este.

—Sí, contadla, respondió Monte-Cristo metiéndose la mano en el pecho para ahogar los latidos de su corazon, asustado de oir su propia historia.

—Contadla, repitió.

—Este calabozo, dijo el conserge, estaba habitado hace tiempo por un hombre muy peligroso, tanto mas peligroso cuanto que sabia mucho. Al mismo tiempo que él estaba preso en este castillo otro hombre, pero no era malo, sino simplemente un pobre sacerdote loco.

—¡Ah, sí, loco! murmuró Monte-Cristo. ¿Y cuál era su locura?

—Ofrecer millones porque le pusieran en libertad.

Monte-Cristo alzó los ojos al cielo, pero no lo vió. Entre el cielo y él se estendia un velo de piedra que le hizo pensar que otro velo no menos espeso habia entre los tesoros del abate Faria y las personas á quienes se los brindó.

—¿Y podian comunicarse los presos? preguntó Monte-Cristo.

—¡Oh! no, señor, repuso el conserge. Estaba prohibido rigurosamente; pero eludieron la prohibicion haciendo un conducto que iba de un calabozo á otro.

—Y ¿cuál de los dos hizo ese conducto?

—¡Oh! seguramente seria el jóven, dijo el conserge. El jóven era tan industrioso, como el pobre abate débil é incapaz. Además, tenia su razon muy trastornada para concebir una idea.

—¡Ciegos!... murmuró Monte-Cristo.

—Íbamos en que el jóven hizo el conducto, prosiguió el conserge; ¿cómo? no se sabe, pero el caso es que lo hizo, y la prueba es que ahí está la señal todavía. ¿La veis?

Y aproximó la antorcha á la pared.

—¡Ah! sí, dijo el conde con voz ahogada por la emocion.

—De esto resultó que los dos presos pudieron comunicarse. ¿Cuánto tiempo duró esta comunicacion? no se sabe. Ahora bien, el anciano cayó enfermo y murió. ¿Adivinais lo que hizo el jóven? exclamó el conserge interrumpiéndose á sí mismo.

—Hablad.

—Cogió al difunto, le llevó á su propio cuarto, le metió en su cama volviéndole hácia la pared, y luego volvió él al calabozo vacío; tapió el subterráneo y se metió en el sudario del muerto. ¿Habeis visto una idea semejante?

Monte-Cristo cerró los ojos y volvió á sentir todas las impresiones que habia sentido cuando aquella tela grosera llena aun del frio que el cadáver le habia comunicado, le cubrió el rostro.

El carcelero prosiguió:

—Oid cuál era su proyecto. Creia que se enterraban los muertos en el castillo de If, y como se figuraba que no se haria gasto de nichos para los presos, pensaba levantar la tierra con sus espaldas, pero por desgracia habia en el castillo una costumbre: no se enterraba á los muertos, se contentaban con atarles una bala de cañon á los piés y arrojarlos al mar, que fué lo que se hizo. Arrojóse á nuestro hombre desde lo alto de la galería, y á la mañana siguiente se encontró en la cama al verdadero muerto, y se adivinó todo, porque entonces los enterradores dijeron lo que no se habian atrevido á decir, y es que en el momento que arrojaron el cuerpo al vacío oyeron un grito terrible, ahogado al mismo instante por el agua del mar.

El conde respiraba penosamente; corria el sudor por su frente, y oprimia la angustia su corazon.

—No, murmuró, no. La duda que me ha asaltado era un principio de olvido; pero aquí el corazon se reconcentra otra vez y vuelve á estar sediento de venganza.

Luego preguntó al carcelero:

—¿No se ha vuelto á hablar del preso?

—¡Nunca! ¡nunca! Ya comprenderéis que sucedió una de dos cosas; ó cayó de plano y como caia de una altura de cincuenta piés se mató en el acto...

—Habeis dicho que le habian atado una bala á los piés; con que caeria de pié.

—O caeria de pié, repuso el carcelero, y entonces el peso de la bala le arrastraria al fondo, donde acabó su vida el pobre hombre.

—¿Le compadeceis?

—Sí, á fe mia, aunque estaba en su elemento.

—¿Qué quereis decir?

—Que corria el rumor de que aquel desgraciado era en sus tiempos un oficial de marina preso por bonapartista.

—¡Verdad! murmuró el conde. Dios te ha hecho para sobrenadar en las aguas y en las llamas. Así el pobre marino vive en la idea de algunas personas; se cuenta su terrible historia al amor de la lumbre, y se tiembla al recordar cómo atravesó el espacio para hundirse en el abismo.—Y ¿no se ha sabido nunca su nombre? preguntó en alta voz.

—¿Cómo se habia de saber, respondió el carcelero, si solo era conocido por el número treinta y cuatro?

—¡Villefort! Villefort! murmuró Monte-Cristo. ¡Ese mismo has debido decirte muchas veces cuando mi espectro te asaltara en sueños!

—¿Quereis continuar la visita? le preguntó el carcelero.

—Sí, sobre todo, si quereis enseñarme el calabozo del pobre abate.

—¡Ah! ¿el del número veinte y siete?

—Sí, el del número veinte y siete, repuso Monte-Cristo.

Y parecióle oir aun la voz del abate Faria, cuando él le preguntó su nombre, y Faria le respondió:—número veinte y siete.

—Venid.

—Esperad, dijo Monte-Cristo, que mire por última vez este calabozo por todas partes.

—Bien me viene eso, dijo el guia, puesto que he olvidado la llave del otro.

—Id á buscarla.

—Os dejaré la antorcha.

—No, llevéosla.

—Pero ¿os vais á quedar sin luz?

—Veo á oscuras.

—¡Calle! ¡cómo él!

—¿Quién es él?

—El número treinta y cuatro. Se dice que se habia acostumbrado tanto á la oscuridad, que hubiera visto un alfiler en el rincon mas oscuro de su calabozo.

—Diez años necesitó para conseguirlo, murmuró el conde.

El carcelero se marchó llevándose la antorcha.

El conde habia dicho la verdad.

Pasados apenas diez segundos distinguia ya todas las cosas de la habitacion como á medio dia.

Entonces se puso á mirar en torno suyo convenciéndose de que efectivamente estaba en su calabozo.

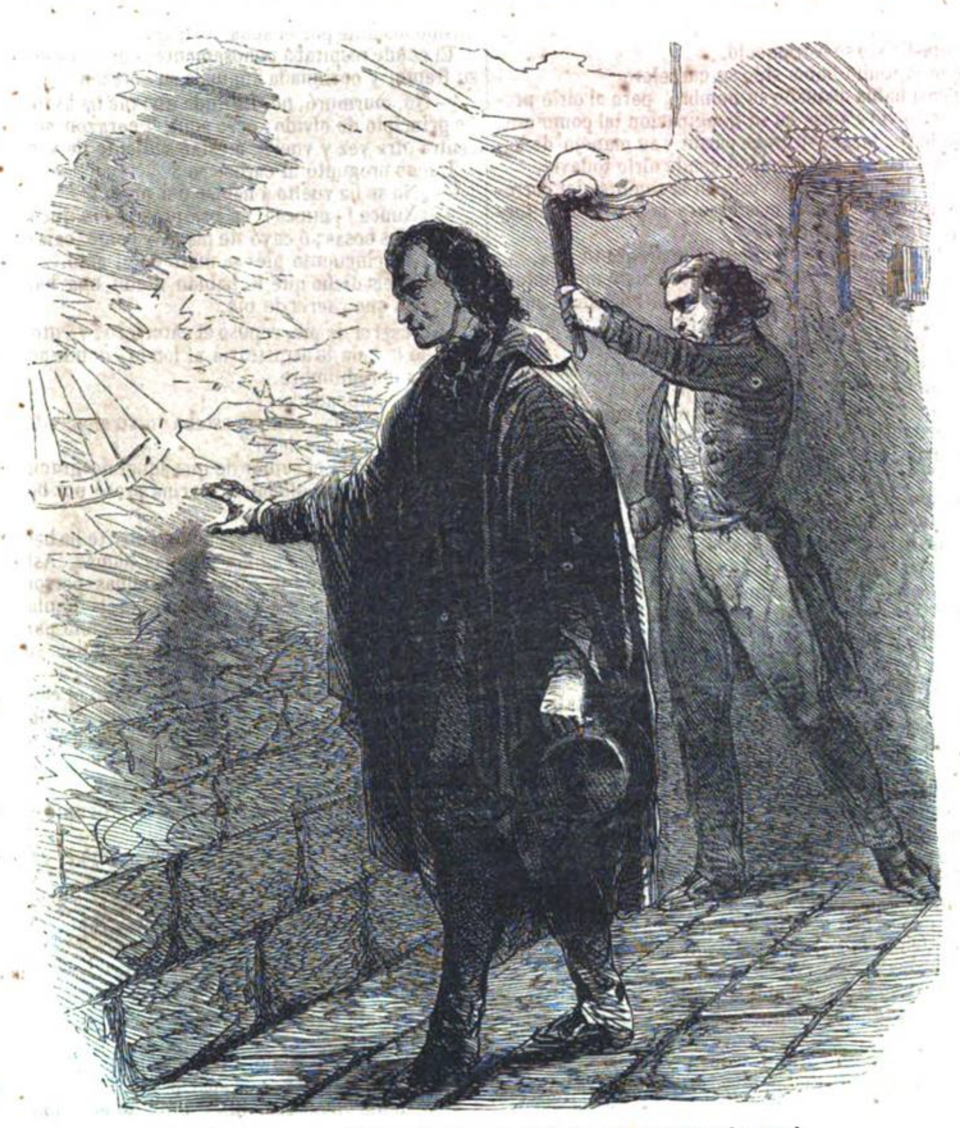
—Sí, dijo, esa es la piedra en que me sentaba; esa es la señal que dejó el roce de mis espaldas en la pared; esa es la huella de la sangre que corrió de mi frente el dia que quise estrellarme... ¡Oh, estos números los recuerdo bien! los hice un dia calculando la

—¡Oh! sí, exclamó. En mis últimos tiempos eso era lo único que le pedia á Dios. No le pedia la libertad, le pedia la memoria por temor de volverme loco y de olvidar. ¡Dios mio! me habeis conservado la memoria, y he recordado... ¡Gracias, gracias, Dios mio!

En este momento se proyectó en la pared la luz de la antorcha, porque regresaba el guia.

Monte-Cristo le salió al encuentro.

—Seguidme, dijo el carcelero.



La primera cosa que le llamó la atencion fué el reloj trazado en la pared.

edad de mi padre para saber si le encontraria vivo, y la edad de Mercedes para saber si la encontraria libre!... Despues de haber hecho ese cálculo concebí un momento de esperanza... ¡No contaba con el hambre ni con la infidelidad!

Y una sonrisa amarga se escapó de los labios del conde.

¡Acababa de ver, como si fuera en sueños, á su padre yendo á la tumba, y á Mercedes yendo al altar!

En la otra pared habia una inscripcion que aun se destacaba, porque era blanca, en el fondo verdinegro.

«¡Dios mio! leyó Monte-Cristo, conservadme la memoria.»

Y sin hacerle subir á las habitaciones exteriores, le llevó por un corredor subterráneo que conducia á otra entrada.

Allí se vió asaltado Monte-Cristo de un mundo de pensamientos.

La primera cosa que le llamó la atencion fué el relój trazado en la pared, en el cual contaba las horas el abate Faria, y además los restos de la cama en que habia muerto el pobre preso.

En vez de las angustias que habia sentido en su calabozo se apoderó de su corazon un sentimiento dulce y tierno; un sentimiento de gratitud, y dos lágrimas cayeron de sus ojos.

—Aquí estaba el abate loco, dijo el guia. Por allí venia á buscarlo el jóven.

Y señaló á Monte-Cristo la abertura de la galería subterránea, que aun no estaba tapada enteramente.

—Por el color de la piedra, continuó el carcelero, ha reconocido un sabio que debia hacer lo menos diez años que estaban en comunicacion los dos presos. ¡Pobres hombres! ¡cuánto debieron fastidiarse en esos diez años!

Dantes sacó de su bolsillo algunos luises y se los dió á aquel hombre que por segunda vez le compadecia sin conocerle.

El portero los recibió creyendo que era moneda menuda, pero á la luz de la antorcha conoció su valor.

—Os habeis equivocado, caballero, le dijo.

—¿Por qué?

—Porque es oro lo que me habeis dado.

—Ya lo sé.

—¡Cómo! ¿lo sabeis?

—Sí.

—¿Y puedo guardarlo en conciencia?

—Sí.

El carcelero miró á Monte-Cristo con asombro.

—¡Y *honradazo!* dijo el conde, como Hamlet.

—Caballero, repuso el guia dudando de sus propios ojos, no comprendo vuestra generosidad.

—Pues es muy fácil comprenderla, amigo mio, dijo el conde. He sido marino, y esa historia debe conmoverme mas que á otros.

—Puesto que sois tan generoso, dijo el guia, mereceis que os ofrezca una cosa.

—¿Qué vais á ofrecerme, amigo mio? ¿cestitos? ¿obras de paja? gracias.

—No señor, es una cosa que tiene relacion con la historia que os acabo de contar.

—¿De veras? exclamó el conde vivamente. Y ¿qué es?

—Oid lo que pasó, repuso el carcelero. Yo me dije á mi mismo:—en el calabozo donde un preso ha pasado quince años se encuentra siempre algo;—y me puse á examinar las paredes.

—¡Ah! exclamó Monte-Cristo recordando los dos secretos del abate.

—A fuerza de reconocimientos, prosiguió el guia, descubrí que sonaba hueco á la cabecera de la cama y en la chimenea.

—Sí, sí, dijo Monte-Cristo.

—Levanté las piedras y encontré...

—¡Herramientas! ¡una escala de cuerda! exclamó el conde.

—¿Cómo sabeis eso? le preguntó el carcelero con asombro.

—No lo sé, lo adivino, dijo el conde. Se suelen encontrar cosas de esas en los agujeros que hacen los presos.

—Sí, señor, herramientas y una escala de cuerda, prosiguió el guia.

—Y ¿los tienes aun? exclamó Monte-Cristo.

—No, señor. Las he vendido como objetos muy curiosos que eran, á las personas que han venido á visitar el castillo; pero me queda otra cosa.

—¿Qué? le preguntó impaciente el conde.

—Me queda una especie de libro escrito en pedazos de tela.

—¡Oh! ¿te queda ese libro? exclamó Monte-Cristo.

—Ignoro si es un libro, dijo el carcelero; pero me queda lo que os digo.

—Ve á buscármelo, amigo mio, y si es lo que yo presumo.... tranquilízate...

—Ya voy, señor.

Y se marchó el guia.

Entonces el conde fué á arrodillarse piadosamente ante los restos de aquella cama convertida á sus ojos en altar por la muerte.

—¡Oh, mi segundo padre! tú que me diste libertad, ciencia y riqueza, dijo; tú, que semejante á las criaturas de esencia superior á la nuestra, poseias la ciencia del bien y del mal, si en el fondo de la tumba queda de nosotros algo que palpite á la voz de los que han quedado sobre la tierra, si en la trasfiguracion que sufren los cadáveres flota alguna cosa animada en los sitios en donde hemos amado mucho ó sufrido mucho, corazon noble, espíritu supremo, alma profunda, te suplico en nombre de aquel amor paternal que me otorgaste y de este respeto filial que yo te consagro, te suplico que con una palabra, con un signo, con una revelacion cualquiera me quites este resto de duda, que si no se cambia en conviccion, llegará á ser un remordimiento!

El conde bajó la cabeza y juntó las manos.

—Tomad, caballero, dijo una voz detrás de él.

Monte-Cristo se estremeció y volvió la cara.

El carcelero le alargaba aquellos pedazos de tela donde el abate Faria habia derramado todos los tesoros de su ciencia; manuscrito que era su grande obra sobre el reino de Italia.

Apoderóse de él el conde, y sus ojos fijándose desde luego en el epígrafe leyeron:

«Arrancarás los dientes al dragon y dominarás á los leones, ha dicho el Señor.»

—Esta es la respuesta, exclamó. ¡Gracias, gracias, padre mio!

Y sacando una cartera que contenia diez billetes de banco de á mil francos cada uno, dijo á su guia.

—Toma esta cartera.

—¿Me la dais?

—Sí, pero á condicion de que no mirarás lo que hay dentro hasta que yo me haya marchado.

Y metiéndose en el pecho la reliquia que acababa de encontrar, mas rica para él que el mas rico tesoro, lanzóse fuera del subterráneo y volvió á entrar en la barca diciendo:

—¡A Marsella!

Por el camino murmuraba con los ojos fijos en la lúgubre prision.

—¡Ay de los que me encerraron en esa lúgubre prision, y ay de los que olvidaron que yo estaba encerrado!

Al pasar por delante de los Catalanes volvió el conde la cara, y embozándose en su capa hasta los ojos, murmuró el nombre de una mujer.

La victoria era completa. El conde habia vencido á la duda por dos veces.

Aquel nombre que pronunciaba con una expresion de terneza muy parecida al amor era el nombre de Haydee.

Despues de desembarcar dirigióse Monte-Cristo al cementerio donde estaba seguro de encontrar á Morrel.

¡El tambien diez años antes habia buscado piadosamente una tumba en aquel cementerio, y la habia buscado en valde!

¡El, que volvia á Francia millonario, no habia podido encontrar la tumba de su padre muerto de hambre!

Pedro Morrel la habia señalado con una cruz; pero aquella cruz se habia caido, y el enterrador habia hecho lumbre con ella como hacen los enterradores con toda la madera que pueden hallar en los cementerios.

El digno comerciante habia sido mas dichoso. Muerto en brazos de sus hijos, habia ido acompañado de ellos á dormir junto á su mujer, que le precedió dos años.

Dos largas losas de mármol donde estaban escritos sus nombres, se extendian paralelas, sombreadas por cuatro cipreses y cerradas por una balaustrada de hierro.

Maximiliano estaba apoyado en uno de estos árboles fijando en las dos sepulturas sus ojos vagos.

Su dolor era profundo, casi excesivo.

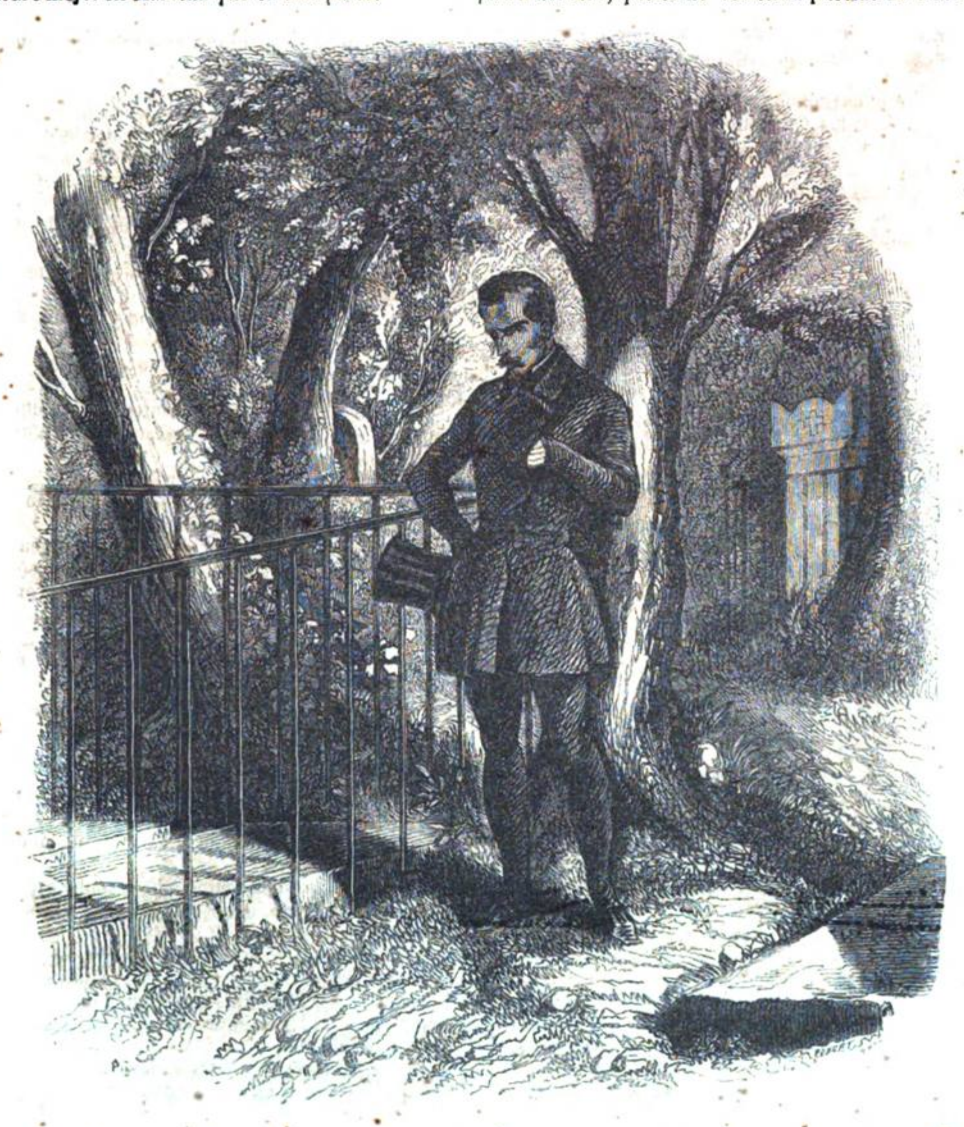
—Maximiliano, le dijo el conde, no es ahí adonde se debe mirar, sino allí.

Y le señaló el cielo.

—Los muertos están en todas partes, dijo Morrel. ¿No fué eso mismo lo que me dijísteis para hacerme salir de Paris?

—Maximiliano, repuso el conde, durante el viaje me pedisteis deteneros en Marsella algunos dias. ¿Es ese aun vuestro deseo?

—Yo no tengo deseos, conde. Solo me parece que esperaré mejor en Marsella que en otra parte.



Maximiliano estaba apoyado en uno de estos árboles.

—Tanto mejor, Maximiliano, porque os dejo llevándome vuestra palabra, ¿no es verdad?

—¡Ah, conde! la olvidaré, dijo Morrel.

—No, no la olvidaréis, Maximiliano, porque sois ante todo hombre de honor, porque habeis jurado y porque vais á jurar otra vez.

—¡Oh conde, tened piedad de mí, que soy tan desgraciado!...

—Yo he conocido un hombre mas desgraciado que vos, Morrel.

—¡Imposible!

—¡Ah! dijo Monte-Cristo. Uno de los orgullos de la pobre humanidad es que cada hombre se cree mas desgraciado que el otro desgraciado que llora y gime junto á él.

—¿Hay hombre mas desgraciado que el que ha perdido el único bien que amaba y deseaba en la tierra?

—Escuchad, Morrel, dijo Monte-Cristo, y fijad vuestra atencion en lo que voy á contaros. Yo he conocido á un hombre, que como vos tenia puestas en una mujer todas sus ilusiones y todas sus esperanzas. Aquel hombre era jóven, tenia un padre anciano á quien amaba, y una novia en quien adoraba; cuando de repente, por uno de esos caprichos de la suerte que harian dudar de la bondad de Dios, si Dios no se nos revelase mas tarde mostrándonos que para él todos los medios conducen á su unidad infinita; cuando de repente un capricho de la suerte le quitó su libertad, su novia y el porvenir que soñaba (porque, ciego que era, solo podia ver en el presente) para sumergirle en el fondo de un calabozo.

—¡Ah! repuso Morrel, de un calabozo se sale á los ocho dias, al mes, al año.

—El estuvo catorce años, Morrel, dijo el conde poniéndole la mano en la espalda.

Maximiliano se extremeció.

—¡Catorce años! murmuró.

—¡Catorce años! repitió el conde. ¡En ese tiempo, tambien él como vos tuvo momentos de desesperacion; tambien él como vos quiso matarse creyéndose el mas desgraciado de los hombres!

—Y ¿qué más? preguntó Morrel.

—En el momento supremo, Dios se descubrió á él por un medio humano, porque Dios no hace milagros. Quizás al primer golpe de vista (los ojos cegados de lágrimas necesitan tiempo para volver á ver) no comprendió esta misericordia infinita del Señor; pero en fin, tuvo paciencia y esperó. Un dia salió milagrosamente del calabozo trasfigurado, riquísimo, casi un Dios. Su primer pensamiento fué para su padre... su padre habia muerto.

—¡Mi padre tambien ha muerto! dijo Morrel.

—Sí, pero ha muerto en vuestros brazos, amado, honrado, rico, dichoso; y su padre murió pobre, desesperado, dudando de Dios; y cuando diez años despues buscaba el hijo su tumba, hasta su tumba habia desaparecido, y nadie supo decirle; —¡ahí reposa el que tanto te amó!

—¡Oh! murmuró Morrel.

—¡Aquel hijo fué mas desgraciado que vos, Maximiliano, porque ni siquiera pudo encontrar la tumba de su padre!

— Pero á lo menos le quedaba su amada, repuso Morrel.

—Os engañais, Maximiliano. Aquella mujer...

—¡Habia muerto! exclamó Maximiliano.

—¡Peor que eso! ¡habia sido infiel! ¡se habia casado con uno de los enemigos de su amante! Ya veis, Morrel, que aquel amante fué mas desgraciado que vos.

—¿Y Dios le ha dado consuelo á ese hombre? preguntó Morrel.

—Le ha enviado siquiera tranquilidad.

—Y ¿podrá ser dichoso todavía?

—Así lo espera, Maximiliano.

El jóven dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Os empeño mi palabra, dijo despues de un instante de silencio y tendiéndole la mano á Monte-Cristo. Recordad solamente.....

—Os espero, Morrel, el 5 de octubre en la isla de Monte-Cristo. El dia 4 encontraréis en Bastia un yacht que se llama el *Eurus;* le diréis al patron vuestro nombre, y os conducirá adonde estoy yo. ¿Quedamos acordes, Maximiliano?

—Acordes, conde; y lo haré al pié de la letra; pero tened presente que el 5 de octubre...

—Niño, que no sabe aun lo que es la promesa de un hombre... Os he dicho veinte veces que aquel dia si seguís empeñado en morir yo os ayudaré, Morrel. Adios.

—¿Me dejáis?

—Sí, tengo que hacer en Italia. Os dejo solo luchando con la tristeza, y solo con esa águila poderosa que el Señor le envia á sus elegidos para trasportarlos á su cielo. La historia de Ganimedes no es una fábula, Maximiliano, sino una alegoría.

—¿Y cuándo os marchais?

—Ahora mismo. Me está esperando el vapor. Dentro de una hora estaré muy léjos de aquí. ¿Me acompañaréis hasta el pue to, Maximiliano?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Abrazadme.

Morrel acompañó al conde hasta el puerto. Ya el tubo negro del vapor lanzaba á los cielos una inmensa columna de humo.

Partió en seguida el navío, y una hora despues como lo habia dicho Monte-Cristo, apenas se distinguia aquella faja de humo blancuzco en el horizonte oriental, oscurecido ya por el crepúsculo de la noche.

CAPITULO XV.

PEPPINO.

En el mismo momento en que el vapor del conde desaparecia detras del cabo Morgion, un hombre que iba corriendo la posta desde Florencia á Roma acababa de pasar por el pueblecito de Aquapendente.

Caminaba bastante á prisa para andar mucho camino sin hacerse sospechoso.

Aquel hombre debia ser francés, no solo porque iba vestido con un gaban ó dicho mejor, con un sobretodo, que, aunque maltratado por el viaje, dejaba ver una cinta de la Legion de Honor colocada en el ojal de su frac, sino tambien por el acento con que hablaba al postillon.

Otra prueba mas de que aquel hombre habia nacido en el país de la lengua universal, era que no sabia mas palabras italianas que aquellas frases musicales que, como el *goddam* de Fígaro, pueden reemplazar á todas las sutilezas de todos los idiomas.

Alegro, decia á los postillones á cada subida.

Moderato, les decia á cada bajada.

Y solo Dios sabe cuántas bajadas y subidas hay desde Florencia á Roma por el camino de Aquapendente.

Por lo demás, estas palabras desternillaban de risa á los buenos hombres á quienes iban dirigidas.

En presencia de la ciudad eterna, es decir, al llegar á la Stora, punto desde donde se apercibe Roma, no demostró el viajero ese sentimiento de entusiasta curiosidad que impulsa á los extranjeros á incorporarse en su silla de posta para contemplar la famosa cúpula de San Pedro, que es lo primero que se vé claramente.

No, lo único que hizo fué sacar una cartera del bolsillo, y de la cartera un papel doblado, que desdobló y volvió á doblar con una atencion muy parecida á respeto, contentándose con decir:

—¡Bueno! lo tengo.

El carruaje entró por la puerta del Popolo, y tomando á la derecha, fué á parar á la fonda de España.

Nuestro antiguo conocido maese Pastrini salió sombrero en mano á la puerta á recibir al viajero.

Apeóse este, y pidiendo una buena comida, se informó de las señas de la casa de Thonsom y French, señas que al punto le dieron, por ser esta casa una de las mas conocidas de Roma.

Está junto á San Pedro, en la via Dei Banchi.

En Roma, como en todas partes, es un acontecimiento la llegada de una silla de posta.

Diez jóvenes, descendientes de Mario y de los Gracos, descalzos de pié y pierna y con los codos al aire, pero con un brazo en jarra y el otro enarcado pintorescamente por detrás de la cabeza, contemplaban al viajero, á la silla y á los caballos.

A estos pilluelos de la ciudad santa se habian unido unos cincuenta papanatas de aquellos que forman corros en el puente de Saint-Angelo y escupen al Tiber cuando trae agua.

Ahora bien, como los pilluelos y los papanatas de Roma, mas afortunados que los de Paris, entienden todas las lenguas, y en particular la francesa, oyeron al viajero pedir una habitacion y una comida y preguntar en fin las señas de la casa de Thonsom y French.

De resultas de esto, cuando el recien venido salió de la fonda con el cicerone de rigor, destacóse un hombre del grupo de los curiosos, y sin que el viajero reparara en él ni menos al parecer su guia, echó á andar detrás de ellos con tanta maña como hubiera podido hacerlo un agente de la policía francesa.

Tenia tanta prisa el extranjero por hacer su visita á la casa de Thonsom y French, que no habia podido esperar á que estuviera enganchado su carruaje, y mandó que le saliese al encuentro en el camino ó le esperase á la puerta del banquero.

llegaron sin que el carruaje los hubiese alcanzado.

El francés entró dejando en la antesala á su guia, que en seguida trabó conversacion con dos ó tres de esos industriales sin industria, ó mas bien industriales de mil industrias, que se encuentran siempre en Roma á la puerta de los banqueros, de las iglesias, de las ruinas, de los museos ó de los teatros.

El hombre que los seguia entró al mismo tiempo que el francés. El francés llamó á la puerta del despacho y entró en la primera habitacion.

Su sombra hizo otro tanto.

—¿Los señores Thonsom y French? preguntó el extranjero.

A una seña de un criado de confianza, centinela perenne de la primera oficina, se levantó una especie de lacayo.

—¿A quién anunciaré? le preguntó al extranjero disponiéndose á ir delante de él.

—Al señor baron Danglars, respondió el francés.

—Venid, dijo el lacayo.

Y se abrió una puerta y desaparecieron por ella el lacayo y el baron.

El hombre que habia entrado detrás de Danglars se sentó en un banco.

El empleado centinela siguió escribiendo por espacio de cinco minutos, y en este intervalo el hombre sentado guardó el silencio mas profundo, y la inmovilidad mas absoluta.

En esto dejó de correr su mano sobre el papel, y levantando la cabeza miró con atencion por todas partes para convencerse de que estaban solos, y dijo:

—¡Ah! ¿eres tú, Peppino?

—Sí, respondió este lacónicamente.

—¿Has olfateado algo bueno en ese hombre?

—No hay gran mérito en ello, pues nos han avisado.

—¿Luego sabes lo que viene á hacer aquí, curioso?

—¡Pardiez! viene á cobrar. Falta saber cuánto.

—Te se va á decir al momento, amiguito.

—Bien, pero no vayas á darme noticias falsas como el otro dia.

—¿Qué quieres decir? ¿hablas de aquel inglés que cobró tres mil escudos?

—No. Aquel tenia con efecto los tres mil escudos y se los encontramos. Hablo del príncipe ruso...

—¿Y qué?

—Que nos habias acusado treinta mil libras, y solo le encontramos veinte y dos.

—Le registraríais mal.

—Luigi Vampa le registró en persona.

—En ese caso habria pagado sus deudas...

—¡Un ruso!

—O habria gastado el dinero.

—Eso es mas posible.

—Es seguro; pero déjame ir á mi observatorio, porque si no el francés hará su negocio sin que pueda yo saber á punto fijo la cantidad.

Hizo Peppino una señal afirmativa, y sacando un rosario del bolsillo se puso á murmurar algunas oraciones, mientras desaparecia el empleado por la misma puerta que habia dado paso al lacayo y al baron.

Unos diez minutos despues volvió con aire satisfecho.

—¿Qué hay? le preguntó Peppino.

—¡Alerta! ¡alerta! dijo el empleado. La cantidad es gorda.

—Cinco ó seis millones ¿no es verdad?

—Sí, ¿lo sabes?

—Sobre un recibo de su excelencia el conde de Monte-Cristo.

—¿Conoces al conde?

—Cobrable en Roma, Venecia ó Viena.

—Eso es. ¿Cómo estás tan bien informado? exclamó el escribiente.

—Ya te he dicho que teníamos aviso.

—¿Entonces por qué te diriges á mí?

—Para asegurarme de que es esa la persona de que se trata.

—Esa es... cinco millones... buena cantidad, ¿eh Peppino?

—Sí.

—Nunca tendrémos nosotros tanto.

—A lo menos tendrémos algo, respondió Peppino filosóficamente.

—Silencio, aquí viene nuestro hombre.

El empleado volvió á coger su pluma y Peppino su rosario. El uno escribia y el otro rezaba cuando volvió á abrirse la puerta.

Danglars apareció radiante acompañado del banquero, que le acompañó hasta la puerta.

Detrás de Danglars salió Peppino.

Segun las órdenes que habia dado, el carruaje esperaba á Danglars á la puerta de la casa Thonsom y French.

El cicerone tenia la portezuela abierta, porque el cicerone es una criatura muy complaciente y que sirve para todo.

Danglars saltó al carruaje con la ligereza de un jóven de veinte años.

El cicerone cerró la portezuela y se colocó junto al cochero.

Peppino se sentó en la zaga.

—¿Quiere vuestra excelencia ver San Pedro? le preguntó el cicerone.

—¿Para qué? le respondió el baron.

—¡Toma! para verlo.

—Yo no he venido á Roma á ver, dijo en voz alta, sino á tocar, añadió en voz baja, con su sonrisa de avaro, —y tocó en efecto su cartera donde acababa de guardar una letra.

—Entonces su excelencia irá...

—A la fonda.

—A casa de Pastrini, dijo el cicerone al cochero.

Y el coche partió á galope como si no fuera de alquiler.

Diez minutos despues el baron habia vuelto á su cuarto, y Peppino se instalaba en un banco que habia á la puerta de la fonda, no sin haber dicho algunas palabras al oido de uno de aquellos descendientes de Mario y de los Gracos, que echó á correr por el camino del Capitolio con toda la ligereza de sus piernas.

Danglars estaba cansado y satisfecho y tenia sueño.

Acostóse pues, puso la cartera debajo de la almohada y se durmió.

Como Peppino tenia tiempo de sobra, se puso á jugar á la *morra* con unos faccinos, perdió tres escudos, y para consolarse, se bebió un vaso de vino de Orbietto.

Aunque se habia acostado temprano, se levantó Danglars tarde, pues hacia tres noches que dormia muy mal, si es que dormia.

Almorzó opiparamente, é importándosele un ardite como habia dicho, ver las cosas notables de la ciudad eterna, pidió sus caballos de posta para el medio dia.

Pero Danglars habia contado sin las formalidades de la policía y sin la pereza del maestro de postas.

Los caballos no llegaron hasta las dos, y el cicerone no trajo refrendado el pasaporte hasta las tres.

Todos estos preparativos habian atraido una multitud de papanatas á la puerta de maese Pastrini sin que faltasen tampoco descendientes de Mario y de los Gracos.

El baron atravesó triunfalmente por entre estos grupos que le llamaban excelencia porque les diese limosna, y como en su cualidad de hombre popular se habia contentado con llamarse á sí mismo baron, le lisonjeaba tanto el tratamiento de excelencia, que distribuyó una docena de escudos entre aquella canalla, dispuesta por otros doce escudos á darle el tratamiento de alteza.

—¿Qué camino? le preguntó el postillon en italiano.

—Camino de Ancona, respondió el baron.

Tradujo maese Pastrini la pregunta y la respuesta, y partió á golope el carruaje.

Danglars queria efectivamente pasar á Venecia, y desde allí á Viena á realizar el resto de su fortuna. Su intencion era fijarse en esta última poblacion, que le habian asegurado ser fecunda en placeres y distracciones. pera, bienestar que le habia procurado una noche tan buena.

Hallábase tendido muellemente en una silla inglesa de dobles resortes, y se sentia arrastrado por dos caballos magníficos.

El sabia que cada parada era de siete leguas.

¿Qué hará, pues, el que es banquero y banquero quebrado por fortuna?

Danglars apareció radiante acompañado del banquero.

Apenas habian andado tres leguas por la campiña romana, cuando empezó á anochecer.

Danglars no creia que fuese tan tarde, pues de lo contrario se hubiera quedado en Roma.

Preguntó al postillon cuánto faltaba para el pueblo mas inmediato, y el postillon le respondió:

—*Non capiasco.*

Danglars hizo un movimiento de cabeza que queria decir: —muy bien.

El carruaje siguió su camino.

—Me quedaré en la primera parada de postas, se dijo á sí mismo.

Danglars sentia aun un resto del bienestar de la vis-

Danglars pensó diez minutos en su mujer, que se habia quedado en Paris; otros diez minutos en su hija, que corria por el mundo con la señorita d'Armilly; concedió otros diez minutos á sus acreedores y al modo de emplear su dinero, y no teniendo nada mas que pensar, cerró los ojos y se durmió.

Sin embargo, cuando el carruaje hacia algun movimiento mayor que los otros, Danglars abria los ojos para verse siempre arrebatado con increible celeridad por la misma campiña de Roma, toda sembrada de acueductos ruinosos que parecen gigantes de granito.

Pero la noche estaba fria, oscura y lluviosa, y era muy preferible para un hombre medio dormido pero

manecer en el fondo del carruaje con los ojos cerrados que no sacar la cabeza por la portezuela para preguntar dónde estaba á un postillon que solo sabia responder — *non capiasco*.

Siguió Danglars, pues, durmiendo y diciéndose á sí mismo que en la parada tendria tiempo de despertar.

En esto paró el carruaje, figurándose Danglars que habia conseguido lo que tanto deseaba.

Volvió á abrir los ojos y miró por los cristales creyendo encontrarse en alguna ciudad ó por lo menos en alguna poblacion; pero solo vió un edificio aislado y tres ó cuatro hombres que iban y venian como fantasmas.

Por un instante abrigó la esperanza de que el postillon que acababa de correr viniera á reclamarle lo que debia, y pensaba aprovechar esta ocasion para pedirle noticias de dónde se hallaba; pero se mudó el tiro sin que nadie viniese á pedirle dinero.

Asombrado Danglars, abrió la portezuela, pero una mano vigorosa volvió á meterle dentro, y siguió su camino el carruaje.

Estupefacto el baron, despertó por completo.

—¡Eh, eh, *mio caro!* gritó al postillon.

Como se ve, todo el italiano que hablaba Danglars, lo habia aprendido en los duos y romanzas que cantaba Eugenia con el príncipe Cavalcanti.

Mio caro no respondió.

Danglars se contentó con abrir la portezuela de la delantera.

—¡Eh, eh, amigo! ¿adónde vamos? gritó sacando la cabeza.

—DENTRO LA TESTA, gritó una voz grave é imperiosa acompañada de una amenaza.

Danglars comprendió que — DENTRO LA TESTA — queria decir — meted la cabeza.

Como se ve, iba haciendo grandes progresos en el italiano.

Obedeció pues, no sin inquietud, y como esta inquietud se iba aumentando por minutos, al cabo su imaginacion, de vacía que hemos dicho que estaba al ponerse en camino, vacío que le hizo dormirse, hallóse llena de una multitud de pensamientos mas ó menos propios para interesar á un viajero, y sobre todo á un viajero que estuviese en la situacion de Danglars.

Sus ojos adquirieron ese grado de perspicacia en medio de las tinieblas que les comunican desde el primer momento las emociones fuertes, perspicacia que se pierde al fin de poco usada y gastada.

Antes de tener miedo se ven las cosas como son; cuando se tiene miedo se ven dobles, y despues de pasado el miedo no se ve nada.

Danglars vió á un hombre embozado en una capa galopando al estribo derecho de su carruaje.

—¡Será algun gendarme! dijo. Me habrán denunciado los telégrafos franceses á las autoridades romanas.

Y resolvió salir de esta ansiedad preguntándole:

—¿Adónde me llevais?

—DENTRO LA TESTA, repitió la misma voz con el mismo acento de amenaza.

Danglars se volvió á la portezuela de la izquierda.

Tambien de aquel lado llevaba gentilhombre.

—Esto es hecho, me pescaron, dijo Danglars sudando de piés á cabeza.

Y se arrojó en el fondo del carruaje, no á dormir sino á pensar.

Un instante despues salió la luna.

Desde el fondo de la silla paseó una mirada por todo el campo, volviendo á ver aquellos grandes acueductos que habia visto ya, solo que antes estaban á su derecha, y ahora los tenia á la izquierda, con que comprendió que le habian hecho dar media vuelta y le conducian otra vez á Roma.

—¡Pobre de mí! murmuró Danglars. Habrán obtenido del gobierno pontificio mi extradicion.

El carruaje seguia corriendo con terrible rapidez.

Así pasó una hora tremenda, porque á cada nuevo indicio comprendia el fugitivo que volvia por los mismos pasos indudablemente.

Al fin vió un punto negro, una mole enorme, en la cual parecia que iba á estrellarse el carruaje, pero dió este una vuelta para costear aquella inmensa mole que no era otra cosa que la muralla de Roma.

—¡Oh, oh! murmuró el banquero, ¡no entramos en la ciudad! ¿luego no es la justicia la que me prende? ¡Dios mio! si será...

Y se le erizaron los cabellos recordando aquellas interesantes historias de bandidos romanos que tan inverosímiles le parecian en Paris, cuando Alberto de Morcef se las contaba á Mad. Danglars y á Eugenia antes de desbaratarse el proyecto de matrimonio.

—¿Si serán ladrones? murmuró.

De repente entró el carruaje en un camino que no parecia de arena.

Aventuróse Danglars á dirigir una mirada y vió una porcion de monumentos de forma extraña, y como tenia preocupado su pensamiento con la aventura de Morcef, que recordaba ahora con todos sus pormenores, su imaginacion le dijo que debia hallarse en la via Appiana.

A la derecha del carruaje, en una especie de valle, se veia una excavacion circular.

Era el circo de Caracalla.

El hombre que galopaba á la derecha pronunció una palabra y paró el carruaje.

Al mismo tiempo se abrió la portezuela de la izquierda.

— *Scindi*, gritó una voz de mando.

Danglars se apeó al instante. Aunque no hablaba aun el italiano, lo entendia ya; y mas muerto que vivo miró en torno suyo.

Cuatro hombres le rodeaban sin contar el cochero.

— *Di qua*, dijo uno de los cuatro hombres echando por una vereda que conducia desde la via Appiana al comedio de una de esas informes encrucijadas de la campiña de Roma.

Danglars siguió á su guia sin discusion. No tuvo necesidad de volverse para saber que le seguian los tres hombres.

Sin embargo, parecióle que aquellos hombres se iban quedando parados como centinelas colocadas á cierta distancia unas de otras.

A los diez minutos de camino, durante los cuales no habló Danglars una sola palabra con su guia, encontróse entre un cerrillo y unos matorrales.

Inmóviles, mudos y de pié formaban tres hombres un triángulo, del cual era el centro él.

Quiso hablar, pero se le trabó la lengua.

— *Avanti*, dijo la misma voz con acento breve é imperioso.

Esta vez comprendió Danglars doblemente, comprendió por la palabra y por la accion; porque el hombre que caminaba detrás de él le empujó hácia adelante con tanta fuerza, que le hizo tropezar con su guia.

Este guia era nuestro amigo Peppino, que se deslizó entre los matorrales por una sinuosidad, que solo las garduñas y los lagartos pudieran recorrer.

Peppino se detuvo delante de una roca coronada por un espeso matorral. Entreabierta esta roca como la pupila de un ojo, dió paso al jóven, que desapareció por ella como desaparecen por sus trampas los diablos de nuestras comedias de magia.

La voz y el gesto del que le seguia obligaron á Danglars á hacer otro tanto.

Ya no era posible dudar. El banquero quebrado se hallaba en poder de los bandidos romanos.

Danglars salió del paso como hombre colocado entre dos peligros terribles y como hombre que el miedo hace valiente.

Con grave detrimento de su barriga muy mal dis-

puesta para penetrar en las sinuosidades de la campiña de Roma, deslizóse detrás de Peppino cerrando los ojos y cayó de pié.

Al tocar la tierra volvió á abrir los ojos.

El camino era ancho, pero oscuro.

Importándole ya poco á Peppino el ocultarse, puesto que estaba en su casa, echó chispas y encendió una antorcha.

Otros dos hombres bajaron detrás de Danglars formando la retaguardia y empujándole cuando por casualidad se detenia. Así llegaron por una pendiente suave al centro de una encrucijada de siniestra apariencia.

Con efecto, cuajadas las paredes de sepulturas puestas unas sobre otras, parecian abrir esos ojos negros y profundos que se ven en las calaveras.

Un centinela alzando las barras de su carabina gritó:

—¿Quién vive?

—¡Amigo, amigo! dijo Peppino. ¿Dónde está el capitan?

—¡Allí! dijo el centinela señalándole una especie de sala tallada en la piedra, y cuya luz se reflejaba en la catacumba por grandes tragaluces cónicos.

—¡Buena presa, capitan, buena presa! dijo Peppino en italiano.

Y cogiendo á Danglars por el gaban le condujo á una abertura parecida á una puerta por donde se entraba á la sala en que tenia el capitan su alojamiento.

—¿Ese es el hombre? preguntó el capitan que estaba leyendo en Plutarco con mucha atencion la vida de Alejandro.

—El mismo, capitan, el mismo.

—Bien, enséñamelo.



—*Scindi*, gritó una voz de mando.

A esta órden, asaz impertinente, Peppino acercó tanto su antorcha al rostro de Danglars, que este tuvo que retroceder por no quemarse las cejas.

Su rostro desencajado presentaba todos los síntomas de un terror vergonzoso y excesivo.

—Ese hombre está cansado, dijo el capitan. Que le lleven á la cama.

—¡Oh! murmuró Danglars. Esa cama será probablemente uno de los sepulcros que hay en la pared, y ese sueño será la muerte que vaya á darme uno de los puñales que veo brillar allá bajo.

Con efecto, entre las profundas tinieblas de la in-

mensa sala veíanse incorporados en sus camas de yerba seca ó de pieles de lobo los compañeros de aquel hombre, que Alberto de Morcef encontró leyendo los *Comentarios de Gésar*, y que Danglars encontraba leyendo la vida de Alejandro.

El banquero lanzó un gemido sordo y siguió á su guia sin suplicar ni gritar, porque no tenia fuerza, ni voluntad, ni poder, ni sentimiento.

Si andaba era porque le conducian.

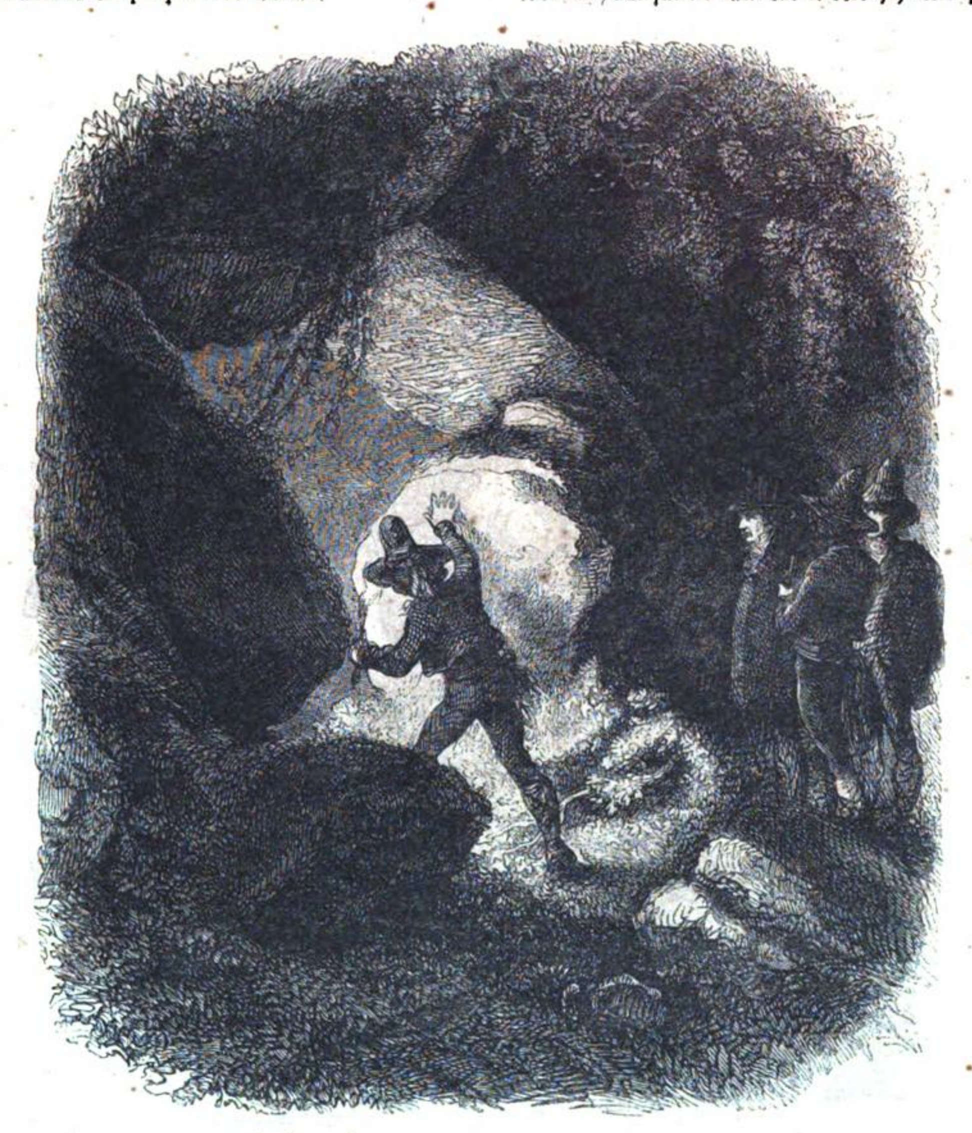
Esta era la segunda vez que en una hora invocaba Danglars á Dios, cosa que no habia hecho en diez años.

— *Ecco*, dijo el guia.

Y empujando á Danglars hácia la celda, cerró la puerta tras él.

Oyóse correr un cerrojo... Danglars estaba prisionero.

Además, aunque no existiese el cerrojo, seria pre-



Entreabierta esta roca como la pupila de un ojo, dió paso al jóven.

Tropezó con un escalon, y comprendiendo que tenia que subir una escalera, inclinó la cabeza instintivamente para no rompérsela y encontróse en una especie de celda tallada en la roca.

Esta celda era bastante grande, aunque no tenia mueble ninguno, y estaba seca, á pesar de hallarse debajo de tierra á una profundidad inconmensurable.

Una cama de yerbas secas cubierta de pieles de cabra se hallaba extendida en un rincon.

Al verla Danglars creyó ver el feliz símbolo de su salvacion.

—¡Dios sea loado! murmuró. Es una cama verdadera.

ciso ser S. Pedro y tener un ángel por guia para pasar en medio de la guarnicion que ocupaba las catacumbas de San Sebastian, acampando en torno á su jefe, en el cual habrán nuestros lectores conocido ya al famoso Luigi Vampa.

Tambien Danglars le habia conocido, aunque no pudo creer que existiera cuando Alberto de Morcef quiso naturalizarlo en Francia. No solo lo habia conocido á él, sino tambien á la habitacion en que Morcef estuvo encerrado, y que probablemente era la destinada á los extranjeros.

Estos recuerdos le tranquilizaban un tanto.

Cuando no le habian matado ya, no pensaban ma-

tarle los bandidos. Le habrian preso para robarle, y como solo tenia en el bolsillo algunos luises, le pondrian á rescate.

Recordó que Morcef habia sido tasado en unos cuatro mil escudos, y como se daba á sí mismo una importancia mayor que la de Morcef, fijó su rescate en ocho mil escudos.

Ocho mil escudos hacian cuarenta mil libras; con que le quedarian unos cinco millones y cincuenta mil francos.

Con esta cantidad nadie se muere de hambre.

Ahora bien, seguro de no morirse de hambre, porque no hay ejemplo de que se haya tasado nunca á un hombre en cinco millones y cincuenta mil libras, Danglars se tendió en la cama, donde despues de haber dado dos ó tres vueltas, se durmió con la tranquilidad del héroe cuya historia estudiaba Luigi Vampa.

CAPITULO XIV.

LA LISTA DE LUIGI VAMPA.

De todo sueño se despierta si no es el sueño de la muerte, tan temido de Danglars.

Danglars se despertó.

Para un parisiense acostumbrado á las cortinas de seda, á las paredes colgadas y al perfume que exhala la leña olorosa de la chimenea, el despertar en una gruta de piedra debe equivaler á un sueño malo.

Tocando sus cortinas de piel de cabra, Danglars debió creerse en la Laponia; pero un segundo le bastó para cambiar la duda en certidumbre.

—Sí, sí, murmuró, me encuentro en poder de los bandidos de que nos habló Alberto de Morcef.

Su primer movimiento fué respirar para asegurarse de que no estaba herido; medio que habia aprendido en *Don Quijote*, único libro, no que hubiese leido, sino que recordara alguna vez.

—No, dijo, ni me han herido ni me han matado; pero quizás me habrán robado.

Y se llevó al momento las manos á los bolsillos.

Estaban intactos.

Los cien luises que se habia reservado para hacer su viaje de Roma á Venecia estaban en el bolsillo de su pantalon; y la cartera en que habia guardado la letra de los cinco millones y cincuenta mil francos se hallaba tambien en el bolsillo de su gaban.

—¡Singulares bandidos! dijo, que me han dejado mi bolsa y mi cartera. Como yo decia ayer al dormirme, me van á poner á precio. ¡Calle, tambien tengo mi reló! ¡Veamos qué hora es!

El reló de Danglars, obra maestra de Breguet, dió las cinco y media de la mañana.

A no ser por esto se hubiera quedado sin saber la hora que era, pues no penetraba la luz en su calabozo.

¿Qué convendria mas, provocar una explicacion de los bandidos ó esperar con paciencia á que ellos la pidiesen? Lo último parecia lo mas prudente.

Danglars esperó hasta medio dia.

En este tiempo habia tenido constantemente á la puerta un centinela, que á las ocho de la mañana fué relevado.

Entonces entraron deseos á Danglars de ver al que le guardaba; y reparando que por las junturas de la puerta penetraban rayos, no de luz del dia sino artificial, acercose á estas junturas en ocasion en que el bandido se echaba un trago de aguardiente, que como estaba encerrado en una bota, exhalaba un olor que le repugnó mucho.

—¡Púf! dijo, retrocediendo hasta el fondo de su prision.

El hombre del aguardiente fué relevado al medio dia por otro bandido.

Danglars volvió á tener la misma curiosidad y volvió á acercarse á la rendija de la puerta.

Era este bandido un Goliat de ojos grandes, labios gruesos y nariz aplastada. Sus cabellos rubios le caian sobre la espalda en mechones retorcidos como culebras.

—¡Oh! dijo Danglars, este parece mas bien un oso que una criatura humana. En todo caso, yo soy viejo y tengo la carne dura; con que no me meterá el diente.

Como se ve, Danglars estaba todavía para bromas.

En el mismo instante, como para probarle que no era un oso, sentóse su centinela en frente de la puerta de la prision, y sacando pan negro, cebollas y queso, se puso á comer.

—¡Llévome el diablo! dijo Danglars echando una mirada por las rendijas al banquete del bandido; lléveme el diablo si comprendo cómo hay quien pueda comer semejantes porquerías.

Y fué á sentarse en sus pieles, que le recordaban el olor del aguardiente del primer centinela.

Pero por mas que hacia, los secretos de la naturaleza son incomprensibles y muy elocuentes ciertas invitaciones materiales que dirigen las comidas mas groseras á los estómagos en ayunas.

Danglars conoció de repente que el suyo estaba sin lastre, y parecióle el hombre menos feo, el pan menos negro y el queso menos duro.

Por último, aquellas cebollas crudas, alimento de los salvajes, le recordaron cierto plato llamado ropa vieja, que hacia admirablemente su cocinero, tanto, que Danglars le solia decir:

—M. Deniseau, hacedme para hoy un buen plato de canalla.

Levantóse pues y fué á llamar á la puerta.

El bandido alzó la cabeza.

Viendo Danglars que le habia oido, redobló los golpes.

—*¿Che cosa?* le preguntó el bandido.

—¡Oid, oid, amigo! dijo Danglars tocando el tambor en la puerta con los dedos. Me parece que ya es hora de que me dén á mí tambien de comer.

Pero sea que no le comprendiese ó que en su consigna nada se le dijera de la comida de Danglars, el gigante volvió á la suya.

Danglars se sintió humillado y no queriendo rozarse mas con aquel bruto, se acostó en sus pieles y no volvió á hablar palabra.

Así pasaron cuatro horas.

El gigante fué reemplazado por otro bandido.

Danglars, que sentia en el estómago unas cosquillas atroces, se levantó despacito, fuése derecho á la puerta y reconoció la cara inteligente de su guia.

Era con efecto Peppino, que se disponia á pasar sus horas de centinela lo mejor posible, sentándose enfrente de la puerta y colocándose entre las piernas una cacerola de barro que contenia guisantes fritos con manteca, que exhalaban un perfume delicioso.

Junto á la cacerola colocó tambien Peppino un hermoso racimo de uvas de Veletri y un vaso de vino de Orvietto.

Decididamente Peppino era un gloton.

Al ver aquellos preparativos gastronómicos se le llenó á Danglars la boca de agua.

—¡Ah, ah! dijo para sí, veamos si este es mas tratable que el otro.

Y llamó á la puerta resueltamente.

—¡Allá van! dijo el bandido, que en sus visitas á maese Pastrini habia acabado por aprender el francés hasta los idiotismos.

Y con efecto vino á abrir.

Danglars reconoció en él al que le habia gritado de una manera tan furiosa:

«Meted la cabeza.»

Pero no era ocasion de quejas. Púsole por el contrario una cara afectuosa, y le preguntó sonriéndose:

—Disimuladme, caballero, ¿no me darán de comer á mí tambien?



—¡Cómo que no! exclamó Peppino. ¿Tiene hambre vuestra excelencia por casualidad?

—¿Por casualidad? murmuró Danglars. ¡Vaya una pregunta! hace veinte y cuatro horas justamente que no he comido. Pues sí señor, añadió alzando la voz, tengo hambre y mucha hambre.

—¿Y quiere comer vuestra excelencia?

—Al instante, si es posible.

—Nada mas fácil, dijo Peppino; aquí se sirve cuanto

—Al instante, excelencia, ¿qué quereis?

Y puso Peppino su cazuela en el suelo de tal modo, que el humo le subia directamente á Danglars á las narices.

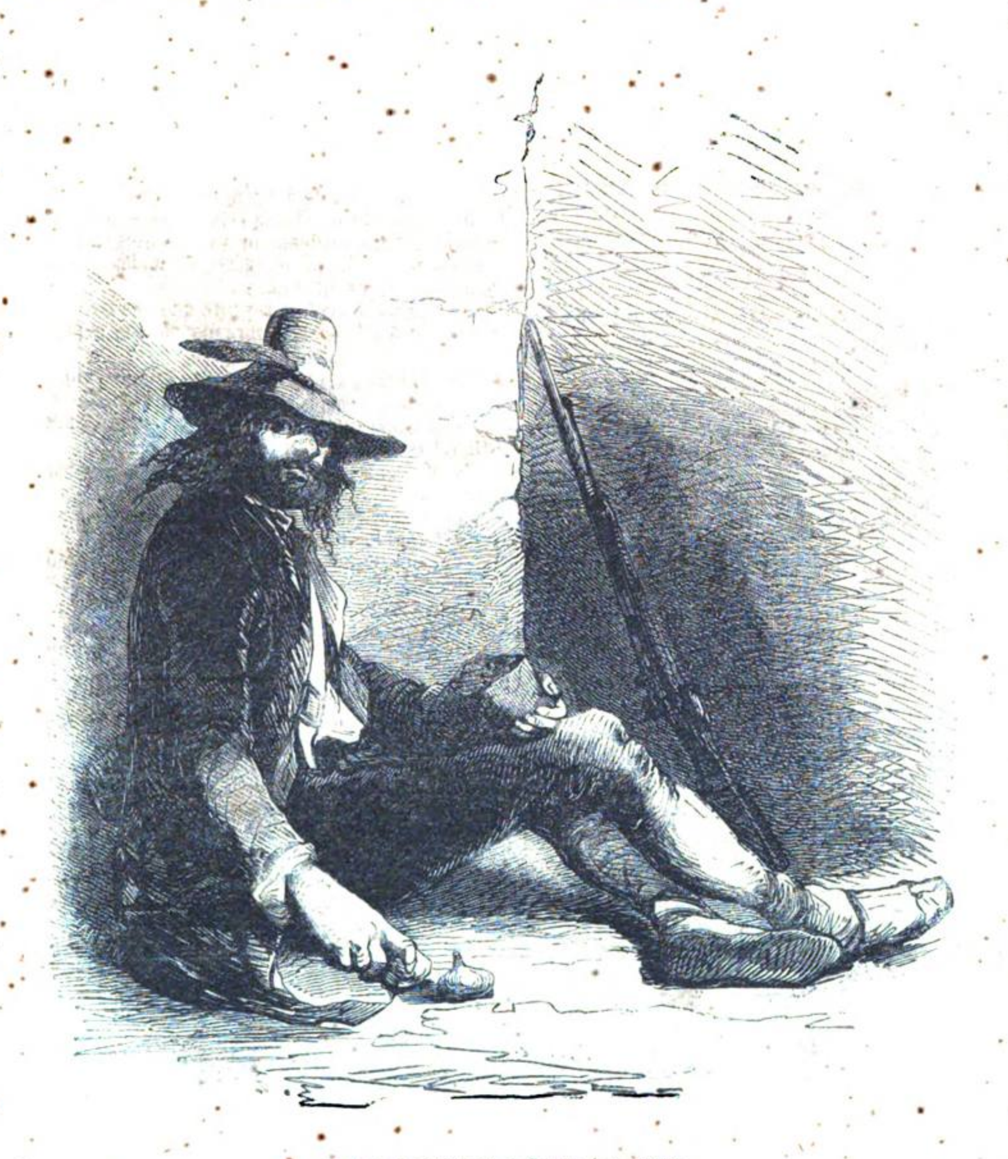
—Mandad, le dijo.

—¿Teneis cocinas aquí? le preguntó el banquero.

—¿Que si tenemos cocinas? magníficas.

—¿Y cocineros?

—Excelentes.



...sentose su centinela enfrente de la puerta.

se pide, pagándolo por supuesto, como es uso y costumbre entre cristianos.

—¡Eso ya se sabe! exclamó Danglars, aunque á decir verdad, las personas que le cogen á uno y le encierran deberian á lo menos mantenerle.

—¡Ah, excelencia! repuso Peppino, no hay esa costumbre aquí.

—La razon no es muy buena, repuso Danglars, que pensaba ablandar á su centinela con su amabilidad. Sin embargo, me contento con ella. Vamos, que me dén de comer.

—Pues bien, un pollo, un pescado, un conejo, cualquier cosa con tal que coma.

—Como guste vuestra excelencia. Con que decis que un pollo, ¿no es verdad?

—Sí, un pollo.

Peppino se incorporó gritando con todas sus fuerzas.

—¡Un pollo para su excelencia!

Retumbaba aun en las bóvedas la voz de Peppino, cuando apareció un jóven hermoso, esbelto y medio desnudo como los pescadores antiguos.

Traia el pollo en un plato de plata.

—Se parece esto al café de Paris, murmuró Danglars.

—Aquí lo teneis, excelencia, dijo Peppino cogiendo el pollo de las manos del jóven y poniéndolo sobre una mesa carcomida, que con un escaño de madera y la cama de pieles componian todo el mueblaje de la habitacion.

Danglars pidió un cuchillo y un tenedor.

—Aquí los teneis, excelencia, dijo Peppino presentándole un cuchillo de punta redonda y un tenedor de boj.

Cogió Danglars el cuchillo con una mano y el tenedor con la otra, é iba ya á trinchar el pollo cuando le dijo Peppino poniéndole una mano en el hombro:

—Disimuladme, excelencia, aquí se paga antes de comer, por si acaso no se queda contento...

—¡Ah! dijo Danglars para su capote. No sucede así en Paris, sin contar que van á saquearme probablemente; pero hagamos las cosas á lo grande. Siempre he oido decir que en Italia se vive muy barato, con que en Roma debe valer un pollo doce sueldos. —Ahí teneis, dijo, arrojando un luis á Peppino.

Cogió el ladron la moneda, y Danglars enristró otra vez el cuchillo para acometer al pollo.

—Esperad un momento, dijo Peppino levantándose. Vuestra excelencia me debe aun algo.

—¡Cuando yo decia que me iban á saquear! murmuró Danglars.

Y despues resuelto á pasar por todo añadió:

—Vamos á ver, ¿cuánto se os debe por este animalucho ético?

—Vuestra excelencia me ha dado á cuenta un luis.

—¿Un luis á cuenta de un pollo?

—Sin duda alguna.

—Bueno... proseguid.

—Habiéndome dado un luis á cuenta, solo me debe ya vuestra excelencia cuatro mil novecientos noventa y nueve luises.

Al oir esta broma gigantesca abrió Danglars unos ojos enormes.

—¡Ah! qué ¡chistoso es esto! murmuró, ¡qué chistoso!

Y quiso volver á emprenderla con el pollo.

Pero Peppino le cogió la mano con su izquierda y le alargó la otra.

—Vamos, dijo.

—Qué ¿no os reis? dijo Danglars.

—Nosotros no nos reimos nunca, excelencia, repuso Peppino serio como un cuakero.

—¡Cómo; diez mil francos por un pollo!

—¡Ah! excelencia, ¡si supiéseis cuánto trabajo cuesta criarlos en estas malditas cavernas!

—Vamos, vamos: dijo Danglars. Eso me parece muy gracioso, muy divertido; pero dejadme comer, que tengo hambre. Tomad otro luis para vos, amigo mio.

—Entonces ya no deberéis mas que cuatro mil novecientos noventa y ocho luises, dijo Peppino conservando la misma sangre fria. Con paciencia todo se alcanza.

—¡Oh! eso nunca, dijo Danglars enojado de aquella perseverancia en burlarse de él. Aun no sabeis quien soy yo.

Peppino hizo una seña, y el otro jóven alargó la mano y se llevó el pollo.

Danglars se arrojó en su cama de pieles.

Peppino cerró la puerta y siguió comiendo sus guisantes.

Danglars no podia ver á Peppino, pero el castañeteo de los dientes le daba á entender bien claro lo que hacia.

Estaba comiendo, y comiendo ruidosamente como hombre mal educado.

—Avestruz, dijo Danglars.

Peppino hizo como que no le oia, y sin volver siquiera la cabeza, siguió comiendo con prudente cachaza.

A Danglars le parecia tener el estómago agujereado como el tonel de las Danaides y creia no poderlo llenar ya nunca.

Sin embargo, tuvo paciencia como cosa de media hora, pero justo es decir que esta media hora le pareció un siglo.

Al fin se levantó y volvió á llamar á la puerta.

—¡Vamos! dijo, no me hagais ayunar mas tiempo, y decidme lo que se quiere de mí.

—Decid mejor, excelencia, lo que vos quereis de nosotros... dad vuestras órdenes y las ejecutarémos.

—Abridme primeramente.

Peppino abrió.

—Quiero... dijo Danglars ¡voto á Cristo! quiero comer.

—¿Teneis hambre?

—De sobra lo sabeis.

—¿Qué desea comer vuestra excelencia?

—Un pedazo de pan seco, puesto que los pollos están tan caros en estas malditas cuevas.

—¿Pan? sea, dijo Peppino. ¡Hola! traed pan

El jóven apareció con un panecillo.

—Aquí teneis, dijo Peppino.

—¿Cuánto? preguntó Danglars.

—Cuatro mil novecientos noventa y ocho luises, puesto que hay pagados ya dos.

—¡Cómo! ¿un pan cien mil francos?

—Cien mil francos, dijo Peppino.

—¡Pero si pediais cien mil francos por un pollo....

—Nosotros no servimos las comidas por lista, sino á precio fijo. Que se coma poco, que se coma mucho, que se pidan diez platos, que se pida uno solo, siempre cuesta lo mismo.

—¿Otra vez esa broma? os declaro que eso es absurdo, que es estúpido. Decidme desde luego que quereis que me muera de hambre, y así acabarémos mas pronto.

—No tal, excelencia. Vos sois el que quiere suicidarse; pagad y comed.

—Y ¿con qué he de pagar, animal? gritó exasperado el banquero. ¿Crees tú que hay nadie que lleve en el bolsillo cien mil francos?

—En el vuestro llevais, dijo Peppino, cinco millones y cincuenta mil francos, con los cuales podeis comer cincuenta pollos y medio.

Danglars se estremeció. Caida la venda de sus ojos, conocia que aquello era una broma, pero la iba ya comprendiendo.

—Veamos, dijo, veamos: si os doy los cien mil francos ¿me dejaréis comer á mi gusto?

—Sin duda alguna, respondió Peppino.

—Pero ¿cómo os los tengo de dar? replicó respirando con mas libertad.

—Nada mas fácil, puesto que teneis un crédito abierto en casa de los señores Thonsom y French en la calle Dei Banchi en Roma; dadme un bono de cuatro mil novecientos noventa y ocho luises contra ellos, y nuestro banquero los cobrará.

Danglars quiso tener á lo menos el mérito de la prontitud, y tomando la pluma y el papel que le presentaba Peppino, escribió el bono y lo firmó.

—Tomad, dijo, ahí teneis vuestro bono al portador.

—Y aquí teneis vuestro pollo.

Danglars trinchó el ave suspirando, que le parecia bien flaca en comparacion de cantidad tan gorda.

Peppino por su parte leyó el papel atentamente, se lo metió en el bolsillo y prosiguió comiendo sus guisantes.

CAPITULO XVII.

EL PERDON.

A la mañana siguiente Danglars tuvo hambre otra vez. El aire de aquella caverna abria el apetito ex-

traordinariamente; pero creyó no tener que hacer aquel dia ningun gasto.

Como hombre económico habia guardado la mitad del pollo y un pedazo de pan en un rincon del calabozo; pero no bien se los habia comido cuando tuvo sed, cosa con que no contaba, y luchó contra la sed hasta que sintió su lengua seca pegarse al paladar.

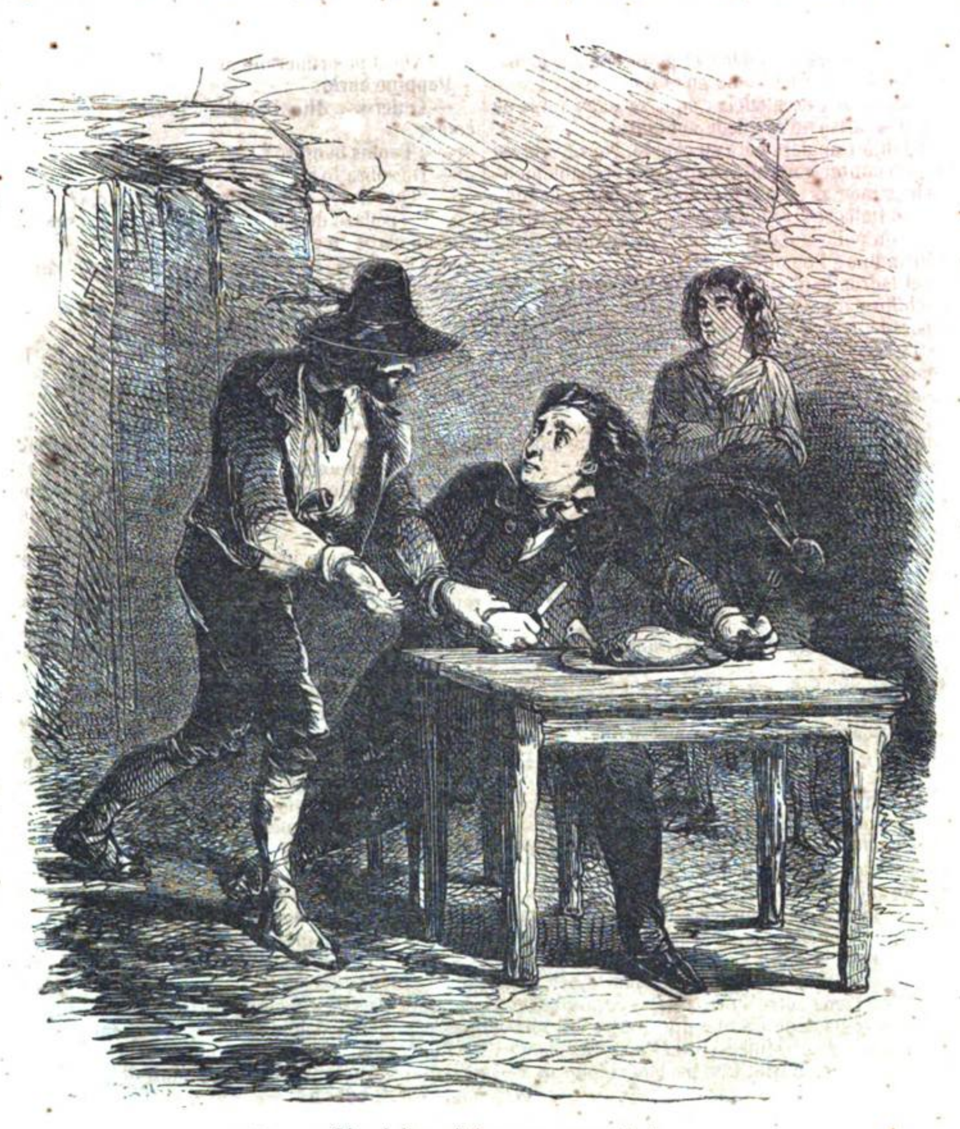
No pudiendo entonces resistir al fuego que le devoraba, llamó, abriendo la puerta el centinela, que era

—Vamos, dijo Danglars, segun parece volvemos á las andadas.

Y sonriéndose para aparentar buen humor, sentia el desgraciado inundarse de sudor su frente.

—Veamos, amigo mio, dijo viendo que Peppino permanecia impasible. Os pido un vaso de vino, ¿me lo negaréis?

—Ya os he dicho, excelencia, que no vendemos al por menor, respondió Peppino gravemente.



—¡Cómo! diez mil francos por un pollo!

enteramente nuevo para él. Prefiriendo habérselas con un antiguo conocido, llamó á Peppino.

—Aquí me teneis, excelencia, dijo el bandido presentándose con una prontitud que pareció á Danglars de buen agüero. ¿Qué deseais?

—Beber, dijo el preso.

—Excelencia, respondió Peppino, ya sabeis que el vino anda muy caro en las cercanías de Roma.

—Dadme agua entonces, dijo Danglars queriendo parar el golpe.

—¡Oh! excelencia, el agua anda mas escasa que el vino. ¡Hay una sequía tan grande!

—Pues bien, dadme entonces una botella.

—¿De cuál?

—Del menos caro.

—Todos son de un mismo precio.

—¿Y cuánto es ese precio?

—Veinte y cinco mil francos la botella.

—Decid mejor, exclamó Danglars con una amargura que solo hubiera podido reproducir el avaro de Moliere, decid mejor que quereis saquearme, y así acabarémos mas pronto.

—Es muy posible que esa sea la intencion del amo, dijo Peppino.

—¿Y quién es el amo?
—Aquel á quien fuisteis presentado anteayer.
—Y ¿dónde está?
—Aquí.
—Haced que yo le vea.
—Es cosa fácil.
Un instante despues estaba Luigi Vampa en presencia de Danglars.
—¿Me llamais? le preguntó.

—¿Quién os lo ha prohibido?
—Aquel á quien obedecemos.
—¿Luego obedeceis á álguien?
—Sí, á un jefe.
—¿Yo creí que érais el jefe vos?
—Soy el jefe de esos hombres, pero otro es el jefe mio.
—Y ¿ese jefe obedece tambien á álguien?
—Sí.



—Pues bien, miserables, yo destruiré vuestros infames proyectos.

—¿Sois vos, caballero, el jefe de esos hombres que me han traido aquí?
—Sí, excelencia.
—¿Cuánto pedís por mi rescate?
—Nada mas que los cinco millones que llevais en el bolsillo.
Danglars sintió un frio horroroso.
—Es lo único que me queda en el mundo, caballero, y es además el resto de una inmensa fortuna. Si me lo quitais, quitadme la vida.
—Nos está prohibido verter vuestra sangre, excelencia.

—¿A quién?
—A Dios.
Danglars se quedó un instante pensativo.
— No comprendo, dijo.
— Es muy posible.
— Y ¿es ese jefe el que os ha dicho que me tratéis así?
— Sí.
— ¿Con qué objeto?
— No lo sé?
— ¿Pero se agotará mi bolsillo?
— Es probable.

—Veamos, dijo Danglars, ¿quereis un millon?
—No.
—¿Dos millones?...
—No.
—¿Tres millones?... ¿cuatro?... vamos, ¿cuatro?... Os los doy á condicion de que me dejaréis ir en paz.
—¿Por qué nos ofreceis cuatro millones por lo que vale cinco? repuso Vampa. Eso es una usura, señor banquero, ó yo soy un tonto.
—¡Tomadlo todo, tomadlo todo y matadme! exclamó Danglars.
—Vamos, vamos, excelencia, calmaos, pues si os irritais os va á dar un apetito que os comais un millon cada dia. Sed mas económico, caramba.
—Pero y ¿cuando no tenga dinero para pagaros? exclamó Danglars desesperado.
—Entonces tendréis hambre.
—¿Tendré hambre?
—Es probable, respondió Vampa con mucha sorna.
—¿Pero no decis que no quereis matarme?
—No.
—¿Y quereis que me muera de hambre?
—Eso es diferente.
—Pues bien, miserables, yo destruiré vuestros infames proyectos, exclamó Danglars. Morir por morir, prefiero morir pronto. Hacedme sufrir, atormentadme, matadme, pero no obtendréis ya mi firma.
—Como gusteis, excelencia, dijo Vampa.
Y salió del calabozo.
Danglars se arrojó sobre las pieles de cabra dando rugidos.
¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿quién era aquel jefe visible? ¿quién era aquel otro jefe invisible? ¿qué proyectos tenian sobre él? y cuando todo el mundo podia rescatarse, ¿por qué él solo no lo podia?
¡Oh! á fe que la muerte, una muerte pronta y violenta era buen medio de burlar á aquellos enemigos encarnizados, que al parecer tomaban de él una venganza incomprensible.
Sí... pero ¡morir!.. por la primera vez quizás en toda su larga carrera pensaba Danglars en la muerte con temor y con deseo al par. Pero habia llegado para él el momento de fijar sus ojos en el implacable espectro que va delante de todas las criaturas gritándoles á cada latido del corazon: tú morirás. Danglars se hallaba en la situacion de esos animales débiles que la caza reanima, y luego los desespera, y que á fuerza de desesperacion consiguen tal vez salvarse.
Danglars pensó en la fuga.
Pero las paredes eran de piedra viva, y á la única salida que tenia el calabozo veíase un hombre leyendo, y detrás de este hombre veíanse pasar y volver á pasar sombras armadas de escopetas.
Su resolucion de no firmar duró dos dias, despues de los cuales pidió alimento y ofreció un millon.
Diósele, pues, una magnífica comida y se le tomó el millon.
Desde entonces la existencia del pobre preso fué una divagacion perpetua. Habia sufrido tanto que no queria exponerse á sufrir mas.
Al cabo de doce dias cierta vez que habia comido como en sus buenos tiempos, echó sus cuentas y conoció que habia dado tantos bonos al portador, que solo le quedaban cincuenta mil francos. Entonces se obró en él una reaccion extraña. El, que acababa de soltar cinco millones, trató de salvar los cincuenta mil francos que le quedaban. Antes que dar aquellos cincuenta mil francos resolvió hacer una vida de privaciones, y abrigó esperanzas que rayaban en locura.
El, que habia olvidado á Dios tanto tiempo, pensó en Dios para decirse á sí mismo que Dios habia hecho milagros muchas veces, que la caverna podia hundirse, que los carabineros del papa podian descubrir aquella guarida maldita y salvarle, que entonces le quedarian cincuenta mil francos, y que con cincuenta mil francos no se moria de hambre ningun hombre.
Y rogó á Dios que le conservase aquellos cincuenta mil francos y rezó y lloró.
Así pasó tres dias con el nombre de Dios en los labios si no en el corazon.
Tenia á veces momentos de delirio en los cuales creia ver á través de las ventanas en una habitacion muy pobre un anciano muriéndose tambien de hambre sobre un jergon.
Al cuarto dia ya no era un hombre sino un cadáver animado.
Habia ido cogiendo del suelo hasta las últimas migajas, y empezaba á comerse el polvo del mismo suelo.
Entonces suplicó á Peppino como se suplica al ángel de la guarda que le diese algun alimento llegando hasta ofrecerle mil francos por un bocado de pan.
Peppino no respondió.
Al quinto dia para llegar á la puerta del calabozo tuvo que ir arrastrando.
—No sois cristiano, no sois cristiano, no, dijo incorporándose sobre sus rodillas. Quereis asesinar á un hombre que es vuestro hermano en Dios. ¡Oh, mis amigos antiguos! ¡Oh, si yo tuviera aquí á mis amigos antiguos!
Y cayó de cara al suelo.
Incorporándose despues gritó con una especie de desesperacion:
—¡El jefe! ¡el jefe!
—Aquí me teneis, dijo Vampa presentándose en el acto. ¿Qué deseais ahora?
—Tomad mi último oro, dijo Danglars alargándole la cartera, tomadlo, y dejadme vivir aquí en esta caverna. ¡Ya no pido la libertad, solo la vida!
—¿Padeceis bastante? le preguntó Vampa.
—Padezco horriblemente.
—Hay hombres, sin embargo, que han padecido mas que vos.
—No lo creo.
—Sí, los que han muerto de hambre.
Entonces pensó Danglars en aquel anciano que á través de las ventanas de su pobre boardilla veia agonizar en su pobre cama.
—¡Sí! es verdad, dijo tocando al suelo con la frente. ¡Sí! hay hombres que han sufrido mas que yo, pero esos serán mártires.
—¿Os arrepentís al cabo? dijo una voz lúgubre y solemne que hizo erizarse los cabellos á Danglars.
Sus debilitados ojos procuraron distinguir los objetos, y vió detrás del bandido á un hombre embozado en una capa y medio oculto en la sombra de una pilastra.
—¿De qué me he de arrepentir? balbuceó.
—Del mal que habeis hecho, dijo la voz.
—¡Oh! ¡sí, me arrepiento! exclamó Danglars golpeándose el pecho con el puño cerrado.
—Entonces os perdono; dijo el hombre arrojando la capa y dando un paso para que le alumbrase la luz de lleno.
—¡El conde de Monte-Cristo! dijo Danglars mas pálido de terror que un momento antes lo estaba de hambre y de miseria.
—Os engañais, yo no soy el conde de Monte-Cristo.
—Pues ¿quién sois?
—Soy un hombre á quien habeis vendido y deshonrado; soy un hombre cuya novia habeis prostituido; soy un hombre que os ha servido de escalon para subir á la fortuna; soy un hombre cuyo padre ha muerto de hambre por culpa vuestra, soy, en fin, el hombre que os habia condenado á morir de hambre, y que ahora os perdona, porque él tambien necesita ser perdonado. Soy Edmundo Dantes.
Danglars lanzó un grito sordo y cayó de rodillas.
—Levantaos, dijo el conde. Os perdono la vida, fortuna que no han alcanzado vuestros dos cómplices.

El uno está loco, y el otro ha muerto. Guardad los cincuenta mil francos que os quedan. Yo os los regalo; pero los cinco millones que robásteis á los hospicios les han sido ya restituidos por una mano desconocida. Ahora comed y bebed. Por esta noche sois mi convidado. — Vampa, cuando este hombre esté restablecido le pondrás en libertad.

Danglars siguió prosternado mientras el conde se alejaba.



Soy Edmundo Dantés.

Cuando levantó la cabeza solo vió una especie de sombra que se alejaba por el corredor, sombra ante la cual se inclinaban los bandidos.

Segun la órden del conde, Vampa sirvió á Danglars los mejores vinos y las mejores frutas de Italia, y haciéndole subir á su silla de posta, le dejó en medio del camino.

Allí siguió hasta el dia desconociendo el sitio en que se hallaba.

Al amanecer vió que pasaba un arroyo muy inmediato, y como tenia sed arrastróse hasta su orilla.

Al inclinarse á beber notó que sus cabellos habian encanecido.

CAPITULO XVIII.

EL CINCO DE OCTUBRE.

Eran las seis de la tarde, sobre poco mas ó menos; una lúz de color de ópalo confundida con los hermosos rayos del sol de otoño caia del cielo sobre el mar azul.

Habia ido cediendo poco á poco el calor del dia, y empezaba á sentirse esa ligera brisa que parece la respiracion de la naturaleza al despertar de la ardiente siesta; soplo delicioso que refresca las costas del Mediterráneo y que lleva de ola en ola el perfume de los árboles junto con el áspero perfume de las algas.

En ese inmenso lago que se extiende desde Gibraltar hasta los Dardanelos y desde Túnez á Venecia, se veia deslizarse entre los vapores vespertinos un ligero yacht de pura y elegante forma.

Su oscilacion era como la del [illegible] alas al viento y que parece resbalar [illegible]

Así avanzaba ligero y gracioso [illegible] una luminosa estela.

Poco á poco el sol cuyos últimos rayos hemos saludado habia ido sepultándose en occidente, pero como para dar la razon á las brillantes parábolas de la mitología su lumbre indiscreta reaparecia al extremo de cada ola como si revelase que el dios de la luz acababa de dormirse en el seno de la bella Anfirite, que en vano pretendia ocultar á su amante con su azulado manto.

Despues añadió en voz baja:

—Sí, será el puerto.

Y volvió á abstraerse en sus ideas, que se revelaban en una sonrisa mas triste que las mismas lágrimas.

Algunos minutos despues distinguióse en tierra un resplandor que se apagó en seguida, acompañado de la explosion de un arma de fuego.



Alargóle el patron la escopeta cargada.

El yacht avanzaba rápidamente, aunque al parecer apenas soplara viento para agitar la rizada cabellera de una niña.

De pié en la proa un hombre de alta estatura, tez bronceada y rasgados ojos, veia acercarse á él la tierra bajo la forma de una masa cónica, saliendo de entre las aguas como un inmenso sombrero catalan.

—¿Es aquello Monte-Cristo? preguntó en voz grave y llena de profunda tristeza el viajero á cuyas órdenes parecia hallarse el yacht momentáneamente.

—Sí, excelencia, ya llegamos, respondió el patron.

—Ya llegamos... murmuró el viajero con acento indefinible de melancolía.

—Excelencia, dijo el patron, esa es la señal, ¿queréis contestar vos mismo?

—¿Qué señal? preguntó el jóven.

El patron extendió la mano hácia la isla por cuyas grietas subia una nube de humo extendiéndose y disipándose.

—¡Ah! sí, dadme, dijo el joven.

Alargóle el patron la escopeta cargada, el viajero la tomó y levantándola lentamente, disparó al aire.

Diez minutos despues cargaba velas el yacht y anclaba á quinientos pasos de un puerto diminuto.

La lancha estaba ya en el mar con cuatro remeros y el piloto.

Trasladóse el jóven á ella, y en vez de sentarse en la popa guarnecida para el con un tapiz azul, permaneció de pié con los brazos cruzados.

Los remeros esperaban con sus remos fuera del agua como pájaros que están secando sus plumas.

—Adelante, dijo el viajero.

El jóven siguió andando hasta la orilla detrás de dos marineros que buscaban el mejor fondo.

A los treinta pasos llegaron á tierra.

El jóven sacudió sus pies, y buscaba con los ojos en torno suyo el camino que probablemente se le iba á indicar, porque era ya de noche, cuando sintió una mano



— ¿Sois vos, conde? exclamó el jóven.

Los ocho remos cayeron al mar de un solo golpe sin que saltase una gota de agua; y cediendo la barca á la impulsion, deslizóse rápidamente.

En un instante llegaron á una pequeña ensenada, donde tocó la barca en un fondo de arena fina.

—Excelencia, dijo el piloto, dos marineros os llevarán en hombros á la orilla.

El jóven respondió á esta invitacion con un gesto de completa indiferiencia, y se echó al agua, que le llegaba hasta la cintura.

—¡Ah! excelencia, murmuró el piloto ¡qué mal haceis! nos va á reñir el amo por vuestra causa.

sobre la espalda y oyó una voz que le hizo temblar.

—Buenas noches, Maximiliano, decia aquella voz, gracias por vuestra exactitud.

—¿Sois vos, conde? esclamó el jóven con un movimiento muy parecido á la alegría y estrechando con sus dos manos la mano de Monte-Cristo.

—Ya veis que soy tan exacto como vos, pero estais chorreando, mi querido amigo, y es preciso mudaros, como diria Calipso á Telémaco. Venid pues, que preparada para vos hay una habitacion donde olvidaréis cansancio y frio.

Monte-Cristo reparó que Morrel volvia la cara.

El jóven, con efecto, estaba sorprendido de que los marineros no le hubiesen dicho una palabra y que se hubieran vuelto á marchar sin que les pagara su pasaje, pues se oia ya el ruido de los remos de la lancha que regresaba hácia el yacht.

—¿Buscais á vuestros marineros? le preguntó el conde.

—Sin duda alguna. Aunque no les he dado nada, se han ido ya.

—No os ocupeis de eso, Maximiliano, dijo riéndose Monte-Cristo. Tengo hecho un pacto con la marina para que el acceso de mi isla sea franco de todo derecho de carga y de pasaje. Soy abonado al mar, como se dice en los paises cultos.

Morrel miró al conde con admiracion.

—¿No sois el mismo hombre que en Paris? le dijo.

—¿Por qué?

—Porque aquí os reis.

El rostro de Monte-Cristo se anubló de repente.

—Teneis razon, Maximiliano, dijo. Volveros á ver era para mí una felicidad, y me olvidaba de que toda felicidad es pasajera.

—¡Oh, no, no, conde! exclamó Morrel estrechando las manos de su amigo. Sed dichoso por el contrario, y probadme con vuestra indiferencia que la vida solo es insoportable para los que sufren. ¡Oh! vos sois caritativo, vos sois grande, vos sois bueno, amigo mio, y solo para inspirarme valor aceptais esa alegría.

—Os engañais, Morrel, dijo Monte-Cristo. Era con efecto feliz.

—Entonces os olvidais de mí. Tanto mejor.

—¿Cómo así?

—Sí, porque ya sabeis, amigo mio, que como decia el gladiador al entrar en el circo al sublime emperador: «el que va á morir, te saluda.»

—¿No estais consolado? le preguntó Monte-Cristo mirándole de una manera extraña.

—¡Oh! dijo Morrel con acento de amargura, ¿habréis creido efectivamente que podia estarlo?

—Escuchad, dijo el conde, ¿comprendeis bien mis palabras, no es verdad, Maximiliano? no me teneis por hombre vulgar, por instrumento de sonidos vagos y vacíos. Cuando os pregunto si estais consolado os hablo como hombre para quien no tiene secretos el corazon humano. Bajemos, pues, Morrel, al fondo de vuestro corazon, y sondeémosle. ¿Os dura aun esa impaciencia fogosa del dolor que hace saltar el cuerpo como salta el leon picado por el tábano? ¿os dura aun esa sed devorante que solo se apaga en la tumba? ¿os dura aun el idealismo del pesar que lanza al vivo en busca del muerto? ¿ó bien lo que teneis ahora es solamente la postracion del valor agotado y el enojo que apaga el rayo de esperanza que se obstina en brillar? ¿es la pérdida de la memoria que trae la impotencia de las lágrimas? ¡Oh! mi querido amigo, si eso es así, no podeis llorar ya. Si creeis muerto á vuestro corazon aletargado, si no teneis fuerzas sino para pensar en Dios, si no teneis miradas sino para el cielo, dejemos á un lado, amigo, las palabras que no aciertan á reproducir lo que dice nuestra alma. Maximiliano, estais consolado. No os quejeis.

—Conde, dijo Morrel con voz dulce y al mismo tiempo firme, conde, escuchadme como se escucha á un hombre que habla con la mano extendida hácia la tierra y con los ojos levantados al cielo. He venido á vos para morir en brazos de un amigo. Hay en el mundo personas á quien quiero. Sí, quiero á mi hermana Julia; quiero á su marido Manuel; pero necesito que se me abran unos brazos fuertes. Mi hermana se desharia en lágrimas y se desmayaria. La veriá sufrir, y he sufrido ya bastante. Manuel me arrancaria el arma de las manos y aturdiria la casa con sus gritos. Vos, conde, que me habeis empeñado vuestra palabra, vos, que sois mas que un hombre, vos, á quien creeria un Dios si no fueseis mortal, vos me conduciréis lentamente y con ternura á las puertas de la muerte, ¿no es verdad?

—Me queda todavía una duda, amigo mio, dijo el conde. ¿Tendriais tan poca fortaleza que hiciéseis cuestion de orgullo el demostrar vuestro dolor?

—No. Estoy natural, como veis, dijo Morrel tendiéndole la mano al conde. Mi pulso no late con mas ni con menos fuerza que de ordinario. No; es que me siento al fin de mi camino, y no andaré mas. Me habeis hablado de esperar; ¿y sabeis lo que habeis hecho, pobre sabio? He esperado un mes, es decir, he sufrido un mes, ¡he esperado! (el hombre es una criatura miserable.) he esperado... ¿qué?.. No lo se; una cosa increible, absurda, insensata; un milagro... ¿cuál? Dios solo puede decirlo, Dios que ha mezclado nuestra razon de esta locura que se llama esperanza. ¡Sí! he confiado y esperado, conde; y en este cuarto de hora que hace que hablamos me habeis, sin saberlo, destrozado el corazon cien veces, porque vuestras palabras me prueban que no hay esperanza para mí. ¡Oh conde, qué dulce y qué voluptuosamente reposaré en los brazos de la muerte!

Pronunció Morrel estas últimas palabras con una explosion de energía que hizo temblar al conde.

—Amigo mio, continuó Morrel viendo que callaba Monte-Cristo, me habeis fijado el 5 de octubre por término del plazo que me pediais... ¡Amigo mio, hoy es el 5 de octubre!

Morrel sacó su reló.

—Son las nueve. Me quedan tres horas de vida.

—¡Sea! respondió el conde.

Siguió Morrel maquinalmente á Monte-Cristo: antes que cayese en ello se hallaba ya en la gruta maravillosa y pisaba alfombras, y por una puerta que se abrió envolvióle una nube de perfumes, y una luz hirió sus ojos.

Morrel se detuvo vacilante y desconfiando de las voluptuosas delicias que le rodeaban.

Monte-Cristo lo atrajo hácia sí con dulzura.

—¿No es conveniente, dijo, que pasemos las tres horas que nos quedan como aquellos antiguos romanos que, sentenciados por Neron su emperador y su heredero, se sentaban á la mesa coronados de flores y respiraban la muerte al par que el perfume de los heliotropos y de las rosas?

Morrel se sonrió.

—Como querais, dijo. La muerte siempre es la muerte. La muerte es el olvido, es decir, el reposo, es decir, la ausencia de la vida y por consiguiente del dolor.

Y se sentó en frente de Monte-Cristo.

Hallábanse en aquel maravilloso comedor que hemos descrito ya, cuyas estatuas de mármol llevaban sobre la cabeza canastillos siempre llenos de flores y de frutas.

Morrel lo habia mirado todo vagamente, y es probable que no hubiese visto nada.

—Hablemos como hombres, dijo mirando al conde fijamente.

—Hablad, dijo este.

—Conde, repuso Morrel, sois el resúmen de todos los conocimientos humanos, y me pareceis bajado de un mundo mas adelantado y mas sabio que el nuestro.

—Hay algo de verdad en eso, Morrel, dijo el conde con su sonrisa melancólica que lo hacia tan hermoso. He bajado de un planeta que se llama el Dolor.

—Creo todo lo que me decis sin tratar de profundizarlo, conde, y la prueba es que me habeis dicho que viviese y he vivido; me habeis dicho que esperase y casi he esperado. Me atrevo, pues, conde, á preguntaros como si hubiérais muerto ya alguna vez: conde, ¿duele mucho?

Monte-Cristo miraba á Morrel con indefinible expresion de ternura.

—¡Sí, dijo ¡sí! duele mucho indudablemente, si destruís con mano bruta esta cáscara mortal que tanto se empeña en vivir, si destrozais vuestras carnes con la

imperceptible punta de un puñal, si os agujereais con una bala estúpida dispuesta siempre á perderse en el camino, vuestro cerebro que el menor choque llena de dolor! sí, entonces sufriréis y saldréis odiosamente de la vida, pareciéndoos en medio de vuestra desesperada agonía preferible á un reposo comprado tan caro.

—Sí, comprendo, dijo Morrel. La muerte como la vida tiene sus secretos de dolor y de voluptuosidad. El quid está en conocerlos.

—Justamente, Maximiliano, habeis pronunciado la gran palabra. La muerte es segun el trabajo que nos tomamos de bien ó mal con ella; ó una amiga que nos arrulla con tanto amor como una nodriza, ó una enemiga que nos arranca el alma del cuerpo violentamente. Algun dia cuando nuestro mundo haya vivido otros mil años mas, cuando se haya hecho dueño de todas las fuerzas destructoras de la naturaleza para hacerlas servir al bienestar general de la humanidad, cuando conozca el hombre, como deciais hace poco, los secretos de la muerte, la muerte llegará á ser tan dulce y tan voluptuosa como el sueño que dormimos en brazos de nuestra amada.

—Y si vos quisiéseis morir, conde, ¿sabríais morir de ese modo?

—Sí.

—Ahora comprendo, dijo Morrel tendiéndole la mano, por qué me habeis dado cita aquí, en esta isla desierta, en medio del mar, en este palacio subterráneo, sepulcro que envidiaria un Faraon. Es que me amais, ¿es verdad, conde? es que me amais bastante, lo bastante para darme una de esas muertes de que me hablábais hace poco; una muerte sin agonía, una muerte que me permita espirar pronunciando el nombre de Valentina y apretándoos *la* mano.

—Sí, lo habeis adivinado, Morrel, así lo comprendo yo, dijo el conde con sencillez.

—¡Gracias! gracias! La idea de que mañana no sufriré ya es halagüeña á mi pobre corazon.

—¿No echais de menos nada? le preguntó Monte-Cristo.

—Nada, respondió Morrel.

—¿Ni aun á mí? le preguntó el conde con una emocion profunda.

Morrel calló: sus ojos tan radiantes se empañaron de repente, y una gruesa lágrima rodó por sus mejillas.

—¡Qué! dijo el conde, ¿dejais algo amable sobre la tierra ¿y quereis morir?

—¡Oh! exclamó Morrel con voz débil... os suplico conde, que no pronuncieis una palabra mas, que no prolongueis mi suplicio.

El conde creyó que Maximiliano vacilaba, y esta creencia instantánea resucitó en él la horrible duda, vencida ya una vez en el castillo de If, y se dijo á sí mismo:

—Me ocupo en volver á este hombre *la* felicidad; miro esta restitucion como un peso echado en el platillo del bien, de esa balanza donde he echado tanto mal; pero ¿y si me engañase? ¿y si este hombre no fuera bastante desgraciado para merecer la felicidad? ¡Ay! ¿qué seria de mí, que no puedo olvidar el mal sino figurándome el bien? Escuchad, Morrel, le dijo. Veo que vuestro dolor es inmenso; pero creeis en Dios, y no querreis exponer vuestra alma á la condenacion eterna.

—Conde, respondió Morrel sonriéndose tristemente, ya sabeis que yo no soy hombre de ideas poéticas: os juro que mi alma no es mia.

—Ya sabeis vos, dijo Monte-Cristo, que no tengo en el mundo ningun pariente, que me he acostumbrado á miraros como hijo mio, y que por salvar á mi hijo sacrificaré mi vida y con mayor razon mi fortuna.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, Morrel, que quereis abandonar la existencia porque no conoceis los goces con que brinda una gran fortuna. Yo poseo, Morrel, cerca de cien millones. Os los doy. Con semejante capital podéis aspirar á conseguir todo lo que os propongais. Si sois ambicioso tendréis abiertas todas las carreras: revolved el mundo, cambiad su faz, entregaos á teorías insensatas, sed criminal si es preciso, pero vivid.

—Me habéis empeñado vuestra palabra, conde, respondió friamente Maximiliano, y son las once y media, añadió sacando el reloj.

—¿Es posible que penseis en eso, Morrel, delante de mí, en mi casa?

—Dejadme entonces marchar, dijo Maximiliano que habia vuelto á ensimismarse. Dejadme marchar ó creeré que no me amais por mí, sino por vos.

Y se levantó.

—Está bien, dijo Monte-Cristo, cuyo rostro se puso radiante al oir estas palabras. Os empeñais, Morrel, y sois inflexible... Sí, sois muy desgraciado; y como habeis dicho, solo un milagro os podia salvar. Sentaos, Morrel, y esperad.

Morrel obedeció. Levantóse Monte-Cristo á su vez, yendo á buscar en un armario cuidadosamente cerrado, y cuya llave llevaba suspendida de una cadena de oro, un cofrecillo de plata maravillosamente cincelada, cuyos ángulos representaban cuatro figuras inclinadas semejantes á las cariátides, símbolos de ángeles que aspiran al cielo. Puso el cofrecillo sobre la mesa, y abriéndolo sacó otra cajita de oro, que se abria por la presion de un resorte secreto.

Esta cajita contenia una sustancia medio sólida y grasienta de color indefinible, gracias á los reflejos del oro, de los zafiros, de los rubíes y de las esmeraldas que guarnecian la caja.

El conde cogió con una cuchara de porcelana una pequeña cantidad de esta sustancia, y se la presentó á Morrel clavándole una mirada *profunda*.

Entonces pudo verse que aquella sustancia era verdosa.

—Esto es lo que me pedisteis, le dijo. Esto es lo que os prometí.

—Vivo aun os doy gracias desde el fondo de mi corazon, dijo el jóven cogiendo la cucharada de manos de Monte-Cristo.

Tomó el conde una segunda cuchara y la introdujo otra vez en la segunda cajita.

—¿Qué vais á hacer, amigo mio? le preguntó Morrel sujetándole la mano.

—Creo Morrel, Dios me perdone, le dijo sonriéndose, que estoy tan cansado como vos de vivir, y puesto que se presenta ocasion...

—¡Deteneos! exclamó el jóven. ¡Oh! vos que amais y que sois amado, vos, que teneis la fe de la esperanza, no hagais lo que voy yo á hacer, que en vos seria un crimen. ¡Adios, mi noble y generoso amigo, voy á decir á Valentina cuánto habeis hecho por mí!

Y lentamente, pero sin mas vacilacion que un ademan de la mano izquierda que le alargaba el conde, Morrel tragó ó mas bien saboreó la misteriosa sustancia de Monte-Cristo.

Los dos permanecieron silenciosos.

Alí trajo el tabaco y las pipas, sirvió el café y desapareció.

Poco á poco las lámparas fueron palideciendo en manos de las estatuas de mármol que las sostenian, y el perfume de los pebeteros pareció á Morrel menos penetrante.

Sentado Monte-Cristo en frente de él, le miraba desde el fondo de la penumbra, y Morrel solo distinguia sus brillantes ojos.

Un inmenso dolor se apoderó del jóven, que sintió que la pipa se le escapaba de las manos y que los objetos iban perdiendo insensiblemente su forma y su color.

Sus turbados ojos creian ver abrirse puertas en las paredes y descorrerse cortinas.

—Amigo, murmuró, conozco que me muero... gracias.

Hizo un esfuerzo para tenderle la mano por última vez; pero faltándole las fuerzas, cayó la mano á plomo.

Entonces le pareció que Monte-Cristo sonreia, no con aquella risa extraña y terrible que le habia dejado entrever muchas veces los misterios de aquella alma profunda, sino con la benevolente compasion que tienen los padres para sus hijos traviesos.

Al mismo tiempo iba creciendo el conde á sus ojos, mas que aquel sueño. Parecíale entrar á banderas desplegadas en el vago delirio que precede á eso que se llama la muerte.

Pretendió otra vez tenderle la mano al conde; pero ahora no pudo moverla tan siquiera; quiso pronunciar un supremo adios, y su lengua se agitó pesadamente en su garganta como una piedra que da vueltas dentro de un sepulcro.



— Amigo, murmuró, conozco que me muero; gracias

Su estatura casi doble se dibujaba en los tapices encarnados. Se habia echado atrás sus cabellos negros, y aparecia enhiesto y altivo como uno de esos ángeles que amenazarán á los malos el dia del juicio final.

Abatido Morrel, domado, se echó hácia atrás en el diván, empezando á circular por sus venas una torpeza y una languidez inconcebibles. Un cambio de ideas pobló su frente, por decirlo así, como una nueva disposicion de los dibujos puebla el kalcidóscopo.

Inclinado, palpitante Morrel, no sentia vivir en él

Cargados de languidez sus ojos, se cerraron á pesar suyo. Sin embargo, mas allá de sus pupilas se agitaba una imágen, que reconoció á pesar de la oscuridad en que se creia envuelto.

Era el conde que acababa de abrir una puerta; y en el mismo instante una claridad inmensa que inundaba la habitacion ó mas bien el maravilloso palacio próximo, penetró en la sala donde Morrel se hallaba entregado á su dulce agonía.

Entonces vió á la puerta de aquella sala una mujer

de maravillosa hermosura, que pálida y sonriendo dulcemente, parecia el ángel de la misericordia conjurando al ángel de las venganzas.

—¿Se abre ya el cielo para mí? pensó el moribundo. Ese ángel se parece al que he perdido.

Monte-Cristo señaló á la jóven con el dedo el sofá donde reposaba Morrel, y ella se adelantó con las manos juntas y la sonrisa en los labios.

pitarse en la tumba. Sin mí hubiérais muerto los dos. Os devuelvo el uno al otro. ¡Téngame Dios en cuenta estas dos vidas que salvo!

Valentina cogió la mano de Monte-Cristo y se la llevó á los labios en un impulso irresistible.

—¡Oh, agradecédmelo mucho! dijo el conde. ¡Oh, no os canseis de decirme que os he hecho feliz! ¡no podeis figuraros cuánto necesito abrigar esta creencia!



—¿Se abre ya el cielo para mí?

—¡Valentina, Valentina! exclamó Morrel desde el fondo del alma.

Pero su boca no profirió una palabra, y como si todas sus fuerzas se *uniesen* en aquella emocion interior, exhaló un suspiro y cerró los ojos.

Valentina se precipitó hácia él.

Los labios de Maximiliano hicieron otro movimiento.

—Os llama, dijo el conde. Os llama en el fondo de su letargo ese á quien habiais confiado vuestro destino, y de quien habia querido la muerte separaros; pero por fortuna yo estaba aquí para vencer á la muerte. Valentina, desde este instante no debeis separaros en la tierra, porque por buscaros iba Maximiliano á precipitarse

—¡Oh, sí, sí, os las daré con toda mi alma! dijo Valentina, y si dudais de que sea sincera mi gratitud, preguntádselo á Haydee, preguntádselo á mi querida hermana Haydee, que desde nuestra salida de Francia me ha hecho esperar con paciencia hablándome de vos el dichoso dia que hoy luce para mí.

—¿Luego quereis mucho á Haydee? le preguntó Monte-Cristo con una emocion que pretendia en vano disimular.

—¡Oh, con toda mi alma!

—Pues bien, Valentina, dijo el conde, tengo que pediros un favor.

—¿A mí? ¡gran Dios! seré yo tan dichosa...

—Sí, puesto que llamais á Haydee vuestra hermana, que lo sea con efecto, Valentina. Dadle á ella todo lo que creais deberme á mí. Protegedla Morrel y vos, porque desde mañana (el acento del conde estuvo á pique de apagarse), desde mañana quedará sola en el mundo...

—¡Sola en el mundo! repitió una voz detrás del conde, ¿y por qué?

Monte-Cristo se volvió, viendo á Haydee en la puerta pálida, petrificada y mirándole con mortal estupor.

denes, señor de mi alma. Olvidaré hasta tu nombre y seré feliz.

Y dió un paso para retirarse.

—¡Dios mio! exclamó Valentina sosteniendo sobre su pecho la cabeza aletargada de Morrel. ¿No veis que pálida está? ¿no comprendeis lo que sufre?

—¿Cómo quieres que me comprenda, hermana mia? respondió Haydee con voz desgarradora. Es mi señor, yo soy su esclava, y tiene derecho para no ver nada.



—Entregaros esta carta de parte del conde.

—Porque desde mañana serás libre, hija mia, respondió el conde; porque desde mañana recobrarás en el mundo el lugar que te pertenece, y porque no quiero que mi destino oscurezca el tuyo. Hija de príncipes, te devuelvo tus riquezas y el nombre de tu padre.

Haydee se puso pálida, abrió sus manos diáfanas como una niña que se encomienda á Dios, y dijo en voz entrecortada por las lágrimas:

—¿Con que me abandonas, señor de mi alma?

—¡Haydee, Haydee! eres jóven, eres hermosa... olvida hasta mi nombre, y sé feliz.

—Está bien, dijo Haydee. Serán cumplidas tus ór-

El conde se estremeció al oir aquella voz que conmovia las fibras mas secretas de su corazon, y encontrándose sus ojos con los de la jóven, no pudieron resistir su brillo.

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró Monte-Cristo. ¡Será verdad lo que me habeis dejado entrever! ¿serias dichosa, Haydee, con no separarte de mí?

—Soy jóven, respondió la griega dulcemente; amo la vida que me has endulzado siempre tú, y sentiria morir.

—Eso quiere decir, Haydee, que si yo te dejase..

—Moriria, señor de mi alma, sí.

—¿Luego me amas?

—¡Oh, Valentina, pregunta si le amo! ¡dile *tú*, Valentina, si amas á Maximiliano!

El conde sintió dilatarse su corazon, y abriendo los brazos, se precipitó en ellos Haydee lanzando un grito.

—¡Oh, sí, te amo, dijo, te amo como se ama á un padre, á un hermano, á un marido! Te amo como se ama la vida, como se ama á Dios; porque tú eres para mí la mas hermosa, la mejor y la mas grande de todas las criaturas.

—Hágase como quieres, ángel querido, dijo el conde. Dios que me ha lanzado contra mis enemigos y que me ha hecho vencedor, Dios, bien lo veo, no quiere que vaya mi arrepentimiento junto con mi victoria. Yo queria castigarme, y Dios quiere perdonarme. Amame, pues, Haydee, ¡quién sabe si tu amor me hará olvidar lo que es preciso que olvide!

—¿Qué es lo que dices, señor de mi alma? le preguntó la jóven.

—Digo que una palabra tuya, Haydee, me ha enseñado mas que veinte años de mi lenta sabiduría. Solo á tí tengo en el mundo, Haydee; por tí me reconcilio con la vida, por tí puedo sufrir, por tí puedo ser dichoso.

—¿Lo oyes, Valentina? exclamó Haydee. ¡Dice que por mí puede sufrir! ¡por mí; que daria mi vida por él!

El conde se recogió un instante en sí mismo.

—¿Habré visto la verdad? ¡No importa, Dios mio! Castigo ó recompensa, acepto este destino. Ven Haydee, ven.

Y enlazando con su brazo la cintura de la jóven, apretó la mano de Valentina, y desapareció.

Una hora, sobre poco mas ó menos, permaneceria Valentina junto á Maximiliano muda, anhelante y con los ojos fijos.

Al fin sintió palpitar su corazon, entreabrió sus labios un soplo imperceptible, y circuló por todo su cuerpo esa ligera palpitacion que anuncia la vuelta de la vida.

Sus ojos volvieron á abrirse inmóviles y como trastornados primeramente, y luego recobraron la animacion de la vida real; volviendo á Morrel con la vista el sentimiento, y con el sentimiento el dolor.

—¡Oh! exclamó con el acento de la desesperacion y alargando la mano á la mesa, de donde cogió un cuchillo. ¡Oh, vivo todavía, el conde me ha engañado!

—Amigo mio, dijo Valentina con su sonrisa adorable, despierta, y mírame.

Morrel lanzó un grito, y delirante, lleno de dudas, deslumbrado como por una vision celestial, cayó de rodillas...

A los primeros rayos del siguiente dia se paseaban del brazo Morrel y Valentina por la orilla del mar.

Valentina le iba contando á Morrel cómo Monte-Cristo se le habia aparecido en su alcoba, cómo se lo habia descubierto todo, cómo le habia hecho conocer el crímen palpablemente, y cómo, en fin, la habia salvado como por milagro, haciendo creer á todo el mundo que estaba muerta.

Habian encontrado abierta la puerta de la gruta, y habian salido cuando brillaban en el azul matinal del cielo las últimas estrellas de la noche.

Entonces Morrel distinguió en la penumbra formada por un grupo de rocas un hombre que indudablemente esperaba una señal para acercarse á ellos.

—¡Ah, es Jacobo el capitan del yacht! dijo Valentina, llamándole con un gesto.

—¿Teneis algo que decirnos? le preguntó Morrel.

—Entregaros esta carta de parte del conde.

—¡Del conde! murmuraron á la par los dos jóvenes.

—Sí, leed.

Morrel abrió la carta y leyó:

«Mi querido Maximiliano: Anclado teneis un barco. Jacobo os conducirá á Liorna, donde espera M. Noirtier á su nieta para bendecirla antes que os acompañe al altar.

»Todo lo que hay en esa gruta, amigo mio, mi casa de los Campos Elíseos y mi posesion de Trepor son el regalo de boda que hace Edmundo Dantes al hijo de su patron Morrel.

»Dígnese la señorita de Villefort aceptar la mitad; porque la suplico que dé á los pobres de Paris toda la herencia de su padre, que se ha vuelto loco, y de su hermano, que ha muerto en setiembre último juntamente con su madrastra.

»Decid al ángel que va á velar por vos, Maximiliano, que rece alguna vez por un hombre que, como Satanás se ha creido un instante igual á Dios, reconociendo al fin con toda la humildad de un cristiano que solo en Dios está el poder supremo y la infinita sabiduría. Acaso esas oraciones endulzarán el remordimiento que lleva en el fondo del alma.

»En cuanto á vos, Morrel, aquí teneis el resúmen de mi conducta. En el mundo no hay ni dicha ni desgracia; solo hay la comparacion de un estado con otro.

»Solo el que ha probado el sumo infortunio está apto para sentir la suma felicidad. Se necesita haber querido morir, Maximiliano, para saber lo dulce que es vivir.

»Vivid, pues, y sed dichosos, hijos queridos de mi corazon, y no olvideis nunca que hasta que Dios se digne descorrer al hombre el velo del porvenir, toda la sabiduría humana estará reasumida en estas dos palabras: *Confiar y esperar.*

Vuestro amigo,

Edmundo Dantes,
conde de Monte-Cristo.»

Durante la lectura de esta carta, que le noticiaba á la vez la locura de su padre y la muerte de su hermano, cosas ambas que ignoraba, Valentina se puso pálida, escapóse de su pecho un doloroso suspiro, y dos lágrimas, que no por ser silenciosas eran menos dolientes, rodaron por sus mejillas.

Su felicidad le costaba bien cara.

Morrel miró á todas partes con inquietud.

—¡Pero el conde exagera su generosidad! dijo; Valentina se contentará con mi modesta fortuna. ¿Dónde está el conde, amigo mio? quiero verle.

Jacobo extendió la mano hácia el horizonte.

—¿Qué es eso? ¿qué quereis decir? le preguntó Valentina. ¿Dónde está el conde? ¿dónde está Haydee?

—Mirad, dijo Jacobo.

Los dos jóvenes se fijaron en la línea que señalaba la mano del marino, distinguiendo una vela blanca del tamaño del ala de un pájaro, allá donde se unia el horizonte con las aguas del Mediterráneo.

—¡Se ha marchado! exclamó Morrel. ¡Adios, amigo mio! ¡adios, padre mio!

—¡Se ha marchado! murmuró Valentina. ¡Adios, amiga mia! ¡adios, hermana mia!

—¡Quién sabe si los volverémos á ver! dijo Maximiliano enjugándose una lágrima.

—¿No acaba de decirnos el conde, amigo mio, repuso Valentina, que toda la sabiduría humana se encierra en estas dos palabras:

Confiar y esperar?

FIN DEL CONDE DE MONTE-CRISTO.

FRANCISCO PICAUD.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

ADVERTENCIA.

Las siguientes líneas, que ponemos á continuacion de la admirable novela *El conde de Monte-Cristo*, sirven, por decirlo así, de *piezas justificativas* á esta obra. Hacer realidad, y realidad palpable y comprensible una composicion tan maravillosa; probar la verdad de estos hechos providenciales, y demostrar que unas escenas tan dramáticas han tenido testigos, es aumentar el interés con que se lee siempre esta obra y darle un título mas imperecedero á la curiosidad pública.

En 1807 vivia en Paris un cordonero llamado Francisco Picaud, bastante buen mozo, y que estaba para casarse con una jóven fresca y rolliza, que le gustaba mucho, como gusta siempre su novia á los hombres del pueblo, es decir, con absoluta exclusion de las demás mujeres, pues para los hombres del pueblo no hay mas que un modo de tener mujer, que es casarse.

Llena la cabeza de este hermoso proyecto y aderezado con su traje de los dias de fiesta, se va Francisco Picaud á casa de un cafetero, igual suyo en edad y en clase, si bien mas rico, y conocido por una estravagante envidia de todo el que prosperaba.

Mateo Loupian, nacido en Nimes como Picaud, tenia en Paris un café-bodegon bastante acreditado en la plaza de Santa Oportuna. Era viudo, y le quedaban dos hijos de su difunta mujer. Hallábanse en su compañía, cuando llegó Picaud, tres conocidos de éste, parroquianos del café y tambien naturales del departamento del Gad.

—¿Qué traes? le dijo el cafetero. ¡Qué majo vienes, Picaud! No parece sino que vayas á bailar las treillas (baile muy popular en el bajo Languedoc)

—Hago una cosa mejor que esa, que es casarme.

—¿Con quién?

—Con la de Vigouroux.

—¿Con Teresa la rica?

—La misma.

—¡Si tiene cien mil francos! exclamó consternado el cafetero.

—La pagaré en amor y en felicidad. Ahora bien, señores, os convido á la misa que se celebrará en Saint-Leu, y al baile, que se verificará en los bosques de *Vénus*, en casa de M. Lasignac, maestro de baile que vive en la calle de los Osos.

Los cuatro amigos apenas pueden responder algunas palabras insignificantes, pues tanto los trastorna aquella inesperada felicidad.

—Y ¿cuándo es la boda? preguntó Lupian.

—El mártes que viene.

—¿El mártes?

—Cuento con vosotros; hasta la vista. Voy á la alcaldía y á casa del alcalde.

(Vase. Los concurrentes se miran unos á otros).

—¡Qué fortunon de pícaro!

—Es brujo.

—¡Una muchacha tan guapa y tan rica, y él un mal artesano!

—Y ¿es el mártes la boda?

—Sí, dentro de tres dias.

—Apuesto á que la retardo, dijo Lupian.

—¿Cómo?

—Con una broma.

—¿Cuál?

—Una broma excelente. El comisario va á venir.... Le diré que sospecho que Picaud es agente de los ingleses. ¿Vais entendiendo ya?... de resultas de esto le prenderán, le interrogarán, tendrá miedo, y se detiene la boda lo menos ocho dias.

—Lupian, dijo Allut, esa es una broma muy pesada. Tú no conoces á Picaud; es capaz de vengarse terriblemente si lo descubre.

—¡Bah! dijeron los demás, en carnaval es preciso divertirse.

—Os advierto que yo no tomo parte en la broma. Cada cual tiene sus gustos.

—Eres un cobarde, dijo el cafetero.

—Soy hombre honrado, y tú un envidioso. Yo viviré tranquilo, y tú acabarás mal; buenas noches.

Desde que Allut vuelve la cara, el trio se anima á no abandonar tan feliz idea.

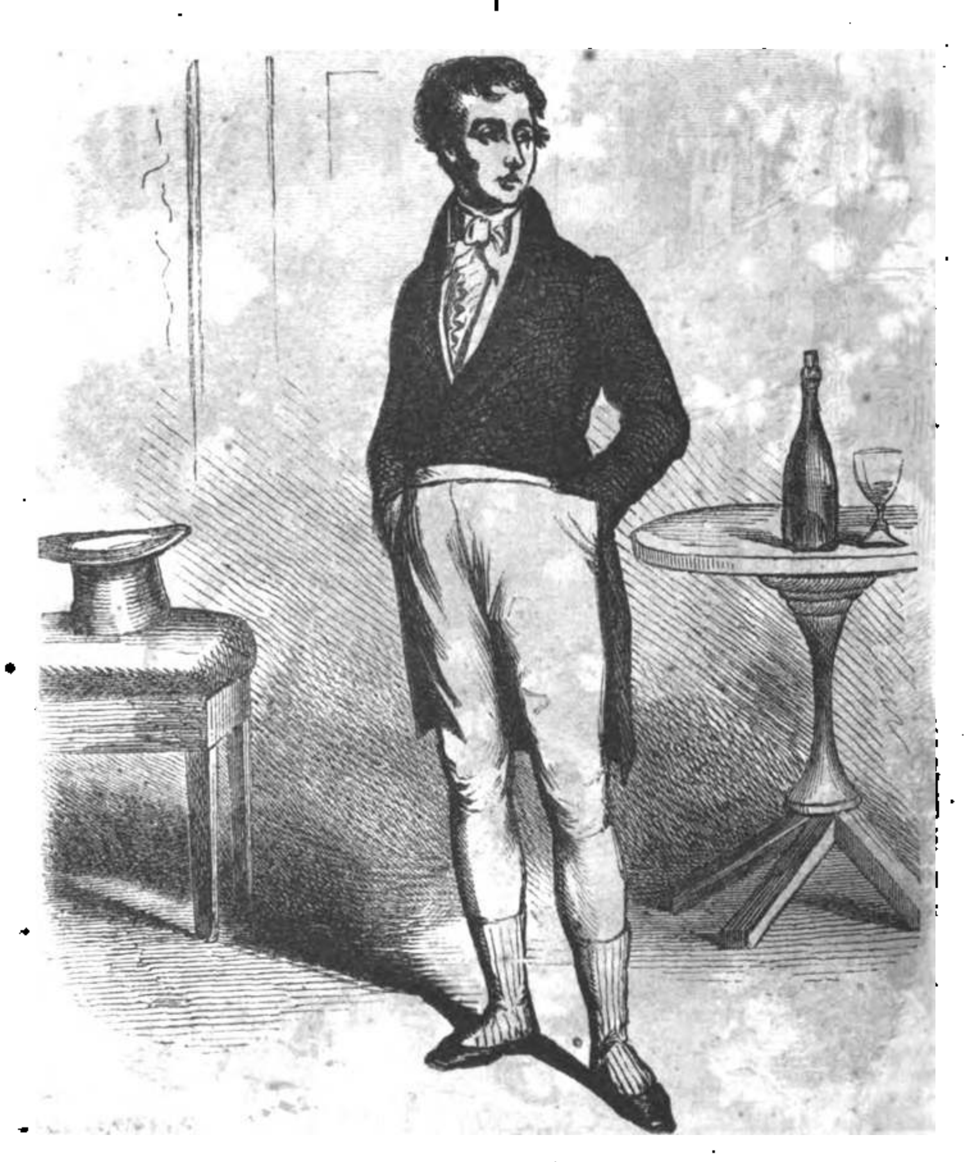
Aquel mismo dia dos horas despues el comisario de que hablaba Lupian cumplia su deber de polizonte activo, componiendo en estilo alguacilesco una soberbia relacion que va á parar á su jefe y desde allí á casa del duque de Rovigo. Como coincide con ciertos descubrimientos recientes sobre los alborotos de la Vendée, no queda duda de que Picaud es el lazo de union del mediodía y el oeste; no puede menos de ser un perso-

naje importante, y bajo el disfraz de cordonero se encubre un noble legitimista.

En resúmen, la noche del domingo al lúnes fué sacado Picaud de su casa con tanto misterio, que nadie le vió marchar, y desde entonces no volvió á saberse absolutamente de él. Ni sus parientes ni sus amigos logran adquirir noticia alguna, y renuncian por último á saber su paradero.

entregó ni los capitales que poseia en el banco de Hamburgo ni los que tenia colocados en el de Lóndres. Además habia vendido despues de preso la parte libre de sus dominios.

Aquel noble italiano que murió en 4 de enero de 1814 dejó al pobre José Luchen único heredero de unos siete millones en bienes libres, descubriéndole además donde estaba oculto un tesoro de cerca de un millon y dos-



Francisco Picaud.

Pasa el tiempo, y llega 1814. A la caida del gobierno imperial vese bajar del castillo de Fenestrelles el 15 de abril un hombre agoviado por el sufrimiento y envejecido por la desesperacion, antes que por la edad. En siete años parece que ha vivido medio siglo. Nadie le conocerá, porque apenas se ha conocido él mismo cuando se vió en un espejo en la humilde posada de Fenestrelles.

Aquel hombre que en su prision decia llamarse José Luchen fué, mas que criado, hijo de un poderoso sacerdote milanés. Indignado este del olvido en que le tenia su familia por gozar de sus cuantiosas rentas, no les

cientos mil francos en diamantes, y lo menos tres millones en ducados de Milan, florines de Venecia, monedas españolas de cuatro duros, luises de Francia, guineas inglesas. etc., etc.

Libre al fin José Luchen, marchó inmediatamente á Turin y á Milan, obrando con tanta prudencia, que á los pocos dias se hallaba ya en posesion del tesoro; desde Milan pasó á Amsterdam, Hamburgo y Lóndres sucesivamente, recogiendo en este viaje tanto oro como puede tener un rey. Instruido á fondo por su amo en los secretos de la especulacion, supo José Luchen colocar tan bien su dinero, que reservándose un millon en efec-

tivo, se creó una renta de seiscientos mil francos, pagadera á la vez por los bancos de Inglaterra, Alemania, Francia é Italia.

Hecho esto, se puso en camino para Paris, adonde llegó el 15 de febrero de 1815, justamente á los ocho años que el pobre Francisco Picaud habia desaparecido. Este podria entonces tener treinta y cuatro años.

José Luchen cayó enfermo al dia siguiente de su llegada á Paris, y como no tenia casa ni criados, tuvo que irse á un hospital. Cuando volvió Napoleon de la isla de Elba seguia Luchen enfermo aun, y no dejó de estarlo mientras el emperador permaneció en la isla, ni durante los cien dias; pero cuando la segunda restauracion consolidó al parecer la monarquia de Luis XVIII, salió el enfermo del hospital en direccion al barrio de Santa Oportuna.

Allí supo lo siguiente.

En el mes de febrero de 1807 hablóse mucho de la desaparicion de un jóven cordonero, hombre honrado y que estaba en vísperas de hacer un casamieuto muy ventajosa. Una chanza de sus amigos lo inmpidió, haciéndole desaparecer sin que se supiera como. La novia le lloró dos años; pero al fin cansada sin duda de llorar se casó con el cafetero Lupian que aumentando con este matrimonio su peculio, poseia en la actualidad el café mas magnífico y mas concurrido de los boulevares de Paris.

El desconocido oyó, al parecer, esta historia con la mayor indiferencia. Sin embargo, preguntó los nombres de aquellos amigos cuya broma habia probablemente hecho infeliz al pobre Picaud; pero se habian olvidado ya sus nombres.

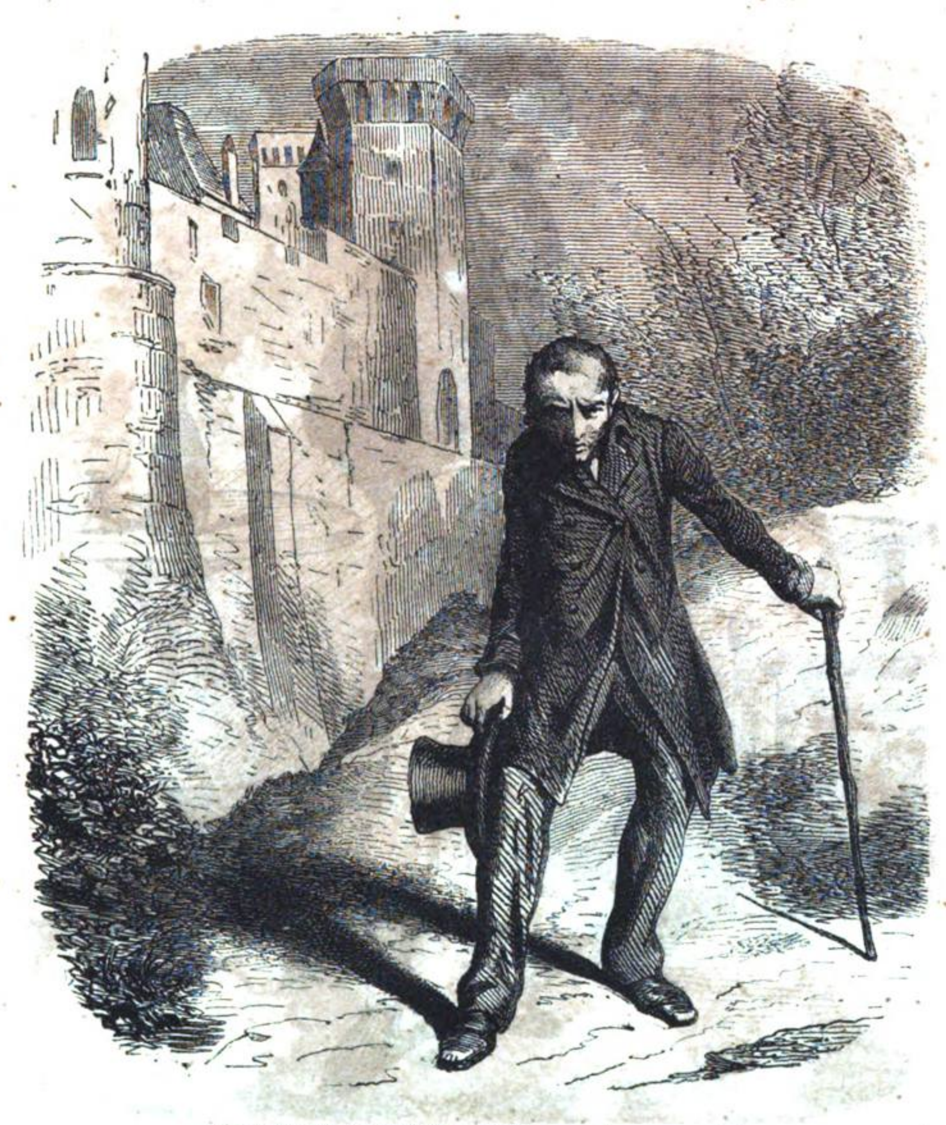
—Sin embargo, añadió una de las personas á quien interrogaba, un tal Antonio Allut se ha jactado delante de mí de conocer á esas personas de que hablais.

—Yo he conocido en Italia á un Allut que era de Nimes.

—Este de que hablo es de Nimes tambien.

—Por cierto que me prestó cien ducados, diciéndome que se los pagase si no recuerdo mal á su primo Antonio.

—Podeis remitírselos á Nimes, pues allí vive ahora.



... vése bajar del castillo de Fenestrelles ... un hombre agoviado ...

Al dia siguiente una silla de posta, precedida de un correo que iba pagando agujetas triples, no corria que volaba por el camino de Lyon. De Lyon siguió la silla por el Ródano por el camino de Marsella, dejando este en Saint-Esprit. Allí por primera vez desde el principio del viaje se apeó de la silla un abate italiano, yendo á parar en Nimes á la conocida fonda del Luxemburgo. Informóse á la desecha de los mozos de la fonda del paradero de Antonio Allut; mas como este apellido es tan comun en la comarca que lo llevan familias enteramente distintas en rango, fortuna y religion, pasó mucho tiempo antes que el abate Baldini diese con la persona que buscaba, necesitando aun algunos dias para ponerse en relaciones íntimas con ella.

Vencidos estos obstáculos, el abate contó á Antonio Allut que, hallándose preso por causas políticas en el castillo del Œuf de Nápoles, habia trabado relaciones con un buen hombre cuya muerte, que acaeció en 1811, le habia sido muy sensible.

—Podria tener unos treinta años en aquella época, añadió. Murió llorando por su patria, pero perdonando á los que le habian hecho mal. Era de Nimes y se llamaba Francisco Picaud.

Allut exhaló un grito. El abate le miró con asombro.

—Era uno de mis mejores amigos... léjos fué á morir el pobre... ¿sabeis la causa de su prision?

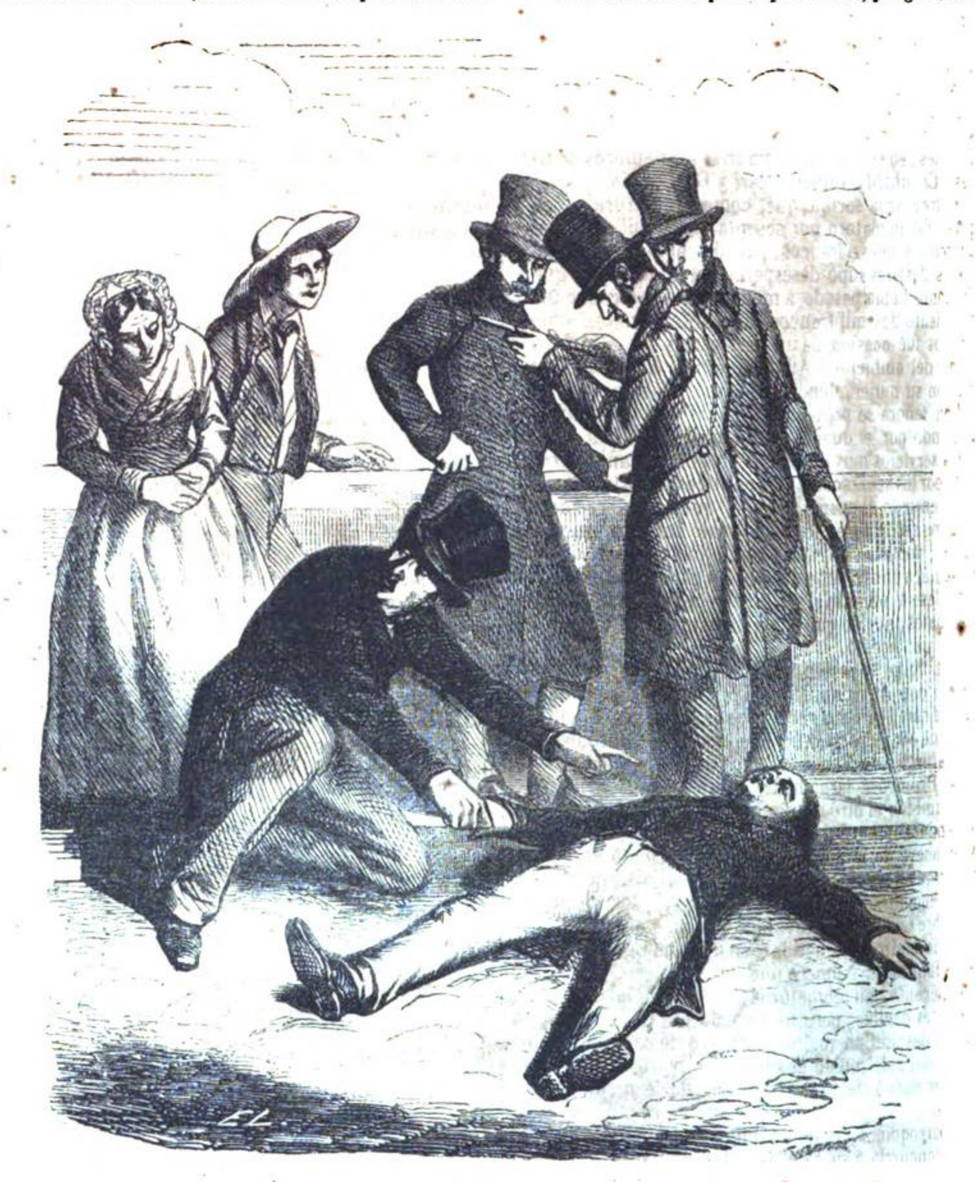
—El tampoco la sabia; me lo juró con tanta formalidad, que estoy convencido de ello.

Allut suspiró, y el abate repuso:

—Una sola idea le preocupó en vida, y segun decia hubiera dado su alma al que le revelase quién ó quiénes habian sido los culpables de su prision. Esta idea fija le inspiró una cláusula de su testamento singularísima; pero antes debo deciros que Picaud habia hecho muchos y muy buenos servicios en la cárcel á un inglés que tambien estaba preso, y que al morir le dejó un diamante que lo menos valia cincuenta mil francos....

—¡Qué fortuna tuvo! exclamó Allut; cincuenta mil francos es un capital.

—Al verse moribundo llamóme Picaud y me dijo: —Tranquilo moriré si me prometeis cumplir mi voluntad; ¿me lo prometeis? —Os lo juro, en la persuasion



.... en cuyo mango se leia con letras impresas: *Número uno.*

de que no me exigiréis nada que sea contra el honor ni la religion.—¡Oh! sin duda; escuchadme y lo veréis. Nunca he podido saber el nombre de los que me condenaron á este infierno; pero he tenido una revelacion: la misma voz de Dios me ha dicho que uno de mis paisanos de Nimes, Antonio Allut, conoce á los que me denunciaron. Id á buscarle cuando recobreis la libertad, y dadle de parte mia el diamante de sir Herbert Newton; pero con una condicion, y es que os diga los nombres de los que llamo yo mis asesinos. Cuando los sepais volveréis á Nápoles, y los escribiréis en una plancha de plomo que ha de encerarse en mi tumba.

Acto continuo Antonio Allut confesó que los conocia y declaró sus nombres, aunque no sin cierto terror; pero su mujer estaba presente y le animaba. El abate escribió pues, en su libro de memorias los nombres de Gervasio Chaubard, Guillen Solari y Gil Loupian.

Entregóse la sortija, que, como era natural, pasó á poder de un platero por sesenta y tres mil setecientos cuarenta y nueve francos, pagados al contado. Cuatro meses despues supo desesperado el matrimonio que el diamante habia pasado á manos de un mercader turco por ciento dos mil francos. Esta diferencia en ambos precios fué ocasion de un asesinato y de la completa ruina del ambicioso Allut, que tuvo que huir á Grecia con su mujer, donde aun viven miserables.

Una señora se presenta en el café de Loupian preguntando por el dueño, á quien dice que su familia debia servicios muy grandes á un pobre hombre arruinado por los acontecimientos políticos de 1814, pero tan desinteresado al mismo tiempo, que no quiere admitir ninguna recompensa, deseando solo entrar de mozo en un café donde se le tratara bien. No era jóven que representaba unos cincuenta años, y para que Loupian se resolviese á admitirle se le ofrecieron cien francos mensuales, sueldo que habia de ganar el mozo.

Loupian aceptó.

Un hombre se presenta asaz feo y mal vestido. Examínale con atencion Mad. Loupian y cree conocer aquella cara; pero sus recuerdos eran tan vagos, que se olvidó de ellos á poco. Al café concurrian puntualmente dos naturales de Nimes. Cierto dia no pareció uno de ellos. Bromeóse largamente sobre su ausencia pero pasó tambien el otro dia sin que acudiese. ¿Qué estará haciendo? Guillen Solari se compromete á averiguarlo. A las nueve de la noche vuelve consternado al café, y cuenta que á las cinco de la mañana del dia anterior se habia encontrado en el puente de las Artes el cuerpo del pobre Chaubard atravesado con un puñal que permanecia dentro de la herida y en cuyo mango se leia con letras impresas: *Número uno*.

Hiciéronse mil conjeturas, y la policía trabajó lo que no es decible; pero no pareció el criminal. Algun tiempo despues un magnífico perro de caza que tenia el amo del café murió envenenado, y un mozo declaró haber visto á cierto *parroquiano* darle á comer bizcochos.

El parroquiano era un enemigo de Loupian, que por burla concurria á su café para tenerle como si dijéramos á sus órdenes. Formósele causa por lo del perro; pero probó la coartada magníficamente, pues era conductor de correos, y justamente el dia que se cometió el crímen se hallaba en Estrasburgo. Dos semanas despues el papagayo favorito de Mad. Loupian sufrió la misma suerte del perro, por comer perejil y almendras amargas. Volviéronse á hacer indagaciones, pero en vano.

De su primer matrimonio tenia Loupian una hija, de diez y seis años, hermosa como un ángel. Vióla un pisaverde, enamoróse perdidamente de ella, derrochó un caudal para seducir á los mozos del café y á la doncella de la niña, y habiendo logrado al fin tener con ella muchas entrevistas, hízola creer que era marqués y millonario. La niña no conoció su imprudencia hasta que tuvo que ensanchar su corsé, y entonces confesó á sus padres su debilidad... ¡Que desesperacion! Hablase al *señor marqués*, que consiente en casarse, ponderando su fortuna y enseñando títulos y pergaminos. La alegría reina en casa de Loupian. En una palabra, se fija el dia de la boda, y el novio, que quiere portarse como quien es, encarga para aquella noche una comida de ciento cincuenta cubiertos en una fonda de las mas célebres.

Llegan los convidados á la hora señalada, pero no el marqués. Sin embargo, se recibe una carta suya, donde disculpa su tardanza diciendo que el rey le ha llamado á palacio: que no se detenga por él la comida, pues irá á las diez. Empieza, pues, la comida sin el *amable recien casado*, cuya gloriosa posicion le vale de todos los concurrentes mil adulaciones á la novia, que está, sin embargo, de mal humor. A los postres pone un mozo una carta sobre el plato de cada uno... y se sabe que el señor marqués es un presidiario cumplido y que acaba de fugarse.

La situacion de los Loupian es horrible, pero aun no llegan á ver claro con este golpe. Al domingo siguiente mientras va toda la familia á una funcion de campo á distraerse, se prende fuego por nueve partes al piso principal de la casa del café. Mil pilletes acuden, y só pretesto de apagarlo, roban, destrozan y saquean, sin que se apagára el fuego, que devora al fin toda la casa. El propietario la pega con Loupian, que queda completamente arruinado, con solo un resto miserable del dote de su mujer. Todo su dinero, todos sus muebles, todos los efectos de su establecimiento han desaparecido quemados ó robados. La familia por consiguiente se ve abandonada de sus amigos, y como uno solo les es fiel, el mozo Próspero, que no quiere separarse de ellos, y que renuncia á su salario contentándose con partir el pan de sus pobres amos, se le admira, se le elogia, y un nuevo café, aunque mas modesto, se abre en la calle de San Antonio.

Allí concurre tambien Solari, que una noche al volver á su casa siente dolores terribles. Se llama á un médico, que declara estar envenenado, y á pesar de todos los recursos que le prodigó, muere Solari presa de las mas atroces convulsiones. Cuando doce horas despues se colocó el ataud á la puerta de la casa, como es costumbre, hallóse sobre el paño negro que lo cubria un papel impreso con esta siniestra frase: *Número dos*.

Además de aquella hija desdichada tenia Loupian un hijo jóven, de instintos nada buenos y aficionado á las mujeres públicas, que luchó primeramente y acabó por entregarse á todos los desórdenes. Una noche le propusieron sus compañeros hacer una calaverada, que era robar doce botellas de un almacen de vinos y pagarlas al dia siguiente. Eugenio Loupian, que estaba medio borracho, abre tanto ojo y oye con júbilo tan excelente proposicion; pero cuando ya la puerta de la taberna habia cedido y estaban las botellas en los bolsillos de la honrada compañía, llega la policía llamada por un sereno, y se entabla contra ellos una causa de robo con escalamiento y fractura. Solo la piedad real pudo salvar al jóven de la infamia, pese á esfuerzos increibles de influjo y de dinero que se hicieron para que el rey renunciase á usar de su clemencia.... El jóven Loupian fué condenado á veinte años de presidio.

Esta catástrofe consumó la ruina y la desgracia de los Loupian. La *hermosa* y rica Teresa murió de dolor sin dejar posteridad, con que fué preciso devolver á su familia lo que quedaba de su dote. Viéndose el pobre Loupian y su hija reducidos al último extremo, el honrado mozo que tenia sus cuartejos ahorrados se los ofreció á la jóven, pero con infames condiciones. La desgraciada por salvar á su padre y por salvarse á sí misma de la miseria aceptó la mengua de las concubinas, degradándose hasta un punto inconcebible.

La vida de Loupian no era vida; sus desgracias le habían casi trastornado la razon. Paseándose una tarde

por un sitio retirado del jardin de las Tullerías se le apareció un enmascarado.

—¿Te acuerdas, Loupian, de 1807? le gritó.

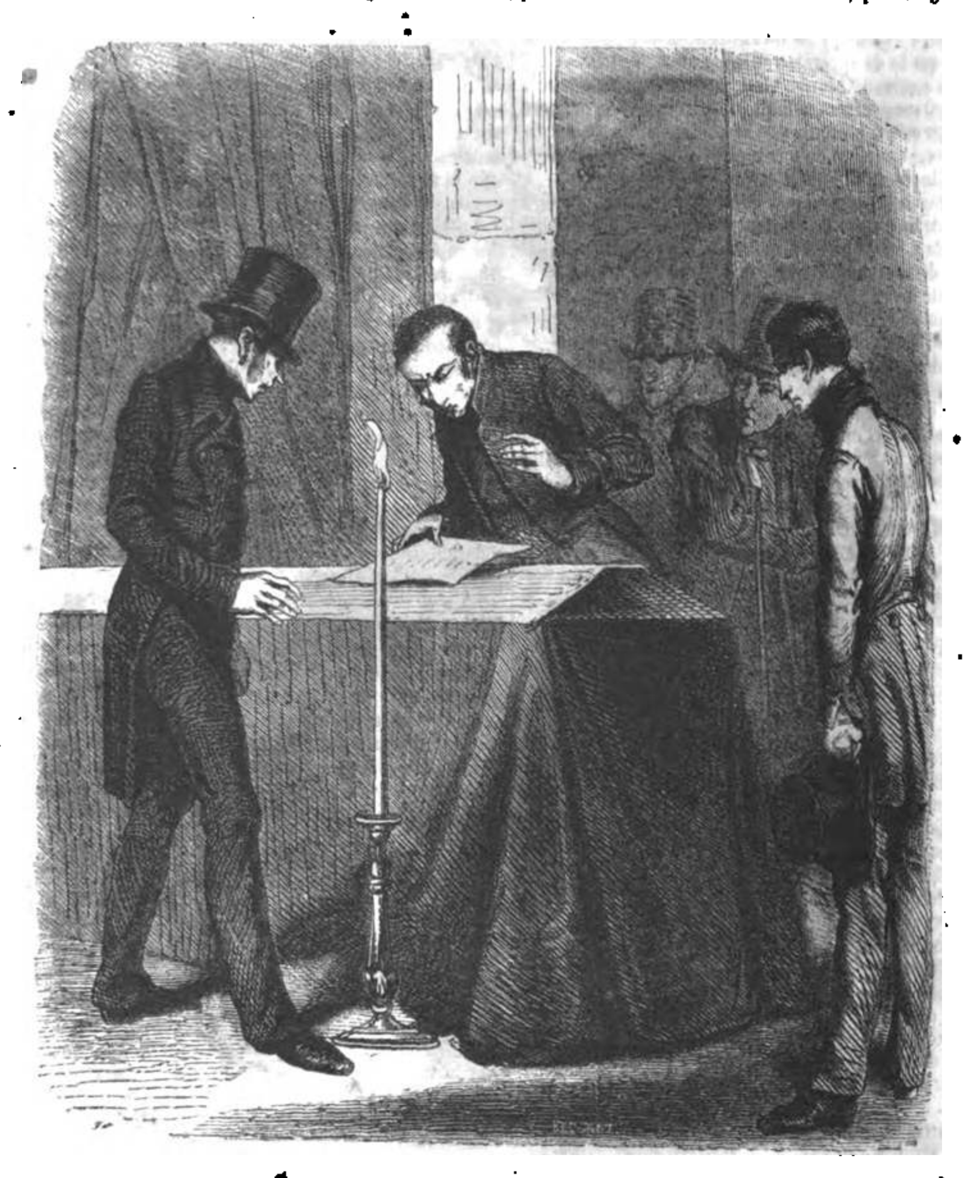
—¿Por qué?

—¿Sabes el crímen que cometiste en aquella época?

—¡Un crímen!

—Espantoso. Hiciste encerrar en un calabozo á tu amigo Picaud por celos. ¿Lo recuerdas?

—¡Ah! Dios me castiga con harto rigor.



.... hallóse sobre el paño negro que lo cubria un papel impreso con esta frase: *Número dos.*

—No, sino el mismo Picaud, que en venganza ha asesinado á Chaubard en el puente de las Artes, ha envenenado á Solari, ha casado á tu hija con un presidiario, y ha conducido la intriga de que tu hijo fué víctima. El mató á tu perro, él al papagayo de tu mujer, él incendió tu casa, él excitó á los ladrones á entrar en ella; él mató á tu mujer de pena, y él en fin, tiene hoy á tu hija por querida. Sí, reconoce á Picaud en tu mozo Próspero; pero no le reconozcas hasta que no haya colocado su *número tres*.

Dijo, y de una puñalada hirió á su víctima tan bien en el corazon, que cae y muere Loupian exhalando apenas un débil grito.... Rematada ya su venganza, pensaba Picaud en salir de las Tullerías, cuando una mano de hierro le cogió por la garganta y le tiró junto al cadáver, sintiendo despues que un hombre le ataba de manos y piés y envolviéndole en su propia capa se le llevaba á todo correr.

Nada puede igualar el furor y el asombro de Picaud al verse así maniatado y llevado. Que no habia caido en poder de la autoridad era indudable, pues un gendarme, aun estando solo, no hubiera tomado tantas precauciones. ¿Si seria un ladron el que le llevaba así?... pero ¡qué ladron tan raro! Lo que es una broma en último caso no podia ser, y de todos modos lo natural era que habia caido en una emboscada; esto era lógico, palpable, segurísimo para Picaud.

Cuando se detuvo al fin el hombre que le llevaba á la espalda, calculó Picaud que haria cosa de media hora que iban corriendo; pero envuelto en la capa, no habia podido reconocer los sitios. Al verse desembarazado de su envoltura, hallóse sobre el colchon de un catre, en un sitio cuya atmósfera era pesada y ll-

na de miasmas, por lo que se convenció de que era una galería perteneciente á alguna mina abandonada.

La oscuridad, que era casi completa, la agitacion tan natural en Picaud y el cambio que producen en la fisonomía diez años de miseria y desesperacion impidieron que el asesino reconociera á aquel hombre que se le aparecia como un fantasma. Sumido en lúgubre silencio le examinó por espacio de algunos minutos esperando una palabra que le explicase la suerte que se le destinaba.

—Y ahora, Picaud, le dijo al fin su raptor, ¿qué nombre vas á tener? ¿el que te dió tu padre? ¿el que te pusiste á tu salida de Fenestrelles? ¿Serás, pues, el abate Baldini ó el mozo de café Próspero? ¿No te ha inspirado tu ingenio un quinto nombre? La venganza es sin duda una broma para tí; pero no, que es una manía frenética, y te inspirarias horror á tí mismo si no hubieses vendido tu alma al demonio. Los diez últimos años de tu vida los has malgastado persiguiendo á tres miserables á quien debiste perdonar. Has cometido crímenes horribles; te has perdido para siempre, y me has perdido á *mí*.

—¡A tí! ¿quién eres tú?

—Soy tu cómplice, soy un malvado que te vendió por oro la vida de sus amigos. Tu oro me ha sido fatal. La avaricia que tú encendiste en mi alma no se ha vuelto á apagar ya. El ansia de las riquezas me ha puesto loco, me ha hecho culpable. Maté al que me engañó; tuve que huir con mi mujer, que murió en la emigracion; y preso yo y juzgado y condenado á galeras, he sufrido la vergüenza y la deshonra y he arrastrado el grillete. Al fin logré á mi vez escaparme, y quise habérmelas y castigar al abate Baldini, que tan bien sabe castigar y habérselas con los demás. Corrí á Nápoles... nadie le conocia. Busqué la tumba de Picaud, y entonces me convencí de que Picaud vivia. ¿Cómo lo supe? ni tú ni el mismo Papa me arrancaréis este secreto. Desde entonces me consagré á perseguir al muerto fingido; pero cuando le encontré dos asesinatos habian dado ya muestra de su venganza, y estaban perdidos



—Reconoce á Picaud... pero no le reconozcas hasta que haya colocado su *número tres*.

los hijos de Loupian y quemada su casa y su fortuna perdida. Esta noche pensaba revelárselo todo al pobre Loupian; pero me cogiste la delantera. No parece sino que el diablo te aconsejara, que cayó Loupian á tus piés sin que Dios, que me inspiraba á mí, me permitiese arrancarte tu última víctima. Despues de todo, ¿qué importa? Ya te tengo en mi poder; ya puedo hacerte todo el mal que me has hecho; ya puedo probarte que

—Sin embargo, pensó, rico como soy ¿no puedo con magníficas promesas ó con un sacrificio real, librarme de mi enemigo? Yo que dí cincuenta mil francos por saber los nombres de mis víctimas, ¿no puedo dar otro tanto ó doble por librarme de este peligro?

Pero Dios permitió que la avaricia le cegase. Aquel hombre, que poseia lo menos diez y seis millones, se asustó de tener que dar la cantidad que le exigieran.



Yo soy Antonio Allut.

las gentes de nuestro país tienen el corazon tan bueno como la memoria. Yo soy Antonio Allut.

Picaud no respondió. Sostenido hasta aquel momento por la vertiginosa embriaguez de la venganza, se habia en cierto modo olvidado de su inmensa fortuna y de los infinitos goces que le esperaban. Ahora estaba vengado; ahora solo tenia que pensar en hacer la vida de los ricos, y ahora caia en poder de un hombre tan implacable como recordaba haberlo sido él mismo. Estas reflexiones le pasaron por la imaginacion en un instante, y un arrebato de ira le hizo morder la mordaza que Antonio Allut habia cuidado de ponerle.

El amor al oro ahogó los gritos de aquella materia rebelde, que estimó en mas el oro que su propia existencia, y se dijo á sí mismo:—¡Oh! miéntras mas me haga el pobrecito mas pronto saldré de esta prision. Nadie sabe lo que poseo; aparentemos pobreza, y me pondré en libertad por poco dinero. Entonces le tendré yo en mi poder, como él ahora me tiene en el suyo.

Tal fué el castillo en el aire con que disfrazó Picaud sus errores y sus esperanzas. Allut le devolvió la libertad de hablar.

—¿Dónde estoy? le preguntó.

—¿Qué te importa? estás donde no debes de espe-

rar ayuda ni compasion; estás en mi poder, solo en mi poder ¿lo entiendes? eres mi esclavo...»

Picaud se sonrió desdeñosamente, y su antiguo amigo le abandonó en el miserable lecho donde le habia colocado, sin desatarle por supuesto ni hacer otra cosa que quitarle la mordaza, como dejamos dicho. Allut llevó aun mas allá su rigor, sujetándole con un cinturon de hierro enlazado por una cadena á tres grandes argollas clavadas en la pared. Hecho esto, se puso á comer, y al ver Picaud que no le brindaba, le dijo:

—Tengo hambre.

—¿Cuánto me darás por pan y agua?

—No tengo dinero.

—Tienes diez y seis millones y aun mas.

Y le dió tales señas sobre su fortuna, que tembló el avaro de piés á cabeza.

—Tú sueñas.

—Sueña tú que comes.

Allut se marchó sin que volviese en toda la noche. A las siete de la mañana volvió y se puso á almorzar. La vista del alimento redobló el hambre de Picaud de un modo espantoso.

La vuelta fué á las tres de la tarde: hacia veinte y cuatro horas que Picaud no probaba bocado, con que imploró la compasion de su carcelero ofreciéndole veinte cuartos por una libra de pan.

—Oye mis condiciones, le dijo Allut; te daré de comer dos veces al dia por veinte y cinco mil francos cada una.

Picaud gritó, rugió, se revolcó en su catre, pero el otro permanecia impasible.

—Es cosa resuelta. Elige y no pierdas el tiempo. Así como no has tenido compasion de nuestros amigos, no quiero yo contigo tenerla.

El preso pasó el resto del dia y la siguiente noche con las convulsiones del hambre y de la desesperacion. Llegaron á tal punto sus sufrimientos morales y físicos, que le dió un ataque de tétanos, como si sus nervios hubiesen estallado. Perdió la cabeza y apagóse en aquel mar alborotado de pasiones desordenadas la luz de su inteligencia. El implacable Allut se convenció bien pronto de que aquel tormento era ya excesivo. Su antiguo amigo era ya un autómata, sensible sí al dolor físico, pero incapaz de combatirlo ó dominarlo; y él se desesperaba pensando que si Picaud se moria no le quedaba ningun medio de apropiarse su inmensa fortuna. Ya de rabia iba á suicidarse; pero sorprendiendo antes de morir una sonrisa diabólica en el rostro lívido de Picaud, precipitóse sobre él como un animal carnívoro, le mordió, le sacó los ojos con un cuchillo, le abrió el vientre, y dejando allí el cadáver, huyó á Inglaterra.

En Inglaterra cayó enfermó en 1828 y se confesó con un sacerdote francés. Arrepentido de su crimen, dictóle todos los detalles de esta tremenda historia, muriendo reconciliado con Dios y siendo enterrado como cristiano. Despues de su muerte dirigió el abate P... á la policía de París el precioso y extraño documento que se acaba de leer, acompañado de la siguiente carta:

«Señor prefecto:

»He tenido la fortuna de inspirar arrepentimiento á un hombre asaz culpable, que ha creido, y yo con él, seria útil daros á conocer una serie de abominables hechos en que fué el desgraciado persona agente y paciente. Por las indicaciones que hace la nota adjunta á este pliego se dará con el subterráneo donde deben hallarse aun los restos del miserable Picaud, triste víctima de su odio y de sus pasiones. Dios perdona, y los hombres en su orgullo quieren diferenciarse de Dios; se vengan, y la venganza los abruma.

»Antonio Allut ha procurado en vano averiguar dónde y cómo están colocados los fondos de su víctima, y aunque ha penetrado secretamente en su habitacion, ningun documento, ningun título ni ningun dinero pudo encontrar. Tambien os envio las señas de las dos casas donde con nombre supuesto vivia Picaud en París.

»Hasta su última hora se ha negado Allut á revelarme por qué medio descubrió los hechos que refiere en su memoria y quien le puso al corriente de los crímenes y de la fortuna de Picaud. Solo me dijo una hora antes de espirar: —«Padre mio, ningun hombre puede tener una fe mas viva que yo, porque he visto y he oido hablar á un alma separada del cuerpo.»

»A la sazon no tenia Allut ningun síntoma de delirio, conque lo que acababa de decir no podia dudarse de que fuera sincero. Los hombres de este siglo son presuntuosos, y en su ignorancia se tienen por sabios con negarse á creer. La omnipotencia de Dios es infinita y nadie sabe los medios de que se vale para conseguir sus fines. Adorémosle y sometámonos á sus altas miras.

»Soy, señor prefecto, su afectísimo, etc.»

(*Archivos de la policía.*)



INDICE DE CAPITULOS.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

PARTE CUARTA.

PARTE QUINTA.

PARTE SEXTA.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.



